

JAMES POTTER

Y LA

RED MORRIGAN

G. NORMAN LIPPERT

Basado en los personajes y mundos de J.K. Rowling

PORTADA POR JOHNNY ATOMIC DE LEAGUE ENTERTAINMENT



4

JAMES POTTER

Y LA

RED MORRIGAN



GEORGE NORMAN LIPPERT

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS DEL GRUPO TRADUCTOR

La traducción de **James Potter y La Red Morrigan**, llega a ustedes gracias a:

Latin Gremlins y **El Blog de Divel**



Aunque puede no ser perfecta esta versión al español, nuestra intención es hacer más accesible la obra James Potter de George Norman Lippert a los hispanohablantes. Una serie que ha trascendido más allá de la historia de Harry Potter de J.K. Rowling, no debería ser olvidada, ni mucho menos en un solo idioma.

Un agradecimiento especial a Augusto Hernández por su ayuda traduciendo los capítulos 12 y 15 y por supuesto, a todos los seguidores que han seguido nuestro trabajo desde “La Bóveda de los Destinos”, enviándonos palabras de apoyo, sugerencias de traducción, compartiendo y dando crédito a nuestro proyecto más querido, acrecentando así, la motivación para continuar.

Gracias al autor por proveer una gran historia, esperamos que pronto nos comparta el siguiente libro de la serie: *The Crimson Thread*.

Disfruten el libro tanto como nosotros y contamos con su apoyo para los próximos proyectos de traducción de éste y de otros libros y series.



LatinGremlins



El Blog de Divel



FanPage
LatinGremlins



FanPage
El Blog de Divel



Twitter
LatinGremlins



Twitter
El Blog de Divel



Diana Velásquez



Iván Benavides

TABLA DE CONTENIDOS

PRÓLOGO	6
CAPÍTULO 1 LOS CUATRO ARMARIOS	75
CAPÍTULO 2 HERMANDAD & TOLERANCIA	114
CAPÍTULO 3 UNA CARA FAMILIAR	159
CAPÍTULO 4 EL COLECCIONISTA	200
CAPÍTULO 5 SOSPECHAS Y SECRETOS	242
CAPÍTULO 6 LA LIGA NOCTURNA	278
CAPÍTULO 7 ECOS DE UMBRIDGE	311
CAPÍTULO 8 FRUSTRANDO A GRUDJE	335
CAPÍTULO 9 LA REUNIÓN DE MEDIANOCHE	364
CAPÍTULO 10 UNA NAVIDAD CLANDESTINA	399
CAPÍTULO 11 LA HISTORIA DE QUINN	446
CAPÍTULO 12 MISTERIO EN LA TUMBA BLANCA	483
CAPÍTULO 13 LA PISTA DEL BRUJO MUERTO	525
CAPÍTULO 14 EL SANTUARIO SECRETO DE AVIOR	549
CAPÍTULO 15 ORÍGENES REVELADOS	578
CAPÍTULO 16 LAS AFLICCIONES DE FILCH	615

CAPÍTULO 17 LA GUARIDA DEL GOWROW	646
CAPÍTULO 18 LA RED MORRIGAN	676
CAPÍTULO 19 DETENCIÓN DE HAGRID	697
CAPÍTULO 20 LOS DÍAS FINALES DE LA TIRANÍA	725
CAPÍTULO 21 EL TERCER MARCADOR	746
CAPÍTULO 22 UN TRATO IMPOSIBLE	770
CAPÍTULO 23 LA CONSTANTE COLECTIVA	799
CAPÍTULO 24 LA PREGUNTA MÁS DESCONCERTANTE	822
CAPÍTULO 25 A TRAVÉS DE UN ESPEJO MISTERIOSO	844
Y ASÍ LLEGAMOS AL FINAL DE OTRO LIBRO DE JAMES POTTER...	892



Prólogo

Un largo y bajo bote empujaba a través de la niebla, acompañado solamente con el golpe de las olas contra la proa. Ninguna gaviota seguía el bote, o chillaba desde alguna orilla oculta. Ni el sol brillaba a través de la bolsa de niebla. Solo el frío silencio yacía sobre el mar plomizo como una manta.

Cuatro figuras estaban de pie sobre la cubierta de proa de la nave, todos con capas oscuras y con capuchas. El viento cambiaba inquieto, tirando de la tela. Una de las figuras, más pequeña y ligera que el resto, se llevó una mano a la cabeza para mantener la capucha puesta. La luz monótona reveló su rostro, joven y tenso, con el pelo oscuro enmarañado por la pesada capucha.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó, manteniendo la voz inconscientemente baja.

—Eso depende de la marea —contestó el hombre que estaba junto a él. —Sólo mantén tu capa apretada a ti, James, y recuerda lo que te dije antes en el muelle.

El joven, James, asintió con la cabeza, recordando las instrucciones de su padre. No entendía cómo funcionaba, excepto que las capas estaban encantadas de alguna forma. Estas los protegían de la misteriosa y poderosa magia de la nave. Y era la única nave capaz de navegar por esta región inexplorada del Mar del Norte, ya que era un barco fantasma, condenado a repetir el mismo camino sin fin, sin ningún ocupante a menos que llevaran capuchas mágicas. Si solo una de las capas fuera retirada de su portador, el barco se hundiría como piedra, llevando a todos sus ocupantes a las profundidades del lago.

James miró atrás a través de lo largo de la embarcación. La timonera era una pequeña cabaña en medio del barco, elevada y levantada por sobre la niebla. Sus lámparas estaban oscuras y rotas. En el interior, la rueda de la nave giraba pesadamente, perdidamente, operada por nadie. La cubierta crujió ominosamente mientras rodaba sobre las olas. James se estremeció y se volvió de nuevo hacia delante, ansioso porque el episodio (para el viaje completo) se acabara lo antes posible.

La más grande de las figuras se agitó y levantó su mentón barbado. — Ahí — dijo en voz ronca.

James entrecerró los ojos por delante de la embarcación. Una enorme forma como de un bloque había comenzado a aparecer lentamente entre la niebla. Parecía ser la silueta de una enorme torre, con la parte superior plana y casi en su totalidad sin rasgos. Su base descendía a los acantilados y cuevas rocosas, que caían en las olas rompiendo. Era Azkaban, la prisión más segura en todo el mundo mágico. James sabía las leyendas del lugar. Algunos proclamaban que la base de la prisión no era una isla en lo absoluto, sino que era una cima de montaña flotando mágicamente, arrancada de los hombros del Himalaya. Otras leyendas decían que la prisión no estaba en el Mar del Norte en absoluto. Alegaban que la misteriosa niebla del mar escondía un portal hacia un lago sin fondo y perdido en el tiempo, cuyas profundidades eran merodeadas por horribles leviatanes de una edad olvidada. Incluso se había hablado de que los monstruos tenían una mirada mágica que podría hipnotizar gente para hacerlos saltar justo dentro de sus mandíbulas abiertas. James no creía las leyendas acerca de las criaturas monstruosas del mar,

pero se mantenía mirando hacia las profundidades del agua, sólo para estar seguro.

A medida que el barco fantasma se acercaba a la prisión, un bajo sonido hacía eco bajo las olas: un ruido sordo, como el agua en el fondo de una garganta de piedra. Por debajo de este sonido, había algo aún peor (una especie de gorjeo) lamentándose con un gemido, subiendo y bajando con el viento.

—Todo está bien, —dijo el hombre de la barba, asintiendo con la cabeza hacia un resplandor verde parpadeante que inundaba la niebla en el pico de la torre. —Relativamente, digo.

—Ya sé a lo que te refieres, Titus —estuvo de acuerdo el padre de James. Harry Potter levantó la cara hacia la torre, dejando que la luz verde pálida brillara tenuemente en su cara. Su cicatriz distintiva era apenas visible debajo de la gavilla de su cabello aún rebelde —Siempre me sorprende en secreto ver las llamas verdes del brasero, nunca he visto la antorcha de resplandor rojo utilizada para emergencias, pero puedo imaginarlo muy bien cada vez que hago este viaje en barco. Este lugar puede ser necesario, pero sin duda que no es agradable.

—¿Qué es ese ruido tan *horrible*? —preguntó el cuarto hombre. Tenía un acento estadounidense, y se había convertido aún más evidente mientras su nerviosismo aumentaba. James lo miró y vio la nariz del hombre encendiéndose en disgusto. Sostenía un sombrero negro de ala ancha bajo un brazo y tenía una escoba negra larga agarrada debajo de la otra.

—¿El ruido? —respondió Harry, como si él mismo no lo hubiera notado, —Oh, es sólo el paso del mar a través de las cuevas. Cuando la marea sale, se crea todo un trueno. Espero que no le moleste demasiado, Sr. Quizling.

El estadounidense entrecerró los ojos y apretó los labios. No respondió a la pregunta de Harry, pero tampoco preguntó nada más. James se alegró. Sabía que los ruidos no eran del todo debido al agua en las cuevas. Era Azkaban, después de todo. Debajo de la vibración y choque de las olas, estaba el débil grito colectivo de la fosa Dementor, enterrada profundamente dentro de la base rocosa de la prisión. Los Dementores eran criaturas de la sombra, parásitos que se alimentan de la

miseria humana. En alguna ocasión fueron carceleros de Azkaban, pero habían sido considerados indignos de confianza cuando se habían puesto del lado del Señor Oscuro Voldemort durante sus últimos días. Como resultado de ello, habían sido enviados hace mucho tiempo a las profundidades sin luz del hoyo más profundo de Azkaban, encarcelados para siempre y delirando locos de hambre. Sus lamentos, gemidos torturados produjeron un escalofrío por la espalda de James.

—No entiendo ¿Por qué no podemos simplemente aparecer directamente en la cárcel? —dijo Quizling un poco fuerte —Esto parece ridículamente ineficiente. Como se pueden imaginar, esto no es en absoluto la forma en que hacemos las cosas en los Estados Unidos.

—No podemos aparecernos en la prisión —respondió Titus Hardcastle con paciencia —por la misma razón que los prisioneros no pueden aparecerse *fuera* de ella. Lo que usted llama ineficiente, Sr. Quizling, nosotros lo llamamos seguro.

—Es la niebla, señor —añadió Harry —No es un fenómeno natural, como se puede imaginar. Es de antiguo origen mágico, infundido con toda clase de maleficios y hechizos. Cualquier barco normal que trate de navegar a través de él encontraría su brújula inútil y su timón guiándose solo. Cualquier mago o bruja que intente desaparecer a través de la niebla se encontraría apareciendo en el mismo lugar, o peor aún, en las profundidades del lago. Estas pueden parecer medidas anticuadas por sus normas, Sr. Quizling, pero funcionan muy bien. Un escape desde Azkaban es prácticamente inaudito.

—Pero no *imposible* —agregó Quizling, levantando una ceja —Por el contrario, existen prisiones mágicas en Estados Unidos que jamás han sido corrompidas. Y sin lagos abismales sin fondo, barcos fantasmas y nieblas malditas.

Hardcastle levantó los hombros de manera significativa —A ver si puede decir lo mismo después de 1400 años. —gruñó.

—Ya estamos llegando. —dijo Harry.

Una cortina de aire frío emanaba de la enorme torre cuando el barco atracó en su base, acercándose a una cavernosa cueva negra. El estruendo de las olas se

convirtió en un repiqueteo tenue cuando el barco entró en las aguas más tranquilas de la caverna. Había linternas brillando en unas antiguas boyas de hierro, asintiendo levemente mientras el barco fantasma pasaba. Después de un minuto, un muelle de piedra apareció a la vista, iluminado solo por una antorcha. Cuando James miró, vio que la antorcha se erigía en lo alto de la mano de un mago muy delgado con túnicas negras y espesas. Una insignia brillaba en el cinturón que le cruzaba el pecho y él parecía estar usando una especie de casco de metal en la cabeza.

—Nombres —gritó el mago con severidad, y su voz resonó sobre el agua cristalina.

—Potter, Harry y Hardcastle, Titus, Aurores —dijo Harry inmediatamente — Potter, James y Quizling, Monroe, testigo y árbitro.

El mago en el muelle no respondió, y James pensó que era probablemente una buena señal. El hombre era tan flaco como un esqueleto, pero el puño que llevaba la antorcha elevada parecía tan grande como una piña. Aparte de la dura y ceñuda barbilla, su cara estaba ensombrecida por debajo del casco.

El barco fantasma flotó hacia los lados mientras se acercaba al muelle, atracando en silencio sin la ayuda de cuerdas o de anclaje. Sin mediar palabra, los cuatro ocupantes comenzaron a salir.

Harry presentó al hombre en el muelle —Este es el Sr. Blunt, administrador principal de Azkaban.

—Encantado de conocerle —dijo James, vacilante. Quizling pasó junto a él, empujando hacia atrás la capucha de su capa y poniéndose el sombrero de ala ancha de nuevo en la cabeza.

—Sr. Blunt —dijo secamente, estirando su mano como un cuchillo —Saludos desde la Corte de Magos de los Estados Unidos de América.

Los ojos de Blunt bajaron a la mano extendida de Quizling, y la ignoró. Su mirada subió lentamente hacia arriba otra vez, deteniéndose en la escoba debajo del brazo izquierdo del hombre.

—Me temo que tendrá que comprobar eso y explicar su presencia, Sr. Quizling —dijo Blunt con fresca cortesía —Todas las escobas, trasladores, varitas y cualquier otra parafernalia mágica debe declararse en el perímetro. No se permiten las escobas dentro de la torre, señor. Me temo que no tengo que explicar la razón.

Quizling bajó la mano y miró de reojo a Harry, su rostro demostraba fastidio. Al no ver ayuda allí, volvió a mirar a Blunt y sonrió con frialdad —Bien, por supuesto, estoy con prisa, Sr. Blunt, por lo que me voy a volver directamente a mi embajada una vez que hayamos terminado aquí. Confío en que es seguro volar una escoba a través de su niebla ¿señor?

Blunt se encogió de hombros sin comprometerse —"Seguro" no es un término que yo utilizaría exactamente, pero sí, es posible navegar con una escoba a través de la niebla. Si me lo permite, señor...

Blunt ofreció su brazo izquierdo, mientras sostenía en alto la antorcha en el derecho. Quizling suspiró con impaciencia y entregó su escoba. Blunt sostuvo la escoba con el brazo extendido, estudiándola críticamente, y finalmente asintió para sí mismo. Se volvió hacia el borde del muelle, levantó la escoba por encima del hombro como una lanza, y hábilmente la tiró por encima del agua.

—¡Oye! —gritó Quizling, haciendo eco en la baja caverna.

James escuchó el chapoteo de la escoba en el agua oscura, pero no llegó ningún sonido. Blunt sonrió fuertemente para sí mismo.

Harry dijo —Está bien, Sr Quizling. Su escoba estará guardada de manera segura hasta nuestro regreso —en cuanto a Blunt, añadió —El Sr. Hardcastle y yo avalamos a nuestros compañeros. Ninguno de nosotros lleva cualquier otra magia, salvo nuestras varitas.

Blunt asintió lentamente —Por aquí entonces. Mantengan sus varitas lejos en todo momento y vean por donde caminan.

James caminó entre su padre, al frente y Titus Hardcastle, detrás. Podía sentir la fría oscuridad de la caverna presionando contra él desde todos los lados, y fue mejor cuando Blunt lideró la tropa a través de una pesada puerta cerrada y en una

escalera curva iluminada. Había linternas iluminando el camino, brillando intensamente en las paredes de piedra agrietadas. Incluso aquí, el goteo solitario de agua era un sonido constante. Las escaleras estaban suavemente desgastadas y brillantes con la niebla.

Mientras subían, James le preguntó a su padre en voz baja —Entonces, ¿Esta es la única manera de llegar?

Harry miró hacia atrás y asintió con la cabeza —La torre fue diseñada con una sola entrada. Sus paredes son de treinta metros de espesor en todos los sentidos, sin una sola ventana.

James tragó saliva. Una sensación de claustrofobia apretó sus hombros y cuello, pero su padre le devolvió una sonrisa.

—No te preocupes —dijo —Esto terminará antes de que te des cuenta, y estaremos de vuelta en casa en Marble Arch. Estoy orgulloso de ti por haber venido.

James asintió sin entusiasmo. Hace una semana, cuando le habían pedido primero venir a Azkaban para identificar al villano que su padre había capturado, le había parecido una aventura emocionante. Albus había estado muerto de celos por eso, con lo que James había, por supuesto, estado de acuerdo instantáneamente. Ahora, subiendo las estrechas escaleras en las profundidades del propio Azkaban, habría negociado con gusto su lugar con su hermano.

Se estremeció —Hubiera deseado que Zane y Ralph pudieran haber estado aquí —murmuró, esperando que solo su padre lo escuchara —Ellos estaban ahí también, ya sabes, en la noche de la Revelación, de vuelta en Nueva Ámsterdam. Vieron tanto como yo.

—Lo siento, James —respondió Harry en voz baja —Ellos todavía están en Estados Unidos y ya era lo suficientemente difícil para nosotros que tú vinieras. Si estuviéramos lidiando solo con el Ministerio de Magia, las cosas serían un poco más fáciles.

James sabía a lo que se refería su padre. El preso en cuestión era un estadounidense, a pesar de que había sido capturado en Londres. Por derecho internacional, un representante de la corte mágica estadounidense tenía que estar presente para cualquier interrogatorio. Quizling, el árbitro estadounidense asignado al caso del prisionero, se había mostrado reacio incluso a permitir que James les acompañara. Afortunadamente, el Departamento de Relaciones Exteriores había presionado presentando una solicitud formal ante la Policía Mágica Internacional, alegando que los recuerdos de James podrían proporcionar información fundamental sobre la culpabilidad o inocencia del acusado. Habían acordado el interrogatorio, con el acuerdo de que se permitiría al Árbitro Quizling parar en cualquier momento que él sintiera que su "cliente" estaba siendo condenado injustamente fuera de un tribunal de justicia.

La tropa llegó finalmente a otra puerta. Estaba ubicada sobre un pequeño descanso, enmarcada a ambos lados por faroles brillantes verdosos. La puerta no tenía menos de veinte metros de altura y estaba compuesta en su totalidad de metal negro, tachonada de remaches. No tenía manilla o cerrojo por lo que podía ver James. Blunt se acercó a la puerta con su antorcha aún en alto. Crujió débilmente, proyectando su esquelética figura hasta la pared a su izquierda.

—Papá —susurró James, mirando embelesado —¿Cómo se abre? No veo bisagras o pernos o nad...

Las palabras se congelaron en su garganta mientras Blunt se acercaba a la puerta prohibida. No se detuvo cuando llegó a ella, continuó adelante, y James temió por un momento que el pequeño hombre rebotara con la fría puerta. En cambio, la antorcha de Blunt llameó verde brillante por un momento, estallando su luz sobre toda la anchura y amplitud de la puerta. En respuesta, el hierro tachonado se agitó en el aire, como algo que se ve a través de un centelleo de calor. Mientras las llamas verdes de la antorcha se desplegaron en la oscuridad, la gran puerta se desintegró en cortinas de humo, que se desvanecieron rápidamente, revelando una entrada cavernosa pesada con profundidades sombrías.

—Intrigante —admitió Quizling, inclinando la cabeza —Entonces la puerta de hierro era algún tipo de espejismo.

—No exactamente —dijo Harry, siguiendo a Blunt a las entrañas de Azkaban —La puerta es tan real como parecía. La antorcha mágica del Sr. Blunt es el verdadero espejismo. Se crea la ilusión de que podemos pasar a través de la puerta inexpugnable. Y así, podemos.

Quizling frunció el ceño con escepticismo. James sospechaba que la respuesta de su padre era una versión muy simplificada de la verdad, pero en realidad no le importaba la Tecnomancia real detrás de todo. *Es todo cuántico*, como seguramente habría dicho Zane.

El salón principal de Azkaban era sorprendentemente grande. Unos monstruosos pilares se levantaban hacia arriba, cada uno tan grueso como troncos de secuoya. Agachadas en la cima de las columnas había unas antiguas gárgolas de piedra, con los rostros vueltos hacia abajo con el ceño fruncido y sus hombros soportando el techo abovedado. Las paredes estaban casi sin rasgos, compuestas en su totalidad de una áspera piedra agrietada. Unas linternas iluminaban la sala de forma insuficiente para el gusto de James, dejando enormes huecos oscuros en las profundidades.

—¿Por qué no hay chimenea? —se estremeció, abrazándose a sí mismo.

—Es porque somos magos —respondió en voz baja Hardcastle —Para nosotros, las chimeneas son más que luz y calor, son significado de transporte ¿Me entiendes?

—Oh —dijo James, asintiendo en señal de entendimiento —Cierto, sin chimenea significa que no hay Red Flu. Sin salida fácil.

Mientras Blunt los conducía hacia un arco distante, los ojos de James se acostumbraron a la penumbra. Se dio cuenta de otras personas en el salón enorme, la mayoría vestidos de manera similar a Blunt, pero había un número mucho menor de lo que hubiera esperado.

—Papá —susurró, deslizándose hasta su padre —¿Dónde está todo el mundo? Me imaginé que este lugar estaría lleno de guardias. Por lo demás, ¿Dónde están todas las puertas? Esto no luce como una prisión en absoluto.

Harry miró a su hijo, con la mirada grave detrás de sus gafas —Es como dije, hijo. Sólo hay una forma de entrar. Una forma de entrar, y una forma de salir.

—¿Qué se supone que significa eso?

Harry abrió la boca para contestar, pero en ese momento Blunt giró a la izquierda, hacia una sala baja. Harry, James, Hardcastle y Quizling lo siguieron, y luego se detuvieron abruptamente cuando se encontraron con un muro de piedra blanca. James parpadeó y protegió sus ojos ante la repentina iluminación de la sala. Había faroles brillantes incrustados en las paredes detrás de bloques de vidrio grueso, todo resplandeciente con blancura casi dolorosa.

Blunt se acercó a la pared blanca y sacó la varita. Golpeó la pared con ella, y en una serie de intrincados grabados comenzaron a desplegarse en las piedras emanando desde la punta de la varita de Blunt. James se dio cuenta que los grabados formaron una pequeña puerta, rodeada de símbolos y formas indescifrables. Con un chirrido, la puerta se abrió, revelando sólo una pequeña alcoba oscura. Hábilmente, Blunt bajó la antorcha hacia la alcoba. Su llama parpadeó y zarandeó como si estuviera repentinamente en un viento duro. Luego, con un sonido hueco y un resplandor verde, la luz saltó desde la punta de la antorcha de Blunt hacia la alcoba. Ahí, el fuego se arremolinaba y giraba, formando un brillante orbe parpadeante. Al instante, la puerta de piedra se cerró detrás de él.

—La llama de entrada debe permanecer escondida durante la duración de la interacción con el preso —dijo Blunt gravemente, volviéndose hacia la tropa — Desde el momento en que abrimos la torre de celdas hasta el momento en que sea asegurada de nuevo, somos tan prisioneros como los mismos internos ¿Entendido?

Todos en la sala asintieron con excepción del Sr. Quizling.

—¿Podemos proseguir? —dijo, levantando las cejas con impaciencia.

—¿Me puede dar el número de solicitud del prisionero? —pregunto Blunt dirigiéndose a Harry.

Harry asintió. Hubo un intercambio de pergaminos formales, que Blunt miró por un momento. Luego, con destreza, se volvió hacia la pared de piedra y la

golpeó una vez más con su varita. El grabado de la elaborada puerta de piedra se replegó. Las líneas esculpidas se reordenaron, fluyendo juntas y formando un gran marco. Dentro del marco había tres números: 0-0-0. Blunt tocó el primer número con su varita.

—Seis —dijo. Los grabados que formaban el primer cero comenzaron a disolverse y revolverse, para luego reordenarse en un adornado número seis.

—Dos —dijo Blunt, tocando el segundo cero, y luego —Nueve.

Los números resueltos brillaban débilmente por un momento de color púrpura en el blanco brillante de la habitación. Entonces, toda la pared empezó a cambiar. Con un estruendo de rejilla que James podía sentir en la planta de los pies y la boca del estómago, la piedra se deslizó hacia un lado, junto con el marco y los números grabados en ella. Un momento después, apareció una puerta. Era de hierro pesado, con una pequeña ventana de barrotes en ella. En el centro de la puerta, los números 001 brillaban de color púrpura. La puerta pasó mientras James veía.

Otra puerta le siguió, moviéndose un poco más rápido. Esta tenía el número 002 estampado en su centro.

El padre de James se acercó a él —Nuestro hombre está cercano a la cima, creo —dijo en voz baja.

James asintió sin habla. Las puertas en la pared de piedra comenzaron a pasar y aumentar la velocidad. Mientras lo hacían, la rejilla retumbante subió de tono. El suelo parecía repiquetear con el ruido. James imaginó que podía sentir sus propios ojos vibrando en sus cuencas. Muy pronto, las puertas pasaban parpadeando con sus números brillantes formando una raya púrpura indescifrable. James sintió que las puertas no estaban girando, sino que bajaban lentamente, como si el interior de la gran torre fuera una especie de tornillo, girando en sí hacia las profundidades de la base de Azkaban.

James esperaba que las puertas comenzaran a disminuir, pero no lo hacían. Quería preguntarle a su padre qué tan profunda podía ir la torre de celdas, pero sabía que probablemente no sería escuchado por encima del ruido de la rejilla.

Luego, sorprendentemente, la pared de la torre simplemente se detuvo. Sonó, piedra sobre piedra, tan ensordecedor que James se llevó las manos a los oídos. En el momento que lo hizo, sin embargo, el movimiento y el ruido habían terminado. El silencio retumbó y la luz brilló en la sala. De pie en el centro de la pared de piedra, estaba una última puerta de hierro. Los números púrpura en el frente se leían 6-2-9.

La puerta se abrió en silencio hacia atrás.

James se asomó a la celda. Era muy pequeña, apenas tan profunda como la cama junto a la pared derecha. No había ninguna ventana, y la piedra que formaba la pared de la celda era completamente transparente. James sintió otra punzada de claustrofobia simplemente buscando un espacio pequeño. Sentado contra la pared trasera en una silla metálica de respaldo recto había un hombre pequeño. Era delgado, calvo y llevaba diminutas gafas sin montura, con la que parecía estar leyendo un libro. Él no levantó la vista.

—Recluso número 6-2-9, —anunció Blunt estoicamente —Identificado como Ratimir Worlick, ciudadano de los Estados Unidos, aprehendido este veinte de Agosto en Peckham, Inglaterra, acusado de intento de fabricación y distribución de pociones de guerra y magia oscura.

Hubo un largo silencio mientras los ocupantes del mostrador estudiaron al hombre de la pequeña celda. Worlick no les prestó atención alguna. Sus ojos estaban magnificados detrás de las gafas mientras miraba hacia abajo al libro que estaba en sus manos. Después de un momento, lánguidamente se lamió un dedo y pasó una página. James se dio cuenta del título del libro, adornado en deslustrado oro brillante en cuero negro, decía: PODERES DE LA ALQUIMIA NEGRA.

—Estas son simplemente condiciones abominables —dijo Quizling rotundamente —Exijo que se conceda una entrevista privada con mi cliente para determinar su estado mental.

—Su estado mental está muy bien —comentó Hardcastle con los dientes apretados —Es posible que deba considerar el estado mental de los tres aurores

que fueron heridos durante su aprehensión. Por supuesto, sólo hay dos de ellos que pueden ser entrevistados, ya que Jakob murió anoche.

—Es suficiente, Titus —instruyó Harry, aunque James sintió que su padre estaba frenando su propia ira. James había escuchado a escondidas a sus padres cuando ellos estaban discutiendo sobre la redada al laboratorio de Worlick. Él no había escuchado todos los detalles, pero supo lo suficiente para saber que el mago estaba inventando magia negra gravemente peligrosa, y que él había asesinado a unos cuantos Muggles para obtener los ingredientes que necesitaba. Había estado muy cerca de escapar de la redada de su padre, desatando un poder vicioso hacia los aurores para ralentizarlos. James no sabía lo que había hecho la maldición, excepto que había herido horriblemente a dos aurores profesionales, y mató a uno, Andrea Jakob, uno de los mejores jóvenes reclutas de su padre.

—Ratimir Worlick —dijo Harry en voz alta, dirigiéndose al pequeño hombre en la celda —¿Sabes quiénes somos?

Worlick finalmente levantó la vista. Su rostro era casi inexpresivo. Él parpadeó como un búho, pero no dijo nada.

—Se le acusa de crímenes contra la humanidad Muggle y Mágica —continuó Harry —Usted es sospechoso de estar involucrado con el Frente Unido de Liberación de la Entidad Mágica, un enemigo conocido del Ministerio de Magia y otros doce órganos de gobiernos mágicos. Usted podría ser juzgado por el cargo de cómplice de asesinato por la muerte del senador estadounidense Charles Hyde Filmore. Estos son sus cargos ¿Desea invocar su derecho de admitir o negarlos formalmente?

Worlick parpadeó a Harry Potter como si fuera un insecto bastante interesante.

Quizling habló —Usted no debe responder esa pregunta, Sr. Worlick. Yo soy Monroe Quizling, el árbitro asignado para supervisar su juicio. Confío en que usted haya recibido mi correspondencia oficial —cuando terminó de hablar, volvió su mirada hacia el Sr. Blunt, quien asintió con la cabeza.

Harry tocó el hombro de su hijo. James podía sentir el calor de la ira de su padre a través de sus dedos.

—Haz que se ponga de pie —dijo a Blunt.

Blunt asintió de nuevo. Él levantó su varita y llamó severamente en la celda —Ponte de pie y acércate a la puerta. Coloca el libro en la cama y mantén tus manos abajo.

Worlick miró especulativamente a Blunt, y luego suspiró. Cerró el libro y lo colocó cuidadosamente en el colchón tirado junto a él. Un momento después, se levantó y se dirigió hacia la puerta abierta de su celda.

—Es suficiente —anunció Blunt. Worlick se detuvo.

Harry bajó la voz y se acercó a su hijo —Esto es, James. Míralo bien y dinos la verdad.

James asintió. Frunció el ceño ante el pequeño hombre frente a él. Worlick quedó iluminado en la dura luz de la sala. James lo estudió furiosamente, tratando de recordar.

Era imposible, por supuesto. Lo había sabido incluso cuando su padre le pidió que fuera a Azkaban con él a ver si podía identificar a este odioso hombre de esa noche ocurrida meses anteriores. Había adquirido el nombre de la Noche de la Revelación. Todo el mundo la recordaba (era el evento que había cambiado el mundo completamente), pero para James la noche entera era solo un horrible borrón: el viaje hacia el Mundo entre los Mundos, la muerte de su prima Lucy, el portal final hacia las ciudades gemelas de Nueva York Muggle y la Mágica Nueva Ámsterdam, donde Petra Morganstern, con la ayuda de su hermana Izabella, había desgarrado el velo secreto que separaba una de la otra. James navegaba a través de sus recuerdos con tanto cuidado como podía, tratando de encontrar todos los detalles. Este hombre, Worlick, ¿Había estado por algún lugar? ¿Era posible? Parecía ser tan pequeño y débil. ¿Podría haber sido uno de los magos asesinos que intentó matar a su padre? Todos habían estado usando capas, ocultando cada parte de su cuerpo. No había forma de saberlo con seguridad.

—Yo... —comenzó James, arrugando la cara con concentración —No puedo...

—El testigo no reconoce a mi cliente —declaró Quizling con firmeza —Que el registro oficialmente mues...

—Espere —interrumpió James. Se inclinó hacia adelante, mirando al pequeño hombre en su túnica gris de Azkaban. La túnica era mal ajustada, adornada con su número de prisionero en costura negra. Las mangas eran más bien demasiado cortas, mostrando los pálidos y delgados antebrazos del hombre. Su brazo izquierdo estaba marcado con sigilo desvanecido, apenas visible debajo de la manga raída.

—El tatuaje en su brazo —dijo James, señalando —Lo reconozco, creo.

Quizling entrecerró los ojos —Su tatuaje, usted dice ¿Está completamente seguro, joven? Hubo muchos miles de personas en la Noche de la Revelación, y la mayoría de ellos estaban más bien lejos de usted. Si mi cliente fue uno de los presuntos que estaban preparándose para atacar el transporte de su padre, ellos estaban bastante alto, fuera de la luz de la calle. Veo difícil creer que usted pudiera haber visto un tatuaje desde esa distancia, con esa luz y mucho menos ser capaz de identificarlo ahora.

James sacudió la cabeza y miró a su padre —No, no lo reconozco de esa noche. Lo vi antes, cuando llegamos por primera vez a Nueva Ámsterdam. Fue cuando estábamos en el tren, el Lincoln Zephyr ¿Te acuerdas, Papá?

Harry asintió con la cabeza —Por supuesto, fuimos atacados por miembros del FULEM. Estuvimos a punto de luchar contra ellos.

—Estaban en escobas —aclaró James, hablando un poco más fuerte —Llevaban capas y máscaras, como siempre, pero el viento hizo que sus mangas se levantaran de sus brazos. Uno de ellos tenía una marca en el antebrazo, en el mismo lugar que el de él, allí mismo. Yo sólo puedo verlo debajo de su manga. Haz que nos lo muestre.

—No —respondió Quizling rápidamente —El chico está inventando claramente esta historia para acusar falsamente al Sr. Worlick. Si él está tan seguro

de lo que vio, entonces que describa el tatuaje. Si coincide con el que está en el brazo de mi cliente, entonces su testimonio puede tener sustento, lo que no significa que tenga algo concluyente. Muchas personas tienen tatuajes.

Harry asintió a regañadientes —Muy bien, entonces, ¿James? Yo mismo no recuerdo haber visto ningún tipo de marcas en esa noche, así que tenemos que confiar enteramente en tu recuerdo. ¿Puedes describir el tatuaje que viste en el brazo de nuestro atacante?

James contuvo el aliento, pensando mucho. El recuerdo que tenía de aquella noche era un revoltijo salvaje de imágenes, el Zephyr saltando de sus pistas, a toda velocidad por una calle concurrida de Nueva York, los flashes de la batalla entre varitas, cristales rotos. Se concentró en las figuras que les habían perseguido, zumbando sobre el tren como avispas. Recordó el pálido antebrazo agarrando una escoba negra. Apenas había registrado las marcas tatuadas ahí en ese momento.

—Tal vez deberíamos considerar Oclumancia —sugirió Titus en voz baja — Podrías hacerlo tú mismo, Harry.

—No es admisible —declaró Quizling —El tribunal mágico estadounidense no reconoce la validez de los recuerdos obtenidos a través de estos medios subjetivos.

—Lo recuerdo —dijo James débilmente —Sólo lo vi por un segundo, pero... era sólo un símbolo. Se veía como una especie de círculo con una raya vertical a través del centro de la misma.

Cuando James terminó de hablar, percibió un cambio en la atmósfera de la habitación. Miró a un lado y vio a Hardcastle mirando a su padre. Quienes intercambiaban una mirada significativa.

Blunt se adelantó una vez más —Prisionero —llamó con firmeza —Levante su brazo izquierdo y arremangase la manga.

Worlick miró a James. Casi parecía estar divirtiéndose. Lentamente, levantó su brazo izquierdo y tiró su manga hacia atrás. El tatuaje era claramente visible a la

luz brillante. Mostraba un círculo caligráfico, cortado a la mitad por una barra cónica. La barra podría haber sido una varita o una daga.

—La Phi de Equilibrio —dijo Hardcastle, sorprendido.

—¿Qué significa? —preguntó James, todavía con el ceño fruncido.

—Es la marca universal de aquellos que creen que el equilibrio mágico requiere la exterminación de todas las especies no-mágicas —explicó Hardcastle con su voz grave —Son asesinos sin remordimiento. Los peores de todos los villanos, porque ellos no matan por enojo o venganza, sino por su concepto pervertido de pureza. Ellos no creen que aquellos que matan sean siquiera humanos.

—¿Puedo bajar mi brazo ahora? —preguntó Worlick. Era la primera vez que hablaba, y James se sorprendió ante la indolencia perezosa del tono del hombre. La expresión de su rostro era de una indulgencia cansada, como si estuviera divirtiéndose a una pandilla de niños desagradables.

—Por supuesto, Sr. Worlick —respondió Quizling. Para los demás, dijo — Esto no significa nada, por supuesto. Estos tatuajes son bastante comunes entre cierta clase de revolucionarios. Lo más probable es que el Sr. Worlick adquirió la marca en su juventud, sin saber siquiera lo que significa. Por otra parte, no constituye una prueba de que el Sr. Worlick estaba entre quienes los atacaron.

—No —estuvo de acuerdo Harry —Lo admito, no parecer ser el tipo de guerrero. Sin embargo, es suficiente para que lo llevemos a juicio. Me temo que el Sr. Worlick no volverá a su país de origen en un futuro cercano.

Quizling aceptó esto a regañadientes —Sea como sea, me reuniré privadamente con mi cliente para instruirlo sobre las próximas actuaciones. Si me disculpan.

Quizling pasó junto a los otros, acercándose a la puerta de la celda abierta.

—Tienes cinco minutos, Árbitro —anunció Blunt. Quizling no respondió y entró a la celda de Worlick mientras éste le hacía espacio. Los dos se sentaron en la

cama estrecha y Quizling tiró de la puerta de la celda a su espalda, dejándola ligeramente entreabierta.

—Grandísimo idiota —dijo Hardcastle por lo bajo —Tal vez Worlick nos ahorre algunos problemas y lo maldiga de alguna forma.

Harry suspiró —Es improbable, Titus. Tratemos de ser profesionales en todo esto. Por lo menos, ya tenemos por lo que vinimos. Buen trabajo, James.

James asintió —Realmente no estaba muy seguro. Estaba intentando no fallar.

—A veces eso es lo que se necesita —dijo su padre.

—Pero papá —dijo James, bajando la voz a un susurro —Realmente no creo que él estuviera esa noche cuando atacaron el tren. Es demasiado pequeño y delgado. El hombre que vi era más grande según recuerdo, a pesar de que llevaba una túnica y capucha.

—Lo sé, hijo —estuvo de acuerdo Harry —Pero esto es suficiente para mantenerlo aquí por ahora. Muy pronto, lo conectaremos a su red, la gente con la que estaba trabajando. Con suerte, los capturaremos a ellos también, y todos estarán aquí en Azkaban por un largo, largo tiempo. Tenemos que agradecer por eso.

James se encogió de hombros. No estaba seguro de haber hecho algo especialmente difícil, pero esperaba que su padre tuviera razón. Worlick era sin duda malévolo, pero no del todo de la forma que esperaba James. En lugar de ser vicioso o vengativo, el hombre emanaba una marca de odio desinteresado que estaba tan frío que era casi clínico. Aquí, James sabía, había un mago que no sentía ningún remordimiento o arrepentimiento por lo que había hecho. Lo haría de nuevo si tuviera la oportunidad. Afortunadamente, había sido capturado y encarcelado. Y por ahora, seguiría de esa forma.

En breve, la puerta de la celda se abrió de nuevo. Quizling salió, enderezando su capa y ajustando su sombrero de árbitro. Detrás de él, Worlick yacía reclinado sobre el colchón, solo con sus pies visibles y su libro de alquimia negra

descansando sobre su estómago. La indiferencia perezosa del hombre era verdaderamente escalofriante.

—¿Está bien? —preguntó Harry

Quizling asintió de manera profesional, suspirando fuertemente y pasando a través de James y el resto a grandes zancadas hacia la oscuridad de la sala exterior.

—Parece que hemos terminado aquí —comentó Hardcastle.

Blunt asintió. Movi6 su varita hacia la puerta de la celda, que se cerr6 de golpe con un sonido met6lico. Casi de inmediato, la puerta y la pared de piedra comenzaron a volver por donde habían llegado, acompañados por el rugido sordo de la torre de celdas. Un minuto después, las puertas cíclicas se estremecieron nuevamente, dejando al descubierto el muro de piedra grabado. Blunt golpe6 la pared con su varita, revelando la pequeña puerta de piedra que salvaguarda la llama de entrada. Volvi6 la llama a su antorcha y dirigi6 a James, Harry y Hardcastle de vuelta a la sala principal, donde Quizling esperaba impaciente.

Nadie habl6 durante el viaje de regreso por la escalera de caracol. James sigui6 a su padre de nuevo, con Hardcastle en la parte trasera. Quizling acechaba junto a Blunt, aparentemente furioso consigo mismo, y con ganas de estar luego en su propio camino.

De vuelta en la caverna acuosa, el barco fantasma no estaba a la vista. Las boyas iluminadas se balanceaban en silencio en la oscuridad, pintando su reflejo sobre el agua entintada.

—El transbordador regresará en breve —explic6 Blunt —Sr. Quizling, le devolveré su escoba inmediatamente.

Harry se volvi6 hacia Quizling en la oscuridad —Supongo que instruirá a su embajada de lo ocurrido hoy aquí. ¿Podemos esperar que no hayan interrupciones innecesarias a medida que avancemos en el juicio de Worlick?

Quizling ni siquiera se gir6 hacia Harry a responder su pregunta. Él simplemente se qued6 mirando hacia el agua oscura, esperando el retorno de su escoba. Blunt se situ6 en el borde del muelle y mantuvo en alto su varita adem6s

de la antorcha. Disparó una sola llamarada verde hacia el techo de la caverna, pintando sombras moviéndose entre las estalactitas.

—¿Sr. Quizling? —dijo Harry, frunciendo el ceño ligeramente —¿Está todo bien?

Quizling todavía no respondía. Fuera de la oscuridad, una forma larga y oscura iba hacia el muelle. Blunt la atrapó hábilmente. Era, por supuesto, la escoba de Quizling. Blunt se giró hacia Quizling y se la ofreció, quien estiró el brazo para tomarla.

James se quedó sin aliento. Mientras Quizling se adelantaba, la manga de su capa se recogió, revelando su antebrazo. Un tatuaje oscuro marcaba su piel. Era el Phi del Equilibrio, exactamente el mismo que James había visto minutos antes en el brazo de Worlick.

—¡Papá! —gritó James, buscando su varita, pero Quizling fue muy rápido. Se dio la vuelta, con su propia varita empuñada, y disparó un rayo rojo directamente hacia Hardcastle, que estaba más cerca. Hardcastle saltó para esquivar el hechizo, que se chamuscó entre su túnica, apenas fallando. Un instante después, tanto la varita de Harry como la de Hardcastle estaban fuera y disparando. Luces rojas parpadeaban por toda la cueva, pero Quizling había desaparecido. La solapa de su túnica y el silbido de su escoba hicieron eco sobre el agua, junto con una ráfaga de risa loca.

—¡Maldita sea! —gritó Hardcastle con furia —Se ha ido.

Harry negó con la cabeza, guardando rápidamente su varita —No ido —dijo —Escapado.

—Pero Quizling no estaba preso aquí —dijo Blunt, frunciendo el ceño severamente.

—James lo vio una fracción de segundo antes que yo —explicó Harry, sacudiendo la cabeza —El tatuaje, igual al del brazo de Worlick. Quizling no tenía tatuajes cuando llegamos aquí.

James agarró su propia varita, sin haber disparado ningún hechizo — Entonces, ¿Cómo llegó hasta ahí? ¿Estaba del lado de Worlick todo el tiempo?

—No —dijo Harry, volviéndose hacia Blunt —Ellos no están asociados. Y no era Quizling. El hombre que acaba de escapar tiene el mismo tatuaje que Worlick porque él *era* Worlick. Sr. Blunt, ¿confío en que usted mantiene un par de escobas aquí en caso de emergencia?

—Claro que sí, Sr. Potter —dijo Blunt rápidamente —Están guardadas aquí, en la caverna.

—Vamos a necesitar dos de ellas —dijo Harry —James, acompaña al Sr. Blunt adentro. Comprueba la celda de Worlick y ve lo que puedas encontrar ahí. Ojalá el Sr. Quizling siga vivo. Si es así, James, acompáñalo de regreso vía ferry. ¿Entendido?

James enderezó la espalda y asintió con firmeza —Si señor. Inmediatamente.

Dos escobas aparecieron desde las alturas oscuras de la caverna ante la convocatoria del Sr. Blunt. Harry y Hardcastle las atraparon. Un momento después, los dos aurores estaban en el aire, preparados para darle caza.

—Nos reuniremos en el muelle de tierra firme —dijo nuevamente el padre de James —¡Ten cuidado, James!

James levantó la voz mientras su padre y Titus Hardcastle se alejaban a toda velocidad, marcando sus reflejos en el agua oscura —¡Lo haré! ¡No dejes que se te escape, Papá!

Pero ellos ya se habían ido, dejando nada más que frío silencio y las preocupaciones de James en su estela.



Cuando Blunt volvió a abrir la puerta de la celda número 6-2-9, la escena interior no había cambiado. Una figura aun yacía sobre la cama con sólo sus pies visibles y con el libro negro aún sobre su pecho. Blunt dio un paso adelante con cuidado, levantó la varita, y se asomó hacia la figura. Un momento después, bajó la varita y soltó un juramento por lo bajo.

Desde el hall exterior, James preguntó tímidamente —¿Es... Quizling? — Blunt asintió. Se inclinó hacia adelante, fuera de la vista de James. Hubo un destello de color blanco, y la figura acostada se sacudió repentinamente, dejando caer el libro.

—¿Qué! —gritó una voz —¡No puedes hacer esto! ¡Soy un árbitro! Yo...

—Cálmese, Sr. Quizling —ordenó Blunt —Usted ha sido aturdido, no debería sorprenderme. Va a estar bien en un momento.

Quizling se puso en posición vertical, agitándose violentamente contra las paredes de piedra —¡Exijo saber quién me hizo esto! Con qué autoridad...

—Se hizo bajo ninguna autoridad —declaró Blunt, tomándolo, girándolo y tirándolo a zancadas hacia el pasillo exterior. —Es posible que desee saber que esto fue acción de su "cliente". Cambió identidades con usted, al parecer utilizando una poción multijugos para cambiar su apariencia, aunque no puedo imaginar cómo lo consiguió entre estas paredes.

Quizling resopló mientras seguía a Blunt hacia el pasillo exterior. —Bueno. Estoy seguro de que debe haber alguna causa razonable para lo que ha ocurrido aquí. —Se detuvo y entrecerró los ojos. —Seguramente usted no está sospechando de que yo mismo he asistido al Sr. Worlick de alguna forma. ¿No cree que yo he traído de contrabando estas pociones para él?

Blunt se detuvo. Sin girarse, suspiró. —No, señor. No creo que usted tenga la capacidad de hacer eso.

—Puede estar seguro que no, —Quizling asintió enfáticamente. —Yo soy un árbitro de la Corte Mágica de los Estados Unidos. Justicia y objetividad son mis consignas. Yo...

—Va a necesitar una nueva capa para el ferry, supongo —interrumpió Blunt mientras caminaba —Su "cliente" parece haberse quedado con su ropa.

Quizling se detuvo y miró hacia abajo, notando por primera vez que ya no llevaba su capa del ferry o su ropa oficial de árbitro y su gorro. Su rostro se convirtió en una mueca y miró a James.

—¿Supongo que tu padre y su compañero oso grizzli que va tras él, están tras el Sr. Worlick?

James asintió —Ellos lo atraparán. Son los mejores.

Quizling asintió, con los ojos aún entrecerrados. —Entonces no tenemos nada de qué preocuparnos ¿verdad? Vamos, muchacho. Vamos a dejar este horrible lugar atrás.



El barco fantasma llegó poco después de que James, Quizling y Blunt regresaran al muelle. Mientras Quizling precedía a James cuando subía, Blunt dio a James una mirada severa.

—Tenga cuidado, señor Potter, —le dijo de manera significativa. —Hay un asesino suelto, asumiendo que su padre y el señor Hardcastle todavía no lo hayan encontrado.

—No se preocupe, Sr. Blunt, —respondió Quizling. —Yo soy el árbitro del Sr. Worlick. Seguramente, si lo encontramos, él reconocerá que yo estoy aquí para ayudarlo. No vamos a hacerle daño.

Blunt levantó la vista hacia el techo de la caverna, como si estuviera evitando girar los ojos. James asintió.

—Gracias, señor, —dijo mientras subía a bordo del barco fantasma. — Tendremos cuidado.

Un momento después, el barco fantasma flotó en silencio lejos del muelle, dibujando una estela delgada en el agua cristalina. Blunt observaba con su antorcha sostenida en alto mientras el barco se deslizaba hacia la boca de la caverna y la niebla que había más allá. A medida que el barco se dirigía hacia mar abierto, dejando la torre descomunal atrás, James se volvió y miró hacia ella. Ya no había un resplandor verde encima de Azkaban. Ahora, la antorcha del faro brillaba de color rojo demostrando el peligro. Azkaban había sido violada. Un preso se había escapado. Hasta Blunt había dicho algo, y no se le había ocurrido a James que él podría encontrar al hombre loco fugado antes que su Papá y Titus Hardcastle lo capturaran de nuevo. Se juró estar en alerta máxima, manteniendo su varita agarrada en la mano, enterrada en las profundidades del bolsillo de su capa.

El viento soplaba sobre sus cabezas, silbando con aire taciturno en el viejo aparejo del barco fantasma. Olas agitadas rodaban por debajo del casco, aplaudiendo en él y levantando nubes de espuma fría. James miró hacia adelante, ansioso por estar fuera de la niebla, fuera del alcance de la magia antigua de Azkaban.

—Tu padre y su amigo, —dijo Quizling después de un rato —Ellos son muy buenos en lo que hacen ¿no es así?

James frunció el ceño ante el hombre. —Bueno, sí. Mi padre es el Jefe de los aurores. Titus Hardcastle es su mejor hombre. ¿Cómo cree que atraparon a ese horrible imbécil de Worlick para empezar?

Quizling asintió y se encogió de hombros sin comprometerse. —Supongo que tienes razón. Aun así, sus métodos dejan algo que desear ¿no te parece? Permitir que sus compañeros sean heridos o incluso asesinados, todo sólo para detener a un individuo relativamente inofensivo como el Sr. Worlick. Todo parece bastante extremo, si me preguntas.

—Sí, —dijo James, mirando por encima de las olas grises. —Bueno, creo que nadie se espera que alguien lo hiciera.

Quizling sonrió, y luego se rió un poco. — ¿Crees que soy horrible, no?

James no respondió. Estudiaba la niebla, esperando con impaciencia que se disipara. Había sido un hermoso día de verano antes de que hubieran entrado a las brumas del Mar del Norte. Esperaba que aún lo fuera. Confiaba en que el sol brillara y que su padre y Titus Hardcastle estuvieran esperándolo en el muelle en tierra firme, con Worlick asegurado en custodia.

—No tienes que contestar, —dijo Quizling —Puedo verlo en tu cara, James. ¿Crees que soy tan malo como el hombre que represento, el Sr. Worlick? Déjame hacerte una pregunta, sin embargo, muchacho. ¿De verdad crees que las cosas son blanco y negro como tu padre las hace parecer? Te aseguro que no lo son. Te aseguro que incluso el Sr. Worlick no es el villano que deseas creer que es.

James deseaba de todo corazón que el árbitro se callase. Sin mirarlo, le dijo, — Supongo que el Wizengamot debe decidirlo. Tendremos que esperar y verlo.

—Algunas personas no creen que el Sr. Worlick sea un villano en absoluto. Algunos, te sorprendería saber, estarían muy cerca de llamarlo... un héroe.

Un escalofrío recorrió la espalda de James. Se volvió hacia Quizling. El hombre le sonreía. Era una sonrisa agradable, débil, casi lánguida. James no le había visto una sonrisa así a Quizling ni una sola vez hasta ese momento.

—No sé quiénes son esas personas que pensarían que Worlick fue un héroe, —dijo James. —Pero yo sé lo que es un héroe. Mi padre es uno.

—Ah, sí, el Gran Harry Potter, —dijo Quizling, asintiendo y ensanchando su sonrisa. —Es una pena, de verdad, que él haya elegido estar en el lado equivocado de la historia. Él es realmente un hombre muy notable. Es una pena verlo *desperdiciar* su talento.

James sacó su varita de su capa. Él no quería apuntar a Quizling, solo mostrársela al hombre, para hacerle saber que lo que dijo, James lo había tomado muy en serio. Sin embargo, Quizling había estado esperando ver a James actuar. Su mano se movió mientras James sacaba su varita. En un segundo, la varita había

sido arrancada hábilmente del puño de James. Quizling la levantó y sonrió mientras James se quedaba atrás, ensanchando sus ojos.

La sonrisa de Quizling se evaporó. —Lo siento, James. Necesito una varita, ya ves. Espero que no te importe.

Mientras James retrocedía más, se dio cuenta que la voz de Quizling sonaba diferente. Estaba sonando más alto, más como por la vía nasal. El viento entró al barco fantasma y agitó la capa entre sus piernas.

—Tú... tú no eres Quizling, —dijo James mientras la comprensión fluía sobre él.

—Bien por ti, —declaró el hombre, blandiendo la varita de James. Su rostro estaba cambiando ahora también. Bajo la capucha, la frente del hombre sobresalía. La línea del cabello se hizo hacia atrás y adelgazó. La nariz prominente se acortó y aplanó. Los labios finos engordaron y encarnaron. En cuestión de segundos, el hombre frente a él había cambiado de Quizling a Worlick.

—Estás impresionado con mi astucia, —dijo Worlick, —Pero no deberías. Lo que para ti es genial, es mera astucia cotidiana para mí. De hecho, yo no utilicé una poción multijugos para asumir la apariencia de mi árbitro. Intercambié lugares inmediatamente con él, sin embargo, lo maldije con Imperio, utilizó su propia varita para recrear mi tatuaje en su muñeca, y le envié a fingir que era yo. Planeé que liderara una persecución salvaje con tu padre y su lacayo. Entonces, bajo el disfraz del pobre y engañado Sr. Quizling, tuve la oportunidad de salir de mi propia celda de la prisión, escoltado por el propio director. Puedes llamarlo una genialidad. Yo lo llamo una común resolución de problemas.

—Yo lo llamo cobardía sorpresiva, —escupió James, chocando contra la borda del barco.

Worlick se encogió de hombros, avanzando hacia él. —Lo que es cierto de tu padre, también lo es para ti, hijo mío, —comentó, mirando a James sobre su propia varita. —Tú, al igual que tu padre, están del lado equivocado de la historia, quienes han subido demasiado rápido al poder supremo. Se logrará el verdadero equilibrio cuando la sangre mágica finalmente erradique a las especies menores.

Cuando ese momento llegue, no solo tendremos el *poder...* —tocó la varita de James, apuntándolo y ladeando la cabeza. —Tendremos la voluntad... para *usarlo*.

James estaba completamente perdido. Worlick estaba a punto de matarlo, y usando su propia varita. Buscó en la nave algún tipo de arma, pero la cubierta estaba completamente vacía. Luego, llegó la inspiración.

—Usted puede que tenga el poder, —dijo James, de pie con la espalda recta y levantando la barbilla, —Pero permítame preguntarle una cosa antes que lo utilice.

Worlick puso los ojos en desconcierto. —Pregunta, muchacho.

—¿Usted? —preguntó James, tirando de su capa negra y dejando que el viento la rompiera fuera de su alcance, —¿Sabe Nadar?

La capa salió disparada, volando sobre las olas como una cometa. Inmediatamente, una campana sonó. James miró a un lado, hacia la caseta del timón del barco fantasma. La campana de bronce deslustrado que colgaba a su lado sonó claramente su alarma. Con un gemido monstruoso el barco comenzó a salir disparado hacia adelante. Las olas golpeaban sobre la proa mientras el barco olfateaba el agua plomiza.

—¡Eres un completo idiota! —gritó Worlick, con los ojos fijos en las olas que consumían la nave tras él. —¡Nos va a matar a ambos!

James no respondió. Salió corriendo hacia los lados, agachándose hacia la popa y detrás de la caseta de mando. El ángulo de la cubierta del barco fantasma creció más al momento que se hundió, empujando hacia adelante a las profundidades. Una escalera retorcida estaba atornillada en la pared trasera de la caseta del timón. James se encaramó a ésta y cayó sobre el techo plano de la caseta.

Atrás, Worlick parecía haberse olvidado de él. Se aferró a la borda del buque para salvar su vida, retrocediendo hacia la popa mientras la proa se hundía más y más en las olas hambrientas.

Inesperadamente, un rayo dorado de calor se apoderó de James cuando se agachó. Levantó la vista, y se sorprendió al ver la luz del sol brillante sobre las olas y gaviotas en círculos sobre el agua. Más allá de ellos, aún a la distancia, estaba la

orilla. James imaginó que podía ver el muelle en la tierra. Quizás pudiera nadar hacía allá.

El barco fantasma retumbó mientras el agua entraba en él, haciéndolo más pesado. La mitad estaba casi sumergida ahora y lo hundía muy rápido. Se balanceaba, amenazando con tirar a James del techo y que cayera al agua.

Un ruido de repente llenó el aire. Era tan amplio y generalizado que en un principio James pensó que era un trueno lejano. Miró a su alrededor, todavía aferrado en el techo del barco fantasma, y vio algo que le congeló la sangre.

Un ciclón gris acuoso estaba girando hacia el barco que se hundía. Pasaba por sobre la superficie de las olas, dejando una estela espumosa detrás de él. Se abalanzó sobre el barco fantasma, empequeñeciéndolo bajo su sombra retorcida. El viento y la niebla golpearon fuera de la tromba de agua, picando los ojos de James. Temía que el ciclón podría arrastrar al barco fantasma, arrancarlo del agua y romperlo en pedazos dentro de su terrible interior. En cambio, la tromba de agua se enroscaba alrededor de la nave, convirtiéndolo en un corcho y luego comenzó a disminuir. El ciclón se vino abajo, lloviendo agua sobre James y repiqueteando las olas como si fuera una lluvia torrencial. Cuando la niebla del ciclón se disipó, una mujer apareció en su lugar. James la vio de pie en medio de las olas y se le hizo un nudo en la garganta que lo dejó sin habla.

—¡Saludos, James! —la mujer le dijo. —Veo que te has metido en un pequeño aprieto, ¿no es verdad?

Era Judith, la Dama del Lago. Ella le sonrió y negó con la cabeza, sacudiendo su largo cabello rojo. Ni siquiera se veía húmeda.

—Me encantaría echarte una mano, pero tengo un poco de prisa. Gracias por acompañar al Sr. Worlick hasta aquí. Sospecho que nos volveremos a encontrar muy pronto.

El barco fantasma dejó escapar un gemido torturado. Agua cayó sobre el techo de la caseta del timón, pero la Dama del Lago se limitó a reír. Ella se inclinó y sus brazos se transformaron en tentáculos, los cuales se extendieron entre las olas, hasta llegar a Worlick, quién se aferraba a la popa levantada del barco fantasma.

Un momento después, con un grito gorgoteante, el hombre se vio envuelto en el terrible abrazo de Judith. Ella lo tiró hacia ella y lo giró para irse. Mientras lo hacía, el ciclón se levantó de nuevo a su alrededor, revolviendo el mar frenéticamente, cayendo el viento frío sobre James, quien se agachó y sintió el barco fantasma cayendo lejos debajo de él, encontrándose sumido en la fría oscuridad del Mar del Norte.

Segundos después, volvió a la superficie, sin varita, empapado y completamente perdido. El ciclón se había ido, al igual que la Dama del Lago y su presa, Ratimir Worlick.

James maldijo en voz alta y golpeó el agua con los puños.

Después de un minuto, sin saber qué hacer, se giró, se estiró sobre el agua, y comenzó a nadar hacia la orilla. Ni siquiera estaba a mitad de camino antes de que su padre y Titus Hardcastle lo encontraran con sus escobas. Para entonces, el sol se estaba poniendo, un banco de nubes bajas había aparecido, y se había convertido en un día completo y descaradamente horrible.



El disparo sonó tan bajo en el estrecho callejón. Podría haber sido un trozo de madera de nogal que se partió en dos, o un ladrillo que cayó en un charco. El sonido (un estadillo plano, sin eco) fue apenas registrado en los pensamientos de William hasta que el hombre frente a él bajó y dejó caer su bastón, y luego cayó de rodillas. La mirada en el rostro horrible del anciano no era de sorpresa, pero sí de ofendida confusión. Abrió la boca, dibujó una superficial y vacilante respiración. Sin embargo, antes de que pudiera hablar, sus ojos se quedaron en blanco. Él cayó de bruces sobre el pavimento de ladrillo, muerto.

A cierta distancia detrás de él, la pistola todavía estaba sujeta en su pequeño puño, era una joven mujer. Su rostro estaba mortalmente pálido, pero sereno. — Por Fredericka, —dijo débilmente, hablándole al hombre muerto. —De su prometido, William. Y de mí, su hermana, Helen.

Una cinta de humo serpenteaba desde el ojo negro de la pistola. Bruscamente, Helen la bajó.

William había estado seguro de haber estado a punto de morir, para reunirse con su amada Fredericka en el más allá, y había estado listo para recibir esa nueva realidad. Ahora, en cambio, el asesino de Fredericka yacía muerto entre la basura, derribado por un solo disparo inesperado. El villano, Magnussen, puede que haya sido poderoso (incluso pudo haber tenido poderes místicos y sobrenaturales) pero no había sido lo suficientemente poderoso para detener una bala no vista para enviarlo a la otra vida. Y sean cuales fueran los juicios que le esperaban allí.

William se acercó al hombre muerto, apenas capaz de creer que todo había terminado. Helen se unió a él un momento después, con voz temblorosa, la pistola la guardó en el bolsillo de su delantal.

Tres jóvenes aparecieron en la entrada del callejón, siguiendo a Helen. William los vio, y por un breve momento consideró huir, llevando a Helen con él. Después de todo, el callejón se había convertido en el escenario de un asesinato y ambos podrían ir a la cárcel Hempstead para el resto de sus vidas. Sin embargo, algo en los jóvenes le dijo a William que no estaban realmente sorprendidos por lo que había pasado, ni que ellos estuvieran planeando llamar a un policía y denunciar el sangriento asesinato.

Débilmente, Helen dijo, —Estos tres dicen que robó algo de ellos. Lo siguieron aquí, con la esperanza de recuperarlo. No nos entregarán, no creo. Ellos sólo quieren su mercancía de vuelta.

William los miró. El chico que lideraba el grupo asintió con seriedad. Tenía el pelo oscuro y rebelde, parecía tener unos catorce años. Detrás de él había un chico más grande con una mirada de solemnidad tensa en el rostro cuadrado. El tercero era rubio, delgado y con los ojos bien abiertos mirando el cadáver.

William se arrodilló junto al cuerpo de Magnussen. El bastón del malvado hombre aún estaba sujetado en su puño muerto. El mango era de hierro, hecho a mano para asemejarse a la cabeza de una gárgola maliciosa. Magnussen había utilizado el bastón para lanzar sus hechizos indecibles. William lo arrebató de los dedos fríos del hombre, odiando su peso, pero queriendo (necesitando) romper su poder. Lo levantó con ambos puños y lo rompió con destreza con su rodilla, rompiéndolo en dos. Lanzó lejos la vara de madera, pero se quedó mirando la cabeza de metal brillante. Era horriblemente fea, la cara de la gárgola miraba de reojo con malevolencia. William bajó la mirada hacia el hombre muerto de nuevo. Una bolsa con un cordón de terciopelo estaba enganchada sobre la mano de Magnussen. Hizo un gesto hacia ella.

—Sus bienes robados podrían no ser el tipo de cosas que caben en una bolsa de terciopelo, ¿no?

—Podría ser, —el chico que lideraba el grupo respondió. Dio un paso adelante, vaciló y luego se dejó caer sobre una rodilla. Extrajo la bolsa de la mano del hombre muerto, que cayó de nuevo a los adoquines con un golpe sordo. El muchacho se puso de pie, miró dentro de la bolsa por un momento, y luego volvió a mirar a sus compañeros y asintió con gravedad.

—Ustedes tres, —dijo William, —¿Ustedes son como *él*, cierto? —hizo un gesto hacia el cuerpo de nuevo, usando la mano que sostenía la cabeza del bastón roto.

El chico de la delantera negó con la cabeza, pero fue el chico más grande que contestó. —Sentimos lo sucedido a Fredericka. —dijo solemnemente, con un acento británico inconfundible. —Este hombre puede ser parte de nuestro mundo... pero nosotros no somos como él.

William simplemente se quedó mirando a los tres chicos, midiéndolos. Ellos sabían de su pobre, perdida Fredericka. Sus mejillas ardían. —No sé lo que hay en esa bolsa de terciopelo, —dijo con firmeza, sombríamente, —Y estoy seguro que no quiero saberlo. Esto ha terminado. Vayan por su camino y yo, junto a Helen, trataremos de ir por el nuestro. ¿Es justo?

Los tres chicos asintieron. Después de un momento, retrocedieron, giraron y salieron corriendo desde el callejón, con su misteriosa bolsa de terciopelo con ellos.

William se puso de pie, y Helen se apoyó en él, quien la sostuvo con su brazo izquierdo y le ayudó a sostenerse. Ella estaba temblando. Sintió el peso de la pistola caliente en su delantal.

Por primera vez, se preguntó cómo Helen había llegado al callejón. Vivía con su familia en el otro lado de los muelles, a unas quince cuadras de distancia. Era medianoche. El mismo William había estado vigilando el callejón por semanas, esperando atrapar a Magnussen cuando retornara a la escena del asesinato de la pobre Fredericka, si es que lo hacía. Sorprendentemente, el hombre *había* regresado, tan audaz como desfachatado, caminando como si fuera el dueño de la calle, o incluso de todo el maldito mundo. William había pensado que todo había sido preparado para él, pero no estaba preparado para los poderes diabólicos y sobrenaturales del hombre.

Pero Helen sí. Ella no había perdido el tiempo en palabras, le había disparado a matar, a sangre fría.

Pero, ¿Cómo lo había conocido? ¿Cómo había llegado al último momento, pistola en mano, para matar al hombre responsable de la muerte de su hermana? No era un pequeño misterio. Sin embargo, por ahora no había tiempo para discutirlo.

William arrastró el cuerpo de Magnussen hacia las sombras y lo cubrió con basura. Tendría que volver más tarde para disponer del cadáver. Afortunadamente, la orilla del río estaba a sólo unas cuadras por la colina y los muelles estarían desiertos a estas horas. El cuerpo del asesino sería encontrado en los días venideros, flotando en la corriente del río fangoso, pero quizá no sería encontrado. De cualquier forma, a William no le importaba.

En silencio, William caminó hacia la casa de Helen. Ninguno habló, a pesar de las preguntas que colgaban en el aire. Por ahora, lo único que importaba era que todo había terminado. Se había hecho justicia. Quién haya sido o lo que haya hecho el horrible anciano, él ya estaba muerto. Fredericka había sido vengada.

No la traería de vuelta, y ambos tendrían que vivir para siempre con la mancha del asesinato, pero por ahora William pensó que podría vivir con eso.

Sólo esperaba que Helen pudiera también.



William se casó con Helen menos de un año después. Su noviazgo había sido breve pero intenso, forjado en el crisol de su experiencia compartida en esa fatídica noche. Aprendieron que la vieja verdad era un secreto mutuo en una de las intimidades más fuertes, y a la vez terrible y vinculante. Los dos habían perdido a alguien querido para ellos, y ambos habían participado en vengar a ese ser amado. En los años que siguieron, William nunca se arrepintió de lo que había sucedido, pero sabía que Helen sí, en lo más profundo de su corazón. Después de todo, había sido su mano la que había apretado el gatillo. Ella había terminado con la vida de otra persona. William deseó que hubiera sido su dedo quien accionó el gatillo, sólo para haberle ahorrado la responsabilidad a Helen. Él era más duro que ella, y podría haber vivido con eso.

Y, sin embargo, sorprendentemente, rara vez hablaban de eso. Fue el evento que los había reunido, pero a medida que pasaban los años, empezó a parecer más como algo que había ocurrido en un sueño. La única vez que fue totalmente real para William fue en una rara noche sin dormir, cuando el mundo estaba tranquilo y las horas parecían interminables. Se acostaba junto a su esposa y se preguntó: ¿Cómo había sabido que debía ir a ese callejón esa noche? ¿Por qué había caminado esas quince cuerdas con la pistola en su delantal? ¿Cómo podía haber llegado en el momento exacto? Ella debía haber salido un cuarto de hora antes que Magnussen recién llegara al callejón. Era un misterio muy preocupante.

Pero William nunca le preguntó a su mujer cómo había llegado a estar en el callejón esa noche, por una razón muy simple: en el fondo, realmente no quería saber la respuesta. Porque, sospechaba, podría ser aún más preocupante que el misterio.

Helen le dio cuatro hijos a William. Con el nacimiento del cuarto (un hijo, para alegría de William) habían ahorrado suficiente dinero para salir de la sórdida madriguera del barrio del muelle. William renunció a su trabajo en los muelles y compró una pequeña casa de campo al sur de Filadelfia, donde, a la avanzada edad de treinta y tres años, se convirtió en agricultor.

Hubo años de escasez, e incluso en el mejor de los casos la familia rara vez tenía más de 20 centavos que se rocen entre sí, pero eran felices, y a menudo muy afortunados. Cuando los cultivos adyacentes se pudrían en los manantiales húmedos, ellos lograban sobrevivir. Cuando los zorros diezmaban los gallineros cercanos, sus pollos permanecían intocables. Cuando la sequía afectó a los otros campos, William descubrió un manantial en una cañada rocosa de la esquina de su propiedad y lo utilizó para regar sus cultivos.

Nunca se le ocurrió que se trataba de golpes inusuales de suerte. Tampoco se le ocurrió que parecía coincidir con excentricidades poco encantadoras de su esposa. Helen había desarrollado un hábito de caminar a través de los campos en las mañanas, hablando suavemente para sí misma, o cantando canciones melodiosamente divertidas. William nunca escuchó sus palabras reales. Era contento viéndola desde la distancia, serpenteando bajo la luz del sol al amanecer, cantando y acariciando las jóvenes plantas con las palmas de sus manos mientras pasaba. Sabía que otras personas podían pensar que estaba un poco loca, pero él la conocía mejor. Helen tenía un alma gentil y suavemente caprichosa, y la vida en la granja era muy buena para ella. Había despertado algo en ella, y ese despertar había alegrado a William.

Él no se dio cuenta de que sus campos empapados crecían secos y saludables mientras ella los rodeaba cada mañana. O que los símbolos de colores que pintó en el gallinero podrían ser más que garabatos sin sentido y patrones entrelazados. O

que ella había enterrado algo en la cañada rocosa pocos días antes de que descubriera el manantial ahí.

Pero su hijo sí lo hizo.

Su nombre era Phillip. Fue llamado así por su abuelo, a quien nunca conoció. Él miraba a su madre con cuidado, como sólo un hijo puede hacerlo, tanto idolatrándola como estudiándola. Vio cómo rodeaba los campos cada mañana, cómo cantaba sus canciones divertidas, pero él sabía que no estaba cantando para sí misma. Le estaba cantando a las plantas mientras crecían a la luz del sol, incluso a la propia tierra, alentándola y persuadiendo a los campos con su hermosa y simple voz. Ella componía las canciones mientras caminaba. Phillip lo sabía porque a veces la seguía de lejos, mirándola con los ojos muy abiertos, paralizado por el secreto mágico de su madre.

Sus hermanas no le creyeron cuando intentó contarles sobre la sutil magia que su madre poseía. Ellas eran mayores y más sabias que él, y se lo recordaban en cada oportunidad. Se rieron de él y lo despreciaron y le dijeron que era un bebé tonto. Nada de esto disuadió a Phillip en lo más mínimo. Eran demasiado viejas para reconocer la verdadera magia, aunque ocurriera en la misma casa.

Una mañana, Phillip vio a su madre salir de la casa con una pequeña caja de lata bajo el brazo izquierdo y una paleta de jardín en su mano derecha. El rocío aún perlaba la hierba y el sol era apenas una promesa de color rosa en el borde del horizonte. Phillip la siguió, agazapado a lo largo del borde este del campo, con sus pies descalzos silbando a través de la húmeda y alta hierba.

Su madre no cantó esa mañana. Caminó en silencio, con sobriedad, llevando la caja de lata y la paleta como si se tratara de un escudo y espada. Al final del campo este, ella dobló a la izquierda, hacia el borde de la propiedad. Ella no solía caminar en esa dirección. Después de todo, no había nada más allí que la valla fronteriza y un viejo valle pedregoso, lleno de arbustos y árboles escuálidos. Phillip se escondió detrás de un montón de hierbas y vio cómo su madre descendió a la cañada. En el momento que se detuvo, él solo podía ver su cabeza y hombros. Ella miró abajo por un largo momento, como si estuviera examinando algo, y luego se arrodilló. Phillip no pudo verla durante casi cinco minutos. Cuando ella volvió a

aparecer, se enderezó su vestido de trabajo y miró hacia el cielo. No estaba sonriendo, pero parecía feliz de alguna forma, o al menos contenta. Un momento después, giró y subió de nuevo fuera de la cañada, llevando solamente la pala.

Phillip se escondió entre la maleza y observó a su madre pasar. Y aún, ella no cantaba, como lo hacía la mayoría de las mañanas. Pero sí tarareaba. Era un sonido tranquilo, y Phillip sospechó que esta vez su tono era para ella sola.

Cuando estuvo seguro de que ya había recorrido la mayor parte del viaje de regreso a casa, Phillip salió a toda prisa de entre las hierbas y se lanzó hacia la cañada. Siguió los pasos de su madre lo más cerca que pudo, mirando a su alrededor con atención. Después de un momento, sus ojos agudos espionaron lo que estaba buscando. Una de las piedras había sido movida, y la tierra debajo de ella estaba revuelta. El muchacho se arrodilló y levantó la piedra con ambas manos. El césped debajo de ella todavía estaba roto y suave. Casi con reverencia, Phillip peinó la tierra con los dedos hasta que tocó metal. Su madre había enterrado la caja de lata. Pero... ¿Por qué? ¿Estaba plantando de alguna manera? ¿Iba a convertirse en algo? ¿Qué extraña magia estaba haciendo ella en el valle?

Estuvo a punto de no abrir la caja de lata. ¿Y si arruino la magia por mirar a escondidas? Aun así, después de una breve lucha interna, su curiosidad ganó. Sacudió la caja, dejándola en su cueva poco profunda, y luego, con cuidado levantó la tapa. Sus ojos se abrieron lentamente.

La luz de la mañana se vertía en el interior de la caja de lata, iluminando su contenido brillante. Había dos cosas en el interior, ambas de metal. Una de ellas era una pistola. Parecía pequeña y malvada, negra y lustrada con aceite.

La otra era la cabeza de un viejo bastón, esculpida en hierro, con forma de la cara de una gárgola malvada. Parecía mirarle, convenciéndole para recogerla, sentir su peso y pasar sus dedos por sus complejas características.

Phillip no la recogió. Sintió que había algo mal con ella, algo que podría hacer que fuera aún más peligrosa que la pistola. La cabeza del bastón era la magia, y la magia estaba viva.

El niño enterró la caja de lata de nuevo y corrió de vuelta a la casa. Se había resistido a la llamada de la malvada cabeza metálica del bastón. Pero la recordaba.

Y ella lo recordaba a él.



Nueva Ámsterdam no estaba completamente vacía, a pesar de las apariencias, y tampoco lo estaba la Manhattan Muggle que yacía debajo. Sin duda, la mayoría de los habitantes de las ciudades gemelas había huido a raíz de la Relevación (o, como la prensa Muggle había empezado a llamarlo, El Evento), pero siempre hay un cierto número de personas muy arraigadas, oportunistas o simplemente olvidadizas para estar bajo la jurisdicción de cosas tales como los toque de queda, zonas de cuarentena y las órdenes de evacuación.

Todos los caminos hacia la isla fueron bloqueados y custodiados por la policía militar. En el corazón de la ciudad, las calles desiertas yacían ahogadas de coches, taxis y autobuses, todo se estancó en su lugar como un gran río de metal. El túnel Lincoln estaba casi totalmente bloqueado por un accidente masivo que había ocurrido durante El Evento. Decenas de vehículos estaban estropeados detrás de un autobús volcado, formando una pared de metal retorcido y escombros con olor a gasolina. En Times Square, los taxis amarillos y los camiones de reparto, se asentaron en silencio, acumulando polvo sobre las cuerdas de neón oscuro. Sobre esto, la señalización mágica de Nueva Ámsterdam permanecía igual en estado latente, la mayoría aún se cernía en el lugar, pero apagada y extrañamente quieta. La mujer gigante mecanizada aún mantenía en alto el auto de hojalata con su varita polaca de Wymnot, pero sus engranajes ya no giraban y sus dientes no brillaban. Un nido de petirrojos chirriaba y revoloteaba sobre su hombro.

El gran motor económico de Wall Street estaba inactivo y bloqueado, sus puertas tenían barricadas con separadores de tráfico de concreto y alambre de púas. Por encima de esto, el Edificio Global de Cambio Monetario Mágico estaba envuelto en cadenas de hierro negras, aseguradas con un enorme candado del tamaño de un piano de cola.

El rascacielos transparente conocido como la Montaña de Cristal, antigua sede de la administración de los magos de los Estados Unidos, estaba vacío, protegido con sus propios mecanismos de seguridad mágica y hechizos perimetrales.

En la calle Chambers, el agujero en el que alguna vez había estado el edificio Chrysler estaba parcialmente lleno de charcos de lluvia. La cinta de la policía, que lo estaba rodeando, había volado lejos hacia la calle donde yacían pegadas como serpientes amarillas muertas.

Los carteles en Broadway habían comenzado a desvanecerse y pelarse. La mayoría de las letras habían sido arrancadas del recuadro del Teatro Imperial, dejando sólo acertijos sin sentido. El distrito de los teatros mágicos de Nueva Ámsterdam, situado a una cuadra de distancia y doce cuerdas más arriba, estaba lleno de basura y programas teatrales, abandonados por la audiencia al huir en la Noche de la Revelación. La gran fachada de Moxy Mage seguía brillando con su luz mágica, con sus señales brillando sobre los puentes y arcos vacíos: *EN SU SEMANA DUODÉCIMA*: Producción de BLAISE LUCE, ¡EL TRIUNVIRATO! "UN TRIUNFO TRIPLE" alardeaba el pronosticador. ¡PALCOS TODAVÍA DISPONIBLES!

Alrededor de las ciudades gemelas, la maleza había brotado en las grietas de las aceras. Las vides se entrelazaban lentamente sobre las puertas. Hojas muertas amontonadas en las esquinas. Palomas rostizadas en toldos y pasarelas.

Los pocos habitantes que quedaban en las ciudades se movían sigilosamente a través de ésta, ocultándose en las sombras, revoloteando como fantasmas.

—Quizás él ni lo sabía, —dijo una figura con voz áspera, atrincherada en la sombra del crepúsculo de un autobús de la ciudad. —Él no puede saberlo todo, ¿cierto?

El que hablaba era un hombre, con sobrepeso y barba, vestido con capas de ropa incolora y una gorra de béisbol de los Yankees de Nueva York. Él jadeó por un momento, su cara estaba sudorosa. Otra figura se trasladaba junto a él: una mujer joven con el pelo blanco muy rizado y bien corto, parecía un diente de león. Era delgada y rápida, moviéndose con el sigilo practicado de una persona que vive en la calle hace mucho tiempo. Ella apretó los labios y sus ojos miraban alrededor de los edificios abandonados.

—Él no puede saberlo todo, ¿cierto? —jadeó el gordo, repitiendo su pregunta.

—No lo sé, Park, —respondió la mujer en voz baja. —Él sabe mucho.

—Pero no todo, —insistió Park ardientemente, esperanzado. —Me cubrirás, ¿No es cierto, Lissa? Tienes que hacerlo. Hemos sido amigos desde El Evento. Yo te encontré. Sólo tienes que cubrirme.

Lissa asintió distraídamente. —El sol está bajando sobre los edificios. Vamos, que es casi de noche.

En silencio, los dos se arrastraron fuera de la penumbra del bus y caminaron a lo largo de la calle, pasando tiendas y quioscos vacíos y oscuros. El Hotel Heraldium se situaba en el extremo de la manzana, frente a ellos, mirando severamente a lo largo de la avenida como un patriarca a la cabeza de una monstruosa y destrozada mesa. El hotel se veía tan oscuro como el resto de la ciudad, pero Lissa sabía que eso era debido a los hechizos. Hasta hacía seis semanas, no había creído en cosas tales como hechizos. A los veinticuatro años, había estado oficialmente sin hogar por 3 años, y la vida en las calles de Manhattan no llevan mucho a pensar en magia. A menos que estuvieras loco. Lissa había conocido a más de algún loco bajo los viaductos y puentes, en las comunidades no oficiales sin hogar del metro de Nueva York. Los locos viven en su pequeño mundo de conspiraciones y engaños, y la magia era a menudo una parte de eso. Cuando ocurrió El Evento, los locos resultaron ser los mejores equipados para

manejar la situación. Cuando el resto de la ciudad había quedado congelada en el miedo, conmocionados por la visión de la ciudad mágica que de repente había aparecido por encima de ellos, los locos se habían limitado a mirar, asintiendo a sí mismos, y aceptado esta nueva realidad como uno acepta el amanecer de un nuevo día.

Lissa no estaba loca, pero ella era sumamente práctica. Había seguido a los locos (que ya no parecían tan locos, por supuesto) e hizo lo que ellos hicieron. Luego del Gran Sueño, cuando el resto de la ciudad se había despertado y había huido, Lissa y Park habían emergido a la ciudad repentinamente vacía como sobrevivientes de una explosión de bomba. Eventualmente, habían encontrado a otros. Los rezagados salían poco a poco desde sus escondites, examinando los edificios vacíos, juntándose en pequeños grupos y bandas. Durante una semana, se habían unido otros seis a Lissa y Park, vagando por las calles y probando las cerraduras de los almacenes. La mayoría estaban fuertemente cerrados, pero unos pocos habían quedado abiertos, probablemente abandonados por los empleados demasiado conmocionados por El Evento para pensar en la seguridad de sus trabajos. Lissa y sus nuevos amigos asaltaron estos establecimientos mientras lo necesitaran, tomando comida y ropa, viviendo mejor de lo que ellos habían tenido en años.

Nunca se le ocurrió a Lissa que estaban robando. Por lo que ella sabía, el fin del mundo había llegado y la propiedad había quedado obsoleta.

Ocasionalmente, las calles retumbaban con los sonidos de los vehículos militares. Grandes camiones blindados con bandas de rodaje de tanques y enormes arados de acero en sus frentes, pasaban por las aceras mayormente despejadas, apartando cualquier cosa de su camino. Cuando llegaban los camiones, Lissa y su grupo se escondían, rápida y silenciosamente. Ellos eran buenos escondiéndose, y pronto los vehículos se iban, dejando marcas de sus pisadas en las aceras, toldos rotos y parquímetros en sus estelas. Las monedas brillaban en el pavimento, desparramadas de los parquímetros rotos, pero nadie se molestaba en recogerlas. El dinero había quedado obsoleto también.

Al comienzo de la segunda semana, Lissa y su equipo habían descubierto el Hotel Heraldium.

Lo habían visto cientos de veces, por supuesto, pero en realidad nunca le pusieron atención. Era sólo un gran hotel más, frecuentado por la clase de gente rica que llegaba en limusinas largas que eran introducidas por la puerta frontal por hombres vestidos elegantemente con gorras y abrigos rojos. Para Lissa, el lugar simplemente no era parte de su mundo. Pero repentinamente, en el amanecer del segundo Lunes luego del Gran Sueño, mientras Lissa y su tropa giraban la esquina de Lexington, el Heraldium atrajo su atención como un faro monstruoso, cincuenta pisos de altura y brillando en la salida del sol. Sus ventanas brillaban como cobre fundido, su gran toldo frontal se cernía sobre escalones de mármol. Por primera vez, no había portero con abrigo rojo que los ahuyentara. Ahora sólo estaban las enormes puertas giratorias de vidrio y metal, completamente desprotegidas y extrañamente acogedoras. Las puertas estaban girando lentamente, haciendo que el sol de la mañana brillara en sus superficies immaculadas.

Lissa y su tropa habían entrado sin decir una palabra. Ella apenas lo recordaba. En un momento estaba parada en la esquina de la treinta con Lexington, mirando hacia el imponente hotel, hipnotizada por sus puertas giratorias resplandecientes. Y al momento siguiente, estaba dentro de su lujoso vestíbulo, rodeada de helechos en macetas y sillas tapizadas. Un piano negro brillante se situaba cerca de los ascensores, sonando por sí solo.

Una voz les había saludado.

Así fue como conocieron al Coleccionista. Él les había dado la bienvenida, y les presentó a su nueva realidad. Había prometido explicar todo. Les contó su gran plan, y la parte importante que jugarían en él si lo aceptaban. Y por supuesto que lo harían. Después de todo, nadie había necesitado la ayuda de Lissa y su equipo antes, o invitado a su consejo. Nadie más les había dicho que eran importantes.

Ahora, con sigilo en la penumbra reunida hacia la falsa oscuridad del Hotel Heraldium con Park silbando a su lado, Lissa sintió un estremecimiento sutil de aprehensión. Después de todo, ¿Qué sabían realmente ellos de su misterioso benefactor? Se llamó a sí mismo un mago, uno de los que vivió en la ciudad

escondida hasta que El Evento la reveló para todos. Sin duda tenía algo de poderes mágicos. Su magia mantuvo las luces y vida del Hotel Heraldium oculta de quienes estaban afuera. Él podía levitar cosas (incluso personas) y disparar rayos mágicos de luces desde su varita. Se presentó a sí mismo como benevolente, pero Lissa empezó a sospechar que era todo lo contrario. El Coleccionista era peligroso, y más aún porque fingió ser su amigo.

Pero lo peor de todo era su apariencia, lo que podían ver. Vestía una túnica larga de burdeos todo el tiempo, sus puños adornados con espirales de oro y su capa elevada al punto de que su cara estaba casi completamente oculta en la oscuridad. Sus manos eran la única parte de su cuerpo enteramente visible. Eran muy blancas, delgadas, con nudillos y tendones prominentes. Las manos del Coleccionista lucían fuertes, a pesar de su delgadez. La izquierda siempre aferraba una varita, muy negra y retorcida, como si se tratara de cenizas de carbón. Había un tatuaje en el interior de la muñeca izquierda. Lissa lo había visto en un par de ocasiones, y se estremeció ante él, no porque supiera lo que significaba, sino precisamente porque no lo sabía.

El Heraldium se cernía sobre Lissa y Park mientras se acercaban a él. Se veía diferente ahora, aunque Lissa no sabía si era porque el hotel había sido alterado de alguna forma, o solo era su imaginación. Las gárgolas en las esquinas del techo parecían más grandes y más viciosas que antes, como si ya no fueran meras estatuas, sino como criaturas de piedra vivientes, mirando hacia abajo con ojos de halcón. El tallado barroco del hotel parecía más gótico que nunca, extendiéndose alrededor de las ventanas y cornisas, como hiedra petrificada. Todo el edificio parecía inclinarse hacia adelante, pesando sobre la calle como un buitre monstruoso, preparándose para abalanzarse sobre la ciudad a sus pies.

—No me gusta esta parte, —jadeó Park para sí mismo mientras se acercaban a los escalones de mármol del hotel. —Hace mis tripas doler.

Lissa sabía a qué se refería Park. Pasar a través de la frontera mágica del Heraldium era claramente desagradable. Se armó de valor y, a continuación, se lanzó hacia adelante, bajo el toldo borgoña de las puertas delanteras. Hubo una repugnante sensación de ondulación que pasó a través de todo su cuerpo, dejando

una ola de náuseas. Un segundo más tarde, la sensación pasó. Ella subió los escalones de mármol rápidamente, hacia el resplandor alegre de las puertas giratorias. Park la siguió, murmurando para sí mismo, preocupado.

El vestíbulo estaba brillantemente iluminado. Velas reales brillaban a centenares en los candelabros de cristal. El piano enorme tocaba deliciosamente, con sus teclas formando ondas hacia arriba y abajo del teclado. Sin decir una palabra, Park y Lissa pasaron junto a él, entrando en las sombras de un pasillo lateral. Puertas dobles se alineaban en la pared de la derecha, todas cerradas excepto la última que estaba bien abierta, dejando escapar un resplandor y un extraño silencio. Un cartel negro estaba puesto fuera de las puertas, adornado con letras blancas que decían: BIENVENIDOS AL NUEVO MUNDO.

Tan silenciosamente como fue posible, Lissa y Park entraron.

La sala de banquetes era larga y alta, apenas iluminada por más arañas de cristal. Mesas y sillas llenaban el suelo, pero ahora estaban amontonadas a los lados, pegadas a lo largo de las paredes. Ahora, el suelo estaba lleno de figuras arrodilladas, con sus cabezas inclinadas en su mayoría. La mayoría de los presentes representaban a quienes quedaban en las calles de Nueva York, pero habían unos pocos que se destacaban por no ser vagabundos ni tampoco típicos neoyorquinos. Estos individuos vestían ropa extraña muy pasada de moda, incluyendo chalecos y relojes de bolsillo, capas e incluso una que otra prenda de aspecto impresionante. Lissa supuso que estas personas habían sido habitantes de la ciudad mágica, Nueva Ámsterdam, aunque por qué habían quedado atrás era un misterio. La mayoría de ellos parecían estar en silencio aterrorizados por el Coleccionista, que acechaba ahora entre las filas, lenta y deliberadamente.

De vez en cuando, una mano se levantaba entre la multitud de gente de rodillas, ofreciendo algo para el Coleccionista. Él se acercaba despacio y estudiaba el elemento ofrecido. La mayoría de veces, se limitaba a mover la cabeza y seguir adelante. De vez en cuando, aceptaba el elemento con un movimiento de cabeza, tal vez murmurando su aprobación y lo metía en su túnica de burdeos.

—Polvo de raíz de Spynacea, —dijo, —pero no lo suficiente. Recoge más si deseas ganar mi favor, —o —Estas son esmeraldas falsas, pero no son del todo

inútiles. Tráeme la real mañana. Intenta en las oficinas del Alquimista que está sobre Tiffany's —o —¿Hay más de estas garras de dragón en el armario de pociones de dónde salió? Recógelas en la mañana, pero no las toques con tus manos para que no te envenenen antes de que me las entregues.

Finalmente terminó su camino hacia el frente de la sala, donde había un pequeño estrado. Se acercó a él y se volvió hacia la multitud arrodillada.

—Hemos recolectado mucho, mis amigos, —dijo con una voz suave y sedosa. —Pero hay mucho que necesitamos aún. El Brujo se basa en nosotros para ofrecer sus herramientas, y debemos proveer. La paciencia y diligencia nos llevará a la victoria, y cuando llegue ese día, yo no los olvidaré. Me acompañarán, y cuidaré de ustedes, como lo he hecho desde el primer día que llegaron a mí. Estaban perdidos y sin esperanza, apenas un paso por sobre las ratas de las alcantarillas, pero los levanté. Les di un propósito. Ustedes son mi gente, y no los olvidaré en el momento de nuestra Ascendencia. Pero este honor no viene sin un precio. Yo necesito su obediencia estricta. Mis reglas son pocas, pero no deben ser rotas, ni siquiera de la forma más mínima.

Park y Lissa se habían arrodillado en una esquina de atrás, con la esperanza de no ser notados. Park se estremeció de miedo.

—Pero algunos de ustedes sienten que deben probar mi resolución, —dijo el Coleccionista, bajando la voz hasta un ronroneo sutil. —No quiero demostrar la gravedad de tal desobediencia, pero no me dejas otra opción Sr. Park.

Park se puso de pie junto a Lissa, jadeando y dejando caer su gorra de los Yankees. Cayó al suelo, sobre sus pies, boca abajo. Lissa se quedó mirándolo, con miedo a mirar hacia arriba. Ella no quería ver, pero se sentía culpable. Después de todo, había sido en parte culpa de ella. Park tenía la mentalidad de un niño, a pesar de su edad. No había estado viéndolo suficientemente cerca, y había dejado que su hambre sacara lo mejor de él.

—Sr. Park, —dijo el Coleccionista, su voz como petróleo, —¿Me haría el favor de acompañarme al frente de la sala?

Park sacudió su cabeza violentamente, pero comenzó a caminar hacia adelante de todos modos. No se movió del perímetro de las figuras arrodilladas, pasando a través de ellos, empujándolos hacia los lados, quienes no protestaban y ni siquiera miraban hacia arriba mientras pasaba.

Lissa consideró gritar y decirle al Coleccionista que había tenido un poco de culpa, que ella no había estado cuidándolo, que él era apenas un niño en su mente y no podía ser responsable de sus actos. Park le había pedido que lo cubriera. Sabía que debía, pero también sabía que no serviría de nada. Simplemente se extendería el castigo a ella, sin salvar a Park de nada. Después de todo, a pesar de lo que dijera el Coleccionista, le *gustaba* infligir castigo. Buscaba una razón y se excusaba para hacerlo.

—Mi amigo, —silbó el Coleccionista mientras Park caía de rodillas delante de la tarima. —Has sido un niño desobediente, ¿no es así?

Park se encogió, poniendo la barbilla en el pecho, temblando. Él asintió.

—Rompiste una ventana, —continuó el Coleccionista con una voz aterciopelada. —Robaste comida. Has recolectado para ti mismo y no para el beneficio de la comunidad. Fuiste egoísta, ¿no, Sr. Park?

Park asintió otra vez, violentamente, y Lissa podía escuchar su respiración, corta y dura.

El Coleccionista alzó la voz y dijo, —¿Cuál, mi pueblo, es la regla número uno?

Toda la multitud arrodillada respondió a la vez, al unísono: "Tenemos que recopilar sólo lo que no está vigilado. Debemos recolectar sólo para la comunidad. No hay que robar para nuestro propio beneficio". Lissa estaba consternada al oír su propia voz en medio de la multitud, repitiendo el mantra conocido.

El Coleccionista asintió, disfrutando del sonido de las voces. —Sí ¿Y sabe por qué esto es una regla muy importante, Sr. Park?

Park asintió de nuevo, pero el Coleccionista lo ignoró. Bajó del estrado cuando dijo —Porque si rompemos la regla, tal y como se rompió la ventana de esa

tienda, Sr. Park, entonces atraemos la atención de los opresores. Ellos vendrán en sus estruendosos camiones y máquinas voladoras con hélices, y ellos nos buscarán. Y nos encontrarán aquí. Los encarcelarán a usted y a sus amigos por ladrones, ¿No ve usted, Sr. Park? Mis reglas están para protegerle a usted y a sus amigos. ¿Acaso no lo alimento cada noche? ¿Acaso no le proporciono camas para dormir? ¿Acaso no le doy el beneficio de una misión? ¿Por qué usted amenaza a todos sus amigos, y escupe en la cara de mi caridad, por una comida de carne medio estropeada y pan duro?

—Tenía hambre, —sollozó Park. —Yo soy más grande que muchos de los otros. Necesito comer más. Yo estaba muy, muy hambriento. ¡Perdóname! No lo volveré hacer ¡Te lo prometo!

—Lo siento, Sr. Park, —dijo El Coleccionista respirando, y su voz como un susurro hacía eco a través de toda la asamblea, mágicamente amplificadas por los techos oscuros de la sala. —Pero no puedo conceder el perdón. No puede haber infracción sin castigo. Por su bien, y por el bien de los que miran. Estire sus manos, Sr. Park.

El monstruoso mago lo estaba disfrutando. Lissa lo sintió en la forma en que se expresaba. Él era un sádico, se aprovechaba de los más débiles. Lissa sabía que debía decir algo. Park le había rogado que lo protegiera. Sólo había sido un viejo sándwich de pastrami, todavía envuelto en papel blanco. Lissa había considerado entrar en el mercado ella misma. Después de todo, el Coleccionista apenas les daba de comer lo suficiente para mantenerlos vivos. Todos ellos vivían en un estado de hambre constante, haciéndose dependientes de la escasa disposición del mago. En cambio, ella había dejado a Park en el mercado, subiendo la escalera de incendios para buscar en los departamentos de magos más arriba, y Park había hecho lo que debía haber sabido que haría. Él había roto la ventana con un parquímetro roto y se había comido la mayor parte del sándwich en el momento en que ella había vuelto. La mirada de culpabilidad extrema en su rostro habría sido divertida bajo cualquier otra circunstancia.

Se arrodilló delante de la tarima, Park sacudió la cabeza enérgicamente, haciendo que su pelo rizado se sacudiera sobre su cabeza.

—No agregue desobediencia a la desobediencia, Sr. Park, —amonestó el Coleccionista lujosamente, acercándose al hombre, sacando su varita y apuntándola hacia abajo. —Levante las manos.

Lissa se agitó, apretó los labios y levantó la cabeza. Sabía que tenía que decir algo. El instinto de conservación era un instinto difícil de superar para alguien que había vivido tanto tiempo en la calle, pero no podía soportar ver a su compañero torturado. Ella miraba con furia hacia la escena que ocurría en la penumbra de la tarima. Park estaba temblando visiblemente, agazapado en sus rodillas, negándose a poner las manos. *¡Sólo hazlo, Park!* tenía ganas de gritar Lissa, *¡Lo único que hará será marcarte con su varita! ¡Te hará daño, sí, pero vivirás! ¿No puedes ver que él quiere que le desobedezcas? ¡Él quiere hacerte aún más daño! ¡A él le gusta!*

—Ahora, Sr. Park, —ordenó el Coleccionista, todavía hablando suavemente, con voz sedosa.

Park gimió, negándose a obedecer. Lissa abrió la boca para gritar. Ella ni siquiera sabía exactamente lo que iba a decir. Antes que pudiera hablar, sin embargo, Park levantó su cabeza. Miró al Coleccionista directamente a los ojos y dijo, en voz tan alta y con firmeza que la habitación se hizo un eco de su voz —No, ¡Tú!

Hubo un suspiro colectivo en toda la sala. Algunas cabezas se levantaron. Park dibujó una respiración profunda y rápida y apuntó al Coleccionista. —*¡No voy a obedecer! ¡Usted... Usted es sólo un gran matón! ¡Y eres malo!* Antes que llegaras a nosotros, sí, todos teníamos que buscar cosas para comer en la calle, y pedir dinero y esas cosas, y tal vez eso no era tan grande, pero estábamos mejor de lo que estamos ahora *contigo*. ¡Tú no eres amigo! ¡Eres un chico malo! Nos tratas como esclavos y pretendes que todo está bien, pero no lo está. ¡Me gustaría estar de nuevo en la calle otra vez! ¡Al menos antes era libre!

Park terminó este inusualmente largo discurso y la sala quedó extrañamente tranquila. Incluso el piano en el vestíbulo había dejado de sonar. Hubo un largo y horrible silencio. El Coleccionista simplemente se quedó mirando a Park, con su rostro grave y extrañamente triste. Por último, poco a poco, respiró hondo y bajó su varita.

—¿Usted desea volver a la calle, Sr. Park? ¿A merced del destino, sin que nadie lo cuide? ¿Eso realmente desea?

El rostro de Park estaba contorsionado en una máscara de terror severo. Él asintió con la cabeza, de forma rápida.

El Coleccionista suspiró con tristeza. —Bueno, mi amigo, Ahí está la puerta. —Él asintió con la cabeza hacia el final del pasillo.

Un espeso silencio llenó la habitación, tan perfecto que Lissa en el fondo de la sala, podía oír el susurro de la ropa de Park mientras se ponía de pie. Se dio la vuelta. Casi todas las cabezas en la sala se elevaron ahora, mirando, con los ojos abiertos con incredulidad.

Park comenzó a caminar hacia las puertas dobles abiertas.

—¡Park! —gritó Lissa de repente —¡No!

Pero fue demasiado tarde. El Coleccionista había levantado su varita en el momento que Park le había dado la espalda.

Hubo un grito horrible, chillidos inquietantes como de un pájaro. Era el ruido mezclado entre Park y el Coleccionista, ambos llorando, uno en la angustia, el otro de alegría. Park se derrumbó de rodillas mientras un chorro de luz roja lo envolvía, crepitando y enroscando todo su cuerpo. El Coleccionista se acercó por detrás, con la varita afuera, lanzando un horrible tentáculo de luz. Por primera vez, Lissa vio toda su cara, iluminada por la luz de su hechizo. Su boca estaba abierta, al igual que sus ojos, que eran salvajes con gozo, mostrando todo el blanco alrededor de sus pupilas. Park y los gritos del Coleccionista se mezclaron, ululando en toda la sala, un coro de horror y júbilo negro.

La mayoría de los reunidos miró hacia otro lado, dejando caer sus ojos, sumergiendo la barbilla al pecho, pero Lissa miró. Ella no podía moverse. Su propia boca seguía abierta, su aliento atrapado en su pecho.

Park cayó hacia adelante plano sobre su rostro, con sus brazos flácidos. Y todavía el Coleccionista se le acercaba, atormentando al hombre caído con el

malvado hechizo rojo. Park estaba muerto. Lissa lo sabía. El Coleccionista también. Podía verlo en el deleite de su abierta y amplia sonrisa y sus salvajes ojos saltones.

Y entonces, por fin, la luz roja se desvaneció. La sala quedó en silencio de nuevo. Las retinas de Lissa se quemaron con la imagen después del hechizo, por lo que la figura del Coleccionista no era más que una forma negra en la penumbra.

—Ahí, —la horrible voz aterciopelada respiraba agotada y jadeante. —Ahora el señor Park ha sido recolectado por siempre. ¿Alguien más... desea unirse a él?



Habían sido unos meses muy extraños y desagradables para el Presidente de los Estados Unidos.

Hal Drummond era un político de carrera, y él lo sabía, aunque se resistía a admitirlo en voz alta. Simplemente, no había forma de llegar a ser presidente sin sumergirse completamente en el sucio mundo de la política, absolutamente y sin abandonar. Drummond había pasado sus años, primero como representante del estado, luego como gobernador, y finalmente, como senador, manteniendo un ojo en el premio final de la más alta magistratura del país. Aún más difícil había sido la gestión de la percepción pública. Tenía que mantener la ilusión de que su matrimonio (infeliz) era perfecto, que sus hijos (rebeldes y hoscos) eran ideales, y que sus antecedentes (manchados con todos los sobornos aparentemente necesarios, cohecho y acuerdos secretos) estaban impecables. Se necesitaba un tipo especial de persona para vadear a través del pantano de Washington y aun así salir oliendo limpio al otro lado, pero Drummond (como regularmente se decía a sí mismo) era ese tipo de persona. Se había ganado la presidencia en un amplio margen, impulsada por la extrema aversión del público hacia su predecesor. A todos les había ido relativamente bien. El congreso y el senado fueron

obstaculizados por paralización partidista, lo que permitió a Drummond ocupar el terreno moral sin hacer mucho. Todo estaba más o menos bien con el mundo.

Hasta el Día de los Caídos, tres meses atrás.

Drummond había estado en una reunión vespertina en el momento. Tres miembros de su gabinete habían estado con él en la sala de conferencia de la Casa Blanca, y habían solicitado que la cena fuera traída ahí. Habían estado hablando de las próximas elecciones. Todavía quedaba más de un año, pero la temporada de elecciones había comenzado muy temprano en el ciclo de noticias de veinticuatro horas. Drummond estaba decidido a permanecer en el cargo para un segundo mandato, a pesar de la intimidante nueva manada de rivales políticos. Uno de ellos, afortunadamente, había sido eliminado —Chuck Filmore, el senador popular de Nueva York, había desaparecido en algún tipo de truco de magia fallido orquestado por ese ilusionista engreído, Michael Byrne —pero varios otros políticos ya estaban haciendo ruidos de campaña, apareciendo en los programas de conversación de los Domingos por la mañana, burlándose de Drummond y su "Agenda Nada-Que-Hacer".

El Jefe de personal de Drummond, Linus Fallon, sólo había colgado la llamada en la cocina cuando se produjo un fuerte golpe en la puerta doble de la sala de conferencias. Para sorpresa de todos, era la secretaria del Presidente, una mujer mayor llamada Greta con pequeñas gafas y el pelo gris muy corto.

—Debería encender la televisión, señor, —dijo ella sin aliento, con los ojos bien abierto detrás de sus gafas. —Justo ahora, señor.

Drummond sólo parpadeó, pero Fallon se levantó rápidamente de su asiento. —¿Qué canal? —exigió.

Greta negó con la cabeza lentamente. —Cualquiera, da igual.

Una pared de televisores se encendieron, cada uno mostrando esencialmente la misma escena, pero desde muchos ángulos diferentes. En cada toma, la cámara estaba siendo sacudida por una multitud en marcha. Sobre sus cabezas, corrientes de objetos voladores listados, algunos tan pequeños como personas, otros grandes como buses. Otra pantalla mostraba la Estatua de la Libertad, pero no como

Drummond la hubiera visto antes. Ya no estaba de pie, sino que agachada junto a su base con su mano derecha abajo y su antorcha sumergida en el agua negra que rodeaba la Isla Ellis. También había otra pantalla haciendo un paneo entre los que eran sin lugar a dudas los rascacielos de la ciudad de Nueva York. Sin embargo, agrupados alrededor y encima de los edificios familiares, había estructuras coloridas extrañas. Puentes brillantemente encendidos y conectados en alturas vertiginosas. Tiendas extrañamente pintorescas y carpas parpadeaban contra el cielo nocturno. Más de los objetos voladores se acercaban a la escena, mezclándose como insectos, evitando accidentes por un estrecho margen.

—¿Qué...? —comenzó Drummond, pero su voz se apagó. Había leído la barra de noticias corriendo en la parte inferior de la pantalla de CNN: SENADOR NEOYORQUINO CHARLES FILMORE FUE ENCONTRADO MUERTO/MASA DE FENÓMENOS INEXPLICABLES ABRUMA NUEVA YORK.

A partir de ahí, las cosas habían sucedido muy rápido, y muy al azar.

Drummond sabía sobre el mundo mágico, aunque sólo un poco. En su segundo día en el cargo, había recibido la visita de la figura muy impactante de Benjamin Franklyn, el icono de la fundación de Estados Unidos supuestamente muerto hacía tiempo. Franklyn había explicado que era un mago (por lo que tenía edad mágicamente aumentada), y que una completa comunidad mágica existía no solo en los Estados Unidos, sino que en todo el mundo. Estaban ocultos, explicó Franklyn, pero es muy real y activa, con su propia cultura, economía y gobiernos. Afortunadamente, al parecer, se había concretado una alianza algunos siglos atrás, que vinculaba a los gobiernos mágicos y "Muggle" de América. Esta alianza fue mejor representada por una pequeña rama del servicio secreto conocida como la Oficina de Integración Mágica. Franklyn había designado el nuevo presidente a la cabeza de esta agencia, un pequeño hombre llamado Lynch, quién había asegurado a Drummond que nunca tendría que pensar de nuevo en el mundo mágico.

—Mis agentes y yo somos totalmente capaces de manejar todas las interacciones necesarias con la comunidad mágica, —informó Lynch en voz baja y grave. —Estamos bien entrenados, totalmente equipados, y legalmente invisibles. Es probable que nunca vuelva a oír de nosotros.

Drummond estaba secretamente contento con eso, a pesar de que había albergado un grado de curiosidad. En los días siguientes, había llegado con varias preguntas para Lynch —¿Los amigos mágicos tienen curas para el cáncer u otras enfermedades? ¿Podría su magia ser aprovechada para uso militar? ¿Qué otras figuras históricas aún podrían estar escondidas, vivas y bien en la comunidad mágica? —pero no tardó en descubrir que simplemente no había manera de comunicarse con el Sr. Lynch y su agencia. Nadie más en el gabinete de Drummond sabía nada acerca de la Oficina de Integración Mágica, y mucho menos el mundo mágico al que representaba. Debía considerarse loco incluso para preguntar por esto.

De este modo, pragmático como era, Drummond lo había simplemente olvidado.

Cuando ocurrió El Evento, sin embargo, al instante se acordó. En el momento que volvió a su oficina, Lynch ya estaba ahí, esperándolo. No había tenido una cita, por supuesto, y nadie más, ni siquiera Greta, sabía que el hombre estaba allí. Drummond desestimó a todos los demás, cerró la puerta de la oficina oval con un golpe, y exigió saber lo que estaba pasando.

Era mucho peor de lo que imaginaba.

Al parecer, algunas brujas pícaras con poderes inimaginables se habían vuelto locas en el desfile del Día de los Caídos en la ciudad de Nueva York. Lynch explicó que la Estatua de la Libertad había sido mucho más que un símbolo, sino que también un objeto mágico de gran alcance, responsable del gran hechizo que ocultaba la ciudad mágica de Nueva Ámsterdam de la ciudad de Nueva York muggle que yacía debajo de ella. Este hechizo era supuestamente inexpugnable, y sin embargo de alguna manera esta bruja pícara había sido capaz de hablar con la estatua y darle una nueva orden. Sorprendentemente, la estatua obedeció, bajando su antorcha en el océano y por lo tanto apagando su hechizo. Este acto había revelado toda la Nueva Ámsterdam a los Muggles neoyorquinos de abajo. Lo peor de todo, es que se había producido en la televisión en vivo, que precisamente estaba transmitiendo a todo el país y gran parte del mundo.

Ya era hora, anunció Lynch con gravedad, de una acción decisiva.

Afortunadamente, la Oficina de Integración Mágica hacia tiempo que había desarrollado planes de contingencia para tal evento. Drummond le disgustaba enormemente recibir órdenes de Lynch, pero no podía pensar en otras alternativas.

—En primer lugar, hay que cerrar todas las emisiones del Evento, —dijo Lynch con firmeza. —Podemos hacer esto a través de la Ley de Instigación Innecesaria de 1972. Enviar unidades militares para cada estación de televisión en el país para confiscar todas las copias del Evento, así como para entregar el decreto que cualquier emisión de dicho material constituiría una difusión intencionada de propaganda destinada a incitar el pánico, sancionado como conducta de traición. Enviar el mismo anuncio a todos los servicios de comunicación en línea, dándoles instrucciones para prohibir electrónicamente la publicación de cualquier material del Evento. Esto se puede hacer con bastante facilidad con la tecnología de reconocimiento de patrones.

Drummond negó con la cabeza con asombro. —Estás hablando de un bloqueo informativo completo ¡en un momento que cada teléfono móvil es una cámara y todos los estadounidenses reporteros! Es posible que haya podido hacerse hace cien años, Lynch, pero no se puede borrar el recuerdo de tal cosa ahora. ¡Va a estar en todas partes!

Lynch sonrió sombríamente. —Es más fácil ahora de lo que pudo haber sido antes, Sr. Presidente, precisamente *por* el uso de la tecnología. No hay copias impresas de nada. No hay fotografías físicas, no hay cintas, no hay películas. *Todo* es digital, señor, y lo que es digital es eminentemente rastreable, últimamente temporal, y fácilmente eliminable. Hay tecnología capaz de entrometerse en todo el sistema informático del mundo en busca de los patrones exactos representados por las grabaciones de El Evento de esa noche. El programa ya está en su lugar haciendo su trabajo. Buscará en cada teléfono móvil, cada ordenador, cualquier dispositivo conectado a internet en la tierra. Cuando encuentre lo que está buscando, lo eliminará. Una vez que se eliminen los archivos de la infortunada revelación de esta noche, nadie va a ser capaz de probar qué ocurrió.

—¡Pero... pero la gente lo recordará! —balbuceó Drummond.

Lynch giró sus ojos. —Hay que leer más de George Orwell, Sr. Presidente. La memoria es la cosa más fácil de manipular en la tierra. Confíe en nosotros. Sabemos lo que estamos haciendo.

Y al parecer lo sabían.

A la mañana siguiente, las imágenes de El Evento habían dejado de ser transmitidas casi por completo. Aun así, las cadenas de noticias hablaban sin cesar de lo que había pasado, ofreciendo todo tipo de especulaciones y conspiraciones. Afortunadamente (sorprendentemente) muy pocos comentaristas parecían estar considerando la explicación más evidente de todas (que una ciudad mágica había sido revelada a todo el mundo). En su lugar, se habló de experimentos de control mental del gobierno, o de hipnosis masiva, o incluso la invasión extraterrestre. Después de todo, sólo había pasado un año desde el misterioso "Truco de Magia" que había resultado con la reubicación del edificio Chrysler en las junglas de Venezuela. Eso había sido atribuido a la tecnología alienígena, y quizá la participación extraterrestre. Sólo tenía sentido que esos mismos misteriosos alienígenas podrían ser responsables de los fenómenos que parecía haber sucedido en Nueva York.

—Podría no haber sucedido del todo incluso, —dijo un comentarista, un astrofísico de la NASA con gafas grandes y casi sin pelo. —Las imágenes que todos vimos esa noche podrían haber sido una completa ficción, creada por fuerzas externas y alimentada directamente dentro de las cámaras por algún tipo de rayo de radiodifusión. Podría ser que la Estatua de la Libertad sigue en pie como siempre, y de lo que todos fuimos testigos, en esencia, eran efectos especiales alienígenos.

Todo parecía tan plausible que incluso el Presidente Drummond quería creerlo.

En los días que siguieron a El Evento, firmó órdenes para evacuar a toda la población de la Isla de Manhattan y erigieron una zona de cuarentena a su alrededor. Una zona de exclusión aérea fue establecida en gran parte de la costa y la guardia costera patrulló las aguas en un perímetro de diez millas alrededor de

Nueva York. Por recomendación de Lynch, Drummond casi no había ofrecido ninguna explicación oficial para estas maniobras.

—Deje que la prensa haga su propia historia, —había dicho con ironía. —Son mejores que nosotros.

Y, por supuesto, no se había equivocado. Las cadenas de noticias especularon que el perímetro militar era una medida de seguridad, establecida en caso de que la radiación extraterrestre pudiera haber afectado al sitio del suceso.

Y poco a poco, increíblemente, la vida había parecido seguir adelante.

La Bolsa de Nueva York había sido trasladada al Instituto de Tecnología de Massachusetts, donde un gran equipo de técnicos informáticos había establecido una red internacional sorprendentemente funcional en cuestión de días. La mayoría de los residentes de Manhattan habían pasado por una sesión informativa breve pero intensa, dirigida por el propio señor Lynch, y habían salido extrañamente desconcertados sobre la noche del desfile del Día de los Caídos. La mayoría parecía recordar muy poco de El Evento, o su recuerdo era un poco distinto a lo que realmente había pasado. Esto, Drummond sabía, era a causa de la influencia de un equipo de magos especialistas en memoria que eran asistentes de la Oficina de Integración Mágica. Ellos estaban haciendo algo llamado "Obliviaciones" en los testigos, eliminando y alterando sus recuerdos de esa noche. Fue un duro proceso, pero parecía ser necesario.

A Drummond no le gustaba nada de eso, pero sentía que no tenía ninguna otra opción.

Eventualmente, llevó a cabo su primera conferencia de prensa sobre El Evento. Fue un desastre absoluto. Él no podía ni negar ni confirmar la posibilidad de la supuesta participación alienígena. No podía dar una fecha exacta para cuando la isla de Manhattan se abriera de nuevo al público. Y lo peor de todo, no podía decir la verdad. La prensa lo notó, y lo puso en sus titulares:

DRUMMOND NIEGA NEGAR, Y CONFIRMA LO CONFIRMADO.

New York Times

PRESIDENTE REALIZA DOLOROSA CONFERENCIA DE PRENSA SIN PROPÓSITO.

Cleveland Plain Dealer

CASA BLANCA MANTIENE SILENCIO INCÓMODO SOBRE EL EVENTO.

Washington Post

PRESIDENTE HACE CONTACTO CON ALIENS, FIRMA ACUERDO PARA PROTAGONIZAR SIGUIENTE EMISIÓN.

Inside View

Como para rematar la faena, los expertos políticos habían empezado a lamentarse por la pérdida del senador Charles Filmore, cuya muerte fue una de las pocas realidades concretas del Evento. Su funeral se había convertido en un asunto nacional, transmitido por todos los grandes canales de televisión. El New York Post publicó elogios del senador con el título de "El mejor presidente que nunca tuvimos". Pegatinas aparecieron en todo el país con el lema: No me culpe, yo hubiera votado por Filmore.

Los oportunistas políticos tomaron el mantra, y lo utilizaron para retratar a Drummond como erróneo, de voluntad débil e incapaz de manejar los desafíos únicos de la época. Parecía que las elecciones del próximo año se habían perdido incluso antes de iniciarse. Un político, en particular, surgió en la cabeza de la refriega, una senadora llamada Carla Murphy, de Ohio. Una mujer atractiva de unos sesenta años con una larga tradición de Washington, sus ideas se habían vuelto cada vez más populares. Su presentación fue firmemente lograda, su fondo aparentemente inexpugnable, y elevó su carrera. Ella quería el trabajo de Drummond, y parecía que tenía una muy buena oportunidad de ganarlo.

Drummond se sentó en el comedor de la Casa Blanca un domingo en la mañana tres meses después del Evento, viendo los programas de entrevistas de la mañana con un ceño fruncido en su rostro y una taza de café que se enfriaba en su mano.

—No se equivoquen, —dijo Carla Murphy en la televisión, mirando de forma impertinente y bien informada. —El Presidente sabe exactamente lo que ocurrió en la ciudad de Nueva York en la noche del Evento. Él no dice nada, no por el pueblo estadounidense, ni el mundo en general, no puede manejar la verdad, sino porque hay fuerzas que impiden que la verdad sea conocida.

—¿Sabe cuáles son esas fuerzas Senadora Murphy? —preguntó el presentador de televisión, levantando una ceja.

—Por supuesto que no, Charlie, —respondió ella. —E incluso si lo hiciera, no lo podría decir tampoco. El hecho es, puede haber muy buenas razones para mantener estas cosas en secreto. Pero yo le prometo esto. Aunque fuera secreto, siempre hay una forma correcta y una incorrecta para responder al público. Una cosa es tener una emergencia nacional y no ser capaz de hablar de ella con el pueblo estadounidense por razones de seguridad y otra cosa es simplemente fingir que no existe tal emergencia nacional. Todos somos más inteligentes que eso, no importa lo que el Presidente piense.

—Odio a esa mujer, —murmuró Drummond a sí mismo, aplaudiendo su taza de café sobre la mesa.

—Comparto su pasión, —el hombre que estaba junto a él aceptó sin problemas.

Drummond saltó, botando su taza de café a las baldosas del suelo, donde se hizo añicos. Se sobresaltó por lo que había en la que era una silla vacía segundos antes. Una figura estaba sentada allí ahora, vestido con una túnica larga de color burdeos con una gran capucha. Drummond no podía ver nada de la cara del hombre excepto por su gran mentón y una pequeña sonrisa. Drummond dio una mirada rápida entre la figura y la puerta del comedor.

—Sus hombres están perfectamente bien, Sr. Presidente, —la figura de la túnica dijo. —Ellos aún están parados junto a cada puerta, sin tener idea de que yo estoy aquí. No hay razón para alertarlos. No quiero hacerle daño. De hecho, estoy aquí para ayudar.

—¿Co... cómo entraste? —exigió Drummond, mirando con los ojos bien abiertos a la extraña figura.

—Para la gente como yo, es sorprendentemente fácil, —dijo el hombre de la túnica con un suspiro. —Usted realmente debería estar más consciente de lo vulnerable que se encuentra en este Nuevo Mundo, Sr. Presidente. La ley del secreto entre el mundo mágico y Muggle ha sido violada. Yo podría haber sido cualquiera. Podría haber sido su enemigo, viniendo a matarlo aquí justo en su desayuno. Entonces, ¿Qué haríamos?

Drummond se estremeció. Se quedó sin decirle nada al hombre. ¿Había simplemente aparecido ahí? ¿Era posible? Sí, por supuesto que sí. El hombre estaba en lo cierto. Desde el Evento, esto realmente era un Nuevo Mundo.

—Déjeme ayudarle con eso, —dijo el hombre de la túnica, señalando vagamente hacia la taza de café rota. Drummond vio un palo negro en los pálidos dedos del hombre. Hubo una leve chispa de luz, y la copa destrozada volvió a ser de una sola pieza. Levitó suavemente en el aire y se instaló en silencio en la mesa a la derecha de Drummond.

—No, —la figura con túnica suspiró, guardando su varita. —No hay daño, no hay falta.

—¿Quién eres tú? —dijo Drummond débilmente, su corazón latía con fuerza. —¿Qué quieres?

—Por ahora, puede llamarme el Coleccionista, Sr. Presidente, —sonrió el hombre. —Y como le he dicho, quiero ayudarle. Usted y yo tenemos un problema mutuo. Afortunadamente, también tenemos una solución mutua.

Drummond se obligó a calmarse. Se sentó con la espalda recta y trató de recuperar un poco el sentido de la compostura. —¿Y qué es exactamente este problema mutuo?

El hombre de la túnica apuntó con la cabeza hacia la televisión. —Una cierta Senadora popular con intenciones de ocupar su oficina.

Drummond miró hacia la televisión, vio el impecable cabello gris y las hermosas características de Carla Murphy sin dejar de hablar fácilmente con su entrevistador.

—Ella va a tener éxito, lo sabe, —dijo el Coleccionista con un signo iluminado. —Ella ya es mucho más popular que usted. Francamente, ella hará un liderazgo efectivo que usted. Yo votaría por ella misma si tuviera la oportunidad.

Drummond frunció el ceño, sus mejillas se enrojecieron. —¿Entonces por qué me puede ayudar?

—Porque la senadora Murphy tiene, digamos, puntos de vista que son contraproducentes para nuestros objetivos.

—Cuando se refiere a "Nosotros", —dijo Drummond, mirando de cerca a su visitante, —¿Quiere decir usted y yo... o usted y los demás?

El Coleccionista se encogió de hombros vagamente. —Sí.

Drummond consideró esto. —¿Qué propone? Usted debe saber que no voy a hacer nada indigno desde mi cargo. Puedo no ser de los mejores estadistas en el mundo, pero no estoy por encima de la ley.

El Coleccionista ya se estaba riendo, mientras Drummond terminaba de hablar. —Qué deliciosamente auto-engañadores son ustedes, —dijo con un movimiento de cabeza. —Ya has engañado, mentido, y difamado, y sin embargo te convences de que no eres peor que los demás, has hecho solo lo que ha sido necesario. Cómo maravillosamente resistentes vuestras conciencias deben ser.

—No sé de lo que está hablando, —respondió Drummond con severidad, arrojando la servilleta sobre la mesa. —Y no me importa cómo llegó a estar aquí. Si sólo va a hacer acusaciones infundadas, puede irse de aquí por donde vino.

—Cálmese, señor presidente, —la figura de la túnica lo tranquilizó. —Yo no lo juzgo en lo más mínimo de sus acciones. Yo respeto lo que ha hecho para lograr su cargo. Es por eso que estoy seguro de que va, en efecto, permitir que le ayude.

Drummond se erizó, pero se echó hacia atrás en su silla. —Muy bien, entonces, Sr. *Coleccionista*. Asumiendo que su asistencia es algo de lo que podría beneficiarme, ¿Qué me va a costar? Nadie otorga ayuda gratuita en esta ciudad. ¿Qué hay en esto para usted?

—Es muy simple, Sr. Presidente, —respondió el visitante. —Usted me va a hacer su vicepresidente.

Drummond se sobresaltó. —¿*Vicepresidente*? ¿Estás loco? Ya *tengo* un vicepresidente, si no lo has notado. Joe Mattigan es un buen hombre, aunque sea un poco estúpido. ¿Qué se supone que debo hacer con él?

—Ese no es su problema, Sr. Presidente, —anunció el Coleccionista alegremente. —Yo simplemente necesito su promesa, irrompible y sellada, que si el puesto está disponible, me nombrará en su posición. Se lo haré muy fácil. Mis credenciales serán inexpugnables. Nadie va a dudar de su juicio. Si lo hace, y si sigue mis sencillas instrucciones, su problema con la Senadora Murphy desaparecerá convenientemente. Será conducido fácilmente a su siguiente mandato como Presidente, conmigo a su lado, su asesor leal y constante.

Drummond lo consideró. Él estaba claramente incómodo con eso, y sin embargo no podía poner fin a la asistencia de su visitante. Quizá pudiera deshacerse del hombre extraño más tarde, una vez que Murphy estuviera felizmente dispuesta a deshacerse de una amenaza política. Tal vez lo único que Drummond tenía que hacer, era apaciguar a su benefactor inusual hasta entonces. Estudió al Coleccionista por un largo momento. Finalmente, asintió.

—Voy a considerarlo, —dijo, sabiendo en su corazón que ya había decidido. —Pero si decido aceptar su ayuda, debe comprometerse a mantener sus métodos totalmente dentro de la legalidad. Nada ilegal.

El Coleccionista sonrió cálidamente. —Puede confiar en nosotros, Sr. Presidente.

Drummond lo consideró, se dio cuenta de que no era particularmente tranquilizador, pero decidió no seguir adelante. —Suponiendo que se convierte en mi vicepresidente, señor, espero que usted tenga alguna idea de cómo manejar

todo este negocio del Evento. Usted es, después de todo, obviamente una persona mágica. ¿Qué se propone? ¿La revelación completa de la comunidad de magos? ¿Igualdad entre nuestros mundos? ¿Integración pacífica de nuestras diferentes culturas?

La sonrisa del Coleccionista se amplió lentamente, convirtiéndose desconcertantemente depredadora. —No, —dijo en voz baja, con complicidad, — *exactamente...*



Marshall Parris salió a la acera, entrecerró los ojos hacia el sol increíblemente brillante de California, y se encogió de hombros con desaliento en su gabardina.

Para alguien que había pasado la mayor parte de su vida adulta como detective privado en la ciudad de Nueva York, las soleadas calles de Los Ángeles le tomaron mucho tiempo de costumbre. Por un lado, parecía ser siempre verano. Para un tipo como Parris, que estaba inclinado culturalmente a llevar un sombrero y un abrigo durante nueve meses en el año, había algo fundamentalmente equivocado en los cálculos de tanta luz solar. Había muy poca niebla (incluso el legendario smog de L.A. era apenas una brizna), y el viento, cuando corría, era ligero y suave, a diferencia de las explosiones arenosas que recorrían las calles de la adorada Gran Manzana de Parris.

Se enganchó su gabardina encima del hombro, suspiró, y empezó a caminar. Palmeras susurrantes se alineaban en la avenida que conducía a su oficina temporal, un segundo piso sin ascensor situado sobre una tienda de café. La tienda se llamaba "El Rayo Mágico de Jack" y era dirigida por un anciano extraordinariamente apto llamado, como era de esperar, Jack. Jack había alquilado

la oficina de arriba a Parris por una alta suma, pero había sido muy relajado acerca de cuándo (o de hecho si) Parris siquiera le pagara.

—No hay prisa, hombre, no hay prisa, —le había dicho Jack, cuando le había entregado las llaves a Parris. —Usted solo deme un cheque cuando pueda. Todo es una locura estos días, tus amigos de Nueva York se están moviendo por todos lados, el gobierno los encubre y los marcianos aparecen e hipnotizan a todo el mundo.

Parris aceptó esto con sospechosa cautelosa. Después de todo, si su propietario en Nueva York hubiera mostrado tanta magnanimidad, Parris probablemente hubiera descubierto que el alquiler incluía algunos detalles menores, como las ventanas, o tal vez el piso. Aquí en California, sin embargo, las cosas eran diferentes. La oficina encima de "El Rayo Mágico de Jack" era pequeña pero cómoda, con un enorme ventanal y un cuarto de baño de trabajo. Por desgracia, cada pared estaba pintada de un rosa brillante coral y decorado con trozos de madera. Por un momento, Parris sentía que hubiera preferido que faltara el suelo.

Habían pasado casi tres meses desde que Parris había dejado la ciudad de Nueva York, cerca de tres meses desde que El Evento había cambiado todo y enviado toda la ciudad empacada a un futuro previsible.

Parris sabía que El Evento no había sido causado por los marcianos. Él había sabido de la ciudad mágica de Nueva Ámsterdam durante años, a pesar de que nunca tuvo, hasta esa noche, la oportunidad de haberla visto con sus propios ojos. Un colega tendía a saber un montón de cosas que suponían ser secretas. Después de todo, una gran cantidad de clientes de Parris eran brujas y magos. Ellos pretendían no serlo (solo por fuerza de hábito) pero ellos sabían que él sabía, y eso lo hacía más fácil. Su voto de secreto no contaba con situaciones como esa. El hecho, es que algunas veces hasta brujas y magos necesitaban a un detective privado competente, y de repente el mejor detective privado es un tipo como Parris, un tipo con nada de magia en él en absoluto.

Algunas veces el mejor detective privado es un Muggle.

Parris sabía que de esa forma llamaba la gente mágica a gente como él. Gente que no tenía ninguna magia en su sangre eran llamadas Muggles, al menos por la sociedad mágica educada. Algunas de las brujas y magos que localizó lo habían llamado de forma mucho menos halagadoras. No le molestaba. Cada sociedad tiene sus fanatismos, y la sociedad de magos y brujas no era la excepción. Además, los nombres eran técnicamente correctos. Él era totalmente humano, sin absolutamente una pizca de magia en lo absoluto.

Técnicamente.

Parris se acercó a la escalera junto al "Rayo Mágico de Jack", giró hacia la sombra del toldo, y subió ruidosamente hacia la puerta de su oficina.

Las paredes de coral le recibieron alegremente. Parris trató de ignorarlas mientras revisaba sus mensajes telefónicos. No había ninguno. Cruzó desconsoladamente a la pequeña zona de cocina y se sirvió una taza de café.

También habían pasado cerca de tres meses desde que había tenido un cliente. Eso era la peor parte de todo. La carrera de un detective privado (especialmente uno especializado en lo que a Parris le gustaba referirse como "Lo Transmundano") dependía casi por completo de las referencias. Por desgracia, su reputación no le había seguido exactamente a su hogar temporal en California. Sin clientes, no podía pagar el alquiler, y seguramente la magnanimidad de Jack finalmente se agotaría. Peor aún, no podía contratar una secretaria, que era, por supuesto, esencial para las apariencias de una agencia de detectives próspera. Cuando los clientes llamaban, esperaban una voz femenina ejecutiva. Querían escuchar el clac tranquilizador de una máquina de escribir y el despliegue de páginas de una agenda. Lo que sin duda no querían oír era el mensaje grabado del propio detective, sobre todo cuando no sabía cómo operar el contestador automático, y se había cortado a sí mismo en medio de su propio saludo.

Como para recordárselo, el teléfono en el escritorio de Parris comenzó a sonar.

Le sorprendió tanto que dejó caer la taza de café. Cayó sobre el pequeño mostrador, milagrosamente no se hizo añicos, y le vomitó agua fría por todo el pantalón. Saltó hacia atrás, sacudiéndose con furia.

Sobre el escritorio, el teléfono dejó de sonar y el contestador automático se encendió.

"Usted se ha comunicado con la oficina temporal de Marshall Parris, detective privado, especializado en lo trans-mundano. Actualmente estoy en un caso, pero no dude en llamar a mi teléfono celular 555-21-*BEEP!*"

Parris tropezó hacia el escritorio, con los pantalones estilando y estirándose a alcanzar el teléfono, pero la persona que llamaba ya había colgado. El molesto zumbido del tono de llamada sonó durante unos segundos, seguido de un clic cuando colgó.

Probablemente haya sido para mejor, de todos modos. La única otra vez que el teléfono de su oficina había sonado, había sido una anciana de la Playa de Venecia buscando ayuda para buscar su idealismo juvenil perdido. Parris casi le había gritado, suponiendo que ella lo había estado molestando. Ella no lo hacía, y fue entonces que Parris se había dado cuenta de lo distinta que sería la vida en California.

Consideró intentar regrabar el mensaje de su máquina contestadora, aunque sea solo para poner el resto de su número de teléfono celular en ella. No tenía sentido, en realidad. Su teléfono celular había sido desconectado por no pago. Suspiró, se dejó caer en su silla, y miró por la ventana al cielo increíblemente azul de California.

Alguien llamó a la puerta del despacho.

Los ojos de Parris se dirigieron hacia la puerta cerrada. Lo curioso no era tanto que tuviera un visitante, sino que no había oído pasos en la escalera exterior, que era notoriamente alta. Lo consideró por un breve momento, decidió que era más bien una buena señal, y gritó, —Está abierto.

La puerta se abrió en silencio y una mujer joven entró. Cerró la puerta con cuidado detrás de ella y estudió al hombre detrás del escritorio.

—Marshall Parris, ¿supongo? —preguntó brevemente con un acento inconfundiblemente británico.

Consideró darle una respuesta cautelosa, pero decidió jugar en línea recta. — Eso es lo que dice el cartel de afuera. Marshall Parris, detective privado.

—Especializado en lo trans-mundano, —dijo la joven, asintiendo con la cabeza una vez. Se acercó a su escritorio, pero no hizo ningún esfuerzo para sentarse. Ella era bien atractiva, con el pelo largo oscuro, y vestida de una forma claramente no-Californiana. Su falda era floreada y remilgada, rozando sus gruesas botas negras. Llevaba un suéter de color azul pálido, a pesar del constante verano de Los Ángeles. Parris decidió que le gustaba, aun si ella no pareciera exactamente como una cliente.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita...? —dijo, poniéndose de pie. Recordó que sus pantalones estaban todavía húmedos. —Emm... tuve un percance con el café, —explicó sin convicción. —Nunca me pasó esto en Nueva York.

La joven asintió con la cabeza de nuevo, todavía sin sonreír.

—He venido a contratar sus servicios, Sr. Parris, —dijo, mirándolo a los ojos. —Sus... servicios *trans-mundanos*.

—Ya veo, —respondió Parris. —Siéntese, señorita... ¿?

—Puede llamarme Petra, —respondió la joven, sentándose a regañadientes en una de las sillas de los clientes. —Aunque tengo otros nombres.

Parris asintió y sacó un cuaderno amarillo del cajón de su escritorio y escribió el nombre de la mujer en la parte superior. —Petra. Significa roca. ¿Está usted en una banda, tal vez?

—Nos llevaremos mucho mejor si deja de tratar de adivinar por lo que estoy aquí, Sr Parris, —respondió la joven mujer con fría cortesía. —Usted ha tenido bastantes clientes mágicos para saber que cada caso es único.

Parris se reclinó en su silla, que crujió. —Tal vez sí, —agregó. —Pero también he tenido suficientes clientes *jóvenes* para saber que no siempre pueden pagar mis servicios, mágicos o no.

Petra asintió y se acomodó en la silla para acercarse un poco. Algo brillaba en su mano extendida. Diez monedas pesadas se derramaron de sus dedos sobre la madera del escritorio de Parris.

—¿Lo hará el oro? —preguntó, alzando las cejas ligeramente.

Parris intentó parecer indiferente. Su silla crujió de nuevo mientras se inclinaba hacia delante, examinando las gruesas monedas de oro. —No es dinero Leprechaun, ¿cierto? —preguntó bruscamente, mirando a la mujer. —Yo no nací ayer, ya sabes.

—Esos son galeones, —contestó Petra pacientemente. —Moneda de curso legal en el mundo mágico, pero valioso por su peso incluso en el mundo Muggle. Te pagaré diez de estos al día.

—Además de los gastos de viaje, —añadió Parris de forma automática, un poco sin aliento.

—No habrá ningún tipo de gastos, —respondió Petra sombríamente. —Voy a viajar con usted, por mis propios medios.

Parris asintió de nuevo. Cogió una de las monedas de oro y sintió su peso en la palma de su mano. El metal estaba frío al tacto. —Bueno, entonces —dijo sin convicción. —Espero que mis servicios estén a su altura, señorita, porque seré honesto con usted: esto es mucha pasta.

Petra simplemente miró su oficina por un largo momento, dejando que su mirada viajara alrededor de las paredes pintadas de vivos colores. —¿Dónde lo guarda, Sr. Parris?

Parris cerró la mano sobre la fría moneda. —¿Qué quieres decir?

—Usted sabe exactamente a lo que me refiero, —dijo Petra fríamente. —Después de todo, ¿Cómo un Muggle llega a ser conocido como el mejor detective

del mundo mágico? ¿Cómo un Muggle puede enfrentar a algunos de los magos y brujas más oscuros que hayan existido y vive para contarlo? Puede que tenga suerte, Sr. Parris, pero nadie tiene *esa* suerte. Usted está protegido, de alguna manera. Usted tiene un talismán. Tengo curiosidad, señor. ¿Dónde lo guarda?

Parris entrecerró los ojos a su nueva cliente. —Incluso si tuviera razón, señorita, tendría que pagarme mucho más para responder esa pregunta.

Petra aceptó esto con un encogimiento de hombros. —Sólo estoy siendo cautelosa, Sr. Parris. Mi caso, creo, será el más difícil y el más peligroso en su carrera. Yo sólo pregunto sobre su talismán porque quiero estar segura de que, de hecho, le protegerá bajo las más extraordinarias circunstancias. Por otra parte, me gustaría saber si puede asistirle en encontrar lo que busco.

Parris comenzó a preguntarse si está joven le traería más problemas de lo que valía, con monedas de oro o no.

—*Lo llevo conmigo en todo momento*, —dijo en voz baja. —A pesar de que nadie sería capaz de quitármelo. No es particularmente poderoso, y no haría bueno a nadie de todas formas. Pero para mí, sí, hará el truco. Usted sólo tendrá que confiar en mí en esto. —Se inclinó de nuevo hacia delante, apoyando los codos sobre el escritorio. —Y sólo permítame dejar una sola cosa más clara, señorita: mi "talismán", como usted lo llama, puede mantenerme a salvo de lo peor de su mundo (puede ayudarme a estar fuera de la vista y llegar a lugares que nadie más podría) pero soy yo quien hace el trabajo duro. *Aquí* es donde sucede la detección, —se golpeó la frente de manera significativa. —¿Entiende?

Petra sonrió ligeramente. —Nunca dudé de lo contrario, Sr. Parris.

—Bueno, —dijo Parris, relajado. —Entonces ¿Cuál es el trabajo y cuándo empezamos?

—Comenzamos ahora mismo, Sr. Parris, —contestó la joven. —Y el trabajo es muy simple. Necesito que me ayude a encontrar a alguien.

—¿Alguien mágico? —se aventuró Parris, recogiendo su lápiz de nuevo y tomando su bloc de notas.

—La persona más mágica de todas, —suspiró Petra. —Ella se ha escondido de mí, y su escondite es especialmente bueno. Ella no está limitada por el tiempo o el espacio, o incluso la realidad. Ella puede tomar la forma de agua y viajar a través de los océanos más profundos, incluso a través de tuberías y grifos.

Parris dejó escapar un profundo suspiro. —Nunca conocí a ninguna bruja que pudiera hacer nada de eso, —dijo con un movimiento de cabeza.

—Eso es porque la mujer que buscamos no es ninguna bruja, —contestó Petra. —Ella es una Parca, una de las tres que actualmente están sueltas en el mundo. Mi hermana y yo debemos encontrarla a toda costa.

Parris inclinó la cabeza hacia ella. —¿Por qué? Si, eh, no importa que se lo pregunte.

La sonrisa de la joven mujer se volvió fría. —Porque... —dijo, como si la respuesta fuera obvia, —somos sus *hermanas* Parcas.

Parris suspiró profundamente y garabateó algunas notas. En la parte inferior de su bloc amarillo, escribió una sola palabra: LOCA. Él asintió con la cabeza hacia ella de manera formal. —Está bien. Así que estamos buscando alguna especie de mítico demonio acuático que puede estar en cualquier parte, cualquier momento, y que tiene... déjeme adivinar... poderes cósmicamente monstruosos, ¿Sí?

Petra asintió y se encogió de hombros. —No más que yo.

—Pero no *puedes* encontrarla, —añadió Parris, sólo para estar seguro.

—Ella se esconde de nosotras, porque nos teme.

Parris asintió lentamente. —Por supuesto, —dijo cuidadosamente, —esto no quiere decir que tengo que temerle a usted, también, ¿cierto?

El rostro de Petra se ensombreció. Ella parecía más molesta que amenazadora. —¿Quiere el trabajo o no, Sr. Parris?

En respuesta, dejó el lápiz y recogió el montón de monedas de oro. —¿Cuál es el nombre de esta Mujer Parca Demonio, entonces? —preguntó en voz alta mientras las monedas resonaron en el cajón de su escritorio.

—Judith, —respondió la joven con firmeza, su cara todavía estaba oscura. — La Dama del Lago.

Parris suspiró. Cerró el cajón superior de su escritorio para entonces abrir un cajón más pequeño debajo. Dentro había una botella de whisky barato y un pequeño revólver. Tomó el revólver, comprobó la cámara, y vio que tenía todas las cargas, y luego la guardó en una funda de su chaqueta. Era un arma generalmente sin sentido contra personas mágicas, pero era mejor que nada. Además, algunos hábitos eran muy difíciles de romper.

—Una última cosa, —dijo, de pie detrás de su escritorio. —Solo por curiosidad. Suponiendo que encontremos a su hermana Parca. ¿Qué hará con ella?

El rostro de Petra permaneció oscuro, pero levantó sus ojos a Parris, estudiándolo por un momento. Parecía casi como si ella ni siquiera hubiera considerado la cuestión hasta ese momento.

—¿Por qué?—respondió débilmente, con asombro. —Supongo que... la mataré.



Capítulo 1

Los Cuatro Armarios

James había esperado que su regreso a Hogwarts fuera una ocasión feliz. De hecho, la visión del enorme y carmesí Expreso Hogwarts, envuelto en vapor, silbando y resonando con prosaica urgencia, era un espectáculo muy bienvenido después de los acontecimientos de los meses anteriores. Incluso Albus, que había pasado las vacaciones en una especie de enojada fuga psicogénica, había mostrado un humor irritantemente alegre toda la mañana, con ganas de subir al tren y reunirse con sus compañeros de Slytherin. En la estación, divisó a su prima Rose con sus padres, Ron y Hermione, y corrió a unirse a ellos. Lily, la Potter más joven, se quedó atrás, acurrucándose nerviosamente al lado de su madre.

—Está bien, amor, —Ginny la tranquilizó. —Pensé que estabas emocionada por tu primer año. Has estado rogando para ir con tus hermanos desde el primer año de James. Vamos ya. No hay despedidas largas.

Ted Lupin apareció desaliñado entre la multitud mirando con picardía y acompañado de su prometida, la inmaculada Victoire Weasley. James sabía que Ted tomaría el tren en su camino de regreso a Hogsmeade, después de una breve visita a Londres. El viaje había sido supuestamente para el beneficio de ver a Victoire y a su abuela, pero Albus había sospechado lo contrario. Durante la semana pasada, había insistido que la visita de Ted no había sido del todo vacaciones, sino más bien parte de una nueva convocatoria de la antigua Orden del Fénix en Grimmauld Place. Ted se burlaba alternativamente de la idea (en frente de Ginny) y seguía el juego (en privado), incitando a Albus en un frenesí de celos porque él mismo no había sido invitado a las presuntas reuniones secretas.

Al ver a Lily con sus cosas de la escuela, Ted se soltó del brazo de Victoire y se inclinó, extendiendo una mano hacia la chica más joven. —¡Estoy encantado! — declaró. —Mi querida Lily, ¿me acompañarás durante el viaje? Mi reputación sólo puede beneficiarse de ser visto en compañía de tal belleza.

Ginny rodó los ojos pero Lily sonrió. Tímidamente tomó la mano de Ted y levantó su bolsa. Miró a su madre una vez más, con ojos brillantes, cuando Ted la llevó felizmente hacia el tren.

—Él es incorregible. —Victoire afirmó rotundamente, cruzando los brazos. Junto a ella, Ginny asintió, sin dejar de sonreír con algo de nostalgia.

Había pasado un año desde la última vez que habían puesto un pie en los pasillos de Hogwarts... un año que pasó a través del océano y en la escuela mágica Americana de Alma Aleron. No había sido un mal año, exactamente, aunque había terminado muy mal. Por un momento, cuando James aceptó un beso de despedida de su madre y recogió sus maletas y la jaula de Nobby, era fácil pretender que en el año anterior no había pasado nada. Era un pensamiento muy sereno, roto sólo por el hecho de que su prima Lucy, que debería haber estado acompañándolo a Hogwarts con gran anticipación (que habría sido su primer año escolar completo allí, después de todo), no estaba con él.

James trató de no pensar en eso, pero era difícil.

—Adiós, James, —dijo un tanto sombrío su padre, como si leyera los pensamientos de su hijo. —Que tengas un buen año. Y aquí. Yo... tengo algo para ti. —se detuvo a la sombra del tren y sacó un pequeño paquete. Lo miró por un momento, y luego, casi de mala gana, se lo entregó a James, agachándose a su lado. En voz baja, dijo, —no lo abras hasta que estés sentado y solo. ¿De acuerdo?

James miró a la cara de su padre y vio que estaba muy serio. Él ladeó la cabeza con desconfianza. —¿Mamá sabe de esto?

Los labios de su padre se movieron en una pequeña y grave sonrisa. —No. Tampoco Albus, aunque le puedes decir después. Esto puede involucrarlo en algún momento. Pero estoy permitiendo que lo tengas por el momento. Sin embargo, Lily debe permanecer fuera de esto. Necesito que me lo prometas James.

—¿Cómo puedo prometer si ni siquiera sé lo que es? —James probó con expectativa.

Su padre le tendió la mano. —Regrésalo, entonces.

—Muy bien, ya. Te lo prometo. —James agarró el paquete con el ceño fruncido.

Su padre asintió con seriedad. —Espero que mantengas tu palabra entonces. Es el primer año de Lily, James. Quiero que ella lo disfrute. Quiero que sus desafíos más difíciles estén relacionados con Aritmancia. Ya ha tenido muchas aventuras peligrosas en Hogwarts, si recuerdas.

James asintió, recordando la noche del Triunvirato, cuando Lily había desaparecido de la audiencia, llevada a la Cámara de los Secretos donde estuvo a punto de perderse para siempre. —Voy a estar vigilándola, papá. No te preocupes.

—Eso espero, hijo, —dijo su padre, y James oyó un toque de pesar en la voz de su padre. *Él preferiría estar velando por ella, pensó; está preocupado por ella. Por todos nosotros.* Era una desconcertante comprensión.

Harry Potter se puso de pie y tocó a su hijo cariñosamente en el hombro. — Feliz viaje, hijo. Solo mantén ese paquete escondido hasta esta noche.

James asintió, sintiendo una pequeña oleada de orgullo. No sabía lo que era, pero la mirada en el rostro de su padre era familiar... era el rostro que James y Albus llamaban “en modo Auror”. James abrió la cremallera de su bolsa y cuidadosamente metió el paquete en ella, ocultándolo entre sus cosas. —Ni siquiera sé de qué paquete estás hablando, — dijo con cara seria.

Harry asintió a su hijo, pero no sonrió. —Entonces vete ya. Voy a... estar en contacto.

Detrás de James, el gran motor produjo un silbido ensordecedor, levantando una nube de vapor denso. James se colgó su bolsa, se volvió y subió a la calidez del tren con olor a madera. Encontró un compartimiento vacío, guardó su bolsa y la jaula de Nobby, y se arrodilló en el banco junto a la ventana, mirando hacia fuera. El tren se estremeció al moverse y la Estación Kings Cross empezó a pasar suavemente hacia atrás, como si el mundo entero estuviera en las ruedas del tren. James se sintió inexplicablemente alegre, a pesar de todo lo que había sucedido.

¿Qué, se preguntó, había en el paquete de su padre? Echó un vistazo a su bolsa, imaginándolo bien oculto. Era más bien pequeño, casi tan largo como una varita, pero mucho más grueso, envuelto en papel marrón claro y atado con una cuerda. ¿Podría ser...?

No, se dijo. Por supuesto que no.

Después de unos minutos, se generó una conmoción en el pasillo fuera de la puerta de su compartimiento vacío. Eran sus primos Rose y Louis, junto con Ralph Deedle, uno de sus mejores amigos, y sorprendentemente hasta cierto punto, Scorpius Malfoy, cuya zalamera y cansina voz aún hacía que James algunas veces, quisiera sacar su varita, a pesar de que Scorpius había probado su mérito como un Gryffindor y un amigo en varias ocasiones. De repente, sus rostros estaban contra el cristal de la puerta, mirando. Rose sonrió y James felizmente les indicó todo el interior. Al momento siguiente, el compartimiento se llenó de una cacofonía de voces excitadas, estruendo de bolsas y el ulular de disgusto del nuevo y gran búho

de cuernos de Scorpius, que agitó sus alas indignado en su jaula de oro, ya que estaba guardado en la sobrecarga.

Luego, sacaron las varitas y nuevos hechizos aprendidos durante el verano de varias fuentes poco fiables, fueron probados y comparados. Scorpius logró convertir temporalmente el sapo de Ralph en una pequeña estatua, mientras el hechizo *Invisium* de Rose (un hechizo muy difícil con la intención de hacer invisible a una persona) era lo suficientemente eficaz para someter a todos a la vista de un regañadientes y medio desaparecido Louis, aparentemente reducido a varios huesos y músculos. Una vez que esto fue (muy afortunadamente) rectificado, Rose y Ralph cayeron en un acalorado partido de Ajedrez Mágico. James y Scorpius disfrutaron de un juego de Winkles y Augers, logrando alterar el partido de ajedrez sólo dos veces (la segunda vez animando las piezas de ajedrez para poner temporalmente a un lado sus diferencias y lanzar un ataque total contra la Recordadora rota que Scorpius había sacado para usar como el Winkle, y finalmente destruirla con sus pequeñas espadas y hachas de guerra).

Ninguno de ellos habló de la Noche de la Revelación, o de la desafortunada Lucy o de la misteriosa desaparición de Petra e Izzy, cuyas acciones habían salvado a la vez al padre de James, Harry Potter, y a su socio, Titus Hardcastle, mientras que se ponía al descubierto la totalidad del mundo mágico a los ojos Muggle. Nadie siquiera mencionó el hecho de que su director, Merlinus Ambrosius, ya no existía y que su sustituto, hasta ahora no había sido anunciado. Todos sabían que todo el tejido de su mundo había cambiado drásticamente en muy poco tiempo, y que el futuro era un lugar extrañamente incierto. Pero por ahora no parecía haber un acuerdo tácito de que lo mejor era sólo viajar en el tren, volver a su escolarización y esperar lo mejor.

Estaba oscuro y llovía a su llegada en la estación de Hogsmeade. Hagrid se paseaba por el andén, convocando a los de primer año con su voz de trueno, ajeno al plateado aguacero que formaba gotas en su barba y enmarañaba su espeso pelo en la frente. James lo saludó con la mano mientras corría hacia los carros con sus horribles thestrals. Hagrid le devolvió el saludo, sonriendo animosamente y rodeado por una multitud de tímidos de primer año, con capas puestas sobre sus cabezas contra la lluvia.

James compartió un ruidoso paseo en carruaje con Rose, Ralph, Scorpius y dos Ravenclaw que apenas conocía. Le preguntaron sobre Zane, de quien se acordaron de su primer año, pero se quedaron en silencio mientras el carruaje salía de las luces de la estación y comenzaba la sacudida y ostentosa caminata hacia el castillo.

Quince minutos más tarde, había una multitud cansada y mojada que clamaba en el Gran Salón, parpadeando a la luz de las miles de velas flotantes y al brillo de las mesas de las casas vestidas de blanco. Bajo la bandera de Slytherin, Trenton Bloch espió a Ralph y agitó vigorosamente, haciéndole señas. Ralph sonrió cuando Albus pasó un brazo sobre el hombro del chico más grande.

—Hogar, dulce hogar, ¿eh, Ralph? ¡Venga!

Los dos juntos, se colaron entre las mesas y cayeron en sus asientos en la mesa de Slytherin, donde fueron recibidos de modo estridente. James se dio cuenta que algunos de los Slytherin mayores, antiguos compinches de su némesis, Tabitha Corsica, no se unieron al comité de bienvenida. El grupo se sentó cerca de la parte delantera de la sala y miró hacia otro lado, como si se aburrieran o estuvieran vagamente disgustados por el entusiasmo de sus pares. Sin embargo, sin la presencia del helado encanto de Tabitha, la reunión parecía simplemente petulante y con un poco de desinteresada frialdad.

James se sentó en la mesa de Gryffindor con un suspiro de alivio. Ahí estaban Graham Warton y Deidre Finnegan, ambos compañeros de cuarto año, Joseph Torrance y Devindar Das, de séptimo año y capitán de Quidditch. Más abajo en la mesa, agitándose violentamente, estaba Cameron Creevey, sentado al lado de varios de tercer año. Claramente ausentes, sin embargo, estaban Sabrina Hildegard, Noah Metzker y Damien Damasco, tres buenos amigos de James y compañeros miembros del club de los revoltosos conocidos como los Gremlins. Ellos se habían graduado el año anterior, poniendo así fin, a todos los intentos y propósitos del reinado de los Gremlins. Fue triste haberse perdido el año pasado la graduación de sus amigos, pero también fue emocionante estar en la franja de convertirse a sí mismo, en parte de la "vieja Guardia" de Hogwarts.

Estaría yendo los fines de semana a Hogsmeade este año. ¡Aprendiendo hechizos defensivos y de duelo más avanzados! ¡Yendo ya a la tradicional Bola Yule! Y lo más importante de todo, después de su éxito jugando Clutchcudgel en Alma Aleron durante el año anterior, James estaba decidido finalmente (*¡finalmente!*) a ser parte del equipo de Quidditch de Gryffindor. Suspiró profundamente, con la feliz anticipación.

Hubo momentos durante el año anterior, cuando James había estado bastante seguro de que no volvería a ver de nuevo a Hogwarts. Se dio cuenta de que una parte de él había estado secretamente preocupado, incluso durante el viaje en tren, que algo todavía podría impedir su llegada. Había sido un verano de agitación y oscuras sorpresas, después de todo. Nada se sentía particularmente seguro ya. Pero allí estaba, sentado de nuevo en su antiguo lugar en Hogwarts como si no hubiera pasado nada en absoluto. Se sintió gratamente agotado, como si pudiera subir a la mesa y dormirse allí mismo, entre las copas de cristal y cubiertos relucientes.

Sin embargo, su ensoñación se rompió, cuando una pequeña tos anunció a alguien de pie detrás de él. James miró hacia atrás y se sorprendió al ver al diminuto profesor Flitwick ofreciéndole una extraña y tensa sonrisa.

—Bienvenido de nuevo, señor Potter, —dijo Flitwick perentoriamente. —Me pregunto si pudiera, er, ¿darme un momento?

James frunció el ceño. —¿Quiere decir... ahora?

—Si usted fuera tan amable, —Flitwick asintió, haciendo una mueca ligeramente. —Sólo tomará un momento de su tiempo. Es una tontería, la verdad... —Él se rezagó, mirando alrededor de la sala, como si evitara los ojos de James. En el estrado, la profesora McGonagall estaba posicionando la silla y el Sombrero Seleccionador, preparando el tradicional inicio de año. Lily y el resto de los de primer año hacían cola frente a la tarima, chorreando agua de lluvia y con nervioso entusiasmo, dirigidos por el Profesor Longbottom. Lily se quedó mirando las velas flotantes, conteniendo una sonrisa.

—Vete, —Scorpius le dio un codazo con impaciencia. —Ella estará bien. Hay todo un año para las sorpresas, y tu hermano y yo nos encargaremos.

James asintió con la cabeza, volviendo a Flitwick. —Bien. Claro, Profesor. Lo que usted necesite.

Flitwick asintió y sonrió mientras James se ponía de pie. Sin decir palabra, el diminuto profesor condujo a James a través de las puertas traseras, cruzando el vestíbulo, y por un pasillo hacia lo que James reconoció como las habitaciones de la facultad. El Profesor sacó su varita y golpeó la perilla de una puerta pesada cerca del final. Con un destello dorado, la cerradura fue desbloqueada y la puerta se abrió ligeramente. Flitwick miró a James, como para asegurarse que él todavía estaba allí, dio otra sonrisa nerviosa y abrió la puerta.

—Lamento interrumpir su llegada, señor Potter, —dijo, llevando a James a una pequeña y oscura habitación. Obviamente, era la oficina de Flitwick, el escritorio y la silla eran casi cómicamente pequeños, aunque impecablemente arreglada y organizada. Una alta y única ventana con plomo dominaba la pared curva a la derecha de la mesa. Frente a esto, recortado contra el cristal azul noche, había una forma cuadrada en un atril. —Es un pequeño deber mío, usted entiende. Siempre ha sido un placer, realmente...una forma de usar mis escasos talentos para conectar con aquellos que ya se han ido. Aun así, de vez en cuando se demuestra... sorprendentemente difícil.

James se trasladó a la izquierda, lejos de la forma recortada en el atril, permitiendo a Flitwick acercarse a la mesa. El profesor apuntó con su varita a un gran farol de bronce en la esquina de la mesa, y luego se detuvo. Miró a James.

—Usted habrá notado, señor Potter, que recordamos a nuestros directores de una manera bastante singular en Hogwarts, ¿no?

Tomó James un momento para comprender lo que Flitwick estaba hablando. Por último, desconcertado, respondió. —¿Habla de los retratos? ¿Arriba, en la oficina del director?

—¡Precisamente! —Flitwick exclamó emocionado. —Precisamente, señor Potter. Tras el paso de cada director, se añade su vivo retrato a la galería,

otorgándole al nuevo director el beneficio de la sabiduría y consejo combinados. Se trata de una disposición única, debo añadir. Ninguna otra institución tiene una galería tan completa y bien conservada de sus líderes. Porque, me siento orgulloso de decir que, incluso, ha calificado para un lugar en el libro del Top de las Noventa y Nueve Maravillas que los Magos Nunca Verán. Podría mostrarle, si lo desea. Tengo una copia aquí en mi escritorio. Er...

Sin encender la linterna, Flitwick se trasladó meticulosamente detrás de su escritorio y empezó a deslizar cajones abiertos, arrastrándose ruidosamente a través de ellos.

James todavía estaba frunciendo el ceño en confusión. —Profesor, —se aventuró, alzando la voz por encima del sonido de saqueo de Flitwick de su propia oficina. —Er... ¿qué tiene esto que ver conmigo?

—¿Mm? Oh, —Flitwick miró a James y pareció desinflarse un poco. —Pido disculpas, señor Potter. Todo esto es más bien... mmm. Bastante. —se movió por todo el cuarto oscuro de manera irregular, y luego se dejó caer en su silla del tamaño de una muñeca. Sin mirar, agitó su varita hacia la silla detrás de James. — Por favor, tome asiento, joven. Tal vez una explicación más detallada será suficiente.

James se sentó en la silla de tamaño normal, que era ridículamente mullida y tenía un fuerte olor a naftalina. Flitwick suspiró.

—La mayoría de la gente no sabe esto, señor Potter, —dijo en una voz más tenue. —Pero yo no soy, hablando estrictamente, cien por ciento humano. —Hizo una pausa, estudiando la cara de James en el cuarto oscuro. —No se sorprende, ya ve.

Las mejillas de James se enrojecieron. —Bueno, eh. No como tal, profesor. No. Algunos de los estudiantes han... er... hecho conjeturas.

Flitwick sonrió a James (una sonrisa sincera en esta ocasión, titilando en sus pequeños ojos) y luego se echó a reír en voz alta. —Por supuesto, por supuesto, —asintió con la cabeza. —Tampoco les culpo. Le voy a decir la veirdad, señor Potter, como explicación de por qué lo he llamado aquí. Soy parte duende, ya ve. Una

cuarta parte, de hecho. Dígame, ¿estaban las especulaciones de sus compañeros de clase correctas?

James se encogió de hombros, incómodo. —Sííí... Un poco. Algunos habían pensado que tal vez usted era parte... er. Realmente no debería decir, Profesor.

—Oh dígalo, James, —el Profesor sonrió, inclinándose hacia adelante con entusiasmo. —En tiempos como estos, una buena risa es siempre bienvenida.

La cara de James se estaba quemando ahora. —Bueno, Profesor. Usted le gusta a todo el mundo, ¿sabe? Nunca hubo una intención de ser irrespetuosos. Mayormente todos pensamos que es realmente genial. Pero...

—¡Sácalo, joven! —Flitwick interrumpió, sin dejar de sonreír con anticipación.

—Hinkypunk, señor.

Flitwick se balanceó hacia atrás en su silla y dejó escapar una ráfaga de risa jovial.

—Oh, me atrevo a decir, que sería una historia mejor, —admitió, sin dejar de reír y secándose los ojos. —Mucho mejor, por cierto.

James también sonrió y negó con la cabeza. —Todavía no entiendo, Profesor. ¿Esto qué tiene que ver con...?

Flitwick con más compostura, aunque el fantasma de una sonrisa aún curvaba sus labios, asintió con la cabeza. —Perdóneme, señor Potter. Estoy retrasando lo inevitable. Como ya he dicho, soy parte duende y los duendes, como puede o no saber, son particularmente buenos en las artes alquímicas. Un, er, pariente mío, de hecho, es uno de los mejores artistas de restauración en el mundo. Su especialidad es, como era de esperar, el retrato mágico. Está en mi sangre, verá. No todo el mundo puede hacerlo. No puedo tomar ningún crédito por ello, aunque he trabajado mucho y duro para perfeccionar mis habilidades, por muy escasas que sean.

La comprensión comenzó a abrirse paso en James. Miró fijamente al diminuto Profesor frente a él. —¿Usted... pinta los retratos? ¿Todos esos retratos mágicos de los antiguos directores son suyos?

Flitwick levantó las manos en un gesto de desaprobación. —No todos ellos, sólo el más reciente. Es un gran honor, uno que heredé hace décadas. Pinto cada retrato sobre la muerte del director, utilizando las habilidades transmitidas a mí por mis antepasados duende. Es más bien un arte secreto, que combina tanto el arte y la alquimia, a pesar de que se puede enseñar incluso a los no-duendes. Usted puede recordar al profesor Jackson, de la escuela americana, es más bien un experto en el tema, aunque es un poco... bueno... *carente de inspiración*.

James asintió enfáticamente. —Hábleme de eso. —hizo una pausa y miró a un lado, a la forma de la silueta en el caballete. De repente sintió mucha curiosidad por verla a la luz. —¿Así que ese es... su más reciente retrato? ¿Ese es... el Director Merlín?

Flitwick exhaló un gran suspiro, volviendo a compartir la mirada de James. —El Director Merlinus, —estuvo de acuerdo. —En una forma de decirlo.

—¿Qué quiere decir?

—Es por esto que le he llamado aquí, James, —Flitwick respondió tranquilamente. —A veces, el retrato mágico es una tarea muy delicada. A veces se requiere... medidas adicionales.

James miró al profesor, sin saber a qué se refería.

Flitwick se inclinó un poco hacia adelante, sacando su varita de nuevo y apuntando hacia la linterna. —Concéntrese, —instruyó. Con un pequeño golpe, la linterna se encendió, llenando la pequeña oficina con el calor de una luz dorada.

Los ojos de James inmediatamente se movieron hacia el retrato delante de la ventana.

Era, en efecto Merlinus. Su rostro estaba pintado con inmaculada perfección, mostrando la línea de su mandíbula cuadrada, la nariz más bien torcida y la austeridad de los ojos inquietantemente en exploración. Estaba sentado, al igual

que todos los demás retratos de directores, pero a diferencia de la mayoría de ellos no estaba recostado en una pose de descanso. Se sentaba en posición vertical, con la barbilla elevada casi desafiante, su mano derecha agarrando el brazo de su ornamentado trono de madera... un trono que James reconoció muy bien de las aventuras de su primer año. Dos anillos negros brillaban en la larga y gruesa mano del director.

Pero algo estaba mal.

James se puso de pie lentamente y se acercó a la pintura, mirándola intensamente.

—No está... —sacudió la cabeza lentamente. —No...

—No está vivo, —admitió Flitwick, que venía a unirse a James delante del lienzo. —Ni un aliento, ni una sola chispa de vida, no importa lo que haga con él.

James miró fijamente al retrato. Era perfecto en todos los sentidos, capturando absolutamente la esencia del antiguo hechicero. Y, sin embargo, era sólo una imagen, una mera imagen, de alguna manera aún menos viva que una fotografía Muggle.

Miró a Flitwick. —Así que... ¿qué falta?

—Esa es precisamente la pregunta, joven, —respondió Flitwick. —Estaba más bien esperando que me dijera.

James negó con la cabeza. —¿Yo? Pero, no soy un pintor. Ni siquiera puedo dibujar.

—Tal vez no. Pero usted conocía al director, señor Potter, quizá mejor que nadie en esta época. Y quizá más importante aún, que estaba con él cuando murió. Fue testigo del momento en que él entregó el espíritu. Siento tener que evocar un recuerdo tan difícil. No quiero parecer insensible. Puede negarse, por supuesto, y no le faltaré el respeto. Pero puede ser que pueda dar a este retrato lo que, con toda mi habilidad técnica, no pude. Si está dispuesto.

James volvió a mirar el retrato inmóvil de nuevo. Se encogió de hombros. — No me importa, Profesor. Tenía una especie de esperanza de verlo una vez más de todos modos. Incluso si es sólo un reflejo y no es realmente él. Pero no sé cómo puedo ayudar. Yo no...

— Simplemente toque el retrato, señor Potter, — dijo en voz baja Flitwick, instando a James hacia adelante. — Puede ser el ingrediente final... su memoria de él, la impronta que su muerte hizo en usted. Tal vez, si tenemos suerte, es posible que pase esa chispa. Es lo único que queda por probar.

James se acercó a la pintura. Los agudos ojos de Merlín asomaban de la cara pintada, que parecían mirar a James, para estudiarlo, pero era sólo una ilusión. No había vida allí. Simplemente pintado sobre lienzo.

— ¿Está seguro, profesor? — preguntó James, levantando su mano derecha.

— Sí, sí, — Flitwick insistió, obviamente ansioso por ver su obra terminada. — La pintura está fija. Un toque bastará. Vamos, James. No tema.

James se inclinó hacia el retrato. El rostro de Merlín era de tamaño perfectamente natural, mirando ciegamente hacia él. La sombra de la mano de James se deslizó hasta él, y luego, sin fanfarria, sus dedos tocaron su propia sombra. Las espirales de pintura fueron duras al tacto, llenas de textura y propósito. Tan cerca, sin embargo, era difícil ver el retrato como algo nada más que trazos de pintura seca.

Flitwick observaba, equilibrándose sobre la punta de sus botas. Finalmente, después de un largo momento, exhaló.

— Gracias señor Potter, — dijo, dando un paso atrás. — Eso será todo.

James movió sus dedos lejos del retrato. No había sentido nada mágico en absoluto. Frunció el ceño y se apartó del retrato.

— ¿Funcionó?

Flitwick sonrió desconsoladamente y negó con la cabeza. — Me temo que no. Pido disculpas por perder su tiempo, señor Potter, y por sacar a relucir recuerdos

desagradables. Gracias por ser lo suficientemente valiente como para hacer el intento.

James miró al Profesor y luego al retrato. —Así que... ¿qué sigue? ¿Qué se necesita para arreglar el retrato del director?

Flitwick sacó su varita una vez más y apuntó a la linterna en su escritorio. — Como ya he dicho, señor Potter, usted era la última esperanza para el retrato. Me temo que no hay nada por hacer. Por primera vez en nueve siglos, habrá un retrato no vivo de un director difunto.

—Pero... ¿Por qué no?

Flitwick sonrió con cansancio. —Tal vez la razón es tan obvia como insatisfactoria, —respondió. —Merlinus Ambrosius, como usted sabe más que nadie, no era un mago ordinario.

Con un toque, Flitwick extinguió su linterna.



De momento James regresó al Gran Comedor, la Ceremonia de Selección estaba completa. Lily estaba sentada en la parte delantera de la mesa de Gryffindor, con mejillas rosadas y ya reía con sus nuevos amigos. La profesora McGonagall había guardado el Sombrero Seleccionador para un año más, mientras que una pequeña conmoción ocupó la mesa principal. Unos pocos que llegaron tarde, parecían acomodarse en sus asientos, en los entarimados ya atestados.

Scorpius se encontró con los ojos de James cuando volvió a su asiento. —¿Y? —le dio un codazo intencionadamente.

James negó con la cabeza. —No estoy seguro de lo que deba decir.

—¿Qué quería Flitwick?

James parpadeó. —Nada realmente, creo.

—Entonces cuéntanos, —Deidre incitó, inclinándose. —¿Qué es tan importante que no puede esperar el primer día de clase?

James describió brevemente su conversación con Flitwick y el retrato extrañamente inmóvil del Director fallecido. Sin embargo, por respeto al Profesor, omitió la revelación del linaje duende de Flitwick. Si el profesor quería que todos supieran eso, James pensó que lo anunciaría él mismo. Para sorpresa de James, nadie parecía particularmente interesado en el retrato de Merlín.

—¿Así que Flitwick puede pintar, eh? —Deidre comentó, agarrando un rollo cuando las mesas se llenaron de repente, con platos dorados cargados y soperas humeantes. —Ese viejo hinkypunk está lleno de sorpresas, ¿no es así?

—No es de extrañar del todo, realmente, —dijo Rose especulativamente desde el otro lado de la mesa. —Él es un tipo creativo. Se puede decir, ¿no creen?

—Si tú lo dices, Sybil, —Scorpius se burló, sacudiendo la cabeza.

—No me llames así, —Rose se erizó. —Sabes lo que siento por su clase.

—Pero, —James aclaró, trayendo la conversación de vuelta al punto, —Flitwick no pudo hacer que el retrato de Merlín cobrara vida.

Cerca de allí, Joseph Torrance se encogió de hombros. —Así que no es tan gran artista del retrato. Gran cosa. Probablemente sólo traen a un profesional para terminar el trabajo.

Rose frunció el ceño hacia la parte delantera de la sala y señaló, interrumpiendo la réplica de James. —¿Ese es... el Ministro de Magia? —preguntó dubitativa.

James volvió a mirar. Efectivamente, sentándose entre el Profesor Debellows, había un hombre delgado de aspecto severo que James no reconoció, era el Ministro de Magia, Loquatious Knapp. James se había reunido con el Ministro en

varias ocasiones, por supuesto, durante las visitas al Ministerio con su papá. Particularmente, nunca se había impresionado con el Ministro, quien era delgado, sonreía perpetuamente y hablaba sin cesar mientras no decía nada especialmente importante.

Scorpius respondió, —Claro que es él. Y a menos que vaya a ser nuestro nuevo director, diría que él está aquí para presentar a ese tipo alegre que está a su lado.

—¿Tú crees? —preguntó Deidre, frunciendo el ceño hacia la mesa principal. —He oído que iba a ser el Profesor Longbottom. Ya ha sido aprobado para el puesto antes. Es su turno, ¿no es así?

—El Ministerio ve las cosas de manera diferente, —Rose aspiró en desaprobación. —Mi madre dice que ellos piensan que el Profesor Longbottom está demasiado anclado en el pasado. No tiene suficiente “visión de futuro”.

James miró a su prima. —Ella no está de acuerdo con ellos, ¿verdad?

Rose rodó los ojos con impaciencia. —No seas estúpido. Ella discutió bastante de eso con la gente del Ministerio, incluso cuando le dieron el puesto a Merlín. Amenazó con renunciar si por lo menos no entrevistaban al Profesor Longbottom para el trabajo esta vez.

—¿Lo hicieron?—preguntó Graham, levantando las cejas.

Rose asintió secamente. —Lo hicieron. Tomó cinco minutos. Ya habían tomado su decisión, aunque fueron muy herméticos al respecto. No le han dicho a nadie su elección final. ¿Qué hay de tu padre, James? ¿Estuvo en algo de esto?

James negó con la cabeza. —Papá no ha discutido mucho su trabajo a lo largo de las últimas semanas. Parece que las cosas han estado inusualmente tranquilas desde la redada a principios de este verano. Se ha pasado la mayor parte de su tiempo en esa estúpida investigación.

Graham negó con la cabeza. —Pensé que era sólo una formalidad, todo el asunto de la investigación sobre lo sucedido en la Noche de la Revelación. Esos entrometidos de la Oficina de Integración Muggle Americana lo exigieron,

¿verdad? No puedo creer que permitieran a los Muggles decirles cómo debe funcionar su mundo mágico.

—No les dicen cómo debe funcionar, —Rose contestó, molesta. —No hables de cosas que no sabes.

La frente de Graham se ensombreció. —Bueno, exigieron al Ministerio revisar la participación de Harry Potter en todo, ¿no? Consiguieron lo que querían, y algo más. Mi papá dice que parece que esa gente de la O.I.M. tiene una carga tremenda de poder donde no deberían. O sea, ¡Venga Ya! Weasley, ellos son Muggles y americanos. ¿Quiénes son ellos que nos dicen qué hacer?

Rose entrecerró los ojos. —Son las personas que tuvieron una transmisión de toda una ciudad mágica al mundo Muggle por una pícara bruja inglés. Llámalos como quieras, pero es probable que tengan un poco de legítima queja, ¿no te parece?

Graham se burló y alzó un dedo para discutir, pero fue interrumpido por la voz cansina y perezosa de Scorpius.

—En este momento lo que menos me importa son las relaciones internacionales, me interesa más ese curioso objeto detrás de la mesa principal. ¿O ninguno de ustedes se ha dado cuenta todavía?

James miró de nuevo. Efectivamente, muy por encima de las cabezas de los maestros había un objeto grande y cubierto, aparentemente colocado en la pared justo debajo de la adornada ventana. El objeto era voluminoso, totalmente oculto por un paño negro y espeso. Cuando James lo miró, algo parecía moverse ligeramente detrás de la tela. Había un ritmo débil en él, perturbando sutilmente los pliegues negros.

—Supongo que no estaba allí el año pasado. —se aventuró a decir.

Rose negó con la cabeza, frunciendo el ceño. —No. Y no me gusta.

—Ni siquiera sabes lo que es, —comentó James, pero sin mucha convicción.

En ese momento, la Profesora McGonagall se puso de pie, empujando su silla de la mesa principal. Como siempre, su largo rostro era severo detrás de un par de diminutas gafas. Su sombrero de visera ensombrecía su frente y James pensó que parecía notablemente mayor que la última vez que la había visto. La sala descendió a un murmullo tranquilo mientras se acercaba al podio y lo golpeó varias veces con su varita, pidiendo atención.

—Gracias, —dijo secamente, sus ojos parpadearon profundamente a la asamblea. —Y bienvenidos de nuevo a Hogwarts. Encontrarán que se ha cambiado mucho este año, y supongo que debemos considerar esto lógico, teniendo en cuenta los numerosos cambios que se están produciendo fuera de estas paredes. Para iluminarnos más sobre el tema, les presento al Ministro de Magia, Loquatious Knapp.

Un puñado de aplausos resonó en las paredes. El Ministro se puso de pie, asintiendo y sonriendo mientras se deslizaba alrededor de la mesa principal. James se dio cuenta que la profesora McGonagall no aplaudía, ni sonreía cuando se hizo a un lado, permitiendo al Ministro asumir el podio.

—Bienvenidos, estudiantes, —Knapp emitió con su voz de orador natural resonando en toda la Sala. —Bienvenidos de nuevo a Hogwarts. Como su querida Profesora ha dicho, hay muchos cambios en marcha este año. Tengo plena confianza que adoptarán estos cambios con el mismo espíritu de valentía y comprensión que siempre ha sido el sello distintivo de esta, nuestra mejor institución mágica.

Ante esto, una oleada de murmullos se extendió por la asamblea. Con cabezas inclinadas y susurros entre dientes.

—No estoy seguro de poder oírlo, —Scorpius murmuró, —con todo este humo haciendo volar mi túnica.

—No hay razón para preocuparse, —Knapp continuó, dejando caer su sonrisa y asumiendo una actitud paternal. —Muchos de ustedes han oído rumores de cosas que están sucediendo en el mundo Muggle y mágico por igual. Estos son tiempos inquietos, es verdad. Pero permítanme declarar con confianza que

ninguno de ustedes necesita preocuparse. Mucho de lo que se escucha es, como siempre, simple rumor y alarmismo. Pongamos rápida resistencia a la marea de nuestros instintos inferiores. Sepan que sus dirigentes están firmemente unificados, trabajando, como siempre, por el bien común. Ustedes, estudiantes, pueden hacer su parte. Estudiar. Aprender. Madurar. Crecer como los ciudadanos ejemplares que todos sabemos que pueden ser. Si lo logran, el futuro, como siempre, se hará cargo por sí mismo.

Knapp sonrió de nuevo con otra ronda de aplausos tibios que se propagaron a través de la sala, dirigido desde la mesa principal por los Profesores Kendrick DeBellows y Lucía Heretofore, la Maestra de Pociones y jefe de la Casa Slytherin. Hagrid, James vio, aplaudía respetuosamente pero sin sonreír, sus ojos de escarabajo negro se enfocaban sin pestañear en el Ministro.

Cuando los aplausos terminaron, Knapp bajó la mirada con tristeza. —Por desgracia, debido a eventos infortunados, el Director Merlinus Ambrosius, a quien tuvimos el privilegio de conocer por solo dos cortos años, nos ha dejado. Le echaremos de menos y a su orientación única. Y, sin embargo, a medida que avanzamos en su honor, entramos en un nuevo día. Permítanme presentarles a su nuevo Director, ¡Señor Rehtor Strangwayes Grudje!

Con esto, el Ministro estalló en aplausos, liderando a la asamblea. Se volvió y sonrió al hombre que había estado sentado al lado, medio poniéndose de pie y levantaba una mano larga y pálida. Grudje era delgado, con amarillentas mejillas, espesas cejas grises y largas capas de pelo lacio acerado. Se quitó el sombrero con visera rígida y frunció su boca trabajosamente hacia arriba en las esquinas.

—¿Grudje? —Rose habló con voz ronca, inclinándose sobre la mesa hacia James. —¿Quién diablos es? ¿Has oído hablar de él?

James negó con la cabeza, sin apartar los ojos del hombre que parecía espantapájaros. —No. ¿Qué está tratando de hacer con su rostro? ¿Se supone que eso sea una sonrisa?

Scorpius hizo una mueca. —Si es así, parece que aprendió cómo hacerlo desde un libro de instrucciones mal traducido.

—Sí, —Knapp continuó, sin dejar de sonreír hacia Grudje mientras se hundía en su asiento. —El señor Grudje ha sido de invaluable servicio en muchos rincones del mundo mágico. Trae toda una vida de dedicación y maestría al cargo de director, y estoy seguro de que pronto llegaremos a pensar en él con gran admiración y, sí, incluso afecto.

—Es improbable, —Graham murmuró con sentimiento. —ese tipo luce como una intensa pesadilla.

Rose le dio un codazo bruscamente. —Dale una oportunidad. Las apariencias no son todo, —dijo con voz áspera.

—Y ahora, —Knapp proclamó, volviendo a los estudiantes reunidos y agarrando el podio con las dos manos. —al nuevo y más emocionante detalle de este curso escolar. Como muchos de ustedes saben, se han producido ciertos... acontecimientos mundiales. Mientras que en el Ministerio podemos asegurarles que cualquier repercusión no deseada de estos eventos, está, incluso, siendo abordada suficientemente, eso ha hecho que nos incumba a todos considerar, más que nunca antes en nuestras vidas, lo que significa ser brujas y magos que viven entre nuestros hermanos Muggles. Durante siglos, hemos tenido el beneficio de saber acerca de ellos, mientras que nos han conocido sólo a través de mitos y supersticiones. El voto secreto tiene casi mil años de antigüedad. Y, sin embargo, nos corresponde, si no preguntarlo, preguntarnos: ¿Qué podría ser de nuestras vidas sin él?

Con esto, nuevamente, la sala rompió en ásperos susurros. Al otro lado de James, Rose simplemente miró de reojo a él, arrugando la frente. En el otro lado de la sala, varios de los mayores estudiantes de Slytherin irrumpieron en enérgicos aplausos con rostros sombríos. Albus, James quedó consternado al ver, se unía a ellos.

—Estudiantes, —Knapp llamó, anulando los rumores crecientes. —Atención, estudiantes. Esto debe ser más que un mero ejercicio intelectual. Un momento de gran cambio bien puede estar sobre nosotros. Es esencial que todos nos demos a nosotros mismos, no sólo como brujas y magos, sino como ciudadanos del mundo. Con esa tarea ante nosotros, estoy contento de reintroducir

un programa que no se había visto desde los días de sus tatarabuelos. Por primera vez en casi 200 años, la Escuela Hogwarts de Magia y Hechicería, junto con el Ministerio de Magia y los organismos cooperantes de otros tres gobiernos mágicos, ofrecerá clases de intercambio intra-académicas con otras cuatro escuelas de todo el mundo. En el espíritu de fraternidad internacional, damas y caballeros, les presento a... —aquí, el Ministro se volvió e hizo un gesto grandilocuente con el brazo derecho. —¡Durmstrang!

Una explosión de humo color verde oscuro se desató entre la tarima y la cabecera de la mesa de Slytherin. Nolan Beetlebrick, un estudiante de séptimo año de Slytherin, saltó hacia atrás, empujando a dos de primer año al piso en un revoltijo desordenado. Cuando el humo se difundió a través del pasillo, con olor vagamente a musgo y madera quemada, una forma oscura salió de él. Era una caja grande, de tres metros de alto, cubierta de ángulos y formas voluptuosas. Era, de hecho, un enorme armario de diseño barroco, construido de madera pulida y de color como las algas marinas. Sus puertas estaban bien cerradas, brillantes y oscuras a la luz de las velas.

Knapp hizo un nuevo gesto, esta vez hacia la cabecera de la mesa de Hufflepuff. —¡Beauxbatons! —anunció con orgullo.

Otra ráfaga de humo saltó en el aire, esta vez en polvo azul y lila con aroma. Un segundo armario salió del humo, con un blanco pálido, adornos dorados afilados y redondeado a los lados. Los estudiantes comenzaron a aplaudir, un tanto confusos, pero con creciente expectación.

—¡Alma Aleron! —Knapp gritó, señalando una vez más.

Una explosión de profundo humo rojo, con un olor extraño a fuegos artificiales y hierba cortada, explotó ante la mesa de Ravenclaw. El armario de Alma Aleron era tan cuadrado y alto como un monolito, lacado en nogal marrón brillante, sus puertas cerradas estaban decoradas con dos águilas talladas. El aplauso continuó, creciendo en volumen.

—Y finalmente, pero no menos importante, —concluyó Knapp, haciendo un gesto hacia la cabecera de la mesa de Gryffindor, —Tal vez la escuela más importante y única de todas ellas, la ¡Refinada Academia Yorke de Bristoll!

La explosión final de humo era blanca en forma de vapor. No tenía ningún olor discernible que James pudiera decir. A medida que la nube se desvió hacia arriba, el armario revelado en realidad no era un armario en absoluto. Era más pequeño, hecho de metal gris opaco, con un conjunto de cuatro puertas estrechas y con la ventilación en la parte superior.

El aplauso comenzó a desaparecer en la confusión general.

—¿La Refinada Academia Yorke? —una voz murmuró desde la mesa de Ravenclaw. James vio que era Fiona Fourcompass, su labio se curvó en un disgusto vago. —Nunca he oído hablar de ella.

—¿Qué es esa cosa? —otra voz susurró. —Eso no es como cualquier armario que hubiera visto.

Desde el estrado, Knapp levantó las manos, llamando la atención una vez más. —Estos, estudiantes, son portales. Cada uno los llevará, en el momento adecuado, a la escuela que representan. Allí, asistirán a clases, conocerán gente nueva y desarrollarán un aprecio por la red interconectada que es el mundo que vivimos. Por otra parte, los estudiantes de cada una de estas cuatro escuelas se unirán a ustedes aquí. Los verán en sus clases, en los pasillos, e incluso en nuestras funciones sociales. Confío en que van a representarse bien ustedes mismos, y muy posiblemente forjar amistades que durarán por muchos años venideros.

Cuando Knapp terminó, el Gran Comedor se hinchó con un murmullo de voces. Las preguntas se gritaron hacia el podio, pero Knapp las ignoró con una sonrisa.

—Para los detalles restantes, —gritó, —los dejo en las capaces manos de su nuevo director. Disfruten de sus aventuras en el extranjero, damas y caballeros, y ¡hagan que nos sintamos orgullosos!

Con eso, Knapp se apartó del podio, aun sonriendo y saludando cuando los estudiantes estallaron en pleno proceso de excitada confusión. El Director Grudje, James se dio cuenta, se había levantado de su asiento. Más de cerca, era una cabeza más alto que el Ministro de Magia mientras entraba a su alrededor y se acercó al podio estoicamente. No intentó hablar a la balbuceante multitud, pero se limitó a mirar más allá de las mesas, con el rostro tan sombrío y fresco como una lápida, sus ojos grises e inmóviles, aparentemente fijos en la pared del fondo. Poco a poco, el Salón se tranquilizó, acomodándose en una especie de tenso y expectante silencio.

Cuando Grudje finalmente habló, su voz era muy profunda, áspera como piedras de molino en un pozo. —Cada uno de ustedes, —afirmó suavemente, en un tono monótono, —podrá inscribirse en no más de cuatro y no menos de dos clases en la escuela o escuelas de su elección. Las clases tendrán el grado apropiado al equivalente tema en Hogwarts, excepto en el caso de la Academia Refinada Yorke, que será manejada de forma adecuada por la Profesora Grenadine Curry. — hizo una pausa y bajó los ojos, mirando lentamente a la gente alrededor de las mesas de las casas. —Como a lo mejor ustedes ya se han dado cuenta, —continuó un poco menos severo, —la mayoría de estas escuelas ocupan muy diferentes zonas horarias que nosotros. Para su comodidad, he ordenado un pequeño regalo para la escuela, una herramienta muy antigua, utilizada bajo circunstancias idénticas en siglos pasados, que los guiará cuando sea necesario a sus diferentes citas internacionales.

Aquí, Grudje volvió lentamente. A diferencia del Ministro de Magia, el gesto del nuevo director fue lento, deliberado y extrañamente poderoso. Extendió una mano abierta hacia el objeto negro cubierto que estaba debajo de la ventana adornada. Luego, con un chasquido de su puño, la tela cayó, ondeando por detrás de la mesa principal. Todos los ojos en la sala miraron.

Era un reloj diferente a cualquier reloj que James hubiera visto nunca. Era tan alto como el propio director, de madera negra pulida y tallada con una alucinante gama de diseños, adornos y símbolos. Había una cara larga, blanca como la luna y adornada con manos negras ornamentadas mostrando la hora actual (esta cara estaba etiquetada con "HOGWARTS" en letras azules brillantes). Cuatro caras más

pequeñas rodeaban la cara principal, cada una de ellas mostrando un tiempo diferente, etiquetadas con los nombres de las otras cuatro escuelas. Detrás de la cara más grande, marcando y zumbando afanosamente, había una masa de engranajes, ruedas dentadas y manillares, protegida por un intimidante candado de hierro colocado en un cerrojo en la esfera del reloj con bisagras. Un enorme péndulo de bronce colgaba de la parte inferior del reloj, balanceándose pesadamente de izquierda a derecha.

—Eso, —Deidre respiró impresionado, —tiene que ser la cosa más gloriosamente fea que he visto.

—Confío en que sus instrucciones están muy claras, —dijo Grudje, girando lentamente de regreso a las mesas de las casas. —¿Hay alguna pregunta?

A pesar del clamor de voces momentos antes, el Gran Comedor ahora permanecía nerviosamente tranquilo. De alguna manera, parecía que, a pesar de la curiosidad de todos, nadie se sentía bastante dispuesto a participar con el nuevo director. James miró a su alrededor, esperando una mano alzada. Finalmente, tragando fuertemente, levantó la suya.

Grudje vio y sus ojos se estrecharon y brillaron tanto, como fue posible. — Señor Potter, entonces —gruñó. —pregunte, joven.

—Yo, eh... creo que algunos de nosotros podría preguntarse, señor... —James balbuceó, cambiando su mirada de Grudje al extraño armario de metal al final de la mesa de Gryffindor, —Quiero decir, nunca he oído hablar de alguna escuela llamada Academia Refinada Yorke. ¿Puede usted, tal vez, decirnos a cuál gobierno mágico está conectado?

Grudje miró fijamente a James durante un largo momento. —Señor Potter, estoy sorprendido con usted, —dijo con su voz profunda y agitada. —La Academia Yorke no está conectada a ningún gobierno mágico. La Academia Yorke le hará ganar créditos con la Profesora Curry, si puede recordar. La señora Curry es su profesora de Estudios Muggles. La Academia Yorke, por lo tanto no se sorprenda al saber, señor Potter... es una escuela Muggle.



—Esto no es un pequeñito cambio, —Deidre siseó cuando la asamblea se disolvió y se concentró en la entrada de la Sala. —¡Es un maldito levantamiento! ¿¡Muggles en Hogwarts!? ¡Esperen hasta que se los diga a mamá y a papá!

—¿Qué se supone que *debemos* aprender en una escuela *Muggle*? —Graham se quejó con un susurro estridente. —Cómo ser un montón de aburridos, adictos a la tele... que conducen coche... —hizo un gesto con las manos vagamente, —Er... sin escobas voladoras, ni varitas...

—*Cállate*, Graham, —Rose le silbó, abriéndose paso a través del vestíbulo lleno de gente.

Una especie de choque sordo se cernió sobre toda la concurrencia, cuando fueron dirigidos, murmurando agitados, a una disposición de cuatro grandes pergaminos enmarcados, colgando frente a la entrada principal. Escrito por la parte superior de cada pergamino en fluida escritura, estaban los nombres de las cuatro escuelas. Por debajo de estos, estaban las listas de clases disponibles de cada una, con espacios para que los estudiantes se inscribieran a ellas.

—Aquí, Ralph, haznos un camino, —dijo James, empujando al chico más grande en frente de él y usándolo como un ariete para presionar a través de la multitud. Ralph empujó incómodamente hacia la parte delantera del grupo, cerca del pergamino de Durmstrang. James miró alrededor de su amigo. Nadie se había inscrito para las clases todavía. De hecho, la mayor parte de la atención estaba centrada en la hoja de inscripción de la escuela *Muggle*. Al borde de la multitud, Fiona Fourcompass estaba mirando con desenmascarado disgusto.

—“Álgebra dos”, —leyó, su voz llena de desprecio. —¿Qué especie de tonta materia es esa?

—¿Y qué tal ésta? —Trenton Bloch gritó, señalando, —¡“Historia del Reino Unido”! ¿Qué?, ¿Sin ninguna mención del Levantamiento Duende? ¿O la Guerra de los Magos Rojos? Es más como “Historia tal como los Muggles la saben, con todas las cosas buenas cortadas”.

Más voces gritaron despectivamente, mezclándose en una diatriba. Scorpius de repente empujó a James y se acercó a la hoja de inscripción para la Academia Yorke, rascándose la barbilla, pensativo.

—Aquí está, —dijo, mirando por encima del hombro con una media sonrisa y señalando con su pluma. —“Estudios en Biología”. He oído hablar de esas cosas. Estudian animales muertos cortándolos en pedazos cada vez más pequeños. Corazones, pulmones, músculos, tendones, ojos y cerebros... —dio la vuelta a la hoja de inscripción y succionó la punta de su pluma especulativamente. —Maldita sea, ¡Inscríbeme!

Con eso, dio un paso adelante y firmó su nombre en el pergamino, subrayando con un garabateado adorno. La multitud lo siguió, balbuceando un poco tentativamente. Rose y James intercambiaron rápidas miradas.

—A él le gusta apretar los botones de la gente, —ella dijo en voz baja.

—Apostaría que los tuyos, —James asintió, suprimiendo una sonrisa. Ella le dio un puñetazo duro en el hombro llevándolo bien lejos, hacia el pergamino Beauxbatons.

Ralph se acercó a James. —Podríamos inscribirnos a algo en Alma Aleron. Tal vez tener una clase con Zane, ¿eh?

James asintió con entusiasmo. —¡Perfecto! Voy a tratar de contactarlo por el Espejo y ver lo que está teniendo este año. Entonces podemos inscribirnos mañana por la mañana antes del desayuno.

Luego de ponerse de acuerdo, ambos muchachos dieron un paso adelante y escanearon los otros pergaminos. Después de una breve consideración, cada uno

de ellos se inscribió a una clase en Durmstrang (*Profecía Práctica*, el equivalente Durmstrang de Adivinación) y acabaron garabateando sus nombres en una clase en Beauxbatons cuando Rose apareció de nuevo, mirando sobre el hombro de James.

—¿No están *realmente* inscribiéndose en Aritmancia Teórica? —dijo con aire de superioridad.

—Está hecho, —respondió James, admirando su nombre en el pergamino. — Si eso nos permite evitar aquí cualquier clase de Aritmancia con el profesor Shert, entonces lo haré.

—Consideraré permanecer en los Estados Unidos este año sólo para salir de su clase, —Ralph asintió.

—¿Alguno de ustedes tiene la más mínima idea de lo que incluso Aritmancia Teórica es? —preguntó Rose, ladeando la cabeza y arqueando una ceja.

James y Ralph se miraron y se encogieron de hombros.

Rose asintió brevemente y sonrió. —¡Nos vemos en clase, entonces! —se volvió despreocupadamente y se marchó hacia las escaleras.

Ralph frunció el ceño en su dirección. —Tal vez deberíamos empezar a comprobar con ella antes de hacer cualquier cosa.

James sacudió la cabeza con disgusto. —Ignórala. Ella no sabe lo que hacemos. Venga, vamos a ver lo que queda en la escuela Muggle.

Los dos se desviaron hacia el último pergamino, que ahora estaba sorprendentemente lleno de nombres. El público todavía flotaba cerca de él, charlando con una mezcla de curiosidad y desprecio.

—Al menos será un fácil T.I.M.O. —comentó Joseph Torrance, firmando su propio nombre en el pergamino. —No importa la loca materia Muggle que tomemos, sólo cuenta para Estudios Muggles. Podemos tomar una siesta a través de cada clase, si queremos.

James asintió con inquietud. Se inclinó hacia Ralph. —¿Crees que algo de esto estaría sucediendo si no fuera por la Noche de la Revelación?

Ralph sacudió la cabeza. —Mi papá dice que todo el mundo mágico se tambalea en el borde. El Voto Secreto está agrietado. Las personas en su mayoría, están tranquilas por ahora, pero no puede durar por siempre. Tiene sentido estar preparado.

—Pero... esto es lo que *siempre* han querido, —susurró James. —Todos esos agitadores del Elemento Progresivo como Tabitha Corsica... que han estado presionando siempre por la revelación del mundo mágico, sólo para que puedan finalmente tomar el mundo Muggle sin ninguna interferencia de sus propios gobiernos mágicos. Ellos van a salirse con la suya si el Voto Secreto se desmorona.

—Bueno, —Ralph se encogió de hombros, —Si esto es lo que el E.P. siempre ha querido, es Petra quien se lo entregó en bandeja de plata.

James suspiró sombríamente. Él no quería recordar eso.

Ralph dio un paso adelante. —Podríamos registrarnos, ¿eh? —dijo, sacando su pluma. Examinó el pergamino que estaba lleno en su mayoría. —¿Qué tal... la educación física?

James sacudió la cabeza bruscamente. —Lo que sea. No tengo la más mínima idea de lo que es.

Ralph firmó su nombre al pergamino. —¿Quieres que también ponga el tuyo debajo?

—No me importa. Date prisa. Quiero ir a ver si podemos contactar a Zane en el Espejo.

Ralph garabateó el nombre de James en el pergamino de Yorke.

—Necesito bajar a la mazmorra, —dijo, dándose la vuelta. —La primera noche es siempre una gran cosa, y tengo que admitir que, en cierto modo me perdí el antiguo lugar. ¿Quieres bajar un poco? Las cosas tienen que ser un poco menos

hinky ahora que Corsica se ha ido, junto con la mayor parte de sus Colmillos y Garras.

James negó con la cabeza. —Gracias. Debo llegar arriba y asegurarme de que Lily se instaló bien. Además, er... —se detuvo, dándose cuenta de que estaba a punto de mencionar el paquete misterioso de su padre. —Er... debo desempacar. Instalarme. Ya sabes.

Ralph asintió, distraído. —Es bueno estar de vuelta, ¿no? A pesar de todo.

James estuvo de acuerdo, pero no pudo evitar sentir un resurgimiento del vago temor que había sentido alguna vez durante el año anterior. Las cosas estaban cambiando tan rápido que incluso Hogwarts se sentía diferente. Él le dio a Ralph las buenas noches en la escalera y trotó, siguiendo a un grupo de emocionados y sorprendidos de primer año. Al pasar junto a la ventana de Heracles, James estaba contento, a pesar de sus preocupaciones, al ver que el rostro de cristal de Heracles, todavía tenía un parecido disimulado a Scorpius Malfoy. Algunas cosas, pensó con ironía, probablemente nunca cambian.

El rellano fuera de la sala común de Gryffindor estaba lleno de estudiantes más jóvenes, la mayoría discutiendo y gritando a la Señora Gorda, sentada con recato en su marco interior, mirando obstinadamente a la distancia. James divisó a Heth Thomas, uno de quinto año y desde hace mucho tiempo, Bateador de Gryffindor, apoyado contra la pared cercana. Él levantó la vista cuando James se acercó.

—Ninguno de ellos sabe la contraseña, —Heth explicó con un encogimiento de hombros.

James parpadeó y miró el retrato. —¿Quién tiene la contraseña, entonces?

—El nuevo Prefecto, supongo.

—Entonces, ¿dónde podría estar? —preguntó James, escaneando la multitud.

—Estás hablando con él, —Heth sonrió, sacando una insignia brillante de su túnica y sosteniéndola. —¿Quién habría adivinado, eh?

James miró la placa y luego al chico más alto. —Así que, Señor Prefecto... ¿puedo tener la nueva contraseña?

—Estaba esperando que alguien preguntara, —Heth respondió moviéndose lejos de la pared. —¡Háganse a un lado todos! El nuevo Prefecto viene pasando y no me refiero a Potter aquí, aunque se le puede agradecer por conocer la autoridad cuando la ve. Eso es todo. Formen una sola y agradable fila o algo así.

Heth se abrió paso entre la multitud descontenta y se paró frente al retrato de la Dama Gorda.

—¡Prantzvigor! —anunció con firmeza.

—Ya era hora, —la Señora Gorda murmuró, al abrirse y revelar el ruido y el calor de la familiar sala común.

—Es un estimulante energético búlgaro, —Heth explicó cuando parte del grupo, él y James empujaron hacia adelante. —Estoy tratando de tener en mis manos un lote para la temporada de Quidditch. Si decides presentarte este año, tal vez puedas probarlo por ti mismo.

—Voy a estar allí, —dijo James con firmeza, dando un paso hacia la chimenea cuando la multitud subió a la sala que ya estaba llena.

Heth asintió con escepticismo, pero su respuesta fue ahogada por un repentino estallido de estridente canto. James volvió con curiosidad al ruido y luego se dio cuenta de que el himno era dirigido a él. Cameron Creevey estaba de pie con una bandera hecha en casa con las palabras “BIENVENIDO DE NUEVO JAMES” en brillantes letras doradas. Flanqueando a Cameron había media docena de jóvenes Gryffindor, todos sonriendo a James mientras cantaban. James estaba agradecido por no ser capaz de entender la mayoría de las palabras de la canción, pero el coro era lo suficientemente claro cuando ellos lo cantaron y redoblaron su volumen: “¡Por el regreso de Potter a Gryffindor! ¡Que Nunca fue lo mismo! ¡Lo perdimos aquí en Gryffindor! Y ¡Potter es su nombre!”

Los ojos de James se abrieron con mortificación. Miró alrededor de la habitación con pánico y vio a los estudiantes mayores buscando expresiones de irónica diversión o molestia leve.

—¡Cameron! —James gritó, corriendo hacia el grupo y levantando las manos, pero el pequeño coro confundió sus movimientos. Ellos se movieron adelante, agrupándose alrededor de él y uniendo las manos, cercándolo, cuando terminó la canción. James trató de gritar por encima de ellos, pero ellos simplemente sonrieron con felicidad, saltando y apiñándose con él. Finalmente, la canción se acabó y James permitió que sus brazos descansaran a los costados.

—¡Bienvenido de nuevo, James! —Cameron gritó, casi vibrando de alegría. — ¡Espero que te haya gustado! Hemos trabajado en la canción de la lechuza en las últimas semanas, Stanton, Shivani y yo. No hemos podido practicar, de verdad, pero estaba esperando...

James se retiró del grupo, con sus mejillas carmesí mientras retrocedía. — Claro, Cam. Er, gracias, supongo. No lo hagas, ya sabes... por el bien de Merlín, no la cantes más.

La frente de Cameron se arrugó por un momento, y luego se aclaró con otro pensamiento que pareció golpearlo. —¡Queremos saber todo acerca de lo sucedido en la pasada temporada en los Estados Unidos! —dijo de repente con voz áspera, susurrando tan agudo que lo transmitió a través de toda la habitación. —Tú estabas allí, ¿verdad? ¡Estabas en medio de todo en la Noche de la Revelación! ¿Qué se siente? ¿Sabías que ella iba a hacerlo? ¿Viste al Director Merlín intentando detenerla?

James siguió retrocediendo, con las manos levantadas. —Cameron, yo no... No puedo realmente hablar de...

—Sí, —alguien gritó. James miró hacia la voz y vio a un chico alto y bien parecido que no reconoció. —Dinos, Potter. Qué clase de héroe fuiste esa noche. ¿Qué hiciste para detener a tu novia de arruinar mil años de secreto mágico?

James quedó estupefacto por el comentario del chico. Se dio cuenta con horror que la sala común había caído en un incómodo silencio. Scorpius estaba de pie en la puerta de entrada al lado de Rose, con los ojos tensos y cautelosos.

—Déjalo, Lance, —Heth Thomas dijo suavemente, dejándose caer en un gran sillón. —James no tiene que dar explicaciones a ninguno de nosotros. ¿Cierto, James?

—Sí, —el chico guapo, Lance, acordó, entrecerrando los ojos a James. —Es un *Potter*.

James se quería hundir derecho en la elegante alfombra roja de la sala común. Sus mejillas ardían, y se dio cuenta que era sólo en parte por la vergüenza. Apretó las manos en puños a los costados con tanta fuerza, que se sentían como rocas. Con una fuerza de voluntad, las soltó.

Las voces empezaron a llenar la sala común nuevamente cuando el momento afortunadamente pasó.

—Lo siento, James, —Cameron susurró a su lado. —No era mi intención causar ningún problema. Sólo queríamos...

James negó con la cabeza. —Está bien, Cam. Supongo. Sólo... no más canciones, ¿de acuerdo?

En una mesa de la esquina, Lily llamó la atención de James. Él comenzó a acercarse, pero rápidamente desvió la mirada.

—Tal vez deberías darle un poco de espacio, —murmuró Rose a James al sostenerle por el codo y tirando de él lejos, hacia el fuego. —Después de todo, ella no quiere ser recordada por todos de quién es hermana.

—Vamos, —James gruñó, tirando de su codo, pero siguiendo a su prima hacia el fuego. —¿Quién es ese cretino de Lance, de todos modos?

—Lance Vassar, —Rose susurró. —Transferido el año pasado de Bragdon Wand.

—¿Bragdon Wand? ¿La presumida escuela privada? Eso explica por qué es un tonto. ¿Qué es lo que *sabe* de Petra o cualquier cosa que sucedió en la temporada pasada? —se volvió a Rose, para mirarla. —¿Y qué está haciendo al llamarla mi novia? —dijo entre dientes con rabia. —¡Debería haberle hechizado en el acto!

—Es sólo una broma, James, —Rose contestó sin mirarlo a los ojos. —Desde que tú y Petra actuaron como amantes en el Triunvirato...

—Toma asiento, Potter, —Scorpius aconsejó enfáticamente, señalando a James el sofá.

—No, —James espetó, empujando la mano de Scorpius. —Sólo he estado de regreso durante cinco malditos minutos y ya hay drama por todo el lugar. ¿Es esta la forma en que va a ser todo el año?

Scorpius rodó los ojos y se volvió. —Bien. Quédate parado, entonces. —él se dejó caer en el sofá y miró a James. —Pero te lo advertí, si lo recuerdas.

—¿Qué se supone que significa? —James preguntó, frunciendo el ceño.

—Antes de que te fueras la última vez, —respondió Scorpius. —Te dije que no dejaras que tus sentimientos por Petra Morganstern se interpusieran en el camino. Te dije que tuvieras cuidado, porque el destino tiene una manera de colocar a los Potter justo en el punto de mira de la historia.

—Tú no sabes de lo que estás hablando, —James hervía en voz baja.

—James, —Rose susurró, tratando de moverse entre ellos, pero James negó con la cabeza, sin dejar de mirar directamente a los ojos de Scorpius.

Scorpius se encontró con la mirada de James. —Te diré lo que sí sé, Potter, —dijo de manera llana. —Sé que la gente ha encontrado bastante útil que los Potter salven el día. Es natural para ellos estar un poco decepcionados con el primer Potter que lo arruina todo.

James apenas podía creer lo que estaba oyendo. Se quedó aturdido por el chico rubio, con las manos en puños apretando de nuevo.

—Nosotros no queremos decirlo de esa manera, James, —Rose comenzó, pero James se volvió hacia ella una vez más.

—¿Nosotros?! —repitió con furia. —¿Estás de su lado?

—No estamos de *acuerdo* con eso, —Rose dijo con voz ronca, tratando de tirar a James hacia abajo sobre el sofá. —Es sólo que nadie sabe realmente lo que pasó en la Noche de la Revelación. Pero, aún así sabemos más que el resto. La ayudaste. Petra no podría haber hecho lo que hizo sin ti, sin Ralph y Zane. No fue tu culpa, pero no todo el mundo lo ve de esa manera...

James sacudió la cabeza con desconcertada ira. —No creo esto, —dijo en voz baja. —Ninguno de ustedes entiende. Ninguno sabe de lo que está hablando. Judith estaba *usando* a Petra. La Dama del Lago estaba detrás de todo el asunto...

—Pero, James... —Rose insistió incómodamente, —Nadie más *vio* a esta Dama del Lago en persona. Ni siquiera tu padre. No es que no te creamos, pero tratamos de imaginar cómo se ve para el resto de nosotros. Todo el mundo mágico fue expuesto por *Petra Morganstern*. Ella ha sido declarada la primera Indeseable *Internacional* Número Uno en décadas. Todavía está por ahí, y nadie sabe lo que va a hacer a continuación o lo que es aún capaz de hacer.

James no podía escuchar más. Se apartó de su prima, la rabia y la miseria apretando su garganta y mandíbula, y salió dando fuertes pisadas hacia el dormitorio de los chicos sin decir nada más.

Si había una cosa que no había sido capaz de predecir, era el hecho de que el verdadero villano en toda esta pesadilla, la Dama del Lago (quien había manipulado a Petra, asaltado la Bóveda de los Destinos, y finalmente matado a la valiente y joven prima Lucy) escaparía de la atención completamente. Nadie, salvo el propio James, Ralph y Zane, al parecer la habían visto alguna vez. Los persistentes intentos de James para explicar a Judith y su vicioso complot a las personas de las autoridades, habían sido un ejercicio de frustración. Su padre le creía, pero el Ministerio, en general, no lo hizo, y había muy poco que Harry Potter pudiera hacer sin el pleno respaldo de sus superiores. Unas pocas personas, incluyendo a Titus Hardcastle, socio auror de su padre, habían ido tan lejos como

para sugerir que el recuerdo de Judith en la memoria de James, simplemente podría haber sido una ilusión, proyectada por la misma Petra, en un astuto intento de desviar la culpa. Titus no ocultó su incredulidad por la Dama del Lago, ni su única intención de capturar a Petra a cualquier precio.

Titus no estaba solo. Como Rose había dicho, todos los gobiernos mágicos en el mundo estaban buscando a Petra, con la orden de someterla de inmediato, por cualquier medio necesario. Nadie podría subestimar su poder misterioso de nuevo, incluso si la fuente de su poder era un completo misterio.

Sin embargo, James sabía el secreto de Petra. Ella se lo había confirmado en la Noche de la Revelación. Ella era una hechicera; tal vez la primera de su especie que camina en la tierra. No era mala, sabía (o al menos esperaba desesperadamente). Pero ella era en efecto muy poderosa, y su poder era corruptible. La Dama del Lago lo había usado, manipulado, y si lo hizo una vez, podría hacerlo de nuevo.

—No hay nada que pueda hacer al respecto, —murmuró James enfadado consigo mismo, arrojando su mochila sobre su cama con dosel y sentándose al lado. La circular habitación compartida, por suerte estaba vacía. Voces estridentes resonaban débilmente por las escaleras de la sala común. James pensó que podía oír la risa de Lily. —No es mi problema. ¿A quién le importa si el resto de ellos no me creen? Yo no los necesito.

No era cierto, por supuesto. Ni siquiera él lo sabía.

Removió más o menos a través de su baúl y encontró el Espejo envuelto en un espeso rollo de tela blanca. Lo desenvolvió con impaciencia y arrojó a un lado la tela. El espejo mágico mostró sólo humo plateado, rodando densamente y sin fin, como si se tratara de un portal en el interior de una nube de tormenta. Este espejo era el gemelo del que Merlinus Ambrosius había dado a James el año pasado. Ese todavía estaba en los Estados Unidos, confiado a Zane Walker, uno de los mejores amigos de James. Ambos espejos una vez habían sido parte de un todo, del monstruosamente poderoso (todavía caprichoso) Amsera Certh, que había pertenecido al mismo Merlín hasta que él lo había considerado potencialmente peligroso. Roto en partes iguales, los poderes de los Espejos ahora estaban limitados sólo a la comunicación. El Fragmento de James originalmente había sido

dado a su padre, pero ya no era necesario para su propósito original (comunicación portátil de los Estados a la sede del Ministerio). Ahora, servía como una conexión con Zane en la escuela mágica americana de Alma Aleron.

—Espejo mágico, fragmento de tres, —murmuró James, —Muéstrame lo que quiero ver.

La cara del Fragmento comenzó a aclararse, revelando el interior de una habitación en penumbra. James miró de cerca al cristal. La habitación era pequeña y desordenada, con un techo abruptamente inclinado, cubierto con carteles y pancartas, en una sola ventana. Un montón de bultos debajo de la ventana resultaron ser una cama cubierta con ropa variada, montones de mantas y almohadas, libros de texto abiertos y una impresionante colección de botellas de refresco de regaliz vacías. James se palmeó la frente, recordando el cambio de hora. Era apenas la tarde en Estados Unidos. Zane no estaba en su dormitorio en la planta superior de la Casa Zombi de Alma Aleron. El banner zombi de amarillo y negro (un cráneo con los ojos en X y la lengua asomada), estaba cubriendo la ventana, bloqueando la luz. Desde este ángulo, parecía que Zane había colgado su Fragmento en la puerta. James suspiró con fastidio, sabiendo que no iba a obtener respuestas esta noche sobre las clases que Zane estaba tomando esta temporada.

Justo entonces, algo en la lejana habitación llamó la atención de James: un débil resplandor, justo en el límite de la oscura escena. Él entrecerró los ojos a eso, girando involuntariamente su propio Espejo, como si pudiera alterar de alguna manera la visión en el otro extremo. El resplandor parecía emanar de una pizarra maltratada colgada frente al inclinado techo. Las notas y dibujos estaban garabateados en ella, su tinta mágica brillando intensamente con un verde tenue en la penumbra. Había un boceto poco favorecedor del Profesor Jackson (por supuesto) y algunos fragmentos de versos groseros. Debajo de esto, con desordenadas letras mayúsculas, había una nota, al parecer un recordatorio del mismo Zane: ¡¡EXP COMM 10:15!!

James frunció el ceño a esto durante unos segundos hasta que cayó en la cuenta. Zane era parte de un programa escolar, encabezado por el Rector Benjamín Franklyn, dedicado a la comunicación mágica experimental. Al parecer, se

reunirán a las diez y quince (no había forma de saber si eso significaba la mañana o la noche). Por desgracia, no era particularmente información útil para James.

Pensó en golpear el Fragmento en un intento de despertar a Zane, luego, a regañadientes, decidió no hacerlo. Sólo tenía que tratar de alcanzar a Zane en la mañana. Recuperando la tela blanca, envolvió el Fragmento de nuevo y lo enterró cuidadosamente en el fondo de su baúl. Inquieto y descontento, sabiendo que aún no estaba listo para dormir, pero no dispuesto a volver a bajar a la sala común, James comenzó a ponerse su pijama. Llegó a tirar la mochila sobre la mesa de noche, y sólo entonces recordó el paquete de su padre escondido dentro.

Al instante, se dejó caer en la cama nuevamente y metió su brazo en la mochila, excavando en la parte inferior. Sintió el paquete envuelto, lo agarró y al sacarlo ansiosamente, empujó su mochila sin contemplaciones al suelo.

Desenvolvió el paquete desordenadamente, arrojando el papel grueso y áspero al lado.

Era un pequeño y compacto paquete, sujetado con un lazo. James vio inmediatamente lo que era, y sus ojos se abrieron con sorpresa mezclada con confusión. Era la capa de invisibilidad de su padre. Apenas creía lo que estaba viendo, James le dio la vuelta y encontró una pequeña nota escondida debajo de la cuerda anudada. La agarró y la desplegó encima del paquete.

James,

Esto no es un regalo. Es una herramienta, y pretendo que la uses sólo como te lo instruya. Las cosas se están moviendo este año, y si se me permite, en algún momento, te pido que seas mis ojos y oídos allí en Hogwarts. *Si eso ocurre*, la capa te resultará útil, como bien sabes. Hasta entonces, *mantenla segura*. Ocúltala bien. Te lo digo no sólo como tu padre, sino como un auror.

Y sólo para estar seguro, te darás cuenta de que no he incluido el Mapa del Merodeador. Lo mantengo cerca, porque como puedes imaginar, funciona igual de bien aquí en mi escritorio como lo hace en la escuela. Con él, voy a mantener un ojo en las cosas tan bien como puedo, no menos como lo haces tú. ¿Me entiendes?

James entendió lo que quiso decir su padre. Con el Mapa del Merodeador, fácilmente podría ver dónde estaba James en un momento dado, por lo tanto, si James usaba la capa para sus propias intenciones, había muchas posibilidades de que fuera atrapado por su padre y nadie más. Pero, James pensó maliciosamente, *papá no puede estar vigilando todo el tiempo...*

Había más en la nota:

Tengo una idea de lo que podría ser para ti este año, hijo. No es divertido ser incomprendido y de poco fiar. Sé cómo se siente. No vayas en contra de eso. Trata de ser paciente con aquellos que están buscando realmente la verdad. Se mostrará por sí misma, con en el tiempo. Confía en mí, James.

Que tengas una buena temporada,

Papá.

James volvió a leer las últimas líneas, frunciendo el ceño al pensar en Rose, Scorpius y en todos los demás en la sala común. Incluso Lily, su hermana pequeña, no había querido ser vista con él. Tal vez su padre, el famoso Harry Potter, sabía lo que era ser de poco fiar y ridiculizado, incluso por aquellos más cercanos a él. Pero de alguna manera eso no hizo que James se sintiera mejor.

Comenzó a doblar la nota y se lo pensó mejor. En su lugar, colocó la nota en la mesita de noche y sacó su varita.

—Incendio, —dijo en voz baja, manteniendo el hechizo tan débil como fuera posible. Una mancha de fuego se disparó de su varita y consumió el pergamino, reduciéndolo a una película arrugada de ceniza. James la sopló y dispersó las cenizas en una fina nube negra. Él asintió con satisfacción; si iba a servir como espía auror de su padre, pensó, podría hacerlo bien en el camino.

James escondió cuidadosamente la capa de invisibilidad en el fondo de su baúl y lo cerró con fuerza. Luego, terminó de meterse en la cama, despojó la cubierta de su cama con dosel, dejó caer el cuerpo entero en el colchón y se quedó allí, completamente despierto, mirando el techo oscuro.

Pensó en la capa de invisibilidad.

Poco a poco, las voces se hicieron eco en la sala común. Joseph Torrance y Graham Warton deambularon hasta el dormitorio, riendo y hablando en voz baja. James se hizo el dormido. Poco después, Scorpius subió pesadamente por las escaleras. James miró con ojos entrecerrados, enojado por la aparición del chico rubio. De alguna manera, Scorpius aún compartía con Gryffindors mayores que él, tal como lo había hecho durante su primer año, cuando los otros de primero lo ignoraban.

Scorpius miró hacia James y parecía saber que estaba despierto. James se dio la vuelta con intención, dándole la espalda.

Con el tiempo, todas las velas se apagaron. Los excitados murmullos de los compañeros de Gryffindor de James (sin incluir a Scorpius, que prefirió ponerse las gafas y leer en lugar de interactuar con sus compañeros de dormitorio), descendieron en silencio.

James aún no podía dormir. Se dejó caer sobre su espalda y miró al techo nuevamente.

Pensó en la capa de invisibilidad.

Papá posiblemente no estaría observando esta noche, pensó.

Un momento después, se quitó la cubierta de la cama y salió silenciosamente de ella.



Capítulo 2

Hermandad & Tolerancia

La sala común estaba casi desierta, la única luz venía del parpadeo de las cenizas del fuego. Devindar Das estaba sentado en un sofá grande cerca de una ventana con la cabeza cerca de Willow Wisteria de quinto año, su largo cabello rubio resplandecía por la luz del fuego. Ella se rió en voz baja y Devindar puso su brazo sobre ella, atrayéndola.

James se fue en puntillas hacia el agujero del retrato, agachándose para que sus pies no fueran vistos bajo los pliegues de la capa invisible. El retrato se abrió con un pequeño chirrido prolongado, sorprendiendo de mala forma a Devindar y Willow, quienes se apartaron uno del otro en el gran sofá.

James los miró a través de la capa. Y ellos miraban sobresaltados hacia él, sin verlo, mirando el agujero del retrato para ver quién saldría. James se deslizó por la puerta, sintiendo la extraña punzada de sus miradas pasando a través de él.

—Tal vez es uno de los fantasmas, —susurró Willow.

—Si es Diggory haciendo su rutina de Espectro de Silencio, —se quejó Devindar —Me suicidaré solo para hacerle una a él.

Willow rió de nuevo cuando el retrato se cerró detrás de James. La Señora Gorda estaba dormida en su marco, haciendo sonar su pequeño y delicado ronquido con su papada en el pecho.

James no tenía ningún plan. Simplemente quería vagar por los pasillos y tal vez aclarar su mente. Todavía se sentía disgustado con Rose y Scorpius. Sin embargo, debajo de su ira, se sentía más bien herido. Él esperaba que le creyeran. Una cosa era que los engréidos del Ministerio dudaran de su explicación de la Dama del Lago. Gente como ellos eran absolutamente escépticos de tales cosas. Pero Rose era su prima. Ella se le había unido junto a Ralph en segundo año, cuando ellos habían enfrentado el peligro de la entidad conocida como El Guardián. ¿Cómo podía cuestionar su historia ahora? Incluso, ¿Cómo podía aliarse con el odioso pequeño calamar de Scorpius?

—Ella lo adora, —escupió entre dientes mientras descendía una estrecha escalera curva y entraba en una sala oscura —Eso es todo. Las chicas siempre pierden la cabeza cuando les gusta un tipo.

—Potter, —una tranquila voz murmuró a la derecha de James. —Debería haberlo sabido...

James giró bajo la capa, explorando la sala con los ojos muy abiertos. No había nadie allí.

—Sólo puedo asumirlo por las pisadas que se detuvieron, —dijo la voz cansada —porque estás buscando estúpidamente, sorprendido al no ver a nadie cerca. Que rápido se te olvida, aunque no puedo decir que estoy sorprendido. Quítate esa maldita capa, Potter.

James frunció el ceño, consternado, girando por todos lados. El corredor parecía estar completamente vacío excepto por una antorcha chisporroteante en la intersección cerca y una antigua estatua de un mago jorobado con un remarcado bastón complicadamente alto. James se acercó a la estatua tentativamente, sacándose la capa de la cabeza pero sujeta en sus hombros. Entrecerró los ojos hacia ella, ladeando su cabeza hacia los lados. Los ojos de la estatua estaban tan estrechos e hinchados que parecían estar cerrados por la hinchazón. James hizo un gesto con la mano delante de su rostro pétreo.

—¿Tú...? —susurró dubitativo, —¿Acabas de decir algo?

—Por *aquí*, Potter, —dijo la voz con fastidio exagerado.

James se estremeció de nuevo y siguió el sonido de la voz. A la izquierda de la estatua estaba colgada una enorme pintura, mostrando principalmente un grupo de magos reunidos en torno a lo que parecía un dragón robótico, medio desmontado en un pedestal elevado. La mayoría de los magos habían abandonado el dispositivo en la noche, durmiendo en las paredes y apoyados en sillas de respaldo alto con sus sombreros puntiagudos cayendo sobre sus narices. Apoyado en un enorme engranaje en el fondo, había un personaje de nariz afilada con un manto negro, oculto en su mayoría en la sombra. La figura observaba a James desde una baja ladera.

—Oh, —dijo James, dando un paso hacia el retrato. —Eres tú.

—Debes dirigirte a mí como Profesor, Potter, —el disfrazado retrato de Severus Snape le instruyó fríamente —O Director. Y volverás a tu dormitorio inmediatamente o alertaré al Sr. Filch de tu estúpida picardía típica.

James se acercó un poco más al retrato —No creo que vaya a hacer eso en absoluto, Profesor, —susurró. —Después de todo, apuesto que desea mantener todos sus pequeños retratos furtivos en secreto, ¿cierto?

—¿Amenazas, Sr. Potter? —dijo Snape, sonando un poco más divertido que enfadado. —¿Quién le creería? Seguramente no el nuevo director, El Sr. Grudje, como usted ya ha comprobado, no es lo que cualquiera llamaría... particularmente imaginativo.

—Él es un tablón de madera, si usted me pregunta, —gruñó James, sacudiendo la cabeza. —¿Por qué diablos iban a poner una momia seca antigua como él a cargo de una escuela?

—Para mantener a los pequeños sinvergüenzas como tú en su lugar, creo, —resopló Snape con aprobación. —Tengo grandes esperanzas para el Sr. Grudje. De hecho, estoy bastante animado por tu aversión a él. Ya era hora que la oficina del director fuera una vez más, temida y respetada.

—Sí, bueno, podría pensarlo, —respondió James enfáticamente. —Por lo que he oído usted era tan adorable como un montón de caca doxie.

Snape bajó la voz. —La popularidad es casi tan cegadora como el amor, Sr. Potter. Como usted debe saber mejor que nadie.

James se erizó y apretó los labios. Snape se estaba refiriendo a Petra, por supuesto, tratando de incitarlo. James abrió la boca para responder, pero un ruido repentino discordante lo interrumpió. Fue como un suspiro pesado, o una respiración fuerte, viniendo de la esquina de la intersección cercana. James giró hacia la intersección, con los ojos muy abiertos, pero no vio nada.

—Vete a la cama, Potter, —Snape le ordenó con desdén, como si no hubiera oído el ruido. —Y si vuelves a escabullirte por la noche, haznos el favor de usar zapatos menos bulliciosos.

James lo ignoró. Un escalofrío recorrió involuntariamente por su espalda, provocando un fuerte temblor en sus hombros. Se movió lentamente hacia la intersección, con los ojos muy abiertos, buscando sombras. Sólo había silencio ahora. Nada se movía.

James se detuvo en la esquina y miró a su alrededor lenta y tentativamente. Era el pasillo del primer piso que daba hacia el vestíbulo. La escalera principal solo se podía ver en la distancia, al otro lado del Gran Comedor.

—Jaaaammmeessss... —susurró una voz directamente en su oreja. Podía sentir su aliento, duro y frío y extrañamente húmedo. Se alejó de la voz, lejos de su risa encantada y tropezó con la capa invisible. Se la sacudió de los hombros y quedó

enredada entre sus pies, tirando de él hacia el duro suelo de piedra. Aun así la voz se rió, sin ser vista, haciendo eco sin rumbo por el pasillo. Era un sonido femenino, pero loco y caótico. La sangre de James se heló ante el sonido de la misma. Se puso de pie como un cangrejo entre resbalones y deslizamientos en el suelo frío. Se dio cuenta vagamente de que estaba mojado. La capa invisible absorbió la humedad y le abofeteó mientras se puso de pie. Empezó a correr. Sus zapatos sonaban húmedos en el suelo.

Llegó al vestíbulo, todavía mirando salvajemente por encima del hombro, y chocó de bruces con lo que parecía un equipo de fútbol. Hubo un raspado "¡Uf!" y un enredo de brazos y piernas, y de repente James estaba en el suelo otra vez, tumbado sobre una figura grande y voluminosa.

Hubo una mezcla de rodillas, codos y voces maldiciendo, y James de repente se encontró mirando a su hermano, Albus.

—¡Gran imbécil! —exclamó de repente Albus, apuntándole. —¡La has robado de nuevo!

James se quedó boquiabierto mirando a su hermano. Vagamente, se dio cuenta de que estaba descansando parcialmente encima de otra persona. La otra persona se sentó con un gemido, lanzando a James fuera.

—Ay, —dijo Ralph, presionando con cuidado su palma en la esquina de su mandíbula. —Creo que me dislocaste con esa cabeza dura como roca que tienes, James. ¿Qué diablos estás haciendo?

—Estaba probando la capa invisible, el ¡maldito ladrón! —respondió Albus con estridencia, agachándose y tomando la capa. —Y toda mojada, también. Chico, Papá va a *matarte*. —silbó Albus con admiración, obviamente encantado.

—¿Ustedes... —James se quedó sin aliento, mirando desde él a Ralph y poniéndose de pie —¿Han oído la... —se dio cuenta de que estaba jadeando. El corazón le latía aceleradamente en su pecho, haciéndole sentirse mareado.

Albus lo ignoró. —No lo hubiera esperado de ti, James, pero tengo que admitir que estoy impresionado. O eres más valiente de lo que pensaba o tan estúpido como yo esperaba, porque cuando Mamá y Papá se enteren de esto...

—Papá me la dio, —dijo James entre dientes, tirando de la capa de entre las manos de Albus. —Él la envió a la escuela conmigo, no la robé.

—Claro, —asintió Albus, —y yo soy Myron Madrigal de Noticias Mágicas Inalámbricas. ¿Podría darme una entrevista, Señor "Peor Mentiroso del Mundo"?

James puso sus ojos en blanco exasperado. —No me importa si me crees o no. ¡Pregunta a Papá si quieres! Sólo díganme ¿Alguno de ustedes oyeron un... eh... — miró hacia atrás por donde había venido, e hizo un gesto vago. —er... nada... extraño?

—Escuchamos a alguien corriendo por el pasillo, —dijo Ralph, todavía acomodándose la mandíbula. —Y entonces has salido de la nada como una bala de cañón con pelo.

—Botando a Ralph a limpiar sus pies, —sonrió Albus. —Y eso requiere algo de trabajo, me alegro de haberlo presenciado. Entonces ¿Cuál es el trato, James? ¿Tienes un profesor en tu cola? ¿Un fantasma? ¿Peeves?

James negó con la cabeza, sin dejar de mirar hacia atrás al pasillo vacío. El suelo estaba de hecho brillando con agua, pero eso ya no era un misterio. Un gran cubo y un pequeño trapero estaba junto a la escalera, evidentemente, dejada ahí por uno de los elfos domésticos del turno de noche ¿Era posible que la voz haya sido de uno de los fantasmas? ¿O incluso Peeves, jugando una broma atípicamente viciosa?

—No fue... nada. Supongo. —murmuró James. Se volvió hacia su hermano y Ralph. —¿Qué están haciendo *ustedes* dos fuera de las mazmorras, de todos modos?

—*Tenemos permiso*, —dijo Albus en tono importante, manteniendo en alto una gran llave maestra dorada con el escudo de Slytherin estampada en ella. —La

Profesora Heretofore nos envió por más aperitivos a la cocina. Asuntos oficiales de nuestra casa.

—Primera noche, —asintió Ralph con una sonrisa. —Como he dicho, es una especie de gran cosa para nosotros los Slytherin.

—Déjame adivinar, —dijo Albus, guardando la llave dorada y pasando junto a James con una sonrisa. —Todos los Gryffindor están acurrucados en sus pequeñas camas ahora, ¿eh? Durmiendo lo necesario, pobres bobos. Ah, bueno.

—Púdrete, —dijo James con cansancio. —Voy a subir.

Ralph se giró cuando había comenzado a seguir a Albus. —¿Quieres venir con nosotros un rato? —preguntó. —Es solo una iniciación. Habrá un concurso de hechizos. El ganador será el líder de la casa por un día.

James negó con la cabeza. De repente se sintió cansado hasta los huesos. —Prefiero que no. No me gustaría poner en aprietos a Albus. Además, ¿Qué haría un Gryffindor como líder de Slytherin por un día?

—Ni en tus sueños, hermano mayor, —proclamó Albus altaneramente. —Podría hechizarte con mi brazo transformado en...

Se detuvo mientras una de las puertas del Gran Comedor se abrió crujiendo lentamente, revelando la relativa oscuridad interior. Una figura salió casualmente a la vista, una chica de la edad de James, con el pelo corto de color púrpura, una cara redonda y pícara, y un aro de diamante brillando en la nariz. Sus ojos oscuros miraban fijo a James, Ralph y Albus por un momento, y luego desvió la mirada hacia el vestíbulo.

—Ugh, —dijo a sí misma, saliendo a la luz. —Es como un mausoleo cubierto.

—¿Es una estudiante de aquí? —Ralph preguntó tentativamente, mirando por encima de sus pantalones raídos y peto negro.

—Debe serlo, —respondió James. —¿Verdad?

—Ustedes dos son idiotas, —comentó Albus suavemente, dando un paso más cerca de la chica mientras se encaminaba a la puerta de entrada. —Eh, tú. La del aro en la nariz. Si no te importa la pregunta, ¿Quién diablos eres tú?

La chica miró a Albus por encima del hombro, con una mirada evaluadora en su cara. —¿Y qué hay de ti?

Albus la miró parpadeando. —¿Qué hay de mí? Es que de repente todo esto se convirtió en la maldita estación King Cross. Admito que he estado fuera por un año, pero no me pareces familiar. ¿Quieres explicarte antes que mis compañeros y yo nos ofendamos?

La chica negó con la cabeza lánguidamente y se giró. —Soy Nastasia. Bonito comité de bienvenida.

—Espera un minuto, —dijo James, caminando alrededor de Albus y acercándose a la chica, con la cabeza inclinada. —Te conozco. Tu acento... no eres estudiante de aquí. Eres... estadounidense.

—Entendiste de una, genio, —respondió la chica, Nastasia, dándole la espalda. —Estas escaleras suben a los dormitorios, supongo. Y apuesto a que *esas* escaleras descienden a las mazmorras. Uff, ustedes realmente se quedaron pegados en la Edad Media.

—¿Tu eres de la casa Vampiro, verdad? —dijo James, poniéndose de frente a la chica mientras ella vagaba por el vestíbulo, una pequeña mueca curvó sus labios. —Creo que tuve Mageografía contigo el año pasado en Alma Aleron. Tenías el pelo rosa en ese entonces.

—¿Crees que me veo como una Vampiro? —preguntó la chica con repentino interés, volviéndose hacia James. —¿De verdad crees que esa es mi casa? ¿Soy de ese tipo? Dímelo.

—B... Bueno, —balbuceó James, marchitándose repentinamente ante la mirada de la chica. Dio un paso hacia atrás. —Quiero decir... Vampiros... Pensé que eras...

—Soy Duende, Cornelius —dijo ella, dejando caer su expresión de interés fingido y empujando a James en el pecho. —No lo olvides. Odio a esos pastosos presumidos.

James dio otro paso hacia atrás mientras la chica se apartó acercándose hacia las hojas de inscripción a lo largo de la pared del fondo.

—Está loca, —dijo Ralph por la comisura de su boca, acercándose a James desde atrás.

—Ella es linda de cierto modo, —añadió Albus, pasando entre los dos. —Entonces. Nastasia, ¿verdad? Supongo que viniste aquí por uno de esos nuevos Armarios Evanescentes ¿eh? Muy intrépido. ¿Quieres un tour? Estoy en asuntos oficiales de Hogwarts, ya sabes. Tengo la llave dorada y todo. —sacó la llave y la agitó hacia ella.

—Recuerdo que en casa, estabas —Nastasia proclamó repentinamente, volviéndose hacia James y apuntándole. —Estabas en la casa Pie-Grande. Fue un muy buen año para los Pies, ¿cierto? De cero a héroe en un semestre. Debes estar muy orgulloso.

James asintió con la cabeza, todavía sintiéndose un poco desconcertado por el estilo de conversación de la chica. —Supongo. Fue una especie de trabajo en equipo. Nosotros...

—No te pregunté por tu historia de vida, amigo, —le interrumpió ella, agitando una mano con desdén. Se dio la vuelta hacia los carteles de nuevo y caminó intencionalmente hacia las puertas del Gran Comedor. —He decidido que es aburrido aquí. No tomaré ninguna de sus clases. —se detuvo frente a Ralph y lo miró. —Eres un gran chico agradable, creo, ¿no es así?

—Estoy en Slytherin, —dijo Ralph de inmediato, con la cara roja como un ladrillo.

—Bien por ti, —asintió con la cabeza, dándole una palmada en el brazo y paseando a su alrededor. —Bueno, de todos modos, odiaría retenerlos por más tiempo. Estoy segura que habrá sanguijuelas y boogwarts para todo el mundo a la

hora del desayuno. Disfruten de su... —hizo una pausa, mirando hacia atrás alrededor del vestíbulo con evidente disgusto —Er... *asquerosidad*. —se encogió de hombros, se volvió y pasó por la puerta parcialmente abierta del Gran Comedor oscurecido.

—¡Espera un minuto! —dijo James con voz áspera, lanzándose hacia la estrecha abertura siguiendo a la chica. —¿Cómo has llegado hasta aquí? Los Armarios Evanescentes están prohibidos para los estudiantes hasta las primeras lecciones. A menos que... ¿Estás en esa cosa de Comunicación Mágica Experimental? ¿Con Zane Walker?

Sin mirar atrás, Nastasia respondió con una voz cantarina, —No tengo ni idea de lo que estás hablando... —ella se estaba acercando al Armario de Alma Aleron, que tenía su puerta entre abierta, mostrando un interior perfectamente negro.

James corrió para ponerse a la par con ella. —Pero... ¡espera un minuto! ¡Quiero preguntarte algo!

James no tenía nada que preguntarle realmente, pero por alguna razón le pareció importante no dejarla ir por el momento. Había algo muy extraño en ella, sin mencionar lo abiertamente bizarra que era. Se detuvo, frente al Armario de Alma Aleron, con un pie en su suelo oscuro.

—¿Qué? —exigió con impaciencia.

James se detuvo a unos pies de distancia y la miró fijamente. Abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, y luego su mirada se movió un poco hacia la izquierda. Algo estaba tendido en la superficie inmaculadamente limpia de la mesa principal. Estaba oscuro y arrugado, con una gruesa cadena unida a un extremo.

—Er... —dijo, señalando hacia la mesa principal. —¿Eso es... tuyo?

Avanzó, pasando a Nastasia y al Armario de Alma Aleron, y subió los escalones de la tarima. El objeto era un pequeño bolso negro, hecho de una especie de fino terciopelo. Lo cogió con curiosidad. Estaba vacío.

—¿Esto es... —comenzó a preguntar de nuevo, dándose la vuelta, pero ella estaba de pie justo detrás de él en el estrado. Su rostro estaba a nivel con el suyo, con calma mirándolo. El aro en su nariz brillaba con la luz lunar del rosetón.

—Es mío, —dijo ella y extendió su mano. James tuvo el pequeño bolso por un momento más, y luego se lo extendió hacia ella. Se dio cuenta que su mano abierta estaba temblando. Era algo sutil, pero inconfundible. Volvió a mirarla a la cara, curioso y sorprendido. Ella exhaló con impaciencia y cogió el bolso, apretando su puño. Se giró y corrió escaleras abajo.

—De nada, —dijo James, furioso.

Nastasia se detuvo en el Armario de Alma Aleron y miró de nuevo hacia él. Lo miró pensativamente por un momento, y James pensó que podría pedir disculpas por su mala educación.

—No tientes a la suerte, Cornelius, —comentó, casi cariñosamente. —No querrás tener una Duende en el lado contrario.

Con eso, ella entró en el armario. La puerta se cerró con un sonido metálico agudo.

James sacudió la cabeza con desconcierto.

—¿Se ha ido? —se escuchó la voz áspera de Albus en las puertas, haciendo un intento a medias para no alzar la voz.

—Supongo, —respondió James, bajando los escalones de la tarima y acercándose al armario. Lo rodeó, mirando las puertas dobles con su insignia de águilas, y luego abrió ambas puertas. El interior del armario estaba oscuro y vacío. Un par de colgadores se veían en la pared trasera.

Ralph se acercó por entre las mesas de Gryffindor y Hufflepuff —¿Tratarás de perseguirla?

James sacudió la cabeza de nuevo. —No creo que pueda si lo intento. ¿Quién crees que era? ¿Qué diablos estaba haciendo ella aquí?

—Siendo una imbécil desagradable, a eso vino, —respondió Albus con fervor —¡Que se vaya! Al menos no tomará ninguna clase aquí. No puede manejar nuestra *asquerosidad*. Pssh. *Estadounidenses*.

James asintió, pero permaneció en silencio y cerró las puertas del armario Alma Aleron con cuidado.

Diez minutos más tarde, se deslizó a través del agujero del retrato en la sala común de Gryffindor. Era la una de la mañana y ahora sí estaba agotado oficialmente. Entró en puntillas por la sala común ahora vacía, quitándose la capa invisible mientras pasaba.

—Psst. James, —una voz susurró desde cerca de sus pies. James saltó y maldijo en voz alta. Era la tercera vez que alguien lo había asustado de esa forma. Se volvió hacia la fuente del susurro y no estaba muy sorprendido al ver la cara de su padre mirándolo desde las brasas del fuego en la chimenea.

—¿Tuviste una buena escapadita?

—¡Papá! —dijo James entre dientes, medio exasperado y medio avergonzado —¿Estuviste observando *esta noche*? ¿No tienes vida?

—Tengo un hijo que conozco muy bien, eso es lo que tengo. —dijo Harry Potter con ironía. —Te vi salir hace una hora, justo cuando pensé que podrías hacerlo ¿Cómo están Albus y Ralph?

—Alegres como Jobberknolls, —respondió James lacónicamente, dejándose caer en el sofá.

Su padre parecía más bien satisfecho de sí mismo. —¿Y quién, si es que puedo preguntar, Nastasia Hendricks?

James suspiró con cansancio. —Nadie. Ella es estadounidense. Apareció para insultarnos un poco, eso es todo.

Harry asintió un poco indeciso, y luego negó con la cabeza, al parecer, decidiendo no continuar con el tema. Tal vez pensó que James estaba inventándolo. Por ahora, James no le importaba mucho.

—¿Puedo ir a la cama ahora? —preguntó deslizándose del sofá sobre sus manos y rodillas frente al fuego. —Lo siento, me escabullí esta noche. No pasará de nuevo.

La expresión de su padre se puso seria. —Espero que no. Por el momento.

James apretó los labios con firmeza y asintió. Entonces, de repente, una idea se le ocurrió.

—Espera, Papá, una cosa más, —dijo, cada vez más cerca de las brasas. —Esta noche, cuando me estabas viendo en el mapa, ¿Viste... a alguien más?

Su padre lo miró con curiosidad y cautela. —¿Quieres decir... además de Albus, Ralph y esa amiga tuya, Nastasia?

—Ella no es una amiga, —insistió James, dejando caer su cabeza por un momento. —Pero sí. Antes de eso.

Hubo una larga pausa. Su padre lo miró con sus ojos estrechados ligeramente. Por último, dijo, —Hubo un parpadeo. Pensé que tenía que ser un error. El mapa es bastante viejo ahora, y no tan fiable como lo fue, antes de la batalla y que una gran parte de la escuela tuviera que ser reconstruida. Hay algunas áreas en blanco, y algunos lugares que son un poco delicados.

—Papá, —susurró James con dureza, —sólo dime. ¿Qué viste?

Harry negó con la cabeza ligeramente. —Tiene que ser sólo un problema técnico, James. No pudo ser lo que decía el mapa.

James estaba casi temblando de impaciencia ahora. —¡Papá!

—Era Petra, hijo, —dijo su padre en voz baja y reservada —Petra Morganstern. Pero sólo por un segundo. Sólo un parpadeo, apareciendo por todo el corredor. Y luego, desapareció nuevamente.

James se limitó a mirar la cara de su padre en las brillantes brasas rojas, con la boca medio abierta en estado de shock.

—James, —dijo Harry Potter con gravedad. —Fue un error, ¿no? Dime que no la has visto esta noche. Dime que no viste a Petra... de ninguna manera. ¿Lo hiciste?

James apenas oyó a su padre. Varios segundos de silencio conmocionado pasaron por encima de él. Y luego, lentamente, cerró la boca.

—No, papá, —respondió en voz baja. —No... la vi.

Técnicamente, no había *visto* a nadie.

Su padre lo aceptó. Le ordenó a James que guardara la capa bien y que se fuera inmediatamente a la cama. Esto, James lo hizo al pie de la letra.

Pero, cansado como estaba, tomó un largo rato para quedarse dormido.



El último fin de semana libre se fue bajo un manto de nubes tormentosas y con lluvia azotando, transformando la tierra en pantano. James, como todo el resto, pasó el domingo por la tarde en la sala común, maldiciendo el tiempo y contando las horas hasta el inicio de las clases. Lily se unió a él después de comer y le presentó a algunos de sus nuevos amigos. Uno de ellos, James se interesó en conocerlo, fue uno de segundo año llamado Stanton Ollivander, bisnieto del famoso vendedor de varitas. Era pequeño, tímido, y usaba gafas, reacio a hablar de varitas o la creación de las mismas, a pesar de (o probablemente debido a) su conocido familiar. Esto no le impidió, sin embargo, hacer comentarios sobre la nueva varita de James.

—Perdió la antigua en el mar, —Ollivander explicó amablemente a los demás de primer año. —Se la robaron, aparentemente, mientras estaba nadando o algo así.

—Gracias, sí, —dijo James, tratando de cortar la conversación. —Fue un poco más que un nado.

—El abuelo estaba un poco desilusionado sobre eso, para decir la verdad, —continuó Ollivander, calentando el tema. —Dice que una varita acompaña al mago de por vida y que es una lástima perder una tan pronto. Dice que los Potter suelen tener poco cuidado con sus varitas.

James puso los ojos en blanco, irritado. —Sí, bueno, voy a tratar de no dejar que esta sea robada por ningún brujo malvado.

Lance Vassar sonrió desde abajo de la mesa. —O algún eglefino, ¿eh, Potter?

A diferencia de James, Lily estaba de muy buen humor, balbuceando sobre el inicio de las clases y todas sus nuevas asignaturas. Su exuberancia natural la había convertido en el centro de atención del pequeño grupo de compañeros de primer año, la mayoría de los cuales parecía prestar muy poca atención a James ya que se apiñaron a su lado en el sofá principal.

—Así que tenemos Herbología y Transformaciones el lunes en la mañana, —dijo Lily por tercera vez, consultando su horario de clases. —Neville enseña Herbología. Por supuesto, será el Profesor Longbottom ahora. Es uno de los mejores herbologistas del mundo. Fue invitado a la escuela mágica estadounidense para dar un discurso el año pasado.

—Yo estaba ahí, Lil, —suspiro James, pero ella lo ignoró, agarrando del brazo a su nuevo mejor amigo, Chance Jackson.

—¡Historia de la Magia es impartida por un fantasma! —exclamó, rebotando con entusiasmo en el sofá. —¿No será interesante? Apuesto que él vivió todo *tipo* de aventuras antes de morir, y estaba tan lleno de historias para irse a la otra vida.

James negó con la cabeza, ahogando una sonrisa. Era la primera vez que había oído a alguien decir que el Profesor Binns era interesante, pero era reacio a arruinar el entusiasmo de su hermana con la terriblemente aburrida verdad.

Finalmente se restó a sí mismo del grupo y miró con poco entusiasmo buscando a alguien para jugar Winkles y Augers. Rose y Scorpius estaban sentados cerca en un par de sillones opuestos. Estaba leyendo, por supuesto, mientras Scorpius estaba doblando un pedazo de pergamino en una forma complicada de hipogrifo. Tres de las figuras ya circulaban por encima de la silla, persiguiéndose unos a otros en silencio a través de la luz acuosa de la ventana cercana. James respiró hondo, considerando caminar y unirse a ellos, y luego negó con la cabeza. En su lugar, se dio la vuelta y salió de la sala común, en dirección a ninguna parte en particular.

Esa noche, después de cenar, se encontró con Ralph y Albus delante de los pergaminos de registro.

—Entonces ¿Cómo lo está llevando Lily? —preguntó Albus despreocupadamente.

—Como si hubiera nacido aquí, —suspiró James. —Ella se desenvuelve mejor que el resto de todos nosotros juntos. Todo el mundo la quiere.

Albus chasqueó la lengua, —Lástima que ella no fuera a Slytherin. Le hubiéramos agregado un poco de sal a esa azúcar. Pero ¿Qué vas a hacer?

Ralph tocó una gran pluma. —¿Hablaste con Zane en el Espejo?

James negó con la cabeza. —Sin suerte. Nunca está en su habitación. Vamos a tener que improvisar.

—Ya no queda casi nada, —respondió Ralph con tristeza, volviéndose hacia el pergamino. —Todas las clases buenas están llenas. Artilugios Mecánicos, Historia de Magia Estadounidense, Pociones, todos. Lo que queda es Prácticas Prohibidas y Cursología...

—Ninguna posibilidad, —interrumpió James enfáticamente, acercándose al pergamino. —No estaré sentado con la Profesora Remora nunca más si puedo evitarlo.

—Mageografía, —continuó Ralph.

—Eso no es mejor. A menos que... —se detuvo, levantando las cejas pensativamente. —¿Rose firmó para ese? Ella es la encargada de tomar notas. Podría hacer que fuera soportable.

Ralph sacudió la cabeza. —Sin suerte.

—Olvidalo entonces, —se quejó James. —¿Qué más?

—Eso es todo, —dijo Albus alegremente. —Ustedes dos no deberían haber esperado el consejo de su tonto compañero Zombi. Yo me inscribí de inmediato, la primera noche. Economía Mágica Doméstica.

James miró a un lado a su hermano con incredulidad. —¿*Te* inscribiste a eso?!

Albus se encogió de hombros. —¿Qué puedo decir? Me gusta la vieja Mamá Newt. Ella es como una especie de versión malvada de la abuela Weasley.

—Hay algunas clases abiertas ahí abajo, —señaló Ralph mientras James negaba con la cabeza. —No son clases, exactamente, son clubes y esas cosas ¿Crees que cuentan?

—Si está en la lista, supongo que cuenta, —respondió James, inclinándose y siguiendo a donde apuntaba Ralph. Bajo el título CLUBES y EQUIPOS, había una lista de media docena de actividades extra-curriculares. *Entre Ajedrez Mágico para Aficionados* y el *Club del libro de la Profesora Remora*, James se dio cuenta de una lista denominada "*Comunicación y Transporte Experimental del Rector*".

—¡Ese! —se iluminó, quitando la pluma de la mano de Ralph.

—¿Comunicación Experimental? —Ralph frunció el ceño. —¿Por qué ese?

—Si no me equivoco, Zane está ahí, —dijo James, escribiendo su nombre en la línea correspondiente. —¿Recuerdas todas esas locas formas que aparecía durante nuestro segundo año? Era él y el Rector Franklyn y unos pocos otros. Un tipo llamado Rafael, creo. Es una especie de club donde se prueban nuevas invenciones mágicas de Franklyn.

—Suenas de poco fiar, —vaciló Ralph cuando James le devolvió la pluma. —¿Crees que sea seguro?

—Franklyn está a cargo, —James asintió con la cabeza, encogiéndose vagamente. —Así que, ya sabes. Probablemente no. No sé, pero está Zane. Vamos, será divertido.

Con un suspiro de resignación, Ralph firmó su nombre en el pergamino. — Bueno, eso es todo. Supongo que ya estamos listos.

Albus negó con la cabeza y puso sus ojos en blanco. —Ambos son tan tontos como Walker. Pero si tienen suerte tal vez voy a traerles un muffin de todos modos.



James no tuvo suerte contactando a Zane a través del Espejo a la mañana siguiente, tampoco. El dormitorio de Alma Aleron, como se veía en el trozo de espejo, mostró sólo una habitación vacía, marginalmente más limpia que antes, y repleta de dorados rayos de sol de mediodía que se colaban por la ventana abierta. Una araña gorda tomaba sol en el alféizar de la ventana, con vista hacia una esquina del campus y las ramas de un castaño cercano, cargado de hojas y sonando ligeramente con la brisa.

Molesto, James envolvió el Fragmento de nuevo y lo metió en su baúl. El cielo mañanero fuera de su ventana estaba aún de color gris metálico y con pesadas nubes de tormenta, aunque parecía haberse detenido la lluvia durante la noche. Un fuerte viento sacudió la torre, haciendo vibrar el cristal de la ventana y crujir el techo cónico.

—Cuidado de Criaturas Mágicas, a primera hora, —dijo Graham con entusiasmo simulado, mirando hacia la ventana mientras caminaba a un desayuno tardío. —Eso debería ser un placer.

—Al menos veremos a Hagrid de nuevo, —comentó James, siguiendo a Graham por las escaleras.

—Sí, intimidante para nosotros, —gimió Graham. —No hay mejor manera de comenzar la mañana consiguiendo que te piquen, quemen o te pisoteen. ¿Y mojado al mismo tiempo? Pellízcame, aún estoy soñando.

James se puso su mochila en el hombro mientras pasaban a través del agujero del retrato. —Sólo me fui un año, Graham, —comentó. —No sé cómo me las arreglé para olvidar lo alegre que eres.

En el momento que llegaron al Gran Comedor, James apenas tuvo tiempo para una rápida rebanada de pan tostado antes de ir a su primera clase. Rose se inclinó a unírsele mientras salían del castillo, pasando a través de los terrenos enlodados hacia el gran granero de piedra donde Hagrid albergaba sus criaturas salvajes.

—¿Todavía estás enojado? —le preguntó en voz baja.

James no respondió inmediatamente. Subieron por la colina que tenía vista al lago. Pilas de nubes pesadas yacían sobre la superficie de éste, reflejando el cielo. El viento corría a través de los terrenos húmedos, haciendo ondulaciones sobre el césped.

—No estoy enojado, —admitió James a regañadientes. —Sólo estoy... decepcionado.

—Realmente lo siento, James, —insistió Rose, mirándole hacia un lado. —No es que yo no te crea. ¡Lo hago! Es sólo que... es difícil estar atrapado entre la manera en que todo el mundo ve las cosas y confiar en lo que dices que realmente pasó.

—No veo que tan difícil sea, —dijo James oscuramente.

La voz de Rose bajó y se endureció un poco. —No es sólo la Dama del Lago, James. Yo confiaba en ti. Todos lo hicimos. Sé que lo hiciste lo mejor posible, y te creo, pero te guste o no, fuiste advertido. No sólo por Scorpius, sino que por mí, también. Te dije que pasar a través de la Cortina de Nexus era muy peligroso. Yo podría haberte delatado, lo sabes. Podría haber detenido todo, pero no lo hice. Dejé que ocurriera. Porque confié en ti.

—Créeme, Rose, —dijo James, deteniendo a su prima cuando entraron en la sombra del gran granero de piedra. —No podrías haber cambiado lo que sucedió esa noche. Ni siquiera Merlín pudo hacerlo, y te prometo que, realmente lo intentó. Si no hubiéramos seguido a la Dama del Lago, ella y Morgana habrían tenido éxito en matar a mi Papá y a Titus. Petra no tenía otra opción. No hubo cómo detener lo que hizo.

—Yo no estoy hablando de *eso*, —dijo Rose, impaciente, mirando a James, y luego mirando a lo lejos de nuevo. —No me importa lo que ocurrió después.

James parpadeó —Entonces, ¿Qué?

—Lucy, —dijo Rose, centrando sus ojos en James nuevamente, sin parpadear. —Sigo pensando que si te hubiera detenido, Lucy aún estaría viva. No sólo por mí, sino que también para tía Audrey y tío Percy. Trabajaron muy duro para adoptarla, y no han sido los mismos desde que la perdieron. ¡Y la pobre Molly! Lucy fue la única hermana que va a tener. Y creo que, si yo hubiera estado ahí de alguna forma, si sólo hubiera hecho algo, tal vez podría haberla salvado. Y...Y...

Ella apartó la mirada de nuevo, negándose a continuar.

—Tú crees que es mi culpa que ella muriera. —dijo James en voz baja.

Rose se refregó sus ojos que brillaban con lágrimas repentinas.

—No *quiero*... —susurró ella, negándose a mirarlo. —Sigo diciéndomelo... no puedes no haber hecho nada. Era tu prima, también. Yo... te defiendo en mis pensamientos. Pero... —ella finalmente lo miró de nuevo, y había algo como una súplica desafiante en sus ojos. —Es un trabajo duro. Lo siento, James. Realmente. No quiero que sea de esta forma.

A James de repente no le importaba el frío viento, o sus zapatos ya empapados, o si llegaría tarde a su primera clase. Se dio cuenta de lo insignificante que había sido al sentir ira hacia Rose. Una profunda sensación de vacío descendió sobre él, pesándole y quitando el color del mundo. Sintió que podía sentarse allí mismo, en el césped húmedo y no moverse de nuevo.

—Si sirve de ayuda, Rose, —dijo en una voz plana, —No te culpo por pensar eso. Me siento de la misma manera. He estado pensando en ello durante todo el verano, reviviéndolo, viendo todas las formas de cómo podría haber actuado diferente. He salvado a Lucy en mi mente... en mis sueños... un millón de veces. Pero cuando me despierto... —negó con la cabeza sin poder hacer nada y extendió las manos, enmarcando el vacío.

Rose estudió su rostro con atención, las lágrimas aún estaban en sus ojos.

Hagrid se acercaba, su voz resonaba sobre el viento racheado mientras conducía a un pequeño grupo hacia el granero. James apenas los oyó.

—Sí ayuda, James, —dijo Rose, asintiendo con la cabeza una vez. —Tal vez eso me hace una persona horrible, pero no puedo cambiarlo. Es bueno saber que has estado pensando en eso, y luchando. —ella hizo una pausa, y luego, en voz muy baja, agregó, —A ella le gustabas. Ella sabía que era una tontería, pero no podía evitarlo. ¿Lo sabías?

James bajó la cabeza débilmente.

Rose puso su brazo sobre él, apoyándolo. Juntos, doblaron la esquina del granero y se unieron al grupo cerca de las grandes puertas abiertas.

Dos veranos, pensó para sí mismo, no escuchando a Hagrid saludar a la clase, ni siquiera consciente de la pequeña reunión de embobadas caras desconocidas que lo acompañaban. *Dos veranos... y dos funerales. Es demasiado. No quiero más.*

Vagamente, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo mientras los recién llegados se mezclaban con torpeza con la clase. Uno de ellos, un chico grande con abundante cabello colorín y un montón de pecas, se puso junto a James. Él llamó la atención de James y le tendió la mano.

—Morton Comstock, —anunció enérgicamente— Academia Yorke.

James sacudió la mano del chico automáticamente. —James, —murmuró.

—Así que de esto es lo que nos han estado hablando, ¿eh? —asintió Morton, mirando a su alrededor. —No me parece la gran cosa. ¿Dónde están todos los monstruos y esas cosas?

James vio a Rose mirar de reojo al chico grande. —No están vagando libremente alrededor, ya sabes, —respondió ella con frialdad. —La mayoría de ellos no son exactamente mansos.

—A pesar de lo que piense el zoquete de nuestro Profesor, —Trenton Bloch murmuró deliberadamente.

James miró por encima del hombro. Trenton estaba en la parte de atrás del grupo, junto a Ralph quien se encogió de hombros y puso sus ojos en blanco.

—¡Bien, entonces! —dijo Hagrid alegremente, aplaudiendo con sus enormes manos carnosas. —Entren al granero. Tenemos que cubrir un montón en poco tiempo, lo que con la llegada de nuestros nuevos amigos tendremos que apresurarnos. Comenzaremos con las clases anunciadas y trabajaremos a través de los Triminaries. Si tenemos suerte, —añadió con un guiño, mirando por encima de los estudiantes, —Podemos echar un vistazo a mi adquisición más reciente, una auténtica babosa cooperianus de pantano. ¡Grande como un cerdo cuando está hinchada!

—Babosas, —se burló Morton en voz baja mientras el grupo se juntaba en el calor del granero. —Sí, esto va a ser un poco terrorífico. "Verás asombrosas

criaturas de mitos y leyendas" dijeron. Lo que sea. Debería haberme quedado en casa jugando Reino de Runescape. Al menos ahí los monstruos no son malditas babosas.

—Quizás quieras cuidar lo que dices, Muggle, —Trenton Bloch murmuró amenazadoramente. —Aquí, los hechizos hacen más que las luces bonitas en una pantalla de televisión.

—Pero no puedes utilizarlos en nosotros, —Morton respondió con aire de suficiencia. —Es posible que hayamos firmado acuerdos de no contar a nadie lo que vemos aquí (*por el momento*) pero eso no detendrá a las autoridades de cerrar este lugar como un mal restaurante si solo apuntan uno de esos pequeños palos suyos de manera incorrecta. Inténtenlo.

—Oh Dios mío, —dijo una voz familiar, arrastrando las palabras desde la parte posterior de la clase. James miró hacia atrás para ver a Scorpius sacudiendo la cabeza sarcásticamente. —Les puedo decir desde ya que esto va a ser una condición *sencillamente* deliciosa.



Tomó, de hecho, una gran cantidad de tiempo para acostumbrarse.

Después de Cuidado de Criaturas Mágicas, había Durmstrangs en Herbología, parados incómodamente en el invernadero, sudando bajo capas de collares de lana y piel.

—¿Qué pasa con esos tipos? —preguntó Graham Warton detrás de su mano, —¿*Siempre* es invierno de dónde vienen?

—No veo ninguna chica de Durmstrang, —notó Fiona Fourcompass con un poco de esperanza. —Es una escuela de varones, ¿qué te parece?

Rose se burló de esto. —Por supuesto que no. Es una escuela internacional de magos. Tendrían que admitir chicas.

—Quizás hay una escuela separada para las niñas, —sugirió James razonablemente. —No me sorprendería. Ellos no admiten a nacidos Muggles, después de todo. ¿Quién sabe qué otras reglas y restricciones tienen?

—Se toman muy en serio su secreto, —dijo Fiona maliciosamente mientras se reunían en torno a una mesa elevada cubierta de helechos púrpuras. —Nadie sabe a ciencia cierta dónde está la escuela. A menos que *tú* lo sepas, Weasley, y simplemente no has dicho nada.

—De hecho, sé que está en Noruega o Suecia, —dijo Rose con rigidez. —Mi madre me lo dijo.

—Tal vez eso es lo que los Durmstrang *quieren* que pensemos, —dijo Graham conspiratoriamente, golpeando a James con un codo.

Más tarde, cuando el almuerzo llegaba a su fin, James, Rose y Ralph observaban a los estudiantes dejar sus variadas clases a través de los cuatro armarios evanescentes. Uno a uno, los estudiantes entraban en el armario y cerraban la puerta. Un momento después, cuando la puerta era abierta, el armario estaba impecablemente vacío. Colgando bajo la ventana en forma de rosa, dominando el área sobre la mesa de los profesores, el monstruoso reloj de cinco caras enumeraba todas las zonas horarias pertinentes, permitiendo a los estudiantes hacer un seguimiento de su calendario internacional de clases. Rose estuvo a punto de saltar con anticipación a su primera clase en el extranjero, prevista para justo después de la cena de esa noche (lo que sería la 1:30 de la tarde, hora de Alma Aleron, según el Reloj). Ni Ralph ni James tenían una clase internacional hasta el miércoles.

Lily, James vio, se puso de pie en la línea tras el armario de Beauxbatons, rodeada por un grupo feliz de otros de primer año. Se dio cuenta que James la

miraba y lo saludó efusivamente, con el pelo rubio rojizo rebotando alrededor de sus hombros.

Por alguna razón, James recordó a Izzy, la hermana menor de Petra. Lily e Izzy eran de la misma edad, y se habían hecho amigas durante el año pasado, cuando habían ido juntas a la escuela en Estados Unidos. James se preguntó dónde estaba Izzy. Con Petra, probablemente (eran virtualmente inseparables, después de todo). Pero, ¿Dónde era eso? ¿Cómo Izzy iba a crecer y aprender, viviendo una vida tan caótica en la carrera con su hermana misteriosamente poderosa? Sabía que Petra la cuidaría lo mejor que pudiera. ¿Pero sería suficiente? Ser poderosa, James lo sabía, no necesariamente significaba ser sabia.

Y, por supuesto, estaba el asunto del Linaje (el último ápice del alma de Lord Voldemort, encerrado dentro de Petra, enredado en su interior como una vid). Ella lo había superado, James confiaba en eso. Pero nunca se iría, nunca se rendiría tratando de darle vuelta hacia su voluntad perversa. El encanto de su poder era demasiado grande.

James todavía se preocupaba por Petra (mucho, de hecho) pero también entendía de mala gana por qué la gente le temía. No porque fuera malvada, sino porque muchas fuerzas oscuras se habían aglutinado a su alrededor, tratando de corromperla, para ganar un poco de sus poderes. E infortunadamente, Petra demostró que *podía* ser manipulada. Judith, la Dama del Lago, había tenido éxito en ese asunto, utilizando a Petra para prácticamente destruir el voto de secreto. Al hacerlo, Petra había demostrado que no era completamente incorruptible.

James suspiró profundamente a sí mismo cuando Lily entró en el armario de Beauxbatons. Ella se giró, agarró el borde de la puerta abierta, y sonrió nerviosamente a sus amigos que estaban fuera. Un momento después, cerró la puerta, y se fue.

James se estremeció en su asiento.

Después del almuerzo, había Beauxbatons en Transformaciones. Dos chicas y dos chicos en batas azules sentados justo al frente de la mesa central donde se encontraba la Profesora McGonagall, hablando francés entre sí rápidamente

mientras el resto de la clase se acomodaba en sus asientos. James no podía evitar la sensación de que los Beauxbatons no hablaban muy bien sobre todo lo que veían mientras miraban furtivamente por el aula.

—Es sólo la forma de mirar, —le regañó Rose en un susurro áspero. —Es la misma expresión que siempre tiene Tía Fleur, como si estuviera cortésmente disgustada por todo, y todo el tiempo.

No ayudó que los Beauxbatons fueran singularmente hábiles con las Transformaciones, aparentemente les fue enseñado desde una edad mucho más joven. Parecían positivamente aburridos por la tarea de la clase de transformar un sapo en un zapato. Después de lograr esto con facilidad, comenzaron a divertirse añadiendo transformaciones intermedias, como caimanes pequeños (que resultaban en una especie de tacón con piel de caimán), y un gran kiwi café (en el camino a un elegante mocasín de gamuza).

Rose vio esto con disgusto, creciendo cada vez más su insatisfacción con su propio zapato de charol de cuero simple. Ralph, que había aprendido a controlar sus propias transformaciones muy bien, comentó con admiración.

—Oh, eso es bueno, —asintió con seriedad. —Agregaron una serpiente de cascabel e hicieron una bota de vaquero. Lástima que los estadounidenses no estén aquí para verlo.

En la mesa frontal, los Beauxbatons reían con disimulo de su creación. La profesora McGonagall frunció los labios con irritación evidente.

—¿Por qué *no hay* ningún estadounidense aquí? —preguntó Ashley Doone desde una mesa cercana, agitando su varita con impaciencia.

James se detuvo, con su propia varita a medio levantar apuntando a su sapo. —Ahora que lo mencionas, no hemos visto más de una escuela adicional por clase ¿No les parece un poco extraño?

—Tal vez es sólo para mantener las cosas simples, —sugirió Ralph. —Después de todo, cada escuela tiene sus propios pergaminos de inscripción.

Probablemente era más fácil simplemente ofrecer un conjunto único de clases a cada escuela.

—Podrían haber utilizado un encantamiento *Protean* para conectar todos los pergaminos, —dijo James, sacudiendo la cabeza. —De esa manera cada escuela vería todas las inscripciones de todas las otras escuelas.

Ashley se encogió de hombros. —Bueno, tiene que haber una razón de por qué no vemos nunca más de una escuela por clase.

—Tal vez debe ser una cosa de *demasiada* inclusión, —dijo Scorpius oscuramente desde la mesa de atrás de James.

James se giró en su asiento. —¿Qué se supone que significa *eso*? —preguntó con irritación.

Scorpius se encogió de hombros. —Cree lo que quieras, Potter, —dijo, jugueteando distraídamente con su varita. —Pero no creo que esto sea "fomentar la hermandad y tolerancia entre las escuelas". Llámame un cínico.

—Eres un cínico, —James estuvo de acuerdo, volviendo a girar de vuelta en su asiento.

—Oh, ¡Ahora solo están luciéndose! —siseó Rose furiosamente, golpeando su varita en la mesa, donde escupió una ráfaga de chispas verdes. —¿Zapatos para bailar Tap hechos de joya de cangrejo? ¡Eso ni siquiera es práctico! ¡Si ya eran tan buenos en Transformaciones no deberían haber firmado para la clase en primer lugar!

James se dio la vuelta, sofocando una sonrisa. Scorpius puede ser desconfiado, mugriento y descontento, pero él parecía tener razón en una cosa: la adición de otras escuelas en clases ciertamente no parecía estar fomentando cualquier hermandad y tolerancia.



El horario de clases del martes ilustraba qué tan rápido la monotonía del trabajo escolar podía reemplazar la excitación de volver a un lugar familiar, incluso amado.

Las clases de Pociones todavía eran impartidas en las mazmorras y enseñadas por la jefa de la casa de Slytherin, la Profesora Lucia Heretofore, quien, de acuerdo a la larga tradición, no tenía amor por los estudiantes que no fueran de su propia casa. A diferencia de su más infame precursor, Severus Snape, sin embargo, la Profesora Heretofore no tenía una secreta ambición de enseñar Defensas contra las Artes Oscuras o alguna otra clase. Su ambición, al parecer, se limitaba al objetivo más tangible de atormentar a los no Slytherin. Con ese fin, la tarea de la primera clase de la Profesora Heretofore era mezclar un elixir particularmente difícil diseñado para otorgar habilidades auditivas sobrenaturales de forma temporal.

—Mezclen adecuadamente, —dijo, arqueando una ceja delgada y marcada con lápiz negro, —y escucharán los planes más secretos de las ratas planificados en las más altas vigas de la torre norte. Mezclen incorrectamente, —advirtió, ladeando la cabeza y moviendo el dedo índice como un tic tac, —y sus oídos se hincharán al tamaño de teteras. —sonrió con malicia con sus ojos negros brillantes. —No existe un antídoto. Por lo tanto, tengan mucho cuidado.

Los cuatro estudiantes de intercambio de la escuela Muggle, Yorke, estaban, por supuesto, exentos del ejercicio. La Profesora Heretofore, mostrando moderación aparentemente monumental, les instruyó que sólo se sentaran en la esquina frontal y observaran.

—¿Debemos tomar notas, Profesora? —preguntó una ansiosa y linda chica con trenzas y la boca llena de brackets plateados.

—Si quieres, —contestó Heretofore con un pequeño disgusto camuflado. — Supongo que incluso las mascotas pueden aprender a actuar como sus amos si ellos los observan lo suficiente.

Afortunadamente, los efectos negativos del elixir inadecuadamente preparado sólo duraron hasta la mitad del camino hacia la siguiente clase, que era Historia de la Magia. El fantasmal Profesor Binns, por supuesto, apenas se dio cuenta de la llegada de los estudiantes, y mucho menos las orejas grotescamente ampliadas en muchos de ellos.

—Ya echo de menos al Profesor Baruti, —se quejó James, sosteniendo sus orejas atrás para que no cayeran hacia adelante y le golpearan la cara. —Nadie salió accidentalmente maldecido en *su* clase. Además, todo el mundo sabe que Heretofore ayuda a los Slytherin más que a cualquiera de nosotros. Ninguno de ellos consigue una mala poción.

—Kevin Murdoch tiene las orejas descomunales, igual que tú, —remilgó Rose, sacando un fajo de notas de historia. Sus propias orejas, por supuesto, estaban perfectamente normales. —Y *él* es un Slytherin.

—La Profesora Heretofore no *me* ayuda nada, —agregó Ralph. —Y lo hago bien.

James negó con la cabeza, casi dejando escapar sus enormes orejas de nuevo. —Eso sólo demuestra que Murdoch es un imbécil desesperado y tú tienes habilidad innata en pociones. Te digo, ella les da al resto de tus compañeros Slytherin una ventaja injusta. He oído incluso que les ayuda mucho con todos los ensayos y tareas que da por las noches en el calabozo. Trata de decirme que no es cierto.

Ralph se encogió de hombros e hizo una demostración de la organización de su propia pluma y tinta. —Ella ofrece sesiones de tutoría para cualquiera que necesite un poco de ayuda. No hay nada malo con eso.

—Lo es si están sólo a disposición de Slytherin, —susurró James oscuramente, —y si por "tutoría" te refieres a "entregar todas las respuestas".

—Mueve tus monstruosas orejas, James, —susurró Graham con molestia. — No puedo ver al frente del salón.

James miró por encima del hombro. —¿A quién le importa? Como si fueras a tomar notas a partir de ese enredo en la pizarra.

—No es la pizarra lo que quiero ver, —murmuró Graham soñadoramente.

James siguió la mirada de Graham. Un par de chicas rubias de Beauxbatons se sentaron en la parte delantera de la sala, escuchando estudiosamente la conferencia del Profesor Binns. Un brillante rayo de sol desde la única ventana yacía sobre sus hombros y pelo, haciendo que ambas chicas brillaran en la sombría aula.

—Llegaron temprano solo para agarrar esos asientos, —murmuró Ashley Doone poniendo sus ojos en blanco. —No son Veelas. Son reinas del drama.

Graham sonrió con tristeza y puso su barbilla sobre sus manos, —Pueden ser las reinas que quieran, por lo que a mí respecta.

—¡Shh! —susurró Rose, sacudiendo la cabeza con fastidio. —Apenas puedo escuchar la lectura de Binns por sobre los argumentos de las ratas en la torre norte. Y los latidos de sangre de todos. ¿Y quién hubiera sabido que la creación de una tela de araña era tan ruidosa, con todas esas patitas clicando?

James puso los ojos en blanco, bajó la cabeza y sus orejas se fueron hacia adelante golpeando su cara como un tortazo.

A la hora del almuerzo, se encontró sentado al otro lado de Lance Vassar, el de quinto año que había sido transferido previamente de la adinerada escuela privada llamada Bragdon Wand. Alto, guapo y emanando una especie de confianza mundana, Lance tendía a dominar cualquier conversación en torno a él. Tenía una especie de magnetismo que era difícil de negar. De hecho, a pesar de las duras palabras de Lance en la sala común durante su primera noche, James se encontró a regañadientes anhelando la aprobación y aceptación del chico popular.

—Tomé una clase privada en Durmstrang cuando tenía doce años, —dijo Lance sin que nadie le preguntara, en referencia a los estudiantes haciendo fila

fuera de los armarios evanescentes internacionales. —Un programa muy bueno en cuanto a las artes oscuras, realmente. Ellos enseñan un poco de defensa, pero también enseñan mucho las maldiciones y hechizos reales. Incluso algunos de los más imperdonables. Tienes que entenderlos para saber cómo luchar contra ellos, tú sabes.

Penélope Bones, una chica de segundo año con rizos castaño oscuro, preguntó en voz baja, —*¿Sabes* las maldiciones imperdonables?

Lance se encogió de hombros a medias. —Hay lugares en el mundo donde es importante saber cómo defenderse en cualquier momento. El año pasado, mis padres y yo pasamos el invierno en el Bosque Negro en Alemania. Todavía hay tribus de gigantes ahí que nunca han visto a un ser humano.

—¿Qué estaban haciendo ahí? —preguntó James, frunciendo el ceño.

—Mi madre estudia idiomas de gigantes, —respondió Lance. —Ella está escribiendo un libro sobre eso. Mi Padre y yo pasamos la mayoría de nuestro tiempo en el campamento de una de las tribus más civilizadas. Los Gigantes en realidad pueden ser bastante entretenidos si sabes algo de su lenguaje.

—Nosotros fuimos a la boda de un gigante el año pasado, —dijo James. —Aquí mismo, en el Bosque Prohibido. El rey gigante estaba ahí y todo.

Lance parecía un poco impresionado. —El rey gigante, ¿eh? Por supuesto, tú sabes que los gigantes tienen casi tantos reyes como tribus. Aun así, la boda de un gigante es un evento muy secreto. Mi madre solamente ha visto unas pocas, y desde cierta distancia. Pueden ser asuntos muy peligrosos para los seres humanos que están bajo sus pies.

—Lo recuerdo, —asintió James fervientemente. —Pasamos la mayor parte del tiempo acurrucados en los árboles, tratando de mantenernos fuera del camino.

Al dejar el Gran Comedor un momento más tarde, James se sintió bastante satisfecho de haber entrado en el círculo de Lance. El muchacho era en realidad bastante interesante y bien informado, a pesar de su evidente arrogancia. Sin embargo, a Ralph le disgustaba intensamente.

—Es la peor clase, —dijo en voz baja, mostrando un nivel inusual de malicia.
—El tipo que cubre tu pan con miel por un lado y veneno por el otro.

—Estás confundido, —dijo Graham. —Es en un Slytherin en quien estás pensando. Lance es un Gryffindor. Son de tu montón quienes por lo general son los traidores y malos amigos, no nosotros.

—Eso sólo nos hace expertos en el tema, —dijo Trenton Bloch, poniéndose al lado de Ralph. —Reconocemos a un patán cuando vemos uno.

—Los Slytherin son motivados por la ambición, —gruñó Ralph. —Pero hay un montón de otras razones para que una persona mienta y utilice a otros. A veces los que tienen las intenciones aparentemente más nobles son los peores de todos. Piensan que todo es correcto si es "por la causa".

—Oh, Lance es sólo un poco mimado, —dijo Rose en voz baja, mirando hacia atrás para asegurarse de que nadie los escuchaba mientras se abrían camino a la sala de la clase de Runas Antiguas. —Él está bien, de verdad. No puede dejar de ser un poco engreído. Es la forma en la que fue criado.

—Sus padres son activistas de derechos Muggles, —añadió Graham deliberadamente. —Juntos han escrito un montón de libros y estudiado de todo alrededor del mundo. Su padre fue una vez Profesor en Bragdon Wand, antes de que Lance naciera.

—¿Entonces por qué está él aquí? —preguntó Ralph lacónicamente. —¿Por qué él está viviendo la pobreza con nuestros gustos? ¿Somos solo mascotas de un proyecto, tal como los gigantes son para su madre?

—¡Ralph! —exclamó Rose. —¡Eso es algo terrible para decir!

El rostro de Ralph se enrojeció pero no dio pie atrás. —Simplemente no me cae bien, es un fraude.

—Solo piensas que todas las familias ricas tienen que ser de Slytherin, —dijo Graham al llegar a la sala de clase. —No todas las familias ricas son de sangre pura, que odian a los Muggles y son malvadas.

—¿Quién odia a los Muggle y es malvado? —se elevó una voz junto a James. —Pensé que la vieja Tabs Corsica se había graduado o había ido a Azkaban o algo así. De cualquier manera, ella se ha ido, ¿cierto?

James miró a su lado y una sonrisa estalló en su cara. —¡Zane! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Runas Antiguas, —se encogió de hombros Zane, igualando la sonrisa de James. —Lo mismo que tú. Era esto o clases de vuelo y odiaría hacerlos ver peor de lo que son sobre una escoba.

—Es bueno verte, amigo, —dijo Ralph serio, dándole una palmada a Zane en la espalda.

—Rayos, Ralph, —dijo Zane, frotando su hombro y mirando la expresión severa de Ralph. —¿Qué te pasa? Te ves como si alguien se hubiera comido tu último cupcake.

Rose pasó golpeando los hombros de los chicos y se dejó caer en la silla. —Ha sido un par de días raros, —dijo ella, sacando su libro de Runas Antiguas de su bolso y lanzándolo bruscamente sobre la mesa. —Todo esto de la hermandad y la tolerancia está irritándolos a todos.

La mayor parte de la clase veía como el nuevo profesor de Runas Antiguas entraba en la clase, pasando rápidamente por el pasillo. Era gordo y uniformemente desaliñado, con parches desiguales en toda su ropa mal ajustada, una gorra académica torcida, y una barba amarillenta y enmarañada. Sus ojos eran muy grandes y afilados detrás de sus diminutas gafas cuando llegó a la mesa y se giró, examinando atentamente a la clase.

—Runas Antiguas, —dijo en voz alta y recortada, —*no* es una clase de historia. Las Runas están vivas con poder, vibrando con portentos, pulsando con un propósito. Cuanto antes se entienda esta sencilla verdad, mejor nos llevaremos. —se detuvo un momento para levantar y colocar una enorme bolsa en su escritorio. La bolsa estaba llena de todo tipo de insignias, botones y cartelitos. La insignia más grande tenía letras amarillas brillando sobre un fondo rojo: LOS MUGGLES SON GENTE TAMBIÉN.

—¿Y bien? —el profesor exigió de repente. —¿Por qué no están todos ustedes escribiendo eso?

Hubo una respuesta repentina alrededor de la sala de cabezas agachándose sobre sus pergaminos y plumas comenzando a escribir.

—Me llamo, —proclamó el profesor estridentemente, —Profesor Voltaire Votary, Las runas mágicas, glifos y logogramas son la pasión de mi vida, y apreciaré que lo tomen tan en serio como yo. ¿Por qué? se preguntarán, ¡Usted! —aquí Votary apuntó a la Hufflepuff Kendra Korner, sentada en la primera fila. —Usted se pregunta porque debe ser así, ¿cierto?

Kendra se recostó en su asiento, lejos del dedo señalador. —Yo...

—Debido a que vivimos en tiempos implacables, alumnos, —Votary interrumpió celosamente. —Tiempos que demandarán mucho de nosotros, tiempos que determinarán si nosotros, ya sea brujas y magos, se sobrepondrán a los retos que tenemos ante nosotros y entraremos a la nueva era de la iluminación o caeremos en nuestros viejos prejuicios, no cumpliendo nuestros destinos, como muchos quieren que lo hagamos. —a medida que el profesor hablaba, desabrochaba su bolsa, metía la mano y sacaba un montón de grandes y polvorientos libros, varias lupas, una varita telescópica y una bandeja plateada de té totalmente cubierta con su tetera humeando suavemente. Colocó la bandeja sobre la mesa con un pequeño ruido y comenzó a servirse una taza.

Zane se acercó a James y le susurró, —Este tipo es un poco como Trelawney en un mal día después de unos Whisky de Fuego.

—¿La Profesora Trelawney, joven? —Votary se dio la vuelta con sus enormes ojos mirando hacia Zane. —La profesora de Adivinación, ¿cierto? ¿Esto es a lo que me está comparando?

Los ojos de Zane sobresalían con un poco de sorpresa. James sabía que Zane estaba acostumbrado a ser capturado en cualquier cosa.

—Usted es uno de los estadounidenses, —suspiró Votary, desinflándose un poco. —Me dijeron que estaría asistiendo. Muy bien. Sé que está con nosotros en

espíritu, aunque tus disciplinas dejan mucho que desear. Pero no. La adivinación no nos ayudará en los próximos días. Lo que nos ayudará es ser astutos, perspicaces y valientes para poner al descubierto los engaños que se aferran al pasado cansado. En esto, la sabiduría de las antiguas runas puede ayudarnos. Te enseñaré. Sí, es decir, si pruebas ser enseñable.

Mientras la clase avanzaba, el Profesor Votary dividía su tiempo entre sus intensas lecturas acerca de las sutilezas de los pictogramas antiguos y sorprendentemente excitantes cuentos de sus años dedicados al estudio de escrituras antiguas en uno de los más peligrosos y malditos lugares de la tierra. Infortunadamente, tanto la clase como el Profesor Votary se veían regularmente frustrados por la disparidad de intereses entre los dos.

—¿Una pregunta, joven? —dijo Votary, interrumpiéndose y asintiendo con la cabeza hacia la mano levantada con urgencia.

—¿Cuántas momias dijo usted que estuvieron persiguiéndole?

Votary frunció el ceño y se ajustó las gafas. —No creo que lo haya dicho. No es exactamente importante. La comitiva típica del Faraón era de unos seis guardias personales, diez siervos, y cuarenta soldados a pie. *He* mencionado, sin embargo, que las momias tradicionales son notoriamente lentas. Estaban muy por detrás de nosotros, al otro lado de las trampas de lanzas, fosos de víboras y esas cosas. Mucho más interesante, por supuesto, eran las inscripciones en el sarcófago, que eran...

—¿A cuántos de su equipo perdió en el foso de las víboras? —preguntó Ashley Doone sin aliento, sin esperar a que le dieran la palabra.

—Bueno, ninguno, técnicamente, —respondió Votary, parpadeando rápidamente. —Ellos simplemente usan un hechizo para dormir a las serpientes hasta que puedan salir. De todos modos, como iba diciendo, la inscripción estaba escrita en una muy curiosa combinación de jeroglíficos de la Edad Media de Bronce y pictogramas demóticos, que como pueden imaginar, nos causó un *gran* enigma. De hecho, hay una anécdota muy divertida en la que mi colega, el Doctor Mumbutu, erróneamente asignó la preposición espacial "sin" a lo que era en

realidad un número siete merioítico, y pueden imaginar que la mala traducción interminablemente desvió al que fue el resultado.

—¿Qué hay con la maldición de los escarabajos? —interrumpió Trenton con impaciencia. —¡Ya estaban comiéndose la puerta de oro! ¿Alguno de ellos lograron pasar a través de esta?

—Bueno, por supuesto que sí, —respondió irritado Votary. —Eran una nube de escarabajos de bronce comedores de metal después de todo. Excavaron un agujero a través del centro de la puerta de la bóveda, pero sólo podían pasar uno a la vez. Mi asistente simplemente les derritió con su varita cuando aparecieron. Sin embargo, lo *verdaderamente* interesante es que el conjuro del sarcófago que a propósito estaba *codificado cruzadamente* con el lenguaje de dos dinastías distintas para confundir a ladrones suficientemente tontos...

Zane levantó la mano. —Cuando lograron salir, ¿La esfinge de oro los devoró a usted y a su equipo o ya habían descubierto su enigma para entonces?

—Realmente, joven, —exclamó Votary, perdiendo la paciencia. —Piense en la estupidez de su pregunta. Desde *luego* nos cuenta del enigma. La respuesta estaba tallada ahí mismo, en la pared de la cámara en un antiguo grafiti, junto con una variedad de quintillas egipcias anatómicamente imposibles. Realmente, creo que está perdiendo el enfoque...

Esto se prolongó durante veinte minutos más hasta el final de la clase. Frustrado y molesto, Votary dio una cantidad bastante impactante de lectura como tarea y procedió a tirar su bandeja de té directamente en su bolsa.

—Esto puede llegar a ser divertido si lo mantenemos a él fuera de concentración, —comentó Zane mientras se acercaban a la puerta. —¿Qué tienen ahora?

—Período de Estudio, —respondió James. —Es algo bueno también, con toda la lectura que tenemos que hacer.

Zane negó con la cabeza y chasqueó la lengua. —Estudiar durante el periodo de estudio, —dijo con tristeza. —Deberían estar avergonzados de sí mismos.

—¿Y tú? —preguntó Ralph cuando salieron al pasillo oscuro. —La cena es en una hora ¿Estarás aún aquí?

Zane se rió. —Ni siquiera es la hora de almuerzo en mi mundo. Pero no me iré a casa aún. Tenemos una clase más aquí en Hoggies. Encantamientos Avanzados con el bueno de Flitwick. Será bueno ver a ese viejo hinkypunk de nuevo.

—¿Tenemos? ¿Tú y quién más? —preguntó Rose, deteniéndose a mirar con curiosidad hacia atrás de Zane.

Como en respuesta, una chica apareció de entre la multitud dispersa, con una enorme mochila rosa fuerte colgada de un hombro. Ella vio a Zane y se acercó a él.

Tanto Ralph como James la vieron al mismo tiempo. Ralph lanzó una mirada a James, sofocando una sonrisa irónica. Rose frunció el ceño hacia la chica de pelo púrpura, haciendo juego con su rímel y brillante aro en la nariz.

—Esta es Nastasia, —dijo Zane, poniendo un brazo sobre la chica cuando se unió a ellos. Ella sonrió irónicamente y examinó al grupo, su mirada finalmente se detuvo en James. Zane fue a lo obvio, —Ella es de la Casa Duende, si no se habían dado cuenta. La conocí en la arenga previa al partido inaugural de Clutchcudgel entre los Duendes y los Zombis. Por supuesto, estábamos ahí por razones muy distintas, de su lado estaban animando y nuestro lado... bueno, no tan burlones como para colarse en el Altozano de Afrodita con un montón de café jambalaya añejo. Nastasia, este es el grupo que te conté. Esta es Rose Weasley. Estos idiotas apoyados en la pared de atrás son Scorpius Malfoy y Graham Warton. Y estos dos...

—Oh, no hay necesidad de introducciones en este caso, —habló Nastasia, todavía estudiando a James con una sonrisa extrañamente desconcertante. —Ya... *nos hemos conocido.*



Zane estaba obviamente muy enganchado de la enigmática Nastasia. James los vio una vez más esa noche mientras se abrían camino de vuelta al armario evanescente de Alma Aleron. Zane llevaba a Nastasia de la mano, apuntando con entusiasmo al techo encantado del Gran Comedor, sin duda charlando acerca de su año como Ravenclaw. Nastasia se dejó arrastrar, con una expresión de aburrimiento paciente en su rostro. Ella espío a James en la mesa de Gryffindor y se quedó observándolo con su mirada extrañamente profunda. James frunció el ceño.

Pensé que no ibas a tomar ninguna clase aquí, meditó en ella con un movimiento de cabeza.

He cambiado de opinión, parecía decir su expresión, como si hubiera leído sus pensamientos. *Es mi prerrogativa. Y creo que estás contento de que lo haga...*

James sacudió la cabeza de nuevo, rompiendo el contacto visual con ella. Echó un vistazo a Zane en cambio, que lo vio y saludó con la mano.

—¡Mañana a Durmstrang! —dijo a través del pasillo lleno de gente, apuntando hacia el enorme Reloj sobre la mesa principal.

James asintió vagamente. Mañana era de hecho su primera clase internacional (Profecía Práctica en Durmstrang), pero ¿Cómo Zane sabe eso?

—Pruebas de Quidditch el próximo jueves, —anunció Devindar Das, dejándose caer en un asiento más abajo en la mesa. —¿Estás pensando presentarte este año, James?

James asintió con entusiasmo. —Estaré ahí.

—Hemos estado discutiendo sobre tu último año en Estados Unidos, —dijo Devindar, agarrando un panecillo en cada mano. —Clutchcudgel es algo muy distinto al Quidditch, ya sabes...

Graham sonrió y le dio un codazo a James. —No vas a tratar de ponerte de pie en tu escoba, ¿verdad?

—Ja, ja, —dijo James. —Sólo esperen y verán.

—En realidad, podría ser muy difícil adaptarse, —dijo Aloysius Arnst, un chico de séptimo año de cara grasosa sentado frente a Devindar. Se ajustó sus pesadas gafas. —Con lo de la memoria muscular y todo. Tu cuerpo insistirá en que estás pilotando una Skrim en lugar de estar montando sobre una escoba.

Deirdre Finnegan frunció el ceño a Aloysius. —¿Qué es la *memoria muscular*?

Aloysius se burló y se inclinó hacia adelante, obviamente contento de que alguien hubiera preguntado. —Es *solo* lo que te permite caminar y usar una varita al mismo tiempo. Tu cerebro delega la mayoría de las acciones físicas a tus músculos por lo que no tienes que pensar en hacerlo todo el tiempo. Tu cuerpo aprende cómo hacerlo y el cerebro lo olvida. *Eso es* la memoria muscular y es algo difícil de controlar.

—Ok, está bien, —dijo Deirdre, poniendo los ojos en blanco. —Perdón que pregunte.

Devindar sacudió la cabeza ante Aloysius. —Si James dice que está listo, entonces está listo. Pero será un equipo lleno este año, —agregó, volviéndose hacia James. —Todos los jugadores del año pasado volverán a excepción de Gretchen Thomas. ¿Te presentarás para jugar de Bateador?

—James puede jugar en *cualquier* posición, apuesto, —dijo Cameron desde el otro lado de James. —¡Ya verán! ¡Estará totalmente excelente!

James sonrió ante el entusiasmo del chico. Por una vez, lo apreciaba. —Gracias por el voto de confianza, Cam. Supongo que todos lo veremos el próximo jueves, ¿eh?

Cameron asintió con entusiasmo y levantó su pulgar hacia James.

Después de la cena, Ralph se encontró con James en el vestíbulo.

—Zane se nos unirá en Durmstrang mañana, —anunció alegremente. —Él se inscribió en Profecía Práctica también.

James acompañó este entusiasmo, y luego entrecerró los ojos. —¿Su novia de cabello púrpura viene con él?

—¿Nastasia? —parpadeó Ralph, —No creo, ¿Es realmente su novia, qué opinas?

James se encogió de hombros. —¿Quién sabe? Le preguntaremos mañana. De cualquier manera, las cosas están mejorando.

—Debería ser divertido, —estuvo de acuerdo Ralph. —¿Quieres venir a la mazmorra y estudiar conmigo y Albus? Podrías conseguir algunos consejos de la Profesora Heretofore acerca de esa poción de audición supersónica.

—Aún no estoy tan desesperado, —suspiró James con cierta reticencia. — Pero tal vez la próxima vez. Nos vemos mañana, Ralph.

Por primera vez durante la carrera escolar de James, estaba decidido a mantenerse al día con su tarea en lugar de dejar que se acumularan a su alrededor mientras las semanas progresaban. Esa noche, se instaló en una mesa bien iluminada en la sala común y extendió sus libros, tinta y pergaminos.

—Bueno, mírate, —dijo Rose con aprecio, uniéndose a él. —Esto no es normal en ti, siendo todo estudioso y eso.

—Quizá sí es normal en mí y no había tenido la oportunidad para mostrarlo, —comentó James, hojeando las páginas de su libro de texto de Runas Antiguas. — Tal vez siempre he estado demasiado distraído por todas las cosas molestas que siempre parecen estar pasando a mi alrededor.

—Tal vez, —se encogió de hombros Rose. —O tal vez sólo eres un estudiante, naturalmente perezoso luchando una batalla perdida. Vamos a ver si estás todavía aquí en una semana.

—¿No deberías estar animándome en vez de apostar sobre qué tan pronto voy a tirar la toalla?

—Una vez más me has confundido con mi mamá, —bufó Rose, acercando su libro de Aritmancia sobre la mesa y sacando una silla. —Un galeón dice que estarás sin esperanza en el momento que la Profesora Revalvier asigne el primer ensayo de Literatura Mágica.

—Quiero estar en esa acción, —comentó Scorpius, uniéndose a Rose en la mesa.

Lily se levantó de un sillón cercano con una sonrisa. —Doble o nada que va a estar pidiendo copiar tus notas en Halloween, Rosie.

—Todos ustedes son *muy* alentadores, —gimió James, haciendo gala de la organización de su pergamino y tinta.

La verdad del asunto era que no tenía muchas ganas de estudiar. En lugar de ello, pasó una cantidad excesiva de tiempo enderezando sus pergaminos, firmando su nombre en las cubiertas interiores de los libros, buscando las páginas adecuadas, cargando su pluma, sacando su varita, ajustando la posición de la silla y generalmente no logrando nada significativo.

Mientras tanto, al otro lado de la mesa, Scorpius se había puesto las gafas y adoptado una pose perezosa y fría mientras leía su libro de Herbología. Golpeaba su pluma en la mesa. James se quedó mirando esto y escuchó el pequeño *tap-tap-tap*.

Con su propio libro de Runas Antiguas abierto delante de él, se encontró pensando en Nastasia. Había algo irritantemente inquietante sobre ella. ¿Qué vio Zane en ella? Cualquiera podía ver de inmediato que era molesta y exasperante. Todo estaba envuelto en el loco pelo coloreado y la media sonrisa secreta que parecía siempre mostrar, y el pequeño destello pícaro en sus ojos fuertemente

confeccionados, e incluso el brillo de ese insufrible aro de diamante en la nariz. James miró por fin a su libro y se molestó al ver que había garabateado su nombre en la esquina de la página. Él lo borró con un gruñido molesto.

—¿Quién es Nastasia Hendricks entonces? —preguntó Lily de forma significativa, inclinándose para mirar los libros de su hermano mientras borraba el nombre.

—Nadie, —se quejó. —Una chica loca estadounidense que Zane anda trayendo.

Lily ladeó la cabeza. —¿Estamos celosos?

James parpadeó con horror. —¿Qué? ¡No! Ella es solo... tonta. Y ella es un problema de alguna manera. Sólo lo sé.

Al otro lado de la mesa, Rose asintió. —Está celoso, —ella estuvo de acuerdo, mirando a los ojos de Lily.

James sacudió la cabeza con disgusto. —Es difícil y desagradable. —insistió, bajando su enfática voz. —Pregunta a Ralph. La pillamos husmeando por aquí la primera noche, antes de que cualquier armario evanescente de las escuelas permitiera que alguien los utilizara.

Rose dio a James una mirada escéptica. —Obviamente tuvo permiso, entonces.

—De ninguna manera, —insistió James. —Ella no estaba aquí para nada bueno. Y cuando terminó, sólo saltó dentro del armario de Alma Aleron y se desvaneció.

Lily sacudió la cabeza con desdén. —Bueno, eso es una tontería. El director dijo que los armarios no permitirían que ningún estudiante los utilizara hasta el primer día de clases. Era un hechizo básico de seguridad y totalmente a prueba de tontos.

—Yo sé lo que vi, —dijo James. —Como he dicho, puedes preguntarle a Ralph. Y a Albus, también. Todos la vimos.

James se dio cuenta que Scorpius estaba observando la conversación con los ojos entrecerrados. —Si ella estuvo aquí, Potter, entonces es lo que suponía que tenía ser. El hechizo es muy específico. Ninguna persona puede pasar a través de los armarios hasta el momento adecuado.

—Ninguna *persona*, —repitió James, señalando con el dedo de manera significativa a Scorpius. —Pero ¿Y si no es humana? ¿Y si ella es, como, un vampiro o algo así? Sabes, tienen vampiros en Alma Aleron. Uno de ellos era compañero mío el año pasado (Wentworth era su nombre). No era el tipo con aspecto más obvio de vampiro, pero aun así.

Scorpius se reclinó en su silla de nuevo, vagamente decepcionado. —Haciendo caso omiso de la improbabilidad de esa idea, te olvidas que los vampiros son, de hecho, aún humanos.

—¿Y? —James siguió adelante. —¡Tal vez es un animago o algo! Tal vez ella se transformó en un animal cuando estaba dentro del armario, lo que gatilló la magia, ¡Porque no era en realidad un ser humano más!

—Buen intento, James, —dijo Rose, asintiendo especulativamente, tocando su barbilla con su pluma. —O tal vez ella es un fantasma. ¡O un boggart! Les gustan los armarios, después de todo.

—Oh, ahora estás siendo estúpida, —James puso sus ojos en blanco y cerró su libro. —Ella es un problema, eso es todo lo que sé. Debería haber estudiado la invitación de Ralph para ir a estudiar con los Slytherin.

—Avísame si lo haces, —dijo Scorpius perezosamente, cerrando su libro. —Te podría acompañar.

Se puso de pie, recogió sus cosas y se giró para irse. James lo vio cruzar la sala común y desaparecer por las escaleras.

—Para que valga la pena, —susurró Lily, acercándose. —Te creo, hermano mayor. Si crees que ella es un problema es porque quizás lo sea. O es eso, o realmente te gusta ella. —se mordió los labios, ahogando una risita.

James asintió con la cabeza y puso sus ojos en blanco. —Gracias por tu confianza, hermanita. —recogió sus cosas, tirándolas al azar en su mochila y tirándola de la mesa. Un minuto después, siguió a Scorpius hasta el dormitorio de los de cuarto año.

La habitación de la torre era oscura y tranquila, con sólo unas pocas velas encendidas. Joseph Torrance yacía en su cama vestido, varita en mano, y con la cabeza apoyada en un libro de Transformación abierto. James se puso el pijama y se cepilló los dientes en el pequeño cuarto de baño del dormitorio.

Mañana era su primera clase internacional en Durmstrang. James estaba muy seguro que eso resultaría interesante, sobre todo estando con Ralph y Zane. Pensando en eso (y tratando de no pensar en la odiosa Nastasia Hendricks) se arrojó sobre la cama, apoyó la barbilla sobre sus manos y se quedó mirando la luna a través de la alta ventana. La ventana estaba destrabada y ligeramente abierta, lo que permitía que la frescura de la noche de septiembre entrara a la habitación, elevando ligeramente las cortinas.

El cansancio comenzó a pesar en los párpados de James. Se dio la vuelta, dio una patada apartando sus cubiertas, y miró hacia el techo.

Un momento después, frunció el ceño y se sentó en la cama. Miró a su alrededor, entrecerrando los ojos y luego buscó a tientas sus gafas en la mesita de noche. Se las puso, miró alrededor de la habitación a oscuras de nuevo, con repentina sospecha.

La cama de Scorpius estaba vacía. Sus libros yacían tirados sobre ella, pero no había ni rastro del muchacho.

—¡Ese pequeño idiota! —susurró James a sí mismo. —¿Dónde se habrá ido?

No era la primera vez que Scorpius había desaparecido misteriosamente de su cama. Ya había ocurrido varias veces durante el segundo año de James.

—¿En qué estás ahora, grasiento idiota? —murmuró James para sí mismo, entrecerrando los ojos. Determinó que esperaría a que el chico volviera, y luego enfrentarlo para pedirle una explicación.

Se deslizó hacia atrás y se apoyó contra la cabecera de su cama, cruzando los brazos y mirando resueltamente hacia la cama vacía de Scorpius. Sin embargo, después de unos minutos sus ojos comenzaron a cerrarse. Sus últimas noches anteriores fueron pasándole la cuenta. Forzó mantenerlos abiertos, sólo para sentir cómo crecían fuertes nuevamente un minuto después.

Decidió que sería seguro simplemente descansar los ojos un poco. Todavía podía escuchar. Escucharía a cualquiera que viniera. Quizás podría incluso reclutar la ayuda de Graham cuando subiera al dormitorio. Ese fue probablemente el mejor plan. Podrían ayudarse mutuamente a mantenerse despiertos.

James se sentó y escuchó, con los ojos cerrados.

Cuatro minutos después, estaba dormido. Junto a él, las cortinas se levantaban con un soplo de brisa con la ventana un poco abierta. En algún lugar lejano, un búho ululó en la oscuridad.



Capítulo 3

Una Cara Familiar

A la mañana siguiente, James y Ralph corrieron a través del Gran Comedor, sorteando entre los estudiantes, justo cuando el enorme reloj sobre la mesa principal dio las diez. Su profundo gong llenó la sala y rebotó desde las altas ventanas.

—La Maldición de Revalvier con su estúpida clase de Literatura Mágica por todo el camino al otro lado del castillo, —James jadeó, dirigiéndose hacia el armario evanescente de Durmstrang.

Ralph con las mejillas hinchadas y rojas, sudaba detrás de James. —No es que ella nos hiciera llegar tarde, —jadeó, —es su club de fans. Y el tuyo también, al parecer.

James frunció el ceño en vergüenza.

Hace algunos años, la Profesora Revalvier había, por supuesto, escrito una serie de libros de ficción sobre las aventuras de Harry Potter. Estos libros habían sido publicados en el mundo Muggle con un nombre diferente, convirtiéndose inmensamente populares. De alguna manera, los estudiantes Muggle de la Academia Yorke habían descubierto que Revalvier era la autora real, y se habían inscrito en masa para su clase de Literatura Mágica. Después de la clase, la multitud de admiradores reuniéndose para su autógrafo, había sido simplemente una molestia, bloqueando la salida de la biblioteca, hasta que Graham había señalado en voz alta que James era el hijo del famoso Harry Potter.

El resultado había sido bastante desconcertante. James nunca había experimentado un enjambre de atención y preguntas. No le había disgustado del todo, incluso parecía bastante tonto e injustificado. Aun así, había sido una multitud difícil de desprenderse, dejándolo a él y a Ralph a menos de cinco minutos para lanzarse a cruzar el castillo.

La puerta del armario de Durmstrang se cerró con el último estudiante justo cuando James y Ralph se detuvieron frente a ella. Un brillante destello verde iluminó las grietas alrededor del marco de la puerta y el armario se estremeció, como si un peso en el interior hubiera aparecido de repente de la nada.

James tragó saliva y alcanzó vacilante la manija de la puerta.

—Será mejor que nos vayamos juntos, —Ralph sugirió, —A los profesores de Durmstrang no les gusta el retraso, y oigo que siempre están buscando hacer ejemplos de inmediato.

James asintió. Empujó la pesada puerta, revelando un interior de madera lisa. Parecía demasiado oscuro por dentro, como si la madera lacada en verde absorbiera la luz en lugar de reflejarla. Todavía contenía un misterioso olor a musgo, como algas muertas en una playa pedregosa. Los dos se lanzaron juntos al

interior y se giraron hacia la luz y el ruido del Gran Comedor. Nadie del otro lado estaba mirando... los desvanecimientos de los armarios ya se habían convertido en algo común. James vio a Willow Wisteria y a Devindar Das caminando hacia las puertas traseras, enfrascados en una conversación, acabando de regresar de clases en Beauxbatons. Ralph empujó su bolso para abrir la puerta, pero ésta se cerró por sí misma con un ruido fuerte y bloqueando toda la luz.

Una fracción de segundo más tarde hubo un cegador destello verde y el suelo se retiró del armario. El estómago de James dio un salto hasta su garganta cuando sus pies cayeron en la nada. Un viento negro y violento rugió en torno a él, moviendo su ropa alrededor y sacudiendo su cabello. Y luego, con la misma rapidez en la que había caído, el suelo regresó debajo de sus pies otra vez, impulsándolos hacia arriba y hacia afuera. La puerta del armario se abrió de golpe y ambos chicos se arrojaron hacia la fría blancura.

James cayó encima de Ralph, protegiéndose de caer en una extensión de adoquines de piedra en bruto. Ralph, por supuesto, tuvo menos suerte.

—¡Ouch! —Exclamó con voz amortiguada contra las piedras heladas. Se dio la vuelta, lanzando a James. —¡Esta es la segunda vez que me has utilizado como una maldita alfombra!

James se apresuró a sentarse y se encontró mirando a una docena de personas, las cuales habían girado la cabeza para mirar atrás hacia él.

—Y ahí están James y Ralph, —Ashley Doone de Ravenclaw murmuró, poniendo los ojos en blanco.

—Hola chicos, —Trenton Bloch llamó con una sonrisa, —¿Tuvieron una buena caída? —se rió de su ingenio.

Entre el grupo se encontraban algunos otros estudiantes de Hogwarts, algunas chicas bastante disgustadas de Beauxbatons, y, para el pequeño alivio de James, Zane, ataviado con un abrigo largo de lana y un gorro de color amarillo y negro. Parecía, sin algo de éxito, conteniendo una carcajada.

Una figura alta y amenazante dio un paso alrededor de la línea de los estudiantes. Obviamente un estudiante mayor de Durmstrang con características pieles y gorra; observó a James y a Ralph por un momento, con sus ojos oscuros y mandíbula rígida.

—Veo que han llegado tarde, —dijo con calma. —Se han desorientado, no están preparados para la diferencia de altitud. Una demostración útil de cómo no viajar por el armario, ¿cierto?

—El truco consiste en saltar justo cuando las puertas se cierran, —Ashley susurró amablemente, saltando en una demostración.

James y Ralph se pararon rápidamente, con la cara roja de vergüenza y con frío. A medida que se unían a la fila de estudiantes, James miró los alrededores por primera vez. Ellos parecían estar de pie en la cima de una alta y estrecha muralla, surcada por bajos muros almenados, que conducían a una rígida torre cuadrada. Los granos de nieve sonaban en el aire, recorriendo los senderos adoquinados y formando pequeñas ráfagas contra las paredes. El viento era fuerte y glacial, soplando a través de un anillo cercano de picos de montañas cuyos pináculos agudos apuntaban a un cielo acerado.

—Sígueme, por favor, —El escolta de Durmstrang dijo, girando rápidamente sobre sus talones y haciendo que sus largas pieles se balancearan. Caminó hacia la torre cuadrada en cuclillas. Vacilantes, los estudiantes reunidos se apresuraron a seguir.

—Hey chicos, —Zane murmuró desde la esquina de su boca. —Qué manera de hacer una entrada.

James se encogió contra el viento y luchó para evitar que sus dientes castañetearan. —¿Qué nos perdimos?

—Ese de ahí es Volkiev, —Zane asintió hacia el escolta. —Él es su versión de un prefecto y es nuestro guía mientras estamos aquí, lo que significa que si nos alejamos a alguna parte sin él, probablemente terminaremos colgados de los pulgares en alguna parte.

—¿Dónde estamos? —Ralph preguntó en un susurro. —¿Qué montañas son estas?

—No lo sé, —Zane respondió, —y espero que sea lo mejor. Algo me dice que hacer demasiadas preguntas por aquí no es exactamente saludable. Este lugar es más clandestino que el local en el Callejón Knockturn que sólo vende capas y dagas.

—Oooh, —Ashley murmuró, mirando por encima del hombro, —¿El Asesino Elegante? ¡Me encanta ese lugar! Mi tío me llevó allí, una vez. Mi madre tenía toda una camada de nargles de allí, pero valió la pena.

Una de las chicas de Beauxbatons les hizo callar con dureza cuando se acercaban a la entrada de la torre.

Volkiev no se detuvo en la puerta de madera pesada sino que simplemente levantó su varita en una mano enguantada de negro. La puerta se abrió rápidamente, revelando una baja escalera iluminada con antorchas. Volkiev entró y empezó a descender las escaleras de piedra.

—La Academia Durmstrang da la bienvenida a sus visitantes, —gritó y su voz resonó hasta lo más profundo de la torre. —Por favor, si se mantienen detrás de mí, evitarán perderse en muchas salas y pasillos de la escuela. Para su, *ahh, seguridad*, no pierdan su varita.

Volkiev lideró la tropa por muchos tramos de escaleras de piedra, luego a través de una puerta de arco en un largo pasillo. Su ritmo era rápido e ininterrumpido, haciendo que los estudiantes trotaran de vez en cuando para mantener el ritmo. James miró a su alrededor con curiosidad, pero había muy poco que ver. Las puertas a lo largo del corredor eran altas y arqueadas, pero todas firmemente cerradas, iluminadas solo con crepitantes antorchas. Las botas de Volkiev resonaban en el suelo de piedra, provocando un eco muy audible.

Giraron a la derecha en una intersección, marcharon otros cien metros y luego giraron a la izquierda nuevamente. Pasaron a través de una segunda puerta grande sin marca, custodiada por dos guardias muy intimidantes con armadura

roja, sus cascos cuadrados que miraban ciegamente y sus guantes descansaban en la empuñadura de enormes y relucientes espadas.

—Nada que ver, amigos, —Zane murmuró, — sigan, sigan.

James negó con la cabeza. —Es como si deliberadamente nos estuviera llevando por el camino largo y aburrido, así que o bien no quieren que veamos o no se puede salir por nuestra cuenta.

Zane suspiró pensativo. —La próxima vez trae algunas migas de pan, Hansel.

Ralph se deslizó entre ellos. —Entonces, ¿qué está pasando de nuevo en Aleron? —preguntó en voz baja. —¿Cómo van todos con la adaptación a la vida después de la Noche de la Revelación?

—Mucho que decir, —Zane respondió con inusitada seriedad. —Respuesta corta, todas las personas equivocadas están tan contentas y enérgicas. Pregúntame más tarde y te diré lo que pueda.

James miró alrededor del hombro de Ralph. —Hablando de la gente equivocada, ¿qué pasa con esa chica Nastasia?

Zane sonrió. —Es genial ¿no? No puedo creer que es una Duende. Esa chica tiene Zombi escrito por toda ella, si me preguntan.

—Así que ustedes dos, están... —James persistió, sacudiendo la cabeza vagamente. —Juntos, o ¿algo así?

—No sé. Puede ser. Ya le pedí que fuera conmigo al baile de Halloween, —Zane se encogió de hombros. —Estaba pensando en hacer algo diferente este año. ¿Qué opinas de esto? —levantó las manos, enmarcando una escena invisible, —Star Wars el Clásico Encuentro de Horror—“¡la Amenaza Fantasma de la Ópera!” Voy a ser el fantasma cantante alienígena, Nastasia puede ser la prodigiosa reina corista. ¿Eh? ¿Eh? —movió las cejas de manera significativa.

—Eso es una idiotez, —Ashley se ofreció a decir.

—Me gusta ese tipo de cosas, —Ralph admitió.

—Ambos son unos tontos, —murmuró James. —El punto es, Nastasia es una hipócrita. Lo sabes, ¿verdad?

Zane suspiró feliz. —Yo no lo vería de esa manera.

James puso los ojos en blanco cuando Volkiev lideró la tropa a través de una puerta más a un corredor mucho más grande y más brillante. Aquí, por fin, los estudiantes de Durmstrang se podían ver caminando a sus clases o reuniéndose en pequeños grupos debajo de monstruosos candelabros de hierro. Altos tapices se alineaban en las paredes mostrando magos más grandes con barbas y bigotes muy impresionantes, sus oscuros ojos mirando hacia abajo por encima de ricas capas de terciopelo y pieles. Los techos abovedados eran tenues en la alta distancia, llenos de fugaz movimiento de sombras y chillidos distantes.

—Murciélagos, —Ashley se estremeció. —Odio a los murciélagos.

—Son todos chicos, —Ralph murmuró mientras seguían a Volkiev por el corredor lleno de gente.

Ashley estiró el cuello nerviosamente, mirando hacia el lejano techo. —¿Cómo sabes eso?

—No los murciélagos, —susurró Ralph, empujando a James y señalando a los estudiantes de Durmstrang. —Todos los demás.

James miró a su alrededor cuando los Durmstrang pasaron de largo, cada uno mirando a los recién llegados con severa curiosidad o abierta sospecha. Todos ellos eran de hecho varones, cada uno vestido con uniformes gris pizarra, con cuellos altos y capas forradas en piel, todos extrañamente silenciosos en el enorme corredor. Incluso los más jóvenes parecían de alguna manera grandes e intimidantes. Algunos tenían el pelo oscuro y profundos ojos negros. Otros eran rubios con ojos azul grisáceo o verde intenso.

—No hay chicas, —Ralph confirmó tranquilamente. —Y no... está... *Weasley*. —Volkiev de repente giró a la derecha, utilizando ambas manos para empujar un par de puertas enormemente altas. La luz del sol inundó el pasillo de la sala más allá, por lo que James entrecerró los ojos mientras volvía a entrar. Cuando sus ojos

se acostumbraron a la vista delante de él, se detuvo por un momento, con su boca cayendo abierta por la sorpresa.

Los monótonos y estrechos pasillos que había visto hasta el momento no podrían haberlo preparado para el gran alcance y la maravilla de esta habitación. El suelo era de baldosas de mármol, formando un enorme semicírculo, reflejando una cúpula abovedada de ventanas de hierro con marco que formaba la pared del fondo. Cada panel de vidrio estaba cubierto con escarcha alrededor de sus bordes, creando una armonía de hierro negro y hielo blanco contra la extensa montaña de más allá de la vista. Situado debajo de la pared de las ventanas, luciendo pequeño y oscuro en comparación, había un bloque de madera como escritorio con una adornada silla de respaldo alto ubicada en el medio.

—Whoa, —Zane inspiró, dando un paso más allá en la habitación, girando y levantando los ojos. James siguió su mirada. Un par de escaleras de hierro forjado en espiral estaban a ambos lados de la puerta, llevando a los balcones curvos a cada lado de la habitación. Cada balcón estaba cargado con objetos. En el del lado izquierdo, James reconoció una colección de instrumentos de adivinación de enorme tamaño: una bola de cristal para escritorio en un complicado soporte dorado; un antiguo espejo con bordes nublados y empañados, incrustados en un marco dorado barroco; un cuenco de piedra de fuente del tamaño de una piedra de molino que sólo podía ser un enorme pensadero, otros extraños y monolíticos artefactos y dispositivos de origen obviamente antiguo.

El balcón derecho, sin embargo, estaba cargado de lo que parecía ser plantas. Cada una era enorme, de aspecto extraño, incrustada en su propia y enorme maceta de cerámica, algunas con raíces y abundantes enredaderas en el rallado piso inferior. Extraña maleza de flores, hojas y tallos que se balanceaban sutilmente, inclinándose a los estudiantes a medida que se ubicaban hacia una fila de mesas en el centro del piso inferior.

—Es un invernadero, —dijo Trenton Bloch, frunciendo el ceño ligeramente.
—Pensé que esto era una clase de adivinación.

—Profecía Práctica, de hecho, —una anciana y tenue voz respondió desde el frente de la sala. Todos los ojos se volvieron hacia el sonido. Una alta figura se paró

frente a la recepción, recortada más allá contra la blancura cegadora de la pared de vidrio. James apenas podía distinguir una barba blanca muy larga enroscada con un hierro gris y un sombrero con visera de brocado color borgoña. La figura agitó la mano a la clase para que tomaran sus asientos. —Adivinación y profecía, descubrirán, son cosas muy diferentes. Bastante diferentes en verdad.

James, Ralph y Zane se deslizaron en los asientos en medio de las tres grandes y altas mesas. Cuando Ralph descolgó su bolsa y comenzó a desempacar su pluma y pergamino, susurró, —¿De dónde ha salido? Él no estaba allí cuando llegamos y sólo hay una entrada.

—Es *maaagia*, —Zane explicó con desdén. —Tal vez se Apareció allí o algo.

—No puedes aparecerte en Hog... —James comenzó, y luego se interrumpió. —Oh. Sí. Las cosas son probablemente de manera diferente aquí, ¿verdad?

La figura que encabezaba el mostrador esperó a los estudiantes a que sacaran sus plumas y pergaminos. Por último, cuando la sala quedó totalmente en silencio una vez más, él respiró hondo y se acercó a las mesas.

—Como pueden ver, no hay ninguno de mis alumnos regulares asistiendo el día de hoy, —dijo con calma, indicando los muchos asientos vacíos en las mesas. — Por primera vez en la historia de esta clase, les he concedido... un día de descanso. Era necesario, como ven, informarles a todos ustedes sobre los más diversos métodos que encontrarán aquí, métodos que son procedimientos bastante estándar para mis compañeros de Durmstrang.

El profesor (quien según James aún no había dado su nombre) empezó a pasearse por todo el perímetro de las mesas. Mientras lo hacía, su rostro surgió de la silueta. James lo observaba con creciente curiosidad. Había algo extrañamente familiar en él. Buscó en su memoria cuando el profesor continuó.

—Hay dos diferencias principales entre la forma en que hacemos las cosas y cómo es probable que se les ha enseñado. En primer lugar, muchos practicantes del arte de la adivinación la confunden con un estudio independiente. Ellos confían en su singular interpretación de algunos frustrantes y oscuros misterios de la profecía. Esto, como cualquier científico puede decir, es un temerario método de azar. Aquí,

seguimos un riguroso protocolo de grupo de adivinación, juntando nuestras observaciones, promediándolas y determinando la validez de cualquier profecía por la unanimidad de quienes la adivinaron.

—Tiene sentido, en realidad, —Zane murmuró. —Trelawney se revolvería en su tumba si ella estuviera muerta. —hizo una pausa, parpadeó y luego añadió, — Ella todavía *no* está muerta, ¿verdad?

James sacudió la cabeza firmemente, aun esforzando su memoria mientras observaba al profesor. El anciano se movió con una especie de facilidad casual que demostraba gran poder, a pesar de su fragilidad aparente. Su nariz aguileña y las mejillas hundidas eran crudamente compensadas por un par de brillantes ojos azules. Mientras caminaba lentamente por el otro lado de las mesas, levantó una mano nudosa hacia el balcón izquierdo.

—Estas, como pueden ver, son las herramientas de nuestro poder colectivo. En este caso, no habrá adivinación individual a través de cartas o pequeñas copias de objetos mágicos al azar. Aquí, reunimos alrededor de nosotros las más poderosas herramientas proféticas en el universo mágico, juntando nuestra percepción y centrando nuestra fuerza.

Bajó la mano mientras regresaba a la parte delantera de la sala. Sus penetrantes ojos azules se movieron sobre los estudiantes. —La segunda diferencia que encontrarán aquí es en lo que elegimos para adivinar, —anunció con calma. — Se les ha enseñado a conocer el futuro. Esto, como seguro se han dado cuenta, es a lo mejor una media victoria. Incluso si uno, por un poco de suerte y perspicacia, determina lo que podría estar por venir, no está más que preparado para ese futuro que un estudiante que tiene acceso a las preguntas del examen del día siguiente. Lo que buscamos, y lo que es mucho más práctico, son las herramientas para saber cómo manejar ese futuro. Buscamos no sólo las cuestiones que se nos plantean, sino las respuestas que nos impulsarán hacia adelante.

Se detuvo y se acercó más, apoyado frente a la mesa, con su rostro serio y ojos claros que se trasladaron de un estudiante a otro. —Aquí no buscamos sólo el conocimiento de la batalla que se avecina, sino las armas que nos ayudarán a ganar.

Hizo una pausa. James estudió el rostro del profesor furiosamente. Sabía que reconocía la cara de alguna parte. ¿Tal vez una tarjeta de rana de chocolate? O ¿tal vez se había encontrado con el profesor una vez en el pasado, durante una visita al Ministerio? Esto lo molestaba y lo frustraba.

—Ahora bien, —el profesor continuó. —¿Hay alguna pregunta?

La mano de Zane se alzó. James miró de reojo a su amigo, y luego hacia el frente de la sala, donde el profesor se puso de pie, su mirada vagando tranquilamente por la clase. Algo extraño sucedió cuando la mirada del profesor se posó en la mano levantada de Zane. Sus ojos azules se endurecieron ligeramente y apretó los labios. Y luego, su mirada vagó hacia adelante, pasando por encima de Zane, ignorándolo.

Trenton Bloch levantó la mano.

El profesor asintió hacia él esta vez. —Señor Bloch, creo.

—Sí, señor, —dijo Trenton. —Me preguntaba acerca de todas las plantas y otras cosas que están allá. ¿Está, como, alquilando espacio para el departamento de Herbología o algo así?

Hubo unas cuantas risas aquí y allá, e incluso el profesor sonrió ligeramente. —Usted es perceptivo para notarlo, joven, pero su suposición es bastante incorrecta. Quizá le interese saber que aquellos, como los diversos objetos frente a ellos, son herramientas de adivinación. A pesar de su apariencia, sin embargo, no son plantas del todo. Su propio profesor Longbottom estaría bastante desconcertado en cualquier intento de entenderlas.

El profesor levantó la mano derecha de nuevo, y esta vez llevaba una varita en sus nudosos dedos. La movió con destreza, y James miró hacia la derecha. La más pequeña de las flores en maceta se mecía suavemente en el aire, con una maraña de raíces peludas y vides en los bordes de su maceta. Comenzó a desviarse hacia la luz blanca del sol sobre las mesas.

—Ellas no crecen, —anunció el profesor, levantando un poco la voz cuando los estudiantes se inclinaron a mirar. —Ellas no se alimentan, por lo menos como lo

hacen los seres vivos. Simplemente existen, como lo han hecho durante miles de años antes de nosotros. Sus semillas (si se puede decir que brotan de algo), son los pensamientos abstractos de los más poderosos profetas magos de todos los siglos. Tradicionalmente, se llaman *yuxu başlatma*, o Inductores del Sueño.

La maceta bajó sobre las mesas y se desvió hacia el profesor. Mientras se movía, sus raíces se arrastraron serpenteando inquietantemente. Sus azuladas hojas de cera crujieron. Por encima de éstas, balanceándose ligeramente y girando como caras para observar a los estudiantes, había tres carnosas flores, cada una más grande que una cabeza humana y compuesta por una variedad de pétalos color naranja-púrpura en torno a un erizado centro amarillo.

El profesor alargó la mano y con mucho cuidado y delicadeza, cogió uno de los pétalos. Se agitó en sus dedos, como si detectara una ligera brisa a pesar de la quietud de la habitación.

—Cada Yuxa encuentra a la persona que la requiere, —el profesor continuó, observando el pétalo incorpóreo en su mano. —Si lo elige, es necesario que usted la utilice tan pronto como sea posible. *Pero*, —añadió con gravedad, mirando a la clase, —debe ser utilizada con *mucho cuidado*. El uso incorrecto de los Inductores del Sueño es terriblemente peligroso. Afortunadamente, las normas de uso son excesivamente simples. Sencillamente deje caer el pétalo en algún líquido, entonces... bébalo. —el profesor hizo la representación de dejar caer el pétalo en una copa invisible para dar énfasis. —En cuestión de once minutos, el sueño lo alcanzará. Asegúrese que está dormido cuando pase (una tarea fácil, ya que el Inductor del Sueño tiene un natural efecto tranquilizante) y la profecía prescrita se desarrollará antes de que su mente se duerma, tan vívida y clara como cualquier experiencia de vigilia.

Trenton levantó la mano otra vez, un tanto vacilante. —¿Y qué si no consigues dormir antes de que el Inductor del Sueño comience a hacer su magia?

—Eso, —dijo el profesor en voz baja, usando su varita para enviar la maceta lentamente hacia su posición elevada, —sería una muy mala elección. El sueño, sin ataduras, choca con la realidad. Impuesto en una mente despierta, el sueño es una pesadilla de alucinaciones monstruosas. Para la infortunada bruja o mago, el

resultado es una permanente y delirante locura. Para los afortunados... su cerebro simplemente se marchita, se reduce a la nada, dejando sólo una cáscara viviente de carne.

Por encima de la clase, la maceta hizo un sonido suave en el suelo del balcón. James tragó saliva.

Zane levantó la mano otra vez.

—¿Hay alguna pregunta más, entonces? —preguntó el profesor, levantando la ceja benévolamente.

Zane levantó su mano una pulgada más, casi rebotando en su asiento.

—Sí, —el profesor reconoció, bajando la mirada a una chica Beauxbatons en la primera fila. —Señorita Desmarais creo. Continúe.

—Me pregunto, señor, —le preguntó la chica con un marcado acento, mirando hacia atrás a la clase y hacia las puertas traseras abiertas de la habitación. —¿Dónde están las chicas de Durmstrang? Seguramente hay más que chicos en esta parte del mundo.

—En efecto, hay, —el profesor admitió con desdén. —La Academia Durmstrang cree en un énfasis profundamente escolástico, sin distracciones. Por lo tanto, con bastante sensatez, la escuela se divide en dos casas. Las chicas y los chicos de Durmstrang asisten a clases con los de su propio sexo, mezclándose sólo en las comidas y reuniones sociales prescritas.

—Pero... —la chica Beauxbatons continuó, frunciendo el ceño. —¿Por qué entonces no nos separamos también?

El profesor suspiró, mostrando una nota de impaciencia. —Por desgracia, los administradores de sus diversas escuelas fueron bastante insistentes en que, por motivo de economía, dicha programación doble de clase resultaría ser..."imposible".

—Yo lo *conozco*, —James finalmente susurró, inclinándose a un lado hacia Zane, cuya mano estaba todavía levantada. —¡Estoy *seguro*! Exactamente no puedo...

—Profesor, —Zane gritó de repente. —¿Puedo?

El profesor no miró a Zane. Sus ojos se estrecharon ligeramente a medida que consideraba el pétalo que aún ondeaba en su mano levantada. Él suspiró teatralmente.

—Sí, —dijo rotundamente. —Señor Walker, entonces. ¿Qué es lo que siente que simplemente *debe* preguntar?

—Señor, —Zane dijo claramente. —Veo a los estudiantes de Beauxbatons, Hogwarts y Alma Aleron aquí. Me preguntaba, ¿dónde están todos los de Yorke?

El profesor siguió mirando el pétalo en sus dedos por un largo rato, como si contemplara la pregunta. Finalmente, sus ojos azules se deslizaron hacia Zane, calculando fríamente.

—¿Quiénes? —preguntó, levantando una ceja gris.

—Los estudiantes de Yorke, —Zane aclaró. —Ya sabe. Los Muggles, señor. ¿Dónde están?

La habitación se había silenciado tanto como una tumba. James se dio cuenta de que hacía bastante calor en la habitación, a pesar de la vista nevada de la montaña más allá de las heladas ventanas.

—¿Y por qué, dígame, —preguntó el profesor, pronunciando cada palabra con gélida deliberación, —tendrían tales individuos algún asiento en una clase de Profecía? Por favor, joven, —él continuó, levantando la mano izquierda y cerrando los ojos, —no se digne en contestar. Usted está aquí sólo porque su propia escuela, inexplicablemente, ha elegido consentir a los de menor herencia. Tolero esto en el nombre de la diplomacia, pero por favor, no pruebe mi paciencia. —él suspiró otra vez y abrió los ojos, escudriñando al resto de la clase. —El resto de nosotros seguramente entiende que no es beneficioso para los Muggle colocarlos en una situación donde sus, ahh, *inherentes insuficiencias* quedarían al descubierto para que

todos los vean. Sería una vergüenza y una injusticia someterlos a tal humillación. Por lo tanto, como un gesto de... *compasión*... la Academia Durmstrang ha prohibido su entrada. Estoy completamente seguro de que la mayoría de nosotros puede apreciar y honrar esta decisión.

James se estremeció, el calor de la habitación se disipó por la frialdad de las palabras del profesor. Junto a él, Zane finalmente bajó la mano.

Mientras lo hacía, el profesor pareció relajarse un poco. Levantó el pétalo de nuevo. —Finalmente, —dijo de manera uniforme, mirando la forma agitarse en su mano. —Vamos a ver a quién elige el Yuxa. Éste, como podrían estar interesados en saber, es uno de los Inductores del Sueño más caprichosos. Imparte previo conocimiento del amor. ¿Se casará o morirá solo? ¿Va a ser amado por otra persona o amará de forma anónima y desde lejos, condenado a una vida de pasión no correspondida? Ustedes no conocerán los nombres, pero sabrán la forma de su futuro romántico, ya sea agradable o miserable. ¿A quién elige el Inductor de Sueño para revelar sus secretos?

Con eso, el profesor lanzó el pétalo. Inmediatamente, se agitó en el aire como una bufanda púrpura-naranja, girando y flotando en las corrientes invisibles. La clase miraba absorta, con los ojos abiertos, ya que comenzó a descender, dando vueltas sobre las mesas. Por último, en silencio, bajó a la primera mesa, directamente sobre el pergamino de la chica Beauxbatons, Desmarais. Ella bajó la mirada hacia este, un tanto nerviosa e intrigada.

—Es suyo, señorita Desmarais, —el profesor dijo con una pequeña sonrisa. — Puede hacer con él lo que desee. Utilizarlo o no. No existe un mandato que diga que es necesario hacerlo. Ahora ya sabe las instrucciones para usar el Inductor del Sueño, y los peligros si no las sigue a la letra. El resto está en sus manos.

La chica con cautela recogió el pétalo y lo tomó en sus manos. Experimentalmente, lo olió y, a continuación, invitó a sus amigas a hacer lo mismo. Mientras lo hacía, el profesor guardó su varita y sacó un par de gafas de su túnica. Se las puso, al parecer preparándose para despedir temprano a la clase, pero James jadeó de repente en su asiento.

Las gafas (un par de diminutos cristales de medias lunas sobre un armazón de alambre sencillo) habían sido el elemento faltante. Ahora en su lugar en la nariz del profesor, formaron la última pieza que completaba el acertijo. James sabía dónde había visto al profesor antes, aunque él no se atrevía a creerlo. Era ridículo e imposible.

—¿Qué pasa contigo, James? —Ralph susurró, empujándolo con un codo. — Te ves como si estuvieras tratando de tragar un huevo de hipogrifo.

—¡El profesor! —James dijo en un tono áspero, mirando cuando el hombre delante de ellos comenzó a distribuir un fajo de notas a la clase. —¡Míralo! ¡Solo mira!

—Estoy mirando, —Zane murmuró sombríamente. —Así que ¿qué?

—¿No lo ves? Es... es...

—¿Qué? —Ralph susurró nerviosamente, mirando de James al profesor.

James se quedó atónito. Apenas se atrevía a decirlo. La última vez que había visto esa cara, la que había estado en un retrato en la oficina del director, sonriendo enigmáticamente, con sus ojos parpadeantes detrás de sus gafas de media luna.

James hizo un gesto de impotencia con una mano y se dejó caer en su asiento.

—Es Dumbledore, —susurró, sacudiendo la cabeza con incredulidad. —No puede ser, por supuesto. Es imposible. Pero lo es. Ese... es el Director Albus Dumbledore.



James sabía que era ridículo. Albus Dumbledore estaba desde hacía mucho tiempo muerto, asesinado (aunque con compasión y según con acuerdo previo), por el Profesor Severus Snape, quien le sucedió como director durante la época oscura de los últimos días de Voldemort.

No ayudó que nadie más viera el exacto parecido, al menos no con tanta fuerza como él lo veía.

—Le veo *cierto* parecido, —Zane admitió después de la clase, ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos, pensativo. —Pero en realidad, ¿no es precisamente ese característico aspecto de “viejo mago malhumorado” que todos parecen tener? Sombrero puntiagudo, barba larga, gafas anticuadas, bla-bla. Probablemente compran todo en la misma tienda para viejos magos caprichosos.

Ralph estaba examinando las notas que les entregó el profesor mientras salían del castillo de Durmstrang, guiados nuevamente por el estoico Volkiev.

—Aquí está su nombre a la derecha, en la parte superior de la página, —dijo, frunciendo el ceño con atención. —Parece bastante denso y muy Durmstrang. ¿Dorcha... Dorchascathan? El nombre es Avior. No es extraño que no se presentara él mismo.

Más tarde esa noche, Rose y Scorpius fueron lo suficientemente escépticos y despectivos.

—No solo *lucía* un poco como él, —James insistió, reuniéndose con los demás en su mesa habitual de la esquina en la sala común de Gryffindor. —Pero tampoco era como un gemelo idéntico de Dumbledore. *Era* Dumbledore, pero... cambió de alguna manera. Diferente...

—Así que era un viejo profesor que se parecía mucho a otro viejo profesor, —Scorpius aclaró con sorna, —a menos que él fuera completamente diferente, vino de otro país y tiene una actitud pura sangre totalmente diferente de odio al Muggle. Que alguien traiga al Ministro por la red Flu. Este misterio está, obviamente, fuera de nuestra liga.

—No era sólo que se parecían, —murmuró James, apoyando la barbilla sobre sus brazos cruzados. —¡Miren sus nombres! Albus Dumbledore, Avior Dorchascathan. ¡Mismas iniciales! Incluso hablaba, se movía y trabajaba la magia de la misma manera. He estado escuchando a mi padre hablar de Dumbledore, el director, desde que era un niño. Siento que lo conozco casi tan bien como él. Tal vez debería preguntarle al respecto.

—¡Por supuesto que no! —Rose de repente interrumpió, mirando bruscamente hacia arriba de su libro de texto de Aritmancia. —No, a menos que desees desenterrar toda la peor clase de recuerdos de su pasado. El Director Dumbledore era lo más parecido para el Tío Harry, a un padre que nunca tuvo... y él lo vio morir justo frente a sus ojos. Si vas y le dices que hay alguna mitad mala Doppelganger de Dumbledore corriendo por ahí, hay una parte de él que va *querer* creerlo, Auror entrenado o no. Eso no sería justo para él, James.

James abrió la boca para discutir, pero luego la cerró. Su prima tenía razón. Por ahora, sería mejor investigar este misterio particular sin la participación de su padre. Después de todo, si James estaba en lo cierto, la existencia de una especie de extraño doble de uno de los héroes más venerados de su padre, sería realmente bastante inquietante. ¿Qué pasaría si alguna vez tuvieran que luchar o algo? ¿Su padre sería capaz de hacerlo?

Pero eso era una tontería. Sacudió la cabeza, disipando la idea misma.

—Voy a llegar al fondo de esto, —dijo con firmeza. —No es sólo que este mago Avior parece y actúa como Dumbledore. Es poderoso como él, también. Mucho más de lo que debería ser algún malhumorado y viejo profesor de Profecía.

—¿Quieres saber lo que pienso, Potter? —preguntó Scorpius, adoptando un tono más elevado de voz.

James sacudió la cabeza firmemente y se inclinó sobre su tarea. —No en lo más mínimo.

—Creo que *necesitas* este tipo de drama, —el chico rubio continuó, indiferente. —Creo que estás tan acostumbrado a estar en el centro de grandes conspiraciones dramáticas que estás empezando a verlas por todas partes.

James volteó algunas páginas en su libro de texto. —Eso es una estupidez. Tú no sabes lo que estás hablando. Yo no *quise* advertir que Avior y Dumbledore son básicamente la misma persona.

Rose miró tímidamente. —La otra noche estabas sentado en el mismo punto exacto diciéndonos acerca de cómo la nueva novia de Zane es una especie de espía secreta y animago vampiro o algo así. Parece un poco de todo, James.

James sintió una mezcla de vergüenza y rabia que enrojecía sus mejillas. De repente, estuvo muy contento de que no había mencionado la misteriosa voz sin cuerpo que había oído en el pasillo en la primera noche. —Ambos son unos tontos, —dijo en voz baja con enojo y la mirada fija en sus libros. —Habría que estar ciego para no ver que Nastasia es una hipócrita.

—Tal vez, —Scorpius admitió alegremente, quitándose los anteojos y cerrando sus libros. —O tal vez tu hermana está en lo cierto y solo estás celoso. Nastasia *es* algo intrigante. Si es que te apetecen chicas un tanto raras, incompletas y con un pasado difícil.

James miró a Scorpius con el ceño fruncido. ¿Estaba comparando a Nastasia con Petra? Scorpius se limitó a mirar hacia atrás, con las cejas levantadas y con una pequeña sonrisa en las comisuras de la boca.

Después de un momento, James sacudió la cabeza y volvió a mirar su tarea. No quería admitirlo, pero Scorpius había tocado un nervio. No era que Nastasia y Petra se parecieran. De hecho, era difícil imaginar a dos chicas que eran muy diferentes. Y sin embargo...

Más tarde esa noche, James hizo algo que no había hecho en meses. Antes de cambiarse su pijama, tomó algo de su bolsillo trasero y lo puso sobre su cama. Era un pequeño paquete de pergamino, doblado en un sobre transparente. Se sentó al lado de él con un profundo suspiro, sacó su varita, y lo golpeó.

—*Revelierus*, —susurró.

El paquete se abrió como una flor de papel, revelando un pequeño fajo de páginas. Estas tuvieron una vez una historia (un relato de un sueño) escrita en letra

cursiva y ordenada por Petra Morganstern. Ella se lo había dado el año anterior, durante su viaje a América. En ese mismo viaje, algo extraño (y poderosamente mágico) había ocurrido entre ellos dos. En el clímax de una extraña tormenta, Petra se había precipitado por la borda, evitando ser arrojada a las olas agitadas por solo unas cuerdas rotas. James finalmente la había salvado, pero de una manera que ninguno de ellos entendió completamente. Algo los había conectado esa noche, una especie de cordón plateado irrompible, corriendo de su mano a la de ella, salvándola de la ruina que parecía desear. Porque de hecho, una parte de Petra había *querido* morir esa noche. James la había detenido, la salvó usando su propia magia aparentemente ilimitada, utilizando la clave de su amor tácito hacia ella.

Y esa magia todavía estaba allí. El cordón plateado, ahora invisible, todavía de alguna manera los conectaba. Podía sentirlo a veces, sobre todo cuando Petra estaba cerca. Principalmente, sin embargo, no era la pasada historia del sueño. El paquete de pergaminos se había convertido en una especie de portal en sus pensamientos, uno que sólo los dos conocían. Petra se había comunicado antes a través de él una vez. Tal vez lo haría de nuevo.

Se inclinó sobre el pergamino, estudiándolo con la tenue luz de luna de la cercana ventana.

No era una nota en esta ocasión. Todavía estaba cubierto con la letra de Petra, pero ahora garabateada con líneas superpuestas a otras, algunas grandes y serpenteantes barras, otras muy apretadas en párrafos y grupos indescifrables. James sólo pudo distinguir algunas palabras, aunque muy poco de eso tenía sentido: *Judith... Izzy... Parcas... Marshall Parris... trans-mundano... talismán... El Coleccionista...*

Y en letra más grande, garabateada tan desordenadamente que era casi ilegible: *La Red Morrigan*.

Todo estaba desconectado, al azar, como si todos los pensamientos más febriles de Petra se hubieran garabateado a la vez, a ciegas, y sin relación entre sí. James no estaba seguro de qué exactamente había estado buscando, pero una cosa era cierta: no había respuestas que se encontraran aquí. Se estremeció, sacudió la cabeza y luego tocó el pergamino, una vez más, cerrándolo de golpe. Escondió la

historia del sueño bien profundo en su baúl, cerrándolo con llave cuidadosamente, y luego se fue a la cama.

¿Realmente había sido Petra quien le había susurrado en los pasillos en la primera noche? Ciertamente no había sonado como ella. La voz era femenina, pero *demente* de alguna manera. El recuerdo le envió un escalofrío por la espalda.

Recordó la voz de su padre en la chimenea de la sala común: *era Petra, hijo... ella parpadeó y se apagó, fluctuando por todo el corredor. Y entonces, se había ido de nuevo.*

James se estremeció de nuevo mientras se subía a su cama.

Petra era poderosa. Tan poderosa que incluso el gran Merlinus Ambrosius había fallado para detenerla. Tal vez el poder era simplemente más de lo que ella podía contener. Tal vez (aunque le dolía enormemente considerarlo) la Petra que había conocido (y secretamente enamorado) realmente no existía más.

Era, sin duda, un pensamiento profundamente triste y trágico.

Se dio la vuelta.

Finalmente, se durmió.



Cuando la primera semana de clases culminó, James y Ralph asistieron a su primera clase en Beauxbatons, Aritmancia Avanzada, y finalmente entendieron lo que Rose les había advertido.

La clase se llevó a cabo en una gran sala en la torre del palacio Beauxbatons, que era (a los ojos de James) mucho más nueva, más brillante y dorada con frescos en las paredes, biseladas ventanas de cristal y brillantes candelabros de oro que en

Hogwarts. El aula de Aritmancia era alta y bien ventilada, con ventanas abiertas a lo largo de un lado y una pared de espejos, por el otro, reflejando la luz y aparentemente duplicando el tamaño de la habitación. El suelo estaba lleno de una colección de cuadros extraños, cada uno tan alto como el propio James y dividido por hileras de barras de metal donde se amarraban pesados adornos de vidrio. Los estudiantes de Beauxbatons se reunían delante de los cuadros en sus immaculados trajes de seda azul, deslizando cuidadosamente los collares y produciendo un extraño sonido de clic que llenaba la habitación.

James y Ralph se detuvieron en el umbral, desconcertados.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —Ralph murmuró por la comisura de su boca.

Otro muchacho empujó entre ellos, con los ojos iluminados detrás de sus gafas. —¡Oh! He visto esto antes, —proclamó. —¡Abacus! O ábacos, plural, para ser precisos. ¡Pero miren su tamaño!

James frunció el ceño ante el chico y vio que era Morton Comstock, el Muggle de la Academia Yorke. Lo siguió por el cuarto con otros dos chicos y una chica de trenzas. Ella miró a James furtivamente y luego desvió la mirada rápidamente. James la reconoció de algunas de sus otras clases, incluyendo Literatura Mágica. Ella había sido parte de la multitud que había asaltado a la profesora Revalvier (y a él mismo) en la biblioteca, enamorada de la idea de que sus queridas historias de Harry Potter eran reales. Fuera de esa multitud, sin embargo, la chica (cuyo nombre, James recordó, era Lucía) era aparentemente mucho menos audaz. Ella rápidamente se escondió detrás de un ábaco desatendido y se asomó de nuevo a través de sus varillas y collares.

James buscó a su alrededor un profesor, pero ninguno parecía estar presente. —Así que, ¿qué es un ábaco?

Comstock se burló en voz alta. —Una antigua calculadora, precursora de la computadora moderna. Por último, una herramienta que tiene sentido en este loco y atrasado universo mágico de ustedes. —se ajustó las gafas y miró hacia un gran pizarrón al frente de la sala. Estaba abarrotado de densas secuencias de números,

diagramas geométricos y fórmulas. —Oh, ya veo, —dijo con aire de suficiencia. — Estamos resolviendo una serie de coordenadas programáticas sobre la base de una predefinida longitud de onda del tiempo-espacio. Viaje en el tiempo, tal vez. O tal vez...

—¿Viajes espaciales? —un chico Muggle del grupo sugirió con suerte.

—Eso es ridículo, —Ralph frunció el ceño, instalándose con incertidumbre detrás de uno de los enormes ábacos. Miró a James. —Eh, ¿verdad?

James se encogió de hombros. Tentativamente, se adelantó y tocó una de las perlas de vidrio. —Así que... ¿cómo funcionan?

—¿Todo lo que han trabajado fue aplicado antes con Aritmancia? —preguntó una chica mayor de Beauxbatons sin dejar de sonreír, dirigiéndose a los recién llegados.

Comstock se subió las gafas en la nariz con un rechoncho dedo. —He trazado las coordenadas hiperespaciales para viajar más rápido que la luz en cada juego espacial desde el Galaxy Quest del 99. Esto parece ser una matriz convencional de evento de aversión, pero no se basa en la colisión, por lo que puedo decir. —frunció el ceño ante las perlas delante de él por un momento, y luego, aparentemente al azar, movió cuatro verdes a la derecha, dos rojas a la izquierda, y contó siete perlas azules, moviendo solo una con un fuerte y decisivo clic.

—Muy bien, —la chica Beauxbatons admitió a regañadientes. —Continúen, entonces. Pero por favor, tengan mucho cuidado. La Profesora Moreau “es muy confiada” y pronto volverá. Si no saben exactamente lo que están haciendo, entonces por favor, *no hagan... nada*.

—Esa es mi cosa favorita de todas para hacer, —Graham bromeó, dejando caer su mochila al suelo y sentándose rápidamente en ella. James lo miró y luego a Ralph, quien se encogió de hombros.

Comstock barajó unas perlas más y negó con la cabeza. —Honestamente, las lagunas en su educación son suficientes para conducir plenamente un camión

grande, —murmuró. —No me extraña que ustedes no puedan encontrar ningún trabajo en el mundo real.

—Solo sigue empujando perlas, nerd, —Graham respondió despreocupadamente.

James entrecerró los ojos ligeramente. Manteniendo su voz baja, le preguntó, —¿Qué quieres decir, "en el mundo real"?

—Ya sabes lo que quiero decir, —respondió Comstock. —Donde el resto de todos nosotros vivimos. Donde tenemos bombillas y cohetes y donde la historia no se ha quedado atascada en algún lugar de la Edad Media. Estamos aquí para aprender mucho de ustedes, pero me parece que va a ser mucho más difícil para ustedes, tipos mágicos, adaptarse a *nosotros* ahora que nuestros mundos están a punto de unirse.

—¿Quién dice que nuestros mundos están a punto de unirse? —Graham preguntó directamente, malhumorado y bajando la voz en el constante deslizamiento de las perlas haciendo clic en el aula.

—Duh, —dijo Comstock rodando los ojos. —¿La noche de la Revelación? Su voto secreto se rompió cuando esa bruja loca reveló todo el año pasado. La gente todavía está tratando de cubrirlo todo, al menos por un tiempo, el secreto ya no está. Muy pronto, nuestro mundo y su mundo van a colisionar. Es por eso que estamos aquí. Somos algo así como la primera línea, preparando el camino. Eso es lo que la señorita Corsica nos dice.

James había estado preparando una respuesta violenta a la pequeña diatriba de Comstock, pero de repente miró al chico, con los ojos abiertos.

—¿Señorita quién? —preguntó en un susurro ronco.

—La señorita Corsica, —Comstock repitió. —Es nuestra mediadora entre sus escuelas y las nuestras, y ha conseguido totalmente su número. Ella dice que ha estado estudiando el mundo mágico toda su vida y los conoce bastante como la palma de su mano. Dice que la mayoría de ustedes están totalmente preparados

para tratar con el mundo “Muggle”. Al parecer hay algunos magos y brujas “iluminados”, pero estoy seguro que ninguno ha cumplido todavía.

—¡Morton! —Lucía, la chica de la trenza, siseó desde su propio ábaco. — ¡Cállate, grandísimo imbécil!

Comstock se encogió de hombros. —¿A quién le importa si saben? Van a enterarse muy pronto, de todos modos.

James desvió la mirada atónita a Ralph. —¿Corsica? —susurró. —¿Podría ser?

Ralph se limitó a mover la cabeza y frunció el ceño. —No puede ser Tabitha Corsica.

Lucía se asomó a través de su ábaco nuevamente. —¿La conocen?

James la miró. —No sé. Si es de quien estamos pensando... que sería...

—Hilarante, —Graham asintió con una sonrisa.

—Lo sabremos mañana, tal vez, —dijo Ralph. —Tenemos nuestra primera clase allí en Yorke. Si ella es su mediadora, entonces probablemente va a estar ahí.

James asintió incierto. ¿Era posible que Tabitha Corsica hubiera sido enviada a la escuela Muggle para administrar el programa de intercambio? ¿No sabría su papá acerca de eso? Y si era cierto, ¿qué significaba?

Más tarde esa noche, cuando la cena concluyó en el gran salón y el techo encantado comenzó a brillar con las primeras estrellas, James y Ralph observaron el enorme Reloj sobre la mesa principal. Cuando este hizo gong para el cuarto de hora antes de las siete, se dirigieron al alto armario con las dos águilas talladas.

Rose se encontró con ellos allí vestida con su uniforme, una elegante chaqueta de color rosa colgada sobre los hombros.

—Realmente no van a ir así, ¿verdad? —preguntó bruscamente, mirándolos hacia arriba y hacia abajo.

—¿Qué quieres decir? —James parpadeó, mirando hacia abajo a sus pantalones vaqueros y camiseta. —Es un club extracurricular. No hay uniformes obligatorios. Además, ¿qué sabes acerca de cómo se visten los estadounidenses?

—Lo suficiente como para saber que no quiero parecerme a ellos, —Rose suspiró.

Ralph ladeó la cabeza. —Qué, no vas a venir, también, ¿verdad?

—Ciertamente voy, —respondió con remilgo. —Ustedes dos no van a tener toda la diversión este año. Nos estamos muriendo por echar un vistazo a Alma Aleron, y dado que este es el fin de nuestra jornada escolar, es el momento perfecto para ello. Además, Zane prometió que a hurtadillas nos iba a dar un recorrido por todo el campus.

Ralph asintió especulativamente. —Suena como Zane.

—Espera, —dijo James, —¿Quién es “nosotros”?

—Scorpius y yo, —Rose respondió suavemente, mirando por encima al pasillo. —Aquí viene ahora. Pero ustedes dos probablemente pueden venir si lo desean. No nos vamos a molestar.

James asintió con sarcasmo. —Oh, muchas gracias.

Scorpius se unió a ellos en frente del armario Alma Aleron, vestido con un par de pantalones elegantes de color caqui y una camisa de botones blanca. —Veo que toda la pandilla está aquí, —anunció con ironía, mirando de reojo a James y a Ralph y, obviamente, absteniéndose de hacer comentarios sobre la ropa de estos. —¿Vamos, entonces?

James rodó los ojos. —Vamos ya.

Los cuatro juntos se amontonaron en el armario, que apenas los contenía. Scorpius cerró la puerta.

El interior del armario se oscureció, y luego destelló con un azul eléctrico brillante. Como uno, los cuatro estudiantes saltaron. Cuando los ocho pies cayeron

nuevamente al piso, las puertas del armario se abrieron de nuevo, ahora revelando un brillante cielo de tarde salpicado de nubes. Los árboles castaños se acallaron en la distancia, eclipsados por coloridos jardines, fuentes y estatuas. Los caminos serpenteantes cruzaban un césped inmaculado, conectando los bloques de edificios de ladrillo que se alineaban a ambos lados.

—¡Huelan eso! —dijo Rose, saliendo a la luz del sol. —¡Madreselva!

Ralph alzó la vista hacia el sol, y luego miró su reloj. —Aquí es hora de comer, —anunció. —Todo lo que huelo es el goulash de la cafetería en la Residencia de Administración.

—Oh, deja de presumir, Deedle, —Scorpius se quejó, siguiendo a la tropa sobre la acera. —Todo el mundo sabe que estuvieron aquí el año pasado.

James miró hacia atrás cuando las puertas del armario se cerraron. Aquí, este estaba decorado con un colorido grabado en madera del escudo de Hogwarts, casi tan grande como las propias puertas. El armario descansaba a la sombra de un toldo grande, situado en el centro de la gran plaza de Alma Aleron cubierta de hierba. Otros tres armarios estaban bajo el toldo, cada uno ubicado en una dirección diferente.

—¡Saludos compañeros! —Zane gritó, acercándose desde el gigante edificio de ladrillo al frente de la plaza. —Justo a tiempo. ¿Todos listos para divertirse y hacer algunas cosas salvajes y locas?

—Solo llévanos, Walker, —Scorpius instruyó. —Guarde el super-entusiasmo americano para los turistas.

—Oh, es divertido, pensé que es lo que *tú* eras. —Zane dijo brillantemente, ladeando la cabeza y tocándose la barbilla con un dedo.

—¡Patches! —James gritó de repente, sonriendo. —¡Mira, Ralph!

Un gato calicó de pelo corto llegó trotando ligeramente a lo largo del camino, deteniéndose en una franja de luz del brillante sol. Se sentó sobre sus patas traseras y empezó a acicalarse, a la espera de ser acariciado.

—¡Aww! —Rose proclamó con voz chillona, caminando hacia adelante y arrodillándose junto al gato. —¿Este es Patches? ¡Recuerdo que hablaron de él el año pasado! Qué bonito y listo gatito eres...

James miró a Scorpius, a la espera de un comentario sarcástico. Scorpius, quien parecía tener una particular falta de ánimo por alguna razón, simplemente miró a otro lado, con el disgusto grabado en su rostro.

—Bienvenidos a Aleron, —Zane anunció, imperturbable. —Esto aquí es la plaza. Atrás por ese camino está la Casa Zombi, universalmente reconocida como la mejor casa en el campus. Y allí está la Residencia de la Administración, nuestro destino. Con esto concluye la gira por el momento. Andando o vamos a llegar tarde.

El grupo comenzó a hacer su camino a lo largo de la ruta moteada por el sol, seguidos casualmente por el gato Patches, que parecía tomar cada ocasión para frotarse contra la pierna de Rose mientras caminaba.

—¿Ven? —Dijo con adoración, —¡Le gusto! Qué inteligente gatito.

Al acercarse a la voluminosa forma de la Residencia de Administración, James tomó un momento para mirar alrededor del campus y a los grupos de estudiantes que se dirigían a clase o a descansar bajo el sol. Todo era muy familiar para él, y más bien reconfortante el regresar. A su derecha estaba el teatro donde el profesor Longbottom había dado su conferencia sobre Herbología. Más allá de este, estaba la Facultad donde Petra e Izzy habían vivido brevemente, antes de la debacle que había dado lugar a la detención de Petra. Y apenas asomándose sobre las copas de los árboles distantes, estaban la Duna Pepperpock y el estadio Clutchcudgel, con sus banderas ondeando alegremente contra el azul profundo del cielo.

Zane dirigió al grupo a la Residencia de Administración en dos pasos. Cuando pasaron por la sombra de la torre del reloj, este comenzó a dar la hora.

—No pregunten por quién tocan las campanas, —Zane volvió a llamar. —Tocan por nosotros. El Rector Franklyn no esperará.

—¿Esperar? —Ralph resopló, rezagándose. —¿Va a alguna parte?

—Sólo espera, Ralphinator, —Zane respondió mirando hacia atrás. —La comunicación mágica experimental se ha vuelto totalmente cuántica desde que el profesor Jackson se involucró. ¿Quién habría pensado que el malhumorado y viejo “Cara de Piedra”, tendría algunas buenas ideas acerca de cómo utilizar Tecnomancia para divertirse realmente?

Scorpius frunció el ceño. —¿Divertirse?

—Sí, —James admitió, —Eso no suena como “Cara de Piedra” en absoluto.

Zane pasó por las pesadas y abiertas puertas dobles de la Residencia de Administración, moviéndose hacia una amplia escalera. —Bueno, yo no diría la palabra “diversión” frente a él, —admitió, bajando la voz en el pasillo principal. — Pero una broma es una broma, y lo que él y Franklyn han traído tiene definidas posibilidades. Tenemos la esperanza de probarlo hoy por primera vez.

Antes de que James pudiera preguntar si el profesor Jackson iba a estar allí, Zane llegó a lo alto de la escalera y giró a la izquierda por una puerta estrecha. Rose siguió y James oyó su proclamación de asombro cuando ella entró en la habitación relativamente oscura.

Estaba mal ventilado en el segundo piso, pero mucho más en los confines de la estrecha habitación, que estaba abarrotada con toda clase de artilugios, dispositivos y maquinaria. La mayor parte de esto, James se dio cuenta mientras miraba alrededor, parecía que estaba roto o desmontado, apilado y etiquetado en estantes y en contra de la pared del fondo, bloqueando y forzando las ventanas, con tonos grises. Una enorme mesa de trabajo estaba en la parte más alejada de la habitación, su superficie estaba llena de herramientas, monstruosos y mohosos libros, y lo que parecía un gigante reloj a medio construir.

—Imagínense la pesadilla de *Guante* que el profesor Debellows construiría con todo *esto*, —Ralph murmuró, entrecerrando los ojos en la polvorienta penumbra.

Un movimiento detrás de la mesa de trabajo llamó la atención de James. Miró hacia arriba para ver emerger a una extraña figura, arrastrando los pies. Sus ojos verdes brillaban en los extremos de los soportes de latón del telescopio y las manos de éste, eran unas complicadas garras de metal, riendo y arañando de manera alarmante. James se tambaleó hacia atrás, chocando con Ralph, quien chocó con Scorpius, casi tirando al chico rubio al suelo.

—¡Ah! —dijo la figura desgarbada, enderezándose. —El señor Walker y amigos. ¿Es que ya es hora? Me parece que he perdido la noción del tiempo. —torpemente, la figura parecía quitarse sus enormes garras, apilándolas sin orden ni concierto en la mesa y revelando debajo unas manos humanas. Con un ligero suspiro, movió un par de complicadas gafas, apoyándolas encima de una cabeza calva coronada con un pelo gris bastante largo.

—¡Rector Franklyn! —Rose exclamó emocionada, casi aplaudiendo con placer.

—A su servicio, —el rector respondió con una sonrisa. —Bienvenidos todos a mi laboratorio, y muchas gracias por su disposición para ayudar en el avance de la ciencia y la invención para el mejoramiento de la humanidad, etcétera, etcétera... eh... —se interrumpió, tocando sus muchos bolsillos. —¿Por casualidad, alguien ha visto mis gafas?

Zane negó con la cabeza y volvió a mirar a los demás. —Este es sólo *uno* de sus laboratorios, —susurró, ahuecando una mano al lado de su boca. —El que está debajo de la mansión de los Igor es una caverna. ¡Una caverna real! ¡Con estalactitas y murciélagos y todo!

—Mucho menos glamorosa de lo que suena, me temo, —Franklyn admitió, ahora palmeando a lo largo de la mesa de trabajo en busca de sus gafas. —Por favor, señor Walker, preséntelos a todos. Me temo que estoy más bien perdido por el momento.

Zane asintió. —Claro que sí, Rector. Ya ha conocido a James Potter y a Ralph Deedle, por supuesto. Este otro campista feliz es Scorpius Malfoy. Y, por último, la rosa entre las espinas, Rose Weasley, amante de los gatos y chica genio.

—Sí, —Franklyn asintió, distraído. —Gracias. Recuerdo al señor Potter y al señor Deedle, desde luego.

Desde luego, pensó James, y probablemente no está totalmente emocionado al vernos de nuevo, después de todo lo que pasó el año pasado, incluyendo la apertura de la Cortina de Nexus y la Noche de la Revelación.

Una estrecha puerta crujió de pronto abriéndose en el fondo de la sala, dejando entrar una alta e imponente figura. El Profesor Jackson vio a la tropa reunida ante la mesa de trabajo y levantó la barbilla, con las cejas oscuras bajando ligeramente.

—Veo que nuestros sujetos de prueba han llegado, —dijo fríamente. — Bienvenidos de nuevo señor Potter, señor Deedle. Han traído amigos esta vez.

—¡Saludos, General! —Zane anunció, moviéndose en un rígido saludo. — Orgulloso de estar de servicio. ¿Está todo listo para ir?

Jackson miró a Zane por un largo momento, y luego se volvió al Rector.

—Creo que estamos listos, Benjamín. Envíalos cuando estén listos. El señor Hernández y yo nos quedaremos atrás en caso de cualquier... error de cálculo.

Franklyn parecía abandonar la búsqueda de sus gafas. Él asintió con la cabeza. —Muy bien, entonces. Gracias, Profesor. Nos uniremos a ustedes en un momento.

Jackson aceptó esto estoicamente, miró por encima a la asamblea una vez más con evidente desagrado, y luego dio un paso atrás a través de la puerta, cerrándola con un sonido metálico.

—Ahora bien, —dijo Franklyn, sonriendo un poco miope a los estudiantes. — Como espero que ya sepan, este es un club no acreditado. No hay calificaciones que dar. No hay condecoraciones o premios. En pocas palabras, nuestro objetivo es el conocimiento. El éxito se mide en resultados, ya sean positivos o negativos. Hay poco peligro implicado, siempre y cuando hagan, precisamente, lo que digo. ¿Tienen alguna pregunta?

Rose miró a su alrededor a James y a Ralph, sonriendo con entusiasmo y empinándose.

Scorpius levantó la mano un poco impaciente. —Estamos, entiendo yo, estudiando principalmente formas experimentales de comunicación mágica. ¿Eso es correcto?

Franklyn asintió rápidamente. —Sí, sí, por supuesto. Sin embargo, con la ayuda del profesor Jackson, hemos mejorado y ampliado nuestro ámbito más bien un poco, señor... eh, Malfoy. Sí. —dijo, removiendo de la cabeza las pesadas gafas de protección, apoyándolas en la mesa y cepillando su chaleco. —En lugar de confiar únicamente en el envío de mensajes a través de fax, hemos comenzado a considerar la idea de los métodos más directos y fiables, renunciando a la inherente complicación de los medios de transferencia de terceros. En pocas palabras, en lugar de limitarse a transmitir nuestro mensaje a lugares distantes...

—Sólo vamos allí nosotros mismos, —Zane interrumpió con una sonrisa.

—Temporalmente, por supuesto, —Franklyn aclaró, levantando un dedo. —Esto no es de ninguna manera un sustituto para la Aparición o la red Flu. Por el contrario, estamos experimentando con portales transdimensionales pre-programados, susceptible de ser llevado por el usuario y utilizado para la comunicación física muy específica entre ubicaciones definidas.

—¡Son como Trasladores personales! —Zane elevó la voz.

—Sí, —Franklyn admitió tímidamente. —Eh, por decirlo así. La belleza de estos dispositivos es su sencillez. Pueden ser utilizados por cualquier persona, fácilmente y sin formación. Incluso los niños, que no tienen habilidades de Desaparición o licencia, pueden ser capaces de comunicarse fácil y físicamente en cualquier ubicación predefinida. Suponiendo, claro, que los cálculos tecnománticos del Profesor Jackson prueben ser precisos y repetibles. No dudo de sus habilidades, por supuesto.

—Desde luego, —Zane acordó un poco demasiado rápido, mirando alrededor a los otros.

—¿Vamos, entonces? —dijo Franklyn, gesticulando (vagamente) hacia la puerta en la pared del fondo. —Por supuesto, si nadie está dispuesto a participar en el experimento puede sentirse libre de salir sin vergüenza. —miró a través de los estudiantes. —¿Alguien?

—En marcha, —Zane anunció, —Vamos, Rose. ¡Vamos a la aventura!

Dirigió al grupo que estaba alrededor de la mesa de trabajo hacia la maltratada puerta trasera, la cual Franklyn abrió con otro vibrante crujido. En fila, pasaron uno a la vez, James fue el último en entrar, siguiendo a Ralph a una habitación mucho más pequeña y oscura, casi vacía, excepto por una sola y pequeña mesa en el centro del cuarto, iluminada por una vela. Una colección de relucientes anillos plateados, estaban dispuestos en pares alrededor de la vela. El grupo se acercó a ellos con curiosidad.

—Somos seis, —dijo Franklyn, inclinándose sobre la mesa y entrecerrando los ojos, —y hay seis pares de dispositivos encantados. Qué casualidad. Todo el mundo, por favor recoja exactamente un par cada uno, pero *no* pongan los dedos en ninguno de ellos todavía. En la oficina más allá de esta sala, el Profesor Jackson y el señor Hernández estarán grabando todo, desde este momento en adelante para el Archivo.

James miró a la mesa con su colección de anillos brillantes. Zane cogió un par y le rebotaron en la palma de la mano. Con cuidado, Rose cogió un par para ella. James, Ralph y Scorpius siguieron el ejemplo.

—Excelente, —Franklyn asintió, tomando el último par. —Se darán cuenta que cada par de anillos contiene dos pequeñas variaciones en el color. Un anillo tendrá un tono dorado, el otro un verde claro. Estos colores son importantes, ya que determinan cuándo un anillo está saliendo y cuándo está entrando. Asegúrense de que pueden deducir fácilmente la diferencia.

James miró a los anillos en su mano. Eran extrañamente pesados y fríos al tacto, notablemente más brillantes aún con la escasa luz de las velas. Un anillo tenía un pálido brillo dorado, mientras que el otro reflejaba un tono verdoso.

Franklyn continuó, —La mejor práctica parece ser la de colocar los anillos en diferentes bolsillos. Oro a la izquierda para salir, verde a la derecha para el viaje de regreso. El funcionamiento de los anillos es simple en sí mismo: solo colóquenlo en su dedo. La Tecnomancia es bastante compleja, pero el efecto parece ser instantáneo. Una vez que lleguen a su destino, el regreso se ve facilitado por el simple cambio de los anillos. ¿Todos entienden?

Rose examinó los anillos en la mano con detenimiento. —¿No he leído algo de esto una vez? —preguntó con suspicacia. —¿Algo de un libro para niños?

Franklyn asintió un poco rígido. —Sí, bueno... el anillo mágico es más bien un concepto popular en la ficción, por supuesto. Difícilmente puede haber un solo ejemplo...

—¡Sí! —James proclamó con una sonrisa. —¡Mi mamá me los leyó! ¡Los anillos eran de color amarillo y verde, al igual que estos! ¡Y había un chico y una chica que los utilizaron para viajar entre los mundos! Y luego estaba este árbol que quedó convertido en un armario mágico cuando todo había terminado, y...

—Sí, sí, muy bien, ¡gracias! —Franklyn interrumpió con impaciencia. — Siéntanse libres en llamarlo un homenaje, si quieren. La buena magia está donde se le encuentre. Ahora bien, ¿hay alguna pregunta sobre el *funcionamiento real* de los anillos, por favor?

Ralph levantó la mano nerviosamente. —Eh. ¿Qué... qué pasa si accidentalmente nos ponemos los dos anillos a la vez?

Tanto Franklyn como Zane se dieron la vuelta y miraron fijamente a Ralph, parpadeando. Después de un largo momento, Franklyn se aclaró la garganta. —Vamos a... eh, asumir que eso simplemente sería un error bastante desastroso. Gracias por sacar el tema, señor Deedle. Todos ustedes: bajo ninguna circunstancia deben intentar ponerse los dos anillos a la vez. ¿Queda claro?

Hubo abundantes asentimientos de cabeza alrededor.

—Sí, —Franklyn asintió, —Bueno, entonces. Por motivos de seguridad, este particular conjunto experimental de anillos se limitará a llevarnos al extremo norte

del campus. Intenté esto mismo hace unas horas con aparente éxito. Esta vez vamos a probar y espero que los resultados puedan ser duplicados, y en números. ¿Están preparados? Excelente. A la cuenta de tres, entonces.

Franklyn recuperó el anillo dorado del bolsillo izquierdo de su chaleco, lo sostuvo en alto en su mano izquierda y extendió su dedo anular derecho ante él. Rápidamente, todos los demás hicieron lo mismo.

—Uno, —Franklyn dijo con frialdad.

—Dos —Zane y Franklyn dijeron juntos. James vio que Zane estaba sonriendo con impaciencia, mirando alrededor a los rostros nerviosos de sus amigos.

—¡Tres!

James metió el anillo dorado en su dedo. En un instante, su dedo creció en una longitud impactante, extendiéndose en la repentina oscuridad. En un abrir y cerrar de ojos, su mano siguió, luego el brazo, tirando de él corporalmente, estirándose y desenfocándose por la velocidad. La habitación se desvaneció, reemplazada por una mancha salvaje de colores. Luego, con una especie de *agudo acento* mental, regresó repentinamente a su propia forma y al mundo que lo reclamaba.

Zane seguía de pie frente a él (todo el mundo, de hecho, estaba en la misma posición respecto a la otra, ya que había sido un segundo antes), sólo que ahora el grupo estaba de pie en la hierba iluminada por el sol de la Duna Pepperpock. Cerca de allí, un grupo de estudiantes de la casa Hombre Lobo trotaba en formación, rodeando el campo y ladrando roncans cantos con precisión militar.

—¡Excelente! —Franklyn proclamó con entusiasmo inusitado. —¡Formidable éxito! ¡Bien hecho, todo el mundo!

James miró a su alrededor a los altos terraplenes de las tribunas y levantó los ojos a las plataformas de los equipos, una indefensa sonrisa apareció en su rostro. —La última vez que estuve aquí, —dijo con un suspiro, —Estábamos ganando el torneo de Clutch para los Pie-Grande.

—Los buenos tiempos, —Zane acordó fervientemente. —Los Lobos todavía no han conseguido superarlo. Han tenido que aprender realmente a jugar el juego desde que Albus y el Profesor Jackson arruinaron la suerte de su estatua. Nos enfrentamos a ellos por primera vez el próximo viernes y todo el mundo está pronosticando una victoria Zombi por una milla.

—Impresionante, supongo, —dijo Scorpius suavemente, levantando la vista hacia unos jugadores en Skrim lanzándose en picado, practicando vueltas a través de los anillos flotantes de Clutchcudgel. —Si nunca has visto un partido de Quidditch, eso es.

—Admito que soy bastante fan de la Quaffle, —dijo Franklyn, todavía casi rebotante de buen ánimo. —Sin embargo, vamos a intentar...

Un crujido de vidrio provino debajo de la bota del Rector mientras daba un paso hacia adelante. Una mirada de dolor arrugó su rostro mientras miraba hacia abajo.

—¡Rector, buenas noticias! —Zane anunció, arrodillándose y recuperando algo de la hierba. —¡Encontré sus gafas! —levantó las cuadradas gafas con marco de alambre, ahora bastante e irremediablemente aplastadas, con los lentes rotos. —Deben de haberse caído cuando corrió aquí esta mañana.

—¡Puedo *repararlas*, señor! —Rose saltó hacia adelante, levantando su varita.

—No, gracias, señorita Weasley, —Franklyn suspiró, tomando con cautela las gafas de Zane. —Me temo que han sido reparadas mágicamente tantas veces que los lentes ya no pueden recordar su prescripción original. No hay nada que hacer más que pulverizarlas y moldearlas a la manera tradicional. —guardó las gafas rotas cuidadosamente, luego dio unas palmaditas al bolsillo y sonrió. —Aun así, es un buen recordatorio de lo que es tal vez la lección de vida más importante de todas para las brujas y magos.

Rose miró con curiosidad hacia él. —¿Cuál lección de vida es esa, Rector?

Él sonrió con sinceridad y, a continuación, se rió un poco. —Que no todo en la vida puede (o incluso debería) ser resuelto solo por la magia. Si hay algo que todavía espero aprender realmente en todos mis siglos, es una simple cosa.

James consideró esto, y luego miró a un lado a Scorpius. El chico rubio negó con la cabeza y rodó los ojos.

—¿Qué pasa contigo, Scorpius? —preguntó James en voz baja.

Scorpius frunció el ceño y miró hacia otro lado. —Tú. Supongo que explica muchas cosas, ¿no?

Era un insulto, pero era tan escueto y sin sentido que James casi se echó a reír. —De verdad estás nervioso, ¿no es así? ¿Puede que tenga algo que ver con todas tus pequeñas salidas nocturnas?

Scorpius lo miró bruscamente. —¿Qué sabes de eso? —susurró. —¿Has estado espiando?

James asintió. —Sí, eso es todo lo que hago cada noche: sentarme y mirar tu cama para ver qué estás haciendo. Todos lo hacemos. Es una especie de obsesión.

Scorpius se relajó un poco. —Eres gracioso, Potter. Voy a proponerte un trato. Te mantienes alejado de mis asuntos y me mantendré alejado de los tuyos.

James lo consideró y, a continuación, se encogió de hombros. —Ya veremos.

Detrás de ellos, los demás parecían estar preparándose para el viaje de regreso.

—Entonces, a quitar los anillos dorados, —Franklyn anunció jovialmente. — Buen razonamiento el de nuestro amigo el señor Deedle. Ninguno de nosotros querría terminar estirado entre este lugar y la Residencia de Administración, ¿estoy en lo cierto? —la idea le pareció de repente bastante divertida al viejo inventor cuando se rió.

Zane había recogido el buen ánimo de Franklyn. —No hay nada tan agradable como un experimento que funciona como se esperaba, ¿cierto Rector?

—Cuánta razón tiene usted, señor Walker, —Franklyn estuvo de acuerdo, guardando su anillo dorado y sacando el teñido de verde. —¡Cuánta razón tiene usted de hecho. ¡Sí! ¿Vamos a contar para el viaje de regreso, entonces?

James guardó su anillo dorado, metiéndolo en el bolsillo de sus jeans. Junto con el resto de la tropa, levantó su anillo verde y lo sostuvo ante su dedo anular izquierdo.

—¡Uno! — todos contaron juntos. —¡Dos! ¡Tres!

El viaje de vuelta fue exactamente igual que el viaje de ida, pero a la inversa. Por una fracción de segundo, el cuerpo de James pareció estar estirado como chicle entre dos puntos distantes. Luego, con un reverberante *sonido*, la oscurecida sala de laboratorio apareció en el lugar alrededor de ellos.

—¡Formidable! —Franklyn proclamó alegremente, extrayendo el anillo verde de su dedo. —Incluso, ¡estimulante! Bueno, me imagino toda una gama de beneficios secundarios terapéuticos con este procedimiento. Creo que mis articulaciones no se han sentido tan ágiles desde que tenía ¡150!

En breve, el grupo se retiró al laboratorio principal, donde Franklyn lanzó una entusiasta explicación de su gigantesco reloj mecánico, el dispositivo que él había estado trabajando al principio cuando habían llegado. El resto de la hora, por desgracia, estuvo dedicada a un interrogatorio bastante aburrido del experimento, realizado por el Profesor Jackson en su forma típicamente seca y sobria. El profesor tomó abundantes notas de cada detalle, mostrando más interés específicamente en la sensación de estiramiento que todos experimentaron en el momento de la transferencia.

—Esto podría presentar una limitación bastante seria, Benjamín, —comentó, estudiando sus notas. —Incluso bajo la influencia mágica, la forma humana sólo puede descorporizarse mucho antes de que la re-incorporación se vuelva inestable.

—Oh, tonterías, Theodore, —Franklyn insistió, completamente imperturbable. —Eres demasiado precavido. La desaparición tiene más magnitudes ordenadas que caóticas de las que hemos experimentado.

—Tal vez, —Jackson admitió estoicamente. —Pero sospecho que una mayor multiplicación del efecto aumenta las distancias. Este experimento te envió apenas quinientos metros de distancia. ¿Qué pasará con las distancias medidas en decenas o miles de kilómetros?

—¡Riesgo! —Franklyn rió. —¡Análisis de riesgos! Estas son las marcas de identidad de los avances científicos y tecnománticos. Verás, mi amigo. Todo se resolverá con el tiempo.

Jackson asintió con escepticismo.

—Profesores, —Zane de repente elevó la voz. —Es casi las dos. Todos debemos volver a nuestras clases, ¿cierto?

Franklyn miró sorprendido. —Oh, Dios mío me llenaste de gracia. ¿Es ya el tiempo? Sí, sí, por supuesto, todos debemos estar en nuestro camino. Mis estudiantes de Defensa de la tarde, están esperando una impresionante demostración del método Hercúlea Patada para la lucha contra los gigantes. Le he pedido asistencia al Profesor Bunyan. Seguramente estaré lamentando ese particular ejercicio mañana por la mañana. En todo caso...

Se puso de pie, una vez más, acariciando las gafas de su bolsillo. Al oír el crujido del vidrio de sus gafas rotas nuevamente, sacudió la cabeza con tristeza. —No todo se puede reparar con magia, —repitió con una sonrisa. —Pero eso no me ayuda a llegar a Técnicas Defensivas sin caer en una fuente. Theodore, ¿serías tan amable de, eh...?

El Profesor Jackson levantó sus cejas negras y tupidas inquisitivamente, y luego pareció darse cuenta de lo que el rector estaba solicitando.

—Feliz de estar de servicio, —respondió malhumorado, implicando todo lo contrario. —Dama, —dijo, asintiendo con la cabeza una vez para Rose, —Caballeros. Buenas tardes. Señor Walker, confío que vigilará a sus amigos de regreso a su armario.

Zane volvió a saludar. —¡Señor, sí, señor!

Un momento después, Jackson y los pasos de Franklyn se oyeron en ecos por las escaleras más allá de la puerta del laboratorio.

—Así que, —dijo Rose brillantemente, —¿Es aquí donde nos muestras todo el campus?

—Campus-schmampus, —Zane sonrió, inclinándose y bajando la voz. —¿Les gustaría a todos ver algo realmente increíble?

—Ya no me gusta el sonido de esto, —Ralph murmuró.

Scorpius levantó una ceja. —¿Qué está sugiriendo, Walker?

—Oh, nada, —Zane se encogió de hombros teatralmente. —Excepto que tal vez el Rector estaba de tan buen humor que se olvidó de cerrar con llave cuando se fue, en parte gracias a mí por recordarle de las clases en el momento justo.

—¡Eres un grandísimo sinvergüenza! —Rose chirrió, correteando cerca de Zane y pasando un brazo alrededor de sus hombros. —¿Qué estás pensando?

—El Profesor Jackson es un viejo curioso, —dijo Zane, adoptando un tono serio. —Él da una gran charla sobre los riesgos, y sin embargo, planea las cosas más peligrosas y sorprendentes de todas. —se inclinó de nuevo, invitando a los demás en un corrillo. —Hay un escritorio allí atrás, en esa oficina convenientemente desbloqueada, con *docenas de anillos*, todos trazados a todo tipo de lugares en ¡todo el mundo! Yo digo que los ¡usemos! Y digo que visitemos algún lugar *realmente* genial!

—¡Eso es una locura! —dijo Ralph con voz áspera. —¡Ya oíste lo que dijo Jackson! Sonaba como que si tratamos de ir demasiado lejos, ¡nos estiraremos a la nada!

—Tonterías, —dijo Zane despectivamente, imitando a Franklyn. —Si realmente pensó que era peligroso, no habría hecho todos esos anillos. Además, no estoy sugiriendo que vayamos todos tan lejos. Apenas una distancia *chiquitita*. Un brinco, salto y un brinco, realmente.

—Eres un tonto, —dijo James, pero estaba sonriendo. No pudo evitarlo.

—Querrán ir, —Zane insistió. —Confíen en mí.

—Es un imprudente suicidio, —dijo Scorpius con total naturalidad.

Zane se enderezó y miró a la cara de cada uno a su vez. —Es Nueva
Ámsterdam.

Rose asintió con seriedad. —¿Qué tan pronto podemos irnos?

Zane la palmeó en el hombro. —Voy por mi chaqueta.



Capítulo 4

El Coleccionista

Menos de un minuto después, Zane llevó al grupo a través de la antecámara oscura, con su única mesa y la colección de anillos, y hasta una corta escalera de madera a una segunda puerta estrecha. Esta la abrió cuidadosamente y mientras lo hacía, un crujido emanó desde el laboratorio externo. Zane se quedó inmóvil y miró nerviosamente.

—¿Qué? —preguntó James —¿Volvió Franklyn?

—¡Shh! —siseó Zane, y luego añadió en voz baja —No es Franklyn quien me preocupa. Es Jackson, si él nos atrapa jugando con sus anillos, ser estirados a la nada será la última de nuestras preocupaciones.

Una sombra se movió en la habitación exterior, y luego una figura apareció en la puerta.

—¿Llegué tarde? —la voz de una chica preguntó en un susurro emocionado
—Oh, Dios. No llegué tarde.

Zane suspiró con alivio —Todos conocen a Nastasia. Le dije que quizá haríamos un pequeño viaje de campo.

James frunció el ceño mientras Nastasia se acercaba a él, su cabello era de un color rosa brillante ahora —¿Crees que sea buena idea llevar a tanta gente?

—Vamos a estar bien —respondió Zane fácilmente, dando un paso arriba hacia la pequeña oficina —Jackson hizo seis copias de cada conjunto de anillos. Hay seis de nosotros. Es perfecto.

—Además —sonrió Nastasia, deslizándose junto a James en la base de los peldaños —Si me dejan atrás, los delataré.

—Bien —asintió Scorpius, sin aprecio.

Rose trotó por las escaleras y miró hacia atrás desde la puerta de la oficina —Vamos, todos —sonrió —¡Vamos a la Aventura!

Con cuidado de no tocar nada, James entró a la oscura oficina con los demás. La habitación era muy pequeña, atestada con un escritorio, una librería llena y un alto armario de madera con cajones estrechos. Zane se agachó y luego abrió el octavo cajón. Una colección de telas púrpuras estaban perfectamente guardadas, cada una con una nota añadida. James se acercó, leyendo las etiquetas.

—Esto es una locura —murmuró Ralph, impresionado —¡Cubren todo el mundo mágico! ¡Aquí están las pirámides de Egipto! ¡Y el Lago Ness! ¿Y cuál es éste? ¡"El anillo de los Ancestros barbudos"!

—¡Ohh! —dijo Rose con asombro, empujando a Ralph a un lado con un poco de esfuerzo —¡Esa es la Universidad mágica Paquistaní! ¡Muy secreta y antigua! Dicen que está escondida en las montañas de Karakoram, ¡Rodeada de picos imposibles! ¡Vamos allá!

—No seas tonta —insistió James —Está muy lejos. No me apetece ser tirado por un hilo y ser partido en dos. Hace un minuto estaban todos entusiasmados con Nueva Ámsterdam.

—Eso fue antes de saber todas las opciones —dijo Rose poniendo mala cara.

—Toma los anillos, Zane, Zombi idiota —instó Nastasia ansiosamente — ¡Aquí James está con ganas de ir!

James miró hacia donde estaba ella con fastidio. En todo caso, él estaba teniendo serios segundos pensamientos acerca de toda esta aventura. Sin embargo, Nastasia, parecía disfrutar contrariarle. Ella lo miró, hombro con hombro, y le guiñó un ojo con picardía.

—Aquí estamos —dijo Zane, levantando una de las telas fuera del cajón —La Montaña de Cristal, el piso del gobierno. Ese es uno de los pisos superiores del enorme rascacielos de cristal que vimos el año pasado, ¿recuerdan? Oh, esto va a ser totalmente excelente —con mucha cautela, puso el paño sobre la mesa y lo desenvolvió, cuidando de seguir el doblez original exacto. Un momento después, doce anillos brillaban en la oscuridad.

—Un par para cada uno —dijo Scorpius de manera seria, tratando de alcanzar un conjunto de anillos —Igual que antes.

—Esto es, todos —advirtió Zane —Oro para salir, verde para volver. Mantengan sus anillos escondidos en un bolsillo seguro cuando no los estén usando. Si todo va según lo previsto, estaremos de vuelta antes de la próxima campana y nadie sospechará nada.

Ralph gimió — ¿Desde cuándo todo va según lo planeado?

—Todos deberíamos estar de acuerdo —dijo Rose, poniendo su cara severa y mirando alrededor —Si alguien quiere quedarse atrás, todos nos quedamos. ¿De acuerdo?

—Mmm... —Nastasia ladeó la cabeza, pensativa. Miró a un lado a James y entrecerró los ojos —Mmm... No —con eso, se metió el anillo de oro en su dedo y desapareció en una difuminación de velocidad.

—Debo admitirlo —anunció Scorpius abruptamente —lo haré como ella. — giró su anillo en el dedo y desapareció también.

—¡Eee! —gritó Rose, saltando sobre sus pies en una mezcla de emoción y miedo. Se puso su propio anillo, desapareciendo junto a Zane, quien dejó un grito emocionado haciendo eco detrás de él.

James se encogió de hombros perplejo —¿Qué dices, Ralph? ¿A la cuenta de tres?

Ralph asintió con rigidez. Juntos contaron con sus anillos listos en sus dedos. A la cuenta de tres, se pusieron los anillos.

Esta vez, la sensación de estiramiento era mucho mayor. Por una fracción de segundo, James sintió que su cuerpo era una mera cinta, muchas millas de largo, canalizando a través de un conducto de luz y color. Luego, con más violencia que antes, la realidad se hizo alrededor de él, casi golpeándole la cara. Tropezó y cayó pesadamente desparramado en una superficie plana y de felpa.

—Ohhh —gimió tratando de impulsarse en posición vertical. Abrió los ojos y se encontró a sí mismo mirando en una disminución difuminada de capas vidriosas, desvaneciendo en brillantes y vertiginosas profundidades —¡Oh! — exclamó de nuevo, poniéndose de rodillas en alarma.

—¡Yeeks! —agregó de cerca Ralph. James levantó la mirada y vio a su amigo acurrucado a unos pies de distancia, apoyado en un reluciente escritorio transparente. Parecían estar en una especie de enorme complejo de oficinas, lleno de escritorios, paredes bajas, colecciones de sillas de felpa y mesas largas. No se parecía a algún área del Ministerio de Magia, excepto por el hecho que todo, hasta la alfombra de lujo y el alto techo panelizado, parecía estar hecho de materiales perfectamente transparentes. Cada superficie brillaba con prismas capturados, bailando a la luz del sol que se filtraba, sin interrupción, en todo el edificio. Esparciéndose debajo, y visible desde todos los ángulos, se veían las ciudades gemelas de Nueva Ámsterdam y Manhattan, pareciendo extrañamente serenas y vacías en la distancia.

—La Montaña de Cristal —dijo James, sonriendo con asombro.

—Extraño —comentó Ralph, poniéndose con cuidado sobre sus pies —No hay nada como vivir en constante y aplastante vértigo ¿Dónde está todo el mundo, por cierto?

Como en respuesta, una voz retumbó en el aire, haciendo eco ampliamente —Todas las llegadas tardías deben dirigirse a los ascensores —anunció una voz con severidad, interrumpida por una distante risa de una chica. La voz continuó, un poco fuera del micrófono —¡Cállate, Nastasia! ¡Estás arruinando el efecto!

James y Ralph se miraron el uno al otro —Zane —dijeron al unísono.

El sistema de megafonía se cerró con un fuerte chasquido.

—Allí —sonrió James, señalando hacia un banco de puertas de ascensores vidriosos reflectados a través de las mesas de cristal y una colección de helechos en lindas macetas casi invisibles. Juntos comenzaron a caminar a través del complejo, apenas evitando las esquinas de las mesas y sillas transparentes.

A pesar de la belleza del lugar, una fina capa de polvo empañaba las superficies de cristal, recordándoles sus meses de vacío abandono. Tazas de vidrio todavía estaban en los escritorios, medio llenas de café y té congelados. A la cabeza de una larga mesa de conferencias, un marcador mágico garabateaba notas en una pantalla de cristal flotante, repitiendo las mismas notas una y otra vez, chillando con sequedad en el silencio.

James se estremeció a pesar de la calidez del lugar soleado.

Ralph llegó a los ascensores primero y presionó el botón de arriba. A la distancia, la maquinaria comenzó a tararear. Al mirar hacia abajo, James pudo ver una pequeña caja centelleante entre sus pies. Rápidamente, comenzó a escalar, convirtiéndose en la forma inconfundible de un compartimiento de ascensor. Apareció sin problemas en su lugar detrás de las puertas de cristal cerradas y se estremeció cuando se detuvo. Las puertas se abrieron de golpe y los dos chicos entraron, no haciendo ruido con sus pies sobre la alfombra de felpa extrañamente invisible.

James miró a los botones brillantes al lado de la puerta. El botón superior era más grande que el resto, se etiquetaba AZOTEA. Con un encogimiento de hombros, James lo pulsó.

Inmediatamente el ascensor comenzó a subir. Más allá de las puertas, los pisos comenzaron a pasar, revelando más niveles de oficinas y salas de reunión. En cuestión de segundos, el último piso pasó debajo de ellos y el ascensor se detuvo. James podía ver a Zane, Rose, Scorpius y Nastasia reunidos fuera, pero el resto del espacio exterior era un resplandor de luz del sol en el cristal.

Cuando las puertas se abrieron, una ráfaga de viento caliente irrumpió en el ascensor, alborotando el cabello y la polera de James.

—Parece que hay un poco de efecto de dispersión entre distancias —dijo Zane sobre el viento —Lo bueno es que ninguno de nosotros se materializó entre los pisos.

Nastasia asintió —O en el interior del hueco de un ascensor.

Ralph parpadeó y se estremeció —Odio saber que la única cosa entre nosotros y la caída de doscientos pisos fue pura suerte.

—Yo no estaría tan preocupado, Deedle —dijo Scorpius alentadoramente — Pura suerte parece significar mucho para ustedes.

James y Ralph se unieron a los otros mientras caminaban hacia una baranda baja. Conjuntos de escaleras bajaban de cada lado de la cubierta principal, que se dividía en una serie de bajas plataformas cuadradas.

—Pistas de aterrizaje —dijo Zane, señalando —Para las personas que se trasladan en escobas. Miren, hay todavía algunas escobas estacionadas ahí en el estante.

James entrecerró los ojos contra la luz del sol. Efectivamente, una serie de bastidores se situaba a lo largo del techo, todavía ataviado con un conjunto de escobas negras elegantes. Cada escoba parecía tener una inusual forma sobre el asa. James pensó que parecían gárgolas en miniatura.

—¡Vamos! —dijo Zane, trotando por las escaleras a la cubierta principal —
¡Vamos a echar un vistazo al lugar!

Rose y Nastasia le siguieron ansiosamente, mirando a su alrededor con curiosidad. Sintióse extrañamente reacio, James bajó las escaleras también.

—Caray —dijo Ralph en voz baja al llegar a la cornisa del techo —Eso es un montón de altura.

James miró cuidadosamente. La avenida de cuatro carriles parecía estar millas abajo, separada de ellos por una bruma a la distancia. El viento arrancó sobre el techo, haciendo sonar las escobas en el rack y azotando el pelo de los estudiantes.

—Es excelente —proclamó Nastasia, inclinándose sobre la cornisa e inclinando su cabeza hacia el cielo, con los ojos cerrados y su pelo rosado agitándose.

—¡Brrr! —dijo Rose, abrazándose a sí misma —¡Me da escalofríos! —dio un paso atrás detrás de Zane y agarró su chaqueta con fuerza sobre los hombros.

—Mi padre dice que Viktor Krum y Los Harriers están allá abajo en algún lugar —murmuró Scorpius, frunciendo el ceño en la distancia —La historia oficial es que están ayudando a encontrar rezagados, pero mi padre cree que hay otras razones. Él piensa que ellos están aquí para vigilar el bastón del director Merlín.

—¿Su bastón? —parpadeó Rose —¿Quieres decir que todavía está ahí abajo?

Scorpius asintió, todavía mirando hacia abajo, a la ciudad a sus pies —Se metió en la calle cuando él hizo el hechizo que congeló a los muggles por un día. Era el hechizo que utilizó todo su poder, causándole la muerte. Pero su bastón se ha pegado ahí desde entonces. Nadie puede sacarlo, y es demasiado poderoso para dejarlo sin vigilancia.

—Al igual que la espada en la piedra —suspiró Ralph, y luego se estremeció.

James miró a su amigo y vio su ceño fruncido. La última vez que había estado aquí, Ralph había estado llevando el cadáver de la pobre Lucy, asesinada en el

Mundo Entre los Mundos. Un profundo sentimiento de melancolía descendió sobre él al recordar.

—Vamos —dijo rotundamente —Vamos a salir de aquí.

Para su sorpresa, hubo guiños a su alrededor. Poco a poco y en silencio, la tropa comenzó a hacer su camino de regreso a la azotea.

Al llegar a la parte superior de la escalera, una ráfaga particularmente difícil de viento aullaba sobre el tejado, batiendo la camiseta de James contra su pecho y moviendo salvajemente el pelo largo de Rose. La chaqueta que había agarrado en sus hombros atrapó el viento como una vela y desgarró en el aire.

—¡No! —gritó, agarrándose de ella, pero ya se había ido. La chaqueta se elevó gentilmente en el cielo, conducida por las corrientes de viento, y luego cayó, revoloteando en silencio más allá de la línea del techo y hacia abajo, abajo, fuera de la vista.

—¡No! —volvió a gritar Rose —¡Maldita Sea! ¡No!

—Lamentable —dijo Zane con sentimiento —Ese fue un buen suéter.

Rose se giró en el acto y lo miró con los ojos desorbitados, el pelo aún volaba en el viento —¡No es el suéter, grandísimo idiota! —ella gritó y luego agarró su cara entre las manos, volviéndose hacia el espacio vacío más allá del techo —Oh, ¿Cómo pude haber sido tan malditamente estúpida?

—¿Qué es, Rose? —preguntó James, acercándose a ella —¿Cuál es el problema?

—¡El anillo! —dijo, frente a él y sosteniendo su mano izquierda, mostrándole el anillo de oro en su dedo —¡El anillo verde para el viaje de regreso! ¡Estaba en el bolsillo de mi chaqueta, James! Ahora se ha ido, volando por sobre el techo y ¡Estoy atrapada aquí!

Hubo un largo momento de silencio mientras todos miraban a Rose, atónitos y horrorizados.

Nastasia dio un paso atrás hacia la parte superior de la escalera y miró por encima de la barandilla, en la bruma distante de las ciudades que estaban abajo.

—¡Oooops! —cantó fuera, mirando hacia atrás con una sonrisa irónica.



Los seis estudiantes se acercaron a la barandilla por donde la chaqueta de Rose había volado.

Ralph frunció el ceño, pensativo —¿No es posible que el resto volvamos y luego enviar a alguien de vuelta con dos anillos verdes?

—No funcionan de esa forma —Zane negó con la cabeza —Están hechos en pares. Los anillos verdes solo funcionan con sus homólogos de oro. Por si solos, son solo joyas.

James entrecerró los ojos sobre la saliente, en busca de alguna señal de la chaqueta perdida de Rose —Por lo menos nadie puede usar el anillo verde si es que encuentran la chaqueta, ¿verdad?

—Correcto —estuvo de acuerdo Zane —Pero si no la encontramos, Rose tendrá que caminar a casa. Y es una distancia tremenda para caminar a Aleron.

—Todo esto es culpa de *ella* —dijo James de repente, volviéndose y mirando a Nastasia —Ella se fue antes de que todos estuviéramos de acuerdo en venir. Probablemente volverá sin antes pensarlo.

Una mirada sinceramente herida cruzó el rostro de Nastasia. James estaba tan sorprendido de verla que se sentía bastante mal por culpa de ella. Sin embargo, la mirada desapareció tan pronto como había aparecido.

—Yo no obligué a nadie a venir —proclamó con altanería —Soy del tipo aventurera, no puedo evitarlo.

Ralph se giró hacia Rose con una expresión de dolor —¿Por qué no pudiste guardar el anillo en el bolsillo como todos los demás?

—¡Esa chaqueta contenía el único bolsillo que yo tenía! —dijo entre dientes —
¡Trata de correr con una falda y ve dónde guardas cosas!

—¡Sí! —dijo Zane con repentino entusiasmo.

—Todo esto es muy entretenido —intervino Scorpius —pero el reloj no se detiene y no estamos ni cerca de encontrar el anillo de Rose. ¿Puedo sugerir que bajemos y formemos un grupo de búsqueda?

James suspiró —Correcto. No hay duda con eso. Me quedaré con Rose para ayudarlo a encontrar su anillo. El resto de ustedes puede regresar si quieren.

—De ninguna manera —dijo Ralph inmediatamente —Nos mantendremos unidos. Rose tenía razón. Estamos todos juntos en esto.

—Yo no iré a ninguna parte sin Rosie —estuvo de acuerdo Zane —Esta fue mi idea, después de todo.

Scorpius asintió brevemente y luego se giró hacia Nastasia.

—Oh, ¿Cuán divertido sería si me voy ahora? —dijo ella con voz repentinamente malhumorada. James estaba secretamente complacido de ver que ella era capaz de estar descontenta.

—Bien —dijo Scorpius, volviéndose hacia la azotea y los ascensores que estaban más allá —Vamos hacia abajo.

Zane negó con la cabeza —Los ascensores no son buena idea. El primer piso está cerrado por dentro y por fuera. El perímetro de seguridad mágico fue creado por el propio Jackson. No hay forma de salir del edificio.

—Entonces, ¿Qué vamos a hacer? —Ralph se encogió de hombros —¿Saltar?

—No, —dijo James, girándose hacia más allá de la cornisa y señalando — ¡Volamos!

Rose se acercó a los pocos palos de escoba oscuros que quedaban en el bastidor de la azotea —Pero eso sería como robar. ¿O no?

—Nooo —le aseguró Zane sinceramente —No, se llama "requisar". Es una emergencia después de todo. Podemos devolverlas cuando hayamos terminado.

Rose lo miró hacia un lado con recelo —Te *gusta* la idea de volar esas escobas sobre la saliente, ¿no?

—No seas tonta —respondió Zane poco convincente —Los tiempos difíciles exigen medidas duras y todo eso. Es un trabajo sucio. Al diablo con los torpedos. ¡Ohh! ¡Ésta es un Aventidore! ¡Con su propio propulsor y todo!

—¡Zane! —le regañó Rose —¡Esto es muy serio!

—Correcto, —agregó Zane, sin apartar los ojos de la escoba —Muy serio. Totalmente. Pero aun así, ésta es mía.

James miró de cerca la escoba, notando de nuevo la forma endiablada encaramada en el extremo —De todos modos, ¿Qué es esa cosa?

Zane se encogió de hombros —No lo sé. ¿Adorno, quizás? —se acercó para tomarla agarrando la escoba negra elegante desde el bastidor cuando Scorpius gritó una advertencia súbita. Sus palabras fueron ahogadas por un grito ensordecedor de la propia escoba.

—¡LADRÓN! —gritaba la escoba con voz de falsete agudo. —¡LADRÓN! ¡POSESIÓN NO AUTORIZADA! ¡WHOO! ¡WHOO! ¡LLAMEN A LA POLICÍA! ¡NOTIFIQUEN AL PROPIETARIO! ¡CONTACTEN A LA AGENCIA DE SEGUROS! ¡WHOO! ¡WHOO" ¡WHOO!

—¡Esa es una alarma gárgola personal! —gritó Scorpius por sobre el ruido de la escoba. Señaló a la forma endiablada encaramada en el extremo, que había ahuecado sus diminutas manos a los lados de ancha boca —¿Qué eres, un completo patán?

—Ah, —asintió Zane, tratando de sonar casual mientras gritaba el diablillo a todo volumen —¡Buena característica! Tiene que haber forma de apagarlo de alguna manera.

Empezó a mover y pinchar al diablillo, como si buscara un botón. Éste le abofeteó su mano, y luego comenzó a reír con rabia.

—¡Ya Basta! —exigió —¡Esto es serio! ¡Estoy siendo robado! ¡LADRÓN! ¡NOTIFIQUEN A LA POLICÍA! ¡WHOOOP! ¡WHEEEOOO!

—¡No somos ladrones! —gritó Rose, acercándose al diablillo con las manos sobre las orejas —¡Y tu dueño no está cerca! ¡Toda la ciudad ha sido evacuada! ¡No hay nadie aquí! ¡No hay policía, no hay nadie!

El diablillo la miró con recelo —¡BUENA HISTORIA, SEÑORITA! —gritaba, su voz chillona hacía eco alrededor de la azotea —ESO ES LO QUE LE GUSTARÍA QUE YO CREYERA, ¿CIERTO?

—Podríamos demostrarlo —dijo Nastasia pensativa —Lánzalo desde la azotea, Zane, y deja que lo vea por sí mismo.

—¡No nos apresuremos! —amonestó el diablillo, levantando sus dos manos, con las palmas hacia fuera —¡Sólo estoy haciendo un trabajo aquí, rosadita! ¡No hay necesidad de dañar la mercancía!

—Mira, —dijo Scorpius, dirigiéndose al diablillo —No te estamos robando. Estamos tomándote prestado un momento por una emergencia. Mi padre tiene uno como tú instalado en su propia escoba, y sé que es un hecho que estás hechizado para ayudar en cualquier tipo de emergencias. Por otra parte, —se quedó atrás y ladeó la cabeza, pensativo —puede que sea sólo la serie 500 genuina.

—¡¿Serie 500 genuina?! —se burló el diablillo, cruzando sus brazos con arrogancia —¡Eso es estrictamente de enanos del mercado de accesorios encantados! ¡Ni siquiera un diablillo verdadero! Vengo de fábrica en la versión de 500 Knuts. Pruébame, imbécil.

—No lo sé —dijo Zane, ocultando una media sonrisa —Apuesto a que ni siquiera puedes llevarnos abajo desde este techo.

El diablillo puso en blanco sus ojos —Buena psicología inversa, Freud. ¡WHOOOP! ¡WHOOOP! ¡ESTOY SIENDO ROBADO POR UN IDIOTA SIN IMAGINACIÓN!

—¡Espera! —gritó Ralph, interrumpiendo al diablillo mientras tomaba otro respiro hondo —Esto realmente es una emergencia. Estamos atrapados aquí a menos que todos nosotros podamos bajar de este techo y encontrar nuestro único camino de vuelta a casa. Tú eres el único que puede ayudarnos, pero no puedes bajarnos a todos de todas formas. ¿Puedes apagar la alarma gárgola en este otro par de escobas?

El diablillo todavía tenía el pecho inflado, preparado para continuar la alarma. Con voz tensa, preguntó —¿Estás seguro de que esto es una emergencia real?

—Por favor —dijo Rose en serio —Estaré varada aquí si no puedo bajar y encontrar lo que he perdido. Te traeremos de vuelta aquí cuando hayamos terminado.

—Si es que podemos —añadió Nastasia razonablemente. El diablillo la fulminó con la mirada, al parecer recordando su amenaza de tirarlo por la borda. Finalmente, exhaló con dureza y sacudió su cabeza.

—Bien, —aceptó de mala gana —Pero estoy hechizado con una memoria fotográfica y delataré a todos y cada uno de ustedes, si las cosas se ponen sospechosas. ¡Hey! ¡El resto de ustedes! Comando de anulación amarillo: pilotos que necesitan ayuda.

Las dos escobas restantes emitieron una especie de graznido. Los diablillos agazapados en las manijas cobraron vida y miraron a los estudiantes con una mezcla de desconfianza y entusiasmo. Uno de ellos era ágil y azul metálico con una pequeña cabeza afeitada y brillantes ojos sin pupilas. El otro era muy gordo, rosado y adornado con un par de alas blancas.

—Ohhh, —dijo el rosado con una voz burbujeante —¡Una verdadera emergencia! ¿Debo encontrar la florería más cercana?

—Serie Cupido, —murmuró el primer diablillo por lo bajo. —Genial.

—¡Yay! —aplaudió Cupido con sus manos regordetas —¡Una aventura!

Zane levantó la Aventidore —¡Toma esta! —murmuró hacia Rose —dile escopeta.

—¡Escopeta! —proclamó Rose de inmediato, deslizándose a su lado.

James la miró, no del todo seguro de lo que eso significaba, pero sabiendo que probablemente causaría que él volaría la escoba Cupido. Miró a un lado y vio a Scorpius sacar la escoba azul del bastidor. Su diablillo plateado se enrollaba ágilmente en el extremo.

—Voy con Scorpius —dijo Ralph tímidamente, mirando hacia atrás a la escoba de color rosa —No creo que esa cosa pueda sostenerme de todas formas.

Nastasia sonrió y tomó su lugar al lado de James —¿Quieres que conduzca yo? —preguntó con dulzura, mirándole y parpadeando.

James suspiró y sacudió la cabeza. Cogió la escoba Cupido. Como las otras, era mayormente negra, a pesar de que llevaba franjas rosadas a los costados y tenía rosas secas enroscadas en su cola.

—Ustedes dos se ven simplemente adorables, —insistió el Cupido mientras James se montaba a regañadientes en la escoba y Nastasia ponía sus brazos alrededor de sus hombros —¡Y sólo miren! —continuó, apuntando el cabello de Nastasia —¡Coincidimos! ¡Es perfectamente delicioso!

—Sí, —sonrió Nastasia, con la voz muy fuerte en el oído de James —Es delicioso, ¿verdad, James?

James sintió su cara caliente con una ola de confusa vergüenza, miedo y algunas otras emociones que no pudo identificar de inmediato.

—El viento sopla por ese lado —dijo Zane, señalando a lo largo de la avenida de abajo —Vamos a seguirle y mantener un ojo agudo. La chaqueta de Rose puede

estar allí abajo en la calle, tirada en alguna parte. Vamos a llegar lo suficientemente bajo como para buscarla. ¿De acuerdo, diablillito?

—No presione —el diablillo de la Aventidore gruñó con resignación.

James agarró su escoba —¡Vamos! Todo el mundo permanezca junto.

—¡Buscaré los tiempos iniciales de cualquier buen espectáculo del Mago Moxy! —gritó el cupido con una voz inspirada.

Con eso, las tres escobas, cada una con dos pilotos, iniciaron el vuelo desde el techo y saltaron sobre el viento silbante desde alturas vertiginosas. Inmediatamente, se dirigieron hacia abajo y comenzaron a descender zigzagueantes entre las sombras de los rascacielos.

—¡Estás driblando a la derecha! —ladró Nastasia al oído de James, renovando el agarre en sus hombros —¡Y estás cayendo demasiado rápido! ¿Dónde aprendiste a volar?

—Sólo cállate, estoy tratando de concentrarme —dijo James secamente —¿Y tienes que aferrarte tan fuerte? Vas a sacarme la cabeza.

—Si conduces mejor quizás lo aflojaré. ¡Atento!

James se desvió a la izquierda mientras un asta de bandera pasaba de largo, sobresaliendo por el lado de un rascacielos cercano.

Nastasia casi se subió a sus hombros mientras aceleraba —¡Hay toda una fila de ellos! —chilló —¡No tan cerca! ¿Qué estás haciendo?

—¡Estoy buscando la chaqueta de Rose, grandísima imbécil! ¡Podría estar colgada en cualquier parte! ¡Sal de encima! ¡Apenas puedo ver!

—Pelea de enamorados, —reprendió el Cupido con un cloqueo de su lengua —¿Podría reservar una cita para sus pedicuras? ¿Qué tan romántico sería? Respuesta: ¡Muy!

—¡Cállate! —James y Nastasia dijeron simultáneamente.

Las tres escobas continuaron driblando hacia abajo, balanceándose arriba y abajo entre cañones de cristal y acero.

En la delantera, Zane dijo hacia atrás —¿Alguien ha visto algo?

—Tenemos que bajar aún más, —dijo Scorpius, moviendo la cabeza en señal de frustración —pudo haber volado a cualquier lugar: bajo cualquiera de estos coches abandonados o encima de un toldo, cualquier parte.

—Maldita sea, —se condenó Rose a sí misma —¡Si tan sólo pudiera realizar un hechizo *Accio!*

—Ralph se iluminó —¡Es una gran idea! ¿Por qué no lo haces?

Rose lo miró como si fuera un completo idiota —¡Porque mi varita también está en el bolsillo de mi chaqueta!

—Y ni uno de nosotros la conoce lo suficiente para llamarla hacia nosotros —suspiró Scorpius —No hay nada que hacer pero manténganse...

—¿Qué es eso? —interrumpió Nastasia, sacando un brazo y apuntando un techo cercano. James miró a la derecha, siguiendo su gesto. El techo se deslizaba, e iba en aumento mientras descendían. Algo se movía a través de las viejas unidades de aire acondicionado y los conductos serpenteantes. Con una embestida caída, saltaba a la luz del sol.

—¡Es una mujer! —exclamó Rose, sacudiendo los hombros de Zane encima de su escoba —¿Qué está haciendo aquí?

Era de hecho una mujer. Su sucio cabello rubio estaba viscoso, y era azotado por el viento formando un derrame salvaje alrededor de su cabeza y sus embrujados ojos brillantes. James sabía instintivamente que era una muggle, y sin embargo, cuando ella les vio (seis jóvenes volando alrededor sobre escobas a trescientos pies de altura) no hizo más que parpadear. Ella se sacudió hacia ellos, con sus zapatos deslizando frenéticamente en el techo alquitranado.

—Ayuda —jadeó con voz ronca. Hubo un movimiento detrás de ella ahora. Formas oscuras revolotearon a través de las rejillas de ventilación de la azotea,

inclinándose rápidamente hacia ella. James apenas tuvo tiempo de verlos antes de que su escoba descendiera bajo la línea del techo, oscureciendo su visión.

Mientras James pasaba de largo, la mujer miró a sus perseguidores. Ella gimió de terror, y luego, para sorpresa total de James, ella saltó.

—¡No! —exclamó Rose.

Pero la mujer no estaba saltando a su muerte. Se había dirigido hacia la escoba de James. Cayendo desesperadamente, golpeándolo a él y a Nastasia, con un brazo alrededor de cada uno de sus cuellos, aferrándose desesperadamente. La escoba se giró enfermizamente a la izquierda, casi dando vueltas por completo y comenzó a caer en una espiral empinada.

—¡Demasiado peso! —se lamentó el Cupido —¡Están excediendo el peso en un cuarenta por ciento! ¡No triángulos amorosos!

—¡Agárrala! —gritó James, luchando por recuperar el control de la escoba mientras el descenso se acentuaba.

—¿Estás loco? —gritó Nastasia entre el viento fuerte. —¡No podemos sostenerla!

—¡Bueno, no podemos tirarla!

—¡Vamos a estrellarnos si no lo hacemos! —James se dio cuenta que Nastasia estaba tratando de soltar el brazo de la mujer alrededor de su cuello. La mujer gimió, al parecer demasiado débil para aguantar mucho más de todos modos.

—¡Nastasia! —gritó James —¡Detente! ¡Sostenla! ¡Lo lograremos!

Una forma se abalanzó por delante de ellos, zarandeando a su paso. James miró frenéticamente a un lado y vio a Zane luchando por igualar su descenso. Detrás de él, estaba Rose espantada con sus labios apretados en una fina línea de terror.

Zane señaló hacia abajo y gritó algo.

—¿Qué?! —gritó James, luchando por mantener inútilmente el palo de la escoba en posición vertical.

Zane se inclinó hacia un lado y gritó de nuevo —¡Apunta para los toldos!

James lo miró aturdido, y luego dirigió su atención a la avenida que rugía por debajo de él. Un amplio toldo verde abarcaba el edificio de su lado izquierdo. James asintió entendiendo y se lanzó con fuerza hacia la izquierda, arrastrando la escoba que caía con él.

—¡Espera! —exclamó. El toldo se precipitaba por debajo de ellos, inclinado y guiñándole mientras James perdía completamente el control. Se preparó y cerró los ojos.

El impacto fue mucho más duro de lo que esperaba. El lienzo tenso estaba sorprendentemente duro, pero el marco que estaba debajo se rompió con un sorpresivo chirrido metálico. El toldo colapsó debajo de ellos arrastrándolos con él mientras se desplomaba, la mitad en la acera y la otra mitad en un taxi amarillo abandonado.

James rebotó, perdiendo su control sobre la escoba y estrellándose en la puerta de la cabina. Cayó al pavimento con fuerza suficiente como para castañear sus dientes y por unos segundos su visión fue borrosa.

Sombras pasaron sobre él cuando los otros se aproximaron a tierra.

—¡James! —dijo Rose con ansiedad —¿Estás bien? ¡Dime que estás bien!

—Estoy bien —dijo James magullado, obligándose a sentarse a la sombra del taxi —Creo. ¿Y los demás?

Miró a su alrededor, temiendo lo peor. Nastasia estaba enredada en los restos del toldo, que parecía haberse doblado a su alrededor en una especie de capullo de lona verde. Ella gimió con irritación y comenzó a luchar con los restos. La misteriosa mujer rubia había caído sobre el taxi y rodó hacia abajo sobre el capó, donde se agitaba lánguidamente. Milagrosamente, ella parecía estar físicamente bien, casi exhausta. Se bajó del capó y las rodillas se le doblaron.

—Corre —murmuró tensa. —Corre, Lissa. No dejes que te recoja. ¡Corre, nena, corre!

Pero sus piernas se rebelaron, negándose a sostenerla. Se desarmaron bajo ella y quedó tendida patéticamente en la acera.

—¿Está bien? —preguntó Zane, abandonando su escoba y corriendo a su lado.

—¿Quién es ella? —agregó Ralph, arrodillándose a su lado.

Rose se unió a ellos. Juntos, los tres estudiantes la ayudaron a sentarse — ¿Señorita? —Rose le preguntó cuidadosamente —¿Lissa? ¿Ese es tu nombre? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo que correr —la mujer, Lissa, insistió débilmente. Miró a su alrededor, vio a Rose y Ralph, y de repente agudizó sus ojos. Ella se aferró a ellos —¡Tengo que correr! —repitió frenéticamente —¡El Coleccionista se acerca!

—¿Quién? —dijo James, poniéndose de pie torpemente.

—El Coleccionista —una voz profunda dijo a sus espaldas. James se sobresaltó y se dio la vuelta, casi cayendo de rodillas de nuevo. Una figura estaba de pie contra el sol, tapando a James con su sombra. Era un hombre muy alto, vestido con una túnica burdeos con volutas de oro en las mangas. Una capucha profunda ocultaba su rostro, revelando sólo su barbilla y la punta de su nariz. Parecía mirar a James desde el fondo de su capucha, como si lo estuviera evaluando.

—Pido disculpas —dijo, sonriendo de repente. Levantó las manos pálidas y se echó hacia atrás la capucha, revelando una cara guapa y no particularmente interesante. Cabello oscuro, mezclado con gris acerado y peinado hacia atrás desde la frente —No era mi intención asustarles. Yo soy la persona a la que ella se refiere, El Coleccionista, aunque no es tanto un nombre sino más bien un... Título.

—¿Qué quieres? —gritó Rose, poniendo su brazo protector alrededor de Lissa, quien había empezado a hiperventilarse en aparente terror —¿Por qué la estás cazando?

—Esta pobre criatura está a mi cargo —respondió el hombre, con un toque de tristeza en su voz —Es solo uno de los infortunados y olvidados dejados para valerse por sí mismos en esta ciudad fantasma. Los he tomado para cuidarlos, siempre que mis obligaciones me lo permitan.

—Si estás cuidando de ella, —preguntó Scorpius, dando un paso hacia adelante. —Entonces, ¿Por qué estaba huyendo de ti? ¿Por qué estuvo a punto de suicidarse para alejarse de ti?

—Por desgracia, —dijo El Coleccionista, moviéndose cuidadosamente más cerca de Lissa y descendiendo sobre una rodilla —Ella no está en su sano juicio. Pocos de ellos lo están. Es por eso que se quedaron aquí, para empezar, porque no hicieron caso de las advertencias de evacuar junto al resto. Ella está confundida. Y como pueden ver, ella es un peligro para sí misma. Voy a llevarla de vuelta. Voy a cuidar de ella, como lo hago con el resto.

Lissa repentinamente se echó a reír. Era un sonido irregular y desesperado — ¡El resto! —se quedó sin aliento —¡Difícilmente alguno de nosotros haya podido irse! ¡Has "coleccionado" a tantos! ¡Eres un monstruo! ¡Una... una *bestia*!

El Coleccionista inclinó la cabeza y extendió las manos. —Infortunadamente, algunos delirios son mucho más fuertes que otros. Hago lo que puedo para ayudarlos, pero algunos... requieren una atención especial. —levantó la cabeza de nuevo y se dirigió directamente a la mujer —Vamos, mi querida Melissa. Usted sabe que no hay manera de salir de la zona de cuarentena ahora, a menos que desee ser arrestada por las autoridades. Ellos podrían encarcelarte. Sus muchos crímenes...

Lissa se rió de nuevo, con un salvaje cacareo animal. —¡Encarcelamiento! ¡Sí! ¡Deja que me lleven! ¡Iré de buena gana! —se rió, y la risa era un medio sollozo, como si el Coleccionista se estuviera burlando de ella con un maravilloso trato en lugar de una amenaza de captura. Un escalofrío recorrió la espalda de James.

—Ella no quiere ir contigo —dijo, moviéndose para ponerse entre El Coleccionista y Lissa —Irá con nosotros. Podemos cuidar de ella. Tú... ya has hecho tu parte.

El Coleccionista lo miró sin levantar la cabeza. Sus ojos eran fríos, su sonrisa una mera máscara.

—Qué generoso eres... James Potter —dijo.

James dio un paso atrás y cogió su varita. Entrecerrando los ojos, le preguntó —¿Cómo sabes quién soy yo?

—Ven, Lissa —El Coleccionista dijo otra vez, extendiendo su mano pálida — Usted no quiere involucrar a estos jóvenes en sus problemas, ¿cierto?

La amenaza era evidente. James miró a Lissa, vio el miedo congelado en su rostro. Si ella no fuera junto con este hombre, su destino (el que sea) se extendería a quienes le ayudaran. Poco a poco, con voz entrecortada, se desprendió de Rose, Ralph y Zane. Y comenzó a ponerse de pie.

—No lo creo —dijo Scorpius impaciente, levantando el puño. Su varita sobresalía de él, apuntando al Coleccionista —No tengo nada en contra de usted, amigo, pero personalmente, estoy cansado de amenazas encubiertas. Créeme, las reconozco cuando las oigo. La mujer se queda con nosotros.

El Coleccionista miró la varita de Scorpius con sus cejas levantadas ligeramente —¿Así es como todos ustedes se sienten? —preguntó con un dejo de decepción en su voz.

James levantó su varita y se puso junto a Scorpius. Él asintió con decisión. Un momento después, sintió a Ralph y Zane a cada lado con sus propias varitas levantadas.

—¿De verdad, James? —dijo El Coleccionista, ignorando al resto —¿Esta es la posición que deseas tomar? ¿Arriesgando todo por el bien de una triste y perdida mujer muggle? ¿Una mujer que incluso su propia especie no se digna a tomar en cuenta?

James tragó saliva y asintió con la cabeza, renovando el control sobre su varita.

—Deberías considerar, —dijo El Coleccionista, erigiéndose nuevamente a toda su altura —la elección de tus batallas *más sabiamente*.

Levantó los brazos, mostrándoles las palmas blancas de sus manos, como si estuviera a punto de realizar un truco de magia. Y luego, fomentando esta impresión, un humo negro comenzó a salir de las mangas colgantes. El humo se arremolinaba, condensándose en anillos, y luego colapsándose en horribles formas. Dos criaturas se formaron por el humo, ambas más altas que el mismo Coleccionista, y ambas igualmente terribles.

—Aún no han aprendido sobre los Wendigos, —dijo El Coleccionista tranquilamente. —Son originarios de este país, antiguo y famélico a punto de extinguirse. Hasta que, cierto brujo socio mío les revivió. Son espíritus caníbales. Y como se puede ver... tienen *hambre*.

Los Wendigos parecían seres humanos horriblemente demacrados, con la piel moteada y gris pegada a sus huesos. Sus pies eran grotescamente alargados, levantados en los talones como lobos. Brazos largos y delgados colgaban hasta el suelo, terminando en dedos como arañas. Sin embargo, la peor parte eran sus cabezas: de gran tamaño, encorvadas hacia adelante entre sus hombros, con los ojos profundos, muy separados, blancos como mármol, labios finos y sangrientos pelados detrás de sus dientes. Cuernos desiguales brotaban desde sus frentes, fuertes y puntiagudos con bordes dentados.

Los Wendigos levantaron sus dedos largos, en forma de garras, y enrollados para atacar.

—¡Corran! —dijo James, apuntando su varita hacia el monstruo de la derecha. Le disparó con un hechizo impresionante, pero el chorro de magia simplemente explotó en su piel casi translúcida. Se lanzó sobre él, desatando su aliento rancio en un rugido bajo.

James se agachó hacia los lados, arrojándose bajo el toldo colapsado. El Wendigo aterrizó encima de él con un chirrido de metal y de inmediato comenzó a desgarrarlo. El otro rugió cruelmente. James oyó sus pisadas retumbantes mientras pasaba galopando en la búsqueda de los otros. Alguien gritó. Hechizos fueron

lanzados, iluminando la calle. Un silbido de aire le indicó a James que al menos una de las escobas estaba en el aire de nuevo. Trepó por el otro lado del toldo roto y empezó a correr.

Scorpius, Rose y Lissa estaban hacinados en una de las escobas, pero eran muy pesados para elevarse. El segundo Wendigo se abalanzó tras ellos, saltando por encima de los coches abandonados y gruñendo con voz ronca.

Un golpe pesado golpeó el suelo detrás de James, acompañado por una ráfaga de aliento appestoso. Sabía que el primer Wendigo estaba justo detrás de él, sintió sus largos brazos lanzándose hacia él.

Se agachó hacia la izquierda y saltó a través de la ventana de una tienda. Maniquíes se derribaron delante de él, patinando sobre las esquirlas de cristal roto. Él cayó sobre ellos, trepó y se lanzó a la tienda a oscuras. Detrás de él, el Wendigo rugió, rompiendo los restos de la ventana y corriendo a un lado los maniquíes sin esfuerzo. James miró hacia atrás, vio sus ojos lechosos brillando tenuemente en la penumbra. La criatura lo vio y se abalanzó.

James estaba agazapado bajo un estante de ropa. El Wendigo se estrelló contra él, golpeándolo hacia los lados, pero James salió por el otro lado y se lanzó a través de la puerta trasera. La oscuridad le salió al encuentro, lleno de cajas y más maniquíes. Los estantes estaban en hileras, llenos de mercancía. La única luz provenía de una pequeña ventana en la parte trasera, insertada en una puerta de metal gris. James fue hacia ella, esquivando frenéticamente los estantes.

Detrás de él, la puerta del almacén salió de sus bisagras. El Wendigo la tomó en sus brazos delgados y la lanzó a James como un disco. La puerta le pasó por encima del hombro y se estrelló contra una estantería, haciendo volar cajas en todas direcciones.

Jadeando por el terror, James llegó a la puerta trasera. Tenía una barra de empuje, la cual James tomó con ambas manos. Afortunadamente, la puerta se abrió tras él, saliendo a un estrecho callejón y chocando con contenedores de basura y pallets de madera.

James corrió, zigzagueando a través de los contenedores de basura. A lo lejos, oyó gritos, choques, el silbido efervescente de la magia.

El Wendigo apareció a través de la puerta trasera, volándola desde sus bisagras y estrellándola contra la pared contraria. El Wendigo vio a James y cayó en cuatro patas. Con un roce de grava, se lanzó tras él, galopando entre los contenedores de basura con una velocidad horrible. Estaba casi sobre él. Con un profundo y rasgado gruñido, saltó.

James se lanzó al pavimento roto y se cubrió la cabeza.

Una sombra pasó sobre él, acompañada por un ruido metálico extraño: ¡FPANG! Una fracción de segundo después, un pesado ruido de choque llenó el aire.

James levantó la vista a tiempo para ver el Wendigo tirado al revés, contra una valla metálica que dividía el callejón. La valla se inclinó bajo su peso, y luego retrocedió, lanzando a la horrible criatura contra un montón de pallets.

—¡Quédate! ¡Donde! ¡Estás! —una voz profunda ordenó severamente.

James estiró el cuello para mirar por encima del hombro. Un hombre con una túnica verde, tachonada con armadura de cuero negro, se cernía sobre el callejón en una escoba negra de aspecto desagradable. Su brazo estaba totalmente extendido apuntando al Wendigo.

El Wendigo se puso de pie, aparentemente imperturbable por su encuentro con la valla. Vio al hombre en la escoba y gruñó, frunciendo sus labios ensangrentados desde sus encías negras. Luego, con una velocidad ágil que era terrible de ver, se aproximó al basurero más cercano. James pensó que se escondería. En cambio, la cosa tomó el enorme contenedor en el aire, lanzándolo como un proyectil.

El hombre de la escoba se quitó al instante, lo suficiente para permitir que el contenedor de basura pasara a su lado silbando, estrellándose contra la pared detrás de él. Disparó un hechizo verde, iluminando brevemente el tenue callejón y produciendo otro extraño ¡FPANG! metálico. El hechizo golpeó al Wendigo de

lleno en el pecho, tirándolo hacia atrás con una fuerza impresionante. El Wendigo golpeó la pared de ladrillo y la destrozó por completo, creando un agujero irregular en la oscuridad.

—¡Ven! —ordenó el hombre de la escoba, bajando una gran mano enguantada a James —¡No pueden ser asesinados, solo rechazados! ¡Date prisa, antes de que reviva!

James miró desde la pared de ladrillo roto hacia el hombre de la escoba. Obviamente era uno de los Harriers que Scorpius había mencionado. Sin pensarlo dos veces, le extendió la mano, agarró el antebrazo del hombre, y sintió que era tirado desde la tierra hacia la escoba.

—¡Afírmate! —ladró el Harrier con voz ronca, girando rápidamente en los estrechos confines del callejón.

Detrás de ellos, el Wendigo rugió. Hubo un choque de ladrillos.

El Harrier vestido de verde se encorvó sobre su escoba y salió disparado hacia adelante, con mayor rapidez y fuerza como nada de lo que James hubiese experimentado. Se agarró de la capa del hombre y se mantuvo lo más fuerte que pudo. La fuerza de aceleración era impresionante. Un instante después, la escoba aceleró hacia la luz del sol, dejando el callejón atrás.

—¡Mis Amigos! —dijo James por sobre el viento —¡Hay otra de esas cosas tras ellos!

El Harrier no respondió, pero se ladeó con fuerza hacia la derecha, elevándose a lo largo de la avenida, donde había comenzado la pelea. James vio el toldo roto y el taxi torcido. La escoba se ladeó de nuevo mientras su piloto contemplaba la escena, aparentemente para determinar qué dirección había tomado la lucha desde miles de pistas sutiles. Inclino la escoba hacia arriba y aceleró de nuevo.

A medida que se precipitaron por una esquina, James vio un destello de color azul eléctrico por delante. El Harrier dirigía su escoba recta hacia allá y levantó su varita de nuevo.

—¡Son ellos! —gritó James mientras se acercaban.

Efectivamente, Scorpius, Rose y Lissa iban sobre la escoba azul, apenas veinte pies por encima de la calle. Debajo de ellos, el segundo Wendigo saltó en un autobús, enroscado, y saltó hacia ellos, estirando sus brazos increíblemente largos. Manoteó, tratando de atraparlos directamente en el aire, pero otro destello azul iluminó la calle, emanado desde un orbe de magia que fluctuaba alrededor de la escoba, repeliendo las garras del Wendigo. Cayó de nuevo a la calle en cuclillas furioso y rugió.

—Ese es un diablillo difícil —exclamó el Harrier, haciendo un gesto con su varita, mientras rodeaba a los otros. James entrecerró los ojos a través del viento rugiente y vio la pequeña gárgola de seguridad agazapada en la punta de la escoba. Sus ojos azules relampagueaban, fundiendo la burbuja azul protectora — No puede aguantar mucho tiempo —añadió el Harrier, arremetiendo para quitar al Wendigo fuera de ellos —Tendremos que rechazarlo. Afortunadamente hay sólo uno. Ah, maldición.

James lo vio venir a la vez: el gemelo del Wendigo apareció a la vista al final de la cuadra. Vio la escoba estropeada y gruñó con saña. En un instante, empezó a saltar de coche en coche, aplastando los capos y techos metálicos con un ruido sordo.

—¡Saca tu varita! —ordenó el Harrier, apuntando su varita al más cercano de sus perseguidores. —¡Usa un hechizo *Convulsis* si es que lo conoces! ¡Cualquier cosa con algo de fuerza! ¡Tírale al más lejano!

—¿Ahora? —gritó James, buscando a tientas su varita y apuntando.

—¡AHORA!

Ambos dispararon a la vez. El Wendigo salió disparado hacia atrás cuando un rayo azul le golpeó. El hechizo *Convulsis* de James perdió su objetivo, haciendo explotar una caja de periódicos atrás del monstruo. El Wendigo zigzagueaba, rompiendo parabrisas y colgándose de postes de electricidad.

—¡Una vez más! —ordenó el Harrier.

Más rayos de magia iluminaron la calle, con Scorpius uniéndose por detrás, pero fue poco útil. Incluso los golpes directos del Harrier solo rechazaban a las criaturas por un momento. Las monstruosidades gemelas estaban casi sobre ellos, gruñendo con más saña que nunca.

Una serie de estallidos repentinos hicieron eco entre los rascacielos. Figuras aparecieron en medio de la redada, cada uno vestido con túnicas verdes y armaduras negro mate, cada uno montado en sus largas y elegantes escobas. Ellos se arquearon alrededor dando vueltas y finalmente realizaron una formación alrededor del Harrier original y sus acompañantes. Nueve Harriers en total, nueve varitas apuntando abajo hacia los Wendigos, quienes se alertaron y agazaparon furiosos.

—¡A mi señal! —ladró uno de los recién llegados. James levantó la vista y se alegró de ver a Viktor Krum, su cara mostraba una sombría determinación — ¡FUEGO!

Los nueve Harriers lanzaron sus hechizos hacia los Wendigos simultáneamente. Rayos verdes iluminaron la calle, convergiendo en las criaturas al instante. Ese extraño y metálico ¡FPANG! sonó nuevamente, esta vez multiplicado casi por diez. Hubo una explosión de luz verde y un relámpago de humo negro y espeso. Cuando los ecos se apagaron, los Wendigos se habían ido.

El Harrier de la escoba donde estaba James respiró hondo y soltó el aire lentamente, deliberadamente calmándose. Miró a un lado, asegurándose que todo el mundo estuviera bien, y luego miró a Krum.

—¡Justo al... maldito... *tiempo!* —gritó, su voz hizo eco a lo largo de la calle vacía.



¿Qué pasa, Piotre? —dijo uno de los que llegaron —¿No puedes manejar un par de mascotas por ti solo?

—¡James! —gritó Krum, pilotando su escoba hacia él, con un aspecto severo en su cara —¿Qué estás haciendo aquí?

James balbuceó. —Nosotros... habían unos anillos... magia experimental...

Krum negó con la cabeza vigorosamente —Pensándolo bien, no me importa. ¿Tienen alguna forma de volver a casa?

James asintió con la cabeza y miró a un lado mientras Rose y Scorpius bajaban de su escoba sobrecargada, la mujer muggle estaba hacinada entre ellos — Eh, un poco. Y estamos muy interesados, en realidad. Pero Rose perdió su anillo. Estaba en su chaqueta cuando, eh, voló desde el techo de la Montaña de Cristal.

James se giró hacia Krum, esperando un gesto severo o confundido. En cambio, Krum había sacado un pequeño cuaderno de su bolsillo del pecho de su armadura de cuero. Estaba escribiendo sobre este con una pluma igualmente pequeña, ambas cosas se veían un poco divertidas entre sus grandes manos enguantadas. Él asintió brevemente a sus propias notas.

—Chaqueta, —indicó —¿Color?

—Um, —habló Rose tímidamente, —¿Es una especie de color salmón pálido? ¿Con tal vez un poco de color malva?

Krum la miró sin escribir nada y bajó la frente.

—Rosado, —intervino James —Es de color rosa. ¿Crees que nos puedas ayudar?

—La chaqueta contiene un anillo, —confirmó Krum, frunciendo el ceño de nuevo en sus notas. —¿Algo más?

—Mi varita, —dijo Rose —Y, eh, un chicle Droobles. Y, posiblemente, un turrón Hemorragia Nasal o dos...

—Esto haremos, —dijo Krum firmemente, guardando su cuaderno y su pequeña pluma. Alzó la voz y gritó —¡Buscar patrón Sigma! El objeto es una chaqueta rosa, perdida desde el techo de la Montaña de Cristal. Considerar los vientos dominantes y atentos a altas perchas y salientes. Al recuperarla, asegurar el contenido: un anillo, una varita y objetos variados. Equipos del uno al tres, vayan ahora y repórtense en un cuarto de hora. Equipo cuatro, vuelta a vigilar el perímetro. Esto puede haber sido una distracción. —lo último lo dijo en un gruñido preocupado, volviéndose hacia James.

—Fue muy tonto que vinieras aquí, James —dijo con gravedad, y le dolió a James escuchar la decepción en la voz del hombre mayor.

—No íbamos a venir *aquí*, exactamente, —insistió James débilmente — Empezamos en los pisos superiores de la Montaña de Cristal. Era sólo un rápido vistazo, usando estos anillos mágicos en los que Zane y sus compañeros estaban trabajando.

Los ojos de Krum se afilaron —¿Zane Walker? ¿Él está aquí también?

James asintió nerviosamente —Sí. En algún lugar. Él y una chica llamada Nastasia, —una ola de preocupación de pronto se apoderó de él mientras miraba alrededor de la calle desierta. —¡Y Ralph, también! ¿Dónde están? ¡Ese tipo "El Coleccionista" debe tenerlos!

Mientras James hablaba, un estruendo resonó desde una esquina cercana y un trío de figuras aparecieron. James miró hacia el sonido y se sorprendió al ver a Zane, Nastasia y Ralph escalando de entre los restos de un autobús.

Piotre, el Harrier con el que James compartía la escoba, dijo —¿Son esos tus amigos?

—Son ellos, —James asintió con la cabeza, retorciéndose para bajar de la escoba. El Harrier bajó de la escoba, permitiendo a James saltar hacia abajo.

—¡James! —dijo Zane —¿Qué pasó con los Wendigos? ¿Y quiénes son tus nuevos amigos? Pensándolo bien, —él frunció el ceño un poco, —Supongo que ambas preguntas se contestan entre sí. ¡Oh! ¡Hola, Viktor!

—Debería haber sabido que eras parte de esto, Walker —suspiró Viktor.

James se encontró con sus amigos cerca del autobús destrozado. —¿Qué...? —tartamudeó, mirando hacia arriba y abajo. Ellos parecían haberse esforzado apenas. —¿Cómo lo hicieron...?

—¿Cómo evitamos convertirnos en el almuerzo de un par de zombies caníbales anoréxicos? —añadió Zane, levantando sus cejas. —Buena pregunta. Es un cuento de tenacidad e ingenio si es que alguna vez los hubo. Verás, apenas vimos a Scorpius y Rose salir volando con la mujer Muggle...

—Me puse el anillo verde, —elevó la voz Nastasia, levantando una mano y retorciéndose los dedos —Badda-boom. Una ruta de escape incluida.

—Ralph y yo le seguimos, —se encogió de hombros Zane. —Parecía lo más obvio por hacer. Luego, volvimos acá nuevamente. Cuando volvimos, los anillos nos llevaron de vuelta a la cima de la Montaña de Cristal. Nos tomó unos minutos para volver a bajar desde ahí. Afortunadamente, fui lo suficientemente genio para coger estas desde el laboratorio X—Com. —levantó un par de escobas viejas pero útiles.

Rose y Scorpius se unieron a ellos, trayendo a Lissa con ellos.

James frunció el ceño ante Zane. —¿Quieres decir que ustedes tres... se fueron?

—Pensamos que harías lo mismo —dijo Ralph. —No había cómo luchar con esos Wendigos. Al menos, no sin... er, ayuda profesional. —miró a Viktor y Piotre, que flotaban cerca, hablando seriamente sobre sus escobas elegantes.

—Pero yo... —empezó a decir James, y luego se detuvo. Había olvidado honestamente el anillo en su bolsillo, el que lo hubiera llevado a un lugar seguro si solo se lo hubiera puesto. En retrospectiva, parecía muy tonto (y potencialmente mortal) para él haberlo olvidado. Pero entonces recordó que Rose no tenía su anillo, y tampoco lo tenía la mujer muggle, Lissa. Miró a Zane y Ralph, y luego a Nastasia.

—*Tú* —dijo, comprendiendo la situación —Estabas esperando la oportunidad de volver. No te preocupaste de nadie más. Si Zane y Ralph no te hubieran visto hacerlo, nunca lo hubieran pensado por sí solos. Ellos nunca hubieran dejado a Rose aquí.

—Espera, James —intervino Zane —Volvimos de inmediato, *y* con ayuda. Íbamos a utilizar las escobas para sacarlos de la calle, donde esos monstruos no pudieran agarrarlos.

—*Ella* no estaba pensando en nadie más que en ella *misma* —insistió James, todavía mirando a Nastasia —Ninguno de ustedes se hubiera ido si no la hubieran visto a ella primero, sólo para salvar su propio pellejo. ¡Me sorprende incluso que la hayas traído de vuelta!

Nastasia tenía una expresión de sorpresa herida en su mirada. Entonces su rostro se endureció. Ella se dio la vuelta, pero no antes de que James viera lágrimas brillando en sus ojos.

De repente, Zane hizo la última cosa que James esperaba. Lo empujó, duro, en el hombro. —¿Qué es lo que te pasa? —exigió —¿Qué se supone que debíamos hacer? ¡Tú arrancaste! ¡Scorpius y Rose se elevaron con Lissa! ¡Una de esas cosas casi le arrancó la cabeza a Nastasia con un golpe! ¡Fue de forma instintiva para ponerse a salvo de cualquier forma posible! ¡Si no fuera por su rápido pensamiento, los tres probablemente estaríamos muertos ahora mismo!

James miró a su amigo en estado de shock. Echó un vistazo a Ralph buscando ayuda y vio una mirada profundamente herida en el rostro del muchacho grande.

—Lo siento, James —dijo Ralph en voz baja. —Puede que tengas razón. Tal vez no deberíamos habernos ido. Pero volvimos tan pronto como pudimos.

James de repente se sintió como un completo canalla. Él negó con la cabeza. —No, Ralph. Yo... yo no debería haber dicho...

—Sí, sí —dijo Zane con amargura inusual. —Todos lo sentimos por todo. ¿Podemos encontrar la chaqueta de Rose y largarnos de aquí de una vez?

Pasó por el lado de James, en dirección a Viktor y Piotr.

—De verdad, Ralph —dijo James en voz baja —Lo siento. Ambos hicieron lo más inteligente. Fui un estúpido al olvidar que tenía una salida en el bolsillo, y casi me maté por ello.

—Claro —dijo Ralph, sonriendo débilmente. —Pero tienes razón. Por lo menos tú no dejaste a Rose aquí. Tú y Scorpius, son héroes.

—¡Ja! —se burló James. —Apenas lancé un tiro. Corrí como un gnomo de jardín y perdí por completo la pista de Rose y los demás. Si no hubiera sido por Viktor y sus Harriers... —se estremeció al darse cuenta de lo verdaderamente peligroso que había sido su situación.

—Está bien —dijo Rose en voz baja, poniendo una mano sobre los hombros de James y Ralph —Todos hicimos lo mejor que pudimos. Y todo salió bien. ¿No es cierto?

Lissa de repente se rió dura y amargamente —Todo está bien —repitió ella, sacudiendo la cabeza. —Ninguno de ustedes tiene idea. Ni una pista en absoluto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ralph, volviéndose hacia la mujer muggle. —¿Quién era ese hombre, de todos modos? ¿Quién es El Coleccionista?

Lissa miró a los ojos de Ralph y desapareció su amarga sonrisa. Ella respiró profunda y estremecedoramente. —Él es... el diablo. —ella se encogió de hombros. —Él nos encontró. Los que nos quedamos cuando la ciudad se vació. Yo y Park y un montón de otras personas de la calle, estábamos comenzando a juntarnos para entender qué es lo que había ocurrido. Y nos encontró. Era poderoso... mágico... y nos prometió cosas. Pero él... él mintió.

Scorpius ladeó la cabeza con curiosidad. —¿Así que hay otros?

Lissa se rió un poco de nuevo. —*Hubo* otros. Difícilmente debe quedar alguno ahora. Ahora que él está... *coleccionando*.

—¿Qué significa eso, Lissa? —preguntó Rose preocupada y palideciendo.

Lissa se encogió de hombros. —Nosotros no queríamos hacerlo, pero él prometió llevarnos con él cuando llegara el nuevo mundo. Él se encargó de

nosotros, pero por un precio. Cada día nos enviaba a la ciudad, buscando cosas. Él estaba haciendo... algo. —ella sacudió la cabeza e hizo una mueca. —Algo horrible. Necesitaba un montón de ingredientes muy específicos para ello. Pero cuando por fin tenía todo lo que necesitaba... no *nos* necesitó más. Comenzó a recoger *gente* en su lugar. Primero Park, luego, uno a uno, a la mayoría del resto. Incluso los que eran como él. Los mágicos.

Rose miraba perpleja. —¿*Mató* gente? ¿Incluso a otros magos?

Lissa negó con la cabeza otra vez, lentamente y con énfasis. —No sólo estaba matando. Era... como un juego para él. Le daba... *placer*. Y lo hacía más poderoso. Él los coleccionó. Cuando terminaba, no estaban muertos sino que... algo como... *exprimidos*. Cáscaras vacías de humano, con todo fuera de ellos. Nos hizo enterrarlos en el parque, que fue la peor parte de todo. Algunos de ellos... —ella se estremeció violentamente y se encontró con los ojos de James, casi suplicantes — Algunos de ellos aún respiraban. Estaban muertos... muertos de todas las formas que importaban. Pero aún *respiraban*...

—Es un mago granuja —dijo Ralph de pronto, mirando de Scorpius a James —Sólo aprovechando la situación aquí, con todas las autoridades fuera. ¿Verdad? Sólo un mago realmente desquiciado y vicioso con delirios de grandeza.

Scorpius frunció el ceño, pensativo. —He estado rodeado de magos con delirios de grandeza toda mi vida. Vengo de una larga línea de ellos, para ser honesto. No muchos de ellos podrían conjurar bestias míticas de la nada. Esa fue una magia negra muy seria.

—Se refirió a un amigo Brujo de él —dijo Rose, temblando ante el recuerdo de los Wendigos. —Los brujos son magos muy especializados. Hacen armas mágicas, venenos, instrumentos de guerra. De ahí es donde obtienen su nombre. Pero ya no queda casi ninguno, ¿cierto? La mayoría estuvo del lado de Voldemort, en los tiempos de nuestros padres, y fueron enviados a Azkaban. Ellos eran los magos más malvados de todos, porque realmente creían que estaban haciendo lo correcto. No tenían complejos, y se comprometieron a continuar su trabajo si eran liberados alguna vez.

—¡Worlick! —James se quedó sin aliento, con los ojos muy abiertos.

Los otros parpadearon hacia él. Ralph preguntó —¿Quién?

—El criminal que conocí en Azkaban, ¡quien terminó escapando con la ayuda de Judith! Te lo conté, ¿recuerdas? ¡Su nombre era Worlick! ¿Pero y si eso no era un nombre? ¿Y si era sólo otra palabra para Warlock?

Rose miró a Scorpius. Compartieron una mirada extrañamente incómoda. — Es... es posible. —ella reconoció.

—Esa es la razón por la que estaba en Azkaban, para empezar —continuó James hablando para sí mismo como también para el resto. —¡Estaba haciendo todo tipo de armas mágicas oscuras y venenos! ¡Mató a uno de los mejores aurores de papá utilizándolos! ¡Él debe ser el que está trabajando con El Coleccionista! Y eso significa que los dos están involucrados con... ¡con *Judith*! —miró a las caras de los otros ahora —La Dama del Lago.

Rose se mordió los labios en una mueca extraña. Scorpius miró hacia otro lado deliberadamente. Incluso Ralph revolvió un poco sus pies. Sólo Lissa, la mujer muggle, no parpadeó. Vio la cara de James como hipnotizada.

—¿La has visto alguna vez? —preguntó él, dando un paso más cerca hacia ella. —¿Una mujer alta? ¿Con pelo rojizo? ¿Mirada interesante, pero fría?

Lissa aun miraba sus ojos fijamente. Ella negó con la cabeza muy lentamente. —Había otro... —admitió en un susurro. —Pero nadie vio quién... o lo que... era. Siempre se reunían en secreto. El Coleccionista tomó órdenes. A veces discutían. Él quería usarlo ahora. El otro insistía en esperar hasta un mejor momento. El momento *perfecto*.

Scorpius miró fijamente a Lissa. —¿El momento perfecto para qué? ¿Qué estaban hablando acerca de su uso?

Lissa seguía mirando a James. Sus ojos estaban muy abiertos, inquietantemente. En voz baja y murmurando, dijo —Él te conocía. Él te llamó por tu nombre...

James se estremeció — ¿De qué estaban hablando, Lissa? —presionó —Podría ser importante. ¿Qué estaban esperando para el momento perfecto?

Lissa finalmente apartó la mirada de la cara de James. Miró a su alrededor a los otros, como si los notara por primera vez. Cuando habló, fue en un susurro. — Lo que habían hecho, las cosas que teníamos que recoger. Era muy difícil, dijeron, pero de gran alcance. Terrible. La llamaron... la Red Morrigan —ella se estremeció.

Todo el color se fue de la cara de James.

—La Red... —repitió Rose, entrecerrando los ojos, pensativa. —He oído hablar de eso. Morrigan era una diosa de la guerra. Pero, ¿Qué es una... Red Morrigan?

Lissa negó con la cabeza lentamente. —El Coleccionista nos dijo... —murmuró. —Nos dijo lo que es. Él nos dijo... que sería el final de nuestro mundo.

James la miró, un escalofrío recorría la espalda. En su mente, vio la historia del sueño de Petra, vio su puño y letra escribiendo todo sobre él, mezclándose en una cacofonía de pensamientos e ideas al azar. Y en el medio, escrita más grande y enfáticamente que el resto, cada letra presionada en el pergamino como si estuviese escrita con gran fuerza, fue esa misma frase: *La Red Morrigan*.

Petra sabía. Petra estaba involucrada.

—Deberían retornar todos en este momento —Viktor dijo de repente, rompiendo el trance de James —Vamos a proteger a la joven hasta que se devuelvan sus pertenencias y ella podrá facilitar su propio camino de regreso. La mujer muggle será llevada a las autoridades.

Ralph sacudió la cabeza. —Me quedo con Rose —insistió, y James vio que todavía estaba dolido por culpa de dejarla durante el ataque —Si ese tal Coleccionista nos atacó una vez, puede intentarlo de nuevo.

—Puede que tengas más razón de lo que sabes —admitió Piotre sombríamente, abalanzándose en su escoba —Como le dije al señor Potter aquí, los Wendigos no se pueden matar, solamente rechazar. Seguramente han regresado a su señor, quienquiera o lo que sea que pueda ser.

Zane volvió al grupo, con el rostro serio. —Le conté a Viktor sobre El Coleccionista —asintió.

—Un oportunista —reconoció Viktor. —El peor tipo de mago imaginable. Donde algunos aprovechan los desastres para saquear los bienes, la gente como él se deleita en el saqueo de almas. Nos encontraremos con él, y va a pagar por lo que ha hecho —esto lo dijo dirigiéndose a Lissa, mirando sus ojos con gravedad. Mirando al resto, continuó —Por ahora, sin embargo, es una razón más para que regresen a la seguridad. No lo estoy pidiendo. Ustedes han roto numerosas leyes al venir aquí. No tengan duda de que los procesaré si me desobedecen.

—Viktor —dijo Zane, alzando la voz. —En serio. No podemos irnos sin...

—Pueden y lo harán —mandó Viktor severamente. —Inmediatamente. No me importa cómo o por qué llegasteis a estar aquí, pero créanme, ya han causado más problemas de los que saben. Váyanse ahora o enfrenten las consecuencias.

Afortunadamente, mientras hablaba, otros dos Harriers venían por la calle que convergía en ellos. James vio que uno de ellos, estaba llevando una forma rosada en su puño.

—Propiedad de la señorita, —gritó, aterrizando en la calle y levantando la chaqueta —La cogí convenientemente colgada en una estatua en Union Square. Todo parece estar en orden.

Le entregó la chaqueta a Rose. —Gracias —dijo tímidamente.

Viktor asintió con firmeza. —Supongo que eso lo resuelve, entonces. ¿Hay otro argumento?

James pensó que sintió el más mínimo matiz de humor irónico, en palabras del excampeón. Negó con la cabeza enfáticamente.

—Excelente. Entonces en relación a usted. ¿Señorita? —esto, lo dijo hacia Lissa mientras sostenía una mano hacia ella. —Hay una oficina de Integración Mágica sobre el bloqueo del puente de Brooklyn. Ellos le ayudarán.

Lissa asintió con cansancio.

—Tú primero, Rose —suspiró Zane, sacando su anillo verde de su bolsillo. —
Nosotros te seguiremos.

Rose asintió. Ella rebuscó en el bolsillo de la chaqueta, sacó su propio anillo verde, y lo mostró a los demás —Lo siento, a todos —dijo ella, sonriendo débilmente.

Ralph le devolvió la sonrisa. —Solo volvamos a salvo. Aún tenemos un salto más que hacer desde allí, a través del armario. Es probablemente medianoche, hora de Hogwarts.

—Eso es cierto —asintió con la cabeza. —Está bien. Nos vemos al otro lado. —con eso, se metió el anillo en su dedo. Un instante después desapareció con una especie de rápido "pop".

Scorpius no esperó. Con un ligero suspiro, se puso su propio anillo y desapareció.

—Lo siento, Zane —dijo James mansamente, volviéndose hacia su amigo —
En serio.

Zane lo miró a los ojos, pero sus ojos se quedaron duros. Él asintió secamente —Déjalo ir.

—¿Qué pasa con Nastasia? —preguntó Ralph, mirando a su alrededor.

—Ya se ha ido —Zane se encogió de hombros, mirando hacia abajo a su anillo verde.

—Ambos pensamos que sería mejor. Después, ya sabes... de todo. —sin mirar arriba, se puso su anillo en el dedo y desapareció.

James respiró hondo y soltó el aire, sintiéndose totalmente miserable. Los pensamientos se arremolinaron alrededor de su cabeza en una especie de tormenta: Petra, La Red Murrigan, Worlick, La Dama del Lago, El Coleccionista, incluso Nastasia, sobre todo la mirada herida en su cara cuando él la había acusado de cuidar sólo de sí misma. Él buscó su propio anillo en su bolsillo, sintiendo la mirada de Viktor Krum mirando desde su escoba, a cincuenta pies de distancia.

—Ralph —preguntó en voz baja, haciendo una pausa con su anillo verde preparado antes de su dedo. —Cuando estábamos hablando de Worlick y su fuga, ¿Por qué todos parecían tan extraños?

Ralph lo miró a los ojos brevemente, y luego desvió la mirada. —No es eso —admitió, incómodo. —Es la otra parte.

—¿Qué otra parte? —preguntó James, con un borde de exasperación entrando en su voz.

Ralph le miró de nuevo y respiró hondo. —La Dama del Lago —admitió —Es todo un poco... raro. ¿Sabes?

James negó firmemente con la cabeza. —No, no lo sé. ¿Qué es lo extraño en esto? Tiene perfecto sentido. Ella ayudó a Worlick a escapar para que pudiera ayudarla a ella y al Coleccionista a hacer una especie de arma mágica final. Es horrible, pero ¿Qué es lo raro en ello?

Ralph frunció el ceño consternado. —James —dijo, bajando aún más la voz. —Realmente no sé cómo decir esto. Supongo que en cierto modo me pareció que ya lo sabías...

—¿Qué, Ralph? —exigió James, perdiendo la paciencia. —¡Échalo afuera!

Ralph bajó su anillo y se pasó una mano por el pelo grueso. Echó un vistazo a la calle, parecía estar viendo a Viktor, y luego volvió a mirar a James. Su rostro era una máscara de resignación miserable. —James —susurró con dureza, acercándose. —Nadie más *vio* a esta persona "La Dama del Lago". Solo tú. ¿No lo sabías?

James miró a Ralph con incredulidad. Él entrecerró los ojos. —Pero... ¡Eso es ridículo! ¡Tú estuviste con todos en el Mundo entre los Mundos! ¡Ella estaba con nosotros en el castillo negro! ¡Hablamos con ella!

Ralph arrastró los pies de nuevo, pero negó con la cabeza con insistencia. —Escuchamos una voz —admitió —pero yo nunca vi a nadie. Solo vi... a la otra Petra. El resto fue solo sombras y ecos. Zane y yo pensamos de alguna forma que

era un truco, que la otra Petra (la versión Morgana) estaba, más o menos, loca. Hablando a dos voces.

—Ralph —dijo James entre dientes, con una sonrisa incrédula en su rostro. — Es una broma, ¿verdad? La Dama del Lago... —la sonrisa desapareció de su rostro —Ralph, ella mató a Lucy. Tú viste eso suceder.

—*Alguien* la mató —estuvo de acuerdo con gravedad. —Pero, ¿quién? *No* vi que ocurriera. Pensé que fue Morgana. Zane también.

—Pero qué hay de las otras veces que se mostró —insistió James. —¡En el Zephyr! Tú la viste disparando desde las ventanas a todos esos tipos del FULEM, ¡Haciéndoles volar por los aires!

—Vi a mucha gente —aceptó Ralph de mala gana —Había un montón de gente en el tren con nosotros.

—¡Ralph, esto es una tontería! —exclamó James, alzando la voz. —¡Qué pasa con todas las otras veces! Qué hay de...

Se detuvo mientras el frío le inundaba. No hubo otras veces. Las otras veces que había encontrado a Judith, primero en las salas del Acuápolis, y luego en el Mar del Norte, cuando ella se había llevado a Worlick en una tromba de agua, ninguno de sus amigos había estado presente.

—Pero en la Noche de la Revelación —dijo James, pensando mucho. —Ella estaba allí en la calle, gritando acerca de cómo mi padre era culpable, sobre cómo él mató a ese Senador. La escuchaste. Ella estaba allí con Morgana, ¡De pie una junto a la otra!

Ralph negó con la cabeza lentamente, pero con énfasis. —Yo oí gente gritando cosas. Escuché cosas como esas en la multitud. Pero no vi a nadie. Nadie de nosotros lo hizo, James. Por eso es que todo el mundo se pone nervioso cuando hablas de Judith. Porque la mayoría... *no cree que realmente exista.*

—¡James! —Viktor gritó desde cierta distancia. —¡Ambos! ¡Tienen que irse! ¡Ahora!

Ralph miró a un lado nerviosamente. —Vamos, James —dijo, preparando su anillo. —Podemos hablar de esto más tarde.

James estaba demasiado aturdido para responder. Ralph le dio un codazo. —A las tres —sugirió otra vez —¿Listo?

James asintió débilmente. Ralph contó.

Ambos se pusieron los anillos.

Veinte minutos más tarde, James, Ralph, Rose y Scorpius cayeron fuera del armario evanescente en el silencio oscuro del Gran Comedor.

—Hogar —dijo Rose con fervor. —Por un rato ahí, me sentí como si nunca vería este lugar de nuevo. Loco, ¿no?

—Creo que todos sentimos eso de alguna forma —estuvo de acuerdo Ralph.

En silencio, con desconsuelo, los estudiantes salieron del Gran Comedor, susurrando las buenas noches a Ralph en las escaleras de las mazmorras. De puntillas para no despertar la atención de Filch y la señora Norris, los tres Gryffindor subieron las escaleras hasta el retrato de la Dama Gorda. Scorpius murmuró la contraseña, concediéndoles la entrada a la sala común desierta. Brasas anaranjadas brillaban en la chimenea, echando la única luz.

Rose miró el reloj grande cerca de la chimenea y bostezó extravagantemente. Se volvió hacia Scorpius y James a su vez.

—Gracias —dijo ella seriamente —Gracias por esperar conmigo esta noche. No tenían que hacerlo. Pero estoy feliz de que lo hayan hecho.

James asintió. Scorpius se encogió de hombros, como diciendo *¿qué otra cosa íbamos a hacer?*

—Rose —dijo James con cansancio, caminando cerca de su prima. —Tú no crees en Judith, ¿verdad?

Una expresión de dolor cruzó su rostro. —Yo... James, no dudo de lo que tú crees. Es...

—Está bien, Rose —asintió James —Supongo que en realidad no importa. ¿Pero me ayudarás con algo de todas formas?

—Por supuesto —respondió ella, viéndose más bien aliviada. —Después de esta noche, me siento como que te debo un enorme favor. ¿Qué es?

James miró a Scorpius, que estaba observando descaradamente. —Ayúdame a averiguar que es La Red Morrigan.

Rose frunció el ceño ligeramente. —¿No deberías simplemente decirle a tu padre...

—Lo haré —interrumpió James, mirando hacia atrás de ella. —Pero aún. Eres tremendamente inteligente, al igual que tu Mamá, y tengo la sensación de que mi Papá necesitará toda la ayuda que pueda.

Rose asintió. —Yo te ayudaré. Vamos a empezar este fin de semana. ¿Está bien?

James estuvo de acuerdo. Un momento después, Rose se giró y subió las escaleras hacia el dormitorio de las chicas.

—No debería decir esto —murmuró Scorpius mientras se abrían camino hasta la escalera de caracol que llevaba a su dormitorio. —Pero recuerdas lo que hubo anoche, ¿no?

James sacudió la cabeza vagamente. —No lo sé y no me importa —dijo.

Scorpius asintió. —Eso es bueno. Hubiera sido precipitado en el mejor caso, después de todo. Incluso sin todo lo que pasó en Nueva Ámsterdam.

James se detuvo en las escaleras. Sus ojos se abrieron en la oscuridad. —Oh, no —dijo lentamente —No puede ser. Realmente no puedo haberlo perdido *de nuevo...*

Scorpius lo miró —¿Pensé que decías que no te importaba? —preguntó irónicamente.

James lo miró fijamente en la oscuridad, con una expresión en blanco, con la boca ligeramente abierta. Hubiera sido realmente divertido, si no fuera tan absurdamente frustrante.

—No te preocupes —dijo Scorpius, girándose y reanudando su ascenso por las escaleras del dormitorio —Siempre hay un próximo año. Después de todo... es sólo Quidditch.



Capítulo 5

Sospechas y Secretos

A la mañana siguiente, James se saltó el desayuno por primera vez cuando corrió a toda velocidad por Hogwarts. Simplemente no podía soportar la idea de las burlas que probablemente recibiría del resto de los Gryffindor, y en particular, del equipo de Quidditch. Hambriento e infeliz, *hizo* su camino a su primera clase, Vuelo Avanzado con el irrefrenable Profesor Cabe Ridcully, con su Thunderstreak apoyada sobre el hombro y su mochila llena pegada a su espalda. Suspiró, sabiendo que lo que había evitado en el desayuno seguramente estaría esperando por él al Sur del césped con el resto de los de cuarto año.

En esto, él no estaba equivocado.

—¡James! —Graham llamó seriamente, corriendo a su encuentro en la rociada hierba. —¡Estás vivo! ¡Es un milagro!

—Cállate, Graham, —James se quejó, caminando junto a él. Graham dio media vuelta para seguirlo.

—Todos saben que solo te escapaste, pero les dije que fuiste atacado por escregutos o algo así. ¿Qué eran? Vamos, puedes decirme.

James le lanzó una mirada escéptica. —Eran Wendigos, en realidad.

—¡Eran Wendigos! —Graham anunció en voz alta, haciendo bocina con las manos en la boca. —¡Wendigos! ¡Terrible, terribles esas cosas! ¿Eh? —se volvió hacia James. —¿Eso es una cosa o una persona? ¿Tuviste un duelo con alguien llamado Wendy? Caray, espero que hayas ganado.

—Deberías haber *visto* la mirada en el rostro del pobre Cameron, —Deirdre Finnegan regañó, uniéndose a ellos en el césped. —Él y su pequeño club de fans de Potter, todos ellos con mirada a punto de llorar.

—Devindar tenía un puesto totalmente para ti, —agregó Graham. —Buscador, en honor a tu querido padre. Suponiendo que podrías tener las habilidades, por supuesto.

—¡Está bien, está bien! —James silbó, dejando caer su mochila al césped y balanceando su escoba. —¿No creen que me siento lo suficiente mal por eso?

Deirdre sacudió su cabeza. —No, no lo creo. Esto ya no es divertido, James.

—¡No se supone que sea divertido! —exclamó James. —¿Me ves riendo?

Graham ladeó la cabeza especulativamente. —Bueno, no tienes mucho sentido del humor en las mejores condiciones.

James cerró los ojos con fuerza, calmándose. Después de un momento, se volvió a Deirdre. —Entonces, ¿quién es el Buscador?

Deirdre puso los ojos en blanco. —Lance Vassar.

—Lance... —James repitió con incredulidad. —Pero él no es ningún atleta. Lo he visto volar. Si no fuera por esa escoba fantástica de primera línea de su...

—O el hecho de que sus padres están construyendo un nuevo marcador para el campo de Quidditch, —Graham asintió. —Con un completo mecanismo de registro de resultados, números iluminados y encantamientos de puntuación con fuegos artificiales.

—¿En serio? —dijo James, impresionado a su pesar. —Eso va a ser muy bueno, en realidad.

—¡Pero con *Lance de Buscador!* —Deirdre repitió con pedantería. —¿Con qué frecuencia crees que esos fuegos artificiales van a aparecer si Gryffindor gana?

James suspiró profundamente. —Tal vez será mejor de lo que esperamos

Graham negó con la cabeza y frunció el ceño. —Mejor que lo sea. Pero en serio, James. El año que viene, sólo quíbrate la pierna o algo así. Nos estamos quedando sin excusas para que no aparezcas en las pruebas de aptitud.

Las burlas continuaron a lo largo de la mañana. Ralph, Rose y Scorpius, por supuesto, sabían la verdadera razón por la que James había perdido las pruebas de aptitud de Quidditch, y para el almuerzo, algunas burlas cayeron sobre él. Pocos creyeron los cuentos fantásticos acerca de su aventura en Nueva Ámsterdam, aunque la historia proporcionó una distracción conveniente, y por la tarde la mayor parte de la escuela parecía haberse olvidado de la oportunidad perdida de James.

Todos excepto Lance Vassar, quien pasó junto a James cuando hacía cola cerca del armario evanescente de Yorke.

—No te culpo, James, —dijo en voz baja, tocando a James en el hombro. —Es mejor así, de verdad. Eres un buen chico. No quería avergonzarte ni mucho menos.

Él pasó, seguido por su habitual séquito de parásitos mayores de Gryffindor.

—Lo dijo en serio, —dijo Ralph con asombro. —Ni siquiera estaba siendo sarcástico. ¡Qué imbécil pomposo!

James negó con la cabeza, sus mejillas enrojecidas de ira y vergüenza.

Un sonido metálico golpeó detrás de él. Al volverse, vio las extrañas y estrechas puertas del armario de Yorke. Por supuesto, no era un verdadero armario absolutamente evanescente, al venir de una escuela estrictamente Muggle. Los casilleros pintados de verde habían sido especialmente encantados para funcionar como un portal, a pesar de su apariencia completamente mundana.

Ralph se encogió de hombros. —Parece que nos vamos en la próxima.

Juntos, se acercaron a los casilleros y abrieron las dos puertas estrechas. Los interiores eran muy pequeños y poco profundos. Ralph miró el casillero con obvio temor.

—Va a ser un poco apretado, —comentó.

James asintió. —¿Quieres un poco de ayuda? Podría tratar con un poco de *Reducio* para ti. —se suponía que era una broma, pero Ralph parecía considerarlo. Por último, negó con la cabeza de mala gana. Con un pequeño encogimiento de hombros, James entró en su casillero. Junto a él, la pared metálica gimió cuando Ralph entró en su propio espacio.

Un momento después, las puertas metálicas oscilaron con un chirrido y un golpe. Un destello de luz cegador envolvió a James, acompañado de una sensación de caída. El armario era demasiado pequeño para saltar, pero el espacio confinado le impidió caerse cuando la puerta se abrió por atrás.

Él se asomó, parpadeando. Las sombras se movían en un espacio confuso, con voces lejanas haciendo eco. James salió del armario, uniéndose a sus compañeros de clase.

—¿Qué es esto? —preguntó Joseph Torrance. —Se ve como una especie de... mazmorra.

Joseph asintió mientras miraba alrededor. —Pero nunca he visto una mazmorra pintada en ese tono particular de, eh, verde menta.

—¿Un poco de ayuda? —dijo Ralph con voz tensa.

James se dio la vuelta y vio a Ralph todavía abarrotado torpemente en su casillero, agitando una mano hacia él. James agarró la mano de su amigo con las suyas y le dio un fuerte tirón. Ralph se desplomó, casi trayendo la estrecha puerta metálica con él. Tan pronto como estuvo fuera, las puertas del armario se cerraron de golpe, enviando un fuerte ruido que hizo eco a lo largo de la estrecha habitación.

—Gracias, —Ralph murmuró, pasando una mano por su pelo despeinado. — Caray, qué calor hace aquí. ¿Qué es esto, un baño de vapor?

—Podría ser, por lo que sabemos, —dijo James, mirando alrededor del espacio oscuro. Las paredes de bloques de cemento pintadas formaban una larga habitación, inundada de hormigón agrietado y dividida por un largo banco de madera. La pared trasera estaba cubierta con casilleros debajo de una sola y estrecha ventana alta, su cristal de blanquecinos guijarros, estaba reforzada con malla de alambre. A la cabeza de la habitación había una pesada puerta de madera con una sola ventana cuadrada fijada en ella. Unas formas se movían más allá de ella, acompañadas por el denso eco de voces estridentes.

Fiona Fourcompass pateó el suelo con impaciencia. —¿Qué tipo de recepción es ésta, de todos modos? ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Dónde está nuestra maestra?

—La puerta está bloqueada, —Kevin Murdoch anunció, dando a la puerta un tirón inútil. Sacó su varita y sonrió al tocarla. —Estúpidos Muggles, no saben de bloqueos que puedan *detenerme*.

—Yo no lo haría... —James comenzó, pero ya era demasiado tarde. Murdoch apuntó con su varita a la manija de la puerta y en voz alta dijo el hechizo de desbloqueo.

Hubo un destello denso de luz púrpura y Murdoch voló hacia atrás, impulsado por una fuerza invisible. Cayó sobre otros estudiantes, enviándolos con volteretas hacia atrás sobre el estrecho banco.

James saltó hacia atrás, chocando con Ralph, pero evitando el efecto dominó que envió a la mayoría de los otros a caerse al suelo. En ese momento, un fuerte

clamor resonó en el pasillo exterior, una especie de tintineo de campana. Como en respuesta, el murmullo de voces subió de tono. En la distancia, las puertas se cerraban de golpe poco a poco, y luego, cuando Kevin Murdoch y el resto comenzaron a levantarse del piso, se oyó el inconfundible sonido de una llave en la cerradura. La puerta frontal de la habitación se abrió pesadamente, revelando una mujer alta, de mediana edad, con rasgos severos y un pelo gris recogido en un moño apretado. Ella examinó la habitación con gravedad, con los ojos agrandados detrás de un par de pesadas gafas de montura negra.

—¿Cómo se *atreven* a intentar usar magia en nuestra escuela...? — ella aspiró, su voz baja haciendo eco a lo largo de la estrecha habitación. James vio que era muy delgada, casi dolorosamente, y estaba vestida con un pantalón gris. Sus gafas pesadas parecían demasiado grandes para su cara, encaramadas en su nariz en un sube y baja. Detrás de los bulbosos lentes, sus ojos se posaron sobre cada cara en la sala, como si los catalogara. Luego, con recato, entró y dejó que la puerta se cerrara detrás de ella. Sin decir una palabra, se acercó a la esquina más cercana a la puerta y se inclinó para recoger algo. Cuando se dio la vuelta, sostenía una bolsa blanca de lavandería, cerrada y colgada en un cordón.

—Mientras estén dentro de estas salas, —dijo, hablando con tan fría calma que parecía bajar la temperatura de la habitación a diez grados, —*no... harán... magia*. No van a *utilizar la palabra* magia. No van a decir nada acerca de las brujas o magos, o cualquier otro detalle de su pequeño mundo secreto. No habría pensado que había necesidad de decir eso, pero aparentemente lo hago. Si la puerta no hubiera sido especialmente fortificada por sus propios maestros, ustedes aparentemente estarían rondando por los pasillos de esta escuela, causando cualquier estrago mágico que desearan, sin importar las consecuencias. Todos ustedes, de pie, por favor.

—Mi nombre, —la mujer dijo con frialdad, —es Señorita Corsica. Seré vuestro enlace y maestra cada vez que estén aquí en la Academia Yorke. Si tienen alguna pregunta, las dirigirán a mí. ¿Lo entienden?

James tuvo la oportunidad de echar un vistazo a Ralph, con las cejas arqueadas. Él asintió con la cabeza disimuladamente hacia la mujer. Ralph se

encogió de hombros. Ciertamente no era la Corsica que medio habían estado esperando.

La mujer respiró rápido y continuó. —En ausencia de preguntas, permítanme aclararles sobre su propósito aquí. Como ustedes sin duda saben, ciertos acontecimientos a principios de este año han causado una grave grieta en el velo del secreto que ha ocultado su mundo al nuestro desde hace siglos. Muchos creen que este velo pronto caerá por completo, juntando los mundos mágicos y no mágicos una vez más. Para suavizar el choque potencial de tal revelación, se ha emprendido un programa de cuidada y deliberada integración. Eso, estudiantes, es por lo que *están* aquí. *Van* a interactuar con un grupo selecto de estudiantes de Yorke que han tenido conocimiento de su mundo. Entonces, cuando llegue el momento de que sus secretos estén totalmente revelados, *ellos* asistirán a sus amigos en la adaptación a la nueva realidad.

A medida que continuaba Corsica, James se inclinó hacia Ralph y le susurró, —Por *eso* es que de repente, el Ministro de Magia estaba tan interesado en la cooperación mágica internacional. Todo era sólo una cubierta para *esto*.

Ralph asintió con la cabeza. —Me pregunto si tu padre lo sabe.

Eso, pensó James, era una muy buena pregunta. Una que pronto obtendría respuesta tan pronto como pudiera.

Frente a James, Murdoch levantó la mano. Corsica pausó, obviamente furiosa por la interrupción.

—Al parecer, tenemos una pregunta, después de todo, —afirmó sin rodeos, levantando una ceja a Murdoch.

—Sólo esto, —dijo Murdoch, mirando a su alrededor, a sus compañeros de clase. —Si esto es todo acerca de cómo los Muggles se preparan para el mundo mágico, entonces ¿por qué no hay ninguna otra escuela de magos aquí? ¿Por qué sólo la de Hogwarts?

—Estoy segura de que no lo sé, —respondió lacónicamente Corsica. —Fue un programa estrictamente voluntario. Tal vez no todos en el mundo mágico están tan dispuestos a mezclarse con nosotros, como vosotros lo estáis encantadores niños.

James hizo una mueca, no sólo con el obvio sarcasmo de Corsica, sino a la probable verdad de sus palabras. Era difícil imaginar que algún estudiante de Durmstrang quisiera mezclarse con los Muggles, aunque Durmstrang era una parte del programa... lo cual era poco probable teniendo en cuenta su actitud, incluso hacia las brujas y los magos nacidos de Muggles. Los Estudiantes de Beauxbatons eran más receptivos a los Muggles, por supuesto, pero probablemente se aburrían ante la idea de asistir a una sosa escuela no mágica en algún insignificante pueblo Inglés. Aun así, ¿por qué no estaba allí algún estudiante de Alma Aleron? Teniendo en cuenta la popularidad del Elemento Progresista en la escuela americana, este tipo de cosas debería haber sido sólo su taza de té. Se recordó preguntarle a Zane al respecto, la próxima vez que lo viera. Luego, por supuesto, recordó que Zane estaba un poco enojado con él por el momento. Suspiró con tristeza cuando Corsica continuó.

—En cuanto a los estudiantes aquí en Yorke, quienes han asistido a sus clases, saben quién y qué son ustedes, y ya se han reunido mucho con ustedes en su propia escuela. Otros pocos están conscientes, incluyendo algunos maestros, aunque no todos ellos de la misma forma. Por lo tanto, no van a ir a ninguna parte sin mí. No van a interactuar con otros estudiantes fuera de mi presencia. Y *nunca* vendrán aquí fuera de las horas de clase. ¿Lo entienden?

Hubo un murmullo general de asentimiento hosco.

—Muy bien, —dijo secamente Corsica. —Veo por cierto que la mayoría están vestidos con algo que no tiene ningún concepto con el término "educación física". No se preocupen, lo sabrán muy pronto. Baste decir, que les tocará a ustedes mismos hacerse con estos atuendos.

Ella movió la bolsa de lavandería hacia adelante y la ubicó en el suelo. El cordón se soltó, dejando al descubierto una masa de sucias camisetas grises y pantalones cortos de azul marino.

—¿Qué es esto? —Fiona Fourcompass frunció el ceño. —No puede en serio...

Murdoch sacó una de las camisetas de la bolsa y la sostuvo en alto. Las letras azules en la parte delantera de la camisa formaban las palabras CENTRO DE SEGURIDAD SAN BRUTUS. —¿Qué clase de lugar es éste? ¿Es de donde se supone que debemos ser?

—¡Vaya! —Corsica reprendió, levantando la barbilla. —No pueden aparecer en la Academia Yorke sin una historia de fondo. Ya que la mayor parte de los estudiantes aquí están preocupados, ustedes representan un programa de rehabilitación, donde... eh... los jóvenes con *problemas* son introducidos a la sociedad respetuosa de la ley. Ahora cámbiense la ropa de prisa. Las chicas tendrán el vestuario de la izquierda, los chicos el de la derecha. Rápido, estudiantes. Sus nuevos compañeros esperan.

Parecía que no había nada que hacer más que cambiarse la ropa en el horrible gimnasio. Desconsoladamente, James se unió al resto mientras removían la bolsa, en busca de una camiseta y pantalones cortos que encajaran. La ropa estaba toda bastante e irremediamente arrugada y tenía una desconcertante humedad en ella, como si hubiera pasado las últimas décadas en un armario mohoso del sótano.

Diez minutos más tarde, los estudiantes volvieron a reunirse en la sala principal del armario, apenas reconociéndose en sus nuevos uniformes.

—Esto es ridículo, —Ralph estaba furioso. James lo miró por encima.

—Así que los pantalones están un poco apretados, —comentó, tratando de restar importancia a los ridículos y cortos pantalones azules del chico grande. —No es tan malo, de verdad. Al menos tu camisa no se cuelga casi hasta tus rodillas. Nadie podría decir que estoy *usando* pantalones cortos.

—Formen una línea, por favor, —Corsica anunció en voz alta mientras los estudiantes se reunían. —Sus maestros me han informado que ustedes, de hecho, no han participado en la educación física de su propia escuela. Por lo tanto, me han dado permiso para organizar un régimen especialmente riguroso para ustedes. No habrá quejas. Si no pueden mantenerse al día con el equipo de fútbol de Yorke (siete veces campeón), entonces tal vez no deberían haber considerado inscribirse

en esta clase, para empezar. Compórtense bien, y tal vez puedan ganarse el respeto de sus nuevos compañeros de clase, y con el tiempo, la buena voluntad de todo el mundo no mágico. ¿Entendido?

Hubo aún menos entusiasmo en este momento. Corsica interrumpió la respuesta murmurada con un dedo levantado. —La respuesta correcta es un alegre, “sí, señorita Corsica”. Ahora, ¿me hice entender?

Una dispersión de voces repitió la frase discordante. Corsica parecía contenta con esto. De hecho, a los ojos de James, casi parecía estar disfrutando de la incomodidad de sus nuevos alumnos.

—Muy bien, —asintió Corsica. —Los llevaré al gimnasio. Sin embargo, en primer lugar, formarán una línea ordenada en el pasillo, fuera de esta puerta. Sin hablar por favor, las clases ya han comenzado. Si por alguna casualidad, no obstante, creen que se les permitirá llevar sus varitas mágicas en la escuela con propiedad, me temo que se han equivocado. Cuando pasen, depositarán todas las varitas en esto. —ella empujó un gran cubo de plástico con el pie.

Hubo gemidos en toda la habitación. El propio James había deslizado su varita en su calcetín. Miró a Ralph, frunciendo el ceño levemente. Junto con la mayor parte del resto de la clase, sacaron sus varitas y comenzaron a pasar, uno por uno, a través de la puerta. El cubo traqueteó repetidamente cuando las varitas cayeron en él.

James fue el último en salir del vestuario. Al pasar junto a Corsica, ella dijo su nombre en voz baja.

Sorprendido, James dio media vuelta, mirando hacia atrás a la maestra de rostro severo. Ella le estaba ofreciendo una pequeña y tensa sonrisa.

—Así que, ¿cómo está Albus? —preguntó en voz baja. —¿Y la pequeña Lily? Ella no terminó por ventura en Slytherin, ¿verdad? Encontraría eso un poco... inesperado.

James frunció el ceño con sorpresa. —¿Usted cómo...?

Corsica se encogió de hombros lánguidamente y alcanzó a tocar sus excesivamente grandes lentes. —La vida es una cosa divertida, James. Teniendo en cuenta mi juventud, Azkaban estaba fuera de cuestión, por suerte, por lo que fui condenada a un año en la oficina de campo del Ministerio en Australia, condenada a pasar mi penitencia catalogando coleópteros acuáticos venenosos. Es difícil imaginar el punto, realmente. Absolutamente *todo* en Australia parece ser venenoso. Entonces, felizmente, este puesto llegó, y un cierto benefactor anónimo convenció al Wizengamot que se podía enseñar una cierta y necesaria... humildad.

Corsica se quitó las gafas mientras hablaba. Cuando lo hizo, toda su cara se transformó, de hecho, todos los aspectos de su apariencia cambiaron, y se acomodaron nuevamente de manera diferente, como si los lentes hubieran sido la piedra angular de una especie de proyectado disfraz mágico. De repente, Tabitha Corsica se paró delante de él, el pelo largo y negro colgando como una cortina de ébano por su espalda, sus bonitos y penetrantes ojos negros centelleando ante él.

—Eres tú... —James murmuró con incredulidad.

—Soy yo, —ella estuvo de acuerdo, ladeando la cabeza tímidamente. —El Ministerio consideró que mi juventud y, er, el encanto físico podría ser un perjuicio para mi aceptación aquí en Yorke, por lo tanto... —se burló con desagrado de los gruesos lentes de marco negro en su mano, —Esto. —su expresión se aclaró de nuevo y ella sonrió a James. —Es bueno verte de nuevo, James. Nuestro último encuentro fue bajo... circunstancias infortunadas. Sólo quiero que sepas que no te culpo por nada. Es probable que no puedas dejar de ser un insufrible, entrometido y destructor de las esperanzas y sueños de otras personas. Estoy segura de que sólo viene... naturalmente.

—Tabitha, —dijo James, sacudiendo la cabeza. —Yo no... eso no es como...

—Ya, ya, —interrumpió ella, agitando sus gafas con desdén. —Todo está en el pasado. Me conformo con lo pasado, pasado. Tenemos todo el tiempo por delante de nosotros, James. —ella hizo una pausa pensativa, y luego se puso las gafas de nuevo. Su aspecto cambió nuevamente a su vieja persona de cabellos grises. Se inclinó más cerca, como si quisiera compartir un oscuro secreto. —Me comprometo a hacer que sea un *reto*, James. —su sonrisa se ensanchó, adelgazando

los labios y arrugando las comisuras de sus ojos ahora de color gris. —Los dos sabemos lo mucho que te gusta... un buen... *desafío*.



James no veía ninguna razón para mantener la identidad de Corsica en secreto. Les contó a Ralph, Rose y Scorpius al respecto esa noche cuando se reunieron alrededor de una mesa en la esquina de la biblioteca.

—Ella lucía familiar, —Ralph asintió pensativo. —No es tanto un disfraz ya que es sólo una versión más antigua de sí misma. Tal vez las gafas están encantadas para aparentar veinte años más.

—Bueno, seguro que no la hacen ver más agradable, —James se quejó. —Ella va a ser una verdadera pesadilla. Voy a estar adolorido por días por todo lo que nos hizo correr.

Ralph gimió en acuerdo. —Y ¿qué pasa con esa pequeña cuerda de escalar en el gimnasio? Sé de buena fuente que eso ni siquiera es físicamente posible.

Rose frunció los labios. —He oído que los estudiantes Muggle lo hicieron todo bien.

—Algunos de ellos, sí, —admitió James. —Pero son, como los actuales atletas. Campeones de fútbol, al parecer, y dos veces el tamaño de la mayoría de nosotros.

Ralph se alegró un poco. —Al menos Comstock no pudo hacerlo. El pequeño baboso simplemente se colgó allí como un trozo de cebo de grasa en una caña de pescar.

Rose frunció el ceño con disgusto. —Pensé que el punto central de este programa era crear un puente entre los mundos Muggle y mágico.

—Eso es lo que dice Corsica, —James asintió malhumorado.

—¿*Qué es* lo que dice Corsica? —preguntó otra voz, acompañada de una pila de libros que cayeron pesadamente en la mesa. James se recostó en su silla cuando Albus se sentó junto a él. —No estás hablando de Tabby, ¿verdad?

—Agr, —James gimió. —Siento que empieza a dolerme la garganta cada vez que la llamas así.

—Ella se apareció hoy en Yorke, —explicó Ralph. —Resulta que ha sido enviada allí por el Ministerio para supervisar una especie de programa comunitario con los Muggles, por si acaso el Velo Secreto cae por completo.

Albus consideró esto por un momento. —Tiene sentido para mí.

—Sí, bueno, parece totalmente *dudoso* para mí, —respondió James, parándose de su asiento. —El Ministerio se supone que está tratando de arreglar el Velo Secreto, no al punto de renunciar a él completamente.

Ralph se encogió de hombros. —Tal vez sólo se están preparando. Ya sabes, por si acaso.

—Parece un poco más una planificación que una preparación, —Rose admitió. —Pero de cualquier manera, está fuera de nuestras manos. Tenemos mucho de qué preocuparnos, como con esta persona El Coleccionista que va por todos los nacidos en Nueva Ámsterdam planeando algo mágico. —ella se encontró con los ojos de James cuando éste la miró. —Lo que todavía estoy investigando, James, y aún no lleva a nada. Aunque estoy *segura* de que he oído hablar de él en alguna parte.

Albus frunció el ceño. —¿Oír de qué? ¿Y quién diablos es El Coleccionista?

—No digas esa palabra, —Lily reprendió suavemente cuando se apiñó en frente de él, dejando caer su mochila al suelo al lado de su silla. —Si mamá estuviera aquí, te echaría un maleficio en la piel.

James suspiró con impaciencia. —El Coleccionista es un mago vicioso que se ha estado escondiendo en Nueva Ámsterdam, esclavizando a un grupo de

personas que se quedaron después de la evacuación. Está planeando algún mega ataque mágico o algo así. La Red Morrigan.

—¿Qué palabra no se supone que debo decir? —Albus frunció el ceño, volviendo a Lily. —¿Diablos? ¿Qué eres tú, la suplente de Mamá o algo así?

—Tal vez lo soy. —Lily respondió con remilgo, alzando las cejas y abriendo uno de los libros de Albus. —Esto no es ni siquiera un libro de texto. Es una de esas historias de Aventura de los Gemelos Corazón de Dragón. ¿Incluso, dónde conseguiste esto? Ellos no disponen de tonterías como ésta en la biblioteca.

—Ellos tampoco disponen de esos horribles libros de vampiros de Persephone Remora, pero eso no *te* impide absorber hasta el último maldito libro de ellos como si fuera ambrosía sangrienta.

—Eso fue suficiente, —Lily confirmó con su mandíbula. —Le voy a contar todo lo tuyo a mamá.

Albus la rechazó con un gesto de la mano. —Espera un minuto, ¿estás diciendo que esa tonta historia de James perdido en Nueva Ámsterdam y perseguido por zombis es más que una excusa para eludir sus pruebas de Quidditch?

Rose hizo una mueca ante la palabra “zombis”. James alzó las manos con exasperación, pero fue Scorpius quien tomó la palabra. —Todo era cierto, aunque sí ofreció una excusa útil para tu hermano.

Lily miró a Scorpius y a James. —¿Así que realmente viajó a Nueva Ámsterdam con Zane Walker y se encontró con un mago malvado y fue perseguido por los zombis?

La paciencia de Rose estalló. —*No eran zombis*, —declaró. —Eran *Wendigos*. Magia antigua muy espeluznante, de antiguo origen americano...

—Y ¿por qué no me llevaron? —Lily exigió, con sus ojos ardientes a James.

—Lil, no seas tonta. Aún no estás inscrita en las clases de Alma Aleron. Además, fue muy peligroso. Papá me hizo prometer mantenerte a salvo. La última cosa que voy a hacer es arrastrarte a una de las aventuras poco fiables de Zane.

—Te sientes perfectamente bien *arrastrándome* a eso, —Ralph se quejó.

Albus sonrió. —Sin ti, Ralph, ¿quién pararía todas las caídas de James?

James puso los ojos en blanco. —¿Y podemos tal vez no discutir todo esto con la escuela entera?

—No me di cuenta que le había contado a la escuela entera, —Lily resopló.

—¿Discutir qué? —Scorpius suspiró de aburrimiento. —Todo lo que tenemos es un mago loco con delirios de grandeza pretendiendo crear una especie de súper arma mágica, un escurridizo estadounidense Duende con un sentido quizá excesivamente desarrollado de instinto de conservación y una chiflada ex Slytherin, cuyo tiempo lo gasta haciendo de niñera de estudiantes Muggle de secundaria.

—Suenas más que suficiente para mí, —murmuró James. —Y te olvidaste del gemelo malvado de Dumbledore en Durmstrang.

—No lo olvidé, —Scorpius respondió, volviendo a sus libros. —Lo dejé a propósito. Incluso entre los magos y brujas, algunas cosas son demasiado locas para ser consideradas.

James dejó caer la barbilla sobre sus brazos cruzados. También estaba el misterio de la historia del sueño de Petra con las palabras *La Red Morrigan* garabateadas con la letra de ella, por no hablar de la misteriosa voz (¿Petra?) que lo había asaltado en los pasillos la primera noche. James no pudo evitar la sensación de que algún modo, de alguna manera, todo estaba conectado. Pero ¿cómo? A pesar de lo desagradable que Scorpius había estado últimamente, seguramente tenía razón: algunas cosas probablemente no valían la pena. Al menos no todavía.

Lily empujó el libro de Albus detrás de él y luego se inclinó sobre la mesa hacia James. —¿Papá realmente te pidió que cuidaras de mí?

James la miró con desconsuelo. —Sí. Porque todo es importante.

Ella sonrió levemente. —Gracias, hermano mayor. Pero no hagas demasiado bien el trabajo, ¿de acuerdo? Quiero tener un poco de diversión.

James asintió. —No te preocupes. Tengo mis manos bastante llenas con eso.

La sonrisa de Lily se ensanchó. —Bueno, —respondió alegremente. —Yo puedo cuidar de mí misma, de todos modos.



El fin de semana llegó y se fue a una velocidad sorprendente. James pasó la mayor parte de él en la sala común de Gryffindor tratando de ponerse al día con su tarea y olvidarse de las muchas distracciones que le exigían su atención. Observando su tenaz perseverancia, Rose intentó ayudar, pero estaba casi siempre acompañada de Scorpius, cuya presencia presumida sólo sirvió como otra distracción.

—¿Qué pasa con ustedes dos? —James siseó durante una de las ausencias raras de Scorpius. —¿Se están besuqueando o qué?

—¡No! —ella insistió, sin mirarlo a los ojos. —¡No te entrometas bobo! No es de tu incumbencia.

James ladeó la cabeza con insistencia. —Sí, bueno. Entonces, ¿qué son?

—Tal vez, —admitió ella secamente. —¿Qué piensas, James? ¿Te agrada Scorpius? ¿No?

—No como a *ti*, al parecer, —James se burló. —Últimamente, se parece mucho más a un Slytherin que a un Gryffindor si me preguntas. Creo que debes dejarlo.

—Bueno, creo que nadie te preguntó, —murmuró. —No lo conoces. Ni siquiera estuviste aquí el año pasado.

—Sé que está guardando secretos.

Rose lo miró de repente. Ella entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Secretos. Ya sabes lo que son, ¿verdad? ¿Cosas ocultas que no está diciendo a la gente? Está tramando algo.

Rose siguió mirándolo de manera significativa. Entonces, un pensamiento pareció golpearla y negó con la cabeza con desdén. —¡Ah! —se dijo.

—¿“Ah” qué? —James presionó.

—Ah nada. Vuelve a tu ensayo de encantamientos. Es casi la hora del almuerzo.

James sintió que Rose sabía algo, pero no se lo diría, sin importar lo mucho que él intentara. De mala gana, volvió a su tarea, determinado más firme que nunca a averiguar lo que Scorpius hacía.

Su oportunidad llegó la noche del domingo.

Había sido un día particularmente infeliz. Gryffindor jugó su primer partido de Quidditch contra Hufflepuff, un raro evento de la tarde del domingo, donde asistió una gran cantidad de personas para el primer partido de la temporada. Una lluvia gris y helada impregnó el terreno de juego con una niebla húmeda, lo que no habría sido tan malo si no fuera por el hecho de que Hufflepuff había tomado la iniciativa de prolongar el duelo por tres horas. James se acurrucó bajo su húmeda capa entre Rose y Heth Thomas, alternativamente entrecerrando los ojos a causa de la niebla y luego colocándose las gafas, que rápidamente se empañaron con finas salpicaduras de niebla.

La visión de Lance Vassar jugando como Buscador, fue singularmente irritante, sobre todo porque el chico no parecía tener la habilidad ni la pasión por la posición. Pasó la mayor parte del partido rondando cerca del nuevo marcador, mirando ociosamente alrededor del terreno de juego y agachándose detrás del enorme tablero cada vez que una Bludger se dirigía a él.

Por su parte, el resto del equipo de Gryffindor parecía preocupado con sólo quedarse en sus escobas nuevas. Junto con el marcador, los padres de Lance habían proporcionado una flota de nuevas Pulsars, unas escobas tan avanzadas que, según informes, habían sido desarrolladas por una rama secreta del Departamento de Misterios. James las reconoció como el mismo tipo de escoba montada por los Harrier durante su aventura en Nueva Ámsterdam. Lo que había sido sorprendentemente rápida y maniobrable en los abismos de la ciudad abandonada, sin embargo, eran demasiado para manejar en los límites del campo de Quidditch. Mientras James observaba, Mei Isis, una de las Golpeadoras de Gryffindor, levantó su bate y se abalanzó hacia una Bludger en espiral pasando tan rápidamente, que chocó con Devindar Das cerca de los anillos. Este la maldijo a través de la fuerte lluvia, y ella le retribuyó furiosamente a su espalda, con su larga y negra cola de caballo arrojando agua de lluvia por encima del hombro.

Lance, a la distancia, vio esto con desaprobación. Detrás de él, el marcador disparó una carga de fuegos artificiales dorados, anunciando otra anotación de Hufflepuff.

—¡Su cabello aún no está mojado! —Rose proclamó de repente, señalando. — Él ha encantado el aire a su alrededor para protegerse de la lluvia, ¡sólo para que su corte de pelo no se desordenara! ¡Es un total imbécil!

—Tal vez lo hizo para que pudiera ver mejor, —Heth sugirió poco convincente.

—Podría creerlo, —murmuró James, —si realmente pareciera estar tratando de *ver* algo. Sólo está esperando que termine el partido para poder volver a darme miradas petulantes en la sala común.

—¡Esto es tu culpa, James! —Deirdre Finnegan intervino a espaldas de él, empujándolo en el hombro. —¡Si tan sólo no te hubieras perdido las pruebas!

James la miró enojado. —¿Alguna vez vas a dejar que me olvide de eso?

Ella lo miró de forma significativa desde su asiento junto a Graham Warton. —¡No! —ambos contestaron al unísono.

El partido terminó vergonzosamente, cuando la Buscadora de Hufflepuff, Julia Lemon, apareció lanzándose en picado alrededor de la tribuna de Ravenclaw, con la Snitch brillando en su mano extendida.

En el otro lado del campo, Lance se encogió de hombros y aplaudió animosamente. —¡Buen partido! —gritó sobre la crepitante lluvia. —¡Buen partido, todos! ¡Hurra!

James saltó de su asiento, olvidando por un momento que no estaba en una escoba y que no podía ir a golpear a Lance.

Por la noche, la persistente llovizna se había convertido en un aguacero constante. La lluvia cubría las ventanas, marcada con destellos de relámpagos y ensordecedores truenos. James no vería nada a la mañana siguiente. La clase de Cuidado de Criaturas Mágicas de Hagrid, estaba prevista para un paseo en barco en medio del lago para una visita al Calamar Gigante. Conociendo a Hagrid, apenas se daría cuenta que seguía lloviendo, y mucho menos consideraría que la clase volviera a la calidez del granero de las criaturas salvajes. También, molestos, estarían allí Morton Comstock y los otros Muggle de Yorke, seguramente quejándose de la lluvia, del lago y de lo aburrido que podía ser el Calamar Gigante comparado con los monstruos en sus estúpidos juegos de computador.

Era un asombro constante para James, que tantos Muggles prefirieran fingir desafíos en los videojuegos, que ser recompensados por algún reto en la vida real. Por supuesto, como Ralph a menudo le recordaba, cuando uno era comido por un dragón en un videojuego, se podía simplemente pulsar reinicio y volver a intentarlo. No había un real peligro implicado. James no se lo decía a Ralph, pero secretamente creía que era ese mismo elemento (el peligro), que hacía que la aventura valiera la pena.

Él estaba a la deriva en un sueño irregular cuando el estallido de un estremecedor trueno sacudió la ventana cerca de su cama. Un relámpago inundó la habitación, iluminando todo en un breve segundo. James suspiró y se dio la vuelta, molesto por haberse sobresaltado. Miró hacia las profundidades de la oscura habitación, sorprendido de que nadie más se hubiera despertado. Vio el brazo de Graham sobre el lado de la cama. En el otro lado de la torre, Heth Thomas parecía haberse quedado dormido mientras estudiaba. Un suave ronquido emanaba debajo del libro abierto en su rostro. Junto a él, una vela ardía en la mesa de noche.

El extremo de la luz de la vela llegaba a la cama de Scorpius. James levantó la cabeza y frunció el ceño con curiosidad. La cama de Scorpius estaba sin hacer, con bultos de almohadas y mantas. Estaba vacía.

James casi saltó de su cama, su corazón de repente golpeando con anticipación. Se acercó de puntillas al dosel de Scorpius y se arrodilló junto a él. Miró debajo. No había nada debajo de la cama, solo un calcetín y una bandada de motas de polvo.

—No hay zapatos, —James susurró a sí mismo. —¡Esa pequeña serpiente! ¿Dónde está?

James se puso de pie lentamente, pensando mucho. Sabía que tenía que seguir a Scorpius, pero ¿cómo? No había más remedio que salir a hurtadillas esperando encontrárselo. Quizá Cedric estaría fuera en los pasillos y ofrecería ayuda. Por otra parte, tal vez Peeves aparecería primero y levantaría un alboroto. James no podía correr el riesgo de ser atrapado, al menos no antes de encontrar a Scorpius.

Asintió y volvió a su cama. Silenciosamente y lo más rápido que pudo, se vistió con unos pantalones vaqueros y una camiseta oscura, abrió el maletero y sacó la Capa de Invisibilidad. Con un movimiento, la arrojó sobre sí mismo, comprobando para estar seguro que colgaba lo suficientemente bajo como para ocultar sus pies.

Otro trueno sacudió las paredes, sorprendiéndolo. Al otro lado de la habitación, algo pesado cayó al suelo con un ruido metálico. James saltó ante el

sonido del mismo, su corazón golpeando en la garganta. Dio media vuelta, con los ojos muy abiertos y vio a Heth murmurando en su sueño. El libro se había caído de su rostro y golpeado el suelo.

—Es sólo un libro de Transfiguración, —murmuró para sí mismo, deseando que su corazón dejara de golpear. ¿Por qué de repente estaba tan nervioso? Se recordó que no estaba envuelto en una aventura peligrosa. Simplemente estaba siguiendo a Scorpius, tratando de averiguar lo que el chico estaba husmeando alrededor en medio de la noche. Era más bien un permanente y gran misterio, de hecho. El muchacho había estado extrañamente ausente en medio de la noche desde su primer año. ¿Por qué? ¿A dónde iba? ¿Fue a encontrarse con alguien? Y ¿qué estarían haciendo?

Un escalofrío sacudió los hombros de James. ¿Quizás Scorpius era menos confiable de lo que todos suponían? Después de todo, él había, al menos por un tiempo, trabajado con su abuelo ya fallecido, Lucius Malfoy, en un complot que habría dado lugar a la muerte de su hermana, Lily. Scorpius afirmó, por supuesto, que no había sido consciente de ser parte del complot. Pero ¿estaba diciendo la verdad? ¿Tal vez incluso ahora, seguía mintiendo acerca de su lealtad?

James apretó los labios con decisión y se volvió hacia la escalera. Esta noche, por fin, tenía la intención de averiguarlo.

La sala común estaba oscura y aparentemente vacía, iluminada sólo por el resplandor rojizo del fuego. James bordeó el sofá y las sillas, en dirección hacia el agujero del retrato. Justo antes de llegar a él, sin embargo, su pie tropezó con algo pesado, enviándolo al suelo en un montón desordenado.

—¡Ay! —una voz susurró.

—¿Quién es? —James susurró con dureza, trepando bajo la capa, con el pie todavía gravado en lo que lo había hecho tropezar. Una mano revolvió la capa y se la arrancó.

—¡James! —era la voz áspera y molesta de una niña.

James parpadeó en la oscuridad. —¿Lil? ¿Qué *estás* haciendo aquí?

—¡No es asunto tuyo! —su hermana proclamó con altivez. —¡Yo debería preguntarte lo mismo! ¡Y usando la capa de papá, también! ¡Él te asesinará completamente cuando se entere de que la robaste de nuevo!

James puso los ojos en blanco. —¿Cuántas veces tengo que explicarte, que *no* me la robé esta vez? ¿Cómo supiste que era yo?

Lily dio un suspiro de exasperación. —Escuché tus grandes pisadas bajando por las escaleras, pero no vi a nadie. O era un fantasma torpe o tú bajo la capa de papá nuevamente.

Una risita emanó detrás del sofá.

—¿Quién es ese? —James exigió, parándose. —¿Qué es esto?

—Oh, ese es Chance, —Lily sonrió. —Sal ya, James.

Una mata de pelo castaño y rizado se asomó sobre el sofá. James reconoció al de primer año, Chance Jackson, uno de los nuevos amigos de Lily.

—Mira, —anunció con firmeza, tirando la capa de invisibilidad lejos de Lily. —No sé lo que ustedes dos están...

—Te refieres a nosotros *tres*, —corrigió la voz de un niño cuando una segunda cabeza apareció sobre el sofá. Era Stanton Ollivander, con un gorro de dormir sobre su cabeza, ocultando completamente su pelo.

James lo miró. —Está bien, —admitió secamente. —No sé qué están haciendo ustedes *tres*, pero es tarde y todos deberían estar en la cama.

—¿Quién eres tú para hablar? —una serena voz contrarrestó. —*Estás* fuera de la cama, ¿no es así?

James miró a los tres rostros por turno. —¿Quién de ustedes ha dicho eso?

—Yo lo hice, —la serena voz respondió obstinadamente.

—Oh, vamos, sal, Marcus, —Lily suspiró. —Es solo James. Él no puede hacernos nada.

Un tercero apareció, esta vez debajo de una silla a la izquierda de James. Marcus Cobb miró hacia él, con su pelo negro revuelto en un nido de pájaro y sus sobrios ojos verdes en la oscuridad.

—Miren, —James hizo un ademán de fastidio, —¿cuántos de ustedes están ahí, de todos modos?

—Bueno, —Lily admitió, levantando la mano y contando con los dedos. — Además de nosotros cuatro, está Shivani, quien aún está en el piso de arriba poniéndose su maquillaje porque es una tonta que piensa que en el camino, podríamos huir de un vampiro guapo y quiere lucir muy bien, y Penélope Bones iba a venir también, pero se acobardó en el último momento y se hizo la dormida sin importar lo duro que la sacudí. Así que eso es todo... un poquito de aventura nocturna en los invernaderos y luego regresar, tal vez con una parada en la cocina para comer algo. Y ¿qué *estás* haciendo y sobre todo solo, hermano mayor?

James se recuperó y levantó la barbilla. —Tal vez estoy manteniendo un ojo en *ti*, hermanita, asegurándome de que no haces ninguna tontería.

Lily asintió. —Claro. Y tal vez yo soy la reina de la condenada Inglaterra.

En el sofá, Chance Jackson volvió a reír, tapándose la boca con ambas manos.

—No nos puedes hacer nada, —Marcus anunció, sin dejar de mirar hacia James debajo de la silla. —No eres un prefecto o Jefe, ni nada. Además, siempre estás afuera escondiéndote después de que se apagan las luces. No puedes tener toda la diversión.

—¡No me estoy divirtiendo afuera! —James dijo entre dientes. —Miren, esto es un asunto serio. No les puedo contar al respecto.

—¡Ooo! —Stanton sonrió ansiosamente. —¿Estás en una nueva aventura? Cameron dice...

—Cameron dice un montón de cosas, —interrumpió James, levantando ambas manos. —La respuesta es no. Ustedes no pueden venir conmigo y necesitan regresar al piso de arriba a sus dormitorios. No es seguro estar en los pasillos por la noche. Podrían encontrarse con...

Lily ladeó la cabeza. —¿Encontrarse con quién? O ¿qué?

—No importa, —James desalentó ligeramente. —Sólo confía en mí, ¿de acuerdo? No esta noche. No puedo arriesgarme a que me atrape Peeves o Filch y arruinar todo. Mañana, escabúllete todo lo que quieras. No me importa si te pillan luego.

Lily miró especulativamente hacia James durante un largo momento. Detrás de ella, Shivani Yadev apareció en la escalera de caracol, sus ojos oscuros con una pesada capa de sombra de ojos. Se detuvo cuando vio a James, con seriedad.

—¿Le pediste a tu *hermano* que viniera? —preguntó con evidente desdén.

—No, —Lily sonrió. —Él tiene sus propios planes. Vamos.

Los cuatro estudiantes más jóvenes comenzaron a dirigirse al agujero del retrato.

—¡No! —James dijo con voz áspera, saltando para salir delante de ellos. —Voy a... ¡Voy a acusarte!

—*No lo harías*, —Lily ladeó la cabeza, deteniéndose frente a James.

—Lo haría. Mira, no me importa lo que hagas. Pero no esta noche. ¿Está bien? Vamos, Lil.

Molesta, entrecerró los ojos hacia él. Finalmente, suspiró con fuerza. —Bien. Con una condición.

—¿Cuál?

—Me quedo con la capa.

James se quedó atónito hacia ella. —¿*Qué?! Pero Papá...*

—Y mañana tienes que decirnos en lo que estás.

—¡Sí! —Stanton estuvo de acuerdo de todo corazón.

James balbuceó. —¡Pero...! Espera, ¡son *dos* condiciones!

Lily se cruzó de brazos. —Tómalo o déjalo. Además, un mayor de cuarto año como tú no necesita una capa de invisibilidad para colarse por la noche, ¿verdad?

James exhaló con frustración. —¡Muy bien! —enojado, empujó la capa hacia su hermana. —Pero devuélvela cuando la necesite, ¿entiendes? ¡Este es un asunto serio! ¡Papá lo dijo!

—Y no podemos esperar a escuchar *todo* sobre eso, —Lily asintió, aceptando la capa con una pequeña sonrisa triunfante. —Muy bien, todos, supongo que esta noche regresamos a nuestras camas.

—¿Qué? —Shivani se quejó estridentemente, haciendo un gesto hacia su rostro impecablemente maquillado. —¡Me tomé veinte minutos para ponerme todo esto!

—Todos vestidos y no vamos a ningún lugar, —Marcus asintió con tristeza. —Y todos esos solitarios vampiros por ahí solo esperando por ti.

—Lo intentaremos de nuevo mañana por la noche, —Lily tranquilizó, llevando a Shivani y a Chance de vuelta hacia las escaleras de las chicas. —Y mañana vamos a tener *¡esto!* —levantó la capa de invisibilidad. —Ni siquiera el señor Filch nos cogerá si todos nos metemos debajo. Valdrá la pena la espera.

Echando humo, James vio cómo Lily se retiraba por las escaleras del dormitorio de las chicas. Ella estaba en lo cierto: que en realidad no necesitaba la capa de invisibilidad para esconderse. Aun así, le irritaba que ella lo hubiera extorsionado con éxito. Claramente, la propensión de los Potter para las travesuras, no se detuvo con los chicos. Sacudiendo la cabeza con irritación, James se volvió hacia el agujero del retrato y salió.

Fuera de las ventanas del pasillo, la lluvia seguía cayendo en una cortina constante, ocultando la luz de la luna y sumiendo las salas casi a la oscuridad total. James caminó a tientas hacia la escalera, sabiendo que no podía permitirse el lujo de encender su varita por el riesgo de alertar al escurridizo Scorpius. Su única esperanza era espiar al chico sin ser notado.

Un relámpago parpadeó silenciosamente más allá de la ventana de Heracles, dando a la escalera un contraste espeluznante por un breve segundo. James se deslizó hasta el vestíbulo, y luego se detuvo, esforzándose por escuchar lo más que podía a través del repiqueteo constante de la lluvia y el crujido ocasional del oscuro castillo y las escaleras movedizas. No podía oír ni ver ninguna señal del vagabundo Scorpius. Miró a su alrededor con impaciencia. ¡Si sólo tuviera el Mapa del Merodeador! Por un momento consideró en tratar de llamar a su padre por la red Flu y pedirle que localizara a Scorpius para él, pero eso significaría volver a la sala común y esperar a que su padre todavía estuviera despierto, sin mencionar, estar dispuesto a ayudar a James en su misión personal de sospecha. Lo más probable, es que su padre simplemente le dijera que dejara a Filch manejar el asunto y que se metiera de nuevo en la cama. Frustrado y molesto, James suspiró con dureza.

De repente, una sombra se movió en el arco al final de la entrada. Una luz apareció, sostenida por una misteriosa mano.

—De hecho tienes razón, mi cielo, —una áspera y vieja voz murmuró. — Alguien ha sido descuidado. Muy descuidado de hecho.

El corazón de James repentinamente golpeó en sus oídos. Era Filch, acompañado de su antigua gata, la Señora Norris. Tan silenciosamente como pudo, James trepó hacia atrás encima de las escaleras y se escondió detrás de la barandilla. Podía ver la luz de la linterna de Filch creciendo más brillante en el suelo de piedra cuando el hombre se acercó, con sus botas golpeando sordamente. Una sombra se alargó en la linterna de la luz, y luego fue interrumpida por la forma de la propia Señora Norris, con su cabeza baja y el áspero pelaje erizado en su espalda. James se encogió contra las escaleras, tratando de presionarse más a la sombra cada vez menor de la barandilla.

De repente, para alivio de James, la gata se alejó, dirigiéndose hacia las puertas del Gran Comedor. James levantó la mirada hacia ellas y vio que estaban ligeramente abiertas, mostrando una estrecha línea de oscuridad.

—No podemos permitir esto, ¿verdad, mi cielo? —Filch gruñó, siguiendo a la gata y apoyándose en un viejo y nudoso bastón. — No con todos esos armarios

poco fiables alineados como bonitas criadas, rogando para hacer travesuras. El director no estaría contento, ¿verdad? No, me parece que no lo estaría. La cabeza de alguien seguramente va a rodar.

James se estremeció. Algo de la oscura seguridad en la voz de Filch, le dio a entender que sus palabras no eran una mera broma floja. Cuando Filch empujó las puertas cerradas y bloqueadas, James caminó hacia atrás por las escaleras y alrededor de la esquina del rellano inferior. Otro relámpago arrojó a las escaleras colores brillantes de la vidriera, esta vez acompañado de un trueno.

La señora Norris giró su cabeza de bala hacia las escaleras, con los ojos entrecerrados y sus orejas presionadas contra su cráneo. James se quedó sin aliento, moviendo sus pies hacia atrás justo a tiempo. Bajo el sonido de la lluvia, le pareció que podía oír fuerte el ronroneo del gruñido de la gata.

—No te preocupes, mi cielo, —Filch cantaba con su voz inquietantemente alegre. —Es un nuevo día, lo es. Incluso tu viejo amo tiene algunos trucos bajo la manga ahora, ¿no? —se rió entre dientes, haciendo un sonido como de grava en un caldero oxidado. El pelo de James se erizó en la base de su cuello.

Entonces, por unos largos y desconcertantes minutos, Filch estuvo en silencio. James sólo podía ver una esquina estrecha del vestíbulo desde su escondite. Todavía estaba iluminado con la luz amarilla de la linterna de Filch, balanceándose ligeramente a medida que el hombre parecía merodear, arrastrando y golpeando con su bastón. Cada aleatorio toque parecía acercarse más.

Y entonces, con un largo crujido y gemido, Filch comenzó a subir las escaleras.

No había ningún otro sitio para que James se moviera; las escaleras detrás de él eran demasiado altas para trepar antes de que Filch lo encontrara. Presionó hacia atrás, sintió las escaleras clavándose en la espalda mientras la luz de la linterna se hacía más brillante frente a él, extendiéndose en el piso del rellano. La sombra de la Señora Norris trotaba a la vista. Ella todavía estaba gruñendo, profundo y alto en su felina garganta.

De repente, una fría cortina de tela cayó sobre James desde atrás, bloqueando momentáneamente su vista, que lo hizo sobresaltarse pero por suerte no gritó. La tela era demasiado familiar, después de todo, aunque no pudo explicar su repentina aparición. La capa de invisibilidad cayó sobre sus rodillas cuando una figura pequeña trepó cerca detrás de él, agarrándolo con fuerza alrededor de los hombros.

La Señora Norris apareció en el rellano delante de James, congelándose en el lugar cuando la capa lo cubrió. Filch subió lentamente a la vista detrás de ella, parloteando con su bastón en cada escalón y silbando.

—Vamos a echar un vistazo a lo largo de los pasillos del segundo piso, ¿de acuerdo, querida? —sugirió. —El director estará más contento si podemos llevarle el responsable. Por supuesto, también puede haber sido un descuidado elfo doméstico. Pero qué podemos esperar, ¿no?

Una vez más, la sutil y oscura alegría en la voz de Filch heló a James. Él esperaba que sus dedos estuvieran totalmente cubiertos por la capa. Detrás de él, la pequeña figura respiró brevemente en su oído, y con un superficial arranque, lo agarró en un apretón de muerte.

La Señora Norris olfateó el aire, aparentemente para mirar directo a través de la capa de invisibilidad. Entonces, cuando Filch la alcanzó en el rellano y la empujó con impaciencia con su bastón, ella trotó por las escaleras, pasando lo suficientemente cerca de James y de su benefactora que casi los cepilló con su cola. Filch siguió, manteniéndose por suerte en el centro de la escalera, con el nudoso bastón golpeando lo suficientemente cerca al zapato de James que pellizó un pliegue de la capa de invisibilidad.

James contuvo el aliento, al igual que la pequeña figura detrás de él. Sabía quién era, por supuesto, y su alivio por su aparición era sólo ligeramente mayor que su molestia por su duplicidad. Un minuto más tarde, cuando la luz de la linterna de Filch y el golpe de sus botas se alejaron en el segundo piso del corredor, se quitó la capa y se volvió en el acto.

—¡Eres una irremediable soplona! —dijo entre dientes.

—Me debes una grande, Hermano Mayor, —Lily susurró, su rostro excesivamente pálido en la penumbra. Ella estaba claramente conmovida por su estrecha vocación, pero también, evidentemente, regocijada por eso. Su rostro se iluminó con una salvaje sonrisa. —Eso fue una intensa *locura*, ¿no?

—¡No es gracioso! —James dijo con áspera voz. —Seriamente, eso fue demasiado cerca para estar reconfortado. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Quieres decir además de salvar tu flaco trasero? —respondió ella, todavía sonriendo nerviosamente. —Al ver lo que estás haciendo, por supuesto. Te seguí casi tan pronto como te fuiste.

—Pero, —James sacudió la cabeza con exasperación. —¡Prometí que te acusaría mañana!

—Me imaginé que acabarías haciendo algo. Te seguí para mantenerte intacto.

James suspiró y se dejó caer en la escalera. —Así que no creo que haya alguna manera para enviarte de vuelta a la cama, ¿cierto?

—Lo dudo, —ella respondió alegremente. —Además, parece que necesitas la capa de invisibilidad, después de todo. Realmente, pensé que estarías mejor con esto por ahora. Esta cosa te ha hecho descuidado.

—No molestes, —murmuró James, al pararse. —Sólo mantente cerca. No estoy diciendo nada. Eso sí, no deben atraparnos, ¿entiendes?

Lily rió maniáticamente cuando ella se levantó después de James, sacudiendo la capa sobre sus hombros, pero dejando la cabeza afuera, que parecía flotar en el aire detrás de él.

—Entonces, ¿qué pasa si permitimos que nos atrape el señor Filch? —susurró mientras descendían en la entrada del salón. —He oído que le gusta torturar a vagabundos nocturnos torciéndoles los pulgares y con la, er, Dama de Hierro. O algo.

—Esas son sólo historias de los de primer año, —James respondió secamente. —Si te pillan, consigues la Detención. Por lo general es algo tedioso y desagradable. Pero es cierto que si Filch lo hace a su manera, sería peor la carga.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo? —presionó, siguiendo tan cerca detrás de él que ella lo chocó mientras doblaban una esquina. —¿Es peligroso? ¿Hay Slytherin malos involucrados? ¿Albus sabe de ellos? Tal vez deberíamos conseguir que viniera también, ¿eh? Oí que el dormitorio está justo debajo del lago, con ventanas que miran para arriba de él. ¡Ooh! ¿Podemos ir a mirar?

—Lil, cállate ¿sí? —James silbó a su vez. —¡Esto no es un maldito crucero placentero! ¡No puedo oír nada contigo quejándote!

—¿Qué estamos oyendo? —ella respiró, imperturbable. —¿Estamos siguiendo a alguien? Eso es todo, ¡¿no es cierto?!

—¡Shhh!

Se detuvieron cuando se acercaron a la vieja sala circular. Las antorchas parpadearon allí, llenando la redonda habitación con luz naranja. Desde el corredor, James pudo ver los restos rotos de la estatua de los antiguos fundadores. Las sombras parecían moverse en la pared.

—¡Alguien está ahí! —Lily susurró con tono agudo en el oído de James, agarrándose al hombro nuevamente.

Él negó con la cabeza. —Es sólo la luz de las antorchas. No hay nadie...

Las palabras se quedaron atrapadas en su garganta cuando un par de oscuras figuras se lanzaron junto a la estatua rota. Las figuras estaban vestidas de pies a cabeza, ocultando su forma y tamaño. Un momento después, una presión de aire frío y nebuloso alborotó los tapices en el pasillo. Inesperadamente, la puerta de la sala crujió ligeramente y luego se cerró.

—¿Estabas diciendo? —Lily susurró.

James negó con la cabeza. —Quédate cerca, y permanece bajo la capa, —instruyó. —Si hay problemas, regresa y trata de contactar a papá por la red Flu. Si

tenemos suerte, él está viendo todo esto en el Mapa del Merodeador de todos modos.

Lily asintió. —Hola papá, —ella susurró con nerviosismo vertiginoso.

Juntos, se deslizaron hacia la sala circular. James se dio cuenta que tenía su varita en la mano, habiéndola alcanzado instintivamente en cuanto vio las misteriosas figuras. Fue algo excesivo, por supuesto. Probablemente sólo era Scorpius y otro estudiante; un Slytherin, tal vez. Sin embargo, James no podía resignarse a embolsar su varita de nuevo, o incluso bajar la alerta y en posición defensiva, la apuntó frente a él.

La sala era de color naranja rojizo con antorchas. La estatua rota, mostrando sólo los pies y las piernas de los fundadores, proyectaba una sombra danzante muy arriba en las paredes. A través de ella, las antiguas y enormes puertas dobles, parecían de treinta metros de altura.

James se detuvo de repente, con una sensación de frío hasta los pies.

—Lil, —susurró sin girar. —Debes volver. No deberías estar aquí.

—No puedo, —Lily respondió obstinadamente, presionando contra James de nuevo, mirando por encima del hombro de él.

—Lo digo en serio, —James insistió, dando media vuelta para mirarla. —Este no es un lugar para ti. Eres demasiado joven. Apenas sabes cuál es el lado que tu varita debe apuntar, mucho menos cómo usarla. No es seguro.

—¡Lo digo en serio también, James! —susurró, y James vio que el rostro de su hermana se había puesto muy pálido. —No puedo regresar por mi cuenta a menos que vengas conmigo.

James entendió. Estaba asustada. Con la aparición de las misteriosas figuras vestidas, la aventura había pasado de ser un inofensivo jugueteo de medianoche a un peligro demasiado real. Lily tenía miedo de regresar completamente sola a través del enorme castillo en una noche de tormenta. Recordando lo que le había sucedido en la primera noche, James no podía culparla.

—Muy bien, Lil, —dijo, cogiendo a su hermana por los hombros. —Quédate detrás de mí, y mantén la capa de invisibilidad sobre ti todo el tiempo. No te la quites por ningún motivo. ¿De acuerdo? Sólo vamos a echar una ojeada y ver qué es. Probablemente no sea nada. Es probable que sólo sea Scorpius Malfoy despierto haciendo nada bueno con algún compañero de Slytherin.

—¡Lo sabía! —Lily de repente sonrió, tapándose la boca con las manos. — ¡Slytherins furtivos! ¡Como en los tiempos de papá! ¡Y un Malfoy en el medio! ¡Ooo! ¡Esto es tan emocionante!

James suspiró. Hizo un gesto de impaciencia y Lily se puso la capa, desapareciendo completamente.

Con un movimiento de cabeza, James se giró y se deslizó hacia la entrada de la sala circular. Una pequeña puerta de tamaño humano estaba ubicada al lado derecho de otra más grande. James la abrió y una ráfaga de viento la empujó contra él, trayendo consigo una lluviosa neblina y los sonidos de la tormenta. Lily se aferró a James desde atrás, con fuerza.

Una vez más, una sensación de frío temor cayó sobre James. Tragó saliva, y luego atravesó la puerta en la oscuridad, con Lily a sus talones.

La lluvia había disminuido a un denso golpeteo. Brillantes cortinas caían por todas partes, en las murallas y techos, pero una vez que los dos salieron al patio, las gotas fueron gruesas y escasas. El viento empujó a través del patio amurallado, agitando las malas hierbas y gimiendo en los árboles invisibles del Bosque Prohibido. James miró a su alrededor, forzando la vista contra la oscuridad. Allí, lejos a la derecha, un destello de varita se balanceó y desapareció, como si fuera ocultada en la manga del portador.

—Por aquí, —murmuró James, tirando a Lily detrás de él. Ella se quedó cerca cuando se pusieron en camino hacia el bajo muro de piedra y a través de la puerta abierta. Un relámpago iluminó las nubes, convirtiendo el paisaje negro en una fotografía pálida. A lo lejos, el granero de Hagrid lucía rígido contra la noche, enmarcado por un cuadro de árboles chorreantes. Una fracción de segundo más tarde, la oscuridad envolvió todo nuevamente, incluso más espesa que antes.

—¿A dónde vamos? —Lily susurró, con los pies chapoteando en la hierba.

James negó con la cabeza, tratando de ver sin gafas a través de la oscuridad. No hubo más destellos de luz de la varita en la distancia, pero el destello ocasional de un rayo les mostró que se estaban acercando al campo de Quidditch.

Lily no debería haber venido con él. La certeza de esto se hundió en James como un carámbano. Era demasiado peligroso para ella. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. Era su trabajo protegerla. Eso es lo que había dicho su padre. Y sin embargo, ahí estaban, afuera en una noche tormentosa, siguiendo a un par de figuras misteriosas en lo desconocido.

—No deberías haber venido, —murmuró James. —Es demasiado peligroso. Deberías haber regresado donde estarías a salvo. —sacudió la cabeza con rudeza. —Debería haberte detenido, Lucy.

Lily de repente dejó de caminar. Hizo un movimiento mientras se quitaba la capa de su cabeza, dejando al descubierto su pelo rojizo y la cara pálida en la oscuridad. —¿Qué acabas de decir? —preguntó ella, en voz baja.

—¡Te dije que deberías haberte quedado donde estabas a salvo! —James repitió con impaciencia, dándose la vuelta. —Es demasiado peligroso. No debí dejar que vinieras.

Lily se limitó a mirarlo en la oscuridad, y James sabía por qué. Él no quería admitirlo.

Él la había llamado Lucy.

Dio un paso atrás hacia su hermana y le puso nuevamente la capa. —Ocúltate, —dijo bruscamente. —Regresaremos. Juntos, ¿de acuerdo? Esto fue... un error. Además, es probable que no sea nada.

Como para contrarrestar lo dicho, detrás de James, un ruido metálico resonó en la oscuridad. De cerca, hubo un murmullo repentino de voces bajas, indistinguibles contra el viento y los gemidos de los árboles.

—¡Hay más de ellos! —Lily jadeó, agarrándose al brazo de James con miedo.
—¡Por allá! ¡En el campo de Quidditch!

James asintió, girando y con los ojos muy abiertos. Deseó otro relámpago para que iluminara el terreno de juego y revelara sus secretos, pero la tormenta estaba amainando y la noche estaba perfectamente negra. Sin darse cuenta, empezó a avanzar poco a poco hacia delante nuevamente, llevando a Lily con él. Sintió las tribunas de las casas cerniéndose sobre él ahora, oyó el aleteo de sus banderas en lo alto.

Desde el centro del campo, más voces llegaron con el viento, callado y extrañamente excitado. Parecía que había varios de ellos, casi una pequeña multitud. James se deslizó cerca de la tribuna más cercana y forzó la vista, creyendo que podía ver una mancha oscura de figuras vestidas acordonadas en la hierba de la línea central. Otro chasquido sordo sonó. Una risa silenciosa. Un susurro y el aleteo de una tela.

Una repentina luz verde iluminó la multitud vestida. Se disparó hacia arriba como un cohete, o como un hechizo de tiro de una varita. Su luz se extendió débilmente sobre el terreno de juego, iluminando no menos de veinte figuras vestidas, la mayoría llevando escobas, todas estirando la cabeza hacia atrás para mirar. Un pavor helado se apoderó de James cuando la luz verdosa se disparó alta en el aire. Él alcanzó instintivamente a Lily, reuniendo el aliento para decirle que corriera lo más rápido que pudiera hacia el castillo.

Antes de que pudiera hablar, sin embargo, algo le dio un codazo en la espalda, una varita, la cual se mantuvo firme y constante.

James se dio la vuelta, golpeando la varita con el codo. Él blandió su propia varita salvajemente, empujando la forma invisible de Lily a un lado y disparando hacia atrás, al espeso campo. Un relámpago brilló una vez más, bañando el terreno de juego con su luz ósea, y James se encontró así mismo, varita a varita con una de las figuras vestidas, de espaldas a la hierba, con su brazo derecho apuntando hacia arriba y hacia fuera, con la varita recta en el puño. La cabeza de la figura con túnica fue descubierta, mostrando un corte de pelo rubio ondulado y una cara inesperadamente familiar.

James se quedó atónito como el parpadeo de un rayo, sin estar seguro de creer lo que estaba viendo. —¿Zane? —ladró.

El chico rubio puso los ojos en blanco y se embolsó su varita. —Ya es hora de que nos encontremos, —dijo. —Estaba empezando a creer que nunca caerías en la cuenta. Y tus chicos *realmente* necesitan algo de sangre fresca. Ha dejado de ser un reto después de todo.

—Sigue hablando, Walker, —una voz femenina llamó desde el terreno de juego. —Si fueras tan bueno en una escoba como lo eres con la boca.

—¿Esa es Willow? —preguntó James, la confusión reemplazada lentamente por el pavor mientras subía de nuevo a sus pies.

—¿Ese es James? —Willow Wisteria dijo, acercándose y saliendo de la oscuridad. —Ya era hora de que aparecieras. Estaba empezando a creer que íbamos a necesitar dejarte una nota grabada y un rastro de migas de pan.

—Yo no... —James balbuceó, mirando a su alrededor a medida que más estudiantes se reunían en torno a él, meneando la cabeza con diversión irónica. —Pensé... ¡la luz verde! ¡Pensé que era...! ¿Qué están...?

Scorpius Malfoy se acercó a James, con la cabeza inclinada hacia un lado y una sonrisa sardónica enrosándose en el labio. —¿Pensaste que éramos viejos Mortífagos de escuela, tal vez? ¿Lanzando la temida Marca Tenebrosa por diversión?

Hubo una dispersión de risas silenciosas. Por encima de las cabezas de los estudiantes reunidos, la luz verdosa se balanceaba y crecía, arrastrando una cola tenue de chispas. James levantó la mirada hacia ella y finalmente vio lo que realmente era. Era una Snitch Dorada, sus diminutas alas encantadas con luz verde, brillando como una luciérnaga hiperactiva contra las nubes oscuras.

—Bueno, Potter, finalmente nos descubriste, —dijo Scorpius, obviamente disfrutando de la total confusión de James, —y por lo tanto oficialmente debes unirte a nosotros. Si te atreves. Y si eres lo suficientemente bueno. Bienvenido, —anunció, abriendo los brazos, —al Quidditch nocturno.

Junto a James, un repentino crujido de tejido reveló la cabeza de Lily, sus ojos alucinantes de deleite, con el pelo rojizo despeinado alrededor de su cara enrojecida. —*Esta*, —exclamó con un chillido casi silencioso, —¡es la cosa... más genial... *que he visto en mi vida!*



Capítulo 6

La Liga Nocturna

Zane le resumió rápidamente a James cómo funcionaba el Quidditch Nocturno. —Básicamente, son tres partes de Quidditch, una de Clutch, y una pizca de completa locura —dijo, llevando a James hacia el centro del campo oscuro. Un baúl abierto se movía un poco con tres Bludgers brillantes tensamente atadas en sus correas. En medio de ellas, una vieja pelota de cuero de Clutchcudgel brillaba con una luz púrpura pálida.

—El Quidditch Nocturno requiere solo 5 personas por equipo (dos cazadores, un bateador, un guardián y un buscador). Aunque, jugamos con tres Bludgers sólo para mantenerlo interesante —Zane apuntó, indicando el baúl. —Los goles se

realizan con una Clutch, que es un poco más pequeña que la Quaffle y mucho más fácil de manipular en la oscuridad. Puedes utilizar cualquier hechizo de duelo que quieras en tus oponentes, lo que suena peor de lo que es, ya que está demasiado oscuro para apuntar apropiadamente y es probable que alcances a tu propio compañero que a alguien más. Y lo más importante, la Snitch vale solo cincuenta puntos.

—¿Qué? —exclamó James, su cabeza daba vueltas como todo alrededor, jugadores equipados empezaron a elevarse, sus túnicas negras se batían húmedas en el viento. —¿Por qué sólo cincuenta puntos? ¡Eso es cien puntos menos que el Quidditch regular!

—Exactamente —Zane asintió con firmeza. —En el Quidditch regular, todo el partido pasa por el Buscador. El resto del equipo puede dominar, marcar un montón de puntos, pero si el Buscador del otro equipo atrapa la Snitch, nada de eso importa.

—¡Pero ahí es donde entra en juego la estrategia! —insistió James. —¡Es por eso que el Buscador del equipo que lleva la delantera impide que el otro Buscador atrape la Snitch hasta que la puntuación sea lo suficientemente alta como para evitar una victoria! ¡Son tácticas básicas de Quidditch!

—El Quidditch Nocturno no se trata de estrategia, —reprendió Willow Wisteria, chocando el codo juguetonamente con James. —Se trata de anotar tantos goles como sea posible y no perder los dientes en el proceso. ¿Te apuntas, o quizás tienes una cita urgente en Nueva Ámsterdam? Siempre podríamos ir a despertar a Lance Vassar y ver si él quiere jugar.

James la miró con confusión. —¿Quieres decir que quieres que juegue? ¿Cómo, ahora?

—No es que *queramos* que juegues —Willow se encogió de hombros, elevándose hacia el oscuro aire. —Pero Aloysius recibió una Bludger en la muñeca en el último partido. Todavía está muy adolorido como para tomar un bate. Necesitamos un bateador sustituto esta noche. ¿Estás dentro, o no?

James parpadeó. Todo estaba ocurriendo tan rápido, y tan diferente de lo que estaba esperando. —Yo... ¡Seguro! Solo que... no estoy equipado. Y no tengo mi escoba conmigo ni nada.

—¡Oye Arnst! —Willow llamó suavemente a través del campo. —Dale tu túnica y bate a James. Entrará por ti esta noche.

Aún en el suelo, Aloysius dio una mirada ofendida, magnificada por sus gafas gruesas. —¿Qué? ¡Ninguna posibilidad! ¡Todavía puedo jugar! ¡Soy ambidiestro! ¡Mira! —giró su bate violentamente con el brazo izquierdo, casi golpeándose a sí mismo en la oreja.

Willow negó firmemente con la cabeza. —Lo siento, Arnst. Veamos qué puede hacer James. Si no lo soporta, lo sustituiremos por ti luego.

—Bueno—escupió Aloysius con rabia, quitándose la túnica y revelando un pijama a rayas de color burdeos. —¡Pero no puede usar mi escoba! La tengo arreglada de la forma que quiero y no quiero que la desbalancee.

James aceptó las ropas del chico y comenzó a ponérselas. Eran demasiado grandes y perfectamente negras.

—Entonces, ¿Qué voy a montar? —preguntó, con voz ahogada mientras luchaba dentro de la túnica. —No puedo volver a buscar mi Thunderstreak. Filch está al acecho esta noche, sólo buscando a alguien para llevarle al director.

Zane suspiró. Miró a James valorativamente, y finalmente dijo. —Esto va en contra de mi mejor juicio, sabes. Después de todo, estás en el otro equipo. Y aún estoy bastante molesto contigo.

James frunció el ceño. —Lo sé. Quería hablar contigo acerca de eso...

Zane levantó una mano. —Ahora no. Y no estoy seguro si hablar arreglará algo de todos modos. No sé cuál es tu problema con Nastasia, pero mi consejo es que te lo guardes para ti mismo. Hemos pasado por muchas, James. Pero Nastasia es mi chica.

James se encogió de hombros, sus mejillas se calentaban en una mezcla de ira y alguna otra emoción no identificable. —No estoy seguro que sea la chica de alguien más, si le preguntas.

—¿Qué? —preguntó Zane, levantando sus cejas provocativamente.

—Nada. Olvídalo. Quidditch Nocturno, ¿recuerdas? ¿Qué voy a montar? ¿Tienes alguna escoba de repuesto por ahí o algo así?

Zane entrecerró los ojos y apretó los labios en la fina línea. Un momento después, se giró y se alejó.

—Bien —murmuró James para sí mismo. —Que sea de esa forma.

Miró hacia arriba, buscando a Willow entre las figuras que revoloteaban como murciélagos lanzándose sobre el terreno de juego. Por lo que sabía, el partido era Gryffindor contra Ravenclaw, con Zane programado para jugar por el equipo de su antigua casa. Voces familiares llamaban en voz baja, en su mayoría de sexto y séptimo año. James ahuecó sus manos para llamarlos cuando una figura se acercó a él con brusquedad de la oscuridad. Era Zane, sosteniendo una forma larga y familiar en sus manos.

—Toma —dijo secamente. —Ni siquiera sé por qué lo traje. Lo he estado ocultando en el almacén del equipo desde el primer partido de este año.

Los ojos de James se abrieron cuando aceptó el objeto. Era la Skrim de Clutchcudgel del año anterior, su cubierta negra lacada y las llamas azules brillaban en la oscuridad. Pasó la mano por su forma pulida, dándose cuenta de lo mucho que extrañaba montarla.

—¿Esto es realmente legal? —preguntó sin aliento.

Zane se encogió de hombros. —Es Quidditch Nocturno. Casi todo es legal.

Con eso, el chico rubio montó su propia escoba y se elevó, disparado en la niebla oscura como un cohete.

—¡Vamos, James! —dijo Lily tan silenciosamente como pudo, ahuecando las manos en su boca. —¡Esto es tan maravilloso! ¡No puedo esperar para decirle a mamá y papá!

—La primera regla del Quidditch Nocturno —dijo Willow con severidad desde la sobrecargada oscuridad —es que no hablamos del Quidditch Nocturno.

—¡Ah! —asintió Lily con comprensión entusiasta. —¡Por supuesto! —exageró ella bloqueando su propia boca, con una sonrisa incontenible.

James asintió para sí mismo, con la cabeza aun nadando con este notable cambio de los acontecimientos. Con un practicado movimiento, volcó su Skrim boca arriba en el suelo. Se balanceaba seis pulgadas por encima de la hierba y James la atrapaba ahí con su pie derecho.

—Ridículo —dijo Aloysius con total naturalidad. Miró a James a los ojos y le arrojó su bate. —No te mates en esa cosa, Potter.

—Gracias por tu preocupación —asintió James.

—No estoy preocupado —Aloysius puso los ojos en blanco. —Sería difícil de explicar al director. Ahora ve a patear algunos traseros Ravenclaw.

James levantó el bate y sonrió. Un momento después, se elevó desde el suelo, agachándose sobre el tablero y acelerando en el aire brumoso. Él se tambaleó por un momento, al no haber montado una Skrim en muchos meses. Sin embargo, casi al instante, sus habilidades aparecieron de nuevo en él. Se abalanzó de lado a lado, zigzagueando entre los jugadores. A poca distancia, la Snitch se precipitó violentamente, dibujando vetas verdosas en el aire.

—¡Muy bien! —Aloysius dijo con voz áspera desde la línea central de abajo, después de haber asumido el papel de árbitro. —Tenemos seis horas de oscuridad, ¡Usémoslas bien! ¡Esto es Gryffindor versus Ravenclaw! El ganador enfrenta a Slytherin la próxima semana. ¡Y es mejor que sea Gryffindor!

—¡Sólo libera las pelotas para jugar, Arnst! —Herman Potsdam dijo desde el equipo de Ravenclaw. James lo había visto en los pasillos, pero nunca había hablado con él. Era de sexto año, con un poco de sobrepeso y torpe, no muy

diferente de Aloysius Arnst. Al parecer, el Quidditch Nocturno se daba para esos jugadores. James se preguntó fugazmente si ese hecho era un buen augurio para él.

—¡Que comience el juego! —dijo Aloysius con voz ronca, lanzando la Clutch en el aire y liberando las Bludgers.

La sonrisa de James parecía pegada en su cara. Levantó el bate, se inclinó hacia adelante sobre su Skrim y se disparó hacia el repentino combate cuerpo a cuerpo en el aire.



Por las siguientes dos semanas, el Quidditch Nocturno casi ocupó la totalidad de la mente de James.

Los partidos no eran discutidos nunca durante el día, pero había miradas de complicidad en los pasillos. Herman Potsdam, por ejemplo, miró de forma fulminante a James fuera del salón de Aritmancia la semana siguiente a la victoria nocturna de Gryffindor sobre Ravenclaw. Willow Wisteria, normalmente tan distante y fría como un témpano de hielo con cualquier persona más joven que ella, de repente se hizo muy amiga de James, parando junto a su mesa en la biblioteca y "accidentalmente" dejando los libros de historia de Quidditch y técnicas de duelo ofensivo encima. Incluso Scorpius parecía más soportable ahora que compartían el secreto.

Poco a poco, James aprendió la historia del Quidditch Nocturno. Había comenzado durante el segundo año de James, iniciado accidentalmente por el Profesor Longbottom.

—¿Conoces la poción que te di después de tu primer partido? —susurró Scorpius en la mañana del miércoles entre las clases, mirando a su alrededor

furtivamente mientras él y James se agazapaban cerca de la antigua estatua de Lokimagus, el Perpetuamente Productivo.

—¿La del sueño? —asintió James. —Sí, claro. Supuse que la sacaste desde el armario de pociones.

—No exactamente. Y hace más que ayudarte a saltar una noche de sueño — dijo Scorpius, encorvando los hombros y mirando alrededor de la nariz de Lokimagus. Peeves estaba pintando bigotes en una fila de retratos, la mayoría de los cuales ya tenía bigotes y se quejaban en voz alta por agregarles. —Elaboramos las pociones nosotros mismos, usando esta planta bien rara, Somnambulis, que ha sido prohibida por el Ministerio por un montón de razones aburridas. Algo sobre acuerdos comerciales mágicos con los productores de otros países. Rose lo explicó, pero no la escuché. El punto es, que alguno de nosotros descubrimos que el Profesor Longbottom comenzó a plantar en secreto unas pocas hace un tiempo durante mi primer año. Trenton Bloch pensó que nos daría la visión nocturna o algo así. Tomamos algunas, y la preparamos con una vieja receta de pociones que encontró, y terminamos despiertos toda la noche sin nada que hacer.

James frunció el ceño. —¿Así que sólo decidieron ir al campo de Quidditch con una colección de balones brillantes?

—Nos tomó un par de semanas para llegar a la idea y encantar un baúl de equipamiento antiguo. Después de eso, fue sólo cuestión de hacer un suministro de Somnambulis y reclutar suficientes jugadores. Se suponía que serían solo diez jugadores, lo suficiente para hacer un juego. Pero todo comenzó a tener vida propia. La gente no podía evitar decirles a otras personas. Finalmente, había un equipo para cada casa. Tuvimos que poner algunas reglas oficiales. Uno, nunca hablamos acerca del Quidditch Nocturno. —se detuvo y miró a James de forma significativa.

—Lo entiendo —James asintió gravemente. —Esta conversación nunca ocurrió.

—Dos —susurró Scorpius, volviéndose hacia Peeves mientras el poltergeist se acercaba más, riendo maniáticamente con el pincel en la mano. —Los nuevos

jugadores sólo pueden unirse si descubren el Quidditch Nocturno por si solos. Tú, por ejemplo. Sospechaste y nos seguiste hacia el campo, entonces estás dentro. Es algo bueno también, porque nos otorga un jugador extra. Hasta ahora, cada vez que alguien resultaba lesionado en un partido, teníamos que jugar con uno menos.

James asintió en silencio. Incluso después de sólo un partido, sabía que las lesiones eran inevitables. Él mismo estaba aún magullado por una colisión en el aire con uno de sus propios compañeros de equipo.

—La tercera regla es sólo una especie de acuerdo tácito, —murmuró Scorpius, —No puede haber nadie de los equipos regulares de las casas. No queremos que el Quidditch Nocturno termine siendo solo práctica para Quidditch diurno.

—Pero Devindar estaba ahí —susurró James. —Él juega de Guardián, igual que durante el día.

Scorpius se encogió de hombros. —Está desde el principio. No podemos sacarlo ahora. Además, él es el favorito de Longbottom. Dice que sin Dev en los anillos no tendremos oportunidad contra Beetlebrick y los Slytherin.

James frunció el ceño. —¿Te refieres...?

—Longbottom sabe todo de nosotros, —asintió Scorpius, reprimiendo una sonrisa maliciosa. —Quiero decir, lo sabe *ahora*. Nos atrapó colándonos en los invernaderos a principio del año pasado. Le contamos todo, y ¿por qué no? Él tiene su propio secreto que guardar, plantando Somnambulis en primer lugar. Creo que quiso enojarse realmente con nosotros, pero también creo que le gustó la idea del Quidditch Nocturno la primera vez que lo oyó. Incluso ha llegado a ver un partido o dos.

—¡No hablas en serio! —sonrió James.

—En realidad sí. Es genial, la verdad. Y él está empeñado en ganar la Liga Nocturna este año, quitándosela a Slytherin.

—No tenía idea de que era competitivo en absoluto —reflexionó James, sin dejar de sonreír. —Él siempre parece ser... tan tonto. De buena forma, por supuesto.

—Sabes lo que dicen —dijo Scorpius, enderezándose. —Longbottom mató a la serpiente Nagini, cuando era sólo un estudiante aquí. Todo el mundo habla de tu Papá y su duelo final con el Señor Oscuro, pero si Longbottom no hubiera hecho eso primero, matando al Horrocrux serpiente...

—Entonces ninguno de nosotros probablemente estaría aquí —asintió James sombríamente. —El profesor es un... hombre complicado, ¿no?

Scorpius asintió. —Vamos, antes de que Peeves intente pintarnos bigotes a *nosotros*.

Mientras las clases pasaban a ritmo constante, James se fue acostumbrando lentamente a ver la variedad de estudiantes de Durmstrang, Alma Aleron y Beauxbatons apareciendo en las aulas. Incluso los estudiantes Muggle de la Academia Yorke comenzaron a encontrar su rumbo, siendo relegados en su mayoría a las clases menos mágicas como Cuidado de Criaturas Mágicas, Pociones y Aritmancia. Lucía, la chica muggle con quien James compartía una clase en Beauxbatons y quien constantemente parecía admirarle (habiendo leído las adaptaciones muggles de las historias de Harry Potter) mostró una habilidad sorprendente en la creación de pociones, hasta incluso la Profesora Heretofore parecía impresionada a regañadientes. Comstock, sin embargo, siguió siendo un quejica insoportable, haciendo nada más que enemigos en Hogwarts e incluso molestando a profesores legendariamente diplomáticos como McGonagall.

—¡En realidad me preguntó si podía convertirle en algo "cool"! —estaba exclamando fuerte en la mesa central una noche durante la cena. —Le dije, "jovencito, se necesitan muchos años para dominar el arte de los animagos". ¡Y tuvo la temeridad de preguntarme por qué había elegido invertir esos años en algo tan aburrido como un gato! ¡Ni siquiera teniendo en cuenta la capacidad de adaptación y el potencial cauteloso del felino común, y mucho menos la dificultad con la conservación de la masa entre las formas!

—No podemos culpar a nuestros homólogos no mágicos por su ignorancia, Minerva —proclamó el Profesor Debellows magnánimamente. —Ese es el propósito de este programa, después de todo. Mostrarles la realidad de nuestro mundo en preparación para una posible integración.

McGonagall se puso rígida, y abrió la boca para responder, pero luego pareció pensarlo mejor. James, que observaba desde la mesa de Gryffindor, vio que sus ojos revoloteaban hacia el nuevo director, Grudje. Como de costumbre, el hombre flaco se sentó en silencio en el centro de la mesa principal, juntó sus dedos, sin comer ni hablar, sus ojos vagaban tranquilamente sobre el Gran Comedor, aparentemente sumido en sus pensamientos.

—Él me asusta —admitió Ralph más tarde esa noche. —Él nunca parece comer. Casi nunca sale de su oficina. Es como si poco estuviera aquí. ¡Es un fantasma al acecho!

—No todos los directores deben ser como Merlín —murmuró Rose. —O McGonagall. O Dumbledore, en ese caso. El nuevo director solo tiene su propio, eh, estilo.

—O falta de uno —añadió Scorpius.

A medida que las hojas del bosque prohibido comenzaron a cambiar de color y apilarse alrededor de los enormes troncos de árboles, los viajes de miércoles a Durmstrang para Profecía Práctica se volvieron cada vez más helados. James, Zane y Ralph comenzaron a usar capas más grandes, dejándoselas puesta incluso durante las horas de clase en el aula helada y cavernosa de Durmstrang. James trató de prestar atención cuando el Profesor Avior les enseñaba técnicas finas de profecía orgánica, pero su similitud inquietante con el Director Dumbledore muerto hacía tiempo era una constante y creciente distracción.

En su tercer viaje a la sala de Durmstrang, James llevó secretamente una tarjeta de rana de chocolate de Albus Dumbledore. Mientras el profesor Avior los condujo por el balcón oriental metálico, explicando las propiedades de cada una de sus extrañamente mágicas plantas (sus Inductores de sueño, como él las llamaba) James deslizó la tarjeta de rana de chocolate de su manga y lo comparó con el profesor. Las dos caras eran más que similares: eran virtualmente (y extrañamente) idénticas.

Era un misterio irresistible, y sin embargo, James no tenía idea de cómo hacer para resolverlo. Tenía que haber una conexión entre Avior y su misterioso ya muerto gemelo. Pero, ¿Cuál?

Cuando la clase terminó, James siguió a los estudiantes de Durmstrang hacia la escalera de caracol, disimuladamente deslizó la tarjeta de vuelta hacia su manga. Algo se enganchó en el borde de su túnica bruscamente, casi botándolo. Se detuvo, saltando en un pie, lo que obligó a Ralph a toparse con él.

—Bien —se quejó Zane detrás de Ralph. —¿Cuál es la demora?

James miró por encima del hombro. —Una estúpida planta me está atacando —murmuró, dándole un tirón a su túnica desde la masa espinosa. Estaba pegada obstinadamente, enganchada en una masa de fresas espinosas. Impaciente, James tiró con más fuerza. Hubo un crujido y un pequeño grupo de fresas se apartó de la planta, adhiriéndose a la túnica de James.

—Whoa —murmuró Ralph. —El Yuxa encontró a la persona que necesita.

—¿Qué? —dijo James, fruncieron el ceño hacia la fea masa marrón enganchada en su túnica.

Ralph le miró, con las cejas levantadas. —¿Recuerdas? ¿Primera clase? El Profesor Avior nos dijo que cada planta de la profecía encontraba a la persona que más necesita aprender sus secretos. Yo diría que has sido encontrado.

James negó con la cabeza. —He quedado enganchado en esta cosa estúpida.

—No creo que ese tipo de cosas sucedan por accidente —dijo Zane, agachándose detrás de James. Con cuidado, desprendió la masa de fresas de la túnica de James. Enderezándose, las levantó a la luz. —Ay —dijo entre dientes. — ¡Están afiladas!

—"La pregunta que más te aflige" —leyó Ralph en voz alta, tocando la placa en frente de la planta espinosa con la punta del pie. —Esto está en la sección "Misterios y Respuestas", ¿no es así? Esta planta se supone que te dará la respuesta a tu pregunta más importante. ¡Guauu! ¿Qué pregunta importante, me pregunto? ¡Deberías probarlo esta noche!

—¿Qué tenemos aquí? —una voz suave preguntó directamente detrás de James.

Los tres chicos saltaron y se giraron, mirando con aire de culpabilidad a la cara del Profesor Avior. El viejo mago miró por encima del hombro a Zane, sus pálidos ojos azules brillando en la luz fría. Con severa calma, dijo —Parece que tiene algo de la propiedad de Durmstrang en su mano, joven.

Zane dio un paso hacia atrás, lejos de la mirada gélida del Profesor. Extendió las fresas Yuxa, ofreciéndolas a James. —Sí. Bueno, yo estaba solo...

—Él me estaba ayudando, señor —asintió James, tomando las fresas. —Se quedaron atascadas en mi túnica. Zane me ayudó a quitarlas.

La mirada de Avior permanecía fija en Zane. —Es noble de su parte asumir la culpa por su amigo, señor Potter. Pero equivocada. A diferencia de otras escuelas, el robo es un delito muy grave en estas salas. Especialmente el robo de algo tan valioso y poco común como las plantas Yuxa Baslatma.

—Él *no* las robó —dijo Ralph nerviosamente. —En serio. Se quedaron atascadas en la túnica de James. Tal como usted ha dicho, Profesor: las Yuxa encuentran a la persona que las necesita. Quizás hay algún misterio que la planta quiere mostrar a James.

La mirada de Avior finalmente se posó sobre James, entrecerrando los ojos. Levantó la barbilla y le tendió la mano, con la palma hacia arriba. James bajó la mirada hacia ella, sabiendo lo que significaba. Con un suspiro, colocó las fresas en la mano del profesor. Los dedos se cerraron empuñándolas, produciendo un crujido leve entre las fresas trituradas.

—Ay —se estremeció Zane, recordando cuan afiladas estaban las fresas.

—A la luz de su estatus diplomático —dijo Avior en voz baja, mirando de cerca a James. —Voy a pasar por alto su intento de interferir en la política disciplinaria de Durmstrang. Esta vez. No lo vuelva a hacer, Sr. Walker —cambió su mirada a Zane, con su rostro endurecido. —Tiene prohibido regresar a esta

escuela. Su grado demostrará que reprobó. Y por favor, se lo suplico, no me desafíe en esto. Su situación sólo podría empeorar si lo hace.

Con eso, Avior se giró, sus ropas forradas de piel barrían el piso de hierro. — Váyanse — gritó por encima del hombro. — Seguramente tienen responsabilidades en sus propias escuelas. Volkiev está esperando para escoltarlos de regreso a sus armarios.

James, Ralph y Zane comenzaron a seguir al profesor en silencio, cada uno echando humo y enojados. James miró a Zane al llegar a la escalera de caracol. Zane se negó a mirarlo. Su rostro estaba con una máscara de rabia pálida.

Los tres muchachos llegaron a la planta principal y pasaron a través de las puertas dobles. En el exterior, Volkiev observaba con impaciencia con el resto de los estudiantes de intercambio.

—Sr. Potter, si usted fuera tan amable —dijo en voz baja Avior, tocando el codo de James mientras se acercaba a la puerta.

James lo miró, y vio que el profesor quería que esperara. Ralph y Zane pasaron por la puerta delante de él sin mirar atrás.

—Adelante, Sr. Volkiev —sugirió Avior alegremente. —El Sr. Potter lo alcanzará en un momento. Seguramente él conoce el camino de vuelta a estas alturas.

Fuera de la puerta, Volkiev parecía reacio. Miró a James, con los labios apretados en una delgada línea. Luego, con un clic en los tacones de sus botas y un arco rígido, se dio la vuelta y se alejó, llevando a sus estudiantes.

—Yo no soy un hombre irrazonable, Sr. Potter —suspiró Avior profundamente, alejándose de la puerta y sumergiéndose en la fría luz de la clase. —Y sin embargo, me muevo en un ambiente rígido. Ciertas cosas se esperan de mí, no sólo por la administración de esta escuela, sino por sus estudiantes, y sí, después de tantos años, por mí también. Estoy obligado a mantener cierta imagen. Espero que no piense demasiado mal de mí.

James miró la espalda del profesor mientras se movía hacia la luz de las ventanas. Sintiendo un poco envalentonado, dijo —Zane no robó nada. Le estaba diciendo la verdad. La planta se atascó en mi túnica.

—El Sr. Walker no pertenece aquí —dijo Avior con desdén. —Le hice un favor al removerlo. Esta escuela no es lugar para alguien de su... herencia.

—Esos son dichos de un mago oscuro —murmuró James, con una mezcla de miedo e ira en su voz.

Avior se giró, mirando hacia James sobre su hombro. Parecía estar sonriendo perplejo. La sonrisa arrugó sus ojos, haciéndola repentinamente calurosa en el frío salón de clases. —Usted es un joven muy valiente. No muy distinto a su padre cuando tenía su edad.

James ladeó la cabeza. —¿Cómo sabe algo de mi padre?

La sonrisa de Avior se suavizó. —Oh, todos conocemos a tu padre. Él es muy famoso, después de todo. Tengo respeto por él. A diferencia de muchos en estos salones. Pero esto no es por lo cual lo he detenido.

El profesor le hizo señas a James para que avanzara. Nervioso, James se acercó. El frío le presionó, emanando de la hilera de ventanas detrás de Avior.

—La pregunta que más le aflige, —el viejo mago rió entre dientes ligeramente. —Creo que usted es un hombre joven con muchas preguntas desconcertantes, ¿no?

James continuó acercándose a Avior. Él vio el puño del mago cerrado ligeramente, al parecer todavía con las fresas Yuxa.

—Y, sin embargo —continuó Avior, mirando a los ojos de James. —Me pregunto, ¿Cuál es la pregunta *más* desconcertante? Es una consideración importante, ¿no? Después de todo, algunas de las preguntas más desconcertantes son de las que no quisiéramos tener respuestas. A veces, las respuestas pueden ser mucho más peligrosas que las preguntas.

James se detuvo frente al viejo mago. Detrás de él, las ventanas heladas mostraban picos de las montañas blancas y llenas de nieve. La luz invernal redujo a Avior a una silueta.

—Pero no soy un hombre irrazonable, Sr. Potter —dijo de nuevo. —Mi oficina no está muy lejos de aquí. He arreglado para que se mueva libremente a través de la escuela. Vaya a verme si lo desea. Estoy dispuesto a responder a las preguntas adecuadas. Si, eso es... lo que usted está dispuesto a preguntar.

Con eso, el profesor le tendió la mano, abriendo el puño. James miró la palma de la mano, esperando ver las fresas Yuxa. En su lugar, vio la tarjeta de la rana de chocolate con la cara de Albus Dumbledore sonriendo con benevolencia hacia él, con la cara idéntica al mago que la sostenía.

James miró a Avior de nuevo. Un escalofrío recorrió su espalda, sacudiéndolo. Avior asintió levemente, ofreciendo la tarjeta. Tentativamente, James la tomó.

Avior asintió de nuevo, con decisión, como si hubiera cumplido su objetivo. —Dese prisa, joven. Sus compañeros de clase están casi llegando a los armarios. Aún puede alcanzarlos.

James se dio la vuelta y se alejó, con ganas de salir del frío salón de clases, fuera de la presencia del extraño y misterioso mago. Estaba pasando por las puertas dobles, hacia el calor relativo del pasillo, cuando la voz de Avior hizo eco una vez más, deteniéndolo.

—Lo mejor sería, Sr. Potter —dijo con calma, casi amablemente —que usted no diga nada de esto a su padre. Harry podría quedar un poco... *contrariado*.

James se estremeció de nuevo. Él no contestó. En su lugar, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación, pasando a través de grupos de estudiantes de Durmstrang con cara de piedra, llevando el frío de la sala de clase con él como un fantasma obsesivo.



El lunes antes del partido de Quidditch contra Slytherin, Rose le pasó a James una nota en la clase de Transformación. Desplegó el pergamino cuidadosamente y lo miró por debajo de su escritorio.

Nos encontramos después de la cena en la lechucería. No le digas a nadie. Que no te sigan. Revisa la casilla junto a la tuya cuando llegues ahí.

Cerca del final de la nota estaban los nombres *Ralph, Zane, Nastasia, Rose, Scorpius y James*. Excepto por James, cada nombre estaba con un ticket rojo. Bajo el nombre de James, Rose había añadido las palabras *¡Trae pergamino y tinta!*

Resistiendo el impulso de poner los ojos en blanco, James golpeó su pluma con su varita, poniendo un ticket rojo junto a su propio nombre. Luego de un momento, añadió: *Las sociedades secretas reales no ponen el nombre de sus miembros en sus notas.*

Volvió a doblar el pergamino y lo levitó cuidadosamente hacia Rose en la fila delante de él, dando leves golpecitos con la parte posterior de su cabeza. Ella la tomó con impaciencia. Mientras que la Profesora McGonagall ayudaba a Fiona Fourcompass con una transformación híbrida entre manzana y bota, Rose abrió la nota y la leyó. Miró a James con una breve mirada, fulminante, y luego desapareció la nota en una nube de llamas silenciosas, asegurándose que él la viera.

Para el ojo inexperto, la cena en el Gran Comedor fue igual que siempre, quizás con un poco de bullicio inusual entre las mesas. Desde el lado de Slytherin, Nolan Beetlebrick hizo caras provocativas un poco innecesarias hacia Devindar Das en la mesa de Gryffindor. Willow Wisteria, por su parte, hizo comentarios sospechosamente fuertes sobre la torpeza de la Slytherin Fiera Hutchins cuando ella botó misteriosamente todo un plato de panecillos con mantequilla. James tuvo la impresión de que Willow hechizó a Fiera cuidadosamente con la varita oculta.

En la mesa de Hufflepuff, varias caras miraban estas interacciones con inusual interés, aunque en silencio. James sabía que algunos de los jugadores de Quidditch Nocturno de Hufflepuff se escabullirían al campo de juego esa noche para observar el partido, muy interesados en quien jugaría su propio torneo de muerte súbita. Había una tensión palpable en el aire, aumentada por el total secreto que mantenía oculto del resto de la escuela.

En la mesa principal un repentino ruido estalló por quinta vez, produciendo un gruñido molesto de la Profesora Heretofore. Una vez más, hurgó en su bolsillo para sacar su Chivatoscopio de bolsillo. Incapaz de silenciar los ruidos del mecanismo, finalmente lo golpeó en la mesa y disparó una maldición naranja sobre él. El Chivatoscopio chilló en voz alta y se quedó en silencio.

Junto a ella, la Profesora McGonagall frunció el ceño hacia el conjunto de estudiantes, con cara de sospecha. Ella intercambió unas palabras con el Profesor Longbottom, quien se rió un poco demasiado estridente en respuesta. Detrás y por encima de ellos, el monstruoso reloj de cinco caras marcaba la hora, convocando a los estudiantes a sus clases nocturnas a través de los armarios evanescentes. Lily se puso de pie en la línea ante el armario de Alma Aleron con muchos de sus nuevos amigos. Mientras James miraba, Zane y Nastasia aparecieron repentinamente saliendo del armario, sobresaltando la línea de los de primer año. Lily sonrió a Zane con sorpresa y observó a los dos estadounidenses al pasar por delante, corriendo en el Gran Comedor.

—James —llamó Rose desde más abajo de la mesa de Gryffindor.

James la vio moviendo sus cejas hacia él con severidad. Él apartó su plato y se levantó. —Ya voy, ya voy. Tengo que correr al dormitorio primero por algo de pergamino y tinta.

—¡Shhh! —siseó Rose furiosamente. Se puso de pie, giró sobre sus talones, y se fue hacia las puertas dobles abiertas.

James salió al pasillo por si solo y subió corriendo las escaleras hacia la sala común de Gryffindor. Cinco minutos más tarde, se cambió la túnica de la escuela y llevó su pergamino, tinta y pluma, pasó a través del agujero del retrato y se dirigió

hacia la lechucería. En el camino, pasó un largo y oscuro pasillo, deteniéndose ante la vista de un par de fantasmas revoloteando lentamente en la distancia. Era Cedric Diggory la Dama Gris flotando lentamente, hombro con hombro. James pensó en saludar, pero estaban muy lejos y él tenía prisa. Siguió su camino, preguntándose brevemente sobre la posibilidad de que exista un romance en la vida después de la muerte.

Como de costumbre, la lechucería era penetrante con el olor de las plumas de búho, el guano y los cadáveres de ratón. Hacía bastante frío en el interior, con una pálida media luna brillando entre las ventanas abiertas. Cuando James entró, vio a los otros reunidos en el centro del piso, acurrucándose contra el frío vespertino de otoño.

—Ya era hora —se quejó Scorpius. —Está muy frío aquí. Y algunos de nosotros tenemos *cosas* que hacer.

Rose frunció el ceño. —Oh, no actúes tan misterioso. Todos saben del Quidditch Nocturno y el gran partido de esta noche. Vas a tener un montón de tiempo para pretender ir a la cama y salir a hurtadillas para tratar de matarte en la oscuridad. Esto, por otra parte, es importante.

—¿Qué es el Quidditch Nocturno? —preguntó Ralph, mirando a su alrededor.

La nariz de Scorpius se infló y puso sus manos en jarra, dando una mirada punzante a Rose.

—Entonces, ¿Qué es esto? —preguntó James, uniéndose al grupo. —¿Qué tiene que ver con todos nosotros?

Rose apretó los labios en una línea delgada, pálida, mirando a los ojos de James. —Es muy sencillo —dijo en voz baja. —Es hora de que todos empecemos a trabajar juntos de nuevo. —dijo mirando al resto, uno a la vez. —James tiene razón. Algo está pasando. Algo grande.

—¡Ohhh! —dijo Nastasia. —¡Conspiración! ¡Aventuras! ¡Alguna locura inventada de la Dama del Lago que nadie más que James puede ver! En realidad,

ahora que lo pienso, —hizo una pausa y frunció el ceño ligeramente. —No me importa, ¿Puedo ir a casa ahora?

—Silencio, Nastasia. —murmuró Zane.

Nastasia objetó fácilmente, enganchando su brazo alrededor del codo de Zane y colgando de él. Ella se encontró con los ojos de James y le dio una gran sonrisa.

Ralph arrastró una pequeña banca de madera con el pie y se dejó caer en ella. —Entonces, ¿Qué es, Rose? ¿Tiene *algo* que ver con la "Dama del Lago" de James?

Rose ignoró la pregunta. En cambio, sacó un fajo de pergamino doblado de su mochila y lo desplegó ruidosamente, revelando un montón de notas escritas con su propia letra clara. —Contratado por Igor Karkaroff en el año 1977 para el puesto de maestro asistente de pociones —leyó rápidamente. —Promovido a maestro de pociones dos años más tarde. Nombrado parte de la junta de regentes de Durmstrang en 1985. Cátedra garantizada de por vida seis años después. Uno de los tres que presidió el movimiento para volver a iniciar el Torneo de los Tres Magos...

—Estuve aburrido hasta esa última parte —intervino Scorpius. —¿De quién estás hablando?

Rose bajó los pergaminos. —Avior Dorchascathan, Profesor de Profecía Práctica en Durmstrang.

—Él —Zane puso los ojos en blanco. —Creo que he tenido mucho de ese viejo para el próximo millón de años. Todavía no he dicho a mis padres que me las arreglé para reprobear una clase, *y no por razones habituales.*

—Pobre bebé —ronroneó Nastasia, apretando el brazo de Zane. James se sintió de repente un poco enfermo.

Scorpius se inclinó para mirar las notas de Rose. —¿Desde cuándo estás revisando viejos profesores cascarrabias extranjeros? ¿Te metió James en eso de que es el gemelo malvado de Dumbledore?

—¡Eso es exactamente de lo que estoy hablando! —dijo Rose con una ferocidad repentina, arrugando las notas en sus puños. —¿Quién eres tú para reírse de lo que dice James? ¿Cuántas veces ha dicho algo incorrecto? ¿Qué tan seguido se ha equivocado al decir que algo grande está ocurriendo?

—Bueno —dijo Ralph, incómodo. —*Se* equivocó con el Profesor Jackson durante la Encrucijada de los Mayores. Resultó ser un buen chico, después de todo.

—Igual que con Merlinus en nuestro segundo año —asintió Zane

Rose sopló su cabello con cara de impaciencia. —Eso está perdiendo el punto. El punto es que *hubo* grandes cosas tenebrosas pasando. ¿Qué tiene si se equivocó en algunos detalles?

—Al igual que con el báculo de Merlín —agregó Ralph. —Pensó que era la escoba de Tabitha Corsica.

Zane se iluminó. —O, ¿Qué hay de cuando llevó la ropa de Merlín directo a Madame Delacroix, pensando que era solo la Capa de Invisibilidad? Realmente te jugó una mala pasada ahí James, ¿cierto?

—Ese es un gran recuerdo —asintió Nastasia con aprecio.

—¡Cállense todos! —interrumpió Rose, con su rostro grave. —El punto es que si James dice que algo no está bien, por mi parte, yo elijo creerle. Creo que se ha ganado eso.

—¿Qué pasa con la Dama del Lago? —preguntó Scorpius con calma. —Nos guste o no, Nasty tiene razón. Nadie más la ha visto. ¿Crees en James acerca de eso?

Rose miró firmemente los ojos de Scorpius. —Mi prima Lucy está muerta. James dice que la Dama del Lago la mató. ¿Estás sugiriendo que miente acerca de eso? ¿Estás diciendo que está usando la muerte de una niña de doce años... para llamar la atención?

Scorpius estudió el rostro de Rose por largo y tenso momento. Finalmente, desvió la mirada. Por primera vez, parecía no tener respuesta. La cara de James

estaba caliente en una mezcla de vergüenza y gratitud. No se había dado cuenta hasta ese momento lo mucho que le había herido el no ser creído. Se encontró con los ojos de Rose y asintió en gratitud hacia ella. Rose bajó la mirada hacia el suelo. Cuando levantó la vista de nuevo, se encogió de hombros. Tal vez no estaba tan segura como parecía, pero al menos estaba dispuesta a darle el beneficio de la duda.

—Entonces —dijo Ralph, —Si James dice que hay algo raro sobre el Profesor Avior, entonces vale la pena investigar, ¿verdad?

Rose no respondió. En cambio, levantó sus notas de nuevo. —Poco después que Avior fuera contratado como maestro asistente de pociones en Durmstrang, una cumbre mágica se celebró allí, con la presencia de representantes de Hogwarts y el Ministerio. Avior no asistió. Al parecer estuvo enfermo todo el tiempo, confinado en sus cuarteles.

—No podría haberle ocurrido a un tipo más agradable —murmuró Zane sombríamente.

—Unos años más tarde, cuando Avior fue profesor titular —continuó Rose, —Hubo un gran escándalo que involucraba a un grupo de estudiantes de vacaciones de Hogwarts, Beauxbatons y Durmstrang. Parece que todos fueron vistos en un pueblo de pescadores muggle, involucrados en un gran concurso de duelo y causaron todo tipo de problemas, levitando barcos en las calles del pueblo y haciendo crecer peces a tamaño de monstruos. El Ministerio de Magia llamó a todo el staff de profesores de las tres escuelas para ayudar a solucionar el problema y determinar a quién castigar. Avior era el único profesor que todos los estudiantes de Durmstrang tenían en común, pero se negó a ir. Afirmó tener una "emergencia familiar". La cosa es que no hay registro alguno de su familia. Ni madre, ni padre. Ni hermanos. Ni siquiera un solo tío loco.

Ralph dijo —Bueno, tiene que tener *alguna* familia, ¿no? Quiero decir, él no salió de un huevo simplemente. Eh, a menos que eso suceda a veces en el mundo mágico. No es así, ¿verdad?

—¿Cuál es el punto de todo esto, Rose? —Scorpius negó con la cabeza.

—En 1994, —continuó Rose, levantando la voz. —El Torneo de los Tres Magos se celebró por primera vez en casi 200 años, debido en gran parte a los esfuerzos de un Avior Dorchascathan. Sin embargo, y por razones que nadie sabe realmente, el propio profesor *no... asistió*.

Hubo una larga pausa en la oscuridad de la lechucería. A su alrededor, formas emplumadas se movían. Viento frío presionaba las ventanas abiertas, erizando el pelo de James.

—Así que, —dijo Zane finalmente —el viejo es tímido. O quizás simplemente no le gusta salir del castillo Durmstrang.

—No puede ser eso —replicó Rose. —Ha dejado el castillo muchas veces. De hecho, de acuerdo a algunos estudiantes de Durmstrang que he entrevistado, Avior viaja con mucha frecuencia, y durante semanas a la vez. Definitivamente no tiene problemas con salir.

Ralph se encogió de hombros. —Entonces, ¿Cuál es el problema real?

—El gran problema —contestó Rose, bajando la voz —es que Avior está sospechosamente ausente en cualquier momento que podría estar alrededor de gente de Hogwarts o el Ministerio de Magia —se giró hacia James, con el rostro serio. —Cada vez que él podría encontrar gente que recuerde a *Albus Dumbledore*.

Un escalofrío nada que ver con el frío de la sala sacudió los hombros de James. Miró a los otros a su alrededor. —Después de la última clase de Durmstrang —dijo —Avior dijo que iba a responder a mi pregunta más importante. —les contó acerca de la tarjeta de la rana de chocolate y cómo Avior la había usado para mostrar a James que sabía de su sospecha.

Sin aliento, preguntó Rose, —¿Vas a tomar su oferta?

James se encogió de hombros. —No lo sé. Posiblemente. Me muero de curiosidad. Si él está dispuesto a simplemente decir la verdad...

Rose sacudió la cabeza inflexiblemente. —No creo que sea una buena idea, James. No te dirá simplemente lo que ha mantenido en secreto todos estos años. Él sabe que eres una amenaza a lo que sea que esté escondiendo.

—Rose tiene razón —dijo Zane. —Probablemente signifique que averiguará lo que sabes y te silenciará de alguna forma. Los de nuestro tipo tenemos un montón de formas de hacer eso. Una rápida maldición *Imperius* y serás silenciado por siempre.

James frunció el ceño, pensativo. —No lo sé, creo. De alguna manera... confío en él.

—Sólo porque se parece al Director Dumbledore —dijo Rose en voz baja —no significa que sea digno de confianza. Tal vez es sólo un truco. Tal vez... no lo sé. Tal vez sólo está usando poción Multijugos.

—¿Pero por qué? —interrumpió Ralph. —¿Por qué pasar por todos los problemas que signifique esconderse de cualquiera que pueda reconocer a la persona que estás intentando tanto parecerte?

—No —dijo James firmemente. —No es un truco. Eso no tiene ningún sentido. Lo que sea o quien quiera que sea, hay una *cierta* conexión entre él y Dumbledore. Si puedo ir a su oficina y dejarlo que me cuente...

—Yo también iré —dijo de pronto Nastasia.

Todos, incluyendo Zane, se giraron a mirarla. Ella simplemente sonrió suavemente, mirando a cada cara.

James fue el primero en preguntar lo obvio. —¿Pero... por qué?

—Simple —dijo Nastasia, desenganchándose del brazo de Zane. —Le demostraré a Avior que ya le has contado a más personas. Y que hacerte desaparecer no mantendrá su secreto a salvo si ya has empezado a chismotear. Además, —se encogió de hombros —estoy curiosa.

James sacudió la cabeza con impaciencia. —pensé que no te importaba nada de esto.

—Oh, soy veleidosa —dijo, cruzando hasta ponerse junto a él. —A veces, ni yo sé cuándo voy a cambiar de opinión acerca de las cosas.

—Pero Avior odia a los nacidos muggles —dijo Zane, cruzando los brazos sobre el pecho. —Él te mirará el pelo y el aro en la nariz y, no sé, te va a meter en el calabozo o algo así.

—Oh, ¿no lo sabías? —Nastasia ladeó la cabeza y sonrió torcidamente. —Soy una bruja 100% sangre pura. Proveniente de una de las familias mágicas más antiguas de Estados Unidos, de hecho. Incluso, algunas de mis tataras tías fueron realmente quemadas en la hoguera durante los juicios de brujas de Salem. —se giró hacia James y le susurró al oído —Ninguna de ellas resultó herida, por supuesto. Pero fue un buen show para los muggles. —se rió.

—Sigo pensando que es una mala idea —dijo Rose. —Pero Nastasia tiene razón. Si Avior sabe que más que ustedes dos saben su secreto, los mantendrá a los dos un poco más seguros. Por lo menos hasta que se entere exactamente quién más sabe.

—Hay algo que no entiendo —dijo Scorpius.—Asumo que estamos todos aquí porque somos los que fuimos a Nueva Ámsterdam juntos y encontramos al Coleccionista. Escuchamos a la mujer muggle, Lissa, hablar de La Red Morrigan. James te pidió que averigües sobre eso, Rose. No sobre el Profesor Avior. ¿Cómo esto está conectado con él?

Rose asintió de manera significativa. —Ahí es donde todo esto comenzó — admitió. —Empecé a buscar La Red Morrigan, tal como James pidió. No fue fácil. Francamente, estuve a punto de dejarlo. Luego, de alguna forma, encontré dos referencias, ambas al mismo tiempo. Comenzó con una historia de Alma Aleron. La Red Morrigan era un proyecto personal de una profesora estadounidense de la Casa Igor hace más de cien años. Dijo que era una súper arma mágica, y que era tan poderosa, tan devastadora, que si fuera perfeccionada, detendría la guerra mágica para siempre.

—Eso... —Ralph frunció el ceño, pensativo, —no tiene sentido exactamente.

—Claro que sí —sonrió Nastasia. —Probablemente creía que si todos tuvieran una Red Morrigan, nadie sería tan loco como para usarla. —sacudió su cabeza y se

giró hacia James. —Los idealistas son tan lindos, —ronroneó. El rostro de James se calentó de nuevo e intentó ignorarla.

A Rose, le dijo —¿Encontraste lo que hacía o cómo funciona?

—No. No pude obtener ningún detalle. Solo decía que su experimento finalmente la metió en problemas con las autoridades mágicas estadounidenses. Amenazaron con confiscar todas sus herramientas y encarcelarla si no cerraba su investigación sobre La Red Morrigan. Y debe haber aceptado, porque su nombre no aparece de nuevo.

—Eso no suena como algún Igor que conozca —dijo Zane, inclinando la cabeza. —¿Cuál *era* su nombre?

Rose consultó sus notas. —Profesora Principia Laosa. Nunca la había escuchado. Ciertamente, ella murió hace mucho tiempo.

Zane miró a un lado donde Ralph, luego a James, con el ceño fruncido. —¿Podría ser?

—¿Qué? —dijo Ralph.

Nastasia de repente se animó junto a James. —¡Claro! A menos que ella sea sólo una leyenda. Oh, eso sería una vergüenza.

—¿Qué?! —preguntó James, casi saltando de impaciencia.

—Crone Laosa —dijo Zane, sacudiendo la cabeza. —Pero eso es totalmente, como...

—Ah, sí, me acuerdo que hablaste de ella —dijo Ralph, levantándose de su asiento. —Se supone que ella es la bruja vieja realmente aterradora que asusta en las bodegas inferiores de la Residencia de Administración en Alma Aleron, ¿verdad?

Rose miró desde Ralph a James con molestia. —¿Es esto real?

James se encogió de hombros, recordando. —La Residencia de Administración fue construida por enanos, y la leyenda dice que incluyeron

interminables capas de túneles y sótanos hacia abajo quién sabe qué tan profundo. Algunas personas dicen que las bodegas están custodiadas por una muy poderosa y espeluznante vieja bruja, Crone Laosa.

—Pero nadie la ha visto, ¿verdad? —preguntó Ralph, mirando casi implorante a Zane. —Quiero decir, ella es sólo una leyenda. Al igual que el hombre del saco.

—El hombre del saco no es ninguna leyenda —intervino Scorpius. —Trató de ser nombrado Ministro de Magia unas décadas atrás. Dijo que se había reformado de todos esos niños asustados en las noches.

—Además —dijo Rose, empujando a un lado a Scorpius y abordando a Zane. —Ella estaría muy vieja. Casi doscientos años.

Zane se encogió de hombros. —Nuestro Rector tiene como doscientos quince o algo así. Tipos mágicos tienen formas de vivir hartos si quieren. Si Crone Laosa realmente es la vieja profesora de la Casa Igor, seguramente supo cómo extender su vida. Los Igor saben ese tipo de cosas.

Hubo otro largo silencio pensativo en la lechucería mientras todo el mundo consideraba las consecuencias de esto.

Finalmente, James se giró hacia Rose. —¿Cuál es la otra referencia que encontraste de La Red Morrigan?

Rose miró incómodamente hacia sus notas. —Probablemente nada, supongo. Pero la coincidencia es mucha.

—Como si no hubiera suficientes coincidencias ya —comenzó Zane. Miró desde la reunión hasta Nastasia que estaba junto a James.

—En el libro de la historia de Alma Aleron —dijo Rose, haciendo caso omiso de Zane. —Cuando se habló acerca de La Red Morrigan, se hacía referencia a un experto en máquinas apocalípticas mágicas y súper armas. Pensé que podría ser el hombre que escapó de Azkaban este verano, Worlick. —miró a James. —Después de todo, él es probablemente un Brujo, y esa es su especialidad. En su lugar...

James se acercó más mientras Rose levantaba sus notas. Tocó un nombre escrito en la parte superior, subrayado tres veces: *Avior Dorchascathan*.

—¿el Profesor Avior? —dijo Ralph en voz alta. —¿Es un experto en armas mágicas apocalípticas?

Scorpius asintió. —Así que eso es lo que puso tu atención en él. No eran sólo sospechas de James.

Rose negó con la cabeza. —Ambas —admitió. —Pero prueba que James tiene olfato con personajes oscuros.

—Es una especialidad Potter, supongo —dijo Nastasia con un suspiro.

Ralph se pasó las manos por el pelo. —Entonces, ¿Dónde nos deja todo esto?

—Lo importante —dijo Rose, replegando sus notas, —es que nos deja en la misma página. Hay algo potencialmente horrible pasando en Nueva Ámsterdam. El Coleccionista y su Brujo mimado, junto con alguna otra persona que podría o no ser la "Dama del Lago" de James.

—Ella no es *mi* Dama del Lago —interrumpió James, molesto. —No la mantendré encadenada ni nada. —a su lado, Nastasia rió de nuevo.

—Lo siento —enmendó Rose, sin mirarlo. —De cualquier forma, El Coleccionista y sus compinches están posiblemente creando algo realmente horrible. Creo que sería mejor para nosotros averiguar todo lo que se pueda sobre él.

James asintió. —Y voy a averiguar lo que pueda sobre el Profesor Avior.

—Con mi ayuda —insistió Nastasia, chocándole su cadera con la suya.

—Pero, ¿Por qué tuve que traer esto? —preguntó James a Rose, alzando su pergamino, tinta y pluma.

—Por la misma razón por la cual nos reunimos en la lechucería —dijo Rose enfáticamente. —Porque ahora, *le escribirás a tu Padre*. He escrito una carta a mis propios padres. Necesitamos ayuda. ¿Qué mejor que pedir ayuda al Jefe de

Aurores del Ministerio y las dos personas que le ayudaron a derrotar al mago más malvado de todos los tiempos?

James miró a un lado, vio a Nobby levantando sus plumas en alto en una percha cercana, ya con ganas de partir.

—Tienes razón, Rose —dijo James, en cuclillas en el suelo y desplegando un pergamino en sus rodillas. —Esto es demasiado grave como para manejarlo nosotros mismos.

Rose suspiró con evidente alivio. Sacó un sobre ya sellado en su mochila. —Vamos a tener que utilizar a Nobby para enviar ambas cartas. No podemos correr el riesgo de que intercepten a cualquier búho de la casa. Tenemos que contarles todo a nuestros padres.

James asintió con la cabeza, garabateando con cuidado sobre su pergamino. Realmente era una buena idea, y se sintió un poco avergonzado de que él no le haya escrito a su propio padre.

Aun así. Él no estaba muy dispuesto a decirle *todo* a su padre.



Lily estaba esperando a James en la sala común de Gryffindor cuando este bajó las escaleras, con la Skrim en la mano.

—¿Dónde está Scorpius y Dev y todos los demás? —susurró con entusiasmo, saltando sobre sus pies.

James sacudió la cabeza con disgusto. —Todos nos colamos por separado. Es más seguro de esa manera. Y, ¿Qué haces aquí? Vuelve a tu cama.

—Buen intento, Hermano mayor —dijo, imperturbable. Corrió ligeramente a través del agujero del retrato y le hizo señas hacia adelante. —Saca la Capa de Invisibilidad. Sé que la tienes. No eres bueno escabulléndote sin ella.

James suspiró y sonrió. En secreto, le gustaba que su hermana estuviera apoyándolo, en silencio como debía ser. Se acercó a ella y sacó la Capa de Invisibilidad. —¿Qué te traes esta noche, Lil? —le codeó y se detuvo. —Vas solo tú, ¿cierto? No tienes un montón de tus amigos de primer año escondidos bajo los muebles para seguimos afuera, ¿verdad?

—No —dijo Lily, —Pero no es mala idea. Lo intentaré la próxima vez.

Diez minutos más tarde, los dos se lanzaron a la oscuridad del campo de Quidditch, uniéndose a los otros ya reunidos ahí. Una gran luna creciente colgaba baja en el horizonte, mezclada con nubes en movimiento de manera que el terreno de juego brillaba con luz lunar en un momento, y luego se transformaba en una densa sombra. Viento frío gemía entre las tribunas, flameando las banderas puestas en lo alto.

—Casi me pilla Filch esta noche —dijo Devindar, sacudiendo la cabeza. —Él y esa gata desaliñada doblaron la esquina del tercer piso justo cuando estaba golpeando las escaleras. Estoy casi seguro que me vieron, pero salté la barandilla antes de que pudieran atraparme.

Willow se echó para atrás su rubia cabellera, atándola en una cola. —Filch no atrapará a ninguno de nosotros a menos que seamos totalmente torpes.

—¿Y si ve los balones brillantes desde una de las ventanas del castillo? —preguntó Lily.

—Ya se pensó eso —respondió Scorpius. —Las Bludgers, Clutch y Snitch están encantadas con luz suave. Se apaga luego de unos pocos cientos de pies. Desde el castillo, el terreno de juego es tan oscuro como, bueno, el terreno de juego.

—Scorpius está muy orgulloso de esa cosa de la luz suave —agregó Dev. —Tecnomanía es un capricho suyo. Es cuestión de cuántica.

—Además —continuó Willow, montando su escoba. —Si Filch intentara venir al campo de juego, conseguiría que su bastón se atascara en el barro y pasaría la noche dando vueltas en círculos.

Lily se rió de eso. A James le dijo —Me iré a las gradas esta noche. ¡Mira! ¡Tenemos espectadores!

James frunció el ceño y miró hacia la cercana tribuna Gryffindor. Efectivamente, un puñado de figuras estaban sentadas. Una de ellas inclinada hacia abajo. Era Nastasia. Junto a ella, Zane estaba sentado con un gran abrigo y una bufanda. Obviamente, se habían quedado después de la reunión en la lechucería. Por encima de ellos, James estaba casi seguro de reconocer al Profesor Longbottom, un gran sombrero con visera caía sobre su frente, agachado entre un grupo de jugadores de Quidditch Nocturno de Hufflepuff. Sin mirar atrás, Lily subía por las escaleras para unirse a ellos.

—Bueno, mira quién es el Hinkypunk que anda fuera —una voz llamó por encima.

James reconoció la voz, pero no podía creer lo que escuchaba. Levantó la vista y vio una figura oscura que se cernía a veinte pies, una bufanda verde se agitaba sobre su hombro. —¡Albus! —dijo James con voz áspera. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Escribiendo un ensayo de Encantamientos. ¿Qué es lo que parece?

—¡Pero Quidditch Nocturno se supone que no es para jugadores diurnos! ¡Tú estás en el equipo regular de Slytherin!

—En realidad no es una regla, exactamente —se encogió de hombros Albus. —Sólo una especie de guía. Lo siento si piensas que mi presencia le da a Slytherin una ventaja injusta.

—*Ventaja injusta* —gruñó James, dejando caer su Skrim y montando sobre ella. —Te voy a mostrar tu ventaja injusta —se inclinó sobre la tabla, curvando los dedos sobre su punta, y salió disparado en el aire, planeando lo suficientemente

cerca de su hermano para chasquear su bufanda verde. El pañuelo cayó sobre la cara de Albus, cegándolo temporalmente.

—El Quidditch Nocturno es un caldero de tritones diferentes que el Quidditch Diurno, Al —dijo James. —Espero que estés usando tus calzoncillos de chico grande esta noche. —salió disparado al aire sin mirar atrás, dejándose caer en una posición en cuclillas y dibujando una estrecha curva, llegando a ubicarse junto a Willow.

—Eres el buscador esta noche, James —dijo ella. —Cuidado con Beetlebrick. Tratará de sacarte con una Bludger bien puesta. Toma. —le lanzó un bate de repuesto, que atrapó con destreza. —Sólo por protección. Va a ser una noche difícil, y sin errores.

—Está jugando Albus —gruñó James, blandiendo el bate.

Willow se encogió de hombros. —Hermano contra hermano. Es un poco poético, ¿no? No te será fácil ir por él, ¿verdad?

James la miró, sorprendido por la mera sugerencia. —No tienes hermanos o hermanas, ¿verdad, Willow?

Ella negó con la cabeza. —¿Cómo lo sabes?

James se agachó sobre su Skrim, preparado para salir disparado. —Soy psíquico.

Un momento después, la Clutch se elevó en el aire. Cinco balones brillantes se dirigieron en diferentes direcciones, trazando líneas pálidas en la oscuridad. Formas voladoras se abalanzaron sobre ellas, chocando violentamente los unos con los otros en el aire. James esperó, buscando la estela verde de la Snitch. Apareció dando vueltas hacia la tribuna Hufflepuff como una luciérnaga sobrealimentada y James se lanzó hacia adelante en la búsqueda de la misma.



El partido duró casi cuatro horas. Al final, agotado y magullado, cubierto de sudor frío, James se encontró en una carrera hombro con hombro contra Albus para alcanzar la Snitch. Los dos golpeándose mutuamente sin piedad mientras aceleraban en picada tras la estela brillante, James apoyándose con fuerza sobre su Skrim, Albus estirándose hacia adelante en su escoba con su nariz sólo pulgadas por encima de la punta temblante.

El marcador era doscientos trece contra ciento noventa y dos, con Slytherin sosteniendo una ligera ventaja constante.

—¡No! —exclamó Albus, esforzándose hacia delante, con los dedos extendidos listo para cerrarlos sobre la pequeña bola de oro.

—¡Es mía! —gruñó James, instando a su Skrim a ir cada vez más rápido.

Ante ellos, la Snitch iba de un lado a otro, a toda velocidad a través de la oscuridad, más allá de las tribunas, a lo largo de los árboles del Bosque Prohibido.

James se equilibró sobre el borde de su Skrim, lanzándose sobre la forma aleteante. La rozó con los dedos, sintiendo sus alas aleteando, y luego cerró el puño con un chasquido.

¡Whump!

De pronto, inexplicablemente, el mundo se dio vuelta. La tierra negra y el cielo nocturno giraron una alrededor de la otra, cambiando de lugar, y James se dio cuenta vagamente de que su mano se había cerrado en la vacuidad. Una forma larga y estrecha se apartó contra la noche balanceándose; su Skrim, separada repentinamente de sus pies. James estaba flotando, cayendo, hacia la oscuridad. El frío viento aullando en sus oídos, pero lo único que le importaba era que había perdido la Snitch.

—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! —gritaba mientras caía, olvidando por un momento siquiera tener miedo.

De repente estaba siendo manoteado, pinchado en varias ocasiones con formas espinosas. Sin reaccionar, reconoció las ramas de un pino grande mientras le golpeaban, crepitando y rompiéndose, frenando su caída. Por último, una particularmente larga lo cogió, inclinándose profundamente bajo su peso, y luego lanzándolo de nuevo hacia arriba fuera del árbol. Algo ancho y plano llenó su visión, saltando para alcanzarlo. Se estrelló en esto, y a través de esto, cayó sobre una superficie plana muy amortiguada. Montones de paja y madera rota le cayeron desde arriba, haciendo ruido alrededor. James cerró los ojos contra los escombros y se cubrió la cabeza con las manos. Cuando el ruido se calmó, abrió los ojos de nuevo sólo para encontrarse a sí mismo siendo apuntado directamente hacia su nariz por un largo paraguas rosado.

—¿James?! —una voz ronca dijo con incredulidad. —¿Qué diablos estás haciendo?

James miró a Hagrid, comprendiendo la situación. Había sido derribado de su Skrim con una Bludger en el último momento, y había evitado por poco ser asesinado por una caída sobre el borde del Bosque Prohibido. Miró más allá de Hagrid, hacia el enorme agujero en el techo de paja de la cabaña, y luego a un lado, en la alfombra de piel de oso gordo en donde había caído. Trozos de techo roto yacían por todas partes. Mientras James observaba, su Skrim caía casi con elegancia a través del agujero del techo, y quedó tumbada sobre la mesa de Hagrid, golpeándola junto a un juego de té de gran tamaño.



Capítulo 7

Ecos de Umbridge

—¡Fuera de aquí!, ¡Ya! —Hagrid gritó, alzando a James bruscamente a través de la puerta de su choza. —¡De todo lo ridículo, atolondrado, irresponsable...!

—Realmente lo siento, Hagrid, —James insistió, todavía tratando de mantener su voz baja. —¡Sólo quería volar tarde en la noche! Me golpeó algo y caí. ¡Un pájaro o un murciélago quizá! Sí, ¡un murciélago! ¡Uno muy grande! No fue mi intención...

Hagrid sacudió su enorme cabeza y levantó ambas manos como losas. Su camisa de dormir a rayas, ondeaba bajo la luna. —¡No quiero oírlo! Es absurdo, lo digo en serio. Si no fuera tan buen amigo de tus padres, ¡me iría ya a decirle directamente al director! Como están las cosas, puedes apostar tus pantalones que tendré una larga conversación con tu papá acerca de esto. Volando tarde en la noche, ¡por el bien de Merlín! ¡Y en una de esas tontas scrams estadounidenses!

—Se llama skrim, en realidad, —James sugirió tímidamente, mirando a la tabla en sus manos.

—¡No me importa cómo se llama! —Hagrid rugió, llevándose una mano a su pelo rebelde. —¡Es una basura que cayó en mi techo y casi me mató en el proceso! ¿Cómo voy a explicar esto? ¿Cuándo tendré tiempo de repararlo?

—¿Podría ayudarte, tal vez? —James ofreció, levantando las cejas con suerte.

—Werrl, —Hagrid negó con la cabeza, desinflándose ligeramente. —Sí, ciertamente deberías, lo apuesto. Le diste un gran susto al pobre Trife. Él todavía está bajo la cama, temblando como una hoja en la tormenta.

—Yo podría venir este fin de semana, —James sugirió con entusiasmo. —¿Tal vez traer algunos amigos conmigo? ¡Apuesto a que podríamos arreglar tu choza de inmediato!

Hagrid dejó escapar un gigante suspiro. —Está bien, está bien. Sal antes de que cambie de opinión. Debes estar aquí temprano el sábado en la mañana. Y espero que no llueva ahora ni para entonces o ¡estaré realmente de muy mal humor!

James asintió con entusiasmo. —¡De acuerdo, Hagrid! ¡Lo siento! He, er, aprendido mi lección. ¡Realmente!

Hagrid le hizo un gesto de impaciencia. —Me gustaría verlo, —se quejó, volviendo a su choza. Un momento después, la pesada puerta de madera se cerró detrás de él, sacudiendo las paredes y haciendo eco en la oscuridad.

James se giró hacia el castillo, y sólo ahora se dio cuenta de lo adolorido que estaba por su caída. Los arañazos escocían su cara y las agujas de pino se enredaban en su pelo. Alzó la mano para sacudírselas.

—¡James! —una voz siseó cerca de un arbusto. —¿Qué pasó?

Scorpius salió del arbusto, seguido de Lily, con la cara muy pálida a luz de la luna.

James hizo un vago ademán hacia la cabaña de Hagrid. —Caí al techo. Por poco y me salpicó todo el Bosque Prohibido.

Scorpius sacudió la cabeza con irritación. —¡Eso no! —dijo. —¡La Snitch! ¿Cómo es que la perdiste? ¡Albus y los otros Slytherin ganaron!

—Estoy bien en realidad, gracias por preguntar, —dijo James intencionadamente, remarcando. Lily corrió y lo alcanzó, agarrándolo de la mano libre.

—Fácil para ti decirlo, —Scorpius se quejó. —Si Gryffindor pierde la Liga Nocturna, Longbottom probablemente nos suspenderá, con o sin Somnambulis. El tipo ama a sus plantas, pero puede ir más lejos.

—El Profesor Longbottom te guió hacia abajo con su varita mágica, —dijo Lily en voz baja, sin soltar la mano de James. —Él estaba mirando desde las gradas y te vio caer. Caíste demasiado lejos para levitar pero él hizo lo mejor que pudo. Sabíamos que estabas bien cuando Hagrid comenzó a gritar. Luego siguió para asegurarse de que los demás se iban directamente a sus dormitorios.

—¿Qué le dijiste a Hagrid? —Scorpius preguntó con brusquedad.

—Yo no le dije nada sobre el Quidditch Nocturno, si eso es lo que estás preguntando. El secreto está seguro. Pero voy a necesitar de tu ayuda para el próximo sábado por la mañana si quieres que siga así.

—¿Por qué? —Scorpius exigió, mirando de reojo.

—Digamos que espero que sepas cómo manejar un martillo.

Scorpius suspiró con irritación. —Los Malfoy tienen una aversión al trabajo manual. —murmuró.

Los tres se fueron a escondidas por el patio y se agacharon al pasar por la puerta de la rotonda. James temblaba, cansado hasta los huesos, aunque sabía que se sentiría enormemente vigorizado después de beber la poción de Somnambulis preparada por Scorpius, cuyo frasco mantenía escondido en el dormitorio.

Los pasillos aún estaban extrañamente oscuros, previo al amanecer. Ningún soplo de aire y muy pocas antorchas estaban encendidas. La respiración de James parecía hacer eco rebotando desde las frías paredes. Contusionado, con dolor y enfriándose por el sudor, se estremecía, quitando agujas de pino de su cabello. A su alrededor, el castillo parecía estrecharse en la oscuridad, crujiendo y gimiendo con el viento.

—¿Qué fue eso? —Lily susurró de repente, agarrando el brazo de James.

—Nada, —respondió James, a pesar de que también lo había oído: un ruido sordo por un pasillo oscuro. —Sólo es la puerta de un aula que se cerró con el viento. No te asustes.

—No estoy asustada, —Lily chilló y James comprendió su nerviosismo. De repente, el pensamiento total de vacío y las habitaciones oscuras que cubrían el corredor pesaban sobre él. Se imaginó mirando de reojo, a unas formas oscuras detrás de cada ojo de cerradura, viéndolos pasar.

Lily tiró de su brazo. —¡Vamos por aquí! —susurró, señalando hacia una intersección. Altos arcos de piedra se alineaban al cruzar el corredor, adornados con faroles parpadeantes.

—Nos llevará más tiempo, —Scorpius se quejó con voz cansada. —Iremos por el otro lado de las escaleras.

—Vale la pena, —dijo James, llevando a su hermana a la luz del pasillo. Él se acercó a ella. —¿Te sentirías mejor si nos metemos bajo la Capa de Invisibilidad?

Ella negó con la cabeza, presionando contra él mientras se apresuraban por el camino.

Una repentina ráfaga de viento pasó junto a ellos, haciendo que saltaran. Las pinturas se sacudieron por todo el pasillo y los faroles parpadearon salvajemente. La antorcha más lejana se apagó por completo, sumiendo el final del pasillo en la oscuridad.

—¡James! —Lily chilló de nuevo, apretando su brazo cada vez más.

—Para, Lil, —James respiró, mirando fijamente a la antorcha apagada. —Vas a cortarme la circulación. No es nada. Solo es... un poco de viento.

—En un pasillo sin ventanas, —Scorpius añadió, mirando a su alrededor detrás de ellos.

Lily señaló en el suelo delante de ellos. —¿De dónde viene toda esa agua?

James sintió que se le encogía el corazón al mirar hacia abajo. El suelo, de hecho, estaba brillando con agua. Ondulaciones corrían por debajo de una puerta distante, formando un largo y turbio charco por el pasillo.

—Fuga en el baño, —susurró James, tratando de inyectar una nota de esperanza en su voz.

Poco a poco, comenzaron a avanzar hacia delante nuevamente, con los pies golpeando ligeramente el charco cada vez mayor.

Otra ráfaga de viento pasó por el pasillo, girando las llamas de la antorcha y moviendo las pinturas. La segunda y última antorcha se encendió, luego se consumió y quedó en la oscuridad.

—Muy bien, —tembló Lily, —Ahora estoy asustada.

James negó con la cabeza, frunciendo el ceño profundamente. —He visto esto antes, —susurró. —Es sólo Cedric realizando su rutina del Espectro de Silencio. Lo vi esta tarde con la Dama Gris. Nos hizo lo mismo a Rose, Ralph y a mí una vez.

Una tercera ráfaga fría sopló a lo largo del corredor, apagando otra antorcha. El otro extremo del pasillo era ahora una masa de sombras.

—Cedric, —Scorpius raspó a través de sus dientes. —Si eres tú, no me importa si estás muerto. Encontraré la forma de matarte nuevamente.

Otra ráfaga, más fuerte que nunca, recorrió el pelo y la ropa de James, susurrando en sus oídos. Lily dejó escapar un pequeño y agudo grito y se sujetó la cabeza. Un coro de susurros parecía llenar la sala. La mitad de las antorchas restantes se consumieron en la oscuridad.

—¿Cedric? —James llamó en las sombras, con la voz temblando notablemente.

En respuesta, una obesa y fantasmal forma, se abalanzó a través de la puerta cerrada a la derecha de James. Miró de reojo hacia él, le sacó la lengua y escupió con fuerza una frambuesa. Los tres estudiantes saltaron hacia atrás antes de reconocer la familiar forma.

—¡Peeves! —Scorpius gritó, apenas manteniendo su voz por debajo de un grito. —¿Qué te pasa?

—Se lo *merecen* estudiantes desagradables por estar despiertos en medio de la *noche*, —Peeves respondió musicalmente, cruzando los brazos con su nariz sobresaliendo en el aire.

—¡Pero el viento y los susurros! —James hizo un gesto en todo el corredor repentinamente oscuro, temblando de rabia. —¡Eso sólo quiere decir que nos asustaste casi hasta la muerte con toda esa cosa de la antorcha!

Peeves abrió un ojo y ladeó la cabeza con curiosidad hacia James. —¿Qué cosa de la antorcha?

Detrás del Poltergeist, una repentina forma resplandeciente se alzó desde el piso mojado, aparentemente hecha de agua. Exhaló con fuerza, llenando el pasillo con viento frío y traspasó a Peeves. El Poltergeist se esfumó, dejando sólo un corto y sobresaltado chillido en su lugar. La forma se lanzó hacia adelante, solidificándose en la oscuridad, arrojando agua de sus chorreantes brazos. El aliento que exhaló se convirtió en una voz.

—¡¡¡JAAAAMMESSSSSS!!!

Lily volvió a gritar y salió corriendo, arrastrando a James de la mano. James se resbaló en el piso mojado, tropezó y cayó de rodillas.

—¡Vete, Lil! —gritó cuando ella se detuvo con asombro y le devolvió la mirada. —¡Corre a la sala común! ¡Ve ahora!

Una ráfaga de niebla fría pasó por encima del hombro de James. Unos fantasmales brazos se extendieron a su alrededor, aparentemente hechos de agua y humo. La ruidosa y entrecortada voz rugió de nuevo, sonando de alguna manera delirante de alegría: ¡LILLYYYYY! ¡TE HE EXXTRAAÑAAADOOO!

Lily vio la forma detrás de James y sus ojos se abrieron como platos. La acuosa figura parecía que se levantaba sobre él. Lily se giró y corrió, con el pelo volando detrás de ella. La líquida forma pasó por encima del hombro de James, golpeándolo y llenando su cara con una brumosa y pestilente agua. Este se revolvió hacia delante, dejando caer la Capa de Invisibilidad en el húmedo suelo. Finalmente se irguió y movió el brazo, apuntando con su varita a la amorfa figura que se abalanzaba sobre Lily.

Abrió la boca para lanzar un hechizo, habiendo decidido (sin siquiera pensarlo realmente) en uno de congelación, cuando una figura apareció a la vista en un pasillo lateral, patinando hasta detenerse entre James y la criatura de agua.

—¡Ahí está! —Filch gritó triunfalmente, señalando a James con su bastón. — ¡Ya era hora de que te encontrara!

—¡Fuera de mi camino! —gritó James, todavía apuntando con su varita. Detrás de Filch, la forma líquida cayó sobre su hermana, asumiendo finalmente una sólida (y decididamente femenina) forma. Los brazos pálidos agarraron a Lily, haciéndola girar en un asfixiante abrazo.

—¡Baja tu varita! —Filch rugió, aun señalando con el bastón a James, con su brazo vibrando de tensión.

James negó con la cabeza, sin dejar de moverse hacia adelante. —¡Abajo! — exclamó. — ¡Ella está justo detrás de usted!

—*Oh* no, —Filch sacudió la cabeza furiosamente, señalando a James con su largo bastón. —No voy a caer en *ese* viejo truco.

Detrás de Filch, la horrible mujer de agua levantó a Lily y le pasó una mano por la cara. Lily quedó inerte en sus brazos. James no pudo distinguir las

características de la mujer con Filch en el camino, pero tenía una idea horrible de quién podría ser.

—¡Lily! —James gritó desesperadamente, levantando su varita para disparar sobre el hombro de Filch.

—*Expeliarmus!* —Filch rugió tan fuerte que la saliva voló de sus labios. Un rayo de luz rojo salió desde el extremo de su bastón y la varita de James fue arrancada de su mano. Esta golpeó el techo y cayó al suelo veinte pies de distancia.

James se quedó aturdido y sorprendido por el anciano, a pesar de todo. ¡Filch era un Squib! ¡Los Squibs no podían hacer magia!

Filch sonrió, obviamente disfrutando de la conmoción de James. —*Immobulus!* —dijo, saboreando cada sílaba. Otro rayo de luz surgió de su bastón, golpeando a James y congelándolo en el lugar. Los ojos de James se desorbitaron, tanto por la sorpresa como por el horror. Se esforzó para ver más allá de Filch. La mujer del agua se escapaba, su cabello oscuro todavía colgando húmedo en cintas contra su espalda. La cabeza de Lily colgaba patéticamente en los fuertes brazos de la mujer. Un momento después, ambas desaparecieron de la vista.

James trató de llamar a Lily, una vez más, pero sus labios estaban tan insensibles como una piedra.

Filch asintió con la cabeza lentamente, con aire de suficiencia. —No esperábamos *eso*, apuesto, ¿verdad? Nooo, es un nuevo día, mi cielo. Un nuevo día de hecho.

—Hey Filch, —una voz preguntó desde una puerta cercana. James no podía ver quién era, pero reconoció la voz. Filch gruñó y se volvió, empuñando su bastón en posición vertical nuevamente. James oyó que Scorpius dio un paso hacia adelante en la piedra mojada y con los pies empapados. —¿Alguien ya le ha enseñado éste?

Una ráfaga de luz roja iluminó el pasillo y Filch exclamó con rabia mezclada con sorpresa. Su bastón cayó al suelo. Un momento después, el hombre se desplomó, cayendo inconsciente.

—*Liberatio!* —Scorpius exclamó, señalando con su varita a James. El hechizo de congelación se deshizo y James casi colapsó bajo su propio y repentino peso.

—¡Vamos! —Scorpius llamó con urgencia, corriendo ya a lo largo del pasillo, con los pies levantando salpicaduras frías. James se lanzó hacia adelante para alcanzarlo.

—¡Se fueron por la derecha! —jadeó, reafirmando su control sobre la varita.
—¿Qué te pasó?

—Yo estaba justo detrás de ti cuando Filch apareció, —Scorpius se quedó sin aliento. —Me escondí detrás de un arco. Esperé hasta que lo pude aturdir. ¿Qué fue esa cosa que tomó a Lily?

Antes de que James pudiera contestar, un grito resonó penetrante al frente. No era Lily, y sin embargo el sonido mismo heló la sangre de James. Los dos muchachos corrieron más rápido, llegando finalmente al pasillo y dando la vuelta a la esquina. Lo que vieron los detuvo en su camino.

Recortada contra una sola y consumida antorcha, dos figuras luchaban violentamente. Una de ellas era la mujer del agua, con su cabello lanzándose en mojas cuerdas y su vestido salpicando gotas en todas direcciones. La otra, aunque pareciera increíble, era una enroscada, silbante y monstruosa serpiente, de diez pies de largo, pero extremadamente ágil, con su cuerpo reluciente a la luz de las antorchas. Lily estaba en el primer plano, todavía inconsciente, boca abajo en el suelo de piedra.

James se lanzó hacia adelante y sin hacer caso de los gritos y silbidos de batalla, recogió a su hermana en sus brazos. Regresó nuevamente con ella donde estaba Scorpius, quien ayudó a Lily con sus pies. Ella comenzó a gemir, un poco atontada. Varios pasos se acercaron pesadamente por la espalda. James miró hacia atrás esperando ver a Filch, pero se sorprendió al ver a Zane, con los ojos saltones y con la respiración agitada.

—¡¿Qué diablos es eso?! —jadeó, señalando a la lucha frente a ellos.

James sacudió la cabeza con desconcierto.

Delante de ellos, la furiosa y enroscada serpiente luchaba, enrollándose alrededor de la acuosa mujer. Su desquiciada y silbante mandíbula, estaba directamente en la cara de su adversaria, y la figura la atrapó por el cuello, apenas esquivándola. Parecían estar atrapadas en un tembloroso punto muerto. Entonces, repentinamente, la mujer se vino abajo, cayendo en una cascada de agua libre. Ella se hundió en un amplio charco, extendiéndose en un riachuelo y fluyendo hacia una gran rejilla. La serpiente cayó al suelo, retorciéndose y chapoteando en el charco que retrocedía.

—¡Alcancemos a esa! —exclamó Scorpius, señalando a la serpiente y lanzándose después a la corriente del agua.

—¡¿Estás loco?! —respondió James.

—¡Vayan! —Zane se quedó sin aliento, presionando una mano a su lado. — Me quedaré con Lil. ¡Los perseguí después de haber oído que gritaban como desaforados y corrí a buscarlos! ¡Vayan, vayan, vayan!

James asintió, sintiéndose aturdido y desconcertado. Empezó a correr detrás de la serpiente que se retiraba.

Cuando él la perseguía en un nuevo corredor, oyó el deslizamiento de la monstruosa criatura. Grandes rasguños en descenso revelaron su ubicación, ya que se deslizó por una escalera de poca profundidad. James corrió hacia ella, preguntándose a cada paso lo que haría si la atrapaba.

Llegó a la escalera y quedó consternado al ver que terminaba en un cerrado rellano con una sola y estrecha puerta (probablemente un cuarto de limpieza). La serpiente ya no estaba a la vista. James se detuvo, considerando sus opciones. El corazón le latía como un tambor golpeando en sus oídos.

Empezó a bajar lentamente por las escaleras, forzando la vista en la oscuridad por cualquier signo de la serpiente. Tenía que haber entrado en el cuarto. Pero ¿cómo? Las serpientes no podían girar las perillas de las puertas. ¿Podrían?

James buscó a tientas con su varita, y aferrándola con su puño, la apuntó hacia la puerta. Con mano temblorosa, se acercó, tocó el pomo e hizo una profunda

y agitada respiración. Por último, tan fuerte como pudo, empujó la puerta abierta. Se golpeó fuertemente contra la pared exterior.

Acurrucada en el fondo del armario, temblando y con el pelo envuelto en sudor, estaba Nastasia. Se quedó mirando a James.

Lentamente con desconcierto, él bajó la varita.

—No se lo digas a nadie, —dijo ella, dejando caer su mirada. —Y te lo contaré todo.

Aturdido y sin palabras, James guardó su varita. Se agachó y tomó la mano de Nastasia, ayudándola a ponerse de pie. Temblaba violentamente, con el pelo púrpura enmarañado y descontrolado. Poco a poco volvieron por las escaleras.

—Bueno esto no solo completa el cuadro, —una voz gruñó lívido cuando salieron al pasillo. —Mira, Señora Norris. Dos ratones más para la trampa.

James levantó la vista, sorprendido al ver a Filch de pie delante de él, con la ropa empapada de su encuentro con el suelo y con el bastón señalando con firmeza en su dirección. Detrás de él, Scorpius, Zane y Lily lucían miserablemente. La Señora Norris ronroneó pomposamente mientras rodeaba sus pies, acurrucándose en ellos. Lily se encontró con el miserable terror en los ojos de James, suplicándole silencio.

—Ahora bien, —dijo Filch pensativo, ladeando la cabeza hacia un lado, con una odiosa mueca apareciendo en la comisura de la boca. —¿Me pregunto si es demasiado pronto... para despertar al director?



Al final resultó que, inquietantemente, el director ya estaba despierto. Grudje se sentó plácidamente detrás de su escritorio, completamente vestido, estudiando ligeramente a Filch y a los estudiantes, cuando se presentaron en la oficina circular. La chimenea estaba a oscuras y fría, dejando la habitación con un gris perlado por el amanecer que se filtraba más allá de la única ventana.

Filch asintió secamente, triunfante, mirando del director a la línea de estudiantes, como si ninguna explicación fuera necesaria. De hecho, Grudje no hizo preguntas, se limitó a mirar con calma de cara en cara, como si catalogara cada uno para futura referencia.

—Tenían *esto* con ellos, —Filch gruñó, dando un paso hacia el escritorio del director y dejando caer una masa de tela húmeda en la esquina.

—Ya veo, —Grudje asintió lentamente. —La famosa Capa de Invisibilidad. De hecho, muy evidente. Su vigilancia es loable, Sr. Filch.

—No los habría atrapado del todo si no fuera por su especial, er, *regalo*, Director, —Filch blandió su bastón y sonrió levemente a los estudiantes. —Ellos me *Aturdieron*, debo reconocerlo. Afortunadamente, al final, no pudieron competir con la Señora Norris y conmigo. En décadas pasadas, bribones como éstos habrían ido aprehendidos y castigados.

—Señor Grudje, —Zane tomó la palabra, dirigiéndose al director. —Filch no sabe toda la historia. ¡Podemos explicar! Había una aguada dama.....

—Silencio joven, —Grudje interrumpió suavemente, levantándose de su silla. Su fibroso pelo gris colgaba en sus mejillas pálidas cuando se dio la vuelta, dando un paso hacia la ventana. —Este no es el Wizengamot. Su testimonio ni se requiere ni se desea. Señor Celador, ¿ha explicado a los estudiantes la razón de sus poderes incrementados?

Filch miró rápidamente hacia los estudiantes. —Bueno. No señor. No como tal. No pensé... es decir, pensé que podría ser mejor si... prefiero que sea una sorpresa...

—Relájese, mi amigo, —dijo Grudje, levantando una mano para calmar. —No hay respuesta equivocada. No hay detalles técnicos en los que su presa pueda salir de su alcance. Y, sin embargo, con la captura de estos infortunados malhechores, creo que el tiempo para el secreto ha pasado. Estudiantes, —Grudje dio media vuelta y miró a Zane, Nastasia, Lily, Scorpius y James. —Ahora son conscientes de que su querido cuidador, estaba privado por muchos años de las facultades necesarias para ocupar plenamente su puesto, ahora ha sido equipado y autorizado por mí mismo para hacer todo lo necesario para mantener el orden y la disciplina dentro de estas paredes.

—Pero, —dijo Lily en un hilo de voz. —La magia no funciona de esa manera, ¿no? No se puede dar una varita para alguien sin magia y esperar que funcione.

—Muy astuta, Señorita Potter, —Grudje respondió alentadoramente. —Tal como usted seguramente sabe, los hechizos utilizados por el Sr. Filch no son de él. La magia del bastón de su cuidador es *mi* magia. Lo insto a que no pruebe sus límites. Pero volvamos al asunto. Sr. Celador, si no me equivoco, dos de estos individuos no son, de hecho, estudiantes de Hogwarts.

—No, señor, —Filch se quejó de mala gana, mirando a Zane y a Nastasia. —Han abusado de sus privilegios, escondiéndose en la propiedad de Hogwarts por medio de esos armarios malditos. Usted recordará que fue mi recomendación de que sus puertas fueran custodiadas en todo momento.

—En cualquier caso, —el director asintió con indulgencia, —estos dos no son de nuestra jurisdicción. Por favor, vea que sean escoltados de regreso a su propia escuela en cuanto terminemos. Voy a hablar directamente a su rector y asegurar que sus fechorías se aborden de una manera apropiada.

—Director, —dijo James, nervioso, dando un paso adelante. —Realmente necesitamos explicar lo que vimos esta noche. Aceptaremos cualquier castigo que usted nos dé, pero esto es realmente importante.

Grudje se encontró con los ojos de James durante un largo rato, con la mirada totalmente inescrutable. Finalmente, extendió las manos e inclinó un poco la

cabeza. —Adelante, señor Potter, —dijo con sedosa magnanimidad. —Tiene usted la palabra.

James respiró hondo y miró rápidamente hacia atrás a los otros. Scorpius miró severamente y sacudió la cabeza. Los ojos de Lily seguían amplios de terror. Nastasia miró hacia otro lado, con el rostro tan pálido como una lápida.

—Estábamos afuera a deshoras, —admitió James, volviéndose hacia Grudje. —Y estábamos usando la Capa de Invisibilidad. Filch tiene razón. Él nos capturó, estamos de acuerdo. Pero había algo más. Todos nosotros lo vimos...

Torpe pero completamente, James describió la mujer acuosa; su apariencia fuera del misterioso charco, su intento de secuestro a Lily y su furiosa batalla con la serpiente. Lily asintió corroborando, estremeciéndose ante el recuerdo. Zane y Scorpius ofrecieron sus propios detalles, explicando cómo había terminado la batalla, la licuefacción de la mujer del agua, escapando por la reja y la huida de la serpiente gigante.

Nastasia simplemente miraba a la chimenea oscura, como deseando que estuviera encendida y tuviera un puñado de polvos Flu, desesperada por transportarse a otro lugar... *a cualquier otro lugar.*

James no contó lo que sabía de ella y la serpiente.

Grudje escuchó, su cara gris mostraba paciencia meramente cortés. Cuando se terminó el cuento, él asintió con la cabeza y respiró hondo. —Sr. Celador, —dijo, volviendo a su escritorio. —Por favor, escolte a los estudiantes de Alma Aleron a su armario. Luego, acompañe a los otros tres a su oficina. Confío en que implementará su disciplina como mejor le parezca.

El rostro de Filch se arrugó en una sonrisa tensa. —Sí, señor. Gracias Señor.

—Pero espere un minuto, —Scorpius intervino, con su frente ceñuda. —¿No va a hacer nada con lo que vimos? ¡Alguien entró en la escuela y casi secuestró una estudiante!

—Sr. Malfoy, —respondió sin problemas Grudje, sentándose ruidosamente detrás de su escritorio. —Le aseguro que todos estamos bastante protegidos. Lo animaría a estar más preocupado por su disciplina.

—¡Todos lo vimos! —James insistió, acercándose a la mesa de Grudje. —¡No puede ignorarlo simplemente!

El director se volvió hacia Filch, —Dígame, Sr. Celador, ¿ha visto esta figura misteriosa?

La sonrisa de Filch se ceñía en una mueca más apretada. —No, Director. Desde luego que no.

Grudje asintió con la cabeza. —Muy bien. ¿Y usted, por casualidad, encontró alguna evidencia de una irrupción?

—Ninguna aparte de las puertas desbloqueadas del Gran Comedor, señor, —respondió Filch, alzando la barbilla. —Sin duda obra de estos dos invasores.

—Ahí lo tiene, —Grudje gesticuló hacia Filch. —Parece que no era en realidad una irrupción. Afortunadamente, los autores han sido capturados con bastante facilidad por nuestro incansable cuidador. No veo más motivos de preocupación.

Lily dio un paso adelante, uniéndose a su hermano enfrente del escritorio. —¡Pero ella trató de llevarme! ¡Ella estaba hecha de agua! ¡Si no hubiera sido por esa serpiente gigante...!

Por primera vez, el rostro de Grudje mostró emoción; James vio que subía la ira en los ojos del director, blanqueando sus mejillas ya pálidas. —Señorita Potter, —dijo con frialdad, en voz baja, —Estoy decepcionado al ver que ha adoptado la afición de su hermano por la búsqueda de atención a través de historias elaboradas. O quizá ¿usted es simplemente una cómplice y esto es toda idea suya? Francamente, creo que cualquiera de las opciones es desagradable en extremo.

James se quedó mirando al director en estado de shock. —Pero... ¡no hicimos nada de eso allá arriba! —exclamó. —¡Todos lo vimos! ¿Por qué habríamos de inventar algo tan horrible?

—¿Por qué, en verdad? —Grudje estuvo de acuerdo. —Sospecho que es un rasgo de familia, transmitida de padres a hijos. Y ahora, por desgracia, a la hija también. Esto, como posiblemente sabe, es lo que el celador implementará como castigo. No es solo por escabullirse fuera de horario. Bajo mandatos anteriores, sus extravagantes historias le permitieron echar raíces para fomentar el miedo y el pánico, todo para que pueda tener algún sentido de importancia. Usted desea la fama, Sr. Potter, al igual que su padre. Él tenía su basilisco; usted tiene su misteriosa serpiente gigante. Él tenía su Lord Voldemort. Usted tiene su Dama del Lago. —él arqueó las cejas cuando la cara de James palideció. —Sí, señor Potter, sé de las historias que han contado a raíz de los acontecimientos del verano pasado. Beneficiándose de la muerte accidental e infortunada de su propia prima. Otros pueden tolerar sus salvajes cuentos, calificándolos de engaño o de escándalo, pero conozco a un verdadero mentiroso cuando me encuentro con uno, señor Potter. Usted, me temo, está más allá de la esperanza. Su hermana menor, sin embargo... puede no estar tan perdida.

Grudje volvió a Filch nuevamente. —Un cambio de planes, Sr. Celador, — anunció. —No castigue al señor Potter, después de todo. No tiene sentido, como se puede ver. Es imposible educarlo. Más bien, añada su castigo a su hermana y asegúrese de que él lo vea. Tal vez todavía ella pueda aprender a no emular sus errores, y él pueda entender las consecuencias de la participación de ella en ellos.

La mano de Lily de repente se apoderó de la de James, apretando tan fuerte que él podía sentir el temblor.

—¡Usted no puede hacer eso! —exclamó James, exactamente en el mismo momento en que Zane proclamó lo mismo.

—Les aseguro que puedo, —dijo Grudje, con una nota de petulancia arrastrada en su voz cuando los despidió.

Filch comenzó a arrear a los estudiantes hacia la puerta, con una sonrisa tensa y todavía despiadada grabada en su rostro. James negó con la cabeza, negándose a ir. Se acercó directamente a la mesa del director y se apoyó en ella con las dos manos.

—Le diré a mi padre, —dijo con furia.

Grudje lo miró, con las cejas inquisitivamente en aumento. —¿Lo hará? —él respondió pensativo. —Sí, tal vez debería. El viejo Potter realmente no estaría para nada contento con estos eventos. Y sin embargo, podría interesarle saber que, como tutor de los estudiantes de esta escuela, tanto su madre como su padre, legalmente me han concedido la libertad para mantener el orden como lo vea conveniente. Esto incluye acciones disciplinarias. En resumen, no sólo estoy actuando en nombre de la Escuela de Hogwarts de Magia y Hechicería, sino también por cuenta de sus padres. De hecho, ellos pueden decidir que no pueden apoyar mis métodos, pero eso sería colocarlos en violación de nuestro acuerdo, y que, me temo, se requiere necesariamente su retiro de esta escuela. ¿Tal vez usted prefiere eso?

La cara de James ardía de ira y confusión. ¿Estaba el director diciendo la verdad? ¿Habían hecho sus padres un acuerdo con Hogwarts para apoyar cualquier disciplina que el director repartiera? ¿Podría, James, darse de verdad el lujo de ser expulsado de Hogwarts mientras había tantas cosas dudosas y peligrosas ocurriendo?

Grudje pareció sentir lo que estaba pensando James y se permitió una pequeña sonrisa. —Venga, Señor Potter, —le hizo una seña con suavidad. —Puedo encender el fuego en mi chimenea. Podemos contactar a su padre inmediatamente. Seguramente él está despierto a estas alturas, ¿preparándose para su oh-tan-importante trabajo como Jefe de Aurores? Porque, con un poco de suerte usted puede que regrese con comodidad a su hogar en Marble Arch esta misma noche. ¿Vamos, señor Potter? No dejemos a los demás esperando.

James se quedó congelado por la indecisión. Junto a él, Lily tembló. Ella se inclinó hacia él y le susurró, —Por favor, no lo hagas James. ¡No podemos dejar a Hogwarts! Yo... yo puedo manejar esto.

James la miró sorprendido. Podía ver que lo decía en serio. Suspiró con profunda reticencia.

—No, —respondió finalmente.

—¿Perdón? —Grudje alzó la voz. —Perdóneme. Mi oído no es lo que solía ser.

—Dije no, —James repitió miserablemente, de pie fuera de la mesa del director.

Grudje asintió con gravedad. —Ya veo. Bien, entonces. Sr. Celador, el día comenzó. Si se da prisa, puede impartir sus disciplinas antes de que comiencen las clases. No tiene sentido posponer lo inevitable.

Scorpius negó con la cabeza. —Pero hemos estado despiertos toda la noche, —dijo desesperadamente. —Y es el desayuno. ¿No son las detenciones programadas habitualmente para más tarde?

Grudje chasqueó la lengua a la ligera. —Me temo que debió haber pensado en eso antes de tomar la imprudente decisión de participar en la mentira y el libertinaje. Pero no tema, Sr. Malfoy, —el director sonrió benignamente. —¡Usted está construyendo su carácter! Al igual que la joven Señorita Potter, todavía puede haber esperanza para usted también. Elija mejor a sus amigos, joven, y esperemos que nuestra próxima reunión sea en circunstancias más felices.

Desesperadamente, James volvió a moverse para recoger la Capa de Invisibilidad de la esquina del escritorio de Grudje. El director se movió con rapidez y agilidad, fijando la Capa a la mesa con su varita.

—Creo que voy a guardar esto por un tiempo, —Grudje reprendió suavemente. —Después de todo, presenta una irresistible tentación para alguien de su personalidad. ¿No es así, señor Potter?

James podía oír la sonrisa en la voz del director. Se negó a mirarlo. Después de una pausa larga y miserable, liberó la Capa, dejándola en la esquina de la mesa.

—Vamos, mis mascotas, —Filch instó alegremente. —El director tiene razón. El día ya empezó y tenemos mucho que hacer. Oh, sí, —asintió entusiasmado con sus ojos pequeños y brillantes. —Mucho que hacer *de hecho*.

Cuando Filch los empujó hacia la puerta, James miró a un lado a la colección de retratos de los ex directores. Merlín estaba colgado cerca de la puerta, aún

muerto como la madera, con sus ojos mirando como monedas. Junto a este, Severus Snape miraba fríamente, sus ojos negros imperiosos y petulantes.

Junto a él, sin embargo, estaba el retrato de Albus Dumbledore colgado en blanco, oscuro y visiblemente vacío.



Filch murmuró para sí mismo mientras conducía a James, Lily y Scorpius abajo, escalera tras escalera, a su oficina en las profundidades de las mazmorras laberínticas. La señora Norris se adelantó, con su cola espesa en alto, maullando con impaciencia.

Nastasia y Zane se habían ido de vuelta a Alma Aleron a través de los armarios en el Gran Comedor. Filch no se había detenido ni siquiera para permitir que los tres restantes mordisquearan un pedazo de pan tostado de los platos que cubrían las mesas de las casas. Muy pocos estudiantes estaban tan temprano, pero los que sí, observaban con caras pálidas y ojos muy abiertos cuando Filch condujo a los tres de nuevo hacia la puerta, sonriendo apenas, con su bastón golpeando con fuerza en el suelo de piedra.

—Aquí estamos, —dijo con cordialidad fingida, sacudiendo un enorme llavero. Este tintineó como un cascabel cuando introdujo la gran llave en el agujero y la giró. La puerta se abrió y Filch le dio un empujón impaciente, golpeando contra una línea de antiguos archivadores de madera. Mostró los dientes a James y levantó el brazo dando la bienvenida. —Después de ti, mi mascota.

James tomó una respiración profunda y temblorosa y llevó a Lily a la habitación, con Scorpius siguiendo de cerca. La oficina de Filch era bastante pequeña, casi insoportablemente sofocante, y, obviamente, poco acostumbrada a

los visitantes. En el centro de la habitación se encontraba un alto escritorio, con cada pulgada de su superficie cubierta de capas y capas de pergaminos, periódicos, revistas baratas, tazas y copas en desuso, botellas, plumas andrajosas, tinteros secos, y, variados e indescifrables cachivaches. Otra pila de cosas se apoyaba en la pared detrás de la mesa, llegando casi hasta el techo y luciendo bastante precario para caer con el más mínimo aliento. Sólo había un suficiente espacio para que Filch rodeara su escritorio y alcanzara una silla desvencijada e inestable, la cual empujó a un lado. Sus ruedas chirriaron como ratas enojadas.

—¿Y bien? —preguntó, mirando a los tres severamente. —¡Siéntense! —hizo un gesto con una mano callosa hacia la hilera de rechonchos archivadores detrás de la puerta. Empujando cerca de ellos y medio enterrado en años de desorden, había un pequeño escritorio de aula de clase. Dos sillas de tamaño infantil estaban encajadas debajo de este.

—Tú no, —Filch gruñó mientras James se acercó al escritorio tentativamente. —Estarás parado. Justo allí. Y cierra la puerta rápidamente antes de que salga todo el calor. ¿Dónde están tus modales?

De mala gana, James cerró la puerta hasta que la cerradura hizo clic. Detrás de él, las diminutas sillas chirriaron cuando se sentaron Scorpius y Lily.

—Tengo lo justo para ustedes dos, —dijo Filch con un suspiro, como si hubiera estado esperando por años este momento. Con sorprendente delicadeza, se agachó y extendió una caja en medio de su escritorio. —Un gran hombre es el Director Grudje. Un gran hombre de verdad. Pero él no es el primer director de esta escuela que comprende verdaderamente la importancia de la disciplina. Había una vez una directora... una mujer de talentos sorprendentes y convicciones admirables...

Cuando Filch habló, sacó un par de plumas de la caja y las examinó críticamente. Las plumas lucían negras, enmarañadas y grasientas. Las boquillas estaban amarillentas por los años, teñidas de un color granate inquietante en sus puntas. Sin levantar la vista de las plumas, Filch rodeó el escritorio, acercándose a los estudiantes.

—En los buenos viejos tiempos, —dijo en voz baja, casi para sí mismo, — tuvimos aplastapulgares y colgaderos. Pensé que entendía el castigo. Pero la directora me mostró el *sutil* arte de la disciplina. A veces, la voz más suave es la que habla más fuerte. A veces, las líneas más ligeras cortan lo más profundo...

Filch suspiró desconsoladamente, perdido en la memoria. Por último, miró a los estudiantes de nuevo. —Tuve una imagen de esa directora por mucho tiempo, colgada allí justo al lado de mi escritorio. Tuve que quitarla. *Algunas* personas pensaron que era un poco... *impolítico*. Fue encarcelada en ese momento, después de todo, sin embargo, injustamente. Ella murió allí, en Azkaban.

Filch se quedó mirando al espacio vacío en la pared por un largo momento. James tuvo la sospecha inquietante que había lágrimas que brillaban en los ojos del anciano, el cual no hizo ningún esfuerzo para secarlas.

Finalmente, él sorbió enormemente, se volvió y levantó las plumas. —Pero de alguna manera ella vive. Estas fueron una vez de ella, las dejó atrás por su partida un poco brusca. Las reclamé, por supuesto, sabiendo que un día iban a resultar útiles una vez más. Aquí tienes, mi joven señorita... —con una rígida reverencia y una sonrisa humedecida por los ojos llorosos, le entregó una de las plumas delicadamente a Lily. Ella la tomó con gran inquietud, pellizcando su pluma entre el pulgar y el índice.

Filch asintió y a continuación, ofreció la segunda pluma a Scorpius. James sintió una sensación profunda de frío en el estómago, a pesar del calor de la habitación.

—Unas planas, mis mascotas, —Filch anunció, dando la espalda. Recogió su bastón el cual se apoyaba en la esquina, y luego apuntó hacia Scorpius y Lily, quienes se estremecieron. —*¡Exorier!* —soltó fervientemente. Con un destello, grandes hojas de pergamino en blanco se presentaron ante los estudiantes sentados.

Filch bajó el bastón con orgullo y se rascó la barbilla. —Vamos a ver. ¿Qué tal “Yo... no... me... asociaré... con... alborotadores? Sí, —asintió, entrecerrando los ojos a James. —Creo que hará muy bien. Unas cien repeticiones, por favor. Eso

significa *doscientas* para ti, mi mascota, ya que estás asumiendo la parte de tu hermano. Las clases de la mañana son apenas en una hora. Si no puedes terminar la tarea antes, entonces regresarás esta tarde por cien más.

Scorpius puso los ojos en blanco con irritación. —Bien, —suspiró. —¿Tinta, por favor?

—Oh, —Filch sonrió ampliamente. —No será necesario tinta. —de repente, un pensamiento pareció golpearlo. Él se acercó a Lily y un momento después, ella siseó de dolor y retiró la mano. Ella la miró con alarma. Un pequeño rasguño había aparecido en la suave piel del dorso de la mano, que ya brotaba sangre.

—No va a curar, —dijo Filch, sin dejar de sonreír alentador, —hasta que termines toda la línea.

—Mire, —James habló, dando un paso adelante para ubicarse entre Filch y Lily. —Yo soy el que hizo el mal. No ella. Debo ser el que haga las planas. ¡Ella sólo es de primer año!

—*¡Detente... y regresa!* —Filch ordenó, levantando su voz con un rugido ronco. Puso su mano sobre el pecho de James y lo empujó con firmeza hacia atrás. —Vas a estar allí y ver o duplicarás sus planas en este momento. ¿Entendido?

James sintió un impulso casi indiscutible de empujar lejos la mano del anciano. Él quería blandir su varita y maldecir a Filch justo en la cara. Sus manos se apretaron en duros puños al pensarlo. Detrás de Filch, Lily miraba con su cara enrojecida, sosteniendo su mano herida.

Filch se acercó más a James, bajando su cara. —Tuviste tu oportunidad de correr a donde tu papá, Potter, —él aspiró. —Ahora, tu única opción es someterte. ¿O tal vez estás pensando en un duelo? —levantó la barbilla sin afeitarse, con una sonrisa medio encrespada en las comisuras de la boca. —En el pasado, el pobre Squib Filch no habría podido ser un oponente. Pero ahora las cosas... han cambiado un poco, ¿no?

Golpeó su bastón amenazante en el suelo. Sin apartar los ojos de la cara de James, dio un paso hacia atrás, mirando.

—*¡Escribe!* —ordenó.

Lily saltó. Ella se inclinó sobre su pergamino, bajó la pluma nuevamente con temblor y con la mano sangrando, comenzó a escribir una vez más. James escuchó, aún con los puños temblando a los costados, como la pluma rasgaba el pergamino. Las palabras rojas de sangre, comenzaron a brillar con pulcra e inclinada caligrafía. Arañazos rojos, cavaron mágicamente en la pálida piel de la mano.

Cuando se terminó la línea, ella alejó la mano del papel. Al instante, los cortes sangrientos comenzaron a desaparecer de su piel, curándose cuando James observó. Ella exhaló temblorosamente, y luego levantó la vista hacia él.

—Todo está bien, —dijo en voz baja. —Es sólo por un rato.

—Silencio, —Filch ordenó al regresar a su escritorio y sentarse en la desvencijada silla. —Tienen 54 minutos. El reloj no se detiene.

Scorpius miró a James y a Lily, con su boca apretada en una pálida línea de rabia. Comenzó a escribir de forma rápida, como si el dolor fuera algo que estuviera acostumbrado a soportar.

Lily vio esto, le parecía atraerle la valentía, y se inclinó sobre su pergamino de nuevo. Dos plumas rayaban fuertemente en la pequeña oficina.

James observaba, con la ira hirviendo en el pecho, palpitando como un pulso en las esquinas de sus ojos. Apenas podía creer lo que estaba sucediendo. Filch siempre le había parecido más que un némesis vagamente cómico, nunca una amenaza real. Sólo ahora se dio cuenta James, de que la perversidad del anciano sólo se había mantenido a raya por su impotencia, y el buen juicio de sus superiores.

Esos días se habían ido aparentemente.

Por el momento, a James ya no le importaba si era expulsado de Hogwarts. La seguridad de su hermana había sido confiada a él, y a pesar de que él la había dejado entrar en este lío. Les contaría todo a sus padres, a primera hora, tan pronto como esta prueba terminara.

Y de algún modo, de alguna manera, Filch pagaría.



Capítulo 8

Frustrando a Grudje

A medida que el sol de la mañana del sábado quemaba el rocío en la niebla, James, Scorpius y Rose se abrieron paso a través de los jardines hacia la cabaña de Hagrid. El medio-gigante ya estaba fuera, silbando alegremente y serrando un pedazo de madera fresca.

—Pensé que podríamos sacar todo y reemplazar un par de vigas retorcidas ya que estamos en esto —dijo, palmoteando a James en la espalda en señal de saludo, mientras que la sierra continuaba por sí sola, votando aserrín en la hierba mojada. —Veo que cumpliste tu palabra, trajiste algunos ayudantes adicionales. Buenos días Rosie, Sr. Malfoy.

Como siempre, la voz de Hagrid se enfrió un poco al dirigirse a Scorpius. James sabía, que algunas cosas eran más difíciles de olvidar que otras, y era de conocimiento común que el ya muerto abuelo de Scorpius, Lucius, había arreglado que Hagrid fuera enviado a Azkaban por un tiempo. A pesar de esto, dentro de unos quince minutos, la naturaleza alegre y de buen humor de Hagrid se apoderó y pronto estuvo levantando al chico rubio hacia el techo mostrándole las tejas rotas.

—Muy bien, Sr. Malfoy —asintió alentadoramente. —Tiene buen ojo con los detalles. No se habría podido hacer esto más derecho ni con una regla, apostaría.

Scorpius asintió a medias, pero James se dio cuenta de que estaba satisfecho de sí mismo.

A media mañana el sol se había puesto en lo más alto como un diamante duro, calentando el aire de fines de otoño y revelando una sección casi completa del techo, las tejas nuevas se veían rosas contra el gris descolorido del resto. El olor del aserrín flotaba en el aire de la cabaña, mezclándose con el crepitar de fuego y el vapor de té negro.

—Vuelo de media noche —Hagrid sacudió su enorme cabeza, sonriendo mientras se servía. —Suena como algo que tu papá hubiera hecho, lo reconozco. Aunque nunca hubiese tenido el descaro de estrellarse contra mi techo.

Dejó caer pesadamente el té sobre la mesa con una sonrisa.

Scorpius cogió una taza. —Los Potter ciertamente parecen tener un don para los problemas —dijo enfáticamente, arqueando una ceja a James. —Y arrastrar a otras personas además.

Rose miró seriamente su taza, moviendo el té de lado a lado. —Hagrid —dijo de repente —¿Qué piensas de que al Sr. Filch se le hayan otorgado poderes mágicos?

Hagrid miró, sorprendido. —¿Poderes mágicos? —repitió, sonriendo confundido. —No te refieres al Sr. Filch. ¿Por qué? él es un... bueno... tú sabes, es un... —hizo una pausa, con el ceño trabajando furiosamente, tratando de luchar

contra la inercia de la boca. —Él es... el cuidador, el Sr. Filch es, ¿Para qué necesitaría magia él?

—Todo el mundo sabe que es un Squib, Hagrid —dijo Scorpius poniendo los ojos en blanco. —Pero el director le dio un bastón mágico. Utiliza la propia magia de Grudje, de alguna manera. Y Filch está un poco loco con esto.

—Bueeeno —dijo Hagrid, aliviado cayendo en una silla, con una taza y un plato equilibrado en su enorme mano. —Supongo que no hay nada de malo con eso. Yo he incursionado un poco en magia ilegal cuando se supone que no debía. Tengo mi varita hecha un paraguas solo para mantenerlo en secreto. El antiguo director Dumbledore sabía acerca de esto, por supuesto. Nunca pude ocultarle nada. Aún la uso en estos días, a pesar de que no he necesitado ocultarla más. —asintió con la cabeza hacia el paraguas de color rosa que estaba apoyado junto a la puerta.

—Lo sabemos —dijo Rose, sonriendo ligeramente. El paraguas de color rosa era bastante difícil de pasar por alto. —Pero aún. Incluso cuando Dumbledore permitió que utilizaras tu paraguas mágico, nunca le dio a Filch poderes mágicos, ¿verdad? Nunca pensé que eso era posible. ¿Crees que Grudje sólo sea un mejor mago?

Hagrid miró tan bruscamente a Rose que derramó su té en el plato. —Albus Dumbledore fue probablemente el mejor mago de todos los tiempos. Deberían saber que él daría poderes a un nogal si quisiera. No hay ningún mago vivo que pudiera haberlo hecho mejor que Albus Dumbledore. Caray, ¡Él debe haber inventado la mitad de los hechizos en sus libros de texto!

—Por supuesto —respondió Rose rápidamente. —Tienes razón. Entonces, ¿Por qué crees que nunca compartió sus poderes con el Sr. Filch? ¿Y sí lo hizo el director Grudje?

Hagrid se acomodó en su silla con un largo crujido. —Los directores son diferentes, eso es todo. Eso no significa que el Sr. Grudje esté mal. Sólo significa que hace las cosas a su manera. No necesitan preocuparse mucho al respecto, créanme. No cometan los mismos errores que cometieron sus padres. ¡Y no solo

una vez, no! Ellos siempre estuvieron dudando de los poderes fácticos. Vinieron a mí con historias salvajes acerca de cómo el Profesor Snape quería perjudicarlos y como el Director Dumbledore era tonto por confiar en él. Si supieran la mitad de cosas que yo supe...

—¿Te refieres a la mitad que accidentalmente les contaste? —murmuró James con una sonrisa.

—Exageraciones —proclamó Hagrid con un movimiento de su mano. — Deben haber leído muchas historias de la Profesora Revalvier. Porque, si ella estuvo aquí y no de vacaciones, aun así admitió la mayoría de lo que fue solo para mantener interesante la historia. —empujó hacia atrás su silla y suspiró con nostalgia. —Pero es verdad que las cosas eran muy diferentes en aquellos días, y eso es principalmente por el Director Dumbledore. Él era un gran hombre, y no permitas que nadie te diga lo contrario alguna vez.

James se encontró pensando incómodamente en el Profesor Avior. Se le ocurrió que su padre, Harry, no sería la única persona que podría trastornarse por la existencia de un dudoso doble misterioso de Albus Dumbledore.

—Cuéntanos acerca de él, Hagrid —dijo. —¿Acaso el Director Dumbledore tenía algún, eh, secreto? Tú podrías saberlo mejor que nadie, ¿verdad?

James casi esperaba que Hagrid se irritara ante la pregunta, pero el enorme hombre simplemente se encogió de hombros y miró por la ventana. —Todo el mundo tiene secretos, creo —dijo. —Y el mayor de nosotros tenía los más grandes secretos. Nunca me enorgullecieron, por supuesto, pero les puedo decir esto: todas esas historias que se han contado sobre Dumbledore desde su muerte (especialmente la basura escrita por esa horrible Rita Skeeter), todo es basura simplemente. Puede que haya tenido sus secretos, y puede que haya hecho cosas que lamentara en su juventud. Pero todo eso era nada en comparación con todo lo que hizo en general. Porque, cuando era aún joven se batió a duelo y derrotó al infame Gellert Grindelwald, que había sido su mejor amigo hasta que Grindelwald se volvió oscuro y vicioso. Para eso se necesita más que poder, mente. Para eso se necesita carácter, ¡Luchar con quien fue como tu hermano alguna vez!

Hagrid se quedó en silencio y miró fijamente a la ventana. El fuego crepitaba alegremente. Trife resopló y se extendió en los pies de Hagrid. En el exterior, las voces sonaban a la distancia, disfrutando el inusual calor del sábado por la mañana.

—Un gran hombre —dijo de nuevo Hagrid, sacudiendo la cabeza como si rompiese un trance. Tomó un sorbo de té. —Ustedes saben, hay de esos que no creyeron las noticias cuando él murió. Dijeron que era imposible, sobre todo por la forma que pasó. Tonto, por supuesto, pero ese era el tipo de leyenda que Albus Dumbledore era.

—Incluso en su funeral, hubo quienes se negaron a creer que todo había terminado, se negaron a admitir que había algún cuerpo en la cripta. Que debía ser un truco o un error, o algún tipo de elaborado plan. Hasta hoy... —hizo una pausa y estudió los restos en su taza de té. En voz baja, continuó —Incluso hoy en día, hay personas que creen que Albus Dumbledore aún anda por ahí, esperando, observando, simplemente aguardando su momento, trabajando en algún último plan maestro. Y cuando sea el momento correcto, cuando sea preciso... aparecerá de nuevo —asintió con la cabeza y suspiró enormemente. —Aparecerá nuevamente y hará que todo sea como debe ser.

Se sacudió una vez más y miró a los estudiantes sentados en su mesa. —Pero son solo tonterías, por supuesto. Hasta los grandes hombres mueren. Espero que todos lo sepamos ahora. Mueren, y luego... no vuelven.

James asintió lentamente, con énfasis. Él lo sabía. Lo sabía muy bien.



En el desayuno del jueves siguiente, al abrirse la primera ventana congelada y alimentarse el fuego del Gran Comedor a la capacidad de protegerse del frío arrastrado, Nobby regresó. Aterrizó torpemente sobre la mesa, casi tropezando en el plato de James, luciendo inusualmente desaliñada y agotada.

—Debe haber sido de algún viaje —comentó Rose con sorpresa, dejando su jugo de calabaza.

James cogió la pierna de Nobby y comenzó a desatar el paquete de cartas adjuntas ahí. —Es cuestión de tiempo, también. Tengo una gran carta lista para enviar de vuelta. Espera que Mamá y Papá sepan que es lo que está ocurriendo aquí.

Desató las cartas de la pierna de Nobby y luego hizo una pausa, frunciendo el ceño hacia estas en sus manos.

—¿Qué? —preguntó Ralph en voz baja. —Deberíamos esperar a leerlas más tarde, ¿no crees?

—No tiene sentido —murmuró Scorpius, acercándose a James y mirando las cartas. —Miren.

Tomó las cartas de James y las levantó. Lily, Rose y Ralph se acercaron.

—¡Esas son *nuestras* cartas! —siseó Rose sorprendida. Miró a su alrededor a los otros, con cara alarmada. —¡Las que enviamos a mis padres y Tío Harry! ¡Volvieron sin ser abiertas! ¿Qué está pasando aquí?

James se volvió para mirar a la mesa principal. El Director Grudje estaba sentado en el centro, sin comer ni beber, como de costumbre. Fue difícil para James percatarse desde tan lejos (especialmente sin sus gafas), pero el director parecía estar casi viéndolo. Después de un momento, el viejo mago gris se paró y golpeó su copa vacía con su varita, llamando la atención. El murmullo de voces se apagó a medida que todo el mundo se daba vuelta hacia la mesa principal.

—Algunos de ustedes habrán notado —anunció Grudje con calma, su voz profunda resonaba a través de la sala —que ha habido algunos cambios con respecto al correo escolar. Debido a las tensiones actuales impuestas al Voto de

Secreto, se han implementado medidas externas para garantizar la seguridad continua del mundo mágico. Por el momento, ningún correo entrante o saliente no autorizado será permitido sin el consentimiento y aprobación de los oficiales de la escuela.

Una ola de susurros ondulaba sobre la habitación ante este increíble giro de los acontecimientos. Rose miró a los ojos a James con creciente malestar.

—Cálmense, estudiantes —continuó Grudje, elevando su voz. —No hay razón para preocuparse. Si necesitan contactar a sus familias, pueden hacerlo cuando quieran. Simplemente deberán requerirlo conmigo, o si prefieren, con el Profesor Votary. Si aprobamos su correspondencia, será enviada sin retrasos a través de una flota de lechuzas especialmente encantadas recientemente por nosotros. Por desgracia, sus propias lechuzas, y las que están en la lechucería, simplemente darían vueltas a la escuela, incapaz de romper los límites temporales.

James alcanzó a golpear la desaliñada espalda de Nobby. —Lo siento, amigo —susurró. —No sabía a lo que te estaba enviando.

—No pueden hacer esto —susurró Rose con estridencia. —Es... no es legal.

Scorpius frunció el ceño hacia la mesa principal. —Esta no es una nueva regla —murmuró. —Apostaría que los límites están hace semanas. Acaba de decirnos ahora porque la gente está empezando a hacer preguntas.

— Pero, ¿Por qué? —sacudió la cabeza Ralph. —¿Realmente están preocupados que todo el mundo mágico sea develado por un ave perdida?

James negó con la cabeza. —Tipos como Grudje no se preocupan por la seguridad del mundo mágico. Ellos se preocupan del poder. Él está suspendiendo el correo porque puede.

—O tal vez —dijo Lily en voz muy baja —¿Sólo está tratando de guardar sus secretos?

Scorpius miró a Lily bruscamente. —¿Sugieres que Grudje ha suspendido el correo solo para evitar que le contemos a nuestros padres?

James se estremeció. El pensamiento era casi demasiado escalofriante para considerarlo. Junto a él, Lily se encogió de hombros lentamente.

Esa misma tarde, Rose y James atraparon al Profesor Votary fuera de su oficina.

—Sí, estudiantes —dijo, acercando su enorme bolsa cubierta de placas hacia el pecho y bloqueando la puerta de la oficina con un toque de su varita.

—Queríamos preguntarle por el correo, señor —dijo Rose, bloqueando el paso al pequeño y gordo mago. —Tenemos algunas cartas que nos fueron devueltas. Esperábamos, quizás, que usted podría...

—Solo estamparlas —añadió James rápidamente. —O lo que usted necesite hacer para, usted sabe, enviarlas.

—Una medida necesaria, supongo —suspiró bruscamente Votary. — Personalmente, creo que unas lechuzas callejeras, filtradas estratégicamente en el mundo muggle, sería una excelente manera de darles la noticia suavemente. ¡Estrategia y moderación es lo que pidieron! Nada como el fiasco que ocurrió al otro lado del charco. Sin embargo, la marcha hacia el progreso va siempre cuesta arriba, y la igualdad es un huevo que es mejor romperlo lentamente. —parecía estar analizando esta analogía críticamente mientras caminaba, luego sacudió la cabeza. —Como sea, el director está en lo correcto, muy bien de hecho. No se puede permitir que las cosas se escapen de las manos. Se debe manejar con delicadeza. ¡Entonces! ¿Dónde están sus cartas?

Rose miró rápidamente hacia el profesor, y luego a James. —Nosotros, eh, no las tenemos aquí. Sólo preguntábamos... ¿Qué haría falta?

—Dieron a entender que tenían prisa —Votary frunció el ceño mientras doblaban una esquina. —Tráiganlas y voy a inspeccionarlas para luego enviarlas. No es como si haya una cola enorme en este momento.

—Están en nuestros dormitorios —respondió James sin convicción. —Pero, eh, ¿Usted necesita inspeccionarlas?

Votary asintió enérgicamente. —¡Por supuesto! Esa es la intención. Solamente una formalidad, se lo aseguro —explicó. —Aborrezco cualquier violación de la privacidad, por supuesto, pero tiempos desesperados requieren medidas desesperadas y todo eso. El director quiere asegurarse que no haya objetos excesivamente incriminatorios o comentarios que caigan en manos equivocadas. Sensible, aunque un poco, bueno, totalitario. Paz a cualquier precio, ¿eh? —levantó su bolsa e inclinó la cabeza hacia una medalla prominente en un extremo: ¡PAZ A CUALQUIER COSTO! Brillaba en letras rojas.

James asintió sin entusiasmo.

Rose habló. —Las llevaremos a su clase mañana. ¿Verdad, James?

—Seguro —murmuró James.

Votary frunció el ceño ante ellos vagamente. —Bueno, eso estará bien, supongo. Buenas noches entonces, Srta. Weasley, Sr. Potter.

Esperaron a que el profesor caminara para doblar una esquina. Luego, sin una palabra, corrieron por las escaleras y salieron por la puerta del vestíbulo.

El cielo estaba bajo y acerado, lleno de nubes y aparentemente llenas con lluvia helada. Viento corría a través del lago, arrugando su superficie a lo largo, de color hierro. Las olas resonaban contra el muelle, lanzando niebla sobre Scorpius, Lily y Ralph que estaban esperando, sus hombros encorvados bajo grandes capas.

—¿Alguna noticia de Zane y Nastasia? —preguntó James mientras él y Rose se apresuraban para unírseles.

—Me puse en contacto con Zane a través del Espejo —dijo Ralph. —Estarán con nosotros en los próximos minutos. El Club de Comunicación Experimental se reúne la madrugada de hoy en algún lugar súper-secreto por lo que consiguieron un permiso especial para acompañarnos.

James ladeó la cabeza con curiosidad. —¿No podían reunirse con nosotros fuera del armario de Alma Aleron cuando lleguemos?

Ralph se encogió de hombros y arrojó un trozo de pan duro en las olas. Un largo tentáculo rosáceo salió a la superficie, tomando el pan y luego tirándolo hacia abajo. —Zane estaba raro cuando hablé con él, como si tuviera miedo de decir mucho o algo así. El Rector Franklyn iba a prohibirles a ambos salir de la escuela para siempre, pero el líder de la casa de Zane lo convenció de tomárselo con calma.

—El buen Profesor Cloverhoof —suspiró James. —A veces creo que es lo realmente bueno de ser Zombi.

—A veces no —dijo una voz desde atrás. James miró hacia atrás para ver a Zane que venía hacia ellos caminando por el muelle, Nastasia venía detrás. —Escabullirse es casi la principal virtud Zombi —continuó el chico rubio. —Aun así, el monstruito tuvo que aplicar todos los trucos en el antiguo manual Zombi para sacarnos de esa.

—Yo era una pobre transeúnte inocente —añadió Nastasia, batiendo sus ojos mansamente. —Nosotros, los Duendes no nos gusta mucho jugar esa carta, pero funciona en un apuro. Conseguí una severa conversación con Mama Newt y una semana limpiando calderos, pero meh. —se encogió de hombros y miró por encima de las olas agitadas. James trató de mirarla a los ojos. Desde que ella había prometido contarle su secreto serpenteante no habían tenido un momento a solas. Esperaba poder abordarla después de la conversación de hoy.

—Entonces, ¿Qué está pasando con Comunicación Experimental? —preguntó Ralph a Zane con curiosidad. —¿Por qué tenían que reunirse con nosotros aquí?

Zane miró a su alrededor furtivamente. —Algo ultra secreto. Necesitan saber solo lo básico. Les diría, pero tendría que matarlos.

—Está bien, está bien —dijo James, poniendo los ojos en blanco.

—Están leyendo nuestro correo —dijo Rose, yendo directamente al grano.

—¿Lo están leyendo? —repitió Zane. —No pueden hacer eso, ¿o sí?

La frente de James se ensombreció. —Los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas —dijo, citando al Profesor Votary. —¡La paz a cualquier precio! ¡Bah! Votary lo está haciendo porque es una víctima, pero Grudje

definitivamente está cortando las comunicaciones para sus propias razones. Quizás Lily esté en lo correcto y él está tratando de mantenernos lejos de nuestros padres.

Zane inclinó su cabeza considerándolo. —Podría llevar sus cartas de vuelta a Aleron y enviarlas desde ahí, supongo.

—Ya pensamos en eso —Scorpius negó con la cabeza. —Las lechuzas no cruzan océanos, ¿recuerdas?

—Utilizamos palomas —corrigió Nastasia con altivez. —Ellas cruzan océanos totalmente.

James se dejó caer en la orilla del muelle entre Lily y Ralph mientras los otros se juntaban alrededor. —Es una buena idea, pero tomaría demasiado tiempo. Necesitamos una forma de ponernos en contacto con mis padres... y Tíos Ron y Hermione —añadió, señalando a Rose, —de inmediato. Cuanto más esperemos, las cosas se pondrán más espeluznantes.

—¡Filch está abusando totalmente de su magia! —interrumpió Lily, volviéndose hacia Zane. —Él es un matón Squib con una gran varita antigua ahora, ¡Gracias a Grudje! ¡Los tiene a todos asustados ahora que puede atraparlos y castigarlos cuando él quiera! —se frotó la mano inconscientemente donde un rojo furioso todavía formaba un garabato en su piel.

—Filch recargado son realmente malas noticias —Zane silbó temeroso. —¿A quién más le ha dejado caer el martillo?

Ralph se movió. —¿Quién sabe? Es una nueva regla que nadie discute su castigo. —dijo, endureciendo su voz. —Se supone que es algo privado, pero hace que todos imaginen cosas. Y ahí está Filch, siempre vagando por las salas, sólo buscando razones para aplicar sus temidas detenciones, golpeando su bastón por todos lados para que nadie olvide lo que puede hacer.

—Toda la escuela lo está sintiendo —agregó James.

Hubo una pausa mientras el viento pasaba sobre el muelle, golpeando las olas contra sus pilotes. Cuando se cayó, Lily habló, cambiando de tema. —Me he estado preguntando algo.

—¿Qué cosa? —preguntó Rose, mirando a un lado.

—Cuando esa horrible mujer acuosa apareció... —dijo Lily, pensativa, sin dejar de mirar las olas. —Justo antes de que ella me agarrara, ella golpeó a Peeves. ¿Recuerdan?

Scorpius asintió. —Se lo merece el pequeño diablillo.

Lily miró a su alrededor, dirigiéndose a todos a la vez. —¿Alguien ha visto a Peeves desde entonces?

James frunció el ceño, pensando mucho. Echó un vistazo a Ralph, y luego al resto. —No, no puedo decir que lo he visto, en realidad. ¿Alguno de ustedes sí?

Scorpius y Ralph negaron con la cabeza.

—Yo tampoco —admitió Rose. —¿Crees que sea realmente posible? ¿Podría esa mujer acuosa realmente...?

—No puedes matar a un Poltergeist —dijo Nastasia con total naturalidad. —No están técnicamente vivos, para empezar.

Lily miró con seriedad al resto. —De cualquier forma, Peeves parece haberse ido. Si realmente fue, de alguna manera, aniquilado por esa cosa...

—Eso prueba que algo realmente pasó —asintió James. —Ya no es solo nuestra palabra.

—Pero —Zane negó con la cabeza firmemente —¿quién... o qué... era esa mujer? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo llegó a Hogwarts?

James miró con incredulidad a Zane. —Era la Dama del Lago —dijo. —Ella viaja a través del agua. ¡Lo he visto! Puede viajar a través de tuberías, lagos e incluso océanos. Mientras haya un grifo, ella puede entrar.

Rose fruncía el ceño mientras James hablaba. Por último, dijo —¿Estás completamente seguro de eso, James?

—Tanto como puedo estarlo —admitió James. —Nunca vi su cara realmente. Pero tiene sentido. ¿No crees?

Rose se encogió de hombros con nerviosismo. —Quizás, supongo.

Ralph la miró. —¿Tienes otra idea, Rose?

Se encogió de hombros de nuevo, sin mirarle a los ojos.

Scorpius puso los ojos en blanco. —Oh, dejémonos de rodeos. Todos estamos pensando lo mismo.

—¿Qué? —exigió James, su cara se enrojecía.

—Piénsalo por un momento, Potter —le indicó Scorpius. —La mujer de agua llamó a Lily por su nombre. Dijo que la extrañaba. Y luego trató de huir con ella. ¿No te recuerda a algo?

James sacudió la cabeza obstinadamente. —¡No! No tengo la menor idea de lo que estás diciendo...

—Petra —respondió Lily en voz baja, dándose cuenta.

James miró a su hermana, sin palabras. Sus ojos estaban muy abiertos y reflexivos, casi extrañamente tranquilos. Finalmente, ella lo miró. —Petra me tomó una vez antes. ¿Recuerdas? Ella me sacó mágicamente de la audiencia de la obra durante tu segundo año. Me iba a sacrificar en la Cámara de los Secretos, todo para traer de vuelta a su Mamá y a su Papá.

—Lily, esa no fue realmente Petra —insistió James nerviosamente. —Ella estaba bajo la influencia de la última hebra de Voldemort en su alma. ¡Pero se defendió! Se sobrepuso y te salvó al final.

—Tal vez se arrepintió ahora —respondió Lily. —Tal vez quiere otra oportunidad.

—*No fue Petra* —dijo James, alzando la voz. Repentinamente, para contrarrestar su argumento, un recuerdo inundó su mente: la voz misteriosa de una mujer lo había llamado desde la oscuridad la primera noche. Su padre,

mirando desde el Mapa del Merodeador, había sido testigo de la confrontación. *Era Petra, hijo, él había dicho, Petra Morganstern...*

—La herencia de Petra —admitió Ralph en voz. —Se pudo haber sobrepuesto a la voz de Voldemort en su cabeza una vez, pero eso no desaparecerá. Estará con ella por siempre. Quizás, probablemente... —se encogió de hombros, sin ganas de continuar.

—Y ella es poderosa —añadió Zane con gravedad. —Ella e Izzy. Juntas eran de alguna manera más poderosas que Merlín. Él no pudo detenerlas.

James sintió que estaba cayendo en las profundidades del lago debajo de él. La frialdad se filtraba hacia él por todas partes. —Hermanas Parcas —dijo para sí, pensando en aquella horrible noche. —Así las llamó. La Dama del Lago, Judith... las llamó a Petra e Izzy... sus Hermanas Parcas.

—¿Quieres decir, —preguntó Rose tentativamente —que tal vez sean solo una y la misma?

—Eso no tiene ningún sentido en absoluto —dijo Ralph, sacudiendo la cabeza.

Pero James no estaba tan seguro. De repente, sintió menos seguridad de la que había sentido en su vida.

—Nada de esto cambia algo —dijo Zane con firmeza. —Nuestra primera tarea aun es contactar a tus padres de alguna forma, obtener su ayuda para sortear esto.

—¿No tienes otro primo aquí? —elevó la voz Nastasia. —Quizás podrías usarlo como una mula de alguna forma, encubrir un mensaje secreto cuando él escriba a casa. No despertaría ninguna sospecha, ¿verdad?

—Louis es sin duda una mula —murmuró Rose. —Y él es tan sospechoso como un Gusarajo. Pero aún hay una pequeña posibilidad de meter una nota cuando hayan inspeccionado su carta. Necesitamos algo para asegurarnos de que es posible.

James de repente se sentó mientras una idea se le ocurría. —Algo que nos asegure que pueda funcionar —repitió, entrecerrando los ojos. —Algo que no pueda ser interceptado...

—¿Estás haciendo una lluvia de ideas, James? —preguntó Zane.

—Podría ser —asintió James. —Pero será arriesgado. Especialmente con Filch suelto. Y necesitaremos ayuda.

Scorpius ladeó la cabeza con escepticismo. —¿Ayuda de quién?

James lo miró, sus pensamientos corrían. —De toda la Liga Nocturna de Quidditch.

—Oh —Scorpius se encogió de hombros con sarcasmo. —Solo eso. Lo conseguiré ahora mismo. ¿Sabes que Longbottom nos suspendió por completo, verdad?

—Rose, Ralph y yo hablaremos con el Profesor Longbottom —replicó James. —No puede estar de acuerdo con Grudje y sus nuevas reglas.

Rose entrecerró los ojos. —¿Vas a decirnos tu idea?

James negó con la cabeza. —Déjame trabajar en los detalles. Scorpius, ve si puedes reunir a todos los equipos en la cancha a medianoche. Diles que es para socavar a Filch y Grudje. Eso debería atraerlos. Lo explicaré todo en ese entonces. Rose y Ralph, tenemos que arrinconar al Profesor Longbottom esta noche después de la cena.

—¿Y yo qué? —preguntó Lily estridentemente, animándose a su lado. —¡Yo quiero estar en esto!

—No esta vez, hermanita —dijo James con firmeza. —Y no discutas conmigo. Si Filch te castiga una vez más por algo que hice, juro que lo hechizaré de vuelta a la edad de piedra.

—Y yo a tu lado —acordó Ralph con fervor.

—No sé lo que tienes en mente —dijo Zane, dando a James la primera sonrisa real en semanas, —Pero ya me encanta. No me lo perderé por toda la mostaza de Nueva Ámsterdam. Sin embargo, por ahora es mejor que volvamos a Aleron. Comunicación Experimental comienza temprano hoy.

Con la reunión nominalmente terminando, el grupo comenzó a volver al castillo. Mientras caminaban, una fina y delgada lluvia comenzó a rociar en el viento, picando sus rostros como la arena. James se retrasó hacia la parte de atrás del grupo, situándose junto a Nastasia.

—Tú y yo —dijo en voz baja, mirando al suelo mientras caminaba. —Esta noche, después que todo haya terminado. Prometiste que me contarías todo.

—Lo recuerdo —murmuró secamente.

—He cumplido mi parte del trato —prosiguió. —No le he dicho a nadie. Cumple tu parte.

Ella miró a su lado bruscamente, sus ojos estaban oscuros, casi provocados con ira. Luego, con rapidez misteriosa, su rostro cambió. Se acercó a él bajo la estridente lluvia, apretando su hombro contra el suyo. Ella suspiró profundamente, estremeciéndose mientras lo dejaba escapar. Casi sin pensarlo, James pasó un brazo alrededor de ella. Ella se apoyó en él, permitiéndole que se apoyara.

Zane, caminando delante de ellos, con los hombros encorvados bajo la lluvia, afortunadamente, no se dio cuenta.



—Está completamente loco —James sacudió la cabeza mientras él, Ralph y Rose subían las escaleras hacia los aposentos del profesor Longbottom unas horas más tarde. —Comunicaciones Experimentales no se estaba reuniendo más temprano. Zane solo quería mostrarnos cómo podía burlar los armarios llevándonos a los sótanos debajo de la Residencia de Administración.

—¿Verdad? —exclamó Rose en voz baja, obviamente impresionada. —¿Cómo es eso posible? ¡Eso necesitaría mucha Tecnomancia!

—¡Ja! —se burló James. —No entiendes cómo piensan los Zombis. ¿Por qué utilizar la materia cuántica desordenada como Tecnomancia cuando puedes hacer un truco barato?

Ralph explicó, —Zane solo lanzó un encanto Protean al armario de Alma Aleron, conectándolo a una moneda de plata que lleva en el bolsillo.

—Así que cuando hace desaparecer la moneda hacia una nueva ubicación —añadió James, sonriendo a su pesar, —el encanto Protean envía el armario de Alma Aleron al mismo lugar.

Rose miró de reojo concentrada. —Pero eso es... eso es... —sacudió la cabeza con asombro. —Eso es tremendamente brillante. De verdad. Entonces que si él envía la moneda de plata a los sótanos bajo la Residencia de Administración, el armario irá ahí, también. Nos metemos desde este lado y aparecemos bajo las zonas vigiladas a nivel de suelo. ¿Pero nadie se da cuenta cuando el armario desaparece?

—A Nastasia se le ocurrió la solución a eso —respondió Ralph. —Escondieron un viejo cajón detrás del armario y le pusieron un encantamiento *Visum Ineptio*. Cuando el armario desaparece, todo el mundo ve el cajón como el armario que falta, pero con un signo clavado en la puerta.

James levantó las manos como elaborando una pancarta. —Precaución: Nargle rabioso dentro.

Rose chasqueó la lengua. —Podrían haber hecho algo mejor que eso. A los Nargles no les da rabia. Aun así, es brillante. No han explorado los sótanos aún, ¿verdad?

—No —dijo James con firmeza. —No hay tiempo. Además, ninguno de nosotros está preparado.

—Más aún —interrumpió Ralph: —Esos no son como sótanos que yo haya visto antes. ¡Son más como catacumbas de veinte pies de altura!

—Y más aún —dijo Rose, deteniéndolos frente a la puerta del Profesor Longbottom. —Cuando se pongan a buscar a esta bruja Crone Laosa y saber qué es La Red Morrigan, definitivamente iré con ustedes.

Ralph miró aturdido hacia ella. —Tienes un poco de esa cosa de peligro poco saludable, ¿verdad, Rose?

—Nunca he visto una arquitectura subterránea de enanos antes —bufó. —Estoy curiosa, eso es todo.

James pasó junto a ella y golpeó con fuerza a la puerta.

—Nadie irá a ninguna parte —susurró —hasta que podamos hablar con nuestros padres de lo que está pasando aquí en Hogwarts. Esperemos que el Profesor Longbottom se nos una.

Hubo un sonido revuelto atrás de la puerta, luego el ruido de una cerradura. Un momento después, la puerta se abrió, mostrando al profesor en pijamas: un par de pantalones de franela sueltos y un chaleco sobre una camisa blanca, abotonada hasta el cuello. Él sonrió a los estudiantes, pero James pensó que había algo más en el rostro del profesor. ¿Preocupación? ¿Nerviosismo?

—James —dijo jovialmente, —Ralph, Rose. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Buenas noches, profesor —James le saludó. —Esperábamos hablar con usted. Er, en privado. Es acerca de... bueno, *usted* sabe.

El profesor se rió un poco, y de nuevo hubo una fragilidad poco característica en él. —Me temo que no lo sé, de hecho. Pero, eh, sin duda. Sí, entren. Estaba justo... bueno. —miró de nuevo hacia su habitación como si esperara que algo saltara en él. Después de un momento, dio un paso al lado con rigidez e hizo un gesto para que entraran.

La sala de estar del profesor era confortable y gratamente desordenada. Una enorme pintura de un invernadero soleado tendido por un monje flaco dominaba la pared sobre la chimenea. El monje cavaba con entusiasmo en una gran bañera, a veces dando manotazos a los tentáculos de hojas de sus habitantes.

—¿Té, tal vez? —sugirió Longbottom, indicando un plato humeante junto a una tetera y tazas. —Yo estaba a punto de tener un buen momento luego de la cena. Estaré feliz de preparar un poco más.

—No, gracias, profesor —dijo Rose, sentándose en el sofá con flacidez. —No podemos permanecer mucho tiempo. Sólo queríamos hablar sobre todo lo que está pasando, y pedirle ayuda con algo.

James abrió la boca para explicar con más detalle, pero el profesor hizo caso omiso. —Puedo asegurarle, señorita Weasley —dijo en voz alta innecesariamente. —Como le he dicho antes, su estudio para los TIMOS están bien encaminados. Tiene años para memorizar las notas que le he proporcionado en clase. Sólo recuerde, la Herbología es un estudio de toda la vida. No voy a esperar que sepa todo luego de unas pocas clases.

—Eso —dijo James lentamente, —no es realmente lo que hemos venido a discutir, profesor. Scorpius nos dijo todo, pero no se preocupe, su secreto está a salvo con nosotros. Además, Rose dice que el Somnambulis no es realmente ilegal, solo que está altamente regulado.

—Sin miedo —sonrió Longbottom, echando agua caliente en su taza. —Ya he dejado esa búsqueda particular. Era un hobby, pero siguió su curso. Cosas interesantes, Somnambulis. Sin embargo, no estará en la prueba. —se rió un poco, poco convincente.

—Sí —asintió James, frunciendo el ceño. —Bueno, lo que realmente queremos hablar con usted es acerca del Qui...

Un fuerte ruido interrumpió a James, ahogando sus palabras mientras el plato de té caía en el suelo, rompiendo las tazas que llevaba encima.

—Oh Dios mío —dijo Longbottom en voz alta, mirando hacia las tazas rotas, la tetera todavía humeaba en la mano. —Qué torpe soy. —miró a James, lo miró a los ojos, y luego, lentamente, sacudió la cabeza, sus ojos intensos y llenos de advertencia.

—Aquí —dijo Ralph, levantándose de su silla y sacando su gran varita. —Déjeme ayudarlo con eso, profesor.

Con un rápido encanto *Reparo*, el juego de té se arregló y se acomodó de nuevo en la mesa. Por el momento la tarea había terminado, todo el mundo estaba de pie, varitas en mano, mirando a su alrededor incómodos.

—Bueno —asintió Longbottom de buena gana. —Muchas gracias por su ayuda. ¡Qué torpe soy en verdad! Espero haber contestado todas sus, eh, preocupaciones. Vengan a mi habitación en cualquier momento. Cuando sea, sí.

James, Ralph y Rose se vieron presionados hacia la puerta. Un momento después, se quedaron en el pasillo, mirando hacia atrás al profesor confundidos.

—Gracias de nuevo por venir —dijo Longbottom, la sonrisa desapareció de su rostro. —Hablamos mañana, espero. En clase de Herbología. Tal vez tengan la amabilidad de quedarse después de clases y ayudarme a replantar unas mandrágoras. Sé que no debíamos hacerlo hasta finales de temporada, pero la Profesora Heretofore me ha pedido que agilice algunas. Pueden ser bastante *ruidosas*, ya saben. Muy *ruidosas* de hecho.

Él asintió con la cabeza de manera significativa, la sonrisa desapareció por completo de su rostro. Entonces, abruptamente, cerró la puerta bruscamente.

—¿Qué fue todo eso? —dijo Rose en voz baja.

Ralph se rascó la cabeza, mirando la puerta cerrada. —Ninguno de nosotros tiene Herbología mañana. ¿Tenemos?

—Vamos, —suspiró James. —Todo este lugar es una locura. Parece que estamos por nuestra cuenta esta noche, después de todo.

Contrariados y preocupados, los tres se dirigieron de nuevo hacia la escalera principal.



A medianoche, el cielo se había despejado finalmente, revelando una luna brillante y polvo de finas estrellas plateadas. El viento de invierno congelaba la hierba que crujía suavemente bajo los pies de James mientras trotaba en todo el terreno de juego, saludando a la multitud ya reunida en el centro del campo.

—¿Qué está haciendo el baúl aquí? —preguntó en un susurro áspero, haciendo un gesto hacia el baúl de Quidditch apostado a la luz de la luna.

—Pediste a toda la Liga de Quidditch Nocturno —respondió Scorpius con ironía. —¿Qué vamos a hacer, jugar Winkles y Augers? El baúl va donde sea que vaya la liga.

James se pasó una mano por la cara. —No estamos aquí para jugar Quidditch —exclamó. —¡Estamos aquí para enviar un mensaje a mi papá!

Un murmullo de susurros se levantó en el aire de la noche. James levantó las manos, pidiendo atención. —Miren, todos están descontentos con la forma en que están yendo las cosas tal como yo, ¿cierto? ¡Filch corriendo como si estuviera en la Inquisición y Grudje bloqueando toda la correspondencia de la escuela!

—Él no la está bloqueando —comentó Nolan Beetlebrick. —Sólo está manteniendo un estricto control sobre esta.

—Claro —replicó Herman Potsdam —¡Leyéndola toda!

Otra oleada de voces balbuceantes surgió en respuesta a esto.

—Cálmense todos —dijo Zane con voz ronca, situándose junto a James. —En serio, esto es dictatorial. Grudje probablemente diría que todo esto es una reunión para un complot subversivo y nos tiraría a las mazmorras si nos pilla.

Fiera Hutchins levantó su mano en el aire. —No sé ustedes, —dijo, —pero pensé que esta liga era de Quidditch. No estoy buscando ser capturada por Filch. Se ha vuelto completamente loco.

—Vamos, James —dijo Albus, ahuecando las manos en su boca. —¿Cuál es la idea? El resto de los profesores no permitirá que Filch se salga con la suya para siempre. Grudje puede ser el director, pero McGonagall y Longbottom han enfrentado cosas peores. Ellos pueden manejar esto mejor que nosotros.

Ante esto, una alta figura se interpuso entre James y Zane, haciendo que los jugadores de Quidditch Nocturno se replegaran asustados. James levantó la vista y se sorprendió al ver al Profesor Longbottom, con el rostro ensombrecido debajo de una gran capucha.

—Deberían volver a sus camas —dijo firmemente. —Quidditch Nocturno ha sido disuelto. No tienen idea lo que están arriesgando al salir aquí de nuevo.

—Es de esto lo que queríamos hablar con usted antes, profesor —dijo James entre dientes. —Yo no quiero hacer esto a sus espaldas. ¡Queríamos su ayuda!

Longbottom bajó la mirada hacia él, su cara lucía grave bajo la capucha. —James, tú más que nadie debes entender la gravedad de este tipo de cosas. Si Filch descubre esto...

—Tengo que contactar a mi papá —interrumpió James. —Tengo que decirle lo que está pasando aquí. ¡Y aún hay más! No puedo decirle todo ahora, pero cuando estuvimos en Nueva Ámsterdam, nos encontramos con...

Longbottom lo hizo callar de repente. Miró de un lado a otro del campo. La mayoría de los que se reunían se estaban disolviendo en pequeños nudos de conversación nerviosa. Sólo Albus observaba desde la distancia, con los ojos entrecerrados.

—Muchachos —susurró Longbottom, dejando a James y Zane a unos pasos de distancia de los demás. —Las cosas son mucho más graves de lo que saben. Muchos profesores están aún más preocupados que ustedes.

—¿Por qué, profesor? —preguntó James en voz baja. —¿Por qué nadie detiene a Grudje y Filch?

—Porque Filch cuenta con el respaldo de Grudje y éste cuenta con el respaldo del Ministerio —explicó Longbottom rápidamente. —Cualquier persona que los desafía no dura mucho tiempo. Se darán cuenta que la Profesora Revalvier ya no está enseñando en Hogwarts.

—¿Pensé que estaba de vacaciones? —James frunció el ceño. —Es por eso que la nueva Profesora de Literatura Mágica la está sustituyendo.

—Revalvier no está de vacaciones. Está bajo cuestionamiento por el Wizengamot por comportamiento subversivo. Ella fue la primera en desafiar las nuevas políticas de Grudje, y lo hizo con mucha fuerza. Dentro de una semana fue relevada de su puesto y llevada a Londres para ser interrogada.

—Pero, —farfulló Zane —¿Para qué?

—¿Importa? —respondió Longbottom sin poder hacer nada. —Se puso a sí misma en problemas con el Ministerio cuando publicó esos libros en el mundo Muggle. No sería difícil para Grudje levantar nuevas sospechas contra ella. Y con ella fuera del camino, quedó libre de llenar su puesto con alguien especialmente leal a él y al Ministerio. Herbettina Blovius no es profesora de literatura. Ella es subsecretaria del mismísimo Ministro de Magia, aunque con desafortunado afecto por... bueno, *cierto tipo* de literatura mágica.

James asintió hoscamente. —Miré la lista de lecturas de la nueva clase. Nos tendrá con la serie de estúpidos vampiros de Persephone Remora el siguiente período.

Longbottom sacudió la cabeza con desdén. —El punto es que Grudje se deshace de toda la gente que lo desafía. Y tiene formas de saber quién está en contra de él. Pocos lugares parecen estar a salvo de sus oídos. Ni siquiera mis aposentos. *Es por eso* que les pedí encontrarme en el invernadero mañana —añadió, exasperado. —Las mandrágoras ahogarían nuestras voces si alguien o algo estuviese escuchando. Iba a decirles todo esto entonces, cuando fuera más seguro.

—No lo entiendo —susurró Zane. —¿Por qué no se pone en contacto con el padre de James usted mismo? Obviamente, él no aprobaría lo que está pasando aquí. Tal vez él puede involucrar a los Auroros o algo, levantar un escándalo al respecto hasta que alguien en la parte superior escuche.

Longbottom negó con la cabeza lentamente. —Como ya he dicho, Sr. Walker, las cosas son mucho más graves de lo que saben. Incluso la correspondencia docente está sujeta a la inspección de Grudje. Afirma que es el edicto del Ministerio, pero sabemos más. Cada red flu de los profesores es monitoreada. Los viajes están restringidos. Cualquier atisbo de "subversión" se trata con rapidez y de forma permanente. Hay un montón de resistencia secreta, por supuesto. Yo mismo, los profesores McGonagall, Debellows, Trelawney, Flitwick, entre otros. Pero tenemos que ser sigilosos y tener el máximo cuidado. Si nos descubren, seremos removidos completamente de la escuela y por lo tanto, no seremos de ayuda para nadie.

—¿De verdad cree que sus propias habitaciones están siendo espiadas? —dijo James con voz áspera. —¿Es por eso que estaba actuando tan torpe esta noche?

—Es una posibilidad muy real —suspiró Longbottom. —No hay duda de que Grudje tiene oídos en los lugares más inesperados, aunque ninguno de nosotros sabe todavía cómo. No podía dejarlos hablar del Quidditch Nocturno en mi habitación para no incriminarnos a todos nosotros. James, tú y todos estos estudiantes deben volver a sus dormitorios inmediatamente. Esto es demasiado peligroso para cualquier juego.

—No estamos aquí para jugar Quidditch, profesor —dijo Zane. —James tiene una idea.

James asintió fervientemente. —Creo que podemos contactar a mi padre —explicó rápidamente. —Si todos trabajamos juntos, eso es. Nosotros le podemos enviar un mensaje corto; conseguir que hable con nosotros después por la red flu. ¿Están las chimeneas de los dormitorios supervisadas?

Longbottom negó con la cabeza lentamente. —No... No, no creo. Pero ¿Cómo, James? ¿Cómo podrías conseguir enviarle un mensaje a tu padre?

—Nosotros lo escribimos —respondió James. —En el cielo, con todos *nosotros* formando letras. Mi papá tiene el Mapa del Merodeador (muestra todo el castillo y la ubicación de todos en él) y dice que siempre lo está viendo. Creo que él sabía que algo raro iba a suceder este año. Ya me sorprendió escabulléndome una vez antes. Si está vigilándome esta noche, seguro que nos verá a todos reunidos aquí en el campo de juego. Si saltamos en nuestras escobas, podemos hacer una formación de letras y palabras que de seguro leerá en el Mapa del Merodeador.

—Wow —dijo Zane apreciativamente. —¡Ese es el pensamiento Zombi! ¡Está bien! ¿De verdad crees que va a funcionar?

—Si Papá está observando. —James se encogió de hombros. —No podría no verlo.

Longbottom estudió la cara de James durante un largo momento. Finalmente, asintió secamente. —Tenemos que ser rápidos. Reúnelos a todos. Antes de explicarlo, permitiré que cualquiera que no quiere involucrarse se vaya. Sin embargo, si sólo una persona habla James, todo habrá terminado. No sólo para ti, sino que para mí también. Ambos debemos estar dispuestos a correr ese riesgo.

James dejó escapar un suspiro áspero. —Es nuestra mejor oportunidad, creo. Además, usted es el fundador no oficial del Quidditch Nocturno. Creo que la liga puede continuar si usted la lidera.

—Eso es lo que me da miedo —murmuró Longbottom sombríamente. —Muy bien entonces. Continuemos.

Tomó más tiempo de lo esperado. Afortunadamente, ni uno solo de los jugadores de Quidditch Nocturno eligió irse, a pesar de los peligros. Sin embargo, con tanta gente en las escobas, era especialmente difícil organizar las formaciones necesarias. James y el profesor Longbottom supervisaban el proceso, tomando turnos para ver la disposición desde lo alto, entregando instrucciones según fuera necesario.

—La G se está desarmando —gritó hacia abajo James, ahuecando las manos a su boca contra el viento frío. —Fiera, quédate junto al anillo más lejano. Esa es tu ancla. Todo el resto, mantengan una formación rígida. No más de un brazo de distancia entre cada uno.

—¡Esto es más difícil de lo que parece! —dijo Albus. —¡Intenta flotar entre 2 personas en este maldito huracán sin chocar entre sí!

—Gira tu escoba hacia el viento —instruyó Willow. —Primera regla de vuelo avanzado; no hay hechizo para combatir el viento cortante.

—Lo combatiré cuando quiera —murmuró Albus en voz alta. —¿Estamos listos? ¿Qué estamos deletreando, de todos modos?

—Casi —dijo el profesor Longbottom. Se separó de la formación y se elevó junto a James. Juntos, miraron hacia abajo en la ondulante formación, iluminada por la luz de la luna.

—GRYF FLU 12 AM —leyó James en voz alta. ¿Cree que Papá lo entenderá?

Longbottom asintió. —Si lo está viendo, entenderá. Gryffindor Flu, mañana, medianoche. Si no te importa James, me gustaría estar ahí, y tal vez a algunos otros. Voy a correr la voz. Sin duda habrá unas cuantas personas interesadas en hablar con tu padre, aunque sea breve.

James miró al profesor, al darse cuenta de nuevo de la gravedad de la situación. —Eh, sí. Lo que usted diga, profesor.

Desde abajo, Herman Potsdam gritó. —¿Cuánto tiempo tenemos que mantener esto? Es mucho menos divertido estar aquí cuando no puedo lanzar una Bludger a la cabeza de Albus.

—Han pasado casi cinco minutos desde que el mensaje es legible —asintió James. —Si papá no nos vio poniéndonos en posición, entonces seguir esperando no hará ninguna diferencia.

—Aquí está la esperanza —suspiró con dureza Longbottom y luego dijo, — ¡Bien hecho, todo el mundo! Rompan con cuidado la formación, hacia fuera, y vuelvan con cuidado al campo.

Igual que semillas de un diente de león, la formación se rompió y derivó sin sentido. Uno por uno, los jugadores de Quidditch Nocturno se sumergieron hacia la hierba helada. James los siguió, aterrizando en la línea central junto al profesor Longbottom.

—¿Qué dice profesor? —sonrió Albus, con las mejillas rojas y los ojos brillando bajo la luz de la luna. —Ya que estamos todos aquí, ¿Qué tal un partido rápido?

—¡Sí! —un conjunto de voces dispersas intervino.

Longbottom negó con la cabeza. —No seas ridículo —dijo, con evidente renuencia. —No hay tiempo. Y, además, no hay más poción Somnambulis. Todos ustedes deben volver a sus camas.

Sus instrucciones fueron ahogadas por los llamamientos cada vez más entusiastas a medida que más jugadores se reunían alrededor.

Beetlebrick miraba ampliamente con inspiración. —¡Podemos establecer una meta de puntuación! ¡100 puntos! ¡El primer equipo que lo logra, gana! ¡Sin Snitch! ¡Terminaríamos en menos de una hora!

—¿Sin Snitch!? —interrumpió Albus de forma estridente. —Eso no es Quidditch, ¡Qué hereje!

Zane elevó la voz: —¡Podríamos armar equipos completos con tanta gente! ¡Olviden las casas por esta noche, armemos los equipos al azar para divertirnos! Después de todo, la liga ha sido suspendida. ¡Piensen en esto como un partido amistoso!

—¡Basta! —dijo Longbottom firmemente, levantando las manos. — ¡Tranquilícense ahora! —se detuvo, esperando que el grupo se quedara en silencio de mala gana. Miró a su alrededor a todos ellos, con sus ojos duros debajo de la capucha. Finalmente, respiró hondo y sacudió la cabeza. —Setenta y cinco puntos —permitió. —La Snitch gana todo el partido. Porque Albus tiene razón. No hay Quidditch sin la Snitch Dorada.

Una alegría áspera, apenas contenida surgió de los jugadores, que inmediatamente comenzaron a dividirse en equipos rápidamente dispuestos.

—Esto es totalmente tonto —murmuró Longbottom en voz baja, pero James oyó la sonrisa en su voz. El profesor sacó su varita de las profundidades de su túnica y apuntó al baúl de Quidditch. Un rayo de color amarillo desbloqueó el baúl y se abrió, mostrando las bolas brillantes sin descanso en el interior.

—Escuchen, ahora —dijo Longbottom, volviéndose hacia los jugadores. —En serio, eso es todo. Después de esta noche...

Detrás de él, el baúl de Quidditch se cerró con un ruido fuerte.

James saltó y se giró hacia el baúl. Una vieja bota estaba puesta en el centro de la tapa, manteniéndola cerrada. Con un chasquido y la agitación de una tela, la bota de repente se convirtió en la figura huesuda de Argus Filch, el pie presionaba firmemente el baúl de Quidditch, y la capa de invisibilidad aleteaba en su mano extendida. Levantó su bastón lenta y amenazadoramente en la otra.

—De hecho, profesor —gruñó triunfalmente. —Esto ya es mucho.

Por un largo e incómodo momento, el profesor Longbottom meramente miró a Filch, su rostro era ilegible. Por último, empujó la capucha hacia atrás de la cabeza y dio un paso adelante.

—Gracias, señor Filch —dijo alegremente, —Como puede ver, he organizado esta pequeña excursión de medianoche. Club de Herbología, verá. Flores de medianoche y similares. Su vigilancia es apreciada, pero innecesaria. Voy a acompañar a los estudiantes de regreso al castillo, ahora que hemos terminado.

—Oh, no lo creo, Profesor —Filch respiraba lentamente, su sonrisa creciendo aún más, y el bastón inquebrantable en la mano levantada. —Si sólo me entrega su varita, podemos evitar algo... desagradable.

James sintió un escalofrío recorriendo sus talones. Filch nunca había desafiado a un maestro.

—Argus —dijo con calma Longbottom. —No me gustaría que hicieras algo de lo cual te arrepentirías más tarde...

—Su varita, Sr. Longbottom —exigió Filch en voz más alta, dando un paso hacia el profesor. —Y son ustedes que podrían estar lamentando cosas ahora mismo. Por favor. —tendió una mano callosa, con la palma hacia arriba.

—Yo haría lo que él dice —una delgada voz dio instrucciones desde la oscuridad. El corazón de James dio un vuelco en la garganta cuando se giró, tratando de ver más allá de la oscuridad de las tribunas. Una alta figura estaba ahí, observando: El Director Grudje, con el rostro oculto en la sombra impenetrable. —Tengo algunas preguntas muy serias para usted, Sr. Longbottom. Venga a mi oficina. Tal vez podamos resolver esto rápidamente. Tal vez se trata de un malentendido fácil de explicar.

Longbottom echó un vistazo a los estudiantes aturdidos agrupados detrás de él, con el rostro resignado. —Es toda mi responsabilidad —indicó. —Vayan con el Sr. Filch de vuelta a sus dormitorios. No habrá detenciones esta noche.

—Así es —acordó Filch con saña, tomando la varita del profesor. —Los profesores no reciben detenciones, después de todo. Oh, no. No a la vista.

El viento gemía a través de las tribunas, crujiendo en sus oscuras alturas. El sonido se mezclaba extrañamente con la monótona y sibilante risa de Filch.



Capítulo 9

La Reunión de Medianoche

Era muy tarde en la noche cuando James se despertó.

A su alrededor, el castillo estaba tan silencioso como una tumba. La estufa del dormitorio se había apagado, dejando el aire tan frío que James podía ver su aliento elevarse por encima de su cama. Si se quedaba despierto mucho más tiempo, podría ver a uno de los elfos de la casa de Hogwarts aparecer para encender la estufa nuevamente antes del amanecer, silencioso y reservado, empleando su propia y única magia.

James no sabía por qué se había despertado tan de repente, pero deseaba no estarlo. Tormentosos pensamientos giraban por su cabeza, precipitándose mientras iba adquiriendo plenamente la conciencia: el Profesor Longbottom capturado por

Filch y Grudje; el mensaje incierto a su padre; el inquietantemente familiar Avior Dorchascathan; la malévola Dama del Lago y la historia del sueño de Petra...

El Coleccionista...

La Red Morrigan...

Un sonido bajo y rasposo vino de la escalera. Los oídos de James se agudizaron y giró la cabeza para mirar. El sonido era pequeño, sutil y, sin embargo, con el silencio muerto del castillo, había sido tan claro como unas pisadas. Entrecerró los ojos en la oscuridad de la escalera de caracol y aguzó sus oídos.

—James, —una voz le susurró al oído.

Saltó agitado en la cama, y cayó al suelo con un golpe, arrastrando las mantas con él. Se puso de rodillas y miró por encima de la cama, con los ojos muy abiertos.

Nastasia estaba arrodillada al otro lado y lo miró con ojos vidriosos y graves.

—Tú, —James respiró, tratando de calmar su corazón que latía con fuerza. —
¿Cómo lo hiciste... ?

—¿Podemos ir a tu sala común? —susurró con seriedad.

James asintió débilmente. —Bien. Ya estoy despierto de todos modos.

—Espera aquí un minuto, —dijo ella, con los ojos todavía fijos en los de él. —
Luego ven abajo y encuéntrame. No mires. ¿DE ACUERDO?

James frunció el ceño cansado y molesto. —Te cuelas en mi dormitorio y ¿me
dices que no mire? Ya sé que puedes cambiar en una serpiente. Es eso, ¿no es así?

—Simplemente... —dijo en voz baja, —simplemente no mires. Prométeme. Sé
que puedes mantener tus promesas, así que hazlo.

Sacudió la cabeza con impaciencia. —Bien. Lo prometo. No miraré. —cerró
los ojos y se recostó en su cama.

Frente a él, un sonido de arrastre, y luego uno de roce seco como una cota de malla fina, se movía por el piso. Era Nastasia en su forma de serpiente, de hecho, increíblemente tranquila. Lo siguiente que oyó, fue que ella estaba en la escalera, descendiendo de hecho, con grandes deslizamientos.

James contó hasta treinta, cansado hasta los huesos, pero increíblemente despierto. Luego, con un suspiro, se levantó, recogió su túnica del gancho del poste de la cama, y se encogió de hombros cuando empezó a bajar por las escaleras.

Nastasia estaba sentada en una ventana, su silueta apenas visible en la oscuridad. James se unió a ella, sentándose en la silla frente a ella. Esperó a que esta comenzara.

—Debes mantener tu promesa, —dijo.

—Para eso son las promesas, —comentó él bruscamente. —De lo contrario, son solo mentiras.

Nastasia rió sombría y débilmente. —A veces no es tan sencillo.

James no estaba de humor para adivinanzas. —Así que puedes convertirte en una serpiente, —afirmó sin rodeos. Un pensamiento lo golpeó y lo bofeteó en el muslo. —¡Lo supuse! —dijo de repente con voz áspera. —La primera noche cuando te colaste, ¡sabía que había algo que no nos estabas contando! Los armarios estaban cerrados para el uso humano, pero de alguna manera pasaste. Les dije a Scorpius, Rose y Ralph que tenía que ser un animago o ¡algo! ¡Era la única explicación! Espera hasta que les diga que... —se detuvo, frunció el ceño de nuevo, y a continuación, se dejó caer en su silla. —Está bien. No puedo.

—No soy *exactamente* un animago, —Nastasia murmuró, moviendo la barbilla hacia la oscura ventana.

—Puede que yo solo sea un mago de cuarto año, —James respondió, —pero sé cómo se llama cuando una bruja puede convertirse a sí misma en una serpiente. Se llama animago. ¿Entiendes? ¿Animal y magia?

—¿Es tu amigo Ted Lupin un animago? —preguntó de repente, mirando hacia él.

James entrecerró los ojos. —¿Qué sabes de Ted?

—Sé lo que me dijo Zane. Dijo que Ted Lupin atacó una vez a Ralph en la forma de un lobo. Pero Ted no es un hombre lobo. Así que ¿es un animago?

—Zane habla mucho, ¿no? —James suspiró. —Pero no, yo no lo creo. Petra dijo que Ted cambia a veces debido a una combinación extraña de su padre hombre lobo y su madre metamorfomago. Es complicado. Así que me estás diciendo que tienes un papá que es como un, ¿hombre serpiente?

Nastasia apartó la mirada nuevamente y sacó un largo y profundo suspiro, estremeciéndose cuando lo dejó escapar. —No seas estúpido.

James esperó, pero Nastasia no continuaba. —Así que dime, —él presionó, tratando de no parecer impaciente, como se encontraba. —Prometiste decirme todo si guardaba tu secreto.

—¡No es así de fácil! —susurró con dureza y enojada. —¡Sólo se lo he contado antes a una persona! ¡Es difícil romper el sello en un secreto como ese! ¡Dame un minuto!

—Bien, —James se cruzó de brazos y se dejó caer en su asiento. —Así que estuviste allí esta noche, ¿cierto? No te vi.

—Estuve allí, —ella contestó malhumorada.

James asintió. —Debe ser fácil colarse por ahí de esa manera. Deslizándose por la hierba sin ser visto y por las escaleras encantadas del dormitorio sin disparar la alarma encantada. Pasar por tuberías y desagües...

Nastasia estaba callada.

James intentó un enfoque diferente. —¿Cuánto tiempo has estado como una serpiente?

—No me convierto en *una* serpiente, —de repente dijo entre dientes, volviéndose hacia él. —Yo...

James se encogió de hombros. —¿Tú qué?

Ella suspiró de nuevo rápidamente, como frustrada. —No es que... —comenzó, haciendo un gesto vago con las dos manos. —No soy... lo que la mayoría de la gente podría pensar como... normal. —ella dejó caer las manos en su regazo y miró a James, con el rostro tenso, como si quisiera hacer una broma de eso y estaba desesperadamente luchando por no hacerlo. Sus manos se removieron una sobre la otra sin descanso, como arañas en lucha libre. Finalmente, bajó los ojos.

—De acuerdo, —dijo James lentamente. —Creo que probablemente pudiste haberlo dicho.

—Mamá Newt me ayuda, —Nastasia continuó en voz baja, mirando hacia abajo a sus manos. —Ella es la única persona que sabe sobre ello, y lo explicó todo por mí. Los Muggles tienen algo así como eso. Lo llaman *Trastorno de identidad disociativo*. Me lo aprendí de memoria. Me gusta el sonido del mismo. La versión bruja es realmente rara. Tiene un nombre que apenas puedo pronunciar.

James negó con la cabeza lentamente. —Estoy... un poco perdido aquí, Nastasia.

Ella lo miró de nuevo. —Tengo... una personalidad fracturada. —sonrió débilmente. —Dos, en realidad. Dos versiones de mí, ambas totalmente diferentes, ambas viviendo en la misma mente. Hay una Nasti, la mezquina, y hay una Ashya, la agradable. Eso simplifica las cosas un poco, en realidad, pero logras entenderlo. No puedo controlar cuál aparece en qué momento. Es una locura, supongo, ¿no?

—En realidad, —James respondió seriamente, —eso explica bastante.

—No te burles de mí, —dijo, dejando caer los ojos de nuevo.

—No lo hago. Realmente. Yo sólo... —se encogió de hombros. —De alguna manera no es como una gran sorpresa. Es... más o menos una ayuda.

Nastasia suspiró de nuevo, estremeciéndose. —En el mundo Muggle, tienen medicamentos para las personas con más de una personalidad. En el mundo mágico, tienen... otros métodos. Mamá Newt, me enseñó que lo que tengo, no tiene que ser una maldición. Dijo que es muy diferente para las brujas de lo que es para los Muggles. Puedo entrenar a las dos mitades de mi personalidad a trabajar

juntas, como socias, si tienen el mismo objetivo en mente. El truco, dijo, es tener metas muy bien definidas, para asegurarse de que mis... *dos versiones*... trabajen por las mismas cosas.

James estaba mórbidamente fascinado. —¿Cómo lo haces?

—Ah, —dijo Nastasia con una sonrisa, mirando hacia él. —Eso es entre Mamá Newt y yo. —había un destello en la mirada de Nastasia, un brillo travieso, y James se preguntó si veía un atisbo de su *otra* personalidad: Nasti. Se heló ligeramente.

—¿Entonces qué hay con la serpiente?

El brillo en los ojos de Nastasia se convirtió en una dura mirada, ardiendo en la oscuridad. Luego, con una fuerza aparente de voluntad, parpadeó rápidamente. —Mamá Newt dice que hay palabras para eso también, si le preguntas a los curanderos en la facultad de medicina. Lo llaman un “evento transmórfico”. Mamá Newt lo llama de otra manera. Ella lo llama una válvula de escape mágico.

James ladeó la cabeza. —¿Una manera de aliviar la presión?

Ella asintió. —Todo comenzó cuando yo tenía tres o cuatro años de edad. Normalmente, se necesitan años para aprender el arte del animago, pero bajo ciertas condiciones, como las experiencias extremas de estrés cerebral dentro de una bruja o mago, puede suceder de manera espontánea, como una especie de escape. Cuando ambos lados de mi personalidad, Nasti y Ashya, fueron a la guerra una contra la otra, mi mente no podía manejar la tensión. Así que... sólo cambié.

—Ya veo, —dijo James lentamente. —Para una serpiente, las cosas son mucho más simples, supongo. Como... una sola mente. ¿Verdad?

Nastasia se encogió de hombros y miró hacia otro lado. —Algo así.

—Así que cuando la Dama del Lago atacó a Lily, —dijo James, entrecerrando los ojos, —viste lo que estaba sucediendo y... ¿estuviste en guerra contigo misma?

Nastasia todavía no se encontraba con los ojos de James. —He aprendido a controlarlo, —respondió ella debidamente. —A medida que pasaron los años,

empecé a entender los músculos mentales que hicieron el cambio. Ahora, puedo hacerlo cuando quiero. Es una habilidad muy útil. A veces, como tú dices, es muy útil para poder convertirse en... algo más.

—Así que luchaste con la Dama del Lago y salvaste la vida de Lily. —James asintió. —No te he dado las gracias por ello.

Ella se rió tristemente. —No estoy segura de que *fuera* esta “Dama del Lago” de la que siempre estás hablando. No importa. Pero no me des las gracias. No vuelvas a darme las gracias.

—¿Por qué no?

Ella lo miró fuerte y penetrante. De repente, se deslizó de su silla y se arrodilló delante de James, acercándose sobre el brazo de la silla de éste.

—No puedes confiar en mí, James, —dijo en un duro susurro. —¿No ves? Las partes de mí, ellas no siempre están de acuerdo. *Trato* de hacer que Nasti y Ashya trabajen juntas. ¡Realmente lo hago! Pero no siempre puedo hacer que ambos lados de mí quieran las mismas cosas. No siempre sé qué es lo que estoy haciendo. Y no... *puedo* confiar en que siempre es bueno. —ella se detuvo de repente, con su rostro en un gesto de concentración. —¿Yo... te dije que iría contigo para hablar con el profesor Avior en Durmstrang?

James estudió su rostro con incredulidad. —Bueno... sí. Por supuesto que sí. ¿No te acuerdas?

Sus ojos se alejaron lentamente, perdidos en sus pensamientos. —Sí... —dijo vagamente. —Sí, supongo que sí. Pero...

Hubo una larga pausa. Por último, Nastasia sacudió la cabeza con cansancio. —Simplemente, ten cuidado cuando estés conmigo, James. Voy a tratar de controlarlo. Tengo... formas.

—La serpiente, —James asintió.

—Sí, —dijo ella, casi con desdén, con los ojos vidriosos y lejanos creciendo de nuevo. —Pero no sólo eso. Hay algo más. Algo en lo que tengo que concentrarme, algo que mantiene todo de mí trabajando hacia la misma cosa.

James de repente se sintió muy triste por Nastasia. Por primera vez, la vio no como una caprichosa y manipuladora duende, sino como una chica torturada con un pesado secreto, luchando por mantenerse (y a todo el mundo alrededor de ella) a salvo de sus propias pesadillas. De alguna manera, ella era muy similar a Petra.

La tocó ligeramente en el hombro. —No puede ser tan malo, —dijo. —¿Qué es en lo que te debes concentrar?

Nastasia lo miró a los ojos nuevamente, con gravedad y atención. —Mis dos partes lo han acordado desde el comienzo de este año escolar, —respondió en voz baja. Y entonces lo besó. Fue rápido y precipitado antes de que él se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Su corazón se abarrotó hasta la garganta y su rostro se calentó, enrojeciendo sus mejillas.

—Buenas noches, James, —dijo Nastasia, sus labios todavía a sólo pulgadas de los suyos. —Cierra los ojos otra vez. ¿Está bien?

—Estás chiflada, —susurró débilmente.

Una sonrisa se torció en las comisuras de la boca de Nastasia. —Eso es lo que he estado tratando de decirte.

James negó con la cabeza, su corazón seguía latiendo en la garganta y sus mejillas todavía ardían. Cerró los ojos.

Nastasia se apartó con un sordo y complicado golpe. Él oyó el roce suave de ella deslizándose, mientras se alejaba a través de las alfombras del piso de la sala común, por debajo de los sofás y sillas. Segundos más tarde, sólo había silencio.

Abrió los ojos. Su cabeza le daba vueltas, como lo estaban sus emociones. Apenas sabía cómo se sentía. Sólo sabía una cosa con certeza.

La visita de Nastasia ciertamente no había hecho las cosas más simples.



—¡Corran, estudiantes! Se llama Tag rugby, ¡no Tag estáticos-jadeando-como- vieja! —la voz de hierro de Tabitha Corsica, en su disfraz de docente en Yorke, resonó sobre el campo lodoso con la ayuda de un megáfono eléctrico.

—Ella lo está disfrutando mucho, —Ralph jadeaba, con las manos sobre las rodillas, el barro manchando su camiseta de San Brutus hasta el pecho.

Graham asintió débilmente. —Es una tortura sancionada por el Estado, te lo digo.

James levantó la mirada para ver una manada de estudiantes corriendo hacia ellos a la caza de un aterrado Kevin Murdoch, quien retenía el balón frente a él como una bomba. La turba dejó boquiabierto a James, Graham y Ralph, capturándolos en un combate cuerpo a cuerpo, dando palizas con los hombros, rodillas fangosas y codos afilados. James se cayó y tropezó con un estudiante de Yorke particularmente fornido, y sintió dos estampidas más en la espalda, con sus grandes tacos llenos de barro apelmazado tumbándolo en la hierba blanda. Un segundo más tarde, todo el scrum se derrumbó sobre Murdoch, enterrándolo en un enorme tackle.

—Recuerden, estudiantes, —Corsica dijo, con el megáfono transformando su voz en un graznido eléctrico. —Este es el *tag* rugby. Pero les encomiendo vuestro entusiasmo. ¡Continúen! ¡Tenemos 25 minutos antes de la calistenia de enfriamiento!

—No van a creer lo que acabo de oír, —Graham gimió, cojeando hacia James y Ralph mientras el scrum del rugby bullía a la distancia hacia la meta.

—No me digas que se trata de un período doble y que va a hacernos correr vueltas después de esto, —Ralph rogó, con los ojos abiertos.

—¡Peor! —Graham escupió. —Corsica va a estar haciendo una doble función de docente, llenando a tiempo parcial en otra escuela con un puesto vacante. Acabamos de escuchar al capitán de la escuadra de Yorke hablar de ello. ¡Corsica les habló esta mañana y todos están destrozados al respecto! ¡La aman totalmente!

—Eso es imposible, —James sacudió la cabeza.

—¿A quién le importa? —Ralph interrumpió, sacando una masa de barro de la oreja.

—Se rieron del nombre del maestro el cual ella va a reemplazar, —añadió Graham deliberadamente. —¡Una verdadera broma, dijeron! El profesor que ella está sustituyendo es algún chiflado zoquete llamado... ¡Longbottom!

James se sobresaltó con tanta fuerza que se resbaló en el barro y casi cayó de nuevo en la hierba mojada. —¿*Longbottom*? ¿Estás seguro?

Graham puso los ojos en blanco. —Bastante difícil equivocarse en ese nombre, ¿no creen? Corsica les dijo que él enseñaba en alguna escuela ordinaria y privada en el norte. ¿Pueden creerlo?

James negó con la cabeza lentamente, asombrado. —Grudje ya sustituyó al profesor Longbottom! ¡Ha hablado al Ministerio para reasignar a Corsica en su puesto!

—Probablemente él la pidió específicamente, —dijo Ralph con brusquedad. —Ella ha sido de su tipo.

—No es de extrañar que ella esté tan de buen humor, —Graham suspiró.

Ralph sacudió la cabeza, arrojando agua fangosa de su cabello. —Me pregunto ¿dónde está ahora el profesor Longbottom?

James frunció el ceño con preocupación. —Probablemente enfriando sus talones en algún centro de detención del Ministerio junto con la profesora

Revalvier. Tal vez papá lo sepa. Si tenemos la oportunidad, vamos a preguntarle esta noche.

Un estruendo del suelo, anunció el regreso del scrum del rugby. James se preparó cuando la turba se apoderó de él nuevamente, barriendo a los tres chicos juntos como una bola de nieve sudorosa y manchada de barro.

Fuera del terreno de juego, Corsica sonrió con su falsa cara de mediana edad, y sus enormes gafas brillando en blanco reflejando el cielo nublado.



James pasó el resto del día distrayéndose con pensamientos de la noche anterior, así como con las esperanzas de la noche por venir. Esperaba que su padre hubiera entendido su mensaje y fuera capaz de contactar a través de la red flu en la sala común de Gryffindor. Además, él estaba preocupado de que Filch anunciaría alguna draconiana detención nocturna para todos los miembros de la Liga Nocturna de Quidditch, posiblemente para interferir con la reunión de medianoche arreglada con su padre. Cuando la noche descendió, sin embargo, ninguna palabra se oyó sobre cualquier castigo en absoluto.

—Quizás Grudje sólo está contento por tener agarrado a Longbottom, — susurró Rose en la cena.

—Lo más probable es que Longbottom asumió la responsabilidad de todo el asunto, —murmuró James. —La peor parte es que todo es culpa mía. Fue mi idea y lo convencí.

Scorpius asintió con altanería. —Es verdad.

—Cállate, Scorpius, —Rose reprendió. —El profesor nunca habría ido si no se hubiera acordado que era una buena idea. No tiene sentido culparte a ti mismo, James.

Mientras hablaban en susurros, Albus se acercó desde la dirección de la mesa de Slytherin, caminando con una absurda y casi forzada informalidad, con las manos cruzadas a la espalda y silbando ruidosamente. Deslizó la mirada hacia James y se agachó hacia él, metiéndose entre Lily y Ralph.

—Entonces, ¿cómo vamos a entrar esta noche, ¿eh? —preguntó en voz baja. —¿Vas a reunirte con nosotros fuera del agujero del retrato? ¿O es que confías suficiente en mí, en tu propio hermano, para solo darme la contraseña?

—¿Esta noche? —James parpadeó ante su hermano. —¿No querrás decir...?

—¡De hecho sí! —Albus asintió vigorosamente. —Beetlebrick, Fiera y el resto de los Slytherin del Quidditch Nocturno, pusimos en riesgo nuestros cuellos para ayudar a enviar ese mensaje anoche. Merecemos estar ahí tanto como tú cuando papá llame.

—Eso es demasiado, —murmuró Scorpius. —Si piensas que vamos a permitirte que hagas tu baboso camino a la sala común de Gryffindor, eres aún más tonto de lo que pensaba.

La cara de Albus se oscureció. —Mírate a ti mismo, Malfoy. Todavía no he olvidado nuestro primer viaje juntos en tren, o lo que sucedió el día del funeral del abuelo. Alguien te debe una buena paliza.

—Todavía estás celoso de que el Sombrero Seleccionador me envió a la casa de tu querido padre y a ti te lanzó a las serpientes, —Scorpius sonrió sin humor. —¿No es así, *Asp*?

—¡Ambos se merecen un tortazo! —exclamó Lily, empujando a los chicos aparte.

—Hola, —Kendra Korner susurró de repente, pegando su cabeza entre James y Ralph. —¿A qué hora esta noche? ¿Medianoche en punto? Yo y los otros

Hufflepuff estábamos pensando que podríamos escabullirnos temprano del club de astronomía para poder asistir a las once y media. ¿Qué dicen?

James se sobresaltó con horror.

—Yo digo que esto se está volviendo ridículo, —dijo Rose con un suspiro enérgico y ligero. —Mira, Kendra, no podemos tener a dos docenas de personas escondidas en la sala común de Gryffindor a la medianoche de hoy.

Albus se inclinó sobre la mesa con atención. —No pueden permitir que solo nos quedemos esperando afuera. Todos ayudamos. Ustedes los Gryffindor siempre están tratando de llevarse todo el crédito.

Kendra asintió. —No es justo, James. Debes permitir que al menos Albus y yo entremos.

—Muévete un poco, Malfoy, —Herman Potsdam anunció repentinamente, forzando a su considerable cuerpo a estar entre Scorpius y Lily. Echó un vistazo serio alrededor de la mesa. —Se trata de esta noche, ¿verdad? ¿A qué hora nos reunimos?

James alzó las manos con exasperación. —Todos ustedes van a arruinar todo. Lo saben, ¿verdad?

Ralph se encogió de hombros. —Ellos ayudaron, James, —dijo. —Es justo que se les deje estar en la conversación.

—¡Ni siquiera sé si papá vio el mensaje! —James dijo entre dientes. —¡Todo esto podría ser para nada!

—Probablemente deberíamos decirle a un maestro o a dos, —Albus sugirió, ignorando a James. —Escuché que el profesor Longbottom dijo anoche que McGonagall y Flitwick están en la rebelión anti-Grudje.

—¡Shh! —James hizo callar de repente. Miró rápidamente hacia la mesa principal, esperando ver a Grudje observando. En cambio, por suerte, el director parecía estar prácticamente dormido, con sus dedos en forma de torre y con los ojos cerrados serenamente. James dejó escapar un breve suspiro de alivio. —No

podemos ir por ahí hablando con los maestros sobre esto, —continuó en voz más baja. —El profesor Longbottom dijo que Grudje tiene oídos en todas partes, incluso posiblemente en los cuartos de los profesores. Si se corre la voz, con seguridad nos pondrán a pagarlo.

Rose frunció el ceño. —¿Cómo podría Grudje ser capaz de escuchar lo que dice la gente en sus cuartos?

Ralph hizo una mueca en sus pensamientos. —¿Orejas extensibles, tal vez? —sugirió. —¿Recuerdas aquellos que Ted Lupin tuvo el año pasado? ¿Los que ni siquiera tienen que ser conectados a la fuente?

Scorpius negó con la cabeza. —Cualquier mago competente sabe cómo encontrar cosas por el estilo. Si había algún receptor mágico en sus cuartos, un simple hechizo *Ravaelio* lo demostraría.

—De cualquier manera, —James intervino, tratando de mantener la conversación en el mismo punto, —No podemos decirle a otros profesores, aun cuando sepamos que están de nuestro lado. No, a menos que sepamos que no hay manera de que Grudje está escuchando.

—Bien, —Albus estuvo de acuerdo. —Pero lo que necesitan es que al menos a tres se nos permita estar allí. Es lo justo. —miró de Kendra a Herman Potsdam, los cuales asintieron con firmeza.

James se desinfló. —Está bien, está bien. Estarán afuera de la puerta de la sala común cinco minutos antes de medianoche. Alguien los dejará entrar, *asumiendo que*, —agregó, incorporándose una vez más, —no haya ningún Gryffindor todavía en la sala común que no sepa lo que está pasando, y ¡que ustedes no sean detenidos por Filch en el camino! ¡Recuerden, ahora él tiene la capa de invisibilidad! Si los pilla, ustedes no dirán una palabra de esto.

—Oh, —Albus parpadeó con fingida confusión. —Supuse que querías que nosotros invitáramos a Filch, quizá atraerlo con una invitación tradicional y con una casilla de verificación por si la Señora Norris va a asistir también.

Scorpius sonrió con ironía por esto, apartándose parcialmente por lo que Albus no vería.

—Bromea todo lo que quieras, —dijo Rose, —Eso sí, no se dejen atrapar. Y trae a Ralph, también. Él estaba allí en Nueva Ámsterdam con nosotros. Su aporte, probablemente será muy útil.

Ralph se animó a protestar, luego se hundió de nuevo, aparentemente dándose cuenta de que sería inútil.

—¡Punto para Slytherin! —Albus sonó alegremente, aplaudiendo a Ralph en el hombro.

Scorpius agitó una mano a otros recién llegados. —Todos ustedes lárguense a sus mesas. Grudje olerá una conspiración si se cuelgan aquí.

—Eso es verdad, —Herman asintió. —La última vez que un Hufflepuff se sentó con ustedes los Gryffindor fue... —frunció el ceño en una profunda reflexión. —En realidad, no creo que hubo una última vez.

Albus saludó enérgicamente. —Nos vemos esta noche, James. No nos hagas esperar. Vamos, Ralph.

Uno por uno, los que no eran de Gryffindor, se retiraron a sus propias mesas.

—Bueno, entonces, —Scorpius proclamó alegremente, agarrando un pastelito del plato desierto. —Parece que vamos a tener completamente una fiestecita.

James hundió el rostro en sus brazos cruzados.



Cinco minutos después de la medianoche de esa noche, James se encontraba en el sofá delante de la chimenea de Gryffindor, hacinado entre Rose y Albus en el centro de una burbuja de silencio incómodo.

—Se te olvidó, al parecer, —Rose le siseó, —que esta noche era viernes. No hay clases mañana, lo que significa que un montón de personas se quedan despiertas sin una razón en particular.

James no respondió. No tenía sentido. Detrás de ellos, la sala común era de hecho un hervidero de actividad nocturna, llena de grupos de estudiantes balbuceando, una radio sintonizaba un lejano concierto de la Reunión de las Wyrld Sisters, y al menos había un estridente juego de Winkles y Augers. En medio de esto, sobresaliendo como un tercer dedo pulgar, se sentaban en la reunión Albus, Ralph, Kendra Korner y Herman Potsdam, todos encorvados alrededor de la chimenea con James, Rose, Lily y Scorpius.

—¿Te importa? —Albus se animó de repente, regañando a Cameron Creevey cuando este se arrastró con curiosidad alrededor del brazo del sofá. —¡Somos un grupo de estudio! ¡Sin interrupciones!

—Albus, —Rose murmuró desde la esquina de su boca. —Estás llamando más la atención cuando los envías lejos. Ya es malo tener tanta gente aquí de todas las casas sin razón aparente.

Albus continuó impertérrito cuando Cameron se reunió con sus amigos en una mesa cercana. —¡Estamos practicando la telepatía avanzada! Material peligroso si no sabes cómo hacerlo. Si se acercan alrededor de diez pies, van a desordenar permanentemente su cerebro. En serio, ¡han sido advertidos!

Herman se agitó incómodamente. —Han pasado diez minutos. ¿Dónde está?

—Ni siquiera sabemos si él entendió el mensaje, —comentó Ralph. —Todo esto podría ser para nada.

James se cruzó de brazos obstinadamente. —Démosle unos minutos más. Papá *tenía* que haber estado viendo el mapa. No podía habernos perdido a todos ahí afuera en el terreno de juego.

—Tal vez él estaba trabajando anoche, —Albus se encogió de hombros, empezando a aburrirse. —A veces pasa, ya sabes. Cosas de Auror. Pasa todo el día.

—No últimamente, —comentó Lily. —Titus Hardcastle ha estado manejando muchas de las redadas nocturnas y esas cosas. Después de todo, él no tiene familia ni nada.

—Titus puede con diez tipos a la vez, —Albus asintió con entusiasmo, a Herman y Kendra. —Es duro como garras de dragón y serio como una maldición. En una ocasión se enfrentó a una horda de inferis con nada más que una varita rota y una tetera.

—Eso es ridículo, —Herman sacudió la cabeza. —¿Cómo los venció?

Albus sonrió de lado. —Digamos que nadie podrá preparar té en *esa* tetera nuevamente, —se tocó la nariz con prudencia, y luego añadió, —Ya que quedó tan abollada y sangrienta por todas esas cabezas inferi que golpeó. ¡Golpeó unas cuantas más para limpiarla!

—Ugh, —Kendra puso los ojos en blanco.

Lily se asomó por las costillas de Albus con el codo. —Eso es totalmente inventado.

—¡No del todo! —Albus protestó. —¡Titus me lo contó él mismo! ¡Incluso se quedó con uno de los jefes inferi! Lo guarda en un pequeño baúl en su dormitorio y lo hace cantar a él canciones de cuna de Escocia por las noches cuando no puede dormir.

—Si no es verdad, —Scorpius reflexionó, —seguro que debe serlo.

—Miren, —de pronto señaló Ralph a la chimenea. —¡Alguien viene!

Efectivamente, las brasas de la chimenea estaban cambiando y reorganizándose. Las chispas crepitaban cuando una forma comenzó a surgir. Uno a uno, los estudiantes se revolvieron desde el sofá y sillas, reuniéndose alrededor del fuego en un corrillo nervioso.

Una cara emergió de las brasas y les sonrió. —¡Bueno! Esto es como una pequeña fiesta, ¿no es así?

—Eso es lo que dije, —Scorpius acordó, mirando a un lado a James.

—¿Tío Ron? —dijo James.

—¡Papá! —Rose gritó, encantada. —¡No esperábamos verte!

—No esperaba que me vieran, —Ron se encogió de hombros. —Tuve un mensaje de último minuto de Harry de que muchos de ustedes estaban con ganas de hablar. Dijo algo acerca de un mensaje que enviaron a través del Mapa del Merodeador. Ni siquiera sabía que era posible.

—Tío Ron, —preguntó James seriamente, retomando el tema. —¿Dónde está mi padre? ¿Por qué no se puso en contacto con nosotros él mismo?

—¿Qué, tu viejo tío Ron no es suficientemente bueno para ti? —preguntó Ron, fingiendo ofensa.

—Papá, —Rose reprendió. —Esto es serio. Tenemos un montón de cosas importantes que decirte.

Ron asintió. —Está bien, en serio, entonces. —le dijo a James, —Tu padre ha sido expulsado por un lío diplomático internacional, y le toca hacer guardia y mirar como un oficial, mientras un grupo de embajadores firman y se dan la mano. Él ha sido asignado a un montón de ese tipo de trabajos últimamente, dejando a Titus para gestionar las operaciones del día a día.

—¿Qué? —Albus exclamó, —¿Todavía? ¡Pero papá es el Jefe Auror! Él es el que debe enviar a otros a ocupar ese tipo de trabajos.

—Créeme, —convino Ron. —No es divertido para nadie. Titus no es exactamente un paquete de cosquillas, incluso cuando él no está a cargo de la oficina. Sin embargo, el mismo Ministro ha venido a solicitar a Harry personalmente. No todos los países tienen un Harry Potter para marchar, con cicatriz y todo.

—Papá, —Rose interrumpió, acercándose al fuego. —Filch se ha ido al extremo. El nuevo director le ha dado todo tipo de autoridad y poderes mágicos que lo respaldan.

—Y cerraron el correo, —añadió Lily. —¡No podemos enviar cualquier cosa en cualquier lugar sin que sea leído primero por Grudje!

—Y tío Ron, —dijo James con seriedad, bajando la voz en un susurro. — ¡Fuimos a Nueva Ámsterdam! Fue por accidente, pero cuando estuvimos allí, nos encontramos con este mago realmente espeluznante que se hace llamar ¡El Coleccionista! Él esclavizó a un montón de Muggles y los obligó a hacer una ¡horrible arma mágica! ¡Y no está solo! Creemos que él está trabajando con ese prisionero que se escapó, Worlick, y tal vez incluso... er... —se detuvo, recordando que su tío, como la mayoría de la gente, no creía exactamente en la Dama del Lago.

—Vimos a Viktor Krum, —Ralph intervino. —Él puede atestiguar de lo que decimos. ¡Él y los Harrier combatieron a los monstruos que ese Coleccionista envió tras nosotros!

—Wendigos —Rose aclaró con entusiasmo. —¡Unos crueles y viejos monstruos nativo americanos! ¡Eran horribles!

—Esperen, esperen, esperen, —dijo Ron, sacudiéndose la cabeza y cerrando los ojos fuertemente. —Son un montón de cosas y sólo estoy tratando de mantener el ritmo. ¿Están diciendo que Filch está usando magia?

James respiró hondo, mirando a los demás. Más lentamente esta vez, se turnaron para explicar todo lo que había estado sucediendo en la escuela, incluidos los castigos de Lily y Scorpius y el despido del profesor Longbottom. Ron escuchó atentamente, con expresión grave creciendo cada vez más. Cuando terminaron, dijo, —La seguridad ha tomado medidas drásticas en todas partes, pero esto está llevando las cosas un poco demasiado lejos. Nadie tiene excusa para ser privado del correo. Y tu papá estará muy desdichado de que su capa terminó en las manos de Filch. Estaría esperando un comunicado enérgico de eso si yo fuera el señor Grudje.

—Pero papá, —Rose presionó, —¿qué pasa con lo que vimos en Nueva Ámsterdam? Como Ralph dijo, Viktor Krum puede dar fe de esto. Él entrevistó a uno de los muggles que el Coleccionista había esclavizado. Ella es la que nos habló de La Red Morrigan.

Ron negó con la cabeza bruscamente. —Vamos a comprobar con Viktor, créeme. Pero La Red Morrigan... eso es sólo un mito, un cuento de miedo para asustar a los niños. No es una cosa real.

—He investigado, papá, —Rose intervino puntualmente.

—Tú y tu mamá, —Ron exclamó exasperado, aunque James estaba seguro de que había una nota de orgullo en la voz de su tío. —Muy bien, ¿y de qué te has enterado?

Rose explicó su descubrimiento de la profesora de historia de Alma Aleron, Principia Laosa, y de la mítica Red Morrigan. —Aparentemente hay una bruja que vive en las entrañas de la Residencia de Administración de Alma Aleron llamada Crone Laosa. Ella podría estar relacionada con la original Profesora Laosa y tener algo de información sobre lo que hace La Red Morrigan y cómo podría funcionar.

Ron ya estaba sacudiendo la cabeza. —Eres totalmente incorregible, ¿lo sabías? —suspiró para sus adentros. —Ahora sé cómo mamá debe haberse sentido cuando Harry, Hermione y yo éramos niños. Caray, es un trabajo duro ser responsable.

—Pero tío Ron, —James insistió, —Zane ya descubrió una manera para que bajemos a los sótanos de Alma Aleron para encontrar a Crone Laosa, si realmente existe. Si este mago Coleccionista en realidad está planeando hacer estallar algunas súper armas mágicas...

—Luego tu padre, Titus Hardcastle y el resto de nosotros lo detendremos, —interrumpió Ron. —¡En serio! ¿Creen bastante que esa cantidad de cosas que van a hacer, adultos y entrenados Aurores y Harriers no pueden?

—Así que... —dijo Ralph lentamente, —¿Eso significa ... que nos cree?

Ron se dio la vuelta hacia Ralph desde las brasas de la chimenea. —¿De eso se trata? ¿Creen que nosotros los tipos adultos no confiamos en ustedes porque son más que un montón de niños?

Ralph se encogió de hombros y miró a su alrededor a los demás. —Bueno... eso pasó por nuestras mentes, supongo.

—Miren, —dijo Ron, bajando la voz y mirando a cada cara a su vez. — Recuerden a quién están hablándole aquí, ¿eh? No soy tan viejo como para que haya olvidado lo que se siente al estar en ese lado de la red flu. Sabemos realmente que hay algunas cosas incompletas sucediendo en Hogwarts, así como en el propio Ministerio. Francamente, hay algunas malditas y buenas razones de por qué la seguridad ha subido la manivela tan alta como lo ha hecho. Desde todo ese lío en Nueva Ámsterdam, el voto del secreto ha empezado a caer a pedazos por todo el lugar. ¿Por qué creen que ha habido todas estas molestas misiones diplomáticas en todo el mundo para que su padre atienda? —preguntó, mirando a James, Albus y Lily. —Los gobiernos muggles están alcanzando el viento de nuestra existencia. Hicieron preguntas difíciles. Tratados descuidados y temporales se están firmando. Peor aún...

Ron hizo una pausa, mirando fijamente alrededor a los estudiantes reunidos, como si no supiera si se debía seguir hablando. Bajó la voz de nuevo, para que fuera apenas un susurro. —Peor aún, hay informes de que los gobiernos Muggle ya están siendo infiltrados por las brujas y magos oscuros, buscando obtener ventaja siempre que puedan. Los que utilizan maldiciones Imperius y pociones multijugos, son los más fáciles de encontrar. Las pociones dejan un rastro de evidencia y las maldiciones pueden ser detectadas por Aurores competentes como nosotros. Pero algunos de estos magos son muy astutos, no dejan rastro alguno. Si logran establecerse en un gobierno Muggle importante, pues... no se sabe los desastres que podrían causar.

James miró de reojo a Rose y Scorpius, con el rostro pálido. —Es por eso que tenemos que averiguar todo lo que podamos acerca de La Red Murrigan, —susurró, volviéndose hacia su tío. —¡Podría ser parte de ese tipo de plan!

—Miraremos eso, James, —Ron asintió. —Confía en mí. Muchos de ustedes ya han hecho su parte. Si hay algo para preocuparse, vamos a descubrirlo. Es nuestro trabajo, después de todo.

—Pero... —dijo Rose.

—¡Nada de peros! —exclamó su padre, anulándola. —*Su* trabajo es mantener un perfil bajo, una vigilancia sobre lo que pasa ahí en la escuela e informar en cuanto puedan. Lo discutiremos pronto, durante las vacaciones. Por ahora, mantengan un perfil bajo, métense en sus estudios y permanezcan fuera del camino de Filch.

Albus asintió. —Definitivamente, voy a poner eso en mi lista de tareas pendientes.

—No bromees, Albus, —dijo Ron seriamente. —¿Y quién demonios son todas estas otras personas?

—Herman Potsdam, señor, —anunció Herman. —Ravenclaw. Un placer conocerlo. He leído todo sobre usted.

Kendra se volvió hacia él. —¿*Has* leído esas historias? No lo creo.

—Nos ayudaron a enviar el mensaje a papá, —explicó James con un suspiro. —Ellos son seguros.

Ron consideró esto y pareció aceptarlo. —De acuerdo entonces. A la cama todos ustedes. ¡Y recuerden lo que dije! No los estoy dejando fuera de esto... ustedes tienen un papel importante que desempeñar. Pero vamos a hacer nuestra parte y así todos podemos trabajar juntos. ¿Entendido?

James asintió con cansancio a igual que los demás.

—Bien, entonces, —sonrió Ron. —Todo el mundo les envía saludos, y Rose, Hugo quería que supieras que él ha tomado tu habitación completamente para sus mascotas gnomo de jardín y no hay nada que puedas hacer al respecto. Sus palabras, no las mías.

Rose miró mortificada. —¡Papá!

—Veremos a la mayoría de ustedes en Navidad, por lo que estarán aquí antes de que se den cuenta. ¡Recuerden lo que dije!

—Está bien, —los estudiantes acordaron sin entusiasmo. Un momento después, las brasas de la chimenea crepitaron sin sentido. Ron se había ido.

—Bueno, —dijo Albus con un encogimiento de hombros. —Eso fue divertido, supongo. Vamos, Ralph, volvamos a las mazmorras. Fiera, Beetlebrick y el resto van a querer una actualización. Porque todo vale la pena.

Cuando todos se pusieron de pie, Kendra captó la mirada de James. —Así que, esa historia de todo lo que te pasó yendo a Nueva Ámsterdam y corriendo por un mago perverso, ¿no era solo una artimaña para encubrirte a perder las pruebas de Quidditch?

—No era *sólo* eso, —respondió Scorpius. —Pero sí proporcionó a James una excusa conveniente.

Herman inclinó la cabeza con escepticismo. —La Red Morrigan, ¿eh? Esta persona, El Coleccionista, está probablemente tan chiflada como Lobalug. Tu tío tiene razón. Probablemente no sea nada.

—Esos Wendigos no eran nada, —dijo Rose con un estremecimiento.

Albus se encogió de hombros. —Si me preguntan, todo esto fue un fracaso. No veo por qué tuvimos que ir a tantos problemas sólo para menear la barbilla con el tío Ron.

—Se *suponía* que sería Papá, —James insistió.

Lily suspiró. —Lo más probable es que él habría dicho lo mismo. Él y el tío Ron están en el mismo barco, ya sabes, trabajan en el Departamento de Aurores.

—Pero papá es el *Jefe* Auror, —James puso mala cara. —Tío Ron es un coordinador.

Rose se sobresaltó con eso. —¿Qué se supone que significa? ¿Estás llamando a mi padre un burro de escritorio?

—No, no, Rose, —Lily respondió rápidamente. —¡Su trabajo es súper importante, también! Mi padre no podría hacer nada sin tu padre tras todos esos rastros de pociones, coordinar entrevistas con brujas y magos sospechosos, rastrear transacciones de Gringotts, todo ese tipo de cosas.

Rose suspiró débilmente. —Él es un poco de un burro de escritorio, ¿no?

Albus pasó un brazo alrededor de los hombros de su prima. —Pero él es el maldito mejor burro de escritorio que hay. Y Lily tiene razón. Papá dice que no podría hacer nada sin él. En todo caso, tu padre sabe más de lo que está pasando detrás de las escenas que incluso mi padre.

—Bueno, —Kendra comentó, —si esto es una mirada al apasionante mundo de las aventuras de la familia Potter, creo que felizmente me doy un pase a partir de ahora. —ella ladeó hacia la puerta, sacudiendo la cabeza.

—La próxima solo vengan y charlen conmigo, —Herman estuvo de acuerdo. —Les puedo decir lo mismo que su tío dijo y nos salvamos de todo un caldero de problemas.

James se dejó caer de nuevo en el sofá cuando Herman siguió a Kendra, Albus y Ralph al agujero del retrato, el cual se cerró tras ellos.

—¿Qué fue todo eso? —una voz ansiosa suplicó. James miró a un lado cuando Cameron se sentó en el sofá junto a él. —Ese era Ron Weasley en la chimena, ¿cierto? ¡Oí a Willow Wisteria hablando del mensaje que enviaron ayer por la noche afuera en el campo de Quidditch! ¡Eso fue totalmente brillante!

—En cuanto a eso “nadie habla del Quidditch Nocturno”, —James suspiró.

—Déjalo, Cameron, —Scorpius anunció en advertencia. —No has visto nada.

—Oh, ¡ya sé! —Cameron se entusiasmó. —¡Pueden confiar totalmente en mí! ¡Mis labios están sellados! Entonces, ¿qué fue lo que dijo? ¿Qué está pasando?

Rose negó con la cabeza. —Él dice que nos metamos en nuestros estudios, que los adultos hacen su trabajo y que permanezcamos fuera del camino de Filch.

—Oh, —Cameron parpadeó. —Bueno. Eso es... un buen consejo, supongo.

Unos minutos más tarde, James les dio a los demás las buenas noches y subió cansinamente a los dormitorios de cuarto año. Se le ocurrió que, no habían mencionado *todo* al tío Ron. Él no había hablado de hecho, de las palabras *La Red Morrigan* que habían aparecido en el pergamino mágico de Petra, su primera historia del sueño, junto con un nombre que no reconoció: Marshall Parris. De hecho, él no había dicho a nadie sobre eso, ya que le había prometido a Petra mantener la historia del sueño en secreto.

Pero también habían dejado mencionar del misterioso profesor de Durmstrang, Avior, y su extraño parecido con el difunto Albus Dumbledore. Teniendo en cuenta todo lo demás, probablemente era el menor de sus preocupaciones. Y, sin embargo, cuando James se puso su pijama y se acomodó en su cama con dosel, su mente se rebeló perezosamente contra el agotamiento de su cuerpo, no podía evitar preguntarse si el profesor Avior no era, de alguna manera, el mayor y más importante de todos los misterios.

Fragmentos de voces recordadas siguieron a James inquieto en el sueño...

Lo mejor sería, señor Potter, la voz del profesor Avior instruía calmadamente, casi con amabilidad, si usted no dice a su padre acerca de esto. Harry podría estar un poco... contrariado...

No se puede confiar en mí, Nastasia declaró en una especie de susurro desesperado. ¿No ves? Las partes de mí, no siempre están de acuerdo...

Pero la voz que lo persiguió en el sueño era la de su propio padre, de varias semanas atrás: *Era Petra, hijo... Petra Morganstern... solo un parpadeo y... y luego... desapareció...*



Las últimas semanas antes de las vacaciones de Navidad, pasaron como un truco de reloj de Sortilegios Weasley, cuyas manos se movían más lento con cada minuto que pasaba.

La última semana de clases en Durmstrang fue cancelada debido al mal tiempo de montaña (—¡Nueve pies de nieve y dieciséis pulgadas de carámbanos que crecen *inclinados* a causa del viento! —Kendra les contó sin aliento, después de haber escuchado una conversación entre Hagrid y el Profesor Debellows — ¡Carámbanos inclinados! ¿Se imaginan?).

Las clases en Beauxbatons, por el contrario, habían terminado la semana anterior debido a las diferencias en los horarios de vacaciones (—Ellos toman casi un mes para Navidad, —Graham anunció con nostalgia en la cena una noche. — ¡Un mes entero! Y ¡pasan la mitad del tiempo esquiendo y bebiendo chocolate caliente con especias en los Alpes! Eso es todo, voy a ver cómo es la transferencia allí a tiempo completo.).

A James no le importó en absoluto la falta de clase en Beauxbatons. Todavía no captaba la más mínima cosa sobre Aritmancia Avanzada, con sus monstruosos ábacos y sus inexplicables objetivos, a pesar de las constantes y petulantes explicaciones que ofreció Morton Comstock de Yorke, quien disfrutó de una misteriosa (y fastidiosa) afinidad para ello.

Estuvo, sin embargo, decepcionado por la cancelación de Durmstrang para la semana final. Por fin se había hecho a la idea de visitar al Profesor Avior en sus oficinas, de acuerdo con la sugerencia del profesor, y estuvo bastante nervioso al respecto. Ahora que había decidido seguir adelante con ello, quiso que terminara tan pronto como fuera posible, para así no tener que preocuparse por todo eso en las vacaciones.

Con ese fin, una vez más había intentado hacer el viaje a través del armario de Durmstrang por su cuenta, con clase o sin ella, y a pesar de la señal de advertencia clavada en su parte superior. Esperando hasta las horas de descanso entre el almuerzo y la cena, había subido sigilosamente hasta la puerta del armario barroco de Durmstrang para desengancharla, solo para que ésta soplara abiertamente delante de él, sacudiéndolo fuertemente con huracanados vientos árticos y salpicándolo de nieve. En el momento en que luchó para cerrar la puerta nuevamente, estaba cubierto con casi una pulgada de cristales de hielo y una estela de nieve cubría el suelo detrás de él, extendiéndose hacia arriba y sobre el final de la mesa de Slytherin. Cerca de allí, el fantasma del Barón Sanguinario, sacudía la cabeza en una cruel diversión.

Las clases se convirtieron en laboriosos asuntos mientras las ventanas llenas de deslumbrante nieve blanca y crepitante escarcha, rogaban por muñecos de nieve y bolas de nieve para lanzar. El techo del Gran Comedor se infundió de onduladas nubes grises, cargadas con más nieve todavía por venir. Las chimeneas se avivaron al máximo, por lo que el castillo fue a la vez glacialmente frío (siempre que uno no estuviera a veinte pies de una estufa o chimenea) y con un calor insoportable (cuando lo estaba). Según la tradición, Hagrid derribó y erigió un monstruoso pino en la esquina del Gran Comedor, donde fue afanosamente decorado por el profesor Flitwick y su clase de primer año de Encantamientos. El aroma salvaje de agujas de pino frescas, se mezcló con el aroma cálido del pan de jengibre y las galletas de menta que llenaban los platos de postre la mayoría de las noches.

El último miércoles antes de Navidad, James, Rose y Ralph se encaminaban desconsoladamente hacia la torre de astronomía cuando Albus corrió sin aliento hacia ellos, con las mejillas encendidas de color rojo en la luz del día frío.

—¡A que no adivinan! —jadeó, sonriendo. —¡Todos vamos a pasar las vacaciones en la Madriguera! ¡La abuela Weasley, el tío George, la tía Angelina y todo el mundo estarán allí! ¡Incluso Luna Lovegood y ese bastón caminante con el que se casó! No estará Dominique (ella está pasando las vacaciones esquiando con un montón de amigos de Beauxbatons, pero eso no es una gran pérdida, ¿verdad?)

—¿En serio? ¿Navidad en la Madriguera? —Rose intervino con entusiasmo.
—¡Eso es excelente! ¿Cómo te enteraste?

—Un correo de mamá y papá, —respondió él, buscando a tientas en su mochila una carta arrugada. —Acabo de recibirla esta mañana. Me dijo que corriera la voz a todos ustedes. Lily y Victoire casi se partieron en dos cuando les dije. Sin embargo, todavía tengo que encontrar a Louis.

—Si no le decimos, ¿significa que él no estará allí? —preguntó Rose, entrecerrando los ojos.

—¡Rose! —James exclamó, ahogando una risa.

—Estoy bromeando, —admitió a regañadientes. —Pero si trata de “practicar” más de su *artis decerto* en mí, te juro que voy a llenar sus regalos con babosas.

—También estás invitado, Ralph, —Albus añadió, metiendo la carta en su mochila. —Tu padre estará allí. Él mismo firmó la carta, junto con mis padres, el tío Ron y la tía Hermione. Supongo que sólo estaban tratando de llegar a todos nosotros en un solo golpe, por lo del lío con el correo.

—¿Significa eso que Grudje leyó la carta antes que nosotros? —preguntó James deliberadamente.

—Él o el Profesor Votary, —Albus se encogió de hombros. —Yo recibí la carta por correo interno de la casa. Beetlebrick la entregó en la oficina de Grudje, ya que él es un prefecto. Pero aquí viene lo bueno: ¡no vamos a ir a casa en el Expreso de Hogwarts!

—¿Qué? —Ralph frunció el ceño. —¿Por qué no?

Albus miró con entusiasmo de cara a cara. —¡Vamos a viajar por Trasladador!

—¡No! —Rose resopló. —Pero... ¿por qué?

—Tu mamá movió algunos hilos en el Departamento de Transporte Mágico, —dijo Albus. —Supuse que eso ahorraría un montón de tiempo tratando de

coordinar los viajes para todos. Supongo que es bueno tener padres que trabajan en puestos altos, ¿eh?

—Entonces, ¿dónde está el Traslador? —preguntó James, con una oleada de emoción brotando de él. —¿Lo enviaron ya?

Albus sonrió. —¡Totalmente! Vino con la carta. Sólo es un suéter viejo de Navidad un poco raído. Creo que la abuela Weasley lo hizo para el tío Ron cuando todavía era un estudiante aquí. No funcionará hasta el momento adecuado, y no funcionará en absoluto aquí en terrenos de Hogwarts. Vamos a tener que hacer un paseo a la estación de Hogsmeade con todos los demás y utilizarlo allí.

—Entonces, no hay que empacar, —dijo Rose, pensativa. —No podemos llevar equipaje a través del Traslador.

—Supongo que nuestras familias traerán todo lo que necesitemos, —James sugirió. —Ellos van a estar viajando por medios normales, probablemente.

—De cualquier manera, —Albus concluyó felizmente, —¡esto va a ser endemoniadamente brillante!



James se quedó dormido el siguiente sábado por la mañana. Fue despertado por un golpe en la ventana al lado de su cama. Con ojos legañosos, parpadeó al cegador resplandor de la nieve, y luego se sorprendió cuando una figura golpeó torpemente contra ésta. Era Nobby, que sin éxito, escarbaba con una percha en la helada cornisa fuera de la ventana. James se quitó las mantas, ya al darse cuenta de lo que había sucedido y maldijo para sus adentros.

—¡Lo siento, Nobby! —dijo, abriendo la ventana y dejando que el ave espolvoreara nieve con una ráfaga de aire invernal. —Estuve en pie hasta muy tarde cuando trataba de contactar a Zane en el Espejo. Quería ver si él iba a estar en la Madriguera con nosotros. Siento que no puedas venir. Los búhos no pueden ir por Traslador.

Nobby revoloteó hasta la mesita de noche sacudiéndose copos de nieve de las plumas. Impaciente, extendió su pata, revelando la nota atada allí. James la recuperó apresuradamente.

¿DÓNDE ESTÁS? ¡HAGRID SALE EN CINCO MINUTOS!

No estaba firmada, pero James reconoció la letra de Rose, por supuesto. Arrojó la nota a un lado, metió las piernas en un par de jeans y se puso un suéter mientras corría por la escalera de caracol. Sin embargo, en el último paso, se acordó de la historia del sueño de Petra. Tenía la costumbre de llevarla con él donde fuera, por razones que no acababa de entender, pero que sentía importante, no obstante. Se dio la vuelta en las escaleras y salió corriendo hacia el dormitorio.

—¡Oh! —dijo, al ver a Nobby todavía en pie en su mesita de noche. El ave ladeó la cabeza hacia él con sarcasmo. James sacudió la cabeza y corrió hacia la ventana. —Adelante, vete. ¡Ten una buena Navidad! Come toneladas de ratones y todo eso.

Nobby chasqueó su pico y casi pareció poner sus grandes ojos dorados en blanco. Con un aleteo de sus alas, se lanzó de la mesa y salió por la ventana. James la cerró de golpe y corrió el cerrojo. Un momento después, cayó de rodillas delante de su baúl y comenzó a buscar desordenadamente a través de él. Su mano derecha se encontró con el bulto del pergamino de Petra en el mismo momento que su mano izquierda rozó una inesperada forma áspera. Sacó ambas manos y examinó la de su izquierda. Una leve raspadura formó una pálida línea detrás de su pulgar. James frunció el ceño y luego se asomó a su baúl, buscando el objeto que lo había arañado.

Una pequeña y densa forma estaba incrustada en el dobladillo de la túnica de la escuela. James la sacó y separó los pliegues, revelando el objeto atrapado.

—La Yuxa Baslatma, —se dijo. Recordó ser enganchado por las fresas de la mágica y profética planta en el aula del profesor Avior, cuando el profesor las confiscó alegando que Zane las había robado. Una de las fresas, sin embargo, se había quedado incrustada en el traje de James todo este tiempo, a la espera de ser encontrada. James pensó en ese día y trató de recordar que las fresas de la profética planta se habían acercado.

—La Pregunta Que Más Te Aflige, —susurró con sus ojos muy abiertos mientras miraba hacia abajo a la espinosa y marrón fresa.

Con cuidado, desprendió la fresa de su túnica. Echando un vistazo a las profundidades de su baúl nuevamente, se encontró con un pedazo muy viejo de chicle Drooble. Lo desenvolvió, se metió rápidamente el duro trozo de goma en la boca, y luego plegó la fresa en la envoltura.

Metiendo la historia del sueño de Petra y la fresa envuelta en sus jeans, James se puso de pie y corrió por las escaleras de caracol.



Hagrid llevó a los siete a la estación de Hogsmeade con el último viaje de estudiantes de Hogwarts. James saltó del enorme carro, uniéndose a Albus, Lily Rose, Ralph, Louis y Victoire en la plataforma de hielo.

—Que tengan una buena Navidad, —Hagrid gritó desde el asiento alto del conductor, y luego se inclinó hacia un lado y le guiñó un ojo teatralmente a James.

James parpadeó hacia él. —Er, tú también, Hagrid.

Hagrid asintió con sus mejillas rojas como manzana y su salvaje pelo mate con motas de hielo. Sus ojos brillaron como escarabajo negro. —Los veré mucho *cuando vuelvan*, entonces, ¿eh? —él les guiñó un ojo de nuevo, por segunda vez.

—Claro que sí, Hagrid, —Lily respondió, frunciendo el ceño. Miró a un lado a James y a Rose.

Detrás de ellos, Louis se abrazó a sí mismo por el frío. —Vamos, vamos, —dijo. —Aquí está helado como el trasero de una banshee.

—Qué lenguaje, —Victoire resopló con sus palabras formando bocanadas blancas en el aire. Ajustó su pequeño sombrero de piel y metió las manos en un manguito a juego. —Pero Louis tiene razón. Este frío no es bueno para nuestra piel.

—¡Eso no es lo que dije! —Louis protestó.

—Sigamos bajo el toldo donde hay menos nieve, —dijo Albus enérgicamente, blandiendo un paquete blando bien envuelto en papel y cordel. —El Traslador se activará a las diez en punto.

El grupo hizo su camino a lo largo de la plataforma de nieve cuando el Expreso de Hogwarts comenzó a traquetear ruidosamente, con espectaculares masas de humo negro hacia el cielo. Sus enormes ruedas de color carmesí giraron en sus vías, chirriando metal sobre metal, y luego desaceleró en una laboriosa marcha. Con un avance lento, el gran tren salió de la estación y sin parar, empezó a ganar velocidad. James observó las ventanas que pasaban y vio las confusas caras de sus pasajeros, sus compañeros de clase, riendo mientras se acomodaban en sus asientos, relleno sus abrigos y sombreros en los estantes de arriba. Muy pronto, el último vagón pasó, arrastrando una cortina de aire y humo salpicado de nieve, y el tren se fue, con su agudo silbido ya resonando en el bajo valle.

—Espero que hayas estado manteniendo una estrecha vigilancia sobre esa cosa, —comentó Louis cuando Albus puso su paquete en un banco y desató el cordel.

—No, lo presté para jugar Winkles y Augers, —respondió Albus. —Dejé que el resto de los Slytherin lo utilizaran para prácticas de tiro en el campo. ¿Qué crees, genio?

—Bien, —Louis resopló, —Es nuestro único medio para llegar a casa ahora. Si el hechizo *Portus* ha sido alterado o manipulado de alguna manera, no hay forma de saber a dónde vamos a terminar.

Victoire sacudió la cabeza con disgusto. —Estoy segura de que Albus ha tenido cuidado con él. No tiene la costumbre de permitir que importantes herramientas mágicas caigan en las manos equivocadas.

—¿Te refieres a James, aquí? —Louis dijo enfáticamente, volviéndose hacia su hermana. —Todos hemos oído acerca de cómo Filch terminó con la capa de invisibilidad. Eso fue muy astuto.

—Cállate, Louis, —dijo Lily suavemente, —o Rose lo hará por ti.

Louis miró a Rose, quien lo fulminó con la mirada. Volvió a mirar a Victoire en busca de ayuda, pero ella se encogió de hombros imperiosamente.

—¿Qué pasó con Hagrid? —preguntó Ralph. —Seguro que estaba actuando raro, ¿no?

—Es Hagrid, —Victoire resopló. —¿No es inusual en él actuar raro?

Justo en ese momento, la campana de la torre del reloj de Hogsmeade comenzó a sonar, su repique resonó a través de los árboles desnudos y los tejados con cubierta de nieve.

—Es hora, —Albus dijo emocionado, tirando el envoltorio abierto y revelando cuidadosamente doblado, un suéter viejo y algo raído. Era de burdeos con una gran letra R dorada tejida en el centro. Albus miró a los demás cuando se reunieron alrededor. —Todos ustedes han viajado por Traslador antes, —dijo mientras la campana de Hogsmeade continuaba sonando. —¡Es todo, entonces! ¡Todos agárrense y manténganse juntos!

Él se inclinó hacia delante, al igual que las otras seis manos. Cada uno agarró un puñado del viejo suéter. Un instante después, James sintió la familiar (aunque bastante desagradable) sensación de un gancho agarrándolo del medio y tirándolo bruscamente hacia adelante.

Su último pensamiento, cuando la estación de Hogsmeade pasó por delante de él y desapareció en un punto, fue que había olvidado sus gafas y su madre probablemente lo mataría por eso.

Una fría y borrosa ráfaga estalló sobre él mientras sostenía fuertemente el suéter. Un instante después, un suelo duro se materializó debajo de él y se tambaleó, apenas manteniendo el equilibrio. Soltó el suéter y se golpeó con Victoire, chocando con su sombrero.

—¡Ay! —ella gritó estridentemente. —¡Cuida tus gigantescos pies! ¡Pisaste mis dedos!

—Lo siento, —dijo Ralph, todavía agitándose para mantener el equilibrio. — Nunca me acostumbraré a eso.

—¿Dónde estamos? —preguntó Albus. —Esta no es la Madriguera. ¿Lo es?

—¡Te lo dije! —exclamó Louis. —¡El Traslador se dañó de alguna manera! ¿Quién sabe dónde terminamos?

—¡Cállate, Louis! —Lily regañó con preocupación.

—Se ve como un ático, —Rose comentó, moviéndose lentamente hacia adelante. Empujó una masa de tela a un lado que cayó pesadamente, levantando una nube de polvo y revelando una ventana redonda, opaca de mugre y pálida por la luz del día.

—Es un ático, —dijo James, uniéndose a Rose cerca de la ventana. —Pero no es la Madriguera, eso es seguro. —llegó a la ventana para frotar la suciedad y mirar hacia afuera, cuando de pronto, un crujido llegó desde la oscuridad detrás de ellos.

Los siete estudiantes saltaron y se quedaron sin aliento, dando media vuelta hacia el sonido. No había nada que ver, pero había un techo abruptamente inclinado por ambos lados, destacando unas sombras impenetrables. Entonces, crujiendo, unos pasos comenzaron a acercarse desde la oscuridad.

—¡Varitas! —Victoire susurró bruscamente. James la oyó y la sintió batiendo la suya fuera de su manguito. Él sacó la suya, al igual que los demás. Poco a poco, se apartaron de la oscuridad cuando los pasos se acercaron, golpeando lentamente en el viejo suelo de madera. James sintió el frío cristal de la ventana en su espalda mientras chocaba contra ésta. Levantó la varita temblorosamente con el puño extendido. Junto a él, la varita de Ralph vibró en su mano, con su punta verde lima contra la oscuridad.

Un par de grandes y desnudos pies comenzaron a emerger de las sombras, seguidos por unas sorprendentes y cortas piernas nudosas y un viejo y sucio taparrabos. Cuando la figura emergió plenamente a la luz miró hacia los estudiantes, con sus ojos entrecerrados mostrando nada más que cansada paciencia. Sostenía un plato en su mano derecha, cargado de siete tazas humeantes.

—Sidra caliente para los jóvenes amos y amas, —dijo con un gruñido profundo. Como una especie de reticente idea de último momento, añadió, —y puedo ser el primero en desearles a todos... una feliz Navidad.

—¡Kreacher! —Lily estalló aliviada. —¿En serio eres tú?

James negó con la cabeza, atrapado entre rugidos de ira y riendo a carcajadas. —Pero... ¿dónde estamos entonces?

—Sí, —Victoire exigió, apretando sus puños en las caderas. —Esta no es la Madriguera.

—Mis disculpas más humildes, amos y amas, —Kreacher se quejó, bajando la cabeza superficialmente. —Fue idea de sus padres. No habrá Navidad en la Madriguera en estas vacaciones, a pesar de lo que a ustedes (y a muchos otros) les han hecho creer. Me temo que en su lugar la van a pasar aquí... en el número 12 de Grimmauld Place.



Capítulo 10

Una Navidad Clandestina

—No puedo creer que olvidaste tus gafas —Ginny Potter sacudió la cabeza con estridencia, desempacando su maleta y separando una pila de ropa para James y Albus. —¡Si sólo las hubieras llevado cuando se supone que debías hacerlo no las hubieras dejado atrás cuando viajaras por vacaciones!

—Sabía que explotarías como un caldero por eso —suspiró James, haciéndose para atrás mientras su madre se movía por la habitación, metiendo la ropa doblada en los cajones de la cómoda y levitando las maletas hacia un estante alto. —Me desperté tarde, mamá. Apenas tuve tiempo para vestirme. ¡Tienes suerte de que esté usando pantalones!

—Sin embargo te las arreglaste para recordar tu varita —su madre comentó bruscamente. Empujó una pila de ropa doblada en sus brazos y se volvió hacia

Rose, que estaba observando desde el vestíbulo con una sonrisa satisfecha en su cara. —Rose, ¿James usa sus gafas en clases?

—Nunca ha ocurrido —contestó Rose inmediatamente.

Ginny se volvió y miró a su hijo.

—¡Ella no está en todas mis clases! —insistió James —¿Cómo podría siquiera saberlo?

Albus pasó junto a Rose y cogió un montón de su ropa que estaba sobre la cama. —No creo que los haya llevado alguna vez desde que comenzó la escuela —comentó alegremente. —Le he dicho que debería hacerlo. Le he dicho "No hay cura mágica para la mala visión".

—¡Nunca lo has dicho! —exclamó James furiosamente.

—¡Basta! —Ginny negó con la cabeza. A James, le dijo —Te pones las gafas cuando debas usarlas o le diré a tu padre y él te las hechizará de forma permanente en tu cara. Y tú —se volvió hacia Albus —No seas un agitador. El día que des consejos útiles será el día que yo gane la Copa Mundial de Quidditch —con eso, ella salió de la habitación, James, Rose y Albus sobre sus talones.

—¿Entonces por qué estamos aquí en Grimmauld Place en lugar de la Madriguera, mamá? —preguntó Albus, imperturbable.

Ella suspiró, —Pregunta a tu padre. O a cualquiera de tus tíos. Todo esto fue plan de ellos. No es que esté en desacuerdo —agregó. —Es sólo que pueden explicarlo mejor, si desean explicarlo.

Rose miró a James y Albus, y luego se volvió hacia las escaleras, subiendo de dos en dos a la vez. Albus y James la siguieron, golpeando los escalones al subir. Ralph estaba en el rellano del segundo piso con Lily, ambos mirando el retrato de la anciana Señora Black en su alcoba con cortinas.

—Ha estado inquieta últimamente —Lily estaba diciendo —No es tan odiosa y vil como solía ser cuando gritaba y maldecía a los mestizos en su casa. Pero aun así, desde la Noche de la Revelación...

James se detuvo en el rellano y miró a la Sra. Black en su marco. Años antes, la familia había descubierto accidentalmente que el retrato odioso podía ser apaciguado con la televisión muggle, y se había apresurado la pintura de uno a la derecha del lienzo. Normalmente, los programas de conversación y dramas legales la mantenían en una especie de trance. Ahora, sin embargo, ella murmuraba para sí misma agitada, ocasionalmente despertaba lo suficiente para mirar fuera de su marco, retrocediendo horrorizada por la vista de los que estaban en el rellano.

—Profanación —dijo entre dientes, con los ojos clavados desde la pintada y parpadeante televisión hacia Ralph y Lily. —*Impuros...* La casa de mis padres...

James miró más de cerca a la televisión en su pintura. En ella, un programa de noticias tronaba, mostrando una escena de los líderes mundiales reunidos en una mesa larga. Era muy posible, James pensó, que su propio padre haya aparecido en las noticias, de pie en el fondo mientras los acuerdos eran firmados, resguardando el Voto de Secreto con los gobiernos muggles sospechosos. Tal vez esto era lo que estaba agitando a la anciana Sra. Black.

—Los mundos mágico y muggle están más cerca de lo que han estado en siglos —la voz de un hombre comentó desde cerca. James se giró, al igual que los demás, vieron a su Tío Percy, sus ojos graves estudiaban la televisión. —Walburga Black no es la única persona que siente esto. Vivimos en tiempos interesantes, niños.

—Hola tío Percy —dijo Lily, acercándose al hombre y poniendo sus brazos alrededor de él. Percy la abrazó, y luego miró a su alrededor a los otros. James pensó (y no por primera vez) que su tío había cambiado mucho desde la muerte de su hija adoptada, Lucy. Su pomposidad había sido sustituida por una especie de aburrida gravedad, una mirada encantada de que nunca estuvo totalmente ausente de su mirada.

—Molly, tía Audrey y yo recién llegamos. Todavía están en la cocina —ofreció una débil sonrisa. —Parece que vamos a estar hacinados estas vacaciones, ¿cierto? Es algo bueno que nos guste a todos.

Albus se encogió de hombros. —No me importaría si James se hubiera quedado atrás en Hoggies. Él ronca.

—Mentira —James empujó a su hermano. —Tus pies apestan tanto que es como si un Gusarajo hubiera muerto bajo tu cama.

—Alto —dijo Lily con dulzura, caminando entre sus hermanos mientras Percy subía los escalones. —No hay punto en discusión. *Ambos* están bien.

Detrás de ellos, Rose bajó fuertemente los escalones restantes. —Voy a ver de qué se trata todo esto.

—¡Rosie! —la voz de un hombre llamó cuando ella pasaba frente a la sala de estar. Rose sonrió y pasó a través del arco, seguido por James y Ralph. En el interior, la chimenea ardía con fuego de duende, crepitando de forma inaudible y sin hacer ningún tipo de humo. Sentados alrededor de ella en un montón de muebles viejos dispares, estaban tres hermanos Weasley, Ron, Bill y Charlie. Luna Lovegood también estaba ahí, envuelta lánguidamente a través del regazo de su nuevo marido, Rolf Scamander, quien se sentó de golpe en un sillón de respaldo alto, sus lentes gruesos aumentaban sus ojos a una expresión de sorpresa perpetua.

—¡Papá! —exclamó Rose, arrojándose sobre el regazo de su padre.

—¡Tío Bill! ¡Tío Charlie! —sonrió Albus, caminando hacia el sofá y apretándose entre sus tíos.

—¡Pequeño bribón! —sonrió Bill, desordenándole el pelo. —¿Cómo están las cosas en las mazmorras? ¿Mantienes a las serpientes de Slytherin ordenadas?

Charlie dio un codazo a Albus cariñosamente. —Dios sabe que necesitan un Potter ahí para recordarles cómo son las cosas.

—Me temo que los tiempos han cambiado, queridos tíos, —respondió Albus con tristeza. —Son los Gryffindor quienes son soplones y deshonestos en estos días. Hace solo unas semanas, James casi hizo que nos expulsaran a todos por estar despiertos fuera de horario, enviando mensajes ilícitos y otras cosas.

—Hemos oído hablar de eso —dijo Bill, señalando hacia Ron. —Fue brillante, James. Eres el orgullo de la Orden.

James sonrió a su tío y sintió un rubor en sus mejillas. —¿La Orden? —preguntó, levantando una ceja.

—Cállense ustedes —dijo Luna, levantando su taza. —Es Navidad. No hablaremos de esas cosas.

—Por ahora al menos —estuvo de acuerdo Ron. Sonrió hacia Rose, que se acurrucó en su regazo. —¿Cómo estuvo el Traslador?

—Bien —respondió ella. —Pero la Abuela Weasley probablemente te da una zurra hechizándote por usar tu viejo suéter. Así que ¿Por qué nos reunimos aquí en lugar de la Madriguera, como se suponía que lo haríamos?

—No hay nada malo con el viejo Grimmauld Place —respondió Bill de buena gana. —Me atrevo a decir que Kreacher lo hace tan festivo como una castaña. Porque cuando llegamos tenía esas viejas cabezas de elfo cantando villancicos.

—¡No! —exclamó Albus. —¡Él ha estado tratando de hacer eso durante años, pero mamá no lo permite!

Luna sonrió. —Ella ha estado un poco ocupada tratando de arrastrarnos a todos aquí. Aun así, me gusta el canto. Es curioso... poco convencional.

Detrás de ella, Rolf asintió de manera significativa. James sabía por qué: pocas personas apreciaban (o se identificaban) con las curiosidades poco convencionales tanto como Luna Lovegood-Scamander.

—En serio —dijo James, dejándose caer en el brazo del sofá junto a su tío Bill. —¿Por qué aquí? Ustedes enviaron una carta a Albus diciendo que viajaríamos en Traslador hacia la Madriguera, y luego nos trajo aquí en su lugar. Y justo ahora mencionas "La Orden"...

—Cambio de planes de último minuto —dijo Charlie, agitando una mano en el aire. —Tu papá lo sugirió hace unos días y a todos nos encantó la idea. No digo más, y aquí estamos todos.

—Y con fuego de duende en la chimenea —dijo Rose, animándose en el regazo de su padre, y entrecerrando los ojos. —No hay humo de la chimenea.

—Muy astuto —agregó Albus, volviéndose a mirar de cerca a su tío Charlie. —Ustedes están escondiendo algo. ¿Qué es?

—Mentira —dijo Ron con firmeza. —Dejen de ser tan malditamente desconfiados, todos ustedes. Hay más dormitorios aquí que en la Madriguera, es tan simple como eso. Y hemos encantado el ático para funcionar como un dormitorio para todos ustedes. Lo vieron cuando llegaron por primera vez.

—Si encantaron el ático —dijo Rose, ladeando la cabeza, —No tienen mucha idea de lo que es un dormitorio.

—Maldita sea —murmuró Ron, poniéndose de pie y dejando a su hija en la silla detrás de él. —Pensé que Hermione lo estaba haciendo. Y ella probablemente pensó que yo lo estaba haciendo. Y ahora ella está ayudando a Ted Lupin para conseguir un árbol. Hablando en serio, ella es mucho mejor transfigurando muebles que yo...

Pasó por el arco, y luego se detuvo, mirando hacia atrás con severidad. Señaló a los tres estudiantes, uno por uno. —Todos ustedes, mantengan sus narices en sus propios asuntos. No está ocurriendo nada sospechoso... —se detuvo, al ver la expresión en el rostro de Rose. —Y estoy perdiendo totalmente el aliento, ¿no?

—Nunca has sido capaz de mentir, papá —negó con la cabeza Rose. —Lo siento. Eres demasiado honesto por naturaleza. Déjasele al tío Charlie.

—Toda la razón —Charlie estuvo de acuerdo, izando una jarra de sidra. —Déjalos ser, Ron. Lo descubrirán pronto. Nosotros lo hubiéramos hecho a su edad.

Ron se puso furioso en silencio por un momento, y luego pareció resignarse con un movimiento de cabeza. —Luna tiene razón —se encogió de hombros. —Es Navidad. No vamos a hablar de esas cosas —suspiró profundamente y le dio una pequeña sonrisa. —Tengo un ático que transfigurar. ¿Quién quiere ayudarme?

—Yo voy —Albus saltó impaciente. —Quiero literas cuádruples, todas hacia arriba y James en la de más abajo.

—¿James? ¿Rosie? —incitó Ron.

—No, gracias —dijo James, poniéndose de pie. —Quiero ir a saludar a todos los demás.

—Yo también —dijo Rose rápidamente, uniéndose a él.

Ron puso sus ojos en blanco. —Son tan transparentes como fantasmas. Bien. Vayan a ver qué secretos pueden desenterrar. Pero les digo, están perdiendo su tiempo.

En eso, resultó que el tío Ron estaba en lo cierto.

La Abuela Weasley, para sorpresa de nadie, estaba en la cocina, rodeada de rayos de sol brillantes provenientes de las altas ventanas y el cálido aroma del horno. Tazones se agitaban a sí mismos muy ocupados en la tabla de picar mientras una gran cuchara de palo rápidamente llenaba moldes para hornear con masa de galletas crudas. Fleur estaba con ella, luciendo innecesariamente enérgica en un delantal blanco inmaculado, con el pelo rubio recogido en coletas festivamente con cintas.

—Buenos días, James, Rose —la Abuela Weasley cantó alegremente, quitando el polvo de las manos en el delantal y atrayéndolos a un mutuo y aplastado abrazo. —¡Es tan bueno tenerlos a todos aquí! ¿Dónde están los otros?

—La mayoría en el piso de arriba —sonrió Rose, apretando a su abuela lo más fuerte que pudo. —Convirtiendo el ático en un hostal.

Fleur comentó enérgicamente, —Con toda la magia que están vertiendo en esta casa, no sería raro que le crecieran piernas y nos echara a la calle. Agregando plantas, ampliándolas, reduciéndolas. ¡Es más de lo que una vieja casa puede soportar!

—¿Quién está alargando cosas y añadiendo habitaciones y pisos? —preguntó James con tanta naturalidad como pudo, pero su abuela simplemente agitó una mano hacia él.

—No te importa eso. Si vas a pasar por la cocina, podemos utilizar tu ayuda, la de los dos. No es una tarea fácil cocinar y hornear para una familia de este tamaño, especialmente con todos estos visitantes adicionales e invitados inesperados.

—¿Quién es inesperado? —presionó Rose. —¿Hay más personas que vienen?

—¿Y dónde está Papá? —agregó James. —¿No me digas que está viajando de nuevo?

—Esas son preguntas para tus tíos —Fleur negó con la cabeza, levantando la bandeja de galletas y abriendo el horno con un movimiento de su varita. —Ellos te dirán todo lo que necesitas saber.

James puso sus ojos en blanco. —¡Ya se lo pedimos! Y no nos dicen nada.

—Bueno, entonces supongo que no necesitas saber, ¿cierto? —respondió secamente la Abuela Weasley. —Ahora vete de aquí o ponte a trabajar. ¿Qué harás?

La respuesta era obvia. James y Rose se lanzaron a través de la cocina iluminada por el sol y abrieron la puerta de la bodega con un crujido. Ellos bajaron sonoramente por las escaleras hacia la oscuridad tenebrosa.

La bodega había sido una vez un comedor destartado. Ahora, la antigua mesa había sido sustituida por una colección de sofás y sillas viejas, formando una confortable sala común en mal estado, todas centradas alrededor de una enorme estufa oxidada. Para James, la hacinada y baja habitación parecía más bien como el sótano de su antigua residencia de Alma Aleron, la Casa Pie-Grande.

Voces hacían eco desde un lugar cercano a la estufa encendida.

—Grudje tiene la última palabra cuando se trata de la facultad —George Weasley estaba diciendo oscuramente. —Dudo incluso que Harry pueda hablarle al Ministro de ella.

—Harry es persistente —una voz de mujer contestó. —Además, la ley es la ley.

Mientras James y Rose se acercaban, vieron a Angelina, la esposa de George, sentada junto a él en el sofá... Ella levantó la mirada hacia ellos y sonrió.

—¡Justo a tiempo! ¡Buenos días James, Rose! ¡Y Feliz Navidad!

—Para ti también, Tía Angelina —suspiró Rose con frustración. —¿Ustedes dos nos dirán que está pasando?

—¿Por qué debería estar pasando algo? —respondió Tío George, mirando tensamente el resplandor de la estufa.

James se arrojó sobre una silla cercana. —No empieces. Tú más que nadie, Tío George.

—No vamos a decirles lo que son sus regalos, no importa cuántas veces pregunten —bromeó Angelina.

—¿Qué está pasando con el Tío Harry y el Director Grudje? —suspiró Rose, hundiéndose en el sofá junto a Angelina. —¿Y han oído lo terrible que es, por cierto? Él ha dado a Filch un tipo de bastón mágico y lo dejó libre para montar su pequeño reino del terror.

Angelina asintió, su sonrisa creciendo en la oscuridad. —Hemos escuchado todo. Créeme.

—Aquí viene —dijo de pronto George, saltando hacia adelante y agarrando la manija de la puerta de la estufa. Con un chillido, él la abrió, revelando las brasas en el interior. James se asomó a la luz casi cegadora, esperando ver una cara aparecer ahí. En cambio, los carbones se encendieron verde brillante y destellando con flamas. Cuando las llamas se evaporaron, Harry Potter estaba parado ahí, vestido con su capa de invierno, un traje elegante se veía apenas debajo de ella.

—¡Papá! —proclamó James, saltando. Se trasladó al lado de su padre, sólo ahora dándose cuenta lo mucho que lo había extrañado.

—James —su padre le dio una cálida bienvenida, poniendo firmemente un brazo alrededor de sus hombros y apretándolo. Un momento después, la estufa brillaba verde de nuevo y Harry sacó a su hijo a un lado dejando espacio. Otra

figura salió de las llamas, éste luciendo decididamente más desaliñado, su pelo lacio y oscuro, cayendo sobre su cara. Cuando se enderezó y barrió el flequillo a un lado, James reconoció la figura y se quedó sin aliento.

Rose se levantó de un salto. —¡Profesor Longbottom! —exclamó.

El profesor sonrió con cansancio y sacudió la ceniza de sus hombros. — ¿Huelo galletas? —preguntó débilmente. — Estoy muy hambriento.



—No es que sea secreto —Harry Potter explicó más tarde, caminando de habitación en habitación en el tercer piso con James, Rose y Ralph sobre sus talones. — Simplemente es algo que no te interesa. Es sólo trabajo.

—Pero tú eres el *Jefe de los Aurores*, Tío Harry —respondió Rose, siguiendo a Harry hacia la habitación de la esquina. — ¡Tu trabajo es totalmente emocionante! ¡De verdad!

Harry le sonrió, y luego agitó su varita lentamente alrededor de la habitación, escaneándola con una luz púrpura pálida. James lo reconoció como un hechizo *Ravaelio*, destinado a descubrir objetos ocultos o encantamientos secretos. Harry habló mientras barría la habitación. — Te sorprenderías de lo aburrido que puede ser el trabajo de un Auror, Rose. Pregúntale a tu padre. La reunión de mañana en la noche será tremendamente aburrida. Me excusaría de no poder ir si pudiera. Venir y unirme a ustedes en el ático a jugar Winkles y Augers o naipes explosivos. Considérense afortunados.

—No creo eso ni por un segundo —dijo James con firmeza. — ¿Qué pasa con todo el secretismo entonces? Haciendo creer a todos que iríamos a la Madriguera,

Fuego de Duende libre de humo en la chimenea, revisando la seguridad de cada habitación. Esto es más que solo el viejo trabajo del Ministerio.

—Yo no he dicho que no era grave —respondió Harry suavemente. —Sólo dije que sería aburrido. No es como en los viejos tiempos cuando había un solo bando en la dominación del mundo. De cierta forma era más fácil. Es más rápido sacar un infierno gigante que miles de incendios forestales.

—¿Qué hay con El Coleccionista? —preguntó Ralph, mirando mientras Harry inspeccionaba un cajón sospechosamente brillante revelado por la luz púrpura. — Seguro que parecía empeñado en alguna dominación mundial malévola.

Harry abrió el cajón, dejando al descubierto una pequeña poltergeist en la forma de una mujer gorda con cara de caballo y alas de murciélago. Miró a Harry, tomó un par de cucharas más grandes que sí misma y comenzó a golpearlas entre sí. —Viktor Krum me habló de eso —dijo Harry, alzando la voz sobre el resonar de las cucharas. —Él y Los Harriers todavía están en Nueva Ámsterdam manteniendo un ojo en el báculo de Merlinus, que todavía está incrustado en el pavimento. Es aburrido trabajar cuidando un báculo. Si el Coleccionista aparece de nuevo, créanme, ellos lo sabrán. —tocó al Poltergeist con su varita, sorprendentemente suave, y el pequeño fantasma dejó caer las cucharas con estrépito. Sus ojos se cruzaron y apuntaron hacia el cajón, aparentemente dormido. Harry negó con la cabeza hacia él. —Cosas torpes están apareciendo en los lugares más extraños, últimamente. Bastante inofensivas, aunque un poco molestas.

—Papá —dijo James con seriedad. —El hombre se hace llamar *El Coleccionista*. Esclavizó un montón de pobres muggles y los hizo ayudar a construir algo, posiblemente una súper arma de algún tipo llamada La Red Morrigan. Dijo que tenía a un brujo ayudándole.

—Eso es lo que los brujos hacen —comentó Harry, pasando a James mientras se dirigía de vuelta a la sala. —Guerra mágica es la descripción de lo que hacen. Pero en serio James, ya no queda ninguno de ellos. La mayoría fueron encarcelados hace muchos años atrás, cuando los mortífagos empezaron a girar entre sí para salvar su propio pellejo. Es más creíble que este tipo Coleccionista tenga un unicornio rosa que un socio Brujo.

—¿Pero y si es ese loco vicioso que escapó de Azkaban? —insistió James, siguiendo a su padre por el pasillo. —¡Worlick! La razón por la que lo capturaste era porque estaba gestando todo tipo de hechizos oscuros y pociones, ¿verdad? ¡Y luego la Dama del Lago lo saca de prisión! ¿Y si es el último Brujo que hay y ellos lo necesitan para crear la peor arma mágica de todas, La Red Morrigan?

Harry se detuvo en el pasillo y volvió a mirar a su hijo. —¿Quiénes son "ellos"?

James se detuvo. —Bueno, la Dama del Lago y El Coleccionista. Creemos que... bueno, *creo* que pueden estar trabajando juntos.

Harry estudió a su hijo durante un largo rato, y luego miró a Rose y Ralph. — Cuando yo era un niño —dijo, dándoles toda su atención, —No le dije a los adultos en mi mundo todo lo que sabía. No hablé acerca del basilisco, ni que oí silbidos en las paredes. No pedí ayuda para descifrar el diario de Tom Riddle. Detuve intentos de "ayuda" de Dobby. ¿Y sabes por qué? —él levantó las cejas. —Porque temí que nadie me creería. Creciendo en la familia que tuve... bueno, digamos que no me dio una particularmente alta impresión sobre la fiabilidad de los adultos.

Harry se giró y se dejó caer en una rodilla, acercándose a su hijo, Rose y Ralph. —Tú eres mucho mejor de lo que yo era entonces, sin embargo. Has traído tus inquietudes a nosotros. Y la última cosa que quiero ser... es el adulto que siempre temí cuando tenía tu edad. Así que ahora escúchame. Yo creo lo que vieron en Nueva Ámsterdam. De hecho, lo creo tan firmemente que he estado pensando seriamente si debiera castigarte por ir ahí en primer lugar, o felicitarlos por su pura suerte perfecta para escapar de esas bestias sin escrúpulos. Si Krum y los Harriers no hubieran estado ahí... —sacudió la cabeza y los miró. —Bueno, basta con decir que he dicho a sus madres una versión bastante editada de la historia, salvándolos de tener que ser encantados con una cuerda de seguridad a Hogwarts. —para Ralph, añadió —Tu padre sabe todo el asunto, claro. Él estaba conmigo cuando Viktor dio su exposición informativa. Si tuviera que adivinar, él estaba... enojado y orgulloso al mismo tiempo. Preferiría apreciar su respuesta.

—El Coleccionista no es solo un mago engañado causando problemas en Nueva Ámsterdam, Papá —insistió James en voz baja. —Él era poderoso.

—E inteligente —añadió Rose con gravedad. —Sabía quién era James.

Eso llamó la atención de Harry. Él la miró parpadeando. Finalmente, asintió con la cabeza y suspiró. —Me gustaría poder dedicar todos mis recursos para adentrarme en eso —admitió. —Pero estamos muy dispersos ya. Aun así, *vamos* a echar un vistazo. Lo prometo. Junto con... todo lo demás. —negó con la cabeza.

Ralph aceptó esto estoicamente. —Supongo que es lo suficientemente bueno para nosotros, entonces. ¿Cierto?

Rose y James se encogieron de hombros.

—Entonces, ¿Podemos ir a la reunión de mañana por la noche, Tío Harry? —preguntó, sonriendo dulcemente. —¿Por favor?

—No —Harry sonrió. —Pero les diré lo que haré. Voy a poner a Kreacher fuera de la puerta del ático para asegurarme de que todos están a salvo de cualquier intento de colarse hacia abajo y espiar. ¿Cómo está eso?

James puso los ojos en blanco. —Realmente eres un poco aguafiestas, Papá.

—Para eso son los papás, hijo —Harry se levantó y se sacudió su rodilla. —Ahora bien, si no me equivoco, creo que oigo a tu Tía y a Teddy Lupin volviendo con el árbol de Navidad. Vamos. Ese árbol no se va a decorar solo.

—En realidad —dijo Ralph pensativo mientras Harry los llevaba por las escaleras, —Con Kreacher alrededor, muy bien podría hacerlo.



La mañana de Navidad resultó ser una ocasión singularmente estridente y llena de gente en la casa estrecha y muchos dulces siendo comidos, muchos regalos desenvueltos y muchos nuevos suéteres, juguetes y juegos siendo sacados y guardados, y jugados. Voces venían desde las paredes formando una cacofonía de argumento genial mientras Rose, Albus y Louis jugaban un nuevo juego de mesa mágico llamado Hechiza a la Bruja, en que una pequeña bruja mecánica corría alrededor del tablero de juego robando calderos. Esto se salió de las manos cuando la pequeña bruja se escapó del tablero, se lanzó bajo un sofá cercano, y se abalanzó rápidamente tras el viejo gato pelirrojo de Tía Hermione, Crookshanks, quien corrió con el diablillo mecánico gritando. Cerca de allí, James vio a su Tía Fleur probándose un par de guantes rojos que le llegaban hasta el codo, feliz de modelarlos en sus manos delgadas, mientras Victoire miraba celosamente con mala cara, ya aburrida con sus botas nuevas y su relicario bailarín mágico.

James recibió un nuevo suéter de su abuela, al igual que casi todos los demás miembros de la familia, cada uno diferente y único para su portador, y cada uno, por supuesto, tejido a mano y maravillosamente cálido, incluso si no estaban a lo que Victoire llamó como "a la moda vanguardista". La mayoría de los miembros de la familia se pusieron los suyos y los llevaban todo el día, incluso a medida que se congregaron en el comedor en la cena de Navidad.

—Ayúdame con esto, ¿puedes Ron? —dijo Harry mientras James, Ralph, Albus y Rose se codeaban para acomodarse en la gran mesa, que ya estaba llena de humeantes tazones, platos y soperos. —Nunca puedo dejar las esquinas verticales con una sala de este tamaño. Demasiado espacio en bruto.

—No hay problema, amigo —asintió Ron, levantando su varita hacia el rincón más alejado de la habitación, apuntando hacia la enorme y rugiente chimenea. —A la cuenta de tres, ¿bueno?

Harry asintió con la cabeza, y luego echó un vistazo a los niños, asintiendo con la cabeza para que den un paso atrás. James retrocedió medio paso, empujando a Ralph y Rose detrás de él. Todo el mundo vio cómo los dos hombres afirmaron sus varitas y contaron.

—Uno —comenzó Ron.

—Dos —añadió Harry.

—¡Tres! —dijeron ambos al unísono. Las varitas levantadas dispararon simultáneamente, produciendo haces de luz de color naranja suave, casi invisibles. El suelo se estremeció bajo los pies de James mientras la pared del fondo comenzó a moverse, junto con la chimenea encendida y la repisa decorada alegremente sobre ella. Las paredes crujían a cada lado mientras se estiraban, transformando lentamente el alto comedor en un largo pasillo. La única ventana escarchada se estiró, su vidrio ondulaba como el agua, y luego, con un pop suave, se dividió en dos ventanas. Hubo un largo crujido mientras la sala casi se duplicaba en longitud. Junto con esto, la mesa se estiró, brotando un par de nuevas sillas como palomitas de maíz. La casa gimió profundamente, con cansancio, y luego vino el inconfundible sonido de un grito ahogado.

Ron y Harry apagaron sus varitas inmediatamente.

—¿Quién fue? —preguntó Ron rápidamente, con los ojos muy abiertos.

—Vino desde atrás de la pared —dijo Rose, apuntando hacia el extremo de la habitación.

—¡Patanes incompetentes! —la voz de una mujer gritó con furia, amortiguada detrás de la chimenea. James miró a su padre. Era la Tía Hermione. Hubo un estruendo, un golpe, y una serie de maldiciones impropias para una dama. — ¡Agrandaron el comedor justo hacia el baño debajo de las escaleras!

Una mirada de mortificación pura cayó sobre el rostro de Tío Ron. Bajó su varita al instante y se balanceó en puntillas. Tratando de mantener el pánico en su voz, luego dijo —¿Estás bien, amor?

—¡Estoy atrapada! —ella gritó con furia. —¡En la *bañera*!

—Dadas las circunstancias —Harry asintió con firmeza —Creo que deberías ir y crear una nueva puerta para ella. El pasillo a su espalda estaría muy bien.

La cara de Ron estaba pálida mientras asentía. —¡Ya voy, amor! —dijo con voz trémula.

—Y Ron —añadió Harry, parando a Ron al llegar a la puerta. —Deberías llevar una bata.

Los ojos de Ron se abrieron de nuevo. Asintió vigorosamente y se fue, murmurando con nerviosismo.

Quince minutos más tarde, la mesa del comedor estaba rodeada por una multitud feliz comiendo y bebiendo, muchos de los cuales James estaba bastante sorprendido de ver. Sentado a cada lado de Neville Longbottom estaban los profesores Flitwick y McGonagall, ambos vestidos con ropa mucho más informal que cualquiera de los alumnos estuviera acostumbrado a verlos (aunque el gran chaleco tartán de colores verde y rojo de McGonagall, y con mangas abullonadas eran por mucho, lo más desconcertante). Más abajo, hablando en voz alta y con atención a través de la mesa con sus enormes antebrazos cruzados sobre el plato, estaba el Profesor Kendrick Debellows, con su corto cabello erizado hacia la luz del fuego y su voz retumbando en las paredes. Y dominando el final de la mesa con su enorme y peluda barba estaba Hagrid, su jarra de cerveza de mantequilla de fiesta casi tan grande como un barril y decorado con un mango de estaño enrollado.

—¿Cuándo llegaron todas estas personas aquí? —preguntó Rose a James mientras miraba alrededor de la mesa.

—Se dejaron caer uno a uno en el transcurso de la tarde —respondió Louis con conocimiento, buscando otro rollo. —La mayoría llegó a través de la red flu en la bodega, como Flitwick y ese tipo Auror, se Apareció justo antes de la cena. Tenían que atender sus propias celebraciones en familia primero, he oído al Tío George decirlo.

James negó con la cabeza, preguntándose. —¿Por qué están todos aquí, entonces?

—Es obvio, ¿no? —respondió Louis levantando sus cejas. —Es la vieja Orden, ¡Todos se reúnen de nuevo!

Albus se burló. —Eso es ridículo. Grimmauld Place no es del todo seguro ya. No como solía ser en los tiempos que papá era niño. Además, la Orden del Fénix

era para derrotar a Voldemort. A menos que me haya perdido alguna noticia importante, estoy bastante seguro que todavía está muerto.

—La Orden era para la seguridad del mundo mágico —Rose replicó en voz baja, mirando por encima de la longitud de la mesa. —Y por mucho que me duela decir esto, Louis tiene razón. Muchas de estas personas son miembros originales. Bromeamos sobre ello antes, pero tal vez es cierto. La Orden del Fénix podría volver a reunirse.

Albus negó con la cabeza. —¿Por qué? ¿Solo porque un director chiflado le dio a Filch un bastón mágico?

James sintió una sensación creciente de temor, a pesar de la atmósfera estridente festiva. —Hay mucho más de lo que pasa en el mundo de lo que sabemos en Hogwarts. Grudje puede ser parte de esto... pero él no lo es todo.

—¿Entonces por qué no está Titus Hardcastle aquí? —preguntó Albus, parándose de su silla y estirándose alrededor de la mesa. —Hay algunos tipos del departamento de Aurores, pero no Titus. Parece extraño que lo hayan dejado fuera, ¿no es así?

James se encogió de hombros. —A lo mejor viene después.

—Tal vez —asintió Ralph. —Escuché a mi padre decir a Ron Weasley que había hablado con alguien en Alma Aleron por el espejo y estarán presentes tarde esta noche.

—¿Alma Aleron? —susurró Rose con voz estridente. —Quieres decir, ellos sólo pueden hacer apariciones o algo así, usando alguna de las técnicas de Comunicación Experimental del Rector Franklyn, ¿verdad?

Ralph sacudió la cabeza dubitativamente. —No creo. Creo que estarán aquí en persona. Sea lo que sea, no creo que ellos quieran que haya alguna posibilidad de ser espiados u oídos.

—¿Quién viene? —preguntó Louis, inclinándose sobre la mesa. —¿Puedes decirnos!

Ralph se encogió de hombros. —No lo sé. No he oído ningún nombre.

—Bueno, eso lo concluye, —dijo Albus con firmeza. —Tenemos que entrar en esa reunión de alguna manera.

Louis levantó las manos. —No hay posibilidad. Sabes que seremos desterrados al ático una vez que el sol se ponga. Kreacher hará guardia además. Él es tan terco como una verruga en la nariz de una bruja. Nadie puede conseguir traspasarlo.

—Bueno, *tú* no pudiste, eso es seguro —admitió Albus.

—Cállense todos —siseó Rose. —Si ellos escuchan que estamos siquiera hablando de esto, ¡harán algo peor que tener a Kreacher montando guardia!

James asintió con la cabeza. En ese momento, la Abuela Weasley y la Tía Fleur aparecieron con ambos brazos cargados de postres frescos, algunos tan altos como las mujeres y adornados con gomitas rojas y verdes. Sin embargo, repentinamente lo último que James quería era un plato lleno de dulces.

Por primera vez en su vida, de hecho, él estaba impaciente para que la cena de Navidad se acabara.



Ralph y Louis jugaron a medias Hechizar a la Bruja en el ático, turnándose para hechizar la pequeña figura mecanizada mientras corría hacia atrás y adelante a través del tablero de juego, golpeando pequeños calderos de lado a lado. Desde abajo de una litera cercana, los enormes ojos verdes de Crookshanks brillaban como lámparas, observando la figura golosamente. Más allá del montón de literas,

la voz de Kreacher se oía murmurando sin cesar a las fueras de la puerta del ático bloqueado.

—Podríamos levitar a uno de nosotros por la ventana —sugirió James con un encogimiento de hombros.

—No seas idiota —gruñó Rose, con la barbilla apoyada en sus manos y sus pies pateando ociosamente sobre la ladera de una litera de arriba.

Detrás de ella, en la oscuridad de las profundidades del ático, Albus trepó ruidosamente, moviendo cajas y buscando a través de los baúles.

—¿Qué está haciendo ahí? —preguntó Lily, mirando a través de las sombras.
—¿Y por qué está de tan buen humor, si todos nosotros estamos atrapados en el ático mientras las cosas emocionantes están siendo discutidas abajo?

—¡Escuché que el Profesor Jackson está aquí desde Alma Aleron! —habló de repente Louis. —Me encantaría conocerlo. Él escribió el libro sobre Tecnomancia.

—Literalmente —asintió Ralph.

—¡Tal vez uno de nosotros podría aparecerse! —propuso James, iluminado por un momento. —Eso es posible aquí en estos días, ¿no es así? ¡Podríamos simplemente ir hasta un piso! ¡Kreacher no se daría cuenta!

—¿Alguna vez has *visto* a alguien esvandirse? —preguntó Rose maliciosamente.

James frunció el ceño. —No.

—Una vez vi a uno de quinto año terminar a la mitad de un escritorio, al revés.

James afirmó su mandíbula. —Bueno. Eso no... eh... suena tan...

—Su cabeza estaba en el cajón de abajo —añadió.

—Mira, ¡No te oigo decir ninguna idea increíble! —proclamó James, agitando una mano hacia su prima.

Al otro lado de la habitación, Victoire, quien descansaba lánguidamente en una litera, bajó su libro.

—Todos ustedes, ríndanse. No es de nuestra incumbencia de todos modos. ¿Por qué pierden tanta energía en cosas sin sentido que están verdaderamente más allá de mí?

Rose puso sus ojos en blanco. —Lo dice la chica suscrita a la edición semanal de "Moda Encantada".

—¡Mírenme! —una voz dijo riendo de repente. —¡Soy la vieja Sra. Black!

James se dio la vuelta en su litera para ver a Albus de pie cerca de la ventana del ático resplandeciente en un monstruoso vestido púrpura, con la cabeza casi enterrada bajo un sombrero del tamaño de un neumático de camión. Una espantosa lechuga de peluche se inclinaba precariamente del sombrero, con sus ojos topacios parpadeando. —Hay todo un armario de estas cosas aquí, ¡Joyas, también! ¡Miren! —extendió la muñeca mostrando una colección de pulseras de plata, dijes y bandas enjoyadas que habrían hecho morir de envidia a la Profesora Trelawney.

—Albus, eres un idiota —dijo Rose con severidad, pero James oyó una risa ahogada bajo sus palabras.

—¡Mi nombre es Walburga Black! —dijo Albus con un alto falsete, enmarcando su rostro con las manos. —¿Cómo se atreven a profanar la casa de mis padres? ¡Horribles idiotas de costumbres muggles! ¡Lárguense de aquí o los haré tan feos como yo!

—Albus Severus Potter, —Lily se rió sin poder hacer nada. —¡Devuelve esas cosas! En serio, nos meterás en problemas.

—¡Oh, tú no sabes lo que son los problemas, querida! —chilló Albus, tomando un paraguas con flecos y blandiéndolo como una espada. —¡Flojos mestizos abrazadores, sentirán el agujijón de mi maldición! ¡¿Cómo se atreven a poner un pie en la casa de mi padre?! ¡Usaré ropa aún más fea que ustedes, ya

verán! —se dio vuelta y metió sus pies en un par de botas cuero verde de tacón alto. —¡Ahora vengan aquí, así no tengo que caminar con estos!

Una ráfaga de aire frío se extendió por la habitación cuando la puerta del ático se abrió repentinamente. Todos se volvieron a ver a Kreacher que se acercaba por la puerta, con los hombros encorvados y su rostro bajó en un ceño tan pronunciado, que parecía a punto de llegar al suelo.

—Encontraron las cosas de mi señora, lo hicieron —gruñó enfáticamente, su voz profunda vibraba a través de las tablas del suelo. —Haciendo una burla de mi difunta ama, y sin engaño. No muestran respeto, no lo hacen.

Y luego, sin fanfarria alguna, Kreacher se desvaneció.

—¡Augh! —gritó Albus —¡Pero qué...! ¡Suéltame!

James se dio la vuelta de nuevo. Kreacher había reaparecido justo detrás de Albus, su rostro mostraba tanta rabia que parecía estar tallado en granito. Rápidamente, apuntó a Albus con sus dedos huesudos, picándolo con hechizos para que Albus se desnudara involuntariamente, sacudiéndose y con espasmos.

—¡Agh! —Albus se quedó sin aliento —¡Está bien! ¡Para! ¡Argh! ¡Ow! ¡Detente, pequeño miserable OUCH!

Kreacher se detuvo cuando Albus se sacó las botas desesperadamente, cayendo sobre su trasero en el piso de madera polvorienta. El elfo doméstico tomó las botas con destreza, todavía mirando sin pestañear a Albus, su boca formaba una línea apretada por la furia.

—Ellos no deben tocar las cosas de la Señora —gruñó en su voz grave. —Una vez siendo Señora, siempre lo será. Y la Señora instruyó estrictamente que nadie debía entrometerse en su tocador. Ni siquiera un nuevo "Amo".

—No me estaba *entrometiendo* —protestó Albus, frotándose los brazos donde Kreacher le había picado. —¡Estaba investigando! Simplemente por entretenición. ¡¿Qué esperas?! ¿Dejarnos encerrados toda la noche en el ático?

—No muestran respeto —murmuró Kreacher de nuevo, haciendo un gesto hacia las sombras. En respuesta, los baúles abiertos se cerraron y tambalearon hacia delante, meciéndose ruidosamente en sus esquinas. —Debo encontrar un nuevo lugar para las cosas de mi Señora siempre y cuando el nuevo "Amo" esté por aquí, él nunca haber aprendido modales. Una cosa vergonzosa. Oh, cómo mi Señora podría haberle enseñado. Aburre tanta insolencia, a ella también. Sabía cómo entrenar niños. Sabía cuándo una varita era más efectiva que una palabra.

Mientras murmuraba, Kreacher cruzó por entre las literas, llevando consigo una procesión de baúles, bastidores, y armario dorado muy estrecho, sus espejos antiguos estaban casi negros y manchados de polvo. Uno por uno, los artículos pasaron a través de la puerta hacia el pasillo mientras Kreacher los observaba. Finalmente, con una malévola y penetrante mirada hacia Albus, salió. La puerta se cerró de golpe detrás de él, sacudiendo las paredes y haciendo llover arenilla de las vigas. Vagamente, la procesión se extinguió por el otro lado de la casa.

—Y *eso* —dijo Albus, saltando y golpeando con fuerza el polvo de su trasero —es la forma de deshacerse de Kreacher. Entonces, ¿Quién viene?

Lily parpadeó como una lechuza hacia su hermano. —Es decir que... ¿Planeaste todo eso?

—Mientras muchos estaban perdiendo el aliento tratando de encontrar la manera de superar la magia del viejo elfo —Albus asintió. —Me acordé de lo que el Profesor Debellows nos enseñó. —aquí, bajó la voz e infló el pecho. —No explotes la debilidad de tu enemigo, porque puede que no tenga ninguna. Explota su pasión y la batalla es tuya.

—Wow —dijo James con aprobación, saltando de su litera. —Realmente te la jugaste por el equipo. Estaba seguro que Kreacher te asesinaría allí por un segundo.

—Admito que pude haber exagerado un poco —reconoció Albus, frotándose los brazos de nuevo. —Pero cuando el deber llama...

—No iré a ninguna parte —Louis elevó la voz. —Y tú eres muy tonto si lo haces. Después de esto, si Kreacher te atrapa, realmente te *matará*.

—Tonterías —dijo Lily. —Kreacher es nuestro elfo doméstico. No nos dañaría a ninguno de nosotros.

—Kreacher vino con Grimmauld Place —corrigió Victoire, sentada en su litera. —Es el elfo doméstico de la *casa*. Él sólo obedece porque la obediencia es un tema complicado para los elfos domésticos. Louis tiene razón. Están locos si quieren salir a hurtadillas. Si lo hacen, tendremos que forzarlos a volver.

—Si lo haces —dijo Rose con firmeza, acercándose a la puerta —le diré a Teddy Lupin lo que *realmente* pasó ese mes cuando tú y él rompieron por "el bien de la relación".

El rostro de Victoire se oscureció peligrosamente. —¡Pequeña horrible, No deberías!

Rose puso un acento francés elaborado y estrechó ambas manos al lado de sus mejillas.

—¡Oh, Nolan Beetlebrick! ¡Qué *grande* y *fuegte* eres! ¡Y tan bueno en Quidditch! ¡Sé que está mal, *pego* hay algo *acegca* de los *hombges* de *Slythegin* que es tan... *travieso*!

—¡Yo no hablo de esa forma! —Victoire hervía ruidosamente. —¡Y fue sólo un fin de semana! ¡No todos los meses!

—Vamos —dijo Rose, apuntando su varita a la puerta. —Kreacher volverá en cualquier momento. ¡*Alohomora*!

Hubo un destello dorado y la puerta se destrabó. Albus agarró la manija y tiró la puerta abierta. La sala al otro lado estaba oscura y vacía, dando lugar a una estrecha escalera. James se detuvo en la puerta y miró hacia atrás. —Lil, quédate aquí, y no quiero oír ni una palabra. Si nos pillan escabulléndonos, nos meteremos en problemas. Si nos pillan dejándote salir, mamá nos destruirá.

—¡No me dejarás fuera! —protestó Lily. —¡No soy una mascota! ¡Puedo ir si quiero!

—James tiene razón, Lily —amonestó Rose suavemente. —Nosotros te diremos todo lo que escuchemos cuando volvamos, te lo prometo.

—Nunca puedo hacer nada divertido —se quejó Lily, cruzando los brazos dramáticamente.

James se volvió hacia Ralph. —¿Vienes, Ralphinator?

Ralph sacudió la cabeza, sus mejillas estaban pálidas. —No esta vez. Ese elfo tuyo me asusta mucho. Creo que solo me sentaré aquí.

—Haz lo que quieras —Albus accedió alegremente, pasando junto a James hacia el pasillo. —Vamos. Nos estamos perdiendo todo lo bueno en la planta baja.

James siguió a su hermano por el pasillo oscuro, cerrando la puerta detrás de él. Se bloqueó automáticamente, y James se detuvo cuando un pensamiento vino hacia él.

—Esperen. Si Kreacher regresa mientras no estamos, ¿Cómo vamos a entrar?

Se giró hacia Rose y Albus, quienes estaban de pie en el escalón superior de la escalera. Se miraron el uno al otro. Albus se encogió de hombros.

—Yo sólo trabajé en cómo salir —admitió. —Volver ni siquiera se me pasó por la mente.

—¡Estúpido imbécil! —dijo James entre dientes. —¡No es bueno si nos pillan al *volver*! Rose, vuelve aquí con tu varita y desbloquea esta cosa. ¡Olvidé la mía! — se apartó de la puerta y señaló con el dedo.

Rose frunció el ceño hoscamente pero pareció reconocer el sentido de la objeción de James. Dio un paso hacia la puerta cerrada con llave, varita en mano, cuando un pequeño pop sonó en la oscuridad de la sala. Kreacher reapareció, de espaldas a ellos, mirando fijamente a la puerta, como si supiera que algo estaba ocurriendo. Poco a poco, se giró y miró por encima del hombro, sus enormes ojos brillaban en la penumbra.

Sin pensarlo, James corrió hacia la escalera y se unió ahí a Rose y Albus. Golpeando hombros y rebotando en las paredes, los tres se revolviéron hasta el tercer piso, casi cayéndose sobre la alfombra de abajo.

—¡Ahí! —jadeó Albus, señalando. —¡Separémonos! ¡Uno por habitación!

—¡Estás loco! —Rose se opuso estridentemente cuando Albus se abalanzó, lanzándose a través de la habitación abierta y cerrando la puerta fuertemente.

—¡Me quedo con la habitación de mamá y papá! —jadeó, lanzándose hacia adelante. —¡Tú toma el baño!

—¡Pero la cerradura está rota! —se opuso James.

Sin embargo, Rose no miró hacia atrás. Ella se metió en el segundo dormitorio y cerró la puerta tan rápida y silenciosamente como pudo. Un momento después el cerrojo chasqueó en su lugar. James sacudió la cabeza en señal de frustración y se lanzó hacia el baño oscuro. Sus pies hicieron eco en el viejo piso de baldosas mientras daba la vuelta y empujaba la puerta cerrada. Se negó a cerrarse y mucho menos a bloquearse. James agarró una silla junto al fregadero y la puso por debajo de la manija de la puerta, acunándola en su lugar. Se apoyó en la puerta, luego se deslizó hasta el suelo y presionó un ojo a la grieta en la parte inferior.

Desde este mirador, pudo ver la longitud de la alfombra del pasillo que se extendía hacia las escaleras. Poco a poco, en silencio, un par de pies grises y acolchados aparecieron a la vista, y luego se detuvieron. James pudo oír la voz de Kreacher murmurando en voz baja pero claramente en los confines de la sala.

—Crean que pueden ser más astutos que el viejo Kreacher, ellos creen —bullía a sí mismo. —Pero Kreacher tiene formas que ellos no conocen. Kreacher dispone de medios más allá de cualquier joven bruja o mago.

James no podía ver por encima de los tobillos huesudos de Kreacher, pero él vio la sombra del elfo doméstico cuando se acercó a una pared. La sombra chasqueó sus dedos y un pequeño objeto cuadrado apareció en el aire, cayendo en la mano abierta de la sombra. La otra mano desplegó sus largos dedos y apretó el

pequeño objeto, abriéndolo como una caja de joyería. La sombra de Kreacher, desvió la caja abierta.

Dos objetos oscuros cayeron en silencio hasta el suelo de la sala frente a los pies de Kreacher. Desde la perspectiva de James, los objetos parecían ser de mármol negro, brillantes como los ojos de un cuervo en la oscuridad. Entonces, los objetos comenzaron a aplanarse y extenderse, como gotas de aceite remojado en la alfombra. Las gotas crecieron, expandiéndose y lanzando largos y brillantes zarcillos. Entonces, las formas empezaron a abultarse hacia una sustancia pegajosa de color negro. Se volvieron duras, angulares, transformándose en apéndices articulados, saliendo rápidamente del negro pegajoso. Por último, ambas formas saltaron totalmente fuera de sí mismos, transformándose en dos versiones en miniatura de Kreacher, cada uno de no más de seis pulgadas de alto, y cada uno tan negro y líquido como la tinta.

—Tres fugados, —Kreacher graznó con satisfacción. —Y tres Kreachers. Es justo, ¿no?

Con eso, las tres formas comenzaron a andar a lo largo del pasillo, sin hacer ningún ruido en absoluto en la alfombra raída. Se separaron, cada uno se acercó a una puerta. Kreacher dio un paso hacia el dormitorio en que Rose se había escondido. Uno de los Kreachers de tinta acechaba resueltamente hacia la puerta del baño donde James estaba agachado. Se inclinó un poco, casi en broma, como para tener una mejor visión. Luego, se irguió, levantó una mano en un puño, y extendió su dedo índice hacia el techo. El dedo se movió hacia atrás y adelante en un gesto de vergüenza.

James se dio cuenta que el Kreacher de tinta podía deslizarse debajo de la puerta del baño si quisiera.

Trepó en posición vertical cuando se le ocurrió. Se lanzó por la habitación oscura desesperado. De repente, ser capturado por el horrible Kreacher de tinta parecía ser la última cosa en la tierra que quería. Sin embargo, el baño no proveía ningún lugar para esconderse. La antigua bañera con patas era enorme y llena de óxido, su barra superior no tenía cortina. El lavabo de marfil brillaba en la penumbra.

Una sombra se movió en la barra de luz bajo la puerta. Un sutil sonido de chapoteo líquido llegó a oídos de James cuando Kreachter comenzó a deslizarse. James retrocedió y chocó contra la pared de azulejos entre el lavabo y la bañera. Su mano golpeó contra un objeto de madera, produciendo un ruido metálico hueco. Miró a un lado. Una pequeña puerta estaba en la pared, enganchada con un pequeño pomo. Más allá de esa puerta, James sabía, estaba el conducto de la lavandería, un eje oscuro que conducía entre las paredes, a través de tres plantas y el sótano. ¿Era posible? De hecho, ¿era seguro?

El Kreachter de tinta se metió en la oscuridad del baño, sacudiendo un brazo oscuro mientras su cuerpo pasaba aplastado. Terriblemente, James oyó una alta voz murmurando que emanaba de él. Las palabras eran indescifrables, pero el tono era el mismo paseo monótono que Kreachter parecía emplear en voz baja. Chirriaba y parloteaba para sí mismo, y se vertía en la habitación como jarabe negro.

James abrió la puerta del conducto de la lavandería, examinó superficialmente la oscuridad existente más allá de la puerta, y luego subió al borde de la bañera. Acababa de poner un pie sobre la rampa cuando el Kreachter de tinta finalmente apareció debajo de la puerta. Se irguió y lo miró con sus ojos de ébano. Era como ser observado por una particularmente horrible araña bípeda.

James deslizó su otro pie en la oscuridad de la rampa, se encaramó con sus dos manos y comenzó a deslizarse rápidamente a través de la estrecha abertura. El Kreachter de tinta saltó tras él, pero la puerta se cerró detrás de James, haciendo que el pequeño diablillo rebotara con un *plaf* mojado.

James cayó sin fisuras, y un oscuro susurro, sólo que ahora dándose cuenta plenamente que él sólo se había arrojado en un muy estrecho túnel de cuarenta pies de altura. Estiró sus rodillas y codos, tratando desesperadamente de detener su caída. Con un chillido, se contuvo después de unos doce pies. Una estrecha cornisa enganchó sus talones, que lo hizo aparecer en un lugar desconocido. Su completo cuerpo le siguió, rebotando dolorosamente a través de la abertura en el muy frío y muy duro abrazo de alguna forma de capullo. Se golpeó la cabeza contra ella y oyó el golpe de otra pequeña puerta de madera detrás de él.

—¡Ay! —dijo con voz áspera a sí mismo, frotándose la cabeza con ambas manos. Miró a su alrededor y en un principio sólo vio todo blanco. Por último, se dio cuenta que había interrumpido su camino por la puerta inferior del conducto de la lavandería, para terminar en el baño del primer piso. La bañera lo había atrapado, lo cual era una suerte, porque el resto de la habitación era un caos de hacinamiento, casi irreconocible en su estado actual. Este era el cuarto de baño que había perdido casi todo su espacio al comedor agrandado inmediatamente al lado de él. Como resultado, el lavabo estaba abarrotado junto a la bañera, inclinándose sobre ella como un buitre. El inodoro estaba encorvado en un armario estrecho, cuyas puertas sobresalían como alas rotas. No había ninguna salida, la puerta principal estaba enterrada detrás de las paredes como acordeón, lo que explica el desconcierto de la Tía Hermione antes.

Por ahora, James se alegró de que no hubiera puerta. Eso significaba que no había forma fácil para Kreacher, o incluso sus horripilantes dobles de tinta, para entrar y atraparlo.

Y luego, más allá de la pared a la izquierda de James, oyó el tenue eco de voces.

—Estoy seguro de que no fue nada —anunció la voz de un hombre (¿era su padre?) —Tuvimos que ampliar un poco el comedor para acomodarnos. Probablemente la casa está cediendo un poco. Continúa, Draco.

—Como estaba diciendo —dijo la voz de otro hombre con una nota de impaciencia, —la Srta. Morganstern puede de hecho ser una bruja formidable, pero su sentido de cautela es un poco carente. —James frunció el ceño donde yacía en la bañera, para concentrarse en la voz apagada. ¿Era Draco Malfoy, el viejo némesis de su padre en la escuela, y el padre de Scorpius? Reconoció el acento flojo e indiferente del hombre de hace dos años, en el funeral del Abuelo, cuando Draco y su esposa habían ido a presentar sus fríos respetos.

—El sigilo se deriva de una sensación de peligro —la voz de una mujer, la Profesora McGonagall, tomó la palabra. —Puede ser que la Srta. Morganstern no sienta tal aprensión. Ella no puede disimular sus movimientos, simplemente

porque ella no teme a ser capturada. Su poder, cualquiera sea su origen, puede darle una ilusión de invulnerabilidad.

—Después de lo que pasó el verano pasado —la voz del tío George comentó sombríamente. —Yo no estoy seguro que sea una ilusión.

Kendrick Debellows carraspeó. —Ella es poderosa, no hay duda. Pero cualquiera es vulnerable. Ella fue capturada una vez, después de todo, y por esos vagos de la Administración de Magia Americana. Ella puede ser capturada de nuevo.

—Esos "vagos", como los llamas, son de los mejores preservadores de ley profesionales del mundo. —el que hablaba de Alma Aleron era el Profesor Jackson, a quien James reconoció por su tono duro y su acento americano. —Y fue necesario de siete de ellos para someterla. Por no hablar de que tenían la ventaja de la sorpresa. La Srta. Morganstern no será sorprendida de nuevo, podría apostar. Antes del verano pasado, ella no era más que una joven bruja misteriosamente privilegiada. Ahora, ella es la fugitiva más buscada del mundo mágico, no solo por la revelación del mundo mágico, sino también por el robo de un artefacto de valor incalculable y de gran alcance como el hilo carmesí de la Bóveda de los Destinos. Su continua ausencia tiene efectos incalculables, y francamente desconocidos en nuestro mundo, aumentando a cada momento y cada día.

James se sentó en la bañera y se quedó sin ver en la oscuridad, aguzando el oído. Esta era la última cosa que esperaba que su padre y el resto de los adultos estuvieran discutiendo. ¿Realmente Petra era la Indeseable N°1, la criminal más buscada en todo el mundo mágico? ¿Y realmente el Hilo Carmesí, perdido en el Mundo entre los Mundos, estaba alterando el destino del mundo cada día? Recordó las palabras del Director Merlín el año pasado, mientras todos miraban el telar mágico detenido por su hilo perdido: *esto lo cambia todo*. Era más de lo que James podría comprender. Un sentido de profundización de la consternación y la preocupación se desplegaron en sus venas mientras la conversación continuaba.

—Llegando a este punto —James oyó a su padre decir con calma. — ¿Significa esto, Draco, que has sido capaz de rastrear algunos movimientos de Petra?

—Marginalmente —admitió Draco —La dificultad no está en seguirla a través de sus transacciones. Es hacerlo sin ser descubierto por mis superiores. Los Duendes de Gringotts son notoriamente neutrales en los asuntos legales del mundo mágico, pero su sentido del decoro profesional es una ley propia. Si descubrieran que estuve usando registros bancarios para rastrear un fugitivo, que me despidan sería el menor de mis preocupaciones.

—Apreciamos el riesgo que está tomando —aseguró el Profesor Flitwick en su hilo de voz. —Su información es lo mejor que tenemos. Es una lástima que el Ministerio lo rechace.

—Ellos no sólo lo rechazan —se lamentó Harry. —Lo consideran manifiestamente ilegal. Y quizás tienen razón. El encantamiento de seguimiento para monedas de Gringotts es una poderosa magia duende, capaz de explotar peligrosamente en las manos equivocadas. Afortunadamente, los duendes tienen tanta ganancia mal adquirida como conciencia cívica.

—Bueno, creo que eso puede ser un poco duro —McGonagall chasqueó la lengua.

Harry suspiró. —Probablemente tengas razón. Disculpas para tus compañeros, Draco.

—No son necesarias —dijo Draco a la ligera. —Ellos están de acuerdo contigo. Ellos creen que cosas tales como deber cívico, moral y conciencia social son obstáculos para una banca apropiada. Hacen todo lo posible por evitar este tipo de sentimientos.

El Profesor Longbottom preguntó cansadamente, —¿Qué has descubierto, Draco?

—No es mucho, pero sí bastante curioso —dijo Draco, claramente disfrutando ser el centro de atención. —Ella está viajando mucho, visitando muchos lugares. No se queda mucho tiempo y compra muy poco. Por lo que el dinero cambia de manos únicamente para propinas.

—¿Propinas para qué? —preguntó Angelina. —¿Si ella no está comprando nada?

—Propinas por información —respondió Harry, casi para sí mismo. —Ella está buscando algo. O a alguien.

—¿Alguna idea de qué? —preguntó Tía Hermione, con su voz grave —¿Qué podría ser tan importante para buscarlo y tener que viajar por el mundo para encontrarlo?

Hubo un murmullo de conjeturas, pero nadie parecía tener ninguna respuesta significativa. Draco levantó la voz y continuó.

—Aún más importante, quizás, es lo siguiente: La Srta. Morganstern no está sola.

Hermione se quedó sin aliento. —¿Quieres decir que está viajando con su media hermana, Isabella?

—Bueno, sí, la mayor parte del tiempo, como lo demuestran las pocas cosas que compra, incluyendo las comidas ocasionales y, extrañamente, muñecas. Su hermana menor, al parecer, tiene una extraña atracción por las muñecas chinas. Pero parece que ella tiene un compañero de viaje masculino también. Las transacciones de él se han ocurrido con regularidad, al mismo tiempo y en lugares exactos para establecer firmemente que están juntos constantemente.

—¿Quién? —preguntó Angelina, un poco sin aliento.

—Su nombre es Marshall Parris —respondió Draco, acompañado por el roce del pasar de sus páginas mientras aparentemente consultaba notas. —Residía en Nueva Ámsterdam. Un muggle, pero uno con una historia de interacciones con el mundo mágico. Él realiza servicios como investigador contratado, y su lista de clientes anteriores incluye un sorprendente número de magos y brujas estadounidenses, algunos de ellos bastante prominentes.

—He oído hablar de él —dijo el Profesor Jackson con desdén. —Se hace llamar un experto en lo "trans-mundano". Puras tonterías. Causa más problemas

que beneficios en la Oficina de Integración Mágica. De hecho, si no me equivoco, han intentado que cierre en más de una ocasión.

—¿Por qué diablos —McGonagall se interrogó con escepticismo —un mago o bruja contrataría a un muggle con fines de investigación?

Jackson se burló —Nadie lo sabe, y nadie pregunta. Y, sin embargo, de alguna manera, parece obtener resultados. Él ha hecho enemigos de algunas de las familias mágicas más oscuras y más notorias de Nueva Ámsterdam. Uno podría pensar que debería haber sido asesinado unas cien veces. Y, sin embargo, persiste, una más de las innumerables cucarachas de Nueva Ámsterdam, aparentemente inmortales. Sea cual sea el encanto o talismán que utiliza para protegerse, debe ser singularmente poderoso y único. O eso, o él es simplemente el hombre más afortunado caminando sobre la tierra.

En la penumbra estrecha del baño, James frunció el ceño. *Marshall Parris*. Había visto ese nombre antes. Le tomó un momento recordar, y luego lo golpeó. Había sido garabateado por la letra de Petra en el pergamino de su historia del sueño. Probablemente todavía estuviera ahí, escondido en su paquete sellado en su baúl en la planta superior. Se recordó a sí mismo comprobarlo de nuevo más tarde esa noche. Si es que podía salir de ese cuarto de baño al menos.

—Así que sea lo que sea que la Srta. Morganstern esté buscando —reflexionó el Profesor Longbottom —siente que no puede encontrarlo por su cuenta. Ha buscado la ayuda de un muggle que está especialmente dotado, de alguna manera, con la búsqueda de cosas mágicas.

—Y hacer enemigos en el mundo mágico —añadió Tío Ron ásperamente. — Con esto, seguro que se ha superado a sí mismo. Si él está ayudando a Petra Morganstern, él está haciendo enemigos con cada bruja y mago del planeta.

Harry no respondió a esto. En su lugar, le pidió a Draco —¿Alguna idea donde ella y este tipo Marshall Parris puedan estar ahora?

James casi podía oír a Draco mover la cabeza mientras suspiraba. — Literalmente no hay razón para sus movimientos. Ellos viajan cientos de millas en cuestión de minutos, luego, parecen desaparecer del mapa durante días y semanas.

Uno puede fácilmente lanzar un dardo al mapa y llegar a una mejor conjetura que la mía.

Hubo una larga pausa, Luego, Harry preguntó —¿Algún avistamiento de ellos en Nueva Ámsterdam desde la Noche de la Revelación?

—Bueno, esa es la pregunta, ¿no? —respondió Draco. —En lo que respecta a Gringotts, Nueva Ámsterdam se ha quedado a oscuras. Todo el negocio está cerrado. Si el dinero está cambiando de manos ahí, lo está haciendo de forma totalmente anónima. No se mostrará de nuevo hasta que vuelva a entrar el mercado en la zona de cuarentena. Y en ese punto, el camino estaría muy frío.

Hubo otro murmullo de conversación agitada. Después de medio minuto, Draco tomó la palabra una vez más, y esta vez su voz le recordó a James al padre muerto de Draco, el venenoso Lucius Malfoy. —Tengo una pregunta para ti también, Harry —dijo arrastrando las palabras. —Y espero que no te importe que lo pregunte. Sospecho que puedas entender la naturaleza de mi preocupación.

—Adelante —dijo Harry. —Has sido muy útil. Pregunta nada más.

—Bueno —dijo Draco, bajando la voz. —No puedo dejar de preguntarme. Si el Ministerio de Magia ha considerado la evidencia obtenida de las transacciones de Gringotts ilegal e inadmisibles, ¿Qué es lo que tú, como representante del Departamento de Aurores, una entidad del Ministerio, espera lograr con esta información?

Hagrid respondió esto, hablando por primera vez. —Eso no es de nuestra incumbencia ahora, ¿verdad? —dijo con brusquedad, su voz retumbó a través de la pared del baño. —Harry es más que un Auror. Todos sabemos eso. No es nuestro trabajo cuestionar sus métodos.

—Está bien, Hagrid —le tranquilizó Harry. —Draco tiene derecho a preguntar. Después de todo, él se ha colocado en un gran riesgo. Merece saber que sus esfuerzos no han sido en vano. El hecho del asunto es, como algunos de ustedes saben, yo no estoy a cargo de la búsqueda de Petra. Oficialmente hablando, he sido puesto en funciones estrictamente administrativas y

diplomáticas. Titus Hardcastle está a cargo de las operaciones de la calle y las redadas.

—¿Qué? —proclamó Hagrid con incredulidad. —Como sea, ¡eres el mejor Auror que haya visto! ¡Todo el mundo lo sabe!

Para sorpresa de James, fue el Tío Ron quien habló. —El Ministerio, y con esto quiero decir Loquatious Knapp y su nuevo mejor amigo, Rechter Grudje, han decidido que las lealtades de Harry en esta materia están en peligro. Harry y su familia alojaron a Petra, después de todo, en dos ocasiones, en ambas ocasiones después de que ella había sido acusada, y una vez después de que había sido condenada por delitos graves.

—Bueno —se opuso Hagrid, alzando la voz. —Creo que no me gusta el tono de eso. Si Harry mete a alguien a su casa, es por una maldita buena razón. ¡No se puede culparle por tener corazón! ¡Sigue siendo un profesional!

—Todos somos conscientes de eso y estamos de acuerdo contigo, Hagrid —intervino Hermione. —Pero el ministro no puede ceder en esa materia. Él siente que Harry, y muchos de nosotros, no podemos hacer nuestro trabajo de forma objetiva, sin dejar que nuestros sentimientos personales se involucren.

—¿Y qué opinas de eso, Harry? —preguntó Draco, con una cortesía distante desaparecida por completo en su voz. —¿Puedes hacer tu deber objetivamente? ¿Puedes hacer lo necesario (oficialmente o no, por lo que supongo que estamos todos aquí reunidos en secreto) para aprehender a Petra Morganstern y que deje de causar algún daño irreparable en los mundos mágico y muggle? ¿De hecho, puedes cumplir tu deber sin dejar que tus sentimientos se interpongan?

Hubo una pausa larga y pesada, una que ni siquiera Hagrid (que sin duda estaba hirviendo en rabia apenas contenida ante la temeridad de Draco) interrumpió.

Y entonces, en respuesta, una contusión fuerte sacudió toda la casa. El ruido y la vibración de trepidación sorprendieron a James tanto que casi saltó de la bañera oscura. El espejo sobre el lavabo se soltó y se hizo añicos en la cuenca, llenando a James con fragmentos plateados.

—¡Por Dios...! —la voz de la Profesora McGonagall sonó repentinamente desde más allá de la pared.

Una silla cayó contra la pared mientras varias personas en la habitación de al lado parecían ponerse de pies. —Eso, me atrevería decir —gruñó Kendrick Debellows —*no* fueron los cimientos de la casa.

El primer pensamiento de James era que Kreacher estaba usando alguna poderosa magia de elfo para atraparlo a él, Rose y Albus. Casi de inmediato, sin embargo, sabía que era ridículo. La magia élfica era muy poderosa, pero siempre a cargo de la servidumbre, siempre era sutil. Lo que había sacudido la casa, sin duda no había sido sutil.

—El encantamiento *Repello Inimicum* —proclamó Ron Weasley en voz baja. — Algo golpeó ¡Y Duro!

Voces hicieron eco con aspereza, esta vez por detrás de James. Allí estaba el CRACK familiar de aparición, seguido de pasos descomunales. James palpó los bolsillos de su varita y luego recordó que tontamente la había dejado en el dormitorio del ático. Si él iba a salir del baño y ver lo que pasaba, sería solo si alguien lo sacaba de ahí.

No estaba seguro si estaba más decepcionado o aliviado por ese hecho.

Dos conjuntos de pasos corriendo convergieron en la sala detrás de James. A través de la pared, oyó una voz ronca gruñendo —Hay una gran congregación en la sala de cinco pasos más allá de la pared (el comedor, si mal no recuerdo). Protege el perímetro y no dejes que nadie pase, ya sea por arte de magia o un pasaje oculto, esta casa está llena de secretos. Vamos a flanquear la entrada principal en el otro lado.

El orador golpeó rápidamente, al parecer, dejando a su compañero. James apenas tuvo un momento para registrar las palabras cuando la pared detrás de él produjo un estremecimiento espantoso, llenando la bañera con polvo de yeso. Cuando levantó la vista, una enorme puerta de roble había aparecido en la pared, su reluciente pomo de bronce sobre la repisa de la bañera. El pomo giró y la puerta

se abrió silenciosamente, revelando una figura oscura con su varita extendida en una mano enguantada.

—¿Qué...? —la oscura figura exclamó con voz ronca, dando un paso hacia atrás desde la bañera que bloqueaba la puerta y el chico de quince años que descansaba en su interior. James se sorprendió al darse cuenta de la figura de una mujer. Ella se recuperó de su sorpresa casi al instante y niveló su varita hacia él.

James reaccionó puramente por instinto. Agarró la varita de la mano de la bruja por la muñeca y la utilizó para levantarla por sí mismo fuera de la bañera hacia ella. Ella maldijo con rabia, aun manteniendo su voz profesionalmente baja, y giró, tirando de James a través de la puerta y la pared detrás de ella, botando un gran retrato de un patriarca Black de rostro sombrío. El retrato cayó encima de James, que tuvo la suerte, porque desvió el rayo rojo que saltó de la varita de la bruja. El rayo estalló en chispas, despertando al retrato con un sobresalto.

—¿Qué es todo esto? —exigió con estridencia.

James se puso de pie y empujó el retrato arriba con él, utilizándolo como un escudo contra la intrusa quien maldijo de nuevo, perdiendo la compostura, y se tambaleó hacia atrás a través de la puerta que había conjurado. La bañera conectó directamente con la parte posterior de sus rodillas y se desplomó con estrépito en la oscuridad del cuarto de baño, golpeando su cabeza bruscamente en el borde de la bañera mientras la atrapaba. Esta vez su exclamación de rabia no fue ni callada ni profesional. Ella subió violentamente, agitando sus piernas mientras comenzaba a buscar la forma de salir.

James le tiró el retrato golpeándole las rodillas y cayó encima de ella, cubriendo la bañera como una tapa dorada.

—¡Esto es una atrocidad! —el retrato gritó con voz ahogada.

—*¡Cállate!* —susurró la mujer. De repente, James se dio cuenta que la voz era vagamente familiar. No tomó mucho tiempo para considerar esto, sin embargo, se lanzó a lo largo del estrecho pasillo hacia la escalera principal. Otra figura oscura apareció allí, apareciéndose directamente en la escalera con un swoosh y un crack. Como la mujer, la figura estaba vestida de pies a cabeza de negro, su rostro oculto

bajo una capucha grande. Su varita ya estaba afuera. En un instante, la varita estaba apuntando a James.

—¡Detenlo! —la mujer gritó desde atrás, haciendo un estrépito debajo del retrato.

James se agachó bajo una estrecha mesa justo cuando un rayo de luz rojo iluminó el aire. El hechizo golpeó la pequeña mesa, golpeando a su lado. James corrió, sus pies golpeaban salvajemente y desliziéndose en la alfombra del pasillo. Más hechizos chisporroteaban sobre su cabeza.

Se puso en una esquina y se topó con algo tan grande y firme que rebotó en él, cayendo al suelo de la sala sobre su trasero. La cosa se inclinó sobre él y extendió una monstruosidad de mano. James dio una palmada en la mano antes de que él se diera cuenta de quién era.

—¡Detrás de mí! —retumbó Hagrid. —*¡Ahora!*

James sintió que lo levantaban del suelo y se barrió por detrás del semi-gigante, cuya forma descomunal parecía llenar todo el corredor. Sorprendentemente, las ráfagas rojas estallaron en el hombro y pecho de Hagrid, lo que le obligó a tropezar hacia atrás, pero no (como cabría esperar) tirándolo al suelo como un árbol talado.

—¡Quiénes son! —una voz cercana exigió. James vagamente se dio cuenta que era su padre. —¡Alto al fuego e identifíquense!

Sorprendentemente, los hechizos se detuvieron. El olor a magia, débil pero acre, flotaba en el aire. James levantó la mirada y vio a su padre, Neville Longbottom, Tío George, el Profesor Jackson y Kendrick Debellows, todos con sus varitas extendidas, reunidos alrededor del enorme bloque del cuerpo protector de Hagrid quien se balanceaba precipitadamente, pero manteniéndose en sus pies. James se agachó y miró alrededor del dobladillo del abrigo de Hagrid.

La figura en la escalera venía acompañada por otras tres, una de las cuales era la mujer que James había encontrado fuera del baño. Todo lo que podía ver de su cara era un mentón poco puntiagudo y labios rojos fruncidos con rabia. Varitas

eran proyectadas desde los puños de los intrusos, agarradas tan firmes como una piedra. Por último, la figura en la escalera, fácilmente la más alta del grupo bajó su varita. Los otros siguieron su ejemplo, a regañadientes. A medida que la alta figura llegaba a la planta principal, levantó un brazo y se corrió la capucha, revelando una barba y cabello enmarañados, y los ojos pequeños y brillantes como ónix.

—Titus —exhaló Harry con dureza. —¿Qué es todo esto?

—Podríamos preguntarte lo mismo —la mujer exigió airadamente, su varita aún apretada en su puño. —¿Se suponía que estarías en la Madriguera! ¡Eso es lo que nos dijiste!

—Silencio Lucinda —gruñó Titus. Los ojos de James se abrieron como platos al oír el nombre. Lucinda Lyon era una de las mejores Aurores de su padre. Ella había ido a su casa en Marble Arch en varias ocasiones, tanto a nivel profesional como social. Siempre le había parecido muy amable y jocosa, que era algo inusual para un Auror. James no podía conciliar a la afable y bromista Lucinda que había conocida ante la fría mujer enojada que estaba delante de él ahora.

—Tuvimos un cambio de planes —respondió Harry con severidad. —Que yo sepa, no está en contra de la ley.

—No estaría tan seguro de eso —suspiró Titus, metiendo su varita en los recovecos de su túnica. A pesar del gesto de desarme, James se dio cuenta, los ojos de Titus nunca se estremecieron ante la congregación reunida ante el arco del comedor. —Estos son tiempos traicioneros, Harry. La precaución siempre es sabia. Y las grandes reuniones tienden a despertar sospechas, especialmente a la luz de los acontecimientos de esta noche. Nos podrías haber informado.

—¿Qué acontecimientos? —exigió Kendrick Debellows, bajando su varita hacia el piso —Sin duda una reunión de amigos en la noche de Navidad no es motivo de alarma del Ministerio.

—No generalmente —respondió Titus. —Pero me refería a otros eventos, más graves. Hemos tratado de informarte por flu, Harry, pero, por supuesto, sólo encontramos la Madriguera vacía y sin respuesta. Lo mismo en Marble Arch. Con

eso, he reunido un equipo para buscarte en el último lugar que sabíamos, sin saber lo que nos encontraríamos. La cautela parecía prudente.

—¿Cautela?! —Hagrid retumbó tembloroso, aun balanceándose sobre sus pies. —Ustedes estallaron en la casa de sus amigos con varitas ardiendo y ¿Llaman a eso cautela?

—Hagrid —dijo Neville en voz baja —¿Por qué no te sientas?

Hagrid asintió y pareció desinflarse un poco —De hecho, de repente parece ser una muy buena idea. —con eso, las rodillas del medio-gigante se plegaron y se dejó caer al suelo produciendo un golpe que hizo temblar toda la casa. James apenas tuvo tiempo de trepar fuera del camino antes que Hagrid se dejara caer hacia atrás en la alfombra, inconsciente, con sus brazos y piernas en jarras.

—¿Cuántos Aturdimientos absorbió? —James oyó la voz de su madre preguntando desde el arco del comedor.

—No lo sé —respondió la Tía Hermione en voz baja. —Pero me imagino que toda la menta Dragonmeade que se bebió antes no le hizo daño.

Harry pasó por encima de la prominente figura de Hagrid y se acercó a sus compañeros Aurores. —Estoy de acuerdo que la prudencia era necesaria, Titus. Pero esto parece más una redada que una entrega de noticias.

—Cuando te diga las noticias, puedes perdonar nuestra preocupación. Pero deberías saber que ninguno de nosotros disparó antes de que fuéramos atacados.

—¿Quién te atacó? —exigió la Profesora McGonagall estridentemente, emergiendo desde el arco del comedor. —¡Ninguno de nosotros, te lo puedo asegurar!

Titus miró hacia Lucinda, que se estremeció.

—¡Él me lanzó una pintura! —declaró, echando atrás la capucha y revelando su corto pelo rubio. Ella señaló a James, sus mejillas estaban rojas. —No lo reconocí en la oscuridad, y al instante, un viejo zoquete se estaba estrellando contra mi cara.

—Ya veo —dijo Harry fríamente, mirando hacia atrás a su hijo. —Bien. No pasa nada, afortunadamente. Pero tal vez la próxima vez no dispares hasta que sepas exactamente a quién estás disparando. Estoy bastante seguro que fue una de las primeras cosas que te enseñé.

Las mejillas de Lucinda se enrojecieron aún más, pero una mirada de desafío brillaba en sus ojos verdes.

Titus bajó la voz, dirigiéndose a Harry directamente. —Hubo un ataque hoy, en la cumbre de Luxemburgo. Un pícaro mago rompió el cordón de alguna manera. Él fue capaz de lanzar varias maldiciones asesinas antes que la seguridad lo atrapara.

—Espera un momento —dijo el Profesor Flitwick, tropezando ligeramente mientras se encaramaba sobre la forma dormida de Hagrid. —¿Hoy, dice usted? ¿Qué cumbre se celebra en Navidad?

Kendrick Debellows respondió sombríamente. —Una cumbre que nadie debía saber, apuesto. Nadie espera que los gobiernos hagan algo en estos días, por lo tanto, pueden hacerlo sin escrutinio alguno. ¿No es correcto, Harry?

Harry asintió con la cabeza. —Era una reunión secreta entre Muggles y las autoridades mágicas acerca de cómo administrar el secreto del mundo mágico, una tarea que es cada vez más difícil, y que muchos resienten. Algunos líderes muggles se oponen a mantener el secreto, de hecho, y están presionando activamente para la revelación completa. La cumbre incluyó a miembros de las administraciones del Mundo Mágico, tratando de otorgar apoyo y cooperación.

—¿Por qué no fui informado de esto? —exigió Percy estridentemente, empujando hacia la parte delante del grupo. —¡Debería haber estado ahí!

—Deberías estar contento de no estar —Titus contestó desafiando, alzando su barbuda barbilla. —Dos miembros del Departamento de Relaciones Exteriores fueron derribados, uno fatalmente. El otro, por suerte, sólo le rozó la maldición asesina. Y sin embargo, parece que su lado izquierdo está paralizado de forma permanente, y se ha vuelto ciego.

—Dios mío —la Profesora McGonagall susurró, levantando una mano hacia su garganta.

Harry suspiró con resignación. —¿Quién más?

—Sólo otra fatalidad —respondió Titus con gravedad. —Pero una que dará lugar a repercusiones terribles. Cualesquiera que sean los acuerdos que se hayan alcanzado con los gobiernos de todo el mundo Muggle, están en peligro esta noche. Este mago, se las arregló de alguna forma para pasar a través de veinticinco guardias mágicos, logró matar al vicepresidente de los Estados Unidos. Un hombre llamado Joseph Mattigan.

—Buen Dios —respiró Harry, colocando una mano sobre los ojos. Sin bajarla, preguntó —¿Se ha detenido al asesino?

Titus negó con la cabeza lentamente. —No fue necesario. Una vez que había logrado maldecir al vice presidente, levantó su varita hacia su cabeza y proclamó lealtad al Frente Unido de Liberación de la Entidad Mágica. Luego, se maldijo a sí mismo. Estaba muerto antes de tocar el suelo.

—¡Loco! —proclamó Neville Longbottom con asombro. —¿Cómo puede una persona demente haber roto el perímetro de seguridad?

—No es una locura —respondió Harry en voz baja. —El FULEM no realiza ataques suicidas. Eso fue algo completamente distinto.

—¿Quieres decir que él estaba mintiendo acerca de su lealtad? —preguntó McGonagall con incredulidad.

Harry no respondió, se limitó a mover la cabeza sin poder hacer nada.

—Un escuadrón ha sido enviado a la escena, por lo que valga la pena —dijo Titus. —Junto con un régimen de Harriers.

—Los Harriers deberían haber estado ahí desde el principio —dijo Debellows airadamente. —Y maldito sea el Ministerio por su falta de previsión. ¡Nada de "Presencia Provocativa"! ¡Si los Harriers sirvieran como guardias en este tipo de eventos veríamos mucho menos derramamientos de sangre!

Harry ignoró el arrebató de Debellows. A Titus, le preguntó: —¿Cuál ha sido la respuesta del gobierno de Estados Unidos?

—Sólo hay una respuesta —respondió una voz desde atrás de James. Miró hacia atrás para ver al Profesor Jackson de pie cargado derecho en el arco, su cara de palo mostraba furia. —El presidente nombrará un nuevo vicepresidente de su elección, ya que la ley lo permite. Una historia fue inventada por la administración de Drummond para explicar la repentina muerte del vicepresidente Mattigan, dejando de lado cualquier referencia a su asistencia a la cumbre de las entidades mágicas. Y en lo secreto, cualquier acuerdo firmado entre el Presidente Drummond y la Administración Mágica Estadounidense será considerado extraoficialmente nulo. Esto no es un buen presagio para la seguridad de la comunidad mágica en los Estados Unidos.

—Sin mencionar al mundo en general —agregó Harry. —Para bien o para mal, lo que Estados Unidos hace, muchos otros lo siguen —se volvió hacia Titus. —Te acompañaré de vuelta al Ministerio. Tenemos que formar equipos de inmediato para acompañar al resto de los líderes mundiales de regreso a sus países. Puede ser muy luego o muy tarde, pero será una muestra de buena fe que el Ministerio de Magia no los ha abandonado a la luz de la tragedia de hoy.

—Ya está hecho —anunció Titus secamente. —No hay necesidad de que vuelvas, gracias. El Ministro pensó que era mejor que no esperáramos hasta que estuvieras informado para poder actuar.

—Ya veo —dijo Harry con cautela. —Y tú, supongo ¿Estás encabezando la respuesta?

—Es todo para el registro —respondió Titus, mirando a otro lado. —Quédate con tu familia y amigos. Lo que me lleva a preguntar lo siguiente, y espero que entiendas que es sólo mi deber. No me gusta más de lo que haces.

—Entiendo —asintió Harry con cansancio. —Estábamos simplemente celebrando la Navidad, Titus. Los hubiera invitado a ustedes cuatro si es que no hubieran estado en servicio.

Titus asintió lentamente y no dijo nada. James estaba seguro de que todos en la sala sabían que esto era una mentira. Parecía que había un muro invisible de frialdad entre Harry y su compañero, algo que nunca había estado ahí antes. Era indescriptiblemente desalentador de ver.

—Asumiré que el Ministro te puso a cargo de la respuesta a la crisis — comentó Harry. —¿Sería eso correcto?

—Lo siento —respondió Titus, sus ojos inquebrantables. —Tú entiendes, estoy seguro.

—Feliz Navidad entonces, Titus. Igual para ti, Lucinda y para ustedes dos, Kushing y Peter.

Las otras dos figuras oscuras, que aún llevaban sus capuchas, se movieron incómodas en sus pies.

Un momento después, Titus levantó una mano callosa, con la palma hacia fuera, hacia Harry. James no sabía si se trataba de un gesto de disculpa o advertencia. Luego, con un remolino de movimiento y un crack de aire colapsado, Titus se desvaneció. Los otros tres le siguieron inmediatamente.

Harry soltó un largo suspiro.

—El vicepresidente estadounidense —tío George negó con la cabeza. —Muerto por la mano de un mago. Esto ciertamente no augura nada bueno.

—Un eufemismo, te lo aseguro —el Profesor Jackson hervía en silencio, volviéndose hacia el comedor. Los otros barajaban desconsoladamente, siguiéndolo y murmurando. James se dio cuenta que Draco Malfoy no estaba a la vista. Probablemente, había desaparecido a la primera señal de problemas.

—Estoy tentado de preguntar qué es lo que hacías fuera del ático —dijo Harry, mirando a su hijo con un movimiento cansado de la cabeza. —Pero estoy seguro de que ya lo sé. ¿Estás solo?

—No —respondió James sin poder hacer nada. —Rose y Albus también. Están todavía arriba hasta donde yo sé, acorralados por Kreacher. O Kreachers, en realidad.

Harry asintió con la cabeza, no requiriendo ninguna explicación. —Ven. Le explicaré a Kreacher. Hablaremos de tu castigo más tarde.

James repentinamente estaba muy agotado para protestar. La adrenalina que había inundado su cuerpo durante la batalla parecía haberse transformado en una poción para dormir. Caminó junto a su padre y lo siguió hasta la escalera principal.

—¿Qué está pasando entre tú y Titus, Papá? —preguntó, manteniendo la voz baja mientras subían las escaleras.

Su padre no respondió de inmediato. Entonces, sin girarse, dijo —Titus solo sigue órdenes. Él es bueno en eso. Es por eso que siempre ha sido mi mano derecha. Es decidido. Es fuerte. El problema ahora, supongo... es que alguien por encima de mi está dando las órdenes.

—¿Realmente está cazando a Petra? —preguntó James, llegando junto a su padre al rellano. Harry se detuvo y miró a su hijo, con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes...? —preguntó, y luego sacudió la cabeza de nuevo. —Olvídalo. ¿Cómo puedo culparte? Yo hubiera encontrado una manera de espiar así, me imagino. Serás un gran Auror algún día, hijo. Hasta entonces, nos volverás locos a tu madre y a mí.

James abrió la boca para responder, pero su padre le hizo callar con una mano levantada. —Titus está siguiendo órdenes, hijo, tal como te dije. Petra es la persona más buscada en todo el mundo mágico, quizás en todo el mundo en general. ¿Y te causa sorpresa? Tú viste lo que hizo el verano pasado.

—¡Ella estaba salvando tu vida, Papá! —insistió James en voz baja. —¡Esos asesinos del FULEM te iban a matar! ¡Tenía que detenerlos de alguna forma!

—No tenía que hacerlo, en realidad —dijo Harry, su rostro se endureció ligeramente. —No me malinterpretes. Me alegro de estar vivo, y tengo que

agradecerle a ella por eso, supongo. Sin embargo, es difícil imaginar que hubiéramos enfrentado ese peligro en primer lugar de no ser por ella.

—¡No fue ella, papá! ¡Tienes que creerme! ¡Fue la Dama del Lago! ¡Y Morgana, la otra versión de Petra de alguna otra realidad!

Pero los ojos de su padre se habían cerrado con cansancio. James sabía que era inútil discutir sobre la Dama del Lago, incluso con su propio padre. Cuando Harry abrió los ojos de nuevo, estaban graves.

—De cualquier forma, Titus está a cargo de encontrar a Petra. Y James, cuando se enfrente a ella, no va a rehuir de usar la fuerza que sea necesaria. No la dejará escapar.

—Quieres decir —dijo James fríamente, — que la matará.

—Como dije, hijo, en lo que respecta al Ministerio, Petra es la persona más peligrosa viva. Y escúchame: pueden estar en lo correcto.

—Pero ustedes están buscándola también —dijo James rápidamente. —Tú y la nueva Orden del Fénix. ¿Cierto?

Harry puso los ojos en blanco con impaciencia ante la mención de la Orden, pero James le hizo caso omiso. —Todos ustedes la buscan también. ¿Por qué? ¿Por qué no dejan a Titus manejarlo?

Harry se acercó más a su hijo. —Por que Titus puede no tener éxito. O tal vez lo peor, podría tenerlo. Después de lo que vimos el pasado verano, una confrontación culminante con Petra Morganstern puede ser la cosa más peligrosa imaginable, no solo para aquellos que la enfrenten, sino también para todos los demás.

—¿O sea para capturarla también? ¿Pero de una manera diferente?

Harry apretó los labios con firmeza, pensativo. Después de un momento, exhaló. —No nos referimos a capturarla —respondió en voz baja. —Capturarla puede no ser posible. Queremos... —hizo una pausa, pareciendo buscar las palabras. —Queremos... hablar con ella.

James consideró esto y una sensación de alivio casi inexplicable cayó sobre él. Asintió con la cabeza y dejó su mirada a la deriva, vagando sobre la tierra, mirando el retrato de la vieja Sra. Black y su incesante parpadeo de la televisión pintada. Se quedó paralizado.

—¿Qué pasa hijo? —preguntó Harry, viendo que los ojos de James se ensanchaban de repente.

James no podía hablar. Se quedó mirando la pantalla de la tele, no escuchando las palabras que graznaban de ella, no viendo la mirada lasciva de la anciana Sra. Black quien miraba fuera del retrato, sonriendo con malicia repentina, como si supiera un vicioso secreto oscuro. James levantó el brazo y señaló débilmente, con voz temblorosa.

—Es él —dijo, sorprendido por lo tranquilo que sonaba su propia voz.

Harry se giró, frunciendo el ceño, y miró a la pantalla de la tele pintada. En ella, un programa de noticias informaba de la muerte súbita del vicepresidente estadounidense. Palabras se arrastraban en la parte superior de la pantalla: JOE MATTIGAN, MUERTO A LOS 56 POR CAUSAS NATURALES MIENTRAS ESTABA DE VACACIONES CON SU FAMILIA. PRESIDENTE DRUMMOND NOMBRA NUEVO VICE PRESIDENTE EN REUNIÓN DE EMERGENCIA...

Bajo las palabras que corrían, el propio presidente Drummond se paró frente a un podio azul, el sello presidencial estadounidense estaba estampado cuidadosamente en el frente. El presidente estaba hablando, con expresión seria, su postura cuidadosamente compuesta para expresar luto y determinación. Sin embargo, debajo de esto, incluso a través de la pantalla de la tele pintada, James sentía que el presidente estaba nervioso. Quizás aún aterrorizado. De pie junto al presidente, con su guapo rostro frío, vestido con un traje azul marino elegante y corbata roja, estaba el hombre que James había visto por última vez en las calles de Nueva Ámsterdam, el hombre había conjurado monstruos nativos americanos de la nada, todo mientras sonreía con saña. Ahora, el hermoso rostro asentía solemnemente mientras el presidente lo presentaba.

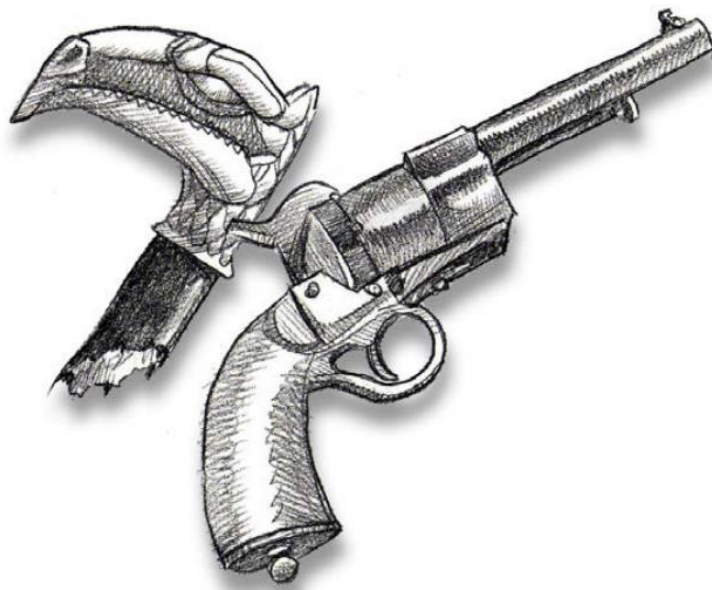
—Quincy Quartermain —leyó Harry mientras el Presidente identificaba al hombre. —El hombre elegido para el puesto del recientemente fallecido Senador Charles Filmore. ¿Lo conoces, James?

James se estremeció mientras el hombre en la pantalla daba un paso adelante, sustituyendo al presidente en el podio. Habló, y la cámara le hizo un acercamiento.

—Quiero agradecer al Presidente Drummond por la fortaleza que ha demostrado en este difícil momento. No puedo esperar superar a Joe Mattigan. Pero como su nuevo vicepresidente, espero poder servirle a la gente de este país, con el mismo carácter, perseverancia y convicción inflexible que él siempre ha defendido.

Con eso, se giró para mirar al presidente con una sonrisa. James vio que el Presidente Drummond, se estremeció un poco con esa sonrisa.

—No me importa lo que esté diciendo de sí mismo —dijo James, incapaz de apartar los ojos del hombre de la pantalla. —Pero él no es muggle. Él es un mago. Él es malvado. Y la última vez que lo vi, él se llamó a sí mismo... El Coleccionista.



Capítulo 11

La Historia de Quinn

Una serie de estallidos sonaron a lo largo del Expreso de Hogwarts cuando el gran tren rojo comenzó a marchar lentamente fuera de la estación de Kings Cross, emergiendo en una fina y grasienta llovizna. James compartió una cabina con Rose, Ralph, Albus, Louis y Lily, la cual se apoyó en su hombro, entrecerrando los ojos y mirando a Londres pasar más allá de las ventanas cubiertas de lluvia, como si fuera la película más aburrida del mundo. Cuando las estrechas calles y edificios comenzaron a pasar, James vio que la mayor parte de la nieve se había derretido, dejando solamente sucia aguanieve y canaletas goteando.

Nadie habló.

El fin de las vacaciones había sido incómodamente apremiante y silencioso. James sólo lo comprendió vagamente. El aspecto extrañamente antagónico de Titus Hardcastle, aparentemente había solidificado una grieta cada vez mayor en el departamento de Aurores. Por un lado estaba el padre de James, Harry, jefe del

departamento y de mala gana, famoso símbolo de la lucha contra la magia oscura. Por otro lado, más sorprendentemente, estaba Titus Hardcastle, desde hacía mucho tiempo leal compañero, pero de repente confidente y favorito de confianza del Ministro de Magia con su asesor más cercano, el propio director Grudje de Hogwarts.

Por supuesto, nada oficial había cambiado. Harry Potter todavía estaba a cargo del departamento de Aurores. Y sin embargo, hubo un cambio definitivo en las responsabilidades, con Hardcastle siendo asignado a la mayor parte de las tareas activas, mientras que Harry era asignado cada vez más para las misiones diplomáticas de embajadores.

La profesora McGonagall, quien se había quedado hasta bien entrada la noche después de la aparición de Hardcastle en la noche de Navidad, había admitido sus propias sospechas.

—Hardcastle es un soldado obediente, —había escupido en voz baja con sus ojos brillantes como cuarzo. —No es un hombre inteligente. Es por eso que lo prefieren sobre ti, Harry. Él sigue las órdenes y no las cuestiona. Los hombres como él son de gran valor para los tiranos.

El padre de James no había sido tan confiado. —Loquacious Knapp no es un tirano, —suspiró, ayudando a Ron Weasley a encoger el comedor nuevamente a su tamaño normal. —Es complicado. Desde la debacle el año pasado en los Estados Unidos, cuando caí bajo sospecha de la Oficina de Integración Mágica, el Ministerio ha pensado que es mejor que la mía no sea la cara del organismo nacional de magos. Es la política, así de simple.

James tuvo la sensación de que, en cierto modo, los dos estaban bien. Esto se hacía aún más preocupante por la aparición de El Coleccionista bajo la apariencia del nuevo vicepresidente estadounidense. No era tanto que su padre pusiera en duda la palabra de James (quien había, de hecho, mostrado gran seriedad y confianza en relación con el tema) pero eso parecía ser muy poco lo que él podía hacer al respecto.

—El Ministro de Magia no oirá ni una palabra de eso, —admitió a regañadientes. —El hecho es que hay conspiraciones y amenazas por todas partes, con el mundo mágico infringiendo cada vez más los asuntos Muggles. Pero voy a estar observando, y no sólo yo. Hay muchos que permanecen leales. Incluso algunos de los que trabajan junto a Titus. Lucinda, por ejemplo.

James había farfullado. —¡Pero...! ¡Ella me disparó! ¡Ella estaba con él esta noche cuando cayeron en este lugar como una carga de ladrones!

—Lucinda es diferente, —insistió Harry, oscureciendo su frente. —Ella sigue órdenes, pero piensa. Está atrapada entre lealtades. No creo que esto sea fácil para ella. Va a ser leal hasta el final. Confía en mí.

En el momento en que él, Albus y Rose habían sido devueltos al ático, bajo la mirada malévola de un Kreacher muy descontento, había sido casi la medianoche. Y aun así, Ralph, Lily y los demás habían insistido en una explicación detallada de todo lo que había sucedido. La mayor parte de esta responsabilidad recayó sobre James, el único que había oído la discusión en el comedor y observado la llegada de Hardcastle y sus aurores. Finalmente, horas más tarde, les había contado un poco de todo.

—El Coleccionista, —sacudió la cabeza con cansancio. —ya no se esconde en Nueva Ámsterdam, esclavizando a la gente para ayudar a hacer su súper arma La Red Morrigan. Está de alguna manera abriéndose paso para convertirse en el nuevo vicepresidente estadounidense. Probablemente envió a su propia gente para acabar con el anterior, sólo para poder tomar su lugar.

Al decirlo en voz alta, James se dio cuenta de lo verdaderamente aterrador que era. Los demás parecían sentirlo así con sus ojos vidriosos y cansados, brillando con sorpresa e incredulidad. Todos a excepción de Victoire y Louis, que eran incrédulos de todo el asunto.

—Todos ustedes están endemoniadamente engañados, —Louis anunció malhumorado, apagando la linterna sobre su litera. —Incluso si conocieron a algún tipo mago malvado en Nueva Ámsterdam, no puede ser el mismo que se hace cargo de la vicepresidencia. Hay como, leyes sobre ese tipo de cosas. El presidente

no puede simplemente nombrar a cualquier viejo amigo suyo para la vicepresidencia.

Nadie respondió a la objeción de Louis, en parte porque estaban demasiado cansados, pero también en parte porque, James podía ver en las caras de Rose y de Ralph, quienes en secreto querían creerle. De repente, la emoción del misterio se había convertido en una puñalada muy real de miedo y con la sensación de que las cosas habían empezado a girar fuera de control en una escala verdaderamente monumental y aterradora.

Si un mago oscuro había asesinado y engañado para convertirse en el segundo hombre más poderoso en el mundo libre Muggle, ¿qué le impediría terminar el trabajo? ¿Qué detendría al Coleccionista de matar al presidente y hacerse cargo por completo? ¿No es eso (la conquista y el sometimiento del mundo Muggle) por lo que el más oscuro de los magos oscuros siempre se había esforzado? Voldemort lo había intentado a través de insurrecciones en el mundo mágico, con ejércitos de camaradas oscuros y terrorismo mágico generalizado. Ahora, el Coleccionista (y su misterioso benefactor) parecían a punto de terminar la tarea con un simple engaño. Hubiera sido imposible, de no ser por el importante deterioro del Voto del Secreto, puesto en marcha por Petra Morganstern, hace meses.

James durmió muy poco esa noche. Sintió por los ruidos inquietos procedentes de las literas a su alrededor, que no era el único.

Así, cuando el Expreso de Hogwarts se abrió camino en el mosaico de niebla, campos y colinas, dominado por un manto de bajas nubes color pizarra, eran un grupo rendido y cansado que se recostaba en el compartimiento de James. Todos a excepción de Louis, quien había dormitado hasta las diez de la mañana y estaba tan alegre como un duende del bosque.

—Muy bien, —anunció, finalmente, —¿Quién quiere jugar Winkles y Augers? ¿James? Siempre eres digno de una burla.

—Silencio, —Ralph murmuró, retrocediendo aún más en el cuello de su pesada capa.

—Todos ustedes son una carga de idiotas, payasos, —Louis anunció con exasperación. —Debería haber ido con Scorpius a espiar a los Slytherin. Scorpius puede ser un zalamero y un poco idiota, pero los Slytherin siempre tienen buenos aperitivos.

—Bueno, tendrás que perdonarnos, —Rose se puso rígida. —Nos quedamos despiertos toda la noche discutiendo el fin del mundo, es todo.

—Incluso si es el fin del mundo, —dijo Louis, poniendo los ojos en blanco, —no significa que tengamos que estar deprimidos por ahí como una carga de gusarajos. —se subió a su asiento, tomó la bolsa de James en el estante de arriba, y comenzó a hurgar en ella. —¿Dónde está tu varita, James? Nadie es tan divertido para batirse en Winkles y Augers como tú.

James se dio la vuelta, agitando una mano con irritación. —¡Fuera de mis cosas, cretino odioso! Mi varita ni siquiera está ahí.

—¿Alguna vez la has tenido contigo? —dijo Albus maliciosamente. —Eso es casi tan sorprendente como que llegues a tiempo para una prueba de Quidditch.

—¡Ay! —Louis de repente gritó. —¿Qué demonios...?

James dio media vuelta. Louis tenía el ceño fruncido por algo en la mano. —Realmente necesitas limpiar tu equipaje un poco más a menudo, James. Tienes un montón de malas hierbas o algo que crece dentro de él.

—¡Dámelas! —James anunció, saltando sobre sus pies. —Esas son mías.

Louis saltó, ladeando la cabeza con desconfianza. —Dime qué son.

—El Yuxa Baslatma, —dijo Ralph asombrado, espiando el par de fresas espinosas en la mano de Louis. —Me olvidé por completo de esas. Pero... —se volvió a mirar a James. —Pero el profesor Avior te las quitó, ¿no?

James suspiró. —Él tomó las de Zane que encontró en mi túnica. Había unas cuantas más atrapadas en el dobladillo. Las descubrí antes de salir a vacaciones.

—Yuxa Baslatma, —repitió Rose. —¿Inductores de Sueño? Déjame ver. — Louis se encogió de hombros y arrojó las fresas espinosas en la mano de Rose. — Son unas cositas feas si me preguntan. ¿Qué hacen?

Rose miró las fresas con cuidado. —Bueno, si son lo que dice Ralph, seriamente son objetos mágicos, aunque realmente impredecibles y muy peligrosas. ¿Dónde dices que las obtuviste?

James y Ralph describieron su experiencia en la clase del Profesor Avior en Durmstrang, explicando cómo el Yuxa Baslatma se había adherido a la túnica de James, dejando una masa de fresas que habían sido posteriormente confiscadas por Avior.

—Pero no las cogió todas, —Rose asintió con conocimiento, —porque el Yuxa Baslatma te había elegido. ¿Qué planta era?

—¿Es eso importante? —Albus interrumpió. —Sólo es trabajo de la magia. Es una herramienta de adivinación, ¿verdad? Tal vez aquí nos dirá cómo James se reunirá con su desaparición definitiva. Será una muerte aburrida, apuesto.

Rose puso los ojos en blanco con impaciencia. —Estas no son como las tazas de té de Trelawney, idiota. Esta es magia poderosa. Difícilmente hay algunas verdaderas Yuxa Baslatma en el mundo. Suena como si Avior tuviera la mayor colección de ellas en el mundo. Si estas no se utilizan correctamente, pueden ser extremadamente peligrosas. Y es importante saber de qué planta vinieron éstas, ya que todas ellas hacen cosas ligeramente diferentes.

Ralph asintió, recordando. —Era algo acerca de la respuesta a su pregunta más importante.

James estuvo de acuerdo. —“La pregunta que más te aflige”. Esas fueron las palabras exactas, creo.

—Bueno, —Louis intervino, —Eso es fácil. Cuál de ustedes es totalmente el más tonto. Mi apuesta es por James.

Lily le dio a Louis un empujón, y luego se puso de pie, quitándose el pelo de la cara. —¿Qué la hace peligrosa, Rose?

Rose entregó las fresas de nuevo a James. —Es muy simple, de verdad. Son inductores del sueño. Ellos hacen su trabajo sólo cuando el sujeto está dormido. Dejas caer una en un poco de agua, la bebes y te vas a dormir. Diez o quince minutos más tarde, la magia sucede como un poderoso sueño, muy real. Pero si no estás dormido cuando entran en vigor, pueden ser... bueno, bastante perjudiciales.

Lily frunció el ceño. —¿Cómo que “bastante perjudiciales”?

—Te llevan completamente a la locura, —Ralph admitió. —El sueño lucha contra el mundo de la vigilia, sobrecargando la mente y más o menos destruyéndola.

—Entonces ve por ella, James. —Albus instó, dejándose caer en su asiento. —Traga esas cosas y toma una pequeña siesta. Esperaremos. Cuando despiertes, puedes decirnos la respuesta a nuestra pregunta más desconcertante.

—No es tan simple, —Rose insistió irritada. —Debemos saber cuál *es* la pregunta.

—Bueno, es obvio, ¿no? —Lily sugirió. —¿Cómo detenemos a esta persona el Coleccionista?

Albus negó con la cabeza. —Esa no es la pregunta más importante en absoluto. Es cómo encontrar a Petra Morganstern. Ella es la clave de todo el asunto, ¿no?

—Incluso si supiéramos dónde está Petra, —Rose se opuso, —no significa que cualquiera puede atraparla. Creo que la pregunta más inquietante es quién es Avior Dorchascathan. Probablemente por eso trató de confiscar los inductores de sueño de ti, James. Está tratando de proteger sus secretos (qué sabe acerca de La Red Morrigan y cuál es su conexión con Albus Dumbledore).

—¿Y si la pregunta se supone que es acerca del Director Grudje? —Louis interrumpió. —¿Por qué es tan temible y feroz, dando poderes a Filch y cerrando el correo y todo lo demás?

Ralph habló. —Todos están olvidando lo más importante de todo. La gran pregunta es qué es La Red Morrigan. ¿Qué es lo que hace y cómo la detenemos?

James negó con la cabeza lentamente. —Este es el problema, ¿no? Todas son preguntas muy serias. Todas ellas son importantes. ¿Cómo puedo saber cuál es realmente la que el inductor de sueño quiere responder?

—Tengo una idea de la novela, —Albus se encogió de hombros. —¿Por qué no solo lo pruebas y lo descubres?

Ralph asintió pensativo. —Vale la pena intentarlo. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Rose miró fijamente a las fresas en la mano de James. —Supongo que el mayor peligro real es justo el conciliar el sueño. Supongo que la respuesta va a explicar la pregunta, una vez que te despiertes. Quizás Albus está en lo correcto.

—No sé, —de repente dijo James, vacilante. Las fresas picaban en su palma, haciéndole cosquillas ligeramente. —Tal vez uno de ustedes debe hacerlo en su lugar. Rose, Pruébalo. Eres la más inteligente de todos nosotros.

—Ja, —Albus se burló.

—No puedo, —Rose contestó, poniendo sus puños en las caderas. —El Yuxa Baslatma te eligió. Sólo funcionará para ti. Para mí, o cualquiera de los demás, no sería más que un muy extraño y salvaje sueño, lleno de tonterías.

—Al igual que todos mis sueños, —Ralph asintió.

James tragó saliva. —De repente, no estoy tan cansado.

—Oh, podemos ayudarte totalmente con eso, —dijo Louis alegremente, poniéndose de pie. —Podemos hacerte una buena cama con todas nuestras capas y luego dispararles encantamientos de sueño. Rose sabe hacerlos de espaldas y de frente, ¿cierto Rose?

Rose asintió. —Claro que sí. Son súper simples y será un placer. ¿Qué dices, James?

James miró a Rose, Albus, Louis y a Ralph. Todos ellos le devolvieron la mirada con esperanza. Por último, miró a un lado a Lily.

—No tienes que hacerlo, James, —dijo con preocupación. —No parece tan seguro. Tal vez no vale la pena.

Extrañamente, la advertencia de su hermana le ayudó a decidir a James. —Creo que no podemos darnos el lujo de no tratar, —dijo, haciendo acopio de su determinación. —Y supongo que más bien voy a tratar con toda su ayuda que por mí mismo en el dormitorio.

—¡Excelente! —Albus declaró, sacando su varita. —Esto es mejor que Winkles y Augers cualquier día. Todos tiren sus capas y demás aquí en el banco. Rose, prepara los encantamientos para dormir.

Unos minutos más tarde, James trepó torpemente sobre la pila de capas que se extendieron hacia fuera, de cuerpo entero en su espalda.

—No te ves como si estuvieras listo para una siesta, —Rose criticó. —Te ves más como un cadáver que extravió su ataúd.

—¡No estoy acostumbrado a dormir la siesta con un montón de gente reunida en torno a mí! —James se quejó con nerviosismo. —Todos ustedes simplemente méntanse en el otro banco y dejen de comerme con los ojos.

—¿Entonces, cómo trabajan los encantamientos de sueño? —preguntó Ralph, apretándose en un asiento al lado de Rose. —¿Ya te sientes cansado?

—Me siento menos cansado que en toda mi vida. —James se quejó. Sin embargo, esto no era del todo cierto. Incluso mientras yacía en el colchón de capas, con los puños cruzados sobre el pecho, podía sentir la magia sutil de los encantamientos filtrándose en su cuerpo, aflojando sus estrechos hombros y relajando su tensa mandíbula.

Lily era la única que seguía en pie. —Toma, James, —dijo ella, dándole una pequeña botella. —Es lo que queda de la soda de regaliz de Louis. Tendrá que servir.

James se sentó (con un poco de esfuerzo, teniendo en cuenta los efectos de los encantamientos de sueño) y aceptó la botella. Abrió su otro puño, revelando algo

de puré del par de fresas. —¿Crees que yo debería hacer todo el asunto? — preguntó, volviéndose hacia Rose.

—Todo o nada, —Albus asintió. —Tómatela.

Rose se encogió de hombros. —El exceso puede ser peligroso. ¿Tal vez quieras guardar una para otra pregunta? Si aún funcionan de esa manera.

James respiró hondo. Por último, con la mano sobre la boca de la botella, puso las fresas para que rodaran en ella. Atrapadas allí, las pinchó con el dedo hasta que entraron. Sacudió la botella ligeramente, con nerviosismo, y luego la levantó a la luz de la ventana.

—Ya se han disuelto, —dijo.

Louis puso los ojos en blanco. —Son mágicas. Bébelas.

A James no le gustaba recibir órdenes de Louis, pero no parecía haber ningún punto para aplazarlo más. Olió la botella, la cual olía a regaliz negro (con sólo un toque de algo salvaje y humedad) y a continuación, apretando los ojos bien cerrados y aguantando el aliento, inclinó la botella contra sus labios. Tragó hasta que la botella estuvo vacía.

—¿Cómo estuvo? —preguntó Lily, un poco sin aliento.

James se encogió de hombros, ahogando un eructo y entregándole la botella. —Igual a la soda de regaliz. Nunca me ha gustado, pero no le encontré un sabor diferente. No habría sabido siquiera que los inductores de sueño estaban en ella.

—Entonces, haz la siesta, —Albus insistió, inclinándose hacia adelante en su asiento. —Sólo tienes diez minutos antes de que mágicamente arruine tu cerebro.

—Sin presiones, —Lily se quejó.

James se dejó caer de espaldas sobre la cama de capas. Sabía que, en algún nivel, estaba nervioso. Pero la sensación era distante, casi teórica. Sobre todo, lo que sentía era una sensación generalizada de comodidad extrema, como si cada músculo de su cuerpo, incluyendo el cerebro, felizmente se hubiera convertido en

pudí. Los otros siguieron hablando mientras cerraba los ojos, pero sus voces eran repentinamente poco importantes y muy lejanas. La sutil vibración del traqueteo del tren se convirtió en una canción de cuna, que le escoltaba hacia abajo, abajo, descendiendo las capas de la conciencia, hasta que todo lo que quedaba era una niebla de expectación.

La respuesta a mi pregunta más desconcertante, pensó débilmente, concentrándose en las palabras, tratando de aferrarse a ellas.

El tren avanzó pesadamente por debajo de él, y de repente el viaje parecía mucho más largo de lo habitual. Ya no era un viaje de pocas horas y millas; era un viaje de años y leguas, a través de océanos, décadas, pasando en espiral bajo el sueño normal y en algo tan insondable como el espacio y el tiempo sin fin.

Y poco a poco, al otro lado de la gran división, James comenzó a despertarse.



—Por Fredericka, —la voz de una chica dijo débilmente. James miró a un lado. Una mujer joven, apenas mayor que el propio James, estaba cerca. En su mano extendida, humeando perezosamente, estaba una pequeña pistola.

—Por Fredericka, —repitió débilmente, —de su prometido, William. Y de mí, su hermana, Helen.

James siguió el objetivo de la pistola y vio a un hombre tendido boca abajo, obviamente muerto. No había nada más que ver... sólo a la chica (Helen) y al hombre muerto (¡Magnussen!), rodeados de infinito vacío negro. Pero luego, poco a poco, comenzaron formas a revolverse fuera de la oscuridad. James miró a su alrededor cuando los edificios emergieron de la vacía niebla del rededor.

Adoquines mojados extendiéndose lejos del cuerpo de Magnussen. Barriles y cajas brillaban a la vista, abarrotados en un estrecho y húmedo callejón.

He estado aquí antes, James dijo, pero su voz estaba en silencio, más que un pensamiento en el vacío. Miró hacia abajo y vio que no tenía ninguna forma o cualquier forma. Era como si fuera un fantasma, invisible y sin importancia, un mero observador en un mundo que no era el suyo. Un choque de pánico se apoderó de él y se volvió en el acto, en busca de un poco de ayuda o incluso una cara amable.

La primera cara que vio, sin embargo, fue la suya. Tenía las mejillas pálidas en la oscuridad, iluminada sólo por una lámpara de gas cerca de la boca del callejón. Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa. Su varita estaba bajando en su mano.

—Sentimos lo sucedido a Fredericka, —una voz (la de Ralph) dijo solemnemente. —Este hombre puede ser parte de nuestro mundo... pero nosotros no somos como él.

James de repente lo vio todo. Esta fue la noche en que él, Ralph y Zane habían ido en busca de la llave dimensional, una herradura de plata mágica en poder del poderoso y sádico profesor de Alma Aleron, Ignatius Magnussen. Después de haber seguido al profesor a mediados de la Filadelfia del siglo XIX, habían sido testigos de la verdad más impactante de su fallecimiento (que en lugar de escapar al Mundo Entre los Mundos con la ayuda de su llave dimensional), Magnussen había sido reducido por solo una bala Muggle, disparada por una mujer joven, la hermana de una de las víctimas de Magnussen.

Pero ¿por qué ahora estaba James aquí, viendo suceder esto de nuevo? ¿Tenía la intención de detenerlo de alguna manera? ¿O era la intención de ver algo que él se había perdido la primera vez?

James vio cuando Helen se encontró con un hombre joven Muggle (¿William?) cerca del cadáver de Magnussen. El hombre estaba levemente lesionado; casi había sido asesinado por Magnussen y su cruel bastón mágico, antes de que Helen apareciera en la entrada del callejón, con la pistola en la mano y

la venganza en su corazón. El hombre se arrodilló, levantó el bastón que estaba enganchado en la mano del hombre muerto, y luego, con una mueca de determinación, rompió el bastón sobre su rodilla.

James supo lo que pasó después (ya lo había vivido una vez). William (el que una vez fue el prometido de la Fredericka asesinada) tomó la bolsa de terciopelo que contenía la llave dimensional de la otra mano de Magnussen. Se la entregó a James, Ralph y Zane, quienes rápidamente hicieron su salida, chapoteando los charcos mientras corrían de nuevo a Alma Aleron y a la legendaria esclusa de tiempo.

Pero en el sueño James no los siguió. Sorprendentemente, se quedó con Helen y William, cuando comenzaron a caminar en la dirección opuesta, mucho más lentamente, dejando el cuerpo de Magnussen escondido bajo una pila de basura. Y poco a poco, casi imperceptiblemente, los alrededores comenzaron a desaparecer de nuevo, retrocediendo en la oscuridad como los actores que se deslizan detrás de una cortina, hasta que todo lo que quedó fue Helen y William, caminando lentamente, acurrucados juntos y en un extraño silencio.

Y de alguna manera, James sabía que había algo secretamente importante sobre ellos. Eran ahora la historia principal, no él, ni Ralph, ni Zane. Vio cómo el hombre joven y la mujer, iban desapareciendo en la distancia.

En el bolsillo del delantal de Helen, todavía caliente y con olor a pólvora quemada, estaba el pequeño revólver de seis tiros. En la mano de William, agarrado débilmente, iba la cabeza rota del bastón de Magnussen, con sus ojos oscuros y disminuidos, pero no muertos. Nunca muertos.

Un viento frío azotó sobre James, quitando la visión de William, Helen, el revólver y el bastón. James sintió su historia sucediendo fuera del alcance de ese viento, como si el viento fuera el tiempo mismo, quitando días y semanas, meses y años. Helen y William, extraño pero no del todo sorprendente, se enamoraron. Se casaron, y, finalmente, se trasladaron lejos de la mugrienta madriguera del muelle del distrito de Filadelfia y comenzaron una nueva vida en el campo de Pennsylvania. Había una destartalada (pero muy bien cuidada) granja, rodeada de

campos cuidadosamente plantados, cercos, carreteras estrechas y un burbujeante y fresco manantial.

Y había niños. Eran felices en la casa, o por lo menos tan felices como los hermanos pueden ser, con sus rivalidades constantes, dramas y pequeñas disputas. Había tres hijas y un hijo, el más joven de todos. El nombre del hijo era Phillip, y James lo vio crecer a través de los años, llegando a ser un buen joven, delgado y alto, con una aguda, ingeniosa e inquisitiva mente.

Cuando Philip tenía veinticinco años, su madre, Helen, murió. La enfermedad había caído sobre ella con rapidez, en forma de un resfriado feroz que había florecido en neumonía. Las hermanas de Philip lamentaron lo repentino que se movió el destino, tomando a su madre en cuestión de días, pero Philip estaba secretamente agradecido. Él tenía la edad suficiente para haber visto cómo las enfermedades persistentes a veces pueden disminuir a sus víctimas, descargando poco a poco la alegría, la dignidad y el propósito. Incluso en su dolor, se alegró por su vibrante y alegre madre; contento de que ella había dejado el mundo con rapidez, como una joven novia fugándose con el destino, en lugar de ser arrastrada por él, lentamente y de mala gana.

James rondaba afuera de la vieja casa de campo cuando el funeral se llevó a cabo. Sintió el dolor y la tristeza interior, la celebración de una vida bien vivida. El débil sonido de canto de himnos se filtró en el aire de la tarde, dirigido por el marido desconsolado, William, con su voz de tenor no precisamente musical, pero fuerte y clara.

Y luego, en algún momento más tarde, cuando el sol descendió hacia los árboles que bordeaban el campo, convirtiendo el cielo en un caldero de cobre y rosa, Philip salió de la casa. Se movía en silencio, de forma rápida, casi (James reconoció esto de sus propias aventuras) furtivamente, corriendo a lo largo de un camino entre los campos, mirando hacia atrás una o dos veces para asegurarse que no era seguido.

James se acercó a él, lo siguió en silencio, ya que el joven se volvió hacia el este, en dirección a una hebra fina de árboles y a un barranco rocoso que bordeaba la misma.

Algo estaba enterrado allí. James lo sintió pulsando en la tierra, sintió el tirón de su magia oscura y la voluntad que no habían disminuido. Philip era un Muggle, y sin embargo también parecía consciente de la fuerza enterrada. Por supuesto que sí, porque había estado allí el día en que su madre lo había enterrado, muchos años antes. Entonces sólo había sido un niño, y cuando su madre había terminado su tarea y regresado a la casa, él se había precipitado al barranco, curioso por ver lo que ella había escondido allí bajo las rocas. Porque Philip comprendió algo que nadie más lo hizo: su madre (la mujer que zurcía los agujeros en los calcetines y rociaba el azúcar moreno en su avena, que tarareaba alegremente para sí misma más allá de la puerta cerrada, arriba de su habitación cada mañana y quien lo arropaba todas las noches con un beso en la frente y en ambas mejillas) su sencilla y linda madre, todos los días... *fue mágica*.

James entendió. Helen no había sido bruja, pero tampoco había sido puramente Muggle. Al igual que la hermana de Petra, Izzy, Helen había ocupado un extraño término medio entre las polaridades de poder, instintivamente siguiendo algún profundo instinto mágico, pero no consciente de ello lo suficiente como para abrazarlo. Eso es lo que ella había sabido al venir al callejón en esa fatídica noche en 1859, con la pistola escondida en el delantal, llegando en el mismo momento para salvar la vida de su futuro esposo. Su magia secreta la había obligado. Ella misma no lo entendía, pero tampoco lo cuestionaba.

Fueron sus sutiles hechizos los que habían hecho florecer los campos, los que conjuraron la primavera para el riego de la finca en medio de la sequía, los que permitieron que sus cataplasmas y caldos mantuvieran a su familia casi sobrenaturalmente sana y fuerte durante décadas.

Y fue su magia tácita la que le advirtió de enterrar la caja de lata con sus tesoros secretos y oscuros en el barranco, debajo de las piedras, las arañas y las ásperas malezas amarillas. Dentro de la casa, incluso escondida en el ático, la gravedad de esos tesoros era demasiado fuerte. Helen la había sentido en su cama cada noche, escuchando la insistente y silenciosa llamada. Le preocupaba que con el tiempo sus hijos la escucharan y respondieran a ella.

Así que ella enterró sus oscuros tesoros. Por desgracia, la misma magia que la obligó, es la que atrajo a su pequeño hijo a seguirla, a mirar y llegar a ser curioso.

Y ahora, casi veinte años más tarde, en la noche del funeral de Helen, Philip regresó al barranco. Él no sabía por qué se movía en secreto y tan nervioso. Sólo sabía que el tirón de su curiosidad (y alguna otra fuerza, menos definible) era demasiado fuerte como para negarla.

James instintivamente trató de llamar al joven, para advertirle de nuevo. Pero por supuesto que no tenía voz aquí. Él no era más que un observador, no más capaz de alterar estos acontecimientos de lo que podía contener el curso de la tierra alrededor del sol.

Philip movió la piedra y sacó una navaja del bolsillo de su abrigo. Con ella, se puso a cavar, echando a un lado la tierra desmoronada y carcomida, hasta que el cuchillo arañó el metal. Un minuto después, sacó de la tierra una caja de lata oxidada y la puso, casi con reverencia, en las rocas. Se estremeció mientras la miraba, temiendo a la caja, pero al parecer no podía negar su atracción.

Había visto antes su contenido una vez, aunque esa vez los había dejado enterrados. Su madre sabía que era lo mejor después de todo, y si ella los había enterrado, había sido por una buena razón. Ahora, sin embargo, Philip era un hombre adulto, y su madre (con lágrimas que pinchaba las esquinas de sus ojos al pensar esto) estaba a punto de ser enterrada. Tal vez la magia se rompió ahora.

Esto no era cierto, por supuesto. Pero la racionalización trabajó. Con las uñas cubiertas de barro apelmazado, Philip abrió la tapa de la caja de lata. Esta hizo un chillido al revelar su contenido. Tanto James como Philip miraron dentro.

Acunados en la oxidada caja estaban dos objetos. James los reconoció inmediatamente. Uno de ellos era la pistola que había matado al mago, Ignatius Magnussen. El otro era la cabeza de su malvado bastón mágico, con la cara lasciva de su gárgola sin parpadear, empañada en negro pero brillando en la puesta del moribundo sol.

Philip los tomó, y con ese único movimiento rápido, la oscuridad cayó sobre James de nuevo, envolviéndolo por completo.

El tiempo pasó de nuevo. Las décadas se desenredaron cuando Philip envejeció. Él contrajo matrimonio, tuvo su propio hijo y se convirtió en un hombre viejo. James lo vio de nuevo en un breve y fugaz momento, tendido en su lecho de muerte, con su hijo adulto de pie a su lado. La lata estaba abierta entre ellos, revelando la pistola y la cabeza de la gárgola de hierro. Philip los había guardado, atesorándolos a pesar de su oscura aura de misterio, o tal vez incluso a causa de ella.

—Estos pertenecieron a mi madre, —dijo, con la voz débil y ronca. —Y ahora son tuyos.

Pero James pudo ver que el hijo fue repelido por los extraños y enigmáticos objetos de la vieja lata. Los tomó, pero no los reverenció. Muy pronto, la lata se guardó en el ático de una pulcra casa de ladrillo en Filadelfia, casi olvidada, acumulando polvo a través del ciclo de décadas.

Hasta que la mano de una mujer chocó contra la lata, golpeándola a un lado con estrépito. James vio cuando la oscuridad retrocedió de nuevo, revelando las profundidades del ático, mucho más desordenado y alterado por el tiempo, iluminado por el brillo tenue de la nieve que caía afuera en una única ventana con tejado. La mujer era delgada, bonita, con un toque de la difunta Helen en sus rasgos. Y sin embargo, ella estaba triste, de alguna manera. En parte era por la tarea a la que se dedicaba: vaciar la casa tras la muerte de su abuelo más viejo. Pero eso no era todo. Esta mujer (*su nombre es Winnifred*, la mente soñadora de James suministró con extraña certeza, *pero todo el mundo la llama Whinnie*) estaba viviendo una vida de desgracia y angustia. Su hijo de cinco años, que incluso ahora jugaba en la alfombra de la sala dos pisos más abajo, era débil con alguna enfermedad complicada, requiriendo médicos y medicamentos que no podía permitirse. El marido de Whinnie no ayudaba, se había ido casi un año antes, aparentemente en busca de empleo en el este, donde se había criado. Whinnie no había oído nada de él desde entonces, y dudaba que alguna vez lo hiciera de nuevo. Él no estaba herido, o perdido. Simplemente había desaparecido.

Whinnie lanzó la caja de lata abierta con impaciencia, y luego se detuvo. Desconcertada, se fijó por primera vez en la pistola, y luego en la cabeza de la

gárgola a la luz invernal. Una mirada reflexiva pasó sobre su cara, pero era muy diferente a la que había aparecido en el rostro de su bisabuelo, Philip, casi un siglo antes. Era el año 1978, y la vida de Whinnie no la había preparado para una sensibilidad a la magia. Esta, sin embargo, la hizo muy sensible a la posibilidad de dinero rápido. Ella lo necesitaba desesperadamente, después de todo. Era sólo una posibilidad, reflexionó un poco desesperada, que la escultura de hierro en forma de gárgola y la antigua pistola, podrían valer algo. Whinnie embolsó los objetos, haciendo voto (aunque con culpa) de no decirle a su hermano acerca de ellos. Él no estaba desesperado como ella. Y tal vez si hubiera estado más dispuesto a ayudarla (todo el mundo sabía que podía, si hubiera querido) no habría tenido que recurrir a este tipo de medios mezquinos.

Era una justificación débil y Whinnie lo sabía. En el fondo, se odiaba por ello. Pero la auto-recriminación no era suficiente para cambiar de opinión. Bajó las escaleras del ático, llamando a su hijo para que se pusiera el abrigo y los zapatos.

Otra ráfaga de viento llevó a James con ella, pero ésta era diferente. Cubría un simple espacio, más no de tiempo, y James sabía que lo que ahora observaba sólo era un poco más tarde, por la ciudad, en las afueras de una tienda estrecha en una esquina ventosa. Helados copos de nieve recorrían las ventanas de la tienda, desdibujando la extraña colección en exhibición: instrumentos musicales y pequeños accesorios Muggles, pilas de libros baratos con sus bordes de página teñidas de color amarillo o rojo, lámparas antiguas y esculturas de vidrio baratas. Sobre la puerta delantera colgaban tres bolas de metal empañado, balanceándose debajo de un letrero pintado con descoloridas letras rojas:

CASA DE EMPEÑO – SE COMPRA – SE VENDE – SE CAMBIA

El coche de Whinnie, una gran y extraña máquina, de mal aspecto, con los parachoques oxidados y la palabra *Toronado* estampada en la esquina del maletero, se hallaba en ralentí a una cuadra de allí. El hijo de Whinnie, James sabía, no estaba dentro, ni mucho menos con su madre en el interior de la casa de empeño. El niño había sido dejado al cuidado de su tío, el hermano de Whinnie. Ninguno de ellos había estado particularmente contento con el arreglo, pero (como Whinnie prometió) sólo sería por un corto tiempo.

Cuando James miró el penacho que soplaba el escape de aire helado desde el coche en ralentí, en ese momento, en la entrada principal a una cuadra de distancia, tuvo una terrible sospecha de que a Whinnie le iría bastante mal con eso.

Una campana tintineó débilmente cuando se abrió la puerta de la tienda de empeño. Whinnie salió, y el fuerte sonido de sus tacones le dijo a James todo lo que necesitaba saber. Ella solo había vendido uno de los objetos misteriosos, y no había conseguido el suficiente dinero como había esperado. Echando humo y preocupada, caminó hacia su auto en espera y James, casi contra su voluntad, se movió para seguirla.

Una pareja estaba caminando delante de ellos en la acera. James vio que eran un hombre y una mujer, ambos vistiendo de negro, pero no eran marido y mujer. ¿Hermana y hermano? Pensó que sí.

Whinnie siguió adelante, con el viento frío tornando sus mejillas de color rojo brillante, y cuando se acercó a la pareja, ladeando para pasarlos, la pareja se detuvo.

Un escalofrío de miedo recorrió la espalda de James, pues vio de inmediato que la pareja era mágica. Brujas y magos americanos vestidos ahora como sus homólogos Muggles, pero para la claridad de su mente soñadora era innegable. El hombre y la mujer miraron simultáneamente a Whinnie con atención. Por supuesto que sí, porque sintieron el poder oculto de lo que ella llevaba, incluso si ellos no sabían lo que era.

—Discúlpeme, —la mujer dijo de pronto, sin sonreír. — ¿Podríamos hablar un momento?

Whinnie hizo una pausa por un momento. —Hace frío y no estoy de humor, —murmuró al pasar, sin hacer caso.

—Me temo que debemos insistir, —dijo el hombre, y su brazo se deslizó hacia fuera, agarrando el codo de Whinnie en un férreo control.

Whinnie fue lanzada bruscamente hacia atrás como un perro con una correa, sus pies se deslizaron en la helada acera haciendo que casi se cayera (habría caído,

de hecho, si no fuera por el pétreo puño del hombre). Inmediatamente, James miró a la calle en busca de ayuda, pero la acera (de hecho, toda la avenida) estaba vacía, solamente llena con coches aparcados, viento gimiendo y con el sonido agudo de la nieve.

—¿Qué estás...?! —Whinnie exclamó con enojo, corrigiéndose a sí misma y tratando de hacer palanca para liberar su brazo del agarre del hombre. —¿Déjame ir, lunático!

En cambio, el hombre la empujó hacia adelante, a la entrada hueca de una librería cerrada. Su hermana los siguió, con sus ojos destellando con brillante interés.

—¡Eres una Muggle! —ella dijo, sonriendo con fuerza. —¿No? ¡Ni siquiera eres una bruja!

—Una bru... —Whinnie tartamudeó, con miedo empezando a sustituir su ira. —¿Están locos? ¡Fuera de mi vista! ¡Llamaré a la policía!

—¡La policía! —el hombre se burló. —Siente la libertad. Ninguno está ni a cinco cuadras de aquí. E incluso si estuvieran justo al lado de nosotros, no habrían oído nada a menos que lo deseemos. Ahora danos tu talismán.

Whinnie le parpadeó consternada. Sus palabras no tenían sentido. En cambio, ella renovó su lucha contra el agarre del hombre.

Al otro lado de la calle, un hombre desaliñado miró por un callejón. James lo vio, lucía sus ojos legañosos, enrojecidos y con una barba descuidada. Él era un vago, acurrucado patéticamente por el frío, pero curioso por las voces en aumento.

—Por tu propio bien, —la hermana declaró impaciente, —deja de luchar y responde a nuestra pregunta. No tienes derecho a lo que sea que estás llevando. ¿Creíste que no lo sentíamos? Es inútil para ti de todos modos. ¿Qué podrías tú, una Muggle, esperar hacer con eso? Entrégalo y seguiremos nuestro camino.

—¡No tengo idea de lo que están hablando! —gritó furiosamente Whinnie, finalmente torciendo con fuerza el brazo liberado y tropezando hacia atrás entre las oscuras ventanas del mostrador de la librería y hacia la puerta cerrada de

seguridad. Esta crujió mientras ella caía en ella. —¡Ambos están completamente locos! ¡Fuera de mi camino que tengo que ir a casa por mi hijo!

—Tu hijo va a crecer sin una madre a menos que nos des lo que tienes, Muggle, —respondió el hombre con perversa confianza. Su mano se sumergió en su abrigo y sacó una larga y negra varita. Su hermana levantó la suya, tocándola con deleite. Whinnie los miró fijamente, con sus varitas extendidas y negó con la cabeza en confusión.

—Miren, obviamente me han confundido con otra persona. No sé lo que quieren. No tengo casi nada conmigo. Aquí. —ella buscó en su bolso, sacando una pequeña y delgada cartera. —Aquí están los veinte dólares que recibí de esa estúpida y pequeña escultura. Eso es todo lo que tengo, pero pueden tomarlo. Tómelo y déjeme ir. —tiró la cartera hacia ellos, pero el hermano y la hermana, simplemente la dejaron caer al suelo de baldosas agrietadas de la alcoba.

—¿Crees que te protegerá? ¿No? —dijo la hermana sospechosamente. —¿Es eso? Seguramente no puedes ser tan estúpida. Ni siquiera sabes cómo usarla. Nosotros sí. Podemos oler su poder, lo que sea que es. No nos importa cómo la encontraste, o de dónde vino. Sólo tienes que dárnosla. Dánosla y te puedes ir. Si te rehúsas... —se encogió con un hombro e hizo un gesto con su varita. —Si te rehúsas, morirás, y vamos a tenerla de todos modos.

—¡No sé lo que quieren decir! —Whinnie gritó, presionando de nuevo en la puerta de seguridad, haciéndola crujiir nuevamente. Ella no sabía lo que eran las varitas, pero de alguna manera (James le dio crédito por esto) sintió que eran peligrosas.

—Es muy potente, —el hermano resopló, dando un paso hacia delante, con sus fosas nasales dilatadas.

Su hermana asintió. —Pero ¿qué es? Debemos tenerla.

Sus sombras se deslizaron sobre Whinnie a medida que avanzaban hacia ella, con sus varitas apuntando a su corazón. Whinnie retrocedió, encogiéndose, y luego, de repente y sin remedio, ella chocó su mano nuevamente en su bolso. Cogió algo, lo sacó y arrojó lejos el bolso.

—¡Déjenme! —gritó, levantando su puño tembloroso. En él, sacudiéndose violentamente, estaba la pistola antigua, con su cañón brillando oscuramente en la pálida luz.

Al otro lado de la calle, el vagabundo que observaba jadeó y se agachó detrás de un bote de basura. Los sentidos afilados y soñadores de James lo vieron todo.

La hermana y el hermano se quedaron mirando el arma en la mano de Whinnie. Entonces, felizmente, la hermana se echó a reír. —Los Muggles y sus armas, —ella negó con la cabeza. —Mi querida, esa vieja pistola de juguete no puede hacernos daño. Estás perdiendo el tiempo, y nuestra paciencia se está agotando. Danos tu talismán. Hazlo ahora, o vamos a tomar tu cadáver.

Whinnie bloqueó con el codo, sujetando la pistola en toda su longitud. Ella nunca había tenido un arma antes, no estaba muy segura de que podía apretar el gatillo, aunque sabía que iba a disparar, no lo hizo. Apuntó alternativamente a la mujer y al hombre.

La hermana se lanzó. James lo vio, vio la repentina y casi bestial agilidad de ella, y una vez más trató de gritar una advertencia. Esta vez, sin embargo, su voz no se habría escuchado incluso si hubiera tenido una, pero un fuerte y determinante *BANG* golpeó el aire momentáneamente, ahogando cualquier otro sonido. Una fracción de segundo más tarde, se hizo el silencio, dejando sólo el gemido sin sentido del viento y la arena huyendo del soplo de la nieve.

La hermana dio un paso hacia atrás, desde el bajo toldo de la librería. Bajó su varita y se miró a sí misma en la luz del día invernal. Gotas de sangre discurrían por el helado pavimento entre sus pies. Un momento después, ella cayó de rodillas, miró en estado de shock y se desplomó hacia adelante sobre su cara.

—Tú... —el hermano resopló, con los ojos muy abiertos y sorprendidos mientras miraba por encima del hombro, con su varita aún en alto en su propio puño. —La mataste. —su voz estaba llena de asombro. Se repitió a sí mismo, como si apenas pudiera dar crédito a sus propias palabras. —¡Tú la *mataste!*

—¡Yo no quise hacerlo! —Winnie declaró, bajando la pistola humeante. Ella la miró en su mano con horror, como si fuera un pequeño monstruo vicioso. —¡Ella me lo hizo! Ella iba a...

—¡TÚ LA MATASTE! —el hermano gritó tan enérgicamente, que su voz se quebró y sus ojos se hincharon. Extendió su varita, apuntó a la cara de Whinnie, y dijo la temida frase a la vista de James. —*Avada Kedav...*

Una figura rodó hacia el hermano en el momento exacto en que un rayo de luz verde saltaba de su varita. El vagabundo, después de una lucha interna y feroz, se había lanzado a través de la calle, tropezando con la bruja muerta y abordando al hermano en el preciso momento en que echó la maldición asesina. Como resultado, la maldición explotó en todas las direcciones, rebotando en los escaparates cerrados, y lanzando tanto al hermano y al vagabundo a la calle. Ellos patinaron, dejando un largo y negro arañazo en la nieve. Una bocina tocó repentinamente, acompañada por la vibración pesada de neumáticos frenando. Un camión de la basura giró para detenerse, apenas evitando a la pareja en la calle. El conductor maldijo en voz alta detrás del parabrisas y jaló con fuerza su puerta para abrirla.

El hermano se puso de pie, agitando su varita salvajemente, pero el momento se perdió. Más personas estaban llegando ahora a la escena, saliendo de las tiendas y vehículos cercanos. El hermano lanzó una última mirada a su hermana muerta, y luego, con la cara grabada con rabia, desapareció, dejando sólo una grieta de aire colapsado y un remolino de humo frío.

—¿¡Qué demonios está pasando!?! —el conductor del camión de basura bramó, asomado a su puerta. —¿No habían ahí... dos de ustedes?

El vagabundo negó con la cabeza lentamente. —No tengo idea de lo que estás hablando, —dijo enfáticamente. —No estoy loco. Tú les dices. ¿Entiendes? No estoy loco. Y tú *tampoco*.

El conductor del camión de basura se quedó mirando al vagabundo, y luego a la mujer muerta en un charco de sangre de color rojo oscuro. Después de un momento, asintió con la cabeza. —Voy a llamar a la policía por la radio.

En la sombra de la profunda alcoba de la librería, Whinnie yacía muerta, extrañamente sin marca, víctima de la maldición asesina. La pistola todavía estaba apretada en su mano.

La oscuridad descendió de nuevo, y esta vez James le dio la bienvenida. Tenía la sensación de que el sueño había terminado, que cualquiera que fuera la respuesta que el sueño estaba destinado a proporcionar, ahora dependía de él para adivinarlo.

Pero el sueño lo arrastró adelante una vez más, llevándolo en otra ráfaga de tiempo avanzado. En él, vio fragmentos inconexos de la historia, como titulares en tiras publicados por *El Profeta...*

La bruja muerta fue un misterio para la policía, en primer lugar, porque no llevaba ni una pizca de identificación y nunca nadie se acercó para recoger su cuerpo. En cambio, su cadáver estuvo en la morgue de Filadelfia por dos días antes de que fuera robado misteriosamente en la oscuridad de la noche, para no ser visto de nuevo. El segundo misterio fue aún más desconcertante. La mujer anónima había sido asesinada por una herida de bala en el pecho, al parecer disparada por la otra mujer muerta, Whinnie Holm. El problema era que el arma en la mano de la señorita Holm era de más de cien años de edad, de un antiguo y pintoresco lugar, y estaba vacía de balas. Los hombres en el laboratorio forense de la policía, estaban muy seguros de que el arma no había sido disparada en muchas, muchas décadas.

El hijo de Whinnie fue a vivir con su último familiar restante, su tío, quien lo proporcionó bien económicamente, pero hizo muy poco para criarlo. La enigmática pistola estuvo una vez más guardada y alejada, olvidada en los baúles de las cosas de su madre muerta. Para simplificar, el niño finalmente adoptó el apellido de su tío e incluso lo llamó padre.

A pesar de que ni una sola vez lo dijo muy en serio.

Y por extraño que parezca, desde el momento en que la antigua pistola estuvo guardada en el sótano debajo de sus pies, el muchacho nunca volvió a sufrir los efectos negativos de su vieja enfermedad.

Estas imágenes se disolvieron en silencio cuando James flotó con el viento, llevándolo de nuevo hacia un futuro incierto que aun extrañamente, era de otra persona.

Fuera de la oscuridad, el viejo coche de Whinnie apareció a la vista con su motor más o menos ruidoso y con una nube de humo azul saliendo de su tubo de escape. La luz del sol brilló como dagas en el cromo oxidado y en el polvoriento parabrisas cuando el coche, lentamente y ladeándose hacia una acera, se apagaba laboriosamente y a regañadientes.

La puerta del conductor se abrió con un chirrido y un joven salió, parpadeando con afabilidad al brillo de una calle concurrida de la ciudad. James sintió que él todavía estaba en Filadelfia, aunque algunos años habían pasado. El hombre era alto, delgado, con el pelo rojizo colgando en cortinas lacias alrededor de una cara amable. Llevaba una camisa de franela sucia y suelta sobre los jeans, con agujeros rasgados en las rodillas. Y, sin embargo, observándolo, James tuvo la impresión de que el hombre no era pobre. Esto, inexplicablemente, era la moda de su tiempo. Esta sospecha se verificó cuando una mujer joven vestida de manera similar se aproximó, con un puñado de libros en sus brazos y el pelo enmarañado en rizos rígidos, sujetado por un viejo pañuelo.

—Esa cosa no es exactamente amistosa con la tierra, Quinn, —comentó la joven, mirando a la nube de humo azul disipándose. —¿Dónde está la moto hoy?

—Embalada en el asiento de atrás, junto con el resto de mis bienes terrenales, —el hombre, Quinn, respondió con facilidad, apoyado en el guardabarros de la Toronado. —Estoy en mi camino al este, rumbo a la universidad.

—Me parece que te diriges a ninguna parte, —la chica olfateó. —Esa cosa huele a orina de gato asado y parece a punto de desmoronarse.

El hombre le dio una palmadita al capó del coche con cariño. —Ella va a estar bien. Sólo necesita un poco de aceite y TLC. Además, no puedo dejarla en Filadelfia. Acababa de ser arrojada al basurero más cercano, y no puedo permitir que eso suceda. Pertenece a mi madre, después de todo.

James entendió. Este era el hijo de Whinnie, ya crecido. Todo el mundo le llamaba Quinn (el apellido de su padrastro) pero al joven secretamente no le gustaba. Pretendía alejarse, a Nueva York, donde su verdadero padre había ido tantos años antes. No era que tuviera la intención de encontrar a su padre de nacimiento (Quinn nunca lo había conocido ni oído nada de él, y tenía muy poco interés en cambiar ese hecho). Se trataba simplemente de que, siempre y cuando se quedara en Filadelfia, siempre seguiría como Quinn, el hijo del conocido abogado de lesiones personales, cuyo rostro aparecía en carteles por toda la ciudad, junto con el lema igualmente bien conocido: ¡CUANDO SE TRATA DE TU RECLAMACIÓN, QUINN GANA!

Pero incluso había algo más que eso. Filadelfia era donde su madre había muerto, hacía más de una década. Quinn apenas la recordaba con una triste y hermosa cara amable y con manos amorosas. Había acumulado todo lo que había pertenecido a ella, incluyendo la vieja y negra Toronado, pero ya no podía soportar estar en la ciudad que había sido testigo de su muerte. Sobre todo porque el hombre que la había matado, todavía podría estar viviendo allí, sin ser detectado, caminando libre, incluso hasta nuestros días.

Porque Quinn sabía más sobre la muerte de su madre que ningún otro. Él era bueno en entender las cosas, y había tenido un interés mucho mayor en el misterio que los detectives de la policía.

Sólo unos pocos veranos antes, Quinn había buscado el único testigo de la muerte de su madre, un abandonado que rondaba por el distrito del muelle y de vez en cuando se presentaba en los diversos refugios dispersados entre los almacenes y tiendas de licores. Fue en uno de los comedores populares que Quinn finalmente lo había encontrado y entrevistado. En un primer momento, el anciano había estado tercamente reacio a hablar, insistiendo rotundamente en que él había dicho todo lo que había que contar. Cuando se dio cuenta de que Quinn era el hijo de la mujer muerta, sin embargo, poco a poco se relajó. Admitió a Quinn que había estado otra persona presente... un hombre. El hombre había sido el asesino real, de hecho, usando un arma diferente a cualquier cosa que el vagabundo hubiera visto nunca, y que ni siquiera podía describir.

—Y luego, —el vagabundo susurró con complicidad, entrando en detalle, con los ojos llorosos, brillantes e intensos. —Y entonces, cuando todo había terminado, el tipo solo se paró y... y...

—¿Qué? —preguntó Quinn de 16 años de edad, tratando de no agarrar al vagabundo por el cuello y estrangularlo en su impaciencia. —¿Qué hizo? ¡Dime!

El vagabundo miró con evasivas en torno al refugio casi desierto, con la boca cerrada. Cuando volvió a mirar a Quinn nuevamente, en su rostro se dibujaba una especie de desafío obstinado. —Te diré lo que “hizo”, —dijo en un susurro rasgado. —Pero no me creerás. El tipo se paró y desapareció. Eso es lo que hizo.

Quinn se limitó a mirar a la cara roja sin afeitarse del vagabundo, con la nariz similar a una ciruela, y su estómago se hundió lentamente. El vagabundo estaba loco. Obviamente nada de lo que dijo podría ser tomado en serio. Todos los esfuerzos de Quinn para encontrarlo y entrevistarlos, habían sido una pérdida de tiempo, una broma total. La decepción dio paso a la rabia y Quinn casi golpeó al vagabundo, pero su puño se cerró sobre la mesa agrietada. Para detenerse, se paró bruscamente de su asiento y comenzó a dirigirse a la puerta principal del albergue.

—¡Él desapareció! —el vagabundo gritó detrás de él, abandonando el secreto, de repente y frenéticamente para hacer que Quinn le creyera. —¡Yo no le dije a nadie porque pensarían que estaba loco, así como usted lo ve! ¡Pero es la verdad! Desapareció así de la nada. ¡Al igual que un buen truco de magia!

Quinn cerró de golpe la puerta del albergue, dejando al vagabundo delirando detrás de él, gritándole después. El viejo estaba loco... totalmente desquiciado. Quinn se reprendió a sí mismo por perder su tiempo, por creer que había respuestas para ser encontradas.

Y, sin embargo, incluso mientras rugía sin rumbo por el calor, la calle estaba llena y se asombró.

¿Era posible que el vagabundo estuviera diciendo la verdad? Tal vez no fue engañado, o al menos no *totalmente*. Tal vez *había* estado otra persona allí esa noche, un hombre, con algún tipo de arma inexplicable, algo que podía matar sin dejar ninguna marca. Si es así...

Si es así, entonces el asesino de la madre de Quinn todavía estaba por ahí en algún lugar, posiblemente todavía en Filadelfia, sin ser detectado y libre, viviendo sus últimos días, mientras que su madre yacía en una tumba barata en las afueras de la ciudad, muerta todos estos años... muerta por su detestable mano.

La idea era una semilla venenosa en el cerebro de Quinn, echando raíces de sospecha, floreciendo con flores de odio. Por esta razón, más que cualquier otra, había decidido que iba a dejar Filadelfia de una vez por todas, y nunca mirar hacia atrás.

—Te echaré de menos, Quinn, —dijo con un suspiro la joven con rizos estilo rastafari. —Asegúrate de regresar y visitar a la vieja pandilla algunas veces.

—Lo haré, —Quinn sonrió, pero la sonrisa fue débil. Tanto James como la joven lo notaron. Ella asintió con la cabeza, le dio un medio abrazo a Quinn, y luego siguió caminando sin mirar atrás. Quinn la vio marcharse, emitió un pequeño suspiro, y luego comenzó a caminar por sí mismo, en la dirección opuesta.

En silencio, James lo siguió.

Quinn entró por un estrecho callejón, emergiendo en una calle mucho más estrecha. No había tráfico ahí, pero el ruido de los camiones y autobuses se oía cerca, zumbando sobre los tejados. Quinn miró a la izquierda y a la derecha, frunció el ceño, y luego se desvió a la derecha, siguiendo una línea de ladrillos, escaparates de vidrio y toldos raídos. Finalmente se detuvo frente a una especie de mercado y se asomó a la polvorienta ventana, ahuecando las manos a la cara para reducir el resplandor. En una hilera de cajones debajo de la ventana, apareció un extraño inventario de escobillas, zapatos atléticos, sombrillas y latas de algo llamado *Vegemite*, apilados en una pirámide irregular.

Quinn se encogió de hombros y se empujó a sí mismo a través de la puerta, haciendo sonar una campana colgada encima.

—¿Hola? —llamó, explorando la atestada tienda desde el mostrador. Rayos de sol cortaban la penumbra con brillantes motas de polvo oscureciendo las esquinas sombrías. —¿Hay alguien en casa?

—Buenos días, —una voz respondió débilmente. —Aún no está abierto, en realidad. No es que importe. Los clientes de Payin son siempre bienvenidos.

Quinn se volvió hacia la voz y vio a un anciano detrás de un mostrador, aliviándose a sí mismo desde un sillón antiguo con un gemido. El área detrás del mostrador estaba abarrotada de un enorme escritorio, varios archivadores de madera, un perchero precariamente sobrecargado, una hornilla con una cafetera y lo que parecía ser varias décadas de periódicos de valor, platos sucios y un variado inventario. Un ventilador eléctrico se situaba encima de uno de los archivadores, agitando los periódicos y jugando con un mechón en el pelo blanco del anciano.

—Hola, —dijo Quinn, mostrando una sonrisa en su rostro. —Lo siento. Yo en realidad estaba... —miró alrededor de la tienda de nuevo, tomando como referencia el increíble surtido de la mercancía completamente dispersa. —En realidad buscando un poco de aceite de motor. Para mi coche. Yo... —su sonrisa tímida volvió. —Dudo que sea el tipo de cosa que se vende aquí.

—Oh, no lo sé, —respondió el anciano, rascándose la espalda encorvada y ajustando sus gafas. —Tengo un poco de todo. Lo que pueda tener en mis manos. Es para su coche, ¿dice usted? —se inclinó, produciendo una serie de crujidos desde su columna vertebral y comenzó a hurgar detrás del mostrador.

—Sí, —Quinn suspiró. —Es una clase vieja. Quema aceite como un loco, pero me lleva allí en una pieza muchas veces, mientras la trate bien.

—Deben hacerlo, —la voz del hombre jadeó desde el fondo de la barra. —Veamos. Aceite... Aceite... —volvió a aparecer, inclinó la cabeza hacia atrás y sujetó una pequeña lata con el brazo extendido, leyendo la etiqueta a través de sus lentes bifocales. —Aceite tres-en-uno. No es que vaya a hacerlo ahora, ¿verdad? —sonrió y se rió con una voz agrietada.

—No, —Quinn aceptó, volviéndose impaciente. —Tal vez usted podría decirme dónde está la tienda de conveniencia más cercana. Puedo caminar. El coche necesita enfriarse de todos modos.

El anciano asintió con conocimiento. —Tonterías. Estoy seguro de que tengo algo aquí. ¿Qué viscosidad necesita?

Quinn lamentó absolutamente entrar en la tienda. Puso los ojos en blanco mientras el anciano se alejaba, arrastrándose ruidosamente alrededor de su escritorio. —10 W-30. Realmente no importa. Es una vieja Toronado y no es exactamente exigente. Sólo tengo que darle de comer algo negro y resbaladizo cada pocas docenas de millas para mantenerla feliz.

El anciano se detuvo y miró por encima del hombro, frunciendo el ceño ligeramente. —Una Toronado, dice.

Quinn asintió con la cabeza y aguantó la larga y pensativa mirada del hombre. —¿Es importante?

—Pudiera serlo, —el hombre asintió con la cabeza, volviéndose hacia el mostrador y cerrando un tabique de bisagras. Salió a los polvorientos rayos del sol, suspirando teatralmente. —Cosas delicadas, como esos coches viejos. La quema de gasolina realmente es sólo un síntoma. ¿Por qué no me la muestra? Tal vez podamos arreglarla para que no quemé mucho.

Quinn frunció el ceño ante el anciano encorvado, quien simplemente lo miró expectante.

—Qué, —el hombre se encogió de hombros y le dio otra risa sibilante. —¿Vas a rechazar una verdadera oferta de buena voluntad? ¿A qué vienes a esta ciudad? Mira, yo conduje una Toronado hace treinta años. Aprendí algunos trucos sobre ellas. Por lo menos, me va a sacar de la tienda por un cuarto de hora. Así que conduce, mi joven amigo.

Quinn estuvo a punto de decir que no, pero (James vio) había sido criado para respetar a sus mayores. Y además, tal vez el viejo sabía algunas cosas sobre los coches. Sería agradable no tener que detenerse cada cuarenta millas en medio de una nube aceitosa de humo azul. Con una sonrisa irónica y una sacudida de la cabeza, Quinn se volvió hacia la puerta principal.

Cinco minutos más tarde, Quinn se agachaba delante de la Toronado y abría el capó. Este se abrió con un chirrido y lo sostuvo en alto para el anciano.

—Hmm, —el hombre murmuró para sí mismo, jugando con unos cables y enchufes. Se inclinó sobre la parrilla y se asomó a las profundidades del compartimiento del motor. Para Quinn, no parecía ser un hombre a punto de arreglar algo. Por el contrario, parecía casi estar de brazos cruzados cazando alrededor, pinchando esto y hurgando lo otro. Olió el aire caliente sobre el motor, y luego se puso de pie de nuevo con un movimiento de cabeza.

—No hay nada, —dijo, casi para sí mismo.

—¿Qué? —preguntó Quinn, volviéndose seriamente molesto. —Pensé que usted había dicho que sabía cómo trabajar en esto.

—El problema no es con el motor, —el anciano dijo con un guiño a paso ligero. —Tiene que estar en la parte de atrás. Abra el maletero. Déjeme ver.

—El maletero. —Quinn repitió con escepticismo, bajando el capó.

—Eso es lo que dije. Ábralo.

Quinn cerró el capó y negó con la cabeza. —Mire, si todo es lo mismo para usted...

—¿Quiere que esta cosa vuelva a funcionar o no? —dijo el anciano, enderezándose por primera vez. Él era, Quinn vio, más alto de lo que en un principio había parecido. Su espalda encorvada parecía de repente muy recta. Su voz sonaba aún más firme, menos sibilante, más imponente. —Abra el maletero y voy a hacer que todos sus problemas desaparezcan.

Quinn miró al hombre con una mezcla de desconcierto y temor. Suspirando, sacó sus llaves.

—Mis cosas están todas allí atrás, —dijo, llevando al hombre hacia la parte trasera del coche. —Usted no va a ser capaz de ver nada.

—Voy a ser capaz de ver muy bien, —dijo el hombre con una voz baja y áspera.

Quinn puso la llave en la cerradura y la giró. Con un chasquido el maletero se abrió.

—Permítame simplemente... —comenzó, pero el anciano lo empujó con el hombro, inclinándose sobre la maraña desordenada del equipaje y las bolsas de lona de Quinn. Empezó a empujarlas a un lado, palpando y sondeando una por una. Quinn vio esto con creciente incredulidad.

—Cualquiera que sea el problema con el aceite, —se aventuró en voz alta. — No está en ninguna de mis bolsas.

—¿Está tan seguro? —el hombre gruñó, comenzando a tirar las cosas de Quinn a la calle.

El temperamento de Quinn finalmente estalló. —Muy bien, es suficiente, —dijo, agarrando una bolsa de lona con una mano y el hombro del hombre con la otra. —No sé qué es lo que usted cree que está haciendo, pero es obvio que no estamos arreglando mi coche. ¿Por qué no simplemente...?

La parte trasera de la cabeza de Quinn conectó con el poste de luz antes de que él supiera lo que pasó. Dejó caer la bolsa de lona, se agarró la parte trasera de la cabeza y se deslizó torpemente a la acera, a quince pies de distancia del coche.

El viejo (que de repente no pareció particularmente viejo del todo) todavía estaba de pie cerca del maletero abierto, pero miró hacia atrás de nuevo a Quinn, con una mirada de calmada advertencia.

—No querrá tocarme de nuevo, —dijo, con todo el resuello salido de su voz. —Si sabe lo que es mejor para usted.

Reanudó su saqueo del maletero, llegando a ser agitado, murmurando airadamente por lo bajo.

Quinn se puso de pie mareado. Había un punto caliente y húmedo en la parte de atrás de su cabeza. Lo tocó con cuidado con los dedos y estos se cubrieron de sangre. El anciano lo había empujado. Eso tenía que haber sido. Pero ¿quince pies? *Nadie* era capaz de tal ¿fuerza?

Y sin embargo, la respuesta estaba justo en frente de él. El sibilante y encorvado anciano estaba de repente erguido, con los hombros cuadrados y su tenue pelo gris, ahora era espeso y negro. Lanzó el estuche de guitarra de Quinn a la calle con estrépito, apenas deteniéndose.

Todavía sintiéndose mareado, Quinn miró alrededor de la calle soleada. La gente estaba pasando, mirando ociosamente al hombre que saqueaba el coche, pero nadie se detuvo. Para el observador externo, la escena probablemente se veía como un padre disgustado buscando en el coche de su hijo por algún contrabando ligeramente ilegal.

Quinn se tambaleó fuera de la acera y en la calle, haciendo un amplio ángulo hacia la puerta del pasajero de la Toronado. Llegó a ella, maniobró el cerrojo, y tiró la puerta abierta. Un momento después, cayó dentro.

—¿Dónde está? —la voz del hombre hervía desde las profundidades del maletero detrás de él. —¡Está aquí! ¡Igual que antes! ¡Puedo *sentirla!*

A pesar del calor de la mañana, una especie de frialdad sobrenatural cayó sobre Quinn donde estaba sentado. El hombre estaba buscando algo; algo que él sabía que tenía que estar allí, algo que reconoció. Pero, ¿cómo podría? Fue la mención de la Toronado que lo había hecho. No mucha gente los conducía, ya no. Fue entonces cuando el viejo había cambiado, volviéndose repentinamente interesado.

—¿Dónde estás? —gruñó, sacudiendo el coche con fervor cuando sacó las cosas del maletero, lanzándolas a la calle. —¿Dónde *estás?*, ¡Maldita sea!

Y luego, de repente, se detuvo. Se hizo el silencio, interrumpido sólo por el tenue zumbido del tráfico distante y el ladrido de un perro en las inmediaciones.

Y Quinn se dio cuenta de que sabía lo que el hombre estaba buscando.

Se tambaleó en el asiento del pasajero, se inclinó, y metió su mano bajo el asiento del conductor, frenéticamente a tientas. No estaba allí. Giró su cuerpo, revolviendo más abajo del asiento, escarbando en la oscuridad. Sus dedos rozaron

algo, un objeto pequeño y pesado envuelto en trapos grasosos. Lo cogió torpemente y luego se apoderó de ella.

—¿Qué eres entonces? —una voz exclamó con dureza en su oído, y un par de manos fuertes y nudosas lo agarraron, sujetándolo en la pantorrilla y el hombro, lanzándolo fuera del coche. —¿Eh? ¿Dónde está? ¡Dámelo ya!

Quinn se revolvió, trepó a la puerta del coche en vano y cayó dando tumbos en la calle. El hombre se cernía sobre él, en una sombra lúgubre contra el sol de la mañana. Lo alcanzó de nuevo, pero Quinn se revolvió hacia atrás, sin soltar el objeto que se había llevado debajo del asiento. El hombre siguió acechando resueltamente, persiguiendo a Quinn en las sombras de la acera de enfrente. Un camión del periódico permanecía en ralentí contra la acera, con su escape haciendo un penacho de ricos humos en el aire inmóvil. Quinn chocó contra los neumáticos del camión y trató de trepar de un salto.

El hombre le dio una patada, tirándolo hacia abajo.

—Dámela ya, —ordenó, levantando la barbilla y echando mano a su bolsillo trasero. —Dámela y tal vez este día pueda acabar contigo todavía vivo.

Quinn negó con la cabeza. Buscó algo que decir, alguna refutación concisa que pondría fin a este enfrentamiento incomprensible. —Po... —tartamudeó, agarrando el objeto envuelto en su pecho. —Po... ¡Por encima de mi cadáver!

El anciano asintió con firmeza y suspiró. —En ese caso... —levantó el puño detrás de su espalda y una vara larga y afilada sobresalió de ella. Apuntó con ella a Quinn, mirándola detenidamente, y entró de nuevo en la luz solar de la calle, trazando su objetivo.

Y en la mano de Quinn, el objeto envuelto *pulsó*, de repente tan frío como una lápida de enero.

—¡Avada...!

Hubo un chillido, un cuerno a todo volumen, una vibración de neumáticos rechinando y el hombre fue golpeado en la vista, sustituido por un borrón de metal gris-verde. Era un camión de la basura, girando de lado cuando frenó. Quinn (y

James también) podían oír las maldiciones frenéticas del conductor incluso por encima del ruido de los neumáticos chillando. Un momento después (y veinte pies de distancia) el camión de la basura se sacudió en seco, produciendo un real accidente congestionado de basura regada.

Débil, con incredulidad y en shock, Quinn finalmente se puso en pie. Se tambaleó alrededor de la parte delantera del camión del periódico a donde estaba el camión de la basura en ralentí, en un torcido ángulo hacia la acera. El anciano yacía en la sombra de éste, deshecho y sangrando, con la suciedad del suelo cubriendo su mejilla y la frente. Su varita estaba rota en su puño cerrado.

—¿Qué demonios...? —una voz de hombre gritó, y luego, chilló con incredulidad, —¡Él otra vez!

Quinn levantó la vista, vio al conductor del camión de basura de pie al bordo de su camioneta, agarrando la puerta abierta. James no se sorprendió exactamente al ver que era el mismo conductor, sólo unos diez años mayor, con el abultado mentón y mejillas grises con barba.

—Vaya en busca de ayuda, —dijo Quinn suavemente. —La policía, ambulancia. Lo que sea.

El conductor miró a Quinn, al cuerpo en la zanja, y luego de vuelta otra vez. —Lo que tú digas, chico, —dijo, sacudiendo la cabeza con asombro. —Pero no creo que le haga bien a alguien. —volvió a mirar de nuevo al hombre moribundo abajo y murmuró, —¡Cielos! Hablando de lo que va y vuelve...

Quinn se acercó a la figura sangrando en la sombra del camión de la basura. Mientras lo hacía, sintió la tela que caía del objeto en la mano. El moribundo la vio y sus ojos brillaron de manera extraña. Dejó escapar una áspera y amenazadora risa.

James miró. Era la antigua pistola. La que había matado a Magnussen en un callejón en 1859. La que había viajado de alguna manera a través del tiempo, pasando de una mano a otra, para terminar aquí, en este momento. Quinn la miró en su mano.

—Esto es lo que usted quería, —dijo inexpresivamente. —Pero... ¿por qué?

El rostro del hombre se retorció de dolor y rabia. —Es... más poderosa que para una criatura como usted... —tosió violentamente y escupió sangre. —Para una criatura que sepa qué hacer con ella.

Quinn dio otro paso hacia delante y se puso sobre el hombre. Bajó la vieja pistola descargada a su lado. —Tú mataste a mi madre, —dijo, más que confirmar lo que ya sabía.

El hombre mostró los dientes ensangrentados y luchó por su última respiración entrecortada. —Matar a Muggles, —dijo con voz áspera, —no es... un asesinato.

Cayó contra la acera, con su fuerza agotada. Un momento después, su pecho cayó y no se levantó de nuevo. Todavía se quedó mirando a Quinn, pero los ojos estaban tan vacíos como canicas.

Quinn lo miró. Se había acabado, pero no fue satisfactorio. James lo podía ver en el rostro del joven. Quinn no tuvo más respuestas. Apenas más preguntas. Era como si estuviera dispuesto a que el muerto volviera a la vida, para hacerle las preguntas que ahora, de repente, parecían tan importantes.

¿Por qué era el arma (este antiguo e inútil revólver viejo) por lo que valía la pena matar? ¿Qué había querido decir con que tiene más poder de lo que él, Quinn, hubiera sabido hacer con ella? ¿Qué había sido ese palo en la mano del hombre? ¿Era eso lo que había matado a la madre de Quinn de alguna manera, hace tantos años?

Tantas preguntas y casi sin respuestas.

Finalmente, después de lo que pareció toda una vida (pero realmente fue menos de quince segundos) Quinn se curvó, recuperó el rollo de tela grasienta del pavimento y envolvió la pistola en ella. Regresó a su Toronado, nuevamente guardó el arma envuelta debajo del asiento del conductor, y luego volvió al cuerpo del asesino de su madre. Con calma, se sentó en la acera y se quedó mirando a los

ojos en blanco como mármol del muerto. Allí esperó a la policía, cuyas sirenas incluso ahora fueron haciendo eco a lo largo de la calle.

Y James se sumió en la distancia, dejando a Quinn, mirando al extraño joven, indagando en calma, deseando poder responder las preguntas para él.

La pistola era poderosa porque había acabado con la vida de un gran mago oscuro, y se había convertido en una especie de varita, absorbiendo la energía del mago, convirtiéndola en una extraña energía mágica. Era inexplicable, pero también era innegable.

De algún modo, de alguna manera (James pensó cuando la oscuridad flotó sobre él, envolviendo la escena) esta fue la respuesta. Esta extraña y larga historia, fue la respuesta a su pregunta más apremiante.

Y cuando James cayó en la oscuridad del olvido cerrando el sueño, se dio cuenta: Quinn no era el único con más preguntas que respuestas.



Capítulo 12

Misterio en la Tumba Blanca

James salió de su vigilia como un buzo saliendo desde las profundidades del océano. Parecía tener demasiado tiempo con la conciencia floreciendo lentamente por encima de un amanecer pálido. Finalmente, sus ojos dormidos, se abrieron.

No estaba en el Expreso de Hogwarts. Un limpio techo gris se encontraba sobre su cabeza, con algunas sombras. Se volvió, gimiendo, y se empujó para sentarse.

—Oh gracias a Dios, —anunció la voz de una mujer, su tono estaba entre el alivio y el asombro. —Estaba empezando a pensar que pasarías el resto del tiempo en esa cama. Aquí, aquí, bebe esto. Debes estar irremediabilmente deshidratado.

Colocó un frasco de vidrio contra los labios de James, seguido por un chorro de líquido frío. Tragó el líquido, que sabía un poco a correosas y viejas nueces con calcetines sucios, tosió.

—No seamos dramáticos, —Madame Curio le reprendió, colocando el frasco a un lado. —Cualquier persona dispuesta a tragarse cinco de esos horribles “Desmayos Fantásticos Weasley” por una apuesta, no debería tener problema alguno con un poco de pócima de rejuvenecimiento

—De... Desmayo —James tosió, mirando a su alrededor. Vio que estaba de vuelta en Hogwarts, en la enfermería. La luz fuera de las altas ventanas era gris y acuosa, sin dar ninguna indicación de la hora del día. —¿Desmayo Fantástico?

—Usted más que nadie debería saberlo, señor Potter, —Madame Curio resopló. —Atreverse a esas tonterías, sobre todo en el tren, sin personal médico para ayudarlo en caso de que las cosas salieran mal. Y las cosas siempre parecen salir mal con usted, ¿no? Afortunadamente para usted, Rose Weasley, Ralph Deedle y ese chico Malfoy tuvieron el sentido común de traerlo ante mí desde el tren, dígame exactamente lo que sucedió.

El corazón de James se hundió en el pecho. —¿Ellos me trajeron hasta aquí desde el tren? ¿Frente a todos?

—Bueno, era poco lo que podían hacer para ocultarlo, ¿no es así? —Madame Curio respondió, sacando un termómetro y metiéndolo en la boca de James.

Se dejó caer sobre la almohada arrugada. —¿Hace cuánto tiempo me trajeron entonces?, —murmuró alrededor del termómetro.

—Tres días y medio, —Madame Curio inhaló. —Estaba pensando seriamente si iba a tener que transferirte a San Mungo.

—¿¡Tres días !? —James casi se ahoga de nuevo, luchando en posición vertical. Madame Curio lo empujó de nuevo hacia abajo.

—Sí, tres días, así que puede aguantar cinco minutos más. Ahora quédate quieto y deja de hablar.

Cuando Madame Curio finalmente lo dio de alta, James se encaminó hacia el Gran Comedor, donde se oía el repiqueteo aburrido de la gente cenando y conversando. Trató de entrar disimuladamente alrededor de la pared lateral hacia la mesa de Gryffindor, pero sin poder evitarlo, atrajo un número creciente de miradas y susurros. Cuando James pasó, Lance Vassar, acompañado por su constante séquito de admiradores, sonrió y negó con su cabeza. Desde la mesa de Slytherin, Albus se estiró y comenzó a aplaudir.

Esto fue seguido por un puñado de estudiantes a lo largo del comedor, todos sonrientes, algunos haciendo una mímica de su desmayo, con las manos en la frente.

—Divertidísimo, —James resopló, cayendo sobre el asiento entre Rose y Scorpius. —Desmayo fantástico.

—¿Qué se supone que debíamos hacer?—Rose silbó. —¡Era como si estuvieras muerto! En el momento en que llegamos a Hogsmeade, intenté todos los encantamientos de revivir que sabía. No podíamos decirle a nadie sobre los inductores de sueño, ¿o sí?

—Lo del Desmayo Fantástico fue idea de Scorpius, —dijo Ralph, empujando un plato de carne y pastel de riñón a James. —Cuando le dijimos lo que pasó, se le ocurrió de inmediato, incluso tenía algunos de ellos en el bolsillo para hacer que todo pareciera legítimo. Hicimos un muy buen trabajo cuando llegamos con Madame Curio.

James aceptó el plato, de repente se dio cuenta de lo hambriento que estaba. —Sólo que ahora todo el mundo piensa que soy un idiota que va a tragar cualquier cosa por una apuesta.

—Es Mejor eso que tener al profesor Avior con un conocimiento certero de que tomaste algunas de sus cosas, —dijo Rose en voz baja. —Por cierto, me alegro de que por fin despertaras.

—Entonces dime, —dijo Scorpius seriamente, haciendo a un lado su propio plato y acercándose. —Al parecer, el Yuxa Baslatma surtió efecto, ¿no? Hemos

estado esperando media semana para escuchar la respuesta misteriosa a nuestros problemas. ¿Qué viste?

James miró a los ojos de Scorpius, luego respiró hondo, sin saber por dónde empezar. Asintió con la cabeza, y luego negó inmediatamente. —Funcionó. Pero no tengo idea de lo que eso significa.

—Dinos, —Rose insistió. —Tal vez te podamos ayudar con eso.

James sacudió la cabeza con firmeza, como si estuviera sacando algo de su cerebro. —Déjame comer. Y pensar un poco. Todavía me siento como que hay una nube atascada en mi cabeza. Luego hablaremos de ello. En la biblioteca.

Todos estuvieron de acuerdo de mala gana. Finalmente, después de la tercera ración de bistec y pastel de riñón (y el cuarto bollo de calabaza de Ralph) se dirigieron a la biblioteca, donde James les dijo todo lo que podía recordar. Cuando terminó, hubo un momento de silencio reflexivo.

—¿Cómo puede ser eso la respuesta a nuestra pregunta más importante? —Ralph finalmente preguntó.

Rose frunció el ceño. —Parece bastante vaga. Tal vez... ¿tendrá sentido con el tiempo?

—¿Quién es Quinn? —Scorpius reflexionó, reclinándose en su silla. —Esa es realmente la clave de todo.

—Quincy es uno de los nombres que el Coleccionista utiliza como el nuevo vicepresidente estadounidense —Scorpius sugirió dubitativo.

James suspiró y se frotó la frente. —Ojalá fuera así de fácil. El Quinn en mi sueño lo tenía como apellido, y dejó de usarlo tan pronto como se fue de Filadelfia. ¿Quién sabe qué nombre tendrá a estas alturas? Todo lo que sé es que todo esto comenzó por lo que pasó cuando Zane, Ralph y yo fuimos a través de la esclusa de tiempo siguiendo a Magnussen.

—¡Te dije que era peligroso entrometerse con las línea de tiempo! —Rose se recuperó, empujando a James en el pecho. —¡Te lo advertí! ¡Es por eso que los giratiempos han sido prohibidos! ¡El pasado no es lugar para curiosear!

—Tranquilízate Caldero Weasley, —dijo Scorpius arrastrando las palabras con aburrimiento. —Tan torpes, como probablemente fueron, James, Deedle y Walker no cambiaron nada. Ellos sólo vieron lo que sucedió detrás de un montón de cajas. Al igual que ratones.

—Bueno, —Ralph, objetó suavemente. —No como ratones exactamente. Más como... como lémures.

—Zorros, —James corrigió. —Sigilosos.

—No se puede saber que no cambiaron las cosas, —Rose insistió con seriedad. —Es una ley científica: la observación de las cosas cambia el resultado. Incluso los muggles saben eso.

Ralph parpadeó hacia Rose. —¿De dónde sacas esas cosas?

Rose se dejó caer hacia el respaldo de su silla y se cruzó de brazos mal humorada. —El hecho de que ustedes no hayan leído esto no significa que no sea cierto.

—¿Así que de qué me perdí aquí en la tierra de los vivos? —preguntó James con cansancio. Para alguien que había dormido durante casi cuatro días, se sintió sorprendentemente agotado.

—Nada bueno, —Ralph admitió en voz baja. —La Profesora Revalvier no es la única maestra buena que ha sido sustituida por algún truco del Ministerio. Tabitha Corsica se ha hecho cargo de la clase de herbología del profesor Longbottom, es lo que escuchamos la última vez que estuvimos en Yorke. Aparentemente Grudje fue quien lo organizó.

—Ella realmente no es una mala profesora, de verdad. —Rose aspiró. —Quiero decir, ella es una persona despreciable y todo, sí, pero aun así...

James puso los ojos en blanco, temiendo la posibilidad de sentarse en esa fresca, bella, y odiosa visión de Herbología. —No me importa lo buena maestra que esté fingiendo ser. Ella es cruel y está demente. Y además, nadie sabe más de Herbología que el profesor Longbottom.

Nadie discutió su afirmación.

—Sin embargo, eso es sólo el comienzo, —Rose continuó, —Filch está más desenfrenado que nunca, frecuenta los pasillos a todas horas con ese bastón suyo, sólo en busca de fastidiar a alguien con una detención. Está llenando casi todas las noches el aula de encantamientos con sus víctimas, haciéndolas fregar trofeos viejos, haciendo planas, o algo peor.

—¿Qué puede ser peor que hacer planas con esas malditas plumas negras? —James frunció el ceño, recordando los cortes en la parte posterior de la mano de su hermana, su enojo aumentó.

—Oh, él no las usa en público, —respondió Ralph. —Esos es para delincentes especiales que tienen que cumplir la detención en su oficina. Nadie está autorizado a hablar de ello, pero todos sabemos qué es lo que pasa allí.

—Argus Filch es un sádico, —dijo Scorpius simplemente. —A él le gusta lastimar a la gente, pero se aburre con las mismas cosas una y otra vez. Para disfrutarlo debe ser... inventivo.

—Hace que los estudiantes leviten sus libros de texto. —susurró Rose.

James parpadeó. —Bien. Eso no suena tan...

—Por horas continuas, —añadió Ralph. —¿Alguna vez lo has intentado? Es fácil los primeros minutos, claro. Pero finalmente se te cansa el brazo, tanto, que duele. Y tu concentración se debilita.

—Y si se te cae el libro, —continuó Scorpius —cae en un caldero de ácido, destruyéndolo. Te quedas sin libro de texto y Filch sólo se ríe, chasqueando la lengua y hablando del desperdicio que eres, y cómo tu mamá y tu papá pronto se quedarán sin dinero para reemplazar tus libros de texto. Y entonces te hace empezar de nuevo con otro libro de tu bolsa escolar.

—¿A quién le ha hecho esto?, —preguntó James, con sus mejillas enrojecidas.
—¿Se lo hizo a Lily?

—Lily se mantiene fuera de problemas, —Rose lo calmó. —Pero Scorpius tiene experiencia de primera mano. Pasó tres horas levitando sus libros.

—Sólo dejó caer uno, —Ralph asintió, impresionado.

—Afortunadamente, mi familia puede pagar todos los libros que necesito, —dijo Scorpius con un movimiento de su mano. —Y mi padre aprueba castigos severos. Piensa que hará salir el Slytherin que hay en mí.

Una sombra pasó por encima de la mesa y James sintió que alguien estaba detrás de él. Levantó la vista y se congeló por la visión del mismísimo Filch, que de repente se cernió sobre él, una sombría y muy satisfecha sonrisa arrugaba más su de por sí arrugada cara.

—¿Estamos haciendo los deberes?, —preguntó en voz baja.

—Sí, —respondió Ralph en voz alta, exactamente en el mismo momento en que Rose dijo —No. —ella miró a Ralph, y luego volvió a mirar al celador.

—Ya hemos terminado, señor. Nosotros... estábamos haciendo los deberes. Ahora sólo estamos... er, hablando.

Filch levantó su barbilla sin afeitado, con sus viles ojos chispeantes. —Es extraño que no vea sus libros. Es difícil hacer los deberes sin sus libros. O plumas. O pergaminos.

James trató de no marchitarse bajo la larga sombra de Filch. Podía oler el frío moho en el gastado abrigo de cuero del hombre. —Estamos discutiendo un proyecto de clase, señor. Algo para, er, Estudios Muggles. —eso parecía lo bastante seguro, ya que Estudios Muggles no requería el uso de ningún libro.

Filch miró a James durante un largo rato, con los ojos entrecerrados, con su boca ceñida hacia un lado, pensativo. —Para hablar están las salas comunes, —dijo finalmente, en voz baja. —La biblioteca es para el silencio.

Scorpius se aclaró la garganta ruidosamente, desviando la atención que tenía hacia James. —Tiene razón, señor. Si nos disculpa, a continuación, estaremos de camino. ¿No es cierto?

Se puso en pie y se arregló su túnica. James, Rose y Ralph siguieron su ejemplo. Filch no se movió.

—¿Disfrutó de su larga siesta, señor Potter?, —le preguntó directamente.

James sintió el aumento de calor en sus mejillas de nuevo y sabía que estaban quemando. Destiladores con enojo se hacinaban en su mente, clamando ser expresados. En cambio, apartó la mirada, hacia el escritorio de la bibliotecaria distante, y se limitó a decir —¿Dormir está en contra de las reglas, señor?

La sonrisa de Filch se amplió, mostrando sus dientes amarillos. —Es muy posible. Se ha perdido clases durante varios días, señor Potter. A sus profesores les importan esas cosas. A mí, sin embargo, no. Me importa que usted sea un niño tonto y estúpido que parece atraer problemas como la comida podrida atrae a las moscas.

James sintió que la ira brotaba en él, casi estallando. Y entonces se dio cuenta de algo: Filch estaba tratando de hacerlo enojar. El celador tenía la esperanza de provocar una razón para detener a James. Y estaba funcionado, casi. Al darse cuenta de esto, la rabia disminuyó lentamente. Miró a Filch, pensativo.

—¿Disfruta de la capa de mi padre, señor Filch?, —preguntó, mirando el cuadro del viejo hombre a los ojos. —Él sabe que la tiene, ¿lo sabía usted?

La sonrisa de Filch se secó en el instante. —Esa capa fue confiscada, —gruñó malhumorado. —Todo muy bien y legal. Si a su padre no le gusta, puede ir con el director, y me gustaría ver que lo intente. Mientras tanto, le sugiero que mantenga sus descarados comentarios para usted mismo.

Con eso, dio un paso atrás, dejando espacio para que James se moviera alrededor. Tentativamente, los cuatro estudiantes tomaron distancia, en dirección a la puerta, esperando que Filch los llamara de nuevo en cualquier momento. No lo hizo, pero los observaba de mala manera y con enfado.

—Eso fue muy estúpido, James, —dijo Rose en silencio mientras subían las escaleras. —Valiente, pero estúpido.

—No la escuches, —Scorpius contrarrestó. —Fue sumamente brillante. Además, ¿qué es lo peor que puede hacer?

James consideró esto por un momento, sin saber si la respuesta era especialmente reconfortante. —Entonces, ¿qué hiciste para que te detuvieran?, —preguntó mientras se acercaban al agujero del retrato.

—Algo, —Scorpius respondió con voz aburrida, entonces, en el retrato de la Dama Gorda. —Flutterbloom.

La Señora Gorda asintió y se giró a un lado de su marco, dejando libre la entrada a la sala común. Scorpius la cruzó.

Rose se volvió a James antes de seguir a Scorpius. —Él se culpó por los desmayos fantásticos, —le explicó. —Dijo que te había dicho que si te negabas eras un Gusarajo. Es por eso que se ganó la detención.

James parpadeó hacia Rose, y luego miró a través del agujero del retrato, hacia Scorpius quien se lanzó y cayó sobre una silla blanda junto a la chimenea. No sabía qué decir.

—Esperemos, —Rose suspiró, volviéndose para atravesar el agujero. —Que ese sueño tuyo valga la pena.



Las siguientes semanas pasaron en una especie de borrón agitado. James aprendió rápidamente que tanto la nueva profesora de Literatura Mágica, Herbettina Blovius y Tabitha Corsica de Herbología, habían llevado a la asignación

de cantidades catastróficas de deberes. James, después de haber perdido la mayor parte de su primera semana de regreso, se encontró inmediatamente enterrado bajo un montón aparentemente insuperable de ensayos, hojas de trabajo y tareas de literatura. Afortunadamente, Rose fue capaz de ayudar con esto último, ya que había leído la mayoría de los libros en la lista de lectura de Blovius y le proporcionó a James una rápida sinopsis verbal de cada uno.

—Todos a excepción de la trilogía de vampiros de Persephone Remora, — respiró con un disgusto evidente. —Quiero decir, honestamente. ¿Cuántos adjetivos puede acumular alguien antes de que toda la frase colapse bajo su propio peso?

La teoría general entre Scorpius, Rose y Ralph fue que los maestros tenían órdenes estrictas para mantener a sus estudiantes tan ocupados como fuera posible como una especie de distracción. Esto fue confirmado indirectamente por el profesor Votary al final de una de sus lecturas accidentalmente emocionantes de Runas Antiguas.

—Como ustedes saben, estudiantes, tradicionalmente evito la asignación de tareas, —suspiró con impaciencia, mirando fijamente a una esquina superior de la clase, —ya que creo que es una medida arcaica e ineficaz del progreso académico, remanente de una época cuando el estudio académico era juzgado por la repetición de los hechos en lugar de la aplicación de la experiencia. Sin embargo, a la luz de los nuevos imperativos impuestos por el liderazgo actual... —ajustó sus diminutas gafas y parecía dar al asunto una consideración de contrariedad por un momento. —Seis pulgadas de pergamino sobre las similitudes entre la escritura cuneiforme babilónica y Hexaphonica antigua debería ser suficiente.

Esto, por supuesto, se unió a un coro de gemidos cansados, ya que las runas Hexaphonicas estaban entre las runas más notoriamente complicadas jamás concebidas.

—Ustedes tienen razón, —susurró Zane, arrojando su mochila sobre su hombro mientras toda la clase se mezclaba murmurando hacia la puerta. —Esto tiene que ser trabajo de Grudje. Él está manteniendo a todos demasiado ocupados para que no haya preguntas incómodas.

—Así como Filch, —Ralph frunció el ceño. —Dado que no entregar la tarea, ahora es un delito castigable.

Zane dio un silbido. —Por suerte para mí él no tiene jurisdicción sobre nosotros, los Alma Aleron.

—Me siento mal por esos pobres estudiantes de Yorke, —dijo Rose, mirando por encima del hombro hacia Morton Comstock y sus compañeros muggles. —Ellos ni siquiera tienen los recursos para estudiar este tipo de cosas. Por no mencionar el hecho de que la mayoría de las runas Hexaphonicas son invisibles para los muggles.

—Me hubiera gustado que fueran invisibles para mí, también, —James respondió malhumorado. —Con solo observarlas me da dolor de cabeza. La forma en que se arrastran por toda la página. Es como tratar de leer un hormiguero.

El agua goteaba constantemente desde los tejados y canalones del castillo mientras el invierno se desvanecía, revelando manchas oscuras de la hierba fangosa como islas en la nieve medio derretida. Muy pronto, los árboles del Bosque Prohibido florecieron con los verdes y fuertes vientos primaverales rasgando los terrenos, levantando plomizas olas en el lago y chasqueando las capas y túnicas de los estudiantes mientras se abrían paso para llegar a los invernaderos.

Tabitha Corsica, sin embargo, no se escandalizaba al respecto, sin importar el clima. Presidía su clase de Herbología con la petulancia típica y exasperante, mostrando una especial preferencia hacia su antigua casa (a los Slytherin siempre se les concedía el cuidado de los arbustos de floración Perfunia mientras que el resto eran responsables del mantenimiento de las mandrágoras y los Pustubérculos espinosos). Como la profesora Blovius, Corsica solicitaba ensayos interminables y tareas de lectura. Todo el mundo sabía, sin embargo, que ella le proporcionaba a sus compañeros de la casa Slytherin con una asistencia extra-curricular, hasta incluyendo (o por lo que se escuchaba) ensayos simulados, publicados en la sala común de Slytherin con el pretexto de “ayudas de estudio”, que simplemente se les permitía copiar.

—¡Y ellos no tienen que hacer ni siquiera el esfuerzo de hacerlo a mano!— Graham Warton insistió, cuando él, Ralph, Rose y James se sofocaban de vuelta a los invernaderos en un día particularmente tempestuoso. —Mei Isis escuchó de Ashley Doone que vio a Beetlebrick riéndose en la biblioteca. ¡Corsica les había enseñado el hechizo *Duplicitus*!

Ralph frunció el ceño resoplando. —¿Cuál es el hechizo *Duplicitus*?

—Eso es ridículo, —Rose sacudió la cabeza con malhumor. —Eso es transfiguración avanzada. Créeme, lo he intentado.

Ralph observaba a Rose y a James, con el ceño fruncido.

—Es un hechizo de copia, —James se encogió de hombros. —Transfigura una cosa en una copia exacta. Pero debes tener contacto con la cosa que deseas copiar, y se supone que debe ser mortalmente difícil.

—Difícil o no, —Graham se burló, abriendo la puerta del castillo de un empujón y cubriéndose del húmedo viento. —Corsica le está enseñando a sus mascotas de Slytherin mucho más que Herbología, te lo digo yo.

Cuando la primavera finalmente empezó a calentar el aire y convirtió el suelo en un mosaico de vegetación exuberante, los partidos de Quidditch progresaban de heladas pruebas de resistencia a meras y frustrantes desilusiones. Lance Vassar hacía de buscador para Gryffindor y no mejoraba con el clima cálido, y esto empezó a pasar factura a la profesora McGonagall, cuyo amor y orgullo por el juego eran legendarios. Hechizos de fuegos artificiales estallaron desde el nuevo marcador en la celebración de victoria de Hufflepuff, James podía oírla murmurando enojada incluso por encima del ruido de las animadoras Hufflepuff.

—Una cosa es que sea un buen deporte, —se quejaba en voz baja. —Otra muy diferente es servirles la victoria en una maldita bandeja de plata.

—¿Qué es eso profesora?, —preguntó en voz alta Deirdre Finnegan, estirando el cuello para mirar detrás de McGonagall desde la primera fila de la tribuna de Gryffindor.

—Dije que buen partido, —McGonagall dijo lacónicamente, mientras se levantaba de su asiento haciendo un remolino con sus túnicas color tartán. —Y te agradecería que no te entrometas

—Mire, —Graham negó con la cabeza. —No hay marcador nuevo que valga eso.

James suspiró mientras Lance Vassar volaba en círculos sobre el terreno de juego, levantando su brazo derecho y ondeándolo perezosamente. Pasando por delante de los anillos de gol en el otro extremo de la cancha, Devindar Das se llevó una mano a la frente en forma de cansada derrota. Heth Thomas y Willow Wisteria, bateadores de Gryffindor, miraban a Vassar con ceños fruncidos, con sus bates oscilando mientras colgaban a un lado.

Rose negó con la cabeza. —Él no ama el Quidditch. Sólo le encanta ser visto. Incluso, ¿no creo que siquiera sude!

—Todo esto es tu culpa, James, —Deirdre hervía de enojo. —Deberías estar tú en el campo de juego. No ese imbécil arrogante.

—Es cierto, —Scorpius se lamentó despreocupadamente. —James al menos sentiría pena al perder. Tiene mucha más experiencia en ella, después de todo.

Rose golpeó a Scorpius en la parte trasera de su cabeza mientras se le acercaba.

Afortunadamente para todos, las clases de intercambio internacional siempre eran un alivio para sus deberes escolares. Dado que la mayoría de las clases de intercambio contaban simplemente como crédito para la clase de Estudios Muggles, los estudiantes estaban técnicamente exentos de las tareas, aunque su participación era “altamente recomendada” por la profesora Curry, quien de vez en cuando se sentaba en las clases para juzgar el desempeño y participación de los estudiantes. El día que Curry visitó a James y Ralph a la clase de Aritmancia Teórica en Beauxbatons, sin embargo, parecía tan desconcertada como el mismo James por los enormes ábacos y el constante clic-clac de sus cuentas de colores.

—Sr. Potter, —dijo en voz baja, deslizándose hasta James. —¿Quién es el maestro de esta clase?

James negó con la cabeza. —No podría decirlo, profesora. Hemos estado en esto durante meses y nunca he visto a alguien a quien pudiera decir con seguridad que nos estuviera enseñando algo.

La profesora Curry asintió con incertidumbre. —Una clase práctica, entonces, —dijo ella. —La práctica de... er...

—Cuadrante “A” guión ocho resuelto, —Morton Comstock anunció con orgullo, dando un paso atrás de su ábaco y flexionando con los dedos. —Eso es un nuevo récord.

Una muchacha de Beauxbatons con el pelo largo y negro levantó la vista bruscamente. —¿Contabilización de las distorsiones temporales de la Osa Mayor?, —preguntó ella con un débil acento francés.

—Por supuesto, —Comstock sonrió. —Dame un desafío.

—Hará falta, —la chica de cabello oscuro asintió enérgicamente. —que se una a la señorita Durand y al Sr. Fournier en los cuadrantes de constelaciones, s’il vous plait.

—Subiendo a lo grande, ¿verdad, Potter?—Comstock sonrió, empujando a James con el codo mientras pasaba.

La profesora Curry lo vio unirse a dos estudiantes vestidos de azul en la parte delantera de la sala dorada y con espejos. —Ese muchacho es de Yorke, ¿verdad?, —preguntó, tratando de mantener la incredulidad en su voz.

Ralph asintió. —Él tiene... habilidades únicas.

Frente a la sala, la voz de Comstock resonó con fuerza. —Todo eso ya lo realicé, es un mapeo del nivel perimetral del comando cósmico. Lo resolví como en tres horas. Esto será muy fácil.

—¿Es él... —Curry frunció el ceño, —una especie de... explorador espacial?
¿Los muggles permiten a sus hijos hacer estas cosas?

Ralph reprimió una risa inusual. —Le gustan los juegos de video, profesora.

Curry asintió, sin dejar de mirar a Comstock con el ceño fruncido. —
¡Fascinante! ¿Esto es un talento muy apreciado en la comunidad Muggle?

—¡Ja! —La voz de una chica que se encontraba cerca se burló. James miró a un lado y vio a la compañera de Comstock, Lucía Gruberova, con su cabello castaño recogido en su habitual cola de caballo. Miró a James y rápidamente suavizó su burla borrándola de su cara volteando sus ojos. —Los videojuegos están bien, supongo, —dijo mirando al suelo. —Pero no tan buenos como los libros, si me preguntan.

James asintió. No estaba seguro sobre con qué estaba de acuerdo (nunca había jugado un videojuego muggle en su vida), pero apreciaba que ella, como él, no sentía ningún agrado por Morton Comstock.

La clase de Profecía Práctica del miércoles en Durmstrang había adquirido un tono claramente diferente con la ausencia de Zane, sobre todo porque Nastasia había asumido su lugar. Esto le dio a James una gama de sentimientos encontrados, que iban desde confusa molestia hasta admiración, ya que, a pesar de su americanismo impetuoso y su brillante cabello, parecía haber obtenido la sorprendentemente buena voluntad del profesor Avior. James recordó que ella lo había predicho, ya que el profesor estaba obviamente preocupado por sus linajes mágicos, y ella procedía de una larga línea de magos norteamericanos de sangre pura. Aun así, tanto Ralph como James fueron sorprendidos constantemente al ver al profesor obsesivamente familiarizado, haciendo invitaciones a la ligera, llamando a la precoz niña al frente del salón para ayudar con las tareas cotidianas de la clase o para realizar actos de adivinación, en los cuales Nastasia era bastante buena.

—Nunca lo hubiera pensado, —Ralph susurró detrás de su mano un día que Nastasia usaba su varita para persuadir a una visión de humo, avivándola sobre una brillante vela púrpura. —Pero ella es como, puro talento, ¿no es así?

James asintió con la cabeza, y la sacudió luego con asombro. Nastasia era definitivamente compleja. A la luz de una conversación de medianoche en la sala común de Gryffindor, en la cual al final ella inexplicablemente lo besó, nadie mejor que él sabía lo compleja que era.

Mientras pensaba esto, ella lo miró a los ojos a través de las líneas de humo encantado que ella había conjurado. Había un brillo duro en su mirada. Ella le hizo un pequeño guiño.

—Excelente, excelente, —la felicitó el profesor Avior, apagando la vela con un movimiento de su varita. —Tenemos sólo unos minutos antes de que la visión de humo pierda su potencia. Todos ustedes verán algo diferente, pero cada interpretación debe ser fiable, siempre y cuando se apliquen los Ocho Principios proféticos que hemos discutido. Por favor ahora registren sus adivinaciones, y háganlo rápido. La Srta. Hendricks está, por supuesto, exenta. —dándole unas palmaditas en su hombro al pasar, empezando a circular lentamente por el aula. Las plumas inmediatamente empezaron a escribir en los pergaminos, balanceándose con furia sobre el hombro de cada estudiante.

James miró a las líneas de humo, intentando ver algo en ellas, pero lo único que pudo ver fue a Nastasia mirándolo descaradamente a través del humo, observándolo con sus brillantes ojos, sus labios se curvaron en una sonrisa secreta.

¿Lo besaría nuevamente con esos labios?

¿Él también querría?

Estaba consternado de que las respuestas a esas preguntas estaban muy lejos de ser evidentes. Sus entrañas parecían alzarse ante la idea, y caer nuevamente en picada un momento después. Era todo tan complicado y confuso. Desde luego, no la amaba. Casi ni le gustaba. Y aun así...

Apartó sus ojos de la extraña y penetrante mirada de ella y de su pequeña y secreta sonrisa. Mirando hacia abajo, vio que su pluma estaba presionada al pergamino, lo suficiente para formar una pequeña burbuja de tinta negra. Sin visiones que llegaran a su mente, a pesar del sermón de Avior sobre los ocho principios proféticos.

—¿Su *mente está en blanco*, señor Potter?—le preguntó el Profesor Avior en voz baja.

James levantó la mirada con aire de culpabilidad. El profesor se puso de pie junto a él, sus espesas cejas blancas levantadas inquisitivamente sobre sus gafas de media luna, por un momento James olvidó que él no era, de hecho, el ya fallecido Albus Dumbledore.

—Yo...—comenzó, y luego bajó su mirada nuevamente. —No puedo...

—El principio profético número cinco, señor Potter, —dijo el profesor en voz baja, de modo tranquilizador. —Vacíe su mente de las expectativas. Esa es la mitad del camino. No vea lo que espera ver. Vea sólo lo que está ahí.

James asintió con la cabeza, sin dejar de mirar seriamente a su pergamino en blanco. Esperó. Un momento después sintió que el profesor ya estaba lejos, circulando nuevamente alrededor del aula. James miró disimuladamente hacia él. No sólo se parecía a Dumbledore. De alguna manera, de alguna forma, era Dumbledore.

No ver lo que espero ver... sólo ver lo que hay...

Eso, James pensó sombríamente, es mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Mientras se acercaba el tradicional fin de semana de primavera en Hogsmeade, un rumor se extendió entre los estudiantes, consistente en que el Director Grudje lo eliminaría intencionalmente, alegando motivos de seguridad. James encontró la posibilidad de una muy probable prohibición, teniendo en cuenta el hecho, que tanto el correo de entrada como el de salida de la escuela, aún estaban siendo examinados por el director y su círculo de confianza. El viernes anterior al fin de semana en Hogsmeade, había una gran tensión corriendo por lo alto del Gran Comedor sobre los estudiantes que esperaban algún tipo de anuncio por parte de la mesa principal. Era como si el director Grudje, pensó James, estuviera esperando hasta el último momento para acabar con la esperanza de todos.

El director se colocó finalmente de pie y se acercó al podio, no hubo necesidad de llamar a una asamblea para solicitar atención. Todos los ojos ya se habían vuelto hacia él, el repiqueteo de las conversaciones se extinguió en un silencio expectante.

Grudje examinó la habitación con sus inexpresivos ojos grises. —Como ustedes saben, —empezó, hablando lentamente y con enfática paciencia. —A la luz de la actual tensión internacional entre las comunidades de magos y muggles, nos hemos visto obligados a introducir algunos infortunados cambios a las libertades que normalmente hemos disfrutado dentro de estas paredes.

—Aquí viene, —Scorpius murmuró, poniendo sus ojos en blanco.

—Permítanme asegurarles, —Grudje prosiguió, alzando la voz sobre una ola de murmullos amotinados. —Nadie lamenta estos cambios más que nosotros, sus maestros y administradores. El Sr. Filch, especialmente, ha expresado reiteradamente su más sincero deseo de un simple retorno a días pasados.

James miró hacia la parte trasera del Gran Comedor, donde Filch estaba con la señora Norris acunada entre su brazo, y con su maldito bastón apretado en su puño derecho. Una tensa sonrisa arrugó su oscuro rostro.

—Un tiempo al que simplemente quiere regresar —Rose murmuró con valentía, —cuando él no tenía que ocultar sus torturas bajo un pretexto de castigo.

Esta declaración fue recibida con un coro de susurros, de fuertes descontentos, haciéndose eco de los ruidos procedentes de cada una de las otras mesas.

—Sin embargo, —Grudje continuó, y luego se detuvo, ladeando levemente su cabeza y entrecerrando los ojos. —Yo creo que es habitual mostrar respeto haciendo silencio mientras el director está hablando. ¿O estoy equivocado, señor Filch?

Esto último fue dirigido a la parte posterior de la sala, donde Filch se quedó mirando.

—Tomaré nota, según sea necesario, Director, —Filch respondió en su agrietada y silbante voz. Recorrió con una significativa mirada las mesas de todas las casas, sofocando el coro de susurros y murmullos. A su paso, toda la sala se cubrió con una especie de eléctrica y silenciosa ira.

—Sin embargo, —Grudje dijo de nuevo, bajando la voz a un tono monótono y grave. —No estamos completamente sin compasión. El fin de semana de Hogsmeade proporciona una salida saludable para el vigor juvenil. Uno que nosotros, sus guardianes, estaría reacio a prohibir. Como resultado, se ha determinado permitir que la tradición continúe como de costumbre.

Una palpable sensación de alivio inundó la sala. James miró a Rose, con sus cejas levantadas por la sorpresa. Grudje, sin embargo, no había terminado.

—Nosotros, sin embargo, —dijo, levantando una pálida mano empuñada, —Agregamos ciertos... *requisitos muy razonables*. Por ejemplo, sólo los estudiantes sin detenciones actuales o programadas pueden disfrutar del privilegio del fin de semana en Hogsmeade.

Alrededor de la sala, hubo una dispersión de hombros caídos y ceños fruncidos. Había, por supuesto, un gran número de estudiantes que tenían detenciones programadas.

—Además, —Grudje continuó, —No nos gustaría ver que cualquiera de ustedes se atrasara en sus estudios. Por lo tanto, sólo los estudiantes que están al día con todas sus tareas, incluidas las propuestas para el lunes siguiente, serán autorizados para el viaje a Hogsmeade.

Otra ola de murmullos enojados inundó la habitación, con más fuerza que antes. Esta vez, Grudje pareció permitirlo. Sonrió lentamente, con indulgencia.

—Habrán profesores vigilando en el patio mañana por la mañana, listos para aceptar cualquier tarea pendiente y para desearles un buen viaje. Hasta entonces, disfrutad de la noche, estudiantes, —dijo, abriendo los brazos en un alarde de magnanimidad graciosa.

Graham Warton se inclinó sobre la mesa con furia. — ¡Él sabe que Corsica nos torturó con un ensayo de 14 centímetros sobre los usos de Hazel y Helledore! ¡No hay manera de que podamos hacerlo para mañana por la mañana!

— ¡Nos está tendiendo una trampa! — Deirdre Finnegan estuvo de acuerdo irremediablemente. — Entre las detenciones y los deberes, no hay manera de que cualquiera de nosotros pueda ir a Hogsmeade.

— Eso no es del todo cierto, — Scorpius pensó, mirando hacia atrás en la mesa de Slytherin. — Ninguno de *ellos* parecía particularmente triste, ¿verdad?

James siguió la mirada de Scorpius y vio que era cierto. Ralph, Trenton Bloch y Albus se sentaron cerca de la cabecera de la mesa, con las cabezas juntas conversando en voz baja. A lo largo del resto de la mesa de Slytherin, sin embargo, los estudiantes estaban sonriendo, hablando animadamente, incluso dando guiños de felicitaciones los unos a los otros y palmadas en la espalda.

— Parece que es cierto que la profesora Corsica está dando a su casa un poco de “mano amiga” con sus asignaciones de Herbología, — Scorpius suspiró.

— ¡Te lo dije! — exclamó Graham. — ¡Debemos decirle a McGonagall!

Rose sacudió la cabeza con sorna. — No seas idiota. No tenemos ninguna prueba. Incluso si ella nos cree, Tabitha acabará negándolo, y mostrando su exasperante encanto en potencia. — Rose se irguió, y abrió sus ojos en una parodia de inocencia herida y adoptó un tono de dulzura aceitosa, — ¿Por qué profesora McGonagall, creería que yo pondría en peligro el desarrollo académico de mis alumnos, al proporcionarles las respuestas? ¡Eso sería poco ético!

Deirdre bufó a su pesar. — Eso es totalmente lo que Corsica diría. Y la cosa es que todo el mundo sabría que está mintiendo.

— Al igual que todo el mundo sabría que no hay manera de demostrarlo, — añadió Scorpius.

— Tal vez estamos viendo todo mal, — dijo James, entrecerrando los ojos pensativamente mientras miraba a través del Gran Comedor.

—No veo cómo, —Graham se quejó. —Sin 14 centímetros de ensayo de Herbología, no habrá fin de semana en Hogsmeade. ¿Tienes otra manera de ver las cosas?

—¿Alguna vez has escuchado la frase...? —preguntó James, con una triste sonrisa en su cara — ¿si no puedes vencerlos, úneteles?



A la mañana siguiente, James, Scorpius y Rose se mezclaron en la cola más corta de estudiantes en el patio.

—Ella va a saber totalmente lo que hicimos, —James murmuró.

Varios puestos por delante de ellos, Albus lo miró fijamente, con el ceño bajo.

—¿A quién le importa si ella sabe? —Scorpius se encogió de hombros. — ¿Qué puede hacer al respecto? Si acepta los ensayos de Albus y Ralph, tendrá que aceptar los de nosotros, incluso si sabe que de alguna manera los obligamos.

—Ella sabrá que fue Albus, —murmuró Rose algo tensa. —Ralph dice que ella se negó a enseñarle el hechizo Duplicitus. Mi conjetura es que ella todavía está prevenida sobre él desde el primer año, cuando se volvió en su contra y sus estúpidos cómplices del Elemento Progresivo.

—Deedle probablemente no podría hacer funcionar el hechizo Duplicitus incluso si se lo enseñaran, —Scorpius comentó. —Con esa monstruosa varita, probablemente habría duplicado el castillo entero justo encima de nosotros.

Rose dio una patada con rabia. —¡Oh, no puedo creer que me convencieran a hacer esto!, —dijo entre dientes. —Nunca he hecho trampa antes, en toda mi vida. ¡Me siento tan *sucia*!

James le dio un codazo. –Déjalo ya. No es hacer trampa si Corsica está permitiendo que toda su propia casa lo haga. Sólo estamos... ya sabes... nivelando el juego.

–¡Solo porque el engaño sea tu segunda naturaleza!—Rose hervía. –Debí darle mi copia a Graham. Tenía razón de estar furioso por no haberle conseguido una.

Scorpius la hizo callar cuando Albus dio un paso adelante para entregar su tarea a Tabitha Corsica. Ella le sonrió detrás de un par de elegantes gafas de carey y le tendió la mano. Él colocó un rollo de pergamino en ella y miró a James de nuevo, su rostro se pellizcó en ira.

Corsica asintió hacia Albus sin necesidad de revisar la tarea. Él se encogió de hombros perplejo por delante, uniéndose a Ralph en la puerta del patio.

–Eso es, —Rose se quejó con voz chillona. —¡No puedo hacer esto! ¡Es vergonzoso! ¡No vale la pena!

–¿Srta. Weasley?—Corsica la llamó a la ligera. —¿Tiene algo para mí?

Rose vaciló, mirando hacia atrás a James con una mirada de indecisión agónica. Finalmente, caminó hacia adelante y sacó afuera su puño, entregando a Corsica un rollo de pergamino.

–Muy bien, Srta. Weasley. Siempre fuiste una estudiante rápida, —admitió Corsica, con sus gafas de sol brillando bajo la luz del sol. En voz baja, añadió — Qué bueno que ha encontrado una manera de compensar los desafíos de su herencia.

–Y ¿qué significa eso exactamente?—Rose demandó.

–Nada, —James soltó ansioso por terminar el asunto y así evitar una confrontación. —Creo que yo sigo, profesora.

Corsica se volvió hacia él y su agradable sonrisa se desvaneció. —¿James Potter?, —dijo ella con recelo. —¿Qué estás...?—ella miró repentinamente

volviendo hacia Rose. —Esto es muy impropio de usted, Srta. Weasley, ayudar a los demás de esta manera.

—Oh, ¿eso la *ofende*, profesora?, —preguntó Rose maliciosamente. —No me lo hubiera imaginado.

La expresión de Corsica se endureció. —La llevaré ante el señor Filch, querida, en un santiamén —gruñó.

Rose sonrió con saña. —Tal vez debería echar un vistazo al ensayo de James antes de hacer eso, *profesora*.

Corsica se detuvo y sus cejas bajaron detrás de sus gafas de sol. Se volvió de nuevo a James y le tendió la mano. James dio un paso adelante con nerviosismo y le colocó su pergamino en la palma. Sin apartar la mirada de él, arrancó el sello de cera y lo desenrolló. Sólo entonces le dio una mirada, y se congeló.

—¿Qué piensa usted, profesora?, —Rose preguntó dulcemente. —¿Debemos ir a hablar con el señor Filch? Tal vez deberíamos sugerir antes de echar un vistazo a *todos* los ensayos que se le han entregado.

Corsica enrolló lentamente el pergamino, con la cara cuidadosamente inexpresiva. Miró a Rose por un largo momento, pensativa. A favor de Rose, ella no se inmutó con su mirada; de hecho, se la regresó.

—Disfruten de su día, estudiantes, —dijo Corsica de repente y brillantemente. —Y felicitaciones por su... *ingenio*.

—Gracias, Profesora, —Scorpius respondió fácilmente, entregándole su ejemplar del ensayo con una ligera inclinación. Rose no parecía dispuesta a dejar el asunto tan fácilmente. James la tomó por el codo y empezó a tirar de ella hacia las puertas. Rose lo siguió a regañadientes. Justo antes de cruzar la puerta, se detuvo y se dio la vuelta.

—Por cierto, profesora, —dijo en voz alta. —En el segundo párrafo, Hellebore *no* se utiliza para hacer el elixir de la Armonía. Ese sería el Calado de la Paz. Supongo que por lo tanto le agrada “mi” ensayo.

El rostro de Corsica palideció a pesar de la luz que le reflejaba el sol. Parecía contenerse a sí misma para responder, aumentando su estatura. Sin embargo, antes de que ella pudiera responder, James arrastró a Rose a través de la puerta y se unieron a Albus, Ralph y Scorpius en el camino hacia Hogsmeade.

—Corsica va a matarme, —Albus rugía mientras corrían. —Ahora entrégalo.

James asintió con la cabeza y rebuscó en el bolsillo de los pantalones, sacando un sobre doblado, dirigido a sus padres. Albus lo tomó y examinó críticamente por un momento, luego blandió su varita. Con un movimiento elegante, tocó el sobre y lo hizo desaparecer en una nube de ceniza ardiente.

—Si me amenazas nuevamente con decirle a mamá y a papá sobre como el grindylow se metió en su ropa sucia, te juro que voy a hacer diez copias más y no te librarás de mí el próximo año.

—Olvídate de eso, —James jadeó, mirando a un lado a Rose mientras ella echaba chispas. —Después de lo que Rose le dijo a Corsica hace un momento, ella es de la única persona por la que me preocupo de llegar a conocer su lado malo.



Después de las tensiones, desventuras y dolorosas preguntas sin respuesta de los meses anteriores, ese día en Hogsmeade fue un respiro que se aceptaba con felicidad.

James, Ralph, Albus, Scorpius y Rose pasaron toda la mañana navegando tranquilamente en las tiendas que bordean la calle principal, incluyendo escalas en Gladrags (donde Ralph compró una capa nueva de primavera con el dinero que había recibido en Navidad por parte de su abuela del lado materno) , Dervish y Banges, donde pasaron muchos minutos asombrados mientras examinaban la

nueva Thunderstreak Limitada, que (de acuerdo con la señal intermitente en la ventana) venía equipada con sus propios encantos anti-inercia, encantamiento estela y en Scrivenshafts, donde James, Scorpius y Albus finalmente se aburririeron de esperar a Rose y Ralph, abandonándolos delante de un mostrador de plumas auto-entintadas mientras cruzaban la calle hacia Honeydukes. Media hora más tarde, con sus bolsillos abultados de Bolas de Helado Levitador, jalea de babosa y pimienta endiablada, los cinco tomaron camino hacia Las Tres Escobas para un almuerzo tardío. Allí, se encontraron con un grupo de Slytherin agrupados haciendo ruido alrededor de una gran mesa. Varias chicas de Slytherin miraban con recelo a Ralph y Albus.

—Gwynn y Chlorissa, —Ralph gimió, tratando patéticamente de esconderse detrás de James. —Ellas me odian por completo.

—Ellas no te odian, Ralph, —dijo Albus tranquilizándolo. —Sólo piensan que eres un grandísimo zoquete y traidor a su herencia mágica. Eso es todo.

—Eso es mucho mejor, —Ralph suspiró, tratando de ocultar su rostro detrás del cuello de su nueva capa.

Albus hizo un gesto de buena gana hacia la mesa de Slytherin. —¡Hola a todos! Aquí con mi hermano y mi prima Weasley. Puedes escoger tus amigos, pero te quedas con la familia que te tocó, ¿verdad?

La mayoría de los Slytherin se relajaron con esto, sus miradas sospechosas se combinaban entre las torcidas sonrisas. Albus se agachó hacia su mesa echando sus brazos sobre los hombros de Beetlebrick y la chica alta llamada Chlorissa. Les susurró algo. Mientras lo hacía, los Slytherin miraban furtivamente hacia James, Rose y Scorpius cuando se reunieron cerca de la barra.

—¿Qué les dijiste?, —le preguntó Ralph cuando Albus regresó.

—Les dije que estaba ganando puntos con James y Scorpius para averiguar las jugadas del equipo de Quidditch de Gryffindor para los próximos encuentros. No es que tenga importancia, —añadió, con James dándole un codazo en las costillas. —Eres más amenazante que un saco de muertos Horklumps, en frente de ese imbécil de Vassar persiguiendo la snitch.

A medida que el sol empezó a bajar, unas ráfagas de viento empujaron un manto de nubes hacia abajo oscureciendo las calles y enfriando el aire, James, Rose y Scorpius se separaron de Albus y Ralph (quienes prudentemente decidieron reunirse con sus compañeros Slytherin). Reacios a volver al castillo por el momento, se dirigieron a Sortilegios Weasley, su parada favorita en el viaje.

El tío George se reunió con ellos en el mostrador y llamaron a Ted Lupin que se encontraba en la trastienda para que se les uniera. Allí, en voz baja, los estudiantes describieron los últimos acontecimientos en Hogwarts, incluyendo hasta las nuevas restricciones a los fines de semana de Hogsmeade, que habían pasado por alto por poco.

—Ya Umbridge era bastante mala, —George frunció el ceño, con su usualmente jovial rostro oscuro. —Ella era perversa y engañosa, pero parecía creer que verdaderamente estaba en pos del bien del mundo mágico. Fred me dijo una vez que pensaba que era mejor vivir con un tirano absoluto como Voldy que con una psicótica que quería hacer el bien como Umbridge. Pero darle a Filch ese tipo de autoridad... —sacudió su cabeza lentamente. —Él no es ni un tirano todopoderoso o un justiciero errado. Él es un mezquino matón al que le han dado una licencia para lastimar. ¿Por qué Grudje haría tal cosa?

—Tal vez por la misma razón por la que se le instó a todos los profesores para dejar ese montón de trabajos escolares, —dijo James, entrecerrando los ojos. —Es una distracción. Tal vez él está tratando de mantenernos a todos tan ocupados para que no tengamos tiempo de hacer preguntas, o fisgonear, y ver lo que está pasando en nuestras narices.

Ted negó con la cabeza en señal de frustración. —Pero, ¿qué está pasando? ¿Ustedes tienen alguna idea? Porque el resto de nosotros no. Entre el asesinato del vicepresidente estadounidense, el colapso de las leyes de secretismo mágico en todo el mundo, y tu padre buscando descongelar todo lo que sucede en su propia oficina del Departamento de Aurores, el mundo entero está en un gran lío confuso.

Rose se encogió de hombros. —No tenemos nada más claro por nuestra parte. Hay algo acerca del mago demente en Nueva Ámsterdam, el que se llama a sí mismo el Coleccionista, que al parecer es el nuevo vicepresidente estadounidense,

aunque el tío Harry dice que no hay nada que pueda hacer al respecto, salvo tratar de advertir a la Oficina de Integración Mágica, y esas personas no confían mucho en él.

—Por no mencionar el hecho, —Scorpius añadió en voz baja, —que esta persona, el Coleccionista, parecía estar trabajando en una súper arma mágica llamada La Red Morrigan, que todos están de acuerdo en que es bastante horrible, incluso si no tienen ni idea de lo que hace o si es posible su existencia.

James abrió la boca para recordarles que el misterioso profesor de Durmstrang, Avior, era según las investigaciones de Rose, supuestamente uno de los expertos mundiales en La Red Morrigan. Por alguna razón, sin embargo, dudó, y luego cerró nuevamente su boca. Rose le vio, y frunció el ceño ligeramente.

—La diferencia de cuando estaba Umbridge y ahora, —exclamó George tenso, —es que en ese entonces teníamos la Orden del Fénix.

Rose parpadeó. —Pero... sólo esta Navidad pasada, —dijo ella, bajando la voz hasta casi un susurro —en Grimmauld Place, ¿no fue que la Orden se volvió a convocar?

George soltó una fuerte carcajada sin alegría. —Oh, supongo que se podría llamar así. Pero míranos. Yo, un bromista que ni siquiera terminó su educación. Un medio gigante al que le prohibieron la mitad de su vida adulta usar magia. ¡El maldito Draco Malfoy! Er, lo siento Scorpius. Quiero decir... tu papá es útil, a su manera, pero tenemos muchísima historia con él.

Scorpius se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—La persona más poderosa entre nosotros es tu padre, James, —George continuó, mirando hacia abajo a su propio puño cerrado. —Y ha sido despojado de cualquier influencia que pudiera tener, y le asignaron un trabajo sin sentido, haciéndolo ver como si fuera algún tipo de animal domesticado. Están avergonzados de él en el Ministerio.

—George, —dijo Ted. —No creo que...

—Aun así es cierto, —George insistió tercamente, mirando a los ojos de Ted. —Y entre más rápido que todos nos demos cuenta de ello, será mejor. La Orden del Fénix es una sombra patética de lo que fue alguna vez. Es un insulto mantener el nombre. ¿Dónde está Sirius Black? Perdóname, Ted, pero ¿dónde están Remus Lupin y Nymphadora Tonks? ¿Dónde está mi hermano Fred?

Miró a su alrededor de repente, cambiando su mirada de cara a cara, como si literalmente, estuviera buscando a aquellos héroes hace tiempo difuntos. —Se fueron, cada uno de ellos. Se fueron. Al igual que Dumbledore, en quien todos nos congregábamos, el que hacía parecer que, a pesar de todo, siempre había una pequeña posibilidad, siempre una pizca de esperanza. ¿Dónde está Dumbledore? ¿Volverá?

Los ojos del tío George se veían vacíos, mientras miraban al rostro de James. Por último, poco a poco, el hombre pelirrojo sacudió la cabeza.

—No. Independientemente de las conspiraciones de ebrios que se discuten en el Cabeza de Puerco, sin importar lo que algunos de nosotros susurremos entre sí para mantener viva la esperanza, Albus Dumbledore no va a volver. Hay un chiflado imponiendo autoridad sentado en su silla en la oficina del director. —suspiró profundamente y bajó la mirada. —Dumbledore murió. Y la Orden del Fénix murió con él.

Rose miró a su tío, su rostro tenía una máscara de desafío obstinado. —La esperanza no ha muerto, —dijo en voz baja. —La esperanza nunca ha muerto.

El tío George no levantó su mirada. Ted encontró los ojos de Rose y asintió. En silencio, rodeó el mostrador y acompañó a los tres estudiantes a la puerta.

—No seas dura con tu tío, —dijo mientras los acompañaba, quedándose de pie en la puerta. —Es una época oscura, y le ha recordado todo lo que perdió. Yo no creo que ninguno de nosotros pueda entender lo que significa eso para él.

James se quedó perplejo. —Pero... has perdido tanto a tu mamá como a tu papá en la Batalla de Hogwarts.

Ted suspiró. —Créeme, James, lo sé. Pero yo era sólo un bebé. No los conocí. Los extraño, claro, pero es como perder un lugar que no puedes recordar que tuviste. Es sólo un agujero en forma de curiosidad en mi corazón, con nada en él. Pero George... —se encogió de hombros. —Él era su gemelo. Perdió la mitad de sí mismo. Él sabe lo que solía tener en ese agujero. Vive con eso en su conciencia todos los días.

James consideró esto mientras miraba a través de la puerta abierta de Sortilegios Weasley. El Tío George seguía en pie detrás del mostrador, sin levantar la vista. Parecía que ni siquiera se había movido.

—Adiós, tío George, —Rose llamó suavemente, levantando una mano.

George levantó su mirada entonces, y asintió con la cabeza en forma de despedida. James esperaba ver lágrimas en los ojos de su tío, pero no las había. Casi deseaba que hubiera. De alguna manera las lágrimas hubieran sido mejor que el vacío y la muerta calma que vio allí.

Algo se movió en la esquina trasera de la tienda, revoloteándose detrás de un mostrador de varitas. James apenas la vio cuando la puerta se estaba cerrando... una figura en una túnica oscura, con la capucha levantada ensombreciendo su rostro. La figura parecía voltear hacia él. Un momento después, la puerta de cristal se cerró y Ted se paró justo en frente, diciendo adiós con su mano y bloqueando la vista.

—¿Has visto...?, —preguntó James, ladeando la cabeza y señalando vagamente.

—¿Qué?, —preguntó Rose vanamente.

James lo consideró, y luego negó con la cabeza. —Nada, supongo. —había un montón de gente en Hogsmeade que preferiría mantener sus identidades ocultas bajo capuchas. Por supuesto, la mayoría de ellos acechaban en el Cabeza de Puerco o las esquinas oscuras de las Tres Escobas, pero era posible que uno de ellos hubiera necesitado de una bolsa de Dungbombs o una taza de té Muerde Narices. Se dio la vuelta y empezó a seguir a Rose y a Scorpius, alejándose de la puesta de sol.

En silencio, los tres se dirigieron a lo largo de la calle principal, más allá del quiosco de noticias de dos pisos con su presentador de noticias en el mirador (que parecía estar cerrando ya de noche), en una calle lateral en diagonal al camino que conducía fuera de la aldea.

—Nos están siguiendo, —dijo Scorpius como conversando.

—¿Qué?, —preguntó James, mirando hacia atrás.

—No mires hacia atrás, torpe idiota, —Scorpius reprendió con calma. —Sólo sigue caminando y no te detengas.

Rose se abrazó a sí misma contra el viento cada vez más frío. —¿Cómo sabes que nos están siguiendo?

—No creces siendo un Malfoy sin aprender algo de subterfugio, —Scorpius admitió con una nota de orgullo. —Unas sombras largas a lo largo de la calle principal siguieron las nuestras por los últimos minutos. Dos de ellas. Cuando volteamos, vi sus reflejos en la ventana de la ferretería allá atrás. Están vestidos con túnicas largas y capuchas.

Una ola de frío cayó sobre James mientras caminaba. —Vi uno de ellos en la tienda del tío George. Estaban escondidos en un rincón.

Rose se quedó sin aliento. —¿Crees que nos habrán escuchado? ¿Por qué no dijiste nada?

—Lo intenté —dijo James nervioso y con voz áspera, —Pero no me pareció gran cosa en ese momento. Hogsmeade está cargado de personas evasivas, ¿no es así?

Scorpius les hizo callar lacónicamente. —En un momento, vamos a cruzar la avenida Guddymutter, —dijo, asintiendo con la cabeza ligeramente hacia la siguiente intersección. —El sol se está poniendo a lo largo de ella. Sígueme de cerca cuando lleguemos allí.

James contuvo el aliento mientras caminaban, manteniendo un ritmo exasperantemente casual. Cuando se acercaron a la esquina, Scorpius miró

distraídamente alrededor, inclinándose bajo la sombra de un toldo. En el momento en que salió a la cobriza puesta de sol, sin embargo, se escabulló a la derecha, desapareciendo alrededor de la esquina de la avenida Guddymutter. James agarró el brazo de Rose y la atrajo a la esquina, así, corrieron para seguir a Scorpius.

Inmediatamente, Scorpius se apretó contra una pared de ladrillo y agarró su varita contra su pecho. James blandió la suya también. Rose estiró su brazo, su propia varita sobresalía de su puño.

Dos figuras vestidas corrieron hacia la estrecha intersección, levantando sus brazos para bloquear los rayos del sol, cegados por el atardecer.

—*Expelliarmus!* —gritaron Rose y James a la vez. Scorpius, sin embargo, llamó a un hechizo diferente.

Ninguna varita voló de las manos de las figuras vestidas, a pesar del hecho de que tanto James como Rose los habían golpeado de lleno con el hechizo de desarmar. En cambio, ambas figuras flotaron en espiral por el aire, quedaron al revés y sus ropas cayeron alrededor de sus cabezas.

James miró a las aturdidas figuras colgantes mientras flotaban en el aire. —*Levicorpus?*, —exclamó, mirando a un lado a Scorpius. —*¿Y no expelliarmus?*

—No tienen varitas, —Scorpius suspiró, sacudiendo la cabeza. Dio un paso adelante y tiró de la túnica alrededor de la cabeza de la figura más cercana, que estaba luchando inútilmente en el aire. James se dio cuenta que las ropas debajo de sus túnicas no eran definitivamente amenazantes. El hombre corpulento vestía jeans y una camiseta de rugby a rayas. La otra parecía ser una chica delgada con un capri verde y una camiseta gris.

—*¿Lucía Gruberova?* —Rose exclamó con voz sorprendida cuando Scorpius tiró el manto de la cabeza de la chica. —*¿Pero cómo... por qué... ?!*

—*¡Exijo que me bajes!* —una voz apagada ordenó. James reconoció la soberbia nasal de Morton Comstock luchando bajo su túnica invertida.

—Déjalos bajar, Scorpius, —dijo, guardando su varita. —Obviamente son inofensivos. *¿Cómo sabías?*

Scorpius movió su varita hacia Lucía y Comstock, dándoles la vuelta y liberándolos descuidadamente sobre sus pies. —Les dije que nos estaban siguiendo, —dijo arrastrando sus palabras perezosamente. —No he dicho que fueran muy buenos en eso.

Rose se movió hacia Lucía, ayudándola a enderezar su revuelta túnica. — Pero ¿cómo llegaron hasta aquí? ¡Hogsmeade es intrazable! Los Muggles no pueden entrar.

—No sé lo que significa intrazable, —dijo Comstock, asomando la cabeza con furia de nuevo fuera de su revuelta capucha, —todo lo que hicimos fue salir de nuestros cuartos esta mañana y seguirlos a ustedes. No fue exactamente difícil.

—No podría haber sido tan fácil, —James insistió. —¿Cómo has pasado a Tabitha Corsica y el resto de los profesores en el patio?

—No fuimos a través del patio, genio, —Comstock burló. —Nos escabullimos por los pasillos y fuimos por la puerta trasera.

—La antigua entrada de la rotonda, —Rose sacudió su cabeza. —Nadie estaba custodiando ese sitio, por supuesto.

James frunció el ceño. —Entonces, ¿por qué no hicimos eso?

—Debido a que Filch hizo un censo de todos los que no tenían vía libre a Hogsmeade, —Rose suspiró con fuerza. —Si se percataba de nuestra ausencia sin una razón, nos apilarían con tantas detenciones que nunca volverían a escuchar de nosotros.

—O tal vez te complicas demasiado como para pensar en eso, —Comstock contrarrestó. —Nos deja a nosotros los “muggles” ser mejores escabulléndonos que muchos de ustedes.

—Cállate, Morton, —Lucía exclamó sin aliento. —Sólo los estábamos siguiendo porque se nos olvidó cómo llegamos.

Rose sonrió con tristeza. —Eso significa intrazable para ustedes. La magia puede estar debilitándose, junto con las leyes de secretismo, pero al intentar salir

de aquí sin tener a alguien que te guíe, habrían terminado yendo en círculos toda la noche.

—¿Pero por qué venir aquí de todos modos? —preguntó James a Lucía, haciendo caso omiso de Comstock. —¿Qué hizo que valiera la pena el riesgo?

Lucía miró a James con incredulidad por un momento, y luego sacudió la cabeza con asombro. —¿En serio? ¡Es Hogsmeade! ¡He estado leyendo sobre esto desde que era niña, pero nunca me atreví a soñar que era real! ¡Y luego llegué a esta escuela hace un año y nos dimos cuenta que todo lo que habíamos leído realmente existía, de que existen estos lugares, y nosotros somos los primeros muggles a los que se les permite saber sobre esto! ¿Cómo podría resistirme a escabullirme y ver todo por mí misma? ¿Puedes imaginar lo celosas que van a estar mis amigas de vuelta a casa? ¡Gretchen Plotz se enfadaría muchísimo! Eso le enseñará a no invitarme a su estúpida fiesta de cumpleaños. Como si quisiera ir de todos modos, esa pequeña descarada ilusa. No es que pueda decirle nada de esto, por supuesto. Ella no fue elegida para el programa de intercambio. Pero muy pronto, tal vez todo el mundo va a saber sobre esto, y entonces... bueno. Lo siento. —de repente apretó la boca cerrándola, aparentemente decidiendo que había dicho suficiente.

Comstock negó con la cabeza. —Estoy aquí porque esperaba encontrar algo en este revuelto y loco mundo suyo, que valiera la pena para emocionarme. Seriamente. ¿Ustedes tienen un mundo mágico a su disposición y envían mensajes en pequeñas notas atadas en patas de lechuzas? ¿Eso es lo mejor que pueden hacer?

—¡Tienen la red Flu, idiota! —exclamó Lucía, incapaz de detenerse. —¡Y Trasladores! ¡Y se aparecen! —miró a James. —Eso es real, ¿verdad? ¿Aparecerse?

—Er, —James balbuceó. —Er, sí. Pero... como... ninguno de nosotros sabe cómo hacerlo todavía.

—Habla por ti, —murmuró Scorpius.

Rose sacudió la cabeza con impaciencia. —En cualquier caso, deberíamos estar de vuelta. Pueden seguirnos si quieren, pero no se atrevan a quedarse con nosotros cuando llegemos a la escuela. Significaría más problemas para nosotros de lo que ninguno de ustedes dos vale.

Comstock gruñó de acuerdo y los siguió malhumorado mientras Rose y Scorpius se giraban una vez más, para salir de la aldea.

—No pretendía escuchar su conversación, —dijo Lucía en tono de disculpa, deslizándose junto a James mientras se acercaban al bosque. —Morton quería esperar por ustedes en el callejón al otro lado de la calle, pero no pude resistir la tentación de darle un vistazo a Sortilegios Weasley.

James se encogió de hombros. —¿Fue todo lo que habías esperado?

—En realidad, —Lucía frunció el ceño, pensativa. —No estoy segura de lo que esperaba. —miró a un lado de él, sintiéndose culpable, y añadió —Quiero decir, fue genial y todo. Si tuviera dinero mágico sin duda habría comprado algo. Pero después de imaginarlo durante tanto tiempo... bueno... más o menos... —agitó sus manos vagamente, —¿Normal? ¿Supongo?

—¿Esperabas algo diferente?

—¡Oh, no lo sé! —Lucía se cubrió la cara con las dos manos por un momento. Cuando las bajó, luchaba por recobrar la compostura. —No soy como Morton. Él tiene tanta imaginación como un ladrillo. Mi problema es que tengo, tal vez, demasiada imaginación. No es culpa de nadie que las cosas a veces no lleguen a la altura de lo que me imagino.

James asintió. —Creo que te entiendo.

Lucía miró agradecida mientras pasaban por las densas sombras de la zona forestal. —A veces es bueno que las cosas resulten ser más normal de lo que esperas. Me refiero a... ¡míranos a nosotros! Aquí estoy caminando junto con... apenas me atrevo a decirlo... El hijo de Harry Potter —dijo el nombre con tal reverencia que James no pudo evitar sonreír a un lado de ella. —¡Pero no eres

demasiado o nada! —lo pasó rápidamente. —¡Puedo hablar contigo! Eres totalmente normal, ¡sólo una persona cotidiana que resulta ser el hijo de... de...!

James asintió con la cabeza, con su irónica sonrisa de vuelta. —Lo sé. Créeme, no siempre ha sido divertido. Pero sí, sólo somos una familia normal, con problemas normales y todas esas cosas.

—¡Oh, eso no me lo creo! —dijo Lucía entusiasmada. —Pero aun así, es tan genial que digas eso.

James parpadeó ante ella, sin dejar de sonreír vagamente. —Supongo que sí.

Caminaron un rato en silencio, siguiendo las oscuras siluetas de Morton Comstock, Rose y Scorpius. El bosque se extendió en todas direcciones, cayendo en la oscuridad cuando el sol se sumergía debajo del horizonte. En lo alto, el viento pasaba a través de las ramas de los árboles, haciéndolos sonar y empujando bajas y densas nubes.

—Entonces, —preguntó Lucía, bajando la voz un poco. —¿Es realmente cierto que algunas personas... eh... creen que él volverá?

James miró a un lado a Lucía en la penumbra. —¿Te refieres a Dumbledore?

Ella asintió con la cabeza, con los ojos brillantes de interés. —Muchos de mis amigos nunca creyeron que realmente murió. Simplemente no podían aceptarlo, pensaron que había fingido su muerte de alguna manera. O que el simbólico fénix que sobrevoló en su funeral significó de alguna manera que iba a volver a la vida. Eso es lo que hacen los fénix después de todo, ¿no es así? Pero, por supuesto, a todos nos pareció que solo eran historias. Ahora que sé que Dumbledore era una persona real... bueno, supongo que incluso en el mundo de los magos, si mueres te quedas así. ¿Cierto?

James vaciló antes de contestar. Lucía respiró rápidamente y continuó, yendo al grano.

—Pero incluso cuando pensaba que todo esto era sólo una historia, nunca creí que Dumbledore iba a volver. No es la forma en que mis amigos piensan que ocurriría. ¡J.K. Row... er! —Ella se contuvo y sonrió con aire de culpabilidad a

James. —Er, quiero decir la profesora Revalvier... ella nunca se guardaría cualquier truco barato de esa manera, traer de vuelta a un personaje que todos pensamos que realmente había muerto. Incluso si los lectores realmente lo quisieran. Parecería... barato, de alguna manera. Pero, ¿quieres saber lo que yo siempre pensé? —esto último lo preguntó en voz baja, atrapada entre la vergüenza y emoción. Sus ojos oscuros brillaban en la penumbra. —Siempre pensé que Dumbledore volvería como un *fantasma*.

Un repentino viento azotaba a los cinco estudiantes, murmurando entre los árboles y llevándose las hojas muertas como pájaros asustados. James deseaba que Rose, Scorpius y Comstock no se hubieran alejado tanto.

—Tendría sentido, ¿no te parece?, —preguntó Lucía, ignorando el acelerado y oscuro viento. —Él murió tan de repente, con tanto por hacer. Eso es lo que hacen los fantasmas, ¿verdad? ¿Asuntos pendientes? Y te diré algo más... —ella se acercó a James y bajó la voz a un susurro secreto. —Creo que volvería muy *enojado*.

James casi tropezó en el camino. Se volvió hacia Lucía, extrañamente consternado por lo que había dicho. Ella parpadeó ante la expresión de su rostro y se enderezó.

Un momento después, ambos se toparon directamente con Scorpius y Rose, que se habían detenido.

—¿Por qué nos detenemos?, —preguntó con impaciencia Comstock varios pasos por delante.

—¡Shh! —Rose susurró, levantando una mano. —Voces.

James se recuperó de su colisión con Rose y dio un paso atrás, escuchando atentamente. Todo lo que podía oír era el susurro del fuerte viento en los árboles y el relincho de hojas muertas aullando a lo largo del camino. Y entonces, en un momento de calma entre las ráfagas, allí estaba: un murmullo bajo, una voz en la distancia, sin dirección.

—¿Otros estudiantes que regresan de Hogsmeade? —James preguntó en tono quejumbroso. —Tal vez incluso sea Albus y sus compañeros Slytherin. Podrían estarnos jugando una mala pasada.

—Eso es un adulto, —dijo Scorpius, sacudiendo la cabeza lentamente. —Un hombre.

—No puedo entender lo que está diciendo, —susurró Rose, con el ceño fruncido por la concentración.

James se estremeció cuando el viento pasó nuevamente por su pelo. —¿Por qué no podemos volver de Hogsmeade sin tener alguna estúpida aventura?

—¡Shh! —Rose le hizo callar de nuevo.

Pero la voz parecía haberse alejado. El silencio llenó las pausas entre las ráfagas de viento. James miró a su alrededor por alguna señal de quien hablaba. El bosque parecía repentinamente vivo con un sutil movimiento; sacudiendo ramas, la hierba alta bailando, agitando arbustos y enredaderas.

—Allá —Lucía repentinamente proclamó en voz tensa y baja. Ella señaló hacia un denso matorral de los árboles.

—¿Qué?, —preguntó Rose, dejando caer su propia voz a un susurro áspero.

Lucía negó con la cabeza. —Algo se movió. Alguien pasó de largo, creo. Hubo un aleteo de ropas. Es... ya no está.

Scorpius suspiró con fuerza. —Vamos, regresemos. No hay nada en estos bosques a lo que debemos temer.

—Excepto las arañas gigantes, —Lucía chirriaba.

—Ya no quedan casi de esas, —dijo Rose tranquilizándola.

—¿Y los centauros? —sugirió Lucía.

Rose asintió pensativamente. —Todavía hay algunos cuantos.

Por no hablar de los árboles, pensó James, pero no lo dijo. Desde el regreso de Merlín, muchos de los espíritus de los árboles... las dríadas... habían despertado, y no todas ellas, James sabía por experiencia, eran especialmente amables. Miró hacia el crujido de unas extremidades gimiendo más adelante. Lástima que Merlín ya no estuviera aquí para protegerlos, para mantener su antiguo salvajismo bajo control.

Y luego, por el rabillo del ojo, James lo vio: un aleteo de ropas, la sugerencia de un rápido y silencioso ritmo cruzando por la parte más densa de la selva. Giró la cabeza hacia esto pero ya se había ido.

—Lucía tiene razón, — anunció en voz baja. — Hay alguien por ahí. A nuestra derecha.

Scorpius se detuvo a medio paso. James lo vio con su varita en la mano. Tanteó especulativamente. Un momento después, el chico rubio se alejó del camino, abriéndose paso entre la maleza y los matorrales.

—¿A dónde va? — Comstock exigió.

—Scorpius — Rose le llamó nerviosamente. Un momento después, enderezó los hombros, sacó su propia varita, y trotó tras él.

—Esto es ridículo, — gruñó James exasperado. A Lucía le dijo — Quédate en el camino. Estaremos de vuelta en un minuto.

—¡Ni te lo creas!, — exclamó Lucía, saltando a seguir a James mientras esquivaba los árboles. — No me voy a quedar de pie al aire libre con... ¡con lo que sea que haya por ahí! ¡Yo me quedo con las personas con varitas, muchas gracias!

—Apresúrense gente, — Comstock llamó con voz molesta.

James se metió entre la maleza, alcanzando a Rose y Scorpius con Lucía siguiéndole de cerca. Afortunadamente, el creciente viento llenó todo el bosque con una cacofonía de extremidades crujientes, hojas silenciosas y el traqueteo de ramas, cubriendo el ruido de su trote a través de la maleza. Y, por supuesto, después de sólo unos pocos cientos de pasos vieron una figura. Coronando una colina baja delante de ellos, revoloteando con calma a través de los árboles, con

una capa ondeando detrás y un sombrero puntiagudo que se doblaba con el viento.

Lucía se congeló ante lo que veía. —¿Es un fantasma?, —rogó, con su voz reducida aterrorizada y áspera.

James negó con la cabeza, pero no podía realmente estar seguro.

—Quien o lo que sea, —dijo Scorpius, avanzando descaradamente. —Está en dirección a Hogwarts.

Rose asintió. —Pero fuera de la ruta principal. No quieren ser vistos.

—Scorpius —James llamó cuando el muchacho corrió hacia adelante. —¿Qué vas a hacer si lo alcanzas? ¿Detenerlo y demandar para saber lo que se trae entre manos, escondido en el Bosque Prohibido en una noche de tormenta?

Scorpius miró por un momento, mirando a los ojos de James pensativamente. —Supongo que eso es exactamente lo que voy a hacer, —asintió con la cabeza.

De pie entre ellos, Rose miró de Scorpius a James, con una expresión tensa. Después de un momento, James asintió.

Lucía agarró el brazo de James y se rió nerviosamente. —Supongo que esto es muy emocionante, ¿no?

Juntos, los cuatro echaron a correr, entraron ruidosamente por el valle hasta la cima de la colina. James vio las luces brillantes del castillo emerger a través de los árboles, siguieron adelante, esquivando ramas bajas y saltando sobre troncos cubiertos de musgo. Scorpius llegó a la cima de la colina primero. James lo vio, ya que sólo había una forma oscura contra él en el paisaje, tropezando entre los árboles donde habían espiado a la figura acechante. Un momento después, la silueta de Scorpius se sumergió en la distancia. Rose le siguió, topándose con lo que parecía ser una repisa rocosa. James trepó tras ella, Lucía aun agarrando su brazo con fuerza y jadeando a su lado.

La colina terminó en una pendiente pronunciada, lo que llevó a James y a Lucía por un camino estrecho, sinuoso y oscuro. En la parte inferior, se toparon

con Scorpius y Rose, que habían iluminado con sus varitas las sombras casi impenetrables.

—¿Dónde está?, —preguntó James, entre jadeos.

Scorpius negó con la cabeza, levantando su varita. Una estructura baja y de tenue brillo estaba delante, rodeada de árboles densos pero iluminada por la luz mágica. En silencio, los cuatro estudiantes se arrastraron hacia ella. James contuvo el aliento. La estructura era como una pequeña casa hecha de perfectas losas de mármol blanco, planas en la parte superior, colocadas como una joya en un césped bien cuidado. Más allá de la estructura el bosque se separaba, revelando el rostro del oscuro lago y un panorama de nubes a la deriva. Agachándose en conjunto, los cuatro rodearon la estructura, moviéndose en silencio por el espacio del plano césped.

La luz de la varita de Scorpius iluminó una puerta de cobre, envejecida a un verde apagado, con una sola y gruesa ventana. Sobre la puerta, grabada en una losa de piedra que se extendía sobre la anchura de la estructura, había una inscripción:

ALBUS PERCIVAL WULFRIC BRIAN DUMBLEDORE

—Es su tumba, —Lucía resopló. —¡La Tumba Blanca!

Scorpius volvió e iluminó con su varita el immaculado césped, los árboles que lo enmarcaban, las oscuras olas del lago. —Se fue, —dijo con voz molesta. — Quienquiera que fuera, no está aquí.

Rose se trasladó junto a James y sacudió la cabeza. —Esto es totalmente espeluznante, —dijo en voz baja, molesta.

Lucía asintió con acuerdo.

—¡HEYY! —Una voz de repente llamó, haciendo eco sobre la colina detrás de la tumba. Incluso a través de la ventilada oscuridad y el pánico evidente, James reconoció la voz de Comstock. Volvió a resonar delgado por la distancia. — ¡OIGAN! ¡Necesitan venir aquí rápido! ¡No me dejen solo con esto!

—¿Qué pasa ahora con él? —Scorpius murmuró, en el momento en que se giró y comenzó a correr de nuevo hacia la tumba. Rose le siguió, corriendo por la sombra del bosque.

—Será mejor que vayamos con ellos, —James suspiró. —Es mejor si todos nos quedamos juntos...

Lucía agarró el brazo de James con tanta y repentina ferocidad que lo sobresaltó el dolor, mirando a un lado de ella. Tenía la cara con los ojos desorbitados por el terror, mirando en silencio de nuevo hacia la Tumba Blanca. James se volteó.

La puerta de cobre de la tumba estaba abierta, revelando una figura de pie. Incluso en la penumbra, James reconoció la capa y puntiagudo sombrero del hombre que habían estado siguiendo. Sólo ahora podía ver la cara de la figura: la estrecha nariz torcida, la barba nevada. Una pequeña luz se reflejaba en las gafas de media luna del hombre mientras miraba hacia ellos.

—¡Es él! —Lucía tembló, levantando su temblorosa mano mientras lo señalaba. —¡Es Dumbledore!

Pero James sabía mejor, incluso en medio del temor de la sorpresa que cayó sobre él como un lienzo. No era Albus Dumbledore. O si lo era, no era *solamente* Albus Dumbledore.

Era Avior Dorchascathan.

Los severos ojos grises de Avior se encontraron con los de James sobre la ventilada distancia. Un rayo cayó, inundando con su luz el limpio césped y haciendo parecer que la tumba estuviera hecha de fuego blanco. Cuando la oscuridad cayó de nuevo, James parpadeó.

La puerta de cobre se cerró, con su única ventana negra y vacía. Ninguna figura se quedó allí.

—Dime que realmente no vi eso, —Lucía le solicitó con su voz ligeramente alta.

James negó lentamente con su cabeza. —Ojalá pudiera, —respondió, el viento constante llevó sus palabras a la oscuridad. —Créeme, realmente desearía poder hacerlo.



Capítulo 13

La Pista del Brujo Muerto

Comstock siguió gritando, permitiendo a los demás seguir el sonido de su voz a través de los densos árboles. James y Lucía alcanzaron a Rose y a Scorpius cuando se acercaron al camino principal.

—Ya te puedes callar, —Scorpius gritó con cansancio. —Ya estamos aquí.

—¡Ya era hora maldita sea! —Comstock chilló cuando los otros se encontraron con él en un pequeño claro atascado de maleza. —¡Me cansé de esperarlos y decidí probar a seguirlos...!

—Nos seguiste hasta aquí, ¿verdad? —dijo Scorpius, espiando el único camino a una docena de yardas de distancia.

Rose se sacó una ramita de su espeso pelo. —En serio, Comstock. No hay nada que temer al estar cerca del castillo.

—¿A sí? —Comstock contrarrestó salvajemente. —¡Tal vez deberías tratar de decirle eso a *él!*

Señaló a un oscuro hueco donde dos troncos caídos se asomaban desde la maleza. James se quedó sin aliento por la sorpresa, al darse cuenta de que las formas no eran del todo unos troncos, sino un par de piernas vestidas con pantalones oscuros, terminando en un par de elegantes zapatos negros, inclinados como jarras hacia el cielo.

Lucía dejó escapar un pequeño grito y apretó sus manos sobre su boca. Rose agarró la manga de Scorpius en ambos puños, con los ojos saltones en la oscuridad. —¿Quién es? —preguntó con voz débil.

—¡Maldita sea, ya entiendo! —Comstock tembló. —¡Me tropecé con sus piernas en el camino hacia el claro! ¿Me oyen? ¡Me *tropecé* con las *piernas* de un hombre muerto!

—No sabemos a ciencia cierta si está muerto, —James sugirió débilmente, acercándose al cuerpo con gran renuencia. —*Lumos*. —su varita se encendió, revelando el rostro del hombre. Se quedó mirando fijamente por encima de la maleza, con la boca ligeramente abierta. Un escarabajo negro rodaba lentamente por la frente del hombre.

—Está muerto, —Scorpius confirmó con una inclinación de cabeza.

Comstock balbuceó y se pasó las manos por el pelo erizado. —¿Es esto, ya saben, *común* para los de su tipo? ¿Encontrar a las personas fallecidas se quiera o no, bajo los arbustos y esas cosas? ¡Porque seguro maldita sea que no lo es de donde vengo!

—Cállate, Morton, —Lucía dijo suavemente, poniéndole un brazo sobre los hombros y alejándolo de la visión.

Rose renovó su agarre en la manga de Scorpius. —Tenemos que ir por ayuda, —dijo con firmeza. —Volvamos al castillo. La profesora McGonagall sabrá qué hacer.

—Espera, —James de repente frunció el ceño, bajando su varita sobre la cara del hombre muerto. —Conozco a este tipo.

Scorpius se acercó más, arrastrando a una Rose reacia junto con él. —Nunca lo había visto antes por mí mismo. ¿Estás seguro?

James asintió lentamente. —Lo estoy. ¿Cómo podría olvidarlo? Casi me mató con mi propia varita el verano pasado, en el Mar del Norte.

Rose miró fijamente a la cara del hombre muerto, y luego volvió a mirar a James. —¿Quieres decir del hombre que escapó de Azkaban? ¿El especialista en oscuras armas mágicas y maldiciones?

—Worlick, —James dijo con profunda certeza y se estremeció. —Nunca pensé que *lo vería* de nuevo.

Scorpius se desprendió del agarre de Rose y se arrodilló junto al cuerpo. —Acerca tu varita, Potter, —dijo, haciendo a un lado las malas hierbas y abriendo la túnica del brujo muerto.

—Scorpius, —James dijo con repulsión. —¿Qué estás haciendo?

—Este es el tipo que podría haber estado ayudando al Coleccionista con su gran súper arma mágica, ¿verdad? —Scorpius explicó con impaciencia. —¿El que ahora es el nuevo vicepresidente de Estados Unidos? ¿Qué crees que estoy haciendo? ¿Buscando galeones de repuesto? Estoy en busca de pistas.

—¿No deberíamos...? —James tragó saliva. —¿No deberíamos, ya sabes, dejar eso a los profesionales?

Los ojos de Scorpius brillaban en la luz de la varita. —¿Te refieres a alguien como Grudje?

—¡Me refiero a mi papá!

—Tu papá está fuera, Potter, —Scorpius puso los ojos en blanco. —Pensé que lo sabías. Mi padre me lo contó todo. “Ya nadie en el Ministerio confía en Harry Potter”, dice. Ellos extraoficialmente han entregado todas las operaciones de los Auroros a ese gran bruto Titus Hardcastle. Honestamente, ¿realmente necesito ser el que te diga estas cosas?

James apretó los labios en una mezcla de temor e ira. Él *sabía* de estas cosas, por supuesto. Era simplemente muy difícil de aceptar. Negó con la cabeza e hizo un gesto con su varita. —¡Muy bien! ¡Hazlo! ¡Pero hazlo rápido!

—¿Qué está haciendo? —Comstock exigió detrás de ellos. —¡Esta es una escena del crimen! ¿No saben que nunca deben interferir con la escena de un crimen?

—Rose, —Scorpius murmuró tenso, hurgando en las ropas del muerto. —Dime si sabes algunos hechizos de la memoria.

—Sabes que no, —Rose dijo con voz áspera. —Ni siquiera se nos es permitido practicarlos, porque con sólo una oportunidad “es posible dejar accidentalmente la mente de alguien totalmente en blanco”. —ella echaba humo, y luego se encogió de hombros. —Voy a hablar con Lucía y Comstock, decirles que mantengan esto en silencio.

—Aja, —Scorpius murmuró, arrancando una varita del bolsillo interior de Worlick. —Ni siquiera logró sacarla.

—¿Crees que alguien lo mató? —James preguntó sin aliento.

Scorpius le lanzó una mirada desdeñosa. —Seguro que no murió por feo. Alguien lo maldijo, y él no se lo esperaba, de lo contrario hubiera encontrado esto en la mano. —él movió la varita del hombre muerto.

—Las voces que escuchamos, —dijo James, con el amanecer sobre él. —¡La figura que vimos antes! Tal vez tenían una reunión secreta, y las cosas se volvieron amargas...

Scorpius volvió a su búsqueda en el cuerpo. —O el otro consiguió lo que necesitaba y decidió deshacerse de un posible testigo. Tiene más sentido, realmente.

James se dio cuenta de que estaba temblando. —Tu mente es bastante espeluznante, Scorpius.

—Eso me recuerda. ¿Esta es tu varita? Nos dijiste que él te robó la tuya cuando se escapó de Azkaban.

James la miró y negó con la cabeza. —No. —él estaba secretamente contento. La idea de recuperar su vieja varita de un cadáver era extremadamente inquietante.

—Espera, —el chico rubio ladeó la cabeza mientras devolvía la varita del hombre muerto a la túnica. —¿Qué es esto?

—¿Y ahora qué? —James preguntó, vagamente temiendo la respuesta.

Scorpius retiró un periódico cuidadosamente doblado del bolsillo de la capa de Worlick. James lo reconoció como una copia de *El Profeta*. Scorpius lo estudió durante un buen rato mientras se arrodillaba al lado del cuerpo. Por último, lo bajó y se puso de pie, con los ojos entrecerrados, pensativo.

—¡¿Qué?! —James repitió, tendiéndole la mano libre por el papel. Scorpius se lo entregó y se volvió hacia los demás. Bajando su varita, James leyó el titular del periódico que había sido doblado para revelar:

MINISTERIO CONFIRMA: HOGWARTS ANFITRIÓN PARA LA “CUMBRE DE QUIDDITCH” MÁGICA MUGGLE.

El titular había sido señalado con un círculo varias veces en tinta roja. James desdobló el periódico para revelar la fotografía que estaba con el titular. Una imagen granulada del director Grudje en un apretón de manos con el Ministro de Magia Loquatious Knapp. Entre ellos se encontraba el Primer Ministro Muggle, con sus ojos parpadeando de Grudje a Knapp, a continuación, más arriba, la fotografía de James. Su sonrisa practicada parecía un poco desgastada por los bordes. La leyenda debajo de la foto decía: *Los funcionarios del gobierno en todo el*

mundo Muggle presencian de primera mano la naturaleza benigna del mundo mágico. Knapp: "¿Qué mejor que una final de Quidditch de Hogwarts?".

—Bien, —James oyó a Comstock diciendo detrás de él. —Tu asunto es tu negocio. No me importa. Sólo tenemos que salir de aquí.

—¿Él era, —Lucía preguntó con un poco de optimismo, —ya saben, como, un chico malo?

—Bastante malo, —Scorpius se mostró de acuerdo. —Vamos. Los llevaremos de vuelta al castillo. Desde allí pueden hacer su propio camino a la entrada de la rotonda. Después van por su propia cuenta.

—Y felizmente, —dijo Comstock ásperamente. —¡Vamos a acabar con esto!

—¿James? —Rose llamó cuando se volvieron a la senda.

—No voy a regresar contigo, —James anunció repentinamente, doblando el periódico.

Rose se detuvo y miró hacia él en la oscuridad. —¿Qué quieres decir con "no regresar"?

—Mira, —dijo rápidamente, dando un paso adelante para reunirse con los demás. —Scorpius encontró esto en Worlick. Es una historia de *El Profeta* sobre alguna gran reunión entre gobiernos mágicos y muggles de todas partes del mundo, y va a suceder aquí en Hogwarts.

Le entregó el periódico a Rose, quien lo abrió y examinó el titular a la luz de su varita.

—La Final de Quidditch, —ella frunció el ceño, pensativa. —Pero, ¿por qué mostrar eso a un grupo de líderes mundiales muggles?

—Para demostrar que somos inofensivos, —Scorpius respondió simplemente. —Miren lo que hacemos con nuestra magia, mundo. Perseguimos bolas volando alrededor de una plaza en escobas. Nada que temer aquí. Siéntanse libres para firmar algunos tratados y acuerdos.

Lucía se apartó de Comstock, con el ceño fruncido. —¿Pero por qué algunos magos malos están corriendo por el bosque con ese recorte de periódico en el bolsillo?

—Porque, —James suspiró de mala gana. —No todos somos inofensivos.

—Él es un brujo, —Rose dijo pensativa, oscureciendo su rostro. —Él pudo haber ayudado a crear La Red Morrigan, la mítica arma del juicio final del mundo mágico. Todo lo que sus socios necesitaban era el lugar perfecto para desencadenarla.

James asintió y levantó el periódico. —Él encontró el lugar perfecto. ¡Si tienen éxito, pueden acabar con los líderes de todo el mundo muggle y mágico en un solo golpe!

—Dejando esas posiciones abiertas para ser convenientemente cubiertas por un surtido de brujas y magos conspiradores. —Scorpius añadió con una nota de algo parecido a la admiración en su voz. —Eso explica por qué el Coleccionista se abrió paso en la vicepresidencia de Estados Unidos. Si tiene éxito en despachar al presidente, *él será* el próximo en la línea. Es el final del último juego del mago oscuro: el dominio completo del mundo muggle. Muy brillante, de hecho.

—Pero, —dijo Lucía con escepticismo, asintiendo hacia la foto del periódico. —Ese es su Ministro de Magia, ¿verdad? ¿Están diciendo que él es parte de esta trama para hacerse cargo de los gobiernos del mundo?

James negó con la cabeza. —No creo que él tenga alguna pista. No es más que un político atrapado en un lugar estricto, con el voto de secreto cayendo a pedazos y la gente exigiendo acción. Él está haciendo lo que tiene sentido para él.

—Él está haciendo lo que Grudje le dice, —Scorpius contrarrestó seriamente. Golpeó la fotografía, haciendo hincapié en el apretón de manos entre Grudje y el Ministro de Magia. —Apuesto diez galeones que esto fue idea del director.

—Ahora miren, —dijo Rose. —Grudje puede ser un horrible director, pero esto es un poco súper serio aquí. Y, además, es el Coleccionista quien nos amenazó. ¡Porque probablemente él nos estuvo siguiendo hasta ahora!

—¡Pero no fue eso! —Lucía de repente exclamó.

Scorpius y Rose la miraron con el ceño fruncido por la sorpresa. Lucía miró más allá de ellos a James. James tragó saliva y respiró hondo.

—Vimos a alguien. Bajo la Tumba Blanca.

Rose se sobresaltó hacia él con confusión. —¿Cuándo?

—Justo cuando Comstock comenzó a gritar, —él respondió. —Un hombre apareció en frente de la entrada de la tumba.

—Él no estaba en frente de ella, —Lucía aclaró. —¡Él estaba dentro de ella! ¡La puerta se abrió! Y era...

—¡El Profesor Avior! —James dijo, exactamente en el mismo momento en que Lucía exclamó, —¡El Director Dumbledore!

Los ojos de Scorpius se estrecharon aún más mientras miraba hacia atrás y adelante entre Lucía y James.

—No sé, —James dijo finalmente, alzando sus manos. —Era Avior. Pero también era Dumbledore. Así es como ha sido siempre. Avior es Dumbledore de alguna manera.

—Pero, —Rose dijo, dando la vuelta para mirar de cerca a Lucía. —¿También lo viste?

—¿Qué se supone que significa eso? —James exigió. —¿Sabía que podrías pensar que estaba loco! ¿Por qué crees que no quería sacar el tema?

—Mira, James, —Rose explicó pacientemente. —Podemos discutir de cómo te sientes acerca de esto después...

—¡No voy a discutir de cómo me siento por eso!

—... pero esto es importante, así que si no te importa, ajústate la correa por un minuto. —ella se encontró con los ojos de James, esperando a que él estuviera

de acuerdo. Él echó humo en silencio por un momento, y luego se desplomó. Rose volvió a Lucía. —Ahora, dime exactamente lo que viste.

Lucía de repente apretó sus labios, como si tuviera miedo de responder. Por último, con nerviosismo, dijo, —Yo no sé quién es este profesor Avior. Pero lo que vi... bueno... era Albus Dumbledore. Tenía la barba, las pequeñas gafas de media luna, todo. ¡Por no hablar de que él estaba de pie en la puerta bajo su propio nombre!

Rose asintió. —Pero esta es la parte importante, —dijo con seriedad, mirando resueltamente a la cara de Lucía. —¿Era un fantasma?

Lucía miró de Rose y a James, como rogándole que respondiera por ella. Pareció luchar con sus pensamientos por un momento. Por último, poco a poco, ella negó con la cabeza. —Nunca he visto un fantasma. Ni siquiera al profesor Binns. No nos dejan tomar su clase, piensan que no estamos preparados para ello. Pero... —sus ojos se aclararon mientras miraba a James de nuevo, y exhaló profundamente. —No. No creo que fuera un fantasma.

Rose asintió. —Entonces tuvo que ser el profesor Avior.

—*Gracias*, —James dijo, aliviado y molesto. —Pero ¿por qué?

—Avior no es un fantasma, pero aparentemente es idéntico a Dumbledore, —explicó Rose con un encogimiento de hombros. —Es simplemente lógica.

—Y ahora comienza a tener sentido, —dijo Scorpius. —Por lo menos en una pequeña forma. Avior fue uno de los expertos en La Red Morrigan. Si él estuvo aquí esta noche, podría haber estado consultando con Worlick.

—¡O tratando de detenerlo! —Lucía sugirió animadamente. —Quiero decir, si luce igual a Dumbledore, entonces podría ser bueno como él, ¿verdad?

James evitó responder la pregunta de Lucía. —De cualquier manera, esto está más allá de lo que podemos manejar, —dijo, enderezando los hombros y guardando el periódico en el bolsillo. —Y es por eso que ahora no puedo regresar al castillo.

—¿Por qué no? —Rose demandó preocupada.

—Porque necesitamos ayuda, —respondió James. —Y no hay manera de pedirla desde el interior del castillo. Cada método de comunicación es supervisado por Grudje. Si voy a avisar a mi papá, tengo que hacerlo en otro lugar.

Scorpius asintió razonablemente. —Entonces, ¿cuál es tu plan?

James se encogió de hombros en señal de frustración. —No lo sé. Volver a Hogsmeade, supongo.

—James, —Rose dijo a modo de advertencia. —Si no vuelves con nosotros, Corsica se asegurará de reportarte a Filch.

—¡Lo sé! —James proclamó sin poder hacer nada. —¡Pero no tengo otra opción! Tal vez si me apresuro puedo estar de regreso antes de que termine la cena. Voy a escondidas a través de la antigua rotonda, como Comstock y Lucía.

—Corsica no va a dejar de buscarte, —Rose insistió. —¡Ella está con ganas de agarrarte con algo!

—¡Lo sé, Rose! —James se golpeó el muslo con frustración. —¡Pero no hay otra manera!

—Tienes razón, por supuesto, —Scorpius estuvo de acuerdo. —Déjalo ir, Weasley.

—¡Eso es fácil para ti decirlo! —Rose dijo con voz áspera, girando a él.

—Sin duda lo es, —estuvo de acuerdo con tranquilidad. —Vamos. Con un poco de suerte, Corsica y el resto estarán demasiado distraídos por la noticia del cuerpo de Worlick para notar el retraso del regreso de James.

—¡Por fin! —Comstock declaró dramáticamente. Lucía le dio un codazo en las costillas.

Rose parecía sumida en la indecisión, cambiando la mirada de James a Scorpius y viceversa. Por último, inevitablemente, gruñó su asentimiento. —¡Muy bien! ¡Pero corre! ¡Ve ahora! Haremos lo que podamos.

James suspiró vacilante. —Gracias. Y no hablen de lo que hemos descubierto esta noche cuando regresen. Díganles sobre el cuerpo de Worlick, por supuesto, pero no del recorte de periódico sobre la Cumbre de Quidditch, o la aparición de Dumble... er, del profesor Avior. Al igual que el profesor Longbottom dijo, hay oídos en todas partes.

—¡Aún estás aquí! —exclamó Rose, batiendo una mano hacia él. —¡Vete! ¡Vete!

James asintió con decisión. Respiró hondo, regresó al camino que conducía a Hogsmeade, y echó a correr.



Cuando James corrió por el camino de vuelta hacia Hogsmeade, la noche se asentó firmemente en lo alto, sumiendo al bosque en una catedral de troncos de árboles a modo de pilares extendiéndose en la oscuridad. No encendió su varita por temor a ser visto, pero forzó la vista para seguir el camino a oscuras. El viento seguía empujando afanosamente alrededor, cambiando de direcciones caprichosamente e incluso secando el sudor que brotaba de su frente.

Trató de no pensar en todo lo que acababa de suceder... acerca de cómo el Profesor Avior *había aparecido de pie dentro de la tumba de Albus Dumbledore*, mirando como un espectro vengativo, permitiendo deliberadamente que James (y Lucía) lo vieran. ¿Por qué? ¿Qué ganaba revelándose deliberadamente a sí mismo? ¿Estaba burlándose de James de alguna manera? O ¿lo invitaba a su secreto?

Muy pronto, los árboles disminuyeron y Hogsmeade se puso por delante, en una colección de techos empinados y chimeneas torcidas alzándose contra un cielo sin luna. Las ventanas brillaban amarillas, parpadeando con la luz de las hogueras,

y James instintivamente se quedó atrás de ellas, escondiéndose de sombra en sombra a lo largo de las estrechas calles.

¿Cómo iba a enviar un mensaje a su padre? Seguramente las Tres Escobas todavía estaba abierto. Madame Rosemerta felizmente le proporcionaría un pergamino y los servicios de correo a cambio de unos pocos Knuts (con la compra de una bebida, por supuesto), pero incluso ella sospecharía de un estudiante de Hogwarts apareciendo tarde y a oscuras, sin importar cuántos Knuts gastara. La oficina de correos era una posibilidad, por supuesto, suponiendo que todavía estuviera abierta. Al girar la esquina hacia la calle principal, sin embargo, el corazón de James se hundió; la oficina de correos estaba a oscuras, sus puertas estaban bien cerradas por la noche. Cuando él se quedó mirando sin poder hacer nada, en la calle surgió una manada de brujas viejas riéndose ruidosamente, bullendo fuera de la tienda de Té de Madame Puddifoot, echando sus chales sobre los hombros inclinados y moviéndose en la dirección de James. Él se metió en un callejón estrecho y se apretó contra la pared, esperando a que pasaran. Las brujas no tenían prisa, sin embargo, y parecían parar cada pocos pies para empujarse unas a otras con amabilidad y reírse por alguna indescifrable broma privada. Por último, la reunión pasó adelante, repartiéndose en muchas cabezas y arrastrando una sombra vacilante en el callejón de ladrillo forrado. Unos minutos más tarde las risas se oían en ecos lejanos.

James se asomó por la esquina del callejón. Voces y música emanaban de la entrada de las Tres Escobas, pero por el momento la calle estaba vacía. James se quedó atrás, lleno de indecisión. ¿A dónde iría? Consideró golpear la puerta de Sortilegios Weasley, pero sabía que sería inútil. La tienda estaba cerrada y oscura. El tío George seguramente había Aparecido en el hogar de la tía Angelina por ahora, y Ted estaría fuera de casa, haciendo lo que hacían los jóvenes cualquier noche primaveral.

Y entonces los ojos de James se fijaron en el puesto de periódicos de dos pisos apoyándose torcidamente en la esquina, justo después de las Tres Escobas. En lo alto de él, en una complicada silueta contra el cielo nocturno, estaba el gigantesco embudo locutor de noticias y la pequeña lechucería. Incluso a distancia, James pudo ver el sutil aleteo de las lechuzas de noticias en sus cubículos de malla de

alambre. Era una apuesta arriesgada (las lechuzas probablemente eran entrenadas sólo para los negocios de noticias oficiales) pero era la única opción disponible en este momento. Ágil y silenciosamente como pudo, James salió corriendo a la calle y en ángulo hacia el puesto de periódicos.

Una pequeña cadena de latón y un candado, se habían cerrado sobre la escalera de hierro forjado del quiosco. James se escurrió por debajo y provocó un sonido envolvente en las estrechas escaleras del mirador. Las puertas se habían cerrado en los estantes del segundo piso y en el mostrador de pago. Deslizándolo la varita de su bolsillo, James golpeó la cerradura en el mostrador principal, intentando un hechizo de desbloqueo. El bloqueo no se destrabó cuando el hechizo lo golpeó, pero emitió un corto, penetrante y estridente silbido de alarma.

James se echó al suelo del balcón, ocultándose a la vista como pudo. Afortunadamente, el breve silbido había coincidido con una súbita y ruidosa pelea dentro de las Tres Escobas. Hubo un destello de fuego de varita en las ventanas bajas del bar, con una cacofonía de risas y silbidos airados y un par de figuras tropezaron afuera de la puerta principal, luchando en la calle con las varitas. James miró, con su corazón martillando en su garganta. El par de magos gruñía y maldecía entre sí, con ambos disparando hechizos salvajemente mientras luchaban. Un rayo rojo golpeó el letrero del quiosco, enviándolo a girar alrededor de su eje estridentemente. Un momento después, ambas figuras tropezaban con la zanja, tumbándose una sobre la otra, y gritando por la sorpresa y el dolor. Y luego, curiosamente, los dos comenzaron a jadear de risa. Torpemente, se ayudaron mutuamente con sus pies, con su pelea pronto olvidada en unas mal articuladas disculpas con risas de borracho. Abrazándose precariamente el uno al otro, se arrastraron nuevamente al bar, dejando nuevamente solo a James con el corazón desbocado.

Se puso nuevamente de pie, embolsándose su varita. Las cerraduras del quiosco estaban obviamente protegidas con algún tipo de contramaleficio. Si Rose estuviera aquí probablemente podría llegar a abrirlas sin problema. Sin ella, tenía que encontrar otra ruta hasta el tercer nivel del puesto de periódicos.

A falta de cualquier otra idea, James se encaramó para arriba sobre el borde saliente del mostrador y empezó a subir. Afortunadamente, él era lo suficientemente delgado y ágil como para trepar por una barandilla hasta el pasillo del tercer piso, resistiendo el instinto de mirar hacia abajo a los duros adoquines. En la pequeña lechucería del quiosco, las lechuzas agitaron sus alas y se les crisparon las plumas del cuello y frente cuando James se balanceó debajo de la barandilla, jadeando por el esfuerzo y agachándose bajo el gigantesco embudo de radiodifusión. Mirando a su alrededor, vio el descomunal escritorio curvo del locutor de noticias en la sombra de un toldo de lona. Su cabeza seguía girando por el vértigo de su ascenso, James se escondió en el escritorio y comenzó a buscar a través de sus muchos cajones y estanterías. Muy pronto se encontró con una colección de pequeños rollos de pergaminos, hechos para encajar en los tubos de latón en las patas de las lechuzas de noticias. Agarrando una pluma, James pensó mucho por un momento, y luego escribió una nota agitada con letra pequeña:

Papá: ¡noticias importantes acerca del que se escapó! Ponte en contacto conmigo tan pronto como sea posible. Igual que la última vez. Voy a estar observando.

Pensó por un momento, leyendo lo que había escrito. Seguramente su padre sabría qué quería decir con “el que se escapó”, ya que sólo podía referirse al preso fugado, Worlick. E “igual que la última vez” que significaría otra cita a través de la chimenea de Gryffindor. En el último momento, se apresuró a añadir:

P.D. ¡Que seas tú esta vez! ¡Los tíos son geniales, pero necesitas oír esto!

No estaba seguro si había sido lo suficientemente claro, pero se preocupó por confiar demasiado en una lechuza extraña. James enrolló el pequeño pergamino y se acercó a la lechuza más cercana. Era una lechuza marrón elegante, mucho más pequeña que Nobby, con una cabeza puntiaguda y con severos y enormes ojos de color ámbar. Esta lo miró con obvio desdén, sin ofrecer su pata.

—Esto va para Harry Potter, —dijo James en voz baja, sosteniendo el pergamino. —Y es muy urgente.

La lechuza simplemente lo miró.

—Mira, sé que este no es tu trabajo habitual, pero eres una lechuza, ¿verdad? Esto es lo que haces. Ahora saca la pata y déjame... ¡Ay!

James había estado alcanzando el tubo para desplazarlo en la pata de la lechuza, pero tiró de su mano cuando ésta lo mordió con su agudo y pequeño pico. Un rasguño leve hizo brotar gotas de sangre a través de los nudillos de James.

—¡Mira, estúpido saco de asquerosas plumas...! —James dijo entre dientes con rabia, pero se desinfló ante la mirada implacable de la lechuza. Esta se movió lánguidamente en su percha, entonces, con un obvio distanciamiento, giró su cabeza completamente hacia atrás, sin hacerle caso.

James succionó la sangre de la parte posterior de su mano, pensando mucho. Por último, una idea se le ocurrió. —Sabes, hay una historia importante detrás de este mensaje, —dijo, bajando la voz a un cómplice silencio. —Asesinato e intriga. Es material para un titular, eso es.

La lechuza no miró a James, pero en su postura se deslizó un estado de alerta distinta. Se movió en su percha y se le erizaron los pelos en su cabeza.

—La gente debe saber lo que pasó esta noche. Hasta el momento, es un secreto. Pero tal vez (sólo tal vez) si entregaras este mensaje por mí, podría incluir un boletín de noticias especiales para ti. Podrías llevarlo directamente a *El Profeta* si lo deseas. Una historia importante como esa... bueno, podría significar grandes cosas para una cierta lechuza de noticias.

La lechuza giró su cabeza hacia James y ladeó un ojo escéptico de color ámbar a él.

—Aquí, —James se agachó sobre el escritorio del locutor de noticias de nuevo y tomó otro rollo. —Voy a escribir hasta los detalles. La mayor historia de asesinato y misterio... —garabateó rápidamente en el pequeño pergamino. — ¿Quién es la víctima? ¿Cuándo lo mataron? Todo está bien aquí, y tú puedes ser la primera en denunciarlo. ¡Pero!

James sacó su varita y se la mostró a la lechuza, cuyo interés, obviamente, estaba despierto. Otras lechuzas se estiraron en sus cubículos de malla,

inclinándose para escuchar y mirar el pergamino. —Pero, —dijo James de nuevo, haciendo un gesto con su varita, —*sólo* si se lleva la otra nota a Harry Potter primero.

James enrolló nuevamente la nota de su padre, y luego golpeó a ambos con su varita. —*Hedwig Obscura*, —dijo con firmeza. —Ese es un código de hechizo. Hace dos notas completamente ilegibles a menos que mi papá, Harry Potter, realice el hechizo de decodificación. Lleva mi nota a él, y él va a decodificar ambas. Entonces, puedes llevar el titular a *El Profeta*. ¿Tenemos un trato?

La lechuza continuó mirando a James con escepticismo. Por último, se acercó a su lado en su percha y extendió su pata, ofreciendo el tubo pequeño de latón. James dejó escapar un suspiro de alivio y metió el pergamino en el tubo, haciéndolo lo más rápido que podía, en caso de que la lechuza cambiara de opinión y tratara de arañarlo de nuevo.

—¡Vamos! —James dijo entre dientes. —Si te das prisa, puedes llevarla a *El Profeta* antes de que impriman por la mañana. Pero recuerda: ¡ir a Harry Potter primero! De lo contrario, nadie va a ser capaz de encontrar algún sentido de lo que escribí.

La lechuza rodó sus enormes ojos, como si quisiera decir *sé cómo hacer mi trabajo, muchas gracias*. Se flexionó las alas, probó la brisa por un momento, y luego se puso en marcha en el aire oscuro, golpeando el pelo de James con el movimiento de su cola. Un momento después se había ido, desaparecida en el cielo nocturno.

Las otras lechuzas miraron con atención a James con una mezcla de anticipación y envidia.

—Lo siento, compañeras, —susurró, suspirando profundamente. —Sólo un titular por noche.

Esperaba que las lechuzas de noticias no supieran leer. No había tal cosa como un hechizo de código *Hedwig Obscura*, por supuesto. Él lo había improvisado por completo en el acto. No es que importara. Las marcas en el segundo pergamino fueron garabateadas en un galimatías. Se sentía un poco mal por engañar a la lechuza, pero esto se compensó con la satisfacción de que había logrado que una

nota fuera enviada a su padre, a pesar de la más cuidadosa vigilancia del director Grudje.

Con las piernas temblorosas y un estremecimiento de nerviosismo, James se dio la vuelta y comenzó a trepar de nuevo al segundo nivel del puesto de periódicos.

Cinco minutos más tarde, se lanzaba hacia las sombras impenetrables del camino forestal, dejando las luces de Hogsmeade afortunadamente detrás de él. Se preguntó si iba a encontrarse a alguien en el camino. Después de todo, si las cosas hubieran ido como estaba previsto, Scorpius y Rose ya habrían dicho a la profesora McGonagall sobre el cuerpo de Worlick. Seguramente, alguien vendría a recoger el cuerpo y poner en marcha una investigación. ¿Qué harían si descubrían a James acechando por el bosque solo, mucho después de que se suponía que debía estar de regreso en Hogwarts?

Peor aún, ¿y si nadie ha llegado todavía? ¿Y si tenía que pasar por el cuerpo de Worlick solo en la oscuridad? James se estremeció violentamente ante la idea. Worlick había sido un especialista en magia negra, recordó. ¿Qué pasaría si el brujo había inventado un medio para volver después de la muerte? ¿Y si incluso ahora estaba moviéndose por el bosque como un Inferius, un cadáver viviente?

James se detuvo en el camino oscuro, con sus ojos saltones contra la oscuridad mientras miraba alrededor. Nada se movía. De hecho, el bosque de repente parecía inquietantemente tranquilo. No había soplo de brisa, ni el más leve susurro de las hojas. Un frío miedo se cerró sobre su corazón como un puño.

—Estoy torturándome a mí mismo, —susurró. —Tengo que calmarme. No hay nada aquí que temer.

Por supuesto, como James sabía muy bien, esto no era cierto incluso bajo las mejores condiciones.

Comenzó a caminar de nuevo hacia delante, siguiendo el camino que serpenteaba hacia la oscuridad. Se lanzó alrededor, buscando los árboles por cualquier signo de movimiento. ¿Tenía el bosque un aspecto diferente de alguna manera? ¿Los árboles habían estado siempre tan cerrados, agrupados y torcidos?

Nada parecía familiar. La sensación de miedo (y de ser observado secretamente) se intensificó.

Un estrecho valle encogió el camino delante de él. Descendió en él con rapidez, con su respiración llegando en ráfagas cortas, y miró a su alrededor. Un pequeño claro abierto en la base del valle, marcado con dos monumentos, cada uno tan alto como James y contruidos con piedras flotantes. Las enredaderas encerraban los monumentos, aferrándose a ellos. La vista de los dos montículos estremeció a James profundamente. Nunca los había visto antes. Este no era el camino de regreso a Hogwarts. Era más estrecho, mucho más descuidado y lleno de inclinados y larguiruchos árboles. Siguió adelante, luchando contra el pánico, abriéndose paso entre la maleza acumulada.

Un destello de luz de luna brillaba sobre el agua a través de los árboles de adelante. Y, sin embargo, James sintió una innegable sospecha de que esto no era la reconfortante familiaridad del Lago Negro cuando se acercó. El movimiento suave de las olas llegó ahora a sus oídos, pequeños rompientes absorbían en una costa rocosa.

James finalmente salió del bosque, empujándose entre los árboles cuando el camino se perdió en la oscuridad. Un pequeño charco se extendía frente él, enmarcado con una sola franja plateada, reflejada por la luz de luna. Recortado contra esto, situado al final de un corto y deformado muelle, había un mirador. Estaba de pie en la cima de su propio reflejo en el lago, negro, amenazante y lleno de sombras.

James no pudo acercarse al lago. Se detuvo en la hierba cubierta de rocío, con su corazón hundiéndose ante la vista. Reconoció este lugar, a pesar de que nunca lo había visto con sus propios ojos. Había leído sólo alguna vez de él.

—Hola James, —la voz de una mujer joven dijo saliendo de la oscuridad. James entrecerró los ojos y la vio de pie en la entrada del mirador, con el círculo pálido de su rostro y su vestido gris mezclándose en las sombras. —Ven y únete a mí. Te he echado de menos. Y tenemos que hablar.

—Petra, —James llamó débilmente, comenzando a caminar hacia ella sin siquiera darse cuenta. —¿Aquí es donde tú...? Quiero decir, tu historia del sueño... ¿Cómo es esto aún...? —sus palabras se desvanecieron mientras daba un paso al frente del muelle, pasando a unirse a ella en la entrada del mirador. Hacía frío allí. El aire alrededor de Petra era tan helado como una tumba en enero. El aliento de James formó una corona de niebla cuando él se estremeció.

—Siempre hemos estado aquí, —Petra se encogió de hombros. —Desde esa noche en la parte de atrás del Gwyndemere, cuando me salvaste la vida. Aquí es donde la conexión entre nosotros vive. Aquí mismo, en este muelle, en este mirador. Me gustaría que no fuera así. Odio este lugar. Pero no puedo cambiarlo.

James negó con la cabeza, mirando a su alrededor, a la silenciosa ondulación del lago y a la orilla oscura. —Pero, ¿cómo estamos aquí ahora, de esta manera?

—Porque como he dicho, —Petra respondió cansadamente. —Tenemos que hablar. Entra. Siéntate junto a mí.

Aturdido, James siguió a Petra mientras entraba a través del umbral del mirador, moviéndose sobre su suelo de madera limpia. Las enrejadas barandillas formaban un octágono alrededor, con superficiales bancos alineados. Al otro lado de la entrada del muelle, otra abertura enmarcaba el lago. En un día de verano, esta apertura invitaría a una inmersión en la feliz frescura del agua. Ahora, parecía una hambrienta garganta esperando. James se alejó de ella, uniéndose a Petra en uno de los estrechos bancos de madera. Ella no dijo nada, simplemente se quedó junto a él, estudiando las olas como si las recopilara de sus pensamientos.

James habló primero, incapaz de esperar. —¿Qué te está pasando, Petra? —preguntó en voz baja. —¿Qué sucedió esa noche? ¿En La noche de la Revelación?

Petra sacudió la cabeza vagamente. —Hice lo que tenía que hacer. Estoy satisfecha de mi destino.

—Salvaste a mi papá. —James se estremeció de nuevo. Quería acercarse a Petra, pero sintió que el frío venía de ella, como si estuviera hecha de hielo.

—Por supuesto, lo hice. *Ella* sabía que yo lo haría... que lo *haríamos*. Izzy y yo. Nunca iba a suceder.

James asintió. Él sabía exactamente de quién Petra estaba hablando. —Nadie me cree sobre ella. La Dama del Lago. Creen que la imaginé.

—Por supuesto que lo creen, —respondió Petra, sonriéndole. —La mayor mentira del mayor mal es que no existe.

James miró a los ojos de Petra en la oscuridad. —Ella está detrás de todo esto de alguna manera. ¿Cierto?

—Supongo que te refieres a La Red Morrigan, —dijo Petra, rompiendo el contacto visual con James y mirando por encima de las olas de nuevo. —El Coleccionista. Avior Dorchascathan. El Director Grudje. Todos ellos. Sí. Por supuesto que es ella. Ella te atormenta personalmente, también. Sólo para mantenerte ocupado y distraído y porque piensa que es divertido. Observo, e intervengo cuando puedo. Al igual que en la primera noche.

Los ojos de James se abrieron, recordando. —Fue ella la que susurró mi nombre, —asintió con la cabeza. —Pero eras tú la que apareció en el Mapa del Merodeador.

—Puedo rastrearla cuando aparece en lugares como Hogwarts. Observo siempre que puedo, y la persigo allí, como lo hice en la primera noche. Pero ella nunca se queda mucho tiempo, y yo tampoco. Ninguna de nosotras puede darse el lujo de llamar la atención. Todavía no.

—Ella va a hacerlo, ¿no es así? —preguntó James, tratando de no temblar. —¿Ella y las personas que están asociadas con ella? Ellos desencadenarán La Red Morrigan, matando a quién sabe cuánta gente.

Petra asintió. —Judith mueve los hilos. Pero tiro de ellos también, aunque no me refiero a eso. Y lo mismo ocurre con Izzy. Somos hermanas Parcas, después de todo. ¿Cómo no podía ser de otra manera?

—Pero tú no eres como ella, —dijo James de repente, sentado en el banquillo. —Tú e Izzy. Eres buena. Ella es la mala.

—A veces me pregunto, James, —dijo Petra, casi soñadora, —si hay incluso una cosa tal como el bien y el mal. Traté de hacer el bien la última vez que estuve aquí, en esta granja. Pero al final, tanto mi abuelo como su esposa terminaron muertos. Traté de hacer el bien el año pasado, en Nueva Ámsterdam, y terminé rompiendo el voto de secreto para todo el mundo mágico. ¿El hacer el bien importa si siempre termina jugando en las manos del mal? Judith tira sus hilos, e Izzy y yo tiramos de los nuestros. Pero al final, todas somos Hermanas Parcas, y el destino se sale con la suya.

El frío que venía de Petra era como un viento silencioso. Los dientes de James castañetearon cuando dijo, —no tiene por qué ser así, ¿verdad? Tú no tienes que jugar en su plan. Puedes detenerla. Puedo ayudarte.

—No, James, —dijo Petra, con su voz afirmándose. —Es por eso que te traje aquí esta noche. Estás involucrándote en cosas que no puedes controlar o comprender. Hay peligro aquí como nada que hayas conocido.

—La Red Morrigan, —James exclamó. —¡Lo sé! Pero ninguno de nosotros ni siquiera sabe lo que tiene que hacer o cómo funciona. ¿Puedes decirnos?

—Soy una hechicera, James, —dijo Petra, suavizando su voz de nuevo. — Pero no lo sé todo. No sé lo que es La Red Morrigan más de lo que sabes. Sólo sé que ella tiene la intención de utilizarla... ella y sus ayudantes temporales.

—El Coleccionista, —James asintió. —Pero ¿por qué son temporales?

Petra suspiró. —Sabes por qué. Lo viste esta noche. Al final, el verdadero mal rompe todas sus herramientas.

Se hizo el silencio entre ellos por un largo momento, salpicado sólo por el monótono zumbido de las olas. Por último, James se enderezó. —No tengo miedo. Puedo ayudarte, Petra. Yo y Ralph, Zane, Rose, incluso Scorpius y Albus. Podemos ayudarte a detenerla.

Petra miró a James de nuevo, y la mirada de sus ojos se congeló en su lugar. —James, —dijo, sacudiendo la cabeza lentamente. —No tengo la intención de detenerla.

El frío se filtraba por debajo de la piel de James mientras miraba a los ojos de ella y vio su determinación inquebrantable. Un témpano parecía empujar en su corazón, enfriándolo tan profundamente que sus temblores cesaron.

—Pero Petra, —susurró. —*Debes* detenerla. Todas esas personas... no puedes simplemente...

—Cada vez que trato de detenerla, —dijo Petra, con los ojos endurecidos, — ella gana. Los hilos que Izzy y yo tiramos solamente la alejan de sus objetivos. No podemos evitarlo. Mientras seamos tres, somos una. El destino prevalece. Sólo hay una manera de acabar con él para siempre. No puedes entenderlo James y no tengo la intención de explicártelo. Tu parte es retroceder. A partir de esta noche, estás acercándote demasiado. Deja de hacer preguntas. Deja de tratar de trabajar en todo. No te lo estoy pidiendo. Te estoy *advirtiéndote*. La gente va a morir. —ella se levantó y sacó un profundo suspiro de pesar. —Yo no quiero que seas uno de ellos.

James se quedó sin habla, mirando hacia Petra como si nunca la hubiera visto antes.

—¿Qué pasa con Izzy? —dijo débilmente. —¿Vas a permitir que ella mate? — los labios de Petra se apretaron. Ella se negó a mirarlo. —Ella y yo hemos matado antes. Aquí mismo, en este mirador. Enviamos a su madre a su perdición.

—¡Eso fue diferente! —James insistió, de pie también. —¡Tiene que haber algo que podamos hacer! ¿Qué pasa con ese otro tipo? ¿El que ha estado viajando contigo? Mi padre y el señor Malfoy estaban hablando de él en Navidad. Parris algo...

Petra entrecerró los ojos y lo miró. —Deja de leer mi diario del sueño, James, —dijo en voz baja, con énfasis. —Deja a Marshall Parris fuera de esto. Déjalo fuera de esto. Lo que sea que tenga que suceder, sucederá. No puedo detenerlo. No *quiero* detenerlo. Es la única forma de acabar con toda esta pesadilla.

James negó con la cabeza. —Petra... —gruñó, su aliento resoplando en la niebla. —No puedo simplemente... ninguno de nosotros... puede permitir que esto *suceda*.

La dura mirada en los ojos de Petra se fundió lentamente. Un sople de calor empujó encima de las olas, enroscándose a través del pelo largo de Petra y soplando lejos el frío helado, dejando sólo a la chica que James había conocido desde su primer año, la que le gustaba chupar las puntas de su cabello cuando estaba pensando, la que tenía una debilidad secreta por las historias románticas y tartas de melaza. Ella negó con la cabeza otra vez, aún más lentamente, y dio un paso hacia él. Ella se inclinó, reuniéndose con él en el centro del mirador. Fugazmente, James se dio cuenta que era más alto que ella.

Los labios de ella se separaron ligeramente en la oscuridad. Podía olerla... el olor mezclado de jabón, jacinto y tenues especias.

Ella va a besarme, su mente corría.

Pero ella no lo besó. Ella se acercó, colocando sus labios junto a su oreja. Podía sentir su aliento en la nuca de su cuello.

—Recuerda tu propio sueño, —susurró. —El sueño del cementerio. De mí. Y Albus. Y la Marca Tenebrosa. Recuerda lo que escribiste cuando despertaste.

Los ojos de James se abrieron. Recordó, a pesar de que no había pensado en ello desde hacía mucho, mucho tiempo.

—Si no quieres que eso suceda, —susurró, en voz tan baja que él lo sintió tanto como al oírlo. —Entonces no, James... *no...* trates de detenerme.

En su última palabra, la oscuridad cayó sobre el lago y más allá del bosque. Se consumió el mirador, absorbió las olas y cubrió a Petra en una sombra impenetrable. La negritud presionó contra los ojos de James, lo cegó. Extendió la mano a ella, sintiendo que estaba cayendo lejos de él, succionada en esa oscura espera.

—¡Petra! —gritó.

Su voz resonó en los confines de los dormitorios de Gryffindor. Estaba de pie junto a su baúl, en un charco de luz emitido por su propia vela encendida. No había nadie más allí. De alguna manera, Petra lo había transportado directamente de regreso a Hogwarts, sin pasar por la vigilancia de Tabitha Corsica y Filch.

Las rodillas de James se sacudieron. Se sentó pesadamente en su baúl. Algo crujió debajo de él. Con cansancio lo alcanzó, inclinándose a un lado y sacando una hoja de pergamino arrugado.

Era la historia del sueño de Petra. Las páginas estaban totalmente en blanco, pero con una sola línea escrita cuidadosamente a través del centro de la distintiva y cuidada letra de Petra:

Mientras seamos tres, somos una. El destino prevalece...

James la miró, leyendo una y otra vez sobre la luz de la vela. Con un movimiento a través de las curvadas escaleras de piedra, las estridentes voces se hicieron eco desde la sala común, trayendo calidez, frivolidad y alegría a la noche. A pesar de esto, incluso ahora, el frío del mirador de Petra colgaba de James como un capullo.

Estaba bajo su piel, sacudiéndolo con escalofríos, enfriando todo el camino hasta el hueso.



Capítulo 14

El Santuario Secreto de Avior

La predicción de Scorpius demostró ser correcta, ya que fue Titus Hardcastle quien había sido llamado para investigar el asesinato de Worlick. James lo vio al día siguiente, junto con Lucinda Lyon, la joven auror con quien había peleado durante las vacaciones de Navidad. Se quedaron en el patio junto al Director Grudje y la Profesora McGonagall, hablando seriamente con voz apagada mientras James, Ralph y Scorpius se dirigían a Vuelo Avanzado.

—McGonagall mira a su alrededor como si estuviera escupiendo uñas — murmuró Ralph mientras pasaban, con sus escobas al hombro.

—Si me preguntan, no ha olvidado lo que sucedió durante las vacaciones de Navidad —asintió James. —Todavía no puedo creer que estén dejando a mi Papá fuera de todo esto.

Mientras se acercaban a las puertas del patio, James se dio cuenta que Tabitha Corsica acechaba a Grudje y Hardcastle, escuchando, con el rostro tenso. Vio a James y entrecerró los ojos peligrosamente.

—Ella no olvidará fácilmente que lograron engañarla anoche —meditó Scorpius airadamente. —Si ella no te puede castigar por eso, lo hará con otra cosa. Ella es persistente.

James suspiró al pasar por la puerta. Scorpius tenía razón, por supuesto.

Esa misma tarde hubo Educación Física en Yorke. A raíz de las revelaciones de la noche anterior, James casi había olvidado por completo la temida clase muggle de Tabitha Corsica, en su apariencia mayor de profesora, sin embargo, estaba esperando fuera del gimnasio Yorke con una sonrisa zalamera en su cara, sus ojos brillaban detrás de sus gafas de gran tamaño.

—Es un hermoso día de primavera —anunció, inclinando la barbilla hacia las bajas nubes grises y la neblina lluviosa —por lo que he decidido hacer la clase de hoy en el exterior.

Un gemido ondulaba entre los estudiante de Hogwarts, mientras que los estudiantes de Yorke simplemente asintieron y se estiraron, flexionando sus musculosas piernas y cuellos. James se dio cuenta que incluso las niñas, parecían ser una cabeza más alta que él y llenas de músculos. Se preguntó por primera vez si Tabitha Corsica había juntado a propósito a los estudiantes de Hogwarts con los estudiantes mayores y rechonchos de Yorke.

—No Rugby de nuevo —murmuró Ralph junto a James, cruzando los dedos de ambas manos. —No Rugby nuevamente *por favor*. Cualquier cosa menos eso.

Corsica inclinó la cabeza pensativa. —Hoy, creo que jugaremos un juego de espíritu —exclamó, mientras James se encogió de hombros, esperando lo peor. —De fútbol.

Tanto Ralph como James se miraron con sorpresa. Ahora, fue el turno de los estudiantes de Yorke de gemir.

—El fútbol es para hooligans —una alta chica pelirroja se quejó. —¿Tenemos que jugar?

—Ahora, ahora —reprendió Corsica dulcemente. —Tenemos que hacer un esfuerzo para acomodar a nuestros huéspedes. Ellos vienen de... eh... *circunstancias menos afortunadas* y no han tenido la bendición de jugar deportes más avanzados. Sin duda, podemos extender la mano de la amistad y concederles este pequeño favor.

Joseph Torrance se burló por lo bajo con incredulidad. —¿Ella cree que el *rugby* es un "deporte avanzado"?

—¡Fútbol! —Ralph dio un codazo a James en las costillas, casi doblándolo. — Está hablando de Estudios Muggles durante nuestro primer año, cuando la Profesora Curry nos tuvo jugando deportes Muggle a todo momento, ¿recuerdas?

—Y si mal no recuerdo —admitió Fiona Fourcompass, algo a regañadientes. —tú eras el jugador estrella, James.

James la miró y sintió el calor de su cara en una mezcla de vergüenza y expectación. *Había* sido bastante bueno en el deporte muggle (incluso había marcado el gol que le dio el triunfo a Gryffindor en la final).

—De hecho —continuó Corsica, comenzando a dirigir a la clase hacia el campo empapado, rebotando un nuevo balón de fútbol brillante en su palma. — Vamos a hacer el juego interesante y tendremos una competencia amistosa. Yorke versus nuestros huéspedes. Los ganadores tienen derecho a fanfarronear mientras que los perdedores deberán correr vueltas durante toda la próxima clase —con un gesto decisivo, Corsica tiró la pelota hacia James quien la atrapó torpemente. Corsica lo fulminó con la mirada a través de una sonrisa tensa. —Tienen dos minutos para determinar las posiciones de los jugadores. Comenzando... ahora.

La clase rápidamente se revolvió en grupos separados y se rompió en duros susurros.

—¡Ni siquiera recuerdo cómo jugar este maldito juego! —se quejó Graham Warton. —¿Este es el que golpeábamos la pelota con esa pequeña paleta extraña?

—Ese es el cricket, imbécil —Kevin Murdoch puso los ojos en blanco. —Este es el que no puedes tocar la pelota con las manos.

Fiona Fourcompass puso los ojos en blanco. —Todos estos juegos muggles son completamente estúpidos.

Ralph le imploró a James, —Podemos ganar esto, ¿verdad? No puedo estar corriendo toda la siguiente clase. Caeré muerto en el acto. No estoy bromeando.

—Cálmense todos —dijo James —El fútbol no es gran cosa aquí en Yorke obviamente, y eso nos da una oportunidad decente. Sólo tenemos que estar organizados y mantener nuestro ingenio. Esto es lo que haremos...

Tan rápido como pudo, James asignó las posiciones para su equipo, poniéndose a sí mismo, a Joseph Torrance y Graham Warton en la primera línea, Ralph en la meta, y el resto montando defensa. Mientras trotaban en su posición chapoteando en el campo, James hacía rebotar la bola en su rodilla y le dio una fuerte patada, cayendo detrás de él. Rebotó en el centro del campo, donde Tabitha Corsica estaba con un silbido brillante entre sus dientes. James se unió a ella, evitando el contacto visual. Al otro lado de la línea central, un imponente chico que parecía pared de ladrillos llamado Lunt estaba agachado, enroscando sus zapatos en el barro con sombría determinación.

Sin preámbulo, Corsica dio un corto y penetrante pitido a su silbado. James no estaba preparado para esto, lo que permitió a Lunt dar un golpe libre a la pelota. Con un ruido sordo, la pelota salió disparada lejos del pie del muchacho grande. Lunt saltó a seguirla, dándole un codazo a James fuera de lugar. El resto del equipo Yorke le siguió.

—¡Defensa! —gritó James, girando alrededor y luchando por ponerse de pie.
—¡Todo el mundo vuelva!

A pesar del inicio sin gloria, James encontró que lo que al equipo de Hogwarts le faltaba de fuerza física, lo compensaba con agilidad mezclada con desesperación bruta. Fiona Fourcompass, sorprendentemente, erigió una defensa casi maniática frente al arco, corriendo al encuentro de jugadores rivales con sus dientes al descubierto y sus ojos saltones. Desde su punto de vista frente a la meta

de Hogwarts, Ralph vio el partido con intensidad sombría, posicionándose y ampliando los brazos, tratando de distribuir su ya voluminoso cuerpo sobre el mayor espacio posible. Kevin Murdoch, siendo lamentablemente torpe con la pelota, se contentó con simplemente patear tan duro como pudiese la pelota, enviándola frecuentemente fuera de los límites, pero logrando al menos conseguir dejarla en el lado opuesto del campo.

A pesar de todo, James encontró que no era solo que su equipo estuviera aguantando a Yorke, en realidad lo disfrutaba. Por la mitad del partido, con ningún equipo habiendo anotado siquiera un gol, se encontró en una posición ventajosa cuando Murdoch le dio al balón otra de sus fuertes patadas. Estando ya en la línea central, James corrió hacia atrás, viendo la pelota que le lanzaban. La defensa de Yorke fue sorprendida con la guardia baja, dejando a James mucho espacio. Se armó de valor, llegando por debajo de la pelota que caía y amortiguándola con su pecho. Golpeó el suelo y de inmediato la atrapó con el pie, girando sobre sí mismo para hacer frente a la portería contraria. La portera Yorke, una alta chica pelirroja, desgarrada y con un montón de pecas, lo miró y extendió los brazos. James corrió hacia ella, golpeando el balón ligeramente por delante de él mientras lo hacía. Pasos golpeaban detrás de él, pero ya era demasiado tarde. James se echó hacia atrás para lanzar, apuntando hacia la esquina superior derecha de la portería de Yorke. De repente, y sin razones aparentes, su pie de apoyo patinó hacia adelante, dibujando una estela fangosa en el campo. Se sacudió violentamente, trató de salvar el tiro, pero sólo consiguió tropezar con la pelota. Cayó por completo sobre la hierba mojada con la fuerza suficiente para golpear sus dientes entre sí con un audible *clack*.

Su pie derecho todavía estaba sobre el balón. Frenéticamente, James trepó para ponerse de pie nuevamente, sacando la pelota hacia adelante, pero Lunt ya lo había alcanzado. El muchacho grande barrió los pies de James, robándole el balón y botando a James al barro de nuevo, maldiciendo vívidamente. Las pisadas sonaban detrás de él cuando la acción se trasladó al lado opuesto del campo.

Cuando James finalmente logró ponerse de pie, y corrió a reunirse al partido, vio a Tabitha Corsica de pie sobre la banda, mirándolo con aire de suficiencia entrecerrando los ojos detrás de sus gafas ridículas. James supo de inmediato lo

que había sucedido. Mientras que ella había confiscado sus varitas como siempre a su llegada a Yorke, por supuesto tenía la propia. Estaba usando magia para sabotear subrepticamente desde la banda. La expresión de su rostro mientras pasaba era una pequeña sonrisa desafiante.

Yorke anotó su primer gol con rapidez luego de eso.

—¿Qué pasó ahí? —exigió Murdoch, jadeando cuando James llegó a la línea central. —¡Tuviste un tiro limpio!

—¡No es mi culpa! —escupió James. —¡Corsica me maldijo!

Fiona Fourcompass le dio una mirada escéptica, con el rostro manchado de barro. James la miró, desafiante. —¡Es verdad! —declaró, señalando la línea lateral. Fiona se limitó a mover la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Oye, Potter —llamó Lunt, sonriendo. —¿Tuviste un buen viaje? —detrás de él, el resto del equipo Yorke reía disimuladamente.

Cuando se reanudó el juego, James comenzó a sentir que Corsica sutilmente le maldecía casi a cada momento, haciendo la hierba más resbaladiza bajo sus pies, haciendo que el balón rebotara de forma inesperada y no natural, o dándole un impulso inusual para que lo sobrepasara mientras trataba de atraparla. Como resultado, se perdió dos oportunidades más para anotar, mientras Yorke anotó tres goles en circunstancias muy sospechosas. El último gol fue un tiro largo desde la línea central que pareció flotar en el aire mucho más tiempo del posible, formando un arco hacia la meta y esquivando a Ralph como si estuviera viva.

El Equipo Yorke estalló en aplausos extáticos, mientras James se unía de nuevo hacia su equipo.

—¿Qué está pasando? —murmuró Ralph furiosamente, sacando el cabello sudoroso de su rostro. —Nunca te he visto tan torpe, James. Por primera vez, creo que podría hacer un mejor trabajo que tú. Y créeme, eso no es un pensamiento feliz.

—¡No soy yo! —insistió James furiosamente. —¡Es Corsica! ¡Tiene que serlo! ¡Me está maldiciendo desde la banda!

—¿La has visto hacerlo? —preguntó Joseph. —Porque tengo que decirlo, pareciera que estás perdiendo tu toque.

—¡James! —hervía Fiona, agarrándolo por el hombro y dándole la vuelta. — ¡No correré la clase siguiente! ¡Y no estaré escuchando a estos estúpidos cabeza de músculo molestándonos una y otra vez, diciendo de cómo nos golpearon en el suelo! ¡Hay que anotar! ¡El partido está por terminar!

—¡Lo sé! —exclamó James, lanzando la mano de su hombro. —¡No es mi culpa! ¡Es Corsica!

—¡Deja de culpar de tu torpeza al resto! —siseó Fiona, empujando a James en el pecho. —¡No me estoy llenando de barro por nada! ¡Gana este partido o te maldeciré yo misma!

James abrió la boca para discutir, pero fue interrumpido por un fuerte y largo silbido desde la banda.

—El marcador es de tres a cero a favor de la Academia Yorke —dijo Corsica, dejando caer el silbato desde los dientes y colgando alrededor de su cuello. —Con sólo cinco minutos por jugar, ¿Tal vez nuestros huéspedes quieran rendirse? —miró a James a través del campo con una ceja arqueada, sin dejar de lado su media sonrisa petulante.

James negó con la cabeza. —¡Por ningún motivo! —dijo. —El partido no ha terminado todavía.

—Como quieras —Corsica se encogió de hombros. —Continúen —tomó nuevamente el pito y le dio un silbido agudo, apuntando hacia la pelota en la línea central. James se lanzó hacia delante para tomarlo cuando el partido se reanudó.

No tenía ninguna esperanza de ganar realmente a estas alturas, pero no había ninguna posibilidad de dejarla verlo derrotado. Persiguió a Lunt mientras el muchacho grande zigzagueaba por la banda, James se abalanzó para interceptarlo. La atrapó con su pie, gambeteó y pateó hacia su propia meta. Joseph Torrance corrió a cogerla, seguido por Graham Warton y, para sorpresa de James, Kevin Murdoch y Fiona Fourcompass. Casi todo el equipo de Hogwarts se abalanzó

hacia la meta de Yorke, desesperados por llevar el balón y hacer al menos un gol. James se les unió.

Por un momento, parecía que resultaría. Rodeada por la manada de jugadores de Hogwarts, la pelota rebotaba zigzagueando y de a poco hacia adelante. Lunt y sus compañeros musculosos la perseguían, pero no podían recuperar el balón. Por último, la totalidad de ambos equipos se reunieron frente a la portería de Yorke, gritando y pateando con saña.

James vio una apertura. A través de la niebla lluviosa y trocitos voladores de barro, sintió que la portera de Yorke estaba adelantada, dejando un hueco. La pelota, ahora manchada de mugre y golpeada por los pies en varias direcciones, de repente roció suelta desde el cuerpo a cuerpo. James se abalanzó sobre ella, echó hacia atrás su pie para patear...

...y falló. Su pie pasó de largo, patinó sobre la hierba mojada, y omitió por completo la pelota, que continuó rodando perezosamente hacia la esquina del campo. En ese momento, el scrum recapturó a James, derribándole y peleando sobre él. Un zapato aterrizó en su pecho, machacando el aire de sus pulmones. Otro le dio una patada en la oreja. Otro aterrizó en su muñeca con un crujido audible.

Alguien estaba gritando de dolor. Después de un segundo, James se dio cuenta que era él mismo. Se dio la vuelta y acunó su muñeca herida. Se sentía terriblemente suelta, y una sensación de molienda acompañaba sus movimientos. Los dedos de esa mano hormigueaban aturridos.

El silbato de Tabitha Corsica sonó en tres ráfagas cortas.

—Todo el mundo apártese, ahora —dijo mientras se acercaba. —Den al joven un poco de aire. Gracias. Lunt, si fuera tan amable de reunir a todo el grupo en fila, vamos a volver a los vestuarios ahora.

James sintió que Corsica se agachaba sobre él. Su sombra bloqueaba el cielo gris opaco. Se resistió mientras cogía su muñeca rota, pero era persistente.

—Que fea fractura —dijo ella, agarrando y girando el antebrazo como un pez muerto. —Infortunadamente, los métodos médicos aquí en Yorke no son a lo que estás acostumbrado. Aquí, no hay ningún remedio mágico para los huesos rotos. Por supuesto —pensó, ladeando la cabeza y bajando la voz: —Yo tengo *mi* varita aquí, como bien sabes. Podría ayudarte. Pero anularía el propósito de este programa, ¿no te parece? Me temo que simplemente tendrás que soportar el dolor hasta tu regreso a través del armario. *Puedes soportarlo, ¿cierto?*

James no respondió, sino que simplemente intentó arrancar la muñeca de su mano. Le dolió muchísimo cuando los huesos rotos se molían entre sí. Ella vio esto en su cara y las cejas se elevaron ligeramente, junto con las comisuras de su boca.

—No te maldije esta última vez —susurró con complicidad. —Eso fue la antigua torpeza Potter. Tal vez eso insulte un poco tu lesión, no obstante pensé que debías saberlo.

James la empujó y trató de incorporarse. Sus costillas se sentían magulladas donde lo habían pisado, pero salió adelante a través de la niebla roja de dolor, utilizando la mano buena para ponerse de pie. Junto a él, Tabitha Corsica suspiró mientras ella también se ponía de pie.

—Espero que tomes nota de lo que pasó aquí hoy, James —dijo ella, mirando a un lado hacia el resto de la clase formada en una fila al borde del campo. —No puedes continuar con tus pequeñas travesuras por más tiempo. No me puedes vencer. Nunca podrías. Tu suerte se esfumó. Y yo no he terminado contigo. Voy a estar viendo cada cosa que haces. Si mueves un pie de la raya —sonrió, como si esto fuera su mayor deseo. —Créeme, yo estaré allí... para cortarlo.

Ella lo miró a los ojos, sin dejar de sonreír, asegurándose que él viera que hablaba en serio. Luego, con un suspiro, se dio la vuelta, dirigiéndose al resto de la clase. —Él está bien. Sólo un pequeño esguince. Nada de qué preocuparse. Mucho ruido y pocas nueces francamente. Vuelvan a los vestuarios, ahora. Y en honor a cómo van a pasar la próxima clase nuestros huéspedes... —miró a James de nuevo con una sonrisa feroz. —¿Por qué no corremos?



—Se ha vuelto totalmente loca —Ralph bullía mientras permanecía de pie junto a James en el medio del ala de la enfermería una hora después. —Lo siento, no te creí enseguida, amigo. Debería haber sabido que no había nada a lo que ella no se rebajaría.

—¡Pero maldecirte hasta el punto de lesionarte! —dijo Rose con asombro, acomodándose en un asiento frente a la mesita médica sobre la que James se sentó, con su brazo extendido en un baño de luz mágica brillante. Hacía una mueca con cada destello encantado mientras los huesos de la muñeca se alineaban lentamente.

—Nadie hubiera sabido que ella era la responsable —suspiró. —Ella es astuta. Nadie vio nada.

—Y técnicamente —admitió Rose sombríamente —ella no *causó* tu lesión realmente. Sólo creó las condiciones que permitieron que sucediera.

—¡Y se negó a ayudar después!

El rostro de Ralph era pedregoso. —Hubo un tiempo en que realmente pensé en ella casi como una amiga, o al menos alguien a quien admirar —admitió. —Y más tarde, después de todo el lío con el Guardián y su pensamiento de que era el linaje de Voldemort, pensé que podría haber aprendido la lección. Quería pensar que no era del todo mala después de todo, sólo un poco torcida y equivocada.

—Eso es porque ella es bonita —Rose puso sus ojos en blanco. —Los chicos siempre piensan lo mejor de las chicas guapas. Es como una enfermedad mental.

—Nadie te preguntó, Weasley —murmuró Ralph con sorprendente veneno.

Un rápido chasquido anunció el regreso de Madame Curio sobre el piso de la sala. Ella lanzó una mirada de desaprobación a Rose y Ralph, quienes se retiraron

de la mesa de examinación. Desenvainando su varita de un bolsillo del delantal, apuntó hacia el campo brillante sobre la muñeca de James, intensificándolo. — Esto va a picar un poco — dijo ella sin pedir disculpas.

James asintió con la cabeza, pero no respondió. Sabía muy bien el desdén de Madame Curio por lesiones relacionadas con el deporte y no quería facilitarle alguna oportunidad para que le diera una conferencia sobre el tema. Ella apretó los labios en una fina línea y suspiró con brío, finalmente dispersó el campo mágico con un movimiento de su varita.

— Dolerá toda la noche hasta que los huesos se acomoden, sin duda, pero las fracturas están arregladas. No levante nada más pesado que un tenedor por las próximas veinticuatro horas, sino, voy a tener que romperle los huesos y comenzar todo de nuevo, ¿he sido clara?

— Sí, señora — asintió James con la cabeza, al ver en los ojos de la enfermera jefe que ella creía que volver a romper la muñeca, sería una valiosa lección de hecho. — No tocaré ni una pluma. Promesa.

Ella sacudió la cabeza con irritación. — Doy un consejo médico estudiantil — murmuró — y él lo toma como excusa para no hacer la tarea — agitó una mano hacia él. — Váyanse, los tres. Y señor Potter, sinceramente, si aparece nuevamente en mi sala, le prometo que empezaré a cobrarle.

Más tarde esa noche, James se desplomó en un parcheado sillón frente a la chimenea de la sala común de Gryffindor, con las piernas en jarras y su brazo palpitando monstruosamente.

— Curio podría haberme dado algo para el dolor — se quejó amargamente. — Quiero decir, para eso está ella, ¿no?

— Ella quiere que aprendas la lección — Rose se encogió de hombros en la alfombra de la chimenea, con la nariz enterrada en un gigantesco libro abierto contra la pata de la mesa. — Después de todo, las lesiones y enfermedades estúpidas parecen ser una especialidad tuya.

James estaba demasiado cansado para discutir. —¿Qué estás leyendo ahora, de todos modos? Pensé que habías terminado con tu tarea.

—Estoy investigando —suspiró, irritada, mirando hacia él por encima del hombro. Ella tocó el libro con el dedo índice. —"El Arte y la historia de la Guerra Mágica". Hay todo un capítulo sobre superarmas oscuras y hechizos apocalípticos.

—¿Algo sobre La Red Morrigan?

Rose negó con la cabeza y se dejó caer. —¿Quién sabe? Cada máquina de guerra mágica tenía su propio nombre en clave y encantos secretos e incluso su propio lenguaje especial. No hay manera de averiguar cuál es leyenda y cuál es verdad. Por ejemplo, aquí —volvió un par de páginas enormes. —Esta es una sección completa sobre algo que se llama "La Ira de Chaorenvar". Según la leyenda, la guerra de magos de un siglo de duración, envenenó una región entera con magia oscura, maldiciones enterradas, y los ejércitos de demonios que se convirtieron en un páramo completo... la Tempestad Baldía, lo llamaron. El mismo Merlín terminó la guerra aprovechando el poder de un volcán, haciéndolo erupcionar con tanta fuerza... —se inclinó sobre el libro y leyó —"que la tierra se rompió como un plato, creando una brecha de cien leguas de ancho y mil pies de altura. Los acantilados Cragrack desde entonces forman una barrera impenetrable y un estancamiento permanente, entre las dos naciones en guerra" —ella cerró el gran libro con un ruido pesado, formando una nube de polvo en el aire. —¿Ves lo que quiero decir? Mitos y Leyendas. Incluso si encontrara una sección sobre La Red Morrigan, ¿Cómo sabemos que es sólo un cuento para asustar a niños pequeños?

James frunció el ceño. —Como, ¿tal vez la tierra va a entrar en erupción en algún volcán cuando toda la gente del gobierno venga al torneo de Quidditch?

Rose le devolvió la mirada con una ceja levantada. —¿Estás escuchando?

—¡Mira! —James de repente se levantó y señaló hacia la chimenea —¿Eso es...!? ¿Papá?

Las cenizas de la chimenea se barajaban y se levantaron formando una cabeza fuera de ellas, dejando al descubierto las gafas de Harry Potter, con su pelo

perpetuamente rebelde, y su famosa cicatriz. Miró rápidamente por la habitación, vio a James y sonrió.

—Hola James —dijo en voz baja. —Hola Rose. No tengo mucho tiempo. He estado viendo el Mapa del Merodeador desde que recibí tu nota, James. Pensé que Devindar Das no se iría nunca a la cama.

—Oh, él ha estado hasta tarde todas las noches repasando la estrategia clásica de Quidditch —asintió Rose. —Cree que aún puede conseguir una victoria para Gryffindor con formaciones de juego adecuadas, a pesar de que Lance Vassar arruine a todo el equipo.

Por primera vez, el padre de James no se interesó en el Quidditch. —Teniendo en cuenta lo que está pasando —dijo en voz baja, —quedarse fuera del torneo podría no ser tan malo.

James se deslizó de su sillón hacia la alfombra de la chimenea, haciendo una mueca cuando topó accidentalmente a su muñeca. —¿Así que ya sabes acerca de la gran cumbre de Quidditch con todas las personas de los gobiernos mágicos y muggles?

La cara de Harry se tensó, y James pudo ver que se trataba de un tema delicado. —Lo sé solo porque estaba en *El Profeta*. Titus está a cargo de la seguridad de todo el evento, mientras que yo fui enviado a Pakistán a auditar un almacén de alfombras voladoras.

—¡Pero...! —balbuceó James —¡Ni siquiera es trabajo para un Auror! Papá, ¿Qué está pasando?

—Eso es lo que pregunté a Loquacious Knapp —asintió Harry sombríamente. —Fui directamente a su oficina, ni siquiera saludé a Percy cuando intentó detenerme. El Ministro de Magia dice que soy demasiado valioso como para arriesgarme en estas misiones irascibles. Además, dice que dado que los libros de Revalvier son famosos en el mundo muggle, mi presencia sería una distracción.

Rose frunció el ceño. —Pero es ridículo. El punto de mostrar un partido de Quidditch a los líderes muggles es demostrarles que somos amigos. Si ya eres

conocido por ellos, al menos como personaje de ficción, es perfecto para formar un puente con el mundo mágico.

—Lo estás pensando muy lógicamente, Rose —Harry negó con la cabeza. —O no con el correcto *tipo* de lógica. Nada de lo que dijo el Ministro tiene sentido a menos que haya algo más en juego, algún otro plan, más secreto.

—Te quieren fuera —dijo James lentamente, con los ojos muy abiertos — porque podrías no estar de acuerdo con este plan secreto de ellos. ¡Puedes detenerlos!

Harry parecía encogerse de hombros con cansancio. —Puede que no sea tan obvio. Sinceramente no creo que Loquatious Knapp sepa lo que está haciendo o por qué lo está haciendo. Él es un político, no un estratega. Hablar es lo que mejor hace. La gestión de la crisis del desmoronamiento del voto de secreto está completamente fuera de sus manos. Él está confiando cada vez más en su equipo de asesores. Hace cada cosa que le dicen.

Rose entrecerró los ojos sospechosamente, mirando a James muy parecido a como lo hace su madre. —¿Quiénes son estos "asesores"? ¿Los conoce?

—Hay varios de ellos —dijo Harry. —La gente de la Oficina de Relaciones de Embajadores, en su mayoría. Pero hay uno en que Knapp parece confiar más que otros. Un inefable.

James ladeó la cabeza con curiosidad. —¿Un inefable?

Rose gruñó con impaciencia. —Alguien que trabaja en el Departamento de Misterios. Se llaman Inefables porque nadie sabe realmente lo que hacen, y nunca, nunca hablan de ello.

James miró desde la expresión anonadada de Rose hacia la cara de su padre, mirándolo desde las brasas. —¿Quién es, Papá? Tú lo sabes, pero no nos estás diciendo.

—No lo estoy diciendo por una buena razón —admitió Harry. —No quiero que te preocupes por eso. Y te conozco lo suficiente para saber que lo harás — cambió su mirada a Rose. —*Ambos*.

—¡El Director Grudje! —Rose exclamó de repente con sus ojos iluminados. — Eso es, ¿no es así? Él estaba en la foto con el Ministro de Magia, cuando se anunció la cumbre, junto con el primer ministro muggle. ¡Es por eso que nadie había oído hablar de él antes de que fuera nombrado director! ¡Es un Inefable del Departamento de Misterios!

—La próxima vez —dijo Harry, tratando de ocultar una sonrisa descontenta —esperaré hasta que *tú* también te vayas a la cama, Rose.

—Oh, no tiene sentido —se opuso Rose. —No llegarían a ninguna parte sin mi madre y yo.

—Así que si Grudje es el asesor principal del Ministro —pensó James en voz alta —entonces es *él* quien te mantiene lejos de la gran cumbre de Quidditch. Por alguna razón no quiere que estés ahí.

Rose parecía incómoda. —Pero... Grudje es el director. No puede ser que esté planeando crear un arma mágica apocalíptica. Lo mataría a él también, junto con una cantidad grande de estudiantes. —se estremeció, al parecer reacia a creer que alguien fuera capaz de tales cosas.

James, sin embargo, vio la verdad en la cara de su padre: algunas personas de hecho estarían dispuestas a asesinar a cientos de estudiantes, e incluso a morir ellos mismos, si es que ellos estuvieran lo suficientemente locos o comprometidos lo bastante con su causa, o ambos. —Por lo que importa, Rose —dijo cuidadosamente —creo que estás en lo cierto a medias. Si de verdad hay un complot para atacar la cumbre de Quidditch, y si Worlick fue asesinado para encubrirlo, entonces no creo que Grudje esté detrás de eso. Él puede ser como el propio ministro: una víctima dispuesta, influenciado por alguien más profundo en las sombras.

—Papá —dijo James, bajando la voz y acercándose al fuego, —Podemos saber quién es esa persona.

Desde la chimenea, Harry estudió el rostro de su hijo. —Tengo una idea bastante buena, James. He estado llamando para pedir algunos favores a contactos de bajo nivel en la Oficina de Integración Mágica Estadounidense. Este nuevo

vicepresidente que tienen (el mago que dices que se hace llamar "El Coleccionista"), casi nadie ha oído hablar de él. Al parecer, era el protegido del senador que fue asesinado el año pasado, Charles Filmore. Al menos, esa es la historia que la gente de las noticias muggle están reportando. Pero no hay evidencia que en realidad sea cierto. Por lo que yo puedo decir, simplemente apareció de la nada. Si de hecho él está aprovechándose de la ventaja de la rotura del voto de secreto...

—Entonces su plan puede ser asesinar al Presidente de los Estados Unidos y asumir su lugar —asintió Rose. —Lo siento, tío Harry. Ya nos habíamos dado cuenta de eso.

—Pero eso no es de lo que hablo —dijo James, exasperado. —Cuando descubrimos el cuerpo de Worlick, vimos a otra persona. Bueno, al menos Lucía y yo lo hicimos.

Harry inclinó la cabeza. —¿Quién es Lucía?

—Eso no es importante —insistió James. —El punto es...

Hizo una pausa, de repente sin saber cómo, precisamente, poder proceder. ¿Cómo podría decirle a su padre que una de las personas más importantes en su vida, el ya muerto Albus Dumbledore, parecía tener una especie de gemelo malvado (un espejo misteriosamente malvado en la forma de Avior Dorchascathan? De repente, James oyó las palabras del propio Avior haciendo eco en su cabeza, acompañado por el profundo frío de la sala de clase de Durmstrang: *Lo mejor sería, señor Potter, el mago inquietantemente familiar había dicho con calma, casi amablemente, que usted no le diga a su padre acerca de esto. Harry podría quedar un poco... contrariado.*

James se sintió bloqueado ante la mirada paciente de su padre. Las palabras se secaron y se encontró con que simplemente no podía hablar. Por último, el propio Harry rompió el silencio.

—Sé que todo esto es muy preocupante y confuso —dijo, dirigiéndose a James y Rose. —Y siento que se hayan tenido que involucrar en todo esto. Me gustaría poder decirles lo que les decía en el pasado, que este no es su problema, que nosotros, los adultos podíamos manejarlo. Pero el hecho es, que ya no son

exactamente niños. Ustedes han visto mucho —Harry miró a su hijo y James sabía lo que estaba pensando: Pobre, perdió a su prima Lucy, que yacía sobre los brazos de Ralph, transportada de pesadilla en pesadilla. —No importa lo mucho que podría desear lo contrario —continuó Harry, —Esta no es sólo mi batalla. Te lo dije al principio de este año, James, que podía necesitar confiar en ti, que estabas en condiciones de hacer lo que yo no puedo. Parece que ha llegado el momento.

Un repentino escalofrío de miedo descendió sobre James con estas palabras. No se había dado cuenta de lo reconfortante que las viejas seguridades de su padre habían sido... garantías de que el mundo era un lugar esencialmente seguro y no necesitaba ser salvado por él y Ralph, Zane y Rose, que los adultos estaban a cargo y estaban totalmente equipados para manejar cualquier cosa que se interpusiera en su camino; que sus únicos deberes eran su trabajo escolar y sus amigos y disfrutar de ser joven y libre de pesadas responsabilidades. Él siempre había rechazado esas garantías, siempre había elegido involucrarse a sí mismo de todos modos, y traer a sus amigos para que lo ayudasen.

Ahora, se dio cuenta que no era un lujo asumir responsabilidades que no eran suyas (el lujo de saber que nadie esperaba que tuviera éxito), el lujo, en el centro de todo, de fallar.

James miró a los ojos de su padre y asintió lentamente. Tragó saliva y oyó un chasquido en su garganta. —Lo que necesites, papá.

Harry cerró los ojos, como si tuviera una guerra con sí mismo. Respiró hondo. —Tu madre me mataría si supiera que te estoy pidiendo esto —admitió en serio. — Pero aquí está. Lo que necesito de ustedes es que sean mis oídos. Loquacious Knapp puede no saber lo que está realmente sucediendo, pero el Director Grudje sí. Seguramente él sabe más que el Ministro, en todo caso. Pero —añadió rápidamente, su expresión volviéndose severa, —No estoy diciendo que lo espíen. No les daré permiso para hacer algo estúpido en donde pueden ser atrapados. No hay nada más que le encante a Filch que torturarlos a ustedes.

—A Corsica también —añadió James fervientemente.

—Sólo estoy diciendo —continuó Harry, haciendo caso omiso a esto —que tengan sus oídos abiertos. Si hay más intentos de sofocar la comunicación entrante y saliente, si hay nuevos decretos o normas acerca de lo que los profesores pueden enseñar, o qué clubes son permitidos para unirse, o si hay algún otro cambio en la forma en que se hacen las cosas, los necesito para que me hagan saber. Grudje no saldrá y dirá lo que viene, pero podemos saber algo, solo por los preparativos que hace.

James se pasó una mano por el pelo en señal de frustración. —¿Pero y cómo podemos decirte algo si queremos? Todo nuestro correo es confiscado, ¿recuerdas?

—Ya he pensado en eso —dijo Harry, reafirmando su voz. —Sólo envía una nota a tu mamá diciendo que extrañas sus comidas. Estará feliz de saber de ti y yo sabré que necesitas contactarte conmigo. Permanece aquí en la sala común cuando todo el mundo se vaya a la cama y yo te encontraré.

James asintió comprendiendo. —¿Pero qué deberíamos estar viendo principalmente? ¿Qué es lo que más esperamos averiguar?

Harry negó con la cabeza lentamente. —Nada en absoluto. Estoy totalmente ciego aquí. No tienes idea lo frustrante que es. Si me pillan haciendo las preguntas equivocadas, sospecho que me suspenderán por completo, posiblemente me pondrían en excedencia. Pero lo que necesitamos saber más que cualquier cosa —admitió con un suspiro —si es La Red Morrigan una cosa real. Y si es así, ¿Qué hace? No podemos esperar detenerla si no podemos responder estas preguntas primero.

Rose miró a James, con el rostro tenso y los ojos brillantes. James resistió la tentación de mirar hacia ella. —Entiendo —dijo con seriedad. —Vamos a mantener nuestros oídos abiertos, papá. Y te haré saber si algo cambia por aquí.

Harry pareció aceptar esto. —Tengo que irme. Tu madre te envía saludos y dice que te ama. Además dice que estén al día con sus estudios y que coman vegetales de vez en cuando. Y dile lo mismo a Albus y Lil.

—Lo haré, papá —respondió James, apenas escuchando.

—Y Rose —añadió Harry, volviéndose hacia ella. —Mucho amor de tu mamá y papá también. Mantén un ojo en James, Albus y Lil, ¿lo harías?

Rose se iluminó y se sentó con la espalda recta. —Lo haré, tío Harry. Puedes confiar en mí.

Harry le dio una media sonrisa perpleja. —Buenas noches. Espero que ambos estén en la cama en cinco minutos. El mapa me dirá si no lo están.

James y Rose asintieron por lo bajo y le dieron a Harry las buenas noches. Un momento después, la cabeza desapareció de las brasas.

—Sabes lo que tenemos que hacer —Rose pinchó a James en el momento que estaban solos. —Tenemos que ir con Zane a las bodegas de Alma Aleron y encontrar a esa vieja bruja, ¡Crone Laosa! ¡Ella esa la única persona que podría saber lo que realmente es La Red Morrigan!

—Tienes razón —asintió James pensativo. —Supongo. Pero hay algo más que tengo que hacer primero.

—¿Qué? —demandó Rose. —¡Ya has oído a tu padre! ¡La Red Morrigan es nuestra preocupación más grande! ¡Hasta que sepamos eso, todo es inútil!

James se quedó mirando el fuego, frunciendo el ceño profundamente. —Vi a Petra la otra noche —admitió en voz baja. —La noche que encontramos a Worlick muerto en el bosque. Yo hablé con ella.

Rose se quedó en silencio mientras lo miraba, su boca se presionó formando una línea preocupada. Parecía considerar varias preguntas, pero finalmente se decidió por —¿Qué te dijo?

—Dijo que estábamos muy cerca —dijo finalmente, levantando los ojos hacia ella. —Me advirtió que lo dejáramos. Que no intentáramos detenerla.

El rostro de Rose palideció y sus ojos se abrieron. Cuando habló, su voz era un áspero susurro. —Así que... ¿ella realmente está involucrada en todo esto, entonces? ¿Pero... por qué? ¿Por qué haría algo tan horrible?

—No lo sé —dijo James enfáticamente. —Pero he estado pensando en ello desde entonces. Es casi como si... como si ella no creyera que haya otra manera. Al igual que, tan terrible como podría ser, es mejor que la alternativa.

Rose entrecerró los ojos hacia él seriamente. —James, —dijo —sé que siempre has tenido una especie de cosa con ella...

James parpadeó ante su prima con sorpresa y disgusto —Rose, no seas...

—Petra es *bonita*, —interrumpió ella. —Pero no quiere decir que esté bien o en lo correcto. Hemos hablado de esto.

—Lo sé, Rose —James puso los ojos en blanco y se dejó caer en el sillón. —¿No crees que sé eso ahora?

—¿Entonces qué harás?

—Eso es lo que estaba a punto de decirte —suspiró profundamente. —Ella piensa que nos estamos acercando mucho. Lo dijo después de que encontráramos el cuerpo de Worlick, pero no creo que para eso se me haya aparecido, para advertirnos.

Rose sacudió la cabeza con impaciencia. —¿Bien? ¿Qué fue, entonces?

James volvió la cabeza para mirarla. —Creo que es Avior, —dijo con firmeza. —Petra sabía que lo vimos, quizás incluso que él *quería* que lo viéramos. De alguna forma, ella sabe que Avior es la clave de todo el asunto.

Rose consideró esto. —¿Entonces qué hacemos?

—Esa es la parte fácil, supongo —respondió James de mala gana. —Tomaré su oferta de visitarlo en su oficina.

—Él no te dirá sus más profundos y oscuros secretos simplemente —Rose frunció el ceño.

—Sabes, —dijo James, levantando las cejas pensativamente. —Creo... que tal vez sí.



El plan, como se veía, era engañoso en su simplicidad, pero plagado de peligros.

—Siento que voy a vomitar —murmuró James a través de una sonrisa falsa, tejiendo su camino a través de corredores intimidantes y desconocidos de Durmstrang alineados con imponentes estatuas, columnas y frunciendo el ceño a jóvenes vestidos de gris.

Junto a él, sonriendo con mucho más entusiasmo y cómodamente, Nastasia se encogió de hombros. —Tal vez sólo deberías vomitar y acabar de una vez, ¿sabes? Seguro que no podría hacernos más visibles de lo que ya estamos.

Mientras hablaba, James pasó junto a un grupo de chicos de Durmstrang en el pasillo lleno de gente. Uno de los chicos frunció el ceño sospechosamente mientras que los otros murmuraban, sus ojos se estrecharon ante los intrusos corriendo.

—No tenemos nada de qué preocuparnos —proclamó Nastasia, sacando su barbilla mientras doblaban una esquina. —Hemos sido invitados a la oficina del Profesor Avior. O, al menos, *tú* lo has sido. Pero yo soy su alumna favorita. ¿Cuál es *tu* problema, imbécil? —esto último fue para un chico muy robusto, con cara de ladrillo y un corte de pelo militar que chocó con su hombro al pasar. Ella le devolvió la mirada desafiante. —¿Quieres bailar tango conmigo? ¡Estoy caminando aquí!

—¡Cállate Nastasia! —dijo James entre dientes, agarrando la manga de su chaqueta de Alma Aleron y tirando de ella hacia adelante. —¿Estás tratando de iniciar una pelea?

—No tener miedo de nadie, si es que eso quieres decir —respondió ella en voz alta, todavía ceñuda por encima del hombro. —Estos peluchitos son todo ruido y pocas nueces. ¿Estoy en lo cierto?

James sacudió la cabeza con nerviosismo, resistiendo la tentación de correr el resto del camino hacia la oficina de Avior. —¿Estás segura que este es el camino correcto?

—¿Cómo voy a saberlo? —Nastasia se encogió de hombros. —Tú eres el que tiene la invitación por escrito.

—¡Tú estabas ahí cuando planeamos esto! ¿No prestaste atención?

—Oh, por Hinkypunks hechizados —una voz ronca detrás de James. —Es justo en el extremo de la sala. Está escrito en las puertas. ¿No pueden leer?

James giró en el lugar, pero no había nadie detrás de él. —¿Quién dijo eso? —exigió.

—Ya estás nervioso —una segunda voz le susurró de la nada. —Es probable que no quieras saber.

—Oh, renuncia ya —suspiró Nastasia, mirando alrededor del corredor repentinamente vacío. —Las clases han comenzado. La costa está vacía —ella extendió la mano, tanteó en el aire un momento, y luego cerró su puño y tiró. Un par de cabezas aparecieron debajo de un aleteo de tela invisible.

—Hola, hermano mayor —sonrió Albus, con el pelo enmarañado en la frente. —Rose y yo pensamos que sería mejor seguirlos de forma invisible. Espero que no te importe.

James balbuceó. —¡Pero..! ¡La Capa de Invisibilidad! —hizo un gesto violento hacia sus cuerpos aún invisibles.

—Estaba en la oficina de Filch —dijo Rose. —Él puede tener el bastón mágico de Grudje, pero eso no lo hace bueno en hechizos de bloqueo. Nos metimos esta mañana y la sacamos desde el cajón de contrabando. Si tenemos cuidado, la devolveremos esta noche antes de que él se dé cuenta que ha desaparecido.

—Y lo logramos maldita sea, —asintió Albus —Porque si Filch se da cuenta que ha desaparecido sólo habrá una persona a quien culpará.

—¡Sí! —exclamó James con desesperación, golpeando su pecho. —Y ese sería yo, ¡Grandísimo idiota! ¿Estás *tratando* de que sea asesinado por el sádico Squib?

Nastasia inclinó la cabeza y dijo con voz cantarina, —Te *dije* que no lo *digas*...

—Yo no he dicho nada —Rose frunció el ceño. —Fue bocazas aquí que no podía guardar silencio.

Albus le dio un codazo a Rose bajo la capa. —Sabes que si yo no hubiera hablado, estaríamos atrapados deambulando por estos pasillos todo el día. James no podría encontrar ni su propio trasero con un encanto guía.

—Mira —interrumpió James. —¡Esta es una maldita locura! ¿Por qué ustedes dos están aquí?

Rose afirmó su mandíbula defensivamente. —Estoy aquí para husmear en los aposentos de Avior mientras tú y Nastasia lo distraen.

—Y *yo estoy* aquí porque ayudé a Rose a sacar la Capa —asintió Albus.

James se tiró el pelo exasperado. —¡No *necesitamos* su ayuda! ¡Si los pillan aquí estaremos totalmente condenados!

—No sabemos si Avior nos dirá algo significativo —suspiró Nastasia. —Y además, no van a quedar atrapados. ¿Cierto?

—No si bocazas aquí puede mantener los labios sellados durante más de treinta segundos —dijo Rose, inclinando la cabeza hacia Albus, quien se encogió de hombros y puso sus ojos en blanco.

—Muy bien —declaró James sin poder hacer nada. —Métanse de nuevo bajo la Capa y no golpeen nada. Aún si Avior no puede verlos, él no es un idiota. Si tan solo *respiran* incorrectamente, él sabrá que están ahí.

—Por no hablar de que podría tener un chivatoscopio o un detector —añadió Rose, con la voz ahogada mientras Albus tiraba la Capa sobre ellos de nuevo.

—Es bueno saber que al menos pensaron en todas las formas en que esto se puede ir totalmente al demonio —murmuró James, volviéndose hacia la puerta cerrada de Avior. Nastasia ya se acercaba a ella. Miró hacia atrás, asegurando que Albus y Rose estaban lo suficientemente ocultos, y luego levantó la mano y le dio a la aldaba de bronce un golpe agudo.

Varios segundos pasaron sin respuesta. Experimentalmente, Nastasia intentó abrir la puerta. Estaba firmemente cerrada.

—Tal vez él no está aquí —dijo Albus por debajo de la Capa. —¿Está dando clases tal vez?

—Son sus horas de atención de oficina —respondió James. —Al menos, lo será en pocos minutos. Llegamos aquí un poco más temprano. Aun así, él *debería* estar aquí. —levantó la mano y golpeó la aldaba de la puerta por sí mismo, más fuerte esta vez. La aldaba tenía la forma de un tentáculo de latón unido a una figura de calamar encabezado con el cuerpo de un hombre. Era excepcionalmente feo, pero por suerte, a diferencia de muchos de estos adornos, no parecía estar encantado con personalidad mágica.

—Nadie más que nosotros está aquí, pollos —suspiró Nastasia.

—Prueba con un encanto de desbloqueo, James —Rose dijo, invisible detrás de su hombro izquierdo.

—Eso nunca funciona —James puso sus ojos en blanco. —Cada vez que lo intento se desencadena una especie de contramaleficio. Traté de hacerlo en Hogsmeade y casi me pillan por eso.

Rose resopló con impaciencia. Un momento después, un puño apareció debajo de la Capa, con su varita extendida. Ella tocó el picaporte de la puerta de Avior con ella. —*¡Alohomora!*

El pestillo brilló de color amarillo brillante e hizo un clic audible. La puerta se abrió un poco sobre sus goznes.

—Honestamente, James —dijo Rose mientras su mano con la varita desaparecía de nuevo. —Eres tan malo con el desbloqueo de puertas como Filch lo es bloqueándolas.

Nastasia rió. Demasiado nervioso para estar avergonzado, James se inclinó hacia delante y le dio un empujón tentativo a la puerta. Crujió ominosamente abierta, revelando una habitación circular oscura, llena de altas sillas, de respaldo recto, estanterías surtidas, y un montón de instrumentos adivinatorios de aspecto maligno. No había plantas Yuxa Baslatma aquí, James lo vio mientras avanzaba en la oscura habitación, pero había un complicado dispositivo parecido a un telescopio, su lente señalaba extrañamente hacia el piso, una bola de cristal oscura, como una gigantesca perla negra sobre un antiguo pedestal de piedra y, lo más extraño de todo, una especie de adornada caja de madera pulida, tan alta como un hombre, con una ventana puesta en su parte frontal. Detrás del cristal, encerrado en la caja como un cadáver en un ataúd, había un hombre delgado con un turbante, y una barba negra puntiaguda. Formando un arco por encima de la ventana de la figura estaban las palabras:

TAWIL AT-U'MR

¡SABE TODO! ¡DICE TODO!

—He visto uno de estos antes —comentó Nastasia, acercándose a la figura encajada. —En un carnaval muggle en Nueva Jersey. Es un mago mecanizado. Pon una moneda en la ranura y se supone que debe decirte el futuro.

—Estúpido, si me preguntas —murmuró Albus, sin ser visto.

—No hay chimenea —susurró Rose con un temblor en su voz.

James se dio cuenta que la habitación estaba con un frío invernal. —Esta es sólo el área de espera —comentó, mirando a su alrededor. —Tiene que haber una forma de entrar más.

—Apuesto a que este tipo lo sabe —dijo Nastasia, ladeando la cabeza hacia el mago mecánico en la caja de madera. —Viejo Tawil At-U'mr. ¿Alguno de ustedes tiene dinero? —golpeó la ranura de monedas con su varita.

Al toque de su varita, unas luces cobraron vida dentro de la caja, iluminando la figura barbuda. Con una serie de trinquetes y clanks, volvió a la vida, echándose hacia atrás e inclinó la cabeza hacia el techo. Sus manos esculpidas se levantaron e hicieron una torpe danza moviéndose frente a su barba puntiaguda. James saltó hacia atrás, chocando con las formas ocultas de Albus y Rose.

—No es necesaria una moneda para alguien como tú —una profunda y grabada voz crepitó en voz alta, emanada desde un altavoz de bronce en la parte frontal de la caja. —Sólo los sucios tienen que pagar por la visión del más allá. Pregunten lo que queréis, mis maestros, mientras que la maldición de la vida radica en mí.

La luz del mago mecánico iluminó la cara de Nastasia mientras miraba hacia ella, sonriendo. Ella miró a James y puso los ojos en blanco. —Oh, bebé grande. Es sólo una máquina parlante. ¿A qué le temes?

James negó con la cabeza. —¿Estás segura de que es sólo una... ya sabes... una máquina?

—Es un montón de engranajes y ruedas en un turbante, idiota —dijo Nastasia, mirando hacia atrás a la figura con barba. —Pero el muchacho es bueno. El Profesor Cloverhoof voltearía sus cuernos si pudiera verlo.

Detrás del hombro de James, la voz de Rose era un poco más alta de lo habitual. —Entonces pregunta cómo entrar a la habitación principal de Avior.

—Alas —sonó la voz grabada, acompañado con movimientos vacilantes del mago mecánico. —Nadie más que el Gran Maestro mismo puede acceder hasta ahí. Tomen asiento y esperen su regreso.

—Tiene que haber otra forma de entrar —se quejó Albus. —Esto no lleva a ninguna parte. Mira a tu alrededor por alguna puerta o algo así.

James negó con la cabeza, mirando alrededor de la fría y oscura habitación. —Tal vez ni siquiera sea los aposentos de Avior. Tal vez es sólo donde se reúne con los estudiantes y esas cosas.

—¿Quieres decir que hemos estado bajo esta vieja capa maloliente por nada? —se quejó Rose.

—¡Nadie te pidió venir! —respondió James. —Sigo diciendo que ustedes dos están completamente locos.

Nastasia estaba estudiando la figura mecanizada en la caja con una mirada pensativa en su rostro. —Oye Tawil —dijo —¿Tú sabes dónde está la habitación del Profesor Avior, cierto?

Los ojos pintados de la figura no se movieron. Después de un momento, la cabeza se inclinó hacia adelante y atrás a sacudidas y las manos hicieron su complicada danza de nuevo. —¡Alas! Nadie más que el mismo Gran Maestro puede venir desde ahí —repitió la voz grabada. —Tomen asiento y esperen su regreso. —se apagó con un clic audible y las luces se extinguieron. La figura mecánica se desplomó hacia adelante.

Nastasia entrecerró los ojos.

—¿Qué? —dijo Albus desde el centro del cuarto. Con un movimiento, tiró de la capa de invisibilidad y se pasó una mano por el pelo enmarañado. —¿Me estoy perdiendo de algo?

Nastasia no apartó los ojos de la figura dormida en su caja oscura. —Píldoras ácidas —dijo.

James parpadeó. —¿Disculpa?

—¿Qué está hablando? —dijo Rose con voz quebradiza. —¿No deberíamos sólo regresar?

Albus se volvió para mirar a su prima. —¿Qué es lo que les pasa a todos ustedes? Esta fue su idea.

—¡Sólo tengo un mal presentimiento sobre esto! —declaró a la defensiva. —
Y... bueno...

—Racimo de cucarachas —dijo Nastasia, dando un paso más cerca de la caja de madera. En el interior, la figura durmiente permanecía encorvada e inmóvil.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Albus por la esquina de su boca, haciendo un gesto hacia Nastasia. —¿Ella está... ya sabes... del todo bien?

—Nastasia —dijo James con preocupación, moviéndose a unirse a ella junto a la caja oscura. —Tal vez deberíamos solo...

—¡Meigas Fritas! —interrumpió Nastasia, alzando la voz.

Dentro de la caja, la oscura figura permaneció inmóvil, recortada tras el cristal polvoriento.

—¿Por qué está haciendo eso? —demandó Rose. —¡Haz que se detenga!

—Espera un momento aquí —dijo Albus lentamente, con creciente realización. —¡Rose tiene miedo de lo *mecánico*! Eso es todo, ¿cierto?

—¡No les *temo*! —dijo entre dientes con voz aguda. —¡Yo simplemente no confío en ellos! ¡Son muy, muy astutos! ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Siempre girando el mal en un abrir y cerrar de ojos! ¡Siendo maldecidos y volviendo a la vida y desarrollando un gusto por la sangre humana...!

—¡Rose tiene miedo de lo *mecánico*! —cantaba Albus alegremente. —¡No lo puedo creer! ¡La valiente prima Rose! ¿Qué hora es Rose? ¡Oh, no lo sabes! ¡Porque tendrías que consultar un reloj!

—¡Cállate, Al! —exigió James. —Nastasia, en serio, vamos a salir de aquí. No tiene sentido...

—¡Sorbete de limón! —dijo Nastasia, asintiendo para sí misma con satisfacción.

Las luces aparecieron de nuevo en el interior de la caja del mago mecánico. Rose apretó los hombros de James en alarma mientras el mago mecánico volvía a la vida, moviéndose y chillando ruidosamente.

—Contraseña aceptada, —la voz grabada graznó desde su altavoz. —Entra si te atreves. Y deja que las consecuencias pasen en tu cabeza.

Con un complicado ruido metálico, la parte frontal de la caja se hizo a un lado, formando una puerta. Detrás de esta, la figura mecanizada de Tawil At-U'mr se veía completa, su bata colgaba alrededor de piernas mecánicas con bisagras. Sus pies de madera tenían sandalias y estaban cubiertos de escamas de pintura de color carne. Dio un paso vacilante hacia fuera del armario, sus articulaciones chirriaban y su cabeza se inclinaba obedientemente. Las luces parpadeaban en el interior de la caja de madera, y James vio que en realidad había una puerta a una habitación mucho más grande.

Echó un vistazo desde la puerta repentinamente revelada a Nastasia. — ¿Cómo lo supiste?

Ella se encogió de hombros evasivamente. —Cuestión de suerte.

—Bueno —Albus tomó la palabra — ¿Entraremos o qué?

James miró hacia atrás. La cara de Rose estaba tan pálida como una lápida. Ella apartó la mirada del hombre mecánico y lo miró a los ojos. Bruscamente, ella asintió.

—Lo haremos rápido —dijo. —Si Avior no está aquí, estará de vuelta en cualquier momento.

Se volvió hacia la puerta formada por la caja de madera. Más allá, una habitación grande y oscura brillaba con luz azul. Sombras complicadas saltaban sobre los altos muros y techos. Se preparó y sintió a Rose apretar sus hombros otra vez por detrás, y dio un paso hacia adelante.



Capítulo 15

Orígenes Revelados

La cámara interior de la oficina del profesor Avior era circular y mucho más caliente de lo que había estado la sala de espera. Unas llamas rugían en las fauces de una monstruosa chimenea. Varios pilares se alineaban en la sala, que se extendía hasta unas sombrías bóvedas.

—Se parece mucho a la oficina del director en Hogwarts, —Albus comentó.
—Y ¿qué es eso en la jaula? Eso es un fénix, ¿verdad?

James y Rose siguieron a Albus hasta una imponente jaula situada sobre un soporte de bronce adornado. La criatura que estaba dentro parecía ocupar casi

cada centímetro del espacio donde estaba encorvada, sobre una percha baja. El suelo de la jaula estaba lleno de lo que parecían ser huesos de roedores, completamente negros y carbonizados.

—Eso no es un Fénix común —dijo Rose, curvando su labio. —Es un Jiskra, a veces llamado Fénix *Negro*. ¿Ven las dos cabezas?

—Excelente —Albus se inclinó, mirando a través de los barrotes. —Se parece más a un lagarto con plumas que a un pájaro.

La cabeza que estaba más cerca de él se echó hacia atrás metiéndose entre sus alas plegadas. El pico se abrió revelando varias hileras de pequeños dientes puntiagudos, y la criatura siseó, exhalando un olor brumoso.

—¡Pero que...! —Albus se quejó, saltando hacia atrás y agitando las manos para dispersar el aliento agrio y húmedo del Jiskra. —¿Qué demonios fue eso?!

—Mecanismo de defensa —Nastasia rio. —También se le conoce como “Aliento mortal”. Es algo bueno que la otra cabeza esté dormida.

James mantuvo una distancia segura de la Monstruosa cosa-pájaro. —Dumbledore tenía un Fénix —reflexionó sombríamente. —Agora tiene... esta cosa.

Cerca de la enorme jaula sobre el soporte, un escritorio grande de madera estaba cubierto a rebosar por pergaminos, tintas, libros, instrumentos y curiosamente, un juego de ajedrez mágico de gran tamaño. James se acercó a este, examinó donde se encontraban las piezas en un juego ya empezado en el tablero. Las figuras negras parecían estar hechas de ébano, mientras que las figuras blancas brillaban como diamante a la luz de la chimenea.

—A alguien le gustan mucho los juegos de mesa, —dijo Albus que se unió a James cerca de la mesa. —¿Quién crees que va ganando?

James negó con la cabeza. —Ralph lo sabría. Él es el jugador de ajedrez, no yo.

—Lástima que Ralph no fue invitado a esta pequeña fiesta —Albus se encogió de hombros, dándole la espalda.

—Tú tampoco fuiste invitado, —James murmuró malhumorado. En verdad, él hubiera preferido a Ralph bajo la Capa que a Albus. Se inclinó más cerca del juego de ajedrez, intrigado. Las figuras le parecían extrañamente familiares. Estudió el rey de ébano sobre su casilla. Era alto, con túnica, una capucha le cubría la mayor parte de su rostro, manos delgadas y empuñadas sobresalían de las mangas. Se quedó sin aliento con el reconocimiento.

—¿Qué? —susurró Rose inmediatamente. —¿Qué encontraste?

—¡Ven aquí! —James hizo un gesto llamando su atención, sin quitar los ojos del tablero. —¡Mira!

Rose se unió a él, acurrucándose hombro con hombro. Se inclinó sobre el tablero con una expresión de desconcierto. James la miró. —¿Lo ves? El rey de ébano.

Rose estudió la figura por un momento y, a continuación, se llevó las manos a la boca. —¡Es ese horrible mago que nos encontramos en Nueva Ámsterdam! —dijo a través de sus dedos. —¡El Coleccionista!

—El nuevo vicepresidente estadounidense, —James asintió. —Pero mira a su lado. Mira la Reina.

Rose se acercó más, con los ojos brillantes, preocupada. —Esa es... —frunció el ceño, confundida. —¿Quién es?

James miró a la alta estatuilla femenina, resplandeciente con ropas largas, el pelo tallado cayendo ondulado por su espalda y su orgullosa barbilla en alto. Los ojos eran diminutas esmeraldas. —Es la Dama del Lago —dijo con firmeza. —La reconocería en cualquier lugar.

El ceño de Rose se profundizó mientras estudiaba la figura. —¿Estás...? ¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro —respondió James. Volteó a mirar a su prima. —¿Por qué?

Rose parecía reacia a contestar. —Porque... bueno, para mí... es como si se pareciera a... —ella miró hacia él, con los ojos brillantes en la oscuridad. —Como si se pareciera a Petra.

James abrió la boca para protestar, pero mientras lo hacía posó sus ojos en la figura sobre el tablero de ajedrez nuevamente. Tallado en ébano negro, la cascada de cabello de la figura de repente se parecía al oscuro cabello de Petra. La barbilla levantada podría ser una señal de determinación en lugar de orgullo. Sus ojos ahora parecían ser de un azul amatista pálido.

—¿Quiénes son las figuras en el otro lado? —preguntó Rose, cambiando de tema. —Es difícil de decir. ¿De qué están hechas? ¿Cristal? ¿Diamante?

James se acercó más. La luz del fuego jugaba en las facetas de las figuras opositoras, oscureciendo sus detalles. El rey era alto, con el pelo rebelde y un par de pequeños anteojos inconfundibles. Y si quedaba duda alguna acerca de la identidad de esta figura, un rayo diminuto brilló débilmente, grabado en la frente. Rose vio esto al mismo tiempo que James. Ella le agarró el codo.

—¡Es tu padre! —susurró. —¡Y la reina! Es... esa es... ¿mi madre?

Pero James negó con la cabeza lentamente, tenso. —No, Rose... Esa no es tu madre. Esa es...

—¡Bingo! —la voz de Nastasia de repente cantó. —¡Creo que todos querrán ver esto!

James miró hacia arriba, siguiendo el sonido de la voz de Nastasia. Estaba a punto de decirle que lo que había encontrado ciertamente no podría compararse con las piezas de ajedrez inquietantemente familiares, pero cerró la boca cuando la chica de cabello rosa abrió una pesada cortina de intrincado bordado. Más allá, una antorcha azul parpadeaba ávidamente, iluminando una pequeña alcoba circular. El espacio estaba completamente vacío de no ser por una alta y pequeña mesa de madera y, sobre ella, un pequeño libro. Nastasia los miró con una sonrisa torcida. —Podría estar equivocada, —dijo —pero creo que... *es un diario*.

James miró a Rose, cuyo rostro aún estaba inusualmente pálido. Juntos rodearon el escritorio y se acercaron a la alcoba con cortinas. Albus se unió a ellos. Como si fueran uno, los cuatro estudiantes se deslizaron en el interior, rodeando la pequeña mesa.

El libro era sorprendentemente pequeño, los bordes de sus páginas eran ásperos y gruesos y su cubierta era de cuero curtido. Para los ojos de James, efectivamente, parecía una especie de diario personal o cuaderno de anotaciones.

—Tú lo encontraste, Nasty —dijo Albus, empujando a Nastasia. —Haz los honores y ábrelo.

—Yo no —contestó ella, dando un paso hacia atrás. —Estoy a favor de husmear y todo, pero esa cosa me huele a maldición. —ella miró a James, y por primera vez hubo algo parecido al miedo en su expresión.

James se estremeció y se volvió hacia el libro. —Bueno —tragó saliva. —¿Para qué más vinimos aquí?

Rápidamente, antes de poder reconsiderarlo, se inclinó hacia delante y tocó la cubierta de cuero, preparándose. No pasó nada. Miró a los otros.

—¡Léelo ya! —Albus declaró. —¿Qué, tienes la esperanza de que te absorban las páginas o algo por el estilo?

El momento quedó arruinado. James puso sus ojos en blanco y volvió su atención al libro. Volteó la cubierta con cuidado, revelando una página de un blanco cremoso. ¿Tal vez es letra invisible? Miró la página fijamente, esperando que algo sucediera. Cuando no pasó nada, volteó la primera página, luego la siguiente. Justo allí, en la tercera página, había una columna ordenada escrita a mano. Se inclinó sobre la página. En voz baja y tensa, comenzó a leer.

—Este es un relato de la vida oculta y no contada de... —se detuvo cuando una ola de frío cayó sobre él, dándole un escalofrío que le llegó hasta sus talones. —*¡Albus Percival Wulfric Brian Dumbledore!*

Detrás de él, Rose se quedó sin aliento.

—*Santos Hinkypunks* —dijo Albus con voz atemorizada. —¡Mi tocayo! ¡El mismísimo Gran Al!

—Calla —dijo en voz baja Nastasia. —Continúa James.

James asintió. Y tomando una profunda respiración, continuó. —Me temo que esto no será un relato alegre, y que muy posiblemente sea un registro privado como nunca antes haya existido, una crónica con mi puño y letra, hecha desde alguna parte tranquila que mi mente pudiera tener. Los recuerdos encerrados en estas palabras serían mucho más alegres de haber sido otorgados a la comodidad del pensadero, escondidos y olvidados. Pero, por desgracia, tan pronto fueron revelados, es un lujo imposible y prohibido para esta lamentable historia.

—Pero primero, una advertencia para cualquier persona que, ya sea por error o subterfugio, se ha encontrado viendo estas palabras: observe con atención el vacío, y asegúrese que el vacío le regrese la mirada. Que se sepa que al leer este relato, yo también estaré leyendo sus pensamientos y evaluándole. La maldición que resultará no estará en mi cabeza... ciertamente, ni siquiera puedo desear nada malo... no obstante le sobrevendrá. Algunas cosas no se pueden pagar con algo más que con la misma sangre. Por su bien, y mi paz mental, emprenda marcha atrás.

James dio un paso involuntario alejándose de la mesa y del diario de cuero.

—*Continúa* —dijo Nastasia débilmente.

—¿Deberíamos continuar? —preguntó Rose, con su voz casi en un susurro.

—Oh santo cielo —Albus puso sus ojos en blanco. —Es sólo una maldición de advertencia. Nosotros los Slytherin las utilizamos en todo momento, hasta en nuestras listas de tareas pendientes. Sólo los de primer año tienen miedo de estas.

—¡Pero este es el diario de Albus Dumbledore! —Rose contrarrestó. —Él no era un simple Slytherin con complejo de poder. ¡Fue uno de los magos más poderosos de la historia!

—Bien, lo que sea —Albus se encogió de hombros lacónicamente. —Volvamos a casa para hacer los deberes de Aritmancia, ¿qué dicen?

Nastasia se rio de nuevo y, a continuación, dio un codazo a James suavemente hacia adelante. —Dumbledore está muerto y enterrado —dijo. —Él no puede maldecir a nadie. Vamos, James. Sigue leyendo.

—Es fácil para ti decirlo —murmuró. Y, sin embargo, sabía que Nastasia y Albus estaban en lo cierto. Esto es a lo que habían venido después de todo. Usó su dedo para encontrar la línea en la que estaba y reanudó la lectura.

—Supongo que se podría decir que crecí en un hogar feliz, en el que hubo momentos de simple alegría, sin complicaciones. Permanecí con mi madre, Kendra, tras el encarcelamiento de mi padre, Percival, un hombre que sólo recuerdo vagamente, pero siempre he sabido del bastante confuso legado que dejó atrás. Fue sentenciado a Azkaban después de atacar un clan de jóvenes muggle... un acto de venganza paterna. Los chicos habían traumatizado a mi hermana menor, Ariana, tras una demostración de simple magia infantil. Eso es lo que se sabe.

—Lo que no se sabe es que yo culpaba a mi padre por su ausencia en los años siguientes. Su acto de venganza contra aquellos que habían devastado a su única hija era comprensible, pero inconsciente. Eso se lo llevó de nuestro lado. No podía pensar nada más que eso, y si se hubiera quedado, si su rabia ciega no hubiera brumado su prudencia, no lo hubieran enviado a la cárcel y esta lamentable historia habría terminado de manera muy distinta.

—Por ejemplo, a mi padre no le habría agradado Gellert Grindelwald. Si hubiera estado con nosotros, habría dicho que Gellert era solo un niño “altanero”, un talentoso joven pero un pomposo aristócrata que disfrutaba más que nada, escuchar el sonido de su voz. Lo sé porque mi madre me lo dijo en muchas ocasiones, y recuerdo muy bien a mi padre como para saber que ella estaba en lo cierto. Era esto mismo, lo más probable, lo que me llevó a hacerme amigo del joven Gellert Grindelwald, a pesar de su descuidada arrogancia y embriagadores delirios de grandeza. Él vivía con su tía para el verano, después de haber sido expulsado de la Academia Durmstrang por ser imprudente y un revolucionario de las masas. Ese solo hecho habría incitado a mi padre para prohibirme cualquier confraternización con Gellert, pero mi padre simplemente, no estaba allí. Nos

había traicionado a todos al ser enviado a Azkaban. De hecho para mí, fue el dolor de un niño pequeño enterrado bajo la rebeldía de un hombre joven, y esto solo tuvo un inevitable resultado: ya que mi padre no habría aprobado a Gellert Grindelwald, yo pretendía aceptarlo incondicionalmente.

—Y no fue difícil. Gellert y yo teníamos un mismo pensar: idealistas, ambiciosos, dispuestos a cambiar el mundo y maldecir las antiguas instituciones que nos retenían. Por supuesto, muchas de nuestras ideas eran temerarias. Algunas de ellas eran, de hecho, peligrosamente ingenuas, incluso fascistas. Pero éramos jóvenes y esencialmente faltos de poder. La retórica era libertad sin consecuencia alguna, y nos deleitábamos con ella.

—Pasé más y más de mi tiempo con Gellert mientras terminaba mi propio ciclo escolar y me embarcaba en aventuras descuidadas. Perseguimos las tan vanagloriadas Reliquias de la Muerte. Hicimos campaña para el cambio en las leyes de secretismo, elogiando los beneficios mutuos de la completa divulgación mágica hacia el mundo muggle. Además de ser un mago formidable, Gellert era un orador talentoso, usando su encanto natural y el magnetismo para reunir seguidores en todos los lugares a los que íbamos. Pasados dos años, habíamos ganado la suficiente confianza por parte de nuestros seguidores y dejamos de ser solo unos simples jóvenes jugando a la revolución. Cuando miré a nuestro alrededor, vi que la revolución ya no era hipotética. Se estaba convirtiendo rápidamente en una realidad.

—Y empecé a dudar.

—Fue un tiempo exquisitamente incómodo para mí. Por supuesto, Gellert no entendía lo que me guardaba. Traté de convencerlo, descubriendo tal vez un poco tarde que me encontraba un paso atrás, a pesar de mis mejores esfuerzos, yo era el hijo de mi padre después de todo. En el nivel más instintivo, sentí los defectos y peligros en nuestro plan. Me di cuenta que el idealismo de Gellert estaba impulsado mucho menos por el altruismo y más por el ego. Él no se limitó en el deseo de beneficiar al mundo muggle, al contrario, quería intervenir en este. Para él, eran más bien como una raza de mascotas parlantes... simpáticos animales por

los que se siente un poco de cariño y preocupación, pero que finalmente deben ser gobernados por su propio bien.

—No podía lidiar con Gellert en público, pues no tenía el menor deseo de minarlo. Tenía la esperanza de convencerlo en privado, para alterar sutilmente la dirección de la revolución que estaba burbujeando alrededor de nosotros. Pero él era inmune a la duda. Su convicción inquebrantable, reforzada tanto por su confianza natural como por su destreza mágica singular, estaba fuera del alcance de mi persuasión. Con el tiempo, lamentablemente, nos separamos.

—Desilusionado y derrotado, regresé al Valle de Godric sólo para encontrar que mi ausencia, como la de mi padre, había pasado factura sobre mi familia. Mi madre parecía haber envejecido una década. Aberforth se había vuelto hosco y malhumorado. Ariana estaba, si se pudiera decir, aún más retraída, enterrada tan profundamente en la red de sus propias y oscuras memorias que incluso no siempre podía convencerla para que hablara. En los años siguientes de ser atacada por los chicos en nuestro antiguo barrio, Ariana seguía sofocando su magia para encerrarla muy dentro de ella y de vez en cuando, estallaba involuntariamente. A veces los estallidos eran inofensivos... meros destellos de luz o monstruosas lluvias de ranas fuera de las ventanas de la cabaña... y a veces eran peligrosos, con platos estrellándose a toda velocidad contra las paredes, fuego en erupción desde la chimenea, o la casa temblando desde sus cimientos como si allí estuviera el epicentro. Siempre había sido malo, pero se estaba haciendo mucho peor. Entendí esto mucho más que nadie de mi familia. El poder mágico es como cualquier otra energía: una esencia indestructible. Si no se gasta, no desaparece, sino que se acumula, creando una presión que, incluso en los casos más benignos, inevitablemente llega a estallar.

—El detalle más inquietante de mi regreso a casa, fue encontrarme con que mi padre había muerto en Azkaban. Esto parecía una influencia poco evidente y al mismo tiempo la más fuerte para nuestra familia.

—Aberforth se negó obstinadamente ante mi ayuda en el cuidado de la casa y nuestra escasa tierra. En mi corazón no lo culpaba, aunque lo admito, mi juventud no lo permitiría. Después de todo me había ido por casi tres años, dejando a mi

hermano para que se encargara de todo por su cuenta. Sin embargo, hice lo que pude tratando de relegarme a una vida de duro pero sencillo trabajo, al menos por un tiempo.

—Mientras los días pasaban, sentía en mis adentros que algo me estaban ocultando. Mi regreso al Valle de Godric había complicado profundamente la vida de mi familia, de manera silenciosa. Se entretejía algo por debajo, conduciendo la rabia de Aberforth, profundizando las arrugas en el rostro de mi madre, empujando a Ariana aún más en sus pensamientos y aumentando la presión de sus poderes aprisionados.

—Tres semanas después de mi regreso, mientras se podía ver por las ventanas la llegada de la noche y el fuego crepitaba en la chimenea, me enfrenté a todos ellos, pidiendo saber lo que me estaban ocultando.

—Incluso ahora, muy honesta y sinceramente, quisiera no haberlo hecho. He dedicado mi vida a la acumulación del conocimiento, y sin embargo, si hay una cosa que he aprendido que me hubiera gustado haber conocido esa noche, es esto: hay cosas que es mejor no saber. A veces la curiosidad es un veneno, no sólo para quien lo toma, sino para todos a su alrededor.

—Como aún no había aprendido esto. Les exigí que me dijeran la venenosa verdad. Ellos no deseaban hacerlo. Se resistieron apasionadamente, pero no se los permití. Mi frustración por no haber sido capaz de cambiar la mente de Gellert Grindelwald me hizo tercamente insistente para hacer las cosas a mi manera con mi flexible familia.

—Al final, después de muchos gritos, después que Aberforth saliera hacia la noche, sin siquiera cerrar la puerta tras él, con mi madre llorando junto al fuego y Ariana de rodillas ante ella, de manera que ni siquiera podía ver su rostro mientras hablaba, fue ella quien me contó la historia.

—Ariana, mi hermana menor, estaba en cinta.

—Al saber eso, lo comprendí todo: la rabia preocupante de Aberforth, el miedo infundado de mi madre y el aumento de la inestabilidad de Ariana.

Después de todo, ¿Qué podría causar más estragos en la mente y cuerpo de una mujer, que el proceso fundamental y visceral del embarazo?

—El padre era un muggle, un joven de la aldea. Ariana insistió en que lo amaba, que él la entendía, y que ella deseaba ardientemente casarse con él. Por supuesto, Aberforth se negó a que esto pasara, yendo tan lejos como para amenazar al joven si se atrevía mostrar su cara en la puerta de la cabaña. Mi madre por su parte, se debatía entre el deseo de felicidad por su hija y el vil terror que, sin la supervisión constante de su familia, Ariana perdería el control de sus sofocados poderes, con un resultado catastrófico.

—En esto, por supuesto, ella era bastante y desgraciadamente profética.

—Esa noche, el barril de pólvora en el que se había convertido mi familia pasó a ser de mi total conocimiento. Ariana estaba entrando en su tercer mes con el niño, apenas se empezó a mostrar el bulto en su vientre. Y a medida que el bebé crecía, también lo hacía la tensión en la cabaña.

—Los ataques incontrolables de Ariana se hicieron más pronunciados. Una mañana, en que una enfermedad común del embarazo la afectó, partió a la mitad un mesón de la cocina con solo mirarlo. Una semana más tarde, mientras quitaba maleza detrás de la cabaña, la chimenea vomitó una gran cantidad de cieno negro como si fuera un volcán de alquitrán. Se hizo cada vez más difícil predecir lo que podrían generar los ataques de Ariana, que posteriormente se hacían mucho más complicados de contener.

—Aberforth pasaba su tiempo fuera de la casa, trabajando la tierra, mientras mi madre y yo nos encargábamos de atender a Ariana. Estos fueron los meses más largos y difíciles de mi vida. Mi única distracción, desagradable como era, eran las noticias de mi viejo amigo Grindelwald. Por su cuenta, se había convertido en un poder político tan dominante que amenazó al propio Ministerio de Magia. Los que le siguieron lo hicieron con una devoción casi fanática. Los que se oponían a él, lo plasmaban como un manipulador extremista que amenazaba no sólo la estabilidad de la sociedad, sino el mismo pilar base de la convivencia muggle-mágica.

—Y en mi corazón, sabía que esos temores no eran irrazonables. Grindelwald no se desviaría de su plan para subyugar el mundo muggle bajo su benévolo pisotón. No iba a dudar de sí mismo, porque estaba totalmente convencido de que sus objetivos eran buenos y correctos. Su mantra... *nuestro* mantra, si he de ser completamente honesto... era la doctrina dominante de que nada era aceptable *para el bien mayor*. Por supuesto, ahora sabía que los males más viles del mundo podrían estar justificados por esa causa.

—Gradualmente acepté el hecho de, que por alguna forma, de alguna manera, mi viejo amigo y compatriota tenía que ser detenido. Y, sin embargo, este problema tendría que esperar. Había aprendido la lección. El deber para con mi familia era prioridad.

—Y, sorprendentemente, en el medio de todo esto, todavía había momentos de belleza. El tiempo que pasé con mi hermana me llevó necesariamente, y más de lo que nunca había sido, a estar más cerca de ella. Empecé a entender el impulso inconsciente de negar sus poderes. Lo que había comenzado como un mecanismo de defensa se había convertido en un hábito tan arraigado que no lo podía evitar. Se había levantado una barrera en sí misma, tan fuerte, que ya no la podía romper. Pero la joven bruja dentro de esa barricada seguía allí, hermosa, encantadora y extrañamente inteligente cada vez que la podía convencer para que la dejara salir. Hablamos durante horas continuas y me di cuenta de algo sorprendente: Ella verdaderamente amaba al padre de su hijo. Lo había conocido en uno de sus viajes al pueblo, acompañada, como siempre, por la atenta mirada de nuestra madre.

—En cierto modo, era la vigilancia de mi madre lo que facilitó sus encuentros. Ariana siempre se quedaba fuera de la tienda, esperándola pacientemente en un banco, por temor a tener "un incidente" dentro de la tienda. Allí, esperando remilgada y obedientemente, había llamado la atención del hijo del dueño de la tienda que acababa de regresar de la universidad y se preparaba para comenzar una nueva vida. No quería nada más que hacer de Ariana parte de esa vida.

—No tenía conocimiento de su herencia. Para él, ella era sólo una niña del pueblo con una madre sobreprotectora. Empezó a fijarse cuando ella aparecía en la

banca fuera de la tienda de su padre, para encontrarla allí. Su noviazgo corto pero brillante, echó raíces durante esos breves encuentros.

—Muy pronto, Ariana comenzó a reunirse con él en secreto, planeando citas en medio del bosque entre la cabaña y el pueblo.

—Ahora, por supuesto, esas reuniones fueron prohibidas. Aberforth vigilaba a Ariana ferozmente, sin permitirle que saliera de la casa por su cuenta.

—No podía discutir con mi hermano. Al igual que mi padre, las pasiones de Aberforth eran profundas e implacables. Pero yo no podía permitir que el corazón de Ariana quedara tan roto. La llevé conmigo, sólo una vez al pueblo para ver a su hombre. Mientras tanto yo esperaba en la tienda comprando diversas mercancías con dinero muggle, haciendo tiempo para que Ariana se reuniera con el joven hombre una vez más en la banca fuera de la tienda. Observé a través de la ventana, y fue, sin duda, un espectáculo con dulce nostalgia.

—El joven hombre... Timothy era su nombre... estaba, obviamente, bastante herido por Ariana. Apenas se tocaron mientras hablaban, formando la imagen misma del apropiado recato, pero lo hizo una vez colocando una mano sobre el protuberante vientre de mi hermana, cuidadosamente oculto bajo un vestido de gran tamaño y un delantal. Era bastante doloroso, y me pregunté, fugazmente, si quizá estaba haciendo más daño que bien al permitir esto.

—Sin embargo, no me arrepiento, ni entonces ni ahora.

—Un mes más tarde, la primera tragedia que marcó a nuestra familia ocurrió.

—Hay personas que saben que mi hermana Ariana mató sin intención alguna a nuestra madre, Kendra Dumbledore. Sucedió cuando Ariana perdió el control de sus poderes de manera catastrófica, causando una explosión mágica que destruyó el dormitorio trasero de nuestra cabaña. Nadie supo de la violencia de esa explosión, aparte de la perturbada Ariana, psicológicamente dañada, un peligro para sí misma y para todo el mundo a su alrededor. Yo, por supuesto, sabía toda la verdad. Ariana no perdió el control porque estuviera loca, o enojada, o mentalmente inestable. Ella perdió el control porque estaba dando a luz. El esfuerzo de traer a su bebé al mundo desató cada fragmento de magia que había

acumulado dentro de ella durante la última década. El nacimiento de una vida marcó el final de otra.

—Algunos podrían llamar a ese suceso poético, supongo.

James detuvo su lectura cuando el choque de estas revelaciones se acumuló en su mente. Había oído hablar del infortunado pasado de Dumbledore, por supuesto. Gracias a todo lo dicho en el libro de Rita Skeeter, *La Vida y Mentiras de Albus Dumbledore*, todo el mundo mágico sabía de la amistad que hubo alguna vez entre Dumbledore y Gellert Grindelwald, así como sus tragedias familiares. Y, sin embargo, ni siquiera el chismorreo lascivo del libro de Skeeter se había acercado al secreto más oscuro de todos: el hijo ilegítimo de la joven Ariana, nacido de un padre muggle, cuyo nacimiento había servido como presagio de muerte.

—Siento que no deberíamos estar leyendo esto, —dijo Rose en voz baja.

James asintió. —No es la maldición. Es sólo que... es demasiado privado.

—Al diablo con la privacidad —contrarrestó Albus. —Con mucho respeto y todo eso, pero el hombre está muerto. Lo que quiero saber es cómo diablos este diario llegó aquí. ¿Por qué el extraño profesor de Durmstrang lo tiene? ¿Cómo es que sus manos llegaron a esta cosa?

—Lee un poco más, James —Nastasia asintió con increíble gravedad. —¿Qué pasó después?

James se mostró reacio a seguir, pero sabía que era la única cosa que podía hacer. Habían llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás. Se inclinó sobre la mesa una vez más y volvió la página.

—Junto con Aberforth enterramos a nuestra madre en el cementerio del Valle de Godric. Pocos asistieron al funeral que se realizó en un día desalentadoramente brillante y alegre. Los pájaros cantaban alrededor y el niño lactante aún sin nombre, se arrullaba y chillaba con ellos, cómodo entre los brazos de su madre, ignorante de la gravedad de la ocasión.

—Ariana no habló en el funeral. De hecho, se mantuvo casi muda desde ese día. Ella se sentía responsable. En su mente, ella había matado a nuestra madre.

Traté de consolarla, pero mis palabras eran vacías, incluso a mis propios oídos. La muerte del último de nuestros padres era una experiencia singularmente inquietante bajo las mejores circunstancias.

—Apenas eran las mejores circunstancias.

—Infortunadamente, cualquiera que haya vivido una tragedia sabe, que la vida, muy exasperantemente, sigue adelante. Aberforth regresó al cuidado de la casa y los campos. Ariana se dedicó exclusivamente a su pequeño hijo. Y yo reconciliado conmigo mismo me coloqué a la tarea que sabía inevitablemente, caería sobre mí: hacer frente a mi viejo amigo, Gellert Grindelwald.

—Gracias a él y de su creciente número de partidarios, rumores de revolución sacudían al Ministerio de Magia hasta sus raíces. Nada era cierto, y el miedo estaba en todas partes. Líneas estaban siendo dibujadas entre amigos, vecinos, incluso los miembros de una misma familia, mientras los dos bandos se solidificaban, amenazando con la ruptura sin cuartel del mundo mágico.

—Por lo tanto, le escribí a Grindelwald, invitándolo a una reunión. Sin que llevara su séquito, le solicité. Ven a donde nos conocimos, sugerí, al Valle de Godric, a nuestra pequeña cabaña. Allí, le propuse que nos encontráramos, como lo hicimos en años anteriores: como si fuéramos los compañeros de antes, hermanos, amigos.

—Él estuvo de acuerdo. Ahora veo que él pensaba que yo había cambiado de opinión, y me había arrepentido de mi desacuerdo con él. Él no venía preparado para la confrontación, sino más bien como alguien que acepta a un socio arrepentido, un ex contrario que había visto su error en el camino.

—Tal vez por eso las cosas salieron mal tan rápidamente. El cálido abrazo que marcó nuestra reunión rápidamente se transformó en una tensa conversación cuando nos sentamos en la cocina de la cabaña, un par de tazas de té aumentaron el frío entre nosotros. Gellert era, si cabe decir, aún más terco que en el pasado. Él anuló mis objeciones sin pausa, convirtiendo el debate en mi contra, insistiendo en que yo estaba del lado de las mismas fuerzas a las que antes me oponía, las viejas instituciones de la ignorancia y de la tradición. Él era apasionado y celoso,

repetiendo nuestros viejos mantras como si fueran leyes naturales: el progreso exige el cambio; restringir el potencial de un mago es esclavizarlo; el mundo muggle necesita reglas mágicas por su propio bien; dominio es el curso natural del desarrollo humano.

—Mi enfado aumentaba mientras me contrarrestaba punto por punto, pero me las arreglé para mantener mi compostura, para tratar de ganar con la razón y la amistad, a pesar del creciente calor en nuestras voces y los puños que golpeaban la mesa, haciendo sonar nuestras tazas de té. Finalmente, sin embargo, se puso de pie bruscamente, tumbando su silla. Señaló hacia el dormitorio aún dañado en la parte trasera de la casa.

—“¡Tu propia madre ha muerto a causa de la ignorancia de los muggles!”, gritó él. “¡Atacaron a tu pobre hermana, destruyeron su mente, la enviaron a una espiral de negación mágica durante años! ¡Tu padre era el único con suficiente sentido común para contraatacar! ¿Y el Ministerio de Magia premió su valentía? No. Ellos lo castigaron por ello. Como resultado, está muerto. Tu madre está muerta. Tu hermano es un pastor de cabras sin esperanza. Y tu pobre hermana fue perturbada de una forma indescriptible. Eres la peor clase de tonto, Albus: un tonto cuya locura es un arma misma. ¡La sangre de tu familia está en tus manos! Y yo, por mi parte, te desprecio por esto”.

—Y fue así, por supuesto, que mi temperamento se rompió. Era inevitable. Salté y me coloqué en pie. Las varitas centellearon. Intenté un simple hechizo de desarme, con el único objetivo de someterlo y avergonzarlo. Sin embargo, él fue demasiado rápido, contrarrestó al instante. Y con eso, el duelo había iniciado.

—Técnicamente, estábamos empatados. Gellert, sin embargo, se había expandido hacia el dominio de la magia oscura desde la última vez que lo había visto, y eso me hizo perder el equilibrio, me obligó a retirarme, a defenderme en lugar de atacar.

—Y aun así, mientras el duelo avanzaba, esto no era mi mayor debilidad. El simple hecho era que yo realmente no deseaba derrotar a mi viejo amigo. Le había convocado para razonar con él, para convencerlo del error de sus planes. No tenía ningún deseo de destruirlo. Yo era en parte responsable de lo ocurrido, después de

todo, yo le había ayudado a definir sus ideologías revolucionarias. E incluso en ese momento, una pequeña parte de mí todavía se aferraba a estas. Mi mente dividida me retenía. Grindelwald, sin embargo, tenía el fuego de la convicción absoluta de su lado. Él era una fuerza imparable, aferrándose al destino con sus dientes. Me iba a matar, lo sabía, y se sentía bastante justificado para hacerlo. Sería lamentable, pero era necesario... *para el bien mayor*.

—Hechizos brillaron y estallaron por todas partes, iluminando y dañando la cabaña mientras luchábamos. Afortunadamente, estábamos solos en nuestro duelo, tanto Ariana como Aberforth estaban fuera en el campo. El ruido era indescriptible, y me pregunté si la casa podría resistir tanto poder mágico. Esta fue una preocupación lejana, sin embargo, ya que mi falta de convicción predijo mi propia derrota. Gellert me derrotaría, y todo porque no podía hacer a un lado la memoria de nuestros años juntos.

—Simplemente no podía pensar en él como un verdadero enemigo, digno de mis ataques más feroces.

—Desesperadamente, escapé del duelo, girando mi varita hacia la chimenea, destruyéndola y convocando a una avalancha de piedras. En el caos, me escapé a la sala y me metí en un dormitorio, sellando la puerta con un encanto de inmovilidad.

—Y sólo entonces me di cuenta de que Gellert y yo, de hecho, no estábamos solos.

—El bebé de Ariana estaba en la cuna, a los pies de la cama, con los ojos muy abiertos, sus diminutos puños se cerraron sobre su pecho. Me miró parpadeando en silencio, todavía envuelto en sábanas.

—La frialdad me envolvió. No podía permitir que el niño fuera dañado, sobre todo después de lo que Gellert me había dicho. Porque en el fondo, temía que él estuviera en lo cierto. Tal vez yo era en parte responsable de todo lo que había ocurrido hasta ahora. Tal vez debería haberme unido a mi padre en el ataque a los que habían perjudicado a Ariana. Tal vez la sangre de mi madre estaba de hecho en mis manos.

—Aparté estos pensamientos de mi cabeza y cerré mis ojos. Era esta misma duplicidad lo que me debilitaba. En ese momento, no tenía el lujo de dudar. Si quería salvarme junto con mi infante sobrino... si iba a derrotar a mi antiguo amigo y ahora reciente némesis... necesitaría algo más que destreza mágica. Necesitaba convicción.

—Necesitaba librarme de los recuerdos que me retenían.

—No tenía el pensadero en esos días, pero sabía de su existencia, y había experimentado con esto. Sabía que habían permitido a un mago extraer y ver sus propios recuerdos. Lo que necesitaba en ese momento, sin embargo, era un método para *eliminar por completo* los recuerdos de mi propia mente, aunque fuera sólo temporalmente, aunque sólo fuera por el tiempo que tomara para derrotar a Grindelwald. Sabía que tal magia era posible, aunque plagada de peligros. Pero sin pensadero a mi disposición, ¿cómo podría lograr tal cosa? ¿Dónde puedo almacenar los recuerdos de mi viejo amigo? ¿Dónde podría ocultar temporalmente ésta influencia nublando nuestra larga historia e ideas compartidas?

—Gellert golpeó la puerta, no con los puños, sino con un hechizo *convulsis*. Reconocí su fuerza. Me llamaba, exigiendo que abriera la puerta, para que le enfrentara y terminar lo iniciado. Sabía que no iba a ceder, y que la puerta sellada no lo detendría por mucho tiempo. Las paredes se estremecieron y se agrietaron en el momento que renovó sus ataques.

—Y es en este punto de la historia que espero que el lector... el cual espero no exista... me extienda algo de comprensión. Yo era joven, y estaba desesperado, con miedo. Tenía, tal vez, un poco más de inteligencia que sabiduría. Para cuando me di la vuelta a la oscuridad de la habitación, vi justo lo que más necesitaba. Vi un pensadero. Me esperaba pacientemente, en silencio, chupando su pequeño puño, me miró con los ojos muy abiertos, solemnes.

—El niño podría contener mis pensamientos conflictivos en mi lugar. No había nada de malo en eso... el diminuto cerebro del niño no los comprendería más de lo que podía comprender las palabras en mis libros de hechizos. Mis propios pensamientos y recuerdos podían mentir sin mezclarse en ese diminuto

cerebro durante el tiempo que necesitaba para derrotar a Grindelwald, dejándome sin conflictos y lleno de convicción.

—Y eso, me temo, fue exactamente lo que hice. Me acerqué a la cuna de mi sobrino y aun cuando el suelo temblaba y la puerta era golpeada e incluso cuando las luces emitidas por magia entraban a través de las grietas crecientes en el techo y paredes. Toqué mi cabeza con mi varita, y en medio del creciente caos, me concentré, llamando cada ápice de mi creativa energía mágica.

—Desvié todas mis memorias de la amistad con Gellert Grindelwald, sin dejar ni un eco de ellas en mi propia mente. En buena medida, incluí todas nuestras ideas compartidas... la debilidad inherente del mundo muggle, la justificación de todo en nombre de un bien mayor, los recuerdos de la muerte de mi madre, y antes de eso, las fugas de demencia de Ariana, e incluso antes de eso, el ataque de los que no entendieron sus poderes. Vertí todo en un hilo largo y plateado, sacado cuidadosamente de mi propia sien, lo sentí, el dichoso vacío en mi mente. El hilo pulsaba en el final de mi varita, largo y grueso, cargado con mi propio e inquietante pasado. Incluso en medio del caos que le siguió, me sentí un poco estremecido de satisfacción: el experimento había funcionado. La extracción de los recuerdos sin dejar ni un eco era de hecho posible.

—Sin ningún reparo, con cuidado y amablemente, puse la memoria contra la sien de mi sobrino recién nacido. Los absorbió sin parpadear. Los vi desaparecer en su cabeza, poco a poco. Cuando quité mi varita de él, estaba oscura, vacía y fría. Estaba lista para la batalla.

—Al igual que yo...

...

—Y aquí, querido e imposible lector, es donde mi memoria directa sobre estos eventos me falla. El resto sólo lo sé por el recuento de los demás, por conjeturas, y por mis propias habilidades en adivinación.

—El duelo se reanudó. Pero no hubo un claro ganador. Ariana y Aberforth regresaron a la cabaña en estado de pánico en la cúspide de la batalla, encontrando dos figuras encerradas en una guerra tan brillante, tan intensa, tan devastadora

que destruyó lo que quedaba de la cabaña. Ariana, por desgracia, murió, aplastada entre los escombros. Aberforth fue arrojado lejos, inconsciente mientras la cabaña era quemada estrepitosamente por las chispas provocadas por la magia.

—Gellert Grindelwald escapó apenas con vida, perseguido por su enemigo, un hombre cuya convicción había regresado con fuerza, impactante en su severidad y sombrío en su determinación.

—Olvidado en medio de todo, aunque sólo por un momento, un pequeño bebé lloraba en medio de las llamas mientras la casa se desmoronaba a su alrededor. Sus gritos flotaban en el aire de la noche, llegando a los oídos de un hombre que se dirigía a la casa en estado de alarma, convocado por el ruido del duelo. Encontró la casa colapsando en llamas, el hombre... un pobre muggle alrededor de los quince años... desafió el infierno, quemándose las manos severamente en busca de los pequeños gritos de lamentos.

—Se llevó al bebé a su casa, a su esposa.

—Supuso que la familia del bebé había muerto en el incendio.

—Él y su esposa criaron al niño como si fuera suyo, llevándolo en sus viajes interminables, naturalmente fueron imposibles de rastrear, incluso cuando, algunos años más tarde, finalmente se establecieron en la región de Svalbard en una costa de Noruega.

—A medida que el bebé crecía... mientras su diminuto cerebro se expandía y adquirió el lenguaje y comenzó a formar sus propias memorias... los pensamientos que habían sido plantados dentro de él comenzaron a florecer. Como una enredadera invasora que consume todo un jardín, el poder de esos recuerdos tomó el control del chico. De alguna manera sabía que no eran suyos, pero él los absorbió sin poder hacer nada.

—Lo definían. Su personalidad innata se inclinó ante la personalidad inyectada en él, inclusive influyendo en su apariencia. Se *convirtió* en la persona de quien provenían esos recuerdos.

—Le molestaba esto. Y a la vez lo aceptaba. Odiaba a la persona que lo había invadido, convirtiéndolo en su espejo oscuro. Pero había un lado bueno.

—Debido a que esa persona había sido *poderosa*. E incluso a una temprana edad, incluso en medio de una trivial educación muggle, el chico sabía que ese poder era bueno. Algún día le permitiría convertirse en todo lo que su benigno doble había temido ser.

—Yo, por supuesto, era ese chico. Adopté el nombre dado por mi familia muggle... Avior Dorchascathan... pero ahora soy, y siempre seré, el doble involuntario de Albus Dumbledore. Él me abandonó a mi suerte. Es cierto que me buscó. Sé de esto ahora. He hecho un estudio de mi ahora muerto "benefactor". Pero él no pudo encontrarme. Fracasó porque *no quise* ser encontrado... usé su propia magia prodigiosa para construir un escudo, para esconderme de él y otros como él. Me hizo. Me dio tanto sus convicciones como sus poderes. La culpa de esto lo consumió, pero no le permitiría tener alivio. Yo era un mero fantasma para él, imposible de rastrear, rondando su pasado. No deseaba nada más que viviera con el tormento de lo que había hecho.

—Por no mencionar el hecho de que, si me hubiera encontrado, hubiera podido deshacer su obra. Podría haber eliminado los recuerdos que me definen, y con ellos el poder excepcional que me impulsa. Me negué a permitir que eso sucediera, a pesar del hecho de que sus recuerdos me encarcelaban. Soy su esclavo, y para mí no había tregua, no tenía la felicidad de un pensadero.

—*Soy un pensadero, ya ves.*

—Esta es la carga que he llevado a lo largo de mis años. Yo vivía en el terror que Albus Dumbledore me pudiera encontrar y tomar de mí su don oscuro. Y, sin embargo, he vivido con la esperanza de que *iba* a encontrarme, y me concediera la liberación. La fricción de esos dos deseos era como una falla tectónica en mi alma, partiéndome en dos.

—Pero ahora, grata y felizmente, Albus Dumbledore está muerto. Su cuerpo está enterrado en una tumba blanca. Voy allí, algunas veces, para asegurarme de

eso... para asegurarme que él se ha ido, que es una mera cáscara de hueso y carne muerta.

—Su muerte me ha liberado. Ahora, por fin, cumpliré con el destino que él no pudo cumplir por todos los conflictos que tenía. Voy a terminar la obra del hombre que venció. Porque yo tengo lo mejor de ambos: tengo la convicción del propio Gellert Grindelwald y el poder incomparable de Albus Dumbledore.

—Dejo este recuerdo en lugar del manifiesto que nunca pude escribir, pero que sin duda surgirá una vez que mi trabajo esté completo. Mi plan ya está en movimiento. Las piezas se mueven de acuerdo a mi diseño. Aliados han llegado a mi lado. Pronto, el destino de toda la clase mágica se cumplirá con carácter definitivo.

—Para un mundo mágico.

—Para el Progreso.

—Para el Orden Natural.

—Para un *BIEN MAYOR*.



James miró la última frase del diario, demasiado sorprendido para moverse. Albus se agitó a su lado. Tentativamente, él se adelantó y dio vuelta la página. Estaba en blanco.

—Tenías razón, James —dijo Rose, asombrada. —Avior *es* el doble mágico de Dumbledore.

James negó con la cabeza. —Él no es su gemelo en absoluto —dijo, dando un paso atrás del diario. —Él es... otra cosa. Algo peor.

—Es un golem —dijo Nastasia con sobriedad.

Albus miró. —¿Un qué?

—Un golem. Acabamos de aprender acerca de ellos en Historia de la Magia del profesor Bunyon. Es una estatua de barro traído a la vida por un pergamino mágico en su cabeza. Las palabras en el pergamino le dan su personalidad y conducen cada una de sus acciones.

—Excepto que las palabras en el pergamino de Avior son las peores cosas acerca de Albus Dumbledore —Rose asintió, con los ojos muy abiertos y con gravedad en su rostro. —Tiene todos sus defectos, pero ninguna de sus virtudes. Él es... ¡él es el Dumbledore *malvado*!

Las palabras quedaron suspendidas en el aire al mismo tiempo que sonaban tan absurdas y escalofriantes.

Y en la cámara principal de la oficina de Avior, se encendió la chimenea con un color verde brillante, iluminando la habitación y arrojando sombras sobre las endeables cortinas de la habitación del diario.

—¡Él viene! —Albus declaró, cerrando el diario. —¡Rápido, escóndanse!

Instintivamente, James tiró de las cortinas cerrando la alcoba y se arrojó contra la pared al lado de ellas, arrastrando a Nastasia a su lado. Albus y Rose desaparecieron bajo una ráfaga de tela evanescente. Precisamente en el mismo momento, un par de pasos sonaron en el suelo de piedra de la cámara principal. Una silueta sombría apareció frente a las cortinas de la alcoba cuando la luz verde se desvaneció, reemplazada por un parpadeo amarillo.

Durante casi un minuto, la sombría figura no se movió. James luchó por contener la respiración. Se dio cuenta de que aún aferraba a Nastasia contra él. En silencio, se soltó de ella y la empujó hacia atrás de la alcoba. Ella se acercó a su lado.

Y entonces, sorprendiendo gravemente a James, la figura oscura pronunció su nombre.

—James Potter. Sabía que nos reuniríamos de nuevo. Sal de donde estés. No hay necesidad de ocultarse.

James no podía moverse. Sus ojos se desorbitaron en la oscuridad. No era sólo que fuese capturado. Era que la voz era completamente malvada. Esperaba que fuera el profesor Avior. Pero esta voz era diferente. Era más profunda, más perversa, con un gruñido burlón en ella. La reconoció.

La última vez que la había escuchado, había estado en Nueva Ámsterdam.

Se volvió a Nastasia, con los ojos muy abiertos y conmocionados. —¿Es el Coleccionista?! —murmuró. Ella frunció el ceño en la oscuridad.

Por último, la silueta en las cortinas se movió. —Ha estado leyendo mi diario, señor Potter, —la voz reprendió. —No debe estar sorprendido de que lo sepa. Las palabras al inicio lo decían muy claramente: mientras leía mis palabras, yo también lo leía a usted. Agradezca que esperara a que terminara de leer antes de interrumpirle.

Nastasia todavía en la oscuridad tenía el ceño fruncido hacia James. Ella negó con la cabeza. —Avior —murmuró. Tenía razón. A pesar de cómo la voz había sonado en un principio, ahora era sin lugar a dudas la de Avior Dorchascathan.

Detrás de James, las cortinas se echaron hacia atrás, abriéndose totalmente y dejando entrar la amarilla luz de la chimenea, así como también una larga y alta sombra en la pared del fondo.

—No hay necesidad de temer, señor Potter —dijo la sombra. —Y buenas noches a usted también Srta. Hendricks. ¿Té?

Nastasia sonrió y se encogió de hombros. —¿Por qué no? Ya que estamos aquí... un montón de azúcar y mucha crema si no es molestia.

—Por supuesto —la figura suspiró.

James se volvió y miró hacia arriba, estudiando la alta figura. Era el profesor Avior, sus gafas de media luna torcidas, su fina nariz y su sencillo sombrero puntiagudo. Sonrió fríamente a James, a continuación, haciendo un movimiento de invitación con su brazo, dándoles una apropiada bienvenida a la oficina.

—Ahora ya sabe todos mis secretos, señor Potter —dijo, notando la indecisión de James. —Por favor, no nos quedemos en formalidades. Somos como los más cercanos amigos y los más profundos de los confidentes. No tiene que dudar en mi presencia.

Nastasia tiró del brazo de James, llevándolo fuera de la alcoba. La siguió hacia un grande y bajo sofá, cerca de la chimenea. Ella se dejó caer sobre este con facilidad, pero James se quedó de pie.

—Pregunte lo que quiera, señor Potter —dijo Avior mientras movía su varita, convocando un juego de té de plata a través del cuarto, que flotó sin esfuerzo, brillando en la oscuridad, siguiéndolo hasta el sofá. —No hace falta ser un experto en adivinación para saber que simplemente está lleno de preguntas.

Los labios de James permanecieron bien cerrados. La verdad era que estaba tan lleno de preguntas... y ni un poco de miedo... se sentía completamente bloqueado. Por último, mientras Avior usaba su varita para levitar la tetera y llenar una taza humeante, una pregunta saltaba de su curiosidad.

—¿Por qué nos dejó leer su diario?

Avior sonrió mientras servía una segunda taza. —Directo a la raíz del asunto, —asintió con la cabeza, —Su franqueza es uno de sus rasgos más fuertes, señor Potter. Es un don, de verdad.

Terminó de verter el té, y luego se sentó en un gran sillón frente al sofá. Se quedó mirando a James sobre su taza de té tanteando y sonriendo débilmente.

—Los dejé leer mi diario, señor Potter, —respondió lentamente, —porque quería que lo hicieran. Sabía que tenía curiosidad sobre mí. Por eso lo he invitado a mis habitaciones, si lo recuerda. Yo sabía que si fuéramos a ser amigos... y tal vez incluso compatriotas... entonces tendríamos que iniciar con la base de la confianza

y la honestidad. Yo ya sabía su historia, James. He sido un estudiante de sus hazañas, aunque en secreto. Era justo, entonces, que usted debía saber las mías.

James negó con la cabeza, confundido. —Pero ¿por qué? ¿Cuál es el punto? Quiero decir, me siento un poco mal por lo que le pasó a usted y todo...

—¡Eso no!, —dijo Avior, cerrando los ojos y levantando una mano delgada. —Me entiende mal, James. Realmente puede tratar de ser un poco más como la señorita Hendricks aquí presente. Ella entiende estas cosas muy bien, sospecho. ¿Estoy en lo correcto, señorita?

Nastasia agachó la cabeza y revolvió su té. —Usted quería que James supiera su historia porque los deja en igualdad. Es más justo así. Sin secretos.

—Precisamente, —Avior asintió. —no necesito su simpatía, James. Tampoco la de nadie más. No anhele mi destino, ya no más. No, de hecho, lo acepté. El simple hecho es que yo no sufro del mayor defecto de mi benefactor: Albus Dumbledore, verás, él era un legendario guardador de secretos. Los escondió lejos de los que más se merecían su confianza. Su padre, James, sufrió por esto. Durante meses continuos, Albus Dumbledore lo mantuvo deliberadamente en la oscuridad, hambriento de información y de confianza. Incluso hoy en día, esto atormenta a su padre, aunque dudo que él sea plenamente consciente de esto. Si Dumbledore hubiera sido totalmente honesto con Harry, las cosas podrían haber sido diferentes. ¿Por qué? Dumbledore incluso podría seguir con vida. —Avior se detuvo, su rostro se nubló un poco ante esta idea. Después de un momento, se sacudió. —Mi punto es este: Albus Dumbledore pasó toda una vida ocultando mucho y revelando poco. Yo no sufro de ese error. Yo he puesto al descubierto mi pasado completamente ante usted, James. Como muestra de confianza. De equilibrio.

James finalmente se sentó en el sofá junto a Nastasia. —Pero... todavía no lo entiendo. ¿Por qué?

Avior miró de James a Nastasia, levantando sus cejas inquisitivamente. —¿Ha leído los libros basados en el famoso Harry Potter, señorita Hendricks? ¿Los escritos por la talentosa Sra. Revalvier?

Nastasia asintió y sonrió. —¿Quién no? Cuando yo era una niña, los devoraba como caramelos.

—Dígame —Avior continuó, mirando cuidadosamente en la gran oscuridad. —¿Por qué cree que sea importante para mí poder deshacer los errores de mi indeseado gemelo?

Nastasia respiró hondo y pareció dar la idea de estarlo pensando un momento. James la miró, algo impresionado y molesto al mismo tiempo por la aparente facilidad con que lo hacía.

—Supongo que porque así como el viejo Dumbledore necesitaba a Harry, *usted* necesita a *James* —finalmente sugirió, encogiéndose de hombros. —Ruedas dentro de ruedas, la historia se repite y todo eso.

—Bueno, —Avior la evadió, —“necesitar” es una palabra bastante fuerte. Pero creo que ha dado con el meollo del asunto, no obstante señorita Hendricks, y no me sorprende. El tiempo, James, es un círculo. Eres demasiado joven para saber esto, pero el pasado se repite todo el tiempo, sin cesar. Incluso los muggles entienden esto. Ellos tienen un dicho: los que no estudian la historia están condenados a repetirla. Pero esta es una idea errónea. El más sabio de nosotros evitaría repetir la historia. El más sabio de nosotros buscaría reconocer los patrones y no sólo repetirla, sino *mejorarla* en el proceso. Harry Potter y Albus Dumbledore eran el primer ciclo. Usted y yo, James, somos el segundo. No debemos cometer los mismos errores que ellos. He hecho mi parte por no ocultarle mi pasado, como Dumbledore lo hizo con su padre. Del mismo modo, tengo la esperanza que usted va a hacer un esfuerzo para no repetir... los desaciertos de su padre.

La mente de James se tambaleaba. El ceño fruncido en su rostro se sentía permanentemente pegado allí. —Yo... —sacudió la cabeza con preocupación. —No sé lo que quiere decir. ¿Qué se supone que haga?

—Es muy sencillo, James —Avior respondió fácilmente. —Ustedes han empezado a oponérseme. No lo saben, pero es cierto. Me ha seguido en el Bosque Prohibido, descubriendo una pequeña parte de mi plan, y trató de revelarlo a las autoridades, por todo el bien que eso haría. Esta no es la forma en que se suponía

iba a suceder, mi joven amigo. El destino tiene un plan diferente para usted. — miró hacia su escritorio, hacia el tablero de ajedrez de gran tamaño con sus piezas dispuestas. — Todos tenemos nuestra parte por jugar. Debemos mejorar la historia, no frustrarla. No debemos cometer los mismos errores como Dumbledore y su legendario padre.

James sacudió la cabeza de nuevo, con más fuerza esta vez. — Pero ellos no cometieron ningún error. Ganaron, ¿no es así? Quiero decir, claro que Dumbledore murió. Tal vez eso se podría haber evitado de alguna manera. Pero juntos con un montón de amigos y colaboradores fue que vencieron a Voldemort.

— Y dadas las circunstancias — Avior asintió, dejando su taza de té a un lado sobre una mesa pequeña. — Eso fue algo lamentablemente necesario. El Señor Oscuro sufría de delirios de paralizante grandeza. Se había convertido en una caricatura, un megalómano. Se había olvidado de su verdadero propósito, y por lo tanto se convirtió en un problema. Vi todo esto, sabía cómo debía terminar, incluso sin la ayuda de mis adivinaciones. El ciclo no estaba listo para ser completado. Pero ahora, el ciclo comienza de nuevo. Ahora, se llevará a cabo como debió ser entonces. La estrategia de magos visionarios, malentendidos, desde el mismo Salazar Slytherin, finalmente se hará correctamente.

Un escalofrío recorrió la espalda de James, quedándose en sus pies y convirtiéndolos en bloques de hielo. No era la primera vez, que anhelaba los tranquilizadores consejos del director Merlín, cuya visión del mundo siempre había parecido tan reconfortantemente simple y frustrantemente en blanco y negro. — Pero... está hablando de destruir el Voto de Secreto y tomar el mundo muggle.

Avior sacudió la cabeza y se rio entre dientes. — Mi querido James, el Voto de Secreto ya fue destruido. Fue destruido por la mano de su propia amiga y alma gemela, Petra Morganstern. Nos guste o no, usted tenía un papel decisivo en ese acto. Verá, ya ha comenzado a cumplir el papel que el destino le ha determinado. Al igual que Harry Potter fue el instrumento de Albus Dumbledore, usted está destinado a caminar a mi lado, para ayudarme a llevar al mundo mágico a su tan esperada época dorada.

James quería salir corriendo, para encontrarse en un lugar diferente a esta sala, rodeado de estas palabras imposibles, dementes, y esconderse de ese rostro tan familiar. Sin poder hacer nada, miró a un lado a Nastasia. Ella bebió un sorbo de té y le devolvió la mirada con suavidad. Al no ver ninguna ayuda allí, James volvió su atención al profesor.

—Este no es realmente usted quien está hablando —dijo, tratando de dar sentido a lo que estaba sucediendo. —Son los pedazos que Dumbledore puso en su cabeza cuando era un bebé. Las partes que él sabía eran malas. Usted no es más que... no es más que un golem.

El rostro de Avior oscureció con las palabras de James. —Le agradecería que no use mi generosidad en mi contra, señor Potter —dijo fríamente. —Yo le compartí mi historia para demostrarle mi honestidad. No para proporcionarle la ilusión del control. ¿Se le ha ocurrido que quizás Albus Dumbledore, estaba en lo cierto? ¿No el hombre viejo que se hizo amigo y utilizó a su padre, sino el joven que era mi tío? ¿El amigo y co-revolucionario de Gellert Grindelwald? Fue el propio Albus Dumbledore quien recalcó la frase “para un bien mayor”. El hombre al que reverenciaron una vez conoció que el verdadero destino del mundo mágico no era gobernar. Sino colocarse en una posición que le corresponde, una posición de superioridad sobre el mundo muggle, no como un tirano... ese fue el error de Lord Voldemort... sino como un pastor. Un tutor. Y sí, un guardián. Esto es a la vez la carga y la gloria del mundo mágico. Para beneficio de los muggle, así como para el nuestro. Ellos nos necesitan, después de todo. Hasta ahora les hemos fallado. El joven Dumbledore tenía razón. Seguramente usted debió verlo.

James negó con la cabeza lentamente mientras hablaba Avior, frunciendo el ceño. —Dumbledore cambió de opinión. Se puso más viejo, más sabio. Sabía que si el mundo mágico se colocaba sobre los muggle, el poder lo corrompería. Los tiranos se harían cargo. Nadie puede manejar tanto control sin abusar de éste.

—Esto es lo que se les ha enseñado —Avior asintió. —Y por lo general, es cierto. Pero hay unos pocos de nosotros para los que tales axiomas no se aplican. Para este puñado de gente, es nuestro deber *probar* dicha regla... por ser su excepción.

Nastasia asintió alegremente. — Tiene sentido para mí.

James se volvió hacia ella con incredulidad, con sus ojos muy abiertos. Ella le sonrió y James vio un pequeño brillo en medio de sus ojos, los de la *otra...* Nasti. Y ella le guiñó un ojo.

— Así que entonces realmente es usted, — dijo James, hablándole a Avior y colocándose en pie una vez más, metiendo una mano en el bolsillo de su varita. — En verdad está planeando activar algún tipo de súper arma mágica cuando llegue el final de año en Hogwarts, atacando y matando al grupo de líderes mundiales Muggle.

— Las revoluciones son simples matemáticas, señor Potter — Avior inclinó la cabeza con tristeza. — El ganador es siempre el que está dispuesto a proporcionar el número adecuado de bajas. La Red Morrigan es un arma misteriosa y ruin... no hay ninguna duda de ello. Pero su oscura grandeza es lo que la hace tan eficaz. Mejor un solo golpe y eliminar toda la oposición a la vez, que una guerra interminable, llena de víctimas involuntarias, espectadores inocentes e infortunados escudos humanos. Esto, después de todo, es cómo los líderes humanos mantienen la ilusión de superioridad: no siendo el más poderoso, sino escondiéndose detrás de la mayoría de los soldados. Si se piensa en ello, mi plan... dirigido a los líderes mismos, quirúrgicamente, al igual que tratarlos como el cáncer que son... no es más que algo humanista. Es nuestra responsabilidad moral.

— Está completamente loco — James sacudió la cabeza lentamente. — No sólo está planeando matar a los líderes del mundo Muggle. También va a matar a los líderes mágicos. El propio Ministro de Magia estará allí, así como un montón de otros mandatarios mágicos, reyes y cancilleres.

Avior asintió, haciendo una mueca. — Por desgracia, el cáncer también se ha extendido a las filas del mundo mágico, James. Pero incluso entre los magos, los líderes del gobierno son simplemente las herramientas en manos de la población. Si una herramienta deja de realizar su función, debe ser destruida y reemplazada.

James retrocedió ligeramente, lentamente, su mano derecha todavía enterrada en su túnica, empuñada alrededor de su varita. — La Red Morrigan, — dijo

lentamente. —Claro. Muy bien, entonces. Dígame, si voy a unírmele, a trabajar con usted... ¿qué hace? ¿Cómo funciona?

Avior rió alegremente. —Hay una razón por la que tenía que destruir al Sr. Worlick —dijo, con los ojos centelleantes. —Incluso mis mejores aliados pueden llegar a ser un problema simplemente por saber demasiado. Worlick sabía mucho, demasiado. Ha sido una pena tener que matarlo, porque era una herramienta eficaz, pero fue algo prudente y necesario. Si hubiera sido capturado... digamos, por su padre, James, como ocurrió una vez... él hubiera podido revelar los secretos que usted está pidiendo. Créame, le estoy haciendo un favor al no revelarle estos misterios y secretos de La Red Morrigan. Además, usted me perjudica. No quiere ayudarme, incluso ahora, sino encontrar una debilidad, para aprovecharse de mí, para frustrarme. No le culpo por esto. Alianzas como la nuestra toman tiempo.

Un pensamiento pasó por la mente de James, arrugando el ceño mientras miraba directamente a Avior. —¿Cómo sabe todo esto? La Red Morrigan fue creada por alguien en los Estados Unidos... un estúpido mago americano, usando un montón de esclavos muggles para recoger suministros. Él tiene que saber todos sus secretos también, ¿no? ¿Está pensando en matarlo también? Lo hemos conocido, y sé que matarlo sería mucho más difícil que matar a Worlick.

Estaba esperando que Avior se enojara por esto, o que se conmocionara y se sorprendiera. En cambio, el viejo profesor simplemente negó con la cabeza y se rió en voz baja, cerrando los ojos otra vez. —James, mi muchacho, tengo que admitir que esperaba más de usted. Es listo. Le proporcioné todas las piezas necesarias. Todo lo que tenía que hacer era juntarlas. Pero quizás no debería culpar a su ingenio. Se necesita algo más que la mera inteligencia para comprender tal astucia. Con el tiempo, se pueden desarrollar las habilidades adecuadas, como ha hecho la señorita Hendricks.

Avior se inclinó hacia adelante, encontrando la mirada de James con sus penetrantes ojos azules sobre sus gafas de media luna. —Fíjese bien en mí, James. ¿Qué ve?

James lo veía de cerca, entrecerrando los ojos. Como de costumbre, no había traído sus gafas. Sacudió su cabeza vagamente.

—No es inusual que los magos y brujas aprendan el arte de ser animagos, — dijo Avior, bajando la voz a un ruido sordo. —su propia profesora, McGonagall, ha dominado esta habilidad. Ella misma se transforma en un felino común a voluntad. Simplemente he tomado esta técnica a un nivel superior.

Se puso de pie, quitándose las gafas y metiéndolas en su túnica. Sin dejar de sonreír, se retiró el sombrero puntiagudo de su cabeza y lo dejó caer sin atención sobre la silla detrás de él. —He dominado el arte de transfigurarme a mí mismo en el animal más peligroso de todos... —su sonrisa se amplió, mostrando todos sus dientes. Abrió los brazos lentamente. —El animal *humano*.

Mientras hablaba, *cambió*. Sus estrechos hombros se expandieron. Sus delgados brazos crecieron alrededor con músculo debajo de sus túnicas. Su barba se redujo, se oscureció, y se apartó a no más que una sombra gris en las mejillas y el mentón. Pero lo peor de todo era su rostro. El rostro amable y sabio de Albus Dumbledore apareció frío, esculpido, con crueldad, con labios burlones y ojos negros como el alquitrán.

—No temo a lo que mi compatriota en los Estados Unidos sepa, —dijo el nuevo rostro del profesor con voz profunda y de regocijo. —Porque *yo soy él*. El Coleccionista es mi alter ego. Mi máscara. Es la cara que voy a llevar cuando suba al poder en los Estados Unidos, y poco después, al mundo.

James casi se cayó de espaldas sobre el sofá. Se apoyó torpemente, incapaz de apartar sus ojos del nuevo y oscuro rostro del profesor. —Pero... —balbuceó, con su voz repentinamente muy seca. —Pero, ¡usted envió monstruos tras nosotros! ¡Intentó matarnos!

—De hecho lo hice —dijo la figura transformada, inclinando la cabeza como si intentara ofrecer una disculpa por un pequeño accidente. —Fui, tal vez, un poco precipitado. Inventé al Coleccionista como una especie de marioneta, un señuelo, pero ha desarrollado una personalidad propia. Cuando estoy en su apariencia, lo admito, de vez en cuando saca lo mejor de mí. Y todavía, en mi defensa, entonces no sabía lo importante que usted podía ser para mí, James. No respetaba el papel que iba a jugar. Las cosas son diferentes ahora. Ruego por su perdón mientras forjamos nuestra nueva y potencial alianza.

—No voy a formar una alianza con usted —dijo James, finalmente sacando su varita temblorosamente de su túnica. —Simplemente no lo haré.

El Coleccionista parecía afligido. —Eso sería lamentable, James. Por favor, por su propio bien, le ruego que no responda tan apresuradamente. La historia se *repetirá*, pero con cambios sutiles. Recuerde el pasado: Albus Dumbledore fue asesinado en el transcurso del último ciclo, eliminado por la varita de un amigo disfrazado como un enemigo. Si se resiste a mí... si intenta interponerse en el camino del destino... me temo que esta vez *usted* puede ser eliminado por la varita de un enemigo... disfrazado de amigo.

James percibió movimiento por el rabillo del ojo. Miró a un lado y vio que Nastasia también estaba en pie. Su varita estaba fuera, señalándolo. La expresión de su rostro era lamentable, pero firme e inquebrantable. —Lo siento, James —ella se encogió de hombros. —Traté de decirte que no confiaras en mí. Realmente. Te di un *montón* de advertencias.

James negó con la cabeza, su confusión abrumada constantemente por una especie de ira asqueada. —¿Estás *en* esto?

Ella puso sus ojos en blanco con impaciencia. —No te pongas altivo y fuerte ante mí. Solo me di cuenta de todo un par de días antes que tú. La única diferencia entre tú y yo es que yo sé que el profesor tiene razón.

—¡Una diferencia muy importante! —James escupió, levantando su propia varita. —¡Él casi nos *mata* en Nueva Ámsterdam!

—*Expeliarmus* —Nastasia llamó con voz aburrida, agitando su varita hacia él. La varita de James fue arrancada de sus manos y giró a través del aire. Nastasia la atrapó hábilmente. —Wow, —dijo ella, impresionada con ella misma. —Eso fue bastante bueno, ¿no? Debiste verlo venir.

—El poder es de los que no tienen miedo a usarlo —dijo el Coleccionista en aprobación, todavía de pie delante de su sillón. —Podría aprender mucho de la señorita Hendricks, James. Los estadounidenses siempre han apreciado la inevitabilidad del progreso. Por supuesto, ella tiene la gran ayuda de su herencia

familiar. Reconocí esto de inmediato en ella. La sangre transporta sus propios recuerdos, y la de ella, de hecho, es una línea de sangre magnífica.

James estudió la cara de Nastasia. —¿Nasti?

—Eso sería más fácil, ¿no? —ella sonrió débilmente, su varita aun señalando firmemente hacia él. James estaba consternado al ver que esta no era una parte de la personalidad de Nastasia. Esta era totalmente ella... tanto Nasti y Ashya... trabajando juntas, tal vez de mala gana. Se alejó de ella, a pesar de que sentía que era inútil. Detrás de él estaba la pared de piedra desnuda, flanqueada por pilares. Frente a él, la entrada de la cámara estaba custodiada por la imponente figura mecánica de Tawil Al-U'mr.

—Muy bien —James balbuceó rápidamente, mirando de Nastasia al Coleccionista. —¿Qué quiere?

El Coleccionista extendió las manos, con las palmas hacia arriba. —Todo lo que quiero, James —sonrió. —Es su consideración. Su paciencia. Su voluntad de considerar la idea de permitirme, de hecho, estar en lo cierto. Va a encontrar esto difícil de creer, pero yo no soy un hombre malo. Yo mismo soy simplemente una herramienta en la mano del destino, la suerte de estar disponible en este importante momento crucial en la historia. Lo que deseo de usted es una decisión: ¿va a ayudarnos a llevar adelante una nueva era dorada para el mundo mágico? ¿O va, como tantos otros, a ser aplastado en los dientes del progreso?

Mientras hablaba, el Coleccionista giró, acercándose a la mesa. —Ya verá, James, no existe un mecanismo por el cual el ciclo se puede detener en este momento. Fuerzas más allá de la comprensión se han alineado para asegurar esto. El destino ya no es una fuerza silenciosa, fría y distante. El destino es ahora una de nuestras herramientas... una cuerda que podemos estirar y atar a nuestra voluntad, —miró a James, sonriendo con complicidad —un *Hilo Carmesí*, por así decirlo, casi a nuestro alcance, listo para ser cosido como deseemos, formando un tapiz con *nuestro* propio diseño.

James sabía a lo que la horrible figura se estaba refiriendo. En su mente, vio el misterioso Telar del Destino en el sótano del Archivo de Alma Aleron, congelado

en su lugar, ya no teje su mágica e interminable historia humana, todo por culpa de un solo hilo rojo, robado. Oyó la voz de Merlín, tan grave como premonitoria: *esto lo cambia todo*.

—El Hilo Carmesí —susurró. —La Dama del Lago...

El Coleccionista no le hizo caso. Se volvió hacia el escritorio y, casi con delicadeza, tomó una pieza del tablero de ajedrez de gran tamaño. Era uno de los caballeros de cristal. La diminuta figura brillaba y centelleaba en su mano. —Su decisión, James, —reflexionó, mirando la pieza de ajedrez, —no es si unirse a mí, o tratar de detenerme. *No hay* forma de detenerme ahora. Las piezas están casi en su lugar. Los secretos de La Red Morrigan están ocultos y a salvo. El plan de meses y años y siglos está ahora en marcha. No, James. Su opción es unirse a mí... o morir.

Las palabras del Coleccionista flotaban en el aire como humo, persistentes, resonando en la cabeza de James. ¿Estaba realmente amenazándolo de muerte? ¿Aquí y ahora? Miró hacia la varita extendida de Nastasia, y luego a sus ojos. Ella le ofreció una mueca impaciente y sacudió su cabeza, como diciendo *¿qué estás esperando, estúpido?*

Al otro lado de la habitación, un revolotear de tela y un súbito movimiento llamó la atención de James. Una mano apareció en el aire, flotando a unos pasos detrás del Coleccionista. La mano... James la reconoció como la de Albus... estaba empuñando su varita.

—*Petrificus...* —dijo él, con su voz ahogada bajo la capa de invisibilidad, y luego, interrumpiéndose —¡Ah, maldición!

Hubo una pelea, un gruñido y la mano de Albus se volvió hacia el suelo, dejando caer su varita. El alivio de James fue reemplazado con una molesta frustración tanto Albus como Rose se desplomaron bajo la Capa, cayendo uno sobre el otro en el suelo de piedra.

El Coleccionista no se volvió. —Cosas asombrosas, Capas de invisibilidad —comentó sin hacer nada. —Pero con el terrible defecto de poder tropezar constantemente. Señorita Hendricks, por favor asegúrese que nuestros nuevos huéspedes no causen ningún problema.

Nastasia puso ojos irritados y, maldiciendo en voz baja, convocó las varitas de Rose y Albus. Resonaron contra James mientras volaban a la mano de Nastasia.

—Bienvenidos, mis jóvenes amigos, —el Coleccionista anunció —También les había ofrecido té a ustedes, pero parecían estar disfrutando de su sentido de aventura secreta. Por favor, si se colocan por allí, aquí vamos a terminar muy pronto.

Rose se lanzó sobre Nastasia, pero un mero movimiento de la varita del Coleccionista la arrojó hacia atrás, empujando a Albus a un lado. Ambos cayeron desordenadamente en el suelo junto a la gigante jaula del Jiskra.

—¡Basta! —gritó James, dando un paso adelante de nuevo. —¡Déjelos en paz!

Sin soltar el caballero de cristal en su mano izquierda, el Coleccionista miró a James, con expresión seria. —Que esto sea una lección, señor Potter. Sus decisiones no son sólo suyas. Las repercusiones influyen en todo el mundo que nos rodea. Su hermano y su prima, por ejemplo. Pero yo sé lo que está pensando. Está pensando en su pobre prima, la infortunada Lucy. —él asintió lentamente con la cabeza y con una firme mirada. —Ella pagó el precio más alto por sus decisiones, ¿o no fue así? Una lástima que no haya aprendido a evitar tales errores. ¿O lo hizo? Sea cuidadoso. Sus siguientes palabras decidirán el curso de muchas, muchas vidas.

Pero no fue James quien habló a continuación. Fue Albus. —Hey “*Profesor*” —dijo él, adoptando el tono más ofensivo que podía. —Se le olvida algo. Nosotros los Slytherin no *necesitamos* varitas para causar problemas.

James se volvió hacia su hermano, al igual que Nastasia y el Coleccionista. Albus tenía ambas manos enganchadas en el marco de la jaula del Jiskra. Con una amplia sonrisa, la tiró.

La jaula calló, se estrelló y se quebró dejándola abierta. Con un chillido ensordecedor, el Jiskra irrumpió fuera de la jaula, inmediatamente pareció duplicar su tamaño a medida que se alzaba, desplegando sus grandes y correosas alas con rojas y enmarañadas plumas. Las dos cabezas curvadas como cuellos de ganso, girando furiosamente, mirando fijamente hacia Albus.

—¡Oh *maldición!* —Albus gritó de nuevo, agarrando a Rose y empujándola a un lado.

El Jiskra chilló, esta vez exhalando una nube de niebla desde una de las cabezas. La otra cabeza escupió un montón de chispas blancas, como una piedra golpeando un pedernal. Las chispas encendieron la niebla, que explotó en llamas de un color azul-naranja.

James se paralizó ante las llamas que llenaban el espacio en el que, un momento antes, Albus y Rose estaban de pie. El fuego creció contra la pared, encendiendo un enorme tapiz. Una mano de repente agarró la muñeca de James. Él levantó la vista para ver a Nastasia, ella bajó su varita, su rostro tenía ojos abiertos e impacientes, lo estaba arrastrando hacia la chimenea.

—¡Vamos, Cornelius! —dijo. —¿Quieres convertirte en un residente permanentemente?

El Coleccionista se adelantó, levantó su varita. Por el momento, sin embargo, estaba distraído con un tapiz en llamas. Un chorro de agua brotó de su varita, haciendo un sonido sibilante contra las llamas.

—¡Al! —James gritó, —¡Rose!

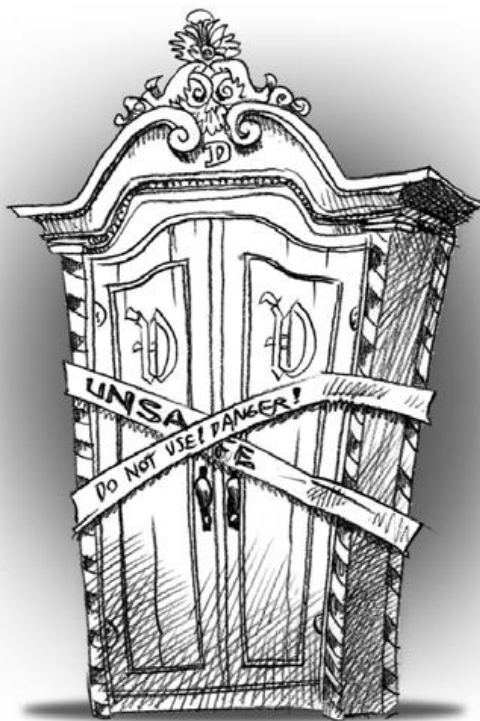
Nastasia agarró una pequeña vasija de la repisa de la chimenea: Polvos Flu, por supuesto. Los lanzó al fuego, donde se deshicieron.

—¡Salta! —ella le ordenó, tirando a James junto a ella.

Llamas verdes se arremolinaban a su alrededor mientras él medio saltó y medio cayó en la chimenea. Detrás de él, Rose gritó; Albus maldijo; el Coleccionista rugió.

Un instante después, el ruido desapareció, engullido en el girar de las llamas verdes.

Dondequiera que se dirigieran James y Nastasia, él sólo podía esperar que su prima y su hermano hubieran tenido el sentido común y la gran fortuna de seguirlo.



Capítulo 16

Las Aflicciones de Filch

Algo frío y duro se alzó en medio del fuego y golpeó a James, haciéndole perder el aire. Cayó, dándose cuenta que ya había salido de las llamas verdes y estaba sobre un suelo de piedra.

—¿Dónde estamos? —jadeó, luchando por ponerse de pie, mareado por el viaje inesperado a través de la chimenea. —¿Estamos de vuelta en casa?

Nastasia se puso en posición vertical junto a él, mirando a su alrededor. —No estamos en casa —respondió sin rodeos.

Una escalera de hierro circular estaba frente a ellos, subiendo hacia un balcón bajo. Grandes maceteros se alineaban en los costados hacia arriba, portando vides y hojas de gran tamaño.

—¡Ni siquiera hemos dejado Durmstrang! —exclamó James. —¡Fuimos a la última posición desde donde viajó Avior! ¡Su propio salón de clases! ¡Uf!

Cayó hacia adelante cuando otra figura rodó hacia él, eructando desde las llamas verdes de la chimenea del salón de clases. Una cuarta figura chocó contra los tres, haciéndolos caer a todos al suelo en un montón desordenado.

—¡Debemos irnos rápidamente! —jadeó Albus en el oído de James. — ¡Corran! ¡Vamos, vamos, *vamos!* —se puso de pie, poniendo una rodilla en la espalda de James a su paso.

Rose volvió a gritar, mucho más cerca esta vez, por el fuego verde que se encendía una vez más. Una gran y complicada forma explotó desde la chimenea, detrás de las llamas y chillando monstruosamente. El Jiskra aterrizó justo detrás de James, batiendo sus alas para mantener el equilibrio, con sus cabezas gemelas girando. Lo miró con sus cuatro ojos pequeños y brillantes y se levantó.

James rodó frenéticamente a un lado, apenas evitando la explosión de fuego líquido. Manos lo agarraron, arrastrándolo a sus pies mientras el Jiskra se abalanzaba, agitando las alas, luchando para ponerse en vuelo.

Pasos chocaban en las escaleras de hierro cuando Albus subió, seguido por Rose, Nastasia y, tropezando en la parte trasera, James. Garras escarbaban en las barandillas cuando el Jiskra se tambaleaba tras ellos, medio volando, chillando con sus dos cabezas.

—¡Varitas! —gritó Albus, trepando hacia el balcón. —¡Nastasia! ¡Danos nuestras malditas varitas!

—¡No hay tiempo! —exclamó Nastasia. —¡Ni siquiera sé de quién es cada una!

Una ráfaga de fuego hirvió a través del suelo del balcón de hierro forjado, zumbando las hojas de las plantas Yuxa Baslatma. El Jiskra siguió, montando la baranda del balcón y lanzándolo al aire. Aleteaba sobre la cabeza, agitándose y arañando hacia los asustados estudiantes con sus garras.

—¡Ay! —exclamó Rose, tropezando entre las plantas. —¡Estoy atrapada!

James trepó hacia un alto detrás de ella, viendo que de hecho Rose estaba enredada entre las vides florecidas de las plantas. La agarró del brazo y tiró con fuerza, arrastrándola hacia adelante. Las vides tiraron hacia atrás, estallando y cayendo en su macetero, arrastrando zarcillos de raíces sucias.

—¿Qué estás esperando? —dijo Albus con impaciencia, pasando por la segunda escalera. —¡Ya estamos casi ahí! —señaló hacia las puertas dobles abiertas abajo y más allá del corredor.

James dio otro tirón remolcador al brazo de Rose, liberándola de la planta Yuxa justo cuando el Jiskra se abalanzó encima de la cabeza de nuevo, lanzando una columna de llamas. El cabello de Rose y su ropa se incendiaron y gritó de nuevo, agitándose sin poder hacer nada. James agarró a su prima y arrojó su ropa sobre ella, amortiguando las llamas. Junto a él, se dio cuenta con cierta sorpresa, Nastasia estaba haciendo lo mismo. Su propio pelo rosa estaba chamuscado y echando humo.

El Jiskra gritó con furia, dando vueltas hacia atrás.

Nastasia condujo a Rose por delante de ella, mientras pasaban a través de las plantas. Llegaron a la segunda escalera y comenzaron a bajar. Una sombra cayó sobre ellos, y James se dio vuelta para ver al Jiskra llenando su visión, extendiendo sus alas y brillantes garras rojas y negras.

Hizo lo primero que se le vino a la mente: se abalanzó y agarró las piernas del Jiskra con las dos manos, evitando por poco sus garras ganchudas. El gran pájaro gritó, se tambaleó hacia delante desbalanceándose, golpeó sus alas, y se estrelló con fuerza en las macetas de las plantas Yuxa Baslatma, golpeando a varias de ellas a la vez. Cayeron al piso de abajo, destrozando las macetas antiguas como bombas.

James se negó a soltar las piernas escamosas y luchadoras del Jiskra, aunque lo noqueara, agitara y lanzara de nuevo al aire. Tiró de James, cayendo justo sobre el borde del balcón. Los pies de James giraban violentamente por sobre las mesas del salón de clases, con el peso del gran pájaro abajo. Se agitaba frenéticamente, luchando por mantenerse en el aire, pero finalmente fracasó golpeándose contra el balcón de enfrente y arrojando a James fuera. Cayó entre los escritorios, derribando

sillas en todas las direcciones. Milagrosamente ileso, se lanzó a un lado, escondiéndose debajo de una mesa cuando el pájaro aterrizó encima de él con un golpe pesado, respirando una gota de furioso fuego hirviendo.

Empujando las sillas a un lado, James se arrastraba frenéticamente debajo de las mesas, dirigiéndose hacia las puertas abiertas del salón de clases. Delante de él, vio a Albus, Rose y Nastasia correr entrando a la luz de las antorchas del pasillo. Rose se detuvo en seco y miró hacia atrás con sus ojos salvajes y su pelo humeante. Después de un momento de aterrorizada duda, se devolvió, llegando a donde James estaba revuelto debajo de la última mesa.

—¡No, Rose! —gritó, tratando de espantarla. —¡Corre!

—¡Cállate, grandísimo idiota! —gritó. —¡Estoy tratando de salvarte!

—¡No *necesito* que me salven!

—¡Seguro, podrías engañarme!

Tropezando con sus pies, James se precipitó hacia las puertas abiertas, arrastrado por Rose. Una forma sopló sobre ellos, cubriéndolos con polvo y aliento caliente. Se deslizaron al fin cuando el Jiskra se puso delante de ellos, bloqueándoles ambas puertas, con sus alas extendidas. Sus picos rechinaban y chirriaban, chasqueando hacia adelante.

James agarró a Rose, tratando de empujarla detrás de él, pero ya era demasiado tarde. El Jiskra se levantó, inflando su pecho para rociar una última llamarada.

Algo lo golpeó desde atrás lo suficiente para hacerlo caer hacia adelante. Ambas cabezas golpearon contra el suelo de piedra, exhalando con violencia pero sin causar daños en dos direcciones. Grandes alas correosas aplaudieron abajo, extendiéndose en el suelo como enormes ventiladores sucios.

Detrás del aturdido Jiskra, enmarcados en la puerta abierta, estaban Albus y Nastasia con las varitas levantadas.

—¡Esta no es ni siquiera mi varita! —exclamó Albus de repente, levantándola y examinándola críticamente. —¡Esta es la de Rose! Maldita sea, acabo de usar la varita de una chica.

—No va a quedarse abajo por mucho tiempo —dijo James, tirando de Rose.
—¡Vamos!

Juntos, saltaron sobre el Jiskra, apenas evadiendo el penacho de plumas de su cola. Ya se estaba moviendo, comenzando a ponerse de pie.

Corriendo tan fuerte como pudieron, los cuatro estudiantes navegaron por los pasillos, enhebrando su camino de regreso a la azotea de la torre y al Armario Evanesciente. Los alumnos de Durmstrang se hacían a un lado maldiciéndolos con furia, pero sólo por un momento, ya que el Jiskra seguía persiguiéndolos a toda velocidad a lo largo de los pasillos como un gran cometa rojo, rebotando en las paredes, chillando y triturando los tapices con sus garras.

Como uno, James, Rose, Albus y Nastasia se lanzaron en el Armario, casi dándolo vuelta por completo. La puerta se cerró detrás de ellos con un estruendo, sellándolos afortunadamente pero incómodamente en sus estrechos confines.

Un flash y un momento más tarde, los cuatro cayeron al suelo frente a la mesa de Slytherin en el Gran Comedor de Hogwarts.

—¡Ay! —se quejó Albus. —¡James, bájate de mi cabeza, grandísimo idiota!

Torpemente, Rose, Nastasia y James se salieron de la pila, tirando a Albus hacia arriba con ellos. James levantó la mirada para ver el Gran Comedor lleno de estudiantes, todos mirándolos fijamente, interrumpidos en medio de la cena. En la parte trasera de la sala, Filch levantó la barbilla y acarició su bastón, obviamente tratando de reprimir una mueca. Junto a James, el pelo de Rose seguía echando humo. Las vides se retorcían alrededor de sus mangas. La cara de Albus estaba manchada de hollín de Jiskra. Todos llevaban arañazos y ropa rasgada por las garras del Jiskra.

—Podría preguntar —una estridente voz femenina habló detrás de James —
¿Qué están haciendo ustedes cuatro?

James se volvió con aire de culpabilidad en el acto, mirando a la Profesora McGonagall. Se había puesto de pie en la mesa principal. Junto a ella, la silla del director estaba vacía.

—Nosotros... —comenzó James, pero fue interrumpido cuando el Armario Evanesciente de Durmstrang explotó junto a él.

La puerta verde pulida estaba destrozada, pulverizada en todas direcciones cuando una forma monstruosa roja salió por ella, chillando y golpeando extravagantemente sobre la mesa de Slytherin. Los gritos llenaron el aire cuando los asustados Slytherin se tambalearon hacia atrás, subiendo unos sobre otros para escapar de la vajilla rota, voladura de cubiertos, y en medio de todo esto, la elevada y golpeada forma del Jiskra.

—¡Ah, vete al infierno y vuelve! —gritaba Albus sin poder hacer nada, blandiendo la varita en la mano una vez más. —¡*Desmaius!*

El rojo hechizo no conectó a la gran ave, estallando contra una ventana y rompiéndola.

El Gran Comedor estalló en caos. La mitad de los alumnos huyeron hacia la puerta principal, mientras que la otra mitad quedaron atrapados en su camino, sin saber lo que estaba sucediendo. Obviamente abrumado y frenético, el Jiskra escarbó a lo largo de la mesa de Slytherin, rompiendo más vajilla y agitando sus alas, finalmente lanzándose al aire sobre las cabezas de los atemorizados estudiantes.

James recuperó su varita que tenía Nastasia y se unió a Albus en el intento de aturdir al gran pájaro mientras se elevaba hacia el techo encantado, rociando fuego y gritando terriblemente. Cientos de velas flotantes del Gran Comedor se golpearon y rompieron tras el Jiskra mientras las rodeaba, lanzándose hacia abajo y tirando llamas hacia los manteles.

Más hechizos se unieron a James y Albus, pasando por encima en chorros rojo, verde y amarillo, golpeando las vigas y salpicando chispas mágicas como fuegos artificiales. La trayectoria de vuelo del Jiskra, sin embargo, era demasiado loca y al azar para permitir apuntarle. Se lanzó hacia abajo nuevamente,

revoloteando sobre la mesa principal. El Profesor Flitwick saltó encima de la mesa y corrió detrás de la gran bestia roja, salpicándola con encantos de congelación. Detrás de él, los profesores McGonagall y Debellows disparaban sus propias varitas, enviando hechizos de protección sobre la multitud de estudiantes que huían y extinguiendo muchos incendios.

En medio de todo esto, el fantasma del Barón Sanguinario perseguía al Jiskra, precipitándose violentamente y golpeando su espada fantasma.

—¡Lo tengo! —exclamó Albus, saltando encima de los detritos de la mesa de Slytherin y agitando su varita. —¡Lo tengo! ¡Un tiro más!

Una sombra se precipitó sobre él y una gran garra roja le arrebató la varita de su mano. Con un agudo CRACK, el Jiskra rompió la varita en dos, arrojando las piezas a lo largo del Gran Comedor. Con un chillido vicioso, se dio la vuelta, apuntando a Albus con sus cabezas gemelas serpenteantes.

—¡Me tiene! —exclamó Albus, con los ojos muy abiertos. —¡Me tiene! ¡Apártense del camino!

Saltó fuera de la mesa, pero la multitud era demasiado gruesa, estaba apretando, gritando y disparando hechizos al azar en el aire.

James trató de alcanzar la ropa de su hermano, para tirarlo hacia abajo y sacarlo del alcance del Jiskra, pero una enorme figura se puso repentinamente frente a él, bloqueándole completamente el paso. La figura olía vagamente a granero y cuero mojado.

—¡Te tengo! —gritó la figura jovialmente, gruñendo con el esfuerzo repentino. Un lavado de aire áspero y escombros voladores recibió James cuando el Jiskra retorció sus alas, repentinamente atrapado en su lugar por un par de enormes manos como jamones.

Era Hagrid, por supuesto, sonriendo a pesar de todo, sus ojos de escarabajo negro llenos de alegría parpadeante. —Está bien, ¿Quién será mi pequeña mascota? —dijo, como si hubiera atrapado un gatito por sus garras en vez de un monstruo tira fuego por sus alas. El Jiskra gritó y lanzó una llamarada a la cara de

Hagrid, pero éste se agachó, levantando al ave para que el fuego cayera sobre las mesas, derritiendo más de las velas flotantes en una lluvia de cera.

—¿Eres bastante animado, no es así? —reprendió Hagrid, riendo.

—¡Hagrid! —llamó la Profesora McGonagall, su voz se quebró y tembló de rabia. —¡Por favor saque a esa criatura del Gran Comedor de inmediato!

—Sí, señora Profesora —estuvo de acuerdo Hagrid, obviamente fuera de sí de alegría. —Sólo tengo que encontrarte un lugar, ¿cierto? Apuesto que quieres un buen tazón o una trementina caliente, ¿verdad? Porque tus plumas se caerán desde ahora, ¿no es cierto?

El Jiskra chilló de nuevo, tosiendo una débil llamarada y agitando sus alas en los puños carnosos de Hagrid, quien parecía tomar esto como entusiasmo amigable. Todavía estaba riendo y mimando a la bestia mientras se agachaba a través de la entrada del Gran Comedor.

En el silencio reinante que le siguió, James vio el estado en que quedó el Comedor. La brisa nocturna soplaba alegremente a través de varias ventanas rotas, jugando en los fuegos crepitantes que salpicaban las mesas. Vajilla rota y cubiertos dispersos cubrían las mesas y el suelo. Velas rotas hilaban y flotaban en todas las direcciones. A su alrededor, estudiantes murmurando, jurando y maldiciendo, fueron poniéndose de pie y saliendo debajo de las mesas. En el centro de todo, con los ojos llameantes de furia y sus mejillas pálidas como tiza, Argus Filch estaba sin habla con su bastón agarrado fuertemente con sus nudillos blancos.

Albus aún estaba sobre la mesa de Slytherin, agachado con ambas manos sobre la cabeza. Poco a poco se relajó.

—Qué pena lo de tu varita —comentó Nastasia mientras él bajaba de la mesa.

—Oh, bueno, ese es el menor de nuestros problemas —murmuró con voz temblorosa y le ofreció una débil sonrisa. —Además —añadió —todavía estaba usando la de Rose.

—Estudiantes —anunció la Profesora McGonagall severamente. —Para todos, la emoción ha terminado. Si alguno de ustedes está herido, por favor ayúdense

mutuamente para asistir a la enfermería. Si no puede, por favor hablen por ustedes mismos o los que tengan alrededor.

James miró a su alrededor. Sorprendentemente, a pesar del desastre, nadie parecía particularmente herido.

—En ese caso —continuó McGonagall, —por favor vuelvan a sus salas comunes y a sus asuntos. Tenemos un buen desastre que atender por lo que parece. —esto último lo dijo con el ceño fruncido pronunciado, mirando hacia abajo donde estaban James, Albus, Rose y Nastasia. —Ustedes cuatro, a mi oficina. Ahora.

—Profesora —jadeó Filch, acercándose a la mesa principal corriendo mientras arrastraba los pies. —Déjeme los a mí, por favor. Yo me encargaré de los castigos correspondientes.

—Sí lo hará, estoy bastante segura —McGonagall se mostró de acuerdo. —Pero no hasta después que los entreviste y compruebe cómo éste fiasco se llegó a producir. Por favor, a un lado, Sr. Filch.

—La disciplina es mi responsabilidad, Profesora —insistió Filch, casi vibrando con rabia. —¡Y en todos mis años no he sido testigo de estudiantes más necesitados de disciplina!

—Oh, me atrevería a decir que tu entusiasmo ha sacado lo mejor de ti, Argus —dijo McGonagall, bajando la voz cansada. —Recuerdo un cierto pantano que ocupó todo un pasillo por muchos meses, conjurado por un par de bien inspirados jóvenes Weasley. Tan notable como esto, que parece llevar el sello distintivo de un accidente y no un acto deliberado.

—¡El descuido por si solo es un crimen, Profesora! —exclamó Filch, escupiendo con vehemencia. —¡Permítame realizar mi deber!

—Sr. Filch, su *deber* es ver que este Comedor esté restaurado y funcionando para mañana —declaró McGonagall, retomando su altura. —¿O se le ha olvidado para qué es lo que esta escuela le paga?

Filch no se dejó intimidar, firme en su convicción furiosa. —Pero el Director ha...

—El Director no está aquí, como puede ver, lo que me deja muy hábilmente a cargo. Usted ha tenido una larga e ilustre carrera en esta escuela, Sr. Filch. Odiaría ser la responsable de su despido.

Filch jadeó y dio un paso atrás, con los ojos entrecerrados. —No se atrevería. El Director...

—Seguramente lo contrataría de nuevo —asintió ella lacónicamente. —Pero ambos sabemos que los directores no duran mucho en estos tiempos. Harías bien en recordar quiénes son sus aliados a *largo plazo*, Argus. Algunos de nosotros tenemos recuerdos muy largos de hecho.

Filch miró a la profesora, con los ojos todavía estrechados amenazadoramente. Por último, bajó su bastón negro, dejándolo sonar en el suelo. —Como quiera, Profesora —gruñó. —Pero estaré esperando a estos tres, al menos, cuando haya terminado con ellos —miró a James, Rose y Albus con los ojos brillantes. —No me negaré cumplir con mis deberes. Mientras tanto... atenderé mis *otros* deberes.

Asintió con la cabeza y se alejó, mirando las ruinas en el comedor.

McGonagall hizo una gran respiración profunda, forzosamente para calmarse a sí misma. —Lo que sea que tengan que decir ustedes —murmuró ella sombríamente — más vale que sea *excepcionalmente* impresionante.



Los estudiantes seguían pululando alrededor frente a las escaleras cuando la Profesora McGonagall condujo a James, Albus y Rose fuera del Gran Comedor, después de haber enviado a Nastasia que volviera a Alma Aleron con una advertencia cortante que ella había estado hablando por cerca de una hora con el Rector Franklyn por la Red Flu. James estaba significativamente disgustado por esto... después de lo que había pasado en Durmstrang, no sentía que Nastasia fuera confiable, y estaba dispuesto a exigir algunas respuestas inmediatas de ella... pero la mirada en el rostro de la Profesora McGonagall no admitía discusión. Por lo tanto, por ahora, James se resignó a seguirle simplemente y, una vez que ellos llegaron a su oficina, contarle todo lo que había pasado. McGonagall pasó un montón de armaduras roncadoras y por un pasillo que conducía a las oficinas de profesores, manteniendo su habitualmente larga y rápida marcha, haciendo que los estudiantes trotaran para alcanzar su ritmo. Al llegar a la curva del corredor, sin embargo, se detuvo bruscamente y miró por encima del hombro.

Albus, que había estado siguiendo de cerca a la Profesora, patinó hasta detenerse. Rose tropezó con él, interrumpiendo la conversación medio susurrada que habían estado teniendo sobre la varita rota de Rose.

James miró a la Profesora McGonagall, pero ella no lo estaba mirando a él. Más bien, estaba mirando por encima de su cabeza, al pasillo que estaba detrás de él. Aparentemente satisfecha con lo que vio, se volvió hacia una amplia puerta cerrada estampada con letras de bronce que decían SALÓN DE PROFESORES. La Profesora tocó la L con su varita, causando que se diera vuelta, como si tuviera suelto un tornillo. Dejándola así, ella guardó su varita y caminó hacia adelante de nuevo.

—Eh —se aventuró Rose, empujando a Albus a un lado y trotando para ponerse al lado de la Profesora McGonagall. —¿No es su oficina la que acabamos de pasar, Profesora? ¿Al otro lado de la sala de profesores?

—Silencio y mantengan el ritmo —murmuró McGonagall severamente, sin ofrecer más explicaciones.

Nerviosa, Rose miró a James y Albus.

Después de otro recodo del pasillo, la Profesora McGonagall se detuvo una vez más. Sin mirar atrás esta vez, se metió en un hueco poco profundo, oscilando detrás de una estatua de un gordo mago usando un collar del porte de un neumático de camión, y desapareció en una baja puerta oculta.

Albus hizo una pausa por un momento, examinando la puerta secreta. Miró a los otros, con los ojos muy abiertos, y luego se agachó detrás de la estatua y dentro de la puerta. Curiosos e intrigados, Rose y James le siguieron.

La puerta conducía a una escalera muy estrecha y oscura angulada sobre paredes de piedra blanca. El halo resplandeciente de la varita iluminada de la Profesora McGonagall se balanceaba por encima, siguiendo el sonido de sus pasos traqueteando.

—No sabía que había un pasadizo secreto aquí —susurró Albus, impresionado.

La voz de McGonagall hizo eco hacia atrás, silenciada en la oscuridad. —Eso es porque no había. No al menos hasta hace dos meses atrás. Confío que no debo explicarles a ninguno de ustedes por qué este secreto debe permanecer como tal.

Las escaleras iban mucho más lejos y alto de lo que James creyó posible. Por último, las escaleras se detuvieron en un rellano poco profundo y una pared blanca. Con su varita aún encendida, McGonagall golpeó la pared en tres lugares, dejando cada ladrillo brillando levemente. Después de un momento, un ruido sordo como de piedra raspada hizo eco en el rellano y los ladrillos se hicieron a un lado, revelando una puerta. Apresuradamente, McGonagall entró, dejando la puerta abierta a su espalda. Los tres estudiantes se apresuraron a su paso.

Cuando James emergió por la puerta, una ola de vértigo se apoderó de su estómago, debilitando sus rodillas durante un breve pero tenso momento. La puerta se había abierto hacia un abismo circular muy profundo, lleno de escalones de madera desvencijados. Con cuidado, James se apoyó en la barandilla frente a él y miró hacia arriba, observando la espiral de la escalera que conducía más alto en la noble oscuridad.

—¿Dónde está esto? —susurró Albus, siguiendo a la Profesora mientras marchaba despreocupadamente por las escaleras crujiendo. —Nunca he visto esta parte del castillo antes.

James sabía dónde estaban, pero no tenía ningún sentido. —Estamos subiendo a la Torre Sylvven, creo.

—¡Ohh! —dijo Rose entusiasmada. —¡Siempre la he querido ver! ¡Es una de las partes más antiguas de todo el castillo, saben! ¡Una de las pocas partes que quedan antes que fuera una escuela! Pero... —ella hizo una pausa y frunció el ceño. —¿Por qué vamos allí ahora?

James sacudió la cabeza con preocupación. —La última vez que estuve aquí —dijo, casi para sí mismo —Estaba batiéndome a duelo con Salazar Slytherin.

—Escondiéndote mientras *él* se batía a duelo *contigo*, suena mejor —Albus puso los ojos en blanco.

—Apúrense —dijo McGonagall hacia abajo, manteniendo su voz baja. —Tenemos poco tiempo antes que el resto llegue.

Los ojos de Rose se agrandaron. —¿El resto? —repitió.

—Haz lo que ella dice —instó James, empujando a su prima a la inclinada y crujiendo escalera.

El interior de la torre se hacía más oscuro y caluroso a medida que subían, hasta que, después de lo que parecieron varios minutos, llegaron a una sala baja, rodeada de ventanas estrechas. En el techo de la habitación había una trampilla cerrada. McGonagall se acercó a ésta, le quitó la cerradura con su varita y la abrió. Finalmente, subió la última escalera hacia la pálida luz de la luna. Uno por uno, James, Rose y Albus le siguieron.

La Torre Sylvven se veía igual que siempre, y sin embargo, como siempre, emanaba un aire de solemnidad y propósito antiguo. Sus escalones circulares conducían hacia un bajo muro, más allá del cual se extendía el fondo sin fisuras del cielo nocturno, espolvoreado con estrellas y salpicado de gris, con nubes a la deriva. La luna era una gran hoz, proyectando sombras manchadas de tinta debajo

de los tronos de piedra gemelos que estaban frente a sí por el piso de la Torre. McGonagall se acercó a uno de los tronos, se giró y sentó en él, lanzando un gran suspiro.

—Esto, como pueden ver claramente —dijo enérgicamente, —no es mi oficina. Creo que no debe ser ninguna sorpresa para ustedes que mi oficina, de hecho todas las oficinas de este castillo, están sujetas a las escuchas. Todavía no hemos descubierto cómo se está llevando a cabo, ya que ninguna cantidad de amuletos contra-espionaje ha aliviado el problema. Sólo sabemos que cuando nos reunimos aquí, en la cima de la Torre Sylvven, nuestros consejos parecen no encontrar su camino hacia los oídos equivocados. Hemos probado y confirmado esto para nuestra satisfacción. Entonces... —se detuvo, frunció el ceño y levantó la barbilla. —Sr. Potter... —se contuvo, recordando que había dos Potters presentes. —*James Potter*, por favor, explíquese lo más brevemente posible. Y podría añadir, si esto es simplemente una de sus travesuras Gremlins que salió mal, le juro que los entregaré al Sr. Filch y le daré instrucciones de que les haga lo peor.

James miró brevemente de Albus a Rose, y luego volvió su atención a la Profesora. —Todo comenzó a principios del año escolar —inició —cuando empecé a tener algunas sospechas sobre uno de los profesores de Durmstrang... —tan brevemente como pudo, trató de explicar la conexión del Profesor Avior con el ya muerto Albus Dumbledore, liderando su plan para atacar la próxima cumbre de los líderes mundiales mágicos y muggles. Albus y Rose intervinieron en ocasiones, añadiendo detalles o dando marcha atrás para explicar las cosas que él había olvidado.

—Fue él quien mató a Worlick —dijo Rose. —Vimos a alguien dejar el cuerpo, y James confirmó que fue Avior cuando lo vio en la Tumba Blanca.

—Y encontramos un recorte de periódico en el cuerpo de Worlick —añadió James. —Era una historia del *Profeta* acerca de la gran Cumbre de Quidditch aquí en Hogwarts, con todos los líderes mágicos y muggles. ¡Ahí es donde el ataque tendrá lugar! ¡Avior prácticamente lo admitió!

—Por no mencionar el hecho —Albus elevó la voz —que Avior y ese tipo Coleccionista son la misma persona. Se puede convertir en él a través de la

Transformación, al igual como usted se convierte en un gato, profesora. ¡De hecho él la mencionó como ejemplo!

—¡Y el Coleccionista es otro nombre para el hombre que se ha convertido en el nuevo vicepresidente estadounidense! —interrumpió Rose. —¡No es un muggle en absoluto! ¡Él está planeando que el presidente muera en la Cumbre de Quidditch para que pueda asumir su lugar!

Mientras los tres hablaban, a veces anulándose mutuamente en su urgencia, la Profesora McGonagall simplemente miraba, con su expresión tensa e ilegible. Sus ojos parpadeaban desde un interlocutor a otro hasta que, finalmente, los tres se quedaron en silencio.

Después de una pausa nerviosa, Rose le preguntó —¿Usted nos cree, cierto Profesora?

McGonagall cerró los ojos con cansancio. —La creencia no entra en esto, Srta. Weasley. Estas son acusaciones monstruosas, por no mencionar la francamente absurda historia sobre un director legendario, y sin embargo he conocido muchos Potters y Weasleys en mi mandato para simplemente ignorarlos. Vamos a investigar estos asuntos con gran detalle, de eso pueden estar seguros.

Una oleada de alivio brotó en James, aflojando su preocupación y la tensión que había estado ceñida con fuerza alrededor de su pecho desde su entrevista con Avior. De repente se sintió muy cansado.

—La Academia Durmstrang es una escuela que valora mucho sus secretos —continuó McGonagall, frunciendo el ceño, pensativa. —Muy poco se sabe sobre sus prácticas y métodos y sobre todo su personal. Es, con toda franqueza, el hogar perfecto para alguien con mucho que ocultar. Aun así, —se centró en James de nuevo —está muy lejos de creer que Albus Dumbledore no podría haber encontrado a este individuo que tenía una parte de su mente. Y lo más importante, es penalmente irresponsable acercarse a este Profesor Avior por su cuenta.

—Profesora —comenzó James, pero McGonagall le hizo caso omiso, poniéndose de pie.

—Después de todo lo que han visto —dijo con severidad. —Los tres han asumido un riesgo peligrosamente temerario. ¿No tienen idea de lo que está en juego?

—No pensamos que era *peligroso* exactamente —explicó Rose. —Sólo nos pareció que era extraño. No pensamos que podía dañar a alguien.

—No pensaron en lo absoluto —les regañó McGonagall, con su voz baja y grave. —Puede haber un tiempo para expediciones juveniles de aventura. Lo crean o no, yo fui joven alguna vez, y no soy lo suficientemente mayor como para olvidar mis propios coqueteos con picardía. Pero este ya no es momento. No solo su seguridad personal está en juego. Algunos de los mejores maestros de esta escuela... y los aliados más fuertes de sus cargos... ya se han ido. Los pocos que quedan se rindieron casi impotentes. Ustedes estaban con todos nosotros las pasadas fiestas, así que no tienen excusa. Sus acciones ya no son un riesgo solo para ustedes, sino que para todos nosotros.

—La Orden del Fénix —suspiró Albus.

—No lo digas en voz alta —advirtió McGonagall, bajando la cabeza y tapándose los ojos con una delgada y arrugada mano. De repente, a los ojos de James, la profesora no se veía como una imponente fuerza de autoridad. Se veía desconcertantemente como una mujer vieja, bastante cansada. —No tengo más remedio que entregarlos al Sr. Filch para el castigo.

—Pero Profesora —exclamó James de nuevo, y fue rechazado una vez más.

—Van a aceptar sus castigos sin una queja —insistió, dejando caer su mano y mirándolo. —Es la menor de sus preocupaciones en este momento, independientemente de lo que le pueda parecer a usted. ¿He sido clara?

James se desinfló. —Sí, señora.

—Sí, señora —Rose se mostró de acuerdo. Junto a ella, Albus simplemente echaba humo en silencio.

McGonagall se suavizó. —Debería haberme retirado al finalizar mi mandato como directora —pensó con un movimiento de cabeza. —Atender mi jardín. Terminar mis memorias. Fumar mi pipa. Cualquier cosa menos esto.

Rose habló en voz baja, —Lo sentimos, Profesora.

McGonagall suspiró con fuerza. —No se disculpe, Srta. Weasley. En realidad... y es posible que nunca me escuchen admitir esto de nuevo... son los traviesos los que logran salvar el mundo siempre. No siempre lo creí, pero la experiencia es un maestro persistente. Ah, y aquí vienen los demás.

Pasos crujieron en las escaleras por debajo de la trampilla cuando más figuras se aproximaron. James se giró hacia el sonido, al igual que Rose y Albus. Obviamente, que McGonagall haya girado la letra en la sala de profesores era una señal, llamando a los otros miembros de la Orden a presentarse. Se preguntó quién sería el primero en llegar: ¿El Profesor Flitwick? ¿Debellows? ¿Quizás Trelawney?

Pero fue otra cara la que emergió desde la trampilla, apenas sonriendo.

McGonagall vio la figura ascendente y todo el color cayó de su rostro. —Sr. Filch. ¿Qué está haciendo aquí?

Filch no respondió, pero la figura detrás de él lo hizo. —No culpe al celador, Señora Profesora —dijo una voz agrietada. —Yo solicité que me mantuviera al tanto de su paradero, aunque sólo sea para que yo pudiera saber dónde encontrarla en caso de ser necesario.

—Supongo que "fue necesario" —dijo McGonagall, manteniendo su lugar cuando el Director Grudje pasó junto a Filch hacia la luz de la luna.

Grudje se asomó por la terraza de la torre y sus muros bajos. —Un lugar extraño, lo admito, para entrevistar a estudiantes traviesos, Señora Profesora —comentó.

La cara de McGonagall se mantuvo perfectamente estoica. —Tal vez usted piense así, Director. A mí me parece bastante agradable.

—Me parece bastante *sospechoso*, Profesora —admitió Grudje claramente, alzando sus delgadas y grises cejas. —Y eso lo añado a una larga lista de cosas que encuentro sospechosas de usted, Señora. Con el debido respeto, me pregunto si está mal equipada para funcionar bajo mi liderazgo. ¿Se le ha ocurrido a usted que ha sobrevivido a su eficacia en esta escuela?

La cara de McGonagall se endureció, mirando fijamente con ojos pétreos. —No creo ni por un momento que sea mi *efectividad* por lo que usted está preocupado, señor —dijo, abandonando toda pretensión. —Pero sí en mi *utilidad*. Y admito que nunca he estado particularmente interesada en ser útil como usted.

—Muy por el contrario, Señora —dijo Grudje, metiendo la mano en su túnica y sacando un fino pergamino. —Usted no se contenta con ser desagradable, sino que también siendo activamente subversiva. Veo que he procurado no hacer esto demasiado pronto.

Sostuvo el pergamino hacia ella, pero no lo aceptó. Suspiró y abrió el pergamino él mismo.

—Para su conocimiento —leyó pedantemente. —"Que por acuerdo general del cuerpo de gobernadores, la Señora Minerva McGonagall es removida de su puesto de Profesora e Instructora en la Escuela de Hogwarts de Magia y Hechicería, con efecto inmediato. A la luz de sus muchos años de servicio, continuará siendo un regente valorado y respetado de la excelencia académica y recibirá una indemnización por despido equivalente a no menos del setenta por ciento de su actual contrato", etcétera, etcétera... —volvió a enrollar el pergamino y suspiró con pesar. —Debería saber, Señora, que fui yo quien negoció su despido. Creo que lo encontrará muy justo.

—Y esto es lo que usted llama "liderazgo" —dijo McGonagall dilatando sus fosas nasales. —No ganando a los que no están de acuerdo con usted, sino que eliminándolos por completo.

—He dado lo mejor de mí, Señora —explicó Grudje pacientemente. —Pero estos son tiempos difíciles. Lamento que desaprobe mis métodos. Por desgracia, con tanto en juego en el mundo mágico, simplemente ya no podemos darnos el

lujo de la disidencia. Pero de verdad, sus años de servicios son apreciados —hizo un gesto hacia la trampilla abierta. —Por favor, Señora McGonagall. El Sr. Filch la acompañará a su cuarto. Su reemplazante estará aquí dentro de una hora. Mis disculpas por tan necesaria desviación, pero hay una escuela que debe funcionar.

McGonagall no se movió hacia la trampilla. En cambio, se volvió hacia James, Rose y Albus. —Lo siento —dijo ella con firmeza. —Continúen. Los veré pronto.

—Oh, no temería por el bienestar de estos tres —Grudje sonrió. —Ellos están en manos muy capaces como las mías y las del Sr. Filch. Lo crea o no, incluso sin su presencia, Señora McGonagall, Hogwarts prevalece.

—Después de usted, *Señora* —dijo Filch con una sonrisa tonta, sin dejar de hacer una mueca con malicia y blandiendo su bastón negro. Finalmente, a regañadientes, McGonagall se dirigió hacia la trampilla, dejando a Filch cojeando detrás de ella.

James la vio marcharse con pavor. En cuestión de segundos, él, Albus y Rose estaban solos bajo la luz de la luna sólo con el Director Grudje, que parecía extrañamente desinteresados en ellos.

—Vuelvan a su sala común, estudiantes —ordenó con calma. —El Sr. Filch los buscará muy pronto. Hasta entonces, tal vez les servirá pensar sobre lo que ha sucedido aquí esta noche. ¿Seguramente hay alguna lección que aprender aquí?

Ninguno respondió. Incluso Albus se mantuvo callado. En silencio y a toda prisa, traquetearon escaleras abajo, huyendo de la mirada blanca y aburrida del director.

—¡No puedo creer que haya despedido a la Profesora McGonagall! —dijo Rose finalmente con voz áspera, jadeando, mientras se abrían camino por la escalera en espiral.

—Sólo podemos esperar que sea capaz de transmitir lo que le dije —dijo James. —Si ella le dice a Papá y al resto de la Orden...

A pesar de esta escasa esperanza, para el momento en que volvían hacia el Vestíbulo, James se sintió de alguna manera más oscuro y desalentado de lo que se había sentido en toda su vida.

—Buenas noches, Albus —suspiró Rose mientras Albus se dirigía a la escalera descendente. Sacudió la cabeza con irritación y comenzó a bajar sin mirar atrás.

Rose hizo una pausa, mirándolo y apoyándose en la barandilla ascendente. — No puedo creer que se haya ido —dijo de nuevo, débilmente.

James frunció el ceño. —Ella volverá. Tiene que hacerlo. ¿Qué es Hogwarts sin la Profesora McGonagall?

—Él la llamó "*Señora McGonagall*". No sé. Suena tan... *definitivo*.

James hizo una mueca con cansancio. —Él es un tipo malo. Los malos nunca ganan al final.

Rose miró a un lado de él, con el pelo colgando inerte alrededor de su cara. — ¿Cómo puedes estar tan seguro? Quiero decir, mira alrededor. Parece como si los chicos malos lo estuvieran haciendo bastante bien hasta el momento.

James no tuvo una respuesta inmediata a eso. Poco a poco, con los hombros caídos, la pareja comenzó a subir las escaleras. Al llegar al rellano y doblando hacia el retrato de la Dama Gorda, James volvió a hablar.

—Es como el tablero de ajedrez en la oficina de Avior —sugirió —En realidad, nadie puede predecir cómo va a terminar solo mirando en el medio del juego.

—Tal vez —estuvo de acuerdo Rose dubitativa, y luego se detuvo, dándose cuenta de que James se había detenido un paso detrás de ella. — ¿Qué pasa?

—El tablero de ajedrez de Avior —dijo, frunciendo el ceño. —Todas esas piezas... parecían representar a personas reales.

Rose asintió. —Sí. Cuando te hablaba a ti, levantó uno de los caballeros. Y había una pieza que se parecía a Petra... que tú dijiste que era la Dama del Lago. Y el rey era el Coleccionista, que ahora sabemos que es Avior. Y el otro rey era el Tío Harry, tu papá. —Rose jadeó de repente. —Y la reina blanca... se parecía un poco... ¡a mi madre!

Pero James negó con la cabeza. Alzó los ojos para encontrar los de su prima. —No, Rose —dijo en voz baja pero firme. —No era tu madre.

Rose frunció el ceño en confusión. —Pero la vi. Tenía su pelo, su cara, pero... más *joven* de alguna forma, tal vez.

—Rose, no era tu mamá —persistió James. —Eras *tú*.

Rose frunció el ceño con incredulidad, pero parecía dar a la idea un momento de reflexión. —Pero, ¿Por qué sería yo? ¿Qué puedo hacer? Quiero decir... ¿la reina?

James se encogió de hombros y luego miró hacia la túnica de su prima. Todavía estaba enmarañada con las vides rotas y fragmentos de flores de su pelea con las plantas Yuxa Baslatma. —Tal vez éstas ayudarán, de alguna forma.

Rose miró hacia abajo. —De ninguna manera —dijo con firmeza. —Ni siquiera sabemos de qué planta proviene cada una. Todas hacen algo diferente, tú sabes. No me gustaría saber accidentalmente cómo me voy a morir, o peor, ¡Con quien me casaré! Además, después de lo que te pasó a ti después de tomar uno, ¡No me arriesgaré a quedar loca por siempre! ¿Qué pasa si no puedo conciliar el sueño en once minutos? ¿Qué pasa si los efectos comienzan mientras estoy despierta y mi mente se vuelve un pudín alucinógeno?

—Cálmate —James puso los ojos en blanco, pasándola y acercándose al Retrato de la Dama Gorda. —Caray, era sólo una idea.

—Después de esta noche —Rose se quejó —He tenido suficiente con tus ideas. Estas cosas son un problema —ella tiró una de las vides, sacándola de su túnica. —Las guardaré donde estén a salvo. Si el Profesor Longbottom vuelve a los invernaderos, tal vez se las dé a él.

James asintió con la cabeza y suspiró profundamente. —*Si* es que el Profesor Longbottom alguna vez vuelve.

Tenía que admitir, que después de esta noche, le pareció un gran "sí" de verdad.



Las siguientes semanas fueron de contrastes surrealistas.

A pesar de su conciencia del inminente ataque, James se encontró enterrado en el ajetreo mucho más prosaico y el bullicio de las lecciones, estudio, e interminables montones de tareas. Era imposible no pensar que esto era planeado... el Director Grudje no hacía ningún esfuerzo por ocultar su creencia de que un estudiante ocupado no tenía tiempo para hacer travesuras. James, Ralph, Rose y Scorpius, sin embargo, estaban secretamente de acuerdo que era más que un esfuerzo frenar hechizos urticantes y bombas de estiércol. Se sentían muy seguros que las políticas de tareas de Grudje estaban destinadas a sofocar las quejas ante el aumento de falta de privacidad en la escuela, las políticas de disciplina draconianas y las medidas de seguridad casi absurdas.

Mientras el verano se apoderó de los terrenos de la escuela, llenando el césped de un verde exuberante y peinándolo con brisas cálidas cargadas de mariposas, las nuevas normas fueron dictadas, prohibiendo la entrega de periódicos y revistas, y restringiendo todo mensaje saliente para asuntos urgentes.

—Cualquier noticia que se quiera decir —Grudje explicaba desde la mesa principal en el desayuno de una mañana del martes, poniendo una de sus enfermizas sonrisas, completamente artificiales. —Ustedes podrán confiar en mí o

en sus profesores para que sea transmitida. Mientras tanto, siéntanse libres de dedicar toda su atención a algo más importante, que son sus estudios.

Además de esto, los fines de semana de Hogsmeade fueron cancelados por el resto del año. Esto, incluso más que el correo restringido, inspiró una ola de demagogia entre los estudiantes amotinados. Infortunadamente, Grudje también había instituido una prohibición en toda la escuela para todas las reuniones no oficiales de tres o más estudiantes, citando una antigua regla sobre cábalas revolucionarias. Esto, lo comprometió con una pantalla totalmente transparente de arrepentimiento fingido, era una "medida temporal, pero necesaria en un momento de tensión internacional".

—Es como si nos estuviera forzando a una rebelión —Graham Warton hervía mientras él, Deirdre Finnegan y James iban hacia Encantamientos. —Mientras más obedecemos sus estúpidas reglas, más las amontona.

—Bueno, no cuenten conmigo para cualquier revuelta —murmuró Deirdre. —No quiero enfrentar a Filch y su estúpido bastón una vez más. Está retorcido como un sacacorchos. Prefiero la expulsión antes que sus castigos sádicos.

James gimió. —Ni me lo recuerdes. Todavía no nos dan nuestro castigo por todo ese desastre con el Jiskra y el armario de Durmstrang. Creo que Filch nos está dejando cocinar antes de que se le ocurra algo especialmente vicioso.

—Rompan filas, ustedes tres —el Profesor Shert llamó desde la puerta del aula de Aritmancia al pasar.

James se quedó detrás de Graham y Deirdre, echando humo impotente por lo bajo.

La única cosa buena del fiasco con el Jiskra fue que todas las clases de Durmstrang habían sido canceladas hasta que el Armario de Durmstrang fuera reparado. Si bien el propio armario se había vuelto a montar con facilidad, la magia que le permitía servir como portal había sido mucho más severamente dañada, haciéndola inestable y peligrosa para su uso. James había observado al Profesor Flitwick y su asistente de sexto año, el Slytherin Gwynn Hemlock,

probándolo entre comidas en el Gran Comedor, intentando enviar teteras a través del armario, con poco éxito.

—Oh Dios mío —se oyó proclamar a Flitwick cuando se abrió la puerta una vez más. Suspiró —No tiene sentido tratar de aplicar *Reparo* en esto de nuevo. Siete veces es el límite. Traiga una escoba y una pala con *Accio*, y por favor pregunte a los elfos domésticos si tienen más teteras.

Mientras tanto, Hagrid estaba disfrutando a fondo su custodia temporal del Jiskra, haciéndolo el asunto de su clase de Cuidado de Criaturas Mágicas, mezclando curiosidad y temor de los estudiantes.

—Una criatura antigua, el Jiskra —dijo con cariño, acariciando las cabezas a su vez. El Jiskra se pavoneó por debajo de la enorme mano de Hagrid, levantando las plumas y flexionando sus alas. —Porque Ed aquí, es casi tan antiguo como los dinosaurios.

James se ahogó por un momento, casi dejando caer su puñado de húmedas virutas de color acre. —¿"Ed"?

—Bueno, tenía que darle un nombre, ¿cierto? —rió Hagrid. —Por supuesto que es solo temporal, mientras él esté aquí. Espero que tenga otro nombre cuando vuelva con sus amigos en Durmstrang.

Esto nubló el rostro de Hagrid por un momento mientras acariciaba al Jiskra. Por su parte, el pájaro reptiliano silbó y revolvió sus grasientas plumas rojas. James se alegró de ver que, a pesar de la afición de Hagrid hacia la criatura, estaba encadenada a su percha con un pequeño brazalete plateado alrededor de una pata.

—Cómo iba diciendo —continuó Hagrid, sacudiéndose. —Es una criatura antigua el Jiskra, y cuando digo antigua no me refiero a la especie. Sino a este particular espécimen. El Jiskra es llamado el Fénix Negro por una razón, vean. Porque, Ed aquí alcanza los trescientos años más o menos. Luego comienza a encogerse, perder plumas, arrugarse y obtener ese aspecto antiguo. Todos los siglos caen de una vez en él, verán, haciéndolo la cosa más patética que nunca hayan visto. Luego, Ed construye un nido para sí mismo en algún lugar secreto, por lo general en los pantanos profundos o en la parte superior de un acantilado,

hace un huevo por sí mismo. Después de once días en ese huevo, Ed aparece de vuelta otra vez como un pollito, con su contador de edad reiniciado a cero.

—Quieres decir —Trenton Block aclaró, dando un paso hacia adelante cuando Hagrid le hizo señas. —Esa cosa es, como, ¿súper vieja? ¿Miles de años?

—Podrían ser millones —asintió Hagrid alentadoramente. —Eso es todo, Sr. Block, párese justo en frente de él. Ed no le verá como una amenaza si usted no actúa como tal. Ofrézcale las virutas. Están inmersas en una mezcla especial de trementina, jengibre y agua de Nurgle. Es la favorita de Ed.

Recordando las explosiones de fuego que habían salpicado al Gran Comedor, Trenton se quedó bien atrás del Jiskra, extendiendo sus manos abiertas tan lejos como podía hacia las cabezas meneantes de la criatura. Después de un tenso y calculado momento, la cabeza derecha del Jiskra se lanzó bruscamente hacia adelante, arrebatando las virutas de la mano de Trenton y tragándolas.

—¡Ahí! —Hagrid proclamaba felizmente, aplaudiendo a Trenton en la espalda y casi derribándole. —¡Tan fácil como un Pie de Mora! Srta. Fourcompass, creo que usted es la siguiente.

Cuando fue el turno de James, el Jiskra lo miró desafiante, silbando con sus dos picos llenos de dientes. Hagrid murmuró en voz baja, tomando las virutas desde la mano de James. —Lo siento, James. Lo mismo pasó con tu hermano, Ed tiene una gran memoria, tú sabes, y guarda un poco de rencor. Nada personal.

James asintió con gratitud. —No hay problema, Hagrid. No estoy tan a gusto cerca de él de todos modos.

El nuevo profesor de Transformaciones, se vio después, era un mago joven aparentemente severo que trabajaba para la Autoridad de Examinación Mágica. Hoffminster Tofty tenía el pelo tan lacio y negro y los ojos tan estrechos y fríos que parecía, a quienes están familiarizados con la historia de Hogwarts, como una reencarnación más joven del célebre Profesor de Pociones, Severus Snape. Este momento fue arruinado, sin embargo, en el momento que Tofty abrió la boca, revelando una alta y aguda voz además de un tartamudeo pronunciado. Por mucho que James quería odiar a Tofty, no podía dejar de notar el contraste entre su

aspecto y su voz extrañamente entrañable. Además, hasta Rose tuvo que admitir que Tofty era bastante bueno en Transformaciones, con una pasión por el tema que era contagioso, a pesar de sus constantes intentos de imponer un comportamiento severo. De hecho, los únicos estudiantes que parecían intimidados por la gravedad casi caricaturesca del Profesor Tofty eran los de quinto año que estaban programados para sentarse debajo de él para sus exámenes TIMO.

Pasaron dos semanas después del desastroso encuentro con el Jiskra. Rose recibió una nueva varita por correo de sus padres (inspeccionada a fondo por el Profesor Votary), incluso mientras mantenía un rencor venenoso contra Albus por romper la anterior.

—¿Sabes cómo el Sr. Ollivander siempre dice que la varita escoge a la bruja? —preguntó con malicia, sosteniendo la nueva varita. —Bueno, ésta nunca me conoció hasta hoy. Tendré suerte si no nos hace explotar en pedazos. Voy a estar calibrándola durante semanas.

James comprendía. A pesar de haber regresado a Ollivander en persona por su varita de reemplazo, había tomado varias semanas difíciles para acostumbrarse plenamente.

A medida que los días pasaban, James, Rose y Albus comenzaron a albergar alguna pequeña esperanza de que Filch había olvidado su castigo. Finalmente, en un insoportablemente caluroso sábado por la mañana, los tres, junto con Ralph, Scorpius y Deirdre Finnegan que iban saliendo del desayuno y considerando un día con gratitud perezosa en el lago (en parejas cuidadosamente separadas, por supuesto), Filch los rodeó y los condujo abajo a su oficina.

Parecía inusualmente lacónico, distraído y de mal humor, a pesar de que estaba comprometido en una de sus actividades favoritas: castigar estudiantes. James, Rose y Albus lo siguieron en silencio a su pequeña oficina, frunciendo el ceño con preocupación el uno al otro cuando el viejo celador murmuró para sí tensamente.

—¡Siéntense! —ordenó, agitando su bastón y convocando tres sillas desvencijadas de las esquinas de la oficina. Para sí mismo, se quejó —Dónde están

esas malditas cosas... Ah. No, estas están muertas, toda la magia se fue de ellas. Maldiciones. Yo sé que tenía una por aquí por si acaso. ¡Ah! —blandió una pluma negra desaliñada, a punto de quedar desplumada. La examinó triunfalmente en la mano, y luego pareció darse cuenta de lo patético que parecía la cosa. La sonrisa cayó de sus mejillas grises sin afeitar y puso sus ojos en blanco.

—Aquí —ordenó con brusquedad, hurgando en su escritorio nuevamente. — Me queda solo una de estas, y no funciona tan bien como antes. Solo... pásensela mientras hacen las planas para que todos obtengan una muestra de ello, ¿ven? — reunió dos plumas normales y las agregó a la lamentable pluma negra, las empujó a las manos de los estudiantes que esperaban. James tomó la pluma negra, notando lo blanda que se sentía en sus manos, lo machacada y sin vida que parecía su punta. Filch agitó su bastón una vez más. —¡Exorier! —ordenó. Con un suave sonido, varias hojas cayeron en el aire sobre una pequeña mesa desvencijada entre los estudiantes. —Ahora, déjenme ver... —el viejo Squib se quejó, acariciando la barba de lija que tenía en la barbilla. —¿Qué fue lo que ustedes tres hicieron? ¿Fue vagancia ilegal? ¿Saltarse las lecciones? No... ¿Reunión de club no autorizada?

—Liberamos al Jiskra en el Gran Comedor —ofreció Albus amablemente.

—¡Estaba llegando a eso! —exclamó Filch con enojo, pasándose una mano por el fino pelo grasiento y dejándolo en un derrame descontrolado. —¡Si me hubieras dado solo un momento para pensar! ¡Caray! —parpadeó, y luego se dio la vuelta, examinando nerviosamente un enorme cuadro que cubría la pared detrás de su escritorio. El cuadro, que era una nueva adición desde la última visita de James a la oficina del celador, estaba repleto de nombres, delitos y una serie de marcas de verificación con códigos de colores, tachaduras y círculos. Filch murmuró para sí mismo febrilmente, pasando un calloso dedo índice de ida y vuelta sobre la grilla de nombres y fechas. —Esperen un momento. Ya les hice tres ya, ¿no?

James miró a un lado a Rose, a continuación a Albus. —Eh... eh...

—No, señor —admitió Rose con sinceridad. —Pero, bueno... sin duda no podemos culparlo por pensarlo. Con lo mucho que... eh... tiene que vigilar.

—Dios —Filch sacudió la cabeza y dejó escapar un gran suspiro, todavía estudiando el cuadro. —No tiene idea, joven señorita, y eso es un hecho. Tantos castigos. Tantos estudiantes que se portan mal.

Albus asintió tímidamente. —Y realmente es mucho para un solo hombre — sugirió. —Quiero decir, es un trabajo ingrato, ¿no es así?

Los hombros de Filch subieron en un súbito suspiro. Cuando se dio la vuelta, James se sorprendió al ver lágrimas en los ojos del antiguo celador. —¡Un simple gracias no estaría mal! —estuvo de acuerdo, con la voz en alto y se atragantó. Se dejó caer débilmente en su silla, produciendo un sobresaltado y desgarrador chillido de los antiguos muelles. —No es que yo me esté quejando, ¡pero hay tantos castigos que un hombre puede repartir! ¡Es mucho más de lo que un hombre puede manejar! "Mantenga el orden, Sr. Filch" —Filch de repente imitó, bajando la voz a una aproximación áspera del Director Grudje —"Usted es el puño de hierro de la disciplina, Sr. Filch. No deje que nada se escape de su alcance. La escuela cuenta con usted". Porque, ¡es casi demasiado para un hombre a la altura...!

James asintió con la cabeza, y adoptó un tono simpático en su voz. —Toma toda la diversión de esto, apostaré.

—Oh, eso sí, muchacho —Filch estuvo de acuerdo de todo corazón, sacando un pañuelo gris raído de un bolsillo de la camisa y soplando poderosamente en él. —Eso lo hace. ¿Por qué? Es casi la peor pesadilla de un hombre: aprender a odiar lo que más ha amado.

—Usted sabe quién realmente necesita hacer planas —Albus sugirió de manera significativa. —El Director Grudje. Por sacar provecho de su sentido de responsabilidad.

Filch asintió con nostalgia, vagamente, y luego pareció caer en la cuenta. Se sentó y miró a Albus, con los ojos entrecerrados, entre enrojecidos y llorosos. —Oh, pequeño diablillo —gruñó. —Ustedes sólo me están torturando. No va a funcionar, ¡Se los digo! —sus mejillas se encendieron con mezcla de vergüenza y rabia. — ¡Cien líneas, para cada uno! "¡No voy a hacer la vida del Sr. Filch más difícil!" —

ordenó, y luego añadió apresuradamente —"¡Y no le diré a nadie que el Sr. Filch lloriqueó frente a mí!" ¡Adelante! ¡Y ni una palabra más!

Con un suspiro, James sacó uno de los pergaminos hacia él. Examinó la punta de la pluma desgastada, vio que estaba coagulada de negro con sangre. Cuando empezó a escribir, sin embargo, se produjo sólo un débil y chillón garabato apenas visible. El dorso de la mano le hizo cosquillas, rasgándole las letras pero no dibujando nada de sangre.

Sin levantar la cabeza, miró a Rose. Ella estaba en su tercera línea ya, acababa de finalizar la frase NO LE DIRÉ A NADIE QUE EL SR. FILCH LLORIQUEÓ en su pulcra y cursiva letra.

Un graznido repentino hizo saltar a James de su asiento. Pareció tener el mismo efecto sobre Filch, quién se puso de pie de su escritorio, desalojando un montón de bombas de estiércol confiscadas y pastillas vomitivas. Encontró una pequeña estatua y, extrañamente, se la acercó a los labios. —¡Sí, Director! —dijo en voz alta, hablando aparentemente a la estatua.

—Sr. Filch —dijo la estatua con voz hueca. —Parece que hay una reunión de estudiantes que se aproximan al campo de Quidditch. No creo que haya prácticas programadas para hoy.

Filch se puso una mano sobre los ojos y la sacó con cansancio hacia abajo, haciendo que su ya larga cara pareciera la de un caballo. Se rehízo y forzó una sonrisa espantosa. —Los estudiantes suelen realizar partidos rápidos de Quidditch los fines de semana, Director. Dudo que estén utilizando la oportunidad para participar en un comportamiento revolucionario.

—No lo doté con un bastón mágico para dudar, Sr. Filch —dijo la estatua (James vio que ésta era una pequeña representación del director) —sino para actuar como mi representante. No puedo estar en todas partes. Espero que sea mis ojos, oídos y...

—Su mano guiada —Filch terminó débilmente, asintiendo con la cabeza. —Sí señor. De inmediato, señor.

La estatua en la mano de Filch emitió un débil graznido declamatorio y se quedó en silencio. Filch volvió a ponerla en su escritorio con cuidado, casi como si él pensara que fuera una pequeña bomba. —Algo de magia —se quejó en voz baja. —Interrupciones constantes. Un hombre no puede tener un simple momento a solas.

—¿Qué fue eso, Sr. Filch? —exigió la estatua.

Filch casi se cayó de su silla. —Lo siento, señor —respondió locamente, tratando de recuperar el montón de pergaminos que había golpeado inadvertidamente. Las páginas, cada una cubierta con líneas garabateadas en la sangre oscura, con manchas, se deslizaron por sus manos y quedaron esparcidas en el sucio suelo. —¡Nada, señor! ¡Sólo... voy en camino, es todo!

La estatua chilló de nuevo. Filch renunció a los pergaminos caídos, dejando que se deslizaran fuera de su escritorio y se dispersaran en el suelo como hojas. Se quedó mirando la pequeña estatua, y luego hizo un gesto como blandiendo una varita frente a esta. Cuando no hubo respuesta, buscó una gran y sucia taza y la puso sobre la estatua con extremo cuidado, ocultándola. Sólo entonces se derrumbó hacia atrás en su silla, gimiendo y murmurando incomprensiblemente para sí mismo. Después de un minuto, con cansancio, se puso de pie, tomó su bastón y salió de la habitación sin decir una palabra y ni siquiera mirar hacia atrás.

—No sé qué está pasando aquí —dijo Albus una vez que los pasos de Filch hicieron eco en el silencio. —Estoy sintiendo algo muy, muy raro. Es casi una especie de enfermedad. Creo que es...

—Pena por el Sr. Filch —asintió Rose con asombro.

—Yo iba a decir náuseas ante el hedor en su oficina —Albus frunció el ceño. —Pero sí, supongo que hay un poco de pena, también.

James suspiró, se inclinó hacia atrás, y se estiró. Arrojó la pluma negra sobre el escritorio de Filch y barrió su pergamino en el suelo junto con los otros.

—Vamos —instó, parándose. —Nunca sabrá si realmente lo hicimos o no. Y no me siento tan mal por ese monstruo sádico. Él es la razón por la que tanto la

Profesora McGonagall como el Profesor Longbottom se hayan ido. Está consiguiendo lo que merece.

—Pero no puede evitarlo —dijo Rose, hablando en voz baja e inclinándose para mirar la taza invertida que ocultaba la pequeña estatua del Director. —Grudje lo está usando, volviendo su irritabilidad natural en una herramienta.

—El armó a Filch, está bien —estuvo de acuerdo Albus, lanzando su pergamino mayoritariamente en blanco al suelo. —Sólo que Filch está harto de eso. ¿Quién habría pensado que el viejo Squib se cansaría de torturarnos?

—Es como ser alimentado con tu comida favorita hasta enfermar —dijo Rose con tristeza. —Pobre hombre.

—En serio, no puedo creer que sientas lástima por él —dijo James con enfado. —Después de lo que le hizo a Lily. Él hizo sangrar a mi hermana sólo para vengarse de mí. Y lo disfrutó.

Rose frunció el ceño, recordando. Luego asintió —Tienes razón. Al diablo con él. Espero que el Director Grudje lo utilice hasta en la tumba.

—Eso está mejor —dijo Albus con fervor mientras se abrían camino para salir de la oficina del Celador. —*Ahora* estás hablando como una *Weasley*.



Capítulo 17

La Guarida del Gowrow

Durante las restantes semanas de la escuela, cuando la final del torneo de Quidditch (y la cumbre secreta de líderes mágicos y muggles) se acercaba, James mantuvo un ojo cada vez más alerta en la chimenea de la sala común de Gryffindor. Empezó a quedarse hasta tarde casi todas las noches, mirando por alguna aparición de su padre. Seguramente, la profesora McGonagall había dicho a la Orden del Fénix lo que estaba sucediendo. Sin duda, estaban planeando una especie de contra medida. Y seguramente, alguien le haría saber a James, que todo estaba bajo control.

—Ellos realmente no tienen que decirnos todo, ya sabes, —dijo Rose una noche mientras cargaba sus libros y tareas en su mochila. —Probablemente están

muy ocupados, tratando de arreglar todo, haciendo todo tipo de espionaje y estudiando esas cosas, aprendiendo lo que es La Red Morrigan y cómo detenerla.

—Pero ni siquiera lo sabían si no fuera por nosotros, —James insistió airadamente. —Nos deben, al menos, una palabra. Quiero decir, por lo que saben, nosotros todavía estamos teniendo lecciones en Durmstrang con ese loco, profesor Avior. ¡Él podría estar tratando de matarnos una vez a la semana!

—Dudo que se atreva, —Rose negó con la cabeza. —Él puede ser cruel, pero no es descuidado.

James no estaba convencido. —No tendría que ser obvio. Él es un genio del mal, ¿recuerdas? Nos podría envenenar de alguna manera. O hacer que nos quedemos después de clase y echar a otro de sus locos monstruos sobre nosotros, llamarlo un infortunado accidente. Cualquiera cosa.

—Hablando de infortunados accidentes, —dijo Rose, colgándose su bolso. —¿Alguna noticia de Nastasia?

James sacudió la cabeza en señal de frustración. —En realidad, creo que ella me está evitando. No ha estado en ninguna de sus lecciones aquí en Hogwarts. Zane dice que aún se está escabullendo de algunas de sus clases en Alma Aleron. Está un poco preocupado por ella, incluso después de que le dije lo que había hecho en la oficina de Avior. Él dice que ella sólo estaba jugando de doble agente, engañando a Avior para decirnos su plan.

—Bueno, —Rose inclinó la cabeza pensativamente, —¿Y si lo estuvo? Funcionó, ¿no?

James suspiró y se dejó caer, volviendo su atención a las llamas bajas de la chimenea. Quería decirle a Rose lo que sabía sobre Nastasia (que estaba loca, de alguna manera dividida en dos personalidades, una mala y una... un poco menos mala). Pero le había prometido a Nastasia que no lo haría. Por ahora, a duras penas, esa promesa se lo impedía. Decidió cambiar de tema. —Zane tuvo una charla con su jefe de casa sobre el Coleccionista.

—¿El Profesor Cloverhoof? —Rose se iluminó. —Bien, eso es bueno, ¿no? Al menos él tiene acceso a algunas personas con autoridad. ¿Van a venir a investigar?

James sacudió la cabeza con malhumor. —No sabes cómo son las cosas en Estados Unidos. El Elemento Progresivo es muy popular allí, aunque nadie lo llama así. Incluso el Profesor Cloverhoof se ve afectado por él. Cuando Zane le dijo que había un mago loco en Nueva Ámsterdam amenazando con atacar a una reunión de líderes mundiales, Cloverhoof casi se partió de la risa. Dijo que era una carga de “propaganda anti-igualitaria” y que Zane estaba muy por encima para creer tales cosas.

La excitada esperanza en la expresión de Rose, se fundió en una dolida decepción. —¡No le creyó...!

James asintió cansadamente. —No le creyó ni una palabra de eso, incluso cuando Zane le dijo que el nuevo vicepresidente era el mismo mago disfrazado. Cloverhoof se rió y le dijo que *deseaba* que fuera cierto, ya que podría dar al gobierno Muggle la patada que necesitaba para finalmente conseguir hacer algo.

Rose no tuvo respuesta. La expresión de su rostro era tan alicaída que James casi deseaba no habérselo contado. Un minuto más tarde, ella le dio una triste buena noche y se fue sin decir una palabra.

No fue hasta su última clase en Beauxbatons que James finalmente entendió por qué no había oído nada de su padre, o de cualquier otro miembro de la Orden del Fénix.

Estaba sentado en el salón de espejos mientras los Beauxbatons de túnica azul (y el insufrible Morton Comstock) chasqueaban y transportaban los ábacos de gran tamaño, continuando lo que fueran las incomprensibles matemáticas mágicas con las que habían estado trabajando todo el año. Junto a él, Ralph estaba hojeando distraídamente una copia francesa de *El Quisquilloso*, moviendo la cabeza de vez en cuando y girando la revista boca abajo, tratando de entender algunas de las más oscuras cartas estelares e ilustraciones mágicas.

—Sabes, —susurró, —Creo que esta revista casi tiene *más* sentido en otro idioma.

James suspiró desconsoladamente. Al otro lado del gran salón de clase, Lucía Gruberova le sonrió en secreto. James le ofreció una débil sonrisa suya. A Ralph le murmuró, —¿Alguna vez nos hemos dado cuenta de qué es exactamente lo que se supone que debemos hacer en esta clase?

—Aprovechando los armónicos cósmicos y manipulando las frecuencias de resonancia de tiempo y espacio, —respondió Ralph. —Lo que sea que eso signifique.

—Bueno, como sea, —dijo James con voz aburrida, —Será mejor que le pongamos punto final. Ya casi hemos terminado el año.

—Es realmente una pena que ni siquiera puedan entender la cosa más genial que su gente ha elaborado con la magia, —comentó Morton Comstock, de pie detrás de su ábaco crujendo los nudillos. —Quiero decir, ustedes pierden su tiempo girando tazas de té, convirtiéndolas en tortugas y olvidan completamente el equivalente mágico de un pequeño paso para el hombre, un salto gigante para el mundo mágico.

James puso los ojos en blanco. —¿De qué estás hablando, Comstock?

—Estoy hablando de los viajes espaciales, —el chico pelirrojo respondió con aire de suficiencia, con los ojos saltones detrás de sus gafas. —¡Duh! Volando alrededor de las estrellas sin naves espaciales, usando sólo el poder de las constantes mágicas. Quiero decir, yo sabía que la matemática era poderosa, pero esto es increíble. ¡Y aquí un niño mago ni siquiera lo entiende! —se rió para sus adentros.

—He aquí una idea, Comstock, —James sugirió, sus mejillas enrojeciendo a pesar suyo. —¿Por qué no nos haces un favor a todos y te transportas *a ti mismo* a algún otro planeta?

Comstock rió de nuevo. —Eso muestra lo que sabes. Nadie se “transporta” a sí mismo a otro lugar. Las constantes mágicas son de cómo mover el universo que *te* rodea. Lo siguiente que me estarás diciendo es que quieres volar a la luna en una de tus tazas de té de tortuga. —resopló ante su ingenio.

—James, —Ralph dijo de pronto con su voz baja y tensa. —¡Echa un vistazo a esto!

Todavía echando humo, James miró a la revista en las manos de Ralph. Inmediatamente, toda la idea de Comstock se vació de su mente.

—¿Esa es...?! —preguntó, sin creer en sus propios ojos. —¿Esa es... la profesora McGonagall?

Ralph asintió fervientemente.

Efectivamente, ocupando una página completa en medio del *Quisquilloso* francés, había una imagen de la exdirectora y exprofesora de Transfiguración. La foto parecía ser bastante vieja, mostrando una versión más joven de McGonagall de pie en el Gran Comedor, sin sonreír, rodeada por estudiantes durante lo que parecía ser un examen.

—¿Por qué está en el *Quisquilloso*? —preguntó James en voz baja, tratando de dar sentido al titular de la página opuesta.

Ralph sacudió la cabeza. —¡No sé! Necesitamos a alguien que lea francés.

—Afortunadamente estamos en una escuela francesa, —James sugirió con avidez, y luego frunció el ceño. —Por desgracia, no son las personas más agradables que he conocido. Y todas están bastante ocupadas, con todo este viaje mágico espacial y qué sé yo.

—Manipulación temporal Cósmica, —Comstock corrigió con altanería.

—Puedo leer algo de francés, —una voz femenina sugirió.

James levantó la mirada para ver a Lucía de pie junto a él. Ella se encogió de hombros. —No me gustaría que alguno de *ellos* me escuchen, —dijo, señalando a los ocupados estudiantes de Beauxbatons vestidos de azul, —Pero he estado tomando francés desde que tenía diez años. Probablemente pueda entenderlo.

Ella se agachó entre Ralph y James, tomando la revista en sus manos y estudiándola de cerca. —Hubo... —dijo lentamente, entrecerrando los ojos. —Un

ataque. Ella atacó a algunas personas, eso parece. Pero, ella es uno de sus maestros, ¿verdad? La recuerdo.

James hizo una mueca de confusión. —¿McGonagall *atacó* a alguien?

—Ella parecía querer *atacarme*, a veces, —Ralph admitió pensativamente. — Como la vez que hice crecer un árbol de durazno en su salón de clases. La expresión de su rostro era justo de miedo.

—No, espera, —dijo Lucía, sin dejar de leer. —Ella no atacó a nadie. *Fue* atacada, pero se defendió. Esto fue hace un par de semanas, al parecer. Se dice que hubo algún tipo de... ¿emboscada? Ellos la arrinconaron fuera de su casa, creo. Un montón de... ¿lobos? Eso no tiene sentido.

—El FULEM, —James exclamó, apuntando con el dedo a la revista. — ¡McGonagall fue atacada por el Frente Unido de Liberación de la Entidad Mágica! ¡Los mismos lunáticos que mataron al vicepresidente americano!

El rostro de Ralph palideció. —Eso significa que el profesor Avior estaba en esto, —susurró. —Él es el que hace que todo suceda, ¿no? Pero ¿por qué iba a atacar a la profesora McGonagall?

Una sensación de hundimiento inundó a James cuando la respuesta le golpeó. —Debido a lo que le dijimos. Ella sabía de los planes de Avior porque le dijimos todo sobre ellos. Avior debe haber descubierto lo que hicimos y la atacó para evitar que se lo contara a alguien.

—Pero no tuvieron éxito, —dijo Lucía, sin dejar de leer. —Ella se defendió. Sacó a algunos. Dice que tres de los que la emboscaron terminaron en un lugar llamado... llamado ¿la unidad de cuidados anti-maldición?

—Esa es la sala de contramaleficio en San Mungo, —dijo James con impaciencia. —¿Qué le ocurrió a ella? ¿Está bien?

Lucía saltó al final del artículo y leyó con voz entrecortada, —“Después de la repentina e inesperada terminación del puesto de Madame McGonagall en el Colegio de Hogwarts de Magia y Hechicería, este ataque es un evento sospechosamente cronometrado, indicando una muy poderosa infección de Laelap

Infortunado, probablemente contraída durante las anteriores vacaciones de la profesora en el campo rumano". —ella dejó de leer, con el ceño fruncido. —¿Qué es un Laelap Infortunado?

—Ese es *el Quisquilloso* siendo *el Quisquilloso*, —James suspiró. —¿Ella sobrevivió? ¿Está del todo bien?

Lucía negó con la cabeza y se inclinó sobre la revista de nuevo. —“En cualquier caso, la señora McGonagall, después de haber padecido numerosas maldiciones y hechizos durante el ataque, se encuentra actualmente vigilada en la unidad anti-maldición de San Mungo, al parecer inconsciente y bajo supervisión constante del sanador, por todo el provecho que hará en semejante caso avanzado de falta de suerte inducida por Laelap”.

Ralph se apoyó contra la pared de espejos, aturdido. —Ella nunca le dijo a nadie de lo que se enteró de Avior, —dijo desesperadamente. —No pudo haberlo hecho.

—Es por eso que no he sabido nada de mi padre, —James estuvo de acuerdo, y luego se sentó, alarmado. —¡Eso significa que nadie está haciendo algo para detener a Avior! ¡Nadie sabe lo que va a suceder!

—¿Les hablaste a todos del asalto? —Lucía aclaró, manteniendo su voz baja. —¿De cuando nos encontramos a ese... eh... hombre... en el bosque?

James asintió aturdido sin poder hacer nada.

—Bueno, entonces, —Lucía se encogió de hombros seriamente, cerrando la revista y devolviéndosela a Ralph. —Depende de ustedes, ¿no es así?

Ralph tomó la revista y miró fijamente a la imagen de la profesora McGonagall. Para sorpresa de James, el chico grande asintió. —Supongo que sí. —suspiró profundamente y se volvió hacia James. —Parece que vamos a necesitar el loco plan de Zane después de todo.



El loco plan de Zane, por supuesto, era un método complicado para colarse en el interminable laberinto de sótanos y mazmorras debajo de la Residencia de Administración de Alma Aleron en busca de la escurridiza (y al parecer aterradora) Crone Laosa, que, según la investigación de Rose, fue posiblemente una de las pocas personas en la tierra albergando los secretos de La Red Morrigan.

Zane como de costumbre, estaba tremendamente entusiasmado con la idea. —Todo está totalmente dispuesto y listo para ir, —declaró en un susurro en su siguiente clase de Runas Antiguas. Metió la mano en su bolsillo y sacó una gorda moneda dorada, un Drummel americano. —El encanto *Protean* es tan fuerte como siempre. Dondequiera que desaparezco, el hechizo de este bebé hala junto con él al lado americano del armario de Hogwarts. Pasamos en este lado y salimos al otro en la nueva ubicación.

Ralph sacudió la cabeza con impaciencia. —Pero ¿qué pasa con esta persona Crone Laosa? —susurró, acercándose a James y Zane. —¿Cómo vamos a encontrarla?

Zane se encogió de hombros. —Esa es la parte fácil. Ella supone que es la guardiana de todos los niveles inferiores de la Residencia de Administración. Caminamos alrededor y hacemos suficiente ruido, ella acabará por llegar a nosotros.

—¿Y luego qué? —James frunció el ceño. —Se supone que es, como, diez tipos horribles, ¿verdad? ¿Cómo podemos evitar que nos maldiga con cucarachas, y mucho menos convencerla de que nos diga todos sus secretos más oscuros?

—Déjame eso a mí, —dijo Zane con un gesto firme. —Tengo un as bajo la manga.

El ceño de James se profundizó. —¿Qué significa eso?

—Significa que tengo algunos secretos propios, —el chico rubio susurró con altanería. —Y, además, es probable que no me creerías si te lo dijera.

—Como sea, —murmuró James, todavía con el ceño fruncido. —Ralph, sólo mantén esa monstruosa varita tuya a mano. Tengo la sensación de que podemos necesitarla.

—Sr. Potter, —la voz del profesor Votary resonó estridente, llamando la atención de James. —¿Tal vez le gustaría venir a la pizarra y utilizar sus ocupados susurros para traducir esta antigua runa Angkoran? Hay que tener cuidado, sin embargo: los errores de pronunciación a menudo desencadenan maldiciones desagradables. Una vez vi la lengua de un criptógrafo transfigurada en un escarabajo pelotero por una consonante descuidada.

Ceñudo y arrastrando los pies, James se puso de pie y se dirigió a la pizarra.

—Y nunca más he encontrado un malhablado escarabajo pelotero, —Votary continuó, moviendo la cabeza. —¡Las malas palabras sumerias que pronunció esa criatura! Porque fue suficiente para hacer ruborizar a un duende de roca.

La lengua de James, afortunadamente, no se transformó en un malhablado escarabajo pelotero, pero pasó la hora de la cena atormentado por un demonio Angkoran particularmente molesto, que le rodeó la cabeza como un murciélago semitransparente, picoteándolo y gritando insultos incomprensibles.

—Me pregunto qué pasó con Peeves, —Rose comentó, mirando al demonio con una expresión melancólica. —No lo he visto en meses.

—Que se vaya, —Graham Warton proclamó con la boca llena de guiso. —El estúpido Poltergeist arruinó mi diorama de la batalla de los Magos Rojos. Todos ellos convertidos en diablillos de fuego y los envió a invadir los dioramas de todos los demás.

—Recuerdo eso, —Heth Thomas sonrió vagamente. —Fue divertidísimo.

—Fue una masacre en miniatura, —Ashley Doone dijo con rencor desde la mesa de Ravenclaw. —Pasé semanas en ese modelo de la corte del rey Kreagle. Agarró a esos diablillos unos diez segundos para saquearlo y quemarlo.

Heth asintió. —Como he dicho, endemoniadamente divertido.

—¡Déjalo ya! —James gritó, agitando sus manos al demonio Angkoran. —¡Sí me confundí “djaa” y “bjaat”! ¡Ya es una lengua muerta! ¡Supéralo!

Ignorando al demonio, Albus se apretó junto a James. —Así que ¿cuándo vamos a visitar a la vieja Crone Laosa?

James parpadeó. —¿Cómo que “vamos”? ¿Cómo es que sabes de eso?

Albus asintió hacia Ralph, quien estaba metiéndose entre Rose y Scorpius. James lo miró.

—¿Qué? —Ralph proclamó, desconcertado. —Estuvo contigo en la oficina de Avior, ¿no? Él es parte de esto tanto como nosotros. Y en este punto necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—¿Cuántas personas crees que podemos meter en el armario evanescente?

—Fácil, —Scorpius respondió, —Solo hacemos dos viajes.

—O más, —Rose asintió.

—Además, —dijo Albus alegremente. —No *todos* son del tamaño de un yeti hinchado.

—¡Hey! —dijo Ralph, sentado con la espalda recta. —Sólo soy de huesos grandes. No puedo evitarlo.

—¿Entonces, a dónde se dirigen todos ustedes? —preguntó Graham Warton, empujando a Albus con el codo.

—Abajo en las mazmorras de Alma Aler...

—¡A ninguna parte! —Exclamó James, ignorando a su hermano y empujándolo hacia atrás del banquillo.

—No suena como a ninguna parte para mí, —dijo Lily, reemplazando a Albus en el banquillo y entrecerrando los ojos.

—¡Ay! —Albus se quejó, agarrándose la cabeza donde yacía caído en el suelo.

—Cállate, Al, —James y Lily dijeron al unísono.

Ralph puso los ojos en blanco. —Realmente tenemos que dejar de hablar de estas cosas alrededor de la mesa.

—¡Dije que lo dejes ya! —James gritó, agitando inútilmente al demonio Angkoran cuando este sopló las frambuesas en sus oídos.

No fue sino hasta el siguiente miércoles por la noche, durante el camino de regreso desde la torre de Astronomía, que los planes para el viaje a los sótanos de Alma Aleron fueron finalmente consolidados. Después de venir de clase de Herbología del lunes, James, Ralph, Scorpius y Rose se reunirían con Zane en el Gran Comedor, supuestamente para una reunión Experimental de Comunicaciones no programada, y así tomar el armario evanescente de Alma Aleron reconfigurado a su nueva ubicación portal debajo de la Residencia de Administración. Albus se había quejado en voz alta al quedar fuera, pero un acuerdo previo con el club de duelo de la Profesora Heretofore, ahora lo hacía imposible.

—No puedes evitarlo, —James había insistido, —O si no, la gente se preguntará a dónde te has ido. Todo el mundo sabe que amas ese tonto club.

Con los detalles elaborados, lo único que quedaba era la espera. Esto, hacía tiempo que James lo había aprendido, era la parte más difícil de todas, ya que cada momento de ocio parecía de repente estar lleno de preocupaciones sobre las múltiples formas en que el plan podría salir mal. ¿Qué pasa si Filch los atrapa intentando pasar rápidamente a través del armario de Alma Aleron? ¿Qué pasa si el reposicionamiento precario de Zane del lado del armario de Alma Aleron sale mal, lanzándolos a un lago subterráneo o a la guarida clandestina de una bestia venenosa? No había, después de todo, alguna manera de saber qué terribles secretos estaban escondidos en las profundidades aparentemente interminables debajo de la escuela mágica americana. Por otra parte, ¿qué pasa si Crone Laosa no

era en absoluto una bruja de verdad, sino simplemente una leyenda creada para asustar a los estudiantes fuera de las peligrosas bodegas? E incluso si ella era real, ¿había alguna razón para esperar que hiciera cualquier cosa con ellos aparte de maldecirlos por intrusos? Esto, después de todo, al parecer era su singular tarea.

Cuando el tiempo de la clase de Herbología de la tarde del lunes llegó, James estaba tan preocupado e impaciente que apenas notó la sospechosa y constante mirada de Tabitha Corsica.

—¿Algo en mente, señor Potter? —ella preguntó con frialdad mientras le entregaba un par de guantes y orejeras de gran tamaño. —No es prudente trasplantar mandrágoras mientras se está preocupado.

—¿Hmm? —James murmuró, y luego se sacudió. —Oh. No. No es nada.

Ella entrecerró los ojos hacia él, haciendo una pausa en su distribución de las orejeras y guantes. Luego, afortunadamente, siguió adelante.

Favorablemente, el resto de la lección pasó rápidamente, lleno de los gritos desgarradores de las mandrágoras que los estudiantes apresuradamente replantaban en macetas grandes. Los oídos seguían zumbando a pesar del uso de las orejeras de protección, cuando James acompañado de Ralph, regresaron a las puertas del Gran Comedor, donde Rose y Scorpius estaban merodeando, haciendo un gran esfuerzo por parecer casuales con la nariz enterrada en varios libros de texto.

—Ya era hora, —Scorpius murmuró, cerrando con un golpe seco su libro de Aritmancia. —Aquí Rose es la única que parece creer en la lectura de estas cosas. Vámonos.

—Espera, —James interrumpió cuando Scorpius tenía abierta una de las puertas. —¿Dónde está Zane? No tiene sentido pasar por el armario hasta que sepamos que él ha reposicionado el otro al otro lado.

—Dijo que nos reuniríamos aquí a las 4:45, —dijo Ralph, pasando a través de la puerta al Gran Comedor vacío. —Eso es casi las once de la mañana en su tiempo.

—Me sorprende que esté fuera de la cama, —Scorpius puso los ojos en blanco. —De cualquier manera, no estoy esperando aquí fuera donde Filch puede poner los ojos en nosotros.

Rápida y furtivamente, los cuatro estudiantes se abrieron paso entre las mesas vacías de las casas. No pasaría mucho tiempo antes que los estudiantes y profesores comenzaran a llegar poco a poco al Gran Comedor para la cena. Incluso ahora, James pudo oír el débil y tintineante ruido de los elfos domésticos en la cocina de abajo. Delante de él, los cuatro armarios evanescentes permanecían en guardia, perfilados dramáticamente por los rayos de sol que caían en ángulo desde las ventanas a lo largo de la pared izquierda. Por primera vez en meses, James pensó en el inicio del periodo, cuando Nastasia había aparecido subrepticamente merodeando alrededor del vestíbulo. Ahora sabía cómo ella había pasado a través del armario (habiendo asumido su forma de serpiente, fue capaz de eludir la prohibición de pre-clase en brujas y magos). A la luz de la entrevista en la oficina de Avior, sin embargo, tenía nuevas dudas de por qué ella había venido a Hogwarts esa noche en primer lugar. Había afirmado simplemente estar explorando. Y todavía...

James miró hacia la mesa vacía de los profesores, recordando. Había habido allí una especie de saco pequeño, tirado a la luz de la luna. Nastasia lo había reclamado, pero no ofreció ninguna explicación por ello. ¿Qué había estado llevando en ese saco? ¿Y a dónde había ido a parar?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Rose cuando se unió a él, cerca de la mesa principal. —Caray, pero esa cosa es fea, —dijo, asintiendo con brusquedad hacia el ventanal superior.

James la miró, y luego hacia el monstruoso reloj. Sus cinco caras lo fulminaron con la mirada, mostrando los tiempos en cada una de las zonas de tiempo representadas por los armarios. Por el momento, James se dio cuenta, las manecillas del reloj de Durmstrang apuntaban hacia arriba, inmóviles. El armario de Durmstrang todavía estaba roto, obviamente. Las otras caras marcaban afanosamente con diminutos movimientos de insecto de sus manos de hierro.

Debajo de ellas, el gran péndulo se movía de un lado a otro, silbando débilmente al cortar el aire en segundos.

—Oficialmente está retrasado, —Scorpius se quejó tenso, mirando hacia el reloj de Alma Aleron. —Va a hacer que nos atrapen a todos, yanqui estúpido.

—Dale un minuto, —Rose suspiró.

James esperó, cambiando nerviosamente de un pie a otro.

De repente, detrás de él, llegó el chasquido inconfundible del pestillo de la puerta del Gran Comedor. James se movió en el acto.

—¿Qué fue eso? —dijo Ralph con voz áspera y nerviosa.

Rose negó con la cabeza. —Sonó como alguien viniendo... —frunció el ceño y se encogió de hombros. —Tal vez sólo fue el viento.

James miró hacia atrás a las puertas cerradas. No había nadie ahí. —Tal vez... —comenzó, pero fue interrumpido por un sonido mucho más fuerte del armario de Alma Aleron abriéndose.

Aliviado, James se dio la vuelta de nuevo, sólo para encontrarse cara a cara con la última persona que esperaba.

—Nastasia, —declaró para sus propios oídos, que sonaba tanto como una acusación y pregunta.

—Hola, James, —dijo, sonriendo débilmente, pero sin mirarlo a los ojos. —¿Me extrañabas?

—¿Por qué está aquí? —Scorpius preguntó sin rodeos, dirigiéndose a Zane mientras la seguía fuera del armario.

Zane fue imperturbable. —¿Por qué no debería estar? Estuvo allí en Nueva Ámsterdam, ¿no? Y ayudó mucho a obtener la verdad de Avior. Además, ella es el as bajo la manga.

—¿Nastasia? —James exclamó, haciendo un gesto hacia ella pero mirando a Zane. —¿Ella es tu secreto?

—Al parecer, soy el secreto de todos, —Nastasia intervino, pasando un brazo por el codo de James. Él se apartó irritado.

—¿Estamos esperando a alguien más? —preguntó, levantando las manos. —¿La banda de música de Alma Aleron, tal vez? ¿A la loca milicia Hombre lobo del Profesor Jackson?

—Me alegro de verte, también, compañero, —Zane tranquilizó amablemente, pasando un brazo alrededor de los hombros de James. —Todo esto es parte del plan, confía en mí. Además, —sacó el Drummel dorado de su bolsillo y rebotó en su palma. —La banda ya estaba ocupada localizando el Arca de la Alianza.

James se quitó el brazo de su amigo, pero no pudo resistir una sonrisa indefensa e irónica. —De verdad estás completamente loco.

Zane asintió. Se dio la vuelta y mantuvo la moneda delante de él. —Ralphinator, ¿quieres hacer los honores? Usa esa varita Godzilla que tienes y envía esto a su última ubicación. Si estoy en lo cierto, va a terminar justo por debajo de la cafetería de la Residencia de Administración. Suficientemente segura, a pesar del hedor del viejo goulash.

—¿Eso es lo suficientemente profundo para llamar la atención de Crone Laosa? —preguntó James cuando Ralph rebuscó en los bolsillos por su varita.

Zane se encogió de hombros. —Es un comienzo. Como mi padre siempre dice, más vale prevenir que enterrados a mil pies bajo tierra en el intestino grueso de algún gusano monstruoso.

—Palabras para vivir, —Scorpius pinchó. —Haz la magia, Ralph, y se rápido. Las personas estarán aquí para cenar en cualquier momento.

Ralph blandió su varita tentativamente, su boca se apretó en una línea firme. Él estaba, James se dio cuenta, acostumbrándose a intensificar la magia particularmente fuerte y precisa cuando era requerida.

—*Saltus Retrorsum*, —declaró, tocando la moneda con su varita. Esta desapareció cuidadosamente con un pequeño pop.

—Genial, Ralph, —Zane declaró, volviéndose hacia el armario de Alma Aleron. —Casi pensé que tendría que ir a buscar mi mano por ahí cuando llegáramos allá.

—Métanse todos, —dijo Rose, corriendo hacia el armario. —¡Terminemos con esto!

Zane se apretó junto a ella. —Espero que hayas dejado todas tus chaquetas en casa esta vez, Weasley.

—Cállate, Walker.

Ralph siguió, agachándose para adaptarse a su corpulencia en el espacio restante.

—¡Muévete, Zane! —Rose se quejó cuando la puerta se cerró. —¡Estás sobre mi pie!

Un momento después, un destello verde trazó la puerta brillantemente. Con un misterioso golpe, las voces de adentro cesaron.

James miró a Nastasia. —Tengo un montón de preguntas para ti, —dijo.

—Lo siento, —ella respondió alegremente, —Hoy se me han agotado las respuestas. Intenta volver mañana, ¿de acuerdo?

James sacudió la cabeza con cansancio, abandonándola y acercándose al armario.

—Espera, —dijo Nastasia, agarrando el codo de James. Irritado, él se dio la vuelta. Ella lo miró a los ojos fijamente, casi parecía luchar consigo misma para mantener el contacto visual. —Te dije que no confiaras en mí, —dijo. —Pero no significa que me volví contra ti. Realmente. Avior confiaba en mí. Él me dijo que buscara viejas contraseñas de Dumbledore. Usé su confianza para conseguir lo que necesitábamos. Él fue el que me traicionó. No tú.

James estudió su rostro con escepticismo. Sacudió la cabeza. —No sé si puedo creerte, —admitió en voz baja. —Y tampoco sé si quiero.

Ella suspiró enérgicamente, finalmente bajando los ojos, le soltó el brazo.

—Resuelvan sus problemas de confianza después, ustedes dos, —Scorpius declaró desde el armario de Alma Aleron. —O me voy sin ustedes.

Sin decir una palabra, James subió al armario, presionando contra la pared de atrás para dejar espacio para Nastasia. Casi a regañadientes, ella entró tras él. Se apartó, ubicándose frente a la puerta abierta. Después de un segundo, la puerta se cerró. James se preparó. Hubo una pausa, seguida ahora por el familiar flash de color verdoso y soltando el repugnante golpe.

La puerta se abrió de nuevo en la total oscuridad. El calor inundó el armario, junto con un hedor insoportable y empalagoso. No olía al viejo goulash, sin embargo. Olía como el azufre y al viejo y húmedo moho. El único sonido era el constante eco de goteo de agua.

—Las damas primero, —Scorpius repicó, empujando a Nastasia. —Has estado aquí antes, ¿no?

Nastasia no respondió. En cambio, levantó su varita. —*Lumos*, —ordenó con voz plana. La varita se encendió, iluminando el interior del armario y nada más. Poco a poco, tentativamente, ella salió al eco de las tinieblas.

Sintiendo una sensación inquebrantable de profundo presentimiento, James la siguió.

—*Lumos*, —Scorpius murmuró, añadiendo su propia luz de varita a la de Nastasia. La piedra áspera y húmeda reflejaba la luz oscuramente bajo los pies de James. Miró hacia arriba, buscando el techo, y se sorprendió al ver sólo la tenue sombra de estalactitas a cientos de pies por encima.

—Es una caverna, —la voz de Zane llamó de las tinieblas, despertando un coro de ecos. —No esperaba esto, exactamente.

—Pensé que habías dicho que ya habías probado esto. —Scorpius volvió a llamar.

Nastasia respondió a su lado. —Lo hicimos. Pero desvanecimos la moneda hacia los sótanos desde el césped en frente de la Residencia de Administración, a unos cientos de pies como máximo. Ralph puede ser un genio con una varita mágica, pero es una cosa diferente golpear la misma marca en un océano de distancia.

—Como golpear el ojo del buey en la diana de la luna, —Zane asintió, acercándose para salir de la oscuridad con Rose y Ralph. —Por lo menos Ralph aquí nos metió en el tablero. No es tu culpa, amigo. —le dio una palmada cordial a Ralph en el hombro.

James miró a su alrededor, frunciendo el ceño. El armario evanescente era apenas una silueta torcida en la oscuridad, con la puerta parcialmente abierta. —Entonces, ¿exactamente a dónde vamos?

—¿Mi conjetura? —Zane se encogió de hombros, —Todavía estamos bajo la Residencia de Administración. Sólo, ya sabes, un poco más abajo de lo esperado. ¡Ah! —se agachó de repente. Cuando se enderezó de nuevo estaba lustrando el Drummel dorado en su camisa. —Necesito esto, ¿no? Es más que un objetivo *Protean*. Es mi actual salvavidas.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a encontrar nuestro camino de vuelta a los sótanos principales? —preguntó James con impaciencia. —No veo ninguna escalera ni nada.

Rose se abanicó con la mano, comenzando a sudar en el calor subterráneo. — Los enanos que construyeron la Residencia de Administración seguramente habían conocido esta caverna cuando estuvieron aquí. Habrían construido túneles y utilizado los recursos y el almacenamiento. Si exploramos un poco, estamos seguros de encontrar un camino hacia arriba y hacia fuera. —se dio la vuelta y miró hacia la oscuridad, levantando su varita iluminada.

—Esas son tonterías, —Scorpius negó con la cabeza. —Si ahora estamos de vuelta bajo Alma Aleron, ¿por qué no solo reposicionamos el armario para otro viaje? Tienes la moneda, ¿no?

—Sí, —James estuvo de acuerdo. —Haz tu reposicionamiento Protean desde aquí. Podemos dar en el clavo con la marca correcta y evitar andar por todo el centro de la tierra toda la noche.

Zane asintió y se encogió de hombros. —Tiene sentido para mí. ¿Ralph? La segunda ronda, si eres tan amable.

Sostuvo la moneda a Ralph una vez más, quien sacó su varita y apuntó con cuidado.

—¿¡Qué estás haciendo!?! —gritó Rose, tirando la moneda de la mano de Zane e interrumpiendo a Ralph a medio hechizo.

—¡Hey! —James exclamó. —¿Qué pasa?

—¡Me aparto durante diez segundos y ustedes sólo nos condenan! —Rose agitó la moneda. —Si desaparece a esta distancia, ¿qué crees que le pasa al armario?

—Se transporta de vuelta hacia donde se *supone* que debe estar, —explicó James, golpeando su frente con irritación. —¡Ese es el punto!

Rose plantó los puños en las caderas. —¿Y qué pasa con nosotros?

—Entonces simplemente saltamos en el armario evanescente y... —James se detuvo, parpadeando, cuando se dio cuenta del error fatal en el plan. Después de un momento cerró la boca.

—Muy bien, entonces, —dijo Zane, levantando ambas manos. —Así que casi acabamos cortando nuestro único medio de llegar a casa de nuevo. Lección aprendida. No hay más decisiones precipitadas, ¿verdad? Tenemos que ser muy cuidadosos.

—*Ella es* la que dijo que tenía que haber un túnel a la superficie! —James declaró, agitando una mano a Rose.

—¡No estaba planeando poner en juego mi vida! —Rose exclamó con voz aguda.

—Cállense los dos, —Scorpius suspiró. —Zane tiene razón. No más daños por aquí. Si vamos a salir de aquí, parece que vamos a tener que hacerlo de la manera difícil.

Rose se relajó un poco con esto y entregó el Drummel a Zane. —No hagas nada estúpido con él, —murmuró.

Zane guardó la moneda. —¡Muy bien, entonces! —anunció alegremente. —¡Por aquí para el gran tour! —encendió su propia varita y se desvió. Más sombríamente, Scorpius y Nastasia siguieron.

—Esperen un momento, —dijo James. Rápidamente, se volvió hacia el armario y lo tocó con su varita. —*Circumnecto*. —en respuesta, salió una chispa dorada desde el extremo de la varita hacia el armario, conectándolos con un breve rayo brillante. Asintiendo con satisfacción, guardó su varita, y luego se dio cuenta que Ralph y Rose lo estaban mirando.

—¿Qué? —preguntó. —Es un encantamiento básico de brújula. Envía una chispa de regreso al armario para que podamos encontrarlo de nuevo. ¿Creen que Rose es la única inteligente en la familia?

Rose ladeó la cabeza con desconfianza.

—Muy bien, —declaró James. —Mi madre me lo enseñó para no seguir perdiendo mis gafas. ¿Contenta?

—De cualquier manera, estoy impresionado, —Ralph admitió mientras corrían para alcanzar a los demás. —Totalmente útil, es decir.

James le dio a su amigo una sonrisa irónica. —Gracias, Ralph.

Mientras caminaban, la verdadera magnitud de la caverna se hizo evidente. El suelo se inclinaba constantemente hacia arriba, eventualmente irrumpiendo en amplios escalones y luego en terrazas irregulares, obligando a los estudiantes a trepar por los bordes más altos y afilados. A medida que avanzaban, James notó el techo distante bajar a su encuentro. Muy pronto, las estalactitas estaban directamente sobre la cabeza, colgando en relucientes puntos de goteo, amenazando con caer como lanzas de piedra a la menor provocación. El ascenso se redujo con estalagmitas llenando el camino, hasta llegar a sus homólogos en el techo. Zane llevó al grupo adelante, ocasionalmente agarrando su varita en sus dientes mientras subía.

—¿Soy yo, —Ralph jadeó, —o se trata de conseguir un poco más de fresco?

—Esto no es un camino accidental, —Rose estuvo de acuerdo. —Es una fisura natural, ampliada por el tráfico peatonal quién sabe de hace cuánto tiempo. Te dije que los enanos habrían encontrado esta caverna y conectado de alguna manera.

—Formidable para los Grandes Cerebros Weasley, —Scorpius se quejó, trepando por una aguda saliente negra. —Podrías haber pensado que ellos podían haber puesto unas escaleras, por lo menos.

—Hay un poco de luz por delante, —Zane volvió a llamar. —Una antorcha, al parecer.

James se asomó por delante, entrecerrando los ojos para ver más allá de las varitas encendidas. Efectivamente, un oscuro brillo de color naranja inundaba el aire por encima, brillando en los bordes inclinados de las estalactitas y estalagmitas. Con un renovado propósito, la tropa continuó su ascenso, siguiendo el esquivo resplandor naranja hasta el piso nivelado, convirtiéndose en un camino entre paredes de piedra talladas. El techo se hundía a su encuentro, obligando a los estudiantes a agacharse.

—Es algo bueno que no sea claustrofóbico, —Ralph murmuró débilmente.

—Eso es seguro, —Zane volvió a llamar, avanzando por delante y tratando de no golpear su cabeza en el duro techo. —Este lugar es más apretado que la billetera de un Duende.

Ralph gimió detrás de James. —Estaba siendo sarcástico. Soy totalmente claustrofóbico. Pequeños y estúpidos enanos.

—Anímate, Ralph, —Rose calmó. —Creo que estamos casi saliendo.

En esto, James sospechó, Rose estaba siendo bastante optimista. Aun así, después de diez minutos más de pequeña caminata, con todo inclinado de manera constante hacia arriba, el techo finalmente se alzó, uniéndose a uno mucho más amplio en un corredor de tamaño humano. Las llamas parpadeaban de un candelabro de hierro, colgado del techo por cadenas negras.

—Fuego de Duende, —dijo Rose, secándose la frente. —Las llamas arden de la nada y nunca se apagan. Probablemente ha estado ahí durante siglos.

—¿Qué pasa con toda la basura del suelo? —James frunció el ceño, apuntando hacia unos picos, baldes y cascos a cierta distancia.

—¡Ooo! —Rose exclamó alegremente, trotando hacia delante para no perder detalle. —¡Herramientas hechas por Enanos! ¡Se supone que son algunos de los mejores fabricantes en el mundo! —ella se agachó y cogió una pequeña pala del suelo, sacándola de un nido de viejas telarañas. —¡A la luz es como una llave, pero es fuerte como una Mantícora! Y ¡mira! —levantó otro implemento, un hacha de mango corto, —¡Justo mi tamaño, también!

—Esto, creo, —dijo Scorpius, uniéndose a Rose cerca de las herramientas esparcidas, —es lo que se conoce como saqueo.

—Oh, tonterías. Han estado aquí por siglos. Los enanos se han ido hace mucho tiempo de estos túneles.

James se movió más cerca y levantó su varita, examinando la áspera pared de piedra. —Sólo por curiosidad, ¿qué crees que hizo *eso*?

Zane y Nastasia se inclinaron, mirando a la pared. Una serie de irregulares y profundas cicatrices rayaban la piedra. Ralph frunció el ceño nerviosamente. —Eso debe haber sido algún pico.

—Se ven más como... como... —James tragó, reacio a continuar.

—Marcas de garra, —Nastasia asintió, pasando un dedo a lo largo de uno de los rasguños profundos.

—Eh, —la voz de Rose se hizo eco tentativamente desde cierta distancia. — Eh, ¿chicos? ¿Es esto... lo que parece?

James y Scorpius pasaron por encima de las herramientas desechadas y dieron media vuelta a una aguda esquina. Rose volteó a mirarlos desde donde estaba señalando. Otra pila más de restos se extendía a lo largo del corredor, iluminados por el danzante resplandor naranja de otro candelabro de Fuego de Duende.

—Esas no son herramientas de enanos, —Ralph chilló, deteniéndose detrás de James. —Esos son... er... enanos.

Infortunadamente, Ralph estaba en lo cierto. Arrojados de un lado a otro contra las paredes y en el áspero suelo, había pequeños cráneos de prominentes cejas, costillas rotas y varios trozos de brazos y piernas esqueléticas. Brillando tenuemente entre los huesos, había complejas formas metálicas, rotas, dispersas y cubiertas de polvo.

—Armaduras, —James tragó saliva. —Miren. Hay un escudo. Y algún tipo de cota de malla, todos hechos pedazos. Y hay una espada, con una... eh... mano. Todavía unida a ella.

—Esa sí que es una batalla que me hubiera gustado ver, —Zane anunció fervientemente. —Los enanos son unos tipos difíciles. Y su armadura es el material más fuerte que hay. —arrancó la espada del suelo y quitó de encima la mano esquelética que se aferraba a la empuñadura. Esta volvió a caer con un estrépito sonido seco que hizo que James hiciera una mueca de dolor. —¿Ven? No hay ni un corte en ella. Ni siquiera una mota de óxido. —examinó la espada de cerca, moviéndola a la luz del fuego. —Un poco de sangre, sin embargo, pero la apariencia es la misma. Este tipo consiguió pocas cortadas antes de ser pateado por el viejo.

—Zane tiene razón, —Rose frunció el ceño. —Los enanos son famosos por su tenacidad en la batalla. ¿Qué podría haberles hecho esto?

—Apostaría que el mismo que arañó las paredes allí atrás, —Nastasia comentó.

—De cualquier manera, —dijo James, alzando la voz, —como dijo Rose, estas cosas han estado aquí por siglos. Lo que causó todo esto, hace mucho tiempo que está muerto.

Como en respuesta, un bajo ruido de gorjeo salió de las profundidades. Era un sonido extrañamente inhumano, un gemido ululante, subiendo de tono hasta que hizo eco alrededor, convirtiéndose en un estridente canto. James sintió su cabello levantarse. Zane dejó caer la espada de los enanos. Rose agarró el brazo de Ralph con ambas manos, con sus ojos agrandándose. Incluso la cara de Scorpius palideció al de una hoja gris. Lentamente, el horrible ruido se apagó, perseguido por sus ecos en los invisibles túneles y pasillos.

—O no, —chilló Nastasia.

Rose miró a su alrededor salvajemente. —¿De dónde vino?

—¿Quién sabe? —respondió James. —Vamos, vamos, marchémonos de aquí. Tiene que haber una manera de avanzar.

Zane recuperó la espada y la sostuvo con voz temblorosa por delante de él. En su puño, el arma parecía ridículamente diminuta, a pesar de su reluciente hoja afilada. En un apretado nudo, el grupo subió hacia adelante, dando pasos torpes sobre cráneos y armaduras rotas. A cien pies más allá de la dispersión de los huesos, el corredor terminó en una barricada de barras entrecruzadas de hierro, cada una tan gruesa como el brazo de James, adornadas con tornillos del tamaño de perillas de puertas. Situada en el centro de la barricada había una puerta de hierro con una cerradura pesada. Pintadas en la áspera pared de piedra a cada lado de la barricada, había grandes calaveras blancas y huesos cruzados. Por encima de ellos, bastante preocupante, había una sola palabra: GOWROW.

—Oh hombre, —Zane comentó con preocupación.

Rose frunció el ceño ante la agrietada pintura blanca. —¿Qué significa? ¿Qué es un Gowrow?

Scorpius se encogió de hombros. —Suena como una especie de dulce que podrías comprar en Honeydukes.

Zane negó con la cabeza con fervor. —No es un dulce.

—Un Gowrow es un legendario monstruo americano, —explicó Nastasia. — La buena noticia es que nadie ha visto alguno desde hace cientos de años. —ella frunció el ceño, pensativa. —La mala noticia es que les encanta las cuevas y los túneles.

La voz de Ralph era delgada, con preocupación. —Así que... ¿qué es?

—El cruce de un basilisco con un cocodrilo, —dijo Zane, —Entonces le da colmillos, ojos del tamaño de tapas y garras como un hipogrifo.

—Pero, —Nastasia añadió, sosteniendo sus manos cerca de dos pies de distancia, —Saben... *más grande*.

Scorpius se empujó al frente del grupo y se apoderó de la barricada de hierro con las dos manos. Miró más allá a través de las barras en el oscuro pasillo. — Aunque parece que lo encerraron bien. Mientras permanezca al otro lado de estas barras, imagino que vamos a estar bien.

Más cerca esta vez, el misterioso grito de gorjeo vino otra vez, haciendo eco a su alrededor.

—¿Estás seguro —preguntó James, uniéndose a Scorpius en frente de la antigua barricada, —que eso está en *ese* lado de las rejas?

En respuesta, el túnel detrás de ellos retumbó. El polvo se elevó al techo. Más abajo, vino el inconfundible sonido de garras raspando sobre piedra, acercándose con rapidez.

—Creo que necesito una espada más grande, —dijo Zane sin aliento, girando hacia el sonido.

—¿Rose? —James llamó, agarrando a su prima por el brazo. —Los hechizos de Desbloqueo son tu especialidad, ¿no? —él la empujó hacia la puerta de hierro. —¡Así que desbloquéala!

—¡No puedo! —protestó. —¡Todavía no he calibrado mi nueva varita para desbloquear hechizos!

—¿¡Qué!?

—¡Es probable que le haga brotar piel que desbloquearla! —gritó, tanto asustada como enojada. —¡Alguien tiene que hacerlo!

El Gowrow gritó de nuevo, borrando cualquier otro sonido. Parecía terriblemente cerca. El suelo vibraba con su aproximación.

—Maldita sea, —Scorpius exclamó. —¿Ralph? Es hora de trabajar.

Ralph asintió, con su cara resbaladiza por el sudor. Se quedó atrás y apuntó con su varita a la antigua puerta. —¡*Alohomora!*

Un brillante rayo dorado golpeó el bloqueo, iluminando el antiguo ojo de la cerradura. La puerta se sacudió violentamente en su marco. James agarró una de las barras y haló.

—¡Todavía bloqueada! —dijo, dando un paso atrás nuevamente. —¡Prueba otro!

Ralph endureció su mandíbula y plantó sus pies, todavía con la varita apuntando a la cerradura de hierro. —¡*Reserare!*

Esta vez, un rayo naranja golpeó la cerradura, explotando en chispas. La puerta se sacudió de nuevo, pero se mantuvo firmemente cerrada.

—¡Prueba con *universale clavem!* —gritó Rose, saltando con temor de un pie a otro. —¡Es un encantamiento de llave universal!

Ralph asintió, repitiendo el conjuro en su cabeza, luego apuntó su varita una vez más. Un rayo verde lima saltó de su varita, llenando el ojo de la cerradura y haciéndola brillar. Hubo un fuerte clic trabándose.

James saltó hacia adelante y sacudió la puerta de nuevo. —Creo que la bloqueaste *más fuerte* esta vez, —declaró, sacudiendo la cabeza.

Detrás de él, Rose gritó. James volvió, arrojándose contra los barrotes de hierro inflexibles y tirando a su prima con él. Nastasia se agachó, con su varita extendida hacia las profundidades del corredor. Allí, lanzándose fuera de la oscuridad, apareció una pesada forma deslizándose. Un par de ojos enormes, perfectamente redondos con brillo naranja, reflejando la luz del candelabro del Fuego de Duende. Un momento después, la criatura se lanzó hacia adelante, golpeando el candelabro del techo y apagándolo debajo de su vientre escamoso. El destello de luz permitió sólo un breve vistazo de unos musculosos brazos de reptil con negras garras en puntas, unos curvados colmillos amarillos y una larga cabeza de escamas sonriendo.

Desesperadamente, Zane tiró la espada de enano. Esta brilló cuando salió de la luz, repiqueteando contra la piel escamosa de la criatura.

—Mi héroe, —Nastasia dijo, tirándose a la espalda del chico rubio.

El Gowrow se deslizó hacia adelante con horrible velocidad, con su cuerpo de escamas raspando contra las paredes de piedra, sus centelleantes ojos de color naranja flotando hipnóticamente. Volvió a gritar, enviando una ráfaga de aire frío a lo largo del túnel.

Una luz verde brilló. Nastasia, James vio, estaba disparando maldiciones para matar a la criatura gigante, pero sin éxito. Rose se alejó de la escena, enterrando la cara en el hombro de James. No podía culparla. Vagamente, casi clínicamente, se dio cuenta de que nunca había estado aterrorizado tan primitivamente en su vida.

Scorpius saltó hacia adelante, bloqueando la vista de James del monstruo que se acercaba. Agarró a Ralph por el hombro, giró al chico más grande y luchó con el brazo hacia arriba para que la varita de éste apuntara una vez más a la puerta de hierro. Contra los gritos de chillido del Gowrow, la voz de Scorpius era apenas audible.

—¡*Convulsis!*—lloró agarrando la muñeca de Ralph con ambas manos.

Un rayo azul se disparó desde la varita de Ralph. Golpeó la puerta justo por encima del hombro de James, encendiendo una ráfaga de chispas de color púrpura. La puerta explotó hacia atrás, saliéndose de sus bisagras y cayendo estrepitosa y violentamente al suelo. James cayó hacia atrás por la apertura repentina, arrastrando a Rose con él.

—¡Vamos! —Scorpius gritó, agarrando a Nastasia y a Zane, uno en cada mano. Tropezando y aturcidos, abrumados por el marco de la puerta de hierro, empujando a Ralph por delante de ellos, cayeron encima de James en un montón, sacando el aire de los pulmones de éste.

El Gowrow se estrelló contra la barricada de hierro, desgarrándola de verdad pero irremediablemente acuñándose en el marco de la puerta rota. El monstruo volvió a gritar y rechinó sus mandíbulas. Sus dientes resonaron y sus colmillos atacaron a meras pulgadas de los estudiantes que luchaban entre sí.

—¡Corran! —gritó James, empujando a Zane por delante de él.

—¡No! —Scorpius respondió, señalando de nuevo hacia la barricada de hierro. —¡Hay que *Reparar* la puerta!

James miró por encima del hombro. Mientras lo hacía, el Gowrow se forzó hacia adelante, desgarrando verdaderamente la barricada. El metal chilló cuando las barras se doblaron lentamente.

—¡Ralph! —James llamó. —¡Él tiene razón! ¡Repara la puerta! ¡Rápido!

Aturdido, Ralph miró a James y a la puerta rota, donde reposaba doblada casi a la mitad en el suelo de piedra. Su rostro se aclaró y se endureció. —Todo el mundo un paso atrás, —gritó, levantando su varita de nuevo. Su punta verde lima parecía brillar en la oscuridad.

James se apretó contra la pared de piedra del túnel, uniéndose a Rose y Scorpius. Nastasia y Zane se apiñaron frente a ellos, con los rostros pálidos y preocupados.

Un chillido desgarrador resonó a través del túnel. El Gowrow había obligado a la cabeza y al hombro izquierdo a pasar a través de la puerta deteriorada. Gritó, llenando el túnel con su aliento frío y escalofriante grito ululante.

—*¡Reparo!*—Ralph gritó, alzando la voz (de alguna manera) por encima del ruido del Gowrow.

Con un repentino chirrido metálico, la puerta se enderezó, se volcó en el aire y se dio la vuelta hacia la barricada de hierro. Se cerró nuevamente en su marco, golpeando al Gowrow hacia atrás, con la cabeza deslizándose en la cola, de modo que se estrelló contra el suelo y se resbaló, agitando los brazos y rozando las paredes de piedra. Cuando se detuvo, se volvió a caer sin fuerzas, con la cola formando un signo de interrogación en el suelo arenoso.

—¿Está... —Rose tembló, —está muerto?

Zane negó con la cabeza. —No hay ninguna posibilidad. Está fuera de combate.

—¿Estás seguro de que tu trabajo de reparación se mantendrá, Ralph? —preguntó James débilmente.

Ralph asintió con sombría confianza. —Tan buena como nueva, apostararía. —se volvió hacia Scorpius y frunció el ceño. —Esa cosa que hiciste, agarrando mi varita y mano... Yo no creía que eso fuera posible.

—Yo tampoco, —Scorpius se encogió de hombros temblando. —Pero me acordé de algo que mi abuelo me enseñó.

James se unió a él en el centro del túnel, incapaz de apartar los ojos de la barricada reparada y la horrible criatura boca abajo detrás de él. —¿Y qué fue eso?

Scorpius hizo un gesto hacia la varita de Ralph. —La sutileza es el último error de un hombre muerto.

Nastasia asintió. —Bueno, eso seguro no fue sutil. Supongo que todos te debemos una, ¿no?

—Por el momento, no empecemos aplaudiéndonos el uno al otro en la espalda, —Scorpius respondió reafirmando su voz. —Todavía tenemos que encontrar a esta Crone Laosa y sacarle la verdad sobre La Red Morrigan.

—Asumiendo que sea una persona real, —añadió James con cansancio.

—Y que tenga algún secreto para compartir, —Rose agregó.

—Y que no nos dé de alimento a *esa* cosa, —Ralph llegó a la conclusión, levantando un pulgar al Gowrow

—Qué montón de gatitos amargados, —Zane reprendió. —¡Vamos! Lo peor tiene que estar detrás de nosotros, ¿no?

Mucho más lento y con propósito, el grupo reanudó su viaje, avanzando poco a poco el camino en las más aún oscuras profundidades de las antiguas catacumbas de Alma Aleron, con varitas en alto contra las sombras. James no quería admitirlo en voz alta, pero tenía el presentimiento de que la presunción de Zane no podía estar más equivocada.



Capítulo 18

La Red Morrigan

Muy pronto, el túnel comenzó a subir nuevamente, convirtiéndose en una escalera de piedra, marcada por descansos, pasillos transversales y grandes salas vacías. Las antorchas de fuego duende iluminaban el camino, a pesar de la falta de uso evidente de los propios túneles. El polvo y las telarañas se aferraban a cada superficie, flotando cuando la tropa pasó. Finalmente, llegaron a una monstruosa puerta de madera, por suerte sin llave. Se abrió con un crujido cuando Zane la empujó, revelando un pasillo más iluminado forrado con arcos y tapices, apagados con la edad y una gruesa capa de polvo.

—Cool —murmuró Zane con su voz inconscientemente baja. —Estos muestran la construcción de Alma Aleron —señaló —Ahí están Roberts y Pepperpock en la inauguración. Y ahí están los enanos cavando los cimientos de la Residencia de Administración.

—Esperen —dijo Rose de repente, parando en seco. —¿De quién son estas huellas?

James miró hacia abajo. Comenzando por sus propios pies, claramente definidos en el suelo polvoriento, había un conjunto de huellas frescas, algo más pequeñas que las suyas.

—Alguien más está aquí —dijo Ralph.

—Tal vez es ella —sugirió Rose. —Crone Laosa.

James no lo creía, pero resistió el impulso de expresar esta sospecha.

Zane golpeó la espalda de Ralph. —¿Qué dicen, las seguimos? Es la única pista que tenemos, ¿no?

Nadie habló, ya sea por coincidir o discrepar. Por lo tanto, en silencio y con cuidado, el grupo se deslizó hacia adelante, siguiendo las huellas. Siguieron recto por el pasillo y alrededor de una esquina, donde se encontraron con un segundo par de huellas. Juntas, avanzaban por un estrecho pasillo y hacia un pequeño arco oscuro, bloqueado por una puerta de madera mayormente cerrada. La luz del fuego parpadeaba tentativamente detrás de la grieta abierta.

—Voces —susurró Rose. —¿Es ella?

Tan silenciosamente como fuera posible, los estudiantes se situaron tras la puerta, acurrucándose contra la pared, con cuidado de no arrastrar los pies en el suelo polvoriento. Efectivamente, una débil voz y haciendo eco parecía estar en medio de una conversación.

—No tengo muchos visitantes oficiales, entenderá —era la voz de una anciana, agrietada y rebosante de falsa dulzura. —Debo decir, que casi lo maldije por intruso. Es mi único trabajo, sabe. Imagine. Una bruja de mis capacidades, reducida a una mera custodia. Aun así, mis funciones ofrecen indulgencia ocasional. De hecho, estaba decepcionada por no practicar mis artes en usted. Tengo tan pocas oportunidades estos días. Aun así —se rió burlonamente —el día aún no ha terminado todavía, ¿verdad?

Ralph se encontró con los ojos de James en la sala oscura. —¡Es ella! —susurró. —¡Crone Laosa! pero, ¿Con quién habla?

James negó con la cabeza, confundido y preocupado.

Más allá de la puerta agrietada, llegó el tintineo de plata y un ruido leve de platos. Otra voz murmuró, justo fuera del rango de audición.

—Mis disculpas —Crone Laosa sonrió tontamente. —No estoy acostumbrada a servirme más que a mí misma. Espero que mi humilde morada no lo ofenda.

La segunda voz respondió, James se esforzó por escuchar, pero no pudo distinguir las palabras. Lo único que podía asegurar era que el visitante de Crone Laosa era una mujer.

—Ya veo —contestó Laosa, respondiendo a una pregunta inaudita. —Esta no será una agradable visita, entonces. Viene a cavar en el pasado. Y sin embargo, no puedo evitar preguntarme... ¿para bien o para mal?

Una respuesta. James se acercó a la puerta, pero todavía no podía oírla. La visitante estaba más adentro en los aposentos de Crone Laosa, al parecer, alrededor de algún rincón escondido o detrás de alguna obstrucción. Trató de mirar a través de la rendija de la puerta, pero sólo podía ver el débil parpadeo del fuego, un caldero hirviendo a fuego lento, la parte posterior de una silla mecedora cubierta con una manta y un montón de sombras borrosas.

—Información, entonces —dijo Laosa, con una sonrisa sospechosa en su voz. —Es muy popular hoy en día no tomar partido, ¿verdad? Casi preferiría que su interrogatorio sea por malas intenciones que por mera "información". Confieso que me gustaría saber dónde están las personas. Hace las cosas mucho más simples. Pero que así sea. Pregunte. Me veo obligada a responder.

La visitante habló inmediatamente. James apretó la oreja a la apertura de la puerta. Había algo familiar en la voz. Era una mujer, y estaba casi seguro que no era estadounidense. Sus ojos se abrieron cuando se le ocurrió una idea. ¿Podría ser la Dama del Lago? Si es así, tal vez, finalmente le proporcionaría a Rose y Scorpius la prueba necesaria para creer que ella era real. Avior podía ser la cara del ataque

con La Red Morrigan, pero James estaba seguro que Judith era la que movía los hilos detrás de las escenas.

—Ahh —Laosa respiró. Hubo un débil crujido de madera (¿una mecedora, tal vez?) —Directo al meollo del sórdido pasado de mi familia, ya veo. Para ser honesta, yo estaba dispuesta a proteger estos secretos con gran vigor y magia terrible. Durante muchos años estaba preparada para matar por ellos. Puse redes para despistar, tejí grandes hechizos protectores, preparé crueles trampas y contramaleficios. Y, sin embargo, sorprendentemente, nadie vino. Nadie buscó los secretos que protegí. Tal vez (me dije), solo tal vez el mundo ha crecido más allá de los deseos de estas cosas. Quizás mis guardias tenían razón cuando me aseguraron que no había nadie tan loco en el mundo como para recurrir a tales horrores — Laosa suspiró profundamente, con tristeza. —De hecho, después de muchas décadas, nadie vino. Pero ahora está usted aquí, es la primera. Y aunque no me viene a amenazar, a negociar, a asesinar. Usted viene simplemente a buscar información. Que terriblemente aburrido. Oren, ¿En qué se ha convertido el mundo de allá arriba?

La voz de la visitante respondió a la ligera. Cuando Laosa habló de nuevo, parecía irritada. —Rumores y salvaguardias, pah. Nadie busca tales secretos sin intención de utilizarlos. Pero que así sea, mi linda joven amiga. Tal vez usted es tan tonta como para creer lo que usted dice. Me pregunto si va a vivir para darse cuenta de su error. Pero no importa. Las décadas me han dejado inquieta. Le daré lo que busca.

Laosa hizo una pausa. Su silla crujió, meciéndose pensativa durante casi un minuto. Entonces:

—Fue mi madre la que la creó. Ella no quería. Fue lo que algunos llaman irónicamente un "feliz accidente". Estaba buscando la manera para arreglar una varita, para aumentar sus poderes para los débiles en las artes mágicas. Ella tenía una hermana sin talento, como verás, mi tía Tempestra. A pesar de su nombre era casi impotente, apenas un escalón por encima de un Squib. Mi madre quería que la ayudara. Por lo tanto, utilizó una fuente de energía mágica... en su caso, un anillo encantado que había pertenecido a su abuelo, un hechicero de gran talento, muy

venerado y temido en sus días, pero por desgracia, muerto hacía tiempo. Mi madre destiló el poder del anillo de su abuelo, empapado y canalizado en la varita de su hermana...

Otra pausa mientras Laosa parecía pensar sobre esto. Su visitante volvió a hablar, brevemente.

—Por supuesto que sí —respondió Laosa. —Era demasiado, demasiado indirecto. Pero eso no fue lo peor. Mi madre se había pasado por alto un detalle importante. La magia empapada había absorbido más de la fuerza del hechicero muerto. Había absorbido su *intención*. Casi estaba viva. Afortunadamente, mientras estaba encarcelada en el anillo, amplificada como estaba por las artes de mi madre, era inofensiva. No fue hasta que mi madre la liberó, le dio una salida en la varita de mi hermana, que su verdadero poder se dio a conocer. Pero la tengo adelante de mí. La verdadera historia comienza antes de que, como usted seguramente sabe...

Más palabras murmuradas de la visitante de Laosa. Más crujidos de la mecedora de Laosa.

—Realmente no lo sabes, ¿entonces? —dijo Laosa con asombro. —Y sin embargo, ¿Por qué debería? Todos los registros de la catástrofe han sido destruidos. Sólo otros dos guardaban los secretos. ¿Y qué ha sido de ellos? Muertos. Y no con maldiciones o ataques, como uno podría esperar. Ellos no fueron asesinados por los hambrientos de esa clase de poder que sólo se puede ganar mediante el uso ingenioso del terror, sino por simple vejez. En consecuencia, sus secretos han sido absorbidos por el polvo de la historia, olvidado por la mayoría, descontado por el resto. —ella se rio secamente para sí misma —Bueno, por la *mayor parte* del resto. *Algunos* todavía creen. Algunos buscan los secretos. Algunos desean ejercer el poder de La Red Morrigan, y cosechar su recompensa mortal.

Junto a James, Rose se quedó sin aliento ante la mención de La Red Morrigan. Él la miró, con los ojos abiertos, cuando ella se puso una mano sobre la boca.

—Suenan como si alguien nos ganó la mano —susurró Zane, frunciendo el ceño.

—Pero, ¿Quién? —dijo Scorpius con voz áspera y los ojos entrecerrados.

—¡Sshh! —James les hizo callar, levantando una mano. Más allá de la puerta, las voces hablaban de nuevo.

—Que así sea —Laosa parecía estar de acuerdo, con una risita en su voz. — Deberás escuchar el cuento, y hacer con este lo que quieras. Mi madre fue la primera en tener mi deber aquí en los sótanos, maldecida a habitar estas profundidades, con prohibición de aparecer nunca más en la luz del día. Fue un acto de bondad, le dijeron. Después de todo, ella no había tenido *intención* de cometer ningún delito. No podía ser ejecutada por lo que fue, simplemente, un terrible error desastroso. Su genio se limitó a abrir una puerta, y desató un poder que no podía ser contenido. Por lo tanto, la única opción era desterrarla. Y con ella, a su única hija, la única testigo del terror que había hecho.

La silla de Laosa se meció más rápido ahora que ella se emocionó con el tema. —Pero todo eso pasó después. Antes de los terrores de esa noche, mi madre, Principia Laosa, era una profesora muy respetada de la institución que está por encima de nosotros. Sus tratados sobre las constantes mágicas interconectadas del mundo natural eran innovadores, ganando su fama mundial y una posición de gran honor. Por lo tanto, cuando se anunció que había perfeccionado una teoría respecto a la transferencia de energías mágicas, el mundo mágico la escuchó con gran interés. Después de todo, tal descubrimiento podría, en teoría, conceder una vida normal a los mágicamente débiles, e incluso a los Squib. Algunos fueron tan lejos como para conjeturar que los muggles podrían ser empoderados, permitiéndoles usar magia que estaba completamente ausente de su propia naturaleza.

—Satisfecha con sus teorías, mi madre finalmente preparó un ensayo en humanos. Esto se llevaría a cabo en su propia hermana, Tempestra, utilizando la energía del anillo de mi ya mencionado bisabuelo hechicero. Representantes de instituciones mágicas de todo el mundo se reunieron para presenciar el evento. Casi un centenar de los más inteligentes y mejores tecnomantes, aritmánticos y

curanderos del mundo mágico se reunieron en el teatro médico, sin aliento por la anticipación.

—Tempestra tenía miedo, pero estaba emocionada. Siempre había estado avergonzada de su debilidad, su incapacidad para volar, tanto como para transformar una cuchara en un dedal. Ahora, por fin, su vida estaba a punto de cambiar.

—Si tan sólo hubiera sabido...

Laosa se detuvo de nuevo. Su voz se fue volviendo ronca de tanto hablar. Hubo un débil ruido cuando ella parecía tomar una copa, reafirmando su voz. Su visitante volvió a hablar, brevemente.

—Ninguno de ellos —confirmó Laosa. —Ninguno de los asistentes había examinado ni la teoría, ni el mecanismo. De hecho, ninguno siquiera había considerado la posibilidad de error. Mi propia madre estaba cegada por sus buenas intenciones como para contemplar el potencial desastre. Por lo tanto, fue con gran fanfarria y altas expectativas que el anillo de mi bisabuelo fue dado a conocer, habiendo estado sumergido en un baúl encantado ahí mismo en el teatro. El proceso era engañosamente simple en su ejecución. Fue una liberación programada. En un momento en particular (a la campanada de mediodía) la transferencia se accionaría. Mi madre miraba, de pie junto a su hermana, con una mano en el hombro. Los otros esperaron en silencio, con los ojos abiertos, a sabiendas de que, de un modo u otro, estaban a punto de presenciar cómo se hacía historia.

La mecedora crujió de nuevo. La voz visitante murmuró. James apretó la oreja a la puerta.

—Por supuesto que lo hizo —Laosa respondió en voz baja. —Fue instantáneo, y horrible. Yo estaba viendo desde atrás, apenas tenía cinco años de edad en el momento. Mi tía Tempestra sostenía su varita preparada, por supuesto, señalando hacia el anillo, dispuesta a aceptar lo que sea que le daría. Estaba tensa, temblando, pero había esperanza en su cara. Eso es lo que más recuerdo, a pesar de todo.

—En la primera campanada del mediodía, la transferencia se activó sin problemas, justo como mi madre había predicho. Crujía como un rayo, conectados el anillo de mi bisabuelo y la varita de mi tía Tempestra. Su puño apretaba la varita. Parecía que no podía soltarla aunque hubiese querido. Pero el rayo no se detuvo. Se transformó, convirtiéndose en cegador...

Murmurando; la visitante de Laosa estaba aclarando algo.

—Lo estaba —confirmó Laosa debidamente. —Mi pobre tía había muerto en el instante que el rayo golpeó su varita. Y sin embargo, ella se sentó de golpe, con el brazo extendido, atrapada en la fuerza de la transferencia, incluso cuando se agrandó, brillando como el sol. Apenas tomó un segundo desde el lanzamiento de la transferencia. El poder abrumó su varita. Era inevitable, por supuesto. Y fue entonces cuando sucedió.

Rose estaba inclinada sobre James ahora, tratando de escuchar. La voz de Laosa se había debilitado mientras hablaba, reduciendo sus palabras a un suave murmullo. Hubo una larga y sonada pausa. Y luego, por fin, continuó.

—La transferencia saltó lejos de la varita de mi tía —dijo con voz hueca, viviendo la memoria como si estuviera sucediendo frente a ella nuevamente. —No en una sola dirección, sino que en todas. Una docena de rayos saltaron hacia los magos y brujas más cercanos. Al instante, se sacudieron donde estaban parados o sentados, petrificados por el rayo de poder. Y también al instante, ramificándose, más rayos fueron lanzados, dando en los otros atrás de ellos. En una fracción de segundo, cada bruja y mago en el teatro fueron cogidos, congelados y petrificados, por la red de transferencia. Eran sus varitas, como vez. El poder del anillo, se amplificó hasta proporciones asesinas y se empapó de la malicia de mi cruel bisabuelo, conectado a cada varita en la sala, formando una ineludible red de muerte.

—En menos de un segundo, un centenar de brujas y magos cayeron muertos al suelo del teatro. Todo lo que recuerdo es el silencio que siguió. El terrible, horrible silencio...

—Sobreviví, por supuesto. Era demasiado joven para tener una varita mágica, por lo tanto me salvé. Mi madre, de pie al lado de su hermana muerta, había roto accidentalmente su propia varita esa mañana, estúpidamente, en un accidente automovilístico sin sentido. Fue condenada a vivir, para pasar sus últimos años recordando ese momento, sabiendo que ella era la responsable de la peor matanza en masa de la historia del país.

—Y eso, mi linda joven amiga —Laosa concluyó, con su voz seca —es la historia de La Red Morrigan. A pesar de los rumores, mi madre nunca tuvo la intención de crear un arma de terror. La única vez que fue utilizada, fue un accidente, una tragedia, sin escatimar a su involuntaria creadora y condenándola a una vida en las profundidades sin sol. Aquí, conmigo, vivió el resto de sus años, atormentada por la culpa, llevando el secreto de la más poderosa arma mágica jamás concebida.

Hubo un largo silencio. Las rodillas de James le dolían por estar tanto tiempo en cuclillas en la oscuridad, pero apenas se dio cuenta. Su mente corría con imágenes de la próxima Cumbre de Quidditch... cientos de estudiantes de Hogwarts, jugadores de Quidditch y profesores, además de los líderes del mundo mágico y sus séquitos... todos portando varitas, todos repentinamente conectados en una red crepitando de magia maldita. Los líderes muggles sin varitas sobrevivirían, parpadeando en la terrible secuela, confundidos y desorientados. Estarían indefensos ante Avior y sus secuaces, que simplemente necesitarían guardar sus varitas en un lugar seguro hasta que la Red soltara su fuerza mortal. El resultado sería masacre tras masacre cuando los sobrevivientes muggles fueran derribados, uno por uno, como objetivos en un carnaval.

La visitante de Laosa estaba haciendo una pregunta.

—Usted entiende mal —jadeó Crone. —El anillo de mi bisabuelo no es la clave de La Red Morrigan. El anillo sirve sólo como combustible. La naturaleza mortal de la Red es que cualquier objeto lo suficientemente mágico pueda alimentarla, cualquier herramienta o elemento que haya absorbido la fuerza y el propósito de una bruja o mago muy poderoso, ya muerto o desaparecido, dejando sólo su esencia atrás. Mi bisabuelo era un brujo... un proveedor de guerra y

muerte... y sin embargo, él no era malévolo. Simplemente era un hombre inmoral dispuesto a vender su oscuro talento por hacerse rico. Aun así, ¡mira lo que provocó su esencia reflejada cuando fue liberada y amplificada!

—Si solo mi madre hubiera utilizado a algún otro... una bruja o mago de corazón noble y dulce... bien podría haber tenido éxito su plan. O, en el peor de los casos, haber creado una Red de polvo de hadas y flores. Pero eso, por desgracia, no sucedió. Este es el mundo en el que vivimos, mi linda joven... un mundo lleno de malvada determinación. Un mundo lleno de brujas y magos malvados cuyo poder e intención persiste después de su muerte física, a la espera de ser amplificada y desatada con los hechizos y preparación adecuados. El horror de La Red Morrigan es que cualquiera puede hacerlo, si sólo saben cómo, y pueden localizar una fuente suficiente de combustible mágico y oscuras intenciones.

La visitante volvió a hablar. James pensó que podía distinguir la pregunta esta vez —¿Cómo puede uno detenerla?

Laosa jadeó riéndose. —Nadie puede. Una vez que la fuente de combustible está encerrada en un lugar, sólo se puede reemplazar con otra fuente de combustible, igual de potente, y relacionada con el mismo donante. Extrayendo el objeto encantado, sólo activará la transferencia antes de tiempo.

James apretó su oído directamente en la rendija de la puerta, tratando de escuchar cuando la visitante hizo otra pregunta. —Entonces, ¿Cómo se reconoce La Red Morrigan antes que se dispare?

—Ahh —sonrió Laosa. —Ese es el meollo del asunto. Alerta temprana y evitar falsas alarmas. Puede ser que la pipa favorita de un mago muerto es una bomba de tiempo mágica. También puede ser simplemente un recuerdo pintoresco. Como un famoso muggle dijo una vez, a veces un cigarro es sólo un cigarro. Entonces, ¿Cómo, usted pregunta, puede uno notar la diferencia?

La visitante murmuró en tono alentador.

Laosa exhaló un suspiro de resignación profunda. —Hay tres marcadores — admitió, bajando la voz por lo que James, una vez más, apenas podía oír. Los otros lo rodearon, acumulándose en la puerta y conteniendo la respiración para

escuchar. —El primer marcador es el objeto mismo. Puede ser una herramienta o un instrumento de alguien de gran poder, crueldad y propósito. El sujeto debe estar fallecido, dejando su esencia mancomunada en el objeto, transformándolo en un punto focal.

—El segundo marcador es la proximidad —la anciana bruja continuó. —El objeto deberá estar en el centro de una multitud, el punto focal, la pieza principal. No va a ser sutil. No puede ser, o la magia de su preparación no va a funcionar. Y, por último, quizás lo más importante de todo, la tercera clave es...

La voz de Laosa se agrietó. Jadeó secamente, tosió, y luego vaciló, aparentemente tomando un trago. Su visitante le habló con dulzura, su propia voz calló. Después de un minuto exasperantemente tenso, Laosa volvió a hablar. James no podía presionar la oreja más cerca de la puerta... Rose, Zane y Scorpius se cernían sobre él, inclinándose y esforzándose... pero la voz de Laosa había caído a un duro sonajero, indistinguible bajo el crujido lejano de la chimenea.

Y entonces, en un movimiento horriblemente lento, James comenzó a perder el equilibrio. Rose y Scorpius se inclinaron sobre él, añadiendo su peso a su posición precaria. Se inclinó hacia la puerta, trató desesperadamente de enderezarse, y sólo logró golpear la mano de Scorpius soltándola de su hombro. El chico rubio cayó encima de él, cayendo hacia adelante en la puerta. Rose cayó también, rodando sobre él, seguida de Zane, quien tropezó con las piernas de James y golpeó la puerta, abriéndola completamente sobre la rugosa alfombra tejida.

La puerta golpeó contra la pared interior, haciendo sonar sus viejas bisagras.

—¡Intrusos! —dijo Crone Laosa con voz ronca reducida a una sibilancia tensa áspera. Ella saltó de su mecedora junto al fuego con la varita en mano, apuntando hacia abajo toda la extensión de su brazo. —¡Intrusos! ¡Fisgones! —dijo con furia, acechando hacia adelante, con los ojos flameantes en su cara larga y arrugada, y el pelo blanco volando salvajemente detrás de ella.

James se apresuró a alejarse de ella, pero estaba irremediablemente enredado con Rose y Scorpius. Torpes de terror, los estudiantes se agitaron, retrocediendo desde el puño blanco de Crone y su varita negra retorcida.

—Insectos... ¡*Immutare!*

Un rayo púrpura saltó de la varita de Laosa. James cerró los ojos, seguro de que estaba a punto de ser convertido en cucaracha. En cambio, el rayo golpeó la puerta, partiéndola y salpicándolo con astillas. Se arriesgó a que se le cortara un ojo mirando hacia arriba.

La muñeca de Laosa estaba siendo agarrada por detrás por una blanca mano pálida, levantada lo suficiente para desviar su puntería. Una cara, sonriente y enmarcada por cabellos negros satinados, mirando por sobre el hombro de Crone con calma.

—En realidad, señora —dijo Tabitha Corsica con un suspiro de suficiencia — me temo que la mayoría de estos... están conmigo.



—Supongo que la verdad hará una mejor historia —dijo Corsica cuando el grupo dejó los aposentos de Crone Laosa (quien echaba humo maldiciendo y temblando de furia detrás de ellos) —si no fuera tan tristemente obvio. Cuando le vi en el invernadero durante la clase de esta tarde, Sr. Potter, supe inmediatamente que usted no andaba en nada bueno. Usted es tan fácil de leer como un libro de imágenes de Beedle el Bardo. Simplemente le seguí a usted y a su grupito de alborotadores —ella se rió un poco.

—*No puede* ser tan fácil —James bullía mientras caminaba adelante, siguiendo la chispa de su propia varita de nuevo al túnel de los enanos. —Nadie entra a los sótanos de Alma Aleron así de simple.

Inexplicablemente, Zane rió detrás de él.

—Ah —dijo Corsica, volviéndose a Zane y Nastasia, como si recordara que estaban allí. —Aquí es donde los dejamos. Ustedes dos acompañarán a Madame Laosa a la superficie. Buen día para los dos.

La sonrisa de Zane se transformó inmediatamente en un gesto alarmado. —Nos está enviando con Crone La... eh... —se contuvo y miró detrás de él, espionando el pálido rostro de la anciana y los ojos brillantes cuando ella cojeaba hacia ellos. —Eh... *Madame* Laosa, quiero decir. ¡Y la más guapa y mejor escolta que nunca he conocido! ¡Qué delicia! Un placer, estar en compañía de... —tosió, perdiendo fuerza ante la mirada fulminante de Laosa.

—Guárdatelas para el Rector —gruñó con su voz rasposa. —Ya he enviado un mensaje diciendo que los entregaré en la superficie. En sus formas actuales, por desgracia.

—Oh, gracias a Dios —declaró Zane, secándose la frente teatralmente. —Llévenos entonces, Madame Crone.

Laosa no le hizo caso. Al pasar junto a Tabitha Corsica, sin embargo, la inmovilizó con una constante mirada penetrante.

—Pareces ser muy joven para ser profesora, mi linda —murmuró, acercándose y entrecerrando los ojos. —Hay algo en ti que habla de la traición —ella resopló, como si olfateara el aire alrededor de Corsica, saboreando su aura. Sus finos labios se curvaron en una sonrisa tensa. —*Entiendo* la traición —asintió la cabeza. Luego, con un remolino de sus antiguas y mohosas ropas, se puso nuevamente en camino, llevando a Nastasia y Zane a las sombras.

—Vamos a hablar —llamó Zane, girando a trotar hacia atrás. —¡Que tu gente llame a la mía! —movió las cejas e hizo una pantomima como si hablara por un teléfono muggle. James sabía que se refería al Espejo y asintió con cansancio.

—¿Vamos? —anunció Corsica alegremente. —Sr. Potter usted tome la delantera, por favor. Tengo un excelente sentido de la orientación, pero me parece un desperdicio no utilizar su hechizo Compass. Sorprendentemente intrépido de usted, me atrevo a decir.

—Deja de llamarme Sr. Potter —dijo James, su voz resonó cuando se metió en el estrecho túnel enano. —Eres apenas mayor que yo. Y *no eres* profesora a tiempo completo. Eres sólo una sustituta.

Corsica chasqueó la lengua detrás de él. —No me interesa, Sr. Potter...

Más atrás, Rose habló —James tiene razón. *Es* sumamente sospechoso que te encontráramos aquí, eh, Profesora. Parece muy conveniente sólo decir que nos siguió.

—¡Ay! —respondió Corsica. —Debería agradecerle a usted y a sus amigos por *hacerlo* tan terriblemente conveniente para mí. Siguiendo a James y al Sr. Dolohov desde el invernadero no fue ningún desafío. Espiar al resto de ustedes merodeando fuera del Gran Comedor fue aún más fácil. Y metiéndose al Gran Comedor para espiarles era mera cuestión de tiempo y mala dirección.

—Eras tú —suspiró James —tú eras la persona que oímos deslizarse a través de las puertas justo antes que Zane y Nastasia aparecieran.

—Ella no se coló después de nosotros, imbécil —la voz de Scorpius salió de la oscuridad —Lanzó una distracción... el ruido de las puertas principales abriéndose... para conseguir que miráramos hacia atrás mientras ella se escabullía a través de la entrada de los profesores en la mesa principal.

—Veo que hay algo de Slytherin en usted después de todo, Sr. Malfoy —dijo Corsica con indulgencia. —Al igual que su padre, y su padre antes que él. Un linaje orgulloso, cada uno. Hasta usted, por supuesto.

—Oh Dios mío —comentó Scorpius en voz alta. —Tabitha Corsica piensa que soy una decepción. ¿Podré soportar la vergüenza?

—Es Profesora Corsica —corrigió la chica alta, poniendo su voz dura. —No olviden que todos ustedes están en un terrible problema. El Sr. Filch tendrá que

inventar sus nuevos hechizos para disciplinar a ustedes cuatro. A menos que me lo deje a mí, por supuesto. Él ha estado muy ocupado últimamente.

—Entonces, ¿Cómo sabías tú qué preguntar sobre La Red Morrigan? — sorprendentemente, fue Ralph quien preguntó esto, su voz se oía tensa mientras navegaba por el túnel estrecho, cerrando la marcha.

—Ah, Sr. Dolohov —suspiró Corsica. —Usted y sus amigos hablan mucho, y bastante alto. Su propósito aquí era bien claro... buscar a alguien conocida como Crone Laosa y entrevistarla acerca de algo llamado La Red Morrigan. Una vez que les seguí a través del armario, simplemente los rodeé, pasando por delante mientras ustedes discutían cómo proceder. Encontrar a Madame Laosa no fue un desafío... su propósito aquí, como hemos visto, es hacer frente a los intrusos. Una vez que me identifiqué como profesora y embajadora de Hogwarts, ella me dio la bienvenida a sus aposentos. Como, aparentemente, fueron testigos. La verdadera pregunta —cambió de tono, bajándolo y haciéndolo sospechoso —es por qué un grupo de estudiantes está buscando información sobre un arma mágica del terror.

—Somos estudiantes —dijo Scorpius suavemente. —Tenemos hambre de aprendizaje.

—El Director puede encontrar esa hambre muy sospechosa —respondió Corsica inmediatamente. —Si no lo han notado, él tiende a estar en el lado sospechoso.

Antorchas parpadeaban adelante, James siguió por una serie de escalones de piedra desgastados, finalmente saliendo al corredor grande y viejo del Gowrow. Se detuvo, espiando la barricada de hierro por delante.

—¿Cómo pasaste alrededor de eso? —preguntó con el ceño fruncido.

—Ella se Apareció tras esto —suspiró Rose, llegando a su lado y estirando la espalda.

—¿Qué hay del monstruo? —preguntó, volviéndose para mirar hacia atrás a Corsica. —Incluso si *te* colaste pasándolo una vez, casi *nos* convertimos en la cena. En todo caso, está más hambriento ahora.

—Yo no lo veo —dijo Rose, acercándose a la puerta de hierro con cuidado y mirando a través de los barrotes.

Corsica estaba inmutable —Si ustedes casi fueron devorados, fue porque son torpes y ruidosos. Me deslicé porque soy sigilosa. Si permanecemos tranquilos... una hazaña difícil para muchos de ustedes, lo admito... no tendremos ningún problema con el Gowrow. Aunque... —añadió especulativamente —Desearía verlo ¿Era rojo?

—Era verde —respondió Scorpius —Verde con ojos de color naranja.

—Ah, esos son especialmente crueles —asintió Corsica, impresionada. —Pero así es la vida. ¿Vamos?

—No podemos abrir la puerta —dijo Ralph, casi desafiante. —Hemos tenido que destruirla y repararla después.

—Por *supuesto* que no se pueden abrir mágicamente las puertas de enanos —reprendió Corsica. —Los enanos son demasiado inteligentes. Y francamente me sorprende que fueran capaces de abrirla por la fuerza. Pero no importa. Mi método será suficiente. No Aparecerme en la caverna de abajo... no sabemos lo suficiente como para evitar esvandirse. Pero esto...

Ella desapareció con un crack, reapareciendo varios pies bajo el pasillo, en el otro lado de la barricada de hierro.

—...es la simplicidad en sí misma —terminó con una sonrisa fría. —Volveré por ustedes, uno a uno, usando Apariciones a...

—¡*Protego Maxima!*

Hubo un repentino destello de luz. Un pulso de magia apareció detrás de James, separándole de la barricada. Junto a él, Rose retrocedió sorprendida de la repentina pared de brillante luz azul. Echando un vistazo en alarma, James se sorprendió al ver a Ralph erguido, con su varita extendida y rostro sombrío.

—Encanto de escudo —dijo con firmeza, sus ojos oscuros miraban a Corsica. —El más fuerte de todos. Tú misma me lo enseñaste, Tabitha, en mi primer año, cuando estaba en tu club Garra y Colmillo. ¿Recuerdas?

—Lo hice —respondió Corsica, ladeando la cabeza. —Tengo que admitirlo, Dolohov, no pensé que sabías hacerlo. Especialmente en estas instancias. ¿Qué piensas hacer?

Ralph ignoró su pregunta. —Dinos lo que es la tercera clave —exigió. —La tercera cosa que identifica a La Red Morrigan. Cuéntanos y dejaré el encanto escudo.

—¿Ralph? —pregunto James, sorprendido por la ferocidad repentina en el rostro de su amigo. —¿Qué pasa con... tú sabes?

—No te preocupes, James —sonrió Corsica. —El Sr. Dolohov no tiene el coraje para seguir adelante con su amenaza. El escudo caerá antes de que vuelva el Gowrow —se volvió hacia Ralph. —No seas ridículo. Tú y yo sabemos que no eres lo suficientemente Slytherin para hacer esto. Es una locura.

—Dinos el tercer secreto de La Red Morrigan —Ralph exigió de nuevo, blandiendo su varita con más firmeza.

Tentativamente, Corsica se acercó a los barrotes de la barricada. Ella hizo una mueca cuando su puño pasó dentro de la luz azul brillante. —No está mal, Sr. Dolohov —admitió, apretando los dientes con esfuerzo. —Pero todavía puedo traspasarlo con mi mano. Te enseñé algo mejor que esto.

—Trata de pasar con todo tu cuerpo —sugirió Ralph. —Te llevaremos a casa en una bolsa de papel.

—¿Puedes realizar un *Protega Maxima*? —Scorpius le preguntó a Ralph, impresionado. —Entonces nosotros podemos pasar al otro lado, ¿pero ella no puede pasar desde el suyo? —frunció el ceño. —¿Por qué no usamos *eso* en contra del Gowrow?

—Se necesita un gran poder bloquear cualquier cosa más grande que una persona —respondió Corsica. —Y a pesar del tamaño de la varita del Sr. Dolohov,

él *no* es un mago de gran poder. Deja caer el escudo muchacho, y déjanos irnos de éste lugar. No te lo pediré nuevamente.

—Tampoco yo —Ralph declaró con frialdad. Levantando los dedos de su mano izquierda hacia su boca silbando penetrantemente. El ruido de este sonó a lo largo del corredor.

En respuesta, un rugido sordo y débil hizo eco a la distancia en la oscuridad.

—Ralph —Rose chilló de repente, abriendo sus ojos. —¿Qué estás haciendo?

Corsica sonrió. —No voy a contestar su pregunta, Sr. Dolohov. Se verá como un tonto cuando falle. Y sí que lo *hará*. Baje el encantamiento ahora y tal vez podamos salvar una pizca de lo que quede de su dignidad.

Ralph simplemente miró a la bruja del otro lado de la barricada, con el rostro pétreo y brillando con la luz del encantamiento escudo.

—No va a dejar que se la coma —Rose tembló, tirando de la manga de James —¿Lo hará?

—Nadie sabe que ella está aquí —Scorpius respondió pensativo. —Si ella no volviera, nadie tendría la menor idea de que teníamos algo que ver con ella. Francamente, me podría imaginar dejar a la bestia que se la coma si ella responde la pregunta o no.

—Cállate, Scorpius —dijo Ralph, renovando el control sobre su varita. —El tiempo se acaba, Tabitha.

Efectivamente, el suelo de piedra parecía vibrar con el rugido del Gowrow acercándose. Rugió de nuevo, mucho más cerca esta vez, terminando en un terrible e inhumano chillido que hizo parar los pelos a James.

—Estás haciendo el ridículo —respondió Corsica con frialdad. Dio un paso más cerca de la barricada de hierro, mirando a través de esta con determinación obstinada. —Nunca tuviste fuerza de convicción. Es por eso que fallaste en el Debate Escolar. Es por eso que persistes en aferrarte a los de juicio débil y ética

simplista. Eres un muchacho grande, con una mente pequeña. Desiste ahora antes que me vea obligada a atacarte.

Ralph no se inmutó. —Está llegando, Tabitha.

—Ralph —murmuró James nerviosamente. —Podemos averiguar lo que necesitamos saber en otros lugares. No tienes que hacer esto.

Rose asintió fervientemente. —¡James tiene razón! —ella bajó la voz a un silencio mortificado. —¡Ralph, estás atacando a una *profesora*!

—Ella no es una profesora —respondió Ralph con disgusto rezumado. —Es una chica loca y retorcida con delirios de grandeza. Su mejor arma es la arrogancia que nadie la desafiará. Frente a una oposición real, ella se derrumba.

—Yo respondería a su pregunta si fuera tú —comentó Scorpius distraídamente, dando un paso hacia la barricada. —Creo que va a hacerlo. Está loco como tú. Puedes verlo, ¿verdad?

El polvo tamizado del techo cayó cuando el suelo se estremeció. El Gowrow estaba muy cerca.

—Scorpius —Rose advirtió. —Vuelve al escudo. Recuerda que ella pue...

Sucedió tan rápido que James apenas lo vio. Rose se había acercado a tirar a Scorpius hacia atrás desde el borde del escudo azul brillante. Tabitha Corsica, sin embargo, se había anticipado a esto. Ella lanzó su brazo entre los barrotes de hierro de la barricada, embistiendo a través del encantamiento de escudo de Ralph, y agarró la muñeca de Rose en un puño de hierro. Un *crack* plano golpeó el aire y Rose desapareció junto con Tabitha Corsica. Un instante después, ambas reaparecieron diez pies más allá en el corredor, de pie en medio de los cráneos de enanos y trozos rotos de armadura. Rose se quedó sin aliento en estado de shock, al darse cuenta que había sido Aparecida desde el escudo hacia el otro lado de la barricada. Corsica empujó a Rose lejos y se enderezó, sus ojos de hielo seguían mirando a Ralph.

—Se lo advertí, Sr. Dolohov —dijo ella. —Ahora baje el escudo.

—¡Ralph! —gritó Rose, corriendo de vuelta hacia la barricada y envolviendo sus puños alrededor de sus barras.

—¡Danos la tercera llave de La Red Morrigan! —exigió Ralph, con el rostro repentinamente tenso. Sus sienes brillaban por el sudor.

—No lo haré —respondió Corsica con firmeza. —Has perdido. Baja el escudo.

El Gowrow rugió de nuevo. Su sombra apareció al final del corredor, deslizándose y agitándose justo a la vuelta de la esquina.

Los ojos de Rose estaban muy abiertos y aterrorizados. Se dio la vuelta, poniendo su espalda contra los barrotes de la barricada y mirando de nuevo hacia la sombra que se acercaba.

—¡Se acabó, Ralph! —gritó James, agarrando el hombro de su amigo y sacudiéndolo. —¡Déjalas volver!

Scorpius asintió. —Él tiene razón. Bájalo, *Dolohov*.

Pero Ralph no lo hizo. Su brazo estaba como una estatua, agarrando su varita y manteniendo la pared azul brillante.

—Te va a comer a ti primero —dijo, entrecerrando los ojos hacia Corsica.

Corsica se encogió de hombros con impaciencia. —Y entonces, ¿Quién se llevará a la pobre Srta. Weasley al otro lado de la barricada? ¿Tú? ¿Quieres verla morir porque eres suficientemente estúpido como para desafiarme?

El Gowrow apareció. Golpeó la pared cuando dio la vuelta en la curva, blandiendo furiosamente sus colmillos y dientes. Tabitha Corsica no miró hacia atrás.

—¡Ralph! —Rose gritó por encima del hombro.

Ralph bajó su varita. La cortina azul brillante cayó.

Tabitha Corsica se adelantó, agarró el brazo de Rose, y desapareció con un crack. El Gowrow se estrelló en sus huellas, rechinando los dientes de rabia muda.

Frustrado y muerto de hambre, golpeó adelante y se arrojó contra la barricada. El hierro chilló con el impacto, haciendo ruido en sus viejas amarras pero manteniéndose firme.

Rose agarró a James desde atrás, jadeando de terror y aferrándose a su brazo.

—*Desmaius* —llamó la voz de Tabitha Corsica. Un destello rojo golpeó a Ralph en la espalda, dejándolo de rodillas. Dejó caer su varita y se desplomó en el suelo de piedra, inconsciente.

—Pobre Dolohov —murmuró Corsica, saliendo de las sombras y empujando a Ralph con el pie. —Nunca debería haberlo intentado. Realmente no debería haberlo hecho.

James casi botó a Corsica con su propia varita. La miraba a ella y luego a la figura inconsciente de Ralph en el suelo.

—No lo hagas —murmuró Scorpius, sintiendo los pensamiento de James. — Se acabó.

—Malfoy muestra sentido —Tabitha estuvo de acuerdo con un suspiro. —Por primera vez.

Rose se estremeció cuando el Gowrow se lanzó contra la barricada de nuevo, resonando el hierro con sus colmillos curvos, sus garras sonando con estrépito contra las paredes de piedra.

Scorpius negó con la cabeza. —Realmente fue una buena táctica —admitió, haciendo caso omiso de la bruja alta y su señaladora y amenazante varita. Sacudió su cabeza. —Lástima que no funcionó.



Capítulo 19

Detención de Hagrid

Los siguientes días estuvieron llenos del peor tipo de ansiedad.

El viaje de regreso desde las bodegas de Alma Aleron había sido casi decepcionantemente sin incidentes. Con el Gowrow atrapado en el otro lado de la barricada de hierro, Tabitha Corsica simplemente lo había hechizado con el encantamiento *Canción de Cuna* hasta que cayó en un profundo y ronquido sueño. Sigilosamente, el paso había sido en silencio y con los pelos de punta, pero relativamente fácil. Ralph, el último en ser *Aparecido* más allá de la barricada, había recobrado la conciencia para entonces, aunque su varita había sido confiscada por Corsica hasta el regreso a Hogwarts.

Nadie había hablado durante todo el viaje de regreso, sabiendo que lo peor aún estaba por venir.

Para entonces, Tabitha Corsica seguramente le había dicho al Director Grudje todo lo que había sucedido. James no sabía qué era lo peor que les presagiaba: que habían estado buscando información sobre una súper arma mágica, o que habían atacado a una profesora en el proceso, amenazándola con darla de comer a un monstruo si no revelaba lo que sabía.

James sabía que no sería un mero castigo. Esto sin duda daría lugar a la expulsión, o a algo peor.

—Ralph obtendrá la peor parte, —Scorpius susurró mientras se acurrucaban en una mesa en la biblioteca a altas horas de la noche, con el pretexto de estudiar. —Él es el que apuntó una varita a Corsica. Nosotros no. Además, parece que ella tenía una fijación por él desde hacía años.

—A pesar de ello, no podemos dejar que él tome la culpa, —dijo James, manteniendo la cabeza baja en su ensayo de Historia de la Magia.

Scorpius se encogió de hombros. —Estoy bastante bien con eso, en realidad.

—No me importa lo que me pase, —Ralph murmuró malhumorado. —Tal vez sería mejor si hiciera que me expulsaran. Podría volver con mi papá. Juntos, podríamos decirle a la Orden lo que sabemos.

—Nadie va a ser expulsado si podemos evitarlo, —dijo James, con un poco más de determinación de la que sentía.

—Todo eso suena muy bien, —dijo Scorpius con una risa baja sin humor. —Pero Grudje no parece tener ningún problema para deshacerse de la gente que quiere desaparecer. Ya ha eliminado a Revalvier, Longbottom y McGonagall.

—Y no nos olvidemos, —Ralph añadió sombríamente, —que la Profesora McGonagall terminó en San Mungo después de ser atacada por un grupo de lunáticos del FULEM.

—¡Ugh! ¡Ese es el suspenso que no puedo soportar! —dijo Rose con voz áspera, agarrando su libro de texto de astronomía con tanta fuerza que vibraba. — ¡Sólo deseo que acaben de una vez!

James entendió los temores de su prima, y sin embargo, no parecía haber más remedio que esperar. Por su parte, Tabitha Corsica parecía disfrutar de su ansiedad prolongada. En la siguiente lección de Herbología, ella favoreció a James y a Ralph con una larga mirada y una sutil y amenazadora sonrisa.

Finalmente, el lunes por la mañana, Filch reunió a James, Ralph, Rose y Scorpius después del desayuno, arreándolos bruscamente hacia la oficina del Director, murmurando en voz baja mientras la señora Norris silbaba en sus talones. El terror se acomodó lentamente en el estómago de James mientras subían las escaleras de caracol y se acercaban a la puerta cerrada de la oficina. Filch tocó con los nudillos.

Colocando una cadencia obsequiosa en su voz que sonaba tan auténtica como un galeón de estaño, llamó, — Los estudiantes requeridos, Director.

La voz de Grudje retumbó a través de la puerta, que se abrió por sí misma. — Déjelos pasar, señor celador.

Filch miró a los cuatro estudiantes, presionando sus labios en una mueca medio agobiada. — ¡Entonces entren! ¡No permitan que el Director espere!

Empujó a James en el hombro, apresurándolo. Cuando los cuatro se arrastraron de mala gana a la oficina de Grudje, la puerta se cerró con un contundente golpe, dejando a Filch en la antesala.

Grudje estaba sentado en su enorme escritorio, escribiendo con una enorme pluma blanca, haciendo caso omiso de los estudiantes mientras permanecían nerviosamente tan atrás como fuera posible. La oficina era tan monótona y fría como antes, sin fuego encendido en la chimenea y con la ventana cubierta por una pesada cortina de terciopelo, permitiendo filtrar sólo la tenue luz gris en la penumbra. Mirando a su alrededor, James estuvo curioso al ver que el retrato de Merlinus Ambrosius había sido colgado a pesar de su notable falta de vida. Tal vez aún más curioso, el cercano retrato de Albus Dumbledore estaba completamente

vacío, mostrando sólo una silla oscura, perdida en la sombra. Algo de eso implicaba que no era inusual. La silla casi parecía polvorienta, como si no hubiera sido perturbada hacía bastante tiempo.

Grudje se agitó, trayendo a James de vuelta al momento. Una única vela parpadeó en el escritorio del Director, haciendo un orbe de luz que dejaba el resto de la oficina densa en sombras.

—La Profesora Corsica me cuenta una historia bastante asombrosa, —dijo sin levantar la vista. Su pluma rayaba afanosamente. —Me dice que los cuatro lograron colarse en los sótanos debajo de la escuela Mágica Americana de Alma Aleron, asistidos por su escolta, el señor Walker.

James movió los pies. Abrió la boca para ofrecer algún tipo de defensa, pero se dio cuenta de que el director realmente no había preguntado nada.

—La señorita Corsica mostró precaución profesoral sintiendo que un complot estaba en marcha, —Grudje continuó, con su voz calmada, áspera y fría. —Por supuesto, yo mismo no estaba absolutamente sorprendido cuando ella me informó de lo ocurrido.

—Director, —dijo Rose de repente, dando un paso adelante. —Nosotros...

Grudje la silenció con la mano izquierda levantada, su palma tan blanca como el vientre de un pez en la luz de las velas. Sus ojos se posaron en el pergamino, fijándose en ella debajo de sus cejas grises. —No estoy interesado en su explicación, señorita Weasley. Guarde silencio, por su propio bien, a menos que le pida hablar. —esperó, asegurándose que ella obedecía. Rose dio medio paso hacia atrás y bajó la cabeza.

Grudje observó estoicamente. Por último, bajó su pluma y entregó a los estudiantes toda su atención. —Los cuatro se han visto en varias ocasiones en grupos, participando en conversaciones en voz baja y en reuniones secretas. Esto va en contra de las reglas, como ustedes bien saben, pero lo he permitido. ¿Por qué, se preguntarán? Porque tenía curiosidad por saber lo que estaban haciendo. Ahora, sin embargo, se han pasado incluso más allá de mi indulgente paciencia. La

señorita Corsica lo ha confirmado. Como resultado, ya no puedo permitir que ustedes frustren las reglas de este establecimiento.

Hizo una pausa, cambiando su mirada de estudiante a estudiante, evaluando a los cuatro.

Scorpius se aclaró la garganta con suavidad. —¿Estamos, —preguntó, ladeando la cabeza con curiosidad, —expulsados? ¿Señor?

Grudje movió sus ojos de nuevo a Scorpius. —¿Expulsados, señor Malfoy? —repitió. —¿Usted cree que es merecedor de la expulsión?

James miró a Scorpius, pero el chico rubio no le devolvió la mirada. —No señor. No esta vez. Sólo trato de ser claro, señor.

—De hecho, puede merecer la expulsión, —dijo Grudje, alzando la barbilla especulativamente. —Y tal vez debería hacerlo así, a pesar de la falta de una razón concreta. Sus consejos secretos aquí en Hogwarts han sido lo suficientemente sospechosos. Pero llevar sus reuniones a Alma Aleron, a la mayoría de sus lugares clandestinos, completamente fuera del ámbito de nuestra supervisión, eso simplemente no lo puedo permitir. —el anciano suspiró profundamente, siguió evaluando con su mirada de cara a cara. —Como ustedes saben, la señorita Corsica fue lo suficientemente intrépida para seguirlos. Ella me informó de todo lo que fue testigo: su reunión clandestina en las cavernas, trasladando su cábala de descontentos. Ella me dice que escuchó con atención, escondida en las sombras. Y me dice, más bien, por desgracia, que a pesar de sus mejores esfuerzos... fue incapaz de escuchar sus secretos.

James se quedó mirando al director, con su mente girando. ¡Tabitha no le había dicho todo al director! Apenas se atrevía a creerlo. ¿Ha sido, tal vez, un truco? ¿Él se estaba burlando de ellos? Vagamente, se dio cuenta que Grudje lo estaba mirando, midiendo en silencio su respuesta.

—Oh, —dijo James de repente, a tientas de sonar enojado, ofendido, cualquier cosa. —Eh. ¡Esa soplona! ¡No puedo creer que nos escuchara...!

Grudje apretó los labios en una fina línea con escepticismo. —¿Hay algo, —gruñó lentamente, —que le gustaría decirme, señor Potter?

—Algo para decirle, —repitió James, con la cara roja de vergüenza. —Eh...

—Creo que sé lo que este consejo secreto suyo estaba tratando, joven, —Grudje interrumpió con impaciencia, cogiendo la pluma de nuevo. —No hay necesidad de mentir. Sólo empeorará las cosas para usted. Admítalo y puede que lo perdone fácilmente. Relativamente hablando.

—Eh, —James dijo de nuevo, mirando desesperadamente de Ralph a Scorpius. —Eh...

Scorpius suspiró. —Quidditch Nocturno, señor, —dijo con resignación al bajar la cabeza.

James contuvo el aliento con sus ojos muy abiertos.

Los ojos de Grudje eran como astillas de hielo mientras observaba a Scorpius, la sospecha saliendo de él en olas. El momento pareció durar horas. Por último, el director se echó hacia atrás y asintió con la cabeza, con los ojos entrecerrados.

—Gracias, señor Malfoy. Me complace que uno de ustedes, por lo menos, muestra el suficiente sentido común para hablar. Tal locura verdaderamente estúpida, este Quidditch Nocturno. Después de despedir al Sr. Longbottom, supuse que, naturalmente, llegaría a su fin. Al parecer, mis expectativas para el sentido común son demasiado elevadas para algunos de ustedes.

Con un ademán imperioso, firmó el pergamino en su escritorio con su nombre. —Esto, estudiantes, son los términos de su libertad condicional. De acuerdo con ellos, ninguno de ustedes va a interactuar con el otro en ningún momento. No habrá dos de ustedes que estudien juntos, ni se sentarán uno junto al otro en las lecciones, o entablarán una conversación durante las clases u horas privadas. Si lo cumplen, créanme, lo sabré, no habrá más advertencias. Rompiendo los términos de este período de prueba, tendrá como resultado la expulsión inmediata de esta escuela. ¿He sido muy claro?

Junto a James, Ralph y Scorpius asintieron. Rose murmuró con asentimiento. James dio un pequeño paso hacia adelante.

—Sólo por curiosidad, Director, —dijo, conteniendo sus nervios. —¿Cómo va a saber si rompemos la libertad condicional?

Grudje lo miró antes de responder. —Seguramente usted no espera que conteste a esa pregunta, señor Potter.

Las mejillas de James se encendieron. —Yo... pensé que podría preguntar, señor. Si supiéramos realmente que no hay lugar para escaparse, sólo pensé que podría ayudarnos, ya sabe, evitar la tentación. Somos, en cierto modo, incorregibles de esa manera.

—Tengo mis formas, joven, —dijo Grudje despectivamente, volviendo su atención al pergamino que tenía delante. —No necesito explicar mis métodos para asegurarle que no hay ninguna parte de esta escuela más allá de mi ojo benevolente. Usted me debe agradecer por esto. Por mi vigilancia, puede que aún se salve de su peor enemigo: de usted mismo.

—Sí, señor, —respondió James, dando un paso atrás y pretendiendo ser apaciguado. —Eh, gracias, señor. —bajó la mirada, pero su mente estaba corriendo repentinamente.

Grudje tocó el aviso de libertad condicional con su varita, produciendo una pequeña pila de duplicados exactos. —Voy a distribuir éstos a sus maestros, a los jefes de las casas y a los prefectos en una hora. De momento, pueden regresar a sus clases. Y por favor, no hablen en el camino. Sabré si desobedecen.

—Sí, señor, —dijo James de nuevo, con más énfasis en esta ocasión. Sus ojos estaban estrechos con creciente suspicacia mientras miraba al suelo.

Detrás de ellos, la puerta del director se abrió nuevamente, anunciando su salida. En silencio, Scorpius se llevó a los otros tres de la habitación, acelerando el paso al llegar a la antesala. Cuatro conjuntos de pasos resonaban en las escaleras en espiral, a medida que descendían.

James sabía que lo que debía estar sintiendo la mayoría era alivio. Por alguna razón, Tabitha Corsica no le había dicho al director Grudje las partes más condenatorias de su viaje a los sótanos de Alma Aleron... ni lo de La Red Morrigan o la parte en la que Ralph la había amenazado de muerte con el monstruo dentado. Normalmente, a Corsica nada le gustaría más que ver a James, Ralph y a sus amigos expulsados de la escuela, humillados y difamados. ¿Por qué había evitado una oportunidad de oro? Era un misterio de proporciones verdaderamente épicas. Mientras caminaba a lo largo del corredor de las escaleras, sintió los ojos de Rose en él, expresando su sorpresa y consternación por este desarrollo inexplicable.

Y sin embargo, lo que James estaba sintiendo de repente más fuerte, era la constante venganza.

Al llegar a la parte superior de las escaleras, miró hacia atrás, asegurándose que Grudje no los había seguido. Los pasillos estaban completamente vacíos, interrumpidos sólo por el apagado eco cantarino de las clases en curso a puerta cerrada. Satisfecho, James se desvió a una gran pintura que dominaba la escalera. La pintura representaba a un grupo de brujas reclinadas alrededor de un caldero hirviendo, la mayoría bebiendo de enormes jarras o dormitando en el sol de la mañana.

—Es usted, ¿no? —susurró con dureza, acercándose y abordando a una bruja alta pero por lo demás mediocre en el fondo. —Tú eres el que espía para Grudje. Admítelo.

La bruja observó a James severamente, desafiante sin ofrecer respuesta.

—¡James! —Rose susurró, tirando de la manga. —¡Vamos! ¿Qué estás haciendo?

—Te ves podrido como una bruja, ya sabes, —James continuó, haciendo caso omiso de su prima. —No me puedes engañar ahora que sé lo que buscas. Toda la escuela está pésima con pinturas como tú. Eres el monje de jardinería en la pintura del invernadero, en la sala de estar del profesor Longbottom. Eres el caballero en el retrato del rey Kreagle, de la profesora McGonagall. Eres quien ha estado espionando para Grudje, contando los secretos de todos. Admítelo.

Rose se quedó pasmada ante James, y luego se inclinó para mirar más de cerca a la pintura. Scorpius se unió a ella, poniéndose las gafas y entrecerrando los ojos a través de ellas. Ralph asintió sobre el hombro de James.

—¡Tienes razón! — dijo, dándose cuenta. —Caray, él tiene un aspecto horrible como una bruja.

—Oh, den un paso atrás, ustedes cuatro, —dijo la bruja con una voz extrañamente grave arrastrando las palabras. —Y piensen en invertir en una buena poción anti-espínilla.

—¿Director *Snape*? —Rose aspiró con voz asombrada reprimiendo una risita. —Es realmente usted... eh, ¿verdad?

La figura pintada suspiró con irritación. —Veo que eres tan bueno guardando secretos, Potter, como preparando una poción. Váyanse a sus clases, todos ustedes, antes de que se metan en problemas aún mayores.

—¿Cómo puede estar ayudándolo? —James exigió furiosamente. —¡Pensé que era nuestro amigo!

El rostro de disfraz de Snape se burló de James. —Nunca he sido tu “amigo”, Potter. Sin embargo, soy uno de tus guardianes, y por eso deberías dar las gracias. El Director Grudje tiene toda la razón. Necesitas a alguien que te salve de tu propio desprecio por las normas y los delirios de grandeza patológicos. Estoy muy dispuesto a ayudar en esa tarea.

Rose parecía a la vez sorprendida y cabizbaja. —¿Es usted, señor? —aclaró, mirando de la pintura a James y de regreso. —¿Tiene retratos repartidos por toda la escuela? ¿Y usted los está utilizando para espiar a todos para el director Grudje?

—“Espionaje” es un término subversivo, —Snape resopló. —Me veo obligado a ofrecer la totalidad de mis servicios al nuevo director. Como resultado, se me ha encargado vigilar. Los que no tienen nada que ocultar, no tienen nada que temer.

James negó con la cabeza. —¡Gracias a usted, hemos perdido a Revalvier, McGonagall y Longbottom!

—No tuve nada que ver con ninguno de sus dilemas, —Snape apartó la mirada con desdén. —Cada uno de esos profesores se ganaron su propia salida. Si no están de acuerdo, háblenlo con el director. No es asunto mío.

La decepción de Rose estaba bullendo rápidamente en ira. —¡Todos están viviendo con miedo por su culpa! —declaró, luchando por mantener la voz baja. —Las buenas personas (personas que fueron sus amigos y compañeros) tienen miedo de hablar en contra de lo que está pasando, ¡y todo porque usted está transmitiendo cada palabra a Grudje!

—Ese el *Director* Grudje, y corresponde recordarlo, señorita Weasley —Snape declaró, levantándose en toda su estatura en la pintura. —Nos guste o no, él está a cargo ahora, y las cosas se harán de acuerdo a su diseño. Aquellos que se irriten bajo ese requisito son, por definición, no aptos para servir bajo su liderazgo, independientemente de su historia, ya sea conmigo o esta escuela.

—Pero, —Ralph frunció el ceño con tristeza, —la profesora McGonagall fue atacada. Todavía está en San Mungo. Todo porque alguien quería mantenerla callada. Tal vez incluso el Director Grudje. ¿Eso es lo que quiere hacer?

—Conjeturas y rumores, —Snape replicó en voz baja, pero James pudo ver que esto había tocado una fibra sensible en el exdirector pintado. Se acercó a la pintura y bajó la voz.

—Usted no tiene otra opción, —susurró. —¿Cierto? *Tiene* que hacer lo que Grudje desea. Porque, estando muerto, en realidad no tiene libre albedrío por más tiempo...

Snape se negó a encontrarse con los ojos de James. —Como de costumbre, Potter, usted habla como si supiera lo que está hablando. Y también, como de costumbre, no lo sabe.

—Al igual que el retrato del Director Phineas Nigellus Black, —Rose asintió lentamente. —Mi mamá dice que tuvo que hacer lo que el Director Dumbledore pedía, ya sea que a él le gustara o no. Todos los viejos retratos de Directores están moralmente obligados a servir al director en curso. Phineas Nigellus parecía pensar que era una maldición más que un deber.

Snape miró a Rose desde la pintura. —Ninguno de ustedes tiene la más mínima idea de lo que están hablando. Muévanse. Váyanse a sus clases.

—Debe volverse loco, —Scorpius reflexionó. —Tener que hacer lo que quiera el dictador loco. Después de todo lo que usted hizo cuando estaba vivo para detener a gente como él.

—Yo *era* como él, —Snape respondió. —Hombres como el Director Grudje son la punta de la lanza, la fea verdad que pocos están dispuestos a reconocer. Sin hombres como él (sin hombres como *yo*) ni los mundos, mágico y Muggle podrían sobrevivir.

—Pero usted *no fue* como él, —Rose persistió en voz baja. —Usted sabía que el poder no era nada sin la sabiduría y... bueno, sin el amor. Es por eso que Dumbledore confiaba en usted. Es por eso que el tío Harry nombró a su segundo hijo en honor a usted.

Snape negó con la cabeza, interrumpiendo su mirada. —Váyanse a sus clases. No hablen mientras caminan. Sus libertades condicionales están en vigor, y el Director Grudje tiene razón: él sabrá si desobedecen.

James dio un suspiro largo y desconsolado. Disgustado, dio media vuelta y comenzó a subir en zancadas por las escaleras. Después de un momento, Rose se dio la vuelta para seguir, al igual que Scorpius y Ralph.

—Es una vergüenza terrible, —la voz de Snape comentó débilmente, al parecer para sí mismo, —nunca me las arreglé para conseguir un retrato en esa maldita Habitación de los Menesteres.

James se detuvo a medio paso, mirando por encima del hombro. Los otros se apiñaron detrás de él, deteniéndose desordenadamente. Los ojos de Scorpius se agudizaron, registrando lo que la pintura parecía insinuar.

—¿Qué acaba de decir, señor? —preguntó, —¿que no tiene ningún retrato en la Sala de los Menesteres?

La voz de Snape era baja y astuta. —*Dije* que todos ustedes deben ir a sus clases antes de tener que reportarlos.

—Ya veo, señor, —respondió Scorpius. —Ciertamente, señor. Gracias Señor.

Girando y compartiendo una serie de sonrisas secretas, los estudiantes continuaron su subida por la escalera. Al llegar a la parte inferior, se separaron, Rose y Scorpius se fueron derecho para Transfiguración con el nuevo profesor Tofty, Ralph y James salieron al sol de la mañana en busca de Cuidado de Criaturas Mágicas con Hagrid, ya en curso.

El retrato de Severus Snape suspiró en su pintura, dispersándose una vez más a un segundo plano. —Maldita sea, —murmuró amenazadoramente para sí mismo. —Phineas Nigellus tenía razón.



En el desayuno de la mañana del siguiente lunes, con menos de dos semanas de plazo, el Director Grudje finalmente anunció la próxima Cumbre de Quidditch.

—En diez días, —dijo en su habitual tono, —esta escuela será la sede de un acontecimiento de importancia histórica. Por primera vez en casi mil años, los líderes Muggle y Mágico se reunirán oficialmente, aquí en estas mismas salas.

Para entonces, la mayoría de los estudiantes ya habían oído hablar de este evento, a pesar del correo restringido y las noticias interceptadas. Aun así, con el anuncio oficial, la sala descendió a un zumbido de susurros animados. Grudje permitió esto por un momento antes de continuar.

—Todos somos muy conscientes de las razones detrás de esta reunión. Después de muchos siglos de pacífico ocultamiento, el muro del secretismo que ha protegido a nuestros mundos ha sido vulnerado. Incluso ahora, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, sigue desmoronándose. Cumplir con el Voto de Secreto Mágico es cada vez más irregular. Lamentablemente, algunas brujas y magos menos

escrupulosos han comenzado a tomar ventaja de esto. Por el contrario, muggles intrépidos o infortunados han comenzado a infiltrarse en mundos que han estado, durante un milenio, más allá de su alcance. Algunos de ustedes, estoy muy seguro, han escuchado la historia de la desdichada familia Muggle que inadvertidamente tropezó en el Callejón Knockturn por medio de un portal sin vigilancia.

Una superficial risa salpicó la sala, emanando principalmente de la mesa de Slytherin. James de hecho, había oído la historia, al igual que todos los demás. Un trío de brujas había descubierto una familia de cuatro escondiéndose detrás de una pila de contenedores de basura, irremediablemente perdida y temblando de terror al ver la aglomeración de brujas, duendes y varias criaturas viles que frecuentaban los rincones sombríos del Callejón Knockturn. Le había tomado una semana de modificaciones de memoria a San Mungo reparar el daño, incluso entonces el padre había dejado de sufrir de un terror irracional a las verrugas.

—Se hace necesario, por lo tanto, —Grudje continuó, —involucrar a nuestros hermanos y hermanas Muggle en la gestión de asuntos de este aspecto en adelante. Junto con representantes del Ministerio de Magia y otras administraciones mágicas, una cuidada selección de embajadores y líderes de gobiernos de todo el mundo Muggle, llegarán a esta escuela para el evento del partido final de Quidditch entre Slytherin y Hufflepuff...

Ante la mención de sus nombres, ambas mesas de Slytherin y Hufflepuff estallaron en aplausos. El rostro de Grudje palideció y sus ojos se estrecharon.

—*Esta no es una ocasión para las mezquinas lealtades de las casas,* —declaró con un volumen sorprendente, sofocando los aplausos. Los gritos y aplausos cayeron, reduciendo la sala hasta un incómodo silencio cuando Grudje frunció el ceño a las mesas, con el peso de su mirada como un viento frío. En voz baja y grave, continuó. —Estos son tiempos muy graves, alumnos. La gravedad de esta cumbre pesa sobre nosotros. Hemos sido elegidos para representar a la totalidad del mundo mágico. Nuestra tarea es mostrar que las brujas y magos no son una amenaza para ser temidos, sino amigos y ayudantes, socios en un nuevo mundo de convivencia pacífica. Como tal, muchos de ustedes serán elegidos como

diplomáticos aficionados. Servirán y entretendrán a nuestros huéspedes Muggles en eventos en su honor, que tendrán lugar en varios lugares de la escuela.

—Lo más importante, sin embargo, será la presentación de la competencia mágica y la camaradería que es el torneo de Quidditch. Esta será la nota clave de la cumbre, y contará con todos y cada uno de ustedes. Van a asistir y su comportamiento será el mejor. Quienquiera que gane, todos mostraremos el mayor respeto, la deferencia y el espíritu de la escuela. Y al final, nuestros huéspedes Muggles sabrán que somos una cultura a la que no tienen por qué temer. De hecho, serán bienvenidos a ser partidarios a nuestro combinado espíritu deportivo y herencia mágica.

Grudje se detuvo, sus ojos fríos seguían vagando por la sala, midiendo cada cara. Por último, se relajó un poco. —En una nota más feliz, sin embargo, el torneo de Quidditch de este periodo también será testigo de la inauguración de todo un nuevo trofeo del torneo, el pronto-a-ser-codiciado Cáliz de Cristal, presentado a través de la generosa donación del señor y la señora Draven Vassar, padres de nuestro propio Lance Vassar de Gryffindor. El Cáliz, una antigua e inmensamente rara reliquia mágica descubierta por los Vassar en el curso de sus exploraciones históricas, servirá como un símbolo perdurable de la excelencia en los siglos venideros. Qué suerte tendrá el primer ganador de portar tal legado.

Con eso, Grudje favoreció la sala con una de sus raras y horribles sonrisas.

—Ugh, —murmuró Rose, ahuecando una mano al lado de su cara para bloquear la vista. —Parecen anzuelos mágicos que tiran de las comisuras de su boca.

El rostro de Graham Warton estaba pálido de ira cuando un puñado de aplausos recorrió el Salón. —No es justo que Lance Vassar nos haga perder la copa de Quidditch y luego presente alguna copa incluso mejor para adjudicar al ganador.

James estaba distraído, sin embargo, por la certeza escalofriante del anuncio de Grudje. Hasta ahora, la Cumbre de Quidditch había parecido una inquietante pero nebulosa premonición... algo que simplemente no podría pasar si sólo se

negara a creerlo. Ahora bien, no era más que una realidad concreta, que estaba a menos de dos semanas de distancia. Y lo peor de todo, a pesar de lo que habían aprendido durante su desventura en los sótanos de Alma Aleron, ellos no parecían más cerca de desentrañar el misterio de La Red Morrigan.

Con el anuncio, los últimos días de plazo parecían pasar poco a poco con una misteriosa y caprichosa velocidad. Esto se debió en gran parte a la típica fiebre de los exámenes finales, acompañada por montañas de tarea que continuaban apilándose. James intentó heroicamente asistir a sus estudios y mantenerse a la altura de los deberes, no tanto por el bien de sus calificaciones, sino simplemente para permanecer fuera del camino de Filch. Incluso ahora, el viejo celador estaba asignado a las abrumadoras detenciones a estudiantes que fracasaban en entregar sus tareas, porque sólo lograban tomarse más tiempo en sus deberes y estudios, conduciendo aún más a detenciones. La injusticia era muy irritante, compensada sólo ligeramente por el hecho de que el mismo Filch parecía el más acosador de todos, impulsado como estaba por las expectativas cada vez más exigentes del Director Grudje.

A medida que los días pasaban, James organizó fugazmente breves reuniones con Rose, Ralph, Scorpius e incluso algunas veces con Albus, Zane y Nastasia en la Sala de los Menesteres, ya que había aprendido la forma de acceder de nuevo en su primer año, gracias a su padre. Durante las reuniones, la Sala de los Menesteres se presentó como un pequeño centro de mando, con Chivatoscopios y Reflectores de Enemigos, una biblioteca sobre espionaje mágico y una mesa de trazado grande con un mapa de Hogwarts y los terrenos circundantes. A pesar de estas herramientas, la reunión se frustraba constantemente en sus intentos de averiguar cómo el ataque a la Cumbre de Quidditch podría suceder, y mucho menos cómo prevenirlo.

—Incluso si supiéramos el plan de Avior, —Scorpius declaró finalmente, —El terreno de juego estará absolutamente repleto de guardias.

Albus asintió con gravedad. —Titus Hardcastle estará a cargo de la seguridad. Nada sucede sin que él lo sepa. Tendrá todos los Aurores en alerta

máxima, sobre todo después del desastre durante las vacaciones, cuando fue asesinado el vicepresidente estadounidense.

—¿También estará el tío Harry? —preguntó Rose.

James negó con la cabeza. —El Ministro de Magia probablemente le ha programado a papá contar calderos en algún almacén en Siberia o algo así. Hacen lo que sea para mantenerlo lejos de la acción en estos días.

—Nunca pensé que diría esto, —Zane suspiró, empujando el mapa y recostándose en su silla. —Pero esto está fuera de nuestras manos. Una cosa fue cuando nos enfrentamos a la descabellada Madame Delacroix e incluso al Guardián. Esas fueron las tramas que involucraron a sólo unas pocas personas poderosas trabajando bajo el radar. Esta vez se trata de todo el Ministerio de Magia y personas poderosas trabajando adecuada y abiertamente.

—*Todavía* son unas pocas personas, —James persistió, frustrado, golpeando la mesa con el puño. —Avior está trabajando con Judith, la Dama del Lago. No sé cómo se conocieron, pero, obviamente, tienen los mismos objetivos en mente. Él quiere poder sobre los Muggles, ella quiere el caos y destrucción. De cualquier manera, sólo siguen siendo ellos dos.

—Sólo pueden ser dos con pequeños planes malvados, —Nastasia acordó despreocupadamente, —pero tienen toda la fuerza bruta de su Ministerio de Magia detrás de ellos, allanando el camino sin siquiera saberlo.

El rostro de Ralph estaba impasible con decisión. —No podemos renunciar, de cualquier manera. Sólo necesitamos un poco de ayuda.

—¿Ayuda de dónde? —preguntó Scorpius, mirando a los ojos de Ralph. —Cualquier persona que sabe lo suficiente para unirse a nosotros, ya está bien desaparecida o demasiado aplastada bajo el pulgar de Grudje para hacer algo al respecto.

Albus frunció el ceño. —¿Dónde está él la mayor parte del tiempo, de todos modos? ¿Cómo mantiene a todos tan aterrorizados cuando parece como si estuviera viajando mucho cada dos días quién sabe a dónde?

Ralph se encogió de hombros. —Probablemente a reunirse con el Ministro de Magia para darle órdenes.

Los ojos de Rose se estrecharon pensativamente. James la miró con curiosidad.

—¿En qué piensas, Rose?

Ella negó con la cabeza. —Nada. Sólo... algo extraño.

—Todo es extraño, —Zane suspiró.

—¿Qué pasa con todas esas vides y hojas de Yuxa Baslatma que se enredaron en tus ropas cuando el Jiskra nos perseguía? —James presionó, sin dejar de mirar a Rose. —A lo mejor nos dicen lo que tenemos que hacer si sólo las usas.

—¿Rose tiene Inductores de Sueño? —preguntó Ralph, sentándose esperanzador.

—Ya te dije, —Rose espetó, —¡No hay posibilidad! Todas estaban mezcladas y dañadas. No hay manera de saber incluso de cuáles macetas venían. Nadie va a usarlas, y *especialmente*, yo no. Es demasiado peligroso.

—Rose, —James insistió amablemente. —¡Si La Red Morrigan se desencadena en la final de Quidditch, va a matar a cada bruja y mago de ahí! Jugadores, estudiantes, personas del Ministerio, guardias, ¡incluso Titus Hardcastle y sus Aurores! ¡Nos estamos quedando seriamente sin opciones, aquí!

Pero Rose estaba firme en su resolución. —Esos fragmentos de Yuxa Baslatma no nos van a ayudar, James. Están demasiado mezcladas y destrozadas. Si fuera inteligente, solo las enterraría en algún lugar y me olvidaría de ellas. Pero tengo una idea de cómo podemos salvar al menos unas pocas personas, y tal vez incluso más que unas pocas, si La Red Morrigan se desencadena. Sólo tenemos que empezar a trabajar inmediatamente.

—¿Cuál es, Rosie? —preguntó Zane ansiosamente, inclinándose hacia adelante de nuevo.

Rose miró a cada cara. —Es muy sencillo, en realidad, —dijo. —La Red se conecta a cada varita vecina con algún tipo de ultra maldición de asesinato, ¿verdad? Nos vamos a la final de Quidditch sin nuestras varitas. Nosotros y muchas otras personas que podemos convencer.

Hubo un momento de silencio atemorizado cuando todo el mundo lo consideró. James asintió, recordando. —En la historia de Crone Laosa, su madre sobrevivió al no tener su varita con ella. La había roto esa mañana en algún tipo de accidente. Ella estaba justo en medio de la Red, pero como no tenía una varita, no le hizo daño...

Ralph, sin embargo, se mostró escéptico. —Es difícil imaginar que la mejor manera de ir a la batalla mágica es dejar tu varita en casa.

Nastasia rió entre dientes.

—Lo es si quieres vivir para ver la batalla real, —Rose respondió, dando a Nastasia una mirada afilada. —Y no estoy sugiriendo que las dejemos atrás en los dormitorios. Digo que encontremos un lugar cerca para esconderlas, tal vez bajo las tribunas o incluso el camerino de los equipos, guardadas de forma segura, pero disponibles para nosotros después.

—Eso es bastante horrible, Rose —dijo Albus. —¿Estás sugiriendo que veamos a todos siendo asesinados, y luego removemos sus cuerpos para tomar nuestras varitas y luchar con Avior y cualquier tipo de escuadrón del mal que haya montado?

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Rose, claramente infeliz con su perspectiva. —Vamos a tener que proteger a los sobrevivientes Muggles. No es un plan perfecto, pero es todo lo que tenemos en este momento.

—Esto es peor que el año pasado, —Ralph sacudió la cabeza lentamente. —Ya fue bastante malo cuando Lucy murió y Nueva Ámsterdam fue revelada para todos los muggles de allí. Pero esto es sólo peor. Esto es como... como...

—Como el fin de nuestro mundo, —James suspiró con aire taciturno. —El final de Hogwarts. El final del Ministerio de Magia. Va a ser una masacre.

—¡No puedo creer que muchos de ustedes están considerando esto! —Albus declaró repentinamente. —¡Ralph ya lo dijo! ¡No podemos renunciar! Tenemos que *detener* La Red Morrigan, no sólo encontrar la manera de sobrevivir como... —agitó las manos sin poder hacer nada, —¡como las *cucarachas*!

Esto fue seguido por un largo momento de silencio incómodo. James estaba seguro de que todo el mundo estaba pensando lo mismo, incluso si no podían decidirse a decirlo. Miradas incómodas pasaron furtivamente alrededor de la habitación. *Detener La Red Morrigan bien puede ser imposible, esas miradas lo decían, pero sobrevivir es mejor que morir.*

Afortunadamente, Scorpius habló, rompiendo el silencio. —Nadie va a renunciar, —dijo con un gesto decisivo. —Pero hasta que sepamos algo mejor, hacemos lo que podamos para convencer a muchas personas como sea posible para ocultar lejos sus varitas. Vamos a guardarlas en un baúl debajo de la tribuna de Gryffindor, y lo haremos horas antes del torneo, antes de que Hardcastle y sus Aurores lleguen a vigilar.

—Vamos a tener que ocultar el baúl de algún modo, —James acordó. —El equipo de Hardcastle barrerá el terreno de juego por cualquier cosa sospechosa.

—Podríamos esconderlo bajo la capa de invisibilidad, —Ralph sugirió animadamente.

—*Podríamos*, —James acordó mordazmente, —si Albus no la hubiera dejado tirada en el suelo de la oficina de Avior.

—No es que solo la haya *dejado* tirada, —Albus protestó. —¡Estaba siendo perseguido por un loco y monstruoso pájaro de dos cabezas que escupe fuego, si lo recuerdas!

Zane dio un silbido. —¿Dejaste la capa de invisibilidad de tu padre como premio en la oficina del malo de la película? ¿Él lo sabe?

Albus se desanimó. —No. Y tampoco lo sabe Filch, afortunadamente. Se la robamos de su escritorio pero él ha estado demasiado ocupado para notarlo.

Scorpius desestimó estas preocupaciones con un gesto de la mano. —De cualquier manera, Ralph puede poner un encantamiento *Visum Ineptio* en el baúl para que se vea como una roca o algo así. Él es bueno en ese tipo de magia. Con todas las varitas escondidas, la Red no puede hacernos daño.

Rose suspiró profundamente. —Entonces, si no somos capaces de evitarla... —tragó saliva. —Podemos proteger a los sobrevivientes: los líderes del gobierno Muggle que Avior y su gente tratará de asesinar una vez que todos los demás estén muertos.

—Maldita sea, —Ralph murmuró. —Merlín tenía razón. Esto lo cambia todo.

Hubo una conmoción de gran acuerdo cuando la reunión se disolvió.

Los días siguientes fueron algunos de los días más tensos en la vida de James. Uno a la vez, él, Ralph, Rose, Albus y Scorpius se reunieron con el mayor número de estudiantes que suponían ser de confianza, tratando de advertirles del inminente ataque. Se abstuvieron de referirse a La Red Morrigan, ya que sólo podría incitar escepticismo o confusión, y de cualquier manera exigía largas explicaciones. En su lugar, aprovecharon el sentido general de sospecha enojada que toda la escuela albergaba hacia el Director Grudje y sus políticas draconianas.

—¡Sabía que él estaba ocultando algo! —Graham siseó furiosamente mientras él y James se abrían paso a la torre de Astronomía. —¿Dices que está ocultando una gran conspiración?

James asintió. —Algo así. El punto es que es absolutamente esencial que todos escondamos nuestras varitas antes del torneo de Quidditch. Seriamente. Vida y muerte.

Graham le miró, no con escepticismo, como había esperado James, pero con sombrío temor. —¿Qué es lo que el viejo fascista va a hacer? —su boca se abrió con sorprendida revelación. —Va a confiscar las varitas de todo el mundo después, ¿no? Primero restringe el correo, luego los fines de semana en Hogsmeade y ¡ahora nos está quitando nuestras varitas y así sólo podemos usarlas cuando él quiera! ¡Claro! ¡Porque es un total dictador!

James no desalentó a Graham de esta sospecha. Francamente, parecía el tipo de cosas que Grudje haría. —Estaremos recogiendo las varitas la noche antes del torneo y las ocultaremos bien lejos. Nadie va a encontrarlas.

Graham asintió. —Y entonces, cuando Grudje intente confiscarlas, BOOM, ¡no habrá varitas qué confiscar! Y más tarde, todos podemos recogerlas de nuevo. ¡Brillante! Eso va a enseñarle al viejo tirano.

James asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo. No le gustaba mentirle a Graham, pero no lo desilusionaba de sus propias nociones que parecían aceptables dadas las circunstancias. Infortunadamente, la mayoría de los otros estudiantes con los que James habló, no fueron tan fácilmente persuadidos como Graham.

—Yo no voy a ninguna parte sin mi varita, James, —Mei Isis insistió tercamente. —No de la forma en que las cosas han ido últimamente. Sobre todo si, como dices, algo terrible va a suceder en el torneo.

Heth Thomas y Deirdre Finnegan se sentían de la misma manera, aparentemente atrapados entre negarse o creer la advertencia de James, y la sensación de que incluso si fuera cierto, sus varitas eran su mejor recurso.

—¡Pero tu varita *será* el arma! —James insistió frenéticamente.

—Claro, mi varita es el arma, —Deirdre espetó con impaciencia. —¡Ese es el punto! ¿Has *estado* acaso en una clase de Defensa Contra las Artes Oscuras?

Para cuando arrinconó a Gabriel Jackson, capitana del equipo de Quidditch de Hufflepuff, fuera de la clase de Runas Antiguas, ella ya había oído rumores de las susurradas advertencias de James.

—Ninguno de los jugadores de Hufflepuff llevan varitas mientras se está en el aire, —le aseguró ella con desdén. —Mi propia regla desde aquel incidente en mi tercer año cuando mi hermana Julian quedó cegada por una Bludgers de Beetlebrick, y decidí freírlo con un Aturdimiento amistoso en medio del aire. Se perdió el partido por un tecnicismo en ese momento. De ninguna manera voy a

dejar que eso suceda de nuevo. No hay varitas mientras que el partido está en juego.

James aceptó esto con un suspiro de alivio.

—Aun así, —Gabriel reflexionó pensativa. —Beetlebrick se lo *merecía*. Y él nunca volvió a cegar a Julian, te lo aseguro. En general, fue probablemente una ganancia neta para el equipo. Tal vez deberíamos revisar la regla de sin varitas para el próximo año.

—Si tú lo dices, —James asintió. —El próximo año.

Rose, Ralph, Scorpius y Albus habían tenido suerte similar con sus propios contactos.

—Joseph Torrance y Cameron Creevey fueron fáciles, —Rose murmuró mientras seguía a James al Gran Comedor para la cena. —Joseph confía en ti y Cameron es tu mayor fan. Lily y sus amigos van a estar de acuerdo también. Sin embargo, no hubo suerte con Aloysius, Shivani y Penélope. Incluso es peor con los Hufflepuff que no están jugando en el torneo. Quieren celebrar con los encantamientos de fuegos artificiales, imbéciles despistados.

James asintió con gravedad. En secreto, no podía culpar a los Hufflepuff o a cualquier otra persona, para dudar de su historia. Sin detalles, sonaba paranoico y estúpido incluso a sus propios oídos.

Scorpius, quien podía ser sorprendentemente persuasivo, y quien había enseñado Club de Defensa durante su primer año, tuvo un poco de suerte, convenciendo a casi la mitad de los Ravenclaw para guardar sus varitas la noche antes del torneo. Albus y Ralph, sin embargo, no habían hecho casi ningún progreso con los Slytherin quienes, como los Hufflepuff, estaban interesados en celebrar mágicamente su anunciada victoria.

Aun así, con sólo cuatro días para la Cumbre de Quidditch, habían convencido a más de un tercio de sus compañeros de estudio para asistir al torneo sin varitas. No era mucho (era, de hecho, horriblemente poco satisfactorio) pero en verdad era mejor que nada.

James y Ralph prepararon un viejo baúl de Quidditch para albergar las varitas, escondiéndolo en las sombras bajo las gradas de Gryffindor y disfrazándolo con uno de los encantamientos *Visum Ineptio* de Ralph.

Alejándose de él, James no pudo evitar la sensación de que, a pesar de sus mejores esfuerzos, estaban resignados a ver a la mayoría de sus compañeros asesinados ante sus ojos. Era un pensamiento terrible y desgarrador. Y sin embargo, incluso ahora, no se sentía más cerca de desenmarañar el plan de Avior. A pesar de lo que habían aprendido en los sótanos debajo de Alma Aleron, simplemente no podían adivinar cómo La Red Morrigan podría ser potenciada, o cuál forma podría tomar. A medida que los días transcurrían y los preparativos de la Cumbre surgían, un sentido de profundo y palpable miedo se instalaba en el estómago de James.

Esto empeoraba por las frustraciones de no poder reunirse abiertamente. Incluso las breves conversaciones secretas entre él, Rose, Ralph y Scorpius que habían sido esperando en la fila para las lecciones o pasando por los pasillos entre las clases, se volvieron demasiado peligrosas, ya que Filch parecía haber sido encargado de vigilarlos específicamente. Regularmente podía ser visto revoloteando fuera de las aulas, con ojos agudos y silenciosa agitación, agarrando su bastón negro como una cuerda de salvamento.

Y luego, lo más extraño de todo, al final de la última clase de Cuidado de Criaturas Mágicas, el propio Hagrid les dio a James, Ralph y Scorpius una detención.

—Ustedes tres, —llamó a través del granero, con su voz extrañamente ronca. —¿Están hablando durante la lección, eh? Eso es el colmo. ¡Detención ya!

James se enderezó con su boca abierta en estado de shock cuando las salamandras púrpura de patas largas corrían en desorden por el patio, perseguidas inútilmente por los otros estudiantes. —¿Qué? ¡Por supuesto que estamos hablando! ¡Estamos tratando de reunir a estos lagartos locos que nos encargaste!

—“Hablando” por detrás, también, —Hagrid frunció el ceño con su barba erizada. —Detención Doble entonces. Repórtense aquí al anochecer y ni una palabra a alguien.

James apenas podía dar crédito a sus propios oídos. Se dio la vuelta hacia Ralph y Scorpius con incredulidad. Ralph se encogió de hombros mientras que Scorpius simplemente puso los ojos en blanco. James no sabía si estaba más sorprendido o herido por el repentino antagonismo de Hagrid. Lo único que sabía era que eso contribuía a un día ya miserable. Esto se mantuvo hasta la hora de la cena cuando Lily desplegó un pergamino de aspecto oficial adornado con el escudo de Hogwarts.

—¡He sido elegida como estudiante embajadora! —entonó alegremente agitando el pergamino. —¡Tengo que asistir a la gran cena después del torneo! Vamos a cantar el saludo de Hogwarts desde la mesa principal y responder preguntas sobre la escuela. ¡Voy a conocer a presidentes, reinas y todo tipo de gente importante!

—Deja de presumir, —Graham murmuró. —Y no nos recuerdes el estúpido torneo de Quidditch. Ningún grupo de Muggles con camisetas de peluche nos va a distraer del hecho de que ni siquiera estamos compitiendo este año. Estúpido Lance Vassar. Con el descaro de sus padres al donar un estúpido Cáliz este año, no hay ninguna posibilidad de que Gryffindor pueda ganarlo. ¡Y todo es su maldita culpa!

—No puedes echar toda la culpa a los pies de Lance, —comentó Deirdre, frunciendo el ceño ante Lance y sus compinches más abajo en la mesa. —James merece mucho del crédito. Si hubiera aparecido en las pruebas...

—Todos conocen la historia, —James interrumpió secamente. —¡Ya dame un descanso!

James pasó el resto de la noche en la sala común de Gryffindor, tratando, sin éxito, centrarse en su tarea y estudios. Era completamente inútil.

En una mesa cercana, Rose se sentó con Shivani Yadev y Willow Wisteria, lanzándole miradas de preocupación pero sin querer arriesgarse a unirse a él

para charlar. A medida que el sol decaía afuera de las altas ventanas, James finalmente se rindió y cerró sus libros. Miró por la ventana, perdido en pensamientos febriles con creciente preocupación.

Por último, gracias a Dios, Scorpius lo interrumpió.

—Detención, —dijo enérgicamente. —con Hagrid, ¿recuerdas?

James asintió, contento por la distracción, a pesar del misterio inquietante de la conducta de Hagrid.

Ralph los encontró en el rellano, de pie a la luz de la ventana de Heracles cuando el sol poniente brilló a través de ella, iluminando brillantemente las vidrieras de colores. En silencio, con los hombros caídos, los tres salieron al calor de la noche y a las profundas sombras. Los grillos cantaban desde lo más hondo del Bosque Prohibido mientras se abrían camino, lo más lentamente posible, hacia la cabaña de Hagrid.

—¿Qué creen que ha planeado para nosotros? —preguntó Ralph.

Scorpius murmuró, —Probablemente recoger excremento de dragón del granero.

—O peor aún, —James estuvo de acuerdo. —¿Qué creen que se le ha metido? Nunca nos ha dado una detención antes.

—Tal vez decidió que sigue enfadado contigo por caer a través de su techo, —Scorpius sugirió de brazos cruzados.

James no creía que fuera eso, pero no tenía una idea mejor.

Un hilo de humo blanco salía de la cabaña cuando entraron en su sombra. Scorpius tocó mientras Ralph y James esperaban en el jardín.

Cuando se abrió la puerta, Hagrid se inclinó hacia el aire de la tarde, mirando a los tres estudiantes con severidad.

—¡Así que ya están aquí! —proclamó, mucho más fuerte de lo necesario. —¡Y a tiempo, también! ¡Sí!

James frunció el ceño mientras Hagrid recogía tres cubos metálicos de gran tamaño, entregándole uno y los otros, en las manos de Ralph y Scorpius.

—¿Entonces qué es esto? —preguntó Scorpius, con su voz haciendo eco en el enorme cubo.

—Vamos a recoger hongos para la profesora Heretofore, —Hagrid protestó, irguiéndose. —Son hongos explosivos. Sienten el movimiento y se ponen nerviosos si se sienten amenazados. Si fallan en cortar sus tallos sin la suficiente rapidez, estallarán con bastante fuerza para amputar tus dedos.

Ralph parpadeó al medio gigante. —¿En serio?

—Nunca he estado más serio en mi vida, —Hagrid acordó. Sacó tres cuchillos rechonchos de una bolsa en su cinturón y estruendosamente dejó caer cada uno en los cubos. —Los hongos explosivos son rojos con manchas blancas. Los reconocerán cuando empiecen a hincharse. Utilicen esos cuchillos para cortarlos en el tallo, y como he dicho, sean lo bastante rápidos al hacerlo.

Scorpius miró con preocupación a su cubo. —¿O si no?

—O si no, las detenciones terminarán en la enfermería, —respondió Hagrid, su voz resonando sobre el jardín. —¡Trife! ¡Aquí muchacho!

A la llamada de su nombre, el perro bullmastiff de Hagrid saltó ruidosamente fuera del bosque.

—Eso es muchacho, —dijo Hagrid, cubriendo la cabeza del perro con la mano carnosa y ofreciéndole una dura palmada. —¿Has estado olfateando algunos hongos, eh? ¡Pero veo que mantuviste una distancia segura! Ese es mi chico inteligente. Llévanos, entonces.

Con eso, Trife giró y corrió de nuevo hacia el bosque, girando con impaciencia mientras los demás comenzaban a seguirlo.

—No pierdan tiempo, —Hagrid anunció, más fuerte que nunca, mirando por encima del hombro. —Si se empieza temprano, se termina temprano.

Acompañados por el tintineo y el ruido metálico de los cuchillos en sus cubos, James, Ralph y Scorpius siguieron a Hagrid en la creciente penumbra. Gigantescos árboles se extendían delante de ellos, intercalados con ondulantes helechos, exuberantes enredaderas, de vez en cuando un tronco caído y colinas. Trife saltaba por delante, trazando un sendero serpenteante más y más adentro en las profundidades del bosque.

—¿Entonces, cuándo crees que podríamos empezar a ver estos hongos? — Scorpius preguntó, mirando alrededor de las sombras.

—Oh, muy pronto, espero, —dijo Hagrid, con su voz mucho más baja que antes.

James seguía muy nervioso. Había estado muy profundo en el Bosque Prohibido en algunas otras ocasiones, pero eso no disminuía el terror general del mismo. El bosque aún seguía siendo el hogar de los Centauros, después de todo, así como de los dispersos descendientes de Aragog, la Acromántula. La oscuridad bajó gradualmente, provocada por el frondoso manto de hojas por encima, que parecía rodearlos con gruesas y escalofrantes sombras. Hagrid, James se dio cuenta, no llevaba una linterna.

—¿Cómo se supone que vamos a ver a estos hongos, Hagrid? —preguntó, tratando de ocultar el temblor de su voz.

—Silencio, —Hagrid respondió con su propia voz baja. —Casi estamos allí.

James estaba a punto de preguntarle a Hagrid qué diablos quería decir eso, cuando un destello de luz de fuego iluminó un círculo de árboles por delante. Trife se dirigió hacia este, saltando alegremente a través de la maleza. Hagrid siguió al perro grande aproximándose a una línea de arbustos altos que rodeaban un pequeño claro. Más allá de los arbustos, la luz del fuego crepitaba débilmente, proyectando su luz amarilla hasta en las hojas de por encima.

Hagrid se detuvo. Levantando una mano a un lado de la boca, produjo un muy inesperado, pero convincente gorjeo de pájaros.

James frunció el ceño hacia el hombre grande.

Entonces, aún más sorprendente, una voz familiar habló desde el otro lado de la maleza.

—Si este monstruoso perro tuyo no fue indicio suficiente de tu identidad, Hagrid, el tintineo de los cubos sin duda lo fue. Todos ustedes, entren y únanse a nosotros.

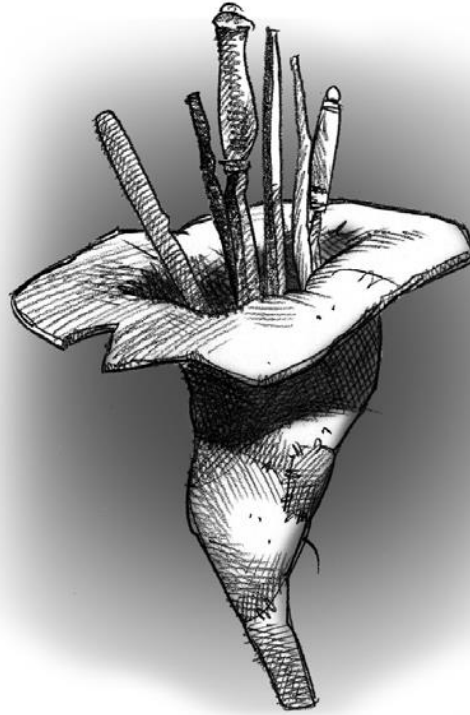
Hagrid carraspeó felizmente y se volvió hacia James, Ralph y Scorpius. — Supongo que pude haber dejado los cubos hace una milla. No se me ocurrió. Estaba tan envuelto en convencer a cualquiera que pudiera estar oyendo que yo estaba dando detenciones. Por cierto, lo siento.

James dejó caer el cubo con un ruido metálico y siguió a Hagrid alrededor del borde del arbusto más cercano.

Sentados ante un pequeño y ordenado fuego, estaban los profesores Flitwick, Debellows y Revalvier. Completando el círculo, sonriendo gravemente a los recién llegados, estaba la profesora McGonagall con el rostro pálido a la luz del fuego y un largo arañazo todavía curándose en su mejilla. Junto a ella, el Tío Ron, la Tía Hermione, y completando la escena, con sus gafas brillando en la luz del fuego, el propio padre de James.

Harry Potter se puso de pie, dando la bienvenida a Hagrid, Scorpius y Ralph. James corrió hacia él, aceptando con gratitud el brazo de su padre sobre los hombros, dándole un duro y reconfortante apretón.

—Bienvenidos, señores, —anunció en voz baja y clara, —a la nueva Orden del Fénix.



Capítulo 20

Los Días Finales de la Tiranía

La sensación de alivio que James sintió al ver a su padre, tío y tía, junto con los otros miembros de la nueva Orden, era casi abrumadora.

Un montón de pesados troncos y rocas lisas habían sido levitados hasta su posición en torno al fuego, formando un círculo de bancos. Cuando Harry volvió a sentarse, James se apretó a su lado, Ralph se dejó caer con gratitud junto al pequeño profesor Flitwick, que estaba vestido con una capa de viaje, unas cómicamente enormes botas de cuero y un sombrero aplanado de ala ancha calado hasta la frente. Scorpius, sin embargo, permaneció de pie, con los brazos cruzados en el borde de la luz del fuego parpadeante, mientras Hagrid ocupaba la totalidad de la piedra restante.

—¿Quiere que le traiga un tronco, Sr. Malfoy? —ofreció Flitwick alegremente, sacando su varita.

Scorpius negó con la cabeza. —Me quedaré de pie si no le importa, hasta que sepa un poco más acerca de qué se trata todo esto.

—Oh, se ve tal como su padre a esa edad —sonrió Hermione con nostalgia, empujando a su marido.

—Puedo verlo —murmuró Ron. —No es exactamente un recuerdo feliz, si lo rememoras.

Ralph miró detenidamente a través de la luz del fuego hacia la Profesora McGonagall. —¿Está bien, Profesora? Leímos sobre lo que le pasó en *el Quisquilloso*.

McGonagall se enderezó y levantó la barbilla. —A pesar de lo que pueda haber leído, no me intimida una manada de bestias contratadas. Resistí bastante bien, si se me permite decirlo.

—Ellos la atacaron en su jardín —habló Revalvier con disgusto, mirando al fuego, con su pelo dorado sombreado por una capucha de color rojo oscuro — Cinco de ellos contra una mujer indefensa.

—No exactamente "indefensa" —Debellows sonrió sin alegría. —Envió a tres de los cinco a San Mungo con heridas mucho peores que la suya. Los otros dos huyeron de regreso donde sus amos, sin duda contando grandes cuentos que fueron atacados por un gigante con diez brazos.

—Aun así —dijo Hermione con un movimiento de cabeza. —Fue monstruoso. La pobre Minerva pasó semanas recuperándose de esas maldiciones... Atacar a una mujer de su estatura y experiencia...

—Si con eso te refieres a una mujer de mi edad —dijo McGonagall secamente. —Tienes toda la razón. Uno no se recupera tan fácilmente después de su octava década, pero me atrevería a decir que parecía peor de lo que era.

Harry se giró hacia su hijo. —La Profesora nos dijo todo tan pronto como pudo. Sabemos acerca del Profesor de Durmstrang, Avior, y su conexión con ese mago que se encontraron en Nueva Ámsterdam. Todo lo que dijeron coincide con lo que ya sabíamos. Algo sucederá en la Cumbre de la próxima semana. No sabemos exactamente qué, pero ahora, gracias a ti y a tus amigos —señaló con la cabeza hacia Ralph y Scorpius, apenas sonriendo —sabemos quién será el responsable.

—Por nada —dijo Scorpius, todavía de pie en el borde de la luz del fuego — ¿Pero por qué no convocaron a Rose Weasley y al hermano de James? Estaban involucrados en esto también.

—Oh, Rosie —Hermione dijo para sí misma, preocupada y enojada a la vez. — ¡Involucrarse en todo esto! ¡Esa chica es incorregible!

—Silencio —dijo Ron, reprimiendo una sonrisa. —Es hija de sus padres. ¿Qué esperas?

—Es muy sencillo, en realidad —dijo Hagrid, mirando de reojo a Scorpius. — Rose y Albus no están en su clase de Cuidado de Criaturas Mágicas. Yo podría haberle dado detenciones a ellos en sus clases, tal como ustedes y haberlos traído a todos juntos, pero podría haber sido un poco sospechoso para cualquiera que estuviera prestando atención. ¿No es así?

La alta voz de Flitwick se levantó sobre el crepitar del fuego. —Lo que discutamos esta noche, confiamos en que después se lo puedan decir a la Srta. Weasley y al joven Sr. Potter cuando puedan. Sabemos que tienen los medios a su disposición. —le dio una sonrisa cómplice a James.

Ron asintió. —Pero tenemos que hacer esto rápido. Grudje ha desaparecido por el momento, está fuera por los recados que lo mantienen ocupado en estos días, pero podría volver en cualquier momento. Si se da cuenta de que Flitwick y Debellows han desaparecido a la vez, sospechará.

—No necesita mucho para hacer eso —comentó Revalvier.

James asintió fervientemente. —Es un maniaco paranoico. Nos prohibió completamente hablar entre nosotros, incluso en nuestro tiempo personal. Filch está mirando todo el día. ¡Y también todos esos retratos de Snape!

James se dio cuenta por las miradas en blanco en las caras de los adultos que ninguno sabía sobre el montón de autorretratos que tenía Snape. Con un suspiro, se decidió que no tenía sentido mantener el secreto del maestro de pociones por más tiempo. Explicó cómo él, Zane y Ralph descubrieron los retratos encubiertos repartidos por todo Hogwarts, y cómo Grudje le había encargado a Snape usarlos con propósitos clandestinos.

Flitwick quedó impresionado a su pesar. —¡*Decenas* de retratos dices! ¿Estás completamente seguro?

—Al menos —asintió Ralph. —Y no sólo en los pasillos y aulas. Él es un monje en el salón del Profesor Longbottom. Es también uno de los caballeros pintados en su oficina, Profesora McGonagall.

McGonagall puso sus ojos en blanco con cansada exasperación. — ¡Supuestamente tomó prestada la pintura para exorcizarla de un Boggart! Yo le dije que era perfectamente capaz de hacerlo yo misma, pero él fue insistente. Por Dios, pensé que me había liberado de la constante duplicidad de ese hombre cuando murió. Y pensar que nos ha estado observando todo este tiempo, informando todo lo que ve. —a pesar de la actitud severa de McGonagall, James pudo ver que había más decepción que ira en sus palabras.

Hermione frunció el ceño. —Él no puede evitarlo, ¿verdad? Él está obligado a ayudar al director actual.

—Él no me ofreció ese tipo de servicios cuando fui directora —dijo McGonagall con malicia.

Revalvier hizo un ruido de disgusto. —Tal vez Grudje fue lo suficientemente astuto para hacer las preguntas correctas. Una vez que se enteró de los muchos retratos del Director Snape, los puso en práctica y Snape estaba obligado a hacerlo.

—No es tan sencillo —sugirió Flitwick. —Los retratos mágicos no niegan el libre albedrío. Aun así, *sería* difícil de resistir. Especialmente si uno encuentra que sus órdenes coinciden con sus propios instintos.

Harry asintió. —El Profesor Snape nunca fue lo que se podría llamar estrictamente ético. Y, sin embargo, no puedo dejar de pensar que incluso él no contribuiría a la regla de hierro de Grudje sin conocer sus verdaderos objetivos.

—Bueno —admitió Scorpius —él nos dijo que la Sala de los Menesteres estaba a salvo de la vista de Grudje.

—¿Lo hizo? —Hermione se iluminó. —Bueno, eso es algo, entonces.

—Una pérdida de tiempo —anunció Debellows enérgicamente, aplaudiendo sus manos carnosas y frotándolas. —Es bueno saber cómo hemos estado siendo observados... ¡Y cómo evitarlo de ahora en adelante!... pero tenemos un desastre que evitar.

—Muy bien —observó McGonagall.

James miró a su padre. —¿Pero cómo? ¿Cuál es el plan?

—Es por eso que los convocamos aquí esta noche —respondió Harry, cambiando la mirada de James a Ralph y Scorpius. —Por mucho que me gustaría que no fuera el caso... y créeme, tu madre casi no habla de ello... ustedes son parte integral de nuestro plan.

Una segunda oleada de alivio inundó a James donde estaba sentado. —Me preocupaba que estuviéramos solos —confesó. —Y todos estamos totalmente sin ideas.

Harry asintió comprensivamente. —Lo primero es lo primero, entonces. ¿Pueden decirnos algo que no sepamos ya? ¿Qué ha pasado desde la última vez que hablaron con la Profesora McGonagall en la Torre Sylvven?

James respiró profundamente, pero fue Ralph quien habló primero. —Nos enteramos de qué es La Red Morrigan —anunció con firmeza. —Bueno, en su

mayoría. Hay una pieza que falta. No sabemos lo importante que es, pero esto es lo que sabemos.

Procedió a describir su desventura en los sótanos debajo de Alma Aleron. James y Scorpius ayudaron, aportando detalles sobre la conversación escuchada entre Crone Laosa y Tabitha Corsica.

Al oír el nombre de Corsica, sin embargo, Harry interrumpió. —¿Están seguros que Tabitha Corsica era quien entrevistaba a Crone Laosa?

—Absolutamente —asintió James enfáticamente. —Ella nos acorraló después y nos llevó de vuelta a Hogwarts.

Harry estudió el rostro de su hijo seriamente. —Y entonces, ¿Qué pasó?

James negó con la cabeza. —Pasaron los días. Sabíamos que nos había acusado. Pero luego, cuando Grudje nos llamó a su oficina parecía no saber todo. Pensaba que nos habíamos colado a Alma Aleron para discutir sobre el Quidditch Nocturno.

—Bueno, —aclaró Ralph —Scorpius ayudó con eso.

—Y no estoy del todo seguro que Grudje lo haya creído —admitió Scorpius. —Pero definitivamente no parecía saber lo que realmente estábamos haciendo allí.

Harry asintió lentamente. —De acuerdo entonces. Continúen.

James miró a su padre con recelo. Había algo que no estaba diciendo... algo acerca de Tabitha Corsica. Scorpius, sin embargo, continuó la historia antes de que James pudiera preguntar.

Cuando los tres chicos habían terminado su relato un tanto incoherente, Revalvier finalmente habló de nuevo. —Así que sabemos dos de los tres marcadores para identificar La Red Morrigan, si es que ese es el método que nuestros enemigos usarán...

—Un supuesto que nos vemos obligados a hacer en ausencia de cualquier otra teoría —intervino Debellows.

Hermione aceptó de mala gana. —Es demasiado terrible para considerarlo. ¡Todas esas personas inocentes! —ella miró a James, con los ojos brillando en la luz del fuego. —¡No pueden estar ahí, James! ¡Ninguno de ustedes! ¡Victoire, Louis, mi Rosie...!

—Hermione —comenzó Ron, pero James lo interrumpió.

—Tenemos un plan para salvarnos a nosotros, y por lo menos a algunos de los otros —dijo tan dulce como pudo. —Escondemos nuestras varitas durante el torneo. Si la Red funciona dando rienda suelta a una especie de maldición súper asesina, no teniendo nuestras varitas nos mantendrá a salvo. Creemos.

—Brillante en su simplicidad —Debellows estuvo de acuerdo, impresionado.

—Bueno —James se encogió de hombros —No podemos tomar crédito por eso. Fue idea de Rose.

—*Esa* es mi chica —Ron suspiró profundamente, poniendo un brazo alrededor de los hombros de su esposa.

—Así que, entonces —dijo Flitwick, llevando la conversación al punto. —La Red Morrigan debe ser alimentada por algo que una vez perteneció a una muy poderosa bruja o mago oscuro, que ya esté muerto. Será algo muy personal, apostaré. Algo que haya absorbido la fuerza y el propósito del sujeto durante muchos años.

Revalvier empujó hacia atrás su capucha y asintió. —Y el segundo marcador es la proximidad. Será justo en el centro de la reunión. Un punto focal.

Debellows entrecerró los ojos. —Dado que el evento es un partido de Quidditch —sugirió. —Tal vez el objeto maldito será una de las bolas del juego.

—Es posible —Harry estuvo de acuerdo. —Aunque el equipamiento de Quidditch de Hogwarts no suele pertenecer a una sola persona.

Hagrid se acarició la barba —Este no es un partido común de Quidditch, saben —dijo. —Podría ser que alguien vaya a sacar algún antiguo equipamiento

tradicional, como de forma especial. Una Quaffle de alguna famosa copa del mundo antigua o algo así. Necesitamos estar vigilando por algo inusual.

Los ojos de James se abrieron de pronto cuando una idea se le ocurrió. Era tan obvio, tan perfectamente normal, que durante un buen rato no podía forzar a su boca a hablar.

—¿Qué pasa, James? —preguntó su padre, con el ceño fruncido junto a él. —
¿Sabes algo?

La mente de James corría, superando a su lengua. Por último, miró a Ralph, con los ojos todavía abultados en sus zócalos. —¡El Cáliz de Cristal! —dijo con voz áspera.

Los ojos de Ralph también se abrieron cuando se dio cuenta de todo. Junto a él, Scorpius finalmente cayó al césped, levantando una mano hacia su frente con asombro.

Ron miró alrededor confundido —¿Qué es el Cáliz de Cristal?

—El nuevo trofeo del torneo de Quidditch —dijo Flitwick asombrado. —¡Por supuesto!

Debellows golpeó un puño contra su palma abierta. —Es antiguo. Probablemente pertenecía a algún poderoso viejo rey mago o reina, despiadado y tiránico.

Hermione miró a Harry, sus ojos como tumba. —Va a ser el centro de atención cuando el partido comience.

—¿De dónde proviene? —preguntó Harry, dirigiéndose a su hijo.

—De los padres de Lance Vassar —respondió James con rencor. —Son exploradores y profesores, dedican todo su tiempo al estudio de las culturas mágicas, la historia y esas cosas. Si son como Lance, son un par de estúpidos arrogantes que piensan que el dinero y el cerebro son las mismas cosas.

—Como sea —respondió McGonagall, disparando a James una mirada de reproche —eso no los hace enemigos. Esta es una acusación muy grave que estamos estabilizando en contra de ellos.

—Ellos ni siquiera tienen por qué saber del complot —sugirió Revalvier. — Pueden ser simplemente incautos dispuestos, sin saber que la reliquia que se han visto obligados a donar será usada con fines criminales.

—De cualquier manera —dijo Ron, escaneando la reunión buscando acuerdo —esta es la mejor pista que tenemos. ¿Alguien está en desacuerdo?

James miró alrededor del fuego, buscando en el círculo de rostros alguna disidencia. Cuando ninguna apareció, McGonagall sugirió —¿Podemos destruir el Cáliz antes del partido?

—Preferible pero poco probable —suspiró Debellows. —Si de hecho es la fuente de la Red, estará guardada muy seguramente hasta el momento de su uso. Tenemos que estar preparados para tomarla en los momentos previos a que se dispare.

—Para estar a salvo —dijo Flitwick, sus ojos brillaban en la luz del fuego — sugiero que sigamos el consejo de la joven Srta. Weasley y asistir sin varita al torneo.

Esto fue recibido con un círculo de guiños sobrios. James se dio cuenta que el Profesor Debellows no se unió. El gran hombre miraba el fuego con su cara pétrea y James tuvo la idea de que tendría que haber un día frío en el infierno antes de que el viejo Harrier fuera a alguna parte sin su varita.

—Pero debemos mantenerlas cerca —dijo Harry. —Y esperemos que tal precaución sea innecesaria.

Hermione dio un soplo ferviente de acuerdo. Para el oído de James, casi sonaba como una oración. Miro a su padre. —¿Eso significa que estarás ahí, Papá?

Harry asintió sombríamente. —Yo mismo, tu Tío Ron y tu Tía Hermione, sí. Hagrid nos ayudará a colarnos. Eso no será nada fácil, considerando que Titus estará a cargo de la seguridad.

—¿Qué hará si te atrapa?

En ese momento, Harry le ofreció a James una sonrisa verdadera. —Recuerda que soy el Jefe de Aurores, hijo —entrecerró los ojos —Confía en mí. No seremos atrapados.

—¿Qué haremos *nosotros* entonces? —preguntó Scorpius, mirando hacia arriba.

—Ustedes ya han hecho lo suyo —respondió Debellows con firmeza. —De aquí en adelante, su trabajo es tener cuidado. Manténgase fuera del camino del Director Grudje. Eviten al Sr. Filch siempre que sea posible.

—Pasen sus exámenes —Hermione ofreció con una sonrisa a medias.

—Y sigan tratando de conseguir la mayor cantidad de gente posible que vaya sin varita al torneo —añadió Ron en serio. —Por si acaso.

Con eso, la reunión parecía acabar. La Profesora McGonagall se puso de pie con la ayuda de la Profesora Revalvier. Debellows desenfundó su varita y apagó el fuego con una orden susurrada. —Voy a esperar a que usted regrese primero, profesor —le dijo a Flitwick. —Si entra por el patio principal, iré por la rotonda.

Flitwick asintió. Tirando su sombrero hasta más abajo de la frente, se fue, caminando entre la hierba con muy poco ruido.

—Yo los acompañaré a ustedes tres de vuelta —dijo Hagrid, palmoteando a James y Ralph en el hombro. —Ya tengo una buena colección de hongos explosivos en la cabaña. La Profesora Heretofore estará bien contenta con su trabajo nocturno.

—Bien pensado, Hagrid —dijo Hermione, su voz todavía llena de preocupación.

—No estés inquieta ahora, Hermione —Hagrid tranquilizó. —Todo estará bien. Solo espera y verás.

Cerca, un par de *cracks* planos golpearon el aire. James reconoció el sonido de las Profesoras McGonagall y Revalvier desapareciendo... obviamente Hagrid les

había conducido lo suficiente para llevarlas fuera del límite de protección de la escuela, haciendo la Aparición posible.

—Papá —James preguntó —¿Dónde está el Profesor Longbottom? ¿Por qué no estuvo aquí esta noche?

—Cuidando el departamento de la Profesora Revalvier —respondió, consultando su reloj. —Minerva ha estado viviendo con ella desde el ataque. Como resultado, nunca dejamos el lugar desierto. Demasiado fácil para que las personas equivocadas entren y estén al acecho. Julieta relevará a Neville a su regreso. Créeme, él está con muchas ganas de volver a Hogwarts.

James asintió. —*Apuesto* a que sí. Y no me gustaría ser Filch cuando vuelva.

—No me gustaría ser Filch ni en su mejor día —dijo Scorpius de forma significativa.

—¡Eso, eso! —Ron estuvo de acuerdo.

—Ya váyanse ustedes cuatro —instó Hermione, empujando a los chicos hacia Hagrid. —¡Y tengan cuidado!

—Lo tendremos, Tía Hermione —James respondió reacio a decir adiós, pero sabiendo que era tarde.

—¡Y dale mis saludos a Rose! —añadió, bajando la voz. —Dile que sentimos que no pudiera venir contigo, pero que estaba preocupada por ella. ¡Dile que su mamá y papá la aman!

—Hermione —dijo Ron, tomándola por los hombros. —Vamos. Tenemos que volver.

—Ya voy —le espetó. James vio que su tía estaba casi temblando por la preocupación. Tío Ron pareció darse cuenta de esto también. Su rostro estaba pálido en la oscuridad mientras abrazaba a su esposa hacia él. Asintió con la cabeza hacia James.

—Nos vemos en un par de días —dijo. —Pero si todo va bien, no nos veremos. No se metan en problemas.

—Es bueno que lo digas tú, Tío Ron —dijo James.

—Tiene razón —Harry estuvo de acuerdo con sobriedad. —No es tiempo para heroísmos. Tranquilos. Tengan esas varitas guardadas. Y James...

James suspiró con cansancio. —¿Sí, Papá?

—Buen trabajo —dijo su padre, dando un paso al lado de Ron y Hermione y cambiando su mirada hacia Ralph y Scorpius. —Todos ustedes. Han hecho más de lo que cualquiera de nosotros creía posible. —frunció el ceño ligeramente. —Supongo que con el tiempo, tendremos que darte un buen castigo, sobre todo si la madre de James tiene algo que decir en el asunto...

Hermione rió débilmente. Ron sonrió.

—Pero por ahora —Harry concluyó —Estoy orgulloso de ti.

James asintió con la cabeza a su padre, con una oleada de extraña felicidad brotando de su pecho.

Un momento después, Harry, Ron y Hermione se desvanecieron en un trío de sonoros *cracks*.

Hagrid suspiró. —Como en los viejos tiempos —dijo, sacando un pañuelo. Sopló ruidosamente. —Bueno, es mejor que volvamos, entonces. Buenas noches Profesor —esto último se lo dijo al Profesor Debellows, que recién ahora James se había dado cuenta que estaba de pie al otro lado del claro, mezclado entre los árboles, esperando su oportunidad de regresar desapercibido.

—Buenas noches, Profesor Hagrid —retumbó su profunda voz. —Estudiantes.

Por la cambiante luz de la luna, James, Ralph y Scorpius recogieron sus latas metálicas y comenzaron a seguir a Hagrid a través del bosque. Al igual que antes,

Trife iba adelante, trazando el camino entre los arbustos, gruñendo a los ocasionales salvajes gnomos pequeños de jardín.

Mientras caminaba, James pensó de nuevo en la reunión extraordinaria que acababa de presenciar, lleno en partes iguales con la creciente esperanza y temor profundo. Por primera vez en meses, estaba sorprendido con la posibilidad de que todo pudiera salir bien después de todo. Y, sin embargo, si no era así, muchos estudiantes y líderes del mundo Muggle podrían morir. Su padre estaría allí, junto a su Tío Ron y Tía Hermione. Si La Red Murrigan era liberada, ¿tendrían sus varitas seguramente guardadas? ¿O ellos, como Kendrick Debellows, estarían dispuestos a sacrificarse por la causa?

—¿Qué es una bruja o un mago sin varita? —murmuró con miedo a sí mismo, su voz perdida en el tintineo del tarro a su lado.

El bosque se cernía por todas partes, lleno de sombras, pero vacío de respuestas.



Los últimos días del semestre resbalaban con exasperante letargo. Cuando los exámenes finales terminaron gradualmente, el estado de ánimo general se aligeró, con ganas de que llegara la final del torneo de Quidditch y comenzara el receso de vacaciones de verano con bullicio creciente.

—Finalmente —Deirdre Finnegan negó con la cabeza en el desayuno el día del torneo. —Podemos salir de esta prisión. ¡A menos que Grudje encuentre alguna manera de enviar reglas a casa con nosotros durante las vacaciones!

—¡Yo no lo provocaría a que lo intente! —declaró Aloysius Arnst, con los ojos saltones bajo su ceño fruncido. —¡Cuantas más cosas parecen desmoronarse en el

mundo, más trata de llenar los vacíos! Si pudiera seguirnos a todos a casa, seguramente lo haría.

Devindar apuñaló un pedazo de salchicha ferozmente con el tenedor. —No le des ideas. Va a encontrar una forma de hacerlo.

—No sé ustedes —dijo Heth Thomas en voz baja —pero estoy pensando en saltarme el próximo año.

Rose lo miró horrorizada. —Pero... ¡Eres *perfecto!*

—Y no puedes simplemente saltarte la escuela —Graham puso sus ojos en blanco. —Hay leyes acerca de eso.

—Al diablo la ley —dijo Heth sombríamente. —Y al diablo ser perfecto, también. Mi padre creció en Provence. Mis abuelos viven todavía allí. Si voy a vivir con ellos, puedo transferirme a Beauxbatons.

—¡Eso sí que es bueno! —dijo Graham, enderezándose en su asiento. —¡De hecho, me iré a vivir *contigo!*

Desde más abajo en la mesa, Lily dejó el tenedor con remilgo. —No sé porque muchos están siendo tan gruñones. Creo que este año ha sido perfectamente encantador.

—Una que tiene el Síndrome de Estocolmo —murmuró Deirdre, ladeando un pulgar hacia Lily. —Enamorada de sus verdugos.

—Yo no estoy enamorada del director Grudje —Lily se erizó. —Y odio completamente a Filch. Pero aun así. Tuve un buen año, en su mayoría, y no puedo esperar a volver.

—Eso es porque *tú* no sabes cómo *solía* ser —suspiró Graham. —Y además, andas saltona con eso de ser una "emisaria del mundo mágico" en la Cumbre.

Lily resopló mientras se ponía de pie. —Estoy orgullosa de representarnos a todos nosotros, si a eso te refieres. Y voy a hacer mi mejor esfuerzo para evitar a *cierta* gente de mal humor que insiste en ver sólo lo negativo.

—¡Sí! —Chance Jackson estuvo de acuerdo con firmeza, uniéndose a Lily. Junto con Marcus Cobb y Stanton Ollivander, el grupo de chicos de primer y segundo año caminaba hacia las puertas dobles.

—Ah, ser joven e idealista de nuevo —Heth comentó con nostalgia. —Nunca fuimos tan ingenuos, ¿cierto?

Aloysius se burló —Pasaste todo tu primer año liderando la sala común en el homenaje a Hogwarts todas las noches antes de dormir.

—Sí, las cosas eran diferentes entonces, ¿cierto? McGonagall era directora, Gryffindor tenía un equipo de Quidditch ganador...

—¡Oh, no me lo recuerdes! —interrumpió Devindar, levantando las manos agitado —¡No puedo soportarlo! ¡Has visto ese nuevo trofeo! ¡Los padres de Lance y un montón de guardias llegaron con él ayer por la noche! ¡La cosa es de tres pies de altura y brilla como un arco iris en la Antártida! —suspiró con tristeza. —¡Es tan malditamente hermoso que me dan ganas de golpear a alguien!

Heth se apartó de su amigo. —Guárdalo para Vassar —sugirió, asintiendo con la cabeza hacia la cabecera de la mesa. —Está tan lleno de sí mismo, que su cabeza es dos veces más grande que lo normal. Y eso es por decir algo.

—El estará ahí en el terreno de juego presentándolo junto a sus padres —lamentó Graham, apartando su avena medio comida.

James, que no había sido capaz de comer nada por el gran nudo de ansiedad en su estómago, siguió la mirada molesta de Graham. En la cabecera, directamente debajo de la tarima, Lance Vassar se sentaba con su séquito habitual de sexto y séptimo año, todos riendo alegremente, como si no tuvieran ninguna preocupación. El cabello perfectamente peinado de Lance captaba los rayos del sol desde el alto rosetón, formando un fino halo de rosada luz mañanera.

—Me atrevería a odiarlo absolutamente si no fuera tan ridículamente soñador —Willow Wisteria comentó con un suspiro enojado.

Devindar no podía soportar más. Arrojó el tenedor a la mesa con un ruido, se levantó y se alejó.

Un gong reverberante sonó por encima, emanado del monstruoso reloj. James levantó la mirada hacia él y vio que todas excepto la cara central se habían cerrado. El de Durmstrang, Beauxbatons, Alma Aleron y Yorke, todos apuntaban al mediodía. Habría solo un par más de viajes a través de los armarios evanescentes ahora que el semestre estaba prácticamente terminado. James se preguntó si el reloj se iría el próximo año. Esperaba fervientemente que sí. Por supuesto, se recordó, incluso puede que no haya un próximo año. Si su padre, tío y tía no lograban detener La Red Morrigan...

Pero no podía pensar más allá de eso. Era demasiado horrible, y no había mucho que hacer.

—Último examen del semestre —suspiró Rose enérgicamente hacia nadie en particular, poniéndose de pie. —Transformaciones con el Profesor Tofty. No debería durar mucho tiempo —disparó a James una mirada de soslayo. —Te veo más tarde entonces.

James asintió sutilmente. Sabía lo que tenía que hacer.

Su primera parada fue en la sala común de Gryffindor. La luz del sol entraba por las altas ventanas, inundando el espacio con una bruma dorada y transformando las viejas sillas flácidas y mesas llenas de cicatrices en cuadros brillando intensamente. A diferencia de una típica media mañana, la sala estaba llena de estudiantes, descansando y hablando en voz alta o jugando Winkles y Augers, esperando el momento oportuno hasta el partido de esa noche.

Scorpius se encontró con James cerca del agujero del retrato, sin sacarse su mochila de la espalda.

—Conseguí cerca de la mitad —suspiró, mostrando a James la colección de varitas escondidas en su bolsa. —Todo el mundo es demasiado ingenuo para pensar que nada malo vaya a suceder.

—¿La mitad? —repitió James, consternado —¿Eso es todo? ¡Tenemos que hacerlo mejor que eso!

—Intenta decir a todos que están a punto de ser asesinados en el torneo de Quidditch —susurró Scorpius, desafiando a James con los ojos. —Ellos piensan que es un chiste o que estás loco. Muy pronto uno de ellos va a ir donde Grudje con el cuento. Él ya piensa que estás difundiendo historias para captar atención. Nos encerrará a todos en las viejas mazmorras.

James se quedó mirando el puñado de varitas en la bolsa de Scorpius, echando humo sin poder hacer nada. —Bien —negó con la cabeza. —Guárdalas.

Un minuto más tarde, acompañado por el sonido de varitas tintineantes en su mochila, James se dirigió a la sala común de Hufflepuff, marcada por una gran puerta redonda con un mango de cobre de gran tamaño. Julian Jackson estaba de pie delante de la puerta, ya llevaba sus gafas de Quidditch y balanceándose sobre las puntas de sus pies con impaciencia. Un saco de lavandería, deprimentemente delgado, colgaba de su hombro.

—Toma —dijo lacónicamente, empujando la bolsa hacia las manos de James. —No sé en qué andas, pero mi hermana dice que las tendrás seguras por alguna razón.

—Gracias —asintió James, sacándose su mochila y echando las varitas de Hufflepuff en ella.

—No me des las gracias —dijo Julian. —Creo que eres tonto. Y tan pronto como ganemos las vamos a querer de vuelta.

James estuvo de acuerdo con esto y volvió rápidamente por su camino. Cinco minutos más tarde, Herman Potsdam y Ashley Doone se encontraron con él fuera de la torre de Ravenclaw.

—¿Qué es todo esto, James? —Ashley preguntó cuándo Herman entregó un sombrero viejo relleno de varitas.

—Ya te lo dije —respondió James. —Algo malo va a suceder, tal vez. No puedo decir más, excepto que si es así, será muy peligroso tener tu varita.

Ashley entrecerró los ojos. —Tiene que ver con la Cumbre, ¿no es así?

—Por supuesto que sí —dijo Herman, poniendo los ojos en blanco. —Es el objetivo perfecto si alguien quisiera atacar. Tal como cuando el vicepresidente muggle fue asesinado durante las vacaciones.

—¿James? —Ashley presionó, haciendo caso omiso de Herman. —¿Qué sabes tú de esto?

James negó con la cabeza. —Si digo más, nadie va a creerme. Scorpius tiene razón. La mayoría de la gente ya piensa que invento cosas para llamar la atención. Grudje especialmente.

—Yo no soy una de esas personas —dijo Ashley impaciente. —Gennifer Tellus es la mejor amiga de mi hermana mayor y ella dice que eres honesto, aunque hayas sido un pésimo Gremlin.

James frunció el ceño, desconcertado —¿Gennifer dijo que yo fui un pésimo Gremlin?

Ashley puso los ojos en blanco. —Tú no eres un Merodeador, James. Ese fue tu abuelo. Eres demasiado responsable por tu propio bien. Ahora Zane Walker... —ella suspiró y miró pensativa.

—Buen Bateador —Herman estuvo de acuerdo. —Podría haberlo utilizado este año. Una pena que esos yanquis lo reclutaran. Ellos no tienen idea del Quidditch.

Ashley negó con la cabeza, volviendo al punto. —Me puedes contar, James. Sé que no eres mentiroso.

James se sintió gratificado a regañadientes por las palabras de Ashley. —Mira —dijo, bajando la voz a un susurro. —Hay un ataque planeado en la Cumbre. Si sucede, mucha gente será asesinada. No será un ataque varita-a-varita. Sino como una bomba mágica. Hay gente que está tratando de detenerlo. Pero si no pueden... —el negó con la cabeza, incapaz de decirlo.

—Espera un minuto —Herman frunció el ceño, parpadeando. —¿Es por *eso* que estamos ocultando nuestras varitas? ¡Pensé que era porque Grudje las confiscaría!

James puso los ojos en blanco. —Eso es sólo un rumor. ¿Pero quién sabe? Tal vez es cierto. De cualquier manera, esto es lo mejor que podemos hacer.

—Oh —respondió Ashley, retrocediendo. —Mi varita no está ahí.

James parpadeó. —¿Qué? ¿Por qué no?

—Como he dicho, James —respondió ella con sobriedad. —Confío en ti. Si dices que habrá un ataque, me inclino a pensar que tienes razón. Y de ninguna forma iré a una pelea sin mi varita, sea una bomba mágica o no.

—Pero —protestó James, sacudiendo la cabeza. —¡Pero ese es el punto! ¡Tu varita será lo que te mate!

Ashley ladeó la cabeza. —Confío en ti, James —dijo pensativamente. —Pero eso no significa que siempre tengas la razón. Voy a mantener mi varita a mano. ¿Y quién sabe? Tal vez me lo agradecerás más tarde.

—Tal vez Ashley tiene razón —asintió Herman, entrecerrando los ojos hacia el viejo sombrero en las manos de James. Antes de que pudiera detenerlo, el chico grande metió su mano dentro y sacó su larga y deformada varita. —Aquí está, lo siento, James.

James protestó más, pero Ashley y Herman parecían haber tomado una decisión. Juntos subieron la torre de Ravenclaw, dejando a James con enferma frustración atrás.

Albus y Ralph tenían noticias aún menos alentadoras fuera de las mazmorras de Slytherin.

—Toma —dijo Albus, dejando caer cuatro varitas dentro de la mochila de James. —Esa es la mía, la de Ralph, de Trenton y Minch. Ella es de primer año y tiene algo con el viejo Ralph aquí.

—¿Cuatro varitas? —James declaró airadamente. —¿Eso es todo?

—Los Slytherin no tienen como costumbre entregar sus varitas a los Gryffindor —dijo Ralph, acallando a James y dirigiéndolo lejos de la puerta del

calabozo. —Además, si tu padre y sus compañeros hacen su trabajo, no va a ser un problema, ¿verdad?

—¿Y si no lo hacen? —exigió James.

—Vamos, James —respondió Albus. —¡Estamos hablando de Papá! ¡Él, el Tío Ron y la Tía Hermione son imparables! ¿No has leído los libros de Revalvier?

Era una broma, pero James no podía compartir la confianza de su hermano. Un manto de temor profundo se estaba asentando en su corazón, convirtiendo su estómago en una bolsa de piedras y llenando sus pensamientos con visiones de pesadilla. Después de todo, era más que al Coleccionista a quién se enfrentaban. El Coleccionista era sólo una máscara usada por Avior Dorchascathan, y Avior no era más que un hombre retorcido, atormentado e impulsado por un pasado que ni siquiera era suyo. La verdadera amenaza era Judith, y sus Hermanas Parcas, Petra e Izzy. James no tenía idea de cómo iban a jugar en la trama, excepto que, en conjunto, representaban una fuerza del destino que era tan poderosa como impredecible. Y lo peor de todo era el hecho de que, incluso ahora, casi nadie le creía plenamente, o entendía la amenaza a la que se enfrentaban.

Harry Potter, Tío Ron y Tía Hermione también podían ser capaces de detener al Coleccionista. Pero ¿podrían frustrar la caótica fuerza combinada de Petra, Izzy y Judith?

Cuando los tres chicos salieron del vestíbulo y se dirigieron hacia la brillante luz solar de la mañana con su bolsa resonante de varitas, James luchaba consigo mismo a cada paso.

Petra no sería... *no podía...* permitir que Judith matara. Ese había sido su motivo principal en la Noche de la Revelación.

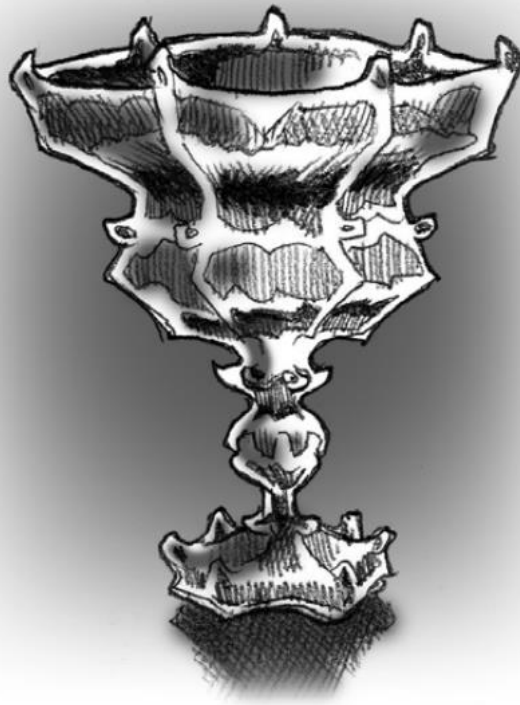
Y sin embargo, Petra parecía creer, *de alguna manera*, que permitir el ataque era la única manera de que pudiera romper la cadena del destino, para romper los lazos que la hicieron a ella e Izzy, Hermanas Parcas con Judith.

Y lo peor de todo, ¿Y si ella estaba en lo cierto? ¿Y si La Red Morrigan era simplemente el precio que había que pagar por una salvación mayor? ¿Y si era necesaria de alguna forma?

¿Por el bien mayor?

En el llameante sol mañanero, con el campo de Quidditch delante de él, con sus banderas ondeando alegremente en la brisa suave, un escalofrío sacudió los hombros de James. —No —murmuró para sí mismo, inaudible para Ralph y Albus que iban delante, para conseguir el baúl oculto detrás de la tribuna de Gryffindor. —No. Hay una mejor manera... Tiene que ser.

Sin embargo, incluso a sus propios oídos, sonaba mucho más seguro de lo que se sentía.



Capítulo 21

El Tercer Marcador

El partido final de Quidditch de la temporada, era siempre un acontecimiento enormemente popular, cada tribuna se llenaba estridentemente con estudiantes y profesores, sobrecargando el aire con encantamientos de fuegos artificiales y explosiones de confeti, todos en diferentes colores de acuerdo al equipo. Este año, sin embargo, la multitud era mucho más densa, atestada a rebosar mientras los estudiantes eran hacinados en los asientos superiores, dejando espacio en los palcos inferiores para dignatarios Muggles y sus séquitos, junto con sus homólogos de magia, y un abundante grupo de embajadores y traductores de diversos ministerios internacionales de la magia.

Incluso antes de que James, Rose y Scorpius llegaran a sus asientos, abriéndose camino con dificultad a través de la acordonada y ruidosa multitud, Rose estaba emocionada señalando la afluencia extranjera por todas partes.

—¡Ese es el primer ministro de la India y su esposa! —exclamó, saltando en puntillas y señalando por encima del hombro de Scorpius. —Y por allí con los Slytherin, ¡mira! ¡Ese es el canciller alemán! Y el presidente de Francia sentado al lado del Ministro de Magia francés y ¡Madame Maxime!

Sigilosamente a un banco por encima de Heth Thomas y Deirdre Finnegan, James preguntó, —¿Cómo conoces toda esta gente?

—Leí el paquete de instrucciones de embajador de Lily, —Rose admitió, acomodándose en su asiento. —Tenía una lista de todos los representantes de los gobiernos asistentes. Extremadamente impresionante que todos ellos estén aquí hoy.

—Los Muggles en un partido de Quidditch, —Scorpius negó con la cabeza. —¿A dónde va a parar este mundo?

—Silencio, —Rose regañó.

James miró de tribuna en tribuna, observando a los diferentes líderes Muggles en sus asientos, con una mezcla de asombro, ansiedad y serena curiosidad. Un jadeo colectivo recorrió todo el terreno de juego cuando los equipos de Hufflepuff y Slytherin salieron en sus escobas en espiral desde los camerinos de muy abajo, lanzándose en picado alrededor de las tribunas como colibríes, con sus capas zumbando detrás de ellos. La multitud de estudiantes levantó una ovación ensordecedora, unida a una un poco más respetable por los representantes de los gobiernos y embajadores. En el palco inferior de las gradas de Hufflepuff, James espío al presidente americano (Drummond era su nombre) aplaudiendo suavemente en medio de un grupo de hombres de traje negro y corbata. Su vicepresidente brillaba por su ausencia, por supuesto.

—¡Mira! —Rose exclamó de repente, señalando. —¡ La tía Ginny!

Un sobresaltado estremecimiento descendió sobre James mientras seguía el dedo que señalaba su prima. Efectivamente, haciendo su camino a su asiento por encima del Ministro de Magia, estaba su madre, con su brillante pelo rojo en la luz del sol, con el rostro demacrado y pálido.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó, tanto enojado como consternado.

—Su hijo está jugando el partido, si no te has dado cuenta, —Scorpius respondió poniendo los ojos en blanco.

—Por no decir, —Rose agregó con orgullo, —que ella fue una jugadora profesional de Quidditch. Es por eso que se sienta en la tribuna de honor junto al Ministro de Magia.

James negó con la cabeza. —No me importa, —dijo con preocupación. —Ella no debería estar aquí.

Rose se acercó y bajó la voz severamente. —Ella está muy consciente de lo que está pasando aquí hoy, James. No puedes esperar que se quede fuera con su familia en peligro.

—Eso es exactamente el por qué quería que se *mantuviera* al margen, —James respondió sin poder hacer nada. Mientras observaba, Lily, Chance Jackson y Marcus Cobb se unieron a su madre en la tribuna de honor, con los ojos bien abiertos y apuntando a las diferentes personas importantes alrededor. Ginny puso su brazo alrededor de Lily. Cuando ella levantó la vista, James vio que lo estaba buscando en todo el terreno de juego. Ella no le hizo señales con la mano, pero se limitó a asentir a él con tensión.

James suspiró y asintió con la cabeza de regreso.

A continuación, en el terreno de juego, una banda apresurada entabló una interpretación enérgica del saludo de Hogwarts, dirigida por el profesor Flitwick en un alto taburete de madera. Al mismo tiempo, el nuevo marcador entró en erupción con una lluvia de oro y chispas verdes. Los nombres de las casas en competición, brillaron llamativamente sus colores, acompañados por un par de contadores, mostrando unos ceros.

—Realmente es todo un espectáculo, —Rose admitió. —Si tan sólo pudiera relajarme y disfrutarlo.

—Todo está bajo control, —dijo Scorpius con un gesto brusco. —No hay nada que hacer más que mirar.

A medida que los jugadores de los equipos se desviaban de nuevo hacia el terreno de juego, desmontando sus escobas para el ceremonial apretón de manos de los capitanes, otra ola de entusiasmo surgió de los espectadores. James se estiró para ver cómo un par de enormes figuras avanzaban a la vista, bordeando el límite del terreno de juego a lo lejos.

—¡Es Grawp! —Deirdre llamó alegremente, señalando. —¿Y quién es esa que está con él? ¡Es totalmente monstruosa!

—¡Prechka! —James respondió, sonriendo a su pesar.

Rose saltó con entusiasmo en su asiento, agarrando el brazo de James. —¡Mira cómo están vestidos! —exclamó. —¡Están aquí como representantes de sus clanes! ¡Prechka está luciendo el delantal de los habitantes de las montañas y Grawp tiene la corona de la tribu cueva!

Efectivamente, Prechka, cuya cabeza se balanceaba junto al nivel de los palcos inferiores de la tribuna de Ravenclaw, llevaba un delantal extraordinariamente tupido de flecos ondulantes, balanceando cintas de arpillera teñida. Grawp, más pequeño que su esposa por casi una docena de pies, pero todavía el doble de alto que el cobertizo del equipo, llevaba una corona de hierro negro tan complicada y retorcida, que podría haber sido el nido de una especie de pterodáctilo mecánico. La mayor parte de ella parecía pesar en su cabeza, lo que lo obligaba a encorvarse debajo de ésta a pesar de su ancha sonrisa de ladrillo.

—Los Vassar los pidieron específicamente, —James oyó a Willow Wisteria explicar. —Pasaron un montón de tiempo viviendo con los gigantes, aprendiendo su lengua y costumbres. La señora Vassar especialmente pensó que era importante que se represente con muchas comunidades mágicas como sea posible.

Cuando James observó, un grupo de Aurores, dirigido por el propio Titus Hardcastle, trotaba hacia el campo, en torno a los gigantes para la inspección. Tanto Prechka como Grawp parecían esperar esto. Aguardaron torpemente, al parecer tratando de no pisar accidentalmente a los Aurores.

Detrás de los gigantes, otra forma rondaba en el terreno de juego.

—¿Qué diablos es esa cosa? —preguntó Rose, entrecerrando los ojos hacia el campo. —¿Y es que Hagrid lo está empujando?

James se animó ante la mención del nombre de Hagrid. Efectivamente, saliendo detrás de los gigantes estaba una gran jaula con ruedas de madera, empujada valientemente por Hagrid. La jaula parecía estar llena de hinchadas y retorcidas formas doradas y verdes. James las reconoció como pigmeos Puffs, probablemente cientos de ellos, todos teñidos de los colores de los equipos en competición. Las puertas de la jaula se doblaban ligeramente por la masa de las criaturas retorciéndose.

—¿Crees que...? —susurró Rose, empujando a James con el codo.

James se limitó a mover la cabeza, por miedo a contestar. Trató de imaginar que eso podrían ser su padre, el tío Ron y tía Hermione escondidos en medio de esa retorcida y sofocante masa de pieles.

—Demasiado obvio, —Scorpius murmuró.

James miró sin aliento mientras Titus levantaba una mano, deteniendo a Hagrid en su curso de empujar más allá de los gigantes. Los Aurores se acercaron a la jaula, abandonando a Grawp y Prechka y sacando sus varitas.

—Oh no, —Rose susurró, levantando una mano a la boca.

Hagrid se movió alrededor de la jaula, al parecer, advirtiéndole a los Aurores para mantener su distancia, pero Titus asintió al Auror junto a él, Lucinda Lyon, al parecer instruyéndola para inspeccionar las atestadas criaturas. Ella se acercó a la jaula, con la varita levantada y comenzó a explorar el interior con un tenue rayo púrpura. Hagrid observaba tenso, retorciéndose las manos. Cuando Lucinda llegó a las puertas abultadas en la parte trasera de la jaula, él intentó interrumpirla de

nuevo. Ella levantó una mano para advertirle. En ese momento, sin embargo, la tensión de los pigmeos Puffs se sobrepuso a las dobladas puertas de la jaula. La abrieron de un tirón, derramándose las criaturas progresivamente como una carga de gigantes bolas de algodón amarillo y verde, enterrando momentáneamente a Lucinda.

Titus saltó hacia delante, lanzando pigmeos Puffs en todas direcciones, pero no tenía por qué haberse molestado. Estas criaturas, como James claramente pudo ver ahora, habían sido criadas por lo visto para la ocasión. Diminutas alas mullidas se desplegaron desde cada uno de los Puffs, batiéndose maniática y difusamente en el aire. Ellos se balancearon como globos torpes, girando en una gran nube en expansión.

Una confusa carcajada y aplausos saludaron a los flotantes pigmeos Puffs, mientras, sobre el terreno de juego, Hagrid y Titus ponían a Lucinda de pie.

—La jaula, —dijo James, confundido. —Está vacía...

Cuando los pigmeos Puffs se escurrieron de la jaula, flotando torpemente en el aire de la tarde, dejaron nada más que el piso de madera vacío.

—¡Miren a los gigantes! —Rose siseó.

Tanto Grawp como Prechka habían tomado asiento en la base de la tribuna de Ravenclaw, dejándose caer directamente sobre la hierba en el borde del campo. La enorme corona de hierro de Grawp se ubicaba junto a él, proyectando una complicada sombra sobre la puerta del camerino de Ravenclaw. Cuando James observó, la sombra se movió furtivamente. Un par de figuras salieron de la corona, esquivando la puerta y entrando al camerino. Junto a Grawp, el delantal de Prechka se retorció. Uno de sus bultos se convirtió en una tercera figura, más ligera, ya que se deslizó ágilmente de un bolsillo y desapareció detrás de la gigante.

—Hey, —James murmuró en voz baja.

—Pobre mamá, —susurró Rose, reconociendo la forma de Hermione Weasley mientras se deslizaba en la sombra a los camerinos de Ravenclaw. —No es una manera de viajar estando metida en el bolsillo de una gigante...

—Te dije que la jaula era demasiado obvia, —Scorpius dijo con aire de suficiencia.

Una sensación de alivio mezclada con un profundo y anticipado nerviosismo llenó a James ahora que sabía que su padre, tío y tía se habían colado con éxito en el campo. Los camerinos del equipo, sabía, estaban conectados por túneles cortos debajo de las tribunas, dando acceso al trío a todo el círculo de la cancha si fuera necesario.

Abajo en el terreno de juego, los equipos de Quidditch de Hufflepuff y Slytherin estaban tomando sus posiciones a ambos lados de la línea central. James vio a Albus en su túnica verde en el extremo más alejado, a la sombra de la tribuna de Slytherin, con su escoba plantada a su lado. Cabe Ridcully se interponía entre los equipos con su túnica oficial, una capa amarilla ondeando en sus anchos hombros. Gabriel Jackson, la capitana de Hufflepuff, se unía a él allí, cuadrando los hombros contra Nolan Beetlebrick de Slytherin, quien era fácilmente el doble de ancho que ella y estaba muy consciente de ello. Ella entrecerró los ojos hacia él valorativamente, aparentemente impresionada.

—¡Bienvenidos estudiantes, señoras y señores de todo el mundo, —la voz de Ashley Doone se hizo eco desde la caja del locutor, —a este muy especial y realmente histórico torneo de Quidditch de Hogwarts!

Un rugido de aplausos llenó el aire, junto con una ardiente pantalla de centellantes fuegos artificiales y ondeantes banderas. Durante medio minuto, la voz amplificada de Ashley fue ahogada por la multitud. James pasó su mirada alrededor de las tribunas, teniendo a la vista a los líderes mundiales reunidos. La mayoría sonrió y aplaudió de una manera digna. Algunos asintieron y saludaron a la multitud. El presidente de Estados Unidos parecía estar en una estrecha conversación con uno de los agentes de la Oficina de Integración Mágica quien se inclinaba hacia él, hablándole directamente al oído. En la tribuna de honor, el director Grudje se sentaba sombríamente junto al Ministro de Magia, Loquatious

Knapp, quien estaba de pie aplaudiendo febrilmente, con la cara roja y grave. Detrás de él, la mamá de James se sentaba impasible, con el rostro tenso.

—En honor del partido trascendental de hoy, —Ashley continuó, su vibrante voz resonaba alrededor las tribunas, —tenemos el placer de presenciar el generoso regalo de una nueva copa al ganador de Quidditch, donada por los intrépidos exploradores y orgullosos tutores de Hogwarts, ¡Draven y Lyddia Vassar!

James bajó la mirada hacia el terreno de juego a tiempo para ver a los Vassar salir a la luz del sol, asombrados y agitando una mano con orgullo. El señor Vassar era alto y guapo, con una barbilla prominente y cabello negro casi tan perfectamente peinado como su hijo. Lyddia Vassar era extremadamente delgada, casi como un pájaro, con el pelo rubio largo cubriendo sus estrechos hombros. Un par de gafas de carey ampliaban sus ojos verdes mientras saludaba hacia las tribunas de alrededor. Lance se unió a ellos mientras caminaban hacia el terreno de juego, seguido por los profesores Heretofore y Shert, quienes estaban levitando un objeto grande entre ellos, envuelto en un pesado paño negro.

—Ahí está, —dijo Rose, con una nota de temor entre su voz. —El Cáliz de Cristal.

James asintió en silencio. Una ola de frío se apoderó de él cuando lo miró. Incluso escondido debajo de la gruesa tela negra, el Cáliz parecía emanar un pulso silencioso de poder. ¿Cómo, se preguntó, lograrían su padre y sus tíos fugarse con él en los momentos previos de ser desencadenada La Red Morrigan? Miró a su alrededor al terreno de juego por cualquier rastro de ellos. Aparte de los mismos Vassar, todos los ojos del público estaban enfocados en el objeto en levitación, ansiosos por ver su revelación. Incluso los gigantes, Grawp y Prechka, estaban hipnotizados donde estaban sentados al borde del campo, con los ojos abiertos a la luz del sol.

—Esperen un minuto, —James susurró de repente, inclinándose hacia adelante y entrecerrando los ojos hacia los gigantes. —¿Quién es?

Rose estiró el cuello para seguir su mirada. —¿Qué?

—Alguien más está allí abajo. Escondiéndose detrás de Grawp y Prechka...

Rose frunció el ceño y sacudió la cabeza. —No veo... —ella se interrumpió con un grito cuando una figura revoloteó detrás de Prechka, dirigiéndose a la sombra de la tribuna de Ravenclaw.

—Corsica, —Scorpius dijo sombríamente. —¿Qué está haciendo?

No había duda de que era una figura alta y ágil. Tabitha Corsica miró hacia atrás una vez, asegurándose que nadie en el terreno de juego la había espiado, y luego desapareció en la zona de camerinos de Ravenclaw.

—¡Ella va tras ellos! —James exclamó. —¡De alguna manera lo sabe! ¡Va tras papá, el tío Ron y la tía Hermione!

Rose se sacudió la cabeza con incredulidad. —Pero, ¿cómo iba a saber? ¡A menos que...!

—A menos que ella sea parte del plan de Avior. —Scorpius sugirió.

James se puso de pie, incluso antes de que se diera cuenta.

—¡Espera! —exclamó Rose con urgencia en un tono de voz bajo.

—No trates de detenerme, —James dijo entre dientes, deslizándose torpemente a lo largo del banco, para gran irritación de Willow Wisteria y Mei Isis.

—No estoy tratando de *detenerte*, —Rose llamó airadamente. —¡Voy *contigo*!

—Lo que sea que tengas que hacer, ¡date prisa! —Devindar llamó. —Algunos de nosotros queremos ver el maldito partido.

James llegó a las escaleras a lo largo del borde de la tribuna y agradeció ver tanto a Rose y a Scorpius correr tras él. Sin esperarlos, comenzó a dar zancadas en las escaleras de madera, empujando poco a poco a través de los estudiantes que seguían su camino hacia arriba.

—Cálmate, Potter, —dijo Scorpius, agarrando el hombro de James cuando llegaron al primer rellano. —Si somos vistos corriendo hacia el terreno de juego durante la ceremonia de apertura, va a atraer todo tipo de inconveniente atención.

James sabía que Scorpius estaba en lo cierto, pero no pudo contenerse. Bajó pesadamente las escaleras de madera, rodeando el rellano, aun cuando la voz de Ashley Doone retumbó por lo alto.

—Y ahora, para ofrecer una breve invocación antes de la inauguración de la nueva copa del ganador de Quidditch, ¡la señora Lyddia Vassar!

Esto fue recibido con una ronda mucho más moderada de aplausos de las tribunas circundantes. James emergió a nivel del suelo justo cuando empezaba a desaparecer. Se detuvo a la sombra de la tribuna de Gryffindor, con la enorme bandera carmesí del león batiendo suavemente por encima, y se tomó un momento para explorar el terreno de juego por cualquier signo de Titus Hardcastle y sus Aurores.

—¡Ahí! —dijo Rose, señalando por encima del hombro de James.

Efectivamente, en el otro extremo del campo, Titus estaba alerta debajo de la tribuna de Slytherin, sus ojos negros agitándose sin cesar sobre la multitud. Lucinda Lyon permanecía varios pies a su izquierda, con varita en mano, apuntando al suelo en una postura de vigilancia profesional. Estaba observando cuidadosamente el terreno de juego, marcando los movimientos de los equipos y al grupo a lo largo de la línea central. Los profesores Heretofore y Shert habían bajado al suelo el Cáliz cubierto por el tejido, pero se quedaron a ambos lados, preparándose para la revelación. Desde su punto de vista a nivel del suelo, James apenas podía ver a Lyddia Vassar a través de los hombros del equipo de Quidditch de Hufflepuff. La mujer rubia levantó la varita en la garganta.

—Bienvenidos, dignatarios visitantes y en especial, a nuestros hermanos y hermanas Muggle del mundo entero, —dijo ella cómodamente, su voz resonó ampliamente hacia las tribunas. —Que esta sea la primera de muchas ocasiones a medida que avanzamos hacia una nueva era de cooperación y amistad mutua...

Los jugadores de Quidditch se movieron impacientemente ante Lyddia Vassar por su presentación un poco monótona, aunque el discurso era florido, aprovechaba al máximo su codiciado momento en el centro de atención.

—Vamos, —murmuró James, agachándose tan casualmente mientras salía de las sombras y cruzaba hacia la tribuna de Ravenclaw. Afortunadamente, un gran número de estudiantes seguían pululando por el borde del campo, ofreciendo a James, Rose y Scorpius un mínima cubierta. Cuando llegaron a los gigantes sentados bajo el estandarte de Ravenclaw, James se sorprendió una vez más por su gran tamaño. Incluso sentada, Prechka parecía una montaña en forma de persona vagamente cubierta con trozos inexpertamente cosidos de arpillera. Las franjas de colores del delantal ondeaban con la brisa. Sin embargo, todo el estado de alerta se había caído del rostro de ella cuando el discurso de Lyddia Vassar resonó. La gigante miró a James cuando él se deslizó a su lado. Antes de que pudiera hablar, él la hizo callar con un dedo en los labios. Ella miró inquisitiva por un momento, ladeando la cabeza con curiosidad. Los gigantes, James sabía por experiencia, no eran exactamente las criaturas más inteligentes del mundo mágico. Afortunadamente, sin embargo, una expresión de comprensión exagerada brilló lentamente sobre las características de Prechka. Ella asintió con la cabeza y de manera similar, apretó un dedo del tamaño de un tronco en sus propios labios.

Con eso, James, Rose y Scorpius se deslizaron en su sombra, inclinándose hacia la oscuridad de las puertas del camerino de los Ravenclaw. Un momento después, trotaban por el pequeño túnel debajo de la tribuna, mirando alrededor por cualquier signo de Tabitha Corsica o del trío de los adultos que la había precedido.

—Maldición, me gustaría tener mi varita, —Scorpius murmuró mientras las sombras se espesaban alrededor de ellos. La zona de vestidores de Ravenclaw estaba apagada y vacía, haciendo eco con el sordo estruendo de pisadas muy por encima y más allá de eso, el zumbido ininteligible del discurso de Lyddia Vassar.

—¿Por dónde pudo haberse ido ella? —susurró Rose, mirando de izquierda a derecha en la intersección que marcaba los túneles a las otras tribunas. A ambos lados, las escaleras conducían a pasadizos iluminados con lámparas.

—Vamos a tener que dividirnos, —dijo James a regañadientes. —Ustedes dos intenten con el túnel de Gryffindor. Si ven a papá, al tío Ron y a tía Hermione,

adviértanles que Tabitha está merodeando a su alrededor. Y si encuentran a Tabitha...

—Agarrarla, —Scorpius se encogió de hombros con irritación. —Sin varitas, es lo mejor que podemos hacer.

James asintió. —No podemos permitir que interfiera, no importa cómo.

—¿Y tú qué? —Rose demandó, saltando nerviosamente de un pie a otro. — ¡Estarás por tu propia cuenta!

—Me hubiera gustado que Ralph estuviera también, —admitió James. —Pero no tenemos otra opción. ¡Vamos! ¡Ellos revelarán el Cáliz en cualquier momento!

Obviamente insatisfechos pero presintiendo que no había más opciones, Rose y Scorpius se metieron en el túnel de la izquierda. James vio su sombra escabulléndose a lo largo de la pared de piedra hasta que se fueron. Tragó saliva, se volvió hacia el túnel de la derecha, y se dio cuenta cuán ardientemente deseaba tener su propia varita con él, con o sin Red Murrigan. Armándose de valor, corrió por las escaleras dentro del túnel.

El pasadizo se curvaba ligeramente hacia la derecha bloqueando la vista, así que James estuvo seguro de que encontraría a Tabitha en cualquier segundo, con su varita apuntando a él y una sonrisa de triunfo en su rostro. Se obligó a correr a pesar de todo, eventualmente espiando los escalones de piedra y a la luz tenue del área de camerinos de Hufflepuff. Corrió y se arrojó contra la pared interior de la escalera, con la respiración agitada y sintiéndose terriblemente indefenso. Furtivamente, echó un vistazo alrededor de la esquina, pasó dentro del iluminado camerino de Hufflepuff pero aparentemente estaba vacío, entonces siguió por el breve pasaje que llevaba al terreno de juego.

Enmarcado por las puertas abiertas, James podía ver el césped del extenso terreno de juego, lleno de los jugadores de Hufflepuff y Slytherin, con sus escobas ubicadas en posición vertical a sus lados. Lyddia Vassar estaba de espaldas a él, con la varita todavía elevada en su garganta, su voz aún seguía lanzando ecos claros hacia las tribunas. En sus talones, el Cáliz de Cristal todavía permanecía

oculto en el paño negro, flanqueado por los profesores Heretofore y Shert, con sus varitas en mano.

Y agazapada justo en el interior de las puertas dobles, con su propia varita sobresaliendo de su puño, estaba Tabitha Corsica.

James contuvo el aliento en su pecho, amplificando el resonante golpeteo de su corazón. Corsica parecía estar viendo la ceremonia con avidez, su mirada barriendo el terreno de juego como si buscara algo.

—Y es por eso, —la voz de Lyddia Vassar sonó, —que estamos orgullosos de presentar este, nuestro último y quizás el más importante descubrimiento, el legendario Cáliz de Cristal de Timor Roon, el último rey del mundo mágico unido, decimonoveno en la línea del gran Rey Kreagle, para finalmente presenciar una época de convivencia muggle y mágica. Algunos dicen que el suyo fue un gobierno de despotismo y tiranía, por eso es una razón más que esta, su reliquia más famosa, es la que debe anunciar una época de tolerancia y respeto mutuo...

James se deslizó hacia adelante cuando estas palabras llenaron sus oídos, acercándose a Corsica tan rápido y cuidadosamente como pudo. Ella no se movió, pero seguía agachada junto a la puerta abierta, blandiendo su varita en la mano. El aliento de James seguía retenido en el pecho, pero él se negó a respirar, negándose a hacer el más mínimo ruido mientras se escondía más cerca... más cerca...

De alguna manera, incluso por encima del ruido del discurso de Vassar, Corsica lo oyó. Se dio la vuelta, mirando hacia atrás sobre su hombro y espiando a James con un solo ojo brillante y oscuro.

James se lanzó sobre ella, alcanzando su varita. Sorprendentemente, él la agarró y logró liberarla de la mano de ella. Ella giró, lanzándolo por sus hombros en la esquina entre la pared del túnel y la puerta. James trepó alrededor, sin embargo, y apuntó la varita de Corsica hacia ella y la detuvo en seco.

—¿Qué estás haciendo, completo idiota?! —demandó, con su voz dura y áspera.

—¡Te estoy deteniendo! —James respondió, con su voz desesperadamente silenciosa. —¡Ahora retrocede tras la puerta!

—James, —Corsica hervía, negándose a ceder. —Devuélveme mi varita. ¡Ahora!

James sacudió la cabeza con vehemencia, a sabiendas de que La Red Morrigan podría desatarse en cualquier segundo. Si sucedía, sería asesinado. — ¡Regresa, Tabitha! No sé lo que vas a hacer, ¡pero esto se acaba ahora! ¡No vas a interferir!

—Si no interfiero, perfecto imbécil, —ella dijo con urgencia, —¡tu padre irá a Azkaban!

James pestañeó a la alta bruja, desconcertado y sorprendido por sus palabras, pero negándose a bajar su varita. Él la rodeó, poniendo su espalda a los camerinos. —¿Cómo sabes que mi padre está aquí?

—Porque, —ella puso los ojos en blanco con impaciencia. —Él es *Harry Potter*. Él está aquí para salvar el día, como sabía que iba a ser. Le dijiste de tus tontas sospechas sobre La Red Morrigan y él y sus amigos fueron lo suficientemente estúpidos como para creerte. Los estaba observando y fui testigo cuando se deslizaron debajo de la tribuna de Ravenclaw. Los seguí para encontrarlos antes de que sea demasiado tarde. Mi intención es advertirles que el día no *necesita* ser salvado.

—Eres una mentirosa, —exclamó James, renovando su control sobre la varita. —¡Estás en esto! ¡Tiene que ser!

—Si lo estuviera, —Corsica respondió de inmediato, dando un paso hacia James, —¿me estaría escondiendo aquí con una varita en mano?

James negó con la cabeza, enojado y confuso. —¡Estás loca! ¡Al igual que la noche del Triunvirato cuando pensaste que eras el Linaje de Voldemort! ¡No es posible que quieras ayudar a mi papá! ¡Tú lo odias!

Corsica dio otro paso hacia James, obligándolo a retroceder más lejos. — Piensa en la primera vez que te enfrenté en Yorke, —ella exigió, hablando muy

rápida­mente. —¿Recuerdas cuando te dije que un cierto misterioso benefactor había intervenido en mi nombre, recomen­dán­dome para ese puesto? Pocos miembros del Wizengamot se inclinaron a escucharlo, pero él era muy insistente, recomen­dando (y obteniendo) la disolución de mi libertad condicional en Australia.

James apenas estaba escuchando, su mente seguía confundida. Más allá de Corsica, Lyddia Vassar parecía estar concluyendo su discurso. Un puñado de aplausos comenzó a crecer encima de las tribunas.

—Quédate atrás, Tabitha, —James insistió, con la varita temblando en su mano. A pesar de esto, ella continuó acercándose a él.

—Mi misterioso benefactor, —dijo, bloqueándolo con sus ojos, —no fue otro que Harry Potter. Tu padre arriesgó su propia reputación al recomen­darme, a pesar de todo lo que había sucedido. *Es por eso* que no le dije al Director Grudje lo suficiente para que te expulsara, a pesar de que seguramente lo merecías. Y es por eso que vine aquí para observarlo, para impedir que saliera corriendo al terreno de juego con la convicción errónea de que está salvando el mundo. Lo único que va a hacer es conseguir que sus amigos y él sean detenidos en medio del evento de seguridad más alto en la historia mágica. Irá a la cárcel James, y será arruinado de por vida. Tenemos sólo unos segundos para evitar eso.

—Pero... —James balbuceó, debilitando su determinación cuando intentaba absorber las revelaciones de Tabitha. —Pero ¡La Red Morrigan! ¡Es el Cáliz de Cristal! ¡Tiene que ser!

—No lo es, —Corsica declaró urgente. —Hay tres marcadores para identificar La Red Morrigan.

James asintió, todavía alejándose de Corsica, con la varita de ella aun alzándose en su puño. —¡Lo sé! Tiene que pertenecer a una poderosa bruja o mago muerto, ¡y tiene que ser la pieza central! ¡Encaja perfectamente!

—Te perdiste el tercer requisito, James, —Corsica exclamó, sosteniendo su mano hacia su varita. —El tercer requisito es *¡tiempo!* Lleva meses para el objeto encantado reposar en su ubicación de destino, para construir su poder, para llegar

a la culminación adecuada de fuerza. ¡El Cáliz solamente llegó ayer por la noche!
¡No podría generar una sola chispa mágica, y mucho menos La Red Morrigan!

—Tiempo... —James repitió, aturdido. ¿Podría Tabitha Corsica, su némesis desde hacía mucho tiempo, estar diciendo la verdad? ¿Era el Cáliz de Cristal realmente inofensivo, nada más que una reliquia curiosa pasada como un trofeo deportivo? Si lo fuera, entonces su padre estaba de hecho, precipitándose a la captura y encarcelamiento a manos de su colega, Titus Hardcastle. Miró a Corsica, atrapado en una desesperada y aplastante indecisión.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —preguntó, casi gritando mientras los aplausos se elevaban a niveles ensordecedores en el exterior.

—¡Porque no gano nada mintiendo! —ella gritó en respuesta, levantando su propia voz.

El corazón de James estaba golpeando contra sus costillas, su mente seguía confundida. Por último, cuando el rugido de la multitud alcanzó su cenit, arrojó la varita de Corsica y la tiró junto a ella, apuntando a la luz del día del campo.

Al salir, la multitud aplaudía sin problemas, marcando con los pies y agitando banderas. James entró precipitadamente al terreno de juego, colándose torpemente a través de los jugadores de pie, tratando de mirar en todas direcciones a la vez por cualquier señal de su padre, tío o tía. Al pasar empujó a Albus, golpeando a un lado su escoba.

En el centro del campo, los profesores Heretofore y Shert estaban levitando nuevamente la tela que cubría el Cáliz de Cristal, elevándola en el aire. Con un adicional y práctico movimiento de su varita, Heretofore sacudió el tejido drapado del Cáliz, quitándolo rápidamente con un movimiento precipitado. Prismas reflejaban la luz del sol de la gran copa de cristal, cuando ésta flotó por lo alto, girando suavemente y emitiendo refracciones abajo sobre la hierba del campo.

—¡Papá! ¡No! —James gritó, pero fue demasiado tarde. Volando, una oscura forma se disparó fuera de la sombra de la tribuna de Slytherin, dirigiéndose directamente al Cáliz de Cristal. Dos formas más se unieron a ella, irrumpiendo desde las sombras alrededor del terreno de juego. James las reconoció con sus

túnicas oscuras inmediatamente... eran su padre, su tío y tía en las escobas que habían encontrado guardadas en los camerinos del equipo. Rodearon el Cáliz flotante, girando en estrechos espirales, con sus varitas extendidas. Con hechizos de aturdimiento y levitación para Heretofore y Shert, capturaron el Cáliz y lo llevaron entre ellos, disparándose hacia el profundo cielo azul.

Varias formas se lanzaron al aire después de ellos... Titus Hardcastle y su equipo de Aurores, por supuesto. Se precipitaron hacia arriba, con varitas extendidas, lanzando al cielo hechizos rojos de Aturdimiento.

—¡Se están robando el trofeo de Quidditch! —Nolan Beetlebrick gritó, señalando. —¡Captúrenlos!

—¡Esperen! —exclamó Albus, captando el amanecer sobre él, pero su voz se ahogó en un coro de gritos de enojo.

Cabe Ridcully hizo sonar su silbato frenéticamente mientras tanto los equipos de Slytherin y Hufflepuff se elevaban en el aire, siguiendo a los Aurores en la búsqueda del aparente trío de ladrones.

—¡Papá!—James gritó, tropezando en el centro del campo. Ya no podía distinguir las formas de su padre, tío y tía. Se perdieron en la nube arremolinada de Aurores y jugadores de Quidditch arrastrándose tras ellos. —¡Papá! ¡Detente! ¡No lo hagas...!

Un destello de luz blanca y una ráfaga de conmoción llenaron en lo alto del cielo, repeliendo a los perseguidores más cercanos, que se desplomaron hacia atrás momentáneamente antes de corregirse a sí mismos de nuevo.

—Lo destruyeron, —Cabe Ridcully declaró perplejo, su voz se escuchó claramente en el momentáneo silencio conmocionado que le siguió. —¿Por qué alguien destruiría el trofeo de Quidditch?

—Nos tomó doce años localizar ese Cáliz, —dijo Lyddia Vassar, con la voz apagada por la sorpresa.

—¡Captúrenlos! —alguien gritó estridentemente desde la tribuna de Hufflepuff. —¡No dejen que se escapen!

Era el único estímulo que la multitud necesitaba. Un masivo y furioso bramido explotó por lo alto, seguido de una conglomeración de varitas levantadas. Rayos rojos salpicaron el aire, aun cuando los Aurores rodeaban a su presa, cercándolos por encima. James estiró la cabeza para ver, entrecerrando los ojos sin poder hacer nada, incapaz de hacer algo a una distancia semejante sin sus gafas. Vagamente, se dio cuenta que Scorpius y Rose se unían a él en la línea central.

—¿Ganamos? —Rose preguntó sin aliento, protegiéndose los ojos con la palma de su mano mientras miraba hacia arriba. —¿Destruyeron el Cáliz antes de que pudiera activarse?

—Mintieron por completo sobre no usar sus varitas, —dijo Scorpius, sacudiendo la cabeza.

James bajó la mirada. Por encima y frente a él, su madre estaba de pie en la tribuna de honor, las dos manos sobre la boca, los ojos muy abiertos y tensos mientras se estiraba hacia el grupo de los monta escobas. Frente a ella, el Ministro de Magia parecía completamente sorprendido y horrorizado. El Director Grudje, sin embargo, simplemente miraba hacia abajo a James, con un brillo irónico en sus ojos grises.

De repente Scorpius agarró el hombro de James y señaló a un lado. —¡Cuidado! ¡Aquí viene Corsica!

Haciendo caso omiso a Scorpius, Tabitha Corsica se unió al grupo en el centro del campo, mirando ligeramente boquiabierto hacia la arremetida de los jugadores de Quidditch. En el centro, Titus Hardcastle y sus Aurores bajaban lentamente, con sus varitas apuntando a las tres figuras vestidas de negro.

—Ya sabes, James, —dijo Corsica, guardando su varita. —Esto me recuerda a tu primer año, cuando intentaste robar mi escoba. —suspirió ligeramente y sacudió la cabeza. —Realmente tienes algo para arruinar los torneos de Quidditch, ¿no?



Un poco más de dos horas después, James, Scorpius y Rose se reunieron con Ralph y Albus en el borde del campo. El partido finalmente concluyó con una victoria de Hufflepuff, disgustando mucho a Albus. Desaliñado y sudoroso en su túnica verde, arrastraba su escoba detrás de él, echando maldiciones tristemente cuando el quinteto se metió debajo de la bandera de Gryffindor, buscando el baúl escondido en la parte trasera de la tribuna.

El viento azotaba caprichosamente alrededor de ellos, rompiendo las pancartas de arriba y llevando arena en el aire. Un manto de nubes se había elevado en el transcurso del partido, tapando el sol y dejando caer la temperatura a diez grados, como si el mismo tiempo estuviera compitiendo con la confusa oscuridad del propio estado de ánimo de James.

Nadie habló del fiasco que había precedido al encuentro. La única pequeña misericordia venía de que Titus Hardcastle había permitido a los tres "ladrones" quedarse con sus capas y capuchas durante el curso de su detención, preservando así el secreto de su identidad. Lucinda Lyon se había hecho cargo de la seguridad durante el resto del partido, mientras que Titus y un segundo Auror escoltaban las tres figuras de vuelta al castillo apuntándoles con varitas, acompañados por sonoros abucheos y burlas constantes de la furiosa multitud.

Mezclado con profunda decepción por el arresto de los padres de James, Albus y Rose, estaba el extraño e inesperado alivio, a pesar de todo lo que había salido mal, todo el mundo había sobrevivido a la Cumbre de Quidditch. No había habido ningún ataque. El papá de James, su tío y tía, habían estado dispuestos a sacrificarse, desencadenando a La Red Moriggan a una distancia segura de la multitud reunida abajo. Pero el Cáliz no había sido el detonante después de todo. No hubo Red Moriggan. Con toda la preocupación febril y la preparación para el

desastre, este fue el resultado, que James había fracasado por completo a considerar... que él había estado, simplemente, equivocado.

Pero Avior dijo que *iba a atacar la Cumbre*, se recordó. ¿El retorcido mago viejo había estado simplemente mintiendo? ¿Estaba, tal vez, loco? ¿Delirando? Seguramente esa era una posibilidad, teniendo en cuenta la naturaleza agrietada de su pasado, y todavía...

Cuando los cinco estudiantes doblaron la esquina de la tribuna, James no estaba exactamente sorprendido al encontrar una pandilla de estudiantes esperando, todos mirando lacónicos e impacientes. Más parecían estar acercándose desde la saliente multitud cuando las tribunas quedaron vacías, acompañados por una distante y sonora fanfarria de la banda del profesor Flitwick.

—¡Eso no fue un “ataque”! —Fiona Fourcompass dijo en tono acusador, acechando a James. —¡No fue nada más que una estúpida broma! ¿Quiénes eran ellos, de todos modos?

Un furioso coro de gritos siguió después cuando parte del público se acordonó alrededor de James, Ralph y Rose, exigiendo ambas explicaciones y sus varitas de regreso.

Apresuradamente, Ralph se arrodilló ante una gran roca cubierta de musgo. Escarbando detrás de ella, sacó su varita oculta y, a continuación, golpeó la roca con ella. Un destello de luz transformó la roca en un viejo baúl de Quidditch, que Ralph entonces abrió de un tirón. Un montón de varitas yacían en el interior como palos confiscados. La multitud se derrumbó sobre el baúl, decenas de manos alcanzando sus varitas. De repente, una voz horriblemente familiar llamó claramente por encima del ruido, dejando a la multitud en silencio y haciendo saltar a James.

—Aléjense del baúl, por favor, —la voz ordenó severamente sin admitir ningún argumento. Como para enfatizar esto, el baúl se cerró de golpe por su propia voluntad, casi cortando una serie de dedos al alcance.

James se giró, un peso de profunda consternación bajó sobre él como plomo. El grupo de estudiantes se abrieron detrás de él, retrocediendo para revelar la

figura alta del Director Grudje, con su varita perezosamente en sus delgados dedos. La movió. En respuesta, el baúl se levantó en el aire, elevándose por el pasillo formado por los estudiantes divididos y cayó perfectamente a los pies de Grudje.

—Señor Potter, —dijo en voz baja y sedosa. —¿Cómo sabía yo que usted estaría en el centro de esta curiosa reunión posterior al partido?

James no respondió. No era que tuviera miedo. Sus mejillas ardían con un aumento repentino de ira impotente que temía que si hablaba, gritaría absolutamente con furia.

—¿Hay alguien dispuesto a decirme lo que podría encontrar en este baúl? —preguntó Grudje, dirigiéndose a la multitud y levantando las cejas inquisitivamente. Una dispersión de manos se disparó en el aire.

—¡James y sus compañeros nos dijeron que iba a haber un ataque! —una chica se ofreció. James vio que era Julie Minch, la chica de Slytherin que aparentemente creyó en Ralph. A raíz de la pérdida del torneo de Slytherin, sin embargo, toda su esperanzada aprobación había alentado la ira petulante. —Dijeron que era para nuestra propia seguridad esconderlas lejos.

Una muchedumbre de voces estuvo de acuerdo, mientras que un chico de Ravenclaw que James no conocía, añadió, —¡Nos dijeron que usted iba a confiscar nuestras varitas!

Más voces se animaron en estar de acuerdo, convirtiéndose en agitación. Grudje calmó a la multitud con una mano levantada.

—¿Y qué, —preguntó suavemente, —tiene que decir a su favor, señor Potter?

James apretó los labios con firmeza. Podía sentir el calor de su rostro, convirtiendo sus mejillas de color rojo ladrillo con rabia.

—¿Señorita Weasley? —Grudje preguntó, moviendo los ojos hacia Rose. —¿Señor Deedle? ¿Señor Malfoy? ¿Nadie?

—¿Le gustaría realmente la verdad, señor? —Scorpius respondió, dando al director una mirada apreciativa.

—En efecto, me gustaría, —Grudje respondió con serena magnanimidad, extendiendo las manos ligeramente. —Por lo menos, que sea una limitada percepción de la verdad que usted y sus persistentemente molestos amigos se adhieren.

Scorpius ladeó la cabeza. —La verdad, señor, es que nadie confía en usted. Incluso si nos equivocamos acerca de lo que estaba destinado a suceder aquí hoy, el hecho es que aquí todo el mundo estaba dispuesto a confiar sus varitas a nosotros, ya que no confían en *usted*... ya sea como su protector, o su líder.

El silencio de muerte que siguió a esta declaración, habló tan fuerte como un coro de gritos. James miró a un lado a Scorpius, sin estar seguro si estaba más impresionado o mortificado por la franqueza contundente del chico rubio. Scorpius simplemente miró hacia el director, con su expresión pasiva, casi aburrido.

—Yo no hablaría tan rápido aquí en nombre de los presentes de esta noche, —comentó Grudje, permitiendo su mirada vagar sobre los estudiantes reunidos. —Ellos no pueden ser culpables de su limitada percepción de los actuales eventos escolares. Ellos pueden, de hecho, ser meros peones en su trama de discordia y sedición. Y, sin embargo, se han encontrado a sí mismos fácilmente engañados por sus mentiras. —aquí, Grudje volvió su mirada a James. —Señor Potter, usted inventó el cuento de que estos infortunados estudiantes iban a tener sus varitas confiscadas. Por supuesto, no he albergado tal intención. A la luz de esta situación, no obstante, me parece que tal vez la suya es una idea que vale la pena un poco de mérito. Si estos estudiantes están tan ansiosos por entregar sus varitas a cualquier persona con una historia de fantasía, tal vez se les debe enseñar la responsabilidad que viene con el privilegio de poseer una varita.

Grudje estudió a James durante un largo rato, con los ojos brillando con malicia. Luego, bajó la mirada y movió su varita una vez más. Una corriente de gruesas cadenas se esparció de la punta de su varita. Tintineando y traqueteando,

se enrollaron alrededor del baúl a los pies de Grudje, apretando y cerrándose con un gran candado de hierro.

—Hasta nuevo aviso, —dijo el director, guardando su varita, —y por orden mía, su director, estas varitas están de hecho, confiscadas oficialmente. Es posible que se las restituya antes de que finalice el mandato, si... —él levantó un estrecho dedo, sofocando las crecientes protestas, —me presentan un ensayo de no menos de 12 pulgadas de pergamino titulado, “Por qué Nunca Renunciaré A Mi Varita Nuevamente”.

La multitud redobló sus protestas, agudas y furiosas.

—Pensándolo bien, —Grudje enmendó, alzando la barbilla y entrecerrando los fríos ojos. —¡Tal vez 16 pulgadas sería más esclarecedor! —miró alrededor, desafiando a los estudiantes a continuar con sus protestas. En su lugar, la multitud se quedó en silencio, crepitando con furia apenas contenida.

—Mucho mejor, —dijo Grudje suavemente, dándose la vuelta. —Disfruten de sus tarde, estudiantes. Espero con interés su remordimiento agradecido en los años por venir. —a medida que caminaba hacia el castillo, el baúl encadenado comenzó a seguirlo, sonando a lo largo de su propia sombra. El viento azotaba la capa de Grudje, ondeando inquietantemente sobre la hierba.

—¡16 pulgadas! —Graham Warton hervía, golpeando a James en el hombro. —¡Un día antes del final del período y 16 pulgadas de ensayo! ¡Un montón de gracias a ti, gran idiota!

—¡Esta es la última vez que le escucho *algo* a un Potter! —Fiona declaró en voz alta. Esto fue recibido con un murmullo de asentimiento enojado cuando parte del público comenzó a irse poco a poco hacia el castillo.

—Bueno, hay *una* cosa buena de todo esto, —comentó Scorpius, aplaudiendo a James en la espalda. —Por lo menos ahora no estuviste equivocado del por qué escondimos las varitas.

James no se atrevía a responder. Estaba tan entumecido por la rabia y la frustración que no podía imaginar algún sentimiento alegre nuevamente. En

silencio, comenzó a seguir a la multitud que se desviaba hacia el castillo, con algunos trozos de comentarios airados regresando a él en el viento frío.



Capítulo 22

Un trato imposible

La cena en el Gran Comedor fue un asunto apresurado, ya que una cena más grande y una conferencia para los delegados de todo el mundo estaba planeada para más tarde esa noche. Los elfos domésticos, raramente vistos durante las comidas, bullían por el salón en sus pañales de Hogwarts y paños de cocina, colgando banderas, limpiando las ventanas altas en escaleras tambaleantes, y reemplazando cualquiera de las velas flotantes que parecían tener más de un tercio quemado. Los cuatro armarios evanescentes de las escuelas habían sido retirados, haciendo que la zona a lo largo del frente de las mesas de las casas pareciera extrañamente vacía.

Sin embargo, la diferencia más notable estaba en el estrado que estaba bajo la ventana en forma de rosetón y el enorme reloj de cinco caras. La mesa de profesores y sus sillas habían desaparecido, reemplazadas por docenas de caballetes de bronce, todos dispuestos en un aseado semicírculo, y cada uno con un retrato enmarcado. James reconoció que estos eran los retratos de los directores que normalmente adornaban la pared de la oficina del director. Cada retrato parecía inusualmente alerta, algunos con curiosidad brillante, otros con desdén altanero, la mayoría charlando ávidamente entre ellos.

En el centro de la tarima, situada justo debajo del reloj y mirando salvajemente incongruente, una piscina reflectante había sido erigida, llena de agua ondulante y adornada con seis estatuas de oro. James reconoció la disposición, pues la había visto docenas de veces en sus visitas al Ministerio de Magia. Era una réplica de la Fuente de la Hermandad Mágica, mostrando un mago guapo y una hermosa bruja, junto con un centauro, un duende y un elfo doméstico, todas arrojando cascadas de agua brillante, la bruja y el mago desde sus varitas, el resto desde distintas partes del cuerpo. Añadido a la colección, sin embargo, estaba la inconfundible figura de un hombre muggle, más notorio por su falta de una varita levantada. Esta sexta figura estaba situada entre la bruja y el mago, sus brazos levantados, con las palmas hacia arriba, capturando el agua en cascada de las varitas chorreantes, su cara vuelta hacia arriba en señal de agradecido éxtasis.

—¿Has visto a Mamá? —preguntó Albus, pasando a James en su camino hacia fuera del comedor.

—Sí, pero sólo por un minuto —reconoció James, volviéndose hacia el guiso que estaba inútilmente pinchando con un tenedor. —Ella estaba en el vestíbulo hablando con Flitwick y Debellows. Ella y Debellows se dirigieron al Ministerio para tratar de liberar a Papá, Tía Hermione y Tío Ron de inmediato. Titus ni siquiera se reunirá con ella. Dice que está muy ocupado. Creo que simplemente la está esquivando.

Albus asintió hoscamente. —¿Alguna idea de dónde él los tiene encerrados?

—No tengo idea —James admitió sombríamente. —Podrían estar en cualquier lugar, y él lo está manteniendo como un total secreto. No quiere que nadie los libere mientras él está ocupado con el gran banquete esta noche.

Albus suspiró airadamente. Parecía querer decir algo más, pero no se le ocurría nada. Después de un largo momento de arrastrar los pies y ver a los elfos domésticos enderezar los retratos de directores, él continuó su camino.

Mirando hacia atrás hasta los retratos, James no pudo evitar darse cuenta que el retrato en el otro extremo, el que mostraba el rostro severo de Merlinus Ambrosius, seguía tan inmóvil como una piedra. Se sorprendió un poco de que hubiera sido incluido junto al resto... las pinturas estaban, obviamente, con la intención de inspirar asombro y admiración en los asistentes muggles. Tal vez el nombre por sí solo sería suficiente. De acuerdo con Zane, los muggles estaban bastante familiarizados con el legendario hechicero, aunque a través de mitos y leyendas.

El retrato de Albus Dumbledore, sin embargo, no estaba a la vista. James suponía que esto no era particularmente sorprendente, ya que las últimas veces que había visto la pintura había aparecido completamente abandonada.

A pesar del bullicio de la habitación y el aire palpable de la expectación, la atmósfera alrededor de las mesas de las casas estaba contaminada con hosca ira. Incluso los Hufflepuff, quienes en circunstancias normales deberían estar celebrando su victoria, estaban sentados en un velo de tenue oscuridad. No sólo había sido robado su trofeo y destruido por desconocidos vándalos, el equipo entero les había dado sus varitas a James... y visto posteriormente confiscadas... a instancias de su capitana, Gabriel Jackson. Incluso ahora, ella miraba a James desde la mesa de Hufflepuff, aún vestida con su túnica de Quidditch, con el pelo recogido en una cola de caballo deshilachada.

James comió tan rápido como pudo y dejó el Gran Comedor por sí mismo, incapaz de soportar la ira silenciosa de sus compañeros de clase por más tiempo.

Inesperadamente, Nastasia se unió a él mientras subía las escaleras hacia la sala común.

—¿Cómo entraste? —le gruñó por lo bajo. —Todos los armarios evanescentes se han guardado en alguna parte. Probablemente apagados, también.

—Oh, no han sido desencantados todavía —respondió ella, haciendo coincidir sus pasos con los de él al subir la escalera giratoria. —Todavía hay unos pocos estudiantes yendo y viniendo, terminando tareas de última hora. Además, he estado aquí todo el día. Quería ver qué pasaba.

—Debe ser agradable ser capaz de convertirse en serpiente y deslizarse por ahí sin ser vista —murmuró James.

—Te lo dije —dijo remilgadamente, —No me convierto en serpiente. Pero sí, es muy práctico.

Llegaron a la parte superior de las escaleras y doblaron hacia el retrato de la Dama Gorda.

James dijo —Así que supongo que viste todo.

Nastasia se encogió de hombros sin comprometerse. —Vi que las cosas no salieron cómo se habían planeado.

—*Eso es un eufemismo* —James soltó una risa sardónica. —Mi papá, tía y tío arrestados, encarcelados en algún lugar en el castillo hasta que Titus pueda llevarlos de vuelta al Ministerio... la mitad de las varitas de la escuela confiscadas y todo el mundo me culpa por ello...

—Yo no diría las varitas de *media* escuela —comentó Nastasia. —No eres persuasivo. Yo diría que una tercera parte.

—Gracias —James se quejó. —Eres una gran ayuda —se detuvo delante del retrato y dijo la contraseña. La Señora Gorda se abrió con un leve chirrido.

—¿Vas a invitarme a entrar? —preguntó Nastasia.

James la miró. —¿Por qué debería? Tengo dieciséis pulgadas de ensayo que escribir.

—No vas a escribir ningún ensayo esta noche —dijo Nastasia con una sonrisa de complicidad. —Y creo que podrías usar un amigo.

James se detuvo en el umbral de la sala común. Nastasia tenía razón en ambas cosas. —Bien —suspiró. —Vamos. Pero no seré especialmente buena compañía esta noche.

—Eso está bien —Nastasia le puso una mano en el hombro y le dio una mirada de disculpa. —Nunca lo eres.

James puso los ojos en blanco y se metió por el agujero del retrato. Nastasia le siguió.

Además de todo, la sala común estaba aún más cambiada de lo que estaba el Gran Comedor. Incluso aquellos que no tenían ensayos que escribir parecían extrañamente apagados, teniendo en cuenta que el semestre estaba prácticamente finalizado y las vacaciones de verano ya estaban sobre ellos. Parte de eso era como el clima. La oscuridad presionaba sobre las ventanas, que las sacudía con repentinas ráfagas de viento. El fuego había sido alimentado contra el extraño frío de afuera. James vio a Rose sentada en su mesa de la esquina como de costumbre, junto con Deirdre Finnegan y Shivani Yadev, todos doblados sobre sus pergaminos con las plumas en la mano. Scorpius no estaba a la vista, es probable que todavía estuviera cenando en el Gran Comedor.

Cuando James y Nastasia se acercaron al fuego, Lily llegó saltando por las escaleras del dormitorio de las chicas, resplandeciente en su túnica de gala, su pelo rojizo prolijamente separado con un clip de joyas.

—¡Me voy! —anunció vertiginosamente. —¡Vamos a cantar para todos los líderes internacionales, el Ministro de Magia y todos los Aurores! ¡Oh, estoy tan nerviosa!

—Bueno, te ves simplemente maravillosa —Nastasia le aseguró con calidez inusitada —Si cantas la mitad de bien que te ves, los vas a impresionar.

Lily rió entre dientes ante esto, tomando el cumplido. James no estaba de humor para la alegría, incluso de su hermana.

—¿No tienes un ensayo que escribir, también? —dijo malhumorado.

Lily levantó la cabeza y sacó algo del bolsillo de su túnica de vestir. Era su varita.

—El Director Grudje me la devolvió —dijo ella dulcemente, batiendo sus ojos. —A mí y a todos los demás embajadores estudiantiles. No quiere que nos distraigamos de nuestros deberes, dijo. Tal vez no es tan malo como todo el mundo dice. —ella miró el reloj sobre el fuego y exclamó —¡Oh! ¡Necesito irme! ¡Todos tenemos que juntarnos en el vestíbulo justo antes de las siete! ¡La Profesora Heretofore nos dejará entrar a todos juntos en una procesión, ni uno menos! —ella sonrió, fuera de sí de la emoción. Con un rápido movimiento de despedida, corrió hacia el agujero del retrato.

—Ella no sabe, supongo —Nastasia preguntó en voz baja.

—¿Lo de papá? —respondió James. —No. La hemos mantenido al margen. Ella no tiene idea de quién fue arrestado hoy.

Nastasia asintió. —Bien por ella. Estoy segura que todo se solucionará antes de que ella necesite saber.

James no estaba interesado en las garantías sin sentido de Nastasia. Se dejó caer en un sillón delante del fuego mientras ella se acomodaba en el extremo del sofá que tenía más cerca. Tampoco dijo nada sobre el tema.

Cómo, pensó James para sí mismo, mirando al fuego, *¿Cómo* podía haber estado totalmente equivocado? No era sólo que Avior había admitido su plan para atacar la Cumbre de Quidditch. Era la disposición de las piezas de ajedrez mágico en su escritorio, que parecían significar un conflicto en curso, cada pieza representando personas reales: él mismo, un caballero, su padre, el rey de diamantes, y Rose, inexplicablemente la reina. Y en el otro lado del tablero, enfrentándolos, Petra/Judith como la reina oscura, el Coleccionista como el rey.

¿Podría ser posible que todo haya sido una farsa? ¿Los delirios lunáticos de la mente rota de Avior? ¿Petra no le había contado? Después de todo, cuando ella se había encontrado con él en el misterioso mirador, le había advertido que se estaba

acercando demasiado, deduciendo mucho. Si había sido la ilusión de un hombre loco, ¿simplemente no habría dicho eso?

James frunció el ceño ante el fuego, con su mente dando vueltas. Simplemente no tenía ningún sentido. Tenía que haber algo que faltaba...

Había estado tan seguro de que el Cáliz de Cristal sería el detonante de La Red Morrigan. Había tenido perfecto sentido. ¿Pero era posible que ese hubiera sido su peor error?

—Al igual que la jaula de Hagrid —murmuró para sí mismo. —Scorpius dijo que era *demasiado* obvio...

—¿Qué? —Nastasia se agitó a su lado.

James negó con la cabeza, tratando de aclararla y organizar sus pensamientos. —Cuando papá, Tío Ron y Tía Hermione se colaron en el torneo —murmuró, todavía con el ceño fruncido hacia el fuego. —Rose y yo pensábamos que estaban escondidos en la jaula de Hagrid, enterrados en todos esos pigmeos Puffs...

—Bluh —Nastasia sacó la lengua. —Suena como una forma de tortura. Esas cosas apestan cuando se sientan en el sol demasiado tiempo.

—Pero Scorpius dijo que era demasiado obvio —continuó James, ignorándola. —Sabía que era una... una *distracción*...

James se sentó en el sillón, pensando furiosamente. ¿Era así de simple? ¿Había sido incluido el Cáliz de Cristal deliberadamente en el torneo como un señuelo? ¿Una distracción, con intención de sacar a cualquiera del camino que quisiera detener La Red Morrigan? Si era así, había funcionado perfectamente. Y después de todo, la Cumbre no había terminado. Incluso ahora, los líderes mundiales y los administradores mágicos se estaban reuniendo en el Gran Comedor abajo, junto con un grupo de embajadores estudiantiles, profesores y Aurores. Quizás Avior había engañado a James deliberadamente, permitiéndole creer que el ataque se produciría durante el torneo con el fin de distraerlo de su plan *real*...

—¿Pero qué podía ser entonces? —se preguntó. —¡Tengo que *pensar*!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Nastasia, levantando una ceja. —No estás hablando de La Red Morrigan, ¿cierto? Dale un descanso ya.

Algo que una vez perteneció a una poderosa bruja o mago, ya muerto, la mente de James corría, tratando de encontrar algo que encajara. Algo que sea una pieza central, que todo el mundo se diera cuenta...

¿Podría ser la nueva fuente y estatuas en el estrado? No. Eran muy recientes. Porque de acuerdo a Tabitha Corsica el tercer marcador era *tiempo*. El objeto necesitaba estar ahí durante meses, justo a la intemperie, visto por todo el mundo...

Tiempo...

La boca de James se abrió con súbita comprensión casi cayendo de su silla.

—¿Qué?! —exigió Nastasia, desconcertada.

—¿Tiene que ser eso...! —James murmuró tenso con sus ojos saltones en el fuego. —¡Oh no! ¡Lily!

Con eso, saltó de su silla, girándose para lanzarse hacia el agujero del retrato.

—¡Espera! —exclamó Nastasia, agarrándolo por el codo. —Es demasiado tarde, sea lo que sea que estés hablando. Mira. —apuntó al reloj sobre la chimenea. —Son las siete y cuarto. Lily y su grupo de pequeños embajadores entraron al Gran Comedor hace quince minutos. Diez jacks dicen que las puertas fueron cerradas después de que ellos entraron, y probablemente son custodiadas por un par de esos Aurores de varita fácil que tienen ustedes.

James se quedó mirando el reloj con frustrado silencio. —¡Tenemos que entrar ahí de alguna forma!

—¿Qué está pasando? —susurró una voz en su hombro.

James miró a un lado para ver a Rose de pie junto a él, su ensayo había quedado olvidado sobre la mesa tras ella.

—No era el Cáliz de Cristal —dijo con voz áspera hacia ella. —¡Pero ya sé lo que es! ¡Tenemos que ir allá abajo de inmediato para detenerlo!

El ceño de Rose se profundizó con la confusión. —¿De qué estás hablando? ¿Abajo dónde?

—¡La gran cena formal en el Gran Comedor! —explicó, casi lleno de impaciencia. —¡La Red Morigan nunca iba a ser desencadenada en el partido de Quidditch! ¡Eso fue sólo un truco para despistarnos y funcionó! ¡Será desatada esta noche, en la planta baja, y yo sé lo que la desencadenará!

—También estabas bastante seguro la última vez —comentó Nastasia suavemente.

—Cállate, Nastasia —dijo Rose. A James, le susurró —No importa qué tan seguro estés, no podemos simplemente colarnos en el Gran Comedor. Hay guardias alrededor. Cada puerta estará cerrada.

—¡Lo sé! —exclamó James, tratando desesperadamente de mantener su voz baja. Aun así, sintió las miradas incómodas de varias personas cercanas. — ¡Necesitamos un poco de ayuda! ¡Hagrid, tal vez! O...

—¿Sus padres?— sugirió Nastasia.

Tanto Rose como James se volvieron hacia ella. James entrecerró los ojos. — ¿Sabes dónde están?

—Lo sé —respondió Nastasia con una inclinación de cabeza. —He seguido a ese tipo Auror, Titus, cuando él los trajo hacia el castillo. Era eso o ver el partido de Quidditch, y tengo que admitir que nunca he entendido ese loco juego.

Rose miró confundida. —¿Seguiste a Titus? ¿Y no te vio? ¿Cómo...?

—Ella tiene maneras —James respondió con sus ojos en blanco. —Confía en mí.

—Bien —dijo Rose, desestimando el tema por el momento. —¿Dónde están nuestros padres entonces? ¿Y crees que podemos sacarlos?

—Les mostraré —respondió Nastasia, girándose y dirigiendo a James y Rose hacia el agujero del retrato. —Tanto como sacarlos, lo dudo. Pero eso no significa que no valga la pena.



Cuando los tres estudiantes salieron del agujero del retrato, James se alegró de ver a Ralph acercándose desde la dirección opuesta.

—Hola —dijo hoscamente. —No hay diversión en la sala común de Slytherin después de haber perdido el partido, y Julie Minch me anda buscando, dice que le debo un ensayo. ¿Me preguntaba si tal vez podría pasar el rato por aquí... ?

—Camina con nosotros, Ralph —dijo James, agarrando a su amigo por el codo y dándole la vuelta. —Vamos.

—Otra vez no —gimió Ralph, siguiéndoles de mala gana. —¿Qué pasa ahora?

—James se ha dado cuenta de algo, al parecer —susurró Rose, dando vuelta para seguir a Nastasia por el corredor.

—Apúrate, Nastasia —dijo James entre dientes. —¡No tenemos mucho tiempo!

—¿A dónde vamos, entonces? —preguntó Ralph nerviosamente. —Porque yo sólo vine a pasar el rato, tal vez jugar una partida de ajedrez mágico, tratar de no ser acorralado por esa loca Julie Minch...

—Tómalo con calma, Ralph —contestó Rose. —Vamos a liberar a nuestros padres.

—Ah —asintió Ralph débilmente, aparentemente sorprendido. —¿Y nosotros estamos haciendo esto porque...?

—Porque La Red Morigan aún será activada —respondió James en voz baja. —Y tenemos que ayudar a detenerla.

—Pero ya hemos pasado por esto —protestó Ralph, su rostro entraba y salía de la oscuridad mientras se apresuraban. —Se supone que el Cáliz de Cristal era el gatillo. Excepto que no era...

—Nunca fue el gatillo —dijo James con oscura certeza. —El gatillo ha estado frente a nosotros todo el tiempo. No lo habíamos visto porque estamos demasiados acostumbrados a verlo.

Nastasia se giró, llevando a los otros hacia una curvada escalera de piedra. —¿Y? —dijo ella, con su voz temblando mientras bajaba los escalones —¡Dilo! ¿Qué es?

James se detuvo cuando llegaron al pie de la escalera, reuniéndose en el alto corredor que conduce al salón de Defensa Contra las Artes Oscuras. —Es ese maldito *reloj* —declaró con fuerza, mirando a los ojos de Rose y Ralph a la vez. —¡El reloj que ha estado colgado en el Gran Comedor durante todo el año, claro como el día!

Los ojos de Rose se ensancharon mientras consideraba esto. —Pero... no sabemos a quién pertenecía, ¿verdad?

James negó con la cabeza. —¿Quién sabe? Podría ser cualquiera. O tal vez el gatillo se esconde en su interior incluso. Es lo suficientemente grande. Y ha sido el eje central de toda la escuela durante todo el año. Todo el mundo ha estado viéndolo, corriendo durante todo el día por él.

—Sólo un poco más allá —instó Nastasia, caminando de nuevo hacia delante. James, Ralph y Rose la siguieron.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que es el reloj? —Ralph frunció el ceño. —Estábamos seguros de que era el cáliz, después de todo, y este terminó totalmente con forma de pera...

—Sé cuál es el tercer marcador de La Red Morrigan —proclamó James. —
¡Tabitha me contó!

—¿Ella lo hizo? —los ojos de Ralph se abrieron. —¿Cuándo?

James hizo un gesto impaciente con la mano. —Es una larga historia. El punto es, que el reloj cumple con los tres marcadores. El primero es la propiedad. No sabemos de dónde viene, pero sabemos que pertenecía a alguna bruja o mago terrible.

Rose asintió, acelerando su paso. —El segundo marcador es la proximidad. El reloj es sin duda la pieza central del Gran comedor, justo en el medio de toda la acción.

—Y el tercer marcador es tiempo —concluyó Nastasia. —Ha estado allí todo el año, absorbiendo atención y su propia magia, esperando esta noche...

Se detuvo frente al salón de Defensa Contra las Artes Oscuras, y puso la mano en el mango. Dos pasos detrás de ella, sin embargo, James se detuvo abruptamente. Él la miró en la penumbra, con la cara llena de repentina sospecha.

—Nunca te dije —dijo lentamente, —cuál era el tercer marcador.

El silencio llenó el pasillo mientras todos los ojos se volvieron hacia Nastasia. Ella le devolvió la mirada a James sin vacilaciones.

—Todo va a tener sentido en un minuto —le dijo. Con eso, abrió la puerta del aula.

James miró dentro. Había cuatro formas rústicas en la sombra... los cuatro armarios evanescentes, retirados del Gran Comedor y al parecer en espera de ser desencantados. De pie en medio de ellos, al parecer también esperando, había una figura alta, con capucha, su rostro perdido en la sombra.

—Ah —dijo la voz profunda de la figura, sonriendo. —Srta. Hendricks y amigos. Entren.

Rose jadeó fuertemente, era el Coleccionista.

James retrocedió desde la puerta, tirando a su prima con él. Sin embargo, antes de que pudiera retirarse, algo agudo le dio un golpecito en la espalda, deteniéndolo en seco. Se dio la vuelta para encontrar a Nastasia detrás de él, con su varita elevada significativamente en la mano.

—Entren —suspiró con impaciencia. —No lo hagan esperar.

El estómago de James cayó en shock y decepción. —¡Tienes que estar bromeando!

—Tú eres quién tiene que estar bromeando —Nastasia negó con la cabeza. —Después de todo lo que ha pasado, ¿confiaste en mí *de nuevo*?

—Créeme, no cometeré el mismo error nunca más —James hervía, mirando hacia abajo a su varita.

—Promesas, promesas —murmuró Nastasia. —Vamos. Avanza.

—Él nos matará —Rose protestó sin aliento. —¿Lo sabes, cierto?

—Tal vez —respondió Nastasia. —Pero eso depende de James, no de mí.

—La Srta. Hendricks está en lo correcto —dijo el Coleccionista despreocupadamente. —Si ella te ha traído hasta aquí, es porque sabes más de lo que puedo permitir que sepas. Pero únense a nosotros. Esta noche no tiene por qué terminar mal para ninguno de nosotros. Y por favor, tengan sus manos a la vista. Con o sin varitas, he aprendido a mantener un ojo vigilante en ustedes —parecía divertido por esto.

De mala gana, James se volvió hacia la puerta del aula. Ralph abrió el camino lentamente en el interior, seguido de Rose y James. Nastasia se mantuvo detrás de ellos, con su varita aún levantada amenazadoramente. Una vez dentro, cerró la puerta del salón con un ruido sordo, y la bloqueó.

—Y ahora —dijo el Coleccionista en voz baja y ansiosa —Pónganse cómodos. Tenemos cuentos que contar, juegos que jugar, y *tiempo*, que no necesito recordarles... —sonrió ampliamente, a sabiendas —¡está marcando... tic-tac... tic-tac...!



James, Ralph y Rose se quedaron atrás del Coleccionista, formando una línea floja a lo largo del borde de la sala de clases, junto a un revoltijo desordenado de escritorios que se habían hecho a un lado para dejar espacio a los armarios evanescentes.

—Por favor, mis amigos —dijo el Coleccionista, sonriendo debajo de su capucha —no hay necesidad de ser tan formal. No tienen nada que temer. Yo, como ustedes, estoy sin mi varita esta noche. La discreción es la mejor parte del valor, como dice el muggle bargo, y teniendo en cuenta lo que está a punto de suceder, no tener una varita en la mano es con toda seguridad la mayor parte de la discreción.

—Pareces muy feliz de dejar que *ella* lleve una varita —escupió James, señalando con la cabeza hacia Nastasia —Parece la mejor parte de la cobardía, si me preguntas.

—La Srta. Hendricks estará bien encaminada antes de que la Red sea desatada —el hombre moreno respondió con desdén. —Nunca le colocaría ni el menor peligro. Ha sido demasiado valiosa para mí, y continuará siendo, estoy bastante seguro. Pero, por desgracia —el Coleccionista ladeó la cabeza a James. — ¡Ustedes no son conscientes de la rica historia de su amiga estadounidense! ¡Permítanme iluminarlos!

Con voz dura, Rose habló —No creo que nos importe.

—Oh, no sea petulante, mi querida Srta. Weasley —el Coleccionista hizo un gesto con la mano como si quisiera disipar un olor desagradable. —Me atrevo a decir que usted, sobre todo, puede encontrar esto de lo más intrigante. Usted es la inteligente, después de todo. Ponga su mente de vuelta en nuestra última reunión en Durmstrang, querida. Usted podría recordar mi mención de que la Srta.

Hendricks tiene una muy rica historia familiar. De hecho, es más que rica; es francamente infame. Adelante, querida —se dirigió a Nastasia, que todavía estaba detrás de James con su varita apuntando a su espalda —diles el nombre de tu gran bisabuelo. Vamos a ver si lo reconocen.

James miró a Nastasia, curioso a su pesar. Casi esperaba que Nastasia se avergonzara, o lo dijera de mala gana. En cambio, ella se incorporó en toda su altura y levantó la barbilla.

—Hannibal Drake Magnussen —proclamó con orgullo.

Junto a James, Ralph dio una sacudida física. Rose se llevó una mano a la boca por la sorpresa.

—Ajá —el Coleccionista sonrió. —¡Reconocen el nombre! Sí, su amiga y camarada, la Srta. Nastasia Hendricks, es descendiente del Profesor Ignatius Magnussen de la escuela estadounidense Alma Aleron. Fue él quien liberó los misterios de la teoría de la gran unificación, quien rompió el umbral de la Cortina Nexus y pisó el Mundo Entre los Mundos. Verdaderamente un hombre de los que me agradan. Es su sangre y pasión que corre por las venas de la Srta. Hendricks. Por lo tanto no fue una sorpresa que el destino le trajó lo que era suyo por derecho... la cabeza del bastón del Profesor Magnussen, perdida durante décadas, pasó de manos en manos indignas. La Srta. Hendricks reconoció su potencial, por supuesto, y por lo tanto también era el destino que debía presentarla a mí, en el momento en que necesitaba tal reliquia...

La boca de James se abrió. ¡El bastón! La última vez que lo había visto fue en su visión del sueño, donde había sido vendido en una casa de empeño muggle. A partir de ahí, de alguna manera, había encontrado su camino de nuevo, a través de las décadas en las manos de su más joven descendiente vivo. Y ese pariente, sorprendentemente, era Nastasia. Se volvió hacia ella, una oleada de fría desesperanza llenaba su pecho, recordando la noche que la conoció...

—Fuiste tú —dijo con tristeza. —En la primera noche. Te colaste a través del armario para ocultar el bastón de Magnussen en el reloj. Eso era lo que andabas trayendo en la bolsa de terciopelo que encontré...

Nastasia no respondió. En cambio, ella bajó la mirada obstinadamente, negándose a mirarlo a los ojos.

—La Srta. Hendricks simplemente me ha dado la reliquia —el Coleccionista reconoció con una especie de orgullo perverso. —Yo podría haberla colocado en el reloj. Pero ella insistió en un papel más *activo*. Pocas veces he encontrado a alguien tan joven y tan impulsada por la convicción. Ella me impresiona, lo confieso.

James miró a Nastasia, con ira brotando hasta igualarse con el profundo sentimiento de traición. Ella levantó la mirada de nuevo, desafiándolo.

—No me mires así —dijo con frialdad. —Tú no me conoces.

—Estoy empezando a pensar que tienes razón —James estuvo de acuerdo. —¿Qué pasa con Zane? ¿Le mentiste también?

Nastasia rió. Era un sonido hueco, loco. —Zane Walker es un muchacho querido, pero su cerebro se apaga en presencia de chicas. Él fue simplemente la manera más fácil de llegar a ti. Eso es todo lo que *alguna vez fue* para mí.

James estudió la cara de Nastasia críticamente. Ella estaba *mintiendo*. Estaba seguro de ello.

—¿Ashya? —se preguntó en voz baja. —Esa eres tú, ¿no? No puedes seguir con esto... ¿verdad?

—Cierra la boca, James —dijo Nastasia, acercándole su varita hasta la cara. —O te la cerraré yo.

—Vaya, vaya —reprendió el Coleccionista —¡qué caliente aturdimiento juvenil! Muy impropio.

—Espera un momento —dijo de pronto Rose, como si le diera voz a una pregunta que estaba meditando durante los últimos minutos. —¿Usted dice que pudo haber puesto el bastón de Magnussen dentro del reloj por sí mismo? ¿Cómo, exactamente? Usted ha estado dividiendo su tiempo entre Nueva Ámsterdam como el Coleccionista y en Durmstrang como el Profesor Avior. ¿Cómo podría

haber encontrado el tiempo, y mucho menos los medios, para entrar en Hogwarts y hacer estas obras sucias?

La oscura figura parecía encantada con esta pregunta. Se echó a reír a carcajadas. —Srta. Weasley, su ingenio es una fuerza a tener en cuenta. Permítame impugnarla. ¿Cómo se supone que he logrado estas notables hazañas? ¿Cómo es, qué cree, que soy capaz de estar aquí ahora mismo?

James sabía que Rose no podía saber la respuesta a la pregunta del Coleccionista. Cuando él la miró, sin embargo, su rostro estaba lleno de tácito recelo. —Sólo sé que si usted ha dominado los secretos de La Red Morrigan —dijo ella con cuidado —entonces usted sabe que su propósito original era compartir la magia con los mágicamente débiles. Y con squibs.

—¿Cómo su Sr. Filch! —exclamó el Coleccionista con complicidad. —¡Sí! ¡Puede ser que haya adivinado más de lo que debe! Pero permítame explicar a quiénes son más lentos que usted...

El Coleccionista dio un paso atrás, sacando los brazos de modo que sus mangas pesadas aleteaban. Sus manos eran muy blancas en la penumbra.

—Puede que les interese saber —dijo, empujando hacia atrás la capucha para revelar su cabello oscuro y su angulosa cara sonriente —que esta persona (a la que más bien caprichosamente me refiero como "el Coleccionista") es una invención bastante reciente, creada para su uso en los Estados Unidos. El Coleccionista es una cara más útil que uso, con la intención de inspirar tanto terror como confianza, en función de cómo la uso. Pero es una *nueva* cara, una temporal, una mera máscara que voy a descartar lo suficientemente pronto. Sin embargo, tengo *otra* cara...

La oscura figura comenzó a cambiar. James había visto esto suceder antes, en la cámara de Avior, cuando él había cambiado a partir de ese personaje al que estaba delante de ellos ahora. Él esperaba que ese mismo cambio se produjera ahora, sólo que a la inversa. La figura de hecho se volvió más delgada y vieja. La barba que surgió de su barbilla estaba rígida, triangular, roscada con negro. Y la cara... no era la del ya muerto Albus Dumbledore. Era severa, fría, con las mejillas hundidas profundamente y sombras oscuras frecuentaban los ojos.

—Esta cara... —la figura anunció en su nueva voz grave —es la cara de Rehtor Strangewayes Grudje. Y lo he sido durante *décadas*...

Rose se apretó contra James, buscando su mano. Era evidente que había sospechado esto, de alguna forma, y sin embargo, la realidad de esto era claramente aterradora. Por el otro lado de James, Ralph tragó saliva, retrocediendo medio paso hacia sí mismo.

—Como se puede imaginar —dijo Grudje, toda su actitud cambió junto con su apariencia —se necesita un mago de constitución única y una mente particularmente estoica para mantener tres personajes distintos. El aspecto del animago es sólo el comienzo. La compartimentación de las mentes, la disciplina de personalidades conflictivas, es el verdadero desafío. Ninguno de ustedes tres puede apreciarlos, por supuesto. —Grudje pasó su mirada por Rose, James y Ralph —pero la Srta. Hendricks... sospecho que tiene una idea de lo que yo he dominado. La única diferencia entre ella y yo es que yo abrazo la ruptura y la cultivo. Con el tiempo, sin embargo, tengo la intención de enseñarle esa habilidad también. Ella ya muestra la aptitud.

Ralph se aclaró la garganta con cautela. —Director —dijo, dirigiéndose a Grudje directamente, con la voz temblando ligeramente —Señor, creo que debería dejarnos ir. Nosotros tenemos er... ensayos que escribir.

—Oh no, Sr. Deedle —respondió Grudje. —Acabamos de empezar. Todavía hay más historia que contar. La Srta. Weasley es curiosa, después de todo. Y el Sr. Potter aquí... bueno, lo abordaremos en un momento. —se volvió y pasó una fina mano a lo largo de las puertas del armario de Durmstrang. —Antes que yo, Rehtor Grudje, fuera director de esta escuela, fui empleado por el Ministerio de Magia. La Srta. Weasley seguramente ya se ha cerciorado de esto. Yo era un Inefable, consignado al Departamento de Misterios. Este fue mi diseño, lo que me dio acceso a los secretos más profundos y más terribles del mundo mágico...

Grudje caminó, pasando por delante del armario de Alma Aleron. —Se dice que, aparte de su creadora, sólo dos personas sabían la historia de La Red Morrigan... cómo se creó y la forma en que se logró. Estos dos eran los investigadores internacionales de magos que entrevistaron a la Profesora Laosa

después de su primer y trágico experimento. Se dice, además, que las cuentas de estos investigadores se perdieron en la historia, deliberadamente enterradas en los interminables anales del Departamento de Misterios. Les puedo decir que es realmente así. Porque yo solo he encontrado cuentos. Los absorbí. Era mi único objetivo como Inefable. Usando lo que he aprendido, he perfeccionado la técnica de la Profesora Laosa. ¡Por mi parte, la transferencia de magia se hizo realidad! El bastón del Sr. Filch es el resultado. Con *ese* objeto, los sueños originales de Principia Laosa finalmente se cumplieron. Pero el reloj del Gran Comedor, que lleva la reliquia de Ignatius Magnussen, también es el resultado. Con ese objeto, las pesadillas más oscuras de Principia Laosa pronto vivirán.

—¿Pero por qué? —preguntó James, la ira y frustración convirtieron la pregunta en una demanda.

—Pero ya he respondido a esa pregunta, James —dijo Grudje, y mientras lo hacía, su rostro cambió de nuevo. Se transformó en el Profesor Avior, alterando sus huesos y carne con rápida precisión. —Es porque el destino lo exige. El lugar que le corresponde a la raza mágica es gobernar. El mundo muggle nos necesita. Abandonados a su suerte son indisciplinados, impredecibles, un peligro para sí mismos y los demás. Hay que someterlos. Por su propio bien.

Rose soltó una risa de disgusto. —¿Los va a gobernar matándolos?

—A algunos, sí —respondió Avior, su voz más grave cuando se transformó de nuevo en el Coleccionista. —Pero solo a aquellos que tienen que ser sacrificados para dar paso a nosotros. Sólo aquellos cuya cooperación no puede obtenerse por otros medios. Es una cruel misericordia, pero lo es al fin y al cabo.

—¡Pero mi hermana está ahí! —gritó James, creciendo desesperado. —¡Ella va a morir así!

—Oh, me temo que la realidad es mucho peor que eso, querido James —dijo el Coleccionista, sacudiendo la cabeza con tristeza. —Verás, tus padres también están allí.

Rose se sobresaltó violentamente y emitió un pequeño "¡eep!" de sorpresa horrorizada. La boca de James se abrió.

Ralph dio un paso adelante. —¿Qué quiere decir? El Sr. Potter y el Sr. y Sra. Weasley están encarcelados en algún lugar de la escuela. No están en el Gran Comedor.

—Bueno, no —respondió el Coleccionista, evadiendo ligeramente. —Ellos están en la antesala justo detrás del Gran Comedor. Inconscientes, debo añadir. Si las cosas van especialmente mal, tomen un poco de consuelo en eso. Ellos no han sufrido el suspenso de su inminente muerte. A diferencia de esta tarde, cuando voluntariamente abrazaron lo que creyeron que era su propia perdición, sacrificándose por la ingrata multitud de abajo. Sospecho que estaban conscientes que ahora se sentirían un poco tontos al respecto. Lástima que no todos podemos disfrutar una carcajada sobre el asunto...

—¿Qué *quieres*? —exigió James furiosamente.

El Coleccionista suspiró dramáticamente. Mientras lo hacía, se transformó una vez más, cambiando de nuevo a la forma de Avior Dorchascathan con un crujido sutil de hueso y tendón. —Esta también es una pregunta que ya he contestado, James —dijo. —En mi oficina, hace semanas. La historia se repite, sólo que esta vez debemos obtener los detalles correctamente. Al igual que tu padre y Albus Dumbledore, debes unirme a mí en vez de oponerte. Debemos ser socios, tú y yo, y por tu propia decisión. Si lo haces, veré que tu hermana y tus padres se trasladen a un lugar seguro. Es todo muy sencillo, de verdad.

James negó con la cabeza sin poder hacer nada. —¡Eso es una locura! ¿Cómo se supone que me una a ti? ¿Cómo podría?

—Ya llegaremos a eso —Avior sonrió levemente. —Por ahora, basta con responder a la pregunta: ¿Te asociarás conmigo? ¿Tú, James, vas a unirme a mí, como tu padre se unió a Albus Dumbledore?

—¡Bien! —exclamó James. —¡Cualquier cosa! ¡Solo saca a mi hermana y nuestros padres lejos del Gran Comedor!

—En un momento, en un momento —insistió Avior. —Pero primero, me temo, los detalles de nuestra asociación... —sacó un profundo suspiro y consideró a James especulativamente. —No eres mi primer socio, James. Tengo otra, una

muy poderosa mujer. Fue ella la que presentó a la Srta. Hendricks a mí, quién reconoció el potencial de nuestra alianza. ¿Sabes de qué compañera hablo, verdad James?

La mente de James era como un borrón de miedo y preocupación que durante un largo momento no tenía idea de qué hablaba Avior. Luego, con un choque, la verdad hizo clic en su lugar. —Te refieres... —dijo, sin atreverse a decirlo en voz alta... ¿se reiría Avior de él? ¿Burlarse? ¿Dudar de él al igual que tantos otros? Se armó de valor y continuó —tu otra compañera... es Judith. La Dama del Lago.

Avior asintió lentamente, de manera significativa. —Estoy celoso de ti, James —dijo, casi en broma. —Tú la conoces bastante más que yo. Ustedes dos tienen una historia. No intentes negarlo.

Rose se volvió hacia James cuando Avior habló, con sus ojos abiertos pero no exactamente sorprendida. Él sabía lo que estaba pensando: ella no podía permitirse el lujo... el confort... de la duda. La Dama del Lago era real. Avior la conocía. Ella era su compañera.

Ralph se acercó más a James. —Caray —dijo en voz baja —tenías razón.

Avior continuó. —Es la historia que tú y ella comparten de lo que quiero hablar, James —dijo, un poco demasiado informal para ocultar la intensidad de su interés. —Para que forme la base de la alianza entre tú y yo —mientras hablaba Avior, cambió de nuevo, esta vez de forma más gradual, transformándose de nuevo en Rechter Grudje. Se dio la vuelta, caminando lentamente a lo largo de la línea de los armarios evanescentes. —Hay algo que quiero, Sr. Potter. Algo de lo que usted ha oído hablar, sin duda. Es una gran herramienta. Incluso más grande que la misma Red Morigan. He llegado a comprender que quien la posea, tiene la estructura misma del destino. Con ella, pueden salir las restricciones caprichosas y sin sentido del destino. Más bien, pueden hacer del destino su esclavo, sometiéndolo a todos sus caprichos. Usted sabe la herramienta de la que hablo, James. Mi otra compañera, Judith, quien se hace llamar la Dama del Lago, me aseguró de esta. De hecho, ella me dice que tú eres, simplemente, la clave para ello. Tú, mi joven amigo —dijo Grudje, volviéndose hacia James de lleno, atravesándole con los ojos fríos y grises —Tú... eres la clave del hilo carmesí.

James volvió la mirada a Grudje, su boca de repente tan seca como el algodón, completamente atónito.

—Y por lo tanto —Grudje continuó acercándose lentamente hacia James, midiéndolo. —Te presento la naturaleza de nuestra asociación. Deseo el hilo carmesí. Ya te he dicho que está casi a nuestro alcance. Estoy seguro que eres la clave para ello. Está en tu propia mano. Todo lo que tienes que hacer para salvar la vida de tu hermana y padres... es dármelo.

James no podía hablar. Más que nada, quería salvar a su hermana, su padre, su tío Ron y su tía Hermione... pero no tenía idea qué estaba diciendo la loca figura transformante. ¿Por qué él piensa que James era la clave para el hilo carmesí? ¿Por qué dice que estaba en la mano de James? Impotente, James miró hacia abajo, abriendo sus manos. Ellas estaban vacías, por supuesto.

—Ella te mintió —dijo débilmente, sin levantar la vista de sus manos abiertas.

—Hable alto, Sr. Potter —dijo Grudje advirtiéndolo. —Y tenga cuidado: la vida de su familia depende de sus siguientes palabras.

James negó con la cabeza, deseando tener algo más para ofrecer, deseando que Judith no hubiera sido tan horriblemente cruel. Alzó los ojos hacia Grudje. —Ella te mintió —dijo, lágrimas de rabia salían de las esquinas de sus ojos. —Judith es la que te dijo que yo era la clave del hilo carmesí. Pero ella mintió. Es un truco. Una horrible mala pasada. Para los dos.

—Sr. Potter —dijo la oscura figura, transformándose una vez más en el Coleccionista —¿Me está diciendo que usted se *niega* a darme el hilo carmesí?

—Te estoy *diciendo* —dijo James, alzando la voz —Que no lo tengo... —mirando a un lado a Ralph. —La última vez que vimos el hilo carmesí fue en el Mundo Entre los Mundos. Solo que lo que vimos no era realmente el hilo carmesí en absoluto. Era sólo un símbolo. El verdadero hilo carmesí era una chica. Se llamaba Morgana. Ella está muerta ahora. Judith la mató. Eso es lo que hace — James volvió su mirada a la figura oscura delante de él, con los ojos en llamas — Judith mata. Ella mató a Morgana. Mató a mi prima Lucy. Ella nos hubiera matado

si hubiera tenido la oportunidad. Y luego, cuando haya terminado —James se rió con dureza —vendrá y te *matará*.

El rostro del Coleccionista se endureció ante esto. Toda la alegría se filtró fuera de él, dejando sólo los ojos duros y viciosos. Se enderezó.

—Que así sea —dijo con frialdad, casi con petulancia. —Si no quiere jugar mi juego, Sr. Potter, entonces me temo que no tengo ningún uso para usted en todo. Srta. Hendricks —miró más allá de James, hacia Nastasia —Mátelos.

James no podía creer lo que escuchaba. ¿Podría ser esto repentino? ¿Esto decepcionante? ¿Estarían él, Ralph y Rose a punto de ser asesinados por una niña de su misma edad, una traidora con pelo rosa y un aro en la nariz?

Se dio la vuelta, pero Nastasia ya no estaba detrás de él. Ella se movía a su alrededor para unirse al Coleccionista, sus firmes ojos mirando hacia James, su varita aún levantada.

El Coleccionista dio un paso atrás para permitirle el paso. —Esta es la primera vez que ha matado, ¿no es así, Srta. Hendricks?

Nastasia asintió, sin vacilación, sino que sedienta. —He practicado un montón. En los muñecos de entrenamiento en Alma Aleron. Pero esta es la primera vez de verdad.

—Cuando es de verdad, es la única vez que cuenta —dijo la figura oscura con prudencia, sus huesos crujieron levemente cuando se transformó de nuevo en el Profesor Avior. —Yo sé que usted tiene sentimientos por James. Esto podría hacer que matarlo sea algo difícil. Practica en los otros dos primero. Comience con la Srta. Weasley.

—¡Espera! —gritó James, tratando de empujar a Rose detrás de él, pero ella lo apartó de un empujón.

—¡No seas estúpido, James! —dijo entre dientes. —¡Eres muy noble, pero es inútil!

De repente, Ralph se lanzó hacia delante, corriendo donde estaba Nastasia e inexplicablemente metiendo la mano en su túnica. Nastasia saltó hacia atrás, girando su varita salvajemente.

—¡Avada...! —gritó, pero Ralph era demasiado rápido. Rodó hacia ella, tirándola hacia atrás en el armario de Alma Aleron. Su peso combinado, rompió el equilibrio del armario. Se tambaleó y cayó al suelo con Ralph y Nastasia encima de él. James se lanzó hacia adelante para ayudar a su amigo, pero una ráfaga de color rojo lo cegó, emanada de la pareja que luchaba. Ralph voló hacia atrás, rechazado por la explosión, y se cayó contra el armario de Durmstrang, golpeándolo encima también.

—¡Detente! —Nastasia gritó con furia, luchando de pie y apuntando con su varita a James quien patinó hasta detenerse mientras Avior rió fuertemente.

—Excelente, Srta. Hendricks —dijo alentadoramente. —Uno debe estar preparado para cualquier cosa, incluyendo un ataque físico. Una respuesta muy candente, aunque un poco torpe. Usted aprenderá a refinarlo.

Rose se unió a James, temblando de rabia y miedo. —¿Lo mataste? —preguntó, con su voz cristalina.

—Todavía no —admitió Nastasia, respirando duramente, su salvaje pelo rosa caía sobre su cara enrojecida. —Ya has oído al Profesor. Te mataré a *ti* primero.

En el suelo, Ralph gimió.

—Hágalo, Srta. Hendricks —instruyó Rechter Grudje. —Él ya viene. No perdamos más tiempo con la charla insustancial y la confrontación bruta.

Nastasia asintió. Niveló su varita hacia Rose y dio un paso más cerca, respirando con dificultad por la nariz.

—Avada...

James se empujó a sí mismo frente a Rose de nuevo, pero ella sólo lo empujó hacia atrás una vez más. —¡Basta, imbécil! —dijo ella con voz áspera con rabia, sin

esperanza. —¿Crees que te quiero ver morir delante de mí? —ella agarró sus manos, negándose a mirar a Nastasia. En cambio, ella cerró los ojos con fuerza.

James esperó sin aliento. Cinco segundos pasaron. No había ningún destello verde mortal.

Miró a un lado, sin soltar las manos de su prima.

Nastasia se quedó exactamente igual que antes, con la varita extendida, jadeando con fuerza por la nariz. —*¡Avada...!* —dijo de nuevo, más fuerte.

—¡Hazlo! —ordenó Grudje.

Nastasia abrió la boca para terminar la maldición asesina. Lo que salió, sin embargo, fue su propio nombre —¡Nastasia! —gritó.

James parpadeó con confusión. *¿Avada Nastasia?* Rose abrió los ojos, mirando a un lado a la chica de pelo rosa. La varita de Nastasia temblaba en la mano.

—¡Nastasia! —gritó de nuevo, al parecer involuntariamente. Sus ojos parecían perder el foco, a la deriva, casi mirando en dos direcciones diferentes. — ¡Nasti-ashya! —gritó más enfáticamente. —¡Nasti! ¡Ashya! —James tenía la misteriosa e inquietante sensación de que Nastasia estaba discutiendo con ella misma.

—¡Nasti! —gritó, bajando poco a poco la varita en la mano. —¡Ashya!

—¡NASTII!

—¡ASHYA!

Grudje se adelantó con impaciencia. Llegó para arrancar la varita de la mano de Nastasia, para hacer el horrible acto él mismo, pero ella movió su varita, apuntándolo a él levemente, y sin siquiera una mirada de soslayo. El anciano fue arrojado hacia atrás en medio de otro destello de luz roja. Cayó sobre Ralph y se desplomó en el suelo, entre los armarios caídos. Con un movimiento espasmódico repentino, Nastasia tomó su varita en ambos puños, torciéndola y partiéndola por la mitad.

—¿Qué está haciendo? —Rose suplicó con voz chillona, incapaz de apartar los ojos de los gritos de la chica delante de ella.

—Está perdiendo el control de sí misma —dijo James débilmente.

Como para subrayar sus palabras, el rostro de Nastasia comenzó a transformarse. Sucedió con sorprendente y horrible velocidad. Su cabello rosa se encogió mientras las pupilas crecieron, expandiéndose para llenar sus ojos completamente, convirtiéndolos en orbes negros manchados de tinta. Sus mejillas y nariz se aplastaron mientras su boca se abrió como plato, extendiéndose hasta el final de sus orejas rápidamente desaparecidas. Y todavía la boca hablaba, cantando sus nombres duales, volviéndose áspera y ronca. Su lengua salió, larga y roja. Todo el cuerpo de Nastasia creció más delgado. Sus brazos fueron absorbidos en sus mangas. Sus piernas se apretaron bajo la falda, fusionándose en un solo apéndice fibroso.

Fue horrible de ver, pero James no estaba completamente sorprendido. Él sabía que esto era lo que le pasaba a Nastasia cuando ella entraba en guerra consigo misma.

Y por eso lo que sucedió después fue tan completa y absolutamente choquante.

—¡Nasty! —la boca de la serpiente silbó. —¡Ashya! —Y con un húmedo crujido de hueso y un tiró violento, la cabeza se dividió por la mitad.

Rose gritó, encogiéndose contra James, todavía con las manos apretadas. James no podía apartar los ojos de la visión. Mientras el cuerpo de Nastasia continuaba reduciéndose, hasta deslizarse hipnóticamente dentro de su ropa, dos cabezas de serpiente se separaron de su cuello, cada una silbando su nombre, luchando por el dominio sobre la otra. Dos colas enroscadas en el suelo de piedra, golpeando y curvándose.

James saltó hacia atrás cuando la cosa Nastasia se deslizó hacia adelante, perdiendo su capacidad de mantenerse en pie. Fuera de la ropa floja se deslizaban dos serpientes, cada una del tamaño de una pitón gigante, una negra y aceitosa, y la otra de color rosa brillante con relucientes escamas punzantes. Ambas serpientes

silbaban la una a la otra con saña, dando vueltas, subiendo encima de sus anillos y dejando al descubierto sus horribles y relucientes colmillos. Luego, en una explosión de ágil violencia, cayeron a la batalla. Las serpientes se golpearon y curvaron entre sí, formando una mancha de colas golpeadoras y mandíbulas chasqueantes, cada una seguía silbando su nombre en una batalla por el dominio.

Ralph tropezó con todo el cuerpo a cuerpo, la frente le sangraba por la colisión con el armario de Durmstrang. —¿Qué demonios pasa? —exclamó sin aliento, agarrando el brazo de James.

—¡Tenemos que salir de aquí! —declaró James, tirando de Ralph y Rose hacia atrás desde donde peleaban las serpientes. —¡Vamos al Gran Comedor mientras aún tengamos chance!

—¡Oh, no lo creo! —una voz áspera gritó con locura. Una mano agarró el hombro de James, apretándolo como hierro. Otra cayó sobre Ralph, apretando su ropa y tirándolo hasta hacerlo perder el equilibrio. Tropezando, luchando con las manos que parecían hierro, James fue arrastrado por las serpientes golpeantes, lejos de la puerta del aula.

—Ustedes de verdad son una fuente *constante* de problemas —el Coleccionista gruñó con los dientes apretados, sopesando a James y Ralph hacia el armario de Beauxbatons. Rose le siguió, golpeando inútilmente hacia él con los puños. —Afortunadamente —continuó, en plena ebullición a través de una sonrisa enferma —¡Me enorgullezco de mi *ingenio*!

Empujó a James dentro del armario evanescente, golpeándolo contra su pared posterior. Ralph fue lanzado tras él, seguido de Rose, que lucharon y golpearon contra la fuerza sobrenatural del Coleccionista.

—Les concederé esto —jadeó el Coleccionista, sus ojos bailaban con furia loca. —¡Ustedes son intrépidos, y son mucho más afortunados que cualquier mero demagogo debiera ser! —detrás de él, las serpientes negra y rosada luchaban golpeándose salvajemente, sus cuerpos de diez pies entrelazados en una viciosa lucha —¡Pero me atrevo a decir que nada de eso les ayudará a cubrir miles de

millas en los próximos treinta minutos! ¡*Au Revoir*, mis problemáticos jóvenes amigos! —se rió estridentemente.

James luchó por salir del armario, junto con Ralph y Rose, pero la puerta se cerró tras ellos, encerrándolos en la oscuridad sin fisuras.

—¡No! —gritó James, pero no sirvió de nada. Un destello de luz llenó el compartimiento, acompañado de una repugnante sacudida, como si un ascensor cayera de repente de su eje. Un momento después, la gravedad se reafirmó, impulsando a los tres estudiantes fuera del armario, cayendo en un suelo de mármol frío.

James se puso de pie, consciente de que estaba en un espacio totalmente nuevo, con eco y mucha luz dorada. La gente se arremolinaba alrededor, charlando, pero James apenas los ubicaba. Levantó la vista hacia el armario que se había caído. Sus puertas cerradas crujieron lentamente mientras observaba, revelando un grabado en madera de la cima de Hogwarts, dividido de modo que la mitad adornaba cada puerta.

Se levantó de un salto, se lanzó al armario de nuevo, y sin esperar a Ralph y Rose, cerró las puertas de un golpe.

No hubo flash, ni sacudida repugnante. Las puertas solamente se abrieron de nuevo un poco, dejando entrar la curiosa mirada de un montón de niñas en túnicas azules. Ralph y Rose se pusieron de pie frente a ellas. Rose abrió las puertas completamente, con el rostro tenso y pálido.

—Está roto —James anunció sin poder hacer nada. —O destruido desde el otro lado. Él la cerró de alguna manera. Está cerrado nuestro único camino de regreso.

La boca de Rose se abrió silenciosamente, muda por la sorpresa. Junto a ella, el rostro de Ralph era una máscara de ira frustrada. La sangre todavía corría libremente por su frente y mejilla. Voces francesas balbuceaban alrededor y James finalmente reconoció en dónde estaban: Beauxbatons, por supuesto, en el ricamente abovedado atrio dorado en el centro de la escuela. Escaleras blancas

saltaban en curvas dobles a cada lado, alineadas con las ventanas con marcos de metal.

—¿Qué están *ustedes* haciendo aquí? —una voz... afortunadamente no francesa... gritó.

Ralph y Rose se giraron, mirando hacia atrás cuando una figura se acercó. James no creía que fuera posible, pero sus espíritus se redujeron aún más a la vista. Morton Comstock se dirigía hacia ellos, con la cabeza ladeada y una sonrisa sardónica apretada en la comisura de la boca. —No me digan que vinieron a ayudar a que el Profesora Moreau vuelva con seguridad a casa después de tanto tiempo. Si es así, sólo lo perdieron por cerca de tres horas. Su fiesta de bienvenida fue todo un acontecimiento. Nadie celebra como los franceses, ¿eh?

James negó con la cabeza, incapaz siquiera de formular una respuesta a la charla irritante de Comstock. Con cansancio, sin poder hacer nada, salió del inútil armario.

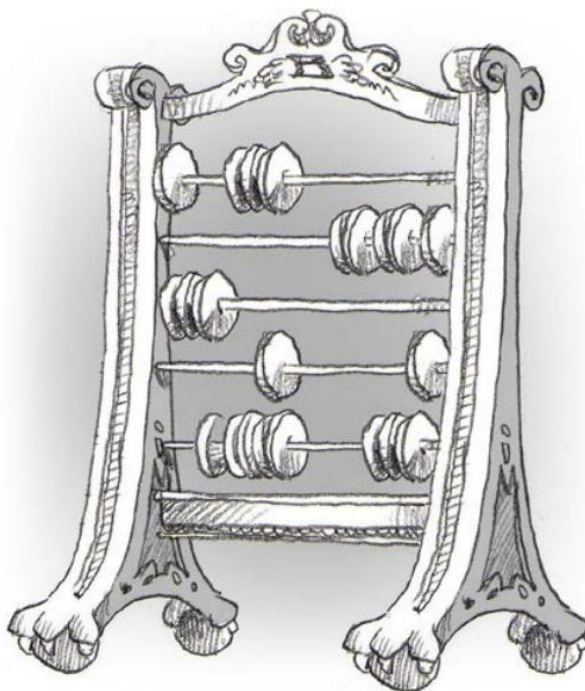
—Tenemos que volver —dijo. —Si no lo hacemos...

—Todo el mundo morirá —Ralph asintió sombríamente. —¿Pero cómo? Tal como dijo el loco ese, ¡Es imposible! ¡Mil millas en treinta minutos!

—Esperen un minuto... —Rose dijo de repente, con sus ojos afilados. Ella miró a Comstock. —¿Desde dónde exactamente acaba de volver este Profesor Moreau?

Comstock se burló y se ajustó las gafas. —Quieren decir desde dónde no ha vuelto —él se rió. —Ustedes no entienden Aritmancia avanzada en absoluto, ¿verdad?

Descartando a Comstock, Rose se volvió hacia James y Ralph, sus ojos brillaban con intención. —Creo —dijo ella, levantando una mano para señalar al chico muggle —que podríamos ser capaces de viajar esas mil millas después de todo...



Capítulo 23

La Constante Colectiva

—No es como un taxi, saben, —dijo Comstock, enderezando sus gafas cuando Rose lo apresuró a caminar. —No pueden saltar a través de países a su gusto. ¡Es complicado!

—Es por eso que *estás* aquí, —dijo James, dando vuelta a la izquierda a un alto arco de mármol y corriendo entre un par de impecables armaduras. Los techos abovedados de cielo azul, decorados con relucientes estrellas doradas, se extendían a lo lejos, lo que parecía millas. Debajo de ellos, vestidos con ropa normal y con sólo unas pocas capas a la vista, estaban un puñado de estudiantes de Beauxbatons, con algunos baúles levitando, otros descansando en recámaras con sillas barrocas y sofás, todos mirando con curiosidad cuando James, Rose, Ralph y Comstock aceleraron el paso.

—¿Quiénes son estos, Morton? —una chica alta con jeans y una camiseta de Rig Mortis llamó con curiosidad.

—Hola Adela, —dijo Comstock cuando Rose lo apresuró. —Amigos, eh, supongo.

—¡*Moorr-ton!* —cantaron un trío de chicas jóvenes caminando en la dirección opuesta, riéndose. La pelirroja de en medio saludó. —*¡Pas si têt!* ¿Cambiaste de opinión sobre las clases de baile?

Morton dio una risa forzada. —En otro momento, Mirielle. Estoy ocupado, al parecer.

—Espera un minuto, —Ralph frunció el ceño, girando con Comstock alrededor de otra esquina. —¿Eres *popular* aquí?

—Es un poquito de algo que se llama *personalidad*, —Comstock declaró con un resoplido. —Podrías aprender muchas cosas. Lo que me recuerda, —añadió, dirigiéndose a Rose. —Tu prima Dominique dice que quiere el cepillo de vuelta que tomaste prestado la última vez en Navidad.

—Si sobrevivimos esta noche, —Rose puso los ojos en blanco, —Va a ser lo primero en mi lista de tareas pendientes.

James espía el aula de Aritmancia Avanzada del frente, tras pasar un par de altas puertas biseladas. —¿Puedes hacerlo, Comstock? —preguntó, arrastrando al muchacho al trote hacia adelante. —¿Nos puedes enviar de nuevo a Hogwarts usando esos abacus gigantes?

—Ábacos, —tanto Rose como Comstock corrigieron simultáneamente. Ellos se miraron con mutua irritación. —Respuesta corta, —Comstock continuó, —No. No entiendes nada de cómo funciona. Sería tonto intentarlo.

—Pensé que eras un genio en esto. —James exigió irritado. —No empieces a decirme ahora que no va a funcionar.

Comstock sacudió su codo lejos del puño de James. —¡No puedo enviarlos allí porque los aritmánticos no respaldan hacer el envío! —exclamó irritado. —¡Así

no es cómo funciona! ¿Cuál es la gran prisa, de todos modos? Incluso, ¿por qué están todos ustedes aquí?

Rose, que había estado yendo y viniendo rápidamente por delante de los tres chicos, se paró bruscamente en el pasillo. Se contuvo por un breve momento, con las manos levantadas ligeramente por delante de ella en un gesto de calma, y luego se dio la vuelta para enfrentarse a Comstock.

—Estuviste allí en el bosque, la noche que encontramos el brujo muerto. ¿Recuerdas?

Comstock parpadeó, obviamente reacio a recordar. —Ehh... sí. No es por ser demasiado sutil en ese punto, pero fui el que lo encontré.

Rose asintió tajantemente. —Él era un mago muy malo y estaba trabajando con un mago aún peor. Juntos crearon una especie de súper arma que va a matar a un montón de gente en, oh, alrededor de veinticinco minutos. Nuestros padres están entre ellos. —miró a Comstock, dejando todo el peso de su ánimo en él como un taladro. —Si logramos regresar inmediatamente, es posible que podamos detenerla. Si no, bueno, es probable que todo el mundo se precipite directamente hacia una guerra mundial y caos. Así que Morton, ¿Puedes ayudarnos a regresar a Hogwarts? ¿O no?

Morton regresó la mirada de Rose sin comprender, aparentemente congelado en su lugar. James esperó tan pacientemente como pudo. Fugazmente, le hubiera gustado tener su varita con él, aunque sólo fuera para poder enviar un rápido hechizo punzante al gran trasero del chico, impactándolo en el acto.

Por último, mirando de Rose a James y luego a Ralph, Comstock sacó un rápido y resuelto suspiro. —¿Qué esperamos entonces? Tenemos algunos ábacos que nos servirán.

James casi se rió con alivio. Juntos, los cuatro estudiantes echaron a correr.

—Así que ¿cómo funcionan? —Ralph preguntó con voz entrecortada mientras trotaba.

—El concepto base es maravillosamente simple, —Comstock respondió, con su voz resonando en el pasillo junto con sus pesados pasos. —¿Han oído hablar de esta cosa llamada Tecnomancia?

—Hemos tomado una clase o dos, —Rose indicó. —¡Sigamos!

—Pues resulta que, —Comstock jadeó, calentando el tema, —todo el maldito universo se mantiene unido por magia. ¡Es esta cosa llamada la Constante Colectiva, y conecta un poco de todo con cada otro poco de todo lo demás! ¡Nada es independiente! ¡Si manipulas un poco de la Constante Colectiva, todo lo demás es manipulado junto con ella!

Rose miró pensativa mientras corría. —Es casi como si el universo entero estuviera conectado por un encantamiento *Protean* gigante...

—Fascinante, —James exclamó sin aliento, cuando se lanzaron al aula de Aritmancia Avanzada, que estaba a oscuras salvo por el brillo dorado del corredor de afuera. Se tambaleó en medio de las filas descomunales de ábacos. —Pero ¿cómo llegaremos a Hogwarts con esto?

—Bueno, esa es la parte realmente genial, —dijo Comstock, pasando a James y señalando los oscuros ábacos. —¡No lo hacen!

Ralph sacudió la cabeza con irritación. Correr siempre lo volvía de mal humor. —¡No tiene ningún sentido!

—Ninguno *te lleva* a Hogwarts, —dijo Comstock, con una nota de triunfo en su voz, —¡porque *ustedes* traen a Hogwarts *consigo*!

Los ojos de Rose se abrieron con nerviosismo. —¡De alguna manera, nos desvinculamos de la Constante Colectiva! —dijo con una voz de temor. —¡Igual que bajarse de un carrusel! ¡Excepto que el carrusel está en todo el resto del universo!

Comstock asintió con entusiasmo. —Entonces, ¡sólo hay que mover la Constante a tu alrededor hasta que el universo esté donde se necesita que esté!

—Esto, —dijo Ralph con sentimiento, —es completa y absolutamente loco.

—No es loco, —James suspiró con impaciencia. —Es sólo cuántico.

—Ambos lo son, —Ralph insistió.

—No tenemos otra opción, —Rose le hizo caso omiso. —Tenemos que intentarlo. Morton, ¿qué hacemos?

—Es realmente simple, —dijo Comstock, y luego pareció cambiar de opinión. —En realidad, no es del todo simple. Es mental y alucinantemente complejo, francamente. Pero afortunadamente para ustedes tres, ese es mi granito de arena. Verán, una vez que te desvinculas de la Constante Colectiva, sólo tienes que mover el universo a tu alrededor hasta que estés donde deseas estar. Das un paso atrás en la Constante y ¡bam! ya está. Yo tengo que hacer todos los cálculos al final para evitar que giren el universo todo de revés bamboleante y tambaleantemente.

Rose miró horrorizada. —¡No puede ser tan peligroso! ¿Cierto?

—Solo estoy exagerando un poco, —Comstock se encogió de hombros, moviéndose delante de un ábaco y crujiendo sus nudillos. —En general, sólo voy a estar manteniéndolos al margen de querer arrastrarse a sí mismos accidentalmente utilizando otros agujeros negros súper masivos y otras cosas. Debe ser lo suficientemente manejable ya que van a mantenerse en el estadio celeste. No se lancen a Neptuno. Aunque la profesora Moreau aparentemente tiene un bonito apartamento allí.

—¿Seguro que puedes hacer esto tú solo? —preguntó Ralph escéptico.

—¿Seguro que pueden encontrar a Hogwarts sin un mapa? —Comstock contestó sarcásticamente. —Ustedes ponen su granito de arena y yo pongo el mío.

James se pasó una mano por el pelo, exasperado. —Entonces, ¿cómo ponemos nuestro granito de arena? ¿Cómo nos desvinculamos de la... constante... cosita?

—Hay un conjuro para ello, —Comstock se encogió de hombros. —Esa es la parte que no les puedo ayudar. Toma simple magia antigua. He visto a Benoît practicarla un centenar de veces. Un chasquido en torno a los tres, con un movimiento rápido hacia arriba, y “*divellere!*”, fino y claro.

James volvió a mirar a Comstock, con su estómago cayéndose precipitadamente. —¿Necesitamos *varitas* para que esto funcione?

—Bueno, no todos ustedes, supongo, —Comstock frunció el ceño. —Pero uno de ustedes, sí, por supuesto. ¿Cómo entonces vas a manipular la Constante? ¿Con tus manos desnudas? —se rió.

—¡Pero no *tenemos* nuestras varitas! —James casi gritó.

—Bueno, —Comstock parpadeó, sorprendido. —¿Entonces qué clase de gente mágica son ustedes?

—Esperen, —dijo Ralph, buscando en el bolsillo interior de su túnica. —Creo que puedo ayudar. —cuando retiró la mano, sostenía su enorme varita. Su punta de verde lima brillaba débilmente en las sombras.

—¡Ralph! —James exclamó, fuera de sí con alivio. —Pero ¿cómo...?

—Mi varita nunca estuvo en el baúl, —Ralph sonrió tímidamente. —La tenía escondida detrás de él para que pudiera quitar el hechizo *Visum Ineptio* y desbloquearlo. Para el momento en que Grudje confiscó el baúl, ya estaba en mi bolsillo.

—¡Pero... pero! —James balbuceó. —Entonces, ¿por qué no la usaste contra Nastasia?

—Quise hacerlo, —Ralph admitió. —Iba por ella justo cuando me sorprendió.

—Realmente podría casi besarte ahora mismo, Ralph, —dijo Rose seriamente. —Pero tenemos que volar. ¿Cuál era el conjuro, Morton?

—*Divellere*, —Comstock repitió, haciendo una pantomima del movimiento que lo acompaña. —Dibuja un círculo alrededor de los tres con la varita, entonces muévela rápidamente hacia arriba.

Ralph asintió he hizo una profunda respiración. James y Rose se agruparon lo más posible cerca de él, uno a cada lado. Con cuidado, lentamente, Ralph apuntó con su varita y comenzó a girar sobre sí mismo, arrastrando sus pies por el camino.

James y Rose se movieron con él, cuidando de mantenerse en el arco invisible definido por la punta verde de la varita de Ralph.

—No se ve como si estuviera haciendo algo, —James murmuró.

—¡Cállate! —Rose amonestó. —¡Traerás mala suerte!

Ralph completó el círculo. Luego, señalando con la varita hacia arriba, exclamó “¡*Divellere!*”

No pasó nada, excepto que Comstock se inclinó hacia delante con ambas manos y movió media docena de perlas del ábaco. Ellas resonaron en su lugar con firmeza. Después, sin levantar la vista a James, Rose y Ralph, pareció esperar.

—¿Y ahora qué? —James le preguntó. Extrañamente, Comstock parecía ignorarlo. James seguía ansioso. —¡Oye! ¿Qué hacemos ahora? ¡No funcionó! ¿Probamos otra vez?

Comstock continuó ignorándolo. Se quedó mirando las cuentas del ábaco, estudiándolas con atención.

—Voy a darle otra vuelta... —dijo Ralph, pero mientras avanzaba extendiendo nuevamente su varita, el aula se alejó de ellos, en un alucinante y borroso movimiento. Rose jadeó mientras las paredes oscilaban al pasar, mostrando micro destellos de vida alrededor de Beauxbatons. Un instante después, todo el palacio en sí se contrajo al tamaño de un modelo, aunque era uno absolutamente perfecto en detalle, hasta en los bancos de las brillantes ventanas, en los techos cónicos de azul profundo, en las delgadas corrientes de humo blanco emitidas por docenas de chimeneas y al acantilado blanco sobre el cual estaba asentado el edificio. Los pinos cubrían las colinas y los valles de los alrededores, azul profundo en oscuridad.

—Hagan lo que hagan, —dijo Ralph con los dientes apretados por la concentración, —No... miren... hacia... abajo...

James inmediatamente lo hizo. Bajo sus pies no había nada más que espacio vacío, con una caída que parecía estar a cientos de pies. Un halcón giraba muy por debajo, bordeando su sombra a través de un oscuro y silencioso bosque.

—Tu varita, —susurró Rose, sonando con miedo y vértigo. —¡Muévela de nuevo, Ralph! Pero... *más lento* esta vez.

Con mucho cuidado y cautela, Ralph movió su varita hacia adelante alrededor de una pulgada. En respuesta, el palacio de Beauxbatons se apartó a un simple pinchazo de color azul pálido, acompañado por una ráfaga de aire fresco nocturno. Un borrón de colinas y valles se desenrollaron bajo los pies de James. Aldeas, campos, cercos de carreteras salpicados con ocasionales faros distantes, todos corrían a lo lejos, girando sobre el arco del horizonte debajo de una neblina distante. James se mareó con la vista. En menos de un segundo, sin embargo, el movimiento se desaceleró y cesó. Ahora, los tres estudiantes se cernían en lo alto de una suave costa, con tierra oscura alrededor y brillante luz de luna en el océano de abajo. Barcos eran salpicados por las diminutas olas, luciendo como insectos de agua a tan gran altura.

—Todo está en tu varita, —Rose respiró. Miró a un lado a Ralph, con los ojos brillantes.

Ralph bajó la mirada hacia su varita, haciendo un gran esfuerzo para mantenerla quieta. —Así que... —dijo lentamente. —¿Nos movemos al mover mi varita...?

—¿No estabas prestando atención en absoluto? —Rose regañó impacientemente. —¿Nos estábamos quedando inmóviles! ¡Cuando mueves tu varita, se mueve *todo el universo* que nos rodea! ¡Y Comstock hace el seguimiento del progreso de ella suavizando todas las arrugas a medida que nos movemos! Por eso estuvo allí sentado mientras pensábamos que el hechizo no había funcionado. No habíamos ido a ninguna parte todavía, ¡así que él no tuvo nada que manipular!

Ralph arrugó su rostro en concentración. Asintió lentamente, luego cambió de opinión y negó con la cabeza. —Todo esto es completamente loco, —dijo de nuevo, enfáticamente.

—A quién le importa cómo funciona, —interrumpió James. —Vamos por el camino equivocado. ¡Y cerca de ninguna parte por ir lo suficientemente rápido!

¡Tenemos que ir al otro lado de Francia, hasta más allá de Inglaterra! ¡Vamos, Ralph! ¡Salgamos antes de que se estropee!

Ralph volvió a suspirar, armándose de valor. Luego, en un largo y rápido movimiento, señaló con la varita hacia atrás por encima del hombro.

El mundo rodó lejos por debajo de ellos, girando hacia delante esta vez. Las nubes se abalanzaron por delante en grandes ondulaciones ensordecedoras. Las ciudades pasaron de prisa bajo sus pies en rayos de luz amarilla. Las montañas se elevaron por delante y se encogieron por detrás en cuestión de momentos. Incluso la luna giraba lentamente por encima, pasando y saliendo entre las brumas y nieblas, parpadeando a través de bancos de nubes de tormenta.

Una tira resplandeciente de agua azul rodó sobre la curva de la tierra, dividiendo la masa oscura de la tierra.

—¿Ese es un río? —dijo James, alzando la voz por encima del rugido del viento.

—¡Ese es el Canal de la Mancha!—Rose exclamó por atrás. —Y más allá, ¡tiene que estar Londres!

El mundo se estaba reduciendo por debajo de ellos, deteniéndose gradualmente.

—¡Más, Ralph! —James presionó. —¡Estamos apenas a mitad de camino!

Ralph asintió. Dio un paso hacia atrás, de alguna manera controlando la permanencia en el mismo lugar, y extendió el brazo hacia atrás de nuevo, sacando su varita en un largo y profundo arco.

Inmediatamente, la tierra giró incesantemente debajo de ellos de nuevo. El Canal de la Mancha pasó rápidamente. Londres corrió por debajo, en un borrón de luces y maraña de calles cuadrículadas, inmediatamente reemplazadas por campos abiertos. Las pequeñas ciudades y pueblos barrieron por debajo como cometas, conectados por serpenteantes caminos rurales y gruesas autopistas, salpicadas con luces.

—¡Llegamos! —proclamó Rose señalando, su pelo azotando salvajemente sobre su cara. —¡Bájanos lentamente, Ralph!

—¿¡Cómo!? —el chico grande dijo estridentemente.

—¡No sé! —dijo Rose. —¡Solo hazlo!

El mundo de abajo se apartó, mezclándose en colinas y acantilados escarpados. Los bosques resonaron al pasar, cubiertos con mantas de aire fresco nocturno. Las montañas se alzaron en picos dentados por delante, desplegándose hacia ellos a una velocidad sorprendente.

James miró a un lado a Ralph. —¡Bájanos! —dijo, haciendo gestos vagamente con las manos. —¡Y más lento!

Ralph pasó su varita de nuevo hacia adelante con cuidado, sujetándola ahora con las dos manos. En respuesta, el desagradable giro de la tierra se convirtió en un simple rollo. Poco a poco, parecía moverse hacia arriba, llegando a su encuentro.

—¡Fácil! —gritó Rose, colgándose del codo de Ralph. —¡Cuidado!

—¡Estoy siendo tan cuidadoso como puedo! —Ralph declaró lacónicamente. —¡Tengo el universo entero en mis manos aquí!

—¡Ya está! —gritó James, señalando con un dedo hacia adelante. —¡Ese es Hogsmeade! ¿Ves? ¡Ahí están las vías del tren y todo lo demás!

Rose asintió, olvidando su miedo cuando familiares puntos de referencia comenzaron a deslizarse por debajo de ellos. —Sólo un poco a la izquierda, Ralph... —instruyó, calmando su voz. —Derecho sobre esos árboles. ¿Ves? ¡Ahí está el lago! ¡Casi estamos allí!

Sorprendentemente, Ralph parecía lograr el descenso de lo que estaba haciendo. Movi6 su varita en barridos suaves hacia adelante y hacia atrás, inclinándola ligeramente de un lado a otro, como si el universo fuera una bola de algodón de azúcar rebotando en la punta de color verde lima.

El castillo de Hogwarts apareció a la vista, levantándose sobre los árboles del Bosque Prohibido. La cabaña de Hagrid emergió a continuación, seguida por terrenos cubiertos de hierba, inundados por la luz de la luna. Las ventanas del gran salón brillaron como el oro fundido.

—¡Brr! —James declaró repentinamente, abrazándose a sí mismo cuando el castillo se extendió más de cerca, llenando su visión. —¿Por qué hace tanto frío?

Rose miró a su alrededor, con la cara pálida en el aire de la noche. —Sí, —dijo con voz preocupada. —Este no es un frío de verano. Creo que está... ¡Eso es! ¡Mira! ¡En realidad está nevando!

Ella señaló. Efectivamente, mientras Ralph manipulaba el castillo por debajo de ellos, girando suavemente, borrosas motas blancas pasaron, cayendo como confeti en un viento helado.

—Algo está muy mal, —murmuró James mientras el mundo se redujo, alzándose para reunirse con ellos. —Esto es malo...

—¿Debemos ir directamente al Gran Comedor? —preguntó Ralph, todavía concentrado en su varita, empujando el universo con movimientos más y más suaves. —Es sólo que es bastante difícil aparcar esta cosa en un centavo, ustedes entienden...

—¡No! —Rose declaró de repente. —¡Aún no! Tenemos que hacer una parada en el camino.

—¿Qué quieres decir con “hacer una parada”? —exigió James. —Como Comstock dijo, ¡esto no es un taxi!

—Sólo confía en mí, James, —Rose insistió. Señaló hacia la derecha, hacia la torre de Gryffindor. —¡Por ahí! Al este de la torre...

—¿Quieres que nos detengamos en el dormitorio de las chicas? —Ralph aclaró con el ceño fruncido de nerviosismo.

—Oh santo cielo, —dijo Rose lacónicamente. —Cierra los ojos si crees que debes. Nadie va a estar allí a esta hora. Necesito algo.

Ralph dio un suspiro de resignación y dirigió el universo en un amplio arco, atrayendo la torre de Gryffindor hacia ellos. En cuestión de segundos les llenó la vista, así que James pudo ver cada piedra y cada línea de hormigón. Luego, con un escalofrío, Ralph sorteó la Torre a través de ellos. Pasaron por las paredes de piedra y se encontraron en una sala circular, afortunadamente vacía. Las camas se alineaban en las paredes, en su mayoría sin hacer, rodeando a una elegante estufa de hierro.

—Se parece al dormitorio de los chicos, —comentó Ralph.

—Sólo que esperaba que fuera... más ordenado, de alguna manera, —añadió James.

Rose puso los ojos en blanco. —Solo será un momento.

—Más vale que sea importante, —James suspiró lacónicamente.

Rose se alejó cuidadosamente de Ralph. Mientras lo hacía, pareció traspasar una especie de frontera invisible. Tropezó por un momento, como si la orientación del universo fuera un poco diferente de la burbuja conjurada por Ralph. Recuperándose rápidamente, se lanzó a una de las camas (James se dio cuenta que era la que estaba ordenada) y se arrodilló ante el baúl del escalón. Lo abrió, rebuscó en él brevemente, y luego se enderezó y se apresuró a regresar hacia James y Ralph. Cuando se acercó a ellos, se detuvo y parpadeó confundida.

—¿Dónde están? —susurró, agitando su mano izquierda en el aire como si sintiera algo. En su mano derecha había un pequeño bolso de azul brocado.

—¡Estamos aquí! —James respondió enojado. Ella no reaccionó a su voz, igual que Comstock cuando James lo había llamado antes. Al parecer, la misma magia que los separaba del universo y les permitía volar a través de las paredes como fantasmas, también los hacía indetectables a cualquiera fuera de la influencia del hechizo.

James se inclinó hacia delante con cuidado, para mantener el resto de su cuerpo en la esfera proyectada por la varita de Ralph, y tomó la mano a tientas de

Rose. Ella retrocedió instintivamente y, a continuación, le permitió halarla a su interior. Ella tropezó de nuevo, reorientando únicamente la gravedad del hechizo.

—¿Entonces, qué es eso? —James preguntó, señalando el bolso en la mano de Rose.

—No te importa, —dijo entre dientes con impaciencia. —¡Ralph, llévanos hasta el Gran Comedor! Tenemos menos de veinte minutos, si Grudje (o el Coleccionista, o Avior, o quien sea) no estaba mintiendo de cuando iba a desencadenar La Red Morigan.

James suspiró y asintió rápidamente a Ralph. —Vamos, —él estuvo de acuerdo.

—¿Entonces, qué vamos a hacer cuando lleguemos allí? —preguntó Ralph, moviendo su varita suavemente hacia adelante de nuevo, empujando hacia atrás el universo. El dormitorio de las chicas se extendió, sustituido por las paredes de piedra de la Torre de Gryffindor y sus muchas torres anidadas.

—No lo sé, —James respondió con honestidad. —Creo que vamos a hacer lo que siempre hacemos.

—¿Y qué es? —preguntó Rose, agarrando el bolso azul claro con las dos manos cuando Ralph dio la vuelta al castillo por debajo de ellos, empujando el Gran Comedor a la vista.

James se encogió de hombros. —Nos daremos cuenta a medida que avancemos, —respondió.



Estaba nevando más fuerte ahora. Grandes y gruesos copos sonaban y oscilaban en el viento, rayando las ventanas doradas al pasar por el Gran Comedor cuando Ralph se movió más cerca, sorteando la posición de éste frente a ellos. Era un sentimiento profundamente inquietante... la extraña tormenta de nieve en verano; la sensación de manipular todo el universo que los rodeaba; el conocimiento de que este último momento de relativa calma y serenidad, no tardaría en sucumbir a la tensa acción cuando intentaran detener La Red Morrigan...

Las ventanas se hicieron más y más grandes cuando Ralph los acercó, moviendo su varita con destreza. James pudo ver las ondas en el vidrio de una antigua ventana cuando ésta llenó su visión. Formas se movían a lo lejos, como destellos bajo el agua. Luego, con un golpe y un estremecimiento, la ventana se extendió más allá de ellos y pasaron al interior del Gran Comedor. Una constelación de velas flotantes los rodeaba, parpadeando benignamente bajo el techo encantado (el cual mostraba gruesas nubes de tormenta y soplos silenciosos de copos de nieve). James miró desde su curiosa perspectiva. Las largas mesas de las casas se habían transformado en una docena de grandes mesas redondas, cada una cubierta de inmaculada tela blanca y adornada con platos dorados, copas de cristal y enormes arreglos florales de los invernaderos. Alrededor de las mesas estaban decenas de personas, todas charlando ruidosamente, asintiendo con entusiasmo, disponiendo de los sobrantes de lo que parecía haber sido un banquete singularmente suntuoso. Mientras James observaba, el presidente de Rusia, (identificado por la tarjeta y la bandera colocada frente a su puesto) levantaba su copa vacía, mirando con asombro cauteloso cuando ésta se volvió a llenar por sí sola en el aire.

—¡El Reloj! —Rose exclamó en voz baja, señalando. —Ubiquémonos allí debajo de él, detrás de los retratos de los directores... tal vez nadie nos note de inmediato.

Ralph asintió y giró su varita, inclinando el universo suavemente a la izquierda, girando a su alrededor para que el reloj estuviera más cerca. Debajo de ellos, la réplica de la Fuente de la Hermandad Mágica brillaba, enviando sus

géiseres de agua alrededor y a través de ellos. James podía oler la frescura del agua, pero no sintió nada al pasarla.

—Lily y el resto de los estudiantes embajadores, al parecer, están tomando un descanso, —dijo James, espiando a su hermana sentada en medio de un grupo de sus compañeros de clase, en un pequeño pedestal adosado, a la derecha del estrado. Estaban charlando en voz baja, sonriendo y señalando discretamente a los diversos líderes mundiales. —¡Tenemos que sacarlos de aquí!

—Si podemos desencantar el reloj, —Rose insistió tensamente. —¡Entonces, todo va a estar bien!

Ralph dio un empujón a su varita con suaves movimientos rápidos, casi como si estuviera pintando con ella, y subió al estrado debajo de ellos. Los retratos de los directores, vistos desde la parte posterior, flotaban hacia arriba bloqueando la vista del resto de la Sala.

—¡Ahora! —susurró Rose.

—¿Entonces, cómo paramos toda esta cosa de la Constante Colectiva? —preguntó Ralph, deteniendo su varita temblorosamente. —¡Comstock olvidó decirnos ese pequeño detalle!

—Prueba el conjuro de nuevo, —James sugirió. —Con un movimiento hacia abajo esta vez.

Ralph se encogió de hombros valientemente, todavía manteniendo su varita lo más estable posible. En voz baja, dijo, —*Divellere!* —y movió la varita hacia abajo.

James se tambaleó cuando sus pies tocaron el suelo de la tarima. Por un momento, hubo una sensación de desorientación extrema, como si el universo de alguna manera, simplemente hubiera recordado que él estaba allí y lo hubiera reclamado a la fuerza, entonces todos los ejes de la realidad parecieron realinearse de nuevo.

—Esa fue una buena deducción, James, —Rose dijo sin aliento, poniendo una mano en la garganta.

Ralph dio medio paso hacia adelante con los hombros encorvados, y se asomó entre dos de los retratos de director y más allá de la fuente. —No creo que nadie nos haya notado, —susurró.

James se unió a Ralph, mirando a la multitud que charlaba. Titus podía ser visto vagando cuidadosamente alrededor del perímetro de la sala. Lucinda Lyon parecía estar situada en la puerta.

James miró hacia abajo. Rose estaba de rodillas junto a él, extendiendo sus manos a través de las patas de bronce de uno de los caballetes del retrato más cercano a la fuente.

—¡Rose! —él la tocó con el pie. —¿Qué estás haciendo?

—¡Cállate! —dijo ella con voz ronca, todavía extendiéndose hacia a la fuente.
—¡Esto no es tan fácil como parece!

—¡Parece que estás a punto de conseguir que nos atrapen!

—Bien, —proclamó, cayendo de nuevo en cuclillas y limpiándose un hilo de sudor de la frente. —¿Entonces ... qué hacemos ahora?

James levantó la mirada. Desde este ángulo, el enorme Reloj de cinco caras era una dorada monstruosidad, con sus engranajes, manillares y péndulos claramente visibles detrás de los complicados adornos de marfil. Sólo la cara central continuaba marcando el tiempo de forma audible, con un ruido como patas de araña bailando en una capa de hielo.

—Necesitamos entrar en él, —susurró James, asintiendo con la cabeza hacia el Reloj. —Tenemos que lograr sacar el bastón de Magnussen si podemos.

—¡Pero no es así como funciona! —Rose susurró a su vez, agarrando su hombro. —¡Si sólo lo removemos, La Red Morrigan se desencadenará más pronto!

—Bueno, ese fue el plan de sus padres, ¿no? —dijo Ralph, encogiéndose detrás de ellos.

—¡Ellos no sabían que era un error, —Rose puso los ojos en blanco, —porque *ustedes dos* se olvidaron de decírselo! Por suerte para todos nosotros, el Cáliz no era el detonante. El bastón lo es. ¡Si nos limitamos a sacarlo de un tirón, va a liberar toda su energía en ese mismo momento!

—Entonces, ¿cómo lo detenemos? —preguntó James con temor, mirando de Ralph a Rose.

Rose juntó sus puños en señal de frustración. —¿Cómo debería saberlo? ¡Fue tu maldita idea hacer las cosas mientras avanzamos!

—Espera un minuto, —Ralph interrumpió, entrecerrando los ojos. —Crone Laosa dijo que la reliquia podía ser *reemplazada*. Pero tenía que ser sustituida por algo igual de potente...

—Y que sea algo que pertenezca a la misma persona, —Rose asintió con impaciencia. —Pero, ¿qué bien haría eso?

—¡No! —dijo James, luchando por mantener la voz baja. —¡Ella dijo que tenía que ser sustituida por algo *relacionado* con la misma persona! No tiene por qué haber pertenecido a ella. Simplemente tiene que estar conectada con ella de alguna manera.

—Esa tendría que ser una conexión condenadamente fuerte, —Ralph suspiró, sacudiendo la cabeza. —De cualquier manera, ¿dónde vamos a encontrar una cosa así? ¡Sólo tenemos menos de dieciocho minutos!

—¿Qué demonios?—una voz profunda interrumpió, susurrando lo más bajo posible. —Sabía que podía encontrarlos a todos ustedes aquí.

Ralph se sobresaltó con tanta violencia que se cayó, casi llevándose con él la fila de retratos de los directores. James se desplomó, al reconocer la voz. Dio media vuelta y miró hacia atrás.

—Hola Titus, —Rose suspiró. —Nada se le pasa, ¿verdad?

—En este caso, —Titus Hardcastle protestó, con su varita perezosamente sujeta en una mano del tamaño de un jamón, —Es menos vigilancia profesional y

más familiaridad a largo plazo. Después de lo que hicieron sus padres, tuve la sensación de que los vería esta noche a los dos. A Deedle, también. Y ahora, entreguen sus varitas.

—No tenemos nuestras varitas, —Rose contestó, dando a Ralph una breve mirada de advertencia. —El Director Grudje nos las confiscó todas.

Hardcastle asintió. —He oído hablar de eso, en realidad. Gracias a Dios por los pequeños favores.

—Titus, —James dijo rápidamente, poniéndose de pie. —Usted tiene que escucharnos. No estamos aquí para hacerle una broma o algo estúpido como eso. ¡Estamos aquí porque algo terrible está por suceder en pocos minutos y tenemos que detenerlo! Si usted nos ayuda...

—Oh, ya sé todo sobre eso, —Titus asintió, guiando a los estudiantes por delante de él, llevándolos fuera de la tarima y hacia el pedestal de los estudiantes embajadores. —Tu padre lo explicó con gran detalle en el camino de regreso al castillo. La Red Morrigan, dijo. La peor arma en todo el mundo mágico. Va a matarnos a todos con una explosión interconectada de magia concentrada.

—¡Sí! —James asintió, un pequeño aumento de esperanza brotó de su pecho. —¡Excepto que no fue el Cáliz de Cristal, como lo pensamos! ¡Es el Reloj! ¡Justo ahí! ¡Usted nos puede ayudar a detenerla! Puede...

—Ponerlos en custodia temporal aquí en el Gran Comedor, —Titus interrumpió secamente, —y gracias por no hacer una escena. Ya he informado al Ministro de la falsa alarma que tu padre causó. Lo último que necesitamos es que todos ustedes griten un maldito asesinato delante de todo el mundo, magos y Muggles por igual. Se sientan aquí con los estudiantes embajadores y no dicen ni una sola palabra. ¿Comprenden?

—¡Pero Titus! —Rose insistió. —¡No es una falsa alarma! Es...

—¡Ni... Una... Palabra... Más! —Titus gruñó peligrosamente, mostrándoles su varita. —No quiero tener que aplicarles el encantamiento *Lengua Atada*, pero lo haré para mantenerlos callados si es necesario.

—¡James! —Lily siseó por encima y detrás de él. —¿Qué estás *haciendo* aquí?

James no se atrevió siquiera a mirar hacia atrás a su hermana. Hasta el momento, su plan (tal como estaba) fallaba miserablemente. A su alrededor, los líderes mundiales, Muggles y magos por igual, charlaban inconscientemente. La música de la sala sonaba rítmicamente desde un violín encantado, un contrabajo y un clavicémbalo, instrumentos que tocaban alegremente por sí solos al lado izquierdo de James.

Y el Reloj sobre la tarima marcaba progresivamente, con la aguja de los minutos descansando justo antes de las nueve. Si la amenaza de Avior había sido exacta, tenían apenas dieciséis minutos para el final. Satisfecho con los estudiantes sometidos, Hardcastle dio media vuelta, bajando su varita a su lado.

De repente, Ralph se agitó junto a James. Se puso de pie, blandiendo su varita y apuntándola detrás de Titus.

—*Desma...*

Hardcastle se giró tan rápido que fue casi un borrón. Su varita se encendió al instante, desatando un delgado rayo blanco. Ralph se estrelló de nuevo en su asiento con tanta fuerza que toda la fila de estudiantes por encima de él, se desplomaron hacia atrás, con los pies asomados en el aire y débiles voces protestando en confusión.

Un murmullo de alarma recorrió las mesas redondas. Varias personas se pusieron de pie. Los agentes de la Oficina de Integración Mágica alrededor del presidente estadounidense, se animaron en posturas de vigilancia cautelosa.

Hardcastle dio un paso rápido hacia delante, agarró la muñeca de Ralph con una mano, y tiró la varita de éste con la otra.

—Tonto, —gruñó furiosamente. —Muy tonto.

—Titus, —Rose chilló, retorciéndose las manos delante de su pecho. —¡En serio! ¡Este es un gran, *gran* error!

—¡Silencio! —Hardcastle hervía, —o juro que serás la siguiente, y me importa un duro huevo de Hipogrifo quién sea tu mamá. ¡Todos! —llamó, dándose la vuelta, levantando la varita de Ralph en su puño carnoso y poniendo una sonrisa siniestra en su rostro. —Son unos simpáticos conjuros escolares. No hay nada de qué preocuparse. Todo está bajo control. Vuelvan a sus cenas.

—¡No! —James exclamó, saltando sobre sus pies, con su voz resonando hasta el techo encantado. —¡Definitivamente *no* todo está bajo control! Algo terrible está a punto...

Hardcastle se giró hacia James, con su varita intermitente en posición vertical una vez más y con la cara roja de furia. Iba a golpear a James con una maldición *Lengua Atada*, para silenciarlo antes de que pudiera terminar la frase. Instintivamente, antes de que James siquiera supiera lo que estaba haciendo, levantó su mano derecha, olvidando por un momento que no llevaba una varita.

La magia surgió de sus dedos en fríos arcos azules. Los rayos golpearon a Hardcastle, arrojándolo justo al lado. Voló por el aire y se estrelló en la mesa más cercana, dispersando copas, soperas y platos dorados como bolos. Los comensales se reunieron alrededor de la mesa retrocediendo con miedo y shock, abriéndose paso con dificultad. La mitad de las personas se agacharon por el terror. La otra mitad buscó a tientas sus varitas. El resto de la sala estalló en un rugido mezclado de sorpresa, pánico y rabia.

—¡Alto! —James gritó, moviendo su brazo delante de él, con la palma hacia afuera en un gesto conciliador, pero la magia continuaba crepitando en sus dedos como un rayo azul eléctrico y frío como el hielo, dibujando arcos intermitentes que barrían el aire. La multitud retrocedió con miedo. Incluso los otros Aurores, James se dio cuenta, mantenían una distancia, a pesar de sus varitas levantadas, apuntándole con inquebrantable precisión.

—¡Aturdirlo! —Hardcastle rugió, luchando por salir de la mesa, con el mantel enredado en su cinturón y arrastrándolo tras él. —¡Derríbenlo!

Rayos rojos cortaron a través del aire desde cinco direcciones diferentes, convergiendo sobre James. Cada uno, sin embargo, se apagó inofensivamente a

meras pulgadas de su cuerpo, como si una fuerza invisible se arremolinara a su alrededor, desviando los hechizos de los Aurores.

James se quedó en estado de shock por su mano extendida. Zarcillos de energía helada se cerraron alrededor de sus dedos, punzando y crujendo como un generador. Miró hacia atrás, con los ojos desorbitados. Rose simplemente lo miró fijamente, con las dos manos tapando su boca. Ralph estaba todavía medio desplomado en el nivel más bajo del pedestal de los estudiantes embajadores, congelado en el acto del forcejeo, con sus ojos muy abiertos, iluminados con la magia intermitente de la mano de James.

—Yo... —James comenzó vacilante, sintiendo que la habitación estaba repentinamente esperando oírlo, —eh... *nosotros*, quiero decir... ¡estamos aquí para ayudar! ¡Todo el mundo, a las puertas! ¡Tenemos que salir de aquí inmediatamente! ¡Y lo más lejos posible!

Esto fue recibido por un largo momento de completo silencio desconcertado. La única persona que se movió fue Hardcastle, quien había recuperado sus pies y logrado desenredarse del mantel. Miró a su alrededor a la multitud atónita. Entonces, pareció darse cuenta que había perdido el control de la situación, señaló a las cerradas puertas dobles en la parte trasera de la sala.

—Ya han oído al chico, —gritó. —¡Todo el mundo fuera, antes de que él haga cualquier otra cosa!

La sala se llenó de repente con el chirrido de sillas y el ruido alarmado de pies. Voces se elevaron, primero confundidas por la alarma, luego uniéndose al creciente pánico. James estaba profundamente satisfecho al ver a la gente congregándose detrás de las puertas dobles, arrastrándose para salir. Este alivio, sin embargo, se agrió rápidamente en consternación cuando las puertas dobles se mantuvieron firmemente cerradas, a pesar de la multitud clamorosa.

—¡Está bloqueada! —alguien gritó.

—¡¿Dónde está la llave?!

—¡Titus! —este grito provino de Lucinda Lyon, desde su puesto junto a la puerta. James apenas podía verla estirando el cuello para mirar hacia atrás en la apiñada y agitada multitud. —¡Titus! ¡Las puertas no se mueven! ¡Están bien selladas!

—¡Háganse a un lado! —Hardcastle llamó, levantando su varita y caminando hacia adelante. La multitud se abrió ante él con ansiedad, dándole un pasaje libre a las altas puertas dobles.

—James, —Lily le dijo al oído, con su voz pequeña y asustada. —¿Qué está sucediendo? ¿Cómo haces eso con la mano?

Sacudió la cabeza, dando media vuelta para mirarla, con su mano todavía levantada en el brazo extendido, crepitando con la helada magia azul. —No sé, Lil. Pero va a estar todo bien. Sólo... quédate un poco atrás.

—¡EXPULSO! —Hardcastle rugió, con su varita destellando hacia adelante en un largo y poderoso movimiento. Un rayo de luz azul profundo golpeó las puertas, explotando vívidamente y sacudiendo el suelo de mármol muy por debajo de los pies de James. Cuando las chispas se dispararon, sin embargo, las puertas permanecieron cerradas e intactas.

La multitud empezó a dispersarse, corriendo hacia las ventanas, aumentando la ansiedad, al parecer con la esperanza de romperlas.

Sin embargo, Hardcastle estaba delante de ellos. Apuntó su varita de nuevo a la más lejana de las altas ventanas de la sala. Otra ráfaga azul brilló, acompañada de un masivo estremecimiento y una explosión de chispas. La ventana se mantuvo entera y completamente intacta.

—Todas están congeladas, —dijo Lily con asombro. —¡Mira el cristal! ¡Está cubierto de hielo! ¡Tal vez por eso Titus no puede romperlo!

Sorprendente e inexplicablemente, Lily tenía razón. Todas las ventanas, incluyendo el enorme ventanal sobre la tarima, estaban recubiertas con placas de hielo, hasta el punto de la opacidad.

—James, —Hardcastle exigió, ubicado al otro lado de la sala, con su varita hacia abajo. —Olvídate del cómo. ¿Por qué estás haciendo esto?

—¡No soy yo! —exclamó James, sacudiendo el crepitante destello que llenaba su mano. —¡Eso es lo que he estado tratando de decirle! Algo terrible está a punto de suceder, ¡pero no soy el que lo hace!

—No, —la voz de una mujer joven interrumpió fríamente. —Soy yo.

Todos los ojos en la sala se volvieron, siguiendo el sonido de la voz de la mujer. Ella estaba de pie en el estrado, situada en frente de la brillante lluvia de la fuente y sus estatuas doradas.

Era Petra.

Para los ojos de James, ella lucía exactamente igual como la había visto la última vez. Un vestido de tela monótona giraba sobre sus piernas debajo de un suéter de color azul pálido. Llevaba el pelo recogido en una coleta ordenada. Cuando él la miró, ella volvió sus ojos para encontrarse con los suyos. Ellos estaban fríos, pero no del todo carentes de sentimiento. Ladeó la cabeza ligeramente y levantó una mano hacia él, no en una señal, sino en una especie de movimiento de captura, como si estuviera arrebatando una pelota invisible de la nada.

La crepitante y helada magia desapareció de la mano de James. Él bajó la mirada hacia ella con sorpresa.

—Y te agradecería, James, —Petra dijo con una pequeña sonrisa afectuosa, — que ya no pidas prestada mi magia.



Capítulo 24

La pregunta más desconcertante

Dejando a Titus parado sin palabras en medio del piso del Gran Comedor, James corrió para encontrarse con Petra que se encontraba tras la fuente brillante.

—¡Petra! —jadeó. —¡Es el Reloj! ¡Podrías ayudarnos a apagarlo!

Por alguna razón, él esperaba que ella mostrara alarma, o que preguntara a qué se refería, o saltar desde el estrado y unirse a él. En lugar de ello... como debería haber sabido... ella simplemente asintió con tristeza. —Sé que es el Reloj, James. Sé qué hay dentro de él. Y sé exactamente lo que va a pasar en quince minutos, cuando el reloj marque las ocho.

James la miró consternado. —Entonces, estás aquí para ayudarnos, ¿verdad? —preguntó, sabiendo mientras preguntaba, que ese no sería el caso. El hielo cubriendo las ventanas y sellando la puerta hacía todo muy claro.

—No —respondió ella con un suspiro profundo. —Estoy aquí para ver. Y esperar.

Rose se unió a James, junto con Ralph y Lily.

—Hola Petra —dijo Lily, dando a la chica mayor un pequeño saludo. — ¿Dónde está Izzy?

—Está en casa —Petra sonrió débilmente. —Me alegro de verte, Lil. Lo siento por todo esto.

—Pero si sabes todo lo que va a pasar —dijo Rose. — ¿Por qué no lo detienes?

Petra apretó los labios con irritación dolorosa. —Mira —dijo ella, finalmente bajando de la tarima para unirse a James y los otros. —Yo *no* sé todo lo que pasará. ¿Por qué todo el mundo piensa que lo sé todo de alguna manera? Soy una hechicera, no una profetisa.

—Pero —dijo James, volviéndose cuando Petra pasó junto a él —¡pero tú sabías lo que nosotros sabíamos cuando nos encontramos en el mirador de tu abuelo! ¡Y recién ahora dices que sabías todo sobre el Reloj, el bastón de Magnussen y La Red Morrigan!

—¿El qué de Magnussen? —Hardcastle frunció el ceño, moviéndose cerca, su varita lista pero su duro rostro arrugado con confusión. — ¿Cuál mirador? —detrás de él, el resto de docenas de líderes de gobierno, embajadores y diplomáticos observaba con agitación inquieta y preocupados ojos brillantes. Los otros aurores se quedaron atrás, tomando posiciones de protección alrededor de la multitud.

—Sólo sé las cosas que sé —dijo Petra, girándose de nuevo hacia James y bajando la voz —¡Porque lo contraté a *él!* —hizo un gesto con su mano derecha. Con un crujido y una nube pálida de humo, un hombre apareció junto a una de las mesas abandonadas. Era delgado, con una cara anodina y llevaba un sombrero flácido, una gabardina desaliñada y una corbata burdeos a rayas suelta.

—Estoy visible ahora, ¿no? —dijo, mirando a su alrededor un poco nervioso. Su acento estadounidense era inconfundible. —Puedo decir que soy visible porque toda la gente me mira repentinamente. Claro indicio.

—Está a salvo, Sr. Parris —le aseguró Petra. —Ya le he dicho, La Red Morrigan no daña a los muggles. El punto es —se giró de nuevo hacia James. —Es todo a causa de *su* trabajo de investigación que yo sé todo esto. Él rastreó la historia familiar de Nastasia Hendricks. Él descubrió la conexión entre Rechter Grudje y el Profesor Avior. Trazó los movimientos de Judith cuando ella trajo el plan con todo, trayéndonos hasta aquí esta noche.

—Espera un segundo —dijo Hardcastle, acercándose aún más hacia Petra y James —Así que esta Red Morrigan, ¿Realmente será liberada esta noche?

—¡Eso es lo que hemos estado tratando de decirte! —gritó Rose, la ira crecía en su voz. —¡Nuestros padres nos creyeron, y los arrestaron por ello!

Hardcastle la ignoró, con los ojos todavía sobre Petra. —Pero no lastimará a ninguno de los muggles, ¿cierto?

Rose se volvió hacia él con furia. —¡Lo hará una vez que todos los magos y brujas estén muertos y Grudje y sus asesinos empiecen a tomarlos uno por uno!

La multitud se agitó de nuevo, cada vez más tensa.

—Petra —susurró James, posándose junto a la chica de cabello oscuro y haciendo caso omiso a la repentina bronca entre Rose y Hardcastle. —Mi padre está aquí. Él y Tía Hermione y Tío Ron, están encerrados detrás del estrado, en la antecámara. Y Lily está aquí con nosotros, por no hablar de Rose, Ralph... tu puedes dejarlos salir, ¿cierto?

Ella negó con la cabeza lentamente, sin mirarlo a los ojos. —Te dije que te mantuvieras alejado de todo esto, James —murmuró. —Te lo advertí. No puedo ayudar a ninguno de ustedes ahora. Ojalá pudiera, pero no puedo.

—¿Pero por qué? —presionó James, comenzando a desesperarse. —Petra, ¿Por qué esto tiene que pasar? ¿Por qué no puedes detenerla, o al menos dejar que todo el mundo se vaya antes que suceda?

—¡La Red Morrigan no puede ser detenida! —siseó Petra con su fría cara agrietándose. —¡Parris y yo no pudimos aprender mucho al respecto, pero sí sabemos que una vez se pone en movimiento es imparable!

—¡No! —la interrumpió James. —¡Se *puede* detener! Sólo tenemos que encontrar algo igualmente...

Ella le pasó por encima, levantando la voz. —Y no puedo dejar que nadie se vaya... ni una sola persona... porque si lo hago, ¡No va a ser tan tentador para *ella*! ¡Sólo aparecerá si todo va según lo planeado! ¡Ella no se arriesgará a aparecer... y enfrentarme... si su plan se desmorona! ¡Ella acaba de empezar de *nuevo* con un plan, uno mucho peor! ¡Solo vendrá si La Red Morrigan en realidad estalla y mata a cada bruja y mago aquí! ¡No lamentará *esas* pérdidas para el mundo, porque ella ama la muerte! ¡Vive para el caos! ¡Es la única cosa que la traerá hacia mí!

—¡Pero eso es una locura! —exclamó James, agarrando el brazo de Petra, poniéndola frente a su rostro. —¿Por qué, Petra? ¿*Por qué* tienes que enfrentarla?

—*¡Porque tengo que matarla!* —gritó Petra, su voz voló hacia las vigas rompiéndose en ecos rodantes.

El Comedor se quedó en silencio a raíz de la declaración. Incluso Hardcastle y Rose se callaron. James miró a Petra, sorprendido y un poco horrorizado. No era que no creyera que Judith merecía morir. Era que no era una certeza, aunque costara su vida y la de cada mago y bruja en el salón, que Petra pudiera verdaderamente derrotarla.

Y la peor parte fue la expresión del rostro de Petra. Era incómodamente claro que, a pesar de su decisión, ella dudaba de esto también.

—Es por eso que dejaste a Izzy en un lugar seguro —susurró James, comprendiendo todo. —A pesar de que eres más poderosa con ella a tu lado, no podías arriesgar su vida.

—Estoy dispuesta a morir por todo esto al final —dijo Petra, reafirmando la mandíbula y parándose derecha.

—¿Y nosotros moriremos así?

—Puede que no se llegue a eso —suspiró Petra, pareciendo encogerse ligeramente ante los ojos de James. —Espero que no pase. Si puedo derrotarla rápido... si todavía hay tiempo...

Detrás de Petra, algo repentinamente salpicó en la Fuente de la Hermandad Mágica. James miró, sus sentidos se intensificaron en un estado de alerta casi doloroso, y vio las olas saliendo sobre el borde de la piscina reflectante. El agua golpeó los talones de las estatuas, creciendo agitada y áspera, como si algo grande se abarrotara justo debajo de la superficie.

El público ya ansioso retrocedió aún más, presionando en vano contra la puerta principal del Comedor, mientras el agua caía sobre el borde de la piscina como una cascada hacia abajo del estrado y salpicando el suelo de piedra. Luego, con un profundo grito desgarrador, las estatuas por sí solas comenzaron a estremecerse, a ladearse, a inclinarse...

—¡Detrás de mí! —Hardcastle gruñó con urgencia, moviéndose para ponerse entre los estudiantes y la fuente, con su varita levantada.

Con una voz cantarina Petra advirtió, —Yo no haría eso si fuera tú...

En el estrado, la estatua del mago cayó, inclinándose hacia adelante y estrellándose sobre el borde de la piscina. La estatua centaura cayó también, derribando un tercio de los retratos de los Directores como una fila de fichas de dominó. La bruja y el elfo doméstico le siguieron, golpeándose uno contra el otro, la estatua de la bruja se rompió por la mitad. Sólo la estatua del hombre muggle permaneció, inclinándose y chirriando ominosamente, sus manos levantadas en éxtasis sin sentido. El agua siguió decantando y cayendo como cascada por el borde de la fuente, cuando de repente saltó hacia arriba en una especie de brillante bulto verde alrededor de las rodillas de la estatua restante. Y luego, de forma masiva, el bulto estalló, transformándose en una alta figura femenina, aparentemente compuesta por completo por un torrente de agua. El agua de la piscina cayó detrás de ella y comenzó a solidificarse, incluso cuando dio un paso adelante fuera de la piscina, y otro en el húmedo estrado, llegando a pararse casi en el lugar exacto donde había aparecido Petra primero.

—¡Buenas noches a todos! —anunció la mujer acuosa, su voz sonando todavía con un ligero gorgoteo. —¡Confío en que todo el mundo lo esté pasando muy bien!

Hardcastle disparó. Su rayo de magia pasó a través de la figura resplandeciente, explotando en prismas. La mujer sacó una mano perezosamente, casi de manera casual, y se convirtió en un tentáculo de agua retorcido. Se estiró por toda la sala y golpeó a Hardcastle en donde se encontraba. Por segunda vez en la noche, el gran Auror voló por el aire. Esta vez, sin embargo, golpeó una mesa y la rompió por la mitad, explotando y enviando su contenido en todas direcciones con horrible finalidad. La multitud acurrucada se encogió, gritó y se dispersó lejos de la mesa rota. En consecuencia inmediata, Hardcastle no hizo ademán de levantarse.

—Petra, cariño —dijo la mujer acuosa, desestimando la violencia repentina y bajando al piso principal. —Te he echado de menos. Y yo sé que me has extrañado. De lo contrario, no hubieras buscado tanto y tan duro para encontrarme. Y con tu linda mascota muggle para ayudar.

Marshall Parris reconoció la referencia a sí mismo. En lugar de ser ofendido, él levantó la mano y se quitó el sombrero brevemente. —Feliz de estar de servicio. Me iré por mi camino entonces.

—Vas a estar bien, Parris —repitió Petra, sin apartar los ojos de la figura acuosa que se aproximaba. —Te lo dije, la Red no hiere a los muggles.

—Correcto, mi hermana —la figura acuosa estuvo de acuerdo, finalmente solidificándose completamente en la forma que James más temía. La Dama del Lago lucía resplandeciente en un largo vestido blanco, su ajustada falda en capas y con su blusa sin mangas con diamantes brillantes incrustados. Su espeso cabello rojo colgaba desde un alto moño. —La Red Morrigan no hiere a Muggles. Yo sí, por supuesto.

—No si te detengo —dijo Petra, retrocediendo un poco lejos de Judith, moviéndose en un espacio abierto en el centro del piso del Comedor. James vio esto cautelosamente, retrocediendo, empujando a Rose, Lily y Ralph detrás de él.

—¿Pero por qué detenerme? —presionó Judith, ofreciendo a Petra una encantadora sonrisa. —Has venido hasta aquí conmigo. Supongo que has tenido un afortunado cambio de corazón.

Petra no respondió. En respuesta, ella apuntó con su mano derecha, con los dedos extendidos hacia Judith. Una lanza de luz verde azulada surcó por el aire. Judith la desvió, pero fue obligada a retroceder un paso en el proceso.

—¿No estás interesada en hablar? —dijo, sin dejar de sonreír, pero con un poco más de cautela. —Ha pasado un año, hermana. Pero quizás quieras ver la diversión conmigo y luego charlar, una vez que nuestra hambre de destrucción haya sido saciada.

—No soy como tú —dijo Petra con calma, con la cara fija con sombría determinación —Tu amas la muerte. Yo defiendo la vida.

—Es confuso eso —dijo Judith, frunciendo el ceño en broma. —Después de todo, tú pusiste en movimiento todo esto con ese maravilloso truco en Nueva Ámsterdam, hace un año. Y si no me equivoco, es tu hielo el que tiene encerrado a estos pobres tontos entre nosotras, sellando su destino.

—Solo para atraerte y enfrentarte.

—¿Tú sola? —preguntó Judith, arqueando las cejas. —¿Sin Izzabella? ¿Qué tipo de reunión es esta si no estamos las tres aquí?

—Esto es entre tú y yo —Petra respiraba, aun rodeando a Judith, su cuerpo se puso tenso y cauteloso. Ella golpeó de nuevo, utilizando sus manos desnudas para lanzar otra andanada de brillo a su némesis. Judith lo desvió, esta vez con una risa disimulada. Respondió, girando y lanzando un rayo de flagrante púrpura sobre Petra, pero estaba preparada, agachándose y conjurando un resplandeciente y brillante escudo. El rayo de Judith golpeó el escudo y se hizo añicos, pero Petra lo esquivó, lanzándose hacia la izquierda.

—¡Esto no tiene sentido, hermana mía! —dijo Judith, sin dejar de reír. — ¡Sigue haciéndolo y te perderás toda la diversión!

Rápidamente, Petra se giró en el lugar, formando una pirueta agraciada, y luego cayendo repentinamente en cuclillas, con el brazo izquierdo levantado, y su brazo derecho apuntando a Judith con la palma hacia arriba. Por encima de ella,

cada vela flotante del Gran Comedor se arremolinaba, condensadas en un ciclón apretado de flamas y cera, y siendo lanzadas a la mujer vestida de blanco.

Judith cruzó sus antebrazos desnudos frente a su rostro, y luego separó los brazos de nuevo. La flecha de velas encendidas se rompió, enviando velas rotas y cera caliente volando para todos lados.

Petra ya se estaba moviendo de nuevo. Gesticulando con ambas manos, levitó un par de mesas abandonadas, una a cada lado. Sus manteles revoloteaban y sus contenidos flotaban sobre ellas, formando coronas de brillantes cubiertos y platos. Con un movimiento de cada muñeca, Petra arrojó las mesas a Judith. Se inclinaron por el aire como cuchillas de sierra, rodeadas de sus vajillas en movimiento.

Judith dio unas palmadas y las mesas se estrellaron entre sí como platillos, irrumpiendo en decenas de pedazos y ensuciando el piso entre ella y Petra.

—¡Esto no tiene sentido, querida! —cantó, y sin embargo al oído de James, sonaba un poco sin aliento. Casi parecía como si Judith estuviera a la defensiva.

Petra golpeó de nuevo. Levitando la estatua dorada del mago, y la lanzó hacia abajo tras Judith, quien la dividió en dos antes de que pudiera golpearla, y luego empujó ambas mitades, chocando contra las paredes a ambos lados de la sala. El moño de su pelo se estaba deshilachando, sin embargo, y a pesar de su sonrisa, sus ojos lucían obsesionados, salvajes, bailando con creciente rabia. Ahora, era Judith quien rodeaba, deslizándose alrededor del claro en el centro de la pista, mientras que Petra la acechaba.

—Sabes, hermana mía —dijo Judith, su voz astillando. —¡Estoy empezando a dudar de tu determinación! ¡No creo que quieras matar a todas estas personas después de todo!

—¡No, no quiero! —gritó Petra, rompiendo su temperamento.

—¡Una vergüenza! —respondió Judith, aun alejándose de Petra, dando vueltas, acercándose a James una vez más —Porque estaba disfrutando esta pequeña contienda, y ahora me la has entregado...

—Creo que no —Petra hervía, tensando a atacar una vez más.

—¡Oh, pero si lo has hecho! —con eso, Judith golpeó primero, y con la velocidad del rayo. Ella no golpeó a Petra, sin embargo. James abrió la boca y se tambaleó hacia atrás cuando un rayo de agua pasó junto a él, delgado como una hoja y brillante como el hielo, emanado desde el dedo índice izquierdo de Judith. Se dio la vuelta para seguir a su objetivo y vio el dedo de hielo pasando a través del hombro de Rose, justo por encima de su corazón. La fuerza de este hizo que ella chocara contra el muro de piedra, pero no permitió que cayera. Ella colgaba de la lanza de hielo brillante, clavada en la pared junto a ella, incluso cuando la sangre comenzó a florecer en su blusa. Ella lo miró con su cara como una máscara de pura sorpresa. Su bolso celeste cayó de sus manos, vacío.

—¡No! —una voz gritó con rabia dolorosa. James se sorprendió de que no fuera la suya. Se dio la vuelta, con los sentidos endurecidos en shock, y vio a Petra dando grandes zancadas hacia él, con el rostro desencajado. —¡Rose! —exclamó, levantando la mano hacia la chica que sangraba.

Judith disparó hacia Petra con la mano derecha, aprovechando la distracción. Petra lo bloqueó, pero ineficaz, con una sola mano, aun acercándose a Rose con la otra, corriendo a reunirse con ella. Judith rió estridentemente y atacó de nuevo, esta vez rompiendo las defensas de Petra. Una tercera explosión de luz blanca estalló contra el costado de Petra, botándola y golpeándola frente a la tarima.

—¡Es una lástima! —reprendió Judith, su mano izquierda todavía extendida hacia Rose, manteniendo la lanza de hielo clavada en ella. —Una batalla de titanes, arruinada por la más aburrida de todas las debilidades: el sentimentalismo. Estoy muy decepcionada de verdad...

Mientras hablaba, se acercó a Petra, que estaba luchando de pie, aturdida. Judith levantó el brazo derecho, transformándolo en otro tentáculo acuoso. Se deslizó hacia Petra, torciéndose alrededor de ella, y levantó su cuerpo en el aire. La ligera chica luchó, pero sus manos estaban bajo la forma líquida. En segundos, el tentáculo cubrió a Petra en una especie de capullo líquido viviente. Judith se rió con deleite, fuerte y desanimada, mirando cómo Petra luchaba, su cabello flotaba sobre ella en la bola de agua arremolinada, sus mejillas abultadas, aferrándose al poco aire que tenía.

Judith sacudió el brazo lejos, rompiendo el contacto con la prisión acuosa de Petra, y provocando al mismo tiempo que se congelara. La enorme bola de hielo se estrelló contra el suelo, sólida como una piedra, empañada tan densamente que la misma Petra era apenas visible en el interior.

—Espero que al menos aprecies la ironía —sonrió Judith, ladeando la cabeza ante la hechicera congelada frente a ella. —Tú, hermana mía, no eres la única que puede usar el hielo como un arma.

Con eso, Judith retiró la lanza de hielo desde el hombro de Rose, quien cayó al suelo desarmada, la sangre corría libremente por su lado derecho, con el rostro pálido y con manchas. James y Ralph corrieron hacia ella, dejándose caer de rodillas a cada lado y tomándole las manos, una cada uno.

—¡Oh! —dijo Judith, volviéndose hacia ellos y colocando una mano en la mejilla. —Lo siento, James Potter. ¿Fui y mate a *otro* de tus primos?

—¡Rose! —gritó James con urgencia, agarrando la mano. —¡Dime que no estás muerta!

—No estoy muerta —susurró Rose débilmente.

Sorprendentemente, el detective muggle, Marshall Parris, se agachó a la derecha de James.

—Presión es lo que necesita —dijo en voz baja, desatando su corbata. —He visto suficientes informes de lesiones en las oficinas de viejos abogados como para aprender algo. Toma esto y sostenlo con fuerza contra la herida. —así lo hizo él, asintiendo con la cabeza hacia Ralph para que le ayudara.

—Tenemos que conseguirle ayuda de inmediato —dijo Ralph, su voz baja y furiosa mientras presionaba el fajo de tela contra el hombro de Rose. —No podemos dejar que suceda de esta forma...

James asintió con la cabeza sin poder hacer nada, sabiendo que era muy poco lo que podían hacer.

—¡*Tan* noble! —asintió Judith. —Tan rico con el drama. ¿Les duele saber que no hay esperanza? ¿Hmm?

James miró por encima del hombro. Ella le sonrió.

—Tu padre está a punto de morir, James —le recordó, manteniendo el contacto visual. —Como debería haber pasado el verano pasado. Porque, ha sido casi un año exacto, ¿no es cierto? Y ahora, aquí estamos de nuevo. Y realmente, es mucho mejor esta vez. ¡Todo el grupo está aquí! Tu tía y tío. Tu hermana. Tus amigos. Y, por supuesto, muchos de sus maravillosos líderes y protectores. Pero, por desgracia —ella se detuvo, mirando a otro lado ligeramente. —Nos falta *una* persona importante...

Chasqueó los dedos.

Rechter Grudje cayó de la nada frente a ella, estrellándose contra el suelo. Se puso de pie, con los ojos desorbitados, buscando su entorno. Cuando sus ojos se encontraron con la mujer delante de él, se estrecharon.

—¡Tú! —hervía. —¡Cómo te *atreves!*

—Oh, yo sé que soy traviesa —Judith rió entre dientes —Pero no podía simplemente dejar que te quedaras en tu oficina de director y te perdieras toda la diversión ahora. ¿Ibas a hacerlo?

—Te refieres a matarme como a estos —Grudje respiraba, su voz vibraba de rabia. —Pero que no se te olvide, ¡Yo no tengo *varita!*

Hizo un gesto para enfatizar su mano vacía. El efecto fue arruinado, sin embargo, por la varita destacando en la palma de su mano. Se sobresaltó al verla, e intentó tirarla lejos. Ésta volvió firme y rápido, adhiriéndose a la mano como si fuera pegamento.

Judith chasqueó la lengua con reprobación. —Una debilidad tan tonta para un arma tan maravillosa como La Red Morrigan —dijo. —Pero me he ocupado de eso, como puedes ver. Ni una sola persona en este Salón será capaz de despojarse de su varita. Después de todo, eso sería como hacer trampa, ¿no? Lo que me pregunto, ¿Qué es una bruja o un mago sin su varita?

—Debería haberte matado al igual como lo hice con Worlick —gruñó Grudje, poniéndose de pie nuevamente y enderezando su túnica.

Judith se rió con desdén ante su amenaza. —Mi querido "Coleccionista", si no hubiera sido por mí, tú y tus patéticos esclavos muggles aún estarían cavando a través de las ruinas de Nueva Ámsterdam en busca de baratijas mágicas, con la esperanza de inventar *algo* lo suficientemente poderoso como para alimentar la Red. Si no te hubiera presentado a la Srta. Hendricks y el precioso bastón de su antecesor...

Suspirando felizmente, ella miró el Reloj.

—Pero, por desgracia, ¡Aún quedan 5 minutos para el final! —dijo, adoptando un aire de impaciencia petulante. —¿Qué vamos a hacer hasta entonces?

Una figura acurrucada junto a James, apretada entre él y Marshall Parris. Levantó la vista y vio que era su hermana, Lily. Tenía la cara pálida y con los ojos abiertos. El pinche se había caído de su cabello, dejándolo colgando desordenadamente sobre su rostro. En el suelo detrás de ella, Judith continuaba paseando alrededor inquieta.

—Lo sé —anunció de repente, con entusiasmo. —¡Vamos a excusar a alguien!

Una oleada de esperanza desesperada revolvió sobre la multitud. Voces empezaron a gritar, ofreciéndose. James miró a su alrededor, algo satisfecho de ver que casi ninguno de los voluntarios eran los líderes del gobierno, Muggle o de otro. Sospechaba que no era porque no querían estar a salvo, sino porque reconocían una artimaña mezquina cuando oían una.

—Elegiré a uno de ustedes para salvarlo del caos que habrá —anunció Judith alegremente, mirando a su alrededor. —Quien elija no será asesinado por La Red Morrigan. Ni tampoco por la masacre que habrá después. Sí —asintió con la cabeza, mirando hacia atrás a los líderes mundiales a sus espaldas —sí, esa parte es verdad, me temo. Ninguno de ustedes saldrá de esta habitación con vida. Pero aun así, uno de ustedes no tendrá que tolerarlo —ladeó la cabeza tímidamente —Dado

que a uno de ustedes... lo mataré ahora mismo —dijo sonriendo. —¿No será divertido?

—James —susurró Lily débilmente, aferrándose a su brazo.

—¡Un voluntario! —exclamó Judith, girando hacia Lily. —¡Y nada menos que un Potter! Que conmovedora. El Niño Que Vivió creció para convertirse en el padre de... —desenvolvió la mano, transformándola en un tentáculo contorsionado —¡La Chica Que Murió!

Ella se rió mientras el tentáculo volaba por el aire hasta Lily. James lanzó a su hermana detrás de él, gritando con desesperación mezclada y rabia, interponiéndose entre ella y el frío tentáculo de la Dama del Lago.

Estoy a punto de morir... pensó, apretando los ojos cerrados, y lo último que escuché de mi padre fue que está orgulloso de mí...

En vez de una lanza de hielo mortal, sin embargo, un chorro de agua tibia golpeó a James, mojándolo donde se encontraba.

Abrió los ojos. Judith se puso delante de él, con el brazo extendido pero terminando en un muñón vacilante y goteante. Ella levantó el brazo en disolución y lo contempló con evidente sorpresa. Volviendo a mirar de nuevo a James, entrecerró los ojos y lanzó su brazo de nuevo. Se extendió, serpenteando, llevando consigo corriente de agua goteante, y después se disolvió a la distancia, estrellándose contra el suelo con un rotundo *plaf*.

—¿Qué...? —respiró ella, su voz temblaba de confusión —¿Qué es esto...? ¿Cómo puede esto...?

Lo intentó de nuevo, con ambos brazos. El resultado fue el mismo, sólo que ahora los brazos se disolvieron hasta los hombros. Ella miraba hacia ellos, con su boca abierta.

De repente, se dio la vuelta, volviendo su atención a la gigantesca bola de hielo que formaba la prisión de Petra, como si ella esperara que se rompiera en pedazos, liberando a Petra, con una sonrisa burlona de complicidad. Al ver el capullo de hielo intacto, sin embargo, Judith se desplomó, haciendo crecer sus

brazos nuevamente un poco descuidada. Suavemente, sin poder hacer nada, ella comenzó a reír.

James vio esto con creciente confusión. Lily se puso de pie detrás de él, aferrándose y mirando alrededor de su hombro.

La risa de Judith aumentaba, creciendo en duras ráfagas, sin aliento de tanta risa. Y luego, de repente, la risa se transformó en tensos sollozos. Se dio la vuelta de nuevo, y sus ojos estaban muy abiertos, salvajes, abultando su cara, muertos como canicas.

— ¡Dónde! —dijo con voz ronca, todavía riendo y sollozando incontrolablemente. — ¡Te escucho! ¡Sé que estás ahí atrás! ¡AHORA!

Ella se sacudió, convirtiendo sus brazos en tentáculos de nuevo. Estos azotaron al otro lado del salón en esta ocasión, fluido y espático, apuntando a nada. Judith se rió, se quedó sin aliento, y de repente, dejó escapar un espeluznante grito vibrante.

Rechter Grudje fue lanzado a un lado con uno de los tentáculos. Al ver esto, el resto de la multitud entró en pánico. La gente comenzó a correr en todas direcciones, tratando de evitar los apéndices retorcidos de Judith. Los embajadores estudiantiles se revolvían detrás de su plataforma, gritando de terror. Judith se aproximó al centro de la pista, con la cabeza echada hacia atrás, su pelo cayendo desde su moño, su boca gritando, cacareando, sollozando, balbuceando tonterías debajo de los ojos muy abiertos, totalmente embrujados.

— ¡¿Qué pasa con ella!? —gritó Lily, su voz tan alta que era apenas audible.

James miró hacia atrás, hacia la cara de susto de su hermana, y luego más abajo. Rose todavía yacía estropeada contra la pared, la corbata de Marshall Parris todavía comprimía su hombro con las grandes manos de Ralph. Ella miró a James a los ojos, luego hacia abajo, hacia el bolso azul abandonado en el suelo junto a ella. Estaba claramente vacío. Pero en las sombras de su abertura, James vio los inconfundibles restos de vides secas, polvo de hoja rota y una sola fresa espinosa.

¡Las plantas *Yuxa Baslatma!* ¡Las que habían venido desde Durmstrang, enredadas en la túnica de Rose! ¡A *eso* había parado en su dormitorio! Eso es lo que había estado haciendo agachada debajo de los caballetes cuando habían llegado primero. Rose... que al principio se negó a creer en la existencia de la Dama del Lago... había descubierto su mejor debilidad: *viaja por el agua*.

Rose había envenenado el agua, llenándola con veinte Inductores de Sueño.

Y ahora, once minutos después de su llegada, cada fragmento de esas alucinaciones forzadas estaban haciendo efecto en la mente despierta de Judith, volviéndola absolutamente loca.

Por desgracia, la locura de Judith estaba impulsando un peligroso alboroto mortal. Parecía estar creciendo en tamaño, saltando, ondulando y transformándose en un chapoteo líquido, perdiendo la capacidad de mantener su forma. Corrió en todas direcciones, gritando, cacareando, su pelo revuelto volando y sus ojos en blanco permanente. Sus brazos tentaculares divididos en pares, y luego separándose de nuevo, formando un látigo octópodo, golpeando al azar contra la multitud dispersa. James vio impotente cómo la forma acuosa causaba horribles estragos en el Salón, aterrorizando a sus ocupantes que huían. Por encima de su cabeza, el Reloj marcaba sucesivamente. Faltaban apenas tres minutos para el final.

Judith volvió a gritar, tan fuerte y violentamente que sacudió el suelo. Con una aparente fuerza de voluntad, retiró sus tentáculos y se llevó las manos a la cabeza, como si tratara de forzar sus locos pensamientos en un aparente orden. Cuando abrió los ojos nuevamente, estos brillaban intensamente azules. Su boca se ceñía en un gesto de intensa concentración. Miró a su alrededor, vio a James, Rose, Ralph y Lily, y *silbó* distendiendo su mandíbula en una horrible boca como de gato. Sus brazos explotaron en tentáculos de nuevo, y los ocho se lanzaron hacia adelante, con puntas de frías garras.

Una rosa y ágil forma golpeó a Judith en el pecho como una flecha, interrumpiendo su objetivo y tirándola a un lado. Las garras heladas golpearon el suelo de piedra y se rompieron en pedazos. La forma rosa... una retorcida serpiente de más de diez pies de largo... se enterró en el pecho semilíquido de Judith y salió de su espalda, abriendo sus propias mandíbulas en un siseo vicioso. Judith miró la

cola rosada sobresaliendo de su pecho y comenzó a reír incontrolablemente, su sentido de la lucidez se perdió una vez más, abrumada por las visiones locas de sus despiertos sueños. Agarró la cola color rosa y tiró de ella. La serpiente salió disparada de su pecho con violencia, junto con una explosión de horrible agua negra.

—Nastasia —dijo Rose débilmente, de alguna manera audible por encima del estruendo de gritos y caos —regresó...

—Una parte de ella —dijo James asintiendo con la cabeza, aturdido con asombro.

En el centro del piso del Comedor, la hinchada y desintegrada figura de Judith continuaba luchando con la rosa serpiente retorcida de Nastasia, como lo habían hecho hace meses en los pasillos durante la medianoche. Si no fuera por el debilitado estado demencial de Judith, podría haber sobrepasado a Nastasia. Pero como estaba, la batalla estaba sorprendentemente igualada. Finalmente, con un rugido de furia, Judith cayó completamente. El torrente diluido de su cuerpo corría por el suelo, llorando de rabia inhumana, y cayendo por una rejilla, escapando a las alcantarillas profundas. La serpiente de color rosa fue tras ella, usando sus mandíbulas para arrancar la reja de zócalo y deslizándose rápidamente por el agujero, tratando de perseguirla.

De pronto el salón parecía estar extrañamente tranquilo. Titus Hardcastle gemía y se agitaba desde los escombros de la mesa rota. Velas rotas yacían por el suelo de piedra, como trozos de tiza, algunas con sus llamas todavía vacilantes y consumiéndose. Los restos de la Fuente de la Hermandad Mágica yacían detrás del estrado, brillando entre los escombros de las mesas rotas y sus contenidos destrozados.

De repente, un fuerte y astillado *crac* resonó en todo el salón. James se giró hacia el sonido para ver la prisión de hielo de Petra con gruesas fisuras blancas, expandiéndose mientras miraba, sonando débilmente. Un instante después, el capullo de hielo se rompió, rociando trozos de hielo por todos lados sobre el suelo de piedra. Donde éste estaba situado previamente, con su pelo y ropa mezcladas con hielo, Petra se puso de pie rígidamente.

James corrió a reunirse con ella.

—¿Cómo está Rose? —Petra dijo sin aliento, con su voz ronca.

—¡Ella está... no lo sé! —respondió James frenéticamente. —Ralph la está ayudando, creo. Tu amigo detective también.

Rígida, Petra volvió la cabeza hacia Rose y pareció concentrarse en ella. Después de un momento, dijo. —Ella estará bien. Por ahora, al menos.

James asintió comprendiendo. Petra había estabilizado la lesión de Rose de alguna forma. Era una de esas cosas de Hechicera que ella conocía cómo hacer.

Petra miró a la puerta doble en la parte trasera de la sala. Otro agrietado *crac* hizo eco alrededor del salón y las puertas se estremecieron.

—Vayan —dijo sordamente, asintiendo con la cabeza hacia las puertas. — Están desbloqueadas. Que todo el mundo salga de aquí.

Lucinda Lyon dio un fuerte tirón a las puertas. Con un montón de hielo, se abrieron parcialmente. La gente empezó a arremolinarse, formando un cuello de botella con pánico en su prisa por escapar.

—¡Petra! —exclamó James, agarrando los hombros de Petra. —¡Es demasiado tarde! ¡El Reloj! ¡Será liberado en apenas un minuto! ¡No vaciaremos el Salón antes de tiempo! ¡Tenemos que detener La Red Morrigan!

—No se puede detener —Petra suspiró profundamente, sin esperanza. —No podemos moverlo. No podemos sacar el bastón de ahí. Judith ganó.

James sacudió la cabeza con impaciencia desesperada. —¡Se *puede* detener! ¡Sólo tenemos que cambiar la cosa dentro de ella! ¡Si tan sólo pudiéramos encontrar algo tan poderoso como el bastón de Magnussen, y conectarlo de alguna forma, pero bueno!

Petra rió sordamente, sacudiendo la cabeza. —Oh, ¿Eso es todo? —ella le empujó débilmente hacia las puertas. —Vamos, James. Escapa si puedes. Estoy demasiado agotada para ayudar. Si estuviéramos en la ciudad, podría ser

diferente. Pero aquí... —ella se encogió de hombros y se tambaleó. James la agarró y pasó un brazo alrededor de ella para apoyarla.

La voz de Ralph llamó por sobre la multitud clamorosa. —¡James! ¡Y qué hay de tu sueño! —dijo, estirando el cuello para mirar hacia James por encima del hombro, incluso mientras continuaba presionando la herida de Rose. —¡Se suponía que sería la respuesta a nuestra pregunta más desconcertante! Esto tiene que ser, ¿no? ¡Cómo detener La Red Morrigan! ¡Con qué reemplazarlo! ¡Piensa de nuevo en tu sueño!

James sacudió la cabeza en señal de frustración. —¡No puedo! ¡No hay tiempo! —él miró el Reloj de nuevo. El minuterero iba hacia delante, dirigiéndose hacia el número doce. Había menos de un minuto en el reloj. Y entonces, mientras miraba el Reloj, algo que Marshall Parris había dicho revoloteó en su mente...

He visto suficientes informes de lesiones en la oficina de abogados del viejo para aprender un par de cosas...

—*Quinn gana* —susurró James, con los ojos muy abiertos. Él miró hacia Ralph. Marshall Parris todavía estaba de cuclillas junto a él, sosteniendo a Rose con un brazo detrás de sus hombros. —Hey Sr. Parris —llamó James —Dígame, ¿La frase "Quinn gana" significa algo para usted?

Parris parpadeó en confusa sorpresa. —¿Cómo...? —comenzó, luego ladeó la cabeza y frunció el ceño. —Era el lema de mi viejo. No es mi papá, pero sí el hombre en cuya casa crecí. Lo tenía en carteles por toda la ciudad, la publicidad de su bufete de abogados. "Quinn gana". Estúpido pero pegajoso. Pero... ¿Cómo puedes saber eso?

—Porque —dijo James, saltando de emoción —¡Es la respuesta a nuestra pregunta más desconcertante!

Petra sacudió la cabeza en confusión —¿De qué estás hablando, James?

—El callejón donde murió su madre —dijo James rápidamente, repitiendo el sueño en su cabeza. —Ella tenía el arma... ¡el arma que mató al Profesor Magnussen hace varios años! La misma arma que usted tenía —declaró James,

alzando la voz cuando se volvió a Parris —¡cuando se encontró con su asesino, años más tarde! ¡Le salvó antes! Es... es una especie de amuleto de buena suerte, ¿no? ¡Te mantiene a salvo! ¡Es por eso que eres buen detective, incluso en el mundo de los magos! ¡El arma que mató a Magnussen tomó su poder, al igual como podría hacerlo una varita!

Petra se enderezó y dirigió la cabeza hacia Parris. —El talismán —dijo con asombro, casi entre risas — ¿es esa antigua *pistola* tuya? ¿De verdad?

Parris puso los ojos en blanco. Suavemente, desenganchó a Rose y se levantó. Metió la mano en su gabardina y sacó una antigua pistola sucia. James la reconoció de inmediato.

—¡Esa es! —gritó, corriendo hacia el detective con la mano extendida. —¡Es la clave para detener La Red Morrigan! ¡Es tan poderosa como el bastón... *más* potente, ya que lo derrotó! ¡Y está conectado a Magnussen de la manera más importante de todas! ¡Lo acabó!

—Espera, chiquillo —dijo Parris, reteniendo la antigua arma lejos de la mano de James. —No sé quién eres, y estoy seguro que no sé de lo que hablas. Esta cosa era de mi madre. Es importante para mí, y es peligrosa. El hecho de que sepas el lema de los carteles de mi viejo, no significa que vaya a entregarla...

—Dásela, Parris —dijo Petra.

—Ninguna posibilidad, muñeca —respondió Parris con firmeza.

Petra suspiró con impaciencia. —Te pagaré mil galeones por ella.

—Aquí tienes, chico —asintió Parris, dejando caer la vieja arma en la mano abierta de James.

Detrás de ellos, inconscientemente, la gente se agolpaba en las puertas parcialmente abiertas, abriéndose paso con terrible lentitud.

—¡Petra! —exclamó James, sosteniendo el arma con torpeza por el mango. Nunca había manejado una cosa así antes. —¡Levántame!

Petra asintió. Cerró los ojos y extendió una mano hacia James. Al instante, sintió que la gravedad se apartaba, liberándolo hacia el aire. Suavemente, flotó sobre las estatuas rotas, la fuente diezmada, y dentro del frío de la ventana rosetón congelada. El feo reloj de cinco caras colgaba frente a ella, sus entrañas sonaban débilmente, empujando el minuterero inexorablemente, poco a poco hacia adelante. Al pasar ante él, James estudió el reloj, en busca de cualquier compartimiento oculto o recámara.

Faltaban solo unos segundos.

Desesperadamente, James se adelantó y agarró la gigantesca cara blanca central con la mano libre. Tiró de esta, intentando arrancar la cara por completo. Sin embargo, con un leve chillido, la cara se abrió sobre sus bisagras, balanceándose como una puerta y revelando las entrañas del Reloj.

Un pequeño compartimiento ocupaba el tercio inferior. Dentro de este, brillante con malicia, estaba el conocido bastón con cabeza de gárgola.

—¡No lo mires solamente! —dijo Rose, luchando por levantar la voz a través de la multitud. —¡Cámbialos, James!

Ralph añadió — ¡Pero que sea rápido!

James sostuvo la vieja pistola junto al bastón brillando, poniéndolos tan cerca como pudo. Al igual que imanes opuestos, parecían resistirse entre sí. James se armó de valor, envolvió su mano libre alrededor del bastón (estaba caliente al tacto, como si hubiera estado durante meses bajo el sol del desierto) y contuvo la respiración.

Tiró. El bastón no quería moverse. Tiró con más fuerza, esforzándose y empujando la pistola hacia adelante, tratando de obligarlos a cambiar de lugar. No estaba funcionando. Algo los repelía entre sí, una especie de pequeña pero innegable gravedad, un campo de fuerza del destino, insistiendo en que lo que estaba destinado a suceder *tenía* que ser así.

Y luego, de repente, el campo de fuerza se rompió. El bastón voló desde el compartimiento en el preciso momento que la pistola se estrelló contra él. James

retrocedió hacia atrás, bastón en mano, atrapado en el aire mediante una cuidadosa levitación de Petra.

El reloj dio la hora. Una luz brillante explotó de ella, cegando a James. Se protegió los ojos y se encogió a la distancia. Zarcillos de magia se arquearon desde el reloj, blanco y oro expandiéndose por el Salón. Los zarcillos conectaron como un rayo a cada mago y bruja en la sala... Titus Hardcastle, quien finalmente se había puesto de pie, junto con los otros aurores, Lily y los otros embajadores estudiantiles; cada diplomático y funcionario del ministerio en la clamorosa multitud... todos estaban conectados de repente en una brillante y destellante Red de energía mágica. La intensidad de la Red creció, haciéndose cegadora, y luego, con un explosivo crescendo de perfecta firmeza, estalló en una masa de inexplicables formas de color rojo, morado y amarillo, llenando la sala por completo.

James se sintió de repente bajando hacia el suelo con torpeza, mientras Petra miraba a su alrededor, sus ojos salvajes, preocupada, examinando la extraña nube de colores. Un aroma llenó la sala, suave pero penetrante olor incongruente de las brisas de primavera y la luz del sol. Fue, de hecho, el perfume inconfundible de flores de primavera, y con él, James reconoció el aleteante velo de los objetos. Eran pétalos, que descendían como confeti, cubriendo el suelo, las mesas rotas, las estatuas, y a cada persona en el Salón, transformando la caótica escena en un país de maravillas.

Todos los ojos del salón observaban en silencio aturdido, viendo la suave nevada de color.

Poco a poco, con cautela, Petra se relajó. Se dio la vuelta para mirar a James sobre su hombro, una frágil sonrisa crecía en su cara como un amanecer.

James le devolvió la sonrisa. Sin poder hacer nada, se quedó sentado en el suelo, soltando la fea cabeza del bastón, débil y aliviado.

De repente, detrás de él la puerta debajo de la ventana de rosetón se estremeció. Algo golpeó contra ella desde el interior, a continuación, estalló abierta. Desde su asiento en el suelo, cubierto de pétalos aleteantes y con olor a

rosas de jardín de verano, James se dio la vuelta. Su padre, tío y tía irrumpieron por la puerta de la antecámara con sus varitas levantadas en alerta y los hombros encorvados para la batalla. Espiando la suave cortina de pétalos que caía, se detuvieron, miradas de cómica confusión aparecían en sus rostros.

Harry vio a su hijo sentado en medio de una deriva de pétalos de flores y bajó su varita.

—James —preguntó, con la voz tensa de asombro y confusión. —¿Qué... exactamente... nos hemos *perdido*?



Capítulo 25

A través de un espejo misterioso

Al momento en que el grupo de embajadores, diplomáticos y funcionarios de gobierno desocuparon la Sala, cuidadosamente escoltados por los Aurores, Albus y Scorpius aparecieron, así como Zane y, de forma inesperada, el profesor Flitwick.

—Whoa, —dijo Zane, con sus ojos abriéndose ampliamente mientras pasaba a través de las puertas dobles y veía la destrucción y la extraña decoración floral de la sala. —¡Esto tuvo que haber sido una fiesta!

—Albus, —Harry llamó a su hijo, haciéndole señas hacia adelante con urgencia. —¡Ayúdanos! ¡Rose ha sido herida!

Tanto Albus como Scorpius se precipitaron hacia adelante, acercándose a Rose cuando Hermione y Ron se inclinaban sobre ella.

—No es tan malo como parece, mamá, de verdad, —Rose hizo una mueca cuando ellos la pusieron en pie. —Petra me ayudó. Ella es buena en ese tipo de cosas, aparentemente.

—Shhhh —Hermione ordenó, apoyando a su hija a un lado mientras su esposo la apoyaba en el otro. —¡Todo esto es tu culpa! —exclamó, mirando a Ron. —¡Toda su picardía es del lado de tu familia!

—Mamá, —Rose puso los ojos en blanco.

—No, —Ron negó con la cabeza, — es verdad, amor. Y a pesar de lo que dice tu mamá, ella no lo habría hecho de ninguna otra forma. Nos contarás todo lo que pasó de camino al hospital, ¿verdad?

—Hay otros, —dijo Harry, reuniéndose con Albus y Scorpius y apuntando hacia los escombros cubiertos de pétalos, tablas rotas y estatuas. —A ninguno le duele tanto como a Rose, pero necesitarán un poco de ayuda para llegar a la enfermería. Los llevarán, ¿cierto?

—¡Ay, papá! —Albus se quejó, —¡Quiero escuchar la historia! Quiero decir, ¡*mira* este lugar! ¡Y debiste haber oído el ruido!

—Créeme, lo oí, —Harry asintió secamente. —Y oirás la historia tan pronto como yo. Por ahora, a ti y a Scorpius, oficialmente los nombro Aurores junior, primera clase.

—¿Qué? ¿En serio? —Albus se iluminó. —Espera, ¿eso significa que... —miró hacia atrás hacia las puertas dobles, donde Titus Hardcastle estaba conversando con Lucinda Lyon, con las cabezas muy juntas. —Ya sabes... estás, como, ¿a cargo nuevamente?

—Provisionalmente, —Harry asintió. —Sólo he hablado brevemente con el Ministro (parece que ha pasado una gran parte de la noche debajo de una mesa) pero desechó formalmente los cargos contra tu tía, tío y contra mí a la luz de los acontecimientos de esta noche. Habrá una audiencia ante el Wizengamot, pero no

espero tener algún problema con eso después de... —miró alrededor de la sala e hizo un gesto vagamente, —todo esto. Ahora vayan. El deber llama.

—¡Sí señor! —Albus saludó y salió corriendo, seguido de cerca por Scorpius. Observando de cerca, todavía aturdido por los eventos de la noche, James pudo ver que Scorpius estaba satisfecho con su delegación temporal, aunque no le gustaba demostrarlo. Juntos, los chicos comenzaron a llevar cojeando y confundidos, a los diplomáticos de la sala, preguntándoles en voz alta sobre lo que había sucedido.

—Yo quería ser un Auror junior, —Zane suspiró, sentándose junto a James en el montón de pétalos.

James miró a un lado a su amigo. —Entonces, ¿qué te trajo aquí?

Zane se encogió de hombros. —Nastasia me dejó una nota. Dijo que iba a venir aquí esta noche y que nunca volvería a verla de nuevo. Dijo que no la siguiera, porque no quería lastimarme.

—Así que la seguiste, —James asintió.

—Inmediatamente. El armario de Alma Aleron estaba en el salón de clase de Defensa Contra las Artes Oscuras, acostado sobre el reverso, —dijo Zane, ladeando la cabeza con curiosidad. —Quiero decir, ¿qué pasó con eso? Tuve que arrastrarme fuera de él como Drácula despertándose de una siesta.

—Oh, —dijo James, —fue Ralph. Él lo derribó.

—Suena como Ralph, —Zane estuvo de acuerdo serenamente. —¿Qué pasó con el armario de Beauxbatons? No me digas que también fue obra de él.

—¿Por qué? —preguntó James, picándole un poco la curiosidad. —¿Qué había de malo en él?

Zane dio un silbido. —Lo rompieron todo en pedazos. Parecía que alguien hubiera azotado un martillo contra él.

—Probablemente no estás tan equivocado, —James asintió, recordando la fuerza antinatural del Coleccionista, alimentada por la rabia. —Entonces, ¿has visto a Nastasia?

—No, —Zane se desplomó. —¿Y tú?

James se encogió de hombros sin comprometerse. —Aquí y allá. Es... complicado.

Zane dio un profundo suspiro. —Lo sé. Ella es un problema. Lo siento por la forma en que actué sobre todo eso. Ella entreteje todo un hechizo, ¿verdad?

James volvió a asentir. —Petra estuvo aquí, —comentó, cambiando de tema.

—¿Sí? —Zane exclamó, sentándose. —¿A dónde se fue?

—Se fue de nuevo, —admitió James, haciendo un gesto lejano con la mano. —Ella y ese detective. Marshall Parris. Dijo que regresaría, una vez que lo llevara de vuelta a la casa de él en los Estados Unidos y le pagara. Traerá a Izzy con ella cuando venga.

—Qué bien, —Zane dijo relajado.

Ralph se acercó, con las manos aún pegajosas por la sangre de Rose. —Vamos, ustedes dos, —dijo, ladeando un pulgar por encima del hombro. —Tu papá está buscando algunas explicaciones, James. —el chico grande sonrió a Zane. —Por cierto, ¡me alegro de verte, amigo!

Zane miró hacia Ralph, encontrándose con su sonrisa. —Yo también, Ralphinator. Igual que en los viejos tiempos, ¿eh?

Ralph miró alrededor de las ruinas del Salón y asintió. —Sí, diría que casi *exactamente* igual que en los viejos tiempos. Lástima que te has perdido toda la acción.

—Hey, —dijo Zane parándose, con su sonrisa convirtiéndose en una mueca, —¡La noche aún es joven!

Ralph y Zane tomaron cada uno una mano de James y lo levantaron. Los tres juntos se abrieron paso hacia donde Harry Potter estaba hablando con el profesor Flitwick.

—El profesor le ha dado a este curioso objeto un examen rápido, —dijo Harry, levantando la cabeza del bastón roto de Magnussen. —Basta con decir, que ahora no es más que un trozo inútil de hierro. Lo que le hiciste a él, James, rompió sus poderes.

—¡Ooo! —exclamó Zane, con su ojos iluminados. —¿Entonces puedo tenerlo? ¡Sería una gran adición a mi dormitorio! ¡Le daría un aspecto oscuro y melancólico que ha estado desaparecido durante el último año más o menos!

—Creo que no, —dijo Harry con una medio sonrisa, entregándole el bastón nuevamente a Flitwick. —Vamos a destruirlo, sólo para estar seguros. Pero ahora, —miró a Ralph y a James. —Ustedes dos, al parecer, tienen una historia que contar...

Invitó a los chicos a reunirse con él en el estrado, debajo de la fila de los retratos de los Directores que aún se mantenían en pie (quienes, aparte del que no se movía de Merlinus Ambrosius, observaban con gran interés). James no quería describir los acontecimientos de la noche... se sentía cansado hasta los huesos y un poco aturdido... pero su padre insistió suavemente, recordándole que sus recuerdos de los eventos serían menos claros, incluso mañana por la mañana. Así, con la ayuda de Ralph, relataron todo el cuento.

Cuando todo terminó, Harry sacudió la cabeza con asombro. —No lo puedo creer... —reflexionó sombríamente en su asiento debajo de los retratos.

—¿Qué? —James presionó, —¿Eso de que lanzamos todo el universo como si fuera una quaffle? ¿O que Rose envenenó la mente de Judith con las plantas Yuxa Baslatma? —se animó, calentando el tema, —¿O la parte en que descubrí la clave para anular La Red Morrigan con sólo unos pocos segundos de margen?

Su padre negó con ironía. —No. No puedo creer que no confiaste en Tabitha lo suficiente para detenernos de caer por el objeto falso. Destruimos el Cáliz de

Cristal de los Vassar por nada... —su voz sonaba a regaño, pero James pudo ver que estaba reprimiendo una sonrisa.

—Sí, —James asintió, dando a su padre un empujón. —Pues ¡tú dijiste que no usarían varitas con La Red Morrigan a punto de estallar! “¡Oh, todos las dejaremos en casa sólo para estar seguros!” ¡Gran mentiroso!

—No fue mentira, —dijo Harry, poniéndose de pie. —Fue un cambio de planes de último minuto. —estiró la espalda y miró a un lado, al retrato de Merlinus Ambrosius. Dirigiéndose a Flitwick, preguntó, —¿No tuvo suerte al traerlo a la vida, Profesor?

Flitwick vino al lado y dejó escapar un superficial suspiro. —Me temo que ninguna en absoluto. Y con su muerte hace casi exactamente un año, tengo pocas esperanzas de encontrar el éxito.

—¿Ha intentado todo? —Harry frunció el ceño con curiosidad hacia el retrato.

—Bueno, —Flitwick evadió, —todo lo que está a mi alcance. La última opción no está disponible para mí, por supuesto. Un toque de la varita del fallecido a veces da la chispa final de vida. Infortunadamente, el Director Merlinus dejó la suya enterrada e inamovible en Nueva Ámsterdam.

Harry siguió frunciendo el ceño al retrato, con su cara en un gesto de pensamiento profundo. De repente, miró a un lado a Ralph. —Tu varita, —dijo, — ¿Nunca le dijiste al Profesor que esa es...?

Ralph arrastró los pies, incómodo. —No. Yo... no le digo a mucha gente dónde la conseguí. Es casi mejor que piensen que tiene un pelo de yeti en ella. Lo suficientemente fuerte para que la gente practique duelo conmigo, ya que es...

Flitwick observó este intercambio con creciente interés. —Bueno, —intervino, —¡ahora mi curiosidad se despertó definitivamente! ¿De qué está hablando? ¿De dónde sacó su varita, Señor Deedle? ¡Dígalo!

—Puede que sea mejor que se la muestre, —Ralph suspiró.

—Titus, —Harry llamó de repente, alzando la barbilla. —Un momento...

James miró hacia atrás cuando Titus Hardcastle cojeó hacia ellos, pasando cuidadosamente a través de los restos del Gran Comedor, con sus pies levantando nubes de pétalos. —¿Qué pasa, Harry?

—Todavía tienes la varita de Ralph, ¿cierto? —respondió Harry.

Hardcastle asintió mientras se acercaba. Metió la mano en las profundidades de su túnica y sacó la varita de gran tamaño. La miró en su mano grande por un momento, y luego, con un suspiro, se la entregó a Ralph.

—Lo que hiciste, —dijo Hardcastle, con su voz baja y estridente, —dije que era una tontería. Pero yo estaba equivocado. Estuve bastante equivocado en todo.

—Estabas haciendo tu trabajo, Titus, —dijo Harry fríamente. —Nadie puede culparte por eso.

—Ellos pueden y deben, —dijo Hardcastle, su voz convirtiéndose en un gruñido de auto-recriminación. —He seguido órdenes, sí. Pensé que era mi deber. Ahora...

Harry miró seriamente a su compañero por mucho rato. James sabía que había muy poco que alguno pudiera decir. Titus había traicionado la confianza en nombre del deber. Los dos hombres, probablemente serían capaces de resolverlo con el tiempo. Por ahora, sin embargo...

Harry abrió la boca para responder, pero las palabras nunca llegaron. En cambio, un rayo rojo explotó contra la espalda de Hardcastle. Sus manos se sacudieron espasmódicamente, buscando su varita, pero el hechizo Aturdidor hizo su trabajo. Como un árbol cayendo en el bosque, Hardcastle se desplomó hacia adelante. Harry se abalanzó para atraparlo, poniendo su hombro bajo el pecho de Hardcastle.

Otro rayo rojo golpeó al Profesor Flitwick, haciéndolo tropezar y la cabeza del feo bastón cayó de su mano con estrépito. —¡Dios mío! —dijo débilmente, y se desplomó.

James, Zane y Ralph se agitaron, sus ojos escaneando el Gran Comedor aparentemente vacío, de alguna señal del atacante, pero no había nadie a la vista.

Harry bajó a Hardcastle al estrado tan suavemente como pudo. —¡Detrás de mí! —ordenó, sacando su varita. Una vez que estuvo en su mano, sin embargo, dejó escapar un gruñido de sorpresa. La varita salió de su puño, flotando en el aire. Un momento después, la cabeza de Harry se echó hacia atrás como si hubiera sido golpeada. Cayó sobre Titus Hardcastle, levantando una mano para ajustar su mandíbula.

Una seca y rechinante risa salió del aire vacío justo en frente de James. La reconoció de inmediato y sus ojos se abrieron de par en par.

—Tengo que concedérselo, James, —dijo la voz riéndose, —tenía razón acerca de mi querida compañera Judith. No se podía confiar en ella. Afortunadamente, ella se volvió loca, huyendo quién sabe a dónde. Pero todavía estoy aquí, y esto se me presenta con un poco de problema. Por fortuna, James Potter, *mis* problemas... —hubo un movimiento brusco y visible de tela y Rehtor Grudje se puso enfrente, con la varita de Harry Potter en una mano, su propia varita y la capa de invisibilidad en la otra. —Son *sus* problemas. —le dio a James una fina y amenazante sonrisa.

—Director Grudje, —dijo Harry, parándose cuidadosamente, sin hacer movimientos bruscos. —Asumimos que había salido junto con los otros. Hay una patrulla de Aurores buscándolo en este mismo momento, de hecho, todos ellos están bastante curiosos por hablar con usted.

—Sí, —Grudje asintió, —y este es el quid de mi problema. Verán, toda la escuela ha sido sitiada. La red Flu está siendo monitoreada atentamente. Cada entrada está cerrada y vigilada. No importa qué pretexto tome, no permitiré que salgan de las instalaciones. Y es integral que lo haga así. Ya ven, no tengo intención de ir a Azkaban. Es por eso que regresé a mi oficina, para sacar este objeto muy útil, —sacudió el manto en la mano, —Un regalo, amablemente abandonado en la oficina de mi alter-ego en Durmstrang. Con su ayuda, ustedes cuatro van a acompañarme por estas instalaciones. Me esconderé debajo de la capa, y ustedes se asegurarán que todas las puertas necesarias sean abiertas, permitiendo que pase...

Zane elevó la voz, —¿Y por qué vamos a hacer eso, Director?, ¿eh...? —inclinó la cabeza y frunció el ceño. —Lo siento, ya se me olvidó su nombre. Soy Zane Walker, por cierto. Ya no voy a Hogwarts. Americano. Encantado de conocerle y todo eso... —extendió la mano como si esperara que Grudje la agitara.

En lugar de eso, Grudje apuntó con su varita. —En realidad sólo *necesito* al Potter mayor, —dijo amenazadoramente. —Para el resto, no tengo ningún reparo en matarlos ahora. ¿Qué hará, Harry Potter, Señor Jefe de Aurores? ¿Ayudarme? ¿O empiezo a lanzar maldiciones?

—¡No, Ralph! —Harry ordenó de repente, sus ojos precipitándose a un lado. Ralph, James vio, había estado extendiendo su varita. Harry continuó con urgencia, —El Director es bastante serio. Va a matar para salirse con la suya. No hagas ninguna tontería. Dámela, Ralph...

Ralph miró a Harry con sorpresa, congelado en el acto de retirar su varita.

—El Sr. Potter habla sabiamente, —dijo Grudje. —Obedece a tus mayores, muchacho. Pasa la varita hacia mí antes que alguien pasee por el Salón y se convierta en un rehén involuntario... —él guardó la varita de Harry en un bolsillo interior, arrojó la capa de invisibilidad por encima del hombro, y tendió la mano libre, con la palma hacia arriba, todavía amenazándolos con su propia varita.

De mala gana, Ralph pasó su varita a Harry. Harry la tomó con cuidado.

—A mí, señor Potter, —Grudje ordenó en voz baja. —Despacio...

Harry suspiró profundamente y se dio la vuelta. Aún sin hacer movimientos bruscos, sostuvo la varita, extendiéndola lentamente hacia la mano tendida de Grudje. Justo cuando el director la iba a agarrar, sin embargo, Harry giró, moviendo la varita y tocando con un golpe seco y amortiguado, la lona inmóvil del retrato de Merlín.

No hubo respuesta.

—¿Qué está haciendo? —Grudje exigió, cada vez más impaciente y enojado. —¡Deme la varita! ¡Démela o su hijo muere primero!

En respuesta a esto, un pequeño ruido emanó del retrato. Todos los ojos se volvieron hacia él. De repente, sin razón aparente, el retrato se había rasgado. El desgarró emanaba de la punta de la varita de Ralph y se estiraba hacia arriba, cruzando sobre la parte delantera del pecho del Merlín pintado, rozando su rostro, y deteniéndose justo adelante en la parte superior de la cabeza. Parecía, más que nada, como si el lienzo hubiera sido estirado además de apretado, y la presión de la varita hubiera causado que se agrietara.

El corazón de James se hundió. Lo que había hecho su padre, no había mejorado el asunto.

—¡La *varita!* —Grudje ordenó, levantando su varita a la cara de James. James se encogió en respuesta.

—Tome, —dijo Harry, alejando la varita del retrato desgarrado y entregándola con el rostro sombrío.

Grudje la alcanzó.

De repente, sin hacer ruido, una luz salió de la pintura rasgada. Grudje se sobresaltó tan bruscamente que saltó hacia atrás, dejando la varita en la mano de Harry. James miró alrededor de los hombros de su padre el retrato de Merlín. Inexplicablemente, la rasgadura brillaba como un relámpago, enviando vida con movimientos de luz cambiantes. La rasgadura se amplió, desagarrando más la tela. El marco crujió y se estiró, con sus esquinas comenzando a separarse cuando la tela se hinchó.

—Aléjense, —murmuró Harry, sin apartar los ojos del retrato dividido, pero empujando a James, Ralph y Zane detrás de él, arrastrándolos lentamente, con cuidado.

Frente a ellos, el rostro de Grudje se congeló en un rictus de dolor, sus labios se detuvieron en un gesto apretado y la frente grave con ojos saltones y tensos. Su varita todavía se elevaba en su mano, sólo que ahora, poco a poco, se volvía hacia el brillante retrato dividido.

El marco se partió y rompió. El retrato cayó hacia adelante, se volteó su caballete y cayó al suelo boca arriba, de manera que los rayos de luz del lienzo roto cortaron hacia arriba en el aire, haciendo que el resto del Gran Comedor pareciera realmente oscuro en comparación. Y aun así la grieta se amplió, crujiendo, rasgando y separando la tela con un suave ruido. Un sonido emanó del rayo en forma de fisura. Era como el viento, o como voces distantes, haciendo eco, indescifrables, soplando, sobreponiéndose y burlándose con intención. James se encontró inclinándose hacia delante para escuchar, entender...

—Detente, —dijo su padre, suavemente pero con firmeza. —He oído que antes de...

El retrato explotó. Trozos de lienzo y marco cayeron al estrado. Pero la brecha se mantuvo brillante, más grande, como liberada de su límite. La luz se lanzó hacia la oscuridad del techo encantado del Gran Comedor. James entrecerró los ojos hacia ella, seguro de que había algo que se movía dentro de esa luz... una forma delgada y sombría, desarrollándose cada vez más, más oscura, más sólida, como una figura saliendo de un brillante y deslumbrante horno caliente. Las inquietantes voces susurrantes fueron más claras y fuertes...

Grudje apuntó con su varita hacia el penetrante haz de luz. Estaba retrocediendo de él, despacio, con cautela, con su rostro en una máscara de terror contenido. *¿A qué le temía tanto?* James pensó. *No era aterrador... en todo caso... era hermoso...*

Finalmente, con un estruendo de fuego dorado y un torbellino de voces, una figura surgió de la luz. La grieta se derrumbó detrás de ella, cerrándose y desapareciendo con un estruendo de viento.

James se sintió extrañamente preparado para lo que veía. Era como si hubiera estado esperando algo como esto... suspirando tan profundamente y tan en secreto, que aún no había sido consciente de ello. Sólo que ahora, tal como sucedió, se daba cuenta que era una realización de sus esperanzas no dichas.

—¡Merli...! —comenzó, y luego se detuvo de repente, su aliento atrapado en su garganta.

La figura que apareció fuera de la luz cegadora, ahora de pie ante él tan real como él mismo, resplandeciente en un sombrero cónico y en ricas túnicas moradas, *no* era Merlinus Ambrosius. Era un anciano con una larga barba blanca, una delgada cara amable con una nariz larga y torcida, luciendo por encima de sus brillantes ojos azules, un par de gafas de media luna. El anciano se giró resueltamente hacia Grudje, como si hubiera estado buscándolo.

El rostro de Grudje palideció tan rápidamente y por completo, que parecía que se transformaría en un fantasma ante los ojos de James. Su varita todavía se mantenía ante él, pero temblaba tan violentamente que apenas podía sostenerla. Parecía tener la respiración completamente detenida. No disparaba... parecía de repente completamente incapaz de hacerlo.

El anciano de ondeante barba blanca lo miró con tristeza. —Sobrino, —dijo.

Y Grudje corrió. Saltó del estrado, tropezó por el pánico y, al enderezarse, se lanzó hacia las puertas, dejando un rastro de perturbados pétalos de flores dispersados en su estela.

—*¡Accio varita!* —Harry llamó, agitando la varita de Ralph a la figura que se alejaba.

Grudje tropezó de nuevo, girando en el acto cuando la varita de Harry salió en espiral de su túnica, a través del aire. Grudje apenas parecía darse cuenta. Se giró hacia atrás, corrió hacia la puerta con desesperación, y trepó a través de ella.

El anciano en el estrado se giró y miró a Zane, Ralph, y a James finalmente, levantando sus ojos azules amablemente hacia Harry Potter, quien hábilmente atrapaba su varita. Él sonrió y sus ojos brillaron detrás de sus gafas de media luna. Un momento después, con un fuerte *crujido*, desapareció.

—¡Tras él! —exclamó Harry, lanzando a Ralph su varita, saltando desde el estrado y corriendo hacia las puertas de la Sala. —¡A Grudje no se le debe permitir escapar o capturar más rehenes!

—¡Ese era...! —James gritó débilmente, luchando por seguir a su padre, con su mente girando tan rápido que apenas podía mantenerse al día con ella. —¡Ese era...! ¿Ese era...?

—¿Qué? —Zane preguntó frenéticamente, corriendo para mantener el paso y empujando a Ralph delante de él. —¿Quién? ¿Qué me he perdido? ¿Quién era el viejo con los lentes?

—No puede ser que luciera como si fuera... —Harry dijo mientras corría, empujando a través de las puertas dobles en la búsqueda de Grudje. —Pero lo era. Conocería esa cara en cualquier lugar. Ese... —dijo, sacudiendo la cabeza con triste asombro, —era Albus Dumbledore.



James siguió a su padre a la carrera por la escalera. —¿A dónde crees que se fue? —le dijo a él.

—¡Por ahí! —Harry exclamó, señalando la parte superior de las escaleras.

James estiró el cuello para mirar mientras corría. Una figura con túnica estaba pasando alrededor de la barandilla superior, empujando a un lado a un grupo de estudiantes en el camino.

—¡Deténganlo! —Harry llamó, su voz resonó con severidad por las escaleras.

—Pero... —Cameron Creevey tartamudeó, señalando después a la figura que huía. —Pero, ¡ese era el Director...!

Harry rodeó la barandilla y pasó por el lado de Cameron, quien se volvió para verlo pasar. —¡Y ese era Harry Potter! —agregó con entusiasmo.

James y Zane pasaron, con Ralph jadeando en la parte de atrás.

—¿Qué está pasando, compañeros? —Cameron preguntó, ahuecando las manos en la boca y saltando en sus pies. —¿Otra aventura? ¿Puedo ir?

Harry pasó corriendo como un rayo, desviándose alrededor de grupos de estudiantes. James había visto a su padre en modo Auror antes, pero nunca así. Apenas parecía respirar mientras corría, sus manos eran como cuchillas cortando el aire y sus pies avanzaban grandes distancias a cada paso. Fue alejándose de James incluso cuando éste corría a toda máquina para mantenerse a la par con él.

Grudje corría por delante, con su capa volando salvajemente, empujando con rabia a estudiantes por el camino, jadeando por el pánico desenfrenado. Y, sin embargo, James estaba seguro, el director no estaba huyendo de ellos. Estaba huyendo de la figura que había aparecido en el estrado... la completa e inexplicable forma de Albus Dumbledore.

Doblaron una esquina, y luego otra. Por último, Grudje pasó la gárgola que guardaba la escalera de caracol a la oficina del director. La gárgola se enderezó para bloquear a Harry, pero Harry dirigió su varita, disparando un rayo de color púrpura en el techo.

—¡Asunto Oficial de Auror! —gritó, señalando con la cabeza hacia el brillante hechizo púrpura por encima de él.

James levantó la mirada. Impreso en el techo en iluminadas letras púrpuras estaba el nombre de su padre, el sello del Ministerio de Magia, la firma del Ministro, el símbolo del departamento de Aurores (dos varitas cruzadas sobre un ojo que todo lo ve) y las palabras AUROR EN JEFE.

La gárgola de inmediato se hizo a un lado. Cuando James pasó rápido siguiendo la estela de su padre, estaba seguro que escuchó el murmullo de la gárgola, —vaya por él.

Las escaleras de caracol sonaron con la marcha de cuatro pares de pasos. Harry llegó primero a la cámara exterior, con su varita todavía visible, firme como

la piedra y su cabeza baja detrás de ella. La puerta de la oficina del director estaba abierta, emitiendo una franja de luz dorada sobre el suelo de piedra.

—Quédense detrás de mí, —Harry gruñó, deteniéndose. —Y Ralph, mantén tu varita preparada.

Detrás de James, jadeando y sudando copiosamente, Ralph asintió y apuntó su varita delante de él.

Harry se asomó por el borde de la puerta de la oficina, acercando poco a poco su rostro hacia la luz amarilla que brillaba desde el interior. Se detuvo. Después de un momento, miró a James, Ralph y Zane y bajó su varita. La expresión de su rostro era extraña e ilegible. ¿Estaba feliz? ¿Molesto? Él asintió hacia la puerta, haciendo señas a los chicos al interior. Se acercaron y lo siguieron hacia la luz dorada.

Lo primero que notó James fue una figura desplomada contra la pared junto a la puerta. Estaba acurrucada, jadeando violentamente, con sus manos arañando su cara y sus rodillas dobladas a su pecho. A James le tomó varios segundos en darse cuenta que era Rechter Grudje. Sólo que no lo era. Cuando James observó, la figura se fundió en la forma de Avior Dorchascathan, con su aliento silbando en el pecho y los ojos salvajes entre sus dedos. Un momento más tarde, era el Coleccionista, su rostro brillaba de sudor y su cabello estaba terroríficamente erizado.

—Terrible, lo sé, —anunció una voz con suavidad. —Pero no hay que temerle. No más. Entren. Tenemos muy poco tiempo.

James se giró hacia la voz. Albus Dumbledore estaba de pie frente al escritorio del director, alto, delgado y exudando una especie de calidez de abuelo. Sus ojos brillaban con benevolencia y tristeza a la vez. Cuando James se deslizó lentamente en la habitación, acercándose al venerado director, se dio cuenta de que se había equivocado con el Profesor Avior. Él no era el gemelo de este hombre... era apenas una pálida réplica. El elemento que faltaba no estaba en su aspecto físico, estaba en la calidez, en la moderada grandeza, en el motivo de la risa escondida justo detrás de los ojos, incluso en la tristeza. Sin esas cosas, Avior no era más que una sombra gris, carente de vida.

Poco a poco, James se dio cuenta que la propia oficina se veía diferente de lo que jamás la había visto antes. La fría penumbra de Grudje había sido reemplazada con luz dorada y movimiento sutil. El fuego crepitaba alegremente en la chimenea. Artefactos dorados y maravillas mecánicas marcaban y giraban en pequeñas mesas alrededor. Rodeando esto, altas estanterías se alineaban en la habitación, llenas de curiosidades, relojes, estatuas y libros, libros, muchos libros, todos forrados con suntuosa tela, rico terciopelo o cuero negro, y todos con prometedoras vidas de aventuras increíbles, largos cuentos y misterios oscuros. Para James tenía innegable sentido que este hombre, este Albus Dumbledore, no sólo atesoraba libros de texto. Había algo de niño en él, que no disminuía por la edad, pero atemperado por eso, lo hacía perfecto, lleno de curiosidad y anhelo de aventura.

Una enorme y gloriosa ave se pavoneaba en una percha junto a la mesa del director. Su plumaje era brillante carmesí, con intensos bordes dorados. En comparación, el Jiskra parecía un mero lagarto alado, no más peligroso de lo que era realmente.

La parte más extraña de todo era el alto espejo rectangular, erigido cerca del fuego. James lo reconoció de inmediato, al igual que su padre por la forma en que lo miraba con recelo. El Espejo de Oesed brillaba oscuramente, su cara de vidrio, oscurecida por las movedizas y plateadas nubes.

Lentamente, Harry condujo a los tres chicos en la habitación, sin apartar los ojos del mago que estaba delante de él. Cuando se unió a Dumbledore en la fuente de luz dorada fundida por muchas velas del escritorio, finalmente habló.

—Director, —dijo, su voz un poco más que un susurro. —¿Cómo es que usted está aquí?

Dumbledore no respondió de inmediato a la pregunta. Se limitó a sonreír a Harry, mirándolo con agudo interés paternal. —Has crecido como un buen hombre, Harry, —dijo. —Sabía que lo harías. Estoy contento de presenciarlo por mí mismo, aunque brevemente.

James miró a su padre. El Potter mayor negó con la cabeza lentamente, asombrado, y, a pesar de todo, había algo oscuro en su rostro. ¿Era dolor? ¿Tristeza? ¿Confusión? Ciertamente confusión. James se sentía mucho así.

—Usted no puede estar aquí, —dijo Harry simplemente.

—Aparentemente puedo, —dijo Dumbledore, inclinando un poco la cabeza. —Es muy inusual, pero no imposible. Las circunstancias me han permitido un breve momento (una segunda oportunidad, por así decirlo) para deshacer algo que no pude deshacer durante mi vida. Un trágico error. Un remordimiento de toda la vida.

—Grudje, —James asintió, volviendo a mirar hacia atrás a la patética figura encogida cerca de la puerta.

—Por desgracia, —dijo Dumbledore tristemente, —ese no es su nombre. Tampoco lo es Avior Dorchascathan, incluso si es el nombre dado por los que lo criaron. Podría mejor ser conocido por su más reciente alias, por un Coleccionista. Colecciona caras, ya ven, las intercambia por la que nunca conoció. La que debería haber sido suya de nacimiento.

Harry negó con la cabeza, frunciendo el ceño. —No entiendo. ¿Qué tiene que ver Rechter Grudje con esto...?

—Te lo explicaré todo más tarde, papá, —James suspiró. —Es una larga historia.

Dumbledore bajó la mirada hacia James y le ofreció una pequeña sonrisa. —Tengo el placer de conocerte, joven Potter. No eres diferente a tu padre en muchos aspectos. Y hay incluso un indicio de tu abuelo en ti. La mujer, Judith, no mintió cuando habló de ti.

James negó con la cabeza. —Gracias. Pero absolutamente no soy como él. Él era un Merodeador.

—Era mucho más que un Merodeador, —la sonrisa de Dumbledore se amplió secretamente y sus ojos brillaron. —De lo contrario, tu abuela nunca se habría casado con él. Pero ese no es el punto. A pesar de tus familiares similitudes, tú,

James Potter, eres en gran medida tú mismo. En ti, el conjunto es mucho más que la suma de las partes.

James consideró esto, sin estar seguro si lo entendía completamente. Miró a su padre. Harry lo miró y asintió.

—Y usted, señor Walker, —Dumbledore entrecerró los ojos ligeramente con diversión. —Lo he observado también, fugazmente. El Sombrero Seleccionador acertó al colocarlo en Ravenclaw. Y no se equivoca, —asintió significativamente, manteniendo el contacto visual con el chico rubio, —una vez Ravenclaw, *siempre* un Ravenclaw. Pero el intelecto es sólo uno de los caballos enganchados a tu destino. Los otros dos son un espíritu feroz y un corazón blando. Estás aprendiendo a alinearlos, en lugar de enfrentar unos contra otros. Espero grandes cosas de ti.

Zane sonrió con esto, por primera vez se quedó sin palabras.

—Y Señor Deedle, —dijo Dumbledore, dando un paso adelante, llamando la atención de Ralph. —Hay más de Dolohov en ti de lo que crees. Y a pesar de lo que puedas creer, no es algo malo. Incluso para tu abuelo, no fue la sangre en sus venas lo que lo corrompió, fueron las opciones que hizo. Merlinus tenía toda la razón en lo que dijo acerca de ti. De hecho, todo bien...

Hizo una pausa seriamente con respecto a Ralph. Por su parte, Ralph se negó a mirar hacia arriba, se negó a hacer contacto visual con la alta figura que tenía adelante.

—Pero ahora me doy cuenta de que estoy perdiendo el tiempo, —Dumbledore anunció a regañadientes, —He estado demasiado fuera del tiempo, y estoy en desuso a sus limitaciones. La hora está casi sobre mí y mi contraparte espera... ya no puedo retrasarlo más.

Caminó lentamente junto a Ralph, acercándose a la acobardada y estremecida figura acurrucada junto a la puerta. James, Zane y Harry se volvieron a observar.

La figura en el piso se encogió lejos de Dumbledore, lloriqueando, susurrando rápidas maldiciones en voz baja y gimoteando fuertemente.

—Te busqué por mucho tiempo, sobrino, —dijo Dumbledore, bajándose ante la patética figura. —Y te encontré. Siempre supe dónde estabas. Y, sin embargo, no me acerqué. ¿Sabes por qué?

James no creyó que la figura respondería. Grudje (El Coleccionista) parecía casi más allá de la razón. Luego, con voz aguda, dijo ásperamente, —¡tú querías tomarlo todo de regreso!

—No me acerqué a ti, —dijo Dumbledore en voz baja, —porque no permitirías que lo hiciera. Lo puse en tu mente infantil y fue un error. Te di lo peor de mí. Me mentí a mí mismo, me convencí de que era la única manera. Me dije a mí mismo que podía tomarlo de nuevo. Y tal vez por un tiempo, podría tenerlo. Si te hubiera localizado cuando eras todavía pequeño. Pero te encontré cuando eras joven. E incluso desde la distancia, vi que habías abrazado lo que había sembrado en ti. No por impotencia, sino por pena. Ya no podía sacarlo de ti, porque te negaste a dejarlo ir.

—¡Poder! —El Coleccionista siseó furiosamente. —¡Fuerza! ¡Eso es lo que me dio!

—Soledad, —Dumbledore acordó sombríamente. —Vacío. La lenta e implacable destrucción de tu verdadero yo. Eso es lo que te dio también.

—¡Sí! —El Coleccionista jadeó, y el grito de asombro se convirtió en sollozo. —¡Sí...!

—Nunca pude tomarlo de ti porque estabas demasiado enojado para renunciar a él. Consideré luchar contigo por él, exigir que lo liberaras, no para mí, sino para tu propio bien. Pero sentí que ese enfoque sería inútil. Y entonces... bueno, yo morí.

—¡Moriste! —El Coleccionista aceptó con entusiasmo triunfante. —¡Moriste y yo estaba finalmente libre!

—Finalmente te encarcelaste para siempre, sin esperanza de liberación, —dijo Dumbledore con un movimiento de cabeza. —Y en mi muerte, en la

intemporalidad eterna, me di cuenta de algo. Había estado tan obsesionado con tomar algo de ti... que nunca me di cuenta que tenía que pedirte algo primero.

El Coleccionista tembló, se estremeció, se cubrió el rostro con las manos. Estaba aterrorizado por preguntar, pero parecía incapaz de no hacerlo. —¿Qué? ¿Qué es lo que quieres?

—Tu perdón, —Dumbledore asintió con gravedad. Hizo un profundo y triste suspiro. —Te traicioné. Fui un tonto. Desesperado. Arrogante. Me enfrenté a un desastre de mi propia creación, y busqué el camino más seguro para salir. Ese camino fuiste tú. Y lo siento. Siento lo que te hice. Te pido perdón.

El Coleccionista apretó las manos sobre las orejas y sacudió la cabeza. James vio que el patético hombre había estado viviendo con rabia y dolor por tanto tiempo que se había convertido en su mundo. Ya no podía imaginar la vida sin eso.

No le ofreció a Dumbledore su perdón. Por su parte, Dumbledore no parecía verdaderamente esperarlo.

—Tu plan está en ruinas, —dijo claramente. —Tus secretos están revelados. Y tú, mi pobre sobrino, eres un hombre fracturado y roto. ¿Vas, finalmente, después de todos estos años... permitir que te ayude?

James miró sin aliento. Los escalofríos del Coleccionista aumentaron y se estremeció de inquietud. Parecía retroceder aún más en sí mismo, sus manos todavía agarrando la cabeza, negándose a responder durante casi un minuto. Dumbledore no lo apresuró. Por último, débilmente, la estremecedora figura asintió con la cabeza.

Dumbledore asintió. Sin hablar, sacó una larga varita de su túnica. Poco a poco y suavemente, tocó la sien del Coleccionista. Este se estremeció, pero no se apartó. Dumbledore esperó, con los ojos cerrados. Después de un largo rato, retiró la varita nuevamente, tirando fuertemente un hilo brillante detrás de ella. El Coleccionista gimió. Al principio, James pensó que era un sonido de dolor, pero cuando Dumbledore continuó retirando las blancas memorias de la sien de su sobrino, James comprendió que era un gemido de liberación, reprimida durante décadas, casi tan vieja como el propio Coleccionista.

El hilo de plata se separó, colgando alegremente de la varita de Dumbledore, revoloteando como un viento silencioso. El Coleccionista se desplomó, sus temblores se detuvieron de repente y por completo.

En silencio, Dumbledore colocó la varita contra su propia sien. El atenuado hilo plateado, vaciló y desapareció. El arrugado anciano hizo una mueca cuando ésta entró.

Por último, se puso erguido, guardándose su varita una vez más. Le tendió una mano al hombre en el suelo.

—¿Entiendes lo que acaba de tener lugar?

El hombre miró a Dumbledore. Después de un momento, asintió.

—¿Te acuerdas de todo lo que ha pasado hasta este momento?

Una vez más, lentamente y de mala gana, el hombre asintió.

—Entonces sabes que se te hará pagar por tus crímenes. Debes hacerle frente y asumir las consecuencias. Serán justos contigo, teniendo en cuenta lo que sucedió aquí hoy. Pero no te puedo prometer libertad. Tampoco debes esperarla. ¿Puedes aceptar esto?

Por tercera vez, el hombre asintió, sus ojos se oscurecieron con la comprensión de lo que había hecho y de lo que estaba seguro de hacer frente.

—Entonces, voy entregarte al señor Potter, —dijo Dumbledore, haciendo un gesto hacia Harry. —Él te llevará a donde tienes que ir, para hacer frente a lo que debes hacer frente. Pero, por ahora, de pie, sobrino. Mi tiempo ha terminado. Permanece conmigo mientras me marchó.

El hombre en el suelo se levantó con cansancio, tomando la mano de su tío. Dumbledore lo puso fácilmente de pie.

De pie, James vio que el rostro del hombre había vuelto a ser Avior... pero diferente. Había algo de Rechter Grudje en él, aunque suavizado, menos frío. Además, había un atisbo del Coleccionista también. Y, sin embargo, la suma total

hacía que el hombre se viera diferente a los tres. Era de repente, James vio, el sobrino del hombre ante él, teniendo un distinto parecido familiar, pero con su propio y único rostro.

Dumbledore dio media vuelta y cruzó la oficina una vez más, esta vez acercándose a la alta forma del Espejo de Oesed. Las nubes plateadas todavía se arremolinaban detrás de su cara de vidrio, pero parecía que había otras formas que se movían bajo el velo de humo, acercándose cuando James observó fascinado.

Harry Potter detuvo a Dumbledore con una mirada.

—Director... ¿cómo es posible esto? —preguntó de nuevo. —Y... —hizo una pausa, tragó. Finalmente, tomó una profunda respiración y dijo, —¿Tiene que volver?

Dumbledore se encontró con la brillante mirada de su viejo amigo. —Me temo que sí, Harry. Estos tratos son raros y en última instancia, de corta duración. Ya no pertenezco a este mundo. Pero alguien más sí, alguien que tuvo la amabilidad de concederme este favor, a cambio de mi ayuda con algunos esfuerzos de otro mundo suyo. Pero no te desanimes. Nunca se supo que la puerta entre los vivos y los muertos era una puerta de doble sentido.

James se quedó sin aliento. —¡Eso es lo que me dijo el Guardián!

—Ah sí, —Dumbledore asintió. —En eso, la criatura que se hace llamar el Guardián no mintió. Pero se engaña a sí mismo pensando que es el Señor Guardián de la puerta. No lo es. Confía en mí en eso. Incluso el Guardián, la gran bestia del otro mundo, ve a través de un vidrio oscuro...

Harry dio un paso atrás con tristeza, colocando un brazo sobre el hombro de su hijo.

—Lo siento, Harry, —dijo Dumbledore, y James pudo ver que el anciano lo decía verdaderamente en serio. —Pero esto no es un adiós. No te desanimes. Hay mucho más por venir. —suspiró profundamente, y luego se dio la vuelta, acercándose a los remolinos de humo del Espejo. —Ah, y una cosa más, —dijo,

volviéndose para mirar por encima del hombro, sonriendo torcidamente. —Saluda a mi tocayo por mí. Y a Severus también.

Harry asintió y sonrió. —Lo haré. Y Director, ¿una petición más...?

La sonrisa de Dumbledore se ensanchó. Sus ojos brillaron de nuevo. —Sé que me lo prohibí una vez, pero eso fue cuando eras joven. Ahora eres un hombre. Supongo... que una mirada más en el Espejo no podría lastimar. Eso sí, no te voy a ver.

Harry asintió otra vez, satisfecho.

Dumbledore se acercó al Espejo, acercando a su sobrino junto a él. —Quédate y mira, —dijo al hombre algo más joven. —Alguien quiere verte.

Al otro lado del Espejo, formas se movieron, empujando a través del humo plateado. Una surgió como una silueta... alta, de hombros anchos, moviéndose con una especie de impaciencia reservada.

—Te tomaste casi demasiado tiempo, Albus, —dijo lacónicamente una voz profunda y áspera. —Podría haber quedado abandonado aquí para siempre.

—Mis más sinceras disculpas, Merlinus, —Dumbledore respondió a la ligera. —La tardanza ha sido muchas veces mi mayor debilidad.

El corazón de James golpeó en su pecho, y sin embargo, no podía resignarse a creer realmente lo que estaba oyendo y viendo.

Poco a poco, con cuidado, Dumbledore entró (y atravesó) el Espejo. El vidrio se dobló y onduló como el agua, permitiendo que él pasara. Cuando lo hizo, otra forma fue expulsada, pareciendo que casi pasaba a través de la forma decreciente de Albus Dumbledore. Esta nueva figura era alta, ancha, vestida con ropas oscuras debajo de un corto chaleco de cuero. Una capa carmesí colgaba de sus hombros, debajo de una cara rugosa, de barba gris, con los ojos oscuros como salvajes y solemnes como una luna llena a la medianoche.

Era sin lugar a dudas (y de seguro) Merlinus Ambrosius.

James sonrió hacia él, sin poder hacer nada, casi mareado de alivio. Merlín lo miró a los ojos y le dio una rígida sonrisa. —Sabías que yo no me quedaría afuera, —se agitó, extendiendo sus grandes manos. —Odio esta era. Pero algunos de sus habitantes... —cambió su mirada de James, a Zane y Ralph, —Me han vuelto bastante aficionado.



El sobrino de Dumbledore estaba de pie cerca del borde del Espejo, mirando hacia las profundidades de los remolinos y después a su fallecido tío.

Harry dio un paso adelante, acercándose a Merlinus tentativamente.

—¿Realmente es usted? — preguntó, estudiando el rostro del hombre grande. —Admito que no lo conozco tan bien como conocí al hombre con el que acaba de cambiar de lugar.

—Sí soy yo, —confirmó Merlín. —Y si no me equivoco, el puesto de director está vacante una vez más. ¿Supongo que ninguno discutiría si lo reanudo donde lo dejé hace un año?

Zane sonrió y murmuró, —No creo que nadie tendría las agallas de discutirlo.

—¿Supongo además que mi equipo está exactamente donde lo dejé? — preguntó Merlín superficialmente.

—Creo que sabe muy bien que así es, —Harry sonrió con ironía.

Mirando a su alrededor, James se dio cuenta que, junto con la partida de Dumbledore, la oficina había vuelto a lo que actualmente pasaba por su estado normal. El Fénix se había ido, así como los artilugios mecánicos y los estantes de

libros. Las sombras se cernían en las esquinas vacías. La chimenea estaba fría y oscura. La única luz en la habitación era un charco azul pálido, suave como la luz de la luna, que rodeaba el Espejo de Oesed, emanando de su desplazamiento profundo e inquietante.

—Miren, —dijo de pronto Ralph en voz baja. Señaló al Espejo. Harry y Merlín se volvieron, haciéndose a un lado mientras lo miraban.

Figuras se movían más allá de la plateada niebla agitada, acompañada por el débil eco de voces. James reconoció el sonido... era el mismo que había oído flotando desde el portal del retrato de Merlín, esa misma tarde, el sonido que su padre le había advertido para que retrocediera. El hombre que había sido recientemente Rehtor Grudje observaba y escuchaba, con los ojos muy abiertos, preocupados, incluso temerosos. Los otros retrocedieron, formando un semicírculo respetuoso en la oscuridad.

Tres figuras dieron un paso enfrente de la niebla, separándose de la multitud interminable del más allá. James entrecerró los ojos para verlos. El de la derecha era el más alto, un hombre con el pelo largo y gris, áspero como la paja y desmadejado con negro. Sus ojos eran azules como los de Albus Dumbledore, pero más severos, mirando desde un rostro fuerte y curtido. La figura de la izquierda era mayor que él, pero no frágil. En el mundo que ocupaban, James entendió, la edad prácticamente no tenía sentido. Aun así, su cara estaba arrugada y agobiada. Su pelo, sin embargo, seguía siendo en su mayoría negro, recogido en un moño complicado con rizos sueltos enmarcando su rostro.

No obstante, la figura en el centro se trasladó adelante, sin apartar los ojos del hombre de pie en el lado opuesto del Espejo. Parecía más joven que él, delgada y pálida, con su cabello oscuro colgando en ondas sobre la frente alta y hasta en sus estrechos hombros. La expresión de su rostro era tenso y con interés.

—¿Quién...? —el hombre ante ella preguntó con voz entrecortada, —¿Quién es usted?

La joven sonrió con tristeza y afecto. —Soy tu madre. —su voz era luz, espiritual, revoloteando como alas de polilla.

—Mi madre, —el hombre repitió, como si nunca antes hubiera oído la palabra. Se desvió hacia el vidrio del Espejo, levantando una mano para tocarlo, como si fuera a llegar a través de la joven del más allá.

James recordó su nombre del diario de Avior. Esta era la infortunada Ariana Dumbledore, asesinada en la batalla entre Albus y Grindelwald. Eso hacía que el hombre alto fuera Aberforth, su hermano, recientemente fallecido, y la mujer mayor, Kendra, la madre de los tres Dumbledore, quien había conocido su destino la noche que nació el hombre al otro lado del cristal.

Ariana sonrió a su hijo cuando lo miró, con el rostro lleno de afecto y melancolía.

—Se parece a él, —Aberforth admitió, declarando a las otras dos. — Alrededor de los ojos. No podría haberlo dicho cuando estuve vivo. Pero ahora...

—Se parece, —Kendra asintió con vaguedad.

—¿A quién? —el hombre delante de ellos preguntó, su forma apenas una silueta ante el brillante Espejo. —¿De quién están hablando?

—Estamos hablando de ti, tonto, —dijo Aberforth, su boca apretada en una sonrisa torcida. —Te ves igual que él, es lo que estamos diciendo.

—No, —dijo la perfilada figura frente a su familia por primera vez en su memoria, deseando claramente poder pasar a través del cristal para reunirse con ellos. —¿A quién me parezco?

Ariana sonrió más ampliamente ahora. La sonrisa iluminó su rostro, hacía que sus ojos brillaran con esa familiar alegría Dumbledore. —Te pareces a tu padre, —dijo con dulzura, estudiando a su hijo al otro lado del cristal. — Su nombre era Timothy. Igual que el tuyo.

La destacada figura estuvo en silencio durante un largo y congelado momento. Cuando volvió a hablar, su voz era débil y delgada por el asombro. — Mi nombre... —dijo lentamente, —es Timothy.

Ariana asintió. —Tu nombre es Timothy, —estuvo de acuerdo. —Y tú... eres mi hijo.

—Soy tu hijo, —Timothy asintió, más firmemente ahora. —Mi nombre es Timothy, al igual que mi padre antes que yo. Y yo soy tu hijo.

Los tres Dumbledore sonrieron con esto.

—Y no lo olvides, —Aberforth añadió con firmeza.

Poco a poco, la niebla arremolinada comenzó a reclamarlos. Se movieron hacia atrás, descendiendo de nuevo en las sombras, desapareciendo en las capas de voces fantasmales.

Timothy se quedó atrás, así, con los ojos fijos en el cambiante cristal. Murmuró para sí mismo, repitiendo en silencio las palabras que le habían sido dadas.

Merlín miró a un lado a James y Harry. —Vamos, —indicó. —La magia se debilita. Pronto, las imágenes en el Espejo serán de nuevo reducidas a meros refugios y reflexiones.

James sintió la mano de su padre apretar alrededor de sus hombros.

—¿Quieres, James? —preguntó.

James no respondió de inmediato. Tenía miedo del Espejo. Miedo de lo que podía ver más allá de su revelador y cambiante vidrio.

—Yo no... —susurró con voz entrecortada, —Yo no quiero ver al abuelo. —odiaba cómo sonaba. La verdad era que quería ver a su abuelo perdido hacía mucho tiempo. Pero después de su experiencia con el Guardián, cuando había sido burlado con una imagen del difunto Arthur Weasley, aparentemente vivo y sano, no creía que podía soportar una broma de una imagen agrisulce nuevamente.

Para alivio de James, su padre asintió. —Sé lo que quieres decir, hijo. Pero el Espejo de Oesed es, ante todo, un espejo del deseo. No te va a mostrar algo que no quieras ver.

James lo consideró. —Muy bien, —estuvo de acuerdo. —Entonces sí. Quiero mirar.

Recordó lo que este Espejo le había mostrado a su padre una vez antes, cuando era más joven aún de lo que James era ahora; le había ofrecido una visión de sus padres muertos. Y, sin embargo, de acuerdo con el Director Dumbledore, la imagen había sido sólo una ilusión, una especie de eco fantasmal seleccionada de los deseos más profundos del joven Harry Potter. Esta noche, el Espejo parecía ofrecer más que eso. Esta noche, los rostros mostrados parecían reales... ni siquiera como fantasmas, sino más bien como gente viva, gente que simplemente había pasado a otro mundo más fácil como alguien entrando en otra habitación. Esta noche, por un breve momento, aquellos queridos difuntos podían mirar hacia atrás, a través del Espejo como si fuera una ventana entre las realidades.

James se acercó al Espejo al lado de su padre, y aun así se quedó atrás.

¿Qué pasa si sale Lucy? pensó de pronto, una punzada de culpa apuñaló su corazón. ¡No podría soportar eso! ¡No porque no quisiera verla, sino porque la necesidad es tan grande, que tengo miedo de que me vaya a aplastar!

Sin embargo, James no estaba preocupado. Las figuras se movieron más allá de la niebla, viniendo hacia él y su padre reunidos cuando llegaron al Espejo. Los primeros en dar un paso adelante hacia la luz, James vio, fueron sus abuelos muertos hacía mucho tiempo. James padre llevaba gafas, al igual que su hijo. Tenía el pelo canoso ligeramente en las sienes, pero aparte de eso, no parecía mayor que el hombre delante de él... incluso más joven. La mujer, abuela de James, tenía el pelo largo y pálido. Su rostro era etéreo a la luz azulada, menos impresionante pero maravillosa y profundamente bello, como si su belleza fuera algo que brillara desde adentro, despertando con ella cada mañana y durmiendo con ella cada noche.

—Has crecido mucho, Harry, —el hombre, James padre, dijo con orgullo. —Y este es tu hijo, ya veo.

—Por supuesto que lo es, —dijo la abuela de James, sonriéndole a éste. —
¡Basta con mirarlo!

Harry sacó un largo y tembloroso suspiro. —Es bueno verlos de nuevo, mamá, papá.

James padre aceptó con una sonrisa irónica. —No es lo mismo ahora como lo era en aquel entonces, ¿verdad?

Harry rió en voz baja. —Dicen que todos tenemos dos posibilidades en la relación de padres. Echaba de menos la suya. Aún lo hago. Pero ahora estoy experimentando esa relación desde el otro lado. —apretó el hombro de James y miró a un lado de él. —Creo que sólo quería que vieran eso. Y saber que... Soy más feliz ahora. Todavía los extraño a ambos... mucho. Pero... estoy feliz.

Lily y James padre se abrazaron, reuniéndose en la sonrisa de su hijo con sus propias sonrisas de gratificación. No parecía haber nada más que decir.

Con eso, los abuelos de James se desvanecieron. No cayeron de nuevo en la niebla, sin embargo, pero parecían a la deriva hacia adelante, pasando a cada lado del borde del Espejo. Más figuras se dieron a conocer en su lugar.

—¡Hola, Harry! —esta era una mujer joven. Al igual que Nastasia, tenía brillante pelo de color rosa chicle. James no sabía su nombre, pero su padre sonrió de repente, con su rostro lleno de alegría.

—¡Hola Tonks! —dijo alegremente. —¿Cómo está Remus?

—Pregúntale tú mismo, —la bruja de pelo rosa se encogió de hombros, ladeando un pulgar por encima del hombro. Un hombre se puso de pie detrás de ella, más alto que ella, con sus ojos brillando por el reconocimiento.

—Aún estás proyectando tu Patronus del ciervo, ¿eh Harry? —preguntó, deslizándose hacia adelante a través de la niebla.

—Ya no lo necesito mucho, —respondió Harry, —no desde que todos los Dementores fueron expulsados de vuelta al infierno.

—Y en buena hora, digo yo, —Remus asintió con sentimiento, deslizándose por el borde del vidrio. —Sin embargo, no puede hacer daño tener siempre un poco de chocolate a mano. Y mantén un ojo en nuestro joven Teddy, ¿quieres?

—¡Lo haré! —Harry prometió, alzando la voz cuando la pareja pasó fuera de la vista.

Otra figura emergió. James la reconoció inmediatamente por su lacio pelo negro y cuerpo delgado.

—Arrójalos al infierno, Harry, —dijo Sirius Black con vigor. —¡Y diles que es de mi parte!

Harry negó perplejo con la cabeza. —¿Y a quién debo enviar al infierno, Sirius?

—¡Al que se lo merezca! —Sirius dijo con una risa, deslizándose al borde izquierdo del Espejo.

La siguiente figura era un hombre joven con el pelo rojo. James inmediatamente supo quién era también.

—¡Todo está malditamente genial, Harry! —Fred Weasley anunció con entusiasmo. —Dile a George, ¿quieres? ¡Que todo está total y malditamente genial! ¡Él va a amar eso completamente! ¡Todos ustedes lo harán!

—¡Lo haré! —Harry acordó, con la voz quebrada ligeramente. —¡Se lo diré! ¡Se lo diré a todo el mundo!

James se sorprendió al ver a un elfo doméstico aparecer después, con los ojos tan enormes y redondos como pelotas de tenis, con la cabeza adornada con una inexplicable y terrible pila de sombreros tejidos.

—¡No estés triste, Harry Potter! —el elfo saludó. —¡Dobby es feliz! ¡Dobby no se arrepiente!

James levantó la vista cuando su padre asintió. De repente, pareció incapaz de hablar.

Una lechuza voló al pasar como en cámara lenta, blanca como la nieve y ululando felizmente.

A continuación de la lechuza, estaba un hombre fornido que alguna vez había tenido un rostro horriblemente desfigurado, ahora restaurado y sonriendo torvamente. —¡Vigilancia constante, Harry! —le alentó al pasar.

El siguiente fue un muchacho joven, de rostro dulce, parecido misteriosamente a Cameron Creevey.

Justo por delante de él, en el borde exterior de la vista del Espejo, dos figuras pasaron discretamente, suspendidas hacia atrás, pero al parecer enviando destellos propios. Uno era Arthur Weasley, por supuesto. El abuelo de James estiró la cabeza para mirar a James y a Harry, dando un breve y secreto saludo con su mano derecha. Su brazo izquierdo estaba en torno a una chica joven con brillante pelo negro y los ojos brillantes de curiosidad. Ella no sonrió mientras flotó al pasar, pero sus ojos brillaron oscuramente.

...Yo te perdoné esa misma noche...

El corazón de James creció en su pecho, así cuando parpadeó por las lágrimas repentinas. Se dio cuenta que podía soportar ver a su abuelo y a su prima perdida después de todo. Era una visión agridulce, sin duda, pero sabía que algo esencial había estado ausente cuando ellos no habían aparecido, asomándose sutilmente desde el remolino de niebla del otro mundo.

Después de ellos vinieron más... muchos más. James dejó de reconocerlos, aunque los rostros eran inquietantemente familiares. Vagamente, comprendió que estaba siendo testigo de una procesión silenciosa de sus propios antepasados, hombres y mujeres, algunos tan viejos como Dumbledore, otros más jóvenes que él, todos sonrientes, con brillantes y extraños ojos conocedores, asintiendo cuando pasaban de largo.

Hasta que por fin, una mujer joven se puso de pie en el Espejo. Ella era sólo unos pocos años mayor que James, con una nariz espolvoreada de pecas, cabello rubio oscuro y ojos profundamente almendrados. Parecía de algún modo más alta de lo que era, no porque llevara botas y un conjunto de armadura de oro fino por debajo de su capa, sino porque tenía un aire innegable de nobleza en ella.

A diferencia de los otros, ella no se deslizó en el borde. Se detuvo en el centro del Espejo, como si le hubiera pasado tan poco para que ella se diera cuenta. Ladeó la cabeza a James y luego a su padre.

—¿Y quién es usted? —preguntó. A pesar de su pregunta, sus ojos, como los de antes, brillaron con secreto conocimiento.

—Soy Harry, —respondió el padre de James, ofreciendo a la mujer una pequeña reverencia. —Harry Potter.

Su sonrisa se ensanchó, arrugando las comisuras de sus ojos. —En efecto, sí, —se dijo a sí misma. —Harry Potter. Estoy en deuda contigo, me parece, mi querido Potter. Porque cuando yo era muy joven, o eso dice la historia, mi vida fue salvada por el bien de tu nacimiento.

Para sorpresa de James, su padre se dejó llevar fácilmente por la extraña cadencia del discurso de la mujer. —¿Eso la hace mi bisabuela, de muchos siglos remotos, querida señora?

—Debo decir que así es, —la mujer accedió fácilmente. —Y puesto que el tiempo no significa nada aquí, ni siquiera me hace sentir vieja. Pero te lo ruego, no me llames abuela, bisabuela u otra cosa. Llámame Gabriella.

Harry se inclinó de nuevo. —Eso haré, Lady Gabriella, cuando tengamos la suerte de encontrarnos de nuevo y contar nuestros largos e interesantes cuentos.

Gabriella sonrió al hombre al otro lado del cristal y negó con la cabeza, como si sospechara que era un poco pícaro. Entonces, cambió su mirada a James y dio un paso más, llegando justo al otro lado del cristal.

—¿Y quién es usted, joven príncipe? —preguntó, ladeando la cabeza como si lo reconociera.

—Soy James, Señora, —James respondió, extrañamente cautivado por la hermosa y regia mujer ante él.

—James, —ella dijo lentamente, como si compartiera un delicioso y secreto capricho con él. —Qué maravilloso y *encantador* nombre...



El Final de Semestre tuvo lugar al día siguiente, igual que siempre, y sorprendentemente, el Gran Comedor fue restaurado por completo con las cuatro mesas de las casas alineadas en la planta principal, y una vez más, el estrado fue adecuado con las del profesorado. Los cuatro armarios evanescentes de las escuelas habían sido instalados a lo largo del frente del estrado, totalmente reparados (con la ayuda de Merlín), y sus desencantamientos se pospusieron hasta el final de la fiesta. Como resultado de ello, y por su diseño, las mesas de las casas estuvieron abarrotadas de estudiantes de Beauxbatons en túnicas de seda azul pálido, reservados Durmstrangs en rígidos y altos cuellos, con formales capas de botonadura doble (incluyendo al inexpresivo Volkiev, quien estaba sentado entre un grupo de ansiosas y admiradoras chicas de Ravenclaw), unos dispersos Alma Aleron con sus diferentes colores de casa, con el ruidoso argumento de los relativos méritos de Quidditch y Clutchcudgel, y por último, pero ciertamente no menos importante, un puñado de estudiantes Muggle de la Academia Yorke, incluyendo a Morton Comstock (quien se sentó con los Slytherin, de alguna manera, arreglándose para hacer amigos con la casa que tradicionalmente rechazaba a la mayoría que no fueran magos de sangre pura) y Lucía Gruberova, que se reía con deleite con Lily y sus amigos más abajo, en la mesa de Gryffindor.

A lo largo de cada mesa, adornando los cuencos dorados del centro, había montones de rojos, morados y amarillos pétalos de flores, todos frescos y fragantes como si acabaran de ser recolectados.

No había ni rastro de las estatuas rotas de la Hermandad Mágica o la fuente temporal de agua. También se había ido el feo Reloj de cinco caras. James no supo a dónde, pero se sentía muy seguro de que el Reloj se había encontrado con un final limpio en manos del hombre que estaba sentado en el centro del estrado, con

sus ojos grises recorriendo la concurrida y bulliciosa Sala, con su áspera barba debajo de una sombría y satisfecha sonrisa.

James había tenido muy poca oportunidad de hablar con Merlín desde su regreso. El reestablecido director había pasado la mayor parte del día instalando su oficina con su colección de herramientas y curiosidades mágicas misteriosas, incluyendo, como antes (y completa e inexplicablemente), un enorme cocodrilo de peluche que colgaba del techo, observando la mesa de abajo con ojos oscuros y vidriosos. James, Ralph y Rose se habían asomado después del almuerzo por la tarde, y James había tenido la extraña impresión que Merlín y el cocodrilo habían estado conversando ociosamente hasta que los estudiantes entraron en la habitación.

—Entonces, ¿qué le pasó, Director? —Rose había preguntado. —El año pasado, en la Noche de la Revelación. ¡Todo el mundo pensó que murió!

—La respuesta a esa pregunta requeriría una pila de libros tan alta como esta sala, señorita Weasley, —Merlinus respondió sin levantar la vista de su trabajo. — Basta con decir, que hay muchas formas de morir. Afortunadamente para mí (y para todos ustedes, me atrevo a decir) sólo estuve *superficialmente* muerto.

—El Director Dumbledore habló como si usted y él tuvieran una especie de gran aventura al otro lado del Espejo, —James presionó. — ¿Es eso cierto?

Merlín se detuvo entonces, mirando hacia arriba cuando golpeó una pila de libros en su escritorio como si fuera una nube de polvo. No miró a James, sin embargo, pero sí al retrato de Dumbledore que colgaba en la pared. James se volvió hacia éste, como si el propio retrato pudiera responder su pregunta. Albus Dumbledore estaba de regreso en su cuadro una vez más, con el mentón barbudo descansando sobre su pecho y su sombrero puntiagudo ajustado sobre su frente. Roncaba débilmente, pero poco convincente.

—Sí, —Merlín reconoció. —Supongo que eso es bastante cierto. Él me ayudó cuando lo necesitaba, haciendo mi regreso posible. Y a cambio, le permití ocupar mi lugar en esta realidad por un corto tiempo.

Ralph ladeó la cabeza con curiosidad. —¿Hay alguna posibilidad que alguna vez escuchemos el resto de esa historia?

—Como una pila de libros tan alta como esta sala, señor Deedle, —Merlín respondió otra vez con desdén, volviendo a su trabajo.

En el camino de vuelta desde la oficina del director, James, Ralph y Rose se habían encontrado con Peeves el Poltergeist, quien al parecer, de alguna manera, había regresado junto a Merlinus Ambrosius. Pareció especialmente agitado con ellos, golpeándolos con trozos de tiza y persiguiéndolos por el pasillo.

—¡Estudiantes malos! —gritó con enojo, —¡Permitir que tales horrores sucedieran cuando la Dama del Lago entró a Hogwarts! ¡Dejándola golpear al pobre e inofensivo Peeves! ¡Estudiantes malos, imbéciles e irresponsables!

—Nosotros no la *dejamos* entrar, —Ralph protestó airadamente, protegiéndose la cabeza mientras corría. —¡Ella llegó! ¡Nosotros no teníamos nada que decir al respecto!

James no pudo evitar reírse sin poder hacer nada mientras corría. No podía esperar para decirle a su tío George que le había dado un sermoneo sobre su responsabilidad por Peeves el Poltergeist.

Ahora, cuando el murmullo excitado de los estudiantes sonaba desde las paredes del Gran Comedor, Merlín se levantó y se acercó al podio en el centro del estrado. El ambiente se calmó poco a poco, todos los ojos se volvieron hacia el hombre grande, a la espera de sus primeras palabras oficiales como director reintegrado.

—Y parece bastante curioso, —dijo, sonriendo gravemente, —que mi primer día de vuelta es su último día aquí.

Esto fue recibido con un puñado de risas y aplausos. Desde la mesa de Slytherin, Albus se llevó las manos a la boca y silbó.

—No obstante, deberán volver nuevamente dentro de unos meses, —Merlín prosiguió, alzando la voz con facilidad sobre la alegre multitud, —Y una vez más, vamos a dedicarnos a la búsqueda del conocimiento, el deporte y la amistad. En el

espíritu de esto, algunas cosas es mejor abordarlas ahora, para que sepáis lo que va a volver.

El Salón se calló nuevamente, con un poco de inquietud.

Merlín bajó la voz, cada vez más grave. —Se les ha dicho que vivimos en tiempos de incertidumbre alumnos. Y debido a esta incertidumbre, una serie de nuevas normas se han instituido. Antiguísimas libertades se han reducido. Se han introducido restricciones. Todo en la búsqueda de la venerable causa de la seguridad.

Un murmullo de descontento pasó a través de la sala como un oscuro estado de ánimo. James oyó referencias susurradas a las restricciones y el registro del correo, la prohibición de las reuniones sociales, las nuevas exigencias Draconianas para los fines de semana en Hogsmeade...

—No les voy a decir mentiras felices, alumnos, —Merlín continuó, mirando serenamente alrededor de la Sala. —Me he reunido con los maestros detrás de mí. He hablado con los que están en los niveles más altos del Ministerio de Magia, así como los de otras instituciones mágicas y académicas a través de muchas naciones...

Aquí, James vio a estudiantes de Beauxbatons asintiendo el uno al otro. Volkiev se incorporó, con su cara volviéndose aún más sombría con orgullo. Obviamente, las reuniones de Merlín con líderes de todo el mundo mágico no eran ningún secreto.

—Y digo que lo que han oído es de hecho la verdad, —continuó Merlín. —Esta *es* una época incierta, alumnos. —los miró con sobriedad, inclinándose ligeramente en el podio. —Pero si hay una cosa que he aprendido en todos mis muchos siglos y viajes prodigiosos, mis jóvenes amigos, es esto: *cada* época es una época de incertidumbre. No ha habido tiempo sin sus propios grandes peligros, ni era que haya estado libre de la carga de la preocupación, de las inminentes amenazas, la maldad, el peligro adyacente o el vacilante apocalipsis... —hizo una pausa, y James se dio cuenta que Merlín estaba... no bromeando, pero, ciertamente, dando luz. La barba del hombre grande se erizaba mientras sonreía

con fuerza. Un murmullo suave de risas corrió por la habitación como una brisa cálida.

—Como este es el caso, —Merlín anunció enérgicamente, —sus maestros y yo hemos determinado que no hay nada que ganar con reglas especiales, refrendas o restricciones diseñadas únicamente para atender a algún imaginado y particular nivel de peligro. El riesgo está en el mundo en que vivimos, alumnos. Esto ha sido así desde el principio de los tiempos. Y mientras, sus tutores y profesores, evitaremos peligros innecesarios siempre que sea posible, mientras les proporcionamos la protección razonable y la seguridad que necesitan para aprender, crecer y convertirse en las excelentes jóvenes brujas y magos que están destinados a ser, no vamos a impedir el desarrollo en nombre de la seguridad absoluta.

Permitió que esto se asimilara por un largo momento. Entonces, inclinó la cabeza hacia atrás y levantó los brazos. —El correo de lechuzas, —anunció con firmeza, —volverá a su estado normal, sin restricciones y naturalmente. Reciban las galletas de sus madres, los vociferadores de sus padres, sus pedidos de bombas de estiércol y pastillas vomitivas sin miedo. Lo que hagan con esas cosas, es de nuestra jurisdicción, pero si los reciben, están bajo su entera responsabilidad.

Un rugido de aplausos estalló al otro lado del pasillo cuando una flota de lechuzas entró, ingresando por las ventanas altas y transportando todo tipo de sobres, paquetes, envoltorios, periódicos y revistas.

—No habrá más restricciones de reuniones sociales o de otro tipo, —Merlín continuó, con su voz sonriente en el auge de aplausos y aleteo de alas. —Organícense como quieran, ya sean en grupos de estudio, clubes de duelo, salidas ilícitas nocturnas, incursiones a la cocina... nuestro deber es el de cogerlos en fechorías, no impedirles a que sueñen con ellas.

Los aplausos se redoblaron con esto. James se dio cuenta que algunos de los que estaban sentados en la mesa de los profesores respondieron un poco menos entusiasmados. El Profesor Votary, James le hizo gracia ver, no estaba entre ellos. Estaba de pie delante de su silla, aplaudiendo con firmeza. En otros lugares a lo largo de la mesa del profesorado, los profesores McGonagall, Revalvier y

Longbottom, totalmente restituidos en sus puestos en este último día, aplaudían también, asintiendo con satisfacción.

—Y, por último, —la voz de Merlín sonó, aplacando un poco el aplauso, — No habrá ninguna consecuencia aparte de sus calificaciones por las tareas escolares sin terminar. No es el deber de esta escuela forzarlos a estar a la altura de su potencial. Es deber de ustedes. Vamos a proporcionarles los medios, ustedes deberán procurar el esfuerzo y el mundo será como debe ser.

Esto fue recibido con aplausos un tanto disminuidos, a excepción de un par de manos que aplaudían fuertemente en la parte trasera del Gran Comedor. James se giró hacia el sonido y vio al Señor Filch sacudiendo las manos violentamente, con el rostro flácido y sombrío pero con fervor. Ya no llevaba el bastón negro de Grudje, y James sabía que ya no pasaba su tiempo obligado por la persistente estatua del antiguo director.

—Tal vez ha tenido su ración de castigos para nosotros, —Graham reflexionó con nostalgia.

Scorpius negó con la cabeza. —No te hagas ilusiones. Aun así, va a estar detrás de todos nosotros como debe ser. Y he oído que va a haber una reunión especial de todos los profesores del colegio y Filch. Van a “oficialmente definir y limitar los deberes y responsabilidades del celador”.

—En otras palabras, —Deirdre sugirió con una maliciosa sonrisa, —van a darle un buen chasquido para asegurar que nunca podrá estar de nuevo a la altura de su tirano interior.

—Todo lo que sé, —comentó James, mirando hacia atrás a Filch nuevamente, —es que yo pagaría cien galeones por estar allí cuando el profesor Longbottom dé su opinión.

—¡O McGonagall! —Rose asintió con entusiasmo.

Un rugido de aplausos se levantó de la Sala nuevamente. James miró a su alrededor y se dio cuenta que la Copa de las Casas había sido entregada. Los Ravenclaw silbaron y gritaron con alegría, felicitándose a sí mismos y burlándose

de las otras mesas. Entre ellos, James observó, Zane vitoreaba y silbaba más estridentemente que todos, como si él mismo hubiera ganado la mitad de los zafiros en el reloj de arena de Ravenclaw, a pesar de no haber asistido a Hogwarts durante tres años.

—Y ahora, —Merlín gritó para concluir, —no hay más que otra orden en cuestión. Parece que nuestros vigentes campeones de Quidditch, los Hufflepuff...

Otro rugido de aplausos febril interrumpió al director, esta vez saliendo de los estudiantes vestidos de amarillo y negro en la mesa de Hufflepuff. Merlín permitió esto con un gesto imperioso.

—...a pesar de su celebración bien merecida, están aparentemente entrando en las vacaciones de verano sin el beneficio de un nuevo trofeo apareciendo prominentemente en su sala común. Esto, creo que todos estamos de acuerdo, no se puede permitir.

Con eso, Merlín se apartó del podio y alzó su bastón. Como de costumbre, James no podía recordar al bastón ubicado en la mano del director un momento antes... parecía que simplemente se manifestaba cada vez que se requería, como si el antiguo hechicero lo mantuviera oculto en un armario invisible, constantemente disponible. James pudo imaginar el alivio de Viktor Krum y del resto de los Harriers al no tener que vigilar el objeto extrañamente poderoso.

Merlín bajó el bastón, conectándolo con el suelo del estrado con un zumbido y hueco *bang*. Las runas del bastón se encendieron en azul por un momento. Inmediatamente después, la mesa de Hufflepuff estalló de nuevo en sorprendidos y maravillados vótores.

James se volvió en su asiento para mirar. De pie en el centro de la mesa de Hufflepuff, por encima de las cabezas de los estudiantes que celebraban salvajemente, estaba la forma oscura y resplandeciente del Cáliz de Cristal, de alguna manera, totalmente restaurado y reflejando prismas de luz de sus antiguos márgenes.

Al otro lado de James, Devindar Das medio se levantó, con los ojos fijos y la boca en un ceño apretado. Con un suspiro desconsolado, se dejó caer.

—Qué trofeo tan condenadamente hermoso, —murmuró. —James, no me importa si estás en tu maldito lecho de muerte para las pruebas de Quidditch del próximo año. Vas a aparecer y reemplazar a Vassar. ¿Hecho?

No era una petición. James asintió con el pecho hinchado de felicidad.

Hubo un ruido fuerte y metálico desde la mesa de profesores. James levantó la vista a tiempo para ver a Hagrid y al Profesor Debellows acabando de concluir un brindis en sus enormes jarras. Juntos, los dos hombres se pusieron de pie y comenzaron a liderar al Salón en una interpretación enérgica y un poco musical del elogio a Hogwarts.

James se dio cuenta que incluso Merlín se unía.



James estaba solo en el dormitorio de Gryffindor esa noche, terminando de empacar, cuando se acercó una forma fantasmal revoloteando silenciosamente a través de la pared de piedra al lado de él.

James se sobresaltó, casi dejando caer el fajo de ropa desplegada en sus brazos.

—¡Cedric! —jadeó. —¡Esa cosa del Espectro del Silencio...! ¡Seriamente!

—Lo siento, —contestó el fantasma, sin sonreír. —Uno de los retratos de Snape me envió a buscarte. Él dice que debes bajar a la enfermería de inmediato.

James parpadeó ante el fantasma de Cedric. —¿Por qué? Rose está muy bien, ¿verdad? Ella sanó completamente al momento en que llegamos a la fiesta. Todos los demás también.

Cedric no explicó más. —Sólo tienes que ir abajo. Hagrid está allí. Y Petra Morganstern, creo. Algo así.

Con eso, los ojos de James se abrieron. Dejó lo último de su ropa en el baúl y se precipitó por las escaleras.

Dos minutos más tarde, estaba encaramado al frente de las altas puertas de cristal de la enfermería, yendo más despacio sin querer para escuchar, ansioso por cualquier señal de lo que podría haber más allá. Débiles voces resonaban desde el interior, pero no podía oír alguna palabra. Tentativamente, con repentino miedo de lo que pudiera ver, James empujó las puertas.

Madame Curio estaba inclinada sobre una forma en una cama a mitad de camino por el pasillo. Las otras camas estaban perfectamente arregladas, de un blanco suave, haciendo que la única cama ocupada pareciera especialmente incongruente e inesperada.

—James, —una voz profunda dijo en voz baja. James se giró para ver a Hagrid de pie justo en el interior de las puertas dobles, con el rostro pálido y sus ojos negros con gravedad. —¿Cómo llegaste?

—Alguien, er, envió por mí, —respondió James, decidiendo en un instante que sería mejor mantener a Cedric fuera de esto. —¿Qué está pasando? ¿Quién ha sido herido?

—Bueno, esa es la cosa, ¿no? —dijo Hagrid, mirando por encima del hombro de James a la cama ocupada en medio de la sala. —Ella no está herida, es lo que Madame Curio puede decir. Ella sólo esta... muriendo. O no. Nadie puede decirlo.

—¿Quién? —James susurró dando media vuelta atrás, atrapado entre el deseo de correr a la cama y una poderosa renuencia a ver quién la ocupaba. —¿Es Petra?

—¿Quién? —dijo Hagrid, confundido. —¿Petra? ¿Morganstern? No, no. Es esa chica. La de los Estados Unidos, con el pelo de color rosa. Hendricks, creo que es su nombre.

—¿Nastasia? —James aclaró, bajando la voz. —¿Pero...?

—La encontré en los sótanos. —Hagrid susurró ásperamente. —Sólo yacía ahí, en la oscuridad, medio muerta, completamente sola. Pero no había heridas, ni rastro de maldiciones, ¡nada! —Hagrid estaba clara y profundamente perturbado por esto. Obviamente, había llevado a Nastasia a la enfermería él mismo, trayéndola directamente a Madame Curio.

—Está despierta. —Hagrid continuó. —Preguntó especialmente por ti. No sé cómo lo supiste, pero ahora que estás aquí, bueno, ya puedes hablar con ella si quieres. Quizás averigües qué le ha pasado. Si es tu voluntad, por supuesto.

James asintió débilmente. Poco a poco, se acercó a la cama, cuando Madame Curio se retiró a su despacho, sacudiendo la cabeza y murmurando para sí misma.

Nastasia reposaba con el reflejo de luz amarilla de la lámpara cercana. Aparte de la ropa, que estaba sucia y húmeda, parecía la misma de siempre, como si simplemente se hubiera acostado en la cama de un hospital para una siesta rápida. Abrió los ojos cuando James llegó al lado de la cama.

—Hola, —dijo en voz baja.

—Hola, —James dijo en respuesta, estudiando su rostro. —Estee... Hagrid dice que estás herida. ¿Qué pasó?

Nastasia cerró los ojos e inclinó la cabeza. —Dos serpientes salen, —respondió débilmente, —pero sólo una regresa. Siempre iba a ser de esa manera con el tiempo, supongo.

James frunció el ceño. Volvió a pensar en la escena en el salón de Defensa Contra las Artes Oscuras... las dos serpientes, ambas representando las partes en conflicto de la personalidad de Nastasia, Nasti y Ashya, luchando por el dominio, finalmente vencido por la batalla absoluta.

—No pudiste matar a Rose, o al resto de nosotros, —dijo. —Una parte de ti estaba lista para hacerlo... la parte Nasti. Pero la parte Ashya se defendió. Te hizo ir a la guerra contigo misma. ¿Es así?

Nastasia asintió, todavía sin mirarlo a los ojos.

—Y ahora... una parte de ti está... ¿muerta? —preguntó James, con su voz inconscientemente baja a un susurro.— ¿Es así?

Nastasia asintió de nuevo, mirando a través de la sala a las ventanas oscuras que se alineaban en la pared de más allá.

James negó con la cabeza. —¿Pero qué significa eso? ¿Vas a estar bien? Hagrid dice... dice que te estás muriendo. ¿Es eso cierto?

Nastasia finalmente volvió la cabeza hacia él. —No lo sé, —respondió, y James vio que estaba silenciosamente aterrorizada. Su voz era un delgado susurro. —Nunca he sentido nada igual. Nunca he estado tan sola. Tan vacía y débil. Una parte de mí se cortó. No quiero vivir así... No creo que pueda...

James sacudió la cabeza de nuevo, con más fuerza esta vez. —Puedes. Sólo que... necesitas aprender. Puedes hacerlo. Quiero decir... —se detuvo, buscando las palabras adecuadas. —Te enfrentaste a la parte más oscura de ti. Hiciste lo que la mayoría de nosotros nunca podría hacer. ¡Confrontaste lo peor en ti y te superpusiste a él! Eso es... increíble, ¡de verdad! Y debido a eso, ahora Rose, Ralph y yo, todos estamos todavía vivos. Eres... buena, una especie de heroína. Ahí está, ¿no? Ashya... eres una heroína. Apóyate en eso, ¿de acuerdo?

Ella le sonrió débilmente y sus ojos se llenaron con repentinas lágrimas. Los cerró y las lágrimas corrieron por sus mejillas, cayendo a la almohada. Con un poco de esfuerzo, levantó la mano y le hizo señas hacia adelante.

James se acercó más, deslizándose más cerca de la cabecera de la cama. Ella volvió la cabeza hacia él nuevamente, haciéndole señas aún más cerca. Débilmente, levantó la cabeza de la almohada, alcanzando hasta sostenerse sobre el hombro de James y utilizándolo como palanca. Cuando sus labios estaban junto a la mejilla de él, James pensó brevemente que ella pretendía besarlo de nuevo. El medio quería que ella lo hiciera y a la vez temía. En cambio, débilmente, ella le susurró al oído.

—No... soy... Ashya.

Los ojos de James se abrieron y una sensación de frío profundo descendió sobre él, enfriándolo desde sus talones. Retrocedió involuntariamente, haciendo

que la chica cayera de nuevo en la almohada, con su mano cayendo sobre el lado de la cama. Ella se reía en silencio, su pecho subía y bajaba en veloces jadeos.

—No soy... *Ashya*, —dijo de nuevo a través de una débil risa, con las lágrimas todavía húmedas en sus mejillas. —Ashya está muerta... la vi morir. Ella era tan noble, tan valiente, tan... *tonta*. Luchó contra la Dama por sí sola. No me uní a ella. Me negué a hacerlo... —su voz subió a un chillido enojado y se rió más fuerte. Más lágrimas escaparon de sus ojos, uniéndose a las líneas ya húmedas en su rostro. Se volvió hacia James cuando él se alejó horrorizado de la cama. —Pero ella era tan hermosa, incluso al final, —se quedó sin aliento. —La Dama aplastó su cabeza debajo de su talón. Se echó a reír... se rió cuando lo hizo. Y cuando todo había terminado, cuando la Dama se había escapado, sin dejar de reírse loca y dementemente... volví. Volví con mi tonta hermana muerta. Con la pobre y muerta Ashya. Me reuní con ella. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué más? —se obligó a erguirse sobre la cama, levantándose sobre un codo, mirando a James con atención, rogándole con la mirada. —¡Ashya está muerta! —dijo de nuevo, reafirmando su voz en una súplica estridente, con su risa rompiéndose en jadeantes sollozos. — ¡Oh Ashya! ¿Por qué me dejaste? ¿Qué es Nasti sin Ashya? ¿Qué es el cerebro sin corazón? ¿Cómo vive la mitad de una persona? ¡Ashya! Debes volver, ¿lo harás? ¡Tienes que volver! ¡Te necesito...!

Cayó hacia atrás, con sus risas y sollozos irrumpiendo en jadeos, respirando irregularmente, murmurando febrilmente para sí misma.

Una delgada y cálida mano sacudió a James, envolviendo sus dedos en un fuerte apretón. De alguna manera, sin apartar los ojos de la alterada chica gimiendo en la cama, James sabía que era Petra de pie junto a él.

—¿Estará bien? —él le preguntó.

Petra sacudió la cabeza. —No lo sé, —respondió en voz baja. —Soy una hechicera. No una profetisa.

Poco a poco, en silencio, se giraron, cogidos de la mano, y se retiraron por la sala. La oscuridad descendió alrededor de ellos, difuminando las ventanas,

llevándose las camas una por una, hasta que James y Petra caminaron solos, moviéndose entre ese extraño mundo que sólo ellos parecían capaces de acceder.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó tristemente James, toda la alegría salió de su corazón por la imagen de la forma patética y disminuida de Nastasia. —¿Se ha ido Judith? ¿Valió la pena?

—Ella no se ha ido, —Petra suspiró. —Pero la conexión entre nosotras está rota. Ya no somos más hermanas parcas, ella, Izzy y yo. Y eso la hace más débil. Posiblemente aún más peligrosa, ya que ahora va a estar desesperada, aferrándose a su lugar en esta realidad. Pero más débil.

—¿Más débil que tú? —preguntó James, mirando a un lado de ella. Ella asintió.

James la detuvo, todavía sosteniendo firmemente su mano. —Entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó de nuevo.

Petra bajó la mirada a sus manos entrelazadas. —Todo lo que queda ahora, —dijo, reuniendo su propósito, —es el Hilo Carmesí.

James frunció el ceño y sacudió la cabeza. —Eso es de lo que Avior (o Grudje, o quienquiera que fuese en ese momento) estaba hablando también. Pero, como le dije, el Hilo Carmesí no era realmente un hilo, ¿verdad? Ese era sólo un símbolo. El verdadero Hilo Carmesí era Morgana, y ella está muerta. —miró con frustración y confusión. —Judith le mintió a Avior. Le dijo que *yo* era la clave del Hilo Carmesí. Le dijo que lo tenía en mi mano.

Petra seguía mirando hacia abajo, a las manos entrelazadas. —Judith no mintió, James, —dijo en voz baja. —Tú *eres* la clave del Hilo Carmesí. Y lo sostienes en tu mano. —alzó los ojos hacia él otra vez, estudiando su rostro. —Cuando Judith mató a Morgana, hizo que Morgana formara parte de nuestro mundo, de nuestra realidad. Ella pertenece ahora a este destino. No puedo explicar por qué, pero así es como funciona. Morgana ya no es el Hilo Carmesí. Ahora... —se detuvo de manera significativa. —Ahora... *Yo* lo soy.

James miró a los ojos de Petra, con su ceño fruncido por la confusión. —¿Tú eres el Hilo Carmesí...? Pero... eso significa...

—Lo que significa vendrá después, —Petra suspiró. —Pero mira, —ella levantó las manos de los dos. James miró hacia ellas. Un tenue resplandor plateado emanaba entre los dedos, el remanente de la cuerda misteriosa que él había conjurado, utilizando la propia magia de Petra, para salvar su vida. —Te advertí que te arrepentirías de lo que hiciste, —dijo ella, sin dejar de mirarlo a los ojos. —¿Lo ves? Judith tenía razón. Eres la clave del Hilo Carmesí. Lo llevas aquí mismo, en tu mano. Estamos conectados. Nos guste o no, siempre y cuando me ocupe de este destino... somos parte del otro. Somos uno.

James consideró esto, cambiando la mirada cuidadosamente de sus brillantes manos a los ojos de ella. Le llamó la atención una vez más, que ahora era un poco más alto que ella.

—Y aun así, —dijo, sintiéndose un poco valiente, ya sin preocuparse por las repercusiones, —No me arrepiento de ello. Me alegro de que te salvé, Petra. Y me alegro de que estemos conectados. No me gustaría que fuera de otra manera.

Petra cerró los ojos y negó con la cabeza lentamente. El fantasma de una sonrisa divertida y agradecida curvó sus labios.

Y luego, un momento después, James estaba de pie en el pasillo del hospital, a medio camino entre el servil Hagrid y la alterada y murmurante Nastasia.

Puedes arrepentirte todavía, la voz de Petra se hizo eco débilmente, oída por nadie más que él. Pero por ahora, me alegro de que no lo hagas. Y tampoco yo, James... Tampoco yo...

James asintió para indicar que había oído.

—¿Entonces, alguna idea de lo que le pasa? —preguntó Hagrid, retorciéndose las manos enormes cuando James volvió a él.

James negó con la cabeza, buscando alguna explicación. —Ha perdido una parte de sí misma, —se encogió de hombros sin poder hacer nada, mirando hacia

atrás. —Tal vez va a recuperarla. Somos magos y brujas, después de todo. Todo es posible.

Hagrid asintió nerviosamente, como si fueran palabras sabias. James se sentó con él en el banco que estaba junto a las puertas dobles de la enfermería. Se quedaron en silencio durante varios minutos. Nastasia (Nasti) parecía haber caído en un profundo sueño, afortunadamente sin sueños.

—La trasladaremos de regreso a su propia escuela mañana, —susurró Hagrid. —Ellos tienen una de las mejores escuelas de medicina en el mundo, me han dicho. Ellos... serán capaces de ayudarla, apuesto.

James asintió. Quería creer que Hagrid estaba en lo cierto. Le dio las buenas noches al medio gigante y, tan silenciosamente como pudo, salió de la enfermería. Lenta y cuidadosamente, hizo su camino de regreso a la sala común de Gryffindor, su mente daba vueltas poco a poco...

Bajó la mirada hacia su mano. Estaba todavía, de alguna manera, cálida por el toque de Petra, pero el débil resplandor se había desvanecido. Todavía estaba allí, por supuesto. Sólo invisible.

El Hilo Carmesí tenía que ser devuelto a su propio destino. James sabía que eso era lo que Petra tenía en mente. ¿Cómo iba ella a lograr esto (y cómo podría ayudarla, a pesar de sus propios deseos)? Rondaba sus pensamientos. Pero por ahora, a raíz de su encuentro secreto, sintió una extraña y adormecida calma. No podía explicarlo, incluso él mismo. Sólo la aceptó, agradecido al dejar que llenara los espacios de preocupación, miedo y pérdida que pronto podrían tomar el control.

Se recordó que, por el momento, todo iba bien.

Judith fue desterrada y su conexión con Petra e Izzy destruida.

Merlín había regresado, vuelto a la vida y una vez más presidiendo como director sobre Hogwarts.

La Red Morrigan había sido anulada.

Y quizás lo más profundamente satisfactorio de todo, Petra estaba contenta de ser parte de él, y él una parte de ella. James siguió caminando, contento con esto. Por ahora, todo estaba bien.

Por ahora, él llevaba el Hilo Carmesí en su mano.

FIN

Y así llegamos al final de otro libro de James Potter...

...Y como siempre te tengo a ti, Querido Lector, agradeciéndote por ello. Mientras estaba asumiendo que la serie James Potter fuera languideciendo en la oscuridad, desapareciendo mientras yo trabajaba en el siempre necesario "trabajo diario", tú no sólo estabas leyendo (y en muchos casos ¡releyendo!) las historias, les contabas a tu familia y amigos acerca de ellas, publicando las opiniones en Goodreads.com (20.000 opiniones hasta el momento, con una calificación media de cuatro estrellas), haciendo las traducciones (nueve idiomas en el último recuento, con más en el camino), y enviando constantes notas de aliento e inspiración.

Gracias a ti, la serie James Potter ha desarrollado un público verdaderamente mundial, alcanzando números verdaderamente incalculables (dejé de hacer el seguimiento después del primer millón) de lectores. Y así, esta serie sigue siendo un trabajo de amor que me da lo que anhela cada escritor e incluso más que el éxito financiero: ¡legiones de lectores y comentarios positivos!

Por eso, permíteme decir tan alto y claro como pueda: ¡gracias!

En el mismo sentido, permíteme agradecer brevemente a algunas personas en concreto. Quédate por ahí, porque querrás leer la parte final donde se discuten los posibles futuros libros.

Gracias a mi primer lector beta, cuyo anonimato ha sido un secreto cuidadosamente guardado desde la "Maldición del Guardián", pero cuyo entusiasmo, atención al detalle, y el amor puro a la historia ha proporcionado el combustible diario que necesitaba para mantener estas historias en pie aun cuando mi propio entusiasmo falla.

Gracias al Fiel Grotto (mis amigos de larga data en el Foro Grotto Keep) por su redacción minuciosa y asistencia continua a lo largo de la publicación diaria de capítulos, permitiéndome hacer la versión final del libro lo más coherente y profesional posible.

Unos especiales agradecimientos adicionales a todos los que me compraron cafés en reconocimiento por las historias... la cafeína es el combustible para la mente creativa, ¡y su regalo de café continúa incluso ahora para contribuir a más historias por venir! Leí todas sus notas, y ahora que he terminado con la historia, responderé a la mayor cantidad de ellas en persona como pueda.

Monumentales gracias al original Zane, a mi hija Greer (una Rose como cualquier otro nombre), y a mi paciente esposa Jael... mi crítica más dura y animadora más ardiente, sin cuyo aliento nunca me habría lanzado al primer libro de James Potter, y mucho menos a todos los otros.

Por último, gracias a algunas inspiraciones literarias:

—A la señora J.K. Rowling, como siempre, cuya imaginación cultivó un jardín suficientemente exuberante para permitir incluso que estas historias crezcan y prosperen.

—A C.S. Lewis, cuyas obras constituyeron la inspiración para mi propio Merlinus Ambrosius, así como muchos otros elementos, incluyendo el Elemento Progresivo, los anillos de viaje, y un millar de pequeños detalles y temas. Como se ha mencionado en otro lugar, al final de “James Potter y la Encrucijada de los Mayores”, es un relato intencional de Lewis, una brillante conclusión de “Esa Horrible Fortaleza”. Si no has leído eso, o el resto de su increíble y espectacular Trilogía Cósmica (comenzando con “Más allá del Planeta Silencioso”) entonces deja esto inmediatamente y ve a leerlo en este mismo momento.

—A todos los maravillosos, fantásticos y locos autores ingleses quienes me han proporcionado tanta diversión e inspiración sin fin, incluyendo (pero no limitados) P.G. Wodehouse, H.G. Wells, Terry Pratchett y Douglas Adams.

Y ahora, llegamos a (¡redoble de tambores!)... *El resto de la historia.*

Me preguntan todos los días cuántas historias habrá de James Potter. ¿Siete, al igual que la serie original de Harry Potter? ¿Más? ¿Menos?

Tengo muchas ganas de responder a esa pregunta. No sólo para ti, Querido Lector, ¡sino para mí! Por desgracia, simplemente no puedo. Todo lo que puedo

decir es que *quiero* escribir al menos siete. No sólo porque esa es la forma en la que parecen ir los libros en serie (o bien corren en grupos de tres, siete, o miles) sino porque eso es lo que me gustaría si estuviera leyendo las historias por mí mismo. Siete es un buen número para una serie de libros.

Y realmente hay mucha más historia en marcha.

Es cierto que, con la conclusión de “La Red Morrigan”, mucho de ello está envuelto. Las hermanas Parcas están rotas, debilitando a Judith y liberando a Petra e Izzy. El regreso de Merlín. James y Petra están, si no “juntos”, al menos voluntariamente (y en el caso del ansioso James) conectados.

Y todavía...

El Voto de Secreto todavía pende de un hilo. El mundo mágico y Muggle están temblando al borde del completo choque...

La Bóveda de los Destinos aún sigue congelada, causando que el destino gire más y más en el caos mientras los destinos se fusionan, se fracturan y se hunden, todo porque el Hilo Carmesí (ahora en la forma de la misma Petra) permanece suspendido en otra dimensión...

¿Y qué con James y Petra? Ahora que han dado el primer paso sutil hacia una relación, ¿cómo van a seguir adelante sabiendo que el destino de Petra es dejar nuestra dimensión para siempre... y el destino de James es ayudarla?

Y quizá lo más misterioso de todo, ¿podrá el sueño de James del cementerio (de Petra, Albus y la Marca Tenebrosa) hacerse realidad? ¿Cuáles fueron las palabras que él escribió para conmemorar ese sueño? ¿Cómo va a encajar todo en las páginas finales del último libro?

La Megaplot (el arco más profundo de la historia que corre a través de todos los libros de James Potter) sigue siendo muy gruesa. Hay mucho que ver y hacer antes del fin último.

Y sé cómo va a pasar ese fin. Lo he sabido casi desde el principio. Como sé que Petra y James terminan juntos. Sé lo que significa el sueño. Sé quién vive y quién no. Como sé que la prima Lucy jamás aparecerá de nuevo...

Pero las historias son un trabajo muy duro. Un trabajo agradable, lo admito, pero trabajo, sin embargo, y lo hago, por desgracia, teniendo el mismo consumo de "trabajo diario". Y es por esa muy prosaica razón que simplemente no puedo prometer más libros de James Potter.

Ni uno más.

Eso no quiere decir que no vaya a escribir el próximo libro (que se llamará "James Potter y el Hilo Carmesí" cuando lo haga). Es sólo para decir que no puedo prometerlo, tanto como yo quiero. Sólo el tiempo dirá.

Mientras tanto, sigan las notas alentadoras y los comentarios que vienen. Manténganse en sintonía en el Foro Grotto Keep, en la página de Facebook de James Potter y en mi página de autor en Goodreads.com, con información continua, datos y noticias.

Y (¡ejem!) si alguno de ustedes conoce alguna gente de Warner Bros. o Scholastic Books, entonces seguro, envíenle una larga recomendación acerca de los libros de James Potter. Uno nunca sabe lo que puede pasar...

George Norman Lippert

St. Louis, Agosto de 2013